Era nuestra herencia una red de agujeros

La caída de México-Tenochtitlan

Jaime Montell

FUENTES PARA LA **HISTORIA ANTIGUA** DE **MÉXICO**

Era nuestra herencia una red de agujeros

La caída de México-Tenochtitlan

FUENTES PARA LA **HISTORIA ANTIGUA** DE **MÉXICO**

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura

INEHRM

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

Era nuestra herencia una red de agujeros

La caída de México-Tenochtitlan

Jaime Montell

MÉXICO 2021

Diseño de portada e ilustración: Antonia Isaacson / Estudio Animala.

Ediciones en formato electrónico:
Primera edición, INEHRM, 2021.

D. R. © Jaime Pedro Montell Garciglesias.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-245-2

HECHO EN MÉXICO.

Índice

PRÓLOGO 13

CAPÍTULO I

Coronación de Motecuhzoma Xocoyotzin 29

CAPÍTULO II

Motecuhzoma Xocoyotzin 65

CAPÍTULO III

Francisco Hernández de Córdoba 105

CAPÍTULO IV

Juan de Grijalva 155

CAPÍTULO V

Los temores de Motecuhzoma 231

CAPÍTULO VI

Hernán Cortés 257

CAPÍTULO VII

La batalla de Cintla 337

CAPÍTULO VIII

El contacto 411

CAPÍTULO IX
Las bases 471

CAPÍTULO X
La marcha 555

CAPÍTULO XI
Las batallas de Tlaxcala 585

CAPÍTULO XII
Tlaxcala 645

CAPÍTULO XIII
Cholula 685

CAPÍTULO XIV
Entrada al valle 725

CAPÍTULO XV
México-Tenochtitlan 753

CAPÍTULO XVI
Prisión de Motecuhzoma 789

CAPÍTULO XVII
Vasallaje 839

CAPÍTULO XVIII
Pánfilo de Narváez 885

CAPÍTULO XIX
La matanza del Templo Mayor 963

CAPÍTULO XX
Muerte de Motecuhzoma 1011

CAPÍTULO XXI
La Noche de la Huida ... 1065
CAPÍTULO XXII
El contraataque ... 1129
CAPÍTULO XXIII
Texcoco ... 1213
CAPÍTULO XXIV
Preliminares del sitio ... 1277
CAPÍTULO XXV
Inicio del sitio ... 1339
CAPÍTULO XXVI
Descalabro español ... 1387
CAPÍTULO XXVII
El combate final ... 1425
CAPÍTULO XXVIII
La caída de México-Tenochtitlan ... 1469
CAPÍTULO XXIX
El final ... 1503

EPÍLOGO ... 1531

Breve síntesis de cronistas y fuentes principales ... 1543
Díaz, Juan ... 1545
Cortés, Hernán ... 1546
Mártir de Anglería, Pedro ... 1550

Anales de Tlatelolco.
Unos anales históricos de la nación mexicana 1551
Motolinía, fray Toribio Paredes, de Benavente 1552
Crónica X 1553
Casas, fray Bartolomé de las 1554
Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo 1555
López de Gómara, Francisco 1558
De rebus gestis Ferdinandi Cortesii [o *Vida de Hernán Cortés*] 1563
Sahagún, fray Bernardino de 1563
Códice Florentino (ver Sahagún) 1567
Vázquez de Tapia, Bernardino 1568
Lienzo de Tlaxcala 1569
Tapia, Andrés de 1569
Conquistador anónimo, El 1570
Ginés de Sepúlveda, Juan 1571
Aguilar, fray Francisco de 1571
Díaz del Castillo, Bernal 1573
Cervantes de Salazar, Francisco 1585
Durán, fray Diego 1587
Códice Aubin o de 1576 1589
Zorita, Alonso de 1590
Tovar, fray Juan de (*Códice Ramírez*) 1590
Códice Ramírez (Véase Tovar, Juan de) 1593
Muñoz Camargo, Diego 1593
Suárez de Peralta, Juan 1594
Acosta, José de 1595
Castillo, Cristóbal del 1596
Herrera y Tordesillas, Antonio de 1596

Dorantes de Carranza, Baltasar 1597
Alvarado Tezozómoc, Hernando 1597
Torquemada, fray Juan de 1598
Chimalpahin, Domingo de San Antón
Muñón Cuauhtlehuanitzin 1601
Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de 1602
Solís y Rivadeneyra, Antonio de 1605

FUENTES CONSULTADAS 1607

A mi madre, Sara García Iglesias, mujer pionera y excepcional, a quien debo gran parte de mi ser

PRÓLOGO

Cada hombre contempla la realidad que lo rodea con una perspectiva propia, y no puede haber estudio más apasionante que el de observar cómo un mismo núcleo de hechos se refracta diversamente según el espectador que lo describe. Ningún tema se presta mejor a un análisis de este tipo que el de la conquista de México.

RAMÓN IGLESIA

¿Conquista? ¿México? ¿Nuestro país fue conquistado? Casi automáticamente utilizamos la expresión "nos conquistaron los españoles", "fuimos conquistados", punto de vista impuesto en la imaginería y la cultura popular: nosotros, los mexicanos, fuimos conquistados por los españoles, enunciando una interpretación que no corresponde a la realidad histórica y que, por tanto, la deforma. Esta declaración se nos ha inculcado desde la educación elemental, inmersa en los libros de texto gratuitos, acompañada con imágenes teatrales sobre la supuesta codicia del español, que sojuzga al indígena sometido, lo tortura y explota. Imágenes de esta naturaleza fueron pintadas sobre grandes murales posrevolucionarios, expuestos a la vista pública en edificios gubernamentales, como el Palacio Nacional, entre ellas las de Diego Rivera, de Orozco, de Siqueiros, o el conocido *Abrazo*

de González Camarena, donde se ve enzarzados en mortal combate a un español cubierto de armadura y a un guerrero águila, matándose mutuamente; este enfoque puede verse también en diversos programas televisivos y populares acerca de la llamada "conquista", al igual que en historietas, en memes o en las redes sociales.

Hace poco tiempo el destacado historiador Federico Navarrete, doctor en Estudios Mesoamericanos de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), publicó el libro *¿Quién conquistó México?*,[1] el título es llamativo, atrae nuestra atención sobre esa pregunta específica, nos invita a responderla de nuevo, a volver a analizar una conocida y vieja frase, atribuida a Miguel León-Portilla, que postula que la Conquista la hicieron los indios y la Independencia los españoles, aquí cabría señalar que tal expresión fue contradicha en el título de su muy conocido libro *La visión de los vencidos*, publicado en 1959 por la UNAM, ya que implica lo contrario: los indígenas serían "los vencidos".

Es necesario recalcar la falacia de términos como "la Conquista de México", o "nos conquistaron los españoles", y recordar que en el siglo XVI no existía un país llamado "México", en el actual territorio nacional, y más allá cohabitaban múltiples señoríos independientes, muchos de los cuales conformaban la región cultural llamada Mesoamérica. En el siglo XVI buena parte de esta área cayó bajo el control de la Corona de España, gracias a alianzas entre etnias nativas y españolas. Su dominio sobre este territorio duró un largo tiempo.

Hemos caído en la confusión de suponer que la caída del señorío mexica, asentado en México-Tenochtitlan, ocurrida en agosto de 1521, fue la que definiera la conquista de todo nuestro país, lo cual sucedió a través de largo tiempo.

[1] Editorial Penguin Random House, 2019.

En cuanto a que "nos conquistaron", habrá que preguntar, por superfluo que nos parezca, qué entendemos acerca del pronombre "nos", seguramente no incluirá a la gran mayoría de los actuales mexicanos, mestizos como somos, mezcla genética indígena y española. Hay que admitir que los llamados "conquistadores" fueron en realidad una alianza de etnias nativas y de españoles, ambos son nuestros ancestros, y que, en su tiempo, la llamada "conquista" fue vista por los indígenas aliados a los europeos como una lucha más entre los señoríos nativos, de los muchos enfrentamientos endémicos, frecuentes desde hacía ya tiempo.

¿Vencedores o vencidos? O su variante: los conquistadores son españoles y los conquistados indígenas. Dicotomía enraizada en nuestro subconsciente mexicano. Tal vez la respuesta sea otra.

Enrique Semo manifiesta una raíz de este problema: "Tenemos una historia que obliga que todas las tradiciones se formen en el siglo XIX, porque lo anterior no era nuestro, excepto la Conquista, es decir, del pasado, con la fatal expresión 'cuando nos conquistaron'".[2]

Los nativos fueron menospreciados por los historiadores. A pesar de la famosa Leyenda Negra que denigra todo lo español, la triste suerte de los mexicas ha encontrado poca simpatía entre los cronistas de siglos pasados, que justificaron la conquista y la subyugación española basados en consideraciones religiosas, morales, tecnológicas y culturales. Así, el jesuita Francisco Javier Clavijero, en pleno siglo XVIII, termina su historia de la Conquista con estas palabras poco compasivas:

[2] Enrique Semo, *La Conquista*, vol. II, México, Siglo XXI, 2019.

> Los mexicanos, con todas las naciones que contribuyeron a su ruina, quedaron, a pesar de las cristianas y humanísimas disposiciones de los reyes católicos, abandonados a la miseria, a la opresión, y al desprecio, no solo de los españoles, sino también de los más viles esclavos africanos, y de sus infames descendientes, castigando Dios, en la miserable posteridad de aquellos pueblos, la injusticia, la crueldad y la superstición de sus antepasados ¡horrible ejemplo de la justicia divina y de la inestabilidad de los reinos de la tierra![3]

Prescott no difiere mucho de tal juicio:

> no podemos sentir la caída de un imperio que tan poco hizo en favor de la felicidad de sus súbditos, y de los verdaderos intereses de la humanidad [...] los aztecas eran una raza fiera y brutal, poco a propósito, bajo cualquier punto de vista que se les considere, para excitar nuestra simpatía y consideración [...] no sólo no mejoraron los aztecas la condición de sus vasallos, sino que, moralmente hablando, hicieron mucho para empeorarla. ¿Cómo puede una nación, donde se combinan estos mismos sacrificios con los de usos de caníbales, progresar en el camino de la civilización? [...] La influencia de los aztecas introdujo sus tétricas supersticiones en países que, o no las conocían, o no las observaban [...] El país era un vasto matadero de hombres.[4]

Incluso Orozco y Berra expresa una dura sentencia:

> La invasión europea vino a poner término al caos; produjose la luz de una manera instantánea, y de la ruina de lo pasa-

[3] Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, vol. II. p. 123.
[4] Prescott, *Historia de la conquista de México*, vol. II, pp. 224-225.

do brotaron los pueblos del Nuevo Mundo [...] Borrarla [a la religión mexica] de la faz de la tierra fue un inmenso beneficio; sustituirla con el cristianismo, fue avanzar una inmensa distancia en el camino de la civilización […] Las artes y las ciencias descubrieron nuevos e inmensos horizontes a la inteligencia de los indígenas, prometiéndoles para el porvenir la mejora, el adelanto, la igualdad con sus señores.

Si Cortés "borró del mundo una civilización, la sustituyó por otra más adecuada y perfecta. Sólo elogios puede merecer por haber contribuido a derrocar una religión tenebrosa y sangrienta, para poner en su lugar las santas doctrinas del Evangelio". [5]

Concluye Orozco y Berra su gran obra con esta frase: "Los castellanos conquistaron ambas Américas y su conquista trajo bien para el adelanto progresivo de la humanidad".[6]

Ya en el siglo XX, José Vasconcelos tampoco simpatizaba con los nativos:

> Nada destruyó España, porque nada existía digno de conservarse cuando ella llegó a estos territorios, a menos de que se estime sagrada todo esa mala yerba del alma que son el canibalismo de los caribes, los sacrificios humanos de los aztecas, el despotismo embrutecedor de los incas. Y no fue un azar que España dominase en América, en vez de Inglaterra o de Francia, España tenía que dominar en el Nuevo Mundo porque dominaba en el Viejo, en la época de la colonización.[7]

5 Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, lib. III, cap. VIII, pp. 549, 578.

6 *Ibid*., Epílogo, pp. 14, 578-582.

7 *Breve Historia de México*, Prólogo, Ed. Botas, México, 1944.

¿Cómo es que llegaron hasta nuestros días estos y muchos otros mitos sobre la Conquista? ¿Cuándo se desarrollaron? ¿De qué manera? ¿Por qué? ¿Por quién? ¿Por qué siguen vigentes? La escritura de este libro fue motivada por la necesidad de esclarecer tales preguntas y de considerar necesario tener una historia tan actualizada y completa como me fuera posible acerca de esa gran gesta que fue la caída de la gran urbe mesoamericana de México-Tenochtitlan.

Para ello he consultado las investigaciones, publicaciones y trabajos de destacados profesionistas de las últimas tres décadas, que han exhibido, capa por capa, la estructura mítica de la llamada "Conquista", que muestran una historia más apegada a la realidad; baste citar como ejemplos, entre otros muchos a Matthew Restall, historiador inglés graduado con honores en la Universidad de Oxford; al neerlandés Michel R. Oudjik y a Rozat Dupeyron, que profundizaron en los estudios historiográficos, analizando cómo es que las fuentes suelen estar influenciadas por tradiciones cuasi históricas-religiosas, o por el grupo étnico al que pertenecían sus autores, o por su interés político, social y económico, al igual que por sus emociones, resentimientos, o deseos, o por enaltecer sus propios méritos, con el fin de obtener recompensas de manos de las autoridades.

La pregunta inicial tras la llamada "Conquista" se expresó así: ¿Cómo fue posible que un puñado de españoles venciera a miles de guerreros indígenas ?, y la supuesta respuesta se convirtió en el punto de partida de las historias y narraciones clásicas, esta pregunta es falsa desde su misma concepción, más bien tenía la finalidad de probar la superioridad de la civilización europea sobre la supuesta barbarie nativa, al considerar que fue debido al gran valor y estrategias de los españoles sin tomar en consideración la invaluable participación indígena.

Esta narrativa clásica se basó desde un principio, y hasta nuestros días, en dos fuentes principales: las llamadas *Cartas de Relación* de Hernán Cortés y la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, muy leídas en su época, retomadas y acentuadas por cronistas e historiadores de los siglos posteriores. Las fuentes de procedencia indígena, al igual que buena cantidad de material de archivo, no fueron publicadas sino hasta fines del siglo XIX o en el XX,[8] por lo que, en síntesis, la conclusión a la que se llegó fue que los "conquistadores" eran grandes hombres, llevados de la mano y favorecidos por la Divina Providencia, con el "sagrado" propósito de imponer el cristianismo en las tierras infieles y paganas, siguiendo así con la tradición europea y española de las Cruzadas y de la reconquista de la península ibérica de manos de los moros.[9] Por su parte, las fuentes cuasiindígenas intentaban entender por qué y cómo había sucedido tal cataclismo, de justificar la participación

[8] Las principales fuentes indígenas fueron escritas en el Valle de México por jóvenes nativos sobrevivientes, alumnos del colegio franciscano de Tlatelolco y por otros cronistas locales, sería prolijo enumerarlas aquí, baste con mencionar que en 2002 se publicó el libro de Guy Rozat Dupeyron, *Indios imaginarios e indios reales en la Conquista de México*, en que, basado en argumentos historiográficos y epistemológicos, afirma que tales textos del XVI y XVII, llamados "indígenas", no lo son en su totalidad: "Hemos concluido que no pudieron ser indios, si se entiende por indios algo diferente a una caricatura producida por el discurso cristiano-occidental", por lo que se acuñó la palabra de fuentes *cuasiindígenas*.

[9] En los siglos XVI y XVII los dos relatos básicos, el de Cortés y el de Bernal Díaz, fueron utilizados básicamente por Francisco López de Gómara, Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco Cervantes de Salazar, Antonio de Herrera, Juan de Torquemada y Antonio de Solís. Siguieron los años de la Colonia; habrá que esperar hasta los inicios del movimiento de Independencia, cuando comenzó a surgir una historia nacionalista, entonces Francisco Xavier Clavijero publicó su *Historia antigua de México y de su conquista*, escrita en el exilio italiano hacia 1780, saliendo a la luz en español hasta 1826.

de sus propias etnias aliadas a los extranjeros y tratar de conservar por lo menos algunos de sus privilegios.

Para seguir el hilo de la narrativa que conduce hasta la actualidad es necesario mencionar las principales obras que la relataron. En 1843 el autor norteamericano William Prescott publicó su *Historia de la conquista de México*, que podría considerarse como la segunda versión completa de la "Conquista", (tomando como primera la de Clavijero). Desafortunadamente se trata de la misma versión clásica, sintetiza a los anteriores cronistas españoles agregándoles una pizca de probanzas (escritos de los conquistadores para reclamar recompensas por sus servicios prestados a la Corona), así como algunas relaciones y cartas. Su plataforma es de nuevo ideológica, argumenta la supremacía del Occidente "civilizado" sobre la barbarie nativa, que, por tanto, podía ser sujeta a la explotación. Su libro se convirtió en un *best-seller*, traducido a varias lenguas y leído por décadas, hasta la fecha.

La obra erudita de un gran historiador mexicano, Manuel Orozco y Berra, publicada entre 1880-1881, en cuatro volúmenes como *Historia antigua y de la Conquista de México*, rescató, al igual que las de José Fernando Ramírez y de Joaquín García Icazbalceta, valiosas colecciones documentales, tomadas de conventos y de archivos, mas fueron poco conocidas en el extranjero.

Para "llenar" el hueco en el tiempo transcurrido desde la publicación del libro de Prescott, un historiador inglés, Hugh Thomas, laureado y muy conocido, publicó en 1993 su libro *The Conquest of México*, traducido a varios idiomas, gozando de grandes ventas, sobre todo en México; sin embargo, repite la misma historia, aunque acompañada de algunas adendas. Como muestra de la opinión de muchos historiadores profesionales que la tildan de eurocentrista y antihispanista y plagada de errores, baste citar la de Matthew Restall:

> A fine example of the longevity of Prescottian perspectives on the Conquest is Hugh Thomas´s *Conquest* […] Thomas's book contains the chief elements of that Conquest perspective running back through Prescott and Gómara to Cortés himself and the *probanzas* of the conquerors. Those elements are the structuring of the Conques into a clear narrative that leads inexorably to victory, an explanation of the Conquest that ultimately testifies to the civilizational superiority of the Spaniards, a glorification of Cortés, and an endorsement of the myth that a few great an exceptional men made the Conquest posible.[10]

En resumen, las historias clásicas de Prescott y de Thomas no son relatos de lo que sucedió, sino más bien de cómo quiere creerse que sucedió, repiten la mistificación del conquistador español, de su supuesta superioridad de armamentos, de estrategia, de cultura, de religión y de tecnología, que triunfa sobre la barbarie, la crueldad y el subdesarrollo nativos, cultivando la falsa imagen del indígena ingenuo, aguantador, paciente en la desesperanza ante su desgracia, resignado ante el arrasamiento y destrucción de su cultura y sociedad, lamentando la muerte de millones de sus congéneres.

[10] Matthew Restall, *Seven Myths of the Spanish Conquest*, p. 18. Que traduzco libremente como: "Un fino ejemplo de la longevidad de las perspectivas prescotianas es el libro *La Conquista* de Hugh Thomas […] El libro de Thomas contiene los elementos principales de la perspectiva de la Conquista que se remontan a través de Prescott y Gómara a Cortés mismo y las *probanzas* de los conquistadores. Estos elementos son la estructuración de la Conquista en una narrativa clara que lleva inexorablemente a la victoria, una explicación de la Conquista que finalmente testifica la superioridad de la civilización española, la glorificación de Cortés, y una ratificación del mito de que unos pocos hombres grandes y excepcionales hicieron posible la Conquista".

El profesor-investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia Guy Rozat Dupeyron lo manifiesta claramente: "En este sentido, no puede sernos indiferente, para una cierta validez del discurso historiográfico americanista, el hecho de que, después de siglos, el discurso sobre América siga siendo hecho en gran parte por 'extranjeros'".[11]

Tras leer el libro de Hugh Thomas sobre la "Conquista" tuve una reacción parecida: una mezcla de incredulidad, desagrado e irritación, que me condujo a escribir *La Conquista de México-Tenochtitlán*, publicado en 2002,[12] de cuyo Prólogo cito mi opinión sobre esta obra de Thomas: "Si bien utiliza en él una amplia documentación, desafortunadamente su enfoque sobre este gran choque entre dos culturas dista mucho de ser satisfactorio, trata el tema con un dejo de frivolidad no exento de cierto desdén despreciativo hacia la parte indígena. Quiero creer que su traducción al español deja mucho que desear, ya que me parece poco probable que un egresado de Cambridge y de la Sorbona haga afirmaciones tan aventuradas como algunas que en el curso de este libro se irán revisando".

Reconozco que aun así no escapé plenamente de la misma trampa, al carecer en esos momentos de los más recientes análisis y algunas fuentes. El presente libro trata de remediarlo, en tanto me es posible, llevando a cabo el consejo del poeta Nicolás Boileau: "Reemprende tu obra veinte veces".[13]

Para emprender la escritura de este libro también escuché las palabras de Enrique Semo: "Nuestros esfuerzos deben ser desde México y para México, la mayoría de los

11 *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, p. 13.

12 Jaime Montell, *La Conquista de México-Tenochtitlan*, 2002.

13 Citado por Patrick Lesbre en su Prefacio a *La construcción del pasado indígena de Texcoco*, México, INAH, 2016.

relatos de la Conquista han sido escritos desde territorios exteriores a América".[14]

Entre mis preguntas ante los nuevos análisis historiográficos estaba la de: ¿Qué hacemos con las muchas fuentes y crónicas principales si están corruptas? ¿Qué nos quedaría de la "verdadera" historia de la "Conquista" si las desechamos por completo? ¿Habría que adoptar la frase de Napoleón de que la historia es una sucesión de mentiras sobre las cuales uno está de acuerdo? Me parece excesiva, en cada mentira puede haber por lo menos un grano de verdad, explorándolas nos podrían ofrecer verdades parciales, para esto tenemos la historiografía. Las fuentes y crónicas expresan ciertas formas de concebir, percibir, representar o tratar de entender los sucesos, es necesario analizarlas con cuidado, interrogarlas de manera conveniente, a fin de llegar a un nuevo y mejor entendimiento, al igual que los muchos documentos menores o mayores de los que algunos suponían ya no tener nada que ofrecer, e incorporar también los que siguen siendo rescatados de los archivos.

Hay que tomar en cuenta que cualquier escrito estará influenciado por el ambiente cultural, social y político de su tiempo, así como por el lenguaje, el pensamiento y los intereses del autor, por lo que hay que tener toda la información posible sobre este personaje: ¿Quién era? ¿Por qué la escribió? ¿Cuál era su ideología, sus motivos? ¿Cuándo la escribió? Más que buscar un relato cronológico y fáctico de la historia habrá que percibir los motivos de su representación del pasado inmediato, de su entorno, de su gente, de su cultura.

En las narraciones cuasiindígenas de los siglos XVI y XVII se manifiesta el conflicto que causó la "Conquista", el gran cambio que provocó en la situación social, religiosa, cultural

[14] Enrique Semo, *op. cit*.

y económica de la clase dirigente nativa, en su añoranza por lo perdido, en su necesidad de justificar su actuación en ese colapso y de mantener o de recuperar privilegios, también son de gran utilidad para saber más sobre su sociedad, y no olvidar que muchas son prácticamente las primeras que tenemos en la rama de la antropología, como los informantes de fray Bernardino de Sahagún o de fray Diego Durán, quienes seguramente no se las ingeniaron para falsear la información contenida en sus obras, recopiladas y escritas con el fin concreto de conocer más a fondo la religión nativa a fin de poder evangelizarlos mejor.

Sin embargo puede ponerse en tela de juicio que sean imparciales, de gran importancia para demostrarlo son las investigaciones de Michel R. Oudjik, quien, tras un arduo trabajo en los archivos, rescató y retomó información sobre la alianza indígena-española, bien expuesta en su libro *Indian Consquistadors* publicado en 2007; y Matthew Restall, quien acuñó la frase de fuentes "cuasiindígenas", luego de mostrar que los relatos considerados como nativos pasaron por las manos de los franciscanos (dos de sus publicaciones son indispensables para desentrañar los mitos de la conquista: *Los siete mitos de la conquista española* (la edición en inglés es de 2003) y *Cuando Moctezuma conoció a Cortés*).[15]

¿Por qué se conformaron tantos mitos? Buena parte de la respuesta hay que buscarla en la pregunta de quiénes son sus beneficiarios, política, económica y socialmente, agregándole el estímulo psicológico de desvanecer la historia confinándola en tales fábulas, simplificando de paso el ciclo clásico de la superioridad europea, y de las potencias occidentales, fomentando la noción reconfortante de calificar a los "otros" como salvajes, bárbaros, diferentes y amenazantes para la cultura predominante y por tanto sujetos a la

[15] México, Penguin Random House, 2019.

dominación y explotación. En nuestro país tales mitos fortalecían el dominio colonial, así como el fuero, el poder y la riqueza del clero y de las clases dominantes, al igual que tras la Independencia, es por ello que la historia clásica fortalecía los intereses de los conservadores, mientras que los liberales prefirieron utilizar la figura de la Virgen de Guadalupe, de Cuauhtémoc, de fray Bartolomé de las Casas, de Motolinía, de Morelos y de Hidalgo, al tiempo que se demonizaba a Cortés y a sus huestes como símbolos de la tiranía española.

Para terminar, cito el final de mi Prólogo de *La Conquista de México-Tenochtitlan*, en palabras del historiador indígena del siglo XVII Cristóbal del Castillo:

> Ruego que te dignes recibir alegremente mi trabajo, todo en la obra, mi labor en que pasé trabajo, en que viví trasnochando todo el tiempo que pasé trabajando... que no fríamente llegué a poner en concierto cuanta cosa he dicho (y) expresado. Que quien (lo hace), bien sabe como (es) dificultosa la relación enquerida y también con que grandísimo trabajo (se hace) la escritura, la investigación de la verdad...[16]

[16] Cristóbal del Castillo, *Fragmentos históricos*... p. 94.

CAPÍTULO I

Coronación de Motecuhzoma Xocoyotzin

Todo florece en tu solio y en tu trono:
La nobleza en medio de la llanura,
La realeza, el señorío se entrelazan con tus flores:
¡Son sólo flores que amarillecen!

ANÓNIMO NÁHUATL[1]

Año de 1502 de la era cristiana, *10-Tochtli* del calendario nativo. En una sala del palacio real de la gran ciudad de México-Tenochtitlan yacía el cuerpo sin vida de Ahuízotl, "Monstruo del agua" (1486-1503),[2] octavo *Tlacatecuhtli*, *Huey Tlatoani*, *Culhuatecuhtli*, gran señor de los mexicas, muerto prematuramente al parecer debido a una enfermedad intestinal que contrajo en una de sus campañas militares.[3]

1 Ángel María Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, vol. I, p. 194.

2 Su nombre, corrompido como *Ahuizote*, ha sido utilizado a manera de sinónimo de persona persistentemente molesta y mortificante, como en los dichos "Fulano es mi Ahuizote", "A nadie falta su Ahuizote"; dos publicaciones críticas al gobierno porfirista fueron llamadas *El Ahuizote* y *El Hijo del Ahuizote*.

3 La fecha de la muerte de Ahuízotl, así como la de la elección de su sucesor, Motecuhzoma, varía en las diversas fuentes: los *Annales históricos de la nación mexicana*, o *Anales de Tlatelolco*, los códices *Telleriano-Remense*, *Vaticano*, *Mendocino* y *Aubin*. Chimalpahin, en su "Séptima relación", así como Mendieta y Clavijero, dan para ella el año de

Ahuízotl había sido amado y respetado por sus súbditos, y temido por sus enemigos.[4] El suyo sería el último funeral real en el que se utilizaría todo el complejo ceremonial tolteca-chichimeca. Tras su reinado, de manera fulminante, como si de un rayo de ira divina se tratase, México-Tenochtitlan sería destruida, su señorío terminado, su población diezmada y subyugada, futuro inimaginable en esos momentos en que el dominio de los mexicas se extendía a lo largo y ancho del México actual.

Durante los casi 17 años de su reinado Ahuízotl, enamorado de la guerra, llevó el poder mexica a su mayor expresión: por el sur penetró hasta Soconusco, en las fronteras con Guatemala; por el norte hasta la región de las Huastecas, colindando con el río Pánuco; por el oeste llegaba a Colima y Acapulco, y por el este el Golfo de México era su límite.[5]

Amante del fausto y de la grandeza, embelleció con nuevas construcciones la capital, Tenochtitlan, para entonces la ciudad más grande del Anáhuac; hasta ella llegaban cuan-

---

1502. Sigüenza y Góngora afirma que la muerte de Ahuízotl ocurrió el 15 de septiembre de 1502. Los *Anales de Cuauhtitlán* la ponen en *11- Ácatl*, 1503; igual lo hacen Chimalpahin en su "Tercera relación", Durán y Acosta. Alva Ixtlilxóchitl, en su "Historia de la nación chichimeca", da el 24 de mayo de 1503. Sigo en este punto a Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. III, p. 368, por considerar esta fecha más acorde con la cronología del reinado de Motecuhzoma, aunque no sin encontrar cierta confusión en su nota 69, p. 364.

4 Se ha dicho que las palabras españolas como *monarca*, *soberano* y *rey* son una conceptualización en español del título de *tlatoani*, y que si los árabes nos hubiesen conquistado utilizaríamos la de sultán; sin embargo, es en español y no en árabe que hablamos; será necesario utilizar esos títulos a fin de evitar la constante y tediosa repetición de la de *tlatoani*.

5 Hugh Thomas aduce que Ahuízotl no realizó conquistas relevantes, mientras que las más importantes de Motecuhzoma hacían llegar tributos de "plumas y arena", vaya esto sin más comentario. Véase *Yo, Moctezuma, emperador de los aztecas*, p. 16.

tiosos y ricos tributos provenientes de los vastos territorios sojuzgados.

Su pueblo, los mexicas, habían llegado del norte; en sus historias narran que su lugar de origen fue Chicomóztoc ("Lugar de las Siete Cuevas") o, en otra versión, de Aztlán ("Lugar de garzas" o "Lugar de la blancura"), de ahí que se les denomine erróneamente como "aztecas"; no se sabe dónde era este lugar, aunque hay algún consenso de que podría tratarse de Mexcaltitlán, en el estado de Nayarit. Otras tribus chichimecas también decían tener su origen en Chicomóztoc antes de la gran migración al altiplano central que se dio masivamente entre los siglos XII y XIII (entre otras tribus chichimecas que decían haber salido de Chicomóztoc antes que los mexicas estaban los xochimilcas, los chalcas, los tepanecas, los acolhuas, los tlahuicas y los tlaxcaltecas). En el valle se nutrieron con los remanentes de las antiguas culturas tolteca y nahua, mantenidas en sitios como Acolhuacan y otros. Los mexicas fueron los últimos llegados tras un largo recorrido en parte del cual dicen haber sido guiados por Mexihtli o Huitzilopochtli y por un líder llamado Tenoch (de allí *mexica* y *Tenochtitlan*). Al encontrar el Valle de México poblado hacia el año 1230 cayeron bajo la servidumbre del poderío predominante de Azcapotzalco, en la que permanecieron hasta alrededor de 1325, cuando se refugiaron en el cerro de Chapultepec, un islote en el lago de Texcoco; aun así, debían pagar tributo y obediencia a los tepanecas de Azcapotzalco, que empezaron a utilizarlos como mercenarios dada su bravura en la guerra. Por 1375 finalmente pudieron tener su propio soberano o tlatoani, Acamapichtli, de los cuales fueron 11 (Motecuhzoma Xocoyotzin sería el noveno). En 1427 vencieron a sus antiguos señores tepanecas gracias a una alianza formada con Acolhuacan y Tlacopan, llamada la "Triple Alianza". Fue así que, en poco más de un siglo, lograron extender su poderío a gran parte de México.

Tras esta breve digresión volvamos al momento en que el cuerpo del tlatoani yacía frío y sin vida mientras los sacerdotes oraban a Tezcatlipoca, pidiéndole por el difunto:

> ya lo habéis puesto debajo de vuestros pies, ya está en su recogimiento, ya es ido por el camino que todos hemos de ir y a la casa donde hemos de morar, casa de perpetuas tinieblas, donde no hay ventana ni luz alguna [...] dísteisles en este mundo a gustar algún tanto de vuestra suavidad y dulzura, como pasándosela por delante de la cara, como cosa que pasa de presto [...] Algunos pocos días le logramos, y ahora para siempre se ausentó de nosotros, para nunca más volver al mundo...[6]

Los lloros de las mujeres de su familia se unían a los de las plañideras oficiales, haciéndoles eco los de la población, a la vez que batían las palmas de sus manos, inclinándose rítmicamente una y otra vez hacia el suelo.[7]

Los mensajeros llevaron con rapidez a todos lados la noticia de su fallecimiento. Los soberanos aliados de México-Tenochtitlan, Nezahualpilli y Totoquihuatzin, señores de Acolhuacan y Tlacopan, respectivamente, se dirigieron apresuradamente hacia la capital mexica,[8] llevando consigo grandes comitivas de nobles y numerosos *tamemes*, cargados de suntuosos obsequios de oro, piedras preciosas, jades, prendas de vestir, mantas ricas y plumajes de variados colores como obsequios para el difunto, para que los usara en el

6 Fray Bernardino de Sahagún, *Historia de las cosas de Nueva España*, vol. II, lib. VI, p. 69.

7 Las fuentes que narran con más detalle las honras fúnebres de Ahuízotl son, principalmente, el *Códice Ramírez*, fray Diego Durán y Fernando Alvarado Tezozómoc.

8 Los señoríos de Tenochtitlan, Acolhuacan y Tlacopan (que los españoles llamaron Tacuba) formaban la llamada Triple Alianza.

más allá; entre éstos no faltaron algunos esclavos, los llamados "acompañadores del muerto", que serían sacrificados de modo que sirvieran a Ahuízotl en el otro mundo.

Por las cuatro calzadas que conducían a Tenochtitlan a través de la laguna entraron también los señores de las ciudades y provincias del Valle de México y de sus alrededores, los de Chalco, Xochimilco, Itztapalapan, Colhuacan, la Chinampa, Cuauhnáhuac, así como de lugares más lejanos: de Tierra Caliente, de Oaxaca, de Chiapas, de todos los sitios dominados por la Triple Alianza, así como de prácticamente todos los señoríos aliados o amigos.

Al llegar cada comitiva ofrendaba sus obsequios al muerto. Sentados en cuclillas le dirigían largos discursos, como si aún se encontrara con vida:

> Señor y rey poderoso: seas muy bien hallado y el descanso y sosiego sea contigo. Ya, señor, has dejado la pesada carga de México y la pesadumbre de sus trabajos [...] Has dejado huérfanos a los señores y grandes de tu reino, y a los viejos y viejas; huérfanos y viudas, y a todos los pobres, que tenían puestos los ojos en ti para remedio de su pobreza. Hazte ido a descansar con tus padres y abuelos [...] Quedó esta ciudad en oscuridad con la falta del sol, que se escondió con tu muerte. Queda el asiento real sin la luz que le alumbraba y esclarecía con tu majestad y grandeza. Queda lleno de polvo y de basura el lugar y aposento del omnipotente dios que tu mandabas barrer y limpiar...[9]

La gran habitación en que yacía el cadáver se fue llenando con los obsequios, unidos a las riquezas personales de Ahuízotl. La

[9] Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. II, cap. LI.

luz de las antorchas se reflejaba en el oro, las gemas, las plumas preciosas multicolores; el humo y el olor del copal inundaban el aposento.

Narra el *Códice Ramírez* que las exequias reales duraban 10 días, en el curso de los cuales las ceremonias eran tantas y tan diversas que casi no se podían enumerar.

Nezahualpilli y Totoquihuatzin vistieron al difunto con sus insignias y ropajes reales: corona de oro y piedras preciosas, ricas plumas atadas al cabello, zarcillos, nariguera, bezote, cadenas de oro con cascabeles, brazaletes, medias calcetas de oro, sandalias. El cuerpo de Ahuízotl fue ungido con un bálsamo llamado "betún divino" y cubierto con elaboradas mantas hechas de ricas plumas. Dentro de la boca le colocaron un jade fino, un *chalchihuitl* representando su corazón; le cortaron un mechón de cabellos de la coronilla, colocándolo en una cajita que contenía algunos cabellos que le habían cortado al nacer. En ellos quedaba, decían, la memoria de su alma.[10]

Descansando sobre grandes pieles de tigres y de venados, el cuerpo fue colocado en ricas andas, cargadas en hombros por los señores principales. Las tristes melodías funerales de los cantores eran acompañadas por instrumentos de percusión y de viento, tambores, caracolas, flautas.

Llegado el momento culminante del ceremonial, los esclavos, que a decir del padre Durán pasaban de 200, vestidos y adornados con ropajes y joyas pertenecientes a Ahuízotl y que formaban parte del ajuar del muerto, cargaron los ricos objetos, colocados en pequeñas petacas, y tomaron su lugar designado en la procesión fúnebre, en la que iban los señores

[10] Fray Toribio de Benavente, Motolinía, *Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella,* II parte, cap. II; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, pp. 302,303; fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. IV, lib. XIIII, cap. XLV.

y sacerdotes de Tenochtitlan, así como los soberanos y nobles visitantes.

La procesión hizo algunas paradas en los lugares preestablecidos hasta penetrar finalmente en el recinto sagrado del Templo Mayor, todo amurallado. Allí fue recibida por los guerreros mexicas formados en escuadrones, cada uno bajo su capitán, ataviados con el vestido y las insignias bélicas que les correspondían según sus hazañas. Los sacerdotes, pebetero en mano, incensaron a su señor muerto. Se inició la lenta ascensión por las 113 gradas de la pirámide, que llevaban hasta el santuario en la cúspide. Una vez en lo alto, el cuerpo de Ahuízotl fue colocado a los pies de la gran estatua del dios Huitzilopochtli, "Colibrí Zurdo, de la Izquierda o del Sur", mientras las lúgubres notas de tambores y caracolas resonaban por toda la ciudad.

Poco después el cadáver fue colocado sobre una pira funeraria hecha con maderas aromáticas y cortezas pintadas, tomadas de ciertos árboles cuyas brasas ardían mejor y duraban más. Las llamas pronto envolvieron el cuerpo. Tocaba el turno de morir a los esclavos que debían acompañar al soberano al más allá, así como a los enanos y corcovados que gustaban de tener los señores mexicas. Posiblemente corrieron la misma suerte gran parte de quiénes le servían en vida, entre ellos algunos sacerdotes, para que le ministraran en el otro mundo.

Uno a uno fueron echados de espaldas sobre el *teponaztli* real. Cinco sacerdotes se encargaron de sujetarlos por las extremidades y cabeza, mientras que el celebrante, con un rápido y certero golpe de su cuchillo de obsidiana, les abría el pecho y extraía el corazón palpitante, humeante aún, ofreciéndolo a las alturas y arrojándolo después a la pira funeraria.[11]

[11] Se ha dicho, como parte del argumento de que los sacrificios humanos fueron un invento de los españoles, que es imposible que una

Las pertenencias de Ahuízotl, así como las ofrendas que le llevaron, fueron echadas al fuego. La gran hoguera ardió toda la noche. Por la mañana las cenizas fueron recogidas, guardadas en finas mantas y colocadas en una olla de barro, que fue enterrada junto con los objetos incombustibles.

Una vez cumplidos los deberes para con el soberano muerto era de vital importancia para los mexicas elegir al sucesor. El señorío no era estrictamente hereditario de padres a hijos, pues tenían preferencia en la sucesión los hermanos del monarca fallecido, tras ellos los hijos legítimos de éstos, y, si no los había, los parientes más cercanos. No se basaban tampoco en la primogenitura, sino que elegían, de entre los posibles candidatos, al que tuviera cualidades de líder y se hubiera distinguido en la guerra. Por lo general tal persona ocupaba, en vida de su antecesor, una de las posiciones supremas en la jerarquía militar mexica, inferiores tan sólo al tlacatecuhtli: la de tlacochcálcatl o la de tlacatécatl. Por lo común quiénes las ostentaban eran parientes cercanos del huey tlatoani.[12]

Dentro de este marco dinástico el soberano era elegido por un Consejo llamado *Tlatocan*, erigido en una especie de "colegio electoral". Formaban parte de él 12 altos dignatarios civiles, militares y religiosos.[13] Por deferencia se escuchada la opinión de los otros dos tlatoanis de la Triple Alianza: los

---

vez extraído el corazón siguiera palpitando; sin embargo, como cualquier médico lo sabe, el músculo cardiaco está hecho de fibra muscular que al separarse del riego sanguíneo fibrila por lo menos durante un minuto, por lo que el corazón podría verse como palpitante.

12 El *tlacochcálcatl*, "El de la casa de los dardos o de las flechas", tenía a su cargo, entre otras funciones, el cuidado del arsenal de la ciudad. Para *tlacatécatl* véase Georges Baudot y Tzvetan Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, pp. 66 y 96, la nota 16.

13 Durán dice que en México los grandes señores eran 12, los cuales, aunados al huey tlatoani, sumaban 13, número simbólico de la cosmología náhuatl.

señores de Acolhuacan y de Tlacopan. Los príncipes, hijos de los soberanos anteriores, así como algunos miembros destacados de la alta nobleza, estaban presentes en las deliberaciones, aunque sin voz ni voto. No había propiamente votaciones, se discutían las cualidades y los defectos de los candidatos y se llegaba a un consenso unánime, más o menos dirigido.[14]

En esta ocasión el Tlatocan inició sus deliberaciones al día siguiente de terminadas las exequias. Ya no vivía ninguno de los hermanos de los últimos reyes, pero sí varios de sus hijos: seis de Axayácatl, "Rostro de Agua" (1469-1481), entre ellos Motecuhzoma[15] y Cuitláhuac; siete de Tízoc, "Aquel que sangra" (1481-86), y varios de Ahuízotl, entre ellos Cuauhtémoc. Varios de estos príncipes eran ya hombres maduros, con cargos en el estado. Los hijos de Tízoc, a pesar de haber sido el hermano mayor de Axayácatl, quedaron descartados debido a la mala memoria que se guardaba de la actuación de su padre como soberano.[16]

A pesar del gran número de príncipes el Consejo llegó rápidamente a una decisión. Nezahualpilli, por ser el de mayor jerarquía, inició las deliberaciones. Tlilpotonqui, el *cihuacóatl*,

14 Motolinía, *op. cit.*, II parte, cap. X; Sahagún, *op. cit.*, vol. II, p. 321; Durán, *op. cit.*, vol. II, cap. LXIV.

15 El nombre ha sido escrito de muchas maneras: *Moteuhzoma*, *Motecusoman*, *Mutezuma*, *Moteczuma*, *Moctezuma*, etc. La forma correcta es la de Motecuhzoma, que significa "Señor ceñudo y respetable", "Aquel que se enoja como Señor", "Nuestro señor airado". Compuesto náhuatl de *mo* = nuestro, *tecuhtli* = señor, *zomali* = enojado o airado. *Xocoyotzin* es un compuesto de la palabra *xocoyotl*, que designa al hijo postrero, y de la partícula *tzin*, indicativa de respeto.

16 Según Alva Ixtlilxóchitl, algunos de los electores preferían a Macuilmalinali, casado con Tiyacapantzin, hija de Nezahualpilli, pero su suegro no lo apoyó por considerarlo menos digno que Motecuhzoma de ocupar este elevado cargo. Macuilmalinali era el mayor de los hijos legítimos de Axayácatl, tenía excelentes credenciales y ocupaba el cargo de tlacatécatl.

"Mujer serpiente",[17] hijo del gran Tlacaélel, enumeró los posibles candidatos, mencionó sus respectivos méritos y pidió a los consejeros no tomar en consideración ni a los niños, ni a los muy jóvenes, ni a los de edad avanzada.

Tlilpotonqui aseveró que, en su opinión, uno de los príncipes estaba adornado de grandes virtudes, su edad era adecuada, tendría 34 años, además había demostrado poseer valor, habilidad y dones de mando en el ejército; ya habían tenido ocasión de notar sus intervenciones en las reuniones del Consejo, dando siempre puntos de vista sabios y acertados. Al ir retocando Tlilpotonqui el retrato hablado iba quedando claro que se refería al sobrino del difunto monarca, un hijo de Axayácatl y de una dama de alto rango de Iztapalapa, nieto tanto de Motecuhzoma Ilhuicamina (1440-1469) como de Nezahualpilli, el tlatoani poeta de Acolhuacan. Se trataba de Motecuhzoma, llamado *Xocoyotzin*,[18] nacido hacia 1467-1468.[19] La decisión del Consejo recayó sobre él.

Su elección irritó los ánimos de varios de los príncipes pasados por alto; entre ellos Macuilmalinali y Cuitláhuac, así como los de sus partidarios, lo cual, si bien por un tiempo no representó un gran obstáculo en el camino de Motecuhzoma, en el futuro, cuando el estado mexica debía estar más unido que nunca para enfrentar a los hombres blancos que pronto llegarían, provocaría una división interna de graves consecuencias.

17 El *cihuacóatl*, que llevaba el nombre de una gran diosa, ocupaba una posición segunda únicamente a la del huey tlatoani, lo suplía en sus ausencias temporales o definitivas, se ocupaba de los ramos administrativos, hacendarios y judiciales y de preparar las campañas militares.

18 Motolinía se confundió con esta sucesión, afirmando que Moctezuma II siguió a Tízoc, véase *Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, "Epístola proemial", p. 9.

19 Walter Krickeberg, *Las antiguas culturas mexicanas*, I.

Motecuhzoma era nativo de Atícpac, uno de los barrios o *calpulli* de Tenochtitlan. De su madre no se sabe prácticamente nada.[20]

Sobre su infancia solamente encontramos un dato, anecdótico, proporcionado por Juan Suárez de Peralta. Dice el cronista que Motecuhzoma era atraído desde chico por cuestiones militares, su diversión preferida era organizar bandas de jóvenes que luchaban unas contra otras mientras él se reservaba el papel de comandante en jefe. A quien mostraba más valor le otorgaba algún distintivo con que se hiciera notar, así como algunos obsequios y buenas comidas; si alguno manifestaba temor o lloraba, lo castigaba, ordenando vestirlo con ropas femeninas, y lo expulsaba de su milicia, llamándole "*quilontontli*, que quiere decir putillo; y niño como era mostraba tan gran señorío, que muy pocas veces lo veían reír, ni inclinarse a juegos a que los muchachos son inclinados".[21]

Fue educado y adiestrado en el *Calmécac*, colegio para los jóvenes nobles, durante el reinado de su padre Axayácatl, a cuya muerte, si ocurrió en 1481, Motecuhzoma tendría 13 años. Sirvió bajo los dos tlatoanis siguientes: su tío Tízoc, hermano de Axayácatl, cuyo reinado fue breve, y su tío Ahuízotl, también hermano de Axayácatl. A lo largo de ambos reinados pasó su adolescencia y entró en la edad adulta.

Sin duda sería testigo de la inauguración del Templo Mayor de Tenochtitlan, remodelado y agrandado por su tío Ahuízotl, celebrado con el sacrificio de miles de prisioneros de guerra.

[20] Hay quien afirma que existía una profecía al respecto de que él sería el último señor de México-Tenochtitlan. Véase Francisco Monterde, *Moctezuma II señor del Anáhuac*, p. 23.

[21] Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias*, pp. 109 y 110.

Bajo el reinado de Ahuízotl empezó a participar en las campañas militares mexicas, con tanta bravura y osadía que esta imagen contrasta totalmente con la de cobardía y pusilanimidad con que se ha venido asociando su figura. En las campañas de Cuauhtlan y de la Huasteca personalmente tomó algunos prisioneros. Por su valentía y acertada decisión en el mando se le encomendó ir a la cabeza de las fuerzas mexicas enviadas por Ahuízotl en auxilio de una caravana de comerciantes, que habían quedado sitiados por enemigos en el Istmo de Tehuantepec.[22]

En las batallas "le habían visto ordenar y acometer algunas cosas que eran de ánimo invencible".[23] Por su arrojo en el combate se ganó la admiración y el respeto de los suyos, llegando a obtener los altos rangos militares de *cuachictin* y de *tlacochcálcatl*.[24] Se casó con una hija del señor de Ehecatépec, antigua ciudad tepaneca, por lo que es factible que este matrimonio le reportara el beneficio de la simpatía del soberano de Tlacopan. A la muerte de su suegro, Motecuhzoma ocupó el cargo de tlatoani de Ehecatépec, también tuvo como esposa a una princesa de Tula llamada Miahuixóchitl.[25] No sabemos qué nexos tendría con Acolhuacan, el otro miembro de la Triple Alianza, mas el apoyo de su soberano, Nezahualpilli, demuestra que los cultivó.

En los últimos tiempos antes de la coronación, su interés parece haberse concentrado en la religión; permanecía enclaustrado por largos periodos en una habitación del complejo del Templo Mayor de Tenochtitlan. Sus devociones y penitencias llegaron a ser tan conocidas y apreciadas que fue nom-

22 Burr Cartwright Brundage, *Lluvia de dardos*, cap. 11.

23 Durán, *op. cit.*, vol. II, 398.

24 *Cuachictin*, *quachic*, "cabeza rapada", jerarquía militar de aquellos guerreros que habían realizado hazañas excepcionales y capturado a seis o más prisioneros.

25 B. Cartwright, *op. cit.*, cap. 11.

brado sumo sacerdote de Huitzilopochtli. Debido a tal comportamiento ha sido tildado por varios historiadores como un fanático religioso, inclinado fuertemente a la superstición; sin embargo, un análisis más profundo demostraría que una de las motivaciones básicas de su personalidad era la ambición por el poder, y que, por lo tanto, sus actividades religiosas no eran tanto una manifestación de su carácter, sino que estaban más bien encaminadas a obtener las simpatías del poderoso sacerdocio, y, por añadidura, las del pueblo, como un escalón más hacia el trono.[26] Sea de ello lo que fuese, el caso es que sus bien cultivadas actividades religiosas llegaron a crear la convicción popular de que Huitzilopochtli se comunicaba con él en la privacidad de su cuarto.

Su carácter era por naturaleza retraído y grave, parco en el hablar, mas cuando lo hacía, tanto en el Consejo como en otras ocasiones, sus palabras eran acertadas, llevando siempre peso, "así antes de ser rey era muy temido y reverenciado".[27]

Cuando se efectuó la reunión electoral del Tlatocan, Motecuhzoma estaba en Toluca (*Tollocan*), provincia matlatzinca donde poseía propiedades heredadas de su padre. Al ser notificado de los acontecimientos se trasladó de inmediato a Tenochtitlan,[28] yendo a sus habitaciones en el recinto del

[26] Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Historia de la nación chichimeca", cap. LXX. Antonio de Solís afirma que Motecuhzoma tenía la ambición de convertirse en huey tlatoani, y que por ello puso todo su empeño en granjearse la buena voluntad de los altos dignatarios, aparentando prestar gran obediencia y veneración a Ahuízotl, cultivando hipócritamente su imagen de religioso, austero y devoto, y procurando dar amplia publicidad a sus fingidas devociones, *cfr*. *Historia de la conquista de México,* lib. II, cap. III.

[27] *Códice Ramírez*, p. 94; Torquemada, *op. cit.*, vol. I, lib. II, cap. LXVIII.

[28] Torquemada, *idem*, dice que, según otra versión, se encontraba en su habitación del templo en esos momentos. Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. LXXXII, escribe que estaba en el Calmécac.

Templo Mayor. Hasta ellas llegaron a buscarle los señores para comunicarle la decisión favorable del Consejo. Lo encontraron barriendo los aposentos sagrados.

Fue escoltado a la sala de reunión del Tlatocan. Entró con suma gravedad, al tiempo que todos se levantaban y le dirigían los saludos ceremoniales. El cihuacóatl tomó la palabra, notificándole que la elección de nuevo huey tlatoani mexica había recaído sobre él.[29]

Siendo los mexicas dados a la retórica, al igual que muchos de los pueblos indígenas, los electores dirigieron a Motecuhzoma largos discursos pertinentes a la ocasión. Nezahualpilli, por ser el de mayor jerarquía, habló primero. Motecuhzoma le prestó gran atención, quedando tan conmovido que al tratar de responder lo intentó tres veces sin poder pronunciar palabra, y al término de su propia intervención, embargado por la emoción, fue ganado por el llanto.[30] Secándose las lágrimas, dirigió una alocución a la divinidad, inclinado hacia tierra, vestido tan sólo con un *maxtlatl*, con palabras similares a estas:

> ¡Oh señor nuestro, humanísimo, amparador y gobernador, invisible e impalpable! Bien sé que me tenéis conocido, que soy un pobre hombre y de baja suerte, criado y nacido entre estiércol, hombre de poca razón y de bajo juicio, lleno de muchos defectos y faltas, ni me sé conocer ni considerar quién soy; habéisme hecho gran beneficio, gran merced y misericordia, sin merecerlo, ya que tomándome del estiércol me habéis puesto

[29] Los relatos que encontramos en las fuentes sobre las varias ceremonias posteriores a la elección del huey tlatoani son confusas, tanto en la secuencia como en el lugar y en la manera en que se efectuaban. Por ello las hilvané de la manera que me pareció más probable.

[30] Una atenta lectura de las fuentes nos permite observar que las lágrimas y el llanto eran una manifestación frecuente de los nahuas en ciertas circunstancias especiales, y que no se avergonzaban de ellas.

> en la dignidad y trono real [...] Cosa sería de gran locura que yo pensase que por mis merecimientos y por mi valer me habéis hecho esta merced [...] Como tengo de llevar esta carga del regimiento de la gente popular, que soy ciego y sordo, que aun a mí no me sé conocer ni regir, porque soy acostumbrado de andar entre estiércol [...] O por ventura, es como un sueño, o como quien se levanta durmiendo de la cama, esto que me ha acontecido [...] ¿Qué haré si por negligencia o por pereza echare a perder a mis súbditos? ¿Qué haré si desbarrancare o despeñare por mi culpa a los que tengo que regir? [...] En vuestras manos me pongo totalmente, porque yo no tengo posibilidad de regirme ni gobernarme, porque soy ciego y soy tiniebla, y soy un rincón de estiércol; tened por bien, señor, de darme un poquito de lumbre, aunque no sea más de cuanto echa de sí una luciérnaga que anda de noche, para ir en este sueño, y en esta vida dormida que dura como espacio de un día, donde hay muchas cosas en qué tropezar...[31]

Junto al brasero sagrado, que ardía en el centro del recinto, estaban armoniosamente dispuestos los ropajes e insignias reales. Los dos monarcas aliados se pusieron de pie, tomaron a Motecuhzoma por los brazos y le llevaron a sentar al trono. Le cortaron el cabello a la manera imperial, le horadaron las narices para pasar por ellas el *acapitzactli*, una piedra delgada y cilíndrica, probablemente hecha de fino jade (o tal vez un canutillo de oro, según dice Tezozómoc); en las orejas le pusieron pendientes de oro y en el labio inferior un bezote, también de oro; le adornaron con un ceñidor muy bordado; sobre los hombros le ataron una manta azul engastada con una miríada de piedras preciosas pequeñas, finalmente le calzaron los pies con sandalias doradas y azules. Una vez ataviado fue in-

31 Sahagún, *op. cit.*, vol. II, lib. VI, cap. IX.

censado y proclamado huey tlatoani de México-Tenochtitlan por los soberanos de Acolhuacan y de Tlacopan.

Motecuhzoma, investido con su nueva dignidad, inició su servicio a los dioses: dio una vuelta alrededor del brasero, pebetero en mano, incensando, particularmente en honor del dios del fuego. Ofreció a las divinidades lo más precioso que tenía: su propia sangre, tomando tres punzones de hueso se sangró las orejas con el hueso de un tigre, los brazos y las piernas con el de un león, y las espinillas con el de un águila, asperjando hacia el fuego las gotas de su sangre. Descabezó también varias codornices, ofrendando la sangre a los dioses.

Terminadas estas ceremonias regresó a su habitación, hay quien dice que a continuar su tarea interrumpida de barrer, donde estuvo recluido por varios días, sin hablar con nadie, esperando, para su presentación pública y su consagración ante Huitzilopochtli en el Templo Mayor, que los astrólogos y los sacerdotes decidieran la fecha más propicia. Mientras tanto en la ciudad se efectuaron los festejos de su elección, noche y día, con grandes bailes y juegos. Cientos de grandes hogueras iluminaban la ciudad durante las horas nocturnas.

Llegado el día designado, la nobleza tenochca fue en búsqueda de su nuevo soberano. En fausta procesión fue llevado al recinto sagrado del Templo Mayor. Motecuhzoma iba vestido sólo con su maxtlatl, casi desnudo; los sacerdotes y dignatarios llevaban las ropas, plumajes e insignias propias del rango del monarca, que le serían puestas en el momento prescrito por el ceremonial. A la cabeza marchaban los tlatoanis de Acolhuacan y de Tlacopan. Todos caminaban en silencio, incluso los instrumentos musicales callaban.

Llegados ante el Templo Mayor, dos señores de alta jerarquía tomaron a Motecuhzoma por los brazos, subiendo con él las empinadas gradas de la pirámide hasta el santuario

situado en la cúspide. Por delante iban Nezahualpilli y Totoquihuatzin, arriba los esperaban el sumo sacerdote y otros altos dignatarios religiosos. Al llegar frente al elevado santuario todos se inclinaron a tocar el piso con el dedo mayor de su mano derecha, llevándolo enseguida a la boca, gesto llamado "tomar tierra", que era utilizado como saludo en señal de respeto o reverencia, o para solicitar protección, o como un juramento de hablar con la verdad.[32]

Dentro del recinto del santuario se colocaron las prendas e insignias reales. El cuerpo del soberano fue teñido con un ungüento negro; enseguida se sentó en cuclillas ante el sumo sacerdote, quien, con un hisopo hecho de cañas y ramas de cedro y de sauce, mojado en agua, asperjó cuatro veces al monarca.

Acto seguido vistieron a Motecuhzoma con el *xicolli*, una especie de huipil de color verde oscuro, tachonado con dibujos de calaveras y de huesos humanos; en la cabeza le colocaron dos mantas, una negra y una azul, también con imágenes de huesos; el rostro le fue velado por una fina tela verde; en los pies le calzaron sandalias de color verde; alrededor del cuello le pasaron unas correas largas de color rojo, de cuyos extremos pendían algunas insignias; y sobre la espalda le colgaron una pequeña calabaza con orlas verdes, llena de

[32] Los españoles llamaron a esta curiosa ceremonia "comer tierra"; en náhuatl es *ontlalcuaque*. Se trataba de una costumbre ceremoniosa que indicaba respeto, un compromiso de decir la verdad, o un pedido de protección. Con un dedo tocaban la tierra y luego se lo llevaban a la boca o a la lengua, G. Baudot y T. Todorov, *Relatos aztecas…*, p. 63. Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista…*, vol. IV, p. 114, dice que a esta ceremonia se le llamaba *tlalcualiztli*. El dedo que llevaban a tierra obviamente no estaba mojado, como afirma Hugh Thomas, *La conquista de México,* p. 212, quien además enfatiza que "antaño era algo que realmente hacían", manifestando sorpresa ante semejante ocurrencia. Véase de este autor *Yo, Moctezuma…*, p. 19.

picietl (tabaco),[33] del que se afirmaba que tenía poder contra las enfermedades y las hechicerías. La corona real, llamada *copilli*, se le pondría hasta el día de la coronación.

Le entregaron una bolsita de tela verde, llena de copal, y un pebetero con brasas. Motecuhzoma, después de sangrarse y sacrificar algunas codornices, incensó con gran reverencia la imagen de Huitzilopochtli y después hacia los cuatro puntos cardinales. Entonces, primero el sumo sacerdote y después otros ministros y señores, con gran respeto y humildad, con suspiros y con lágrimas, le exhortaron:

> Al presente tenemos gran consolación y gran regocijo ¡Oh humanísimo señor nuestro! porque nos ha dado nuestro señor Dios, por quien vivimos, una lumbre y un resplandor del sol, que sois vos [...] por ventura por algún espacio de tiempo llevareis la carga a vos encomendada, o por ventura os atajará la muerte, y será como sueño esta vuestra elección a este reino [...] ¿Qué haréis si en vuestro tiempo se destruye el reino, y vuestro resplandor se volviese en tiniebla? [...] mirad que recibáis con afabilidad y humildad a los que vienen a vuestra presencia angustiados y atribulados; no debéis decir ni hacer cosa alguna arrebatadamente, oíd con sosiego y muy por entero las quejas e informaciones que delante de vos vinieren, no atajéis las razones o palabras del que habla, porque sois imagen de nuestro señor Dios y representáis su persona [...] mirad, señor, que no seáis aceptador de personas, ni castiguéis a nadie sin razón, porque el poder que tenéis de castigar es de Dios [...] hágase justicia, aunque se enoje quien se enojare [...] mirad, señor, que en los estrados y en los tronos de los señores y jueces no ha de haber arrebatamiento, o precipitamiento de obras, o de palabras, ni se ha de hacer alguna cosa con

[33] Designación náhuatl del tabaco, *Nicotiana tabacum*.

enojo; mirad que no os pase por pensamiento decir: Yo soy señor, yo haré lo que quisiere, que esto es ocasión de destruir y atropellar y desbaratar todo vuestro valor, y toda vuestra estimación y gravedad y majestad; mirad que la dignidad que tenéis, el poder que se os ha dado sobre vuestro reino, o señorío, no sea ocasión de ensoberbeceros y altiveceros, mas antes os conviene muchas veces acordaros de lo que fuisteis atrás, y de la bajeza de donde fuisteis tomado para la dignidad en que estáis puesto, sin haberlo merecido; debéis muchas veces decir, en vuestro pensamiento, ¿Quién fui yo y quién soy ahora que nunca yo merecí ser puesto en lugar tan honroso y tan eminente como estoy por mandado de nuestro señor Dios, que más parece cosa de sueño que no verdad?

Mirad, señor, que no durmáis a sueño suelto; mirad que no os descuidéis con deleites y placeres corporales; mirad que no os deis a comeres ni beberes demasiados; mirad, señor, que no gastéis con profanidad los sudores y trabajos de vuestros vasallos [...] mirad que no deis a nadie pena, ni fatiga, ni tristeza; mirad que no atropelléis a nadie, no seáis bravo para con nadie, y que no habléis a nadie con ira, ni espantéis a ninguno con ferocidad.

Mirad, señor, que no volváis a hacer lo que hacíais cuando no erais señor, que reías y burlabais; ahora os conviene tomar corazón de viejo y de hombre grave y severo; mirad mucho por vuestra honra y por el decoro de vuestra persona y por la majestad de vuestro oficio, y vuestras palabras sean raras y muy graves, porque ya tenéis otro ser, ya tenéis majestad y habéis de ser respetado y temido y honrado y acatado [...] advertid, señor, el lugar en que estáis que es muy alto, y la caída de él muy peligrosa.

Pensad, señor, que vais por una loma muy alta y de camino muy angosto, y a la mano izquierda y a la mano derecha hay grande profundidad y hondura [...] sed templado en el rigor, en el ejercitar vuestra potencia, y antes debéis quedar

atrás en el castigo y en la ejecución del rigor, que no pasar adelante; nunca mostréis los dientes del todo, ni saquéis las uñas cuanto podáis [...] las dignidades y señoríos tienen muchos barrancos y muchos resbaladeros y deslizaderos, donde los lazos están muy espesos, y unos sobre otros, que no hay camino libre ni seguro entre los lazos, y los pozos disimulados [...] mirad, señor, que no durmáis a sueño suelto, ni os deis a las mujeres porque son enfermedad y muerte a cualquier varón.

No penséis, señor, que el estado real y el trono y dignidad es deleitoso y placentero, que no es sino de grande trabajo, y de grande aflicción y de gran penitencia...[34]

Motecuhzoma descendió de la pirámide, esta vez al son de tambores, flautas y caracolas. Abajo le esperaba la nobleza mexica, los guerreros y el pueblo en general, para rendirle vasallaje y ofrecerle diversos obsequios. Lo escoltaron después hasta una habitación dentro del mismo recinto del Templo Mayor, donde tendría que permanecer por cuatro días, ayunando y ocupándose en los menesteres sagrados: incensar a los dioses, hacer penitencia sangrándose dos veces al día, orar y meditar. A medianoche tomaba un baño ritual en una alberca dentro del mismo lugar. Pasado ese tiempo vinieron por él los nobles y los guerreros, llevándole con gran alegría hasta su palacio, donde, sentado en el trono, recibió la sumisión de las autoridades de la ciudad y del imperio, en el orden que su rango y categoría demandaba, cada uno de ellos le dirigió algunas palabras.[35]

34 Sahagún, *op. cit.*, vol. II, lib. VI, cap. X.

35 Para una narración más completa de estas ceremonias véase Motolinía, *Memoriales…*, II parte, cap. X; López de Gómara, *Historia general…*, núm. II, p. 298; *Códice Ramírez*; Durán, *Historia de las Indias…*, vol. II, cap. LII; Sahagún, *Historia de las cosas…*, vol. II, lib. IV, cap. XVIII; Alvarado Tezozómoc, *Crónica…*, cap. LXXXII; Torquemada, *Monarquía…*, vol. I, lib. II, cap. LXVIII y vol. IV, lib. XI, cap. XXVIII.

Poco tiempo después mostró tanto sus inclinaciones elitistas como su manía de grandeza al efectuar una extensa reforma de la estructura social y administrativa. Ordenó implementar lo que, curiosamente, se estaba haciendo al otro lado del Atlántico, en España: la pureza de sangre como requisito para ocupar cargos públicos. Debían ser hijos legítimos de la nobleza todos los que sirviesen en ellos y los que tenían algún puesto en su corte.

Ahuízotl, por el contrario, había atendido más a los méritos que a la sangre, creó gran número de nuevos nobles y nombró a varios de origen plebeyo para ocupar altos puestos administrativos, innovación que no dejó de tener sus detractores.

Motecuhzoma mandó llamar al cihuacóatl Tlilpotonqui para comunicarle su decisión. Debía instruir a la juventud noble del Calmécac de modo que sirviesen adecuadamente en sus nuevas obligaciones. Los escogidos debían ser hijos legítimos. Aducía el soberano que si la madre era de baja extracción sus hijos tenderían a imitarla. (Se dice que tal medida provocó que varias decenas de concubinas del soberano decidieran abortar, pues sus hijos carecerían de futuro.)

Seguramente Motecuhzoma tenía cierto recelo de las simpatías de los nuevos nobles guerreros por su antecesor Ahuízotl y por los hijos de éste y calculaba que con esta medida evitaría la posibilidad de traiciones y conjuras en su contra, humillando de paso el poder tanto de esta clase como de la nobleza rancia, de la que mantendría a sus hijos prácticamente como rehenes, asegurándose así su lealtad, y formando, al mismo tiempo, una nueva generación a su antojo, que le debería exclusiva fidelidad.

El cihuacóatl Tlilpotonqui expresó algunas objeciones: una medida tan radical sería tomada como muestra de rechazo hacia los reyes anteriores; la gente del pueblo, sobre todo los pobres y los humildes, no se atreverían a verle ni a

hablarle. Motecuhzoma respondió que eso era precisamente lo que deseaba: ser servido por gente de tanta honra como él, que estando en su presencia, pronto aprenderían los modales y comportamientos cortesanos adecuados, así como la forma correcta de gobernar, preparándose para cuando fuese su turno de hacerlo. Argumentó el tlatoani que los plebeyos no debían ocupar el lugar de los nobles, ni igualarse con éstos, pues los estilos de ambas clases eran muy diferentes. Por ejemplo, si se servía de los primeros en calidad de embajadores, tarde o temprano, por fuerza, lo pondrían en vergüenza, confundirían y trastocarían sus palabras, exponiéndolas en su mal lenguaje, sus modales se prestarían al escarnio; mas si eran nobles impondrían respeto y tendrían la capacidad de expresar el mensaje que se les confiase de manera elegante y discreta. Otra razón que le parecía de peso era que los servidores de monarcas anteriores objetarían constantemente sus órdenes, murmurarían y lo compararían, tanto a él como a sus acciones, con las de sus antiguos amos.

Todos los miembros de su corte, hasta los que efectuaban las tareas de servicio más humildes, deberían pertenecer a la más alta nobleza, ser jóvenes, y por tanto maleables. Un requisito adicional era el de la estatura; para uniformarla entregó al cihuacóatl una vara, los seleccionados deberían tener esa medida; también le ordenó prevenirles que cualquier falta de etiqueta o de comportamiento sería duramente castigada, incluso con la muerte.

Al poco tiempo los jóvenes que cubrían los requisitos fueron presentados al soberano, prosternados por tierra; Motecuhzoma les dirigió unas palabras sobre sus nuevos deberes, ocupándose después por varios días en su instrucción.[36]

[36] Durán relata que no tan sólo despidió de sus puestos a los servidores de Ahuízotl, sino que los mandó matar. Escribe el fraile: "Y no me maravillaría que hubiese usado esa crueldad, porque fue, desde que empezó a reinar, el mayor carnicero que había habido, sólo por ser

Tal manera de gobernar, propia de un déspota oriental, provocó que en el transcurso de la primera parte de su reinado el culto al tlatoani semidivino llegara casi hasta el endiosamiento. Prácticamente nadie podía verle a la cara, bajo pena de muerte; a su paso por la ciudad el pueblo se prosternaba con el rostro hacia el suelo. Tezozómoc asevera que "fue el más temido rey que hubo desde la fundación de Tenuchtitlan".[37]

Ha sido común interpretar esta y otras medidas similares de Motecuhzoma como muestras de un irracional despotismo y de un carácter tiránico; sin embargo, es posible, analizando más de cerca los acontecimientos, ofrecer explicaciones alternas, desechando esta imagen estereotipada al examinar las contradicciones presentes en la sociedad y en el estado mexica de su tiempo, así como las condiciones del imperio.

La constante expansión militar de los mexicas, que alcanzó prácticamente su mayor grado bajo Ahuízotl, auspició, como era lógico que ocurriese, el surgimiento de una nueva nobleza guerrera, que fue suplantando a la de sangre, sobre todo en el reinado de este último soberano, como ya se indicó. Tal acelerada expansión llevó a los mercaderes mexicas, los llamados *pochtecas*, a incrementar sus actividades y riquezas de manera considerable, creándose así los inicios de una nueva clase social que presionaba por participar en el poder, al tiempo que la mayoría de la población acabó por

---

temido y reverenciado", *cfr. Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. II, cap. LIII.

37 *Códice Ramírez*; Durán, *op. cit.*, vol. II, cap. LIII; Alvarado Tezozómoc, *op. cit.*, cap. LXXXIII; Torquemada, *Monarquía…*, vol. I, lib. II, cap. LXIX, aunque coloca esta decisión hasta después de la primera campaña militar de Motecuhzoma; Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, cap. LXXI; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México,* lib. II, cap. III.

depender principalmente de las operaciones militares para mejorar su situación social y económica.

El creciente poderío de México-Tenochtitlan, que había opacado ya al de sus dos aliados, Acolhuacan y Tlacopan, provocaba un creciente temor entre los señoríos que aún se mantenían independientes, preguntándose cuándo sería su turno de ser subyugados, mientras que la pesada tributación que se exigía a los vencidos empezaba a ser una carga demasiado onerosa.

Motecuhzoma tenía que enfrentar las condiciones internas con una postura sólida y enérgica, y las externas con un estado monolítico y fuerte, sin contradicciones que parecieran hacerlo vacilar ante los ojos de los demás pueblos.

Para la coronación pública del huey tlatoani mexica era necesario, de acuerdo con la tradición, que el nuevo monarca obtuviese un buen número de prisioneros de guerra para ser sacrificados durante los festejos. Los astrólogos se encargaron de fijar un día propicio para la ceremonia.

La ocasión pronto se presentó. Al saber del fallecimiento de Ahuízotl, las provincias de Nopalla e Icpactépec[38] se rebelaron, ambas eran de gran tamaño y de considerable po-

[38] Según el *Códice Ramírez* se trataba de provincias remotas, hacia el mar océano. Durán dice que los de Tehuantepec, tras el triunfo mexica, se apresuraron a ir a pagar el tributo que tenían aún pendiente, llevando ricos regalos y reconociendo a Motecuhzoma como su señor, implicando con ello que la campaña sería cercana a esta región, véase *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, II, cap. LV. B. Cartwright, *Lluvia de dardos*, se inclina también por la versión istmeña. Alvarado Tezozómoc afirma que era largo el camino, pero llama a los vencidos "miserables otomies", en nota al pie se dice que eran provincias situadas en el actual Estado de México, véase *Crónica mexicana*, cap. LXXXIV; Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista…*, vol. III, p. 373, escribe que eran provincias otomíes, otoncas, lo cual es más probable.

blación. Estas rebeliones eran de esperarse en los cambios de monarcas de México-Tenochtitlan.

Comenta fray Diego Durán:

> Porque son gente que luego tientan a los recién electos y procuran tomarles el pulso, para ver el brío que tienen, y son en esto tan avisados y astutos, que el que ven de buen corazón y blandas entrañas, como ellos dicen, hacen muy poco caso de él y, en lugar de agradarle, le hacen beber mil hieles.[39]

Ambas provincias se negaron a pagar tributo, llevando su desafío al extremo de matar a los mexicas que estaban en sus tierras y de obstruir los caminos con rocas y troncos de árboles, lo que equivalía a una declaración de guerra, o por lo menos a la intención de no tener relaciones con quienes los transitaban; también fortificaron sus poblaciones principales con gruesos muros hechos de madera, rocas y tierra.

Motecuhzoma llamó a consejo de guerra, con la presencia de los dos reyes aliados de Acolhuacan y de Tlacopan y de los señores principales tanto de México como de las provincias comarcanas. Se tomó la decisión de proceder militarmente contra las dos provincias rebeldes. Era imperativo mostrar la fuerte voluntad del nuevo soberano. Adicionalmente, la campaña serviría para tomar los prisioneros necesarios para su coronación.

Se mandó pregonar en Tenochtitlan que todos los hombres hábiles para las armas se alistasen, ninguno debería quedarse en la ciudad debido a negligencia, descuido o pereza; el castigo sería la vergüenza pública y el destierro. Cada ciudad aliada reuniría sus propios contingentes. El aprovisionamiento para el camino estaría a cargo de las po-

[39] Durán, *op. cit.*, vol. II, cap. LV.

blaciones por donde pasara el ejército, como era costumbre, so pena de graves castigos. Para prevenirlas sobre el próximo cumplimiento de sus obligaciones se enviaban mensajeros unos días antes de la salida del ejército.

Los guerreros, deseosos de congraciarse con el nuevo tlatoani, acudieron voluntarios, alegres ante la oportunidad de obtener riquezas mediante el saqueo y el despojo, así como prestigio militar si lograban capturar vivos a uno o más enemigos o, en su caso, de obtener una muerte bienaventurada en batalla, lo que les daría automáticamente la envidiable condición de acompañantes del sol en su diario transitar por el firmamento. Se presentaron tantos que fue necesario limitar su participación para no dejar despoblada la comarca.

Motecuhzoma iba al frente de sus guerreros, acompañado por Totoquihuatzin, monarca de Tlacopan. El cihuacóatl Tlilpotonqui marchó con ellos durante la primera jornada, a cuyo término Motecuhzoma le ordenó regresar para hacerse cargo del gobierno durante su ausencia. Posiblemente fue en esta ocasión, aprovechando su lejanía de la capital, cuando le ordenó realizar una purga de funcionarios, y también, según dicen algunos cronistas, la ejecución de los preceptores de sus hijos, por razones que no se especifican (tal vez fue debido a un conato de descontento ante las medidas aristocratizantes del soberano).

Motecuhzoma envió espías a Tenochtitlan para verificar el estricto cumplimiento de sus órdenes, cosa que en el futuro acostumbraría hacer con frecuencia.

Ordenó ir ante su presencia al contingente de la población hermana de Tlatelolco, les recordó la derrota que habían sufrido a manos de su padre Axayácatl, en aquella ocasión en que se levantaron en armas contra los tenochcas, y cómo se habían comprometido a pagar un tributo anual a Tenochtitlan, mismo que aún debían. Los tlatelolcas respondieron que los soberanos anteriores, Tízoc y Ahuízotl, no habían

exigido ese pago y le suplicaron recordar que los tlatelolcas y los tenochcas estaban emparentados, eran una sola cosa.

Motecuhzoma respondió sañudo que él no estaba dispuesto a hacer lo mismo que sus antecesores y les exigió el pago de inmediato, pero los eximió del tributo pasado. De inmediato los tlatelolcas echaron mano de los pertrechos que habían traído para la campaña, poniendo a los pies del tlatoani numerosos fardos de comida y de armas; si no lo consideraba suficiente verían de conseguir más, dijeron. La rapidez en el cumplimiento de sus órdenes les ganó el beneplácito real. Motecuhzoma les repartió ropas y armas, les restituyó sus antiguas dignidades, les concedió licencia de participar en las guerras como pueblo independiente bajo sus propios capitanes e insignias, y les permitió reconstruir el templo mayor de su ciudad, pero no los dispensó de seguir pagando tributo. Obtuvo así un fuerte apoyo adicional a su posición, y el decidido respaldo de los pochtecas, que eran en su mayoría tlatelolcas.

El huey tlatoani fue recibido en todas partes con grandes manifestaciones de alegría, real o aparente, en las que se decían prolongados discursos y recibía guirnaldas de flores, obsequios de ropas y mantas de algodón, armas y alimentos; era aposentado en las mejores residencias. Aunque, dando ejemplo de sobriedad, durante toda la campaña se negó a comer de los manjares que le ofrecían, pidiendo en vez la ración militar.

Al llegar ante los muros defensivos de Icpatépec, los mexicas erigieron un campamento dividido en tres partes, una para cada destacamento de la Triple Alianza. Motecuhzoma deseaba ver cómo cada uno luchaba por separado.

Por la noche el tlatoani ordenó que algunos guerreros, escogidos de entre los más valientes y astutos, fueran a reconocer la ciudad enemiga y sus defensas. Encontraron a los guardias del muro principal dormidos, y los decapitaron.

Adentrándose en la ciudad hallaron tan poca vigilancia que pudieron penetrar hasta los mismos hogares, donde se apoderaron de metates y vasijas de barro como prueba de su hazaña, e incluso de algunos infantes que dormían junto a sus madres, envolviéndolos en mantas para sofocar su llanto. El descuido del enemigo era tal que los exploradores pudieron subir a su templo.

Regresaron al campamento mexica poco antes del amanecer, presentaron a Motecuhzoma las varias pruebas materiales de sus proezas y del cumplimiento de su misión y le proporcionaron un detallado informe sobre el estado de las defensas de la ciudad enemiga, de sus entradas y salidas, de la ubicación de sus calles principales y de todo lo pertinente a la logística militar.

El monarca, en señal de desprecio por el gran descuido de los contrarios, ordenó que no dejaran con vida a nadie, así fuese mujer u hombre mayor de 50 años, pues eran esos, dijo, los que fomentaban el espíritu de rebelión entre los jóvenes y les daban malos consejos.

Al tiempo de iniciar el ataque el huey tlatoani iba ataviado con una magnífica divisa sobre la cabeza, en la que se podía ver un ave disecada, de plumería muy rica y relumbrante que parecía ir volando; llevaba un pequeño tambor y un escudo dorados, una sonaja y un *macahuitl*, especie de espada de madera, con filosas hojas de obsidiana empotradas a ambos lados.

Iban por delante los portadores de escalas de cuerdas y de madera necesarias para escalar los muros, así como zapadores. Tras ellos los guerreros avanzaron ordenadamente, formados en escuadrones. Motecuhzoma, parado en lo alto de un muro, de cuando en cuando daba indicaciones o animaba a la tropa tocando su tambor y su sonaja. Su presencia prestó tanto brío y fortaleza a los suyos que, en corto tiempo, los zapadores abrieron grandes boquetes en las defensas;

otros muchos escalaron las murallas y penetraron en la ciudad, donde sembraron el pánico con sus alaridos y gritos de guerra. A su paso incendiaban los techos de paja y de palma y asesinaban a diestra y siniestra. Al llegar al templo le prendieron fuego sin más dilación.

Los sobrevivientes clamaron misericordia, con muchas lágrimas y grandes sollozos, jurando que tributarían lo que se les pidiera. Finalmente, Motecuhzoma se condolió y ordenó que cesara la destrucción. Los señores vencidos le rindieron homenaje y le presentaron el tributo. Las demás poblaciones de esas provincias, al saber del destino de Icpatépec, se presentaron rápidamente a ofrecer su vasallaje, evitando así una suerte semejante.

La cosecha de prisioneros fue cuantiosa, fray Diego Durán menciona 5100, exagerando seguramente. Puestos en colleras fueron enviados por delante, los llevaban con lentitud para que no murieran de fatiga por el camino, alimentándolos bien, como su calidad de ofrenda para los dioses lo exigía. Los mensajeros partieron velozmente a dar aviso, a las poblaciones por las que pasaría de regreso el triunfante Motecuhzoma, de que preparasen su recibimiento. Tras haber nombrado un gobernador en la provincia rebelde el soberano partió a la cabeza de su ejército hacia México-Tenochtitlan, iba llevado en una rica hamaca cargada por principales. La nobleza de cada comunidad a la que llegaban le servía en persona, hecho sin precedentes. El tributo recogido a lo largo de la ruta dobló prácticamente el botín de guerra.

El cihuacóatl Tlilpotonqui y los principales guerreros, dignatarios y sacerdotes, avisados de la cercanía del monarca, se dirigieron a su encuentro. Lo recibieron con grandes manifestaciones de alegría y expresaron discursos parecidos a éste, preservado por el cronista Alvarado Tezozómoc:

> ¡Oh bienaventurados de nosotros pobres, polvo y lodo que somos, que te hemos visto con salud! Vendrás cansado y trabajado de los ásperos caminos, montes, lluvias, aires, soles que has padecido: descansa, señor, hijo y nieto tan amado de los mexicanos.[40]

Desde Tlalmanalco, Motecuhzoma envió aviso a sus servidores del peñón de Tepepulco, donde tenía un lugar de recreación; deseaba ir a descansar en él por unos días antes de entrar a la capital, en lo que constituía una muestra más de su carácter impredecible, ya que la costumbre disponía que entrara de inmediato a la capital mexica a celebrar su triunfo. Acompañado por un gran cortejo de nobles se embarcó rumbo al peñón en una canoa ricamente entoldada, cuyos remeros eran señores.

Tras reposar unos días al fin se dirigió a México-Tenochtitlan. El ejército y los prisioneros lo esperaban en la costa del lago para acompañarle en su entrada triunfal. Entraron a la ciudad por la calzada de Iztapalapa. Motecuhzoma iba en ricas andas cargadas por nobles. Los cautivos, formados en doble hilera, marchaban por delante, obligados a entonar los cánticos de su tierra. A ambos lados de la calzada se alineaban los guerreros veteranos, las "águilas viejas", portando las insignias y vestimentas que habían ganado en batalla; aclamaban a su paso a los triunfadores y ofrecían flores a los cautivos, mientras que los sacerdotes los incensaban, saludándolos como víctimas divinas, hijos del sol, dándoles la bienvenida a la casa del gran señor Huitzilopochtli.

El desfile se adentró por las calles de Tenochtitlan entre la alegría y el bullicio de los festejos populares. La procesión pasó bajo numerosos arcos triunfales adornados con flores. Desde las alturas del Templo Mayor y de los otros santuarios

40 Alvarado Tezozómoc, *op. cit.*, cap. LXXXV.

de la ciudad se dejaban oír los roncos sonidos de las caracolas y el retumbar de los teponaxtles.

Llegados al recinto sagrado los prisioneros desfilaron ante la imagen del dios, ante la cual se prosternaban, llevando un dedo de la mano desde el suelo hasta su boca. Después fueron conducidos hasta una gran sala, el *Cuauhcalco*, o Casa del Águila, desde donde serían repartidos a los distintos barrios de la ciudad, cuyos habitantes se harían responsables de alimentarlos, tratarlos bien y evitar que enfermaran, murieran o huyeran, así como de que no les faltase cosa alguna hasta el día de su sacrificio, so pena de graves castigos.

Motecuhzoma ofreció su homenaje y agradecimiento a Huitzilopochtli, ante quien se sangró y le dejó como ofrenda una buena parte del botín. Una vez en palacio ofreció un magnifico banquete a sus guerreros, gratificando con obsequios a los que más se distinguieron en la campaña, tanto mexicas como aliados, repartiendo los despojos entre ellos. Tras despedirlos entró de nuevo a su retraimiento. En el futuro se dejaría ver muy poco por su pueblo.[41]

Teniendo ya suficientes cautivos se organizaron los festejos para la coronación con un esplendor y boato nunca visto, querían mostrar ante los ojos del mundo el poder y la riqueza tanto de Tenochtitlan como de su nuevo soberano. Partieron las embajadas, compuestas únicamente por nobles, para llevar una invitación a los dos señoríos aliados, Acolhuacan y Tlacopan, así como a muchos otros, tanto tributarios como amigos, incluso a las provincias independientes y enemigas, principalmente Michoacán, Tlaxcala,

41 El desarrollo de esta campaña está expuesto por el *Códice Ramírez*; Durán, *op. cit.*, vol. II, caps. LIII, LV; Alvarado Tezozómoc, *op. cit.*, caps. LXXXIV-LXXXVI; Torquemada confunde los lugares o los tiempos, afirmando que fue conducida en contra de Atlixco, véase *Monarquía indiana*, vol. I, lib. II, cap. LXIX.

Huexotzinco, Cholula y Meztitlán, a cuyos señores se les ofreció toda clase de seguridades mientras permanecieran como huéspedes en Tenochtitlan, y si eran enemigos una tregua por la duración de los festejos.

Algunos señores acudieron en persona, otros enviaron representantes; pocos se atrevieron a desairar al poderoso huey tlatoani mexica. Se previno a los pueblos que estaban en el camino por donde pasaran los invitados de proporcionarles el mejor alimento y hospedaje posibles. Las comitivas fueron llegando a Tenochtitlan, por lo general eran numerosas, pues además de los señores iban también sus servidores y *tamemes* o cargadores.

Motecuhzoma impartió órdenes estrictas de que todos los invitados fuesen tratados con la mayor cortesía y liberalidad. Se les aposentó en espléndidos alojamientos, se les obsequiaron esplendidos regalos; a los de señoríos principales les dieron atuendos completos, distintos para cada día, incluidos los adornos de joyería. Los de señoríos enemigos fueron instalados de modo que, desde sus habitaciones o en lugares previamente preparados, pudieran observar las celebraciones sin ser vistos, evitándoles posibles ofensas por parte de la población; por la noche, si deseaban participar en los grandes bailes de los guerreros, las antorchas serían apagadas para que la oscuridad amparara su identidad.

Tenochtitlan estaba llena a rebosar con toda clase de personas, algunas jamás vistas en la ciudad, llegadas de lugares lejanos. Todas lucían sus mejores galas, despertando la curiosidad y, en algunos casos, la admiración de los mexicas. El tributo que llegaba era enorme. Motecuhzoma se mostró espléndido, como siempre lo fue, en el aprovisionamiento de alimentos, en los obsequios; se dice que diariamente entraban a la ciudad mil tamemes cargados con toda clase de víveres. Los festejos, bailes y representaciones se sucedieron

día y noche, el uso de bebidas fermentadas y de hongos alucinógenos por parte de la nobleza seguramente daría una dimensión extraordinaria a su participación.[42] Las noches eran iluminadas por el resplandor de miles de antorchas prolongando la luz diurna.

La coronación tuvo efecto el cuarto día de los festejos, las crónicas son parcas en sus detalles. Nezahualpilli, Totoquihuatzin y el sumo sacerdote de Tenochtitlan jugaron un papel principal. Motecuhzoma fue ungido con el ungüento divino, vestido con la indumentaria, insignias y adornos reales, y al fin coronado con el *copilli* real, especie de media mitra, atada por detrás de la cabeza bajo la nuca.[43] El tlatoani por su parte juró servir a los dioses, proveerlos de la sangre y de los corazones necesarios para su subsistencia, guardar y aplicar las leyes mexicas y defender su ciudad. Enseguida empezó el sacrificio de varios cientos de prisioneros.

Terminadas las celebraciones, Motecuhzoma, tras cargar de obsequios a los invitados de los territorios hostiles, or-

42 La mayoría de las culturas mesoamericanas han hecho uso de diversas plantas psicotrópicas como un medio de entrar en comunicación con lo divino. Para los españoles fue motivo de escándalo, considerando esta costumbre como un engaño más del diablo. Incluso a autores modernos, como H. Thomas, *La conquista*..., pp. 40 y 79, el propósito religioso de su uso parece escapárseles, así como el gran respeto y ceremonia con que se ingerían. Thomas escribe que los hongos alucinógenos provocaban a los indígenas incontrolable risa y que, mezclados con miel, se convertían en "la carne de los dioses"; el hongo alucinógeno, *teonanacatl*, por sí mismo, sin miel, era considerado como tal. Thomas menciona también que las semillas de una flor, a la que llama *maravilla* (debe de referirse a las de la enredadera llamada *ololiuhqui* en náhuatl), y "las hojas de un cacto llamado peyote", eran "un manjar delicioso" para los chichimecas, como si se tratara de una comida o fruta apetitosa. Es bien sabido que el peyote se ingiere únicamente en ocasión de rituales religiosos, y que su sabor es sumamente amargo.

43 B. Cartwright, *Lluvia de dardos*, p. 11, dice que la coronación fue en el año 1503, en 10-Cocodrilo.

denó que tropas mexicas los escoltaran hasta dejarlos a salvo en sus fronteras, evitándoles así cualquier mal percance. Mandó también dar prendas de vestir a todos los sacerdotes y funcionarios de la ciudad, así como a los viejos, huérfanos, viudas y pobres, como una gracia más de su coronación.[44]

México y el lago de Texcoco

[44] Las ceremonias de coronación pueden verse en el *Códice Ramírez*; Durán, *Historia de las Indias…*, vol. II, cap. LIV; y en Alvarado Tezozómoc, *Crónica…*, caps. LXXXVI-LXXXVIII.

CAPÍTULO II

Motecuhzoma Xocoyotzin

He bebido vino de hongos: llora mi corazón, soy desdichado:
no hago más que sufrir en la tierra.
Pienso en que no gozo, en que no soy feliz,
no hago más que sufrir en la tierra.
Veo con odio la muerte y sufro, ¿qué me resta hacer?
¡Nada ya! Estáis tristes y airados.

Anónimo tenochca[1]

¿Cuál era la situación política de la región en vísperas de la gran lucha que se avecinaba? Para poder comprenderla adecuadamente será necesario darle una breve mirada. El poder dominante era la llamada Triple Alianza, compuesta por los señoríos de Tenochtitlan, Acolhuacan (más conocido como Texcoco, que era su capital) y Tlacopan, que se pactó a fin de enfrentar y vencer al poder dominante del Valle de México: los tepanecas de Azcapotzalco. La juramentaron los tlatoanis Nezahualcóyotl de Acolhuacan, Itzcóatl de Tenochtitlan y Totoquihuatzin de Tacuba, tras varias batallas lograron la victoria en 1430, expandiendo posteriormente sus dominios de manera que más de cuatro-

1 Ángel María Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, vol. I, pp. 148, 197.

cientos *altepeme* cayeron bajo su autoridad, agrupados en 38 grandes provincias.

Motecuhzoma, por su parte, realizó gran número de campañas militares antes de la llegada de los españoles, por lo general con el propósito de sofocar rebeliones. Las provincias independientes de la región de Tlateputzco (Cholula, Tlaxcala, Huexotzinco) ocuparon su atención cada vez más.

Los mexicas afirmaban que no las habían sometido a fin de celebrar con ellas las *guerras floridas*, se dice que eran pactadas de mutuo acuerdo, efectuadas bajo ciertas reglas, ambos bandos tomaban prisioneros destinados a los sacrificios. Fuese esto cierto o tan sólo un pretexto por el gran costo en vidas que implicaría la reducción de estos belicosos pueblos, el hecho es que las poblaciones de esos lugares crecían y prosperaban. Debido a su cercanía con México-Tenochtitlan, representaban una amenaza para sus dominios en la región del valle, ya que, entre otras cosas, podían cortar las rutas comerciales que cruzaban por la región.

En estos señoríos, sobre todo los de Tlaxcala, que eran los mayores y más irreconciliables, encontraban refugio los enemigos de México-Tenochtitlan, fugitivos de sus propias tierras caídas bajo el yugo tenochca. Muchos otomíes, expulsados violentamente de sus poblaciones, fueron atraídos por Tlaxcala, donde les ofrecieron exenciones de tributo y les proporcionaron tierras en sus fronteras con la única obligación de vigilarlas y defenderlas. Los otomíes probaron ser guerreros valerosos y fieles, a pesar de los constantes intentos de los tenochcas por sobornarlos.

Tlaxcala estaba dividida en cuatro *altepeme* o señoríos, confederados pero independientes; cada uno contaba con su propio gobernante: Maxixcatzin en Ocotelolco, Xicoténcatl en Tizatlan, Teohuayacatzin en Quiahuiztlan y Tlehuexolotzin en Tepetícpac.

Fray Diego Durán comenta que tras la elección de Motecuhzoma se incrementaron las batallas entre los *altepeme* tlateputzcas ("los de la parte de atrás" de las montañas), como llamaban los mexicas a las etnias de Tlaxcala y partes de Puebla, y los mexicas, por razones que se desconoce,[2] prolongándose por más de 15 años. La pérdida de vidas, muchas de ellas de los guerreros más valientes, fueron considerables.[3]

Su cronología y su ocurrencia misma son discutidas, las crónicas difieren en su orden, algunas narran sucesos como ocurridos en ciertas campañas, mientras que otras adjudican los mismos hechos a otras expediciones militares.

Como el tema principal de esta obra no es acerca de todo el reinado de Motecuhzoma Xocoyotzin, sólo intentaré proporcionar una idea general de la situación, sin entrar en detalles, como antecedente necesario para entender la caída de Tenochtitlan.

En contraparte a la Triple Alianza, en 1554 se formó otra alianza entre Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula.

Sin embargo, las batallas que se libraron no fueron entre la Triple Alianza y las ciudades tlateputzcas unidas, éstas no presentaban un frente único, por el contrario, en varias ocasiones cambiaron de bando. Los motivos no siempre son claros, cabe la sospecha de que la habilidad de intriga política de Motecuhzoma jugó un papel no desdeñable.

Hacia 1506, la alianza entre Cholula y Huexotzinco terminó con una guerra entre ambos señoríos, llevando Cholula la peor parte, hasta que Motecuhzoma envió tropas para auxiliarla, pretextando su calidad de ciudad sagrada.

2 Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme,* vol. II, cap. LIX.

3 Ver también Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala,* lib. I, cap. XIII.

Unos cuatro años después, en una supuesta guerra florida contra Tlaxcala, que por sus resultados parece más bien haber sido una batalla en forma, los mexicas sufrieron la pérdida de muchos de sus mejores guerreros. El derrotado ejército entró a México-Tenochtitlan en medio del mayor silencio. Motecuhzoma no salió a recibirlos y prohibió que se realizaran las exequias ceremoniales por los caídos.

Hacia 1504-1505 se dio una gran sequía, los registros de los sucesos son tan parecidos a los ocurridos en tiempos de Motecuhzoma Ilhuicamina que surge la duda de que estén duplicados debido a algún error generado por la semejanza en los nombres de ambos tlatoanis. Las cosechas se perdieron, el hambre no tardó en aparecer. Los soberanos de la Triple Alianza abrieron sus graneros al pueblo, pero no fue suficiente. Desesperados, sus habitantes empezaron a vender a sus hijos como esclavos a cambio de víveres, y finalmente emigraron, quedando miles de muertos regados por los caminos. Como en los tiempos de Ilhuicamina, de nuevo fueron los de Totonacapan, en las costas veracruzanas del Golfo de México, quienes sacaron ventaja de la situación comprando esclavos, ya que en su región hubo buenas cosechas.[4]

Motecuhzoma aprovechó esta oportunidad como pretexto para reducir la riqueza de los nobles y con ello su poder e influencia, minando la base de su economía al decretar, como un paliativo a la pobreza causada por la hambruna, que se limitara la prestación de servicios gratuitos de los maceguales en las tierras de los *pipiltin*.

Ya antes había tomado una medida semejante, cuando al igual que los monarcas absolutos europeos, exigió que la nobleza viviera una temporada del año en la capital y al regresar a sus tierras debían dejar como rehenes a algunos familiares, obligándolos así a cubrir fuertes gastos en sus

[4] Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana,* vol. I, lib. II, cap. LXXIII.

palacios citadinos y en las celebraciones y ceremonias de la corte, y guardarle fidelidad al estar ausentes, por temor a que sus parientes sufrieran represalias.

A partir de 1458, la Triple Alianza emprendió la subyugación de las regiones mixtecas y zapotecas, formadas por un mosaico de señoríos independientes en guerra constante unos contra otros. La Alianza buscaba así asegurar la gran ruta comercial hacia Tochtepec, Xicalango y Soconusco, al igual que recibir los tributos de esas ricas tierras, oro, chalchihuites, grana y textiles de algodón.

Fueron necesarias varias campañas a lo largo de tres años para lograrlo. El tlatoani mexica en persona acaudilló una expedición contra Tototepec, en Guerrero. Cuando, tras fiero combate la ciudad cayó, los mexicas efectuaron una masacre; el huey tlatoani mismo, al decir de Alvarado Tezozómoc, estaba "todo tinto en sangre".

Motecuhzoma fue recibido triunfalmente en México-Tenochtitlan, entró a la ciudad con el cuerpo pintado de amarillo, ataviado majestuosamente, adornado con sus insignias y joyas reales. El cihuacóatl le dio la bienvenida, vestido de huipil y enaguas. La procesión se dirigió hacia el Templo Mayor, donde el soberano dio las gracias a Huitzilopochtli por la victoria concedida y le presentó la ofrenda de una rica parte del botín obtenido.

Su sobrino Cuitláhuac, futuro tlatoani, fue nombrado general en jefe de las fuerzas aliadas de la mixteca-zapoteca.[5]

En 1507 llegó a su fin el último ciclo cósmico de 52 años; esta "atadura de años" era la cuarta desde que se había fun-

[5] Durán, *op. cit.*, vol. II, caps. LVI-LVII; Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, caps. XC, XCIIX-CIII; Torquemada, *op. cit.*, vol. I, lib. II, caps. LXIX, LXXV.

dado Tenochtitlan, y sería la última que se celebraría abiertamente en Mesoamérica.[6]

Durante los primeros seis o siete años del reinado de Motecuhzoma los acontecimientos siguieron su curso normal, matizados por el incuestionable poderío de la Triple Alianza, aunque era cada vez más evidente que el equilibrio de poder se inclinaba hacia la supremacía de México-Tenochtitlan. Motecuhzoma tomó el título de *Cemanáhuac Tlatoani*, señor de todo el Anáhuac, equivalente, dentro de su cosmovisión, al de señor del mundo.

Varias crónicas mencionan que hacia 1509 empezaron a surgir rumores inquietantes de que un suceso insólito se aproximaba, rumores acompañados por fenómenos aparentemente sobrenaturales a manera de que una amenaza no bien definida, posiblemente enviada por los dioses, se cernía sobre el Anáhuac. Estas menciones fueran retocadas tras la conquista, preparando el terreno para mitificar el papel supuestamente providencial que jugaron los españoles; son conocidas como los presagios, prodigios o augurios, narrados de diversas maneras por historiadores desde el siglo XVI al presente,[7] habrá que intentar examinarlas a la luz de la historiografía actual, pues cabe la pregunta del porqué de su existencia, de cuál fue su función. Hay ciertas diferencias entre las fuentes, no todas mencionan los mismos, aunque básicamente son similares. Los principales se encuentran

[6] En un ciclo de 52 años, 18 980 días, o "atadura de años", se agotaban las posiciones posibles de los días de los calendarios del *tonalpohualli* (formado por 260 días) dentro del de *xiuhpohualli* de 18 "meses" de 20 días), y viceversa, cada ciclo tenía su nombre, al final se realizaba la ceremonia del fuego nuevo.

[7] No era inusual, por ejemplo, la opinión de Alfredo Chavero: "Desgraciadamente para aquellos pueblos el fanatismo era su único consejero", *apud* Miguel Pastrana, *Historias de la conquista.*

en Sahagún, Tovar y Muñoz Camargo.[8] En náhuatl el término es *tetzahuitl*, traducido como presagio, agüero o augurio, designando algo portentoso y terrible, como una manifestación divina para el devenir.

¿Cuáles fueron estos prodigios? Tomaremos como base a Sahagún. Al parecer hacia 1509-1510, al mismo tiempo que resurgía la guerra con Chalco, que duraría nueve años, se presentó el primero, y el más mencionado. Ya en 1503 y en 1507 las crónicas mencionan eclipses de sol, con el consecuente espanto de los nativos; ahora se dice que se vio aparecer, pasada la medianoche y hacia el oriente, una espesa nube de fuego y de humo blanco de forma piramidal, una "como espiga de fuego", como "llama de fuego", como "aurora", dice el *Códice Florentino*, "como si estuviera goteando, como si estuviera punzando el cielo. Ancha de asiento, angosta de vértice… en el oriente se mostraba", en medio de un gran resplandor, se elevaba desde el mar hacia el cielo, arrojando centellas que semejaban estrellas fugaces y se desvanecía con la luz diurna. A muchos les parecía que la nube tomaba la forma de un gigante blanco. El término náhuatl es *tlemiahuatl*, "espiga de fuego", o *mixpantli*, "bandera de fuego". La duración del extraño fenómeno varía, según la fuente, desde 40 días hasta un año (Sahagún menciona que cuatro años), aterrorizando a toda la población, tomado como un mal agüero de desgracias por venir, posiblemente de malas cosechas y hambrunas.

[8] Me ha sido de gran utilidad la lectura de *Historias de la conquista* de Miguel Pastrana Flores, su análisis es muy completo e interesante, menciona que revisó 28 crónicas de tradición nativa, 6 de las cuales no relatan ningún presagio, más en 16 se mencionan 21 presagios de un modo o de otro, importante es notar que en la más temprana, los *Anales de Tlatelolco*, no hay mención de ellos, y que en las 16 no existe un presagio único que aparezca en todas.

Poco tiempo después, en medio de una noche tranquila, el templo de Huitzilopochtli, en la cúspide del Templo Mayor, empezó a incendiarse. Aparentemente las llamas brotaban del interior mismo de la madera. Alarmados, los sacerdotes encargados de su cuidado despertaron a la gente que acudió con vasijas de agua para intentar extinguirlo, pero mientras más agua le echaban más ardía, hasta que se quemó por completo. No hay que olvidar que el glifo de un templo incendiado significaba la derrota de una población, era un símbolo de guerra, de conquista.

Un tercer presagio fue que en el barrio de Tzonmolco, otro templo, dedicado irónicamente a Xiuhtecuhtli, dios del fuego, fue incendiado por un rayo en una noche en que caía una ligera llovizna, sin haberse escuchado trueno alguno. Xiuhtecuhtli era una divinidad muy vinculada al poder del tlatoani, por lo que este presagio podría simbolizar su muerte o la ruina de su poder.

Se dice que la alarma se generalizó con un cuarto presagio: la aparición de un cometa de larga cauda que parecía tener tres cabezas; se movía de poniente a oriente, lanzando a su paso innumerables centellas que caían como lluvia de brasas. Según el *Códice Florentino*: "cayó un fuego en tres partes dividido; salió de donde el sol se mete; iba derecho viendo a donde sale el sol como si fuera brasa, iba cayendo en lluvia de chispas; larga se tendió su cauda; lejos llegó su cola". Sahagún comenta que un cometa puede presagiar la muerte de un tlatoani o de un principal, o la guerra y el hambre.

Un quinto presagio afirma que las aguas del lago burbujeaban como si hirvieran, inundando muchas casas.

El sexto fue que por las noches, en Tenochtitlan, se escuchaba gemir y llorar angustiadamente a la diosa Cihuacóatl, exclamando: "¡Mis muy queridos hijos, ya llega nuestra partida, ya estamos a punto de perdernos! ¡Oh, hijos míos! ¿A

dónde os llevaré para que no os acabéis de perder? Ya ha llegado vuestra destrucción". Motecuhzoma encargó a la gente de su ciudad que, si por casualidad alguien la veía por la noche, le preguntara el porqué de su llanto. Cihuacóatl por lo general pronosticaba miserias, trabajos, fatigas, penas.

Se dio la confusión entre un personaje de muchos cuentos populares que era llamado Malintzin, identificándolo con la Llorona; hasta la actualidad esa mítica Malintzin figura en cantidad de bailes en festivales nativos.

Desde entonces, por siglos, la leyenda de la Llorona ha deambulado por la geografía de México, provocando el espanto de niños y adultos.

Tras la Independencia, la Malintzin o Marina heroica empezó a ser sustituida por la Malinche traidora. Para la segunda mitad del XIX el mito iba tomando forma. Torquemada menciona que Cihuacóatl, primera mujer del mundo, dio a luz a mellizos, solía aparecer vestida de blanco, cargando una pequeña cuna en la espalda, sus gemidos y llanto eran de mal agüero. Hay dos menciones en Sahagún, una habla de una mujer vestida de blanco "como una dama de la corte", otra la que anunciaba la caída de México-Tenochtitlan. Algunas crónicas mencionan que con grandes lloros y gritos, los pobladores proclamaban el próximo fin del mundo.

Motecuhzoma mandó traer a su presencia a astrólogos, hechiceros, encantadores y adivinos para que interpretaran esos fenómenos; ninguno supo darle una explicación convincente, o tal vez no se atrevían a darle malas noticias al temido monarca. De todos modos, el tlatoani, enfurecido ante su aparente ineptitud, ordenó arrojarlos en prisión y que se tapiasen las puertas y ventanas de sus celdas, para que perecieran de inanición.[9]

[9] Fray Toribio de Benavente, Motolinía, *Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, I parte, cap.55; Francisco

Según fray Juan de Torquemada, una revelación extraordinaria aclararía muy pronto las dudas de Motecuhzoma, el tono católico es obvio, aun así, abreviándola un poco es como sigue: Papantzin, "Señora Mariposa", una de sus hermanas, viuda del señor de Tlatelolco, tras sufrir una seria enfermedad fue dada por muerta. El huey tlatoani acudió a su entierro acompañado por varios nobles principales. La dama iba a ser sepultada en una bóveda bajo tierra, cubierta por una ligera losa en el mismo jardín de su casa. Con gran alarma de sus parientes Papantzin fue vista al día siguiente en el jardín, dijo que había resucitado y mandó a su mayordomo comunicar a Motecuhzoma que estaba viva y le rogaba venir a verla, pues tenía cosas muy importantes que decirle. El mayordomo, temeroso de la cólera real, no se atrevió a cumplir el encargo.

Papantzin lo envió entonces a la capital acolhua a llevar el mismo mensaje a su tío Nezahualpilli. El soberano acudió a su llamado. Convencido de la veracidad del caso se ofreció a hablar con Motecuhzoma. El tlatoani mexica se mostró muy sorprendido, jamás había sabido de nadie que resucitara, por lo que accedió en ir a ver a su hermana. Una vez en su casa se sentó junto con Nezahualpilli en la cama de Papantzin, mientras los nobles que los acompañaban permanecían de pie, escuchando el relato que les hizo.

Papantzin afirmó que no había muerto, sólo había caído en una especie de trance. Al recobrar la conciencia se encontró encerrada en la bóveda, pero logró levantar la losa y salir. Durante su trance tuvo una visión: estaba en un valle tan

---

López de Gómara, *Historia general de las Indias,* núm. II, pp. 211-212; *Códice Ramírez*, p. 103; Georges Baudot y Tzvetan Todorov, "Códice Florentino", pp. 59-61; Muñoz Camargo, *op. cit.*, lib. II, cap. I; Alvarado Tezozómoc, *op. cit.*, cap. C; Torquemada, *op. cit.*, vol. I, lib. II, cap. LXXVI; Chimalpahin, "Séptima relación"; Fernando Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, t. II, cap. LXXII.

extenso que parecía no tener fin, en medio del cual pasaba un camino principal del que partían numerosos senderos, a un lado serpenteaba un río caudaloso cuyas aguas turbulentas corrían con estruendo. Al intentar vadearlo para pasar al otro lado se le apareció un joven resplandeciente, alto, de ojos verdes y pelo amarillo, vestido con una larga túnica blanca, de sus espaldas salían un par de alas iridiscentes y mostraba en su frente lo que parecía una figura. Papantzin la describió gráficamente, haciendo con los dedos la señal de la cruz.

El joven, tomándola de la mano, le dijo que aún no era tiempo para ella de cruzar ese río. La condujo por el valle, en uno de cuyos parajes vio muchos huesos y cabezas que se quejaban como si padecieran un gran dolor. Observó lo que parecían ser grandes canoas navegando por el río desde el oriente, muchas personas iban a bordo, vestidas de extraña manera, llevando curiosos sombreros en las cabezas y pendones en las manos, proclamaban ser hijos del sol.

Su joven guía le dijo que sería testigo del gran cambio que sobrevendría en su tierra, gozaría de una fe nueva y verdadera, traída por las extrañas gentes que había visto. Habría guerras encarnizadas entre ellos y los suyos, que finalmente serían vencidos, los recién llegados conquistarían los señoríos nativos. En cuanto a las cabezas y huesos que gemían, se trataba de los antepasados de Papantzin, que se lamentaban de no haber podido conocer la nueva fe.

Motecuhzoma escuchaba absorto a su hermana sin interrumpirla. Abandonó en silencio el aposento al final del relato, no quiso volver a verla nunca más. Los nobles opinaron que Papantzin estaba loca y deliraba.

La princesa vivió en adelante de manera muy recatada y austera, siendo la primera que recibió el bautismo en Tlatelolco con el nombre de doña María Papan, era buena cristiana y acabó sus días loablemente. Fray Bernardino de Saha-

gún afirma que "Esta historia se sacó de pinturas antiguas y se envió por escrito a España, y fue cosa muy cierta entre los antiguos y Papan muy conocida en este pueblo".

El buen fraile sólo dice que una mujer mexica, a la que no nombra, murió de enfermedad, fue enterrada en el patio bajo unas piedras. Resucitó al cuarto día, "con grande espanto y miedo de los que se hallaron allí", pues se abrió el sepulcro y las piedras cayeron lejos (los paralelos con la muerte y resurrección de Jesucristo son obvias), luego fue a casa de Motecuhzoma, le dijo que la causa de su resurrección era contarle la visión que tuvo sobre que "en tu tiempo se acabará el señorío de México y tú eres el último señor", vendrían otras gentes a gobernar y poblar. El fraile afirma que la mujer vivió 21 años más y tuvo un hijo, por lo que es de suponer que volvería a casarse. Francisco Javier Clavijero aboga por la verdad de este suceso, del que dice "fue público y estrepitoso, ocurrido en presencia de dos reyes y de toda la nobleza mexicana", asevera que la princesa fue bautizada en 1524.[10]

En cuanto a los augurios se han dado múltiples explicaciones sobre las posibles causas de estos fenómenos, atribuyéndolos a aerolitos, auroras boreales, erupciones del Popocatépetl, catalepsia, etcétera. Hay quienes afirman que

[10] Fray Bernardino de Sahagún, *Historia de las cosas de Nueva España,* vol. II, lib. VIII, cap. I; Torquemada, *Monarquía…*, I, lib. II, cap. XCI. Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista,* I, lib. V, p.137, sigue a Torquemada. Curiosamente, Alva Ixtlilxóchitl, en el cap. XCI de su "Historia de la nación chichimeca", relata una historia prácticamente idéntica, cambiando sólo los personajes: a Motecuhzoma por Tangoaxán, soberano de Michoacán, y a Papantzin por la hermana de Tangoaxán. El hecho sucedió en una ocasión en que los mexicas pidieron ayuda a los purépechas contra los españoles. El cronista asevera que tomó el relato de las relaciones y pinturas del reino de Michoacán, además de que lo oyó contar a Constantino Huitzimengari, nieto de Tangoaxán y señor de Michoacán.

nunca sucedieron, que fueron imaginados y escritos tras la Conquista, pues en ellos se perciben paralelos con otras guerras y acontecimientos del Viejo Mundo, narrados por autores clásicos grecorromanos, muchos de cuyos libros ya eran accesibles en México durante las primeras décadas de la Colonia.

Como se mencionó más arriba, en náhuatl el término para estos portentos es *tetzahuitl*, traducida como agüero, presagio, augurio, pero que tiene también otras connotaciones: cosa escandalosa, espantosa, asombrosa, temerosa, inusitada; igualmente *tetzahuitl* puede ser una manifestación divina, un anticipo de las cosas por venir, expresado de manera ambigua y oscura. Los *tetzahuitl* no se dieron sólo en estos momentos, curiosamente también los hubo con frecuencia al inicio de la historia de los mexicas, durante su peregrinaje. Estos "presagios" no son, pues, ajenos a la mentalidad nativa, y podrían tomarse como indicativos del inicio y del fin de la historia de los mexicas.[11]

Sin duda, si no todos, por lo menos algunos de estos prodigios ocurrieron; en los anales de otras culturas contemporáneas se encuentra registrado el paso de cometas en esos años.[12]

11 Para una información más amplia véase Miguel Pastrana Flores, *Historias de la conquista*. Pastrana hace notar que, tras revisar 22 crónicas de tradición indígena, no se encontró ningún presagio en 6 de ellas; en el resto hay 21 diferentes presagios, aunque ninguno aparece por igual en todas ellas, siendo el más constante el de la "bandera de nubes" o "espiga de fuego", con variantes. En cambio, en la obra más temprana, los *Anales de Tlatelolco*, no se menciona ningún agüero.

12 En 1500 un cometa fue reportado en Italia: la grande Aste. En 1505-1506 un cometa fue visto en China, Japón y España, en este país se interpretó como un anuncio de la muerte de Felipe el Hermoso. Hay reportes de otros en 1512, 1514 y 1516, este último se tomó como presagio de la muerte del rey Fernando el Católico. *Cfr*. Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. III, lib. III, cap. XI; Hugh Thomas, *La conquista de México*, p. 70.

Algunos de los fenómenos reportados seguramente fueron sólo ecos, exagerados y magnificados, de un temor indudable e indefinido, entre buena parte de los señores y la población mesoamericana, que tendrían su origen en los rumores y las vagas referencias que corrían sobre la llegada de extraños seres a tierras americanas.

Cristóbal Colón navegó por las islas del Caribe a partir de 1492 (y posiblemente otros antes que él), después los españoles siguieron explorando estas nuevas tierras y poblando algunas. Hacia 1509, época en que en el Valle de México se empezó a hablar más de los prodigios, Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa consumaron en el Darién el primer intento serio de colonización de Tierra Firme. Poco después, los sobrevivientes del naufragio de una embarcación que navegaba del Darién a Santo Domingo, entre ellos Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, lograron llegar a la costa yucateca, donde fueron capturados por los mayas.

Al parecer, según reporta el cronista Antonio de Herrera y Tordesillas, en un viaje de exploración Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón avistaron, en 1506, tierras del Golfo de México, y seguramente fueron vistos por los nativos desde la costa.

Si bien todo esto ocurría en tierras alejadas del Valle de México, es muy probable que los contactos fuesen más numerosos y constantes de lo que generalmente se supone, sobre todo por medio de los pochtecas, quienes, además de mercancía, llevaban también información.[13] El persistente rumor de que los sucesos que se avecinaban

[13] Es extraordinario hasta qué distancias podía viajar la información oral; si es de creerse un comentario de R. Gordon Wasson, la existencia de los nahuas era conocida por los ojibway, pueblo algonquino, en lugares tan lejanos como los Grandes Lagos, en la frontera actual entre Canadá y Estados Unidos, véase *El hongo maravilloso: teonanácatl*, México, p. 12.

vendrían desde el oriente, en cuya dirección efectivamente se encontraban los españoles, constituye un buen argumento a favor de esta hipótesis.

Los cronistas españoles del siglo XVI interpretaron estos fenómenos como avisos enviados por la misericordia de Dios a los indígenas para que se arrepintieran a tiempo de sus pecados. Todavía en la segunda mitad del siglo XVIII, el jesuita Francisco Javier Clavijero, si bien admitía que podría tratarse de avisos divinos, opinaba que la creencia generalizada en Mesoamérica sobre el regreso de Quetzalcóatl, o la llegada de extranjeros que se harían con el señorío, también podía ser explicada como una injerencia diabólica: Satanás, consciente de los progresos europeos en el arte de navegar, pudo "fácilmente conjeturar" que esto los llevaría a descubrir y a conquistar América, "y no es inverosímil que lo predijese a la nación consagrada a su culto".[14]

Varias crónicas insisten en que el carácter de Motecuhzoma sufrió una tendencia progresiva hacia la religión, motivado supuestamente por su temor a que los cambios que vaticinaban estos fenómenos sucediesen en su tiempo.

En estos momentos los mexicas detentaban el mayor poderío conocido hasta entonces en Mesoamérica. El dominio de la Triple Alianza, que era cada vez más el dominio de México-Tenochtitlan, comprendía casi 50 señoríos del Valle de México, variables en riquezas y en sus relaciones políticas y tributarias con la Alianza; más allá del valle su poder se extendía por cerca de 400 poblaciones, ciudades y señoríos tributarios, situados en 38 provincias, cubriendo unos 1200 kilómetros cuadrados.

[14] Clavijero, *Historia antigua…*, I, lib. V, pp. 137-138, probablemente basó sus comentarios en la opinión expresada por Torquemada, que decía cómo el demonio, al ver a los españoles establecidos en La Española, debió prever que tarde o temprano extenderían su dominio al continente. Véase *Monarquía indiana*, vol. I, lib. II, cap. XC.

Los límites de sus dominios eran: en el centro los *altepeme* de Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula; al norte el río Pánuco, más allá del cual estaban las tierras chichimecas, el señorío independiente de Metztitlan (poblado con una mezcla de nahuas y otomíes) en el estado de Hidalgo y el territorio purépecha en Michoacán; y al sur, en la costa del Pacífico, cerca de Tehuantepec, estaba Yopitzinco, dominio yopi, y las tierras mayas, con la excepción de la provincia de Soconusco hacia Guatemala. Gozaban también de libertad partes de la Huasteca, de la Mixteca y de la Zapoteca.[15]

Para entender a cabalidad el porqué de la caída de México-Tenochtitlan es necesario tener conocimiento de la situación política y social imperante en el momento de la llegada de los españoles. Como ya se indicó, la Triple Alianza inició en 1430, cuando los mexicas, unidos con los acolhuas, vencieron el poder hegemónico de los tepanecas de Azcapotzalco; a ambos señoríos se integró también el de Tlacopan en una liga formal.[16] La Alianza era llamada *excan tlatoloyan*, o "tribunal de tres sedes".

Los tres tlatoanis fungían como jueces en un tribunal que rotaba su sede entre las tres capitales, cuyo objetivo era solucionar los conflictos internos tanto de los tres señoríos como de los que estaban bajo su dominio. También era una alianza militar que velaba sobre la seguridad común ante posibles ataques de otros poderes y que buscaba aumentar sus dominios. Pronto se convirtió en una maquinaria bélica inédita en Mesoamérica que hizo fluir hacia sus componen-

15 Walter Krickeberg, *Las antiguas culturas mexicanas*, I; J. Monjarás Ruiz, *Revista de Arqueología Mexicana*, sept-oct 1995, vol. III, núm. 15, p. 2025.

16 H. Thomas califica al señor de Tlacopan como "pobre reyezuelo" al que nadie hacía caso, y cuyos "súbditos apenas si suman doscientos", ¡muy pocos en verdad para uno de los poderes de la Triple Alianza! Véase *Yo, Moctezuma, emperador de los aztecas*, p. 17.

tes muchas riquezas; no pretendían una anexión territorial, sino sólo la tributación, el acceso a recursos naturales valiosos, la apertura comercial a su favor y el control de los mercados principales. Su "protección" era pagada mediante la subordinación política y el tributo del que dos quintas partes eran para Acolhuacan, dos para Tenochtitlan y una para Tlacopan. A los señoríos sojuzgados generalmente se les permitía mantener sus propios gobernantes y leyes, aunque no quedaban libres de intromisiones abiertas o encubiertas de la *excan tlatoloyan*. Estaban obligados a tributar, a permitir el paso de los comerciantes aliados por sus tierras y auxiliar a la Alianza con guerreros y mantenimientos, para supervisarlos se tenía a los llamados *calpixques*; en algunas ocasiones los aliados mantenían guarniciones militares en lugares estratégicos.

Los mexicas fueron tomando ventaja de su poderío militar, dirigiendo las campañas hacia las regiones que más les convenía. Sin embargo, siempre con el pretexto de "causa justa" para justificar las campañas de dominación, que generalmente tomaban la forma de alguna agresión a sus embajadores o comerciantes, ya fuera real o maquinada.

Su dominio no era absoluto, existían síntomas de una rebeldía y una resistencia crecientes ante la imposición del pago de tributos y, en ciertos lugares, de gobernantes peleles. Servía de freno a las revueltas el temor a las brutales represalias ejercidas contra los rebeldes contumaces y al incremento del tributo si la rebelión fracasaba.

Motecuhzoma contribuyó poco al engrandecimiento monumental de su ciudad, ya que después de la reconstrucción realizada por Ahuízotl no quedaba mucho por hacer, o tal vez porque le faltó tiempo. Sus principales construcciones religiosas se limitaron a un templo de forma redonda, con un elevado techo cónico cubierto de paja dedicado a Quetzalcóatl, frente al Templo Mayor, y a varios templos menores dentro del recinto

sagrado; posiblemente también a él se debió el enlosado del patio de estos santuarios y un adoratorio, llamado el *Coatecoalli*, "Casas de los diversos dioses", que a manera del Panteón del emperador Adriano, albergaba a las divinidades de los pueblos sojuzgados.

Es posible que la famosa escultura monumental en piedra que representa a Coatlicue (actualmente en el Museo Nacional de Antropología de la Ciudad de México) haya sido ordenada por Motecuhzoma para colocarla en un nuevo santuario dedicado a la Madre Tierra, que mandó construir hacia 1506. La estatua tiene grabada en su base la fecha 1-Conejo, que celebra el cierre de un ciclo de 52 años, por lo que debió ser esculpida en 1455 o en 1507.

Al parecer el tlatoani mexica tenía la intención de efectuar una reconstrucción más del Templo Mayor. Según los *Anales de Cuauhtitlan*, deseaba construir en su cima un santuario cubierto con láminas de oro e incrustado de piedras preciosas; si ese fuera el caso tampoco tuvo tiempo para ello.

Hernán Cortés, asombrado y admirado por las riquezas de Motecuhzoma, comentaba al emperador Carlos V, en su Segunda carta de relación: "hay tanto que escribir, que certifico a vuestra alteza que no sé por dónde comenzar que pueda acabar de decir alguna parte dellas"; escribe que los palacios y mansiones eran "tales y tan maravillosos que me parecería casi imposible poder decir la bondad y grandeza dellas [...] mas que en España no hay su semejante".

Aunque sea prácticamente imposible, como asevera Cortés, hacer una descripción detallada, es necesario ofrecer, por lo menos, una idea aproximada, así sea tan sólo para visualizar mejor los acontecimientos posteriores.

Motecuhzoma mandó construir un palacio para su uso personal en el lado oriental de la plaza ceremonial del Templo Mayor, conocido posteriormente como las "casas nuevas", para diferenciarlas del palacio de Axayácatl, o "casas

viejas". Se dice que tenía 20 puertas de entrada y que contaba con cien aposentos de unos ocho o nueve metros de largo cada uno, agrupados alrededor de tres grandes patios, en uno de los cuales había una hermosa fuente (el agua llegaba mediante un caño que se desviaba del acueducto de Chapultepec), además había varias salas y salones donde se reunían las diferentes órdenes guerreras, cada una en el suyo, sufriría graves castigos quien entrase en la que no le correspondía. A decir de Cortés, los salones estaban decorados con figuras de tamaño natural, manufacturadas con grandísimo arte, hechas de oro, plata, gemas y plumería, representando, menciona, a todos los animales del cielo y de la tierra.

En la llamada Casa de las Aves había especímenes de toda clase de pájaros, cada uno en su hábitat especial, repartidos en 10 estanques, unos de agua salada y otros de agua dulce; las aves de rapiña se mantenían aparte, en amplias jaulas. Trescientas personas se encargaban de alimentarlas y cuidarlas. Cruzaban el recinto corredores y miradores desde donde las aves podían ser observadas. A las de plumas preciosas, se les quitaban una vez listas para ser utilizadas en el culto y en el adorno personal, de manera que pudiesen crecer otras.-

En otro sitio estaba la Casa de las Fieras, dedicada a los animales salvajes, sobre todo a los de presa, como jaguares, ocelotes, lobos, coyotes, zorros, gatos monteses, a cuyo cargo había otros 300 servidores. Las partes del cuerpo de los sacrificados que no se ingerían en los festines rituales se les arrojaban a estos animales, se dice que consumían 500 guajolotes diarios. Había también en esa casa toda clase de serpientes, guardadas en tinajas y en cántaros; además, en habitaciones separadas, seres humanos con alguna deformidad congénita, como enanos, albinos y jorobados.

Motecuhzoma gozaba de diversos lugares de recreo, provistos de jardines, estanques y canales, en los que abun-

daban animales y plantas seleccionadas por su belleza, exotismo o utilidad, como en el caso de las plantas medicinales; los árboles frutales y las hortalizas se cultivaban en otros sitios a los que poco iba. En Chapultepec, uno de los lugares favoritos de recreo de los tlatoanis mexicas, crecían orquídeas y flores exóticas. Desde un mirador en la cima, el tlatoani podía contemplar la ciudad de México-Tenochtitlan y buena parte del valle. En Huaxtepec, mantenía un gran huerto, mandado hacer por su abuelo Motecuhzoma Ilhuicamina, con un espacioso estanque y plantas exóticas. Era muy aficionado a la cacería, de la que disfrutaba de cotos de caza en bosques y montañas, privados y cercados.

Todos estos zoológicos y jardines eran para su uso y el de sus familiares e invitados; la entrada estaba prohibida al resto de la población.[17]

En el palacio de Motecuhzoma pululaba multitud de *pipiltin*, se habla de hasta seiscientos, cada uno con sus servidores, por lo que los tres patios y parte de la calle solían estar llenos de gente y de actividad.

La vida palaciega había alcanzado niveles altamente refinados de comportamiento y de protocolo. Cortés menciona en su Segunda carta de relación que:

> Eran tantas y tan diversas las ceremonias y maneras que este señor en su servicio tenía, que era necesario más espacio que yo al presente tengo para las relatar, y aun mejor memoria para las retener, porque ninguno de los sultanes ni otro nin-

[17] Hernán Cortés, Segunda carta de relación; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general de las Indias,* lib. XXXIII, cap. XLVI; Motolinía, *op. cit.*, cap. 53; López de Gómara, *op. cit.,* II, pp. 112-114; *Códice Ramírez*, p. 100; Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. I, cap. XVI.

gún señor infiel de los que hasta agora se tiene noticia no creo que tantas ni tales ceremonias en su servicio tengan.

El comportamiento cortesano estaba estrictamente reglamentado, cualquier falta era severamente castigada, sobre todo en lo concerniente a la casi deificación del huey tlatoani, a quien, exceptuando un estrecho círculo de familiares y señores, a nadie estaba permitido ver a la cara. Cuando salía por la ciudad, lo que no solía hacer con mucha frecuencia, las calles por las que pasaría eran barridas cuidadosamente. Todo el que se encontrase en su camino debía prosternase a su paso, y, como dice Motolinía: "estaban hasta que pasaba como frailes en gloria patri". Después de la muerte de Motecuhzoma, cuando los españoles que no le conocieron preguntaban a los indígenas sobre su figura, decían no saberlo, puesto que nunca le habían podido ver.

Al salir iba transportado en andas ricamente adornadas, antecedidas por un noble que anunciaba su proximidad, llevando en las manos tres varas altas y delgadas; si el soberano descendía de las andas le daba una de ellas, a manera de cetro. Nunca ponía los pies en la tierra, pues, además de llevar sandalias, a su paso extendían largas telas de algodón.

Cuando daba audiencia nadie podía entrar calzado, ni presentarse con los vestidos y adornos que definían su estado social, sino que debían cambiarlos por burdos tejidos de henequén. A los grandes señores les hizo la concesión de conservar sus prendas en tiempo de frío, pero tenían que cubrirlas con una manta de henequén.

Los solicitantes debían hacer tres reverencias, al tiempo que se aproximaban a la presencia del soberano, acompañadas respectivamente por una salutación verbal: *tlatoani*, *notlatocatzin*, *huey tlatoani*; es decir: señor, señor mío, gran señor.

Permanecían en cuclillas a cierta distancia del trono, con la cabeza inclinada y la vista dirigida al suelo; desde allí exponían su petición en tono de voz bajo y mesurado. En muy contadas ocasiones respondía en persona, y en esos casos, según dice Torquemada, sólo murmuraba de manera apenas audible un "ajá" en señal de aquiescencia. Los funcionarios, que permanecían de pie a su lado, respondían la petición. Al retirarse debían caminar hacia atrás, sin dar la espalda, efectuando de nuevo las tres reverencias y salutaciones. Torquemada comenta que el soberano mexica "vino a hacerse respetar tanto que ya casi no parecía hombre en la reverencia que le hacían, sino un dios adorado".

Basados en las descripciones de Bernal Díaz, quien lo conoció bien, y de López de Gómara (Cortés nunca ofreció un retrato hablado del tlatoani), puede decirse que Motecuhzoma era de complexión proporcionada, de buena estatura, delgado (según el *Códice Florentino* "más bien flaco, un flaquito"), de piel morena aceitunada, pelo largo, mas no excesivamente, apenas si le cubría las orejas; de rostro un poco alargado, luciendo una barba muy rala, según López de Gómara la formaban sólo seis pelillos de un jeme de largo; Bernal menciona que sus barbas eran "bien puestas y ralas"; Cervantes de Salazar agrega que tenía los ojos oscuros y el pelo muy negro y reluciente. Era ágil y ligero, practicaba la arquería, la natación y todos los ejercicios guerreros. Su porte era majestuoso y grave, así como su mirada, aunque en ocasiones mostraba afecto y alegría.

Cuando no estaba cumpliendo sus funciones ceremoniales podía ser afable y gracioso, tenía fama de buen orador, de pronunciar palabras sabias. Gustaba de permanecer encerrado en su palacio o en el templo, pero también era dado, aunque no con frecuencia, a las fiestas, los placeres y las mujeres, de las que se dice que tenía entre mil y tres mil, número que posiblemente incluya a las guardianas y servidoras de

su harén. Sus esposas y concubinas eran escogidas de entre las hijas más hermosas de los nobles. Se ha dicho que en una ocasión tenía hasta 150 de ellas embarazadas. Las visitaba tan reservadamente que sólo algunos de sus servidores se enteraban, pues estaban prácticamente recluidas; las faltas de decoro hacia ellas eran severamente castigadas, por muy ligeras que fuesen. Entre sus esposas principales estaban una hija del rey de Ehecatépec; una princesa de Tula, Miahuixóchitl; una hija del rey de Tlacopan, Totoquihuaztli; y una hija del cihuacóatl Tlilpotonqui.

Una de las manifestaciones principales del refinamiento de una corte imperial suele materializarse en el protocolo de las comidas, en ellas el ceremonial de Motecuhzoma no distaba mucho del de Luis XIV. Consistían, dependiendo del cronista consultado, de cientos o de miles de platillos, llevados con gran ceremonia por 300 o 400 jóvenes de la nobleza hasta una gran sala decorada con pinturas; bajo cada plato se colocaba un bracerito para mantenerlo caliente. Tenía vajillas de oro y plata, aunque raramente las usaba, considerando indigno de su rango usar una vajilla dos veces; renovarla en oro o en plata era muy costoso, así que por lo general se utilizaban unas de barro fino, colorado y prieto, generalmente manufacturada en Cholula y destruidas tras su uso.

Cuando entraba al comedor señalaba con el dedo, o con una varita, los platillos que deseaba ingerir. En ocasiones preguntaba, o le decían, de qué ingredientes estaban compuestos algunos, o cuál podía estar mejor elaborado. Fernández de Oviedo, con la denigración a veces manifestada en los encuentros con la otredad, hace la peregrina observación de que comía niños guisados, mientras que Bernal Díaz asevera que, entre tantos platillos, los españoles no se daban cuenta si había algunos que incluyesen carne humana. Fray Diego Durán, no siendo menos, afirma que la comía todos los días, para lo que mataban diariamente a un esclavo: "Y

esta era la mayor pitanza o potaje que él tenía y a su mesa se servía". Cervantes de Salazar, mejor informado, declara que comía "carne humana pocas veces, y había de ser de la sacrificada y aderezada por extremo, y lo que dicen de los niños es burla"; lo mismo enfatiza Torquemada, quien escribe que pocas veces comía carne humana, "como quisieron, falsamente, imputarle algunos que ni lo supieron ni lo entendieron, sino por mala voluntad que les tenían concebida a los indios". Antonio de Solís hace mención de los platillos reales: "algunos de ellos tan bien sazonados, que no sólo agradaron entonces a los españoles; pero se han procurado imitar en España".

Se sentaba sobre una almohada pequeña sobre un banco bajo con respaldar labrado y pintado; la mesa era de poca altura, provista de manteles y servilletas blancas.

Los platos que escogía eran servidos por sus mujeres más hermosas, que le llevaban también tortillas de maíz recién hechas,[18] parte de las cuales eran amasadas con huevo y otras cosas; además mucho chocolate[19] y toda clase de fruta, de la que solía ingerir poca, siendo ordenado en el comer, más bien tendiendo a la parquedad.

[18] La palabra *maíz* deriva del vocablo taíno *mahís*.

[19] El chocolate es originario de Centroamérica, su cultivo se extendió por Guatemala, El Salvador y la costa pacífica de Soconusco. La palabra, que ha pasado casi sin modificaciones a muchos idiomas, posiblemente provenga de la voz náhuatl xocolatl, compuesta por *xococ*, agrio, y *atl*, agua, es decir "agua agria". Con cacao y agua sin endulzar se confeccionaba una bebida que estaba reservada a la nobleza. Las semillas de cacao se usaban también como moneda. Bernal Díaz recoge el rumor de que Motecuhzoma usaba el chocolate como afrodisiaco, aunque "entonces no mirábamos en ello", *Historia verdadera…*, vol. I, cap. XVI. Ahora se sabe que el chocolate, como el alcohol, la nicotina, la marihuana, el sexo, la cocaína y la heroína, eleva considerablemente el nivel de una sustancia común en el cerebro, la dopamina, un neurotransmisor que provoca sentimientos de placer.

Antes y después de la comida sus mujeres le escanciaban agua para enjuagarse las manos, en el transcurso de la misma le acompañaban de pie unos cinco o seis señores ya viejos, con los que platicaba de vez en cuando, o a quienes hacia preguntas y a los que, en ocasiones, como muestra de gran favor, ofrecía algún bocado de su plato. Un biombo de madera repujada en oro lo separaba de los cortesanos presentes que guardaban absoluto silencio, la comida se amenizaba con música.

Después de comer Motecuhzoma reposaba, al tiempo que lo divertían sus enanos y corcovados, "muy feos" según Bernal Díaz, así como bailarines, cantores, poetas y saltimbanquis. Era muy solicitado el espectáculo de malabarismos hechos con palos manipulados con los pies. O bien se entretenía con algún juego de salón, como el *patolli*. Con frecuencia le ofrecían tres cañutos pintados y dorados, contenían liquidámbar mezclado con tabaco; tomaba uno aspirando el humo, que lo adormecía.[20] Posteriormente comían los cortesanos.

Si el tiempo era frío, el comedor se calentaba con brasas de una madera especial que no produce humo y es aromática, se colocaba ante el brasero una mampara labrada de oro para que el calor no le diera directamente.

La pulcritud era una de sus manías: cambiada de vestimenta dos o tres veces al día y nunca volvía a ponerse las usadas. Se bañaba diariamente (lo que causó gran asombro a los españoles) y exigía una limpieza absoluta, tanto en sus palacios como en los templos y en la misma Tenochtitlan.

Conocía a fondo la teología de su época, con especial interés por la filosofía, la astrología y la poesía. Extremada-

[20] El liquidámbar es un estoraque o bálsamo extraído del *ocotzolcuahuitl* o liquidámbar americano (*Liquidambar styraciflue*). Esta trementina fue muy utilizada por los nahuas como incienso. *Cfr*. Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, p. 136.

mente inflexible en la aplicación de las leyes, sobre todo las religiosas, y sus castigos, hasta para las faltas menores, eran muy severos.

Tenía la costumbre de disfrazarse para observar desapercibidamente cómo aplicaban las leyes sus funcionarios. Si los encontraba en faltas o aceptando sobornos, la pena era grave, llegando hasta la muerte, aunque se tratara de alguno de sus parientes. Alvarado Tezozómoc recoge una anécdota que ilustra su carácter: estando el soberano en uno de sus palacios de recreo, buscando distracción, partió sin compañía a cazar pájaros con su cerbatana; llegó a un sembradío en el que, regocijándose al ver el maíz tan lozano, cogió dos mazorcas, enseguida, dando el ejemplo en el cumplimiento de las leyes, entró a la choza del dueño para pedir permiso de llevárselas, la encontró vacía; el propietario lo había estado observando en secreto. Haciendo como que se encontraba por casualidad con Motecuhzoma, tras hacerle una profunda reverencia, le preguntó si él mismo no había dictaminado pena de muerte para quien robase una mazorca. Al recibir una respuesta afirmativa se atrevió a inquirir cómo es que el tlatoani quebrantaba sus propias leyes. Motecuhzoma intentó devolverle las mazorcas, el labriego se negó a recibirlas, protestando que tanto ellas, como él y toda su familia estaban a su disposición, solamente había querido jugarle una broma. El tlatoani le obsequió su manta, engarzada de gemas. A su regreso a palacio, al verlo sin ella, le preguntaron, preocupados, por su paradero; respondió que lo habían asaltado y robado. Alarmados e indignados quisieron ir de inmediato en busca del ladrón, Motecuhzoma los tranquilizó y les prohibió hacerlo. Poco después envió en busca del campesino con órdenes estrictas de no perturbarlo. El pobre hombre llegó muy atemorizado. El tlatoani manifestó que ese hombre era más valeroso y sincero que todos los ahí reunidos, ha-

biendo osado reclamarle quebrantar la ley, y había hablado con verdad, así quisiera que se la dijeran ellos, en vez de las zalamerías de costumbre. Envió al campesino a Xochimilco, cuyo señor era pariente suyo, con órdenes de que le diesen una buena casa. Todavía en tiempos de Alvarado Tezozómoc los descendientes del atrevido campesino se enorgullecían al decir que eran deudos de Motecuhzoma.[21]

Procuraba por todos los medios a su alcance que la gente no estuviera ociosa; siquiera los más pobres y enfermos, que, para que se ocuparan en algo, tenían que reunir, a manera de tributo, cierta cantidad de piojos, lo que constituía por lo menos una buena medida de higiene.

Era generoso hasta la esplendidez, obteniendo placer en gratificar adecuadamente los servicios prestados. En Culhuacán instituyó una especie de asilo para los veteranos de guerra y del servicio público, donde eran servidos y atendidos como gente de valía.[22]

21 H. Thomas, *La conquista...*, p. 84, afirma que Motecuhzoma, "al igual que todos en su reino, no se preocupaba por los seres humanos". Aparte de que todas las generalizaciones son absurdas, este ejemplo que proporciona Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. LXXXIII, lo contradice. Es obvio que Thomas no leyó los *Huehuetlatolli*, ni las numerosas pláticas y consejos morales y de comportamiento para casi todos los aspectos de la vida mexica, que se encuentran en Sahagún y varias otras fuentes del siglo XVI, y que si fuesen observados hoy en día no se infringirían tan brutalmente los Derechos Humanos en tantos lugares del mundo.

22 Fernández de Oviedo, *op. cit.*, lib. XXXIII, cap. XLVI; Cortés, *op. cit.*; Motolinía, *op. cit.*, cap. 53; López de Gómara, *op. cit.*, II, pp.107-115; *Códice Ramírez*, p. 100; G. Baudot y T. Todorov, *op. cit.*, p. 79; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. IV, caps. III-V; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. I, cap. XVI; Durán, *op. cit.*, vol. II, caps. LII-LIV; Alvarado Tezozómoc, *op. cit.*, caps. LXXXIII, CIII; Torquemada, *op. cit.*, vol. I, lib. II, caps. LXXIV, LXXXVIII, LXXXIX; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. III, cap. XV.

En este tiempo se menciona otro presagio: Motecuhzoma, deseoso de superar a todos sus antecesores, quiso colocar en el templo de Huitzilopochtli una piedra sacrificial más grande y mejor labrada que la anterior. Ordenó que se buscara por todas partes una adecuada para tal propósito y la encontraron en la provincia de Chalco, cerca de Amequemecan, donde fue labrada por los mejores canteros. Cuando quisieron llevarla a México-Tenochtitlan por medio de rodillos de madera y fuertes cables, encontraron, con gran sorpresa y espanto, que no sólo no lo lograban, sino que la piedra les habló, diciendo que ya había pasado el tiempo para esas cosas, pues el Señor de todo lo creado no quería que siguiesen haciendo sacrificios humanos.

Notificado de tal portento, Motecuhzoma envió a sus sacerdotes, que hicieron grandes ceremonias y ofrendas a la piedra, hasta lograr, tras repetidos ruegos, que accediera a ser movida un trecho; la misma historia se repitió por dos o tres veces antes de llegar con ella a la calzada de Iztapalapa, donde, al tratar de pasarla por el puente de Xoloc, las vigas se rompieron y la piedra cayó al fondo del lago. Vanos fueron los esfuerzos de los buzos por localizarla, desapareció sin dejar rastro. Posteriormente las aguas del lago empezaron a burbujear como si hirvieran, levantándose, sin causa aparente, olas tan grandes que derribaron e inundaron varias casas de Tenochtitlan. Aquí encontramos un paralelo entre la piedra y el poder.

Otro presagio, que podríamos llamar el séptimo de Sahagún, es aún más elaborado, ocurrió un día en que los pescadores del lago cogieron un ave muy extraña, nunca vista, del tamaño de una grulla o de un águila, de color pardo. Debido a su rareza la llevaron ante Motecuhzoma, que estaba meditando y haciendo penitencia en el *Tillan Calmécatl*, "Casa de estudio mágico", "lugar donde abunda lo negro", donde se refugiaba en la adversidad y en la tris-

teza. Estaba dentro del recinto del Templo Mayor y era un templo dedicado a la diosa Cihuacóatl, que anunciaba las calamidades, posiblemente fue allá para que sus sacerdotes le aclararan los presagios anteriores.

El tlatoani examinó al ave. Dice el *Códice Florentino*:

> era medio día. Como un espejo estaba en su mollera, redondo como rodaja de huso… allí se veía el cielo, las estrellas, el Mastelejo [*mamalhuaztli*]. Y Motecuhzoma lo tuvo a muy mal presagio […] cuando vio por segunda vez la mollera del pájaro, nuevamente vio allá, en lontananza, como si algunas personas vinieran de prisa; bien estiradas; dando empellones. Se hacían la guerra unos a otros y los traían a cuestas unos como venados.

Sahagún describe en el libro XII un ave maravillosa, muy rara, parecida a ésta, llamada *Cuatezcatl,* "Espejo de la cabeza", que auguraba la guerra y en su espejo se veía qué resultados tendría ésta. En cuanto al Mastelejo dice Sahagún que era la constelación del Toro, otros optan por la de Géminis o por las estrellas del cinturón de Orión, que quizás marcaban el comienzo o final de algún ciclo celeste y terrestre; en náhuatl se nombraba "*mamalhuaztli*", que también designaba un instrumento de dos palos para hacer fuego, utilizado en ciertas ceremonias, como la del fuego nuevo, que marcaba el fin de un ciclo; era también una de las armas de Huitzilopochtli, se dice que el dios la utilizó en el momento en que los mexicas surgieron a la luz, y al final de la lucha contra los españoles, intentando, por medio de ella, revertir los resultados, como veremos más adelante.[23]

[23] Según imagen del *Códice Azcatitlan*. El *mamalhuaztli* es usado una vez más poco antes de la caída de Tenochtitlan.

Motecuhzoma mandó llamar a los sacerdotes del templo, cuando éstos trataron de observar el fenómeno el ave desapareció.

Por ese tiempo ocurrió un octavo presagio: se encontraron seres humanos con dos cabezas, o dos hombres unidos en un solo cuerpo, que se esfumaban al ser llevados ante Motecuhzoma.[24]

Por otra parte, Durán y Tezozómoc mencionan otros agüeros, con semejanzas y diferencias entre ambos. Antes de los presagios que describe Sahagún, Nezahualpilli que poseía en Texcoco un observatorio y era gran estudioso y observador de las estrellas, así como de los agüeros y misterios en general, acudió a visitar a Motecuhzoma en Tenochtitlan, donde sostuvieron una larga plática; según Tezozómoc esto ocurrió tras un enfrentamiento con Huejotzingo, que el acolhua tomó como una advertencia divina de que algo extraño, maravilloso y terrible ocurriría durante el reinado de Motecuhzoma, por lo que el mexica debía permanecer alerta y preparado para enfrentarlo con fortaleza: en unos pocos años más sus ciudades serían destruidas, los señores y sus hijos perecerían, sus vasallos serían diezmados y subyugados.

Motecuhzoma se mantuvo incrédulo. Nezahualpilli, para probar la veracidad de sus palabras, lo retó a un juego de pelota, apostándole su señorío de Acolhuacan contra tres guajolotes. El juego sería a tres tantos. Motecuhzoma aceptó y ganó los dos primeros tantos, con lo que se alegró, jactándose de sentirse ya señor de los acolhuas, a lo que Nezahualpilli respondió que más bien lo veía sin ningún reino, pues con él terminaría el señorío de los mexicas. Acto

[24] *Códice Ramírez*, pp. 102-104; G. Baudot y T. Todorov, *op. cit.*, p. 61; Durán, *op. cit.*, vol. II, cap. LXVI; Muñoz Camargo, *op. cit.*, lib. II, cap. I; Alvarado Tezozómoc, *op. cit.*, cap. CII; Torquemada, *op. cit.*, vol. I, lib. II, caps. LXXIX, XC.

seguido, anotó, uno tras otro, tres tantos.[25] Durán escribe que Nezahualpilli visitó al mexica y le comunicó que algo extraño y maravilloso sucedería en su tiempo, decretado por la divinidad.[26]

Motecuhzoma, atemorizado, pues bien sabía que Nezahualpilli no era ningún charlatán, decidió pedir la opinión de un hechicero de gran fama, que nunca salía de su casa. Su respuesta coincidió con las predicciones de Nezahualpilli. Encolerizado, el tlatoani mandó decirle que si sus palabras eran verdaderas él mismo sería el primero en morir, ordenando-que derribaran la casa del hechicero encima de él.

El tlatoani, convencido de que su muerte estaba próxima, quiso que se esculpiera su imagen en el peñasco de Chapultepec, junto a las de sus antecesores. Varios cronistas insisten en que iba todas las semanas a verla, cayendo en un estado tan melancólico que las lágrimas brotaban fácilmente de sus ojos.[27]

Regresemos ahora al estado que guardaba la situación política, que si bien es un antecedente de la intervención española, tendrá repercusiones cuando ésta suceda. Celoso de la fama y del prestigio de Nezahualpilli, Motecuhzoma ansiaba

25 H. Thomas dice que Nezahualpilli era "falso, vengativo e histérico", y de aspecto "sucio, desarreglado y despeinado", aseverando que llevaba "sus supersticiones a extremos absurdos"', tan absurdos como contar "frenéticamente" las notas cantadas por los pájaros, ¡llegando hasta unas 3 000!, creo que sobran los comentarios, véase *Yo, Moctezuma, emperador de los aztecas*, pp. 18,91.

26 Existe un paralelo de esta historia en la "leyenda de los Soles", en la que se narra como ya no habiendo más gente en *Tollan*, Huémac, su último señor, jugó a la pelota con los *tlatoque*, dioses de la lluvia, quien ganara recibiría chalchihuites y plumas de quetzal, Huémac triunfó, pero le entregan elotes, que rechaza, entonces en *1-Técpatl* "desapareció el tolteca" y entró Huémac al *Cincalco*.

27 *Códice Ramírez*, p. 101; Alvarado Tezozómoc, *op. cit*., cap. CII; Torquemada, *op. cit*., vol. I, lib. II, cap. LXXVII; Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, t. II, cap. LXXII.

ser el único e indiscutido señor del Anáhuac, no perdía ocasión de minar la fuerza de Acolhuacan, único poderío que le hacía sombra en el Valle de México. Con Tlacopan mantenía buenas relaciones, tenía el cargo de tlatoani de Ehecatépec, por su matrimonio con una hija de Totoquihuatzin, señor de Tlacopan. Además, el poderío de este tercer miembro de la Alianza era menor y más manejable.

Existían diversos motivos de fricción entre Motecuhzoma y Nezahualpilli: el tlatoani mexica le guardaba profundo rencor debido a que el acolhua mandó ejecutar a su propio hijo, Huexotzincatzin, que era su sobrino, en castigo por piropear a una esposa de su padre, a pesar de que Motecuhzoma le había pedido expresamente que lo perdonara (dice Torquemada que en penitencia Nezahualpilli se encerró en una sala por 40 días, paralelo bíblico obvio); le pesaba también el ajusticiamiento de su hermana, Chalchiunenetzin, consorte lujuriosa de Nezahualpilli, ejecutada públicamente de manera afrentosa debido a sus múltiples amoríos; además le reclamaba el caso de su suegro, Tezozómoc, señor de Azcapotzalco, acusado de adulterio, delito gravemente penalizado, y al que los jueces mexicas, presionados por Motecuhzoma, condenaron tan sólo al destierro y a la pérdida de sus bienes, mas Nezahualpilli, a quien correspondía en última instancia juzgar la causa, lo condenó a muerte, enviando a sus ministros a ejecutarlo. El acolhua, por su parte, consideraba al soberano mexica culpable de haber planeado la muerte de algunos de sus propios hermanos que le hacían sombra para subir al trono, así como de numerosas intrigas políticas en contra de Acolhuacan.

Motecuhzoma planeó aminorar la fuerza militar acolhua por medio de una traición, y, de ser posible, deshacerse de una vez por todas de Nezahualpilli. El soberano acolhua deseaba pasar sus últimos años en paz, gozando de lo que le proporcionaba placer y alegría; siendo poco inclinado a la guerra,

procuraba evitarla en lo posible. Hacia 1515 Motecuhzoma le reprochó su actitud pacifista, los dioses estaban indignados por la poca cantidad de sacrificios humanos, dijo, y era urgente efectuar una guerra florida contra Tlaxcala, en la que ambos monarcas encabezaran personalmente sus ejércitos.

Nezahualpilli respondió que su inactividad no estaba motivada por la cobardía, sino por el deseo de pasar el poco tiempo que le quedaba de vida en tranquilidad, pero cumpliría los deseos de Motecuhzoma, enviando sus tropas, mas no las conduciría personalmente, sino que enviaría en su lugar a dos de sus hijos.

Una vez que el tlatoani estuvo seguro de la participación acolhua estableció contacto secretamente con los señores de Tlaxcala, enviando mensajeros a comunicarles que las intenciones de Nezahualpilli sobrepasaban las de una simple guerra florida y pretendía, en realidad, tomarlos por sorpresa. Instruyó a sus embajadores, debían decir que su señor se los notificaba con el fin de que no pensaran que era cómplice del acolhua y, para demostrarles su buena voluntad, iría personalmente al frente de las tropas mexicas, manteniéndose al margen, una vez iniciada la batalla, aunque, si era necesario, los ayudaría atacando a los acolhua por la retaguardia.

Su mensaje causó gran indignación en Tlaxcala, donde aún no olvidaban el auxilio que le habían prestado a su padre, Nezahualcóyotl, cuando éste era un fugitivo, por lo que esperaban más gratitud de su parte. Agradecieron a Motecuhzoma el aviso y planearon su estrategia.

Al amanecer del día prefijado los tlaxcaltecas atacaron sorpresivamente a las fuerzas de Nezahualpilli, que, desprevenidas, sufrieron bajas significativas; los dos hijos del acolhua fueron capturados y sacrificados. Según el cronista Alva Ixtlilxóchitl (de extracción acolhua), Motecuhzoma contemplaba la escena desde un cerro cercano, sin inmutarse ni in-

tervenir. Nezahualpilli se lo reclamó enérgicamente, mas no logró satisfacción alguna del mexica.[28]

La salud del tlatoani acolhua se vio afectada por estos hechos. Al parecer volvió una vez más a visitar a Motecuhzoma para repetirle que los sucesos pronosticados estaban cercanos, que él mismo no los vería, pues pronto dejaría este mundo, mas Motecuhzoma debía preparar su ánimo ante lo inevitable. El tlatoani mexica respondió: "Señor y padre mío, mucho agradezco tu buena voluntad, y yo ¿a dónde iré, heme de volver pájaro, he de volar o esconderme? ¿Habré de aguardar a lo que sobre nosotros el cielo quisiese hacer?".

Tras esta advertencia final, Nezahualpilli se retiró a uno de sus palacios de recreo en Texcoco, dejando el peso del gobierno a dos de sus parientes cercanos. Murió unos seis meses después, hacia 1515 o 1516, contando con alrededor de 51 años, de los cuales había reinado no menos de 40.[29]

Según fray Diego Durán, la nobleza de todo el valle acudió a Texcoco a las exequias del difunto, excepto Motecuhzoma, que no se dignó ir, enviando en vez al cihuacóatl Tlilpotonqui en su representación. Agrega el fraile que Nezahualpilli fue muy llorado, tanto en Acolhuacan como en México-Tenochtitlan, pues había sido muy querido y respetado. Las ceremonias fúnebres duraron 80 días, celebradas con munificencia nunca antes vista. Nezahualpilli fue el último tlatoani acolhua que murió tranquilamente en su trono.[30]

28 Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, t. II, caps. LXXII, LXXIV, LXXV.

29 Un cometa fue visto en 1516, en el Valle de México se tomó como presagio de la muerte de Nezahualpilli y en Europa de la del rey Fernando el Católico.

30 Durán, *op. cit.*, vol. II, caps. LXI, LXIV; Alvarado Tezozómoc, *op. cit.*, cap. C; Torquemada, *op. cit.*, vol. I, lib. II, caps. LXXVII, LXXX; Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, t. II, caps. LXXII, LXXV.

En Acolhuacan la sucesión real se daba de padres a hijos. Como Nezahualpilli no había designado a ninguno de sus vástagos como sucesor, desde antes de su muerte se habían formado diversas facciones alrededor de los que podrían sucederle, polarizándose entre los que eran simpatizantes de los mexicas y los que deseaban un Acolhuacan independiente y fuerte. Esta crisis dinástica y la división que produjo tendrían fuerte repercusión tras la llegada de los españoles.

Las fuentes difieren acerca de los sucesos inmediatos. Había cuatro candidatos al trono, todos hijos legítimos de Nezahualpilli: Tetlahuehuetzquilitzin, Cohuanacotzin e Ixtlilxóchitl, hijos de Xocotzin, una hermana de Motecuhzoma y la mujer preferida de Nezahualpilli; el otro era Cacama, hijo de Xilomenco, otra hermana de Motecuhzoma.

Tetlahuehuetzquilitzin era de carácter apocado y tímido, por lo que quedó excluido. El consejo reunido para la elección estaba divido. Motecuhzoma abogó por Cacama, simpatizante suyo; y el de más edad (unos 22 años), además de haberse distinguido en combate.

Ixtlilxóchitl, de alrededor de 17 años, se inconformó, aduciendo que su padre no había dejado ninguna indicación al respecto, y que si no hubiera muerto lo habría nombrado a él; y si los consejeros habían gobernado solos por tantos meses, bien podían seguir haciéndolo hasta que se supiera con certeza quién era el mejor sucesor.

Cohuanacotzin estaba a favor de Cacama, deseando evitar posibles revueltas y afirmaba que, si el trono no se le daba a Cacama, le correspondía a él, por seguirle en edad; su posición política era intermedia, un tanto inclinada hacia México-Tenochtitlan, pero en menor grado que Cacama.

Ixtlilxóchitl aducía que Motecuhzoma deseaba ver coronado a Cacama debido a que su hermano estaba hecho de cera, por lo que sería maleable en las manos del tirano; si la

sucesión debía recaer en el más valeroso, indudablemente le tocaba a él. Sin esperar más, abandonó la sala de sesiones.

Cacama, que no contaba con suficientes simpatizantes como para imponer su candidatura, acudió en unión de sus partidarios a pedir ayuda a su tío Motecuhzoma, quien le prometió todo su apoyo. Su opinión acabó por inclinar la balanza en favor de Cacama, que fue proclamado tlatoani de Acolhuacan en México-Tenochtitlan.

Ante este nuevo e insólito acto de despotismo, Ixtlilxóchitl, no teniendo más alternativa que someterse o rebelarse, optó por lo último y partió a refugiarse a las montañas de Meztitlan, provincia independiente de donde eran señores algunos maestros de su infancia. Fue recibido con gran alegría y festejos. Emulando a su abuelo Nezahualcóyotl, lanzó una proclama general, manifestando que su intención era impedir que, con la coronación de Cacama, Motecuhzoma se adueñara del señorío acolhua, pues, si lo lograba, sus ambiciones hegemónicas no tendrían freno alguno. Pronto recibió promesas de apoyo, sobre todo de Tlaxcala y de la Huasteca, así como de los otomíes y de los totonacas. La situación política se volvió sumamente delicada, muchas ciudades del valle y de más allá estaban a la expectativa, listas para rebelarse y sacudirse el yugo mexica.

Cacama regresó a Texcoco en 1517, acompañado por Cuitláhuac, hermano de Motecuhzoma, y por una flota de canoas mexicas. La ceremonia para jurarlo tuvo que posponerse al recibirse noticias alarmantes de que Ixtlilxóchitl, aclamado a su paso, avanzaba por el rumbo de Tulancingo (*Tollantzingo*), al frente de un ejército.

Texcoco se fortificó, pero las intenciones de Ixtlilxóchitl no eran las de avanzar sobre la capital acolhua, no deseando seguirle el juego a Motecuhzoma, que estaría de plácemes si hubiese una confrontación violenta entre los hermanos, con su consecuente debilitamiento que le dejaría manos libres

para dominar con facilidad al vencedor. Ixtlilxóchitl declaró que no era a sus hermanos a quienes quería dañar, y menos a Acolhuacan, sino a Motecuhzoma, a quien juzgaba culpable de la muerte de su padre y de encabezar una tiranía creciente y sofocante sobre todo el Anáhuac.

Los hermanos decidieron negociar. Acordaron que Cacama quedaría como señor en las llanuras y provincias australes, Cohuanacotzin recibiría el tributo de 33 poblaciones de las sujetas a Cacama, e Ixtlilxóchitl ostentaría el dominio en las montañas y en las provincias boreales. Este arreglo no era el más satisfactorio ya que fragmentaba en tres partes el poderío acolhua, quedando latente el riesgo de posibles fricciones futuras, pero de momento evitaba el derramamiento de sangre y los horrores de una guerra civil.

Ixtlilxóchitl cultivó su odio contra Motecuhzoma y los mexicas, y en varias ocasiones incursionó en su territorio. En una de ellas se enfrentó con un pariente suyo, Xuchitl, señor de Iztapalapa, quien había prometido a Motecuhzoma entregárselo preso. Lucharon en duelo singular, mientras ambos ejércitos los observaban. Ixtlilxóchitl lo venció y ordenó cubrirlo con paja seca y quemarlo vivo, sembrando el terror entre las filas mexicas. Motecuhzoma nunca se atrevió a enfrentarlo en batalla formal, a pesar de que los descontentos con su régimen buscaban la amistad del acolhua.[31]

Varios cronistas insisten en que el huey tlatoani mexica iba cayendo progresivamente en un estado de ánimo depresivo y melancólico; es muy posible que ya tuviese indicios materiales de la existencia y proximidad de los españoles. Motolinía relata que un día le llevaron un baúl que había

31 Durán, *op. cit.*, vol. II, cap. LXIV; Alvarado Tezozómoc, *op. cit.*, cap. CI; Torquemada, *op. cit.*, vol. I, lib. II, caps. LXXX, LXXX, LXXXIII-LXXXVI; Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, t. I, "Duodécima relación" y vol. II, cap. LXXVI.

sido arrojado por las olas a las playas del Golfo, seguramente restos de algún naufragio. Contenía algunas ropas europeas, una espada, anillos y joyas, todo de manufactura extraña y desconocida en Mesoamérica.

Los señores de Acolhuacan y de Tlacopan se alteraron, según el buen fraile afirmaban que la espada y las ropas se parecían a las observadas en las visiones reportadas sobre unos guerreros que luchaban en el aire. Motecuhzoma procuró tranquilizarlos, les aseguró que esos objetos habían pertenecido a sus antepasados, mantenidos ocultos hasta entonces. Incluso les obsequió algunos, recomendándoles tratarlos con gran reverencia, pero debió de quedar agitado ante la existencia irrefutable de esa prueba concreta de que podía haber verdad en los pronósticos y agüeros.

Irónicamente, México-Tenochtitlan se encontraba en el pináculo de su poderío, con la Triple Alianza en franca descomposición, con Acolhuacan dividido y Tlacopan prácticamente nulificado, de 1518 a 1519 Motecuhzoma había logrado imponer como gobernantes a parientes cercanos suyos, o simpatizantes incondicionales, en varias de las poblaciones de Tlacopan. En Chalco logró sustituir a algunos señores problemáticos por otros de filiación mexica.[32]

[32] Motolinía, *op. cit.*, I parte, cap. 55; López de Gómara, *op. cit.*, II, p. 212.

CAPÍTULO III

Francisco Hernández de Córdoba

¿No habrá dejado el cielo, compadecido
de los pobres, algo desierto sin senda,
alguna playa desconocida, alguna
isla secreta en el ilimitado océano,
algún desierto tranquilo, que no haya
sido reclamado aun por España?

SAMUEL JOHNSON

¿Qué sucedía mientras tanto en las islas caribeñas, donde se aprestaban a hacer realidad los temores mesoamericanos?

Los seres cuya llegada temían habían puesto pie en América desde las primeras horas de la mañana del día 12 de octubre de 1492, conducidos por el visionario almirante de la Mar Océana don Cristóbal Colón, con el beneplácito y el patrocinio, arduamente ganados, de los reyes católicos Isabel y Fernando, a los que prometió grandes riquezas y encontrar una ruta directa a la fabulosa China, al Japón, a las Indias, a la tierra de las especias, a los dominios del Gran Khan y a sus palacios de oro, sin tener la mínima sospecha de que le impediría realizar sus sueños la existencia de un gran continente, que recibiría el nombre de América.

En su periplo marítimo dio con un archipiélago de islas habitadas, más o menos en la latitud donde creía que debía estar Asia. Sorprendido, observó que ni los litorales, ni la flora, ni la fauna y menos aún sus primitivos pobladores, se asemejaban a las descripciones fabulosas del mundo asiático que poblaban el imaginario europeo, traídas por Marco Polo, el gran viajero y narrador de historias. No obstante, a los ojos quiméricos del almirante, obsesionado por su creencia de haber llegado a los dominios del Gran Khan, las nuevas tierras se transformaron, como por arte de magia, en las de la India, de Cipango y de Catay, como se les llamaba a los legendarios Japón y China; tal vez esta obsesión lo llevó a nombrarlas "Indias", quedando los nativos destinados por siglos a ser conocidos como "indios" (los portugueses nombraron a esas islas *As Antilhas*).[1]

Sin tener una idea, ni siquiera aproximada, del enorme tamaño del nuevo continente, los exploradores de esta nueva, inesperada y sorprendente parte del globo terráqueo establecieron una colonia en la isla caribeña que llevaba los nombres arahuacos de Haití, "La Tierra Montañosa" y de Quisqueya, "La Madre de la Tierra" (actual Haití-Santo Domingo) bautizándola, ¿qué más? como La Española, que se convirtió en su base de operaciones. De allí zarparon los navíos para continuar las exploraciones y la explotación de los nuevos mares y tierras.

Ni tardos ni perezosos los Reyes Católicos se apresuraron a pedir al papa Borgia, Alejandro VI (nacido en Valencia, España), su autorización, como árbitro por gracia divina de

[1] Bien sabido es que Colón no "descubrió América", ya lo habían hecho los vikingos, los chinos y quien sabe quién más. Probablemente los portugueses, hacia 1480, habían llegado hasta las costas brasileñas y descubierto la ruta de regreso por medio de una contracorriente que llevaba a África, de lo cual, al parecer, Colón se enteró de alguna manera.

la herencia de Adán, para colonizar esas tierras occidentales. Prontamente el pontífice expidió varias bulas al efecto, la más conocida de las cuales es la *Inter caetera* del 4 de mayo de 1493 (habían pasado menos de dos meses del regreso de Colón), en la que concedía a Isabel y Fernando todo descubrimiento más allá de una línea imaginaría que iba de polo a polo, pasando a 100 leguas (345 millas) al oeste de las islas Azores y de Cabo Verde; a cambio tendrían la obligación de evangelizar a los nativos. Posteriormente, estando Portugal en desacuerdo debido a sus nuevos conocimientos geográficos, se firmó entre ambos reinos, el 7 de junio de 1494, el Tratado de Tordesillas, mediante el que la línea de demarcación se recorrió al oeste, a 370 leguas de Cabo Verde, lo cual pondría parte del territorio brasileño en manos de Portugal, aunque en esos momentos se desconocía el tamaño del nuevo continente. Ese mismo año el Papa confirió a los monarcas españoles el título de Reyes Católicos. Así era como, en nombre de Jesucristo, en nombre de Dios, su representante terrenal repartía el mundo.

En aquellos años, durante los cuales España se unificó mediante el matrimonio de Fernando de Aragón con Isabel de Castilla, así como por la consumación de la reconquista, el país ibérico contaba con unos 6 u 8 millones de habitantes, mientras que Francia tenía de 13 a 15 e Inglaterra de 3 a 4.

En las Capitulaciones de Santa Fe, firmadas por los reyes y por Colón el 17 de abril de 1492, concedieron al navegante los nombramientos de don, almirante, gobernador y virrey de "las islas que se han descubierto en las Indias".[2]

[2] Christían Duverger se asombra de que a Colón se le concediera el título de virrey, "absolutamente inédito, sin ningún precedente histórico", afirma en *Cortés*, pp. 60-61, olvida que en Aragón, tierra de Fernando el Católico un "*lloctinent*" o *lugarteniente* ocupaba el lugar del rey en ausencia de éste y en su representación; la palabra *lugarteniente* fue sustituida en el siglo XVI por la castellana *virrey* (*vice*, en

En su segundo viaje Colón ya iba al frente de una flota numerosa, 17 navíos con alrededor de 1500 hombres a bordo, dispuestos a asentarse en La Española. Fue la primera vez que tanta gente se trasladaba por mar a tal distancia. El infortunio les esperaba: antes de tres años la mayoría murió víctima del hambre y la enfermedad. Como consecuencia la emigración cesó, hubo que echar mano de convictos, conmutándoles la pena de muerte por el destierro. Según el dominico fray Bartolomé de las Casas se hizo siguiendo una sugerencia de Colón.

Para llevar por buen camino el tema de este libro, y asumiendo el riesgo de la prolijidad, considero necesario tener cierto panorama acerca de los progresos españoles en el Nuevo Mundo anteriores a la expedición cortesiana.

En el transcurso de los siguientes años exploraron tanto esas islas como buena parte de las costas occidentales del sur del nuevo continente. A principios del siglo XVI, con base en los nuevos conocimientos geográficos acumulados, el florentino Amerigo Vespucci proclamó que esos territorios formaban parte de otro continente, de un "nuevo mundo", afortunada declaración ya que su nombre quedó inmortalizado al ser conocido ese nuevo continente como América.

En un principio, con gran desilusión del almirante Colón, y mayor aún del rey Fernando el Católico, en las islas había poco oro y algunas perlas; el oro había que "lavarlo" de las corrientes de los ríos. Entre los motivos principales de los viajes de Colón había estado la búsqueda de una ruta alternativa a la tierra de las codiciadas especias; pero en las islas descubiertas hallaron pocas y de menor calidad que las

---

lugar de, y *rey*); cuestión de terminología, pero la función como tal ya existía. Lo inédito del caso de Colón es que el lugarteniente aragonés era de sangre real, de la nobleza o un alto eclesiástico, y Colón no pertenecía a ninguna de estas clases sociales, aunque no era poca cosa el descubrimiento que realizó.

asiáticas. Los nativos, con excepción de los caribes, eran gente pacífica, amable y generosa, tanto que pronto se convirtieron en lo único que tenía cierto valor, lo que, como consuelo, paliaba en cierta medida las desmesuradas ambiciones de los españoles; pronto comenzaron a esclavizarlos con la "justificación" de que eran salvajes y paganos que resistían con las armas sus buenos propósitos de salvar sus almas mediante la conversión a la fe católica, sin importar los medios.

Tras haber generado el caos en las colonias a causa de su mal gobierno, Cristóbal Colón, gran almirante y virrey de las nuevas tierras, cayó en desgracia ante los reyes, no sin antes haberles asegurado tanto a ellos como a una atónita Europa que había encontrado el "Paraíso Terrenal" al "fin del oriente", única manera en que pudo explicar, sin abandonar sus teorías asiáticas, el enorme flujo de agua dulce que arrojaba al mar el río Orinoco en el Golfo de Paria, en la actual Venezuela, lo que demostraba la existencia de una gran masa de tierra continental.

El almirante fue ignominiosamente encadenado, subido a un navío y conducido a España en compañía de sus hermanos Bartolomé y Diego. Llevado ante los Reyes Católicos, tuvo que tratar de justificar las razones de su fracaso, no había encontrado grandes riquezas ni especias, así como de su mal desempeño en los cargos y la responsabilidad que los soberanos le habían conferido.

A pesar de ello, los reyes lo perdonaron, ante todo la reina Isabel, su protectora, dándole autorización para realizar un cuarto viaje, que sería el último, aunque despojado de toda jurisdicción política y administrativa, para lo cual fue nombrado el comendador de Lares y caballero de la Orden de Alcántara don Nicolás de Ovando, gobernador y "justicia suprema" de las Islas y Tierra Firme de las Indias del Mar Océano, como empezaron a ser conocidas las nuevas tierras. Llegó a La Española en febrero de 1502,

a bordo de una gran flota integrada por 30 navíos. Seguramente su nombre y prestigio influyeron para revivir las esperanzas perdidas, lo acompañaron cerca de 2 500 personas embargadas con el deseo de colonizar las nuevas tierras, incluidos 73 padres de familia con sus mujeres e hijos, 13 frailes franciscanos y varios personajes que, al correr del tiempo, harían famosos sus nombres, como Juan Ponce de León y fray Bartolomé de las Casas.[3]

A su llegada, la isla no había sido aún "pacificada", como solían llamar los españoles a la subyugación de los nativos, que pronto se dieron cuenta de la verdadera motivación de los blancos: observaron que parecían dominados por un dios cruel y ambicioso, y, lo que era aún peor, que habían llegado para quedarse y explotarlos. En consecuencia, empezaron las rebeliones. Poco podían hacer con sus cuerpos semidesnudos y sus armas primitivas contra el hierro, la pólvora, los perros y los caballos de los europeos. Nicolás de Ovando sofocó a sangre y fuego las revueltas. La fama de crueldad que ganaron los conquistadores españoles empezó a surgir en esta época. Suceso memorable es el de Anacaona, señora nativa de Xaragua, en el oeste de la isla. Ovando la convenció de dialogar sobre sobre la paz, más en secreto ordenó a sus hombres atacar mientras lo hacían; Anacaona y sus notables fueron capturados, fue ahorcada mientras que los

[3] Para el tema que nos ocupa en este capítulo es importante la *Historia de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas, en que se ofrece una versión "antiepopéyica" de la llamada Conquista, tomando el bando de los nativos. A lo largo de su vida el fraile escribió y actuó tan constantemente y con tanta vehemencia contra la brutalidad de la conquista española de América que se le ha culpado de ser el principal causante de la llamada "Leyenda Negra", difundida por los muchos enemigos que tuvo España, sobre todo por los protestantes. Los escritos de fray Bartolomé han causado grandes polémicas. Indudablemente, su voz fue una de las pocas que se levantaron en defensa de los nativos. Para más detalles ver al final de este libro la "Breve síntesis de cronistas".

otros fueron atados a estacas y quemados vivos. Traición tan artera tuvo el efecto de avivar la rebelión, que fue sofocada con gran violencia.

La colonia prosperaba mientras que la población nativa disminuía a un ritmo acelerado, diezmada por la represión, el hambre, la desesperanza y las nuevas enfermedades que llegaron a bordo de los navíos europeos, contra las que no tenía anticuerpos, explotada hasta la muerte a causa de los famosos repartimientos y encomiendas. El gobernador Ovando sabía de esta práctica aplicada a los moros en Extremadura: se otorgaba, encomendaba o repartía cierto número de personas a un español como mano de obra gratuita, a cambio de la supuesta obligación de catequizarlos.

Había pocos contactos con Tierra Firme, como se llamaba a las porciones continentales hasta entonces conocidas. La costa atlántica estaba siendo explorada sistemáticamente por expediciones náuticas que buscaban urgentemente la existencia de un estrecho que atravesara esa masa de tierras que bloqueaba el ansiado paso hacia el mágico Oriente, así como para buscar perlas y esclavos en la llamada Costa de las Perlas, situada en las actuales Venezuela y Colombia.

En 1505 la Corona española concedió la primera autorización para colonizar Tierra Firme, eligiendo la provincia a la que el rey Fernando bautizó con gran optimismo como Castilla del Oro, primer nombre oficial dado al continente. Se trataba de las tierras localizadas alrededor del Golfo de Urabá, en Colombia, a poca distancia de la frontera sur de Panamá. Las licencias fueron otorgadas a dos cortesanos convertidos en aventureros: Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa, cada uno de los cuales debería poblar un territorio vagamente delimitado por falta de información geográfica adecuada.

En 1509 embarcó Alonso de Ojeda y junto con él Francisco Pizarro, futuro conquistador del Perú, entonces un

soldado más. Tras de múltiples penalidades y fracasos Ojeda finalmente se retiró a un convento en La Española, donde murió poco tiempo después. El bachiller Martín Fernández de Enciso, su socio, prosiguió la aventura; a bordo del navío en el que llegó a Tierra Firme iban, como polizones, Vasco Núñez de Balboa y su famoso perro Leoncico. Enciso y sus hombres lograron establecer una rudimentaria colonia en la costa del Darién, a la que llamaron Santa María la Antigua.

Vasco Núñez de Balboa pronto se distinguió por su don de mando y sus rápidas decisiones, rodeándose de un grupo de aventureros que deseaban independizarse del mando de Enciso, argumentando que su jurisdicción terminaba en el río Darién, y, como Santa María la Antigua estaba en la margen opuesta, quedaba fuera de ella. Para darle forma concreta a sus proyectos acordaron elegir un régimen municipal, que fue el primero del continente americano. Núñez de Balboa fue nombrado alcalde.

Mientras tanto, Diego de Nicuesa embarcó rumbo a su gobernación en compañía de unos 700 hombres y fundó el puerto de Nombre de Dios, en la costa de Panamá. Ahí fueron a buscarle los colonos de Santa María la Antigua para pedirle dirimir las disputas surgidas entre Fernández de Enciso y Núñez de Balboa. Lo encontraron en situación desesperada, con sólo 70 sobrevivientes.

Para festejar su reconciliación, Diego de Nicuesa, Fernández de Enciso y Núñez de Balboa celebraron un festín. Al calor de las copas, Nicuesa amenazó con encarcelar a Fernández de Enciso y a Núñez de Balboa, exigiéndoles la entrega del oro que habían obtenido de los nativos. El bachiller y el antiguo polizón, momentáneamente aliados ante este inesperado giro de los acontecimientos, aprehendieron a Nicuesa y lo embarcaron rumbo a La Española en un viejo

navío junto con 17 de sus hombres. Nunca se supo más de ellos.

Poco después Núñez de Balboa y sus hombres acusaron a Enciso de usurpar la jurisdicción de Nicuesa y también lo enviaron preso a La Española. Núñez, de carácter afable, había cultivado una buena relación con los nativos. Escuchaba con gran atención las historias y leyendas que le contaban sobre un fabuloso reino dorado (posiblemente se trataba de lejanos ecos del Perú de los incas), así como de la existencia de un mar al otro lado de las montañas.

Con el apoyo de Diego Colón, hijo del almirante, que había sucedido a Ovando en la gobernación de La Española, Núñez de Balboa se lanzó con 67 hombres (entre ellos Francisco Pizarro) a través de una casi impenetrable selva y atravesó las montañas del Darién en busca del mar del que hablaban los nativos. El 25 de septiembre de 1513 se vio ampliamente recompensado por un descubrimiento que tendría grandes repercusiones: se trataba nada menos que del océano Pacífico. Tomó posesión en nombre de la Corona española y lo bautizó como Mar del Sur, ya que habían llegado a él desde una dirección norte. Los habitantes de las costas les relataron nuevas y fabulosas historias acerca de un rico reino hacia el sur. Francisco Pizarro seguramente no se perdió una sola palabra al respecto.

Cuando la noticia del descubrimiento de la Mar del Sur llegó a España se dieron grandes manifestaciones de alegría. Las Casas relata que fue "casi como si en ese entonces se descubrieran estas Indias". La respuesta a esta buena nueva llegó demasiado tarde, para mala suerte de Núñez de Balboa, pues, desconociendo el descubrimiento, la Corona había nombrado un gobernador de Tierra Firme que ya iba en camino. Aun así, a Núñez de Balboa se le confirió el título de Adelantado de la Mar del Sur y gobernador de las provin-

cias de Panamá y de Coiba, aunque sujeto a la autoridad del nuevo gobernador.

En junio de 1514 llegó a Santa María la Antigua una gran flota en la que venía el nuevo gobernador, eran 22 naves con alrededor de 2 000 hombres, entre ellos varios que después harían historia: el bachiller Fernández de Enciso en calidad de alguacil mayor; fray Juan de Quevedo, quien sería el primer obispo de Tierra Firme; 16 clérigos y seis frailes franciscanos; Hernando de Soto, quien participaría en las conquistas del Perú y de la Florida; Bernal Díaz del Castillo, participante y cronista de la conquista de México; Diego de Almagro, participante también en la conquista del Perú; Pascual de Andagoya, fundador de Panamá y descubridor del Perú; Francisco Vázquez Coronado, descubridor de una parte del norte de México y del sur de Estados Unidos; Sebastián de Belalcázar, conquistador de Quito y de Colombia; Gonzalo Fernández de Oviedo, gran cronista español; y Bernardino Vázquez de Tapia, participante en la conquista de México.

El nuevo gobernador de Castilla del Oro era don Pedro Arias Dávila, conocido como "Pedrarias", quien contaba por ese entonces con 60 años y procedía de una familia noble distinguida en las guerras contra los portugueses, los moros y los italianos. En sus buenos tiempos se ganó los apodos de "el Galán", "el Justador" y "el Enterrado", este último porque en cierta ocasión se le dio por muerto y se irguió repentinamente dentro del féretro durante sus funerales, provocando el espanto general; desde entonces cargaba con un ataúd en todos sus viajes, al que se metía en cada aniversario de su milagrosa resurrección, al tiempo que escuchaba los oficios de réquiem. En el Nuevo Mundo los frailes pronto le dieron otro sobrenombre, el de "Furor Domine", debido a la terrible saña que mostró contra los nativos.

Entre las instrucciones que Pedrarias llevaba estaba investigar la conducta de Vasco Núñez de Balboa; si lo encon-

traba culpable debía aprehenderlo y enviarlo a España para procesarlo. Iba investido con jurisdicción civil y criminal y seguramente no le agradó enterarse de que Vasco había "descubierto" la Mar del Sur. Al principio lo trató con amabilidad y cortesía, interesado como estaba en obtener toda la información útil que poseyera respecto a las nuevas tierras y sus habitantes, mas pronto comenzaron a chocar, al grado que Pedrarias, haciendo uso de sus prerrogativas, ordenó su arresto, lo sometió a un juicio precipitado y parcial, lo acusó de rebelión, traición, maltrato a los nativos, la muerte de Nicuesa y otras cosas. La sentencia fue de muerte por decapitación, respetando su hidalguía, de otro modo habría sido ahorcado. En enero de 1519 la cabeza del descubridor europeo del océano Pacífico, Vasco Núñez de Balboa, rodó por la polvosa plaza de Santa María la Antigua, flanqueada por improvisadas chozas de palma.[4]

Pedrarias fundó posteriormente la ciudad de Panamá y continuó ampliando los territorios de esa primera colonia en Tierra Firme.

Mientras tanto, en las islas del Caribe la expansión española continuaba, si bien a paso lento. Se ha estimado que, entre 1506 y 1518, el número de inmigrantes europeos fue de 5481.[5] La cría de ganado caballar y vacuno, así como la

[4] Hugh Thomas, *La conquista de México*, p. 111, afirma que ésta "fue la primera vez que un europeo daba muerte a un compatriota suyo en el continente americano". Es de suponerse que se refiere tan sólo a Tierra Firme, pues, en las islas, los hermanos Colón habían sentenciado a muerte y ejecutado a varios de sus compatriotas.

[5] José Luis Martínez, *Pasajeros de Indias*. Peter Boyd-Bowman ha calculado que provenían en 40 por ciento de Andalucía; 18 por ciento de Castilla la Vieja; 14 por ciento de Extremadura; 8 por ciento de Castilla la Nueva; 7 por ciento de León y 6 por ciento eran portugueses o vascos (*Índice Geográfico de más de 56 mil pobladores de América en el siglo* XVI, México, 1985). Marie-Claudet Gerbet, *La noblese dans le royaume de Castille*, p. 367, indica que de los 350 extremeños que pa-

agricultura, prosperaban, los cerdos se multiplicaban y ya no era necesario importar alimentos desde España. Las islas estaban listas para convertirse en trampolín hacia Tierra Firme. El único problema era la mortandad de nativos, a los que fulminaron las enfermedades del Viejo Mundo, al igual que una brutal explotación.

En 1508 Juan Ponce de León, que había pasado a las Indias con Cristóbal Colón en 1493, tras obtener el permiso de las autoridades correspondientes navegó de La Española a la isla cuyo nombre arahuaco era *Boriquén*, o *Borinquén*, bautizada por los españoles como Puerto Rico. Ponce de León iba inducido por algunos informes de los nativos en el sentido de que podría encontrar oro en abundancia, el eterno motor de los "descubrimientos".

Fue recibido amistosamente por los nativos, como sucedía casi siempre; pero, como también igualmente solía pasar, cuando se dieron cuenta de las verdaderas intenciones y del carácter de los blancos, aquéllos tomaron las armas en contra de los conquistadores. Ponce de León rápidamente los "pacificó".

Cristóbal Colón murió en Valladolid, España, el 20 de mayo de 1506, a los 55 años, sin haber recuperado nunca la gobernación de las tierras que descubrió. En 1542 sus restos fueron llevados a La Española y enterrados en la catedral de Santo Domingo.

Su único hijo legítimo y heredero, Diego Colón, durante su niñez sirvió como paje en la corte de los Reyes Católicos y, a la muerte del descubridor, emprendió una larga lucha por recuperar los privilegios dados a su padre. Finalmente, en 1508, los soberanos decidieron revocar el mandato a Nicolás

---

saron a las Indias entre 1509 y 1518, 9 por ciento eran hidalgos. Entre 1506 y 1518 habían zarpado hacia las Indias unas 200 naves desde España.

de Ovando y otorgárselo a Diego, quien ese mismo año contrajo matrimonio con una mujer de la alta aristocracia, María de Toledo, sobrina del duque de Alba, un primo hermano del rey Fernando. Durante su gestión, Ovando logró enviar unas cinco toneladas de oro a los reyes; habría que preguntarse cuánto obtuvieron para sí mismos él y sus colaboradores más cercanos —entre ellos Hernán Cortés—, de lo cual hablaremos más adelante. El exgobernador recibió, como recompensa por sus expolios, el nombramiento de gran comendador de la Orden de Alcántara y murió dos años después.

Diego Colón, entonces de 30 años, embarcó en Cádiz hacia La Española, donde llegó el 10 de julio de 1509; iban con él sus tíos Bartolomé y Diego, así como su esposa María de Toledo, acompañada por algunas jóvenes nobles y un nutrido grupo de damas, en su mayoría solteras. Con ellas adquirió nuevo relumbre y vigor la actividad social en La Española. Diego ordenó construir una gran mansión en la que su mujer intentó recrear en pequeño la corte real española.

También cambió por gente suya a varios funcionarios de los nombrados por Ovando y enfocó sus energías a expandir su gobernación a otras partes. Hasta entonces, el asentamiento español se limitaba a La Española; pero en la isla las cosas no marchaban bien: la producción de las minas de oro iba en franco declive y la mano de obra nativa se volvía cada vez más escasa debido a la gran mortandad.

En 1509, deseoso de buscar nuevas fuentes de riqueza, concedió licencia a Juan de Esquivel para zarpar a la conquista y colonización de la isla de Jamaica, descubierta por Cristóbal Colón en 1494 durante su segundo viaje (en arahuaco era llamada *Xaymaca*, "Tierra de los Manantiales"); para su desilusión, no encontraron el oro que deseaban; sin embargo, la isla fue muy útil como base de aprovisionamiento de víveres para las expediciones de exploración y de conquista. Ese mismo año partió también Juan Ponce de León a

la conquista de Borinquen (Puerto Rico), y Diego de Nicuesa y Alonso de Ojeda a Veragua y al Darién, como ya se mencionó anteriormente.

En 1510, Diego Colón decidió enviar a la conquista de la vecina isla de Cuba[6] a Diego Velázquez de Cuéllar,[7] personaje importante en nuestra historia. Se trataba de un hidalgo originario del poblado de Cuéllar, en Castilla la Vieja; había luchado en Nápoles, enlistado en los Tercios del Gran Capitán, y pasado al Nuevo Mundo en 1493 durante el segundo viaje de Cristóbal Colón, sobreviviendo al hambre en la Isabela, primera ciudad española en América. En La Española participó en las campañas de "pacificación" de Ovando y logró amasar una considerable fortuna. Para esos momentos, Diego Velázquez rondaba los 45 años, de gran estatura, tendiendo a la obesidad, de carácter en el que se mezclaba una doble tendencia, en ocasiones tiránica, en otras afable. Las Casas lo describe como el personaje más rico de la isla, con amplia experiencia en el derramamiento de sangre, aunque muy amado por los españoles, de condición alegre y mundana, ya que toda su conversación era de "placeres y agasajos".

Una vez organizada la expedición Diego Velázquez pasó a Cuba en noviembre de 1511. Con él iban tres centenas de

6 Se ha propuesto que la palabra *Cuba* viene de la contracción de dos voces araucas: *coa*, lugar, y *bana*, grande. Según Colón, los nativos la llamaban *cubao, cuban o cibao*, tal vez haciendo referencia a sus montañas de oriente. También se ha dicho que *kuba-annakan* o *Cubanacan* significa "tierra o provincia que está en medio o casi en medio". A Colón la palabra *cubanacan,* pronunciada por los nativos, le sonó, en su eterno desvarío, como Gran Khan, el monarca mongol.

7 Cuba ya había sido explorada por Cristóbal Colón, quien la bautizó como Juana, en honor del heredero español, el príncipe Juan. Pedro Mártir de Anglería afirma que la nombró Alpha y Omega, por creer que en ella estaba el fin del oriente, y que hizo jurar a sus marineros que se trataba del continente asiático. Se la conocía también como Fernandina, en honor del rey Fernando el Católico, y en ocasiones como Juana, por la hija de este monarca.

hombres, entre ellos Hernán Cortés, Pedro de Alvarado y sus hermanos, originarios de Badajoz, hijosdalgo [personas que por linaje pertenecían al estamento inferior de la nobleza] recién llegados a La Española, así como fray Bartolomé de las Casas y Pánfilo de Narváez, este último como lugarteniente de Velázquez. La isla había sido inspeccionada con anterioridad por Sebastián de Ocampo, así que conocían los puntos adecuados para el desembarco.

La conquista de Cuba se limitó prácticamente a un paseo militar, debido a que los taínos casi no ofrecieron resistencia, con excepción del cacique Hatuey, quien ya conocía a los españoles, pues luego de haber huido de su despotismo en La Española se refugió en Cuba, por lo que opuso una desesperada e inútil resistencia, siendo finalmente capturado y quemado vivo (*cacique* es una palabra taína con la que designaban a sus gobernantes).

Fray Bartolomé de las Casas fue testigo presencial de la tortura de Hatuey, que narra en su *Brevísima historia de la destrucción de las Indias*: una vez atado el cacique al poste donde sería quemado, fue instado a convertirse al cristianismo de modo que salvara su alma y fuera al Cielo. El nativo preguntó si los blancos irían también a ese sitio, ante la respuesta afirmativa exclamó: "¡Entonces no quiero ser cristiano, por no ir otra vez a un lugar donde encuentre hombres tan crueles!".

Pánfilo de Narváez continuó la campaña de "pacificación". Era, a decir de Las Casas, alto, algo rubio tirando a rojo, cuerdo, pero no muy prudente, de buena conversación y buenas costumbres. Ya lo encontraremos después en México, en conflicto con Cortés.

Diego Velázquez obtuvo el nombramiento de gobernador de Cuba (en realidad, teniente de gobernador). Bajo su mandato la colonia prosperó. Otorgó diversas facilidades a los colonos, y repartimientos de indígenas y de tierras a aquellos interesados en cultivarlas, urgiéndoles a sembrar

caña de azúcar, facilitando las cosas a quienes quisieran dedicarse al lavado de oro de los ríos. Velázquez contaba con la poderosa protección del obispo Juan Rodríguez de Fonseca, presidente del Consejo de Indias, que manejaba a su antojo los asuntos de las nuevas tierras, incluso se dice que, siendo viudo, estaba comprometido en matrimonio con Mayor de Fonseca, sobrina del obispo, y soñaba con obtener los títulos de gobernador y de adelantado; el primero lo haría independiente de Diego Colón, el segundo pondría bajo su jurisdicción las tierras que descubriera. En diciembre de 1512 fundó Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa, en la costa este de Cuba, a orillas de una bella ensenada. Para 1515 ya se habían fundado otras siete poblaciones, incluyendo Santiago, La Habana, San Salvador, Matanzas y Puerto Príncipe.

Mientras tanto, Diego Colón probó ser un gobernante y administrador mediocre; pasaba largas temporadas en la corte, defendiendo sus intereses en la confirmación de los derechos y privilegios heredados de su padre; el resto de su vida siguió insistiendo en su derecho al virreinato hereditario de las tierras descubiertas por su progenitor. Su mandato fue revocado en 1515, quedando la Audiencia por un tiempo a cargo del gobierno.

A principios de 1516 murió Fernando el Católico, tomando el cardenal Jiménez de Cisneros la regencia de España, en ausencia de Carlos V. A instancias de fray Bartolomé de las Casas envió a tres frailes jerónimos para sustituir a Diego Colón en el gobierno de La Española (poco tiempo después se enviaría uno más), elegidos entre los miembros de la orden de San Jerónimo, para evitar fricciones entre dominicos y franciscanos que ya se encontraban en el Nuevo Mundo. Los frailes jerónimos debían restablecer el orden en las islas, para lo cual se les proporcionaron detalladas instrucciones, como la de estudiar a conciencia los problemas con que se enfrentaba la colonización, sobre todo el maltrato a los na-

tivos y la gran disminución de su población; también debían investigar el asunto de las encomiendas. Los jerónimos no permanecerían mucho tiempo como gobernadores, y ya para principios de 1520 estaban de regreso en España.

La Corona envió también a un bachiller, el licenciado Alonso de Suazo, para que se encargara de los juicios de residencia de los funcionarios anteriores, era costumbre abrir tales juicios a quienes dejaban sus cargos, a fin de investigar su conducta mientras los ejercieron; en dichos juicios se tomaban las declaraciones de testigos tanto de cargo como de descargo (práctica que ojalá se implementara en nuestros tiempos).

En esta temprana época de la Colonia, la navegación española en el Nuevo Mundo se limitaba prácticamente a expediciones realizadas con cierta frecuencia y cuyo objetivo era buscar perlas y capturar esclavos en las islas cercanas, como las de Bahía, pequeño archipiélago cercano a la costa de Honduras, las Lucayas (Bahamas) y a veces el Darién, a la entrada del golfo de Urabá, en razón de que, a causa de la gran mortandad de nativos "pacificados", la demanda de mano de obra gratuita era constante y creciente.

Es probable que los españoles encontraran en esas islas evidencias de comercio con las sociedades más desarrolladas de Tierra Firme. También es factible, aunque no haya prueba documental, que en los años 1517 y 1518 se enviaran pequeñas expediciones desde Cuba para explorar las costas de Yucatán y del Golfo de México.

Hasta esos momentos lo conquistado y poblado se reducía a cuatro islas: La Española, Cuba, Puerto Rico y Jamaica, así como a una pequeña porción de Tierra Firme en el Darién (en Panamá, que se conoció como Castilla del Oro), aunque habían explorado otras islas en buena parte del litoral del Atlántico sudamericano, y también "descubierto" la Florida; en el norte se conocía Labrador y Terranova.

A pesar de que tan sólo 190 kilómetros de mar separan los dos puntos más cercanos entre Cuba y la península de Yucatán, el Cabo Corrientes y el Cabo Catoche, respectivamente, y de que esta distancia podía ser cubierta por una canoa en aproximadamente seis días de navegación, el contacto entre taínos y mayas fue, según parece, prácticamente nulo. La fuerte corriente norte-sur entre ambos cabos sin duda dificultaba el crucero de las canoas, mas esa misma corriente puede llevar a una embarcación desde el sur de Cuba a Yucatán. Es indudable que se dieron contactos esporádicos, aunque sólo fuese por accidente. A principios del siglo XVI los españoles encontraron cera de abeja en Cuba, seguramente originaria de Yucatán; también se han hallado algunos cacharros mayas en la isla caribeña.

Hacia fines de julio de 1502, en el transcurso de su último viaje, Colón se topó, frente a la costa de Honduras, en las proximidades de la isla Guanaja, con una gran canoa que llevaba a bordo al parecer 25 tripulantes y varios objetos hasta entonces nunca vistos en las islas: vestimentas y telas de algodón, extrañas espadas de madera con filos de obsidiana, hachuelas de cobre, crisoles para fundir este metal y granos de cacao usados como moneda, todo lo cual testificaba la existencia cercana de una cultura superior.

Mucho se ha debatido sobre si esos nativos y sus mercaderías procedían de la cercana península de Yucatán o si se trataba de habitantes de Honduras. Ambas regiones formaban parte de la cultura maya. Si venían de Yucatán, indudablemente llevarían a su regreso la noticia de estos extraños hombres blancos varios años antes de que llegaran a la península Gonzalo Guerrero, Jerónimo de Aguilar y sus compañeros náufragos.

Vicente Yánez Pinzón, que había sido capitán de La Niña, llegó, junto con Juan Díaz de Solís, al Golfo de Honduras en 1508, pasó por la isla de la Guanaja y costeó al norte,

posiblemente hasta llegar a la altura del Pánuco o más allá; el reporte de este viaje se ha perdido, aunque quedan las declaraciones que el piloto Ledesma hizo en 1513: menciona que costearon una tierra firme "que se dice Maya".

Probablemente los mayas poseían más información sobre la llegada de los extranjeros blancos a las islas que éstos de la existencia de los mayas. La expedición de 1518 de Juan de Grijalva encontró en Yucatán a una mujer nativa de Jamaica, sobreviviente de un naufragio. En 1511 una nave que iba del Darién a Santo Domingo naufragó y varios sobrevivientes lograron llegar a Yucatán. Dos de ellos seguían vivos cuando Hernán Cortés arribó a la península: Jerónimo de Aguilar, que se incorporó a sus fuerzas, y Gonzalo Guerrero, quien prefirió permanecer entre los nativos.

Es posible que desembarcaran en Yucatán en 1513, en su camino de regreso a Cuba, los hombres de una expedición que iba hacia La Florida al mando de Juan Ponce de León; su piloto era Antón de Alaminos, que posteriormente recordaría tal jornada. Alaminos jugó un papel importante en la expedición de Hernán Cortés; había acompañado a Cristóbal Colón tanto en su tercer viaje, de 1498, como en el último, de 1502.

Como confirmación de todo esto, Diego Velázquez escribió una carta al rey Fernando, con fecha de 1 de abril de 1514, en la que le decía haber

> sido informado de los caciques e indios de la isla, cómo algunas veces han venido a ella en canoas ciertos indios de otras islas, que dizque están abaxo de la de Cuba, facia la parte del Norte, cinco o seis días de navegación de canoas, y que les han dado nuevas de otras islas que están más abaxo de aquellas de donde vienen...[8]

[8] CDI, XI [pp. 428, 734].

No tenemos más datos sobre esas supuestas expediciones nativas. De cualquier manera, estaba en el aire la inquietud acerca de la posible existencia de tierras ricas y desconocidas no muy lejanas de Cuba.[9] Estando así las cosas, tres españoles establecidos en la villa de Sancti Spíritus, de entre los más antiguos y ricos de Cuba, Francisco Hernández de Córdoba, Lope Ochoa de Caicedo y Cristóbal Morantes, decidieron, hacia 1516 o 1517, organizar una expedición marítima. Su motivación no queda muy clara, algunos afirman que sólo deseaban capturar esclavos en las islas Guanajas, al sur de Cuba, lo cual es probable; otros, que pretendían descubrir nuevas tierras.[10]

Meses atrás habían llegado a Cuba algunos de los que embarcaron en España con Pedrarias rumbo al Darién.[11] Tras pasar unos tres años en Tierra Firme quedaron desilusionados por no haber encontrado las riquezas con las que soñaban. Entre ellos estaba Bernal Díaz, sin haber "hecho

9 Antonio de Solís comenta que, en Cuba, "por ser la más occidental de las (islas) descubiertas, y más vecina al continente de la América septentrional", había nuevas de tierras cercanas, y aunque se dudaba si serían o no islas, se hablaba de sus riquezas como si ya se conocieran. Véase *Historia de la conquista de México,* lib. I, cap. I.

10 Tanto Bernal Díaz como Pedro Mártir afirman que su propósito era el de descubrir nuevas tierras, aunque más adelante Bernal agrega que el precio del navío, costeado por Velázquez, se pagaría con esclavos de las islas Guanajas. Hernán Cortés y fray Diego de Landa aseveran que fue para cazar esclavos; lo mismo escribió el autor anónimo de la *Vida de Hernán Cortés*, quien afirma enfáticamente que habían partido a las islas a invadir y a robar, no hacia Yucatán. Robert S. Chamberlain*, Conquista y colonización de Yucatán 1517-1550*, pp. 13-14, opina que entre sus propósitos estaba el descubrimiento, ya que el piloto Antón de Alaminos poseía grandes conocimientos de esas aguas, y que al parecer "presentía con certeza" la existencia de nuevas tierras cerca del occidente de Cuba.

11 Bartolomé Leonardo de Argensola, *Conquista de México,* cap. I, menciona que eran más de 100.

cosa ninguna que de contar sea".[12] Varios de ellos se ofrecieron como voluntarios, dispuestos a tentar una vez más la fortuna en la nueva expedición, al igual que otros insatisfechos con su suerte por no gozar de repartimientos, o tenerlos malos, a causa de la disminución de la población nativa.

Los tres socios financiaron la compra de dos o tres de los cuatro navíos que serían utilizados en esta expedición,[13] mientras que el gobernador Diego Velázquez pondría uno, o ninguno; al respecto, las crónicas difieren en cuanto a la participación económica del gobernador.[14]

Era costumbre en esas expediciones privadas que sólo los marineros percibieran un salario, mientras que los soldados participaban por su cuenta y riesgo. El equipamiento (navíos, armas, víveres y demás cosas necesarias) era financiado de diversos modos, según los términos del contrato

12 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. I, cap. I. Para más detalles ver la "Breve síntesis de cronistas" al final de la obra.

13 Los bergantines de ese tiempo eran embarcaciones de poco tamaño, casi siempre sin obra muerta sobre la cubierta; ya se construían en el Nuevo Mundo, aunque a veces se traían las piezas desarmadas desde España. Se propulsaban tanto con remos como con el viento; por lo general poseían dos mástiles con velas latinas, y entre 8 y 16 bancos de remeros. Su fondo plano y de poco calado era ideal para explorar costas, ríos y lagos.

14 Hernán Cortés, en la llamada Primera carta de relación, manifestó su creencia de que Velázquez había costeado una cuarta parte de la expedición, pero que "aún no lo sabemos de cierto". En el interrogatorio general del juicio de residencia de Cortés, la pregunta número 3 versa sobre si saben los testigos que la expedición zarpó en busca de "lucayos e guanajos"; la número 9 sobre si saben que la flota fue costeada únicamente por Ochoa, Morantes y Hernández de Córdoba, y Francisco de Ávila respondió afirmativamente a ambas preguntas, pues "era público y notorio", DC, II, pp. 223-224, 318; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, I, pp. 87-88, es también de esta opinión, aunque agrega que Velázquez puso una barca con pan y herramientas a fin de poder participar de las posibles ganancias

efectuado. El gasto mayor era el de los navíos, a cargo de los socios capitalistas. Cada expedicionario debía encargarse de sus armas y provisiones. En los contratos se estipulaba la manera en que los participantes se repartirían los posibles beneficios arrojados por la expedición.

Diego Velázquez, que por entonces rondaba los 52 años, envió a su hermano Antonio a La Española con el propósito de solicitar la licencia necesaria para llevar a cabo esta expedición, pues, a partir del 4 de julio de 1513, una cédula real las había prohibido, a menos que estuvieran debidamente autorizadas por los funcionarios correspondientes. Los frailes jerónimos la concedieron.

Uno de los tres socios, Francisco Hernández, originario de Córdoba, de unos 50 años de edad,[15] iría como capitán, "por ser hombre muy suelto y cuerdo, harto hábil y dispuesto para prender y matar indios", comenta mordazmente Las Casas.[16] Era un hidalgo rico, encomendero y posiblemente pariente lejano del "Gran Capitán" Gonzalo Fernández de Córdoba, aunque la familia de éste era tan numerosa que no hay seguridad en ello.

Terminados los preparativos, la flota zarpó el 8 de febrero de 1517 del puerto de Axaruco de La Habana. Como piloto mayor iba Antón de Alaminos, recién regresado de España, auxiliado por otros dos pilotos: Pedro Camacho, de Triana, y Juan Álvarez, "el Manquillo", de Huelva. A bordo iban 110 hombres, entre ellos tal vez Bernal Díaz del Castillo (de apenas 22 o 23 años), el clérigo fray Alonso González, Francisco Íñiguez y un veedor real, Bernardino Íñiguez, encargado de velar por los intereses económicos de la Corona.[17]

15 Duverger lo llama "un viejo hidalgo", *Cortés*, p. 113.

16 Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. III, lib. II, cap. XCVI, quien agrega que Francisco Hernández de Córdoba era "harto amigo" suyo.

17 Afortunadamente tenemos testimonios de este viaje, escritos por dos de sus participantes: el de Bernal Díaz del Castillo, que incluyó el re-

Costearon por la orilla norte de Cuba, abasteciéndose de agua y leña (el eterno problema en esas expediciones) hasta llegar al Cabo San Antón, o San Antonio, en el extremo occidental de Cuba, desde donde zarparon hacia alta mar alrededor del 20 de febrero.

Fue entonces, según se dice, lo cual no deja de ser curioso, que Antón de Alaminos comentó a Hernández de Córdoba cómo, durante el cuarto viaje de Cristóbal Colón, habían encontrado una piragua con varios indígenas a bordo que parecía provenir de un lugar más civilizado que los hasta entonces conocidos; que Colón siempre pensó que en esa dirección encontraría tierras muy ricas y pobladas; recordó, también de pronto, que cuando la expedición de Juan Ponce de León a la Florida en busca de la Fuente de la Eterna Juventud, hicieron una breve escala en un lugar que podría muy bien ser de donde procedían esas piraguas. Instó al capitán a navegar en esa dirección, hacia el oeste, en vez de hacia el sur, que era donde estaban las islas Guanajas. A Hernández de Córdoba le pareció bien la sugerencia y regresó al puerto a solicitar licencia de Diego Velázquez para hacer ese cambio de dirección; el gobernador la concedió. Además, al parecer con la idea de colonizar, aunque no llevaba instrucciones escritas para ello, embarcó ovejas, cerdos y caballos. No deja de resultar extraña la presencia de un veedor en la expedición, encargado de tasar el quinto perteneciente al

---

lato en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*; y el del piloto Antón de Alaminos, quien hizo algunas breves declaraciones sobre la expedición en una "probanza" o "información" realizada en México el 5 de mayo de 1522 bajo la presidencia de Alonso de Ávila, publicada en el *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, 1938, t. IX, no. 2. Alaminos también narró sus experiencias a Pedro Mártir en La Coruña en 1520, así como a Fernández de Oviedo.

rey de cualquier oro o joyas obtenidas, pues si se trataba sólo de capturar esclavos el veedor sobraba.[18]

Navegaron por aguas desconocidas hacia donde se pone el sol, prácticamente a la ventura, "con gran riesgo de nuestras personas", dice Bernal Díaz, sin tener experiencia previa de las corrientes y de los vientos. Por las noches arriaban las velas, de poco les sirvió tal precaución, pues una fuerte tormenta, traída por los vientos fríos del norte, los sacudió de mala manera durante dos días, sin mayores consecuencias. Transcurrida casi una semana avistaron tierra: se trataba de las costas de Yucatán,[19] bajas y desprovistas de montañas, por lo que sólo son visibles desde el mar estando en su proximidad.[20]

18 Duverger, *Cortés*, p. 108, no parece haber encontrado este dato, pues se pregunta por qué navegaron hacia el oeste si es que iban a las Guanajas, calificándolo como "enigma", y se empeña en afirmar que la expedición fue "secreta" pues ya se sabía de la existencia de "México"; habría que preguntarse qué secrecía podía guardarse en esa pequeña comunidad y qué entiende por "México"; también afirma que Cortés piensa en "México" desde 1514-1515, p. 106, y se preparaba para ser su conquistador, afirmación sumamente aventurada, por decir lo menos.

19 Se han propuesto varias etimologías del significado de *Yucatán*, las más comunes son la de Bernal Díaz, de *tlati*, montón, y *yuca*, el tubérculo; la de Blas Hernández, uno de los conquistadores posteriores de la península, del maya *ciuthan*, eso dicen; la de Pedro Mártir, que es la misma de Cortés, y la de Motolinía: del maya *tectetan*, no te entiendo, versión que sostiene William Prescott. Lucas Alamán afirma que proviene de *U yu tan*, "¿oyes cómo habla?". El piloto Antón de Alaminos dijo en su declaración de mayo de 1522 que ignoraba que a esa tierra se le llamara Yucatán, DC, I, p. 221. Pedro Mártir escribe que "se le dio y dará eternamente a aquellas partes el nombre de Yucatán". Fernández de Oviedo por su parte dice que "nunca se le caerá tal nombradía".

20 Bernal Díaz, *Historia verdadera*..., vol. I, cap. I, afirma que fueron 21 días de travesía; Manuel Orozco y Berra sigue las fechas que Bernal proporciona, pero éstas son contradictorias, ya que el cronista afirma que salieron de La Habana el 8 de febrero, y, tras 12 días, es decir ha-

Los relatos de esta primera expedición conocida a tierras mexicanas son un tanto confusos, difieren en lo referente a los lugares visitados, así como en los sucesos que tuvieron lugar en cada uno de ellos. Seguiré el curso que me parece más factible, las divergencias pasarán a las notas a pie de página para quienes estén interesados.

La tierra avistada fue Isla Mujeres o Cozumel.[21] La primera era un sitio sagrado de los mayas, escasamente habitado, con varios templos a los que acudían peregrinos en ciertas ocasiones especiales. Los españoles la bautizaron con

---

cia el 20 de febrero, estaban doblando el Cabo San Antón, de donde navegaron por 21 días más, aunque poco después escribe que el 4 de marzo estaban ya en Yucatán. Pedro Mártir, que tuvo oportunidad de interrogar ampliamente a Antón de Alaminos, habla de 6 días de travesía; Las Casas, de 4 días, *Historia de las*..., vol. III, lib. III, cap. XCVI; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. II, cap. I, en quien se basó Antonio de Herrera, dice que fueron más de 40 días, lo cual es muy exagerado. Se ha escrito también que la causa de su nuevo rumbo fue que, una vez en mar abierto, la flota fue desviada de su ruta por un fuerte viento contrario, lo cual es probable si es que se dirigían a las Guanajas. Duverger toma las cifras de Bernal Díaz y entonces se pregunta qué hicieron durante 21 días, ¿a dónde fueron?, se pregunta, calificándolo de "enigma", véase *Cortés*, p. 108.

21 Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo,* vol. I, IV déc., lib. I; López de Gómara, *Historia general*…, p. 87; *Vida de Cortés*; Cervantes de Salazar, *Crónica de la*…, lib. II, cap. II, donde también da la versión de que llegaron a Cozumel, dice que se llamaba así por haber mucha miel; Las Casas, *Historia de las*... vol. III, lib. III, cap. XCVI, menciona que llegaron a una isla grande que los indios llamaban Cozumel, con su ironía acostumbrada agrega que le pusieron Santa María de los Remedios, "porque les ayudase a saltear las gentes que en sus casas vivían seguras", aunque más bien sería en honor de la Virgen de la catedral de Sevilla. Fray Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán,* vol. III, en cambio opina que se trató de Isla Mujeres. Chamberlain, *Conquista y colonización de Yucatán*…, p. 14) escribe que la tierra descubierta fue la de Isla Mujeres, o de Cabo Catoche. Cuando, poco después, la expedición de Grijalva llegó a Cozumel, los cronistas son unánimes en afirmar que esta isla fue descubierta por él.

ese nombre debido a que dentro de los templos vieron gran cantidad de ídolos supuestamente con formas femeninas.

Este podría ser el primer contacto directo de los europeos con la gran cultura mesoamericana. Desde un principio no pudieron menos que observar su desarrollo, superior por mucho al hasta entonces visto en las islas y en el Darién. La mayor parte de las edificaciones de la isla eran sólidas, hechas con piedra, no con paja y maderos como las de las islas.

Desde allí se puede ver la costa de la península de Yucatán. Hacia ella se dirigieron, costeándola cuidadosamente, debido a sus peligrosos bajíos. Les llamó la atención un poblado cercano que albeaba bajo la luz del sol (los nativos tenían la costumbre de encalar sus construcciones).

Hernández de Córdoba ordenó que dos de las naves se acercaran a la orilla, sondeando, a fin de ver si era posible anclar más cerca. Mientras se ocupaban en esta tarea vieron venir hacia ellos 10 grandes canoas, equipadas con remos y velas, mayores que las de las islas, con muchos nativos a bordo. Los españoles les dieron a entender, por señas o como mejor pudieron, que venían en son de paz y los instaron a aproximarse. Lo nativos lo hicieron aparentemente sin temor, incluso varios subieron a bordo de las, para ellos, extrañas embarcaciones.

Españoles e indígenas se asombraron mutuamente. A los primeros llamaron la atención las vestimentas de algodón teñido, así como los aretes, collares y adornos de los indígenas, pues los que hasta entonces habían conocido iban casi desnudos, con adornos poco elaborados, mientras que los nativos observaron con curiosidad a esos extraños seres de piel tan clara y grandes barbas, algunos con cabelleras amarillas; con igual extrañeza examinaron sus pertenencias.

Ambos grupos efectuaron un intercambio de obsequios. Los mayas les dieron calabazas llenas de agua, masa de maíz

y otros víveres, y, mucho más excitante para los blancos, algunas bolitas y pequeñas joyas de oro, "admirablemente trabajadas".[22] Los españoles correspondieron con objetos baratos de quincallería que solían llevar para estos fines, consistentes sobre todo en cuentas de cristal verde o de colores, cascabeles de cobre, tijeras, agujas, alfileres, espejos, etcétera. Sabían por experiencia lo mucho que gustaban a los nativos por sus materiales llamativos y su hechura. Esta vez estimaron poco los espejos, dando a entender que los suyos eran más brillantes. Los españoles dieron en llamar "rescate" al trueque de esa quincallería por oro, perlas u otros objetos indígenas de valía.[23]

También ofrecieron a los mayas una camisa de algodón, tocino y pan cazabe.[24] A los nativos les llamó la atención uno de los taínos que venían a bordo, insistiendo en que los acompañara a tierra para traerles más agua y víveres, Hernández de Córdoba accedió. El maya que parecía al mando

22 Mártir, *op. cit.*, vol. I, IV déc., libro I.

23 Se llamaba "rescate" al trueque de oro o joyas por abalorios. Sobre este "rescate" ya comentaba en el siglo XVI Antonio de Solís, cronista mayor de Indias: "No sabemos con qué propiedad se dio el nombre de rescate a este género de permutaciones, ni por qué se llamó rescatado el oro que en la verdad pasaba a mayor cautiverio, y estaba con más libertad donde le estimaban menos; pero usaremos de este mismo término por hallarle introducido en nuestras historias, y primero en las de la India oriental". Véase *Historia de la conquista de México*, lib. I, cap. VII.

24 El llamado "pan cazabe" o "cazabi" era elaborado por los taínos a partir de raíces de yuca o mandioca oprimidas con un tamiz de hojas de palma para eliminar el líquido lechoso que poseen, que es amargo y venenoso; la harina obtenida, humedecida con agua, se extendía sobe una especie de comal y se asaba o tostaba en forma de grandes tortas redondas y delgadas con una consistencia crujiente, por lo general partidas en trozos, con gran capacidad de absorber líquidos, con lo que toma una consistencia suave. Seco se conservaba muy bien, por lo que era muy utilizado por los exploradores y conquistadores.

les comunicó, siempre por medio de señas, que regresarían al día siguiente para llevarlos a tierra.

Mientras tanto, en la costa se elevaban al cielo grandes humaredas, notificando a los pueblos vecinos la noticia de la llegada de esos extraños seres.

Al otro día los mayas remaron alegremente hacia los navíos europeos a bordo de doce grandes canoas, repitiendo una frase que los blancos entendieron como *cones cotoche, cones cotoche* (lo que se ha interpretado como *conez cotoch*, "venid hasta nuestras casas", aunque también es factible que la frase fuese *Ecab Cotoch*, es decir "Somos de Ekab", nombre del señorío maya de esta parte del litoral yucateco; de aquí el nombre de Cotoche con que bautizaron este cabo) y haciéndoles señas de acompañarlos a tierra.

Tranquilizados por tales muestras de amistad bajaron los bateles de sus navíos y embarcaron en ellos, quedando sólo los marineros a bordo. La playa estaba llena de mayas curiosos y asombrados. Los hombres, vestidos con maxtles y mantos, calzaban sandalias de piel, mientras que las mujeres llevaban faldas y blusas; aunque fuese sólo por ello "los tuvieron por hombres de más razón que los indios de Cuba, que iban desnudos", dice el pudoroso Bernal.[25]

Una vez en tierra su ánimo flaqueó, al ser pocos entre tal multitud. Ante la insistencia de quien parecía ser el señor principal decidieron ir hacia el poblado, en buena formación, llevando preparadas sus pocas armas: unas quince ballestas y diez escopetas. Tenían buenas razones para estar recelosos: al parecer el bergantín, que había seguido explorando la costa, había sido atacado por otros mayas que lo siguieron durante dos días, reuniéndose con el resto de la flota poco antes.

[25] Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. I, cap. II.

El pueblo resultó ser de regular tamaño, con unas mil casas, la mayoría delimitadas por cercos de piedra. Los templos y moradas principales estaban construidos con piedra, los techos con paja bien trabajada y recortada, y gran cantidad de árboles frutales.

El señor los condujo hasta el patio de su casa, cercado con piedra, en cuyas cercanías vieron una escena perturbadora: cabezas humanas cercenadas que supusieron eran de criminales ejecutados.

Les dio por ir a explorar las calles. Los nativos intentaron por medio de señas impedirles el acceso a un santuario. Ante la insistencia de los extranjeros se colocaron frente a ellos, poniéndoles las manos en el pecho. El capitán perseveró y les permitieron proseguir. Subieron los 23 escalones de acceso al templo, bastante largos como para acomodar a 10 personas de extremo a extremo.

Dice Bernal que en el interior encontraron "muchos ídolos de barro, unos como caras de demonios, y otros como de mujeres, y otros de otras malas figuras, de manera que al parecer estaban haciendo sodomías, los unos indios con los otros", lo cual constituye la primera mención del supuesto homosexualismo de los mesoamericanos y que más adelante será mencionado innumerables veces por los conquistadores. Lo llamaban el "pecado nefando", considerándolo una de las peores manifestaciones de las "torpezas" a que el demonio había inducido a los nativos. Lo anterior no exentó a los europeos de cometer sus propios pecados: el clérigo González; infringió el séptimo mandamiento, "no robarás", al llevarse del templo algunos objetos de oro de baja calidad.

Poco después, una multitud de nativos los escoltó hasta las afueras del pueblo, seguramente contentos de alejarlos de sus moradas y templos. Los condujeron hasta la sombra de un gran árbol donde les llevaron algunos guajolotes asados,

gran cantidad de tortillas de maíz,[26] miel en calabazas[27] y algunas piezas de oro de poco tamaño; indudablemente, los españoles les habrían preguntado de manera insistente por este metal al observar que varios de los indígenas lucían pepitas de oro a modo de aretes. En Yucatán no había minas de oro, el poco que tenían era importado de Centroamérica y del México central. Los blancos dieron a entender que necesitaban agua para beber y los indígenas les mostraron un pozo provisto de un brocal empedrado. Hernández de Córdoba decidió pernoctar en sus cercanías.[28]

Al amanecer los nativos habían cambiado de humor, estaban armados y guardaban el camino entre el pozo y su población. Su lenguaje corporal era claro: los españoles debían regresar a sus navíos o recibirían una lluvia de flechas. Es posible que entonces se diera la escaramuza mencionada en ciertas crónicas, provocada ya sea porque, como lo quiere Las Casas, los españoles los atacaron sin motivo, desconfiados al ver que varios mayas armados rondaban demasiado cerca, o los nativos los atacaron debido al robo cometido en el templo por el clérigo; o tal vez porque no deseaban seguir alimentando ni tener cerca a tantos extranjeros cuyas inten-

[26] Los españoles habían conocido el maíz en las islas del Caribe, donde sólo era comido en forma de elotes; es curioso que a los taínos, sabiendo hacer pan cazabe con harina de yuca, no se les ocurriera hacer lo mismo con el maíz, ni usarlo de las tantas maneras en que se utiliza en Mesoamérica: tamales, atoles, pozole, palomitas, etcétera.

[27] La miel y la cera no eran las de la abeja europea, traída por los españoles, sino de la melipona nativa.

[28] H. Thomas dice que los españoles "seguramente celebraron una fiesta con los mayas", en la que los nativos se emborracharían con pulque, "aunque los castellanos no se hubieran percatado de que se trataba de una borrachera"; dice también que los mayas hacían tortillas dos veces cada día, "una agradable semejanza con la vida española". Sobran los comentarios, pero no resisto hacer tres: ninguna fuente habla de tal fiesta; no había pulque en Yucatán, y los españoles no hacían tortillas de maíz. Véase *La conquista de México*, p. 123.

ciones desconocían. El caso es que estaban decididos a que se fueran de sus tierras. Se dice que en el enfrentamiento por lo menos 16 españoles quedaron heridos, mientras que 15 nativos murieron antes que los demás se vieran obligados a retirarse a su poblado. Como dato curioso y significativo en este caso, ni en prácticamente ningún encuentro con los mayas, se menciona que tomaran a los blancos como divinos o enviados de los dioses,

Es posible que una de las causas de los enfrentamientos con los nativos, frecuentes en esta expedición y más tarde en la de Juan de Grijalva, fuera la gran necesidad de los españoles de agua potable con que abastecerse. El agua no abunda en Yucatán, la península cuenta con pocos ríos y sus habitantes dependían para su consumo del agua de pozos, cenotes, chultunes, depósitos y cisternas.[29]

Los españoles tomaron algunos prisioneros, práctica común en sus merodeos de rapiña. A los que no esclavizaban los entrenaban para servirles como traductores y guías. Entre los cautivos que hicieron estaban dos "trastabados de los ojos", como dice Bernal Díaz (bizcos a la manera maya), que fueron bautizados como Melchor y Julián; de los demás, algunos lograron escapar arrojándose al agua desde los navíos.

Nombraron a esa población con el nombre de Gran Cairo,[30] tal vez en reminiscencia de sus sueños asiáticos; de

[29] La palabra *cenote* es una corrupción del maya *tz'onot*, también llamados *ch'en* o pozos. Se forman al colapsarse o hundirse una porción de la piedra caliza que conforma al suelo yucateco, dejando así a la vista las aguas de las corrientes subterráneas; existen también los chultunes, excavados en forma de botella.

[30] Mártir, *Décadas*…, vol. I, déc. IV, lib. I, menciona la visita de los españoles a un solo pueblo antes de llegar a Campeche; Bernal Díaz, *Historia verdadera*…, vol. I, caps. I-II, también habla de un solo poblado visitado antes de Campeche, en el que afirma que fueron atacados por los nativos poco después de desembarcar; Las Casas, *Historia de*

igual manera llamaron "mezquitas" a los templos nativos, siendo ésta su única referencia cultural diversa a la cristiana, tomada de los moros. En algún momento Hernández de Córdoba, en nombre de la Corona de España, tomó posesión formal del nuevo territorio descubierto, mientras que el escribano, funcionario que debía ir en toda expedición, levantaba el acta correspondiente.[31]

Hernández de Córdoba y sus hombres embarcaron de nuevo y prosiguieron su navegación rumbo a occidente.

Lo que habían encontrado hasta entonces los llenó de admiración y fomentó sus esperanzas de encontrar riquezas, pero también despertó en ellos temor y recelo, pues nunca antes en el Nuevo Mundo habían visto construcciones de piedra, tan bien hechas además, ni canoas tan grandes, ni

---

las..., vol. III, lib. III, cap. XCVI, asevera que fueron a cuatro poblaciones, todas ellas en el corto trecho entre Cozumel y Cabo Catoche, y agrega que en el primer pueblo fueron los españoles quienes iniciaron la lucha, mientras que en el segundo los nativos los atacaron, narra con detalle los sucesos y es posible que Hernández de Córdoba se los relatara; Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, vol. II, lib. VIII, le dedica menos de 10 renglones de su obra a la expedición de Hernández de Córdoba; William Prescott, *Historia de la conquista de México,* vol. I, lib. II, cap. I, escribe que dondequiera que los españoles saltaban a tierra encontraban la más implacable hostilidad, lo cual es poco probable, y, tras unas 15 líneas más, pasa a narrar la expedición de Grijalva; Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, IV, lib. I, cap. I, dedica más espacio a Hernández de Córdoba, unas dos hojas, siguiendo casi exclusivamente el relato de Bernal Díaz. Ante la gran divergencia entre las dos principales fuentes que tenemos para esta expedición, Bernal Díaz y Las Casas, de la cual el primero dice ser testigo presencial, opto por seguir un camino medio, la visita a un solo poblado, Gran Cairo; mas, como muestra de lo que tal vez sucediese, utilizo para esta única visita algunas de las descripciones de Las Casas. Véase también López de Gómara, *Historia general de las Indias*, I, p. 87; y la *Vida de Cortés*.

31 Así lo afirma Alaminos en su declaración de mayo de 1522, DC, I, p. 221.

provistas de velas, ni colmenas domesticadas, ni nativos vestidos con telas de algodón teñidas y bordadas; tampoco guerreros tan bien organizados, armados con arcos y flechas, lanzas, hondas y escudos, que se protegían el cuerpo mediante una especie de armadura acolchada, hecha de algodón, ni con penachos y adornos guerreros tan elaborados. Observaron que los nativos parecían tener un intercambio comercial basado en el trueque, pues no habían visto monedas; y si bien el oro era escaso, lo trabajaban artísticamente y su presencia indicaba que debía haberlo en algún sitio no muy lejano.

Algo que los intrigó en extremo, por lo insólito de su presencia y por lo que podían significar, fueron lo que tomaron por cruces cristianas. Una de ellas, labrada en piedra, estaba en medio del patio de un templo. Creyeron entender que la adoraban como si fuera el dios del agua y de la lluvia y que cuando faltaba ésta le sacrificaban codornices. Pedro Mártir narra fantasiosamente que al preguntarles por las cruces los indígenas respondieron que "al pasar por aquellos parajes un cierto varón hermosísimo les había dejado dicha reliquia como recuerdo. Otros dijeron que en ella había muerto un hombre más resplandeciente que el sol. De cierto nada se sabe…",[32] cosa que afirma supieron mediante los intérpretes, aunque es de notar que en esos momentos los españoles no los tenían. Qué duda cabe que vemos y oímos lo que queremos o podemos ver y oír de acuerdo con nuestro condicionamiento cultural.

Es ésta la primera mención europea de la famosa "cruz maya" que mucha tinta hizo correr en vanas especulaciones. Se trataba en realidad de un árbol cruciforme que simbolizaba la tierra y la lluvia, que aparece con frecuencia en la iconografía maya. Los españoles trataron de explicar tanto esta cruz

[32] Mártir, *op. cit.*, vol. I, IV déc., lib. I.

como la existencia de esa nueva humanidad de acuerdo con su cosmovisión cristiana, especulando sobre la posibilidad de que los nativos hubiesen sido evangelizados en el pasado, o de que fuesen descendientes de pueblos venidos del Viejo Mundo. (Sobre su conveniencia de interpretar la religión nativa de acuerdo con sus intereses se habla más adelante.)

En ese tiempo Yucatán estaba dividido en 17 señoríos independientes. Ekab era uno de ellos. Hacía varios siglos que la época de esplendor del Horizonte Clásico maya había llegado a su fin. Tras la caída de Mayapán, hacia 1450, los señoríos de la península sufrieron una gran fragmentación política, aunada a una situación de guerra endémica.

El centro comercial de Ekab era de gran tamaño, en él se negociaba sobre todo con sal, la que sólo ciertos clanes mayas tenían derecho de recolectar, pagando un impuesto a Ekab. A lo largo de la costa existían varios poblados dedicados a tal comercio. López de Gómara afirma que había salinas en el sitio donde desembarcaron los españoles. Por su parte, fray Diego de Landa escribe que existía en Yucatán una ciénaga digna de memoria, de más de 70 millas de largo, toda ella era una salina; empezaba en Ekab y se extendía a lo largo de la costa hasta la proximidad de Campeche. El fraile comenta que "Dios ha creado en ella la mejor sal que yo he visto en mi vida".[33]

La pequeña flota de Francisco Hernández de Córdoba siguió costeando hacia el oeste, navegando de día y arriando las velas por la noche, temerosos de chocar con algún escollo o de encallar en los bajos arenosos. El litoral estaba muy poblado, constantemente veían nativos en la costa, observando las naves con curiosidad. Los españoles, por su parte, no salían de su asombro al ver tal cantidad de poblaciones y de templos.

[33] Fray Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, cap. XLV.

Conforme se aproximaban a Campeche el paisaje cambiaba. Las grandes extensiones de piedra caliza y matorrales bajos de Yucatán daban paso a una vegetación más exuberante y a un clima más húmedo.

Pocos días después vieron desde la cubierta de sus barcos una población de buen tamaño, según Fernández de Oviedo contaba con unas tres mil casas. Cercana a la costa, estaba situada en una gran ensenada (se trataba de la bahía de Campeche; el pueblo, o la provincia, era llamado en maya *Akimpech*, "Lugar de garrapatas",[34] no muy lejos de la actual ciudad de Campeche, a 480 kilómetros de Cabo Catoche).

Supusieron que cerca de la población podría haber un río en el cual abastecerse, ya que su reserva de agua había disminuido de nuevo. Hernández de Córdoba decidió desembarcar en su búsqueda. Parte de su problema era que no tenían recipientes adecuados para almacenarla, pues la mayoría de los expedicionarios no contaba con recursos suficientes para comprarlos.

Anclaron a tres kilómetros de tierra había mucha pleamar y poco fondo cerca de la costa. La mayoría desembarcó. Exploraron los alrededores sin encontrar ningún río, aunque sí un pozo que evidenciaba ser utilizado por los nativos. En él se aprovisionaron.

Apenas habían terminado de llenar sus vasijas y barriles cuando llegó medio centenar de indígenas en son de paz; a señas los interrogaron acerca de lo que deseaban, "si veníamos de donde sale el sol, y decían: castilán, castilán", según narra Bernal Díaz. Si esto es verdad, la explicación más plausible sería que habían llegado hasta esta región noticias de la presencia de Aguilar, de Guerrero y de sus compañeros náufragos.

[34] Jorge Gurría Lacroix, *Itinerario de Hernán Cortés*, p. 23.

Los mayas no se cansaban de verlos y de tocarles las barbas y el cuerpo, "atraídos de curiosidad; les admiraba aquella nueva especie de hombres, y no menos la grandeza de los navíos, quedando atónitos con tan extraño espectáculo".[35] Los españoles no estaban menos asombrados al encontrar nuevas manifestaciones del alto nivel cultural alcanzado por los indígenas.

Salieron a relucir las famosas cuentas de abalorio, que alegraron a los nativos. Para corresponderles los invitaron a su pueblo. Los españoles aceptaron y se dirigieron a él en buena formación militar. En uno de los costados del poblado había un templo construido sobre una plataforma de piedra, hacia donde los condujeron.

Subieron los cuatro escalones que llevaban al interior, donde encontraron varios ídolos de piedra; uno es descrito como de forma humana, flanqueado por dos animales extraños que parecían devorarlo; otros, con forma de serpientes y también con algunas de las intrigantes cruces. A sus ojos se presentó también una visión inquietante cuando observaron, al parecer por primera vez, lo que parecían indicios de sacrificios humanos: restos de sangre fresca y huesos.[36] En el templo estaban algunos sacerdotes con largas y enmarañadas cabelleras, vestidos con blancas túnicas de algodón.

El señor del lugar los invitó a comer en su morada. El menú fue muy variado: guajolotes, codornices, tórtolas, ánades, patos, jabalíes, ciervos, liebres, y hasta lobos, leones y tigres, a decir de Pedro Mártir, todo acompañado por tor-

35 Véase *Vida de Cortés*.

36 Mártir, *op. cit.*, vol. I, IV déc., lib. II. Según H. Thomas, *La conquista*…, p. 124, las serpientes de este templo eran ejemplares muertos que rodeaban el altar; en ninguna de las fuentes he podido encontrar semejante afirmación.

tillas recién hechas; de postre, diversas frutas exóticas.[37] Es posible que parte de la carne estuviese cocida en barbacoa.[38]

Tras la comida se inició el trueque, operación que seguramente iría acompañada de buena cantidad de ademanes y exclamaciones de ambas partes. Los españoles se hicieron de algunas mantas de algodón, plumas finas y caracoles engarzados en plata y en oro a cambio de sus abalorios, mas las mercancías de los blancos no fueron lo bastante atractivas como para mantener el interés de los nativos, que pronto se cansaron de ellos y los conminaron a partir. Los españoles se hicieron los remolones. En poco tiempo se reunieron dos escuadrones de guerreros a un lado de la población. Diez sacerdotes se acercaron a los blancos y los incensaron con sus sahumerios, "fumigándolos", como gustaban decir los cronistas. Enseguida los mayas hicieron montones de leña y les prendieron fuego, dando a entender con señas que debían irse antes de que se consumieran. Las caracolas y tambores se dejaron oír, acompañadas por fuertes gritos y silbidos.

Según Pedro Mártir los españoles, entre irritados y asustados, decidieron darles una muestra de su poderío, disparando la artillería hacia el aire. Los nativos "oyeron el tronar de las disparadas máquinas y percibieron el humoso y sulfúreo olor encendido, parecíales que el cielo descargaba

37 H. Thomas, *La conquista…*, en la nota 50, p. 737, escribe que también les dieron de comer pavorreales, citando como referencia la IV déc., lib. II de Pedro Mártir, no he encontrado tal cosa.

38 *Barbacoa* es una palabra de origen maya, adoptada por muchos idiomas del mundo. Designa un método de cocimiento indirecto de los alimentos: se hace un hoyo en la tierra, se colocan brasas en el fondo y sobre ellas algunas piedras que las separaran del alimento a cocinar, éste se pone sobre ellas envuelto en hojas y mantas, tras de condimentarlo con chile, tomate y otras hierbas o especies; así se cuece lentamente con el calor de las brasas y la vaporización de sus líquidos, conservando todo su sabor y propiedades y quedando de una consistencia tierna y apetecible.

sus rayos"; el cronista no menciona el efecto causado. Decidieron no tentar su suerte, aún había varios heridos como resultado del enfrentamiento anterior, incluso poco antes habían muerto dos.

Embarcaron de nuevo, no sin haber bautizado al poblado con el nombre de Lázaro, por haber desembarcado el domingo 22 de marzo, día de San Lázaro,[39] lo cual, según Fernández de Oviedo, era una casualidad digna de mención, afirmando que, así como Cristo resucitó a Lázaro, así iban ellos a despertar y a resucitar a estas gentes llevándolas de la muerte a la vida.

Esta extraña mezcla de hospitalidad y agresividad no deja de ser curiosa, y despierta la sospecha de que posiblemente los españoles cometieron algunos desafueros y agravios, como lo sostiene fray Bartolomé.

La flota de Hernández de Córdoba recorrió poco trecho durante los seis días siguientes, apenas 80 kilómetros, pues durante cuatro jornadas fuertes vientos del norte los obligaron a mantenerse al pairo e incluso a anclar. Desembarcaban de cuando en cuando para aprovisionarse de leña y agua.

Pasado el mal tiempo llegaron a las cercanías de otra población costera, situada también en una ensenada. Podían ver sus blancas edificaciones de piedra y los campos cultivados con maíz. Dispuestos a investigar, abastecerse de agua y, de ser posible, también de víveres, anclaron, retirados como siempre de la costa. Desembarcaron por medio de los bateles lo mejor armados que pudieron.

[39] En 1517 el día de San Lázaro cayó en domingo 22 de marzo, *Cfr*. Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, lib. I, cap. I. Cortés, en su Primera carta de relación, dice que le pusieron Lázaro al cacique y Campeche al pueblo; Mártir, *Décadas…*, vol. I, IV déc., lib. II, llama a la provincia Campeche; López de Gómara, *Historia general…*, I. p. 88, afirma que el pueblo se nombró Lázaro; Las Casas, *op. cit*., lib. III, cap. XCVIII; Landa, *op. cit*., vol. III.

Se trataba de Champotón (*Chakán Putum*, fundada por los itzaes hacía el 700 d. C, poblada por la etnia maya putún, chontal o couoh), en las márgenes del río del mismo nombre (Bernal Díaz la llama Potonchán, que era su nombre maya), ciudad principal de los couoh, tribu maya distinguida por su belicosidad. Según una leyenda, fue ésta la última tierra pisada por Quetzalcóatl antes de partir mar adentro.[40]

Al parecer las noticias de Campeche ya les habían llegado, pues el señor local no los recibió bien. Se llamaba, según los españoles entendieron su nombre, y a decir de Pedro Mártir, Mochocoboc, Moscobo o Chiapetón. (Landa lo da como Mochcouoh. El nombre de la provincia lo escucharon como Aguanil.) Se negó a corresponder a sus obsequios, a darles de comer, a que se abastecieran de agua e incluso a comerciar con ellos.

Sospecharon de sus intenciones cuando finalmente les indicó que no muy lejos, tierra adentro, encontrarían unos pozos cerca de unos campos de maíz, donde podrían llenar sus vasijas; creyeron que sólo intentaba alejarlos de sus naves a fin de caer más fácilmente sobre ellos, pero su necesidad de agua los obligó a aceptar. Apenas acababan de llenar sus depósitos cuando vieron aproximarse gran cantidad de guerreros, caminando en silencio, armados y pintados de blanco, negro y rojo, cuyas intenciones eran claramente poco amistosas.

Preguntaron a los españoles por medio de señas si acaso venían del rumbo de donde sale el sol, a lo que respondieron que sí. Como era tarde, los guerreros se retiraron a unas casas cercanas, mientras los españoles durmieron en tierra firme, turnándose para hacer guardia, contraviniendo

[40] Ha existido cierta confusión entre los poblados de Campeche y de Champotón; más adelante, cuando se hable de la expedición de Grijalva, habrá oportunidad de examinar este punto.

así de nuevo sus instrucciones.[41] Su decisión no fue la más acertada, y apenas si pudieron cerrar los ojos. Toda la noche los mantuvo en tensión el estrépito de tambores, caracoles, gritos y silbidos provenientes de la cercana población.

Al amanecer los guerreros volvieron a aproximarse, esta vez en mayor cantidad.[42] Ya sea que, sin preámbulo alguno como narra Bernal Díaz, cercaran a los españoles y les arrojaran una nutrida lluvia de flechas, piedras y lanzas, hiriendo a muchos y arremetiendo después en su contra con gran fiereza, o que, como sostiene Las Casas, los españoles los atacaron primero sin previa agresión, puesto "que no sabían sufrir en tales tiempos grita de indios, por mucho que las voces alcen, como los conozcan desnudos y al cabo llevar la peor parte". El caso es que llegaron a las manos y la batalla se generalizó. Los guerreros indígenas, de acuerdo con su costumbre, intentaron capturar al capitán al grito de *¡al calachuni, al calachuni!* (o al menos así lo entendieron los españoles); al parecer lo que decían era *halach uinic*, en maya,[43] es decir "¡contra el capitán!", ya que, según su código guerrero, una vez capturado el jefe enemigo la victoria estaba asegurada.

Hernández de Córdoba, escurriendo sangre de varias heridas, logró formar a sus hombres en un cuerpo compacto. Las espadas de hierro abrían profundos cortes en los cuerpos morenos mal protegidos. Finalmente, los blancos rompieron el cerco y empezaron a retroceder ordenadamente hacia la costa para reembarcarse. Al llegar a la orilla encontraron los

41 Tales instrucciones eran dadas por las autoridades a todas las expediciones de este tipo, las de Hernández de Córdoba no nos han llegado, pero generalmente se incluía en ellas la prohibición de dormir en tierra, para evitar sorpresas, y ésta no sería la excepción. Cortés, en su Primera carta, afirma que esa noche durmieron en tierra.

42 Según Pedro Mártir de Anglería eran unos 10 000; Las Casas habla de 1 000, lo que es más probable; mientras que Bernal Díaz cree recordar que había 200 de ellos por cada español.

43 Salvador Toscano, *Cuauhtémoc*, p. 71.

bateles casi encallados en el fondo, pues la marea había bajado. El pánico se apoderó de ellos. Al intentar arrastrar los bateles hacia aguas más profundas fueron blanco fácil para las flechas mientras tropezaban y se atascaban en las aguas cenagosas. En el sálvese quien pueda no se cuidaron de distribuirse adecuadamente en los botes, que amenazaban con volcarse. Muchos trataron desesperadamente de aferrarse a sus bordos, otros nadaron mientras les caía una copiosa lluvia de flechas.

Fue en esos momentos cuando los españoles sufrieron sus mayores bajas. Al fin la mayoría pudo llegar, mal que bien, a la nave más pequeña que ya iba en su socorro. Los navíos dispararon la artillería, más con intención de asustar a los nativos con el ruido y el humo que por el daño que pudieran causar, ya que a esa distancia sus proyectiles no podían ser efectivos.

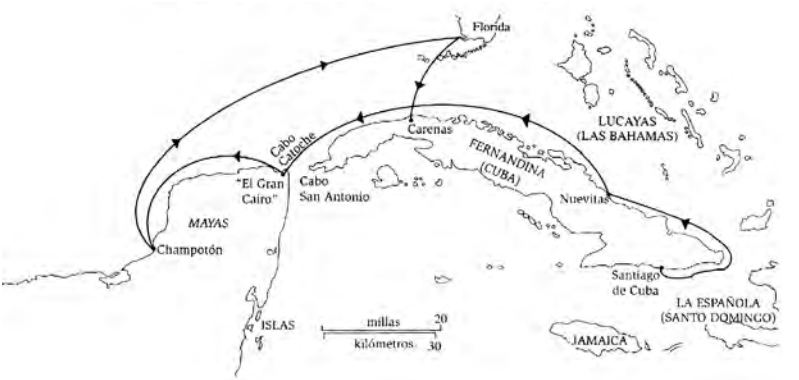
Una vez a bordo de la nave los sobrevivientes echaron de menos a muchos compañeros. Bernal Díaz asevera que las bajas fueron de 50 hombres y que a los pocos días cinco más fallecieron a consecuencia de las heridas y de la sed, es decir 50 por ciento del total. Pedro Mártir, que interrogó a Alaminos, afirma que los muertos fueron 22 y que casi todos los demás iban heridos. Bernal asegura que sólo uno salió ileso, él mismo recibió tres flechazos, uno de ellos muy peligroso en el costado izquierdo, y que dos de sus compañeros fueron capturados vivos y sacrificados.

En cuanto al capitán Francisco Hernández de Córdoba, recibió, dependiendo de la fuente, entre 10 y 33 heridas. El sitio fue llamado durante algún tiempo Costa de la Mala Pelea. Seguramente corrieron las noticias de la batalla a lo largo de la costa chontal.

Varios historiadores han atribuido el triunfo maya sobre las armas superiores de los españoles al entrenamiento europeo que se supone les proporcionó Gonzalo Guerrero;

no puede descartarse tal posibilidad, reforzada por el hecho de que los mayas no recibieron a los españoles como seres divinos, tal vez prevenidos por Guerrero de su verdadera identidad.

Viaje de Hernández de Córdoba (1517)



Los dolientes expedicionarios prosiguieron su viaje, costeando todo el tiempo, seguramente debido a su urgente necesidad de aprovisionarse de agua. Al tercer día llegaron a una ensenada, posiblemente en la Laguna de Términos. Creyendo que en ella podría desembocar un río saltaron a tierra 18 de los hombres más sanos. Hallaron un estero al que nombraron Estero de Los Lagartos por la cantidad de esos animales que encontraron,[44] para su desdicha el agua era salobre. Cavaron en vano unos pozos. Empeoró su si-

[44] Orozco y Berra opina que dicho estero se localizara posiblemente en la región de la Laguna de Términos, véase *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, lib. I, cap. I; J. Gurría Lacroix dice que se encuentra en las cercanías del pueblo de Campeche, véase *Itinerario de Hernán Cortés*, p. 24.

tuación cuando un viento contrario los forzó a permanecer anclados dos días.

Las provisiones escaseaban, la mayoría adolecía de sus heridas, los navíos no estaban en buenas condiciones, no habían logrado gran cosa en materia de ganancias y en sus presentes circunstancias no podían seguir enfrentándose a nativos tan belicosos. Decidieron que era tiempo de iniciar el retorno, llevar a Diego Velázquez las buenas nuevas sobre su asombroso descubrimiento y tratar de regresar con una flota mejor equipada.

Incendiaron el navío de menor porte, el que estaba en peores condiciones de navegar y ya no tenían gente para gobernarlo. Con los vientos fríos del norte, el hambre, la sed y las heridas, muchos se resfriaron, otros más se hincharon por beber agua salada. Bernal Díaz se lamenta: "Digo que tanta sed pasamos, que las lenguas y bocas teníamos hechas grietas de la secura... ¡Oh, qué cosa tan trabajosa es ir a descubrir tierras nuevas, y de la manera que nosotros nos aventuramos!".

En tales condiciones apenas sobrevivieron, maldiciendo al viaje y al piloto Antón de Alaminos, quien insistía en que las tierras que habían descubierto eran parte de una gran isla y no continentales. Ante la presión de sus compañeros echó mano de todos sus conocimientos náuticos, consultó con los demás pilotos y propuso finalmente una ruta alternativa, que, contando con vientos más favorables, afirmaba los llevaría con mayor rapidez a Cuba: navegarían por alta mar, hacia la Florida, donde Alaminos había estado cuando piloteó la expedición de Ponce de León, hacía ya 14 o 15 años.

Llegaron a La Florida en cuatro días. Alaminos reconoció un estero donde los nativos habían matado a varios españoles de los de Ponce de León. Desembarcaron para proveerse de agua. Al fin la hallaron buena al cavar unos pozos y la bebieron gozosos, llenaron sus recipientes y lavaron las telas

y vendajes de los heridos. En eso, intempestivamente, llegó una bandada de guerreros tanto por tierra como a bordo de canoas por el estero; vestidos con cueros de venado, armados con grandes arcos y lanzas. Sin más averiguaciones arremetieron contra los blancos. Varios españoles recibieron heridas de flecha, entre ellos Alaminos, alcanzado en la garganta por un proyectil. Por su parte Bernal Díaz recibió nuevas lesiones. Antes de retirarse, los nativos lograron llevarse a un español vivo, no sin sufrir alrededor de 20 bajas.[45]

Se embarcaron de nuevo poniendo las proas hacia Cuba. La nave capitana hacía tanta agua que no la podían achicar con la bomba. Finalmente, tras unos dos meses de viaje entraron al puerto de Carenas (La Habana), en fecha que no conocemos.

Desde ahí el capitán envió una carta a Diego Velázquez notificándole las particularidades de la expedición, sobre todo las grandes novedades que habían encontrado. Cumplido ese deber se retiró a su hacienda de Sancti Spíritus, pues venía, como dice Cortés, "cuasi muerto". (Fray Bartolomé de las Casas afirma que fue llevado en una canoa hasta Santiago, para informar personalmente a Velázquez del resultado de la expedición.)[46]

Fuese en Santiago o en Sancti Spíritus, no faltó quien dijera a Hernández de Córdoba que Velázquez estaba muy activo preparando una segunda flota para volver a las tierras recién descubiertas y había decidido poner otro capitán al mando. Furioso ante tamaña ingratitud, Hernández de Córdoba juró

45 Hernán Cortés, Primera carta de relación; Mártir, *op. cit.*, vol. I, IV déc., lib. II; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. II, lib. XVII, cap. III; López de Gómara, *op. cit.*, I, pp. 87-90; Las Casas, *op. cit.*, vol. III, lib. III, cap. XCVIII; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. I, caps. III-IV; fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, cap. III.

46 Las Casas, *op. cit.*, vol. III, lib. III, cap. CIX.

que iría hasta España a quejarse de los agravios recibidos. No tuvo tiempo de hacerlo, pues murió 10 días después de su regreso-debido a sus numerosas heridas. "Dios dispuso de llevarlo al otro mundo, a que le diese cuenta de otros mayores agravios que él hizo a los indios de Cuba, de quien se servía y chupaba la sangre, y con ella iba a saltear los inocentes que estaban seguros en sus casas...", sentencia Las Casas.

En La Habana fallecieron tres expedicionarios más, elevando el total de bajas a 57.[47]

Los sobrevivientes contaron sus asombrosas aventuras, exageradas al pasar de boca en boca, de tal manera que pronto cundieron por toda Cuba rumores fantásticos sobre la grandeza y riqueza de las tierras descubiertas. "Porque toda la plática de aquellos tiempos, y gentes, no era otra; que casi se parecían al rey Midas, que todo su deleite era el oro y la plata y no trataba de más que de riquezas...", dice Torquemada. Bernal Díaz comenta que

> aún en Castilla hubo gran fama de ello, y decían que otras tierras en el mundo no se habían descubierto mejores. Y como vieron los ídolos de barro y de tantas maneras de figuras, decían que eran de los gentiles. Otros decían que eran de los judíos que desterró Tito y Vespasiano de Jerusalén. [Suceso ocurrido por el año 70 d. C.]

Diego Velázquez interrogó a fondo a los mayas bizcos Melchorejo y Julianillo, por lo menos tan a fondo como se lo permitió la limitación del lenguaje; algo lograrían comunicar sobre su religión, gobierno y sociedad. Ante las insistentes preguntas

[47] Las Casas asevera que las dos naves fueron hundidas en La Habana por no poder sostenerse a flote, y que Hernández de Córdoba escribió, poco antes de morir, una carta a la corte de Zaragoza, donde se encontraba el fraile.

del gobernador sobre el oro, afirmaron, mintiendo, tal vez para no mostrarse descorteses, que lo había en gran cantidad; también dijeron que unos seis españoles habían llegado como náufragos a Yucatán, donde aún se encontraban.[48]

Antón de Alaminos insistía en su teoría insular de Yucatán, afirmando que la península era tan sólo una isla más del archipiélago del Caribe. Al parecer el nombre de Santa María de los Remedios se aplicó a toda la península yucateca.[49]

Desde la perspectiva española, su descubrimiento de México no pudo hacerse en peor momento. El nuevo y joven rey Carlos I de España y V de Alemania había llegado recientemente a la península ibérica desde Flandes; era la primera vez que ponía pie en su reino español, donde estaban mucho más interesados por los acontecimientos políticos que su arribo implicaba que por los sucesos acaecidos en los lejanos dominios de las Indias. Carlos tenía apenas 19 años y no hablaba latín ni español, únicamente francés. Hijo de Juana la Loca y de Felipe el Hermoso, Juana lo era de los Reyes Católicos y, aunque no estaba destinada a reinar, el destino quiso que el heredero designado, el príncipe

[48] Las Casas, *op. cit.*, vol. III, lib. III, cap. XCVIII; Fernández de Oviedo, *op. cit.*, vol. II, lib. XVII, cap. III; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. I, caps. IV-VI; Torquemada, *op. cit.*, vol. II, lib. IV, cap. III; Alaminos, Declaración de 1522, DC, I, p. 221. Existe una carta, con fecha de 20 de octubre de 1517, enviada por Bernardino de Santa Clara, desde Cuba, a Francisco de los Cobos, secretario de Carlos V, en la que comenta este descubrimiento, así como las riquezas y gran población de las nuevas tierras, seguramente pidiendo apoyo para que se otorgara a Diego Velázquez licencia de conquistarlas y explotarlas, CDI, XI [pp. 556-559].

[49] Hasta más o menos 1530 Yucatán siguió considerándose como isla. Aunque Pedro Mártir decía, ya en 1521, que si bien existía la duda, se creía que era parte del continente. En 1526 Francisco de Montejo solicitó la autorización de la Corona para conquistar "las islas de Yucatán y Cozumel". Sebastián Caboto fue el primer cartógrafo que, en su planisferio de 1544, dibujó la península tal como es.

Juan, hijo de Fernando el Católico, muriera de tuberculosis en octubre de 1497, por lo que ella fue jurada como sucesora. Al morir Isabel la Católica, en noviembre de 1504, Juana fue proclamada reina de España como Juana I, aunque su padre Fernando actuó como regente hasta que en 1506 Felipe el Hermoso fue jurado rey como Felipe I, pero en septiembre del mismo año murió, algunos dicen que envenenado. Juana lo quería con locura y empezó a perder la razón, por lo que su padre la recluyó en un palacio-cárcel en Tordesillas, donde permaneció hasta su muerte. Fernando el Católico murió en 1516, y aunque legalmente la Corona pertenecía a Juana, el octogenario arzobispo de Toledo, Francisco Jiménez de Cisneros, se hizo cargo de la regencia debido a la incapacidad mental de Juana. Carlos reclamó su derecho a la Corona. Hubo algunas revueltas de nobles que estaban a favor de que Fernando, hermano menor de Carlos, criado en España, fuera el nuevo rey. Finalmente, el 13 de marzo de 1516, Carlos fue proclamado rey de Castilla y de Aragón en Bruselas, y reinaría junto con Juana que nunca dejó de ser reconocida como reina. (Carlos sólo gozó del título de rey de España desde la muerte de su madre Juana en abril de 1555 y hasta su propio fallecimiento, poco más de tres años después.)

Veinte meses después decidió ir a España por vez primera. Llegó el 17 de septiembre de 1517 a Villaviciosa, de donde se dirigió a Tordesillas y luego a Valladolid. El regente Jiménez de Cisneros murió el 8 de noviembre de ese año sin haber podido conocer al nuevo rey que tuvo que enfrentar el rechazo español tanto a él como a su corte de flamencos. Un dato curioso es que en ese mismo año Lutero publicó sus 95 tesis contra las Indulgencias.

Diego Velázquez, en cambio, se sentía más que inspirado por los descubrimientos recientes, si bien la expedición de Francisco Hernández de Córdoba había sido una mala inversión, abría grandes posibilidades para nuevas explora-

ciones, conquistas y explotaciones, que podrían dar pronto jugosos frutos. Tal parecía que por fin se materializarían los sueños colombinos de riquezas y reinos exóticos.

A raíz de todo esto, Pedro Mártir de Anglería reanudó en 1520 la redacción de sus *Décadas del Nuevo Mundo*, interrumpidas desde 1516. En la dedicación, que brinda al Sumo Pontífice León X, escribió que no las había proseguido "en vista de que se contaban muchas cosas vanas y poco dignas de recuerdo. Leíanse a diario en nuestro Regio Consejo de las Indias cartas llenas de circunloquios enviadas por gente necia, de las cuales no me era posible extraer ningún jugo", pues se trataba de expediciones enviadas a la captura de esclavos o a "rescatar" oro y perlas en tierras ya descubiertas, "a cuantas islas adyacentes a la Española, a Cuba y al supuesto continente alimenta el océano, ya que el número de las situadas a sus espaldas, por delante y por ambos costados, a la manera que sus polluelos rodean a la gallina, es infinito".

Esta vez, gracias a los acontecimientos recientes, contaba con nuevo material: "Llevamos, pues, a manos de Tu Santidad, para deleite de sus ávidos oídos, las cosas de las islas de Yucatán y Cozumel y de la vasta tierra Hacolucana, que aún no se sabe si es isla o continente".[50] Muy pronto tendría grandes noticias a su disposición. Los días de Motecuhzoma Xocoyotzin y del llamado "imperio" mexica estaban contados.

[50] Mártir, *op. cit.*, vol. I, IV déc., "Introducción", p. 395.

CAPÍTULO IV

Juan de Grijalva

Entonces el capitán les dijo, con las lenguas Julianillo y Melchorejo, que veníamos de lejas tierras y éramos vasallos de un gran emperador que se dice don Carlos, el cual tiene por vasallos a muchos y grandes señores y caciques, y que ellos le deben tener por señor, y que les iría muy bien en ello…

Bernal Díaz del Castillo[1]

Despertada la codicia de Diego Velázquez, estaba impaciente por armar una nueva expedición. Buen conocedor de la realidad americana, bien sabía que era la primera vez que sus compatriotas encontraban indicios tangibles de una cultura avanzada, rica y próspera en las nuevas tierras.

Antes de que las buenas nuevas traídas por Francisco Hernández de Córdoba se esparcieran por el resto de las islas y llegaran a oídos de quienes pudieran adelantársele o disputarle la explotación del descubrimiento, se apresuró a organizar el envío de una segunda expedición. Envió a Juan de Saucedo como su procurador a La Española, con la tarea de solicitar el permiso necesario a los frailes jerónimos gobernadores, e instrucciones de "saber el secreto de ellas",

1 *Historia Verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. I, p. 85.

como solían decir. Los frailes no podían autorizar una expedición de conquista. De paso les informaría sobre el resultado del viaje de Hernández de Córdoba, afirmando que Velázquez lo había financiado por completo.

El gobernador de Cuba era un político hábil, sabía por dónde soplaban los vientos, por lo que, sin que lo supiesen los frailes, envió a la corte de España otro comisionado, Gonzalo de Guzmán, tesorero en Cuba y miembro de la gran familia de los Guzmán, duques de Medina Sidonia, por lo que podría promover más fácilmente las gestiones de su encargo, consistían en obtener para Diego Velázquez el nombramiento de adelantado y gobernador de las nuevas tierras, cargo que le conferiría el control político, y lo liberaría de estar supeditado a la jurisdicción de Diego Colón, aunque en realidad sólo lo estaba en teoría, pues de hecho gozaba de amplias libertades. Así progresaba, dice Bernal Díaz, con la sangre y el sudor de los conquistadores.[2]

Como ya se dijo, en la corte Velázquez contaba con el poderoso patronazgo del obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca, presidente del Consejo de Indias, quien, desde hacía varios años se ocupaba de los asuntos de la Corona relacionados con el Nuevo Mundo. Diego Velázquez había cultivado con mucho esmero esa relación, ventajosa para ambos, pues les había adjudicado repartimientos de indígenas en Cuba tanto al obispo como a varios miembros principales del Consejo de Indias, que sacaban así pingües beneficios.

Rodríguez de Fonseca, tan pronto supo de la buena fortuna de su protegido, obtuvo el visto bueno de Carlos V para

[2] La referencia de la ida a España de Gonzalo Guzmán sólo la encuentro en la Primera carta de relación de Cortés, y en Hugh Thomas, *La conquista de México*, p. 128, aunque éste menciona que luego fue Benito Martín para apoyarlo. En cuanto a las supuestas gestiones de Guzmán no se sabe qué sucedió, más tarde fue enviado de nuevo, como se verá, o tal vez ya estaba allá.

que el dominico fray Julián Garcés, su confesor, notable teólogo, predicador y latinista, fuera nombrado obispo de las tierras descubiertas.[3]

En aquella época las comunicaciones eran lentas, por lo que a Diego Velázquez le llegó primero la licencia de los jerónimos. Lo esencial era ganar tiempo, así que, sin esperar el resultado de las gestiones de Gonzalo de Guzmán, siguió organizando la expedición.

En ese entonces, por cuestiones de negocios que tenían que ver con el gobernador, estaban en Santiago, capital de Cuba, donde residía Velázquez, Juan de Grijalva, Alonso de Ávila, Francisco de Montejo y Pedro de Alvarado, prósperos en-

[3] Al parecer se bautizó a Yucatán como La Carolina, en honor a Carlos V; fray Julián fue nombrado obispo de La Carolina, "Colección de Juan Bautista Muñoz", vol. 58, f. 140v, Real Academia de la Historia, Madrid, en H. Thomas, *La conquista…*, p. 741. Las Casas nos relata una curiosa anécdota: el Almirante de Flandes, uno de los flamencos que habían ido a España con Carlos V, y que tanto irritaron a los peninsulares, habiendo escuchado hablar sobre la riqueza de las nuevas tierras, solicitó al soberano español, a manera de feudo y con la intención de poblarla con flamencos, la supuesta isla de Yucatán. Carlos V, ignorando lo relacionado con sus posesiones americanas, se la concedió, "como si le hiciera merced de alguna dehesa para meter en ella su ganado", comenta irónicamente fray Bartolomé. En cinco o seis meses el Almirante reunió cinco navíos en el puerto de Sanlúcar de Barrameda y metió en ellos buena cantidad de labradores con destino a Yucatán. Mientras tanto Las Casas, enterado de sus intenciones, notificó a Diego Colón sobre esta violación a sus derechos. Diego hizo en la corte las reclamaciones pertinentes con el resultado de que el permiso fue suspendido hasta en tanto se dirimiera el pleito. "Y así se quedó el señor Almirante de Flandes sin Yucatán". Algunos de sus frustrados colonos murieron durante los traslados, otros regresaron a Flandes. Véase *Historia de las Indias*, vol. III, lib. III, cap. CI. Como dato curioso Argensola menciona que los funcionarios flamencos que estaban en España, al enterarse de las riquezas del Nuevo Mundo, dieron en llamar indio al castellano que les llevaba algún dinero: "Este, decían, es mi indio y se preguntaban entre sí: ¿Quién es vuestro indio?", Bartolomé Leonardo de Argensola, *Conquista de México,* cap. II.

comenderos de la isla. Sus charlas versaban sobre la proyectada expedición y terminaron por acordar que ellos cuatro debían encabezarla con el cargo de capitanes.

Este tipo de expediciones eran costeadas por la iniciativa privada, la Corona sólo se reservaba los derechos de otorgar las licencias respectivas y de determinar las reglas a las que debían sujetarse. El costo financiero era elevado y el riesgo alto, mas siempre era posible obtener buenas utilidades. Las noticias traídas por Hernández de Córdoba ofrecían el incentivo extra de un descubrimiento mayor.

Desde que Marco Polo narró las fabulosas riquezas del Gran Khan, Europa soñaba con ellas, y Colón recogió e hizo suyos tales sueños. Los escritores de novelas de caballería colmaban la imaginación popular con toda clase de fábulas maravillosas. Tras el encuentro de las tierras americanas se creyó que en ellas se materializarían tanto las riquezas como las fábulas, sólo era necesario contar con un poco de suerte y actuar con audacia y con prudencia, pues si bien era cierto que Hernández de Córdoba encontró oro, era de baja calidad y no encontró indicios de la existencia de minas de metales preciosos. Los nativos mostraron ser mucho más aguerridos que los taínos y su precipitado regreso le había impedido explorar más a fondo. Era imperativo efectuar un nuevo sondeo antes de arriesgarse con una inversión mayor. Se supone que la segunda expedición cumpliría ese propósito, a la vez que reafirmaría los derechos de Velázquez sobre esas nuevas tierras.

El 20 de enero de 1518 Diego Velázquez concedió el nombramiento de capitán general de la nueva flota exploradora a Juan de Grijalva, quien por este tiempo contaba con alrededor de 28 años de edad, natural de Cuéllar, por tanto su paisano, y posiblemente su sobrino; según fray Bartolomé de las Casas era un hidalgo "mancebo cuerdo y de buenas costumbres, al cual trataba [Velázquez] como

deudo, puesto que no se creía serlo ni tocarle por ningún grado en sangre". El fraile agrega más adelante que "de su naturaleza no era cruel, antes blando [...] era de tal condición de su natural, que no hiciera, cuanto a la obediencia y aun cuanto a la humildad y otras buenas propiedades, mal fraile".[4] Grijalva había llegado a Santo Domingo en 1508, de donde pasó a Cuba con Velázquez en 1511. Diego le concedió una encomienda de 34 taínos como recompensa por su participación en la "pacificación" de la isla. En esos momentos vivía en la villa de la Trinidad, dedicado a sacar buen provecho de su repartimiento.[5]

Participó en esta nueva expedición Francisco de Montejo, nativo de Salamanca, llegado al Darién con Pedrarias, de donde pasó a Cuba, lugar en el que gracias a su carácter afable logró cultivar buena amistad con Velázquez y con Cortés. Fray Diego de Landa comenta que, como era rico, financió uno de los navíos y muchos víveres para la expedición. Montejo será en un futuro el conquistador de Yucatán.[6] También tomaron parte Alonso de Ávila, originario de Ciudad Real; Alonso Hernández Portocarrero; Diego de Ordaz; y Pedro de Alvarado, quien tendría 33 años, procedía de Extremadura y, siendo paisano de Hernán Cortés, éste lo ayudó, así como a sus hermanos, a empezar a hacer fortu-

4 Hernán Cortés, seguido por Andrés de Tapia, afirma que Grijalva y Diego eran parientes; Bernal Díaz y Bernardino Vázquez de Tapia dicen que Grijalva era sobrino del gobernador. Según H. Thomas, *La conquista…*, nota 5, p. 737, Antonio Velázquez Bazán, sobrino del gobernador de Cuba, en una relación contenida en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, Madrid 1842, IV, 232, confirmó que Grijalva era sobrino de Diego Velázquez.

5 Francisco del Paso y Troncoso, "Epistolario de Nueva España", vol. II, p. 130, *apud* H. Thomas, *La conquista…*, p. 129.

6 Fray Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, cap. XI. Montejo formaba parte de una familia de la alta nobleza castellana. Nació en Salamanca entre 1473 y 1484.

na en Cuba. Pedro era bien proporcionado, ágil y fuerte, de facciones agradables, carácter alegre, impulsivo, sociable y ostentoso; le apodaban "el Comendador" debido a que en su familia hubo algunos comendadores.[7]

Bernardino Vázquez de Tapia fue nombrado alférez general.[8] Natural de Oropesa, miembro de una familia de buen nivel económico y social, llegado a las Indias en 1514 a bordo de la flota de Pedrarias estuvo en el Darién cerca de dos años y medio sin obtener cosa de mayor provecho. Después se trasladó a Cuba, donde participó en unas cuantas campañas de "pacificación", obteniendo de Diego Velázquez algunos pueblos indígenas en encomienda. Jugará un papel activo en la conquista de Tenochtitlan y llegará a ser regidor de la futura ciudad española de México.[9]

Como capellán mayor de la armada iría el clérigo Juan Díaz, originario de Sevilla, de alrededor de 38 años, quien también tomará parte en la conquista tanto de México como de Guatemala; a él debemos gran parte del relato de esta expedición.[10] En cuanto a Bernal Díaz del Castillo sigue viva la polémica sobre si participó o no; él mismo afirma que sí.[11]

7 Adrián Recinos, *Pedro de Alvarado*, pp. 8-17.

8 En el siglo XVI el alférez era también el oficial encargado de llevar la bandera en la infantería, o el estandarte en la caballería. La palabra es un arabismo procedente de la voz *al-fariz* (el jinete).

9 Su *Relación de méritos y servicios del conquistador*, así como sus declaraciones en el juicio de residencia de Cortés, nos proporcionan importante información sobre la conquista de México-Tenochtitlan.

10 Juan Díaz participó en la conquista de México-Tenochtitlan y acompañó a Pedro de Alvarado a la de Guatemala, muriendo a manos de los indígenas de Quecholac en fecha no conocida.

11 Algunos historiadores sostienen que Bernal Díaz no participó en ella, basándose en que en una probanza de 1539 no afirmó haber ido con Grijalva y en que en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* omite algunos incidentes ocurridos a Grijalva, por lo que se afirma que los pocos hechos confiables que presenta al parecer fueron tomados de la *Historia general y natural de las Indias*, de Gonzalo

Los mayas Melchorejo y Julianillo, que ya debían de haber aprendido los rudimentos del español, iban en calidad de intérpretes y guías. Como veedor, encargado de velar por los intereses de la Corona, nombrado por los frailes jerónimos, iba Francisco de Peñalosa, segoviano; y como tesorero, Antonio de Villafaña, zamorano.

El piloto mayor sería de nuevo Antón de Alaminos. Su experiencia era considerada de tanta importancia que, según Cervantes de Salazar, Diego Velázquez demoró la partida de la expedición hasta que Alaminos se curó de las heridas sufridas en la anterior expedición. Otros pilotos fueron Pedro Camacho de Triana y Juan Álvarez "el Manquillo", de Huelva, quienes también habían participado en el viaje de Hernández de Córdoba, así como Pedro Arnés de Sopuerta.

Debido a la fama de riqueza de las tierras recién descubiertas no faltaron voluntarios para alistarse en la nueva expedición, varios de ellos habían participado en la de Hernández de Córdoba.

Al igual que respecto al financiamiento de la expedición de Hernández de Córdoba, los cronistas difieren en cuanto al de ésta. Al parecer los cuatro capitanes —Juan de Grijalva, Alonso de Ávila, Francisco de Montejo y Pedro de Alvarado— se encargaron de adquirir la mayor cantidad de las provisiones y los pertrechos, mientras que Diego Velázquez proporcionó una parte de los víveres y baratijas para el "rescate". No queda claro de quién o quiénes eran los cuatro navíos; dos de ellos habían formado parte de la expedición anterior. Cada uno de los soldados participantes se ocuparía personalmente de las armas y alimentos que pudiera llevar.

Dos de las naves, la capitana y otra, ostentaban el mismo nombre de San Sebastián, lo cual se ha prestado a cierta con-

---

Fernández de Oviedo. Si acaso mintió, bien sabría que cuando escribió su historia ya habían muerto los testigos que pudiesen refutarlo.

fusión; las dos restantes eran la Trinidad y la Santa María de los Remedios. Iría también un bergantín llamado Santiago. Las embarcaciones estaban equipadas con algunas piezas de artillería ligera; irían en ellas sólo dos decenas de arcabuceros y algunos perros; no llevaban caballos.

Las instrucciones dadas a Juan de Grijalva, por motivos que más adelante serán expuestos, han sido objeto de gran polémica, discutiéndose si en ellas se le otorgaba licencia tan sólo de explorar y de "rescatar" (comerciar) o si también se le autorizaba a poblar en caso de que encontrara las condiciones adecuadas. Los dos cronistas que deben saberlo mejor, Bernal Díaz y fray Bartolomé de las Casas (a quien Torquemada llama "gran amigo y muy íntimo" de Diego Velázquez) se contradicen: el primero afirma que las instrucciones de Grijalva eran tanto para "rescatar" como para poblar, si pudiera hacerlo; mientras que el segundo asevera que eran sólo para "rescatar", y hacían hincapié en que no se molestara a los nativos, prohibiendo expresamente poblar. El piloto Alaminos, quien leyó las instrucciones, afirma que prohibían poblar; habrá que darle credibilidad sobre Bernal Díaz. La licencia para poblar sólo podía otorgarla la Corona, y no se tenían noticias aún de los trámites de Gonzalo de Guzmán en España. No deja de ser probable que, si bien en las instrucciones escritas se hablara sólo de "rescatar", Velázquez diera otras, secretas y verbales, a Grijalva, de poblar si lo veía adecuado, confiando en su buena relación con el obispo Rodríguez de Fonseca. Entre las instrucciones estaba la de circunnavegar la supuesta isla de Yucatán.

El 25 de enero de 1518 todo estaba listo. Se realizó un alarde (especie de recuento tanto de hombres como de equipo) en Santiago y se efectuaron las ceremonias acostumbradas antes de la partida de una expedición en regla, entre ellas la bendición de las banderas y una misa al Espíritu

Santo, en la que los participantes comulgaron y se reconciliaron entre ellos.

Los expedicionarios marcharon a embarcarse al son de pífanos y tambores, acompañados por Diego Velázquez, quien abrazó tanto a Juan de Grijalva como a los otros capitanes y dirigió un discurso a toda la compañía. Hubo lágrimas de despedida de los que se iban y de quienes se quedaban, era probable que algunos no regresarían.[12] Los navíos soltaron algunos tiros, se izaron las velas y empezaron su navegación, costeando por el norte de Cuba.

El 12 de febrero llegaron a Matanzas,[13] donde la mayoría de los vecinos de La Habana tenían sus estancias. Allí se proveyeron de pan cazabe y de tocino (aún no había ganado bovino ni ovino en Cuba).

En San Cristóbal de La Habana se realizó otro alarde el 7 de abril, ya que por el camino se habían alistado algunos más. Las fuentes difieren en cuanto al número de participantes, yendo desde 160 según Cortés, hasta los 300 que menciona Pedro Mártir. Probablemente el número fuese de alrededor de 200, entre soldados y marineros.

El 18 de abril Grijalva nombró a tres capitanes, uno para cada navío: Alonso de Ávila, Pedro de Alvarado y Francisco de Montejo, mientras que Grijalva sería el capitán del cuarto. El martes 20 de abril zarparon de Matanzas, el jueves llega-

12 Según Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. II. lib. XVII, cap. VIII, zarparon de Santiago unos 40 hombres.

13 Narra Bernal Díaz que el poblado de Matanzas debe su nombre a que, antes de la conquista de Cuba, tras naufragar un navío en esa región, los nativos mataron a 26 de los tripulantes sobrevivientes, dejando solamente con vida a tres hombres y a una bella mujer, de la que se apropió el cacique. Todos ellos fueron rescatados por sus compatriotas cuando la isla fue conquistada; posteriormente la mujer se casó con Pedro Sánchez Farfán, participante en la conquista de México.

ron al puerto de Carenas, donde recogieron algunos hombres, llevaron más víveres a bordo y desembarcaron a ciertos "indios mansos", que dice Fernández de Oviedo llevaban con ellos, quien sabe con qué propósito.

Se hicieron a la vela de nuevo el 23 de abril, llegando el 1 de mayo al Cabo de Guaniguanico o Punta San Antón. Habían enviado por delante al bergantín con instrucciones de esperarlos en ese sitio. Como no lo encontraron mandaron a tierra algunos hombres a investigar. Hallaron una calabaza colgando de las ramas de un árbol, dentro de la cual había una carta que decía: "Los que aquí vinieron con el bergantín, se tornaron con él, porque no tenían que comer", no hay noticias de lo que pasó con él posteriormente.

En San Antón los expedicionarios volvieron a confesarse y se cortaron el pelo, era la primera vez que lo hacían en el Nuevo Mundo, pues sus coletas eran motivo de orgullo; pero en esta ocasión tendrían que enfrentarse con indígenas aguerridos y sus largas cabelleras podrían estorbarles durante la lucha, razón que es más factible que otra mencionada por ciertos cronistas en el sentido de que lo hicieron porque consideraban que en adelante no tendrían tiempo para peinárselo.[14]

[14] Hernán Cortés, Primera carta de relación; Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo zMundo*, vol. I, IV déc., lib. III; Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios*; Fernández de Oviedo, *op. cit.*, vol. II, lib. XVII, cap. VIII; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, I, p. 84; Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. III, lib. III, C XIII, caps. XCVIII, CXVIII; *Vida de Cortés*; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. II, cap. I; Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* vol. I, cap. VII; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano,* vol. III, déc. II, lib. III, cap. I; fray Juan Torquemada, *Monarquía indiana,* vol. II, lib. IV, cap. IV; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. I, cap. V.

El sábado 1 de mayo zarparon, poniendo las proas rumbo al suroeste, hacia Yucatán.[15] Alaminos previamente había aleccionado a los pilotos acerca de cómo reconocer la isla de Santa María de los Remedios: poco antes de llegar a ella serían visibles tres isletas blancas, arenosas, con pocos árboles en su superficie.

Esta vez los barcos fueron llevados por las corrientes un poco más al sur que los de la flota de Hernández de Córdoba, pero gozaron de un mejor clima.

El lunes 3 de mayo[16] vieron desde alta mar lo que les pareció ser una torre. Desde tierra el viento les llevaba los efluvios

15 Tenemos el relato detallado de dos participantes de la expedición de Grijalva: el del clérigo Juan Díaz, quien escribió en 1519 el *Itinerario de la armada del rey católico a la isla de Yucatán en la India el año de 1518, en la que fue por Comandante y Capitán General Juan de Grijalva. Escrito para Su Alteza por el Capellán Mayor de la dicha Armada*; y supuestamente el de Bernal Díaz, si es que realmente participó en ella. Bernardino Vázquez de Tapia, en su *Relación de méritos…*, proporciona algunos datos, aunque demasiado breves y sintetizados. Para complementar estas fuentes tenemos las *Cartas de relación de la conquista de México* de Cortés y la *Historia de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas, ambos conocieron los hechos muy de cerca. La cronología del viaje de Grijalva es confusa, sobre todo la proporcionada por Bernal Díaz. El clérigo Juan Díaz da mayor cantidad de fechas, que, aunque a veces son contradictorias, nos permiten tener una idea aproximada de la duración de la expedición, así como de sus diferentes etapas. Prescott la describe en escasamente una hoja y media, es evidente que su interés estaba más enfocado en la figura de Hernán Cortés; Manuel Orozco y Berra la trata con más extensión, basándose en Juan Díaz, Fernández de Oviedo, Bernal Díaz y ocasionalmente en Las Casas, que si bien son las fuentes principales no son ciertamente las únicas y sería aventurado negar que las otras pudieron tener acceso a testigos que no nombran y/o a documentos que ya no existen. Por lo tanto, siempre y cuando sus aseveraciones sean coherentes, también serán tomadas en cuenta.

16 Bernal Díaz dice que hicieron 10 días de travesía, pero sus fechas son erróneas, ya que afirma que salieron de Matanzas el 8 de abril, que 10 días después estaban doblando el Cabo San Antón y otros 10 días después, es decir el 28 de abril, llegaron a Cozumel.

perfumados de las flores del árbol jaral, cuyo aroma penetraba varios kilómetros mar adentro. Navegaron en dirección a la torre y pronto vieron tierra, que por ser tan baja no es visible desde alta mar. Se trataba de la isla de Cozumel (*Ah-cuzumil-petén*, "Isla de las Golondrinas").[17] Como era el día de la Santa Cruz la bautizaron con este nombre.

La costa estaba llena de bancos de arena y de arrecifes de coral; con una entrada de mar, formando una especie de lagunilla, donde podrían anclar sin peligro, aunque los navíos quedarían a unos kilómetros de la orilla. Desde ahí se veía más claramente la torre, en realidad un templo maya, así como algunas casas cubiertas con techos de paja.

Como solía suceder cuando anclaban por primera vez en las costas habitadas de las nuevas tierras, vieron venir hacia ellos una canoa, tripulada por cinco mayas que, temerosos ante la novedad que representaban los navíos, no quisieron aproximarse. Grijalva ordenó a Julián, el intérprete maya, que les hablara, o más bien les gritara que no tuvieran miedo, si se acercaban "rescatarían" con ellos. No respondieron ni se aproximaron, dando la impresión de examinar tanto a los navíos como a sus extraños tripulantes. Pasado algún tiempo remaron de regreso a tierra. En la costa se veían muchas humaredas, con las que daban aviso a los demás poblados de la llegada de los extranjeros.

Al amanecer del día siguiente, 4 de mayo, siguieron costeando en busca de agua. Vieron a lo lejos un cabo, Alaminos opinó que sin duda se trataba de su famosa isla de Yucatán. Sin haber encontrado nada más regresaron a su punto de partida, desde donde se dirigió hacia ellos una canoa. Mientras Julián trataba de comunicarse con sus tripulantes se aproximó una segunda, con tres mayas a bordo, que ha-

[17] Victor W. von Hagen, *World of the Maya*, p. 194.

blaron con Julián, en tanto la primera regresaba a tierra, presumiblemente para informar al señor local.

Los de la segunda canoa, al parecer tranquilizados sobre las intenciones de los extranjeros, remaron hacia la nave capitana, a la que probablemente reconocieron debido a su estandarte. Grijalva ordenó que por medio de una vara larga les alcanzaran unas camisas y una botija de vino.

Comenta Fernández de Oviedo que la principal mercancía que los hombres de Grijalva traían para sus famosos "rescates" consistía en un buen vino de Guadalcanal, ya que, por experiencias pasadas, entre ellas la de Francisco Hernández de Córdoba, sabían que a los nativos les fascinaba, una vez que lo habían probado no pedían otra cosa, "e lo beben hasta caer de espaldas" agrega el cronista.

Preguntados por el nombre de su tierra respondieron que se llamaba lo que les sonó como *Cozumel*. Los de Grijalva indagaron si sabían algo sobre la suerte de dos españoles que se suponía estaban en Yucatán, lo que les había confirmado Julián, que se habían quedado cuando la expedición de Francisco Hernández de Córdoba.[18] Si lograban encontrarlos podrían serles útiles como intérpretes y conocedores de las costumbres y tierras de los nativos, aunque fuese breve el tiempo que habían pasado entre ellos. Los mayas dijeron que uno había muerto de enfermedad, pero que el otro aún vivía (nada más se sabe de su suerte), tras lo cual remaron hacia tierra.

Grijalva dio órdenes de que los navíos se acercaran lo más que pudieran a la costa. El miércoles 5 de mayo botaron los bateles, de los que llevaban cuatro, y se embarcaron en ellos Grijalva, sus tres capitanes y los hombres que cabían

[18] Al parecer se trataba de un Alonso Boto o Bote y de un viejo portugués, ambos capturados por los indígenas en Potonchán, véase Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* vol. I, cap. IV.

a bordo, bien armados. Grijalva fue el primero que saltó a tierra, se arrodilló en la arena y dio gracias a Dios.

El pequeño grupo se congregó ante el estandarte real. Grijalva ordenó al escribano, Diego de Godoy, que leyera un documento previamente redactado donde se decía cómo Grijalva, enviado por Velázquez, tomaba posesión de esa tierra en nombre de "los muy altos e muy poderosos serenísimos e católicos, la reina doña Juana y el rey don Carlos, su hijo", tan sencillo como eso.

Tras este acto de imposición imperialista el capitán ejecutó uno más, cambiando el nombre nativo del lugar al bautizarlo como isla de Santa Cruz, y a la punta adonde primero llegaron como San Felipe y Santiago. Después decidió ir a investigar la torre que habían visto. Encontraron que por tierra el paso estaba anegado, por lo que reembarcaron en los bateles. Se dirigían hacia la punta cuando vieron que unas canoas se aproximaban. Grijalva ordenó ir a ver de qué se trataba. Cuando llegaron ya habían subido a bordo algunos mayas, recibieron al capitán con el obsequio de una vasija llena de miel. Uno de ellos afirmó ser el señor local. Utilizando a Julián, Grijalva a su vez le notificó que el poderoso rey de su patria, España, los había enviado a conocer esas tierras y que venían a comerciar en paz.

Mandó que les ofrecieran de comer, los mayas no aceptaron, entonces les dieron unas camisas y otras cosas pequeñas; les preguntaron sobre su pueblo y si podrían visitarlo, el señor respondió que no estaba lejos y que le daría gusto recibirlos, mientras tanto se adelantaría y los esperaría en la costa. Grijalva y los suyos, tras comer, subieron a sus barcas y se dirigieron a tierra, encontrando la orilla desierta.

Intentaron dirigirse al poblado siguiendo unos senderos marcados sobre la tierra, todos iban a dar a unos pantanos, así que volvieron a los navíos. Costearon un poco, a sólo un tiro de piedra de tierra, el mar tenía allí buena profundi-

dad. De cuando en cuando veían en la costa construcciones blancas, de las que contaron hasta 14. Ya para ponerse el sol llegaron a vista de una mayor que les pareció ser una torre o fortaleza, con muchos indígenas sobre ella y fogatas a su alrededor. Anclaron justo enfrente. Por la noche se escuchaban tambores e instrumentos de viento.

En este tiempo Cozumel era un centro de peregrinaje, adonde acudían los mayas en canoas desde la cercana costa de Yucatán para venerar a sus dioses, sobre todo a la diosa Ix Chel. Es una isla pequeña, de 48 por 19 kilómetros en su parte más ancha. Tendría en aquel tiempo dos millares de habitantes, que seguramente sabrían de la existencia de los españoles, por lo que no les extrañaría mucho su llegada. Fray Diego de Landa escribió que en Yucatán también hubo profecías sobre su venida, comenta que en las sierras de Maní, en la provincia de Tutu Xiu, un indígena llamado Ah Cambal, de oficio chilam, encargado de interpretar los oráculos divinos, había dicho que cierta gente extranjera vendría a dominarlos y a enseñarles el conocimiento del verdadero dios. Herrera agrega que Ah Cambal afirmó que serían blancos y barbados, vendrían de donde nace el sol y tendrían por señal una cruz, por lo que ordenó hacer cruces de piedra, colocarlas en los templos y venerarlas como un recordatorio de su profecía, tal era el origen, dice, del misterio de las cruces nativas "sobre que tantos discursos se han hecho", sentencia, sin tener manera de conocer su verdadero significado. Es obvio que es una más de las tantas fábulas "piadosas" inventadas por los clérigos.

Temprano por la mañana del jueves 6 de mayo una canoa se aproximó a la flota. Sus tripulantes pidieron permiso para subir a la capitana, Grijalva se los concedió y les dijo que deseaba hablar con su señor, ver su pueblo y comerciar; ellos respondieron que a su señor le agradaría, por lo que el capitán y un centenar de sus hombres, bien armados, abordaron

los bateles. Una vez en tierra fueron hacia la construcción, en realidad un templo construido en piedra, de alrededor de 45 metros de circunferencia.

Subieron las 18 gradas de su escalinata, llevando el alférez el estandarte ondeando al viento. En la cima Grijalva efectuó otra toma de posesión (por si acaso) y ordenó que la bandera se colocara en un lugar alto y visible. El escribano Diego de Godoy levantó el acta correspondiente e hizo una copia que fue fijada en algún lugar del templo (protocolo que bien podría considerarse como absurdo).

El santuario tenía cuatro puertas, al penetrar encontraron varios ídolos y algunos huesos; en ese momento entraron cuatro mayas, tres de los cuales permanecieron en la puerta, mientras que el cuarto, posiblemente un sacerdote, a quien le faltaban unos dedos del pie (más tarde los españoles se enteraron de que se los había arrancado un tiburón), se dedicó con gran tranquilidad a incensar a sus dioses, entonando un cántico. Sus acompañantes ofrecieron a Grijalva y a algunos de sus hombres unas varitas de incienso en muda invitación a incensar también (poco los conocían aún).

Hay que recordar que la formalidad de la toma de posesión, de acuerdo con las bulas papales alejandrinas, implicaba la responsabilidad de evangelizar a los nativos, tal vez por ello los extranjeros decidieron celebrar una misa, valiéndose de un altar portátil, o tal vez fuera para conjurar los ritos "diabólicos" que presenciaron. No está claro si fue dentro del templo o al aire libre, seguramente atraería la atención curiosa de los mayas. El hombre de los dedos faltantes, junto con otro, ofreció a los españoles un guiso de guajolote, calabazas con miel y tortillas de maíz (dice Juan Díaz que estaban hechas de "ciertas raíces con que hacen pan, las que llaman maíz").

Tras la misa los nativos los llevaron a un sitio cercado con un muro de piedra y techado con paja, donde les ofrecie-

ron más comida, así como agua que sacaban de un pozo cercano. Grijalva aprovechó la oportunidad para preguntarles si tenían oro (no podía dejar de hacerlo por supuesto), dándoles a entender que les darían algo valioso a cambio, "y este fue —escribe Las Casas— como siempre, el principio de su Evangelio, que los españoles acostumbraron y el tema de sus sermones". Como el oro era escaso en Yucatán llevaron sólo unas pocas piezas de adornos personales, recibiendo a cambio objetos de "rescate".

Entonces visitaron el pueblo. Grijalva ordenó a sus hombres no hablar con los nativos, menos aún con sus mujeres, ni molestarlos de ninguna manera, ni burlarse de ellos, ni tomarles nada contra su voluntad; si algún indígena deseaba "rescatar" debían enviárselo. Tampoco debían separarse de su compañía. Órdenes que dijo serían válidas para todo el viaje. A muchos no les pareció bien tal imposición, mas esto deja entrever cuáles eran los usos españoles al estar entre los indígenas.

Las casas del poblado estaban construidas con piedra, las calles estaban empedradas. Había algunas construcciones mayores, tal vez templos o las habitaciones del señor, que nunca se presentó, algunas parecían muy antiguas. Según Juan Díaz "se pudiera presumir que eran edificios hechos por españoles". La población, que se encontraba cerca del actual San Miguel, fue llamada por Grijalva con el aparatoso nombre de Sanc Johan Ante Portam Latinam, ya que el 6 de mayo era el día de este santo.

Al no encontrar señales de hostilidad un pequeño grupo de españoles penetró unos kilómetros tierra adentro, encontrando algunos caseríos y milpas. Cortés maliciosamente escribiría más tarde al rey acusando a Grijalva de haber partido "sin calar la tierra ni saber el secreto della [...] era menester que la calara y supiera hacer verdadera relación a vuestras altezas de lo que era aquella isla".

Sin embargo, vieron lo bastante como para darse cuenta de que no había oro ni ríos, aunque sí algunos pozos de donde los nativos sacaban agua para beber y para regar. La tierra era fértil y había sembradíos de maíz, yucas y árboles frutales. Encontraron "muchos puercos de tierra que tienen sobre el espinazo el ombligo" (jabalíes), liebres, conejos, ciervos y otros animales salvajes, así como mucha miel y cera producida por las meliponas, a las que confundieron con abejas, aunque fray Diego de Landa aclara que eran más pequeñas, no picaban y la miel no la almacenaban en panales, sino en bolsitas pequeñas de cera del tamaño de una nuez. Como contenía mucha humedad los nativos la hervían para evaporar el exceso. Pedro Mártir comenta en sus *Décadas del Nuevo Mundo* que los hombres de la isla se circuncidaban, a saber de dónde sacó tal afirmación.[19]

Al no encontrar el ansiado oro Grijalva y sus hombres volvieron a sus navíos y se hicieron a la vela rumbo a la costa de Yucatán, cruzando el tramo de mar de 22 kilómetros que separa Cozumel de tierra firme, cuya navegación puede ser difícil.

Costearon el litoral de la península, pero al no encontrar agua potable tuvieron que regresar a Cozumel a proveerse. Los mayas, al verlos regresar, se dieron a la fuga con todas las pertenencias que pudieron cargar, por lo que los españoles sólo encontraron un poco de maíz, chiles y mameyes, pero lograron abastecerse de agua en unos pequeños jagüeyes

[19] Para los sucesos de Cozumel sigo a Fernández de Oviedo, a él entregó Diego Velázquez los documentos sobre la expedición de Grijalva. Juan Miralles, a pesar de que lo reconoce, sigue a Bernal, quien abrevia muchísimo la estancia en Cozumel, donde dice que sólo encontraron a "dos viejos" y a la nativa de Jamaica (Fernández de Oviedo afirma que la encontraron en la costa de Tierra Firme), véase *Hernán Cortés, inventor de México*, p. 25.

hechos por los nativos.[20] Esto parece indicar que en su anterior visita no se comportaron tan bien como afirman las crónicas.

Volvieron a costear. El martes 11 de mayo Grijalva observó que una de las naves arriaba sus velas, pensando que tal vez hubiese encallado fue a bordo de un batel a ver qué sucedía. Al llegar le dijeron que un cristiano los venía siguiendo por la costa por más de dos leguas, llamándolos con ademanes y a viva voz.

Ante tan extraña novedad Grijalva se dirigió a tierra en su batel. Resultó que se trataba de una indígena, a la que llevó consigo a la nave capitana. La mujer hablaba taíno, era originaría de Jamaica y hacía un par de años que, en compañía de una decena de personas, había salido a pescar en una canoa cuando fueron sorprendidos por una tormenta que los arrojó a las costas de Cozumel. Los mayas los capturaron y sacrificaron a todos sus compañeros, entre los cuales estaba su esposo, dejándola con vida para utilizar sus servicios. La trataban mal, por lo que, al enterarse de la presencia de los españoles, decidió escapar y seguirlos para que la llevaran de regreso a su tierra. Bernal Díaz afirma que así lo hicieron y que la mujer era de buen parecer y linda moza. Curiosamente no se le vuelve a mencionar, aunque podrían haberla utilizado como intérprete. Esta curiosa anécdota confirma una vez más que los mayas tuvieron conocimiento de la procedencia caribeña de los extranjeros blancos.

Como la expedición de Hernández de Córdoba había explorado la costa norte de la península de Yucatán, Alaminos

[20] J. Díaz, *op. cit.*...; Cortés, *op. cit.*; Mártir, *Décadas*…, IV déc., lib. III; Fernández de Oviedo, *op. cit.*, vol. II, lib. XVII, caps. VIII-X; Las Casas, *op. cit.*, vol. III, lib. III, cap. CIX; Landa, *op. cit.*, caps. XI, XLVIII; Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. III, cap. III; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. I, cap. VIII; Herrera, *op. cit.*, vol. III, déc. II, lib. III, cap. I; Torquemada, *op. cit.*, vol. II, lib. IV, cap. IV.

quiso bajar por la costa al sur, a fin de corroborar su teoría insular. Comenta Fernández de Oviedo que "es menester mucho juicio y paciencia para comportar un marinero descomedido" y que si Alaminos se hubiera encontrado con un capitán menos paciente y comprensivo lo habría mandado ahorcar de una antena de su navío.

Pasaron frente a tres grandes pueblos, muy cercanos uno de otro, con construcciones de piedra y de paja, varias de gran tamaño que seguramente eran templos. Varios manifestaron su deseo de desembarcar, pero Grijalva se opuso rotundamente.

Poco más adelante había otro poblado y a decir del clérigo Juan Díaz "la ciudad de Sevilla no podría parecer mayor ni mejor; y se veía en él una torre muy grande".[21] En la costa varios nativos les hacían señales, enarbolando banderas. Grijalva se rehusó a desembarcar, a pesar de que se veían muchos ríos y estaban como siempre escasos de agua. Si se trataba de Tulum, como es probable, es curioso que los cronistas no pongan más énfasis sobre su encuentro con este gran centro ceremonial, que definitivamente dejaba en claro que estaban ante una cultura altamente desarrollada.

El jueves 13 de mayo llegaron a una bahía tan grande como una laguna. Como era el día de la Ascensión de Jesucristo la bautizaron con el nombre de La Ascensión (se trata de la actual bahía de Chetumal, en el sureste del estado de Quintana Roo. Al norte hay otra más pequeña, llamada también, posteriormente, de La Ascensión).

Penetraron en ella todo cuanto se los permitió la hondura del agua, luego abordaron los bateles, deseando saber si la laguna tenía otra salida. Al parecer desembarcaron y, al

[21] Seguramente se trataba de Tulum, la población maya más grande de esa costa. Los otros tres pueblos, Xelham, Solimán, y Tancah, se encontraban a tan corta distancia de Tulum que podían confundirse con uno solo. Véase Von Hagen, *World of the Maya*, p. 164.

no encontrar nada que les llamara la atención, estando en peligro de encallar, dieron marcha atrás.

Con la información recabada Alaminos reforzó su idea de que Yucatán era una isla, afirmaba que la laguna era un estrecho que pasaba por el sur de la supuesta isla de Yucatán y volvía después a comunicarse con el mar del norte. Al no poder seguir costeando por la orilla de la laguna ni pasar adelante, Grijalva reunió a los pilotos para preguntarles su parecer, costumbre muy generalizada en este tipo de expediciones; no se especifica qué opinión le dieron, pero decidieron regresar rumbo a Cozumel, donde se aprovisionaron de agua en un pozo y encontraron algunos mangos, "frutos de árboles de la grandeza y sabor de melones", dice Juan Díaz. Los habitantes no se dejaron ver.

Navegaron de nuevo hacía la costa de Yucatán. En tierra veían de vez en cuando las humaredas avisando de su presencia.

Según algunos cronistas, entre ellos Herrera, esa tierra tan poblada y agradable le recordó a Grijalva su patria, y comentó que parecía una nueva España (Solís también lo narra, agregando que eran "palabras dichas casualmente con fortuna de repetida, sin que se halle la propiedad o la gracia de que se valieron para cautivar la memoria de los hombres"; de ser ello cierto, fue él, y no Hernán Cortés, quien bautizó con este nombre a las tierras recién descubiertas.

El agua potable se acabó pronto, a falta de ella bebían el vino de "rescate". Prácticamente no se encuentran ríos en toda la costa de Yucatán ni en la mayor parte de la de Campeche.

El sábado 22, víspera de Pascua, la flota llegó frente a unas playas arenosas. Alaminos no reconocía el paraje, supuso que el pueblo de Lázaro había quedado atrás sin haberse dado cuenta y que estaban cerca de Champotón (Chakán Putum), poblado donde tenían esperanza de reabastecerse de agua, por lo que necesitaban encontrarlo de nuevo, a pesar de las desventuras que tuvo allí Hernández de Córdoba.

Estuvieron buscando el poblado de Lázaro el domingo 23 sin lograr orientarse. Los demás pilotos eran de la opinión de que Alaminos se engañaba. El lunes 24 Alaminos y el escribano se trasladaron a bordo de un batel a la Santa María de los Remedios, por ser esta nave de menos calado podrían acercarse a tierra y ver si reconocían algún detalle de la costa. Desembarcaron en busca de agua, encontrando sólo ciénagas.

Por fin, hacia el martes 25 de mayo, la flota llegó a vistas del pueblo de Campeche-Lázaro o al de Champotón, esta parte del viaje es muy confusa. Los principales cronistas asignan indiscriminadamente los mismos sucesos ya a uno, ya al otro de estos poblados.[22]

[22] En orden geográfico primero es Campeche. Siguen hacía el sur Champotón, la Laguna de Términos, Xicalango en su pequeña península y finalmente Potonchán. Bernal Díaz origina una confusión que aún no está del todo clara, cuando relata la expedición de Hernández de Córdoba confundió Champotón con Potonchán, no obstante que fue encomendero tan temprano como 1522 en Santa María de la Victoria, en la misma región (¿tal vez sufría de dislexia?). El clérigo Juan Díaz, testigo ocular, asevera que andando por la costa en busca del cacique o señor Lázaro, en cuyo pueblo estaba el río de Lagartos, bajaron a tierra por agua sin encontrarla, pero que les pareció estar cerca del poblado, y que andando de nuevo por la costa llegaron a una milla de él y desembarcaron. En su narración hay abundantes indicios de que no estaban muy seguros del sitio en que se encontraban.
Fernández de Oviedo y Las Casas afirman claramente que Alaminos no recordaba el sitio donde estaba Campeche, y que el piloto anduvo errado, creyendo que ya lo habían pasado, por lo que dio vueltas y revueltas. En opinión del fraile, los sucesos que se narran como ocurridos en Campeche pasaron en realidad en Champotón.
Los otros cronistas principales, Cortés, Pedro Mártir, Vázquez de Tapia, Sepúlveda y Cervantes de Salazar, declaran que la flota de Grijalva llegó a Campeche, Cervantes aumenta la confusión al identificar Potonchán con el pueblo de Tabasco, o Tabzcoob (cap. VIII); mientras que López de Gómara, Bernal Díaz, el autor anónimo de la *Vida de Cortés* y Landa afirman que Grijalva llegó a Champotón, sin mencionar Campeche (Bernal escribirá más adelante, vol. I. cap. XIII, cuando

No teniendo elementos para dilucidar el asunto enviaré los datos que tenemos a un extenso pie de página, limitándome aquí a narrar los sucesos (siguiendo las fuentes españolas a falta de otras), sin intentar definir el lugar en que ocurrieron, aunque bien podría haber sido en Champotón, dado el carácter bélico de sus habitantes, distinto al de los

---

ya estaban en el río de Banderas, que Motecuhzoma se había enterado del viaje de Hernández de Córdoba, de sus batallas en Cotoche y Champotón, así como del nuevo viaje de Grijalva, y de que habían luchado de nuevo en Champotón), Cortés confunde el nombre del señor con el del pueblo al decir que llamaron al pueblo Campeche y al cacique Lázaro. Herrera dice que llegaron a Potonchán (como llamó Bernal a Champotón en el viaje de Hernández de Córdoba).

Genaro García asevera que Bernal Díaz confunde, "quizá no sin dañada intención", el nombre de Champotón con el de Campeche, y le sorprende que esta confusión no haya sido descubierta por los historiadores, ni aun los más connotados, como Manuel Orozco y Berra y Alfredo Chavero.

Incluso la identificación del río o estero de los Lagartos es confusa. Bernal Díaz asevera que la expedición de Hernández de Córdoba, tras salir de Champotón y después de tres días de navegación, llegó a ese estero, encontrando que su agua era salada. Orozco y Berra, no teniendo datos para identificarlo, conjeturó que se trataba de "la boca más boreal de la laguna de Términos"; sin embargo, cuando narra la expedición de Grijalva, opta por seguir el relato de Juan Díaz más que el de Bernal, ya que este último, dice don Manuel, "citaba por recuerdos". Sin embargo, Juan Díaz también afirma que el río de Lagartos estaba en el pueblo del cacique Lázaro, es decir en Campeche. Jorge Gurría Lacroix lo identifica con el río San Francisco.

Cerca de Champotón pasa un río, llamado también Champotón. Si el estero de Lagartos no fuese muy grande existe la posibilidad de que, como suele acontecer en algunos esteros del Golfo de México, en la época del año en que pasó por allí la flota de Grijalva (que era la de sequía), las aguas saladas del mar hayan penetrado una cierta distancia estero arriba, volviéndolo salado

H. Thomas, *La conquista…*, p. 135, escribe que Grijalva ancló en un sitio "más allá de Campeche, cerca de Champotón, lugar que Hernández de Córdoba había llamado Lázaro"; en ningún lado he podido encontrar que a Champotón se le llamase Lázaro, aunque en ocasiones se le dio ese nombre a Campeche.

hospitalarios nativos de Campeche. (Aunque bien pudieron los cronistas callar alguna provocación o abuso violento por parte de los españoles de Hernández de Córdoba en Campeche, que hiciera reaccionar hostilmente a los nativos cuando la visita de Grijalva.)

Es aconsejable tener en mente que estaba en el interés de la mayoría de los cronistas, si no en el de todos, paliar los atropellos cometidos, objetando como pretexto para las tropelías españolas que los nativos fueron los primeros agresores, por lo que en general no describen ni mencionan los actos de brutalidad y de crueldad de los suyos.

Desafortunadamente, en la gran mayoría de los casos, carecemos de los relatos de la otra parte; bien sabemos que la historia por lo general la escriben los vencedores. Y éstos, en este caso, provenían de las islas del Caribe, en donde

---

Continúa la confusión cuando, más adelante, Grijalva llegó al río que se bautizó con su nombre, y el clérigo Juan Díaz llama Potonchán a la provincia de Tabasco. Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España,* lib. II, cap. VIII, por su parte dice que el pueblo que visitó Grijalva en las márgenes de este río se llamaba Potonchán, y la provincia Tabasco. Pedro Mártir, *Décadas del…*, IV déc., lib. IV hace un coctel más complicado, llamando Palmaria a la región de tierra firme frente a San Juan de Ulúa, mientras que su corte, dice, se llamaba Potenchiana, y su reyezuelo Tabasco.

Ya cuando la expedición de Cortés, tras la batalla librada en este sitio, lo bautizaron como Santa María de la Victoria. La arqueología poco nos dice, la zona está poco explorada, además de que los factores geomórficos han cambiado, siendo una región con un sistema deltaico (por el río Grijalva), por lo que en el siglo XVI era "costero" y está hoy tierra adentro.

En 1956 Heinrich Berlín excavó en varios sitios de Tabasco, identificó el Horizonte Cintla, y reabrió la polémica sobre la localización de Potonchán, posteriormente el estudio prosiguió académicamente, en gran discusión especulativa. Para los españoles debió ser complicado entender y recordar los nombres mayas y los de sus diferentes etnias, como los de los señoríos de la península: Ah Kin Chel, Caeh Pech, Kaan Pech, Chakan Putum, Putunchán, etcétera.

habían tenido amplia oportunidad y tiempo para formarse una opinión casi siempre despectiva de los indígenas americanos.

Sea como fuese, a la puesta del sol los barcos de Grijalva llegaron frente al poblado que habían visto desde alta mar. En la costa había mucha gente, y durante toda la noche escucharon el estrépito de tambores, caracolas y gritos.

Grijalva previno a sus hombres de estar listos y bien armados para desembarcar antes de que saliera el sol, a esa hora temprana era probable que encontraran desprevenidos a los nativos. El miércoles 26 de mayo, un par de horas antes del alba, se dirigieron a tierra a bordo de sus bateles. Llevaban tres piezas de artillería ligera (probablemente culebrinas o lombardas). Tuvieron que realizar dos viajes para pasar a tierra 200 hombres, quedando a bordo de los navíos únicamente los marineros, que por lo general no participaban en las operaciones terrestres.

Viendo un templo en las cercanías se dirigieron a él. Al aproximarse salieron de la construcción gran cantidad de nativos, marchándose al pueblo. Los españoles, en previsión de algún ataque fortuito, se fortificaron en el adoratorio, colocando la artillería apuntando al camino que conducía al poblado.

Juan de Grijalva ordenó que se celebrara una misa. El clérigo Juan Díaz se ganó una buena reprimenda del capitán por haber olvidado el altar portátil en el navío, incidente que algunos cronistas utilizaron para moralizar que fue por ello que Dios los castigó. Grijalva mandó ir en busca del altar, la misa se celebró ante las miradas curiosas de varios nativos que contemplaban impávidos los quehaceres religiosos de los extranjeros.

Al poco tiempo los temores de los españoles se vieron justificados al llegar algunos escuadrones de guerreros hasta las cercanías del templo. Sus meneos, saltos, gritos y señas

no dejaban lugar a dudas sobre su deseo de que los intrusos se marcharan por donde habían llegado.

Grijalva ordenó a sus hombres mantenerse en calma, sobre todo no salir del templo sin razón o sin su orden expresa, so pena de fuertes castigos.

Por medio de ademanes y utilizando a Julianillo como intérprete, lograron que los mayas guardaran silencio, temían que Julián no tradujera bien, siendo nativo de esos lugares, y además lloraba abundantemente. Los guardias que lo tenían vigilado le impidieron ir a reunirse con los suyos.

Grijalva pidió que se acercaran a parlamentar; lo hicieron hasta una distancia apropiada. El capitán trató de comunicarles que no deseaba la guerra, había bajado a tierra para abastecerse de agua, pues sufrían de sed, si se los permitían volverían a embarcarse en paz.

Le respondieron que no tenían inconveniente en que tomaran de su agua, siempre y cuando cumplieran con su promesa de irse enseguida y no entraran al pueblo. Grijalva se los prometió y ordenó darles algunas cuentas de "rescate" como obsequio. Los guerreros, al parecer tranquilizados, regresaron a su población, a la que habían fortificado por medio de una empalizada de troncos de árbol.

Los españoles marcharon hacia el pozo que les habían indicado, situado en un pequeño llano en la costa, frente al poblado. Primero saciaron su sed, bebiendo hasta hartarse. Un círculo de soldados se formó alrededor, observados por los indígenas a sana distancia. Llenaron de agua sus recipientes, al parecer con demasiada calma, pues los nativos, impacientes, iban y venían desde el pueblo, instándolos a darse prisa.

Grijalva acariciaba la esperanza de ganarse su amistad, les pidió decir a su señor que acudiera a dialogar, lo que, afirmaba, redundaría en beneficios mutuos. Algún efecto tuvieron sus palabras, pues al poco tiempo los nativos les

llevaron un guiso de guajolote y varios guajolotes vivos, así como "panecillos de la tierra" (tortillas de maíz), recibiendo a cambio buen número de cuentas de vidrio y otros artículos de quincallería.

Pronto acudieron más indígenas cargados de alimentos, esperanzados en recibir cuentas a cambio. De algún modo, en el lenguaje universal de señas o a través del desdichado Julianillo, entendieron que los extranjeros buscaban oro. Les llevaron una máscara de madera recubierta con una delgada hoja de oro, así como dos objetos de oro bajo, por lo que obtuvieron más cuentas de cristal, cuchillos, tijeras y cosas por el estilo.

Pronto la confianza despertó el buen humor de los nativos, reían y hacían burla del aspecto extraño de los españoles; otros se acercaban, atraídos por la melodía de una flauta y de un tambor que tocaban los de Grijalva, algunos se animaron a bailar a su son. No obstante, les seguían repitiendo que se fueran pronto. Grijalva respondió que lo harían al día siguiente.

Más tarde llegaron un hermano y un hijo del señor, que nunca se mostró. Grijalva habló con ellos con las limitaciones del vocabulario castellano de Julianillo. Les mencionó el poder del rey de España y de sus gobernadores en el Caribe y les prometió, en nombre de su soberano, ayuda contra sus enemigos si optaban por su amistad. Por supuesto les preguntó también sobre la procedencia y cuantía del oro que tenían. Al parecer no fue lo bastante elocuente como para convencerlos de una alianza, o acaso Julianillo no hizo una traducción muy fiel, habiendo constatado en Cuba cómo trataban los blancos a los nativos.

A los mayas el trueque les pareció más interesante y seguían llevando objetos para comerciar; pero como estaban hechos de cobre dorado, a los españoles no les interesaron, por lo que los mayas insistieron en que se fueran. Finalmen-

te, al mediodía los amenazaron nuevamente, armando sus arcos, silbando y lanzando gritos de desafío. Grijalva intentó calmarlos por medio de Julián, pero los excitados nativos les lanzaron algunas flechas. El capitán, nada deseoso de un enfrentamiento, a duras penas pudo contener a sus hombres de no responder con tiros. A la puesta del sol los indígenas regresaron a su pueblo.

Grijalva decidió que pernoctarían donde estaban, lo que, además de ser riesgoso, contravenía sus ordenanzas. Habiéndose abastecido de agua y constatado la escasez de oro, el único motivo plausible para tal decisión debió ser su esperanza de cambiar a su favor el ánimo de los nativos, para que las futuras expediciones tuvieran un lugar adecuado donde abastecerse de agua, o tal vez fuera simplemente por terquedad y desprecio de los indígenas. Cabe la posibilidad de que no hubieran llenado aún todos sus recipientes, ya que al parecer el agua del pozo no era muy abundante y debían esperar para irlos llenando.

Los mayas dejaron guardias durante la noche, se dejaban oír, provenientes del poblado, los sonidos de tambores y caracolas.

Por la mañana del día siguiente, jueves 27 de mayo, los guerreros mayas se formaron en tres escuadrones, con los rostros pintados, armados de arcos y flechas, el cuerpo protegido por escaupiles (*ichcahuipilli*, del náhuatl *íchcatl*, algodón, y *huipilli*, camisa); coloridos penachos de plumas ondeaban en sus cabezas.[23] Dos de ellos, seguramente prin-

[23] Considero que el uso consensual de las palabras modifica el lenguaje, por tanto aunque la RAE define *penacho* como grupo de plumas que llevan las aves en la parte superior de la cabeza; o adorno de plumas de algunos cascos, morriones, tocados y cabezas de las caballerías engalanadas; o cosa que tiene figura de penacho; vanidad, presunción o soberbia; utilizaré la palabra, más coloquial que *tocado*, definido como prenda con que se cubre la cabeza, o peinado y adorno de la

cipales, se adelantaron la mitad de la distancia que los separaba de los españoles, les hicieron señas de que partieran y colocaron una tea sobre unas piedras. Julianillo les informó que ésta era la manera en que los suyos declaraban la guerra y que los atacarían si no se iban antes de que se extinguiera el fuego.

Grijalva insistió en el diálogo, prometió que se irían ese mismo día, pero los mayas ya no querían saber nada de ellos. Al extinguirse el fuego les enviaron una lluvia de flechas y de piedras tan espesa que, habiendo langostas en el llano, Bernal escribe que se confundían las flechas con las langostas y viceversa, de tal modo que "fue harto estorbo para nuestro pelear".

Grijalva ordenó llevar a Julianillo a los bateles para evitar su posible fuga y se dice que tuvo la suficiente presencia de ánimo como para poner por testigos al escribano y a sus hombres de que debía defenderse por ser víctima de una injusticia (lo mismo opinarían los mayas, víctimas de esa intrusión no deseada). Respondieron con una descarga de artillería ligera, seguida por otra de los arcabuceros y ballesteros. Alcanzados por los proyectiles, varios indígenas cayeron por tierra.

El capitán indicó al alférez general, Bernardino Vázquez de Tapia, ordenar una arremetida general que forzó a los nativos a huir y refugiarse en la selva circundante, desde donde podían más fácilmente esquivar el fuego enemigo y hacer uso de sus arcos y flechas.

Los españoles, que luchaban siempre en cuerpos compactos, sufrían el constante asedio de las flechas. Muchos fueron heridos y siete murieron, entre ellos un Juan de Guetaria, "hombre de suerte, sabio y esforzado, cuya falta se sintió

---

cabeza en las mujeres, sobre de que tocado puede significar también un poco loco.

mucho después", dice Cervantes de Salazar.[24] El mismo Grijalva recibió tres heridas antes de ordenar a sus hombres reagruparse alrededor del pozo.

Llegó un emisario del señor, quien por medio de señas dio a entender que quería parlamentar y les ofreció, a manera de obsequio, otra máscara dorada. Grijalva desoyó las voces de los suyos, que pedían venganza por sus muertos, y envió a Antonio de Amaya y a Pedro de Alvarado a hablar con los nativos. Regresaron con la noticia de que el señor vendría pronto y les traería oro.

Toda la tarde fueron y vinieron embajadas de indígenas desde el poblado al pozo y viceversa. Impaciente por la tardanza del señor, Grijalva envió de nuevo a Amaya en compañía del escribano Godoy a decirles, como mejor pudieran, que no temiesen; el señor siguió sin mostrarse. Temeroso de pasar de nuevo la noche en tierra firme, Grijalva ordenó dirigirse en buena formación a los bateles.

El clérigo Juan Díaz minimiza este encuentro (es nuestra fuente principal), al narrar que los mayas se llevaron la peor parte; sin embargo, otros testigos presenciales la maximizan (llevados por su interés en demostrar sus actos de servicio a la Corona), como Vázquez de Tapia y Bernal Díaz, al afirmar que se trató de una verdadera batalla, en la que estuvieron en gran peligro de perder la vida. Grijalva fue herido de un flechazo en la boca, se dijo que si no la hubiera tenido cerrada, en vez de perder dos dientes y recibir algún daño en la lengua, habría perdido la vida (López de Gómara, haciendo gala de precisión, afirma que le quebraron diente y medio; Argenso-

[24] H. Thomas, *La conquista…*, p. 136, escribe que, según Juan Díaz, varios indígenas fueron apuñalados y posteriormente enterrados vivos. En ningún sitio de su *Itinerario de la armada…* he encontrado semejante aseveración. Como tampoco encuentro, en Bernal Díaz, lo que dice Thomas sobre que las langostas "los atacaron de repente".

la, que fueron tres los flechazos que recibió en la boca, y que "hubo de escupir algunos dientes").

Estaban a punto de embarcarse cuando llegó un indígena, esclavo del señor, no se especifica si enviado por su amo o por iniciativa propia, a decirles que conocía un sitio donde había muchas islas, carabelas y hombres como ellos, que eran señores de muchas provincias, pero con orejas más grandes (extraña mescolanza), y les pidió irse en su compañía. Grijalva se negó, contra la opinión mayoritaria.

Atardecía, los bateles hicieron dos viajes para llevar a todos los hombres a bordo. Grijalva embarcó en el segundo, quedándose hasta el último momento, a pesar de sus heridas. Aún les esperaba otra desventura; la marea había menguado y los navíos estaban ladeados peligrosamente, encallados en la arena y en el limo, las gavias casi tocando la superficie del agua. Tuvieron que esperar a que subiera de nuevo la marea para remolcarlos con los bateles, a costa de grandes esfuerzos, hasta aguas más profundas. Aun así, una de las naves quedó en tan malas condiciones que hacía mucha agua.[25]

Cortés, en la Primera carta de relación,[26] acusó de nuevo a Grijalva de haber partido "sin saber cosa de que a vuestras reales majestades verdadera relación se pudiese hacer".[27]

25 Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 29, dice que después de la batalla se embarcaron "en buen orden", pasando por alto el incidente de los navíos encallados; Vázquez de Tapia, que lo narra, fue testigo presencial.

26 Si bien la Primera carta de Relación de Cortés no ha sido encontrada y en vez de ella se utiliza la llamada *Carta del Regimiento*, escrita por los representantes del Ayuntamiento de la Vera Cruz en julio de 1519, he optado por llamarla "Primera carta" para evitar confusiones, y porque seguramente su verdadero redactor, o por lo menos censor, fue Hernán Cortés.

27 J. Díaz, *op. cit.*; Cortés, op. cit.; Mártir, *op. cit.*, vol. I, IV déc., lib. III; Fernández de Oviedo, *op. cit.*, vol. II, lib. XVII, caps. X-XI; Vázquez de

El viernes 28 de mayo siguieron navegando lo más cerca de la costa que podían. Algunos cronistas dicen que pasaron por Champotón sin detenerse, contentándose con disparar algunos tiros desde los navíos a las canoas llenas de guerreros que se aproximaban. El lunes 31 los cuatro navíos llegaron a la desembocadura de lo que parecía un gran río, entrando por la cual se dieron cuenta de que era una gran extensión de agua, a manera de laguna, separada del mar por una larga franja de tierra, comunicándose con él mediante dos entradas, una era por la que entraron. Ante este descubrimiento Alaminos opinó que se trataba del final de la famosa isla (Yucatán), a pesar de que por tres días la exploraron, que empezaría hacía Chetumal o Ascensión y que marcaba el límite de la tierra hasta entonces navegada, por lo que la nombraron Boca de Términos y Laguna de Términos; el piloto, al registrar en sus cartas de navegación, abrevió a isla de Tris, nombre con el que se conoció durante un tiempo en los mapas,

Fondearon en el lado interno, donde había algunas islas, en la llamada isla Aguada o Puerto Real; encontraron buen puerto, al que nombraron Puerto Deseado (algunos dicen que la nombraron Valor), ya que era el primero que encontraban y que necesitaban urgentemente para calafatear las naves dañadas (durante la época colonial se convertiría en uno de los refugios favoritos de los piratas).

Alaminos, en compañía de los otros pilotos, tomó la altura del sol y del norte. De acuerdo con sus cálculos les

---

Tapia, *op. cit.*, p. 25; *Vida de Cortés*; Juan Ginés de Sepúlveda, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. II, pp. 85-86; Las Casas, *op. cit.*, vol. III, lib. III, cap. CIX-CX; Landa, *op. cit.*, cap. III; Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. I, caps. II-VI; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. I, cap. IX; Herrera, *op. cit.*, III, déc. II, lib. III, cap. I; Argensola, *op. cit.*, cap. III; Solís, *op. cit.*, lib. I, cap. V; Genaro García, *Carácter de la conquista española en América y en México según los textos de los historiadores primitivos*, p. 139.

pareció que la laguna tenía comunicación con la bahía de La Ascensión y por lo tanto, razonaban, allí debía terminar la supuesta isla de Yucatán; por ello bautizaron esa entrada como Boca de Términos, nombre que se extendió a toda la laguna (se la ha conocido también como Laguna del Carmen y Laguna de Xicalanco, con aproximadamente 70 kilómetros de largo y en la que desembocan varios ríos).[28]

En la laguna encontraron cuatro nativos que pescaban a bordo de una canoa, los aprehendieron "harto inicuamente", enfatiza Las Casas (a decir de Pedro Mártir usaban anzuelos de oro, posiblemente una confusión por cobre), con el propósito de utilizarlos como intérpretes e informantes. Juan Díaz no perdió tiempo para bautizarlos, sin importar su nulo adoctrinamiento: el que le tocó a la nave capitana recibió el nombre cristiano de Pedro Barba, por ser el del español que lo apadrinó.

Anclaron los navíos, abordaron los bateles y se dirigieron a tierra, donde levantaron varias enramadas para guarecerse del sol; cavaron también algunos pozos en los que, para su dicha, encontraron agua.

Permanecieron en ese sitio varios días, curando sus heridas, reparando la nave averiada, que ya hacía agua por todas partes, sondeando y explorando los alrededores. Encontraron algunos adoratorios de piedra, mas no vieron habitantes ni poblaciones; pensaron, correctamente, que los templos eran "ermitas" hechas por comerciantes y cazadores (hoy en día son conocidas como las ruinas de Tixchel).

[28] Orozco y Berra, *Historia antigua y de la...*, vol. IV, p. 29, identifica la Boca de Términos con la occidental; a Puerto Deseado con Puerto Escondido, entre la isla de Puerto Real y la costa yucateca, y a la isla Valor con la de Puerto Real o la del Carmen. Ciertamente en esta laguna no desemboca el río Usumacinta, como lo dice Von Hagen, *World of the Maya*, p. 86.

El lugar era, a decir del clérigo Díaz, "muy deleitoso y tiene mucho pescado"; así como gran abundancia de conejos y venados. Una lebrela, excelente cazadora, estaba tan embebida en la cacería que cuando partieron tuvieron que abandonarla luego de llamarla inútilmente.

Según Fernández de Oviedo, que lleva la cuenta día tras día, embarcaron de nuevo el 5 de junio y continuaron costeando, pasando la Isla del Carmen o Tris, y probablemente la entrada occidental del mar, entre la Punta Zacatal y la Isla del Carmen, aunque sólo se hace mención de una de esas dos bocas. Tras salir de la laguna a los pilotos les pareció que empezaban a navegar a lo largo de la costa de lo que podía ser otra isla, o tal vez parte de tierra firme. Pedro Mártir, siempre interesado en las cuestiones geográficas, comentó que al respecto (y desde entonces) que "nada hay de cierto".

Entre los ríos Usumacinta y Candelaria, en el área de la Laguna de Términos, muy cerca de los parajes por donde pasó Grijalva, se había establecido una colonia de comerciantes en el centro llamado Xicalanco; los chontales, una etnia maya, habían desarrollado un importante emporio mercantil al que llevaba, por tierra, una ruta desde el Valle de México, y otra, por mar, desde el Caribe hasta Honduras, de donde las mercancías podían llegar a los altos de Guatemala. Estratégicamente situada en la lengua de tierra entre la Laguna de Términos y el Golfo de México, rodeada de pantanos y de ciénegas, de manera que sólo podía llegarse a ella a bordo de canoas o por un único camino por tierra.

Estaba integrado por una población cosmopolita, principalmente maya, nahua, mixteca y totonaca. Los pochtecas tenían grandes bodegas donde descargar y almacenar los múltiples productos de su comercio, tanto objetos y alimentos de uso cotidiano como frijol, maíz, miel, cera, sal, vainilla, pescado, textiles, conchas, frutas, copal, etcétera, como artículos suntuarios y para la guerra y el culto: plumas, armas, cacao,

tintes, piedras preciosas, pieles de jaguar, etcétera. Tabasco mantenía el control de la producción del cacao.

Al parecer la flota de Grijalva pasó muy cerca de ese sitio sin verlo ni darse cuenta de su importancia, pues nada se comenta. El lunes 7 de junio llegaron hasta un río, al que Las Casas cree llamaron de San Pedro y San Pablo, pues en el tiempo que escribió así se llamaba (actualmente tiene ese nombre, situado en los límites entre los estados de Campeche y de Tabasco). A esas alturas había gran cantidad de nativos en las playas, que acudían a verlos pasar.

Quedaron atrás las costas rocosas de Yucatán y de las tierras mayas, con su vegetación de arbustos bajos, carentes de ríos, y entraban ahora a una tierra húmeda y tropical, con abundancia de corrientes fluviales, pantanos, ciénegas, caletas y ensenadas que favorecían el crecimiento de una vegetación exuberante y selvática.

Navegaban sólo de día por temor de encallar en los bajos y arrecifes desconocidos. No muy lejos del río de San Pedro y San Pablo encontraron una gran corriente de agua dulce que penetraba varios kilómetros en el Golfo de México y los empujaba mar adentro, dificultando su avance. Grijalva decidió investigar ese fenómeno a bordo de un batel. Encontró que la causa era un río mucho mayor que el anterior, cuya sola existencia indicaba, por fuerza, la presencia de una gran masa de tierra firme (es el actual río Grijalva-Usumacinta). Los marineros sondearon su ancha boca, solamente los dos navíos pequeños pudieron pasar por la barra y navegar río arriba. Encontraron indicios de la existencia cercana de una gran población. Cantidad de nativos los observaba desde las riberas y a bordo de canoas, llevando redes de pescar.

Incorregibles, los españoles del batel tomaron el pescado de dos de las canoas; mientras que uno de sus perros se lanzó al agua, excitado ante la presencia de los indígenas, quienes, una vez repuestos de la sorpresa inicial, lo persiguieron

y mataron. Por lo visto aquí tampoco estaban poseídos de un fervor divino, ni tomaban por dioses a los españoles.

Juan de Grijalva fue el primero en desembarcar. Se hincó de rodillas en la margen del río y pronunció una breve oración de agradecimiento a Dios. Los demás lo siguieron. Alaminos insistía en que, siendo esa una tierra distinta de la de Yucatán, debía también tomar posesión de ella, así que, aprovechando el momento ordenó que se enarbolara el estandarte real de Castilla y, con gran solemnidad, en presencia del escribano, efectuó las ceremonias prescritas en nombre de la reina Juana y de su hijo don Carlos, secundadas por los vivas de sus hombres.

El intérprete Julián traducía las explicaciones del recién bautizado Pedro Barba, pues en esa región ya no hablaban maya sino náhuatl. Barba, al parecer buen conocedor de la geografía, les dijo que existían muchas sierras y montañas entre una costa y la otra; que los habitantes de tierra adentro, cuando salían al mar, echaban lo que tenían en el estómago por la boca, y que había muchos árboles grandes, pueblos y sabanas o vegas. Grijalva y los suyos parecieron no entender bien esa larga perorata, no advirtiendo que, como dice Fernández de Oviedo, fue Barba el primero que les dio noticias del océano Pacífico o Mar del Sur.

Grijalva decidió remontar la corriente del río, con el aplauso de su gente, siempre ansiosa ante la posibilidad de hacerse de un poco de oro. Fueron a bordo de los dos navíos más chicos y de los bateles, en guardia y con precaución, pues muchos de los nativos estaban armados. Poco más adelante vieron, a bordo de una canoa, a un indígena que les pareció podría ser señor principal, ya que traía en un brazo un hermoso escudo recubierto de plumas de colores y en medio de él un círculo que relucía con los rayos del sol como si fuera de oro.

Grijalva intentó comunicarse por medio de Julianillo, mas éste no lo entendía, aunque Pedro Barba sí; entonces la interpretación se hizo de Grijalva a Julián, de éste a Pedro Barba, y de Pedro a los nativos, y viceversa. Las fuentes no nos dicen nada sobre el resultado del intercambio.

En ambas márgenes del río crecía una espesa selva, llegando hasta sus orillas; entre los grandes árboles destacaban zapotes, ceibas y caobas, en cuyas ramas se posaba multitud de aves. Seguramente habría cocodrilos. El calor húmedo de esta época del año debió parecerles sofocante. Escucharon el ruido peculiar de la tala y caída de algunos árboles, suponiendo, o tal vez se enteraron de ello más tarde, que los indígenas intentaban fortificar su poblado, alarmados ante su presencia. Seguramente estarían enterados de las batallas recientes.

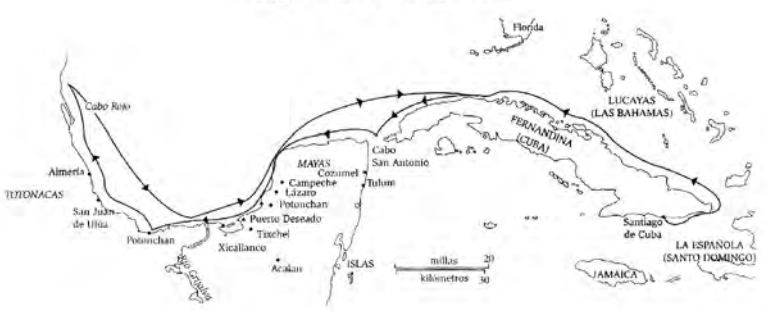
Al río por el que navegaban lo bautizaron con el nombre de su capitán, Grijalva, mientras que la provincia (siguiendo la confusión), el pueblo o el cacique, dependiendo de la fuente que se consulte, era llamado por los nativos *Tabzcoob*, náhuatl para "lugar que tiene dueño", vocablo que los españoles corrompieron a Tabasco. Juan Díaz, seguido por Cervantes de Salazar, afirma que se llamaba Potonchán (al igual que Bernal Díaz). Las Casas comenta que era "tierra felicísima, abundantísima de cacao, poblatísima".

La corriente era fuerte, por lo que tras avanzar cerca de dos kilómetros río arriba decidieron desembarcar entre unos palmares. Tan pronto lo intentaron fueron rodeados por medio centenar de canoas llenas de guerreros pintados, armados de arcos, flechas, lanzas de puntas endurecidas al fuego y escudos decorados con plumas que relumbraban al sol, algunos llevaban escaupiles de algodón.

Como el poblado estaba cerca no querían que los extranjeros llegaran a él. Los españoles tenían las armas de fuego listas para ser disparadas a la menor provocación. Grijalva

intentó hacerles entender que venían en son de paz, aprovechando, según escribe Antonio de Solís en su ampuloso y malintencionado lenguaje, que los indígenas, asombrados por la extraña apariencia de los españoles, se "quedaron sin movimiento, impedidas violentamente las manos en la suspensión natural de los ojos"; seguramente ese no sería el caso de esos belicosos guerreros.

Viaje de Juan de Grijalva



Las palabras de Grijalva, traducidas por Julián a Pedro Barba y por éste a los nativos, aparentemente surtieron algún efecto. Uno de ellos se adelantó, parecía el de más autoridad. Les preguntó quiénes eran y qué buscaban en su tierra. Grijalva respondió que venían de una región lejana situada al oriente, con el fin de conocer nuevas gentes y tierras; con poco tacto, como solían, le habló sobre su poderoso señor, el rey de España Carlos V y de lo conveniente que les sería convertirse en sus vasallos, pues les acarrearía grandes beneficios. Les solicitó también algún alimento y agua.

El principal respondió, como era de esperarse, en vez de quedarse "sin movimiento", que señor ya tenían; ciertamen-

te era mucho atrevimiento el de los extranjeros, habiendo apenas llegado, sin conocerlos ni saber si estaban satisfechos con su señor natural o no, tratar de imponerles uno nuevo; mejor deberían tener mucho cuidado de que no les fueran a dar guerra, como les había sucedido en Potonchán, pues ya estaban enterados de cómo habían matado a muchos blancos, y ellos eran más poderosos y temibles.

Grijalva cambió el tono de su discurso. Repitió que venían en son de paz y de amistad, con el deseo de conocerlos y comerciar con ellos, sobre todo con oro, si es que lo tenían, y que le gustaría mucho conversar con su señor. El noble indígena dijo que iría a transmitirle sus palabras y regresaría un poco más tarde. Así lo hizo, trayendo como respuesta que a su señor le placía su amistad, estaba dispuesto a comerciar y como muestra de buena voluntad le enviaba algunos obsequios, entregándole una máscara de madera cubierta de hoja de oro, un casco con plumas de papagayo y otros objetos de plumería (arte muy elaborado, bello y apreciado en Mesoamérica).

Grijalva ordenó le dieran a cambio un espejo, dos cuchillos, dos tijeras, dos collares de cuentas de vidrio verdes, algunos diamantes azules (que, a decir de Fernández de Oviedo, eran unos pequeños vidrios cuadrados), un bonete de frisa colorada, unas alpargatas y otras baratijas. Al parecer lo que más entusiasmó al principal fueron las tijeras y los cuchillos, pues mostró gran alegría ante esos objetos. Dijo que como ya era tarde su señor vendría hasta el día siguiente. Grijalva, recordando experiencias anteriores, le amenazó con ir de todos modos a su pueblo, aunque en paz, si es que no se presentaba.

El principal partió, poco después llegaron tres decenas de nativos cargados de pescado, guajolotes asados, tortillas de maíz, zapotes y otros víveres. Esa noche ambas partes se vigilaron mutuamente.

Al día siguiente el señor se presentó a bordo de una canoa que se dirigió directamente a la nave capitana. Vestido ricamente y acompañado por un séquito de principales lujosamente ataviados. Caracolas y tambores celebraban el acontecimiento. Grijalva, queriendo apabullar a los indígenas, ordenó que todos los capitanes se pasaran a su navío, vestidos con sus mejores prendas. Él con un sayón carmesí y una gorra de terciopelo guarnecida con un adorno. Mandó que en ambos navíos se tocaran los tambores y los pífanos. La selva, a ambos lados del río, proporcionaba el marco a este colorido y sonoro encuentro entre las dos culturas.

El señor y sus nobles subieron a bordo de la capitana. Grijalva, dando muestras de respeto, lo abrazó, el señor le pasó una guirnalda de flores al cuello y le ofreció un ramo de flores olorosas. Venían con él algunos sacerdotes con sahumerios, con los que incensaron a los europeos. Como los indígenas mostraban gran curiosidad por el navío, Grijalva les dio un breve paseo a bordo. Mientras tanto llegaron algunos nativos cargados con más alimentos, "con lo que no poco se alegraron los españoles", a decir de Cervantes de Salazar.

Grijalva ordenó poner dos mesas en cubierta, en una comerían el señor y él, en la otra sus capitanes y los nobles indígenas. Durante el festín seguramente ambas partes comentarían las extrañezas de los manjares desconocidos; aunque poco se entenderían, tratarían de comunicarse de alguna manera por medio de lenguaje corporal y exclamaciones. Colaborando con la convivencia no faltó el vino de Guadalcanal.

Terminada la comida, el señor mandó a los suyos que sacaran de unas petacas, hechas de mimbre y cubiertas de cuero de venado, los objetos destinados para el trueque. Los fueron colocando sobre una manta puesta sobre esteras de palma tejida (llamadas *petates*) Ante los ojos brillantes de codicia de los españoles fueron apareciendo un casco de madera

repujado de lámina de oro; tres o cuatro máscaras de madera también recubiertas en parte de oro y en parte de pequeños fragmentos de turquesa que formaban un mosaico; varias piezas que usaban para protegerse el cuerpo en la guerra, algunas de oro, otras de madera recubiertas de oro y con piedras preciosa; ajorcas, pendientes y collares de oro; pequeñas figuras que representaban animales, también de oro o de madera repujada en oro; un escudo con adornos de plumería; penachos; textiles ya sea en forma de lienzos o prendas de vestir, de las que, dice Las Casas, "solas la mano y hechura costara mucho"; un espejo de dos caras, posiblemente de bronce pulido; siete cuchillos de sílice y varios otros objetos.

A cambio, los nativos recibieron 2 camisas de lino, 2 espejos dorados de vidrio, un cuchillo, 2 tijeras, 2 calzas hasta la rodilla, un sombrero, un peine, 5 collares de vidrio verde, 2 alpargatas de esparto, un cinturón de piel con su bolso y 25 cuentas de cristal de colores. El parsimonioso Bernal Díaz dice que los objetos nativos no valdrían más de 200 pesos (Las Casas los valúa en más de dos o tres mil pesos de oro, mientras que lo dado a cambio dice que no valía más de 12 a 15 pesos; además de las ropas que le obsequió Grijalva al señor, que representaban otros 60 o 70 pesos de oro). Se dice que los nativos quedaron satisfechos, Solís asevera que fue debido a que las cosas que recibieron "llevaban el precio de la novedad".

Algunos autores, entre ellos Juan Díaz (testigo presencial), afirman que el señor vistió a Grijalva con las prendas que le obsequió, poniéndole un coselete y brazaletes de oro, borceguís[29] hasta media pierna con adornos de oro y en la cabeza una corona de hojas de oro muy sutiles. Grijalva

[29] El borceguí es un tipo de calzado que llega hasta más arriba del tobillo; abierto por delante, se ajusta con correas o cordones.

correspondió ataviando al señor con una rica camisa, el sayón carmesí que él mismo traía puesto, unas calzas rosadas, su gorra de terciopelo, zapatos de cuero nuevo, y en fin, lo adornó lo mejor que pudo (qué agasajo para la vista si pudiéramos verlo).

El señor reconoció a uno de los indígenas capturados en la Laguna de Términos, al parecer se trataba de un personaje importante, pues pidió a Grijalva que lo liberara, ofreciendo pagar su peso en oro. Algunos cronistas afirman que Grijalva no aceptó, pensando que su precio podría ser mayor; más sensata es la opinión de Las Casas, quien dice que esto no lo cree, debido a la codicia de Grijalva, y porque piensa que además no se hubiera atrevido a negárselo.

El señor invitó a Grijalva y a los suyos a su pueblo. Desembarcaron dejando alguna guardia en los navíos y se dirigieron a la morada del señor, donde los festejó en grande. El capitán aprovechó la oportunidad para mencionar de nuevo el tema del rey de España y de su poderío, y darles algunas nociones de catolicismo. Venían, dijo, con la finalidad de traerles noticia del Dios verdadero, de modo que dejaran de adorar ídolos.

Como bien sabían los españoles, a los nativos no les gustaban las visitas muy largas, ya les habían dicho que no tenían más oro, pero que poco más adelante lo encontrarían en abundancia, en un lugar que entendieron se llamaba algo así como *Mulúa*, *Olúa* o *Colhúa* y como *México* (en la que parece ser la primera mención que escuchaban sobre los mexicas).[30]

[30] Duverger no está aquí en su mejor momento. Para empezar, afirma que en la desembocadura del río Grijalva esperaba a los españoles una "embajada del emperador Motecozuma", que les ofreció regalos, tras lo cual fueron "invitados por los caciques locales a un banquete"; como ya se ha dicho en esta narración, nada más lejos de la verdad. Luego Duverger deja entender que fue aquí de donde Alvarado pro-

Así pues, volviendo a embarcarse, navegaron río abajo. Argensola comenta que los atormentaron tales nubes de mosquitos que en parte por ello apresuraron su partida, lo cual es probable; incluso en la actualidad la región está infestada de mosquitos. Las pinturas con que los nativos se decoraban la piel funcionaban también como repelentes de insectos.

Los españoles, tras la buena acogida que les habían dado, así como las muestras de oro que vieron, el río navegable, el agua y alimento abundantes, opinaron que era indispensable establecer una colonia y poblar en esos sitios. Juan Díaz, entusiasmado, escribió que "esta tierra parece ser la mejor que el sol alumbra". Grijalva se negó (seguramente no tendría autoridad para poblar), provocando el descontento de sus hombres. En la Primera carta de relación, Cortés insiste en que, tras permanecer dos días en ese sitio, Grijalva se hizo a la vela "sin saber más secreto alguno de aquella tierra".[31]

Siguieron navegando tan cerca de la costa como se atrevían. Toda la tierra parecía estar poblada, había muchas edificaciones y gente. El 11 de junio llegaron a la altura del río de Dos Bocas, al que pusieron el nombre de San Bernabé, por ser el día de ese santo. Según declara Juan Díaz esperaban que en él habría mucho oro.

---

siguió solo el viaje, lo cual sucedió más adelante, como se verá. Véase *Cortés*, p. 114.

31 J. Díaz, *op. cit.*; Cortés, op. cit.; Mártir, *op. cit.*, IV déc., libro III; Fernández de Oviedo, *op. cit.*, vol. II, lib. XVII, caps. XI, XIII; Vázquez de Tapia, *op. cit.*, p. 26; Sepúlveda, *op. cit.*, lib. II, pp. 88-89; Las Casas, *op. cit.*, vol. III, lib. III, cap. CXI; Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. II, caps. VII-VIII; Bernal Díaz, *op. cit.*, cap. X-XI: Herrera, *op. cit.*, III, déc. II, lib. III, cap. II; Torquemada, *op. cit.*, vol. II, lib. IV, cap. IV; Argensola, *op. cit.*, cap. III; Solís, *op. cit.*, lib. I, cap. V.

Pasaron poco después cerca de un poblado, Ahualolco,[32] al que llamaron la Rambla. Para este trayecto del viaje Bernal Díaz proporciona más detalles que el clérigo; narra que desde los navíos vieron gran número de indígenas que andaba por la costa, armados con escudos hechos con conchas de tortuga, que al reflejar los rayos del sol los hizo pensar (¿qué otra cosa?) que eran de oro macizo. Hacían con sus rodelas diversas piruetas que les parecieron en son de burla.

Más adelante encontraron el río Tonalá (que marca actualmente los límites entre los estados de Tabasco y Veracruz). Lo bautizaron como río Fenole o río de San Antón, tal vez en honor de Alaminos. Poco después dieron con otro más caudaloso, el Coatzacoalcos, que quisieron explorar, pero el tiempo adverso no se los permitió.

A partir de aquí la costa empieza a subir hacia el norte; podían ver las elevaciones cercanas de una sierra, a la que pusieron el nombre de San Martín (que conserva hasta la fecha), por haber sido el primero que las avistó un soldado con el apelativo de San Martín, vecino de La Habana.

La tierra seguía estando muy poblada, constantemente veían a los nativos en las playas, además lo que pensaron eran construcciones blancas, brillantes bajo la luz del sol. Grijalva, deseoso de investigar su naturaleza (a pesar de lo que opinaba Cortés), envió en un batel al alférez Vázquez de Tapia. Encontró que eran salinas hechas y explotadas por los nativos.

Poco más adelante Pedro de Alvarado se adelantó con su navío al resto de la flota, por razones no especificadas, pro-

[32] Orozco y Berra, *Historia antigua y de la...,* vol. IV, p. 30, dice que este pueblo estaba en la Barra del río Santa Ana, en el estado de Tabasco. Jorge Gurría Lacroix, en *Itinerario de Hernán Cortés,* pp. 34-37, afirma que se encontraba en el litoral del actual municipio de Huimanguillo, y que los ahualulcos eran parte de una población de habla náhuatl y popoloca que se extendía hasta el estado de Veracruz.

bablemente movido por la codicia de encontrar algo valioso antes que los demás. Llegó al río Papaloapan ("Río de las Mariposas"), al que entró y bautizó, claro está, como río de Alvarado. Al parecer navegaron río arriba y penetraron por la corriente hasta la actual población de Tlacotalpan, donde los indígenas les dieron algo de pescado.

Mientras tanto Grijalva y el resto de las naves habían llegado hasta la boca del río, donde esperaron impacientes a la nave de Alvarado. Cuando al fin se presentó, el capitán lo amonestó severamente por haberse separado de la flota sin licencia, poniendo en peligro toda la expedición, metiéndose en lugares donde tal vez no podrían auxiliarlo, y le previno que en el futuro se abstuviera de tales acciones indisciplinadas y temerarias.

Prosiguieron su navegación. Continuamente veían grandes columnas de humo elevarse hacia el cielo, con las que los nativos notificaban a las poblaciones vecinas la proximidad de estos extraños y grandes navíos. Cerca de uno de esos poblados notaron que muchos indígenas parecían seguir a las naves a lo largo de la orilla, con escudos relucientes como el oro, las mujeres adornadas con brazaletes y collares que parecían estar hechos de ese metal.

Por medio del batel capturaron a cuatro nativos a bordo de una canoa, les mostraron algunos objetos de oro y mediante señas los interrogaron, intentando saber si es que los había semejantes en la región. Les dieron a entender que había mucho oro que tomaban de los ríos, si los soltaban les traerían buena cantidad (a saber cómo se entendían pues debían hablar náhuatl). Poco después desembarcaron en la costa y (para variar) atraparon a cuatro nativos, que repitieron lo mismo entre lloros y cánticos, temiendo que esos extraños seres los mataran. Los europeos les mostraron objetos de "rescate", dándoles a entender que serían suyos si traían el ansiado oro, soltaron a seis, guardando a los otros dos en

calidad de rehenes. Las fuentes no nos relatan el desenlace de la situación.

Más adelante llegaron a otro río al que bautizaron con el nombre de Banderas (debe de tratarse del Jamapa, en la actual Boca del Río, a unos 20 kilómetros de la ciudad de Veracruz),[33] en cuya boca estaban varios nativos, algunos agitaban al viento unas banderas de manta blanca de algodón, colocadas sobre lanzas o palos largos, con las que parecían llamar a los europeos (esto lo cuenta Bernal, el clérigo Díaz no menciona este río). Grijalva pensó que posiblemente se trataría de los nativos a los que habían enviado por oro, aunque seguramente eran emisarios de Motecuhzoma; como lo afirma Bernal, el huey tlatoani mexica estaba muy bien informado sobre los movimientos de la flota española.

Grijalva, admirado ante esa novedad, ordenó que fueran a investigar dos bateles bajo las órdenes de Francisco de Montejo (ya habían visto algo parecido cerca de Tulum). Al llegar a la costa los nativos les hicieron señas de que se aproximaran. Una vez en tierra los incensaron,[34] les obsequiaron varias mantas de algodón pintado y los invitaron a sentarse bajo la sombra de un gran árbol, donde tenían dispuesto un banquete colocado sobre esteras. Desafortunadamente para los españoles, Julianillo no entendía la lengua de estos ama-

[33] Gurría Lacroix, *Itinerario de…*, p. 37. Salvador Toscano afirma que es el río de Cotastla, al que más tarde llamaron de Medellín, véase *Cuauhtémoc*, p. 74. Orozco y Berra lo llama Xamapan o Jalapa. Bernal Díaz, *Historia verdadera…*, vol. II, cap. CLX, aclara el asunto, refiriéndose a la ocasión cuando fue con Sandoval a fundar la villa de Medellín; dice que "era en aquella sazón el puerto un río que se dice Chalchocueca, que es el que hubimos puesto por nombre el río de Banderas, y por aquel río venían las barcas con la mercadería que venía de Castilla, hasta que se mudó a la Veracruz".

[34] Afirma Torquemada que sólo se incensaba a los que tenían por dioses, y que, por lo tanto, los españoles fueron tomados como tales. *Monarquía indiana*, lib. IV, cap. XVII.

bles nativos. Bernal Díaz no menciona qué pasó con la traducción que antes hacían a dos manos entre Julianillo y el indígena Pedro Barba.

Montejo reportó la situación. Grijalva dispuso que los navíos se aproximaran lo más posible a la costa, anclaran y desembarcaran todos, excepto, por supuesto, los marineros. Por si acaso realizó una nueva ceremonia de toma de posesión, Alaminos había decidido que Yucatán era una isla, que habían dejado sus costas en Puerto Deseado y que, como la costa en donde estaban era tierra continua y nueva, él y los demás pilotos estaban de acuerdo en que debía tratarse de tierra firme. Grijalva se reunió con los pilotos y con quienes entendían de geografía, para poner al día su información sobre el viaje. Todos estuvieron de acuerdo en que, debido a las grandes sierras que se veían tierra adentro, a los grandes ríos que salían de ellas y a que habían recorrido cerca de 130 leguas desde Puerto Deseado, ésta debía ser tierra firme sin duda alguna.

Ya en tierra uno de los nativos, de cierta edad, que parecía ser el principal tanto por los adornos que ostentaba como por su compostura, se aproximó a Grijalva, seguido por otro más joven, al que tomaron por su hijo; el resto de su séquito quedó unos pasos atrás. Todos iban desarmados. Ambos indígenas avanzaron con las palmas de las manos extendidas, se detuvieron para "tomar tierra" con el dedo y se lo llevaron a la boca. Habiendo deducido, por el respeto que le prestaban los demás extranjeros quién era el jefe, se dirigieron directamente hacia el capitán. Por señas le indicaron que tanto él como sus principales fueran a sentarse bajo unas enramadas, mientras que el resto de los españoles se acomodó donde mejor pudo.

Acto seguido les ofrecieron la comida que ya tenían lista, una vez satisfecho su apetito les dieron unos cañutos que se encendían por un extremo, se consumían poco a poco y "despedían suavísimo olor", a decir de Sepúlveda. En-

tendieron, "a fuerza de preguntas y de señas", que los dos indígenas principales eran súbditos de un monarca llamado Motezuma, cuyos dominios abarcaban muchas tierras, abundantes en oro y otras riquezas; él fue quien los había enviado, encargándoles darles la bienvenida e investigar sus intenciones. Ciertas crónicas abundan en las palabras de este intercambio, lo cual no es nada factible dada la falta de intérpretes. Antes de reembarcarse, Grijalva les obsequió algunas cuentas verdes y "diamantes azules" e intentó convencerlos de que sus intenciones eran comerciar, sobre todo con oro, y obtener su amistad.[35]

Al día siguiente desembarcaron de nuevo. En la orilla les esperaban el principal y sus acompañantes. Tras las ceremonias usuales, salutaciones y abrazos, celebraron misa, presenciada en silencioso respeto por los indígenas, entendiendo que se trataba de una ceremonia religiosa. Incluso se dice que el principal ordenó traer incensarios y ponerlos alrededor del altar, "como en los indios siempre se halla tener grandísima atención", dice Las Casas, "porque las gentes de aquella Nueva España fueron de las más religiosas que hobo jamás entre todas las naciones que no tuvieron cognocimiento del verdadero Dios".

Los nativos les llevaron alimentos: maíz molido, tortas y "pasteles de gallina" (seguramente tamales de guajolote), mas "por ser viernes no se comieron", se lamenta Juan Díaz, también algunas mantas de algodón pintado y piezas de oro. Uno

35 H. Thomas, *La conquista*…, p. 143, afirma que al parecer los mexicas dijeron a Grijalva que adoraban una gran cruz de mármol, rematada por una corona de oro, y que en ella había muerto un hombre más lúcido y brillante que el propio sol; esto lo tomo de la narración de Juan Díaz, quien seguramente confundió en sus recuerdos estos sucesos con los acaecidos en Yucatán, de donde dice lo mismo. Thomas sigue diciendo que Grijalva tuvo la impresión de que los totonacas se circuncidaban; esto lo escribió Pedro Mártir.

de los indígenas llamó la atención de los blancos por parecerse mucho al exgobernador caribeño Nicolás de Ovando, por lo que dieron en llamarlo Ovando, "y él nos mostraba tanto amor que era cosa maravillosa", relata el clérigo Díaz.

A lo largo de seis días esta escena se repitió cotidianamente: al alba los nativos acondicionaban enramadas cerca del río, luego les llevaban de comer, "hartándolos de riquísimos manjares muy sabrosamente condimentados", comenta Pedro Mártir, servidos, por lo menos a Grijalva y a sus capitanes, en cazuelas de barro y jícaras decoradas y pintadas, todo sobre hermosas mantas. El menú consistía en carne de aves cortada en pedazos pequeños, o guisada como potaje en un caldo oloroso, tamales, a veces con demasiado chile (o ají como le decían los españoles) para los paladares europeos, tortillas de maíz, frijoles y frutas de la estación.

Los indígenas se mostraban en extremo serviciales, tratando de agradar a sus huéspedes de la mejor manera que podían. Juan Díaz escribe: "Esta es una gente que tiene mucho respeto a su señor, porque delante de nosotros cuando no nos aparejaban presto las sombras les daba de palos el cacique". Ante las insistentes preguntas sobre si tenían oro, les llevaron algunas figuritas manufacturadas con ese metal. Los extranjeros parecían tener un apetito insaciable por este "excremento de los dioses", como lo llamaban los nativos, por lo que el principal envió por más a los pueblos comarcanos, les trajeron oro en grano, zarcillos, collares, figuras de animales y humanas, todo de oro muy bien trabajado, aunque el aspecto artístico poco les interesaba, excepto tal vez como confirmación de su opinión sobre las influencias diabólicas que existían en esas tierras, esa expresión estética era desconocida para ellos.[36]

[36] Duverger afirma que los nativos les entregaron "hachas de cobre, que Grijalva confunde con oro". El que se confunde es Duverger;

A cambio los nativos recibieron sayos y sayas, bonetes, una caperuza de frisa colorada provista de una medalla, camisas de Castilla, un cinto de cuero con su bolsa, tijeras, cuchillos, alpargatas, espejos, peines, cuentas verdes, etcétera. Sobre el punto de vista de que los españoles se beneficiaban exageradamente con esos intercambios Sepúlveda objeta, no sin cierta razón: "nadie tilde la actitud de los nuestros en los trueques de avaricia y abuso o a los indios de ingenuidad, cada quien intercambiaba cosas sin valor por otras de valor".

Grijalva prohibió a sus hombres "rescatar" individualmente, el trueque debía hacerse en la mesa oficial colocada para tal efecto. El oro debía ser quintado por ley (una quinta parte pertenecía a la Corona). Ante la inevitable pregunta de dónde lo sacaban respondieron que al pie de una sierra cercana, en los ríos que nacían allí, buceaban, metiéndose a la boca los granos de oro; reunida cierta cantidad los fundían en una cazuela, con fuelles hechos con canutos de caña, o bien, si los granos eran pequeños, los almacenaban en cañutos de plumas de aves. Los españoles estaban fascinados; al parecer por fin habían dado con una buena fuente de oro.

Al constatar la calidad y riqueza de esa tierra, los hombres de Grijalva expresaron con creciente vehemencia su deseo de poblar. Juan Díaz comenta: "Creemos que esta tierra es la más rica y la más abundante del mundo en piedras de gran valor". El capitán, como era usual, insistió en apegarse ciegamente a sus instrucciones, provocando otro gran descontento.

Además del oro, el principal quiso obsequiar un joven a Grijalva, quien se negó a aceptarlo, entonces le ofreció una mujer tan bien vestida, dice el clérigo Díaz, "que de brocado

---

esto sucedió en el viaje de regreso, en el río Tonalá, como veremos. Véase *Cortés*, p. 115.

no podría estar más rica"; debió de ser hermosa, pues el capitán olvidó sus principios y se quedó con ella.

Después de esos días felices, los nativos repentinamente cesaron de llevarles oro.[37] Los vientos contrarios del norte empezaron a soplar, amenazando la navegación, por lo que decidieron que era tiempo de regresar, sobre todo por tener tan buenas noticias para Diego Velázquez. La despedida fue al parecer emotiva; se dice que los indígenas los abrazaron llorando.[38] Éste fue el primer contacto de los españoles con los enviados de Motecuhzoma.

37 En náhuatl el oro es llamado *coztic teocuitlatl*, literalmente "excremento divino de color amarillo ", simbolizando el sol y el fuego, como tal de origen divino, utilizado para confeccionar ya sea joyas para los *pipiltin*, o adornos para divinidades.

38 Este primer encuentro de los españoles con los mexicas, acaecido seguramente también con otros contactos, es un tanto confuso en las crónicas: Juan Díaz, testigo presencial, después de narrar que pasaron por el río que nombraron San Bernabé (Dos Bocas), prácticamente no dice nada sobre las jornadas subsiguientes, no menciona los ríos Tonalá, Coatzacoalcos, Papaloapan ni Banderas, y pasa a relatar enseguida cómo llegaron a la altura de la isla de Sacrificios, desde donde vieron en tierra firme a los nativos con las banderas blancas; Montejo fue enviado a investigar.
Fernández de Oviedo, basándose en el clérigo Díaz, tampoco habla de esos ríos, sólo menciona que, el 17 de junio, unos nativos hacían señas desde la costa con banderas blancas y Grijalva envió los bateles, pero la costa era brava y no pudieron llegar a ellos, por lo que siguieron adelante; pasa por alto los encuentros en el río de Banderas, y dice que ese mismo día llegaron a Sacrificios, que el 18 vieron a otros indígenas con banderas blancas en la costa, Grijalva envió a Montejo y se dio el contacto. Su cronología no deja mucho espacio para los supuestos sucesos en el río Banderas, ya que dice que la flota zarpó del río Grijalva el 11 de junio, y llegaron a Sacrificios el 17. Bernal Díaz nos proporciona la narración más detallada: afirma que en el río Banderas encontraron a los nativos con las mantas blancas, que éstos eran enviados de Motecuhzoma, que aquí fue donde Grijalva envió a Montejo a investigar en un batel, que navegaron después hasta la isla de Sacrificios y entonces desembarcaron en tierra firme, donde comerciaron con otros nativos, también enviados de Motecu-

El jueves 17 de junio, siguiendo la cronología de Fernández de Oviedo, hallaron una ensenada con tres islas pequeñas. Navegaron cuidadosamente por ella, sondeando

---

hzoma, y siguieron a San Juan de Ulúa, donde encontraron otros nativos "de pueblos comarcanos", con los que realizaron algún trueque y después partieron.

López de Gómara menciona que la toma de posesión, el encuentro con los nativos y el regalo de la india moza a Grijalva sucedió en San Juan de Ulúa. Las Casas no es de mucha ayuda, ya que, desde la partida del río Grijalva, prácticamente no proporciona detalles hasta la llegada a San Juan de Ulúa, donde dice ocurrió todo lo que Bernal narra como sucedido en el río Banderas.

Según Cervantes de Salazar había un río intermedio entre el Grijalva y el Banderas, al que dice que llamaron Palmas; menciona dos o tres incidentes menores, habla de "muchos ríos" sin dar más detalles ni nombres, tras lo cual la flota llegó a Sacrificios, su versión es que Grijalva envió entonces a Vázquez de Tapia en un batel, a fin de capturar a unos indígenas cerca de la isla.

Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, II, p. 5, relata que Motecuhzoma, enterado de la llegada de la flota española, envió a cinco principales a darles la bienvenida, pero que éstos llegaron a las playas de Chalchiuhcuecan después de partido Grijalva. William Prescott, *Historia de la conquista de México*, vol. I, p. 147, sitúa el río Banderas "en un arroyo contiguo" al río Alvarado (Papaloapan). Manuel Orozco y Berra sigue a Bernal, pero hace ir a Montejo dos veces a investigar en el batel: la primera en el río Banderas (de acuerdo con la versión de Bernal), y la segunda de Sacrificios a tierra firme (de acuerdo con la de Juan Díaz); como don Manuel sigue la cronología de Fernández de Oviedo tuvo que reducir los tiempos, de manera que el día 17 estuviese Grijalva en Sacrificios.

Respecto a las banderas blancas es posible que las hayan visto en manos de los nativos en dos ocasiones diferentes, o tal vez en más de dos. Sin embargo, Bernal Díaz afirma que las comidas y las grandes atenciones que les ofrecieron ocurrieron en el río Banderas, y que en Sacrificios sólo recibieron la visita de gentes de la comarca que iba a intercambiar; no habla de ningún otro festín. En cambio, Juan Díaz asevera que éste ocurrió en tierra firme, frente a Sacrificios, pero manifiesta que el real español estaba asentado cerca de un río muy principal, que bien pudo ser el de Banderas, menciona aquí los cañutos perfumados; es posible que Juan Díaz halla confundido en su recuerdo ambos lugares.

constantemente el fondo. A la primera isla, que era la más pequeña, situada a cerca de 12 kilómetros de tierra firme, la llamaron Isla Blanca debido a las albas arenas que la cubrían; a la segunda, de mayor tamaño, la nombraron Isla Verde por sus muchos árboles; en la tercera, que era la mayor, a unos seis kilómetros de tierra, encontraron buen fondeadero y decidieron anclar, además habían visto una columna de humo en el interior de la isla y querían investigarla.

Al día siguiente Grijalva y algunos de sus hombres abordaron un batel y desembarcaron. Caminaron por una senda entre la arboleda, algunos de cuyos árboles eran frutales. Llegaron hasta dos templos pequeños, subieron las gradas de uno, y, para su sorpresa y espanto, encontraron en lo alto, según dice Fernández de Oviedo, "una animalia [sic] que quería parecer león", hecho de "mármol", con la lengua de fuera, y dentro del santuario imágenes de dioses, junto a las que yacían los cadáveres de cinco nativos, al parecer sacrificados hacía poco tiempo, con los pechos abiertos, los brazos y las piernas cortados y las paredes embarradas de sangre. Por ello, narra Bernal, bautizaron a la isla con el nombre de

---

De nuevo Orozco y Berra duplica el acontecimiento, una vez en Banderas, aunque dice que tanto Juan Díaz (que lo coloca en Sacrificios) como Fernández de Oviedo callaron este suceso; y otra en tierra firme, frente a Sacrificios; don Manuel prefiere seguir a Fernández de Oviedo, aunque Juan Díaz, que es una fuente principal para este viaje, también lo menciona.

H. Thomas, La *conquista…* nota 53, p. 740, aduce que Bernal Díaz cometió aquí varios errores en su *Historia verdadera…*, y prácticamente niega la existencia del río Banderas, situando los acontecimientos en la isla de Sacrificios y en la playa frente a ella, y agrega, p. 140, que Grijalva estaba en las afueras de la ciudad india de Chalchicueyecan, basándose en Pedro Mártir, esta supuesta ciudad pasó desapercibida para todos los cronistas, que tan sólo mencionan arenales despoblados. Vaya este extenso pie de página como muestra de la dificultad de reconstruir ciertos sucesos históricos.

Sacrificios. Éste fue su primer encuentro con el ritual del sacrificio humano.

Regresaron a sus navíos, desde donde avistaron dos o tres canoas con algunos indígenas a bordo, al parecer pescando. Grijalva envió en un batel al alférez Vázquez de Tapia a capturarlos, mientras otro batel les cortó la retirada; los nativos tomaron unas navajas de pedernal y empezaron a sangrarse las orejas, la lengua y las extremidades, al tiempo que ofrecían su sangre al sol con los dedos extendidos.

Uno de los indígenas capturados se desmayó ante Grijalva; la vista de esos extraños seres, unida al pensamiento de que tal vez iba a ser sacrificado, le causaron una emoción demasiado fuerte. Tras volver en sí fue interrogado sobre los muertos santuario, mediante señas, pues aún no tenían intérpretes, Julián seguía sin entender su lengua y de Barba curiosamente no se vuelve a hacer mención. De algún modo creyeron sacar en claro que habían sido sacrificados sobre una gran piedra, donde les abrían el pecho con un cuchillo de pedernal, les extraían el corazón, lo ofrecían al dios y después lo quemaban en un brasero; las piernas y los brazos de los sacrificados eran cortados y comidos, y que esto hacían con sus enemigos (larga explicación por medio de lenguaje corporal).

Este primer contacto con la religión mexica les proporcionará un magnifico pretexto para la Conquista, convencidos de las razones morales y religiosas que los amparaban, así lo expresa Sepúlveda:

> Sola la desaparición de este mal y su destierro de la mente de aquellos hombres justificaba plenamente el sometimiento de aquellos indios, por piedad y justicia, al poder de cualquier pueblo más civilizado, y con más razón al poder de los cristianos; se les sometía a la verdadera y santa religión así como al disfrute de leyes superiores, como así sucedió.

Pedro Mártir, al recibir la información, ya muy deformada y exagerada, sobre estos sucesos y los inmediatos, escribió al Papa: "¡Oh, crimen cruel, Santo Padre! ¡Oh, feroces almas humanas! Cuide Tu Beatitud de que la cólera no le perturbe. Allí inmolan a sus dioses niños y niñas". Prosigue repitiendo que los nativos estaban circuncidados (ya lo había mencionado sobre los de Yucatán), y que la sangre de los sacrificados, formando nada menos que un río de sangre coagulada, llegaba hasta un estanque; que los hombres de Grijalva habían encontrado en la isla innumerables cabezas, cuerpos decapitados y otros aún enteros, la mayoría de ellos cubiertos por velos; pero que abundaba en esa tierra el oro y la pedrería; retoma también el mito de las amazonas al afirmar que, cerca de esa tierra de *Coluacán* había otras islas "habitadas por mujeres, sin trato de varón. Creen algunos que viven como las Amazonas, pero los que conocen mejor el caso opinan que son vírgenes cenobitas a las que agrada el vivir retiradas", en ciertas épocas del año iban los hombres a su isla para cultivar los campos, no para cohabitar. "Mas es fama que existen otras islas de mujeres violadas, las cuales se cercenan el pecho desde niñas a fin de poder ejercitarse con mayor agilidad en el arte de asaetear, y a las que acuden hombres para poseerlas, sin que ellas críen los hijos varones", aunque Mártir por lo menos opinaba que esto último era seguramente una fábula (tal vez le faltó saber un poco más acerca de la mitología griega).

Estos acerca de las tierras americanas no dejan de ser interesantes, nos permiten entrever los rumores que recorrían Europa. Si tales exageraciones eran manejadas en los niveles intelectuales y mejor informados del alto clero, habría que imaginar cuáles contaría el pueblo.[39]

[39] Nos da también una idea de ello un folleto que, titulado como *Nueva noticia del país que los españoles encontraron en el año de 1521 llamado*

Grijalva y sus hombres se dirigieron en sus bateles a tierra firme, llena de arenales, justo frente a la isla de Sacrificios. Improvisaron con ramas y velas de repuesto alguna protección contra el ardiente sol. Al poco tiempo llegaron algunos indígenas a comerciar con pequeñas piezas de oro, seguramente había llegado a sus oídos la monomanía de los extraños seres blancos. Bernal asegura que también eran enviados de Motecuhzoma, aunque más bien parece que se trataba de totonacas. Es factible que sucediera algo similar en el río Banderas; por no ser repetitivo, y porque la duda permanece, lo omito.

Los españoles regresaron a sus navíos, dirigiendo sus proas hacia otra de las tres islas,-a un par de kilómetros de tierra firme, frente al sitio conocido como *Chalchiuhcuecan* ("Lugar de conchas preciosas", más o menos en donde hoy se encuentra el puerto de Veracruz). Ofrecía buen puerto y abrigo contra los fuertes vientos del norte. Sondearon el fondo con los bateles, encontrándolo adecuado. Grijalva y una treintena de hombres desembarcaron.

Yucatán, fue publicado por Porrúa en los apéndices de la *Relación de las cosas de Yucatán* de fray Diego de Landa, pp. 232-237. Es uno de los documentos más antiguos existentes en que se hace mención de diversas regiones de México. No consta ninguna fecha de impresión en el folleto original, pero en él se habla de una Tenochtitlan aún no conquistada, por lo que debe marcársele una fecha de edición entre 1521, fecha mencionada en su inicio, y 1523, en que ya se tendría la noticia de su conquista. Este tipo de publicaciones eran las que transmitían las noticias al público en general en aquella época, y seguramente hubo muchas así, sólo se conoce un ejemplar impreso, en la Biblioteca Nacional de Berlín. Narra cómo los españoles encontraron en Yucatán diversas curiosidades, la palabra usada con más frecuencia es *oro*, del que había tanto que no se podía ni siquiera decir; se mencionan grandes brujas que conjuraban al diablo; de la ciudad de Kochoquaquo (Coatzacoalcos) se dice que era la más rica en oro de esos países y que todas sus pinturas consisten en figuras de diablos; se habla del sacrificio de gran número de niños en dos isletas y del canibalismo de sus habitantes.

Encontraron otro templo, con un ídolo en el interior que, a decir de Bernal, era "muy grande y feo, el cual llamaban *Tezcatepuca*". Esta vez había algunas personas, entre ellas cuatro sacerdotes incensando al dios, vestidos de mantos largos y, para sorpresa de los españoles, tonsurados de una manera que les pareció semejante a la de sus propios frailes y canónigos. También en esta ocasión se dice que había unos sacrificados: dos jóvenes muertos, al parecer ese mismo día. Los sacerdotes intentaron incensar a los españoles, mas éstos, horrorizados, los rechazaron con violencia.

Grijalva interrogó por señas a un indígena, quien le respondió que los de un lugar al que llamaba *Culúa* les mandaban hacer esos sacrificios. Ya sea que el nativo fuese torpe de lengua, como lo quiere Bernal (pues qué deseaba ¿qué les hablara en español?), o que los españoles fuesen torpes de oído, lo cual es más probable, entendieron que decía *Ulúa*, *Ulúa*; debido a ello, como era por el día de San Juan Bautista y el capitán se llamaba Juan, nombraron a la isla San Juan, pero para diferenciarla de San Juan de Puerto Rico, le agregaron lo de Ulúa, quedando así como San Juan de Ulúa. La isla era pequeña, en su mayor parte arenosa y tan baja que en ocasiones la inundaba el mar. Con el tiempo se convertiría en el puerto principal de la Nueva España en el Golfo de México.

Llegaron a la isleta algunos indígenas, a comerciar con oro, que, a pesar de la afirmación de Bernal sobre ser poco y de escasa valía no debió serlo tanto, ya que permanecieron allí unos siete días, a pesar de las molestias que les proporcionaban los numerosos mosquitos.

De algún modo (¿Cuál?) Grijalva y los suyos entendieron los comentarios de los nativos respecto a la existencia de un poderosísimo rey que vivía en una gran ciudad, poseedor de enormes riquezas, lo que aumentó el clamor de los españoles por poblar en esas afortunadas comarcas. Según Bernal, el capitán tenía voluntad de poblar, pero pesó más en su

ánimo la obediencia que debía a las instrucciones dadas por Diego Velázquez. Las Casas comenta: "Yo le cognosci e converse harto y entendí siempre del ser a virtud y obediencia y buenas costumbres inclinado y muy subjeto a lo que sus mayores le mandasen". Por más ruegos, requerimientos y razones que sus hombres hacían, alegó que tenía prohibido poblar; los habían enviado solamente a descubrir y a "rescatar". Por ello, prosigue Bernal, cuando no los escuchaba lo maldecían y lo tenían en poco, siendo sorprendente que no le perdieran el respeto y poblaran a la fuerza, enviando a su capitán de regreso a Cuba en uno de los navíos.

Indeciso, Grijalva decidió consultar con sus capitanes y principales. Les expuso el dilema en que se encontraba entre su deseo de poblar y su resistencia a contravenir sus órdenes; consideraba que eran muy pocos, trece habían muerto a causa de sus heridas. Decidieron tomar un curso medio: enviar una nave a Cuba a informar a Velázquez de los acontecimientos y a pedirle que si se decidía a poblar les enviara la orden y el socorro necesario para hacerlo. En esa nave embarcarían los enfermos y el oro rescatado, medida que también serviría para ahorrarse provisiones, pues el pan cazabe estaba mohoso, sucio y amargaba.

Decidieron que la San Sebastián era la más adecuada para realizar la travesía. La capitaneaba Pedro de Alvarado, con quien Grijalva y los otros capitanes no se encontraban en muy buenas relaciones desde el incidente del río. Además, Alvarado había participado de mala gana en la expedición; a decir de López de Gómara estaba ansioso por regresar a Cuba, pues se perdía por una de sus isleñas. Grijalva y cada uno de los capitanes escribieron cartas a Diego Velázquez. Pedro de Alvarado se hizo a la vela hacia el 21 de junio de 1518.[40]

[40] J. Díaz, *op. cit.*; Cortés, *op. cit.*; Mártir, *op. cit.*, IV déc., lib. IV; Fernández de Oviedo, *op. cit.*, vol. II, lib. XVII, caps. XIV y XV; López de Gómara,

Sin esperar respuesta, no dando razón para ello en las crónicas, poco después partieron las tres naves restantes.[41] Tras otra reunión con sus pilotos, capitanes y principales, Grijalva había decidido seguir costeando para explorar en dirección norte, mostrándose en todo momento consciente y responsable de la misión que Velázquez le había encomendado; estaba deseoso de obtener la mayor cantidad de información posible sobre los litorales de esas nuevas tierras.

Desde algunos sitios podían ver las faldas de unas altas montañas. Llegaron a un lugar al que llamaron Almería (la actual Nautla, Veracruz, situada en la margen del río del mismo nombre, en la antigua provincia indígena de Totonacapan). El navío más pequeño y con menos calado, capitaneado por Francisco de Montejo, iba por lo general más próximo a la costa a fin de explorarla más de cerca.

Poco más adelante llegaron a un río al que nombraron también San Pedro y San Pablo (el Tecolutla). Según Vázquez de Tapia desembarcaron en varios lugares para volver a tomar posesión. Afirma que siempre era él quien ponía primero pie a tierra, empuñando el estandarte.[42]

Más allá avistaron las sierras llamadas de Tuspa, que tomaban su nombre del pueblo cercano de Tuxpa (el antiguo

---

op. cit., I, p. 84 y II, p. 18; Vázquez de Tapia, *op. cit.*, p. 26; Las Casas, *op. cit.*, vol. III, lib. III, caps. CXII-CXIII; Sepúlveda, *op. cit.*, lib. II, pp. 88-89; Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. II, cap. IX; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. I, caps. XII-XIV; Argensola, *op. cit.*, cap. III.

41 Dice Baltasar Dorantes de Carranza (y no B. Dorantes de Salazar, como lo llama H. Thomas, *La conquista…*, nota 78, en p. 741, y en p. 876) en su *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*, p. 189, que, al partir la flota de Grijalva, Miguel de Zaragoza se quedó atrás y vivió entre los indígenas en la costa de la futura Veracruz hasta ser rescatado por la siguiente expedición, la de Hernán Cortés.

42 Vázquez de Tapia, *Relación de méritos*..., afirma que de este río la flota dio marcha atrás, pues se habían agotado sus víveres y las corrientes eran muy fuertes; ningún otro cronista lo sigue en esta aseveración.

Tochpan, hoy en día el puerto de Tuxpan, Veracruz; seguramente pasarían antes por el río Cazones), todo este tramo de la costa estaba muy poblado.

Siguiendo su navegación llegaron el 28 de junio a otro gran río de caudalosa corriente y anclaron en sus proximidades; se encontraban ya en la provincia de Huaxtecapan. Apenas anclaron cuando varias grandes canoas se les acercaron, llevando a bordo numerosos guerreros armados de lanzas, arcos y flechas (los hombres de Grijalva no lo sabían, pero los huastecos eran famosos por su belicosidad y bravura, gracias a la cual mantenían su independencia). Provenían de un pueblo cercano que, a decir de Juan Díaz, quien al parecer siempre utilizaba su ciudad natal a manera de comparación, "visto desde el mar no parecía menos que Sevilla, así en las casas de piedra como en sus torres y en su grandeza". Las canoas llegaron a las cercanías del navío más próximo a tierra, que era el más pequeño, al mando de Montejo.[43] Sin más averiguaciones le lanzaron una lluvia de flechas que hirieron a varios españoles, tras lo cual intentaron echarle algunas sogas con la intención de remolcarlo hacia el río. Los europeos respondieron de inmediato con una descarga de artillería ligera y dispararon sus arcabuces y ballestas. Lograron hundir tres de las canoas y herir y matar a varios indígenas. El estruendo de los disparos y la verificación de sus resultados dejaron tan sorprendidos y atemorizados a los huastecos que se retiraron en franca huida.

Los españoles deseaban seguir su triunfo hasta la población, pero el prudente Grijalva se negó, no teniendo intenciones de correr aventuras peligrosas. Según el clérigo Juan Díaz, en esta jornada ocurrió un milagro: tras la puesta del sol vieron

[43] Herrera escribe, erróneamente, que se trataba del navío de Alonso Dávila. *Cfr*. *Historia general de los hechos hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, vol. III, déc. II, lib. III, cap. X.

una gran luz, parecida a una brillante estrella, que permaneció un tiempo sobre los navíos y después se desplazó, despidiendo rayos de luz, hasta situarse sobre el pueblo, dejando a su paso una estela luminosa que duró tres horas. Afirma el clérigo que tanto esta como otras señales indicaban el deseo de Dios de que poblaran esa tierra para su mayor servicio. En este encuentro, al igual que los tenidos con los mayas, nadie los tomó como dioses o enviados por la divinidad.

Tras bautizar el río con el nombre de Canoas[44] siguieron adelante hasta llegar a una punta grande y difícil de doblar, ya que la corriente era demasiado fuerte. Intentaron sortear el obstáculo varias veces sin éxito, con peligro de zozobrar. Grijalva se reunió de nuevo con sus pilotos, capitanes y principales. Alaminos le aconsejó dar marcha atrás, convencido de que esas nuevas tierras eran continentales y temiendo que las corrientes los pudieran arrastrar hasta un sitio desde donde no serían capaces de regresar, con el resultado de que morirían de inanición, los víveres ya escaseaban; además, uno de los navíos hacía agua y la gente, a decir de Solís, venía "desabrida y fatigada". Todos estuvieron de acuerdo. Era tiempo de regresar.[45]

[44] Orozco y Berra, *Historia antigua y de la…*, vol. IV, p. 50, declara que este río de Canoas corresponde a la boca del río Tanhuijó, que comunica al Golfo de México con la laguna de Tamiahua, cerca de la actual población de Tamiahua; esto daría más sentido a la existencia, más adelante, de la punta que no pudieron cruzar, que sería la de Cabo Rojo. Por su parte, Bernal Díaz, López de Gómara, Las Casas y Landa, entre otros, afirman que Grijalva llegó hasta la provincia de Pánuco, por lo que podría identificarse el río Canoas con el Pánuco, que desemboca al mar en el actual puerto de Tampico, *Cfr*. Gurría Lacroix, *Itinerario de Hernán Cortés*, p. 40. H. Thomas, *La conquista…*, p. 145, identifica el río Canoas, sin decir en qué basa su opinión, con el río Cazones, mucho más al sur.

[45] Sepúlveda afirma que ya llevaban recorridos cerca de dos millones de pasos, es decir 500 leguas, desde Santiago de Cuba, véase *Historia del Nuevo Mundo,* lib. II, pp. 91-92.

Lo hicieron costeando por la misma ruta. Desembarcaban de vez en cuando para reabastecerse de agua y de leña. Las corrientes marítimas les fueron propicias y el viernes 9 de julio estaban a la altura del río Coatzacoalcos. En esa ocasión tampoco pudieron entrar por él, a causa de que el clima les fue adverso.

Siguieron adelante y esta vez lograron penetrar por el siguiente río, el San Antón (río Tonalá). Necesitaban de nuevo agua y leña y la encontraron en abundancia. Pasaron allí tres días esperando que mejoraran las condiciones climáticas, distrayéndose con unos pocos indígenas que fueron a comerciar con ellos.

Se hicieron a la vela de nuevo el viernes 16, zarpando primero el navío más pequeño, siguiéndole la nave capitana, que no pudo tomar bien el paso de la barra y golpeó con la quilla en unos bajíos, rompiéndosele algunas tablas del casco, por lo que al salir a mar abierto empezó a hacer agua. Tuvieron que llevarla de nuevo al río, remolcándola con los bateles, y desembarcar su tripulación y su carga, también por medio de los bateles, para repararla. Como la tarea llevaría algún tiempo improvisaron en la orilla algunos abrigos hechos con ramas. No muy lejos estaba una población indígena a la que Grijalva prohibió ir a sus hombres. Para colmo de males durante la noche los navíos se golpearon entre sí, rompiéndose algunos aparejos.

Desde la ribera opuesta los nativos los observaban. Algunos se sangraron la lengua y escupían al suelo; otros llevaban hachas de cobre, tan pequeñas que parecían más bien de adorno, con los mangos pintados, pero tan pulidas que relucían al sol. Algunos españoles, engañados por su perenne monomanía, creyeron que estaban hechas de oro bajo, por lo que fueron hasta la otra orilla y "rescataron" varias de estas hachas (según dice Bernal en unos tres días juntaron hasta 600. López de Gómara y Las Casas, menos exagerados, ha-

blan de tan sólo tres o cuatro decenas), a cambio les dieron las usuales baratijas y cuentas de vidrio.

Poco después los nativos, tal vez agotada su reserva de hachas de "oro", empezaron a llevarles mantas de algodón y comida. Pronto corrió la voz por la región acerca de la presencia de estos estrafalarios seres nunca antes vistos, que daban objetos valiosos a cambio de cualquier cosa brillante, empezaron a llegar indígenas desde Coatzacoalcos y otros pueblos comarcanos a comerciar con los extranjeros con joyas "de nonada", según Bernal Díaz. Fernández de Oviedo comenta que tenían las orejas marcadas por cortaduras recientes, por lo que aún les corría la sangre por el rostro.

A los taínos cubanos, que habían traído con ellos para su servicio, se les encargó recolectar frutas. Encontraron algunas piñas (originarias de México); "no hay melón ni otra fruta de las nuestras que se le iguale", dice Las Casas, así como zapotes, "fruta digna de presentarse a los reyes", sentencia el fraile. Los taínos fueron hasta el poblado de Tonalá, siendo bien recibidos por los nativos, que les dieron varios guajolotes para que los llevasen a sus amos.[46]

Los españoles, lejos de apreciar y agradecer la hospitalidad nativa, urdían maneras de hacerse de oro lo más económicamente posible. Un cierto Bartolomé Pardo, viendo un adoratorio sobre la cima de un cerro se dirigió a él y encontró en su interior varios ídolos, copal, cuchillos de pedernal, y en una caja de madera algunas figuras hechas de oro, diademas, collares, dos ídolos y cuentas huecas; el oro se lo quedó, mientras que el resto de los objetos se los entregó a Grijalva.

[46] Dice Fernández de Oviedo, *Historia genera y natural…*, vol. II, lib. XVII, cap. XVI, al que sigue Orozco y Berra, *Historia antigua y de la...*, vol. IV, p. 51, que aquí escaparon los intérpretes Julián y Pedro Barba; sin embargo, Cortés reportó la muerte de Julián como ocurrida en Cuba.

Volvieron a pedir al capitán que poblara. Harto del asunto tantas veces discutido, Grijalva mandó pregonar que nadie osara hablar más del asunto, bajo ciertas penas que estipuló. El domingo 18 celebraron misa.

En este punto de su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Bernal Díaz escribió, y tachó posteriormente, que buscando un lugar donde pudiera estar libre de los molestos mosquitos, posiblemente a fin de dormir la siesta, se refugió bajo la sombra de un templo; como traía unas semillas de naranja desde Cuba y pensaba que tal vez Grijalva accediera a colonizar, las sembró. Una vez nacidas, los sacerdotes nativos se ocuparon de regarlas y de cuidarlas hasta que crecieron, seguramente curiosos por saber qué tipo de plantas eran, cosa que supieron los españoles posteriormente, cuando fueron a poblar en Coatzacoalcos, tras la conquista de México-Tenochtitlan. Si esto es verdad, Bernal debe considerarse como el introductor de los naranjos en México.

En esos días vieron de cerca un sacrificio humano: una canoa atracó en la margen opuesta del río, varios nativos sacaron de ella a un joven y le sacaron el corazón frente a un ídolo.[47]

Tras reparar los daños se hicieron a la mar el martes 20 de julio. Volvieron a sufrir los embates del mal tiempo y perdieron la orientación durante muchos días, hasta que el martes 17 de agosto de nuevo vieron tierra. Al parecer estaban en algún punto entre el río Grijalva y Puerto Deseado. Nombraron al sitio puerto de Términos. Como el agua escaseaba desembarcaron para buscarla, encontrándola en unos jagüeyes. En el lugar había gran cantidad de animales de caza y muchos

[47] Afirma H. Thomas, *La conquista…*, pp. 145-146 que los españoles vieron cómo los nativos hacían este sacrificio "en la cima de una pirámide local", no he podido encontrar su fuente, ni es creíble que hubiese pirámides en ese sitio.

peces que aprovecharon para hacerse de buena pesca y salarla; de vez en cuando veían pasar algunas canoas.

Entre unos árboles encontraron un idolillo hecho de oro y muchos de barro, algunos de los cuales supuestamente representaban escenas homosexuales. Uno tenía el miembro asido con ambas manos, por lo que les pareció que estaba circunciso (tal vez esto originó el comentario de Pedro Mártir al respecto). Finalmente zarparon el domingo 25 de agosto. Grijalva, escuchando las voces de quienes deseaban vengar las afrentas recibidas a manos de los nativos de Champotón, les prometió que desembarcarían en ese sitio, por lo que debían tener los ánimos y las armas listas, "aunque —escribe Juan Díaz— estábamos flacos por la mala navegación y poca comida".

No fue sino hasta la tarde del 1 de septiembre que llegaron al lugar. La nave capitana ancló a unas dos leguas de la costa, la otra a una legua, y la menor a media; no se atrevían a acercarse más pues el mar menguaba mucho y podía dejarlos varados. Ese mismo día Grijalva ordenó que pasara parte de la gente a la nave más pequeña, la más cercana a tierra, para desembarcar amaneciendo, "al cuarto del alba". Entre el navío y la costa estaba un farallón o isleta, sobre el cual se levantaba una blanca construcción.

Si es que los españoles pretendían lanzar un ataque por sorpresa, el tañer de los tambores y el sonido de las caracolas durante la noche les indicó que los indígenas estaban enterados de su presencia. Grijalva y sus hombres desembarcaron en la isleta antes de la salida del sol, con artillería ligera y los pocos ballesteros y escopeteros con que contaban. Los nativos se presentaron a bordo de sus canoas y atacaron enseguida. Algunos disparos de la artillería los hicieron darse a la fuga.

Desde la isleta se veía el poblado de Champotón, protegido por palizadas, desde donde los indígenas lanzaban gritos y silbidos desafiantes, acompañados de ademanes y movimientos amenazadores. Grijalva consultó con sus hombres el camino

a tomar; él deseaba combatir, dijo, pero guardando las ordenanzas que había pregonado. Los soldados manifestaron que si iban sería para vengar a sus muertos, quemarían el pueblo y no dejarían a nadie con vida. Grijalva se negó a tales extremos que podrían poner en peligro la expedición. Decidió que se reembarcaran. Mientras lo hacían, los aguerridos nativos se metían en el mar hasta la cintura, disparando flechas.

El siguiente punto que tocaron, el domingo 5 de septiembre, fue el pueblo de Lázaro. Desembarcaron para aprovisionarse de agua y leña, y si era posible también de víveres, de los que seguían escasos. De allí en adelante no conocían la costa ni estaban seguros de poder conseguirlos. Bajaron de los navíos unos cuatro cañones y los ballesteros y escopeteros. Al otro día unos nativos desarmados les hicieron señas, mostrándoles la dirección hacia donde debían dirigirse si deseaban tomar agua. Marcharon para allá. A poco andar les indicaron que era más adelante, con la intención de conducirlos a una celada, donde más de 300 guerreros intentaron cercarlos, pero fueron puestos en fuga con algunos disparos de la artillería.

Esa noche durmieron en tierra. Al día siguiente tomaron toda el agua que quisieron y encontraron unas milpas, de las que recolectaron maíz suficiente para la travesía. La flota zarpó el miércoles 8 de septiembre. Según Vázquez de Tapia de aquí en adelante pasaron muchos peligros y trabajos, tanto en mar como en tierra, dando en repetidas ocasiones contra bajíos y peñas en las que se rompía la tablazón de los cascos; sufrieron de hambre y de sed, si intentaban remediarlo bajando a tierra eran atacados, estando a punto de perder sus vidas. Sin embargo, hay que tomar en cuenta que su relación estaba destinada a resaltar sus méritos y servicios, mientras más trabajos hubieran pasado al servicio de la Corona, más esperanzas tendrían de recibir alguna recompensa.

Al ir costeando el litoral yucateco el clima no les fue favorable. Por la tarde del sábado 11 avistaron tierra, cuyas costas parecían tener poco fondo, por lo que se mantuvieron apartados durante la noche. Al día siguiente se acercaron. Alaminos dictaminó que se trataba de los arrecifes de alguna nueva isla. Poco más adelante desembarcaron en un sitio al que nombraron el Palmar, más allá de un río al que mencionan como de Lagartos, situado en el norte de la península de Yucatán (actual estero o río Lagartos).[48]

Prosiguieron costeando hasta el martes 21, día en que llegaron a un sitio que, según Fernández de Oviedo, los indígenas llamaban *Comi*,[49] desde donde decidieron emprender la travesía hacia Cuba a pesar de que tenían poca agua y el tiempo no era propicio.

Mientras tanto, Diego Velázquez, preocupado por la falta de noticias de Grijalva y temiendo pudiera haber sufrido algún mal percance, equipó una nave para enviarla en su busca. Nombró como capitán de ella a Cristóbal de Olid, andaluz originario de Baeza o de Linares, hombre de gran estatura, se distinguirá como excelente soldado en la conquista de México-Tenochtitlan.

Una vez llegado a Cozumel volvió a tomar posesión de la isla, sin tener manera de saber que ya lo había hecho Grijalva. Costeó el litoral de Yucatán por la orilla norte, y al parecer llegó hasta Puerto Deseado,[50] donde les sorprendió un

48 Sobre estos arrecifes comenta Orozco y Berra, *Historia antigua y de la...*, vol. IV, p. 51, que tal vez se trate de los bajos de Sisal, y que el río Lagartos es más bien una entrada que hace el mar en la laguna de Lagartos o de Mursinic.

49 Orozco y Berra, *Ibid.*, vol. IV, p. 52, afirma que se trata de las bocas de Conil, en Cabo Catoche.

50 *Cfr*. Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 49. Según Fernández de Oviedo, Olid llegó hasta un puerto situado entre Yucatán y Puerto Deseado. Tanto Bernal Díaz como López de Gómara afirman que Olid regresó a Cuba desde Yucatán.

fuerte temporal estando anclados. Tuvieron que cortar las amarras, perdiendo las anclas, por lo que, para evitar males mayores, decidió regresar.

Poco después llegó a Cuba la San Sebastián al mando de Pedro de Alvarado, que había zarpado de San Juan de Ulúa desde el 24 de junio. La ansiedad de Velázquez se transmutó en alegría al ver la materialización concreta de sus mayores ambiciones en el oro "rescatado" que Alvarado traía consigo y con sus noticias.

Dice Bernal que varios españoles de la isla, estando en compañía de Velázquez, quedaron muy asombrados ante las muestras de riqueza de las nuevas tierras. Pedro de Alvarado, gran conversador, supo contarles sus aventuras con detalle, tal vez exagerándolas, de tal modo que "dizque no hacía Velázquez sino abrazarle, y en ocho días tener gran regocijo y jugar cañas. Y si mucha fama tenían antes de ricas tierras, ahora con este oro, se sublimó mucho más en todas las islas y en Castilla". Antonio de Solís comenta que se

> celebró con increíble alborozo la noticia de aquellas grandes tierras [...] miraba el gobernador aquellas riquezas, y no acertaba a creer a sus ojos, volvía a socorrerse de los oídos, preguntando segunda y tercera vez a Pedro de Alvarado lo que le había referido, hallando novedad en lo mismo que acababa de oír.

El gobernador se lamentaba de que Grijalva no hubiera tenido la suficiente perspicacia e iniciativa como para iniciar una colonia, ganándole así la primacía sobre cualquier posible rival. Alvarado y sus compañeros fomentaron su re-

---

Argensola, *Conquista de México,* cap. IV, escribe que Olid llamó Santa Cruz a Cozumel, y asevera que, aunque algunos lo nieguen, Olid se encontró con Grijalva poco después, llegando juntos a Cuba el 3 de octubre, casi al mismo tiempo que Pedro de Alvarado.

sentimiento, buscando seguramente la capitanía de la próxima expedición, quejándose continuamente de la supuesta ineptitud y pusilanimidad de Grijalva, y explotando para su propio beneficio el carácter crédulo de Velázquez, como dice Las Casas. Según el autor anónimo de la *Vida de Cortés* el gobernador se quejaba diciendo: "No debía yo esperar otra cosa de ese necio; justamente pago la pena de mi imprudencia, ya que lo envié".[51]

Mientras tanto, el miércoles 29 de septiembre la flota de Grijalva avistó tierras cubanas en el Marién; en el día del arcángel San Miguel, según narra Fernández de Oviedo, y el 30 llegaron frente a puerto Carenas (de acuerdo con esta fecha su viaje duró casi cinco meses, habiendo zarpado hacia Yucatán el 1 de mayo).[52] El capitán estaba satisfecho y alegre de haber cumplido con bien su misión, pero sus hombres se encontraban de mal talante porque no quiso poblar. Grijalva desembarcó acompañado de algunos de sus hombres y se dirigió a unas estancias de San Cristóbal a fin de informarse sobre la suerte corrida por el navío de Pedro de Alvarado. Le comunicaron que había llegado con bien, aunque no sin dificultades.

Esa noche Grijalva pernoctó en tierra. Al día siguiente quiso volver a embarcarse, pero se encontró con que sus navíos habían desaparecido, pensando que tal vez la corriente los había obligado a partir los buscó a bordo de su batel todo ese día y la noche siguiente, sin encontrarlos. El sábado 2

51 En el interrogatorio general del juicio de residencia de Cortés, la pregunta núm. 18 versa sobre si los testigos saben que Velázquez recibió gran pena de que Grijalva no poblase, y que dijo públicamente que eso se merecía "por haber enviado un bobo por capitán, e gastado con él su facienda". DC, II, p. 225.

52 López de Gómara dice que Grijalva llegó a Cuba cinco meses después de su partida; Sepúlveda, que arribó a Santiago sobre las calendas de noviembre, es decir el día primero; Antonio de Solís, que el 15 de noviembre.

de octubre por la mañana llegó al puerto de Xaruco (San Cristóbal de la Habana), donde preguntó si habían visto a los navíos, respondieron que no; finalmente los encontró un poco más lejos, frente a Chipiona, una estancia de Diego Velázquez. Fernández de Oviedo no ofrece explicación alguna de tal comportamiento, Las Casas relata que en San Cristóbal entregaron a Grijalva una carta de Velázquez en la que le ordenaba darse prisa para llegar a Santiago, donde él estaba, e hiciera saber a su gente que, los que así lo desearan, esperaran en La Habana a la nueva flota que estaba a punto de enviar para poblar en la "tierra e isla Rica de Yucatán", serían proveídos de alimentos en una hacienda o estancia que tenía por esa región.

Los demás cronistas muy poco se preocuparon de lo sucedido a Grijalva luego de su llegada a Cuba. Fernández de Oviedo continúa relatando que en Chipiona el capitán volvió a embarcarse en su flota, sufriendo tan mal tiempo que el lunes 4 de octubre, como su gente iba muy cansada, ordenó anclar al atardecer frente a Xaruco (San Cristóbal de la Habana, en el oeste de la isla), donde al día siguiente desembarcaron y la mayoría se marchó a sus respectivos lugares de origen, siguiendo sólo unos pocos con Grijalva que se adelantó a bordo de la Santa María de los Remedios a Matanzas, adonde llegó el 8 de octubre.[53]

[53] Según Miralles, la fecha de 8 de octubre que da Fernández de Oviedo para la llegada de Grijalva a Matanzas no encaja, pues entonces Velázquez sabría de ello antes de que capitulara con Cortés, "lo cual, desde luego, carece de sentido", véase *Hernán Cortés, inventor de México*, p. 79. Benito Martín, el enviado de Diego a España, partió efectivamente antes de que llegara Grijalva. Según Herrera, la capitulación que consiguió con el Consejo de Indias fue hecha en Barcelona el 13 de noviembre de 1518, pero esta llegó tras la partida de Cortés; en cuanto a las Instrucciones dadas por Velázquez a Cortés, tienen fecha de 23 de octubre de 1518; si es a esto a lo que Miralles llama "capitular" con Cortés, tendría que suceder tras el arribo de Grijalva, que no

Allí encontró a Cristóbal de Olid, quien dijo haber llegado unos ocho días antes. Grijalva se ocupaba en aprovisionarse para llegar hasta Santiago cuando le entregaron la carta que Las Casas menciona como recibida en San Cristóbal, con el contenido ya dicho.

Grijalva partió de Matanzas acompañado de sus capitanes y de Cristóbal de Olid, que iba en su propio navío. El mal tiempo seguía, por lo que hicieron varios días de navegación antes de llegar a Santiago de Cuba. Diego Velázquez se alegró al ver el oro que traían; sumado al de Alvarado se sacó el quinto real y el resto se repartió entre los participantes, de acuerdo con lo estipulado.[54]

Las famosas hachas de Tonalá fueron motivo de risas y burlas, al sacarlas de las bodegas de los navíos se dieron cuenta de que eran de cobre, estando ya enmohecidas. Los otros dos capitanes, Montejo y Ávila, sin duda advertidos por Alvarado de cómo soplaban los vientos, se dedicaron a hablar mal de Grijalva a Velázquez. El gobernador, dice Las Casas, seguía quejándose de la actuación de su sobrino y

> dióle pocas gracias por lo que había trabajado y el oro que con Alvarado le había enviado y por lo que también él traía, antes riñó mucho con él, afrentándolo de palabra [...] porque no había quebrantado su instrucción y mandamiento en poblar

---

se puede posponer hasta estas fechas. Cortés zarpó de Santiago el 18 de noviembre de 1518, ya para entonces Grijalva y Velázquez habían hablado en persona hacía algún tiempo. En el interrogatorio general que mandó hacer Cortés, afirma que supo de la llegada de Grijalva a Cuba cuando él se encontraba en Macaca, hacia fines de noviembre, DC, II, p. 227.

54 Según López de Gómara, cuando Grijalva llegó a Santiago, Velázquez se negó a recibirlo, "que fue su merecido". En su *Historia general de las Indias*, II. p. 18, el cronista proporciona una detallada lista de dos páginas y media de los artículos que "rescató" Grijalva.

> en la tierra... Todo esto me refirió a mí el mismo Grijalva en la ciudad de Sancto Domingo [en el año de 1523], viniendo perdido y con harta necesidad.[55]

De nada sirvió que Grijalva pusiera ante los ojos de su tío las instrucciones que éste le había dado; su obediencia fue tomada como una grave falta. Velázquez decía públicamente que muy pronto encontraría otro capitán con más carácter para ponerlo al frente de la nueva expedición que ya preparaba.

Cortés escribió más tarde a Carlos V que Grijalva anduvo por la costa

> sin saltar en tierra ni ver cosa alguna, excepto aquello que desde la mar se parecía; y desde allí se comenzó a volver para la isla Fernardina, y nunca más vio cosa alguna de la tierra que de contar fuese. Por lo cual vuestras reales altezas pueden creer que todas las relaciones que desta tierra se les han hecho no han podido ser ciertas, pues no supieron los secretos della más de lo que por sus voluntades han querido escribir.

Grijalva envió una misiva al rey, notificándole cómo había descubierto una nueva isla llamada Ulúa, habitada por "gente de harta policía" que adoraban una cruz de mármol alta y blanca que tenía sobre ella una corona de oro, y que decían que en ella había muerto "uno más lucido y resplandeciente que el sol", todos estaban circuncidados, "por donde se sospecha que cerca se encuentren moros y judíos". Con el comentario sobre esta carta el clérigo Juan Díaz pone punto

[55] Alonso de Navarrete refirió en el juicio de residencia de Cortés cómo Velázquez maltrató en público a Grijalva, AGI, Justicia, leg. 223, p. 2, f. 424v [741].

final a su *Itinerario de la armada del rey católico a la isla de Yucatán, en la India, el año de 1518*.

Sin duda Grijalva sufrió una gran injusticia a manos de su tío el gobernador, tras haberse apegado a sus instrucciones aun a riesgo de malquistarse con sus hombres, tras comportarse en todas las ocasiones con ejemplar prudencia, sin provocar a los indígenas, sino al contrario estableciendo buenas relaciones, preparando así el camino a Hernán Cortés. Velázquez lo ignoró y Cortés se expresó mal de él para aumentar su propia gloria. Había explorado un gran tramo de las costas del Golfo de México, yendo mucho más lejos que Hernández de Córdoba, y, más importante aún para España, llevó a Cuba las primeras noticias certeras de la existencia del rico y poderoso reino de Motecuhzoma.

El destino del desafortunado Grijalva fue triste y tal vez inmerecido; desilusionado ante las reprimendas de su tío partió al Darién, donde "desgobernaba" Pedrarias Dávila, a decir de Las Casas. El gobernador lo envió al poblado de Villa Hermosa, en Nicaragua, recientemente fundado por Benito Hurtado. Los indígenas se levantaron en armas y en una batalla en el valle de Ulanche murieron Juan de Grijalva, Benito Hurtado y varios españoles más. Fray Bartolomé de las Casas escribió un hiriente epitafio, diciendo que con su muerte "pagó los males que allí hacía [...] y el alma sabe Dios por aquella causa en que paró"; afirma el fraile que Dios tenía muchos motivos para castigarle, como las masacres en que había participado en La Española, sobre todo en Xaragua, y el haberse hecho rico con la sangre de los indígenas de Cuba; aunque, agrega el fraile, a modo de descargo, "siempre le cognosci para con los indios piadoso y moderado".[56]

[56] J. Díaz, *op. cit.*; Cortés, *op. cit.*; Mártir, *op. cit.*, IV dec., lib. IV; Fernández de Oviedo, *op. cit.*, vol. II, lib. XVII, caps. XVI-XVIII; López de Gómara, *op. cit.*, I, p. 84, y II, p. 18; Vázquez de Tapia, *op. cit.*, pp. 26-27; *Vida de Cortés*; Landa, *op. cit.*, cap. III; Sepúlveda, *op. cit.*, lib. II, pp. 91-92; Las

En México la memoria de Juan de Grijalva subsiste en el río que bautizaron con su nombre y la expedición que comandó tendrá grandes y duraderas consecuencias para el futuro de nuestro país; su nombre será más bien olvidado y opacado por las proezas de Hernán Cortés.

Casas, *op. cit.*, vol. III, lib. III. caps. CXIII-CXIV; Cervantes Salazar, *op. cit.*, lib. II, cap. XI; Bernal Díaz, *op. cit.*, caps. XV-XVI; Herrera, *op. cit.*, III, déc. II, lib. II, cap. X.

CAPÍTULO V

Los temores de Motecuhzoma

¿En qué nos avaloras, oh dios?
Así vivimos y así también morimos.
¿Adónde vamos a perdernos nosotros tus vasallos?
¿Dónde iremos al fin?
Lloro, pues cuando sientes hastío, dador de vida,
las esmeraldas se quiebran, las plumas finas se desgarran.
Tú te estás mofando: ¡nada somos, en nada nos estimas,
nos destruyes aquí!

Anónimo tlaxcalteca[1]

Mientras los españoles descubrían las ricas tierras que en un futuro serán parte de México y se preparaban para explotarlas, varias crónicas mencionan que entre los habitantes del interior del territorio corrían rumores cada vez más frecuentes y alarmantes sobre los extraños seres blancos llegados a las costas. Es probable que hayan empezado a circular a partir de la expedición de Francisco Hernández de Córdoba, o incluso antes, sobre todo entre los pueblos mayas, aunque quizás también entre los demás de las costas del Golfo y de la Meseta Central. Siendo los pochtecas los principales agentes de transmisión de tales noticias, debido

1 Ángel María Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, vol. I, p. 194.

a su gran movilidad y a sus contactos con comerciantes de diversas regiones. Hipótesis que confirma Alva Ixtlilxóchitl al narrar cómo algunos de ellos, que habían estado en las ferias comerciales de Xicalango, Ulúa y Champotón, esparcieron, a lo largo de sus recorridos, las novedades sobre la llegada de la flota española.

Seguramente las noticias llegaron a los oídos del huey tlatoani mexica, Motecuhzoma Xocoyotzin, tal vez aumentadas y exageradas, como suele suceder al transmitirse cualquier rumor de boca en boca. Como la expedición de Hernández de Córdoba no había llegado hasta las costas donde la influencia y el poder de la Triple Alianza eran manifiestos, es posible que Motecuhzoma no tuviera manera de investigar más a fondo lo que en realidad ocurría.

La zozobra que se dice habían despertado en él los agüeros y pronósticos sobre la llegada de seres provenientes del oriente debió verse incrementada con los rumores de que ya estaban cerca. Esta irrupción repentina de lo desconocido, de lo insólito, de lo misterioso, de lo "otro", en su mundo cerrado, para la que tal vez no había otra explicación que la de carácter divino y sobrenatural, podría hacerle pensar que la consumación de las predicciones y presagios era inminente. Según fray Diego Durán: "Andaba Motecuhzoma tan desosegado que no se podía quietar su corazón y en parte deseaba que se cumpliese ya lo que le tenían profetizado, para poderse quietar".

Seguiré por el momento lo que mencionan varias crónicas; más adelante habrá que cuestionar la posible verdad o falacia que contienen.

La mayoría de las culturas humanas, si no todas, han tenido la creencia de que los dioses suelen comunicarse con los seres humanos por medio de los sueños, y los mexicas no eran la excepción. Si estos acontecimientos entraban en el terreno de lo religioso, Motecuhzoma acudiría a él en busca de consejo; ordenó llevar a su presencia a todos los *calpix-*

ques de México-Tenochtitlan (funcionarios gubernamentales encargados de velar por el buen funcionamiento de los diversos barrios de la ciudad). Les preguntó si habían tenido algún sueño referente a la llegada de gentes extrañas a su reino, o sobre algún raro acontecimiento futuro, o si habían visto algún agüero, visión, o fantasma, u oído algún extraño lloro o gemido. La respuesta fue negativa.

El soberano mandó a los calpixques hacer esas mismas preguntas a los ancianos de sus respectivos barrios. De la encuesta resultó que varios de ellos habían soñado con algunas catástrofes y prodigios. El monarca ordenó llevarlos ante él. Los viejos le narraron sus sueños. En uno de ellos el templo de Huitzilopochtli era consumido por las llamas, sus piedras esparcidas y la imagen del dios derribada por tierra. Las ancianas soñaron que las aguas de un gran río penetraban por las puertas de los palacios reales y los derribaban, al igual que los templos de la ciudad, mientras los señores y principales huían asustados a las montañas. Motecuhzoma, enfurecido con estos trágicos sueños, ordenó que arrojaran a los ancianos en prisión y fueran escasamente alimentados hasta que murieran de inanición.

Como consecuencia de este drástico castigo, algunos de los sacerdotes que habían tenido sueños parecidos ya no se atrevieron a comunicárselos a Motecuhzoma. El soberano, extrañado de su silencio, pues a ellos, por su naturaleza sacerdotal, deberían llegar con más frecuencia los mensajes divinos, los mandó llamar y les dio 15 días para que cumplieran con su obligación. Llegado el plazo insistieron en su silencio, y Motecuhzoma ordenó encerrarlos en jaulas de madera y dejarlos en ellas hasta que murieran de hambre; sin embargo, movido por las súplicas llorosas de los religiosos, pidiéndole que los matara de una vez, los perdonó, imponiéndoles como condición permanecer en un salón de palacio hasta en tanto dispusiera otra cosa.

Como la gente de su ciudad ya no quería decirle nada sobre sus sueños o visiones, Motecuhzoma mandó llamar a los principales de las provincias sojuzgadas. Acudieron con rapidez a su llamado.

Les ordenó buscar en sus respectivos dominios a todos los hechiceros y adivinos que encontraran y enviarlos a Tenochtitlan. Fueron llegando en buen número. Interrogados por el tlatoani respondieron, atemorizados ante la posibilidad de ser castigados, que no sabían nada. El hecho de que el monarca acudiera a hechiceros foráneos, y los conflictos con los de su propia ciudad, tal vez indique algo más de fondo: una división del grupo en el poder, un distanciamiento entre el tlatoani y los sacerdotes.

La ira del monarca estalló de nuevo. Motecuhzoma, furioso, les recriminó, puesto que su oficio era saber las cosas por venir y no las sabían, eran sólo unos embusteros y mentirosos. Mandó encarcelarlos. Sorprendentemente, los adivinos y hechiceros rieron en vez de apesadumbrarse. Informado, el soberano mandó decirles que si le comunicaban sus sueños y visiones del porvenir quedarían libres. Respondieron que ya todo estaba dicho, pero ya que insistía debía saber que pronto sucedería un misterio muy grande: caería sobre su cabeza algo tan prodigioso y admirable como no se había visto nunca antes, pues ya estaban en camino aquellos que vengarían las injurias y trabajos que la soberbia del tlatoani había impuesto sobre sus súbditos.

Motecuhzoma, deseoso de saber más, admirado de que lo dicho por los hechiceros coincidiera con ciertas advertencias de Nezahualpilli, reprimió su ira y ordenó preguntarles qué clase de gente sería la que vendría, por dónde llegarían y cuáles eran sus intenciones. Los mensajeros encontraron que las celdas donde habían arrojado a los adivinos estaban vacías, aunque las cerraduras permanecían intactas. El tlatoani mandó derribar las casas de los hechiceros, matar a sus

familias y, si acaso fueran vistos, los apedrearan y arrojaran a las bestias. Los enviados echaron sogas a los cuellos de las mujeres e hijos de los adivinos fugados y los arrastraron por las calles, pero los videntes nunca aparecieron, a pesar de que fueron buscados con gran diligencia.[2] "Desde ese día —escribe Durán— reinó en el corazón de Motecuhzoma tanta tristeza y aflicción que jamás le veían el rostro alegre, antes huyendo de toda conversación se encerraba en su recogimiento y secreto".

Diversas crónicas narran que mientras más se acercaba la llegada de los españoles, más frecuentes y directas eran las señales que recibían Motecuhzoma y los suyos sobre tal acontecimiento.

Tezozómoc nos narra otro presagio: poco antes de la llegada a las costas veracruzanas de la flota de Juan de Grijalva, Motecuhzoma recibió la visita de un campesino o *macehual* de Coatepec que fue a contarle cómo, encontrándose un día muy tranquilo en medio de sus sembradíos, fue to-

[2] Uno de estos hechiceros, conocido como Martín Ocelotl, fue desde Puebla, en compañía de otros nueve colegas suyos, a ver a Motecuhzoma, con el fin de comunicarle algunos presagios que habían visto. Motecuhzoma los encarceló y languidecieron en su prisión durante un año y 12 días, hasta que el soberano mexica ordenó su liberación. Después de la Conquista, Martín Ocelotl contaba que Motecuhzoma había mandado que lo cortasen en pedazos, pues se había atrevido a advertirle que su reinado se encontraba próximo a su fin gracias a sus artes mágicas sobrevivió, logrando unir sus cercenados miembros. Su fama de brujo lo llevó finalmente a ser acusado ante la Inquisición, que lo condenó a cabalgar sobre una mula por las calles de la ciudad mientras un pregonero proclamaba los cargos en su contra; sus propiedades fueron embargadas y vendidas. Finalmente fue embarcado en Veracruz hacia España, pero el navío desapareció en alta mar y nunca más se supo de Martín Ocelotl. *Cfr*. Fray Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, libro 2, cap. 19; y D. Sweet y G. Nash, *Lucha por la supervivencia en la América colonial*, pp. 137-146. Mi novela *Ocelotl* toma como trama estos sucesos. Editorial Random House Mondadori (Grijalbo), julio 2013.

mado repentinamente de los cabellos por las garras de un águila enorme que lo elevó hacia el cielo; volaban a tal altura que casi se perdieron de vista. El águila lo llevó hasta una oscura gruta situada en lo alto de una montaña. Una vez ahí dijo: "—Poderosísimo señor, ya traje por quien me enviaste". El campesino sintió que lo tomaban de la mano y lo llevaban hasta un aposento claro, donde escuchó una voz que le preguntaba: "—¿Conoces a ese que está ahí delante tendido?". Vio frente a él a un hombre dormido que parecía estar borracho, llevaba en las manos algunas flores, insignias reales y un incensario. La voz le comunicó que se trataba del gran soberano Motecuhzoma, quien yacía embriagado y adormecido por su soberbia; ya estaba llegando el tiempo en que debería pagar todas sus tiranías, mas el monarca estaba tan ciego que no sentía ni quería ver nada. Como prueba de su insensibilidad la voz ordenó al campesino que le quemara el muslo con el incensario, el labrador así lo hizo a pesar del gran temor que sentía por despertar la ira del poderoso monarca que ni siquiera se movió. Enseguida la voz le ordenó ir y contarle al tlatoani mexica lo que había visto y le dijera cómo tenía enojado al dios de todo lo creado, que él mismo se había buscado el mal que le venía, y haría bien en gozar el poco tiempo que le quedaba, pues su mandato estaba por terminar. Como prueba de la veracidad de su narración el campesino pediría al soberano que se examinara el muslo. El águila lo regresó a sus sembradíos. El campesino sintió como si despertara de un sueño; aún tenía su coa en la mano.

Con gran temor se dirigió a ver al monarca, quien, al escucharlo recordó cómo, la noche anterior, había soñado que un hombre vil le quemaba el muslo, se lo miró, y en efecto tenía en él una quemadura que en ese momento le empezó a doler. El tlatoani quedó tristísimo y desconsolado. Por supuesto ordenó arrojar al agricultor a la cárcel, donde, según dice fray Diego Durán, fue olvidado. Alvarado Tezozó-

moc asevera que Motecuhzoma mandó que lo apedrearan, o que tapiaran su celda, dejándolo morir dentro. El soberano permaneció encamado por cuatro días, atendido por sus mujeres, pues era grande el dolor que sentía en el muslo. Es conveniente recordar que el águila está muy ligada a los mexicas y a Huitzilopochtli, a veces es incluso una manifestación de este dios, y Coatepec era el nombre del cerro donde dicha divinidad nació.

Para ese tiempo "era el sosiego de Motecuhzoma tan poco y traía tan sobresaltado el corazón", según dice Durán, que intentó una última y desesperada solución: huir, refugiarse en un sitio donde jamás fuera hallado. Para ello escogió el *Cincalco*, "La casa del maíz".[3] Alvarado Tezozómoc narra este episodio más detalladamente: el tlatoani dijo a sus servidores "si allá entramos jamás moriremos, sino vivir para siempre, a donde hay cuantos géneros de comida hay en el mundo, bebidas y todo género de rosas, y todo género de árboles frutales, porque todos los moradores que allá están, se hallan los más contentos del mundo", lo cual lo hace sonar realmente atractivo.

Para ser admitido en *Cincalco* Motecuhzoma debía contar con la aprobación de Huémac, "El que tiene las manos grandes", señor de ese sitio, y último soberano que había gobernado en Tula (*Tollan*) hacía mucho tiempo. El tlatoani llamó a su presencia a los corcovados y enanos que solían tener a su servicio los soberanos mexicas y les comunicó su plan. Les preguntó si deseaban irse con él, lo cual mucho les agradecería. Respondieron que estaban para servirle. Motecuhzoma les

[3] *Cincalco*: "Casas de Cintli", dios del maíz, la "Casa-del-Maíz-Mazorca", del maíz divinizado, situada en el occidente del mundo. Según algunas versiones se trataba de un lugar paradisiaco, de frescas y cristalinas aguas, fértil, con abundancia de flores, árboles, frutas, manjares y bebidas, donde los hombres no morían. De acuerdo con otras fuentes era un sitio de tinieblas, de penas y de trabajos.

hizo jurar que guardarían absoluto secreto, so pena de ser quemados vivos junto con sus familias.

El monarca escogió a dos de los corcovados para enviarlos a Huémac, como embajadores a presentar su solicitud de asilo; mandó desollar a 10 hombres para que sus pieles sirvieran de obsequio al señor del inframundo. Instruyó cuidadosamente a los corcovados: debían rogar a Huémac que se dignara acoger en su servicio al tlatoani mexica, así fuera tan sólo como humilde barrendero, y les indicó qué camino seguir para llegar a *Cincalco*; entrarían al mundo subterráneo por una gruta en Atlixuacan, situada entre México-Tenochtitlan y Coyoacán.

Los corcovados, tras penetrar en la gruta, hallaron cuatro caminos divergentes; al parecer Motecuhzoma no sabía de ello, pues nada les había dicho de su existencia. Decidieron proseguir por el que bajaba. No habían andado mucho cuando encontraron un anciano pintado de negro, con un bastón en la mano, que dijo llamarse Totec Chicahua. Ante sus ruegos los tomó de las manos y los condujo ante la presencia de Huémac, quien recibió el regalo y escuchó su petición. Su respuesta fue que dijeran al soberano que Cincalco no era lo que se imaginaba, sino lugar de pena y de aflicción, donde ciertamente no había joyas, ni plumerías ricas, ni elegantes ropajes; por el contrario, sus habitantes pasaban muchos trabajos y pobrezas y no estaban en él por voluntad propia; mejor haría Motecuhzoma en gozar un poco más de tiempo de todo lo que poseía, de ninguna manera podría escapar de lo que ya estaba escrito. Acto seguido los despidió, no sin entregarles algunos chiles, jitomates, elotes y flores de *cempoalxóchitl* como presentes para su señor.

La respuesta de Huémac no fue del agrado de Motecuhzoma, quien creyendo que sus embajadores no habían sabido presentar adecuadamente su petición, mandó que los ejecutaran. Escogió nuevos embajadores y ordenó desollar otros 10 hombres.

Los enviados, provistos de las pieles de los desollados, entraron en la gruta, encontrándose esta vez con uno de los llamados *ixtepetla*, ciego y nativo de ese lugar; tenía las rendijas de los ojos y la boca tan delgadas que más bien parecían la punta de una paja. El *ixtepetla* se ofreció a guiarlos, mas la respuesta de Huémac fue la misma, al igual que la suerte que sufrieron los corcovados a manos del iracundo monarca.

Motecuhzoma decidió que el problema había sido la falta de calidad de sus embajadores, así que cambió de táctica y envió una tercera misión, integrada por dos nobles de Acolhuacan, elegidos de entre los más cercanos al trono, a los que prometió grandes recompensas tanto a ellos como a sus familias, si tenían éxito. Los nobles llevaron más pieles humanas en unos *chiquihuites*; al parecer estas pieles eran las predilectas de Huémac. Una vez en la gruta se toparon con un ser llamado Acuacuauh, quien los condujo ante Huémac.

El señor de Cincalco, ya fuera porque los nobles supieron negociar más adecuadamente con él o porque se estaba cansando de la insistencia de Motecuhzoma, decidió acceder a los ruegos del mexica, pero bajo ciertas condiciones: Motecuhzoma debería hacer penitencia durante 80 días, ayunar, apartarse de sus mujeres y no sentarse en su trono ni usar más que ropajes humildes. Transcurrido ese lapso sus embajadores regresarían a Cincalco por más instrucciones.

Motecuhzoma, no cabiendo en sí de contento, se dispuso a cumplir con la penitencia. Se recluyó por 80 días, pasados los cuales envió a los dos nobles de regreso a Cincalco. Esta vez Huémac aceptó darle refugio y mandó decirle que en cuatro días él iría por la noche al cerro de Chapultepec, desde donde mostraría una señal; en cuanto Motecuhzoma la viera debía embarcarse y dirigirse hacia un lugar llamado *Tlachtonco anepetla*, situado en medio de la laguna, allí lo recogería.

Con gran secrecía el tlatoani dejó en orden los asuntos pendientes. La noche señalada vigiló con gran atención el

cerro de Chapultepec, alcanzando a ver la boca de una cueva tan iluminada que semejaba ser de día. El soberano se aprestó a partir, se engalanó con una piel de desollado, un penacho de plumas, un bezote de esmeralda, orejeras, collares, brazaletes y pulseras de oro, sin olvidar su sonaja. Llevó en su compañía a algunos de sus corcovados y enanos, también ricamente ataviados, y embarcaron rumbo a Tlachtonco.

La versión española del *Códice Florentino* deja ver la mano de los frailes, ya que menciona los sitios donde quiere refugiarse el huey tlatoani de acuerdo con ciertos mitos europeos; en cambio en la traducción de la versión náhuatl de Ángel María Garibay, mucho más precisa, se mencionan sitios como la tierra de Tláloc, el lugar de los muertos, la casa del Sol y la casa de Cintli, más acordes con la mitología nativa.

Sin embargo, el destino tenía reservada otra suerte para Motecuhzoma. Una voz misteriosa despertó a un joven que dormía en un templo, representante transitorio, como era la usanza, de una de las divinidades mexicas. Al abrir los ojos vio una gran claridad, como si fuera de día; la voz le dijo que Motecuhzoma huía de la ciudad y le ordenó darle alcance y amonestarlo por su deseo egoísta y el abandono de sus responsabilidades.

El joven abordó una canoa, remó hacia Tlachtonco, alcanzó al tlatoani y le dijo las palabras que le habían ordenado comunicarle. Motecuhzoma se sintió sumamente avergonzado. Al terminar de hablar el joven, el soberano observó que en Chapultepec había desaparecido la entrada iluminada de la cueva, por lo que, resignado, decidió regresar a México-Tenochtitlan, rehusando mostrarse en público durante cuatro días.[4]

[4] *Códice Ramírez*; Georges Baudot y Tzvetan. Todorov, "Códice Florentino"; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. V, cap. CXVIII; fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. II, caps. LXVII, LXVIII; fray Bernardino de

Poco tiempo después un macegual de Mictlancuauhtla,[5] al que le faltaban las orejas y los dedos pulgares de manos y pies, se encargó de materializar al fin sus temores. Acudió a ver al tlatoani a notificarle que, estando en la orilla del mar, había visto unos grandes cerros moviéndose por la superficie de las aguas, que se desplazaban de una parte a otra sin llegar a la orilla y sobre ellos se veían de vez en cuando seres al parecer humanos. Como era cosa de espanto y asombro, nunca antes vista, el macegual decidió ir en persona a notificarle al tlatoani. El agradecimiento de Motecuhzoma consistió en ordenar que lo arrojaran en prisión, no sin cierto titubeo, pues no le parecía que fuera completamente humano.

Los textos de raíces más puramente indígenas, en los que poco se nota la influencia española, mencionan parcamente que en el año *13-Tochtli* (13-Conejo, correspondiente a nuestro 1518) llegaron los españoles por mar.[6] Pueden complementarse con otros relatos que nos dan alguna idea de la percepción nativa sobre este suceso, como los de los informantes de Sahagún (códices *Florentino* y *Matritense*), fray Juan de Tovar (*Códice Ramírez*), fray Diego Durán, Alvarado Tezozómoc y algunos otros que proporcionan menos detalles, como Muñoz Camargo y Alva Ixtlilxóchitl, aunque algunas de estas crónicas confunden las expediciones de Grijalva y de Cortés, tomándolas como una sola.

Sahagún, *Historia de las cosas de Nueva España*, vol. II, lib. VIII, caps. I, VI; Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, lib. II, cap. I; Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, caps. C, CIII-CVI.

5 El pueblo de Mictlancuauhtla ya no existe; hacia 1580 aparecía con el nombre de Metlangutla en un mapa de la costa veracruzana enviado a Felipe II por el alcalde mayor Álvaro Patiño. *Cfr*. Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 40.

6 *Anales de Tlatelolco*; *Anales de Quauhtinchan* o *Historia Tolteca-Chichimeca*, y *Anales de Cuauhtitlan* o *Códice Chimalpopoca*; este último ofrece un poco más de información.

El *Códice Ramírez* declara que, estando el gran Motecuhzoma

> en tan grave trono y pujanza, habiendo extendido sus reinos en todo este nuevo mundo, haciéndose temer, servir y adorar casi como a un dios; habiendo reinado catorce años con esta prosperidad y pujanza, le vino nueva de cómo habían aparecido en los puertos que tenía, navíos con gente extraña, cual en esta tierra jamás se vieron.

El tlatoani mexica, al tener las primeras inciertas noticias de la expedición de Hernández de Córdoba, y con más seguridad de la proximidad de los navíos de Juan de Grijalva, había ordenado a sus guarniciones costeras en el Golfo (Nauhtlan, Tochtlan, Mictlancuahtla, Cuetlaxtlan) mantener constante vigilancia sobre las aguas del mar y notificarle de inmediato cualquier suceso insólito. Si se trataba de seres humanos, deberían tratar de ponerse en contacto con ellos e investigar quiénes eran, de dónde venían y cuáles eran sus intenciones.

Es de suponer, como ya se dijo más arriba, que el primer contacto concreto entre los españoles de Grijalva y los vigías de Motecuhzoma se dio en el río de Banderas, así llamado por Bernal Díaz, durante la expedición de Juan de Grijalva. Los navíos llegaron a vista de los nativos que les hicieron señales de acercarse, flameando los estandartes blancos. Entre los hombres de Motecuhzoma estaban varios gobernadores de provincia: Pinotl de Cuetlaxtlan, Yaotzin de Mictlancuauhtla, Teozíncatl de Teocinyocan, además de los principales mexicas Tlillancalqui (también conocido como Tentil o Tendile) y Cuitlalpítoc.

A riesgo de ser repetitivo, considerando la importancia de examinar los sucesos siempre que sea posible desde distintos puntos de vista, habrá que hacerlo teniendo en mente

que los relatos de los informantes de Sahagún bien pueden adolecer de parcialidad contra Motecuhzoma, deformando los hechos a fin de minimizar y ridiculizar su figura, además de estar influenciados por los frailes al ser expuestos por sobrevivientes de la facción noble o sacerdotal enemistada con el monarca; algunas razones al respecto se han mencionado, otras se verán más delante.

Intrigados, los españoles desembarcaron. Los indígenas, haciéndose pasar por pochtecas, al no tener instrucciones de su señor para actuar como sus portavoces, dieron a los europeos mantos preciosos, de los que estaban reservados para el uso de Motecuhzoma. El *Códice Florentino* los enumera:

> el que está bordado con un único sol, el que lleva un nudo de turquesas, el que tiene tazas bordadas, el que está adornado con plumas de águila, el que lleva una máscara de serpiente, el que lleva la joya del viento, el que está pintado con sangre de guajolote, el que lleva un huso de agua, el que tiene un espejo humeante.

Una de las cosas que más sorprendieron a los nativos fue el tono de voz desusadamente alto con que hablaban los extranjeros.

Enseguida, los súbditos de Motecuhzoma fueron a México-Tenochtitlan a informar al soberano. Le dijeron: "¡Oh! nuestro señor, mi honorable Hombre Joven [...] allá en donde tus antepasados montan guardia para ti, frente al agua divina, fuimos a ver a nuestros señores, los dioses, en el seno del agua". Le mostraron, pintados sobre lienzos de algodón, los navíos, hombres, perros, caballos, vestidos y utensilios de los recién llegados y le narraron que esos curiosos seres parecían humanos, aunque su casa flotaba en el agua y eran blancos, muy blancos, llevando barbas largas y pobladas; sus

vestidos eran extraños, de todos colores, algunos de un color mugriento, tan feo como la fibra de henequén; la cabeza la tenían tapada, unos con cosas grandes y redondas, a manera de comales pequeños, otros con paños colorados; echaban al agua una gran canoa con la que pescaban durante todo el día, tras lo cual regresaban a su morada acuática.

Motecuhzoma quedó muy pensativo, permaneció gran rato sin proferir palabra, y finalmente les ordenó mantener en absoluto secreto lo que habían visto. Mandó liberar al macegual de los dedos faltantes que había encarcelado, pero encontraron la celda vacía.

Al día siguiente el tlatoani reunió a su consejo para comunicarle estas noticias. Tomó la decisión de enviar nuevamente a la costa al teutlamacazqui Tlillancalqui y a Cuitlalpítoc; partirían en secreto, cargados de valiosos obsequios. Su misión consistiría en averiguar si acaso Quetzalcóatl era el jefe de los extranjeros, o si éstos eran sus enviados. Llevaban órdenes de Motecuhzoma para Pínotl, señor de Cuetlaxtlan, quien debía ocuparse de proveer de alimentos y servicios a los recién llegados. Alvarado Tezozómoc proporciona una lista de los víveres que debían llevarles: tamales calientes, tortillas, frijoles, codornices y aves cocidas y asadas, venados en barbacoa, conejos, chile molido, huevos, pescado, quelites cocidos, anonas, guayabas y chayotes. Los servirían en ollas y en chiquihuites nuevos y hermosos. Observarían con mucha atención si los blancos los comían; en caso afirmativo, y si mostraban satisfacción, podría tratarse de la gente de Quetzalcóatl que ya conocía las comidas de esa tierra. Cabía la posibilidad, si fueran dioses, de que acaso quisieran comerse a los enviados; si así fuese, debían dejarse comer, pues Cuitlalpítoc, como esclavo que era, para eso había sido comprado. Si llegaban a enterarse de que se trataba de Quetzalcóatl o de su gente, llevaban instrucciones de suplicarle que dejaran reinar a

Motecuhzoma hasta el final de su vida y entonces regresar a recuperar su reino.

Los mexicas partieron a Cuetlaxtlan. Allí reunieron gran cantidad de tamemes y comida para llevarla hasta la costa. Al llegar despidieron a los tamemes, para que el encuentro quedara en secreto. Esto debió acontecer en las playas de Chalchiuhcueyecan.

Establecido de nuevo el contacto entre los españoles y los enviados de Motecuhzoma, ofrecieron la comida a los blancos, quienes, desconfiados, pidieron que primero la probaran los indígenas; una vez satisfechos de la buena voluntad de los enviados les correspondieron con bizcochos, tocinos y pedazos de tasajo. Los mexicas guardaron celosamente muestras de todo para mostrarlas al soberano. Los extranjeros los invitaron a subir a sus casas en el agua. Tlillancalqui observó con gran atención las figuras y los dibujos del estandarte, pensando en que tal vez se podría encontrar en ellos alguna clave de la procedencia o naturaleza de los extranjeros. Les dieron a beber vino, lo que los alegró, pareciéndoles una bebida muy buena y suave. Esa noche durmieron en el barco, "porque con el vino que habían bebido, no acertaron a salir de él", comenta Durán.

Los españoles les entregaron algunos presentes para su señor y otros para ellos. La comunicación verbal fue prácticamente nula, aunque los mexicas lograron entender que los extranjeros debían partir, aunque pronto volverían. Observaron cómo zarpaban los navíos, asombrándose de la manera en que las grandes velas eran infladas por el viento y de cómo las naves, al parecer por sí solas, se alejaban por la superficie del mar.

De regreso en México-Tenochtitlan los comisionados narraron a Motecuhzoma con lujo de detalle los acontecimientos, acompañando su relato con lienzos pintados y al parecer incluso con una representación teatral del aspecto

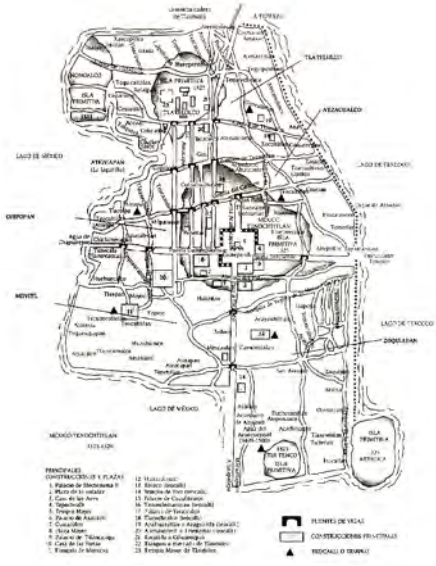
de los extranjeros, vistiéndose con las prendas europeas que les habían dado. Motecuhzoma observó un pedazo de bizcocho, le pareció semejante a un pedazo de tepetate, ordenó que le trajeran un trozo de este material, para compararlo el bizcocho: era más liviano; pidió entonces a algunos de sus corcovados que lo probaran, y les pareció dulce y suave. Él mismo no lo comió por tratarse posiblemente de algo divino y prefirió entregarlo a los sacerdotes, con instrucciones de llevarlo a Tula con gran solemnidad y respeto y enterrarlo en el templo de Quetzalcóatl. El bizcocho fue puesto en una rica jícara dorada, cubierta con mantas, y llevado en procesión hasta *Tollan*, entre el humo perfumado de los incensarios e himnos sagrados dedicados a Quetzalcóatl. Llegados bizcocho y procesión a la ciudad sagrada, el primero fue colocado en un cofre de piedra labrado e incensado nuevamente; varias codornices fueron degolladas en su honor, rociándolo con su sangre. Finalmente fue enterrado al son de tambores y caracolas sagradas.

A Motecuhzoma le pareció extraño que los supuestos dioses no se hubieran comido a sus embajadores; pensó que quizás habrían olvidado esa clase de comida, pues hacía ya más de 300 años que Quetzalcóatl abandonara esas tierras.

Tlillancalqui mostró al tlatoani las cuentas de vidrio que los extranjeros le enviaban como obsequio. Al soberano le parecieron admirables, como cosa venida del cielo; aseguró que él no era digno de usar tales objetos, por lo que fueron puestos en una jícara azul, que ordenó enterrar con las debidas ceremonias en el *Cuauhxicalli* del Templo Mayor a los pies de Huitzilopochtli.

Como recompensa por el buen desempeño de su misión el soberano otorgó la libertad a Cuitlalpítoc y mandó darle, tanto a él como a Tlillancalqui, una buena cantidad de mantas, cargas de cacao y tres esclavos (un varón y dos mujeres).

México-Tenochtitlan



Motecuhzoma ordenó llevar a su presencia al mejor pintor de México-Tenochtitlan y pidió a Tlillancalqui describir a los extranjeros y todos sus objetos, para que el artista los dibujara. Cuando finalizó, el monarca le preguntó si acaso había visto alguna vez, en las pinturas de sus antepasados, algo parecido, y respondió que jamás había visto nada semejante. El tlatoani le ordenó investigar ese asunto entre los demás pintores, muy en secreto, pero no se pudo sacar nada en claro (no eran pintores comunes, pues en la sociedad teocrática de los mexicas los *tlacuilos* eran los encargados de dibujar e interpretar los códices sagrados). Motecuhzoma pidió entonces que le llevaran a los mejores pintores de las provincias. Los de Malinalco le mostraron una pintura que representaba hombres con un solo ojo en la frente, o un único pie de gran tamaño con el que se daban sombra, así como grandes orejas que les servían de frazada, o que tenían la cabeza en

el pecho, otros le mostraron hombres medio peces o medio culebras de la cintura para abajo.[7]

Tlillancalqui recordó que conocía a un pintor de Xochimilco, llamado Quilaztli, experto en las cosas antiguas. Motecuhzoma le ordenó traerlo junto con sus pinturas. Quilaztli contó al soberano una descripción que había escuchado en alguna ocasión, coincidía con lo que Tlillancalqui había visto; estaba profetizado, dijo, que esas gentes blancas poseerían la tierra. Mostró al tlatoani una pintura muy vieja en la que todo eso estaba dibujado. Motecuhzoma "quedó como fuera de sí y empezó a llorar y a angustiarse lo más del mundo", consolándole sólo el pensamiento de que los extraños seres ya habían partido; pero Quilaztli aseguró que pronto volverían, éstos solamente habían venido a descubrir el camino. El monarca pidió a Quilaztli permanecer a su lado por haber sido el único que le había dicho algo más real sobre los blancos; como recompensa ordenó le dieran casas, tierras y el tributo de varias poblaciones.

Motecuhzoma se quebraba la cabeza tratando de dilucidar cómo enfrentar esta situación desconocida, sin precedente alguno, ya que si por lo menos lo hubiera tendría más elementos de juicio. El concepto de *historia* entre los mexicas era cíclico, creían que los acontecimientos se repetían en el tiempo, pero esta situación desafiaba el modelo, se trataba de algo completamente nuevo.

El huey tlatoani ordenó mantener una estrecha vigilancia en las costas del Golfo que estaban bajo su dominio, no se indica si los vigías tenían alguna idea de lo que debían esperar o

[7] La influencia española es evidente en estos pasajes; muchos de los seres monstruosos enumerados fueron tomados de la literatura europea, en la que aparecen cíclopes, hombres de un solo pie con el que se dan sombra, etcétera, como en las obras de san Agustín, san Isidoro y Plinio.

si solamente se les había instruido que le comunicaran sobre la ocurrencia de cualquier suceso fuera de lo común.

Muñoz Camargo relata que el rumor de la llegada de unos extraños seres blancos a la costa del Anáhuac pronto se divulgó entre el pueblo, provocando gran espanto:

> las gentes se turbaron no por temor de perder sus tierras, reinos y señoríos, sino por entender que el mundo era acabado, que todas las generaciones de él habían de perecer y que era llegado el fin, pues los dioses habían bajado del cielo y no había que pensar en otra cosa, sino que era llegado el acabamiento y consumación del mundo, y que todo había de perecer y acabarse; y hasta los hombres poderosos buscaron lugares abscondidos y cavernas de la tierra para absconder a sus hijos y mujeres, con grandes bastimentos hasta que bajase la ira de los dioses [...] Era tanto el llanto y alboroto de las gentes que vivían desesperadas.

Según una creencia, los seres que llegarían al final del mundo y que devorarían a los hombres eran los *tzittzimime*, de aspecto terrorífico.[8]

¿Cómo interpretaron los mexicas y otros pueblos la naturaleza de los españoles? Existe gran polémica acerca de ello. Desde el siglo XVI se generalizó la noción de que los tomaron por dioses, idea encontrada entre varios conquistadores y cronistas; curiosamente, hay por lo menos una gran excepción: la de Hernán Cortés, que jamás lo menciona. El punto me parece de importancia. La identificación de Cortés

8 *Códice Ramírez*; G. Baudot y T. Todorov, *op. cit.*; Durán, *op. cit.*, vol. II, caps. LXIX, LXX; Sahagún, *op. cit.*, vol. IV, lib. XII, cap. II; Muñoz Camargo, *op. cit.*, lib. II, cap. I; Alvarado Tezozómoc, *op. cit.*, caps. CVI-CVII; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Compendio histórico del reino de Texcoco".

con Quetzalcóatl se encuentra en el *Códice Florentino*, y es casi seguramente una invención franciscana.

Durante el desarrollo de esta obra iremos mencionándolo según la ocasión lo amerite; de momento sólo será necesario sentar algunas bases.

La palabra que, a decir de los conquistadores, utilizaban los nativos para referirse a ellos era la de *teul* o *teules*, que creyeron significaba "dios" o "dioses"; en realidad una corrupción de *teotl* o *teutl*, en plural *teteoh* o *teteu*, término que usan las crónicas cuasiindígenas y que se ha traducido como "dios", "dioses"; la palabra compuesta indica algo más que humano, como *teocalli*, "templo". Los difuntos podían volverse *teotl* tras la muerte, al igual que las mujeres muertas durante el parto como *cihuateteco*, "mujeres diosas".

Es sobre todo en el primer momento del encuentro que la mayoría de los cronistas hablan de tomarlos como dioses, pero ello no tenía al parecer el sentido que le damos a la palabra en nuestra concepción occidental, más bien se pensaba en ellos como seres que de algún modo eran en algo diferentes o superiores a los humanos normales: notables, poco usuales, extraños. Sahagún menciona que la palabra *teutl* se usaba en muchas palabras compuestas; por ejemplo, a un niño muy bonito se le decía *teupilzintli*, y a uno muy travieso o malo *teupiltontli*, así el vocablo puede designar a una "cosa extremada en bien o en mal". También podía significar grande, como en *teotlalli*, "tierra grande o tierra de dios", o aplicarse a etnias o tribus como los *teochichimecas*, sin pretender que eran dioses, sino "auténticos" chichimecas.

Eulalia Guzmán propone otra derivación de *teules* (ya mencionada por Clavijero), proponiendo *teteuhctin*, que es el plural de *tecuhtli* o *teuhctli*, "gobernante o señor", "mal pronunciada y peor oída por los españoles", y hay que agregar que mal interpretada también. Agrega doña Eulalia que la confusión nació de que se llamaba también *tecuhtlis* a los

dioses, de la misma manera en la que la aplicamos a "Dios" en nuestros idiomas modernos: *Lord*, *Señor*, *Seigneur*.

Alonso de Zurita, un oidor de la Real Audiencia de la Nueva España a principios del siglo XVI, hace una aportación curiosa al describir a los gobernantes de la Nueva España, mencionando unos que son llamados *teules*, señores sujetos a los gobernantes supremos.

En conclusión, todo parece indicar que al principio los nativos pensaron que los españoles poseían una naturaleza extraña, poco usual, no común, mas no forzosamente dioses; en todo caso tal vez representantes de la divinidad. El gran asombro ante su aspecto, indumentaria, objetos de metal, artillería, caballos, perros, etcétera, seguramente los llevó a preguntarse cuál era su verdadera naturaleza. Sobre ella intentó Motecuhzoma documentarse mejor, antes de tomar cualquier decisión al respecto.[9]

¿Qué tan auténticos fueron estos "temores" de Motecuhzoma?, ¿hay que tomarlos al pie de la letra?, podrían incluso leerse como fábulas hasta cierto punto divertidas, si no fuera porque intentan llevarnos a una percepción errónea, justificativa del triunfo supuesto de unos pocos españoles sobre los mexicas, llevando a cabo una tarea evangelizadora y providencial; hablaremos de esto más adelante.

Por ello es adecuado analizar brevemente estos "temores" a la luz de estudios más recientes. Me parece que la puesta en escena de un Motecuhzoma muerto de miedo y supersticioso al extremo no es creíble. Fue educado en el *Calpulli*, pertenecía a la clase social más alta, como tal heredero de la cultura olmeca y tolteca, cuyos alcances aún no terminamos de estudiar.

[9] Para una comprensión más cabal de este asunto, la obra de Miguel Pastrana Flores, *Historias de la conquista*, me ha sido de gran utilidad.

Siguiendo las narraciones encontramos que los presagios o agüeros que supuestamente provocaron estos "temores" de Motecuhzoma no llegan a los 12, todos en un lapso de 10 a 17 años; además, los nativos tenían poca apreciación sobre indicar correctamente los lugares o las fechas, por lo que se encuentran entre ellos contradicciones, como ya se indicó anteriormente.

Las crónicas que mencionan tales temores son bastante posteriores a los sucesos, baste como ejemplo la de Ixtlilxóchitl y Tezozómoc, ya hacia inicios del siglo XVII, así como Durán, el llamado *Códice Ramírez*, de la segunda mitad del XVI; los pocos textos de raíz más indígena, como se mencionó arriba sobre los *Anales de Tlatelolco*, omiten estas menciones. Es importante tener en cuenta que a los españoles les convenía ofrecer tal imagen de Motecuhzoma, ya que, si la religión nativa estaba basada en la influencia del diablo, como tan a menudo lo mencionaban, qué mejor ejemplo ofrecer que el del huey tlatoani. En cuanto al *Códice Florentino*[10] puede tomarse como un relato tlatelolca-franciscano, lo que hoy en día se denomina como "fuente cuasi-indígena", en la que se nota la mano de los frailes, específicamente la de Sahagún, y que es la que pone más énfasis en las profecías, como explicación del porqué Motecuhzoma juró supuestamente vasallaje a Carlos V.

Otra pista de interpretación es que los presagios sucedieron al margen de las instituciones del estado; las religiosas fallaron, los sacerdotes no las recibieron porque no cumplieron bien su tarea. Esto podría ser indicio de alguna división en las élites del poder, por lo que el tlatoani debió recurrir a nigromantes fuera de Tenochtitlan, y esto implicaría una condena por parte de los jóvenes instruidos por los frailes, conduciendo a que la religión nativa era manipulada

[10] Ver *Códice Florentino* y Fray Bernardino de Sahagún en la "Breve síntesis de cronistas", al final de este libro, para más información.

por el diablo, al igual que algunos sectores del grupo en el poder, empezando por el huey tlatoani, y exonerando así a la totalidad de la sociedad mexica. Sobre esto siempre será más gratificante y simple confinar la historia en mitos. De parte de los cronistas el mito era un argumento cíclico: vencieron porque eran superiores y eran superiores porque vencieron, además de ser portadores de la religión "verdadera" y por tanto cumplían con la misión de propagarla, lo que les proporcionaba el apoyo de la providencia, o de Dios.

Tal vez el presagio que puede tener alguna confirmación es el del cometa. Los mexicas eran herederos de una larga línea de "astrónomos" u observadores del cielo, llamados en náhuatl *ilhuicatlanzatininze*. De acuerdo con Sahagún llamaban a los cometas *cittlalin popoca*, "estrella humeante", y se tomaban como un augurio de alguna tragedia personal o social; hay mención de ellos en el pasado en algunas crónicas o códices. Al efecto que nos interesa, algunas hablan de un *mixpamitl* o "banderas de nubes" visto entre 1509 y 1510. Según Durán, Nezahualpilli murió 10 años antes de la llegada de los españoles; en su *Historia* hay un dibujo de Motecuhzoma observando esta luz o cometa desde una azotea de palacio. Igualmente, Sahagún menciona una flama grande y brillante en el cielo, como una pirámide, 10 años antes de esta llegada que al parecer duró casi un año. Hay un fenómeno llamado *luz zodiacal*, provocada cuando los rayos solares son reflejados por las partículas de polvo alrededor del Sol, notable cuando disminuye la actividad solar, o "mínimos solares"; esto sucedió, según registros, en 1513. Un cometa fue observado en Europa en 1516.[11]

[11] Jesús Galindo Trejo y Arcadio Poveda Ricalde, *Comets In Pre-Hispanic Mexico*. En línea: <http://www.revistascisan.unam.mx/Voices/pdfs/4208.pdf> (Consutado 25/03/2020)

No deja de ser interesante la interpretación de Guy Rozat Dupeyron en su publicación *Indios imaginarios e indios reales en la conquista de México*, al efecto de que muchos de estos augurios están tomados de los relatos clásicos de las destrucciones de Jerusalén y de Roma.

La creencia de que los grandes trastornos sociales son vaticinados por cataclismos, señales portentosas o sucesos extraordinarios es común a todos los pueblos de la tierra y a todas las épocas, de una manera bastante parecida.[12]

A decir de Motolinía:

> La experiencia nos enseña, y la Escritura sagrada lo aprueba, que cuando alguna gran tribulación ha de venir, o Dios quiere demostrar alguna cosa notable, primero muestra Dios algunas señales en el cielo o en la tierra, demostrativas de la tribulación venidera; y estas cosas quiere Dios mostrar en su misericordia para que las gentes se aparejen, y con buenas obras y enmienda de las vidas revoquen la sentencia que la justicia de Dios contra ellos quiere ejecutar.[13]

Con el "descubrimiento" de América se generaron toda clase de mitos y leyendas ante lo desconocido; se hablaba entre otras muchas cosas de las amazonas, de gentes con cara de perros o con orejas enormes, ciudades de plata, la fuente de la eterna juventud, y de un monarca recubierto de oro.

12 Al efecto puede consultarse *Mitología universal*, de Gaspar y Roig, disponible en línea.

13 Fray Toribio de Benavente, Motolinía, *Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, parte I, cap. 55.

CAPÍTULO VI

Hernán Cortés

Tornemos al armada o flota que comenzó a hacer Diego Velázquez, donde gastó, de los muchos millares de pesos de oro que tenía mal ganados, habidos de los sudores y angustias de los indios…

Fray Bartolomé de las Casas[1]

Es momento de regresar a Cuba y a las ambiciones de Diego Velázquez quien, como ya vimos, tomó las medidas necesarias para evitar que alguien más se le adelantara en el usufructo de las tierras descubiertas, justo a tiempo, pues el licenciado Alonso Zuazo, residente de la isla, había intentado sin éxito obtener licencia para armar y enviar una expedición.[2]

Poco después de la llegada del navío capitaneado por Pedro de Alvarado, Velázquez envió a Castilla a su capellán

1 Las Casas *Historia de las Indias*, vol. III, lib. III, cap. CXIV.

2 Carta del licenciado Alonso Zuazo al padre fray Luis de Figueroa, prior de la Mejorada, Santiago de Cuba, 14 de noviembre de 1521. CDH, vol. I, p. 358. También Antonio de Sedeño envió ese año, desde Puerto Rico, tres navíos y un bergantín a Honduras, perdiéndose todos en una tempestad, AGI, Justicia, leg. 985 [749].

Benito Martín,[3] quien ya tenía cierta experiencia en las andanzas cortesanas, con la encomienda de obtener las licencias necesarias del Real Consejo de Indias para el envío de una nueva flota; sólo el Consejo podía autorizar una expedición de conquista y el gobernador contaba con la buena voluntad del presidente del Consejo, el obispo Rodríguez de Fonseca.

Benito Martín partió portador de varias cartas de Velázquez a sus influyentes amigos, así como joyas indígenas escogidas, entresacadas de las que Alvarado había traído que, bien repartidas entre el obispo de Burgos y ciertos personajes de la corte, como el licenciado Zapata y el secretario Lope de Conchillo (entre ambos, en ausencia del rey, despachaban los asuntos de Indias), seguramente facilitarían las gestiones del capellán.

La licencia solicitada era para rescatar, conquistar y poblar, tanto en las tierras descubiertas como en las que se descubrieran en el próximo futuro. Velázquez instruyó a su capellán informar al Consejo de Indias que las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba y de Juan de Grijalva habían sido posibles sólo mediante un considerable desembolso de su parte, mismo que aún no recuperaba.[4]

3 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. II, lib. XVII, cap. XIX, dice que Benito Martín había venido con él al Nuevo Mundo, estableciéndose en tierra firme en 1514, de donde pasó a Cuba.

4 Hernán Cortés, en la Primera carta de relación, decía a Carlos V que Velázquez no tenía razón en aseverar que no había recuperado sus gastos, puesto que sólo con la venta a los expedicionarios, en el transcurso del viaje, de los artículos que el gobernador puso de su bolsa, como toneles de vino y objetos para los "rescates", camisas, cuentas de vidrio verdes, etcétera, los había cubierto completamente y aun ganado, ya que sus apoderados los vendían a precios muy elevados durante el viaje.

Benito Martín realizó con pericia y éxito sus encargos, consiguiendo aún más: logró que se le otorgara a su patrón el ansiado nombramiento de "adelantado" de Cuba de por vida. Encontró a Carlos V todavía en Barcelona, aprovechando la ocasión para fomentar sus propios intereses: solicitó al rey una abadía en las nuevas tierras de Culhua. Según fray Bartolomé de las Casas, el capellán lo hizo creyendo aún que esas tierras eran parte de una isla, siguiendo la opinión de Alaminos. Ya Rodríguez de Fonseca había promovido al obispado de Cozumel a su confesor, el dominico fray Julián Garcés, pero cuando los conocimientos geográficos aumentaron y resultó que la llamada Nueva España tenía en realidad un tamaño e importancia que sobrepasaban con mucho a los de Cozumel surgieron problemas con esos nombramientos, hasta que se acordó que fray Julián quedara como obispo de Tlaxcala y se dio una compensación a Benito Martín, cuya naturaleza no recordaba fray Bartolomé. De todos modos, el capellán no la pudo disfrutar, pues murió durante su viaje de regreso a Cuba.

Desafortunadamente para Velázquez, las comunicaciones y los medios de transporte eran muy lentos; para cuando las nuevas licencias y nombramientos llegaron a Cuba la expedición había partido,[5] pues no quiso esperar el permi-

[5] Las Casas, *op. cit.*, vol. III, lib. III, caps. CV, CXVIII, CXXIV; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, vol. IV, déc. II, lib. III, cap. XI. Tras la partida de Benito Martín, Diego Velázquez quiso reforzar más su posición, enviando a la corte a Gonzalo de Guzmán (ver nota 2 del cap. 4), a fin de que, en compañía de Pánfilo de Narváez, promovieran sus intereses en el Consejo de Indias. Lograron, junto con Benito Martín, grandes privilegios para el gobernador. Herrera los enumera, entre ellos el permiso de descubrir y de poblar con cargo a su bolsa, el título de "adelantado" de por vida, un porcentaje de los aprovechamientos que la Corona obtuviese en las nuevas tierras, la exención de varios impuestos sobre artículos importados de España, así como

so del Consejo de Indias, seguro del favor de Rodríguez de Fonseca; tenía prisa por ser el primero en hecho, y también en derecho, por lo que comenzó de inmediato a organizar la nueva expedición, extralimitándose en sus atribuciones. La nueva flota era tan grande que saltaba a la vista que iba en plan de conquista, lo cual no podía hacer sin el permiso de la Corona. Al parecer el regreso de Alvarado con el oro que traía, así como sus largas y amenas pláticas sobre la riqueza de las nuevas tierras movió a Velázquez a acelerar los preparativos, considerando innecesario aguardar el regreso de Grijalva. No he encontrado en las fuentes mención alguna sobre la fecha de llegada de Pedro de Alvarado a Cuba. Si es que zarpó de San Juan de Ulúa el 24 de junio, tomando en consideración que su navegación debió haber sido lo más directa y rápida posible, y que Grijalva llegaría a Cuba hacia principios de octubre, debió de transcurrir un buen lapso entre ambas llegadas.

de algunos de los impuestos que pagaban los colonos a la Corona, etcétera. Según Herrera, esta capitulación fue hecha en Barcelona el 13 de noviembre de 1518; la expedición de Cortés zarpó de Cuba hacia mediados de febrero de 1519.

Bartolomé Leonardo de Argensola, *Conquista de México*, cap. VII, agrega que Benito Martín llegó a Barcelona a principios de mayo, entregó al rey las relaciones de Francisco Hernández de Córdoba y de Juan de Grijalva, y le dijo que Velázquez había enviado una tercera expedición, entregando además al rey el oro rescatado en Yucatán, así como los quintos del de otros lugares; le habló extensamente sobre la fertilidad y la riqueza de esas tierras y le suplicó dar la gobernación de la provincia de Pánuco (¿cómo podría saber en esos momentos de su existencia?) y el título de "adelantado" de ella al capitán Diego de Camargo [sic], quien la había descubierto y se ofrecía a conquistarla y poblarla; afirma que el rey se lo concedió. Agrega que Carlos V dio a Velázquez una gran hacienda que poseía en La Habana, y que, si todo esto se capituló en Barcelona, sin duda ello ocurriría en el año de 1519, como lo dice Fernández de Oviedo, y no a 13 de noviembre de 1518, como lo afirma Herrera. Dice que los enviados de Diego Velázquez salieron de Barcelona con estos despachos de allí a pocos meses, y en los de septiembre y octubre esperaron embarcación en Sevilla para regresar a la Fernandina.

La organización, el financiamiento y la partida de esta tercera expedición provocará en el futuro largos litigios legales entre Velázquez y Cortés, disputa plagada de controversias y preguntas para las que aún no hay respuestas definitivas. Sin duda alguna, el móvil principal para prepararla y enviar la expedición fue la ambición de Diego Velázquez, aunada, claro está, a la de prácticamente todos los españoles residentes en Cuba. El descubrimiento efectuado por Hernández de Córdoba y por Grijalva no tenía paralelo en el Nuevo Mundo, prometiendo grandes recompensas y riquezas a quienes lo explotaran.

Existen pocos datos acerca de la formación de esta tercera flota, algunos de ellos muy vagos; se obtiene la impresión de la existencia de una especie de conjura o cortina de humo para mantenerlos ocultos, cortina fabricada y levantada por el mismo Cortés y reforzada más tarde por los relatos de Bernal Díaz y de otros participantes (en los que se basarán la mayor parte de cronistas posteriores, sobre todo en Cortés y en Bernal), que podían estar muy interesados en que la verdad no saliera a la luz, tanto que disimularon u ocultaron los hechos ilegales en que incurrieron y refutaron a los pocos que dieron un testimonio diferente a favor de Velázquez, usando hábilmente el argumento de que el gobernador y sus secuaces mentían debido a su irrefrenable ambición. Por lo tanto, es prácticamente imposible saber en dónde radica la verdad.

El único entre los testigos presenciales que podría tener cierta objetividad, por no tener intereses económicos en esta empresa, y por su carácter tanto de religioso como de crítico hacia ambos bandos (y para el caso de cualquier bando que pretendiera obtener beneficios explotando, despojando y asesinando a los nativos), es fray Bartolomé de las Casas; sería de esperar que nos ofreciera su propia versión de los hechos, y en parte así lo hizo, como lo iremos viendo.

Varios historiadores modernos, a partir del jesuita Francisco Javier Clavijero, de los que han escrito sobre la conquista de México-Tenochtitlan, por lo general han prestado poca atención a este periodo inicial, ya sea porque en su tiempo varios de los documentos con que hoy contamos no eran accesibles, ya sea porque el pleito posterior entre Velázquez y Cortés, más documentado, lo ha opacado, o porque deseaban llegar con más rapidez a la gran epopeya de la llamada Conquista.[6]

Sea de ello lo que fuere, habrá que tratar el tema con los datos que ahora tenemos a la mano a riesgo de ser prolijos. Como se decía más arriba, al regresar a Cuba la nave capitaneada por Pedro de Alvarado, Velázquez se ocupó en obtener las dos licencias necesarias para el envío de una tercera flota: la del Consejo de Indias en España, y la de los frailes jerónimos, gobernadores en las islas, residentes en La

[6] Francisco Javier Clavijero trata el tema en cuestión en escasa media página; Prescott lo analiza un poco más extensamente. Orozco y Berra sigue, casi con exclusividad, a dos fuentes: Bernal Díaz y Las Casas, dedicándole sólo unas cuantas líneas al asunto del financiamiento de la flota, si bien en una nota al pie expone referencias más amplias sobre lo que tienen que decir algunas fuentes al respecto. Alfredo Chavero le otorga menos espacio que Prescott, sin la ampliación de las notas de Orozco y Berra. Hugh Thomas le concede un estudio más amplio, pero que adolece de sus usuales aseveraciones carentes de base, por ejemplo, dice que Velázquez no quería enviar una armada conquistadora, ya que él mismo pensaba encabezarla en cuanto llegase la licencia necesaria de España, y que el único objetivo de esa tercera flota era ganar tiempo; sin embargo, la magnitud misma de la empresa contradice tales aseveraciones. Probablemente Thomas tomó la idea de Argensola, *Conquista de México*, cap. IV, quien escribe que Velázquez, mucho antes de que enviara a Olid en busca de Grijalva y del regreso de este último, movido por la supuesta riqueza de Yucatán, a la que llamaban la Isla Rica, empezó a organizar la nueva expedición destinada a conquistar y poblar, planeando tomar él mismo su mando, y que envió a Baltasar Bermúdez a solicitar licencia de los jerónimos, aunque más tarde cambió de idea y buscó otro capitán.

Española, que sólo podían darla para explorar y "rescatar". Sin esperar respuesta a sus gestiones, empezó a organizar y equipar la flota, aducía como pretexto principal que era imperativo enviar a Grijalva el socorro que había pedido por medio de Alvarado y que estaba muy preocupado por la posibilidad de que a su sobrino le hubiera ocurrido un mal percance;[7] por supuesto no comentó que Grijalva también le pedía su anuencia para poblar.

Velázquez sopesó los posibles candidatos para capitanear esta importante expedición. Las noticias traídas por Pedro de Alvarado y las de la organización de una nueva flota corrieron como reguero de pólvora entre el pequeño círculo de españoles que residían en Cuba, aumentadas y exageradas al pasar de boca en boca. Quienes creían tener alguna posibilidad de obtener la capitanía general no perdieron tiempo para tejer una red de intrigas y presiones y, apoyados por sus respectivos grupos de simpatizantes, desacreditar a todos los demás.

Intrigas propiciadas por el carácter indeciso de Velázquez quien, receloso por naturaleza, deseaba contar con un capitán lo suficientemente resuelto para enfrentar con iniciativa y habilidad cualquier problema que encontrara, que al mismo tiempo le guardara absoluta fidelidad y que no pecara de exceso de ambición; debía ser alguien con mucho corazón y poco espíritu, como dice Solís. Tal vez el candidato lógico hubiese sido Pánfilo de Narváez, pero en esos momentos estaba en España.

Entre los principales aspirantes estaban Baltasar Bermúdez, hidalgo y paisano del gobernador, originario de Cuéllar, casado con la sobrina de Velázquez, doña Iseo Velázquez

[7] Francisco Cervantes de Salazar afirma que Velázquez empezó a organizar la tercera expedición antes de la llegada de Alvarado, gastando en ella tanto su riqueza como la de sus amigos, véase *Crónica de la Nueva España*, libro II, cap. XI.

de Cuéllar;[8] Vasco Porcallo, extremeño, pariente del conde de Feria, con demasiado espíritu según Velázquez;[9] Garcí Holguín, Hernán Cortés,[10] Pedro de Alvarado, Antonio Velázquez Borrego, Bernardino Velázquez, los dos últimos parientes del gobernador, y Juan de Grijalva.

Diego Velázquez al principio optó por Baltasar Bermúdez (a quien Bernal Díaz llama Agustín y Cervantes de Salazar, Diego), posiblemente debido a su buena posición económica ya que, según dice López de Gómara, el gobernador le pidió 3 000 ducados para contribuir al financiamiento de la flota, a lo que Bermúdez se negó, juzgando que sacaría poco provecho de tal inversión. Las Casas comenta que Bermúdez exigió demasiadas prerrogativas, teniendo "los pensamientos altos" y excesiva confianza en sí mismo. Sea como fuere, Velázquez, siempre pronto a la cólera, lo destituyó con malas palabras; más tarde Bermúdez se arrepintió.

Pedro de Alvarado, ofendido por no haber sido el elegido del gobernador, amenazó con no participar; Andrés de Duero usó su famosa elocuencia para calmarlo.

Eliminado Bermúdez, Velázquez se decidió por Hernán Cortés, quien en esos momentos fungía como alcalde de la villa de Santiago. Era un hidalgo originario de Medellín, en Extremadura, que había logrado hacer una regular fortuna en las islas caribeñas y tendría en ese tiempo 34 años.

8 Baltasar Dorantes de Carranza, *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*, p. 321, pone a Bermúdez en la lista de los conquistadores que fueron a la Nueva España con Pánfilo de Narváez.

9 Dorantes de Carranza, *op. cit.*, p. 199, en la lista que hizo de las casas de México está la de un Vasco Porcallo, "caballero conocido, conquistador"; no he podido dilucidar si se trata de la misma persona, ni, si es así, cuándo pasó a la Nueva España.

10 A pesar de que Cortés escribía su nombre como Fernando, y que en los papeles más tempranos así se le llama, opté por usar Hernán pues es el más usado.

Velázquez escribió poco más tarde que se había decidido por Cortés

> ansí por parecerme cuerdo y haberle tenido en esta isla mucho tiempo por muy mi criado y amigo, y como a tal le había fecho siempre mucha honra, y honrándole con mi persona y mucho de mi hacienda, como por este cargo le había dado, y encargado en esta isla otros de mucha honra; e por esto, e por la experiencia que era razón que él tuviese de haberme visto a mi tratar las gentes, Españoles e naturales destas partes, y por la mucha confianza que de él facía.[11]

En otra carta agrega que Cortés era:

> criado mío de mucho tiempo, en quien yo pensaba que tenía mucha confianza, por lo cual yo lo hice general entre todos, puesto que entre ellos iban personas ansí de debdos míos como otros caballeros que merecían más, excepto que por tenerle como criado [...] y haberle siempre hecho mucha honra con mi persona y mucho de mi hacienda, creí que con él acertaba muy bien a mejor poder servir a Su Majestad.[12]

Cortés, en la Primera carta de relación, comenta que Velázquez lo buscó "porque a la sazón el dicho Fernando Cortés tenía mejor aparejo que otra persona alguna de la dicha isla, y que con él se creía que querría venir mucha más gente que con otro cualquiera".

[11] Carta de Diego Velázquez al licenciado Figueroa, noviembre 1519, *apud* CDH, I, p. 399.

[12] Carta de Velázquez a Juan Rodríguez de Fonseca, Santiago, 12 octubre 1519, *apud* DC, I, p. 91.

Alonso Hernández Portocarrero, uno de los que embarcaron con Cortés, declaró que Velázquez eligió a Cortés "porque al presente en Santiago no había persona que mejor aparejo toviese y que más bien quisto en la isla fuese porque al presente tenía tres navíos", y había oído decir que si otro hubiese ido como capitán "no fuera la tercia parte de la gente que con él fue".[13]

Es difícil dilucidar cuáles eran las intenciones de Velázquez respecto a esta nueva expedición, puede descartarse la oficial: buscar a Grijalva, dado el tamaño de la armada, que además zarpó a mar abierto tras el regreso de Grijalva. Quedan cuatro posibilidades: "rescatar", poblar, conquistar, o todas ellas a la vez. La dimensión de la flota parecería indicar que no se trataba de realizar sólo "rescates"; es muy factible que el gobernador tuviera en mente establecer una colonia, y si los nativos ofrecían resistencia a su repartimiento y explotación, usar la fuerza de las armas, como siempre lo habían hecho en las islas. Se ha debatido mucho sobre si las intenciones de Velázquez eran de "rescatar" o de poblar; legalmente, mientras no recibiera las licencias necesarias para "rescatar" o para poblar, lo único que estaba calificado para hacer era enviar auxilio a Grijalva para sacarlo de una mala situación.

Posiblemente Velázquez deseaba poblar y presentar a las autoridades un hecho consumado. López de Gómara afirma que pensaba enriquecerse y poblar por la fuerza, pues si presentaba el asunto con habilidad, como una necesidad dictada por las circunstancias, contaba con la seguridad de recibir el respaldo oficial. Para lograr este fin necesitaba un capitán poco escrupuloso, versado en asuntos legales, hábil y astuto, incondicional y que gozara de buena posición econó-

[13] Declaración dada a un consejero real, La Coruña, abril de 1520, *apud* DC, I, p. 109.

mica, ya que, como dice López de Gómara, Velázquez "tenía poco estómago para gastar, porque era codicioso, y quería enviar armada a costa ajena, que casi había hecho así la de Grijalva".

Hernán Cortés cumplía con estos requisitos, aunque, para desgracia del gobernador, resultó mucho más ambicioso de lo que supuso. Para empezar, gozaba de buena posición económica; López de Gómara afirma que tenía unos 2 000 castellanos de oro depositados con Andrés de Duero; Sepúlveda asevera que había logrado amasar una gran fortuna. Muchos cronistas concuerdan en sus cualidades de diligencia, discreción, esfuerzo, habilidad y valor; contaba también con cierta experiencia militar adquirida en la "pacificación" de las islas, y al parecer era agradecido y fiel, lo cual era muy importante para Velázquez. Cortés le debía muchos favores.

Bernal Díaz dice que convencieron a Velázquez, o más probablemente lo acabaron de convencer, dos de los grandes amigos de Cortés: su secretario Andrés de Duero, al que describe Las Casas de "tamaño como un codo, pero cuerdo y muy callado y escribía bien", y el contador real Amador de Lares, burgalés, de quien dice el fraile que también era de muy baja estatura, muy astuto, gustaba de presumir haber pasado 22 años en Italia y haber llegado a ser maestresala del Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, aunque no sabía leer ni escribir. Se dice que ambos se habían entendido en secreto con Cortés para promover su candidatura a cambio de repartirse entre los tres las utilidades de la expedición. Hablaban maravillas del extremeño, conociendo bien lo sugestionable que era Velázquez.

El gobernador ordenó pregonar con trompetas y atabales el nombramiento de Hernán Cortés como capitán general de la armada, para satisfacción de algunos y disgusto de otros. El pregonero gritó que cualquiera que quisiera alistarse en la expedición obtendría sus partes correspondientes de las

ganancias en oro, plata, encomiendas de indígenas (una vez "pacificados") y demás riquezas. Según Bernal Díaz, el pregonero también anunció que Diego Velázquez contaba con la licencia de Su Majestad (aunque aún no había regresado el capellán Benito Martín con ella). Es probable que tal prisa se debiera a que Velázquez sabía que Garay estaba a punto de incursionar por las nuevas tierras y era aconsejable hacerlo antes, para enfrentarlo con un hecho consumado.

Debido a la carencia de fechas precisas es difícil establecer en qué momento decidió Velázquez otorgar la capitanía general de la flota a Cortés, ni cuán avanzada estaba su preparación cuando se la confirió. Probablemente fue entre el regreso de Pedro de Alvarado y el de Juan de Grijalva, pues a la llegada de este último Cortés ya tenía el nombramiento.

El extremeño no era hombre que perdiera el tiempo, de inmediato desplegó gran actividad, adquiriendo todo tipo de armas y artículos necesarios para la expedición y enviando misivas a todos los amigos que tenía esparcidos por la isla, invitándolos a unírsele. Algunos de ellos vendieron sus bienes, o parte de ellos, para comprar armas y caballos; otros empezaron a preparar grandes cantidades de pan cazabe y de tocinos. Pronto empezó a verse en el puerto de Santiago de Cuba un movimiento desacostumbrado.

Será necesario entrar al tema, escabroso y contradictorio, del financiamiento de la flota; necesario para entender los muchos litigios que surgirían sobre este asunto, así como las diversas facetas del carácter de Diego Velázquez y de Hernán Cortés. Para no sobrecargar el relato enviamos a un extenso pie de página las particularidades, de manera que quienes estén interesados puedan consultarlas. Baste aquí una síntesis. Las variaciones entre las fuentes son, básicamente, que algunas declaran que Velázquez costeó toda la expedición; otras, que los gastos fueron puestos a medias por Velázquez y Cortés; unas más afirman que ya uno o el

otro pusieron tres terceras partes ; otras, que Cortés cooperó con una parte no muy sustancial; y finalmente hay quienes alegan que Cortés pagó todo.[14]

[14] El gobernador de Cuba afirmó en varias ocasiones que había sido él quien costeó toda la flota, lo cual es ciertamente falso. Antonio de Herrera afirma que Velázquez gastó 20 000 ducados en la nueva armada y Cortés sólo 2 000 castellanos; acusa a López de Gómara de no aplicar en su crónica la neutralidad que la historia requiere. Torquemada y Argensola repiten la cantidad de 20 000 ducados supuestamente aportada por Velázquez. Fernández de Oviedo publicó en su *Historia general y natural de las Indias* que el gobernador compró o fletó todas las naves a su costa.
La posición de Cortés, por lo menos al principio, mantenida tanto por él como por sus allegados, era la misma que se expuso a Carlos V en la Primera carta de relación, en la que se afirma que, celoso por servir al soberano, Cortés se propuso gastar todo su peculio en la armada, de la que costeó casi las dos terceras partes, tanto en la compra de navíos como de bastimentos, además de prestar y de dar dinero de su bolsa a varios de los voluntarios que deseaban embarcarse en ella para que pudieran proveerse de lo necesario. Apoya este punto de vista su padre, Martín Cortés. En un Memorial enviado al Real Consejo de Indias en marzo de 1520 por Martín Cortés, padre del extremeño, declara que su hijo financió más de las dos terceras partes del costo de la flota, incluidas siete carabelas, mientras que Diego Velázquez sólo puso una tercera parte, en la que se incluían tres naves, y que si Hernán no hubiera gastado tanto la armada no se habría terminado, DC, I, p. 102. Posteriormente, en octubre de 1520, Cortés ordenó hacer una probanza en Segura de la Frontera, en México, encargándosela a Juan Ochoa de Lejalde, con la finalidad de probar que había financiado todos los gastos y que Velázquez no había contribuido con nada. Firmaron como testigos buena parte de los conquistadores, jurando conforme a derecho, "poniendo las manos en señal de la cruz de la vara de la justicia, e prometieron de decir verdad de lo que en este caso supieren". En esa probanza Cortés afirmó haberse endeudado por alimentar de su bolsa a la armada todo el tiempo que ésta estuvo en Santiago, tanto a marineros como a soldados, así como la temporada que pasaron en la isla antes de zarpar hacia su destino, pagando algunos salarios, renta de navíos y compras de caballos y equipo, etcétera.
Otros testigos, simpatizantes de Cortés, son Francisco de Montejo y Hernández Portocarrero, ambos participantes en la expedición, quie-

Las opiniones están divididas y tienden a exagerar las cantidades, de acuerdo con las simpatías y antipatías del declarante, o de acuerdo con las fuentes utilizadas por el cronista en cuestión.

Es probable que la verdad radique (como suele suceder) entre los extremos, y que Diego Velázquez, teniendo mayor poder y fortuna que Cortés, acrecentada recientemente por el oro traído por Hernández de Córdoba, Alvarado y Grijalva, haya financiado buena parte de la armada, quizá hasta dos terceras partes y no al revés, como sugieren la mayoría de los cronistas. Tampoco hay que olvidar que varios de los participantes costearon en algo la compra de navíos, equipo y provisiones, como veremos más adelante.

---

nes, en una declaración que prestaron en La Coruña en abril de 1520, manifestaron: el primero, haber contribuido con una nave y no saber cuál había sido el acuerdo entre Velázquez y Cortés a este respecto, aunque oyó decir que el extremeño había gastado más de 5 000 castellanos y que el gobernador le había prestado otros 2 000, tomando como fianza cierto oro que Cortés tenía para fundir; que Cortés puso siete navíos suyos y de sus amigos, y que Velázquez gastó tan sólo 1 800 castellanos y puso tres navíos. Al segundo le parecía que Cortés había puesto más de las dos terceras partes del costo, unos 5 000 ducados o castellanos, y Velázquez sólo unos 1 700; coincidió con Montejo en cuántos navíos puso cada cual y agregó que muchos le habían dicho cómo Cortés mandó pregonar que los que quisieran embarcarse con él y necesitaran dinero para comprar sus cosas, lo fueran a ver y se los proporcionó. Por su parte, Pedro de Alvarado declaró en su juicio de residencia, pregunta 86, que él había costeado una nave, con sus hombres y armas. Véase H. Thomas, *La conquista de México*, p. 749.

El piloto Antón de Alaminos, en una declaración hecha en 1522, afirmó que era público y notorio cómo la mayor parte del costo de la armada lo había puesto Cortés. Varios amigos del extremeño se encargaron de adquirir buena parte de las provisiones, entre ellas vino, aceite, habas y garbanzos, mientras que Cortés mismo compró la artillería, armas, municiones y víveres y que se decía que un tendero, Diego Sanz, le fio una tienda entera de buhonería en 700 de oro.

Cabría preguntarse por qué Hernán Cortés arriesgó todo su patrimonio en esta empresa, y aun pidió prestado. La respuesta sólo puede basarse en conjeturas más o menos plausibles. Seguramente Pedro de Alvarado jugó un papel

---

El autor anónimo de la *Vida de Cortés* asegura que el extremeño gastó cerca de 15 000 pesos de oro, aunque no dice de dónde obtuvo tan gran cantidad, mientras que Velázquez no puso ni un solo maravedí y asevera que por culpa de Fernández de Oviedo, quien así lo publicó en su *Historia general y natural de las Indias*, muchos creían que el gobernador compró o fletó todas las naves a su costa, pero que todavía vivían muchos españoles honrados que habían presenciado la organización de la armada y que más tarde afirmaron, bajo juramento, que Velázquez no puso nada de su hacienda, antes les vendió a varios soldados muchos artículos necesarios a precio muy elevado, les prestó a logro y les cobró mucho más de lo que era justo por el flete de dos barquichuelos de su propiedad.

Cervantes de Salazar y Antonio de Solís manifiestan que Cortés puso la mayor parte de los navíos y de los gastos. Illescas incluso afirma que Cortés, antes de partir, hizo una protestación ante escribano de que iba a su propia costa y que Velázquez no tenía parte alguna.

En el juicio de residencia de Cortés algunas de las preguntas del interrogatorio general fueron al efecto de si los testigos sabían que Cortés compró navíos y provisiones, ayudó con dinero a varios participantes, les dio de comer a su costa y gastó en todo ello alrededor de 6 000 castellanos, además de tomar prestados 6000 más de Velázquez, de Andrés de Duero, de Pedro de Jerez, de Antonio de Santa Clara y de otros. Uno de los testigos, Francisco Dávila, respondió que no sabía a ciencia cierta la cantidad que Cortés había gastado, pero sí tenía conocimiento de que, un tiempo después de partir la flota, algunos de sus acreedores vendieron toda la hacienda de Cortés para cobrarse sus deudas.

Según López de Gómara, Velázquez y Cortés convinieron en armar la expedición a medias; el extremeño pidió prestados 4000 pesos de oro a Andrés de Duero, a los mercaderes Pedro de Jerez, Antonio de Santa Clara y a otras personas, con lo que compró seis navíos, seis caballos y muchos trajes. El mismo Velázquez le prestó mil castellanos, tomados de la hacienda de Pánfilo de Narváez, que tenía en su poder durante su ausencia, "diciendo que no tenía blanca suya", y que el gobernador también prestó dinero a muchos soldados con obligación de mancomún o de fianzas.

preponderante en ello, ambos eran extremeños y amigos desde hacía muchos años. Cortés había ofrecido a los hermanos Alvarado su amistad y apoyo cuando llegaron a las islas en mala situación económica y con pocos conocidos. En 1511 tanto Cortés como Alvarado participaron en la conquista de Cuba. Alvarado había visto lo suficiente de las nuevas tierras como para informar a Cortés con buen detalle, lo que bastó para darle al extremeño la seguridad de que se trataba de una oportunidad única de labrar fama y fortuna.

Cuando al fin Juan de Grijalva regresó, con más oro y noticias frescas acerca de la existencia de un reino que parecía extremadamente rico, aumentó proporcionalmente la urgencia de Velázquez y de Cortés de que partiera la nueva expedición. Al parecer Velázquez no quiso esperar siquiera la licencia de los jerónimos, aunque es asunto muy embrollado.[15] Cortés lo afirma así en la Primera carta,

---

Bernal Díaz, testigo presencial, declara que Cortés sólo puso una pequeña parte y que Velázquez ya tenía 10 navíos puestos a punto en Santiago, 4 de ellos habían tomado parte en la expedición de Juan de Grijalva y los otros 6 fueron recogidos por toda la isla. El gobernador los proveyó de pan cazabe y de tocino para llegar a La Habana, en donde volverían a aprovisionarse, pues no había en Cuba ganado vacuno ni carneros, por ser nuevamente poblada. Agrega Bernal que Cortés pidió prestado a unos amigos mercaderes 4000 pesos de oro, los cuales también le fiaron otros 4000 pesos en mercaderías, tomando como garantía los repartimientos y la hacienda del extremeño.
Las Casas acusa a López de Gómara de falsario y de émulo de Cortés, pues según el fraile Velázquez tomó "de los muchos millares de pesos de oro que tenía mal ganados, habidos de los sudores y angustias de los indios, gran parte", y con ello adquirió nueve navíos, mientras que la parte de Cortés fue tan sólo de 2000 castellanos que le habían sacado los indios de sus minas, "con inmensos sudores, hambres y duros trabajos", lo cual es bien poco.

15 Según el autor anónimo de la *Vida de Cortés* fue el extremeño quien rogó a Velázquez que enviara a solicitar licencia a los jerónimos, diciéndole que sin ella no osaría emprender nada, y que pronto los jerónimos la enviaron. López de Gómara y Las Casas aseveran que

acusando a Velázquez de haberle enviado a él en busca de Grijalva en un arrebato de enojo, sin hacérselo saber a los jerónimos. Esto implicaría que Grijalva aún no había regresado a Cuba. Sin embargo, varias fuentes afirman que una parte de la nueva flota estaba formada precisamente con algunos de los navíos de la expedición de Grijalva. Cualquiera que fuese la fecha de la llegada de éste a Cuba, prácticamente en ninguna fuente se dice que haya sido posterior a la partida de Cortés; por el contrario, se asevera que fue anterior. No deja de ser curioso que las instrucciones dadas por Velázquez a Cortés estén fechadas en Santiago el 23 de octubre, día para el que se supone que el gobernador ya sabía del regreso de Grijalva,[16] regreso que hizo crecer el

---

Velázquez envió a Juan de Saucedo, que había llegado en el navío de Pedro de Alvarado, a La Española a solicitar esta licencia y que se la habían concedido antes de la partida de Cortés. Bernal Díaz no dice nada al respecto. Prescott afirma que, efectivamente, llegó esta licencia de los frailes, pero sólo para "rescatar", lo cual es obvio, puesto que no tenían autorización para otra cosa. Orozco y Berra escribe, un tanto vagamente, que Saucedo alcanzó los permisos completos.

Existe una declaración de Juan de Saucedo (o de Salcedo, como también se le llama), hecha en agosto de 1535 en el juicio de residencia de Cortés, en la que manifiesta que, al llegar Grijalva al puerto de La Habana, Saucedo compró un caballo y se trasladó en él hasta Santiago de Cuba, a más de 300 leguas de distancia (aproximadamente 1600 km), a fin de notificar a Velázquez del arribo de su sobrino, la jornada le tomaría más de tres semanas. Agrega que el gobernador se turbó, pues su posición pública era enviar a Cortés para buscar y auxiliar a Grijalva. Velázquez pidió entonces a Saucedo, según sigue diciendo éste en su declaración, que fuera a La Española a solicitar la licencia de los frailes jerónimos y a suplicarles que, pues ya el gasto de la nueva expedición estaba hecho y los participantes listos, se la otorgaran pese al regreso de Grijalva. Saucedo afirma que partió a La Española y que en breve consiguió la licencia; desafortunadamente no menciona fechas, ni tampoco dice si a su regreso Cortés ya había zarpado o no de Santiago, DC, II, p. 380.

16 El clérigo Juan Díaz no registra la fecha de llegada de Grijalva, como tampoco la proporcionan Bernal Díaz, Las Casas, Herrera, ni Cortés;

conflicto entre Velázquez y Cortés, el cual repercutirá tanto en el destino del conquistador como en el de las tierras que subyugó debido a que la legalidad de sus acciones quedó en entredicho; por ello la Corona desconfió largo tiempo de sus intenciones.

Sea como fuere, la llegada de su sobrino confirmó a Diego Velázquez la gran riqueza de las tierras descubiertas, to-

---

este último ni siquiera la menciona. Fernández de Oviedo dice que Grijalva llegó el 30 de septiembre al puerto de Carenas y que el 22 de octubre zarpó de Matanzas hacia Santiago, adonde llegó unos días después. Francisco de Montejo declaró en 1520 en La Coruña que, cuando Grijalva llegó, él fue con los navíos de Grijalva a ver a Velázquez, y éste le dijo que Cortés volvería a aquella tierra y le rogó acompañarlo. López de Gómara asevera que Grijalva regresó cinco meses después de su partida, misma que ocurrió el 1 de mayo según este cronista, por lo que habría regresado hacia el 1 de octubre, aunque más adelante escribe que el 23 de octubre se hicieron las capitulaciones entre Velázquez y Cortés y que fue en ese momento cuando regresó Grijalva. La pregunta número 30 del interrogatorio general del juicio de residencia de Cortés versa sobre si saben los testigos que, estando Cortés en Macaca, después de zarpar de Santiago, supo que Grijalva había llegado a cierto puerto de Cuba, sin especificar a cuál. En la *Vida de Cortés* se lee que éste zarpó de Santiago antes del regreso de Grijalva, y que estando el extremeño en Macaca se decía que Grijalva había vuelto a Cuba. Sepúlveda afirma que Grijalva llegó el 1 de noviembre a Santiago. Illescas, que el 3 de octubre, sin nombrar el puerto. Cervantes de Salazar escribe que cuando la instrucción dada a Cortés se publicó, es decir el 23 de octubre, ya había nueva de la venida de Grijalva, aunque se ordenó mantenerla en secreto y que de lo uno a lo otro hubo pocos días. Solís declara que Grijalva llegó a Santiago el 15 de noviembre. Prescott, que regresó unos seis meses después de haber partido, es decir hacia el 1 de noviembre, puesto que este autor pone como fecha de salida el 1 de mayo. Tanto Orozco y Berra como Chavero dan la fecha de llegada al puerto de Xaruco como el 4 de octubre. Carlos Pereyra propone el 4 de septiembre, mientras que Hugh Thomas el 29 de septiembre. Henry Wagner sostiene que Velázquez no sabía de su regreso cuando dio a Cortés las instrucciones, véase *The Rise of Fernando Cortés*, pp. 31 y 477. Todo un embrollo.

mándolo en cuenta es probable que pensara que sería más rentable no tener a Cortés como socio. Las intrigas no cesaban. Bermúdez, los parientes del gobernador y otros descontentos alimentaban constantemente la naturaleza desconfiada de Diego con rumores de que Cortés, una vez partido, se le alzaría; de no planearlo así ¿para qué había gastado todo su patrimonio en esa empresa y contraído tan grandes deudas? El gobernador haría muy mal en fiarse de un extremeño mañoso y altivo que, seguramente, en cuanto se le presentara la ocasión, estaría listo a vengarse de Velázquez por algunos rencores del pasado.

Al gobernador le sobresaltó la gran cantidad de voluntarios que Cortés reclutaba para la expedición y constataba en el extremeño cierta propensión al mando, veía los grandes aires que adoptaba y la elegancia con que se vestía, como si fuera señor de los de España —dice Andrés de Tapia—, con ropa de terciopelo adornada con bordados de oro, sombrero con plumas y joyas, resaltando una cadena con una medalla de oro que llevaba al cuello. Su esposa también vestía ricamente y el extremeño ofrecía fiestas a sus amigos, partidarios y protegidos, además de alimentar a varios de los reclutas más humildes, todo lo cual desdice la afirmación de Bernal Díaz sobre que "en aquella sazón estaba muy endeudado y pobre". Por su parte, López de Gómara comenta que muchos murmuraban "que tenía estado sin señorío".

La ruptura final entre ambos, para variar, está envuelta en contradicciones. Algunos cronistas afirman que Cortés zarpó de Santiago en franca rebeldía; otros, que se produjo más tarde. Todo parece indicar que Velázquez intentó detenerlo, pero sin provocar un enfrentamiento directo.

Cortés mismo, en la Primera carta de relación, pasa por alto el asunto; de un breve comentario sobre el financiamiento de la flota su relato brinca hasta la llegada a Cozumel. López de Gómara y el autor de la *Vida de Cortés* aseveran que

Velázquez decidió quitarle el mando por creer que se le alzaría, como él mismo lo había hecho con el almirante Diego Colón.[17] Afirman que el gobernador intentó convencerlo por medio de Amador de Lares, para que renunciara a la capitanía general, ofreciéndole pagar todos sus gastos, pero Cortés se negó. Velázquez ya no quiso, dicen, seguir gastando en el aprovisionamiento de la flota e incluso ordenó que nadie le vendiera víveres. Cortés expuso la situación ante sus partidarios, que también habían comprometido su peculio en la empresa. El extremeño indudablemente poseía carisma, su verbo era fácil y convincente, bien sabía cómo ganarse a la gente cuando le convenía, en palabras de Bernal, "era de buena conversación y apacible". Seguramente les hizo grandes promesas, que era uno de sus métodos favoritos, pintándoles un porvenir dorado, rebosante de riquezas y de fama.

Ante la desconfianza o el franco repudio de Velázquez, Cortés empezó a tomar medidas preventivas: andaba armado, con una cota de malla bajo las ropas y se rodeaba de personas de probada fidelidad, también armadas. Francisco Dávila declaró, en el juicio de residencia de Cortés, que había visto cómo se hacía acompañar por una guardia de alabarderos y que traía constantemente con él la vara de justicia que le correspondía como alcalde de Santiago. El gobernador (siguiendo siempre esta versión de los hechos) no se atrevió a chocar abiertamente con Cortés, palpando la simpatía de que gozaba entre la mayoría de los reclutas, temiendo también provocar una rebelión abierta que resultara en escándalos y muertes. Hay que recordar que la población española

[17] Al respecto comenta Las Casas que muy diferente alzamiento fue el de Cortés, quien usurpó la jurisdicción y mando de Velázquez, quitándole la honra y siendo la causa de que el gobernador gastara toda la hacienda que le quedaba y finalmente perdiera hasta la vida, muriendo amargamente en la pobreza, lo cual es ciertamente una exageración.

adulta y masculina de Cuba era bastante reducida. En público, Velázquez simulaba que todo seguía igual, tratando de ganar tiempo, y esperando una oportunidad adecuada para despojar a Cortés del mando.

El extremeño procuraba pasar buena parte de su tiempo cerca de Velázquez, mostrándose en todo momento como su gran servidor, repitiéndole que muy pronto, "Dios mediante", acrecentaría grandemente la riqueza y la fama del gobernador. (¿Habría leído a Maquiavelo que recomendaba tener al enemigo cerca?)

Fray Bartolomé de las Casas, que debió saberlo bien, aunque su antipatía por Cortés pudo haber influido en su objetividad, afirma que para quienes conocieron a Velázquez todo esto es absurdo, nadie podía impedirle poner, quitar o enviar a quien se le antojase, y menos aún Cortés, "que no osaba boquear ante él y que no sabía, al menos en lo exterior, qué placer y servicio hacelle", pues "era un pobrecillo escudero, criado suyo, y que no comiera si Diego Velázquez no se lo diera dándole indios, y que estaba en su mano quitárselos y aun la vida, si quisiera, buscándole achaques, aunque fuera haciéndole injusticia".

Afirma el fraile que es gran falsedad decir que Velázquez no se atrevía a quitarle el mando por temor a una insurrección, teniendo, como tenía, poder absoluto en Cuba y gozando de la adoración y de la obediencia de todos, por ser la fuente primaria de los beneficios y riquezas de que gozaban, pudiendo quitar a voluntad a quien fuese sus encomiendas; bien sabían que contaba con el apoyo de las autoridades del Real Consejo de Indias. Este engaño, asevera fray Bartolomé, se debe a la

> astucia con que [Cortés] tiene hasta hoy engañado al mundo y a los historiadores que escribieron sus hechos en lengua es-

pañola, porque del y dellos era sólo un fin, y este no otro sino hacerse ricos de la sangre de aquestas míseras y humildes y pacíficas gentes, como hombres insensibles de los males que loan y favorecen, todo lo que escribieron no va enderezado sino a excusar las tiranías y abominaciones de Cortés, como de los demás, y en abatimiento y condenación de los tristes y desamparados indios.

Según Las Casas, Diego seguía dando prisa a los preparativos de la expedición, iba a caballo todos los días al puerto para inspeccionar los avances, acompañado por Cortés y por toda la ciudad. Relata el fraile una anécdota: iba una vez con ellos un vago, llamado Francisquillo, haciendo gracias por delante de la comitiva, como era su costumbre, cuando de pronto le dijo a Velázquez: "¡Ah Diego [...] Mira lo que hacéis, no vayamos de ir a montear a Cortés". El gobernador fingió que el comentario era gracioso, rio a carcajadas, llamó la atención de Cortés que iba a su derecha y que pretendía no haber escuchado al loco, y le dijo: "Compadre, mirad lo que dice aquel bellaco de Francisquillo", repitiendo el dicho entre las risas de todos. Bernal Díaz narra el mismo incidente, aunque de manera diferente; según él ocurrió un domingo, yendo Velázquez a misa en compañía de los vecinos más destacados de Cuba, con Cortés a su derecha, y, haciendo sus gracias por delante, el vaguillo, al que llama Cervantes el Loco, quien exclamó de pronto en alta voz: "A la gala, a la gala de mi amo Diego. ¡Oh Diego, oh Diego! ¡Qué capitán has elegido, que es de Medellín de Extremadura, capitán de gran ventura, mas temo, Diego, no se te alce con la armada, porque todos le juzgan por muy varón en sus cosas!". Andrés de Duero le propinó unos coscorrones, amonestándole: "Calla borracho loco, no seas tan bellaco, que bien entendido tenemos que esas malicias, so color de gracias, no salen de

ti", implicando que los parientes de Velázquez le habían sobornado. Sentencia Bernal que los locos a veces aciertan en lo que dicen. A pesar de la risa fingida, parece que el dicho caló en el ánimo de Velázquez; de cualquier forma, ésta sería la primera vez que se decía abiertamente, y en público, que Cortés podría alzarse.

Las Casas prosigue narrando que el gobernador deseaba en efecto quitarle el mando, pero vacilaba y dudaba, lo cual contradice su dicho de que podía hacer lo que quisiera sin oposición. Amador de Lares (o Andrés de Duero según otros, ambos tenían sus intereses puestos en Cortés) avisó al extremeño que se apresurara a embarcar antes de que Velázquez se decidiera a removerlo, pues "no había menester más para entendello que mirar el gesto a Diego Velázquez".[18] Tanto fray Bartolomé como Andrés de Tapia afirman que Cortés y los demás expedicionarios zarparon de Santiago en secreto, dando la idea de que simplemente se le adelantaron a Velázquez, sin romper abiertamente con él.

La mayoría de los cronistas, inclusive Las Casas, con la notable excepción de Bernal, seguido por Antonio de Solís, están básicamente de acuerdo sobre el desarrollo posterior de los acontecimientos, con algunas variaciones de tono y detalle. Se dio un juego de estira y afloja entre Velázquez y Cortés; no es posible, por falta de suficiente información, dilucidar lo que realmente pensaba Velázquez, da la impresión ambivalente de que por un lado deseaba creer en las palabras y en la supuesta fidelidad de Cortés, y por el otro su desconfianza iba en aumento. Como quiera que fuese permitió al extremeño embarcar a buena parte de su gente, posiblemente con la idea de hacerlo arrestar después, como

[18] Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. II, caps. XII-XII, afirma que Velázquez había decidido dar el mando de la flota a Alonso de Mendoza, de quien dice era colega de Cortés en el cargo de alcalde de Santiago.

en efecto lo intentó, en un lugar menos público que la capital de la isla. Cortés decidió zarpar cuanto antes; en el puerto de Santiago había cinco o seis naves listas para hacerse a la mar, aunque con pocos víveres.

En Santiago se habían alistado para la expedición entre 300 y 350 hombres, entre ellos Diego de Ordaz (partidario de Velázquez, a quien el gobernador había ordenado velar por sus intereses y vigilar los movimientos de Cortés),[19] Francisco de Morla,[20] Escobar el Paje, Heredia, Juan Ruano, Juan Escudero (al que Bernal llama Pedro), Martín Ramos, Bernal Díaz (quien afirma que era pariente de Velázquez), así como varios amigos y parientes del gobernador.

Según esta versión, en Santiago se efectuó un alarde (pase de lista), sacando a relucir los estandartes. Cortés marchó con sus hombres rumbo a la iglesia al son de la música marcial de pífanos y tambores, ataviado con calzas, jubón y espada al cinto. Escucharon una misa oficiada por fray Bartolomé de Olmedo y la bandera fue bendecida. Se trasladaron luego a casa de Cortés, donde el extremeño ofreció un gran banquete, en el curso del cual se suscitó una riña en la que murió un carpintero, Joan de la Pila. Cortés ofreció de nuevo el oro y el moro a sus partidarios.

Después embarcaron con gran sigilo, lo que parece incongruente tras haberse efectuado un alarde y un convivio público. Cortés les había prevenido que llevaran la mayor

[19] Diego de Ordaz era natural de Castroverde de Campos, León; en 1510 participó en la trágica expedición de Alonso de Ojeda, en la que murió Juan de la Cosa herido por flechas envenenadas. También tomó parte en la conquista de Cuba y durante la expedición de Juan de Grijalva tendría unos 40 años. Era pariente lejano de Velázquez y sufría de cierta tartamudez. En una Información de 1521, hecha en Santo Domingo, se afirma que Ordaz costeó uno de los barcos de la flota de Cortés, así como a 60 hombres y algunas provisiones.

[20] A quien Las Casas califica como buen nadador, criado y camarero de Velázquez. Véase *Historia de las Indias*, vol. III, lib. III, cap. CXVI.

cantidad posible de víveres, mientras que él envió, o fue personalmente con varios de sus hombres, a la carnicería encargada de abastecer la villa de Santiago, de donde tomó todos los puercos y carneros que encontraron y los llevaron a los navíos, a pesar de las protestas lacrimosas del propietario, Fernando Alfonso, que les rogaba dejarle por lo menos algunos animales para el día siguiente, ya que por ley debía proveer de carne a la población, y en caso de no hacerlo pagar una multa (de allí que tuviera el título de "obligado"). Cortés le entregó la cadena de oro que llevaba al cuello para que pagara su multa.[21]

Al día siguiente, según se infiere de las preguntas del juicio de residencia, Cortés solicitó a Amador de Lares, en su calidad de tesorero real y representante de la Corona, que inspeccionara los navíos y diera el visto bueno para zarpar; según la ley debían cumplir ciertos requisitos acatando sus capitulaciones (en esto tampoco hay congruencia tras el dicho de que embarcaron con gran sigilo). Lares, interesado en que Cortés zarpara lo más pronto posible, no puso mucho rigor en su tarea, malamente podía darles luz verde estando, como estaban, escasamente aprovisionados. Conforme Lares iba inspeccionando y dando el visto bueno a cada navío, Cortés le ordenaba levar anclas.[22]

Siempre siguiendo esta versión, Velázquez no tenía conocimiento previo de las maniobres de Lares y de Cortés. Al enterarse, se apresuró a acudir al puerto, según Cervantes

[21] De acuerdo con la probanza hecha en Segura de la Frontera por Ochoa de Lejalde, se llevaron 30 cerdos, que eran todos los que había. Más adelante tomaron 25 más de unas estancias de Cortés y de Juan Bautista, maestre de la nave capitana, y en una estancia del rey cargaron todo el pan que comió la armada hasta llegar al puerto de Macaca. DC, I, p. 148.

[22] Gonzalo Rodríguez de Ocaña, alguacil mayor de Santiago, declaró en el juicio de residencia de Cortés que fue él quien tomó la decisión de dejar zarpar la flota. AGI, Justicia, leg. 224, p. 1, f. 294r [750].

montado en una mula y acompañado por mucha gente. Al llegar se encontró con que todas las naves habían soltado amarras, por lo que envió una barca a la capitana a pedir a Cortés no partir de esa manera, sin siquiera haberse despedido y sin provisiones, que esperara un poco para que lo abastecieran debidamente.

Cortés se sirvió de la misma barca para enviar a Amador de Lares, que aún estaba a bordo, de regreso al puerto y ordenó preparar otra en la que abordó junto con algunos hombres de su confianza, llevando en la mano su vara de alcalde. Se aproximaron hasta un tiro de ballesta del puerto. Según Las Casas, Velázquez, desde tierra, le gritó: "Cómo compadre ¿así os vais? ¿Es buena manera esta de despedirse de mí?", a lo que le respondió : "Señor, perdone vuestra merced, porque estas cosas y las semejantes antes han de ser hechas que pensadas; vea vuestra merced que me manda", agregando que le besaba las manos, tras lo cual regresó a su navío.[23]

La versión de Bernal Díaz difiere, aunque difícilmente podría esperarse objetividad en este asunto de parte de quien poco estaba interesado en enfatizar la rebeldía de Cortés. Según su narración, Cortés, el día anterior a la partida, mandó pregonar que los pilotos, marinos y soldados embarcaran en el transcurso de ese día; luego, por la noche y en compañía de sus principales amigos, fue a despedirse de Velázquez. El gobernador estaba en compañía de varios personajes importantes. Ambos intercambiaron buena cantidad de zalamerías y se dieron varios abrazos.

Al día siguiente se celebró una misa; terminada, tanto Velázquez como la gente de la ciudad acompañaron al puerto al extremeño y a los suyos, despidiéndose con más abrazos,

[23] Cortés mismo relató este incidente en 1529, durante su juicio de residencia, CDI XXVII, 311 [750]. López de Gómara escribe que Cortés publicó, poco antes de zarpar, que iba por su cuenta; e Illescas agrega que hizo protestación ante escribano de que iba a su propia costa.

como grandes amigos. Antonio de Solís apoya la versión de Bernal, pues, según argumenta, éste lo vivió y le parecía más creíble; asegura que los expedicionarios embarcaron con bando público, a plena luz del día y a la vista de todo el pueblo. Solís insiste en que es necesario enfatizar este punto a fin de borrar la ingratitud de aquellos que mancharon el nombre de Cortés, acusándolo de haber partido en rebeldía. No sería factible, asegura, que alguien tan hábil como Cortés se declarara en abierta rebeldía ante el todopoderoso gobernador de la isla, además de que aún tenía que recoger a otros expedicionarios y provisiones en varios puntos de Cuba. Tampoco le parece viable que, en un lugar pequeño como era Santiago, se embarcaran 300 hombres en secreto durante la noche, entre ellos varios principales, parientes y amigos de Velázquez, sin que nadie lo notara ni lo notificara al gobernador; "admirable silencio en los unos, y extraordinario descuido en los otros", sentencia Solís, no sin razón.

Fray Bartolomé, que para el caso también lo vivió, se extraña ante este silencio de los parientes y amigos de Velázquez; comenta que no fue capaz de averiguar cómo es que se embarcaron en secreto, a menos que fuera por algún embuste que el astuto Cortés inventó, no exonerando de sospechas a los demás participantes.[24]

[24] Juan Suárez de Peralta ofrece otra versión, asegurando que gran parte de las cosas que escribió se las oyó contar a su padre, quien fue uno de los mayores amigos de Cortés, hermano del padre de su primera esposa, y que prestó gran auxilio al extremeño. Según dice este cronista, Velázquez envió un correo indígena, a pie, para entregarle una orden escrita a Cortés —Suárez no especifica a dónde— en la que le ordenaba entregar el mando de la flota a Luis de Medellín, un caballero de Sevilla que era el encargado de aprovisionar y preparar los navíos de ésta. Juan Suárez de Ávila, padre del cronista, quien estaba en Santiago encargado de poner en orden la casa de Cortés y de enviarle algunas cosas, logró enterarse de esta misiva y fue tras el mensajero, lo alcanzó en despoblado, le arrebató el mensaje, le dio de

Según Las Casas y López de Gómara, Cortés zarpó de Santiago el 18 de noviembre de 1518; el capellán dice que con seis navíos[25] y unos 300 hombres, mientras que una nave se quedó en reparación. Cortés habla de cuatro navíos, tres propios y uno alquilado que más tarde compró a Pedro González. Aún no había nombrado capitanes. Será poco después cuando se le incorporaron sus principales partidarios.

Nos han llegado las Instrucciones dadas por Diego Velázquez a Cortés,[26] toda expedición de este tipo debía contar con ellas. Las de Velázquez están fechadas en "Santiago del puerto de esta isla Fernandina, jueves trece días del mes de octubre [sic], año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil e quinientos e diez y ocho años", al parecer fueron redactadas por Andrés de Duero, auxiliado por el mismo Cortés.

En ellas Velázquez narra cómo envió a Juan de Grijalva "a ver e bojar la isla de Yucatán, Santa María de los Remedios" y la manera en que descubrió una isla "que se dice Cozumel, e la puso por nombre Santa Cruz, e la otra es una tierra grande, que parte della se llama Ulúa, que puso por nombre Santa María de las Nieves". Agrega que como la flota de Grijalva tardaba en regresar, y hacía tiempo debían ha-

---

puñaladas y lo escondió en un barranco, tras lo cual fue a buscar a Cortés para notificarle. Ante este giro de las circunstancias Cortés se embarcó enseguida, asegurando que sus ojos no verían más a Diego Velázquez, ni vivo ni muerto, véase *Tratado del descubrimiento de las Indias*, cap. VII; Dorantes de Carranza, *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*, p. 89, agrega que Juan Suárez quemó la orden de Velázquez, tras quitarle la carta al correo.

25 López de Gómara habla de seis navíos, en el juicio de residencia de Cortés se especifica que zarpó con cuatro.

26 Existe una copia de ellas, hecha el 13 de octubre de 1519 para el obispo Juan Rodríguez de Fonseca en el Archivo General de Indias de Sevilla, leg. 15, R. 7. *Cfr*. DC. El original debió perderse cuando la huida de los españoles de México-Tenochtitlan.

ber tenido noticias, envió otra nave a buscarla, tampoco había regresado, por lo que podían estar en extrema necesidad de socorro; además, un indígena de Yucatán le había informado, tras la partida de Grijalva, cómo en esa isla había seis cristianos prisioneros, por lo que le pareció convenir al servicio de Dios y del rey enviar, en busca de Grijalva y de los seis cristianos, una armada lo bastante grande como para poder socorrerlos, aun en el caso de hallarse "en alguna parte cercada de infieles", y, en caso de no encontrarlos, pudiera, por sí sola, "andar e calar en su busca todas aquellas islas e tierras, e saber el secreto dellas".

Continúa diciendo que había acordado enviar esa flota al mando del así instruido, Hernán Cortés,

> por la experiencia que de vos tengo del tiempo que ha que en esta isla en mi compañía habéis servido a Sus Altezas, confiando que sois persona cuerda, que con toda prudencia y celo de su real servicio daréis buena razón e cuentas de todo lo que por mí, en nombre de sus Altezas, vos fuere mandado cerca de la dicha negociación y la guiareis y encaminareis como más al servicio de Dios Nuestro Señor e de Sus Altezas convenga.

Para que su capitán pudiese guiarse mejor le entregaba esas Instrucciones, con 30 puntos. Como proporcionan una buena imagen de la época, es conveniente enumerar los primordiales.

El principal motivo del viaje debería ser el servicio de Dios y la ampliación de la fe católica, de lo que se seguían varios puntos: Cortés no consentiría que nadie hablara mal de Dios, ni de Santa María, ni de los santos, ni dijera blasfemias, so pena de rigurosos castigos. No debía permitir pecados ni amancebados públicos, ni que los españoles cristianos tuvieran coito con las mujeres paganas. No permitiría

los juegos de naipes ni de dados, ni que éstos se llevaran en las naves. No dejaría embarcar a nadie del que se sospechase no fuese muy celoso en el servicio de Dios o tuviese fama de bullicioso o alborotador. Antes de zarpar Cortés debería asegurarse, con mucha diligencia, de que no fueran a bordo nativos de la isla.

Debería viajar "en conserva" (es decir, todos los navíos juntos) hasta Cozumel, y por la noche se pondrían faroles para que las naves fueran visibles unas a las otras. Si una tormenta los separase y alguno de los navíos llegase primero, éste debería esperar en la costa a la nave capitana sin que nadie desembarcase. Si los indígenas iban a verlos deberían tratarlos bien, mas no mencionarles el motivo de su viaje, ni preguntarles sobre los españoles presos antes de la llegada de la capitana.

Una vez que la flota estuviera en Cozumel, Cortés debía inspeccionar y sondear todos los puertos, entradas y ríos que pudiera; lo mismo haría en todas las tierras que tocara, asentando todo en la carta de pilotos y en la relación que deberá llevar el escribano. Al entrar en contacto con los nativos de Cozumel, Cortés debería decirles cómo iban "a los ver y visitar" enviados por el rey de España, les haría entender el gran poderío del monarca español y las numerosas conquistas que había hecho, sobre todo en el Nuevo Mundo,[27] así como las mercedes que otorgaría a los que le servían y la protección que les proporcionaría contra sus enemigos. Debería intentar asiduamente que los nativos se sometieran al rey, les diría cómo los vasallos reales de las islas "en señal de servicio le dan y envían mucha cantidad de oro, piedras,

[27] Como lo hace notar H. Wagner, *The Rise of Fernando Cortés*, p. 30, para esas fechas Carlos V no había hecho ninguna conquista, exceptuando las pocas en el Nuevo Mundo; todas sus posesiones eran heredadas.

perlas e otras cosas que ellos tienen", por lo que ellos deberían hacer lo mismo una vez aceptado el vasallaje.

Cortés debía comunicar a los nativos cómo le pesaba mucho a Velázquez la batalla que entablaron con Francisco Hernández de Córdoba (no menciona la de Grijalva). Debería investigar "con mucha diligencia y cuidado" la cuestión de las cruces encontradas en Yucatán y si es que los indígenas habían tenido alguna noticia de Jesucristo. Inquiriría si tenían "alguna seta o creencia o rito o ceremonia, en que ellos creen o en quien adoren, o si tienen mezquitas o algunas casas de oración o ídolos o otras cosas semejantes, e si tienen personas que administren sus ceremonias, así como alfaquíes o otros ministros" (de nuevo resurge el fantasma de los moros). Debería tratar por todos los medios posibles de adoctrinar a los nativos, debido a que el principal motivo de que los reyes permitieran descubrir tierras nuevas era para atraerlas al catolicismo.

Inquiriría en todos los sitios en que entablara contacto si sabían algo de la flota de Grijalva o de la carabela de Cristóbal de Olid y trataría de reunirse con ellos. Debería rescatar a los seis españoles prisioneros. Trataría a los nativos muy bien, sin consentir que se les hiciera agravio alguno. Le otorgaba licencia de "rescatar", mas siempre ante escribano, y depositaría lo "rescatado" en un arca que para ello llevaría, provista de dos o tres cerraduras; nombraría a un veedor y a un tesorero y daría a cada uno de ellos una de las llaves, quedándose Cortés con otra.

Cuando desembarcaran para aprovisionarse de agua y de leña, o por cualquier otra razón, enviaría a tierra gentes cuerdas que no causaran escándalo. Bajo ninguna circunstancia dormirían en tierra ni se alejarían mucho de la costa. Si en alguna población les ofrecieran su amistad podrían visitarla, siempre cuerdos y bien armados, cuidando de no

agraviar a los nativos en sus bienes o en sus mujeres, ni tocarlas, ni hablarles, ni entrar en sus hogares.

El capitán proseguiría hasta San Juan y Santa María de las Nieves. Inquiriría "el secreto" de las tierras, si había perlas, especiería, oro, etcétera. Si hubiera oro debería informarse de su procedencia. En "todas las islas que se descubrieren" Cortés saltaría a tierra a tomar posesión en nombre de los reyes con la mayor solemnidad que pudiera, ante escribano y numerosos testigos. Trataría de hacerse de intérpretes a fin de poder informarse mejor de todo, pues "diz que hay gentes de orejas grandes y anchas y otras que tienen las caras como perros, y ansí mismo donde y a qué parte están las Amazonas, que dicen estos indios que con vos lleváis, que están cerca de allí".

Todo lo que no estuviera contemplado en esas Instrucciones sería resuelto por Cortés con prudencia. Para finalizar, Velázquez lo instruía de no llevar a bordo a nadie que tuviera deudas con la Corona, a menos que antes de embarcar las pagara o diera una fianza. Al llegar a Santa María de las Nieves debería enviar a Cuba todo lo que hubiera "rescatado" hasta ese momento, así como una relación de lo que habían hecho y de lo que pensaban hacer, a fin de enviársela a los reyes. Cortés tendría la atribución, conforme a derecho, de conocer en las causas civiles y criminales que ocurrieran durante la expedición, para ello Velázquez le confería poder suficiente.

Así las palabras, que desde entonces no concordaban con las acciones. Provista de sus instrucciones, la flota de Cortés navegó en dirección oeste a lo largo de la costa sur de Cuba hasta Macaca,[28] pequeña población situada a 60 kilómetros de Santiago, le era imperativo conseguir más alimentos y el rey poseía allí una estancia donde el capitán deseaba apro-

[28] Es probable que se trate del actual Puerto Pilón, cercano a Cabo Cruz. Bernal Díaz omite en su relato todo lo sucedido entre Santiago y La Trinidad.

visionarse. Permanecieron ahí una semana, esperando que se hiciera el pan cazabe que Cortés mandó hacer a los indígenas de un gran pueblo. Finalmente subieron a los navíos más de 300 cargas, cada una de dos arrobas (cerca de 23 kilos, es decir casi siete toneladas de cazabe); según comenta Las Casas, cada carga era suficiente para alimentar a una persona durante un mes (lo cual a duras penas les alcanzaría para el primer mes). También llevaron a bordo cerdos, aves, un ancla y todo lo que se pudo, comprándolo, posiblemente a crédito, a Rodríguez de Tamayo, encargado de la estancia real.[29]

Afirma el extremeño que fue en Macaca donde se enteró de que Grijalva recién había regresado. Temeroso de que Velázquez lo tomara como pretexto para revocarle el mando, envió dos navíos a la punta extrema de Cuba, Cabo Corrientes o Punta San Antón, desde donde planeaba que la flota zarpara a mar abierto. Posiblemente su intención también era dividir a su gente para que se proveyeran más fácilmente. Vázquez de Tapia agrega que envió una carabela a Jamaica al mando de Pero González, natural de Trujillo, a comprar pan, tocino y puercos, habiéndolos en abundancia en esa isla, donde solían abastecerse las expediciones marítimas.[30]

Cortés navegó a la villa de la Santísima Trinidad, más o menos en el centro de la costa sur de Cuba. Los vecinos los re-

[29] Las Casas denuncia esto como un robo y afirma que, tras perpetrarlo, Cortés se hizo a la vela por la costa con "su usurpada flota", para apañar las provisiones que pudiera de los pueblos y puertos que encontrara por el camino.

[30] Así se afirma en las preguntas del juicio de residencia de Cortés, donde se agrega que Pero González cargó en Jamaica 2 000 cargas de pan cazabe y ochocientos y pico de tocinos. López de Gómara afirma que el enviado se llamaba Pero Suárez Gallinato de Porra, de Sevilla; mientras que en la *Vida de Cortés* se dice que el capitán mandó a Pedro de Alvarado, y que éste compró en Jamaica 1 500 tocinos, 2 000 cargas de pan cazabe y otras cosas.

cibieron con festejos y los aposentaron en sus casas. Él mismo se hospedó a un lado de la plaza central, en casa de Grijalva, fuera de la cual mandó colgar su estandarte y dar pregones, invitando a los pobladores a embarcarse con él. Se quedaron ahí 10 días.[31] La tranquila población se colmó de gran efervescencia y actividad, había apenas un par de decenas de casas, con una capilla de barro y rodeada de bohíos nativos situados sobre una loma, cayó en gran efervescencia y actividad.

Posiblemente Pedro de Alvarado fue quien se ocupó de organizar la bienvenida y los festejos, tanto él como sus cuatro hermanos —Jorge, Gonzalo, Gómez y Juan el viejo— tenían allí sus estancias. Según López de Gómara, en la Trinidad Cortés compró un navío a un Alonso Guillén y logró hacerse de centenar y medio de cerdos. Como ya no tenía efectivo con que costearlos entregó a los propietarios promesas de pago.

Se enteró de que un navío de un tal Juan Núñez Sedeño se encontraba en las cercanías, cargado de vituallas que llevaba a vender a las minas de oro. Decidido a hacerse con todos los víveres que pudieran, envió a Diego de Ordaz al mando de una carabela armada para interceptarlo y llevarlo hasta la punta de San Antón. Ordaz alcanzó el navío en el canal llamado de los Jardines de la Reina, cerca de la isla de Pinos; su capitán, en compañía de algunos de sus hombres, llevó a la Trinidad su carga: de mil a cuatro mil arrobas de pan cazabe (dependiendo de la fuente, lo cual aumentaba considerablemente sus reservas), 1500 tocinos secos y buena cantidad de gallinas.

Cortés lo convenció, con su almibarado verbo, de venderle todo, incluido el navío, pagándole una parte con unas

[31] Por lo menos así lo asegura Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. I, cap. XXII. En la pregunta número 11 de la probanza hecha por Ochoa de Lejalde, en octubre de 1520, se dice que estuvieron en La Trinidad "un mes y más", DC, I, p. 148.

lazadas y otras piezas de oro. Fue tanta su habilidad que Núñez Sedeño y sus hombres decidieron unírsele. Las Casas relata que en 1542 el mismo Cortés le contó estos sucesos, "riendo y mofando y con estas formales palabras: 'A la mi fe, anduve por allí como un gentil corsario. Dije yo, también riendo, pero entre mí: Oigan vuestros oídos lo que dice vuestra boca' ".[32]

En la Trinidad se alistaron más de un centenar de personas, varias habían participado en la expedición de Grijalva, desembarcando ahí a su regreso, donde esperaban la nueva flota anunciada por Diego Velázquez. Fray Bartolomé acusa a Cortés de haber embarcado a todos los taínos que pudo meter a bordo, lo cual estaba prohibido. En la Trinidad se unieron a la expedición varios de los hombres que más tarde jugarán un papel importante en la conquista de México-Tenochtitlan: los hermanos Alvarado, Alonso de Ávila, Juan de Fuenterrabia, Juan de Escalante, Diego de Pineda, Pedro

[32] Bernal Díaz afirma que Sedeño desembarcó voluntariamente en La Trinidad para hacer acato a Cortés y que éste lo convenció de irse con él. Según Las Casas, saliendo Cortés de Macaca vio venir un navío, procedente de Jamaica, cargado de pan cazabe, tocino y puercos, carga que iba a vender a las minas de Cuba (es decir, a los ríos donde se lavaba el oro). Cortés fue a tomarle todo a su legítimo dueño con ruegos, promesas y amenazas, aunque le pesó al propietario. Más adelante refiere el fraile que Cortés tuvo noticias en La Trinidad de otro navío cargado de víveres y que fue entonces que envió por él a Diego de Ordaz, no menciona a los propietarios de ninguno de los dos navíos. Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 66, sigue a fray Bartolomé; sin embargo, los demás cronistas mencionan sólo un navío, el de La Trinidad, propiedad de Juan Núñez, y la mayoría, excepto Bernal, afirman que Cortés envió a Ordaz tras éste. Al parecer Las Casas hizo de este incidente una doble narración, ya sea porque así lo escuchase, como dice, del mismo Cortés o de otras personas, ya sea por acumular más culpas sobre el extremeño.

Sánchez Farfán, Gonzalo Mejía, un Baena, Lares el buen jinete, Cristóbal de Olid y otros.

Cortés envió una misiva a la villa de Sancti Spíritus, a 62 kilómetros de la Trinidad, invitando a sus pobladores a unírsele. Acudieron al llamado otros personajes de primera línea en esta historia, Alonso Hernández Portocarrero, Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de León (pariente del gobernador), Rodrigo Rangel, Juan Sedeño (distinto de Juan Núñez Sedeño), los hermanos Gonzalo y Juan López de Jimena y otros. Hernández Portocarrero declaró en 1520, en La Coruña, que en su pueblo se pregonó que se repartiría la tercera parte del "rescate" entre los que se unieran a la expedición, mientras que las otras dos partes serían para pagar a los armadores y los navíos. Cortés recibió a los nuevos reclutas en las afueras de la población con salvas de artillería y organizó festejos en su honor.

Varios de los nuevos expedicionarios poseían estancias en los alrededores, de las que tomaron las provisiones que pudieron. Los equinos eran escasos en Cuba, y por lo tanto caros. Bernal Díaz escribe que "no se podían hallar caballos ni negros sino a peso de oro (vaya comparación); y a esta causa no pasaron más caballos, porque no los había, *supuestamente ni negros*" (las cursivas son mías). Fue ahí que se consiguieron las 16 bestias que llevarían consigo (11 machos y 5 hembras).

Según este cronista, la campaña contra Cortés arreció en Santiago una vez que zarpó. Los que más saña mostraban eran los muchos parientes de Diego Velázquez, haciéndoles coro un viejo, Juan Millán, al que llamaban "el astrólogo", del que algunos decían que era "atronado", y que tenía rasgos de locura; o tal vez fuera, como afirma Antonio de Solís, "loco de otro género, y locura de otra especie".

Importunaban constantemente al gobernador, murmurando que Cortés había salido de Santiago a "cencerros tapados", de noche y alzado. Afirmaban que Andrés de Duero y

Amador de Lares estaban conjurados con el extremeño, que éste se vengaría por la ocasión en que le tuvo preso y, en fin, fueron tantos sus decires, que Velázquez decidió enviar a toda prisa dos mensajeros montados a la Trinidad con orden para el alcalde mayor de la villa, Francisco Verdugo, casado con una hermana del gobernador, de arrestar a Cortés y detener su flota, pues le había revocado el mando otorgándoselo a Vasco Porcallo. Los mensajeros llevaban cartas de Velázquez para sus amigos y parientes de la Trinidad, como Diego de Ordaz y Francisco de Morla, pidiéndoles auxiliar a Verdugo en la delicada misión que le encomendaba.

Cortés fue prevenido de alguna manera; mantuvo largas pláticas con Ordaz (debe suponerse, por lo tanto, que éste aún no había partido a San Antón llevando el navío de Juan Núñez Sedeño), Francisco Verdugo y varios de los principales sospechosos de poder tomar partido por Velázquez. Una vez más, el carisma y las promesas del extremeño lo sacaron de apuros, los convenció de hacerse los disimulados ante las órdenes del gobernador y de escribirle que ellos no habían observado ninguna muestra de que estuviera en rebeldía, y que, como el capitán tenía de su parte un buen número de su gente molesta con el gobernador por no haber recibido encomiendas de indios, o tenerlas malas, no era conveniente irritarlos más.

Cortés persuadió a uno de los mensajeros de Velázquez, Pedro Laso de la Vega, de unírsele a la expedición. Con el otro envió una carta a Velázquez, escrita "muy amorosamente", rogándole no prestar oídos a las maledicencias de sus enemigos. También escribió a Andrés de Duero, Amador de Lares y a sus demás partidarios.[33] Cortés no era persona

[33] Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España,* lib. III, cap. XI, dice que el paje de cámara de Cortés, Diego de Coria, le confesó cómo el capitán "estuvo recogido ocho noches enteras escribiendo"; un poco más adelante el cronista agrega que le escribió también al rey, a su

a quien se pudiera tomar desprevenido, ordenó a sus partidarios tener sus armas en buen estado y que se hicieran casquillos y saetas para las ballestas. No descuidó detalle alguno; a un herrero, Cristóbal Sánchez, le pagó 100 pesos de oro por una fragua y unos trabajos de pavesas, anzuelos y arpones. Dice que compró un barco a Alonso Guillén y Alonso Dávila, otro a un Hernando Martínez, a quien le pagó. La larga estancia en la Trinidad costó mucho en avituallamientos y enseres. La apuesta era total y definitiva, es evidente que pensaba hacer un viaje sin regreso y obtener fama y poder o ser ajusticiado por rebeldía.

Finalmente, la flota zarpó de la Trinidad, poniendo las proas hacia la villa de San Cristóbal de la Habana, que en ese tiempo estaba en el lado opuesto de la isla, sobre las márgenes del río Onicaxinal, en el extremo superior del Golfo de Batabanó. Cortés envió a Pedro de Alvarado por tierra con los caballos y para recoger más voluntarios a su paso por las estancias, y a Juan de Escalante en un navío por la banda del norte, presuntamente para recoger también hombres y víveres.

Cuando Alvarado con sus caballos y Escalante con su navío llegaron a San Cristóbal de la Habana, Cortés aún no lo hacía. Lo esperaron cinco días, supusieron que se había perdido en los laberínticos y peligrosos bajíos e islotes de los Jardines de la Reina y decidieron enviar en su búsqueda tres navíos de los de menor calado. Pasaron dos días. Algunos expedicionarios, como Diego de Ordaz, se hacían lenguas sobre quién podría suplir a Cortés en el mando, ya fuese

---

padre Martín Cortés y al licenciado Céspedes. Afirma Cervantes que Cortés, desde Guaniguanico, había acordado con sus amigos alzarse contra Velázquez, por lo que se creía que se preparaban contra las medidas que éste pudiese tomar; tal vez sería entonces cuando el extremeño escribió todas las cartas que menciona su paje.

provisional o permanentemente, según la suerte que hubiera sufrido.

El problema fue que se había quedado varado en uno de los bajíos. Tuvieron que bajar a tierra la carga del barco por medio del batel para ponerlo de nuevo a flote. Poco después llegó a San Cristóbal de la Habana,[34] donde se aposentó en casa de Pedro Barba, teniente de Velázquez. Mandó poner los estandartes al frente e invitó a la población, mediante pregones, a unirse a la expedición; algunos lo hicieron.

En San Cristóbal de la Habana, como en la mayor parte de la isla, los pobladores eran afectos a Diego Velázquez, por lo que, habiendo llegado los rumores de la rebeldía de Cortés, o tal vez las órdenes del gobernador, se negaron a venderle víveres. Bernal Díaz asegura que Francisco de Montejo y otros de los vecinos llevaron pan cazabe y tocino a los navíos, pues no había más. La Probanza de Ochoa de Lejalde dice otra cosa: dice que Cortés adquirió allí, de Montejo y de otros vecinos, 410 cerdos y 1600 cargas de pan cazabe, de las cuales 500 fueron pagadas por Diego de Ordaz.

Se encontraban en la villa Cristóbal de Quesada (o Rodrigo, como se le llama en la *Vida de Cortés*), recaudador de diezmos del obispo de Cuba, así como un receptor de bulas, del cual no se proporciona el nombre. Ambos exigían a los ve-

[34] Según Andrés de Tapia, Cortés permaneció unos 15 o 20 días en los Jardines de la Reina. Esta parte de la historia es confusa. López de Gómara afirma que Cortés partió por tierra de la Trinidad, rumbo a San Cristóbal, que esa población se encontraba en la costa sur y que el capitán había enviado los navíos por delante. La pregunta número 33 del interrogatorio general del juicio de residencia de Cortés versa sobre si saben los testigos que Cortés fue de la Trinidad al puerto de la Habana Vieja, "que era en la costa del norte", DC, II, p. 228. Las Casas, *Historia de las Indias.*, vol. III, lib. III, cap. CXVI, específica que el extremeño pasó por la villa de San Cristóbal, en busca de víveres, la cual estaba situada en la costa del sur, y hasta después se pasó a la costa norte "donde agora llaman la Habana".

cinos de San Cristóbal que les pagaran con oro, aunque en esa comarca no lo había, y no en especie, como éstos les proponían. Cortés, que necesitaba los víveres, se ofreció a comprar a recaudador y receptor las deudas de los colonos, no se especifica con qué medios, y se las cobró en especie, adquiriendo de esa manera 2000 tocinos y otras tantas cargas de pan cazabe.

Por este tiempo llegaron a San Cristóbal de la Habana cartas de Diego Velázquez; en una para Cortés le rogaba esperar un poco, ya que, o bien iría a verlo o le enviaría a alguien para hablar de varios asuntos que les convenían. Otras, redactadas en tono muy distinto, eran para Pedro Barba, Ordaz y algunos de sus partidarios, pidiéndoles aprehender a Cortés por cualquier medio posible. Se dice que incluso Diego de Ordaz invitó al extremeño a cenar a bordo de su carabela, con la intención de detenerlo más fácilmente. Cortés se enteró y declinó la invitación, fingiendo una indisposición estomacal. Una de sus cualidades era ingeniárselas para obtener la mayor información posible.[35]

El capitán general notificó a sus partidarios de los intentos del gobernador para despojarle del mando, todos se ofrecieron a apoyarlo, llegando al grado de insultar públicamente

[35] Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. I, cap. XXIV, ofrece otra versión: narra que al enterarse Velázquez de que Francisco Verdugo y Diego de Ordaz favorecían la causa de Cortés montó de tal manera en cólera que "hacía bramuras" y envió a San Cristóbal de la Habana a un Gaspar de Garnica con órdenes para Pedro Barba, Juan Velázquez de León, Ordaz y todos sus parientes y amigos, para que tomasen preso a Cortés y se lo enviasen a Santiago. El mismo mensajero se lo notificó al capitán. Garnica llevaba también una carta de un fraile de la Merced, servidor de Velázquez, dirigida a fray Bartolomé de Olmedo, quien iba con Cortés, en la que Andrés de Duero y Amador de Lares avisaban a Cortés de la situación imperante en Santiago. Agrega Bernal que Cortés había enviado a Diego de Ordaz a San Antón, que Juan Velázquez de León estaba en malos términos con su pariente el gobernador, pues no le había concedido buenos indios, y que Cortés los convenció de seguir su causa.

a Velázquez. Pedro Barba respondió al gobernador diciéndole que no se atrevía a apresar a Cortés, ya no era tiempo para ello; el extremeño traía a mucha gente de su parte y se podría provocar una revuelta; además, según lo que había podido observar, Cortés era buen servidor de Velázquez.

Narra fray Bartolomé de las Casas que, en San Cristóbal de la Habana, "se mostró Cortés como gran señor y como si naciera en brocados y con tanta autoridad que no se osaba ninguno menear que no le mostrase amor y contentamiento de que él reinase". Bernal coincide en que fue ahí donde el capitán comenzó a comportarse como señor, le servían un maestresala, un camarero y un mayordomo.[36]

Pero el extremeño no las tenía todas consigo, por si acaso, decidió deshacerse de la presencia de Diego de Ordaz, enviándolo con una nave a Guaniguanico (llamado también Cabo San Antón), con órdenes de esperar ahí la llegada de un navío que iba por la costa del norte; ambas naves debían hacer la travesía a Cozumel, a menos que les enviara contraorden. Guaniguanico era un pueblo indígena, ocupado, entre otras cosas, en hacer pan cazabe, y había en él abundancia de cerdos. Juan Velázquez de León poseía una estancia en ese sitio.

Cortés ordenó que sacaran la artillería de los navíos, una decena de cañones pequeños de bronce (uno por barco) y cuatro cañones ligeros o falconetes, para limpiarlos y probarlos; que se armaran las ballestas, que los arcabuceros y ballesteros se ejercitaran; que se hicieran protecciones acolchadas para los soldados (tomando la idea de las armaduras indígenas vistas por Hernández de Córdoba y por Grijalva),[37]

[36] A decir de Juan de Cáceres, Cristóbal de Guzmán era el maestresala, Rodrigo Rangel el camarero y Juan de Cáceres su mayordomo, AGI, Justicia, leg. 223, p. 2, f. 227r [754].

[37] Curiosamente, H. Wagner no cree que los españoles usaran escaupiles, argumentando que nunca ha visto que apareciesen así en los

aprovechando que en San Cristóbal había buena cantidad de algodón. Con ello, además de mejorar su equipo y entrenar a sus hombres, impedía la holgazanería y, por consiguiente, los rumores. Pasó aquí un tiempo relativamente largo.

Como corría cada vez más la voz de que Velázquez intentaba venir en persona a destituirlo del mando, decidió que era tiempo de partir.[38]

La flota zarpó rumbo a Guaniguanico, el pequeño puerto bajo el Cabo San Antón. Allí Cortés ordenó realizar un alarde previo a su partida de Cuba. Se encontró que la armada estaba integrada de 11 navíos: la capitana, de 100 toneles; otras tres de entre 80 y 70 toneles; el resto eran pequeñas y sin cubierta;[39] el número de expedicionarios era de 550 según Bernal Díaz, mientras que Cortés da un número de 400 hombres de guerra en la Primera Relación, tal vez sin contar a los marineros (tan gran número de hombres seguramente sería una merma considerable en la escasa población española de Cuba). Existe un consenso, tras un examen de las fuentes, de

---

códices; agrega que Sahagún, al describir las armas y vestidos de los guerreros mexicas no los menciona ni los ha visto tampoco en los códices, véase *The Rise of Fernando Cortés*, p. 38.

38 En la Probanza de Ochoa de Lejalde, de octubre de 1520, la pregunta número 16 especifica que la flota de Cortés estuvo en San Cristóbal durante cuatro meses, del 23 de octubre al 23 de febrero, en el transcurso de los cuales aproximadamente 400 soldados, además de los marinos, comieron en la posada de Cortés a costa del extremeño, e incluso a los que, tal vez por dignidad, se negaban a asistir a esa posada se les enviaba una ración de pan y carne.

39 El tonelaje de un barco se medía según el número de toneles, o doble la cantidad de pipas de vino, que podía estibar. El tonel o tonelada era más o menos igual a 40 pies cúbicos. Con el paso del tiempo esta medida se usará como unidad de carga, tonelaje o capacidad en los barcos ingleses. A partir del siglo XVII se tomó la norma, en los países occidentales, de fijar el tonelaje oficial de un barco de acuerdo con una fórmula que tomaba en cuenta el largo, ancho y profundidad del navío, lo que proporcionaba una idea de su capacidad de carga.

que sumaban unos 750 hombres, de varias nacionalidades, los había venecianos, griegos, sicilianos, italianos, vizcaínos, montañeses, asturianos, portugueses, andaluces y extremeños.[40] También iban algunas mujeres; Dorantes de Carranza menciona ocho, entre ellas dos hermanas de Diego de Ordaz.[41] Asimismo, según López de Gómara y Las Casas (y a pesar de las Instrucciones de Velázquez), dos o tres centenares de nativos de las islas, algunas de sus mujeres[42] y un número no especificado de negros, todos destinados al servicio de los soldados.[43] Además dos religiosos: nuestro conocido clérigo Juan Díaz y el mercedario fray Bartolomé de Olmedo.[44] Como piloto mayor, Antón de Alaminos; tres escribanos del rey o notarios: Diego de Godoy, Fernán Sánchez de Aguilar y Jerónimo de Alanís; también los intérpretes Melchorejo y Francisquillo. La caballería estaba compuesta por 16 bestias, de las que Bernal Díaz ofrece una pintoresca lista con sus nombres, características y jinetes (una de las yeguas parió durante el viaje); y una cantidad no especificada de perros y cerdos.

40 Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, 2a. jornada, es el único cronista que nos proporciona esta relación.

41 Dorantes de Carranza, *op. cit.*, pp. 319-320.

42 H. Wagner dice que varios de ellos obtuvieron encomiendas en Nueva España, aunque tal vez fuesen de los llegados después con Narváez, véase *The Rise of Fernando Cortés*, p. 38.

43 En una Información del 20 de noviembre de 1520, un Xoan de Valdecillo declaró que en la flota iban 500 o 600 nativos, y Baltasar de Mendoza, alcalde ordinario de la Trinidad, que iban a bordo indígenas pero que no sabía cuántos, CDI, XXXV, 60, 63. En la Información de 1521 Juan Álvarez aseguró lo mismo, AGI, Justicia, leg. 49, f. 99. En el juicio de residencia de Velázquez se acusó a Cortés de haberlo permitido, AGI, Justicia, leg. 49, f. 99 [753].

44 Fray Bartolomé de Olmedo pertenecía a la orden de los mercedarios, era originario de la ciudad de Olmedo, llegó al Nuevo Mundo en 1516 y al parecer murió hacia 1524 o 1525.

Se enumeraron 10 piezas de artillería de bronce, 4 falconetes,[45] buena cantidad de pólvora y de pelotas (o proyectiles) para los cañones. Cortés nombró capitán de artillería a Francisco de Orozco, quien había sido soldado en Italia, lo cual era buena recomendación.[46] Los ballesteros eran 32 (Bernal dice que no recuerda bien su número) y los escopeteros apenas 13. Fue con tan escaso poder militar que el extremeño planeaba realizar sus sueños de conquista.

En cuanto al aprovisionamiento, la armada contaba con 5 000 tocinos, 6 000 cargas de maíz y otras tantas de pan cazabe (12 000 cargas, igual a 24 000 arrobas, suficiente para varios meses, unas 500 toneladas); gran cantidad de gallinas, cerdos, azúcar, vino, aceite, garbanzos, y legumbres; una respetable provisión de objetos de quincallería para el "rescate": cascabeles, espejos, sartales y cuentas de vidrio, agujas, alfileres, bolsas, agujetas, cintas, hebillas, cuchillos, tijeras, tenazas, martillos, hachas de hierro, camisas, turbantes, cofias, gorgueras, zaragüelles de lienzo; sayos, capotes, calzones y caperuzas de paño.[47] Era una expedición verdadera-

45 Estos cañones eran llamados "lombardas" por haberse elaborado en Lombardía en el siglo XIV, o "bombardas", de donde viene el verbo bombardear. Los falconetes pesaban cerca de 130 kilos, tenían un cañón de dos metros de longitud y utilizaban medio kilo de pólvora para disparar un proyectil de un kilo y medio.

46 H. Wagner opina que Bernal Díaz se equivocó y en realidad fue nombrado Francisco de Mesa, como lo fue después, véase *The Rise of Fernando Cortés*, p. 37.

47 Las fuentes muestran ciertas divergencias en cuanto a los efectivos de la expedición cortesiana: la Primera carta de relación menciona 10 carabelas, 400 hombres de guerra y 16 de a caballo; Diego Velázquez, en sus cartas al obispo Rodríguez de Fonseca y al licenciado Figueroa, de octubre y noviembre de 1519, dice que eran 600 hombres, misma cantidad que se cita en la Pesquisa de la Real Audiencia en La Española de diciembre de 1519; Pedro Mártir habla de 10 carabelas y 3 bergantines, 500 hombres y 16 caballos; Hernández Portocarrero, en su Declaración dice que eran 10 navíos; Martín Cortés, en el Me-

mente grande para la época, lo cual habla de las verdaderas intenciones de Cortés.

El cargamento fue repartido entre las naves. Cortés formó 11 compañías, una para cada nave y nombró 10 capitanes, cada uno al mando de un navío, exceptuando la capitana, que iría bajo su autoridad: Alonso de Ávila, Alonso Hernández Portocarrero, Diego de Ordaz, Francisco de Montejo, Francisco de Morla, Francisco de Saucedo, Juan de Escalante, Juan Velázquez de León, Cristóbal de Olid y un Escobar.[48] El capitán dio instrucciones a cada uno.

La bandera o estandarte que utilizó el extremeño tenía una cruz encarnada en medio de fuegos blancos y azules, en campo negro (sobre ella también existen divergencias: algunos dicen que estaba en campo verde; Bernal Díaz afirma

---

morial de marzo de 1520, que 10 carabelas y 400 hombres; Fernández de Oviedo, que 10 navíos, 3 bergantines, 500 hombres y 16 caballos; Andrés de Tapia, "Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre don Hernando Cortés, marqués del Valle, en la Nueva España", menciona 13 navíos, el mayor de ellos de unos 100 toneles, otros 3 de 60 y hasta 80, los demás pequeños y 560 hombres; López de Gómara 11 naves, 550 hombres, 200 indígenas de las islas y algunos negros e indias; Sepúlveda habla de 11 naves, con 2 de avanzadilla, 500 hombres y algunos caballos; Illescas, de 550 hombres y algunos taínos de servicio; La *Vida de Cortés* (que con esto finaliza), de 11 naves, más otras 2 de transporte, 530 infantes y 24 caballos; Las Casas, 550 hombres, incluyendo a los marineros, 200 o 300 indios e indias, ciertos negros esclavos y de 12 a 15 caballos; Cervantes de Salazar menciona a 550 españoles, de los cuales 50 eran marineros, 200 nativos isleños, ciertos negros, algunas indias para hacer pan y 16 caballos; Bernal Díaz (quien dice que el alarde se hizo tras llegar a Cozumel) menciona 11 navíos, 508 soldados, unos 100 marineros y 16 caballos y yeguas; Herrera, 11 navíos, 508 soldados, 110 marineros y 16 caballos.

48 Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 70, escribe que la flota estaba integrada por 11 navíos, pero enseguida enumera a 12 capitanes, diciendo que cada uno iba a cargo de una nave. Herrera anota a Pedro de Alvarado, omitiendo a Escobar; Solís a Alvarado y Ginés de Nortes en lugar de Ávila y de Escobar.

que estaba labrada de oro con las armas reales y una cruz de cada parte). Cortés había ordenado inscribirle alrededor un letrero en latín que, traducido, decía, "Amigos, sigamos la cruz; y nos, si fe tuviéremos en esta señal, venceremos", como si partiera a una guerra santa.[49]

Puso la armada bajo la protección de san Pedro, su patrono. Antes de zarpar, temprano por la mañana, asistieron a una misa del Espíritu Santo. Enseguida Cortés dirigió algunas palabras a su ejército, les habló de gloria y fama imperecederas, del servicio a España y al rey, de que partían a la conquista de grandes reinos que ganarían para la fe en una guerra justa y buena (sin tener elementos para hacer tal afirmación) y que en poco tiempo los haría a todos los hombres más ricos del mundo.

El 10 de febrero de 1519,[50] los expedicionarios embarcaron hacia las supuestas fabulosas tierras que, según sus sueños y esperanzas, pronto los harían ricos. Habían pasado tres meses desde su salida de Santiago de Cuba.[51]

49 H. Thomas, *La conquista de México*, p. 190, afirma que la cruz era azul; no he encontrado ninguna fuente que mencione tal cosa. Las armas de Carlos V eran el águila bicéfala de Austria, con los castillos y leones de Castilla y de León.

50 Fecha proporcionada por Bernal Díaz. Según López de Gómara fue el 18 de febrero; Las Casas dice que a mediados de febrero y, en la pregunta número 16 de la Probanza de Ochoa de Lejalde de octubre de 1520, se afirma que fue el 23 de febrero.

51 Cortés, Primera carta de relación; probanza hecha por Juan Ochoa de Lejalde, en Segura de la Frontera, octubre de 1520, *apud* DC, I, p. 149; Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, IV déc., lib. VI; Declaraciones de Francisco de Montejo y Alonso Hernández Portocarrero, DC, I, p. 109; Juicio de Residencia de Cortés, DC, II; Fernández de Oviedo, *op. cit.*, vol II, lib. XVII, cap. XIX, y vol. IV, lib. XXXIII, cap. I; Andrés de Tapia, "Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre don Hernando Cortés, marqués del Valle, en la Nueva España", CDH. II; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, pp. 21-24, 86; Las Casas, *op. cit.*, vol. III, lib. III, caps. CXIV-CXVI; *Vida de Cortés*, CDH, I; Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. II, caps.

Mientras tanto en Europa, el 12 de enero de 1519, murió el emperador Maximiliano de Austria, abuelo paterno de Carlos V. La corona del Sacro Imperio Romano Germánico no era hereditaria, sino electiva, por lo que los monarcas europeos se aprestaron a presentar sus candidaturas, sobre todo Francisco I de Francia, Enrique VIII de Inglaterra y Carlos I de España y V de Alemania (aunque no hablaba alemán y muy poco español, sus lenguas maternas eran el francés y el flamenco), quien, necesitado de apoyo, al fin consagró atención a su reino de España.

Llegados a este punto es conveniente dejar la flota en alta mar y abrir un paréntesis informativo sobre su capitán general: Fernando Cortés Monroy y Pizarro Altamirano, quien durante siglos ha sido un personaje sumamente controvertido; en México ha despertado y aún despierta pasiones y polémicas entre fervientes admiradores y furibundos detractores, de tal modo que el debate sigue vivo, como si se tratara de una eminente figura de actualidad; tan profundo ha sido el impacto de la llamada Conquista en este país. Tal vez la mejor manera de tener cierta objetividad es tratar de conocer al hombre a través de sus acciones, situándolas siempre dentro del marco de referencia de su época.

Hay quien ha dicho que la genealogía de Hernán Cortés se puede rastrear hasta la nobleza lombarda; sin embargo, no se conocen pruebas documentales para tal afirmación.[52]

XI-XIV, XX-XXIII; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. I, caps. XVII-XXVI; Herrera, *op. cit.*, vol. III, déc. II, lib. III, caps. XI-XIII, lib. IV, cap. VI; Argensola, *op. cit.*, cap. IV; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. I, caps. XI-XIV.

52 Lucas Alamán, en sus *Disertaciones sobre la historia de México*, vol. II, dis. 8, escribe que, cuando Gonzalo Pizarro, quien tenía parentesco con Hernán Cortés, fue llevado preso ante Pedro de la Gasca tras perder la batalla de Sacsahuamán, éste le reclamó su ingratitud hacia Carlos V, del que había recibido honra, riqueza y nobleza, y Pizarro le respondió: "Nobleza no, mi familia la trae desde los Godos".

Se sabe que formaba parte de una gran familia de hidalgos de Extremadura con la que tenía algún tipo de relación buen número de conquistadores procedentes de esa provincia. Cuando Cortés solicitó ingresar a la Orden de Santiago tuvo que probar ser hidalgo, tener "limpieza de sangre" y ser "cristiano viejo", es decir que ninguno de sus antepasados fuera judío o moro, desde los cuatro abuelos y tres generaciones atrás, y demostrar que no había desempeñado trabajos manuales o bajos.

En esa época la hidalguía significaba que quien ostentara el título de "hidalgo" o "hijodalgo" (es decir "hijo de algo o de alguien", entendiéndose por "alguien" una persona que formara parte de las clases dominantes) pertenecía de algún

---

El primer autor que escribió la biografía de Cortés, en 1530, fue Lucio Marinéo Sículo; fue él quien afirmó que la familia de Cortés provenía de Italia (basándose en que conoció en Roma a un gran letrado de noble linaje llamado Paulo Cortés). López de Gómara y el autor de la *Vida de Cortés* sólo dicen que los apellidos Cortés, Monroy, Pizarro y Altamirano eran muy antiguos, nobles e ilustres. Argensola, *Conquista de México*, cap. v, afirma que no es posible que Cortés ignorara su linaje, que los Cortés provenían de Lombardía, de donde pasaron a Aragón, y agrega que existían privilegios en los archivos, sobre todo en el de Barcelona, que demostraban que los Cortés descendían de Narnes Cortésio, rey de Toscania y de Lombardia, que pasó a España su hijo segundo, Narnes Cortésio, y que uno de sus descendientes, un tal Lope, se asentó en Trujillo y Medellín. Tal genealogía ocuparía aquí demasiado espacio, el interesado puede consultarla en Argensola. Dice también este cronista que Cervantes de Salazar escribió, en 1546, sobre esta ascendencia de Cortés a los reyes lombardos y que también lo hizo Gabriel Lazo de la Vega. Argensola estaba en buena posición desde la cual hacer esas investigaciones; su hermano Lupercio Leonardo de Argensola fue cronista de la corona y reino de Aragón desde 1599 hasta el día de su muerte, ocurrida en Nápoles en marzo de 1613; más tarde el mismo Bartolomé Leonardo de Argensola ocupó ese puesto y escribió una obra sobre la historia de Aragón. Vasconcelos recoge esta tradición en su biografía de Hernán Cortés, afirmando que el linaje de éste venía de Aragón y de la Italia lombarda.

modo a la nobleza, aunque fuera en su último escalón; y si bien un hidalgo pobre no contaba para mucho, gozaba del derecho de usar un escudo de armas y de ciertos privilegios, el principal de los cuales era la exención del pago de impuestos, así como el de ser decapitado en vez de ahorcado, si es que era sentenciado a muerte; además, podía vanagloriarse de tener una genealogía noble. Se accedía a la hidalguía ya fuese por la posesión de una casa solariega o por engendrar siete hijos varones legítimos, ya que había gran necesidad de soldados. Siendo hidalgo tanto por su linaje paterno como por el materno, Cortés tenía derecho a usar el título de "don", lo cual se negaba a hacer, por lo que sus amigos y compañeros lo llamaban Cortés a secas.

Su abuelo paterno fue Hernán Rodríguez de Monroy (de ahí que lo bautizaron con el nombre de Hernán), quien era miembro de la casa noble de los Monroy, antigua familia originaria de Cantabria, formando parte de los "viejos cristianos" que participaron en la lucha de reconquista contra los musulmanes. Los Monroy tenían su feudo en el valle del Tajo, en la población aún llamada Belvís de Monroy, donde todavía existe su castillo. Su presencia también era importante en Salamanca y en Plasencia, donde puede verse su casa señorial.

Sus abuelos maternos eran Diego Alonso Altamirano, de la conocida familia extremeña de los Altamirano, y Leonor Sánchez Pizarro, nativa de Medellín, de aquí su parentesco con Francisco Pizarro, conquistador del Perú.[53] Diego fue mayordomo de Beatriz Pacheco, condesa de Medellín; fungió como alcalde de la ciudad y escribano (notario), ya que era jurista, probablemente graduado en la Universidad de Salamanca. Los Altamirano llevaban también el apellido de

[53] Juan Suárez de Peralta, *op. cit.*, cap. VII. H. Thomas asevera que Hernán Rodríguez de Monroy era padre de Rodrigo de Monroy, que a su vez engendró, al parecer ilegítimamente, a Martín Cortés, padre de Hernán, véase *La conquista de México*, pp. 149-150.

Orellana, nombre de un pueblo donde aún es visible el castillo de los Altamirano, a unos 40 kilómetros de Medellín. En el pueblo de Trujillo había dos grandes familias hidalgas: los Altamirano y los Pizarro. Debido al matrimonio de sus padres Hernán Cortés pertenecía a ambas.

Sus progenitores fueron Martín Cortés de Monroy y Catalina Pizarro Altamirano, provenientes de Salamanca y establecidos en la villa de Medellín, provincia de Extremadura (así llamada porque en algún momento de la Reconquista era la "frontera extrema" de Castilla y de León). Martín Cortés tuvo varios cargos oficiales, como los de regidor y procurador de la villa, cargos otorgados a hidalgos con ciertos medios, pues eran costosos. Alcanzó el grado de capitán de caballería en las fuerzas de Alonso de Monroy,[54] que gozaba de la posición de clavero de Alcántara (el clavero tenía bajo su custodia las llaves de un castillo, o de un convento principal, por tanto encargado de su cuidado y de defensa; este cargo se confería tanto en la Orden de Alcántara como en otras órdenes), el título era llevado por el adjunto del gran comendador de la orden militar de Alcántara, y Alonso lo fue por varios años, antes de convertirse en gran maestre de la orden, grado que luchó por obtener en contra de la decisión de la reina Isabel, cuyos intereses defendió por medio de las armas don Alonso de Cárdenas, maestre de la Orden de Santiago, que logró vencer a Alonso de Monroy

[54] López de Gómara dice que Martín, de mancebo, fue teniente de una compañía de jinetes de su pariente Alonso de Hermosa, capitán de Alonso de Monroy, clavero de Alcántara y que se quiso hacer maestre de su orden contra la voluntad de la reina, por lo que le hizo guerra don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago, véase *Historia general de las Indias*, II, 13. Argensola, *Conquista de México*, cap. V, dice que Martín era capitán de infantería. Dorantes de Carranza confunde al hijo con el padre y escribe que fue Hernán Cortés quien luchó bajo Alonso de Hermosa, un capitán de Alonso de Monroy, véase *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*, pp. 83-84.

tras prolongada lucha. (En Extremadura hubo en esa época constantes enfrentamientos entre las familias nobles, como parte de la guerra civil de 1475-1479 desencadenada por los problemas de sucesión entre los Reyes Católicos y la llamada Beltraneja, sobrina de la reina Isabel, cuyas pretensiones al trono apoyaba Portugal.) La guerra fue ganada por Isabel, por lo que los bienes de los rebeldes fueron confiscados, posiblemente entre ellos los de Martín Cortés.

Varios cronistas afirman que Martín Cortés se distinguió por su vida devota, piadosa y caritativa. Las Casas menciona que Hernán era "hijo de un escudero que yo cognosci, harto pobre y humilde, aunque cristiano viejo y dicen que hidalgo", y que su madre era muy honesta, religiosa, severa y recatada (lo cierto es que Martín Cortés tuvo acceso a la corte de Carlos V). Según esta versión, los recursos económicos del matrimonio eran limitados, provenientes en su mayor parte de la comercialización de los productos agrícolas que obtenían con el cultivo de un solar de su propiedad, así como de las rentas de algunas casas que poseían en la villa. A decir de López de Gómara, Catalina, la madre de Hernán Cortés, era "recia y escasa", poco emocional, tendiendo a la frialdad, aunque modesta, honesta y buena esposa. Siempre fue por su padre por quien Hernán sintió gran afecto.

Suárez de Peralta asevera que eran "en extremo pobrísimos", aunque, viviendo en una región como Extremadura, en la que muy pocos eran ricos, su situación económica no sería ninguna excepción. De acuerdo con un estudio reciente, los bienes de Martín y Catalina no eran muchos: un molino a orillas del río Ortigas; un colmenar al sur de Medellín, capaz de producir hasta 20 arrobas de miel; una viña en el pago de la Vega, entre el Guadiana y el camino de Don Benito, que daba hasta 300 arrobas de uva; una casa en la plaza principal de Medellín, y algunas otras en la misma

población, además de unos 5000 maravedís de censo sobre casas y tierras.[55]

Hernán Cortés nació en Medellín, al parecer en 1485,[56] se dice que era hijo único.[57]

[55] Celestino Vega, "La hacienda de Hernán Cortés en Medellín", *Revista de Estudios Extremeños*, Badajoz, 1948, *apud* Mario Hernández de Sánchez-Barba, en su "Introducción" a las *Cartas y documentos de Hernán Cortés*. Como punto de comparación, José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, p. 108, dice que en la marinería de esa época el salario anual más bajo era el de paje y ascendía a nueve o diez mil maravedís.

[56] López de Gómara da la fecha de 1485, sin día ni mes. De acuerdo con J. L. Martínez, *Hernán Cortés*, pp. 107-108, posiblemente éste nació en el mes de julio, pues en una relación en que está registrada la primera salida de Cortés de España a las Indias (atribuida a López de Gómara hacia 1552) se dice que nació "en fin del mes de julio", siendo el único documento conocido que lo menciona. Escribe J. L. Martínez que Julio le Riverend (que no menciona su fuente, pero que tal vez lo dijo basado en un símil entre los nacimientos de Cortés y de Lutero mencionado por algunos cronistas), opina que el primero nació "quizás el 10 de noviembre", siendo otra posibilidad el 30 de mayo, por ser el día de San Fernando.

H. Thomas, *La conquista...*, nota 9, p. 742, asevera que Cortés nació en 1482, ya que al declarar en 1532 como testigo en una Información sobre méritos de Juan González Ponce de León, juró tener más de 50 años; y que además, junto a un retrato de Cortés, en *Cortés valeroso* de Lasso de la Vega, existe una inscripción que dice "aetatis 63" (Cortés murió en 1547), lo cual ubicaría su fecha de nacimiento en 1484. En su última carta a Carlos V, del 3 de febrero de 1544, el extremeño afirma tener 60 años, lo que nos lleva a 1484 como año de nacimiento.

Fray Jerónimo de Mendieta aseguraba que Cortés y Lutero nacieron el mismo año, eligiendo Dios a Cortés para compensar, por medio de los miles de conversos del Nuevo Mundo, a la grey católica que Lutero apartó de su fe; y agrega que, de la misma manera misteriosa, Lutero empezó en 1519 su obra "maléfica" y Cortés a "predicar" el Evangelio en la conquista de México. El fraile afirma que, en "confirmación de esto", el año de 1485 se dedicó el Templo Mayor en Tenochtitlan, sacrificándose en las celebraciones a miles de seres humanos: "Mirad si el clamor de tantas almas y sangre humana derramada en injuriar a su Criador sería bastante para que Dios dijese: Vi la aflicción de este miserable pueblo; y también para enviar en su

La villa de Medellín era de gran antigüedad, fue fundada por el romano Quinto Cecilio Metelo hacia el año 80 a. C., como posición fortificada. Conocida en tiempos romanos como Metellium Caeciliae, situada en el centro de la provincia de Extremadura, en las márgenes del río Guadiana; los romanos construyeron un puente, una fortaleza, templos, un teatro y un foro. Hacia el siglo VIII fue tomada por los árabes que la ocuparon durante siglos. En tiempos de Hernán Cortés era un poblado pequeño, de unos 3 000 habitantes, lleno de actividad y de prosperidad, buena parte de la cual se debía a sus judíos.

Aún dominan la villa las ruinas del castillo fortificado de los condes de Medellín, construido en el siglo XIV sobre una colina inmediata a la población. Al mismo siglo pertenecen los restos de murallas que aún pueden verse. Cuando los franceses, encabezados por Napoleón, invadieron España, ocuparon el castillo de Medellín de marzo a mayo de 1809, antes de retirarse dejaron la villa en ruinas (la casa de Martín Cortés entre otras). De la vivienda donde nació Hernán sólo permanece un fragmento de muro en la plaza principal, en cuyo centro se levanta un monumento, erigido en 1919, en su base hay unas placas conmemorativas en las que están inscritos los nombres de cuatro batallas principales de Cortés (tres de ellos con faltas ortográficas). En lo alto una estatua de Cortés, obra de E. Barrón, que, por decir lo menos, es de mal gusto, ya que el extremeño aplasta con un pie la cabeza de un indígena muerto. En la iglesia de San Martín, también en esa plaza, se muestra la pila donde se dice fue bautizado.

---

nombre quien tanto mal remediase, como a otro Moisén a Egipto. Y que Cortés naciese en aquel mismo año, y por ventura el día principal de tan gran carnicería, señal particular y evidencia de su singular elección". Todo esto lo repite Torquemada en su *Monarquía indiana*, sentenciando que ciertamente no carece de misterio.

Desafortunadamente sabemos muy poco sobre su niñez.[57] Tanto en su casa como en su círculo familiar debió privar cierto grado de la cultura hidalga de la época. Se dice que no gozó de salud perfecta; al respecto, López de Gómara afirma que se crio tan enfermo que varias veces estuvo a

---

Lutero nació el 10 de noviembre de 1483. Carlos Pereyra, *Hernán Cortés*, pp. 4-5, atribuye el origen de esta confusión a Pizarro y Orellana. Pereyra afirma que, si bien Lutero no nació en 1485, ese año sí fue el natalicio de Doña Juana, de quien dice casó con Enrique VIII, ligando de esta manera su nombre al cisma de Inglaterra. En realidad, Juana nació en 1479 y no se casó con Enrique VIII, sino con Felipe el Hermoso; la que si nació en 1485 y se casó con Enrique VIII fue su hermana Catalina, ambas hijas de los Reyes Católicos. Según J. L. Martínez, *Hernán Cortés*, pp. 107-108, fue Gabriel Lasso de la Vega, en su poema *Primera Parte del Cortés valeroso y Mexican*a, Madrid, 1588, quien dio inicio a la falsedad del nacimiento el mismo año tanto de Cortés como de Lutero. En Medellín una piedra conmemorativa se levanta donde estuvo la casa paterna de Cortés; según su leyenda, el extremeño nació en 1484.

57 Sin embargo, hay referencias a posibles hermanas: Fernández de Oviedo llama a Francisco de las Casas "cuñado de Cortés", lo mismo hace López de Gómara. García Icazbalceta menciona un documento en el que se nombran a dos cuñados más de Cortés: Diego Valdés y Blasco Hernández. El mismo Cortés menciona en su Quinta carta de relación a un "sobrino" que fue con él a las Hibueras. Es posible que se tratara de medias hermanas.

57 López de Gómara fue el primero que publicó algo sobre la niñez del extremeño, aunque bien poco; para esa fecha, 1541-1545, ya sus padres habían muerto y sólo un pariente de Cortés en España pudo habérselo contado, si damos por hecho que no conoció a Cortés; ése era Francisco Núñez, hijo de Francisco Núñez de Valera, con quien Cortés vivió dos años en Salamanca, el hijo era licenciado en 1522, por tanto con edad como para haber conocido a Cortés de chico. Fue representante legal de Cortés en España tal vez hasta 1544; en 1545 Núñez lo demandó y el año siguiente formuló una probanza, una de cuyas preguntas decía que Martín Cortés, su padre, e Inés Gómez de Paz, la madre de Núñez, eran hermanos. Cortés respondió diciendo que Núñez era hijo de una hija que su abuelo tuvo con una mujer llamada Paz, mas no era la hija de su abuela. Véase H. Wagner, *The Rise of Fernando Cortés*, pp. 1-2.

punto de morir, lo cual es dudoso, y que fue salvado por su ama de leche, o nodriza, María de Esteban, quien echó suertes sobre los nombres de los 12 apóstoles a fin de que Hernán contase con un santo patrono que lo protegiera; le tocó en suerte esta difícil tarea a san Pedro, a cuyo nombre se hicieron misas y oraciones para que devolviera la salud a su nuevo protegido. Tal vez con estas historias pías se trataba de indicar que Dios lo protegía como su elegido para llevar su mensaje al Nuevo Mundo. Sea como fuere, a lo largo de su vida Cortés profesó gran devoción por su santo patrono y conmemoraba su día cada año, aunque durante la azarosa vida que llevó no dio muestra alguna de ser enfermizo, sino todo lo contrario.

Suárez de Peralta proporciona un dato adicional. Narra que, siendo sus padres tan pobres, llegó el momento en que no podían ofrecerle un buen futuro, por lo que, como era la costumbre de la época, trataron de colocarlo de paje en alguna casa noble y rica. Al no tener éxito lo enviaron a servir en una iglesia de Medellín, presumiblemente como monaguillo.

Cortés debió de contar con una educación básica, lo cierto es que hacia los 14 años sus padres lo enviaron a la famosa Universidad de Salamanca,[58] deseando que estudiara leyes,

[58] Carlos Pereyra, *Hernán Cortés*, pp. 8-9, escribe que un arriero llamado el Tío Picos Pardos fue quien lo condujo a Salamanca, y que por casualidad era, de todos los arrieros, el que más sabía sobre las lejanas Indias. Afirmaba el tío, entre otras maravillas, haber visto con sus propios ojos las 96 o 150 libras de perlas que fueron confiscadas por los oficiales reales en un puerto de Galicia a Peralonso Niño, haber dado la mano a un nativo del Nuevo Mundo que estaba siendo vendido en Sevilla por Merigo Vespuche, haber poseído plumas de papagayo que le dio un paje y haber escuchado de un navegante que al meter los barriles en los ríos de las Indias para tomar agua el oro brotaba entre sus aros. Desafortunadamente Pereyra no cita su fuente. H. Thomas, *La conquista...*, pp. 155-157, a pesar de que opina

"facultad rica y de honra entre todas las demás", a decir de López de Gómara. Fundada desde principios del siglo XIII pronto estuvo a la altura de las de París, Bolonia y Oxford y ejerció gran influencia en la formación del pensamiento político de España durante el siglo XVI. Salamanca era también la ciudad de donde se ha dicho que era originario Martín Cortés.[59]

Hernán se hospedó en la casa de Francisco Núñez de Valera, casado con Inés de Paz, hermana, o medio-hermana, de Martín Cortés. Francisco era jurista y escribano (notario) y profesor de la universidad. Enseñó a Hernán gramática (es decir latín), cátedra que impartía en la universidad. El hijo de Francisco Núñez de Valera, llamado también Francisco, acompañó a Hernán en esos años de juventud; posteriormente el extremeño lo designó como su representante ante Carlos V y el Consejo de Indias. Toda su vida mantuvo buena relación con los Núñez y Francisco defendió siempre los intereses de su primo.

Cortés estudió dos años en Salamanca, afinó su latín y aprendió derecho jurídico y canónico. Dice Las Casas que: "Hacía ventaja en ser latino, solamente porque había estudiado leyes en Salamanca y era en ellas bachiller". Bernal Díaz declara que Cortés "era latino, y oí decir que era bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados y hombres latinos, respondía a lo que le decían en latín".[60] Hay polémica en cuanto a si se recibió de leyes o no. Según López de Gómara,

---

que Cortés nació en 1482, escribe que en 1496, a los 12 años, no a los 14 como sería de suponerse dada esa fecha, partió a Salamanca; poco más adelante dice que en 1501, a los 19 años, regresó a Medellín.

59 J. L. Martínez, *op. cit.*, p. 108.

60 José Vasconcelos afirma que Cortés asistió a la Universidad de Alcalá de Henares tras sufrir un prolongado ataque palúdico, véase *Hernán Cortés, creador de la nacionalidad*, p. 17; no cita sus fuentes y no he podido encontrar de dónde tomó tal afirmación.

Hernán regresó a Medellín sin haber ido a la universidad, habiendo cursado solamente la escuela de gramática, lo que provocó el descontento paterno, aunado ello a su carácter inquieto y bullicioso. Cervantes de Salazar asevera que volvió al hogar paterno debido a que estuvo muy enfermo de fiebres, mientras que Illescas afirma que había ido a Salamanca con pocas ganas y en contra de su voluntad, pues sus inclinaciones eran otras; a su regreso sus padres lo trataron tan ásperamente que determinó irse a probar ventura. Cortés mismo nunca afirmó haber ido a la universidad ni hablaba de sus días estudiantiles. Las Casas dice que Cortés era latino y bachiller en leyes. Poseía conocimientos jurídicos e históricos, dominaba bien el latín y era un poco poeta, pero tenía un pobre manejo de la pluma. Uno de sus profesores en Salamanca, y su primer biógrafo, Marinéo Sículo, afirma que Cortés fue latinista. En Salamanca las clases eran en latín, así que muy probablemente lo aprendió desde antes de ir a esa ciudad.

Es saludable tener en mente que en esa época los estudios superiores se hacían a una edad más temprana que hoy en día, por lo que ser bachiller a los 16 años era la norma. Las Casas y Bernal Díaz afirman que era "bachiller en leyes". El bachillerato tomaba sólo dos años de estudios, en tres más se era licenciado. Sea como fuere, posteriormente la Universidad de Salamanca rindió tributo a su estudiante, erigiendo en su campus un busto y una inscripción alusiva.

Suárez de Peralta dice que trabajó en Valladolid un año con un notario.

Lo más probable es que tras acabar el bachillerato decidiera buscar fortuna y no continuar con la licenciatura, siendo poco inclinado a la quietud del estudio, aunque no hay que descartar que tal vez estuviera algún tiempo en el curso de derecho, o que influyera en su decisión de abandonar sus estudios el nombramiento, en 1501, de Nicolás de Ovando

como gobernador general de las Indias. De ello hablaremos más adelante.

En su Quinta carta de relación Cortés dice de sí mismo "un escudero como yo". Las Casas afirma que era "un pobrecillo escudero". En aquel tiempo los escuderos eran hidalgos; en el escalón más bajo de la nobleza había muchos de ellos, aspirando siempre a subir de nivel y pasar a los rangos nobles superiores, a tener un escudo de armas, a ingresar a una orden militar. El orgullo era una de sus características, por lo que rehusaban realizar cualquier tipo de trabajo manual, reservado a las clases bajas; eso les dejaba poco margen de elección respecto a cómo ganarse la vida; los caminos posibles se resumían en el dicho "iglesia, mar o casa real". Eliminada para Cortés la Iglesia le quedaban los otras dos, para seguirlas existían dos vías que prometían fortuna: ir a Nápoles a alistarse en las filas del Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, el militar más prestigioso de su tiempo, o marcharse a las Indias, de las que tantas historias de riqueza se contaban. Pronto zarparía la flota en la que partió hacia el Nuevo Mundo el nuevo gobernador de las islas, Nicolás de Ovando, quien tenía algún grado de parentesco con la familia de Cortés. El extremeño decidió que tendría más oportunidades de hacerse rico en las Indias (siempre el espejismo dorado de América), y buscó embarcarse con el nuevo gobernador.

Mas aún no era llegado su tiempo. Según López de Gómara, un motivo baladí le impidió unirse a la flota de Ovando. Una de las debilidades de su carácter era la de la carne, siempre tuvo aventuras galantes. En esa ocasión fue de noche a visitar a un amor prohibido y, al intentar subir a la ventana de la mujer en cuestión, el muro, mal cimentado, no aguantó su peso y se vino abajo con todo y el atrevido galán. El estrépito fue tal que un recién casado salió

a la calle a averiguar la causa, al ver a Cortés en el suelo, cerca de su puerta, intuyó sus intenciones, desenvainó su espada e intentó matarlo; tal vez lo habría logrado de no impedírselo la suegra del ofendido. López de Gómara no menciona si la dama objeto de los amores de Cortés era la esposa del espadachín; Dorantes de Carranza afirma que sí. Debido a la caída, al susto, o ambas cosas, Hernán enfermó sufriendo de fiebres por largo tiempo; sea esto cierto o no, el hecho es que la flota de Ovando partió sin él.

López de Gómara pasa por alto los acontecimientos subsiguientes, limitándose a escribir que Cortés "anduvo a la flor del berro", no sin pasar estrecheces. Suárez de Peralta ofrece otra versión, dice que partió a Valladolid, donde se encontraba la corte, y encontró trabajo por más de un año con un escribano del que aprendió el oficio de redactar documentos legales, lo cual hacía muy bien; ganó algunos reales y después partió a pie rumbo a Italia, haciendo sus jornadas de mala gana. El escaso dinero que llevaba estaba por terminarse, así que lo pensó mejor y se desvió hacia Sevilla, con la intención de embarcarse a las Indias, sin haberse despedido de sus padres. En Sevilla trabajó de nuevo como escribano, logró negociar su pasaje a las islas del Nuevo Mundo y finalmente se embarcó rumbo a La Española. De acuerdo con López de Gómara regresó a Medellín antes de partir a Sevilla y dejó el hogar con la bendición de sus padres, quienes incluso le dieron algún dinero.

En ese tiempo Sevilla era la ciudad más poblada de España, contando con unos 40 000 habitantes, y también uno de sus principales puertos. A decir de López de Gómara y de Cervantes de Salazar, Hernán Cortés tendría 19 años cuando se embarcó en un navío de Alonso de Quintero, vecino de Palos de Moguer, que zarpó de Sanlúcar de Barrameda, el

puerto de Sevilla, a principios de 1504, mismo año en el que murió la reina Isabel la Católica.[61]

El navío partió de España en compañía de otros cuatro, cargados con mercancías. El autor anónimo de la *Vida de Cortés* narra unas anécdotas piadosas ocurridas durante la travesía: tocaron tierra en la isla Gomera, en las Canarias, a fin de reabastecerse. Quintero, deseoso de adelantarse a los demás para llegar primero a las Indias y vender a mejor precio sus mercancías, zarpó en secreto durante la noche. Su ambición le llevó a un mal predicamento; a poco navegar el mal tiempo ocasionó la rotura de un mástil que cayó con gran estruendo sobre cubierta, y que habría matado a varios de los tripulantes si éstos no hubieran estado comiendo a popa de las viandas que Cortés llevaba y que éste les convidó. La averiada nave tuvo que volver a la Gomera. Quintero rogó a los capitanes de los otros barcos que lo esperaran mientras la reparaban, accedieron y volvieron a zarpar juntos.

Quintero, irredento, viendo que el mar estaba en calma, ordenó desplegar las velas para adelantarse y de nuevo sufrió las consecuencias. En un momento dado el piloto Francisco Niño de Huelva declaró que estaba perdido. Asegura el

61 H. Thomas, *La conquista…*, p. 694, transcribe un documento tomado del Archivo de Protocolos, Sevilla, of. IV, lib. 29, en el que se dice que Fernando Cortés se obligaba a pagar a Luis Fernández de Alfaro, maestre de navío, 11 pesos de oro fundido y marcado, como pago por el importe de su pasaje y mantenimiento en la nave San Juan Bautista, que lo llevaría hasta el puerto de Santo Domingo, en la isla Española. Está fechado a 29 de agosto, aunque no se indica el año. Pero como el documento se encuentra en el libro correspondiente a 1506, entre otros dos con fecha de ese mismo año, Thomas supone que Cortés se embarcó en 1506 y no en 1504, como se ha venido diciendo, aunque afirma que finalmente no se embarcó con Luis Fernández, sino con Antonio Quintero, en su nave llamada La Trinidad. Sin embargo, Cortés mismo afirma que fue en 1504.

autor de esta historia que una persona de todo crédito y autoridad le contó que Quintero, celoso de que Francisco Niño hubiera obtenido el contrato de piloto en vez de su padre, sobornó a los que llevaban el timón mientras Niño dormía, de manera que el navío perdiera el rumbo y Niño quedara mal. Quintero culpó de ineficacia al piloto y éste a su vez culpó a Quintero; los pasajeros se lamentaban, algunos lloraban, los alimentos escasearon, el agua se acabó, durante 20 días sólo pudieron beber del agua de lluvia que recogían en lienzos y velas. Temiendo lo peor se confesaron, imaginándose en manos de los caribes caníbales.

El Viernes Santo ocurrió lo que calificaron como un milagro: hacia la puesta del sol una paloma se posó sobre la gavia de la nave, signo seguro de tierra cercana. Los tripulantes, llorando de alegría, dieron gracias a Dios. No faltó quien asegurara que su salvación provenía nada menos que del Espíritu Santo. Pusieron la proa hacia donde había volado la paloma y cuatro días más tarde vieron una costa que probó ser la de La Española. En otros cuatro llegaron a la villa de Santo Domingo, situada en la desembocadura del río Ozama, en cuyo puerto ya hacía varios días habían anclado las otras naves que los daban por perdidos.[62] Historia parecida a la de la enfermedad de niño que sufrió Cortés según López de Gómara, y que tendría la misma intención de mostrar cómo la divinidad había elegido a Cortés para ser el portador de la religión católica a la Nueva España.

Mientras tanto en las islas habían ocurrido sucesos significativos. Debido a la mala administración y gobierno de Cristóbal Colón, a mediados de 1500 los Reyes Católicos enviaron a un hermano de Beatriz de Bobadilla, gran amiga

[62] En 1504 el Viernes Santo cayó en 5 de abril, y la Pascua del 7 al 9; hacia el 12 o 13 llegarían al puerto, *cfr.* Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 12.

de la reina Isabel, un tal Francisco de Bobadilla, a quien encargaron restablecer el orden, apresar a Colón y a sus hermanos y enviarlos a España; así lo hizo, con la indignación agraviante de remitirlos encadenados. Colón fue perdonado, pero no se le restituyó el mando, aunque se le permitió hacer un cuarto y último viaje al Nuevo Mundo en abril de 1502. Murió en Valladolid en mayo de 1506.

El 3 de septiembre de 1501 los reyes nombraron gobernador de las islas a Nicolás de Ovando, comendador de Lares de la Orden de Alcántara, una de las cuatro grandes órdenes militares de España (junto con las de Santiago, Calatrava y Montesa). Como ya vimos, Alonso de Monroy fue gran maestre de la Orden de Alcántara y, como parte de las negociaciones de paz, tuvo que nombrar a Nicolás de Ovando comendador de Lares, a expreso pedido de su padre Diego de Cáceres, casado con Teresa de Ovando, prima de Alonso (de allí la conexión con Cortés).

La flota que llevó a Ovando a La Española ya no era de descubrimiento o de exploración, sino de franca colonización. Integrada por 30 naves que llevaban a bordo 2 500 personas, así como gran cantidad de vacas, ovejas, cerdos, caballos y semillas.

Ovando refundó la villa de Santo Domingo en las orillas del Ozama, dotándola de una pequeña fortaleza y de las primeras casas de piedra. Intentó pasar del cultivo de maíz al de trigo con pobres resultados, pues, ante la carencia de cercos, el ganado pastaba libremente y destruía las milpas taínas. El hambre y las enfermedades se ensañaron tanto en los indígenas como en los españoles. De los iniciales 2 500 colonizadores habían fallecido 1 500 cuando llegó Cortés con algunas cartas de recomendación para su pariente el gobernador.

A la llegada del extremeño, Ovando estaba ausente de Santo Domingo, así que fue recibido por uno de sus secretarios, un tal Medina, que le ofreció hospedaje y lo puso al

tanto de la situación, aconsejándole que el mejor curso de acción que podía tomar era el de avecindarse en la villa, pues entonces podría pedir una caballería de tierra gratuita para establecerse (ésta comprendía un solar en donde construir una casa y alguna tierra para labranzas). No pasaría mucho tiempo, le decía Medina, antes de que tuviera la oportunidad de ganarse un buen repartimiento de indios, y pasados cinco años, en el transcurso de los cuales no podría abandonar la isla sin un permiso de las autoridades, so pena de perder sus derechos, quedaría en libertad de vender o cambiar a su mejor conveniencia sus propiedades y marcharse a donde quisiera.

Las condiciones en La Española distaban mucho de las que podría haber imaginado Cortés: con una ausencia casi total de reglas, las ambiciones y emociones de los colonos corrían sin freno, al igual que la corrupción. Los indígenas estaban en vías de extinción, tan desesperados que sus mujeres se negaban a dar a luz, prefiriendo abortar, y abundaban los suicidios.

Tal estado de cosas no concordaba con los sueños de fama y fortuna que acariciaba el extremeño, quien tal vez había creído que de inmediato podría recoger buena cantidad del oro que le contaron abundaba en las Indias. Medina le aseguró que ya no era tan fácil de encontrar como al principio.

Cuando Ovando regresó, Cortés se apresuró a ir a besarle las manos, entregarle las cartas de recomendación que traía y contarle las últimas noticias de España y Extremadura. El gobernador logró convencer al impaciente joven de que, por el momento, se estableciera en la villa. Según Dorantes de Carranza, mandó hospedarlo con un caballero llamado Gonzalo de Guzmán, propietario de un trapiche de azúcar en Haina, a cuatro leguas de la población, al que Cortés auxilió durante un año con tal eficacia y diligencia que

se ganó su buena voluntad y lo invitó a trasladarse a su casa en Santo Domingo.

A decir de Cervantes de Salazar, en esa época Cortés estaba muy pobre, tanto que cuando salía a la plaza tenía que compartir una sola capa con dos amigos, pero sus sueños de riqueza jamás lo abandonaron; afirmaba "que había de comer con trompetas o morir ahorcado". Bernal Díaz relata que cuando estuvo Cortés en La Española era "algo travieso sobre mujeres", llegando en ocasiones al punto de tener riñas a cuchilladas, de las que siempre salía victorioso, aunque en una recibió tal herida que le dejó una cicatriz permanente cerca de la boca, que ocultaba con su barba.

El inicio de su fortuna lo debió a su participación en una campaña, al mando de Diego Velázquez, destinada a "pacificar" a los nativos de la sierra de Baoruco y de Xaragua (la futura Trinidad), donde reinaba la cacica Anacaona, que gobernaba a raíz de la muerte de su hermano. La señora se había levantado en armas hacía algún tiempo contra los odiados blancos que destruían a su raza. En 1503 la rebelión fue sofocada brutalmente, Anacaona murió en la horca y sus principales fueron quemados vivos; sin embargo, aún subsistían algunos focos rebeldes. Tras acabar con ellos, Diego Velázquez fundó, a nombre de Ovando, algunos establecimientos.

Hernán Cortés se distinguió en esa "pacificación" y el gobernador Ovando le concedió el esperado repartimiento, situado en la zona indígena del Dayguao, así como la escribanía del Ayuntamiento (equivalente a la notaría) en el nuevo poblado de Azúa, fundado en una bahía de la costa sur de la isla, a 90 kilómetros de Santo Domingo (no se conserva ni una escritura de su notaría). Ahí vivió por cinco o seis años, explotando a sus indígenas en las labores de labranza y el lavado de oro de los ríos. Es un periodo oscuro en que no se sabe mucho de él, pasaba buena parte del tiempo en Santo Domingo, donde tenía una casa de dos pisos frente a

la mansión de Ovando, que actualmente ha sido restaurada, y buscaba infiltrarse en los círculos de poder; le fascinaba jugar a las cartas (siempre fue gran jugador) y gozar de las mujeres, la mayoría indígenas (había muy pocas españolas). Como buena parte de los españoles procedían de Extremadura, encontraba entre esos paisanos parientes y amigos, algunos originarios de Medellín.

Deseoso de buscar nuevas oportunidades de fama y riqueza, cuando en 1509 la Corona otorgó licencia a Diego de Nicuesa para colonizar Veragua, en Tierra Firme, intentó alistarse ya que esa región tenía fama de muchas riquezas, pero de nuevo una enfermedad se lo impidió, esta vez fue un absceso o tumor en la pierna derecha, tan inflamado que tuvo que mantener la pierna sin movimiento durante tres meses. Hubo quien dijo, según comenta Cervantes de Salazar, que se trataba de las bubas (como se llamaba a la sífilis), pues Cortés era muy dado a las mujeres y se creía que las nativas lo transmitían más que las españolas. De nuevo la enfermedad resultó providencial y lo salvó de una posible muerte o por lo menos de los grandes sufrimientos por los que pasaron los que partieron con Nicuesa.

Ese mismo año de 1509 el comendador Nicolás de Ovando fue sustituido en la gobernación de las islas por Diego Colón, de 30 años, hijo del almirante de la Mar Océana. Con él llegó su esposa María de Toledo acompañada de un gran séquito de damas de buena familia, la mayoría solteras, con lo que la vida social de la isla cambió. María instaló una especie de corte tropical a su alrededor y Diego emprendió la construcción de una mansión que pretendía fuera digna de ella.

Para ese tiempo Jamaica se había convertido en la proveedora de alimentos de Tierra Firme; además, contaba con oro y con el mejor algodón de la zona. Viendo ese ejemplo, Diego Colón quiso extender sus dominios y colonizar la

gran isla de Cuba, que caía dentro de su jurisdicción por haber sido descubierta por su padre. Asimismo, necesitaban nueva mano de obra, pues dos tercios de los nativos de La Española habían muerto. La costa de Cuba había sido reconocida por Sebastián de Ocampo en 1508.

Diego decidió encargar esa tarea a Diego Velázquez, quien ya había probado su eficacia durante las sublevaciones nativas en La Española y gozaba de influencias en el círculo de Colón por estar comprometido con una de las doncellas de la virreina María de Toledo (aunque hay quien dice que lo estaba con una sobrina del obispo Rodríguez de Fonseca). Contaba con gran experiencia, pues había acompañado a Bartolomé Colón en 1493, en el segundo viaje del almirante, y estaba en La Española desde entonces. Era un hidalgo originario de Cuéllar, de gran estatura y humor cambiante, entre jovial y colérico, que había hecho fortuna en la isla. Las Casas dice que era "más rico que ningún otro", con mucha experiencia en "derramar o ayudar a derramar sangre destas gentes malaventuradas", pero "muy amado, porque tenía condición alegre y humana y toda su conversación era de placeres y agasajos". Tenía "todas sus haciendas en Xaragua", siendo "muy gentil hombre de cuerpo y de rostro… algo iba engordando".

En estos momentos estaba cerca de sus 50 años y necesitaba un buen lugarteniente, por lo que se empeñó en llevar con él a Cortés, tras comprobar sus habilidades en la campaña de Xaragua. Le prometió grandes recompensas y una posición oficial bajo el tesorero Miguel de Pasamonte, encargado de velar por los bienes de la Corona. Cortés aceptó sin pensarlo demasiado, considerando que tendría mejores oportunidades en esa tierra virgen. La expedición zarpó hacia Cuba en noviembre de 1511; iban 330 voluntarios. Como Sebastián de Ocampo ya había circunnavegado la isla se conocían los sitios adecuados para fondear.

Muy pronto gran parte de la isla, habitada mayormente por taínos, quedó "pacificada" a pesar de que los nativos opusieron resistencia, azuzados por Hatuey, uno de sus jefes, quien, habiendo huido de La Española, sabía muy bien de lo que eran capaces los blancos. Poco pudieron hacer contra el acero y la pólvora europeas, "con sus barrigas desnudas y pocas y débiles armas", como dice Las Casas. Hatuey fue capturado y quemado vivo. Los indios insumisos que sobrevivieron se refugiaron en los montes.

Pánfilo de Narváez llegó a Cuba procedente de Jamaica para auxiliar a Velázquez en la conquista de la isla. Las Casas relata que lo cubrió de honores y lo nombró su capitán principal, prácticamente su segundo. Narváez se dedicó por algún tiempo a conquistar el resto de la isla, no sin perpetrar grandes crueldades y matanzas, como la del Caonao, donde, narra fray Bartolomé, los nativos estaban reunidos cuando

> súbitamente sacó un español su espada, en quien se creyó que se le revistió el diablo, y luego todos ciento sus espadas, y comienzan a desbarrigar y acuchillar y matar [...] hombres y mujeres, niños y viejos, que estaban sentados, descuidados, mirando las yeguas y los españoles, pasmados, y dentro de dos credos no queda hombre vivo de todos cuantos allí estaban.

Según el fraile cerca de dos millares de indios fueron masacrados (relato muy parecido a lo que sucedería en la festividad de *Tóxcatl* en Tenochtitlan, cuando la matanza perpetrada por Alvarado en esa ocasión, como veremos más adelante).

Cortés intentó granjearse por todos los medios la buena voluntad de Diego Velázquez; durante la campaña militar mostró ser eficiente, valeroso, confiable y con iniciativa, con lo que se ganó la simpatía de los soldados y el reconocimien-

to y amistad de Velázquez, quien le fue confiando cada vez más la resolución de asuntos delicados y lo nombró su secretario, junto con Andrés de Duero, sobre quien Cortés tenía la ventaja de saber latín y ser más instruido, aunque también la desventaja de ser más comunicativo y hablador que Duero.

Velázquez se estableció en la bahía de Baracoa, hermosa ensenada donde Colón había colocado una cruz en 1492. Allí se fundó el primer poblado de la isla el 4 de diciembre de 1512. Velázquez bautizó a la isla como Fernandina en honor del rey Fernando el Católico. El nombre de Baracoa fue cambiado luego por el de Santiago, en honor del apóstol; la villa estaba situada en las orillas del río Macaguanigua y ofrecía la ventaja de contar con buen puerto, por lo que ahí se levantaron las casas de gobierno, la de fundición de oro y un hospital.

Cuando los indígenas de Cuba, que eran según fray Bartolomé de las Casas unos doscientos mil, se repartieron, o encomendaron, como preferían decirlo los conquistadores, Cortés obtuvo una encomienda mancomunada en Manicarao con Juan Suárez (o Xuárez) de Ávila o de Granada,[63] que había pasado a las Indias con Nicolás de Ovando y fue el padre del cronista Juan Suárez de Peralta. El extremeño se estableció en Baracoa donde se dedicó a la cría de vacas, ovejas y yeguas, importando su pie de cría de La Española. Se ha dicho que fue el primero que tuvo hato y casa en Cuba, así como el primero en encontrar oro en la isla, lavándolo sus indios de los ríos. En poco tiempo acumuló un patrimonio respetable. Suárez de Peralta afirma que no era de los más ricos ni de los más pobres, aunque a decir de fray Bartolomé sus indios lavaban dos o tres mil pesos de oro, gran riqueza en aquellos tiempos,

[63] Por lo menos esto declara Las Casas. Dorantes de Carranza escribió que Juan Juárez trajo a sus hermanas de Granada, de donde eran naturales, de acuerdo con la opinión de algunos autores, mas no de la suya, pues él había leído en algunas probanzas y ejecutorias que todos eran naturales de Ávila, y miembros de su nobleza.

si bien sentencia el fraile: "de los que por sacarle el oro murieron, Dios habrá tenido mejor cuenta que yo".

Diego Velázquez no perdió tiempo en fundar siete nuevos establecimientos en la isla y en casarse con María de Cuéllar, dama de honor de la virreina María de Toledo, con tan mala suerte que estuvo casado poco tiempo; dice Las Casas que "un domingo celebró sus bodas con grande regocijo y aparato, y el sábado siguiente se halló viudo, porque se le murió la mujer, y fue la tristeza y luto, más que la alegría había sido, doblada" (sería entonces tal vez tras su viudez que se comprometió con la sobrina del obispo Rodríguez de Fonseca).

El socio de Cortés, Juan Suárez, había llevado a Cuba a tres o cuatro hermanas, así como a su madre, que en 1509 habían llegado con la virreina, esposa de Diego Colon, a Santo Domingo, provenientes de España, con la intención de que las doncellas realizaran un buen matrimonio en el Nuevo Mundo, ya que en su patria, debido a la pobreza en que estaban (aunque con pretensiones de hidalguía), tendrían pocas oportunidades de mejorar su suerte. Posteriormente, la familia Suárez emigró a la Nueva España y por lo menos dos de ellas murieron en Coyoacán sin haberse casado aunque en Cuba, jóvenes y al parecer no de mal ver y gozando de la ventaja de haber pocas mujeres españolas, eran muy solicitadas y festejadas.

Velázquez buscó consuelo a su viudez cortejando a una de las hermanas Suárez, mientras que Hernán Cortés enamoraba a otra de ellas, llamada Catalina, a la que le decían la Marcaida; a decir de López de Gómara era guapa y ambiciosa, afirmaba a sus amistades que llegaría a ser gran señora, ya sea porque lo soñó o porque se lo dijo un astrólogo, "aunque dicen que su madre sabía muchas cosas".[64]

[64] Escribe Suárez de Peralta que Catalina Suárez era hidalga, descendiente de la casa de Niebla, de los duques de Medinasidonia y del

Según López de Gómara, el incorregible Cortés sólo intentaba divertirse y para lograr sus fines le prometió matrimonio, lo que no pensaba cumplir, tal vez por la falta de dote de la novia. Catalina le reclamó su palabra y obtuvo el apoyo de Velázquez, además del de su hermano y socio de Cortés, Juan Suárez, y el de otras personas de cuenta, como Baltasar Bermúdez, Antonio Velázquez y un tal Villegas, que aprovecharon la oportunidad para envenenar la amistad que Diego Velázquez le brindaba. Por estos días Cortés fue encarcelado, posiblemente por negarse a la boda, aunque fray Bartolomé nos ofrece una versión más detallada e incriminatoria (ampliada por Suárez de Peralta). Según dice el fraile, había varios descontentos en Cuba, en especial un Francisco de Morales, originario de Sevilla, distinguido con el grado de capitán por Diego Colón que lo adscribió a Velázquez cuando la conquista de Cuba. Por motivos desconocidos fue enjuiciado por Velázquez y enviado preso a Santo Domingo. Poco después llegó a Cuba la noticia de que habían desembarcado en La Española unos jueces de apelación enviados por la Corona, los inconformes planearon hacerles llegar sus quejas por escrito. Cortés se declaró voluntario para llevar a cabo tan riesgosa misión, pues no tan sólo podía sufrir la venganza de Velázquez, sino que, a bordo de una canoa indígena debía cruzar el brazo de mar que separa ambas islas.

Estando por embarcarse rumbo a Santo Domingo, Velázquez, notificado, ordenó aprehender al extremeño y al parecer incluso manifestó su intención de ahorcarlo *ipso facto*; pero si la ira lo dominaba fácilmente también sabía ser

---

marqués de Vilena, hija de Diego Suárez Pacheco y de María de Morcoida, vizcaína, de la casa de los Morcoides en Lepuzcuá; y que Diego Suárez Pacheco, su padre, era natural de Ávila, hijo de Juan Suárez de Ávila, deudo de la casa de Niebla; mientras que su madre, doña Leonor Pacheco, también era de la casa del marqués de Vilena.

magnánimo, así que escuchó los ruegos que le hicieron y optó por enviarlo encadenado a prisión.[65]

Por la noche, Cortés se las ingenió para librarse de sus grillos, tomó una estaca y fue a donde dormía el alcaide de la prisión, Cristóbal de Lagos, dispuesto a romperle la cabeza si despertaba e intentaba dar la voz de alarma; el alcaide no lo escuchó, o se hizo el dormido. Cortés tomó una espada y un escudo colgados en la cabecera del lecho del alcaide, forzó una ventanilla y se descolgó por ella, yendo[66] a dar ánimos a varios de sus amigos presos, y refugiándose en la iglesia de la localidad, donde, por ley, tenía derecho de asilo.

Cuando el alcaide se dio cuenta de su huida, acudió con gritos y alborotos a notificarlo a Velázquez, a quien encontró dormido. El gobernador montó en cólera, dio órdenes de buscar al prófugo y culpó a Cristóbal de Lagos de dejarse sobornar.

Informado del paradero del preso intentó convencerlo por medio de promesas de que abandonara la iglesia, Cortés se negó. Diego ordenó que se pusieran guardias cerca de la entrada; al cambio de guardia Cortés tenía el atrevimiento de salir a pasear delante del templo. Día tras día aumentaba la furia e irritación de Velázquez, hasta que se le ocurrió que entraran algunos soldados por un postigo que había a espaldas del santuario y, en cuanto saliese Cortés a dar uno de

65 Luis de Cárdenas afirmó en un memorial que Cortés fue condenado dos veces en Cuba, la primera a una pena de 100 azotes, y la segunda a ser colgado; en ambos casos fue salvado por Velázquez; tal vez ambas sentencias tengan que ver con su intentado viaje a Santo Domingo, véase H. Wagner, *The Rise of Fernando Cortés*, p. 18.

66 Según Dorantes de Carranza, *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*, p. 177, el alcaide de la prisión era un tal Juan Cansino a quien Cortés convenció de ayudarlo a escapar, prometiéndole eterna amistad y agradecimiento. El alcaide accedió a riesgo de su vida. Posteriormente se alistó en la armada, mas Cortés lo olvidó por completo.

sus habituales paseos, salieran por la puerta y lo prendieran afuera.

El alguacil, Juan Escudero, logró el propósito, abrazando estrechamente a Cortés mientras luchaba por entrar de nuevo a la iglesia, los demás soldados auxiliaron al alguacil y Cortés fue llevado ante Velázquez con las manos atadas a la espalda. Con voz enfurecida el gobernador le recriminó sus acciones, sin permitirle hablar, y ordenó llevarlo de inmediato a una nave que estaba en el puerto, encadenarlo en su interior, en compañía de los demás presos y ponerle fuerte guardia.

Cortés luchó otra vez por librarse de sus grillos, logró sacar los pies a costa de gran dolor; por la noche cambió su ropa por la de un mozo que acudía a servirle, subió a cubierta utilizando las partes de una bomba de achique que desarmó y se dejó caer por la borda hasta un esquife amarrado a uno de sus lados, tomó los remos y logró llegar hasta la desembocadura del río Macaguanigua, que pasaba por la villa de Baracoa, la fuerte corriente le impidió penetrarlo y lo apartó de la costa. El extremeño se quitó entonces las ropas, envolviendo con ellas algunos papeles comprometedores en contra de Velázquez que conservaba, se los amarró en la cabeza, se tiró al mar y nadó hasta llegar a tierra.[67] Tras descansar unos momentos se dirigió por veredas secundarias a la casa de su socio Juan Suárez, al que pidió una espada, un escudo

[67] La versión de Cervantes de Salazar difiere un poco. Escribe el cronista que Cortés se arrojó al mar desde el navío en que estaba preso y pudo abrazarse de un madero, ya que no sabía nadar; pero la marea era menguante y lo llevó mar adentro por más de una legua, donde se topó con gran número de tiburones y de lagartos [sic], quedando tan cansado que pensaba soltar el madero y dejarse ahogar, cuando al fin la marea creciente lo acercó a tierra y una gran ola lo depositó en la orilla.

y una coraza. Regresó a Santiago y volvió nuevamente a la iglesia para refugiarse en la sacristía.

Enterado, Velázquez ordenó colocar de nuevo una guardia fuera del templo.[68] Cortés se puso de acuerdo con su socio Juan Suárez, por la noche salió, tomó las armas que Juan le llevó y se dirigieron a una granja donde se aposentaba Velázquez. Cortés entró a las habitaciones del gobernador, donde lo encontró hojeando un libro de contabilidad.

Diego no tuvo más opción que escuchar los reclamos y justificaciones del extremeño, que afirmó haber sido tratado injustamente debido a las calumnias de sus enemigos y le rogó recibirlo en su gracia como antes. Velázquez respondió que siempre lo había considerado su amigo y hasta su hermano, ordenó a sus sirvientes disponer la mesa y una cama; cenaron en medio de largas pláticas y promesas de amistad e incluso, a decir de López de Gómara, que es quien narra estos sucesos, se acostaron a dormir en la misma cama.

Las Casas dice que a Velázquez le duraban poco los enojos y acabó por perdonar a Cortés después de tenerlo varios días preso, pero lo destituyó del puesto de secretario. Acusa fray Bartolomé a López de Gómara de escribir muchas falsedades, entre ellas que Cortés, presa del enojo, se negó por varios días a dirigirle la palabra a su protector, así como todo el episodio de su ida a la estancia donde estaba el gobernador y su dormida juntos, que en realidad es poco convincente. Reafirma Las Casas que, siendo Velázquez gobernador de la isla y Cortés uno más de sus criados, podía tenerlo preso o ahorcarlo justa o injustamente, y agrega: "Yo vide a Cortés

[68] De acuerdo con López de Gómara, Velázquez perdonó a Cortés, pues deseaba su ayuda para ir a sofocar un levantamiento de los nativos. Cortés se casó entonces con Catalina Suárez y se negó a hablar con Velázquez durante varios días; sin embargo, a renglón seguido, agrega el cronista que Cortés fue de noche a casa de Velázquez y durmió con él.

en aquellos días, o muy pocos después, tan bajo y tan humilde, que del más chico criado que Diego Velázquez tenía quisiera tener favor", pues aunque Velázquez tenía un carácter afable y humano, también era exigente en cuanto al respeto y reverencia que sus subalternos le debían, no permitía que nadie se sentara en su presencia, por muy caballero que fuera, y sus enojos eran legendarios. Si hubiera sentido un mínimo de presunción de parte de Cortés lo habría mandado ahorcar o por lo menos exiliar de la isla, o sumirlo en ella sin que pudiera alzar cabeza en toda su vida. En esos tiempos, ni soñando podía habérsele enfrentado el extremeño; fue más tarde, dice, ya como marqués del Valle, cuando Cortés le dictó todo esto a su capellán López de Gómara, "porque como subió tan de súpito de tan bajo a tan alto estado, ni aun hijo de hombre, sino de Júpiter desde su origen quisiera ser estimado".

Ante la presión de Velázquez y de otras gentes, Cortés accedió al matrimonio con Catalina; su negativa parece haber sido el motivo real de su prisión. Posiblemente la boda se celebró a fines de 1513, Cortés tendría 28 años. Diego Velázquez fungió como padrino. Queda la pregunta de por qué Diego tenía tanto interés en la boda. Afirma Las Casas que el extremeño no era más rico que su mujer, y que "en aquellos días de su pobreza, humildad y bajo estado, le oí decir, y estando conmigo me lo dijo, que estaba tan contento con ella como si fuera hija de una duquesa". Bernal Díaz comenta que, a pesar de lo que pudieran escribir algunas personas que no lo vieron, "a lo que yo entendí y otras personas decían, se casó con ella por amores"; pero en esos momentos Bernal no estaba en Cuba. Suárez de Peralta declara que la Marcaida recibió como dote algunos esclavos, bateas para sacar oro y "ropa de vestidos lo que se podía y sufría dar en aquel tiempo". Al parecer la pareja no tuvo hijos. Fray Bartolomé testifica que en esos tiempos Cortés tuvo un hijo o hija, mas

ignoraba si era o no de su mujer legítima, y que Velázquez fue padrino de bautismo.[69] Sea como fuese, Velázquez lo perdonó y poco después, en 1514, nombró a Cortés alcalde ordinario de la villa de Santiago.[70]

Ese año se transfirió la capital a la costa, donde sufriría menos de los huracanes. En el lugar había un poblado taíno; era un valle junto a una ensenada de aguas profundas, de fácil defensa. Si bien durante unos años siguió con el nombre

69 Ésta fue la primera de sus 11 hijos. Se trata de una niña llamada Leonor Pizarro, hija de una Catalina Pizarro. Hay quienes, como Thomas, afirman que Catalina fue una indígena, tal vez inducidos por Bernal Díaz (cap. CCIV), lo cual sería otra instancia de la poca verosimilitud de éste en ciertas ocasiones. A J. L. Martínez tal hipótesis le parece improbable, *cfr. Hernán Cortés*, p. 522. A Duverger, llevado por un sentimiento muy francés, le apasiona la idea y aduce que Cortés no deseaba casarse con Catalina Suárez debido a que estaba en feliz concubinato con una joven taína con quien decidió "fundar una familia", y más aún, que con ello Cortés se sale "de la adhesión total al bando español para volverse hacia el mundo indígena", y que esto significa la "traducción oficial de una posición pro indígena del conquistador", "es ahí donde Cortés revela su originalidad", *Cortés*, pp. 100-102; sin embargo, por lo que se sabe, los españoles en general no tenían muchos remilgos para acostarse con las indígenas, una vez bautizadas. Lo más probable es que Leonor Pizarro fuera española, posiblemente pariente de Cortés, y que se casó más tarde en México con Juan de Salcedo. La niña Leonor fue la favorita de Cortés a tal grado que pidió al Papa que la legitimara, junto con sus otros dos hijos naturales, Martín y Luis, cosa que, en 1529, el Papa le concedió por medio de una bula.

70 En un proceso iniciado en 1529 por María de Marcaida, la suegra de Cortés, contra el extremeño, se dice que el extremeño evitó convivir con su esposa por largo tiempo; al parecer pasaron dos años o más antes de que vivieran juntos. En el proceso se menciona la pobreza de su mujer, así como su condición enfermiza y se afirma que pasaba mucho tiempo en cama. La suegra reclamaba la mitad de la fortuna de Cortés. El proceso nunca fue resuelto. *Cfr. Documentos inéditos relativos a Hernán Cortés y su familia*, México, Publicaciones del Archivo General de la Nación, XXVII, pp. 45-63.

de Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa, al paso del tiempo se le fue conociendo como Santiago.

Acerca de la apariencia física de Hernán Cortés nos quedan dos semblanzas: la de López de Gómara y la de su compañero de aventuras Bernal Díaz. El primero lo describe como de buena estatura, gran pecho, color ceniciento, barba clara, cabello largo y de gran fuerza muscular. Bernal menciona que era de buena estatura, de cuerpo bien proporcionado y membrudo, pecho alto, con poca barriga, piernas y muslos bien sentados, el color de la cara tendiendo a ceniciento, los ojos "en el mirar algo amorosos, y por otra parte graves", barbas prietas, pocas y ralas.[71]

Los únicos retratos que se sabe fueron hechos por alguien que lo conoció son una medalla con su busto y una acuarela de cuerpo entero, ambos realizados en 1529 por el alemán Christoph Weiditz, que estaba en España cuando Cortés regresó a su patria por primera vez tras su partida. Al parecer Cortés mismo posó para la acuarela que, desafortunadamente, es muy esquemática, por lo que no se aprecian bien sus rasgos. Existe también un retrato anónimo supuestamente basado en uno para el que posó y que envió a Paulo Giovio, y que sirvió de patrón para muchos otros desde el siglo XVI (hoy en la Academia de Bellas Artes de San Fernando en Madrid), tal vez el más conocido es el que se encuentra en el Hospital de Jesús Nazareno en la Ciudad de México, de autor desconocido en la primera mitad del XVII.[72]

71 López de Gómara, *op. cit.*, II, pp. 13-17, 340; *Vida de Cortés*; CDH, I; Illescas, *Un capítulo de su historia pontificial sobre la conquista de la Nueva España*, p. 271; Las Casas, *op. cit.*, vol. II, lib. III, caps. XXVII-XXIX; Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. II, caps. XV-XIX; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. I, cap. XIX y vol. III, cap. CCIV; Suárez de Peralta, *op. cit.*, cap. VII; Dorantes de Carranza, *op. cit.*, pp. 83-84; fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, prol. cap. I; Solís, *op. cit.*, lib. I, cap. IX.

72 J. L. Martínez, *op. cit.*, p. 805.

Llegamos con esto al tiempo en que Velázquez empezó a preparar la tercera expedición a las ricas tierras descubiertas por Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva.

Viaje de Hernán Cortés (1518-1519)

CAPÍTULO VII

La batalla de Cintla

¡Castrar al sol!
Eso vinieron a hacer aquí los forasteros [...]
Ellos enseñaron el miedo,
vinieron a marchitar las flores.
Para que su flor viviese
dañaron y sorbieron la flor de nosotros [...]

Chilam Balam[1]

Es tiempo de regresar a la flota de Cortés que dejamos en alta mar en su travesía de Cuba a Yucatán.

El capitán general había dado órdenes estrictas a los capitanes y pilotos de todas las naves de no perder de vista a la capitana, en la que encendían un gran farol sobre cubierta para que fuera visible por las noches. El rumbo que llevaban era el mismo tomado por Francisco Hernández de Córdoba y por Juan de Grijalva, con las proas hacia Cozumel o Santa Cruz, como también era llamada, al oriente de la península de Yucatán.

Durante la noche empezó a soplar un fuerte viento del noreste que a poco se convirtió en una tempestad que separó a la flota pese a todos sus esfuerzos.

1 En Miguel León Portilla, *El reverso de la conquista*, p. 78.

La nave al mando de Francisco de Morla sufrió tales embates que quedó al garete al desprenderse su timón. Desde cubierta hicieron señas a la capitana por medio de un farol. Percatándose de la situación, Cortés ordenó no perder de vista la nave averiada. Al amanecer el ventarrón amainó. Según López de Gómara, los navíos se separaron durante el temporal; cada uno llegó por su lado a Cozumel, excepto uno, del que dice no supieron en muchos días, Bernal mantiene que llegaron juntos. Jerónimo de Aguilar declaró más tarde que al amanecer faltaban cinco navíos, dos estaban en Cozumel, dos en Punta Mujeres y del restante no supieron por entonces.[2]

El San Sebastián, capitaneado por Pedro de Alvarado, siguiendo sus instrucciones, había zarpado hacia la costa norte de Cuba antes que los demás, en busca del navío de Diego de Ordaz. Bernal Díaz, que iba a bordo, narra que el piloto Camacho, haciendo caso omiso de las órdenes que tenían de reunirse con el resto de la flota en San Antón, se dirigió a Cozumel (se supone que con la anuencia de Alvarado), donde llegaron dos días antes que el resto, anclando en el mismo puerto en que lo había hecho Grijalva.

Antonio de Solís disculpa tanto a Alvarado como al piloto Camacho, aduciendo que intentaron apartarse de tierra para evitar ser arrojados a ella cuando la tempestad los sorprendió, y se vieron obligados a seguir adelante. Cuando poco después Camacho consultó su brújula y su carta de marear, observó que se habían apartado mucho del rumbo que traían, por lo que, estando tan lejos del Cabo San Antón, le pareció temerario volverse atrás, y propuso a Alvarado seguir su navegación hasta Cozumel. El capitán, lavándose

[2] Juicio de Residencia de Cortés, DC, II, p. 64. Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México,* vol. IV, lib. I, cap. V, afirma que la nave faltante llegó más tarde.

las manos, dejó la elección a Camacho, no sin recordarle las instrucciones que Cortés les había dado; el piloto optó por seguir adelante.[3]

Llegados a Cozumel, Alvarado, siempre dispuesto a dejarse llevar por su ambición, ordenó el desembarco, contraviniendo las instrucciones. Al parecer lo hicieron en la llamada playa de San Juan, frente a tierra firme, donde el mar es de aguas cristalinas, de frente al Caribe, en la parte más resguardada de la isla, la costa opuesta es golpeada por las olas.[4]

Los indígenas de la población cercana, bautizada por Grijalva con el nombre de Sanc Johan Ante Portam Latinam, se dieron a la fuga desde que vieron el navío, clara indicación de que los hombres de Grijalva no se habían comportado tan pacíficamente como los cronistas lo reportan (aunque cabe la posibilidad de que hubiera llegado hasta ellos la historia de las batallas que Hernández de Córdoba y Grijalva sostuvieron). Alvarado y sus hombres se dirigieron hacia una población vecina, cuyos habitantes también huyeron, refugiándose en los montes con tal rapidez que abandonaron sus posesiones. A pesar de eso, los españoles encontraron a dos o tres nativos, hombres y mujeres, que se llevaron con ellos, así como unos cuarenta guajolotes y algunas mantas y pequeños objetos de oro del santuario local.[5]

Cuando Cortés llegó, unos días después, con las otras naves, se sorprendió al ver que los nativos no salían a re-

[3] Lo mismo declaró Alvarado en su Juicio de Residencia, pp. 62-63, *apud* Hugh Thomas, *La conquista de México*, p. 754.

[4] Allí se levantó un monumento conmemorativo, que inauguró Jacqueline Kennedy en 1962.

[5] Rodrigo de Castañeda y Bernardino Vázquez de Tapia, que iban a bordo de la San Sebastián, declararon en el Juicio de Residencia de Alvarado, pp. 42-43, que éste había tratado mal a los nativos, H. Thomas, *La conquista…*, p. 755.

cibirlos como lo habían hecho con Grijalva. Temiendo que planearan una emboscada ordenó el desembarco de los soldados y la caballería. Se instalaron en la población como si nada, en las buenas casas de cal y canto.

Al enterarse de las acciones de Alvarado enfureció y reprendió pública y enérgicamente a su capitán, recordándole con voz áspera que ese no era el modo de atraer a los nativos. Mandó que al piloto Camacho lo pusieran en grilletes por haber desobedecido sus instrucciones. A través de Melchorejo habló con los indígenas cogidos por la gente de Alvarado, se disculpó, les obsequió algunos objetos de "rescate" y les pidió ir por su señor y por los principales, para quienes les entregó una carta; aunque bien sabía que no podrían leerla confiaba en que darían más peso a sus palabras. No debían tener miedo, les dijo, habían venido a visitarlos con intenciones pacíficas; los esperaría cinco días. El plazo transcurrió sin que nadie se presentara.

Cortés envió entonces dos partidas de reconocimiento, cada una integrada por un capitán y cien hombres, irían en direcciones opuestas de la isla; si encontraban a los habitantes les dirían que su capitán deseaba mucho hablar con ellos y los esperaría en el puerto de San Juan. Previno a sus hombres que de ninguna manera hicieran daño a los nativos "porque no se alterasen ni alejasen más de lo que estaban".

Los exploradores encontraron sembradíos de maíz y de árboles frutales, así como praderas y arboledas naturales, pese a que Cozumel era en partes montuosa y áspera y no poseía ríos ni arroyos. Vieron también lo que tomaron por puercos monteses (debieron ser jabalíes), conejos y liebres.

Durante su estancia cazaron a muchos de estos animales con ayuda de sus ballestas, escopetas y lebreles, y secaron la carne al sol. Les sorprendieron los grandes apiarios que cultivaban los nativos; las abejas eran más chicas que las de Europa y su miel les seguía pareciendo un tanto agria. Ob-

servaron que a pesar de que los indígenas tenían cera no sabían hacer velas (aprenderían este arte de los españoles). Cortés menciona que envió a Carlos V una muestra de esa miel.

Al cabo de cuatro días ambas partidas de exploración regresaron. Habían encontrado los pueblos abandonados, pero lograron capturar a unos 10 o 12 nativos y a una mujer que parecía principal junto con dos o tres de sus hijos y tres o cuatro mujeres de compañía (tal era su costumbre, retener a los nativos casi cual secuestradores). Cortés la interrogó por medio del intérprete; era nada menos que la esposa del señor de la isla. La mujer se lamentaba, llorando su cautiverio y el de sus hijos; el capitán la consoló, les obsequió algunas prendas de vestir, espejos, tijeras y cuentas de vidrio y logró convencer a dos de las mujeres de ir en busca del señor. Al poco tiempo regresaron con algunos indígenas. Asegurados que la señora y los demás se encontraban bien y de que las intenciones de los blancos parecían ser buenas, accedieron a ir por su señor, para quien Cortés les dio algunos obsequios y otra carta; de ninguna manera se iría sin haber hablado antes con él, les dijo.

Finalmente, el señor se presentó junto con algunos principales. Fray Bartolomé opina que posiblemente no se tratara en realidad de él, sino de otro que aparentaba serlo, era costumbre entre los jefes nativos no mostrarse de buenas a primeras ante los españoles. El fraile describe a este indígena como uno "de los bien hechos y más gentiles hombres de gesto y de cuerpo que se habían visto en todas las Indias, y así tenía la gracia en las obras y conversación". Fuese o no el señor, Cortés y el nativo sostuvieron una larga plática, mediante los servicios de intérprete de Melchor. Al parecer el capitán logró convencerlo de su buena fe, pues al día siguiente regresó acompañado de toda la población y se negó, no sólo a que los extranjeros abandonaran los aposentos de los que

se habían adueñado, sino que ordenó que los alimentaran y sirvieran.

Cortés, por su parte, ordenó devolver a los nativos todo lo que les habían robado; como a los guajolotes ya se los habían comido, mandó darles en pago cuentas y cascabeles. El botín era tan pequeño que no valía la pena enemistarse con ellos.

Vemos cómo desde el comienzo mismo de su empresa, el extremeño dio muestras de la estrategia que seguirá a lo largo de ella, uniendo, con gran habilidad y visión, una semblanza de justicia junto con la obtención de sus verdaderos intereses, no dejando pasar las ocasiones en que, como ésta, ambas cosas compaginaban. Asimismo, con el regaño público a Alvarado, puso en claro su jefatura e imparcialidad; sus órdenes debían ser cumplidas sin excepción alguna, estableciendo el precedente de que cualquier desobediencia conllevaría un castigo. Al respecto comenta Bernal Díaz que "Aquí en esta isla comenzó Cortés a mandar muy de hecho...". Siguiendo su doble estándar es probable que en privado consolara a Alvarado, que era uno de sus favoritos. Lo único que parecía hacerle perder la cabeza eran las mujeres, la ambición y la fe.

El extremeño mantenía la vista fija en las playas de *Chalchiuhcueyecatl* ("en las faldas del jade", actualmente Chalchihuecan, Ver.); allí era donde los enviados de un gran monarca habían tenido contacto con Grijalva, allí era donde le habían llevado obsequios de oro y donde estaba seguro de encontrar grandes riquezas. No deseaba enemistarse con los mayas que se mostraban pacíficos, que no tenían riquezas y cuya tierra podría servir de escala en la travesía desde y hacia Cuba.

Al día siguiente acudió el señor acompañado por sus nobles, vestían sus mejores prendas y adornos, llevando los pocos obsequios que podían permitirse dar. Cortés afirma que "andaban entre nosotros todos aquellos indios con tan poco

temor como si mucho tiempo hubieran tenido conversación con nosotros".

El señor quería saber a qué venían y qué buscaban. Cortés no perdió la ocasión de predicar, tenía en él una curiosa vena de misionero, posiblemente sincera. Su único objetivo, afirmó, era "les amonestar y atraer para que viniesen en conocimiento de nuestra santa fe católica, y para que fuesen vasallos de vuestras reales altezas"; muchos otros habitantes de esas tierras ya lo habían hecho, le dijo, y obtenido grandes beneficios, que enumeró, aunque no mencionó la explotación a que los habían sometido ni la gran mortandad que habían causado, con el pretexto de salvar sus almas. Mientras tanto se ocuparon en reparar los daños de los navíos.

Como ya se mencionó, Cozumel era un centro religioso, un lugar de peregrinaje. Según Andrés de Tapia, tendría en ese tiempo unos 2 000 habitantes que adoraban con especial veneración a un ídolo colocado en un gran templo cerca de la costa, hecho de barro cocido, hueco y empotrado en un muro, tras el cual existía una entrada secreta por la que los sacerdotes entraban sin ser vistos; desde allí se hacían pasar por la divinidad y hablaban con los fieles, respondían a sus peticiones y daban sus oráculos (hasta donde se sabe, no existía nada parecido a esto en Mesoamérica). Es posible que el tal ídolo fuera una representación de la diosa Ix Chel, "Arco Iris", patrona del tejido, la medicina, la procreación y el amor, famosa por sus oráculos. Tapia añade que en la época de sequía le ofrecían sacrificios de incienso, codornices y la sangre de éstas, "e haciéndolo llovía" y que el templo, cercado por un muro almenado hecho de piedra y cal, tenía en el centro una de las famosas cruces que tanto les intrigaban.

Cortés siempre fue enérgico y estricto en asuntos de fe, ya fuese porque verdaderamente era muy religioso o porque el hacerlo aumentaba su prestigio a los ojos de sus hombres y de los reyes de España, estaban supuestamente obligados,

por las bulas papales y por la moral de sus tiempos, a cristianizar a los nativos como condición para usufructuar sus descubrimientos y conquistas. El extremeño siempre intentó imponer sus creencias a los indígenas, en ocasiones en contra de los consejos de los religiosos que lo acompañaban, quienes juzgaban prematura su determinación, además del consiguiente riesgo de quebrantar las buenas relaciones que sus estrategias conciliadoras lograban.

En esta primera oportunidad, viendo que el señor de Cozumel parecía bien dispuesto, Cortés decidió que era tiempo de empezar la tarea, utilizando a Melchor como intérprete, a pesar de que éste, a decir de López de Gómara, "como era pescador, era rudo, y más que todo simple, y parecía que no sabía hablar ni responder" (habría que ver cóomo traducía las cuestiones teológicas). Los nativos habían presenciado los extraños ritos de los blancos cuando Grijalva y sus hombres celebraron misa.

De nuevo es Bernal quien nos proporciona los detalles de este primer intento de adoctrinamiento por Cortés. Narra que una mañana les llamó la atención una multitud de indígenas en el patio del templo, muchos quemando copal; los observaron con curiosidad no exenta de precaución. Un sacerdote anciano subió las gradas que llevaban a la plataforma y comenzó a predicar. Los europeos supusieron (por supuesto) que debía tratarse de "un negro sermón". Cortés pidió a Melchor traducir las palabras del sacerdote, el maya se limitó a decirle que predicaba.

Poco después pidió al señor que fuera a visitarlo en compañía del sacerdote anciano y de sus principales, y, sin muchos preámbulos, les reclamó sus supuestos errores, insistiendo en que si de verdad deseaban ser sus hermanos deberían antes que nada dejar de adorar a sus ídolos, que eran muy malos y ciertamente no dioses sino diablos que los hacían caer en el pecado y acabarían por llevar sus almas a

las llamas eternas del Infierno. Les mostró una imagen de la Virgen María y una cruz y les afirmó que si dedicaban su devoción a esos santos objetos les iría bien en todas sus actividades y obtendrían muy buenas cosechas.

Los mayas no estaban ansiosos por cambiar de religión como quien se cambia de ropaje, trataron de explicar al necio extranjero que sus antepasados les habían enseñado a adorar a sus propios dioses, y que éstos habían probado ser buenos; si los dejaban, como Cortés pretendía, provocarían su furia y les iría muy mal, no sólo a ellos sino también a los españoles, pues se perderían en el mar. Cortés tenía poca paciencia y menos consideración por las creencias ajenas, seguro de la verdad de las suyas, y enfureció ante la obstinación nativa, que a sus ojos era sólo una añagaza más del demonio. Ordenó a sus hombres que de inmediato hicieran pedazos las figuras de los detestables ídolos y los arrojaran gradas abajo (las imágenes fueron quemadas en presencia de todos los habitantes, según se dice en una de las preguntas del juicio de residencia de Cortés (estarían pintadas en papel amate). El extremeño bien sabía que tal precipitación no sería del agrado de la Corona, por lo que afirmó que fueron los mismos nativos quienes pidieron que "les diese ley en que vivir en adelante" y quedaron "muy alegres y contentos". López de Gómara añade que los auxiliaron en la destrucción de sus dioses y rogaron a Cortés dejar a alguien para que los instruyera en su religión, no atreviéndose el capitán a hacerlo por temor de que lo mataran una vez que hubieran zarpado (curiosa contradicción de "muy alegres y contentos"), y porque llevaba con él pocos clérigos y frailes.

Como quiera que fuese, Cortés mandó traer cal, de la que había buena cantidad, así como algunos de los albañiles nativos y les ordenó encalar el interior del templo. Los carpinteros españoles, auxiliados por los indígenas, construyeron

un altar en el que se colocó la imagen de la Virgen. A manera de exorcismo, el clérigo Juan Díaz celebró una misa presenciada por los mayas con curiosa y silenciosa atención.[6] Los carpinteros también hicieron una gran cruz de madera que se puso en la parte más alta del templo, de tal manera que podía verse desde alta mar. Andrés de Tapia asevera que Cortés ordenó colocar cruces por toda la isla: "e después supimos que cuando por allí algún navío venía, los indios salían a él en una canoa con una imagen de Nuestra Señora, e le daban de lo que tenían". López de Gómara agrega que saludaban a los navíos españoles que después llegaron a la isla, como los de Alonso de Parada, Pánfilo de Narváez y Cristóbal de Olid, diciendo "Cortés, Cortés", y cantando "María, María".

Fray Bartolomé de Olmedo siempre objetó la excesiva prisa de Cortés por catequizar a los nativos; en su opinión esa tarea debía hacerse paulatinamente, sin arriesgarse a que las imágenes sagradas fueran profanadas una vez que abandonaran el lugar. Las Casas compartía tal opinión, afirmando que la destrucción de los ídolos fue uno de los errores y disparates que muchos españoles cometieron sin primero haber adoctrinado a los nativos largo tiempo, y exclamaba, no sin razón: "¡Mira qué doctrina les podían dar en dos o en tres o en cuatro o en diez días que allí estuvieron...!".

Nuestras fuentes, todas españolas, no mencionan que hubiera protestas por tales actos. Seguramente la presencia de los extraños seres blancos, aunque fuera sólo por su gran

[6] Juan Miralles, *Hernán Cortés, inventor de México*, p. 94, dice que "posiblemente" esta fuera la primera misa "en tierras de México"; olvida que fue el mismo padre Juan Díaz quien ofició una misa también en Cozumel, otra en Campeche-Lázaro o Champotón, otra en la desembocadura del río "Banderas" y una última en la desembocadura del Tonalá, cuando la expedición de Grijalva, como se narra antes.

número, debió de ser abrumadora en señoríos pequeños como para que intentaran oponer resistencia.[7]

Los nativos seguían intrigados por la apariencia de los españoles, a pesar de que muchos ya los habían visto anteriormente. Todo les parecía extraño: su blanca piel, sus barbas, sus ropajes, armas, navíos y objetos, de manera que no se cansaban de mirarlos, de comentar sus peculiaridades, de tocarlos. No hay mención de que los caballos fueran bajados a tierra, al parecer fue más adelante la primera vez que lo hicieron.

Cumpliendo las instrucciones de Velázquez, Cortés preguntó al señor y a sus principales si sabían de la presencia de algunos españoles que habían naufragado en esa región hacía algún tiempo. Uno de los supuestos motivos para enviar la expedición había sido su rescate, pues desde el viaje de Hernández de Córdoba se tenían indicios de que tal vez estuvieran en Yucatán. Los mayas respondieron que, en efecto, sabían de dos blancos que estaban en tierra firme, no muy lejos de la costa, y proporcionaron a Cortés los nombres de los señores en cuyo territorio se encontraban.[8]

7 H. Thomas, *La conquista…*, p. 195, asevera que los mayas vistieron con ropas nativas a la Virgen, a pesar de que dos renglones arriba menciona que se trataba de una imagen; habría que ver cómo se las arreglaron para vestir a una imagen.

8 Según Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. I, cap. XXVII, Cortés lo llamó a él y a un vizcaíno, de nombre Martín Ramos, y les preguntó cómo interpretaban ellos que cuando Hernández de Córdoba estuvo en Campeche los indígenas los saludaran diciéndoles "Castilán, Castilán", pues había pensado mucho en ello y creía que los nativos debieron de aprender esta palabra de algunos españoles que tal vez estuviesen aún en esa tierra. Acordaron preguntárselo al señor de Cozumel, quien les respondió que, efectivamente, en tierra firme, a dos soles de andadura de la costa, se encontraban unos seres como ellos en calidad de esclavos; precisamente en esos momentos estaban en Cozumel unos mercaderes que les hablaron de estos blancos. Bernal Díaz, dispuesto a adjudicar a su

El extremeño afirma que de inmediato quiso ir en su busca, mas los pilotos opinaron que era riesgoso, pues la costa de tierra firme era bravía y no contaba con buen puerto. Entonces decidió enviar dos bergantines de poco calado al mando de Diego de Ordaz, con 20 ballesteros y escopeteros, así como algunos mayas de Cozumel a manera de guías, proporcionados por el señor local, a quienes dio varios obsequios y la promesa de más a su regreso, si cumplían eficazmente su misión. De acuerdo con Bernal Díaz, se trataba de dos mercaderes de Cozumel, lo cual es muy factible, ya que por su oficio podrían llevar a cabo su tarea con probabilidades de éxito. Cortés les entregó una carta para los españoles y, a instancias del señor de Cozumel que conocía bien a los suyos, un buen "rescate" como pago por su liberación. Debían notificar a los españoles cautivos de la presencia de la flota y pedirles que fueran a incorporarse a ella, pues en unos días más debían zarpar rumbo a Tabasco.

López de Gómara asevera que los mayas no querían ir en esa misión por temor, aduciendo que el señor que tenía cautivos a los españoles era de naturaleza cruel, seguramente mandaría matarlos y se los comerían; pero Cortés convenció a tres por medio de regalos, uno de ellos se ató la carta del capitán entre sus cabellos. Esto es difícil de creer, pues los indígenas no se atreverían a desobedecer una orden de su señor y, como afirma Las Casas:

> Esto de sacrificar hombres y comerlos, como dice Gómara, yo creo que no es verdad, porque siempre oí que en aquel reino de Yucatán ni hubo sacrificios de hombres, ni se supo que

expedición toda la gloria posible, evidentemente miente, pues bien sabía Cortés de la existencia de tales españoles, incluso se les menciona en las instrucciones que le dio Velázquez, aunque no debió de tener una idea clara de su paradero.

> cosa era comer carne humana [...] sino que esto es lenguaje de los españoles y de los que escriben sus horribles hazañas, infamar todas estas universas naciones para excusar las violencias, crueldades, robos y matanzas que les han hecho, y cada día y hoy les hacen.

Sabemos que en Yucatán sí practicaban los sacrificios humanos y la antropofagia ritual, aunque no de manera comparable con los excesos de los mexicas.

Los bergantines atravesaron en tres horas el golfillo existente entre Cozumel y Yucatán; la costa de tierra firme es visible desde Cozumel. Una vez allí los mensajeros mayas partieron en busca de los cautivos. Diego de Ordaz esperaría una semana su regreso.

Cortés, siempre renuente a que sus hombres estuvieran ociosos y que eso les tentara a molestar a los indígenas o a murmurar, utilizó el tiempo de espera enviando algunas partidas de exploración, indicándoles no desmandarse ni robar ni maltratar a los nativos; bien veían que en la isla no había muchas riquezas y, si se comportaban, su buen nombre sería llevado al resto de la tierra por los numerosos peregrinos que iban a Cozumel; de esa manera enfrentarían menor resistencia en los lugares a los que después irían, mucho más ricos que ese. El señor envió algunos de los suyos como guías en esas expediciones; ciertamente debió de ser una tarea pesada para él y para sus súbditos alimentar tantos días tal cantidad de huéspedes inesperados, por muchas cuentas de vidrio que les dieran a cambio.

Una de las partidas llegó hasta el templo que se elevaba sobre la costa, en el que estaba el ídolo de barro hueco al que Solís describe como de figura humana, de horrible aspecto y espantosa fiereza, "en que se dejaba conocer la semejanza de su original". Agrega el cronista que así eran todos los ídolos

que adoraban los nativos, aunque "diferentes en la hechura y en la significación, pero conformes en lo feo y abominable"; opina que eso tal vez se debía a que el demonio se les aparecía tal como era.

Mientras tanto, los bergantines al mando de Diego de Ordaz esperaron una semana cerca de la costa de Yucatán, luchando contra las turbulentas aguas del mar. Los mensajeros encontraron a uno de los españoles cautivos, un tal Jerónimo de Aguilar,[9] a quien entregaron la carta de Cortés. Aguilar logró comprar su libertad con el rescate enviado por el extremeño y fue a hablar con el otro sobreviviente, Gonzalo Guerrero, natural de Palos de Moguer, que vivía en un poblado a unas cinco leguas del de Aguilar.

Guerrero se negó a irse. Alegó estar casado con una nativa y tener tres hijos, se había ganado el respeto y la honra de los indígenas gracias a su pericia militar, a tal grado que participaba en sus guerras con el rango de capitán. Bernal reporta la respuesta de Aguilar: "¡Idos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas! ¡Qué dirán de mí desde que me vean esos españoles ir de esta manera! Y ya veis estos mis hijitos cuan bonicos son". Esos hijos suyos, se cree fueron los primeros mestizos de México, fundadores de la nueva raza que surgirá de la amalgama nativa y española. Guerrero únicamente solicitó a su compañero de naufragio que le dejara algunas de las cuentas verdes, así podría decirles a los mayas que sus hermanos se las enviaban desde su tierra. De nada sirvieron los ruegos y razonamientos de

[9] En la pregunta número 51 del interrogatorio general del juicio de residencia de Cortés se le llama "Morales". En ese mismo juicio, en las declaraciones de Jerónimo de Aguilar, del 5 de abril de 1529, afirmaba éste tener 40 años en el momento de su declaración, por lo que tendría unos 30 cuando fue rescatado. DC, II, pp. 232 y 64. En Akumal, Quintana Roo, hay una estatua de Gonzalo Guerrero, adjudicándole el título de padre del mestizaje en México.

Aguilar, quien le insistía que recordara que era cristiano, que no perdiera su alma a causa de una indígena o, si así lo prefería, que se llevara con él a su mujer y a sus hijos. La mujer de Guerrero, muy enojada, instaba a Aguilar a marcharse de una buena vez.[10]

Jerónimo de Aguilar partió en compañía de los mensajeros, encontrándose con que, transcurrido el plazo fijado por Ordaz, los bergantines ya habían zarpado, por lo que, muy deprimido, tuvo que regresar a su pueblo.

Cuando Diego de Ordaz regresó sin los españoles cautivos, sin por lo menos haber esperado el regreso de los mensajeros, Cortés enfureció, amonestándolo públicamente. Al parecer un tal Berrio aprovechó el mal humor de Cortés para quejarse de que unos marineros, a quienes llamaban los Peñates, le habían robado sus tocinos. El capitán mandó llamar a los Peñates para prestar juramento y declarar lo sucedido. Negaron la acusación, pero en la investigación que se efectuó resultaron culpables, habían repartido los tocinos entre siete marineros. Ordenó azotar a cuatro de ellos, sin escuchar los ruegos de misericordia de muchos de sus compañeros. Si bien el incidente es menor, arroja luz sobre el carácter del extremeño.

[10] Fray Diego de Landa asegura que a los de Cozumel les fue imposible ver a Gonzalo Guerrero, pues se encontraba a más de 80 leguas de la costa, *cfr. Relación de las cosas de Yucatán*, cap. IV. En la Primera carta de relación se menciona que Aguilar dijo a Cortés que los otros españoles compañeros suyos estaban muy desparramados por la tierra y que se necesitaría mucho tiempo para recogerlos; sólo en Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, IV, lib. XXXIII, he encontrado que también se hable de esos dos sobrevivientes. Dice el cronista que, además de Aguilar, se encontraban en Yucatán otros seis españoles, pero "como estaban casados con indias, e con sus vicios, e tenían hijos en ellas, apartados de la fe católica, vivían ya como indios", no quisieron irse, y agrega: "Bien es de creer que los tales no podían ser sino de vil casta e viles heréticos".

En la Primera carta de relación se dice cómo Cortés se sintió sumamente afligido por no haber podido rescatar a los españoles náufragos, insistía en ir por ellos de inmediato, aunque toda la flota se perdiera, "y también por certificar si era verdad lo que el capitán Juan de Grijalba había enviado a decir a la isla Fernandina, diciendo que era burla, que nunca a aquella costa habían llegado ni se habían perdido aquellos españoles que se decía estar cautivos". Cuando se trata de las acciones de Cortés siempre es conveniente buscar los motivos no declarados que lo impulsaban a tomarlas y que redundarían en su beneficio; en esta ocasión su interés en rescatar a sus compatriotas obedecía más bien a que, con más visión que Grijalva, sabía que podrían serle de gran utilidad como intérpretes y conocedores de la región y de las costumbres de los nativos.

No teniendo más que hacer en Cozumel, Cortés decidió partir. Los españoles se despidieron del señor y de sus súbditos, les encargaron encarecidamente no descuidar la imagen de la Virgen, las cruces ni el altar, debían mantenerlo limpio y adornado con ramas verdes y con flores; podrían quemar incienso ante él, pero no ofrecer sacrificios sangrientos; así lo prometieron y obsequiaron a sus huéspedes algunos guajolotes y buena cantidad de miel.

El 5 de marzo de 1519 la armada zarpó, poniendo las proas en dirección a la costa de Yucatán, o según otras fuentes hacia Isla Mujeres. El día siguiente, que cayó en domingo de Carnestolendas, primer día del carnaval celebrado en España, desembarcaron para celebrar una misa en la que algunos nativos estuvieron presentes. Luego trataron de doblar la punta de Cabo Catoche cuando el navío de Alvarado, o de Juan de Escalante según Bernal Díaz, que llevaba el pan cazabe, disparó un cañonazo avisando que se encontraba en peligro, hacía tanta agua que con sus dos bombas no la podían achicar y sólo podría ser reparada en un buen puerto,

por lo que navegó de regreso a Cozumel. Cortés, por medio de señales, ordenó al resto de la flota seguir a la nave averiada. Los nativos los ayudaron a desembarcar la carga y a repararlo, aunque seguramente se lamentarían del regreso de tantas bocas que tendrían que seguir alimentando. Emplearon cuatro días en la reparación. Al inspeccionar el templo donde estaba el altar lo encontraron limpio y con ofrendas de copal.

El sábado 12 de marzo la flota estaba lista para zarpar de nuevo, pero un viento contrario se levantó y tuvieron que desembarcar. Cortés interpretó el acontecimiento "por muy gran misterio y milagro de Dios", puesto que, al día siguiente, a mediodía, tras oír misa por tratarse del primer domingo de Cuaresma y mientras comían vieron que una canoa, provista de remos y vela, se aproximaba proveniente de Yucatán. Cortés observó que los hombres a bordo remaban vigorosamente hacia la flota, aunque se desviaron un poco de donde estaba anclada. El capitán envió a cinco o seis al mando de Andrés de Tapia a investigar. Tapia y los suyos, sin dejarse ver, observaron cómo desembarcaban de la canoa los mensajeros indígenas que habían ido a Yucatán en busca de los españoles cautivos, así como uno vestido con un taparrabo y una manta en muy malas condiciones, llevaba una cinta de cuero colorada más abajo de la cintura, una sandalia calzada y la otra atada a la cintura; trasquilado a la manera de los indígenas esclavos, con el rostro y el cuerpo pintados con un ungüento (que servía para ahuyentar a los mosquitos y protegerlo del sol) que lo hacía verse más moreno de lo que era; tenía una gran barba e iba armado con un arco y un carcaj de flechas; llevaba un remo al hombro y en la mano una especie de bolsa de red llena de camotes.

Espada en mano, Tapia y los suyos arremetieron contra los recién llegados con el deseo de capturarlos e interrogarlos. Los indígenas huyeron, excepto el barbudo que les habló en

castellano. Sorprendidos se pararon en seco, escuchando asombrados cómo les decía en un español "mal mascado, y peor pronunciado. Dios y Santa María y Sevilla". Finalmente comprendieron que se trataba de uno de los españoles que buscaban. Era Jerónimo de Aguilar, quien, siendo de por sí moreno, parecía más oscuro por el bronceado de su cuerpo semidesnudo expuesto al sol, vestido de esa manera, parecía ni más ni menos que otro maya, excepto por la barba. Repuestos de la sorpresa lo abrazaron efusivamente. Uno de los hombres de Tapia, Ángel Tintorero, se apresuró a llevar la buena nueva a Cortés, quien muy alegre le dio las albricias que demandaba.

Andrés de Tapia y sus compañeros escoltaron a Aguilar junto con los demás mayas al poblado cercano. Los españoles, enterados del suceso, los esperaban con gran expectación y curiosidad; viéndolos venir se preguntaban cuál de ellos sería Aguilar. Éste, al llegar ante Cortés, se presentó; el capitán se quitó el capote, lo echó sobre los hombros de Aguilar y le rogó tomar asiento y contarle sus aventuras con detalle.

Relató cómo al enterarse de que la flota española había regresado milagrosamente a Cozumel, se alegró sobremanera, habiendo perdido la esperanza de reunirse con ellos. Se apresuró a fletar una canoa con seis remeros, a los que pagó con las cuentas de vidrio verdes que Cortés le envió. El extremeño, siempre atento a los detalles y con la cordialidad de que sabía hacer gala cuando lo deseaba, ordenó que le sirvieran de comer y le trajeran ropas más adecuadas aunque tras el largo tiempo que anduvo semidesnudo, apenas podía soportar los incómodos ropajes europeos. Le mostró a sus salvadores un *Libro de Horas de la Virgen* de apariencia vieja y desgastada que traía atado en su manto, había logrado conservarlo a través de las peripecias por las que había pasado; con su ayuda decía sus oraciones y llevaba la cuenta de los días, aunque los erró un poco, pensando que era miércoles.

Su historia, con algunas variantes, es básicamente la siguiente: era natural de Ecija, en Andalucía; estaba ordenado de Evangelio (es decir, tenía órdenes sagradas, aunque no se especifica cuáles serían éstas, tal vez diácono o subdiácono). En 1511 se embarcó con Valdivia en el Darién con rumbo a Santo Domingo,[11] yendo como piloto del navío Francisco Niño, de Moguer. Valdivia deseaba entrevistarse con el almirante Diego Colón, a fin de ventilar algunas de las diferencias y problemas surgidos entre Diego de Nicuesa y Vasco Núñez de Balboa, así como aprovisionarse y reclutar más hombres para su empresa; llevaba con él unos diez o veinte mil pesos de oro de los quintos reales, así como los procesos judiciales efectuados en Tierra Firme.

Durante la travesía la nave encalló y naufragó en los bajos llamados de las Víboras (otros cronistas los llaman de los Alacranes), cercanos a Jamaica. Valdivia, junto con otros 20 o 30 tripulantes, entre ellos Jerónimo de Aguilar, Gonzalo Guerrero y dos mujeres, lograron salvar la vida abordando el batel que llevaban, pero como no tenía velas ni remos tuvieron que abandonarse a las corrientes marítimas que los llevaron en 13 o 15 días a una tierra desconocida, que probó ser la de Yucatán, no sin que varios murieran de hambre y de sed durante el trayecto. Al poco tiempo de haber desembarcado fueron capturados por una partida de mayas, cuyo señor ordenó que los que se encontraban en mejores condiciones físicas fueran sacrificados y comidos ritualmente, entre ellos Valdivia. Cervantes de Salazar sostiene que uno de los españoles, hendida la cabeza de un macanazo, logró meterse entre la espesura; lo encontró una mujer que, apia-

[11] Andrés de Tapia, "Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre don Hernando Cortés, marqués del Valle, en la Nueva España ", escribe que Aguilar afirmaba que habían zarpado de Santo Domingo hacia las Perlas, en Tierra Firme, y naufragado durante la travesía.

dada de él, lo curó, aunque no quedó del todo bien del cerebro y por las noches se acercaba a los poblados en busca de comida; los nativos lo dejaron en paz, pues decían que una tal herida sólo podían haberla curado los dioses, y además se divertían con él, pues era de naturaleza graciosa. Logró sobrevivir tres años en esas condiciones.

A Aguilar, Guerrero y sus demás compañeros, por estar muy flacos los encerraron en jaulas de madera, adonde les llevaban de comer; pero, sabiendo la suerte que les reservaban, lograron huir tres días más tarde después de romper sus ataduras y las de algunas de las maderas de su jaula con dos cuchillos que habían logrado ocultar. Durante su huida cayeron en manos de otro maya, Aquincúz, señor de Xamanzaná, quien, estando enemistado con el que los había capturado, se contentó con mantenerlos como esclavos; las mujeres tenían que moler maíz. Poco después le sucedió su hijo Taxmar, o Taxmaro. Al paso del tiempo los españoles fueron muriendo por enfermedades y trabajos, quedando tan sólo dos, Aguilar y Guerrero; este último se encontraba en otro poblado, con el maya Na Chan Kan, señor de Chetumal. Se había casado con una indígena principal con la que tenía hijos.

Guerrero, haciendo honor a su apellido, se dedicó a enseñarles a los nativos las tácticas y estrategias militares europeas y se distinguió por su valor en la batalla. Gracias a esto los hombres de Na Chan Kan lograron buenas victorias, entre ellas, según narra Bernal, las que libraron contra Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva. Guerrero había acudido a esos sitios en compañía de su señor y fue bien recompensado por sus acciones. Por todo ello se negó a acompañar a Aguilar, teniendo además horadadas las narices y las orejas y pintado el rostro y el cuerpo. Fray Diego de Landa, desconfiado, agrega que era "creíble que fuese idólatra como ellos", y Solís indignado sentencia: "No hallamos que

se refiera de otro Español en estas conquistas semejante maldad". Posteriormente Gonzalo Guerrero ayudó a los nativos a organizar una expedición en auxilio de los guerreros mayas que enfrentaban a las tropas españolas de Francisco de Montejo; en el transcurso de esa campaña murió la noche del 13 de agosto de 1536, en una batalla cerca de Puerto Caballos a consecuencia de heridas causadas por un tiro de arcabuz.[12]

Narran los cronistas que, cuando a la madre de Jerónimo de Aguilar le dijeron veladamente que su hijo había caído en poder de antropófagos, cada vez que la infeliz mujer veía carnes asadas o metidas en el asador, lanzaba gritos desgarradores, exclamando: "Ved ahí pedazos de mi hijo; ved en mí la más desgraciada de todas las mujeres". Cabría preguntar cómo es que se enteraron.

Cortés le preguntó a Aguilar sobre la tierra y sus secretos; para su desilusión respondió que, habiendo estado todo el tiempo en calidad de esclavo, no pudo enterarse de nada, pues acarreaba leña y agua, cuidaba de los maizales y no había salido a más de cuatro leguas del lugar, pero le parecía que la región estaba muy poblada;[13] sin embargo, por lo menos hablaba algo de maya, por lo que Cortés empezó a utilizar sus servicios como intérprete, tarea que realizaba mucho mejor que Melchorejo, y aprovechó su vocabulario más amplio para adoctrinar a los nativos de Cozumel con mejor claridad en los misterios de la religión católica.

La reserva de víveres aminoraba y los recursos de Cozumel habían quedado prácticamente agotados. El extremeño

12 Suárez de Peralta y Muñoz Camargo narran varias otras anécdotas sobre el cautiverio de Aguilar, tan fantasiosas que no pueden tomarse en cuenta.

13 Bernal Díaz reporta que Aguilar murió "de mal de bubas", es decir de sífilis, véase *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. CCV. Al parecer tuvo varios hijos ilegítimos, véase Henry Wagner, *The Rise of Fernando Cortés*, p. 47.

decidió que era tiempo de partir, dejando, según se dice en la Primera carta de relación, muy pacificados a los indígenas y dispuestos a servirlos voluntariamente.[14] Los mayas, aconsejados por Aguilar, le pidieron dejarles una carta diciendo que eran amigos de los españoles, de modo que si otros blancos llegaban los trataran bien.

Pedro Mártir, en una de sus epístolas al Papa, le comentaba algunas cosas sobre Cozumel y sus habitantes: "Poseen también, oh Santo Padre, innumerables libros". Dice que cuando habló en España con Alaminos, Francisco de Montejo y Hernández Portocarrero le aseguraron que los indígenas "eran idólatras, circuncidados e inmoladores de niños y muchachas" (y dale con la circuncisión); que conseguían niños de ambos sexos en las islas vecinas con el fin de sacrificarlos, comprándolos o permutándolos por oro u otras mercancías, y que cuando éstos faltaban mataban perros, a los que criaban para comérselos, no eran ladradores y los castraban para engordarlos. Éstas eran las típicas noticias que recorrían Europa sobre el Nuevo Mundo.

[14] Hernán Cortés, Primera carta de relación; Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, vol. I, IV déc., lib. VI; Tapia, *op. cit*., CDH; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV. lib. XXXIII, cap. I (Fernández de Oviedo omite todo lo sucedido durante este viaje hasta la llegada a San Juan de Ulúa); Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, pp. 25-32; fray Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, vol. III, lib. III, caps. CXVI, CXVII; Landa, *op. cit*., caps. III, IV; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, caps. XXIV-XXI; Bernal Díaz, *op. cit*., vol. I, caps. XXV-XXIX; Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias*, caps. VII-VIII; Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, lib. II, cap. II; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, vol. III, déc. II, lib. IV. caps. VI-VIII; Fernando Alva Ixtlilxóchitl, "Historia de la nación chichimeca"; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. I, caps. XIV-XVI.

Cortés y su santa compañía, como les llamaba mordazmente Las Casas, zarparon de Cozumel el primer domingo de Cuaresma, 13 de marzo, con buen tiempo. El extremeño dio a los capitanes y pilotos las mismas instrucciones que para la travesía desde Cuba: tratar de no perderse de vista unos a otros y prender sus faroles por la noche. Al anochecer empezó a soplar un fuerte viento contrario que separó a los navíos, por lo que debieron extremar sus precauciones para no ser arrojados contra la costa. Hacia la medianoche el mal tiempo aminoró y al alba las naves volvieron a reunirse, excepto una, la capitaneada por Juan Velázquez de León, a la que esperaron en vano durante todo el día.

Cortés decidió partir a buscarla con toda la flota, la encontraron anclada en una bahía, donde afirmaba Antón de Alaminos que podría haberse refugiado, ya que su piloto, Juan Álvarez el Manquillo, conocía el lugar por haber estado ahí con Francisco Hernández y con Juan de Grijalva. La armada permaneció en esa bahía un par de días, desembarcaron algunos hombres en dos bateles al mando de Francisco de Lugo y hallaron algunas milpas de maíz y muchas salinas, de las que se aprovisionaron de sal, así como cuatro adoratorios en los que encontraron varias figuras femeninas, altas de cuerpo, por lo que bautizaron el lugar como Punta de las Mujeres.[15] Jerónimo de Aguilar reconoció el sitio, el pueblo donde estuvo cautivo no estaba muy lejos, allí había enfermado por venir excesivamente cargado; dijo que el poblado de Gonzalo Guerrero estaba en las proximidades y que en él había oro, aunque en poca

[15] Estos sucesos parecen ser una repetición de los ocurridos cuando la expedición de Hernández de Córdoba, en la que también hallaron salinas e ídolos femeninos, nombrando al lugar Isla Mujeres, *Cfr*. López de Gómara, *Historia general de las Indias*, I, p. 87; *Vida de Cortés*, p. 338; Landa, *op. cit.*, vol. III, p. 7. Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. II, cap. IV, le atribuye este bautismo de la isla a Grijalva.

cantidad. Si Cortés lo deseaba podía conducirlo hasta allá; el capitán respondió, riendo, que él venía a esas tierras para hacer cosas más grandes.

Los hombres del navío de Andrés de Tapia lograron pescar un tiburón con un anzuelo y lo ataron con cuerdas, pero no pudieron subirlo a bordo, era tan pesado que al intentar hacerlo la nave se ladeaba, por lo que abordaron el batel y lo mataron en el agua. Subieron al animal en pedazos y encontraron en su estómago lo que parecían ser todas las raciones de carne de puerco salado de los expedicionarios, que acostumbraban arrojar al mar atadas con una cuerda a fin de ablandarlas; según Tapia, el tiburón "tenía en el cuerpo más de treinta tocinos de puerco, muchos conocieron sus raciones por las ataduras y cuerdas, y un queso, y dos o tres zapatos, y un plato de estaño, que parecía después haberse caído el plato y el queso de un navío que era del adelantado Alvarado". En venganza se comieron la carne del tiburón, menos salada que la de puerco y con mejor sabor.

Bernal Díaz narra que, aconsejado por Alaminos, Cortés envió un navío al mando de Escobar hacia Boca de Términos, con instrucciones de verificar la información que tenían sobre su buena naturaleza como puerto y sitio adecuado para poblar, provisto de abundante caza; así, cuando la armada pasara por ahí, no necesitarían perder tiempo explorando. Le ordenó que, si entraba al río que desembocaba en ese sitio, dejara alguna señal visible, y si no lo hacía, que esperara a la flota barloventeando cerca de la costa.

Cuando la nave entró al puerto de Términos sus tripulantes escucharon lejanos ladridos, asombrados vieron que se trataba de la lebrela que se había quedado cuando la expedición de Grijalva y que "estaba gorda y lucia". Cuando desembarcaron la lebrela acudió a saludarlos con grandes piruetas, fiestas y meneos de cola, luego se internó en el monte y regresó muy pronto con un conejo en el hocico, operación

que repitió varias veces. Narra Cervantes de Salazar que en ese sitio había tantos conejos que los mataban a palos.

Mientras tanto, al día siguiente de la partida de Escobar, el resto de la flota zarpó y llevada por un buen terral pronto alcanzó la altura de Champotón-Potonchán. Cortés deseaba desembarcar y vengar la derrota infligida por los nativos a los hombres de Francisco Hernández de Córdoba, además de que muchos de los expedicionarios que habían estado presentes en ella se lo rogaron; pero tuvieron que desistir a instancias de Alaminos, quien afirmaba que si anclaban tendrían que quedarse por lo menos ocho días, pues las condiciones del tiempo estaban en contra y como era mal puerto se verían obligados a arrojar las anclas a unas dos leguas de tierra, ya que el mar menguaba mucho. Cortés debía considerar, dijo, que iban con buen viento, por lo que podrían llegar en unos dos días hasta Tabasco.

Siguieron pues adelante hasta la Boca de Términos, en donde encontraron la nave de Escobar. Los sorprendió la cantidad de pieles de conejos, liebres y venados que adornaban los aparejos y el casco del navío. La lebrela era una excelente cazadora, con su ayuda los hombres de Escobar cobraron gran cantidad de piezas, pusieron las pieles a secar al sol y gozaron de una buena dieta de carne, además de abastecerse de cecina para muchos días, a pesar de ser Cuaresma, según se queja el capellán López de Gómara.[16]

[16] Llegados a este punto de la narración ciertos sucesos se vuelven confusos, pues entran en juego tres navíos, sus respectivas aventuras y el mismo puerto de Términos: el primer navío es el que, según algunos cronistas, se extravió durante la travesía de la armada de Cuba a Cozumel; el segundo el de Juan Velázquez de León, del que Bernal Díaz relata que se apartó del resto de la flota en la travesía de Cozumel a Yucatán; y el tercero el de Escobar, que el mismo Bernal afirma que Cortés envió a Términos. Bernal Díaz no menciona el navío extraviado en la travesía desde Cuba, pero menciona a dos naves a las que buscó el resto de la flota. La primera de ellas dice que se perdió en

La armada siguió adelante, el 22 de marzo, y después de unos tres días de navegación llegó a la desembocadura del río Grijalva (o Tabasco); la distancia desde Cabo Catoche es

---

la travesía de Cozumel a Yucatán, capitaneada por Juan Velázquez de León, a ésta la encontraron poco después en Punta Mujeres; la segunda fue la de Escobar, enviada a explorar Términos, narra Bernal que tras llegar a Términos tuvo que meterse mucho en alta mar debido a un viento del sur, de tal manera que el resto de la flota no la vio al llegar a Términos. Cortés envió un batel con diez10 ballesteros a bordo a Boca de Términos para buscar alguna señal o carta; encontraron unos árboles recién cortados y una carta en la que se decía que el sitio era muy buen puerto, con buena tierra y mucha caza y narraban su hallazgo de la lebrela. Alaminos aconsejó al extremeño que siguiesen adelante, pues seguramente el viento habría empujado la nave de Escobar hacia alta mar; así lo hicieron, alcanzándola pronto. Bernal no menciona lo de la cacería, ni lo de las pieles, aunque sí lo de la lebrela. Antonio de Solís sigue la narración de Bernal Díaz. Cortés, Vázquez de Tapia y Las Casas no mencionan ninguno de estos incidentes, ni la supuesta nave extraviada de Cuba a Cozumel, limitándose a relatar cómo la flota partió de Cozumel hacia Yucatán y prosiguió costeando hasta llegar a la desembocadura del río Grijalva. Andrés de Tapia, que fue testigo presencial, dice que el navío extraviado en la travesía desde Cuba fue el que encontraron en Términos. Lo mismo se asevera tanto en las preguntas del interrogatorio general del juicio de residencia de Cortés como en la *Historia de las Indias*, de Las Casas. Tapia habla sobre la lebrela y las pieles, mas afirma que esto sucedió antes de que la flota llegara a Punta Mujeres. López de Gómara refiere que la nave extraviada en la travesía desde Cuba no apareció durante varios días; que al zarpar la flota de Cozumel navegaron costeando, con el fin de buscarla, y la encontraron en Puerto Escondido llena de pieles y con la lebrela; el capellán no menciona la nave de Escobar, Sepúlveda sigue su relato. Cervantes de Salazar enreda un poco más el asunto, ya que primero escribe sobre el navío extraviado en la travesía desde Cuba, declarando que fue a dar a Términos, donde encontraron a la lebrela, y que de ahí se dirigió a Cozumel, adonde llegó antes que el resto de la flota (lo cual es imposible), pero más adelante asevera que la flota, al salir de Cozumel, iba en busca de este mismo navío, al que llama el Güecho, encontrándolo en Términos con las pieles y la lebrela, y añadiendo que Cortés bautizó el sitio como Puerto Escondido; Herrera, como de costumbre, sigue a Salazar.

de aproximadamente 640 kilómetros.[17] El estuario del río era poco profundo como para permitir el paso de las naves de mayor calado, cosa que bien sabían tanto Cortés como sus hombres debido a la información obtenida cuando el viaje de Juan de Grijalva, no obstante que la mayoría de los cronistas

---

Prescott ignora tanto al navío extraviado en la travesía desde Cuba como todo el resto de estos sucesos. Orozco y Berra habla del navío extraviado durante la travesía de Cuba, pero afirma que llegó a Cozumel después que el resto de la armada, sin citar su fuente para tal declaración; sigue a Bernal Díaz en su relato sobre Escobar y su nave, aunque menciona lo de las pieles y la cecina (Bernal sólo escribe que encontraron a la lebrela y que ésta se metió con ellos al navío). H. Thomas expresa que la nave extraviada en la travesía Cuba-Cozumel era la de Escobar, y que la encontraron en Puerto Deseado, bautizado así por Grijalva, y que el piloto era Juan Álvarez el Cojo, mismo que Bernal afirma que era el piloto de la nave de Juan Velázquez de León. Si la flota de Cortés zarpó el 13 de marzo de Cozumel, un día después de haber salido Escobar, y llegaron al río Grijalva el 22 de marzo, y descontamos el tiempo de navegación de Cozumel a Términos, y de aquí al Grijalva, quedaría muy poco tiempo como para que cobraran tal cantidad de piezas de caza, pusieran a secar las pieles y salaran la carne, aunque no es imposible, dada la abundancia de animales, el auxilio de la lebrela y los muchos hombres de la tripulación. Sin embargo, parece más factible que se tratara del navío extraviado en la travesía Cuba-Cozumel, que esperó en Términos al resto de la flota, sabiendo que ese era el rumbo que seguirían. No deja de ser curioso que Bernal, siempre pendiente de los detalles anecdóticos, no mencione lo de las pieles, y por qué, si se trataba de la nave extraviada, Escobar no la encontró aquí, y sí a la lebrela.
El incidente es trivial, y posiblemente no merezca tan extensa nota, quede como muestra de la manera en que, en muchas ocasiones, los cronistas difieren de tal forma, que es realmente difícil llegar a saber qué fue lo que sucedió.

17 H. Wagner, *The Rise of…*, p. 55, dice que nombraron al Usumacinta como San Pedro y San Pablo y después llegaron al Grijalva; H. Thomas repite lo mismo, *La conquista…*, p. 200, no especifica su fuente y no encuentro mención de ello en las crónicas. Según Las Casas, San Pedro y San Pablo fue el nombre dado por Grijalva al río actual de este nombre , aunque según Vázquez de Tapia Grijalva le puso así al Tecolutla.

parecen querer ignorar ese antecedente, al igual que Cortés, quien da muestras de querer adjudicarse el mérito de ser el primero en descubrir "el secreto" de esas nuevas tierras.[18]

Según la Primera carta de relación, el extremeño deseaba navegar río arriba por la "voluntad de les hacer verdadera relación de lo que en la tierra hay" a los reyes y de no pasar adelante antes de conocer su "secreto" (poco más adelante, en esa misma carta, encontramos un párrafo en el que se descubre tal vez su verdadera motivación: "por la gran fama que de riqueza se decía que tenían"). Ya sabían cómo Grijalva y sus hombres fueron bien recibidos en el poblado que se encontraba no muy lejos río arriba y habían "rescatado" buena cantidad de oro.

Dice Solís que Cortés condescendió con el deseo mayoritario de sus hombres, tomando en cuenta la conveniencia de conservar a esos indígenas como sus aliados, ya que estaban bien situados en la ruta de regreso, aunque de ninguna manera perdía de vista su objetivo principal: el reino de Culúa, del que había llevado tan buenas noticias Juan de Grijalva.

El extremeño, con su cuidado y previsión característicos, ordenó que la mayoría de sus hombres pasaran a los navíos de menor calado y a los bateles, y que llevaran algunas piezas de artillería. Las naves mayores quedaron ancladas cerca de la costa con alguna gente de guardia y los marineros.

De esa manera empezaron a remontar el río. Los espesos manglares que crecían en ambas riberas limitaban casi

[18] Christian Duverger insiste en que fue aquí donde Grijalva "había tenido contacto con los embajadores de Motecuzoma", y va más allá: "Sabiendo muy bien que se encuentra en la frontera del imperio de Motecuzoma", ¿cómo podría saberlo? Renglones más adelante enfatiza que con ello "Ha terminado la era de las navegaciones", ¿no estarían más bien empezando apenas?, y acto seguido despacha la famosa batalla de Cintla con un muy abreviado relato de media página, véase *Cortés*, p. 133.

por completo la vista al interior. Tras navegar cerca de dos kilómetros río arriba llegaron frente al pueblo de Tabzcoob,[19] situado en la margen izquierda sobre una loma que lo libraba de las inundaciones y de la humedad del río.[20] Según López de Gómara, la población era de buen tamaño, aunque no de veinticinco mil casas como afirmaban otros cronistas,[21] pa-

[19] La confusión mencionada anteriormente sobre la localización de Champotón o Potonchán adquiere esta vez nueva dimensión, varios cronistas confundieron a Tabzcoob con ese poblado. Así, Pedro Mártir escribe que el pueblo denominado Tanosco era llamado Potonchano por los nativos; López de Gómara afirma que se trataba de Potonchán y agrega que su nombre significa "lugar que huele mal"; Illescas y Alva Ixtlilxóchitl también lo llaman Potonchán; Fernández de Oviedo Champotón; Cervantes de Salazar declara que el río se llamaba Grijalva, o Tabasco, o Champotón; anteriormente, cuando el viaje de Grijalva, había escrito (lib. II, cap. VIII) que el pueblo al que llegó Grijalva, situado en el río del mismo nombre, se llamaba Potonchán, mientras que la provincia era nombrada Tabasco. Genaro García, *Carácter de la conquista española en América y en México según los textos de los historiadores primitivos*, pp. 151 y 153, cae en el mismo error de llamar a este pueblo Potonchán, no obstante que unas líneas arriba menciona que la flota había pasado de largo por Champotón, llegando "adonde el cacique había vestido de pies a cabeza de oro, a Grijalva", citando a Herrera, y agrega que el lugar era estéril (Tabzcoob gozaba de una vegetación exuberante, debida a su clima tropical húmedo). H. Thomas, *La conquista...*, p. 200, escribe que la flota llegó, río Grijalva arriba, al poblado de Potonchán, insistiendo en llamarlo así varias veces más adelante, pp. 202, 203, 207, 212.

[20] Esta loma medía menos de un cuarto de legua, el resto del terreno era bajo y anegadizo. A espaldas del poblado una ciénaga ofrecía protección adicional. En la época de lluvias el terreno circundante se inundaba, por lo que los pobladores se veían forzados a circular por la calle principal, que seguía la curva de la loma. *Cfr*. notas al pie en Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, pp. 64 y 363.

[21] Mártir, *Décadas*…, vol. I, IV déc., lib. VII, declara que la ciudad era tan grande que no se atrevía a escribirlo, pues Alaminos aseguraba que medía una legua y media y contenía 25 000 casas, aunque sus compañeros restringían tanto el tamaño como el número, confesando no obstante que era enorme y famosa. Agrega que las casas estaban muy

recía mayor debido a que las viviendas estaban separadas unas de otras. Los muros eran de adobe, los techos de hoja de palma o de paja; el poblado estaba fortificado, protegido en todo su perímetro por una empalizada de gruesos troncos clavados verticalmente, aunque dejando un espacio entre ellos desde donde los nativos podían disparar sus flechas. La empalizada tenía una sola entrada por el lado del río, allí se encontraban su inicio y su final, formando así una especie de callejón estrecho provisto de fortificaciones adicionales.

Desde las orillas una multitud de personas contemplaba a los extranjeros. Pronto se dirigió hacia ellos una flota de canoas llenas de guerreros que deseaban averiguar sus intenciones. De la misma forma habían recibido a Juan de Grijalva. El diálogo se inició lo mejor que se pudo. Cortés hablaba por medio de sus dos intérpretes, Melchor y Aguilar. Sus palabras eran las de costumbre: no venían a hacerles daño, sólo a hablar con ellos para transmitirles un mensaje de paz y de amistad de parte del rey de España; necesitaban agua y alimentos, si se los proporcionaban se los pagarían bien (aunque de alimentos debían estar bien provistos y probablemente también de agua); les rogaba les permitieran desembarcar y dormir esa noche en tierra, venían muy apretados en esas pequeñas naves y era demasiado tarde como para regresar hasta las que habían dejado en la costa.

Los nativos, con justa razón, se negaron a que esos extraños desconocidos desembarcaran en las orillas de su población. Ante su insistencia, los amenazaron con atacarlos

---

bien construidas con piedra y cal, separadas por huertos. Se subía a las habitaciones por 10 o 12 escalones, y los edificios estaban separados entre sí por espacios de tres pies. En su mayoría los techos eran de paja o de cañas, aunque muchos también tenían losas de piedra. Se contaban maravillas "de la magnificencia, grandeza y elegancia de los palacios rurales, construidos para recreo, con sus azoteas, patios y hermosos entablados".

si lo intentaban; podían hablar todo lo que quisieran desde donde estaban. Les señalaron una pequeña isla cercana donde podrían cavar un pozo y tomar el agua que necesitaran, o sacarla del río un poco más arriba. Mientras tanto, irían a comunicarle a su señor las palabras de los blancos (posiblemente este señor fuese aún el mismo que tan alegremente quiso cambiar su nombre por el de Grijalva) y que volverían al día siguiente con su respuesta.[22]

El sol estaba a punto de ponerse, por lo que a Cortés no le quedó más alternativa que ordenar el desembarco en la isleta, donde se prepararon a pasar la noche.[23] Los indígenas tomaron a sus mujeres, hijos, ancianos y bienes, llevándolos a un lugar seguro en la selva, temiendo que los extranjeros intentaran entrar por la fuerza al día siguiente; luego se prepararon a defender su pueblo en caso de ser necesario. Cortés, con más visión militar que Grijalva, no permitió la ociosidad a sus hombres, envió a unos cuantos a explorar río arriba para buscar con cuidado algún vado, el cual hallaron a menos de media legua, donde el agua les daba a la cintura. Otros fueron a investigar hacia dónde llevaba un camino angosto que algunos recordaban haber visto durante la expedición de Grijalva. El sendero salía de los palmares, lugar en que los de Grijalva habían desembarcado. Regresaron con el reporte de que conducía, entre la maleza, los arroyos y las ciénagas, hasta un costado de la población.

22 H. Thomas, *La conquista...*, p. 201, afirma que los indígenas dijeron a los españoles que debían acudir al día siguiente a la plaza frente a la población y que los hombres de Cortés así lo hicieron; no sé de ninguna fuente donde se haga semejante declaración.

23 En la Primera carta de relación se dice que durmieron en unos arenales frente al pueblo; Bernal Díaz asegura que lo hicieron en los palmares, a una media legua del poblado, en el mismo sitio en que desembarcaron los hombres de Grijalva. Andrés de Tapia, López de Gómara y las preguntas del juicio de residencia de Cortés afirman que fue en la isleta.

Cortés actuaba así en previsión de un posible ataque o bien porque había decidido someter a los indígenas, por las buenas o por las malas; siempre gustó de la sorpresa y de tener varias alternativas de acción. Según fray Bartolomé de las Casas, la verdad pura y simple era que los nativos les requirieron muchas veces irse de su tierra y dejarlos en paz, no podían menos que sospechar malas intenciones en esos seres tan extraños, que parecían fieros, estaban bien armados e insistían en entrar en la población en contra de la voluntad de sus habitantes. En cuanto a las promesas españolas, el buen fraile las tenía en muy poco:

> Del buen tratamiento y libertad y paz y buena conversación, que Cortés y los otros apóstoles a él semejantes prometían y prometieron o fingieron prometer, esta isla Española y las otras islas y cuatro y cinco mil leguas de tierra firme, que hasta hoy han despoblado, asolado y destruido, como todo el mundo lo sabe y clama, son lamentables testigos.

Su primera acción al día siguiente, 23 de marzo, temprano por la mañana, tras oír misa, aclara las intenciones del extremeño: envió a Alonso de Ávila con cien hombres, entre ellos 10 ballesteros (otros dicen que a Ávila y Alvarado con 50 hombres cada uno), por el sendero que habían explorado la noche anterior, con órdenes de que, al escuchar los disparos de la artillería, atacaran el poblado por la retaguardia, sin previo ataque de los nativos. Él con el resto embarcaron y colocaron sus naves frente a la población. De nuevo las fuentes difieren en la relación de los sucesos inmediatos; algunas, entre ellas la Primera carta de relación, aseveran que se aproximaron algunas canoas nativas a la isleta, llevando a los españoles guajolotes cocidos (que a decir de Pedro Mártir eran "de color oscuro, ni más pequeños ni menos sabrosos

que pavos"), así como maíz suficiente para alimentar a 10 hombres hambrientos, con la explicación de que no habían llevado más porque los habitantes huyeron por temor a ellos y a sus disformes navíos; les pidieron, una vez más, que se marcharan de su tierra. A Cortés le pareció que los víveres eran muy pocos y dados de mala gana (como si los indígenas tuviesen la obligación de alimentarlos).

Otras crónicas, como la de Bernal Díaz, afirman que los nativos trataron de impedir su desembarco disparándoles flechas y tocando sus instrumentos de guerra. Cortés volvió a pedirles les permitieran tomar agua en paz, era inhumano que los dejaran morir de sed y de hambre, además deseaba hablar con su señor y no se irían mientras no cumpliera con las órdenes del rey de España de informarle sobre las cosas de esas tierras. La respuesta fue que no necesitaban los consejos de gente a la que ni siquiera conocían, y menos aún les permitirían entrar a sus hogares, además de que les parecían hombres terribles y mandones.

Reporta Bernal que en el poblado había más de 12 000 guerreros (cifra que le pareció tal vez más prudente, pues en el original tachó la de 25 000),[24] incluidos en los de otras poblaciones comarcanas, sujetas a éste; afirma que los recibieron de guerra porque los de Potonchán, Lázaro y otros vecinos los habían llamado cobardes, burlándose de que no hubieran presentado batalla a las fuerzas de Juan de Grijalva, mientras que ellos habían matado a más de 56 de esos exigentes extranjeros.

Sea como fuese, Cortés ordenó al escribano Diego de Godoy leer a los nativos el famoso Requerimiento,[25] que con

[24] López de Gómara, *Historia general…*, II, p. 37, relata que los guerreros que defendían el pueblo eran sólo 400.

[25] El Requerimiento era un alegato jurídico redactado por el doctor Palacios Rubios por órdenes de Fernando el Católico; leído por un escribano antes de entrar en acciones bélicas con los nativos, exhor-

suerte sería medio traducido por los intérpretes y que para los indígenas no tendría ni pies ni cabeza, aun en el caso de entender español. Mandó al escribano levantar el acta correspondiente como prueba de que la culpa por la violencia que se avecinaba no era suya.

Los navíos españoles se colocaron frente al pueblo en formación de media luna, de mayor a menor, rematando con los bateles, pues la anchura del río lo permitía. Los enfrentaban las canoas indígenas. Cortés, terminada la lectura del Requerimiento y levantadas las actas correspondientes, ordenó al artillero Alonso de Mesa disparar la artillería, lo que causó sorpresa, temor y trastorno. Aprovecharon el caos para desembarcar, lanzándose al agua al grito de "¡Santiago!"; como estaban cerca de la orilla, el agua les llegaba a la cintura. Lucharon por salir a tierra, resbalando y sumiéndose en el fango. Cortés perdió una alpargata en el intento y tuvo que luchar calzado únicamente en un pie.

Los mayas opusieron feroz resistencia, finalmente fueron retrocediendo ante el acero español hacia la empalizada que rodeaba su población. Los españoles dirigían los disparos de sus arcabuces y ballestas a los espacios entre los troncos, los indígenas no se dejaron amilanar no obstante la sorpresa y el temor causado por las armas de fuego y por la efectividad de las espadas en sus cuerpos semidesnudos, defendiendo bravíamente la estrecha y tortuosa calle que conducía al interior del poblado.

Entonces llegaron los 100 hombres de Alonso de Ávila, retrasados a causa del difícil paso por ciénegas y esteros. Atacaron por la parte trasera, prácticamente desguarnecida, entrando con gran gritería, causando estupor y espanto;, a pesar de ello se recuperaron e intentaron detenerlos, mas

---

tándolos a reconocerse como súbditos de España, por supuesto, en español.

tuvieron que aflojar en el otro frente, por lo que Cortés y los suyos lograron forzar su entrada. Los mayas se replegaron, fortaleciéndose en unas albarradas en el interior, luchando con gran valentía, entre agudos silbidos y fuertes voces, repitiendo "*¡Al calachoni, al calachoni*!" (contra el capitán), puesto que de acuerdo con su costumbre, si el jefe de los adversarios caía, la victoria sería suya.

Finalmente, la superioridad del armamento europeo se impuso y los indígenas fueron desalojados. Ambas partidas llegaron al mismo tiempo a la plaza en el centro de la población, donde los nativos intentaron una última y desesperada resistencia, pero en poco tiempo tuvieron que retirarse hacia los montes, en orden y sin dar la espalda. Cortés no quiso ir tras ellos, sus hombres estaban muy cansados, y dijo que deseaba darle tiempo al enemigo de reconsiderar su actitud.

Según Bernal Díaz las bajas indígenas fueron 18, mientras que entre los españoles había unos 20 heridos, incluyéndolo a él con una herida en el muslo. Los escaupiles de algodón y las armaduras con que se protegieron lograron su cometido. Sepúlveda asegura que tomaron el pueblo sin matar ni herir a nadie, lo cual es mucho decir. Las Casas, por el contrario (como era de esperarse), afirma que "como al cabo estuviesen desnudos, y con las espadas desbarrigaron inmensos".

No había mucho que saquear: un poco de maíz, algunos guajolotes, ropas de algodón y casi nada de oro. Cortés organizó sus fuerzas y se fortificó en el templo central y tomó posesión de la tierra en nombre de los reyes de España, desenvainó su espada, dio tres tajos sobre una gran ceiba en el patio del templo y retó a singular combate a quien se atreviera a contradecirle; el escribano levantó el acta de rigor.

Siguiendo lo que sería su invariable costumbre tras una victoria, envió algunos cautivos a llevar a su señor una oferta de paz, les ordenó decirle que deseaba mucho hablar con

él, del daño que habían recibido sólo ellos tenían la culpa y que, si no venía, iría a buscarlo. Si bien gustaba de golpear primero y fuerte, por lo general intentaba afianzar su triunfo por medio de la palabra y evitaba ocasionar bajas y desgaste innecesario entre sus hombres, así como rencores y odios de los contrarios.

Los espaciosos aposentos del templo y su gran patio los acomodaron bien y pasaron ahí la noche, no sin haber organizado antes las rondas y velas (como llamaban a la guardia nocturna).[26]

Al amanecer del 24 de marzo todo parecía tranquilo, demasiado tranquilo. Pronto se dieron cuenta de que su intérprete, el maya Melchor, había huido durante la noche, dejando colgadas de un árbol sus ropas españolas. A Cortés le

[26] H. Thomas, *La conquista...*, pp. 200-203, para variar, distorsiona los acontecimientos, restándole importancia a esta primera gran batalla. Como ya se indicó, dice (mostrando una extraña predilección por el número ocho8) que el segundo día, después de dormir los españoles en la arena de las orillas del río, los nativos les llevaron 8 pavos y maíz (elote) suficiente para diez10 personas, y después, al parecer, aunque no está claro en su narración, los hombres de Cortés fueron a formarse en el centro del poblado a petición de los indígenas (aunque dice que éstos, la noche anterior, desalojaron a sus mujeres e hijos); luego de esto afirma que transcurrieron otros tres días, pasados a bordo de sus barcos, en los que Cortés trajo más efectivos de los navíos en la costa, que Ordaz fue enviado a una expedición de reconocimiento, y dijo haber encontrado a 30 000 nativos, a los que leyó el Requerimiento, y que otros españoles evitaron que lo rodearan. Prosigue diciendo que al cuarto día los nativos les llevaron otros ocho pavos y maíz para10 personas, que esa noche los indígenas evacuaron (¡de nuevo!) a sus familias al día siguiente llevaron a los españoles un poco de alimentos en ocho canoas. Algunos españoles fueron por víveres al poblado, siendo atacados; Cortés ordenó que los heridos regresaran a los barcos, tras lo cual ordenó la toma del pueblo, para la que H. Thomas da la fecha de 24 de marzo, sin recordar que un poco antes (en la p. 200) afirma que fue hacia el 22 de marzo cuando llegó la flota al río Grijalva, por lo que, según su cuenta de días, la toma debió darse el 28 de marzo.

molestó mucho el incidente por la información que podría proporcionarle a los suyos.[27]

Según la Primera carta de relación, en esos momentos llegaron al poblado dos indígenas, enviados por su señor, con algunas joyas de oro (a los exigentes españoles les parecieron muy delgadas y de poco valor). El señor les rogaba no quemar el lugar y que se marcharan de una buena vez en paz; al parecer en realidad deseaba hacer tiempo para que llegaran refuerzos al punto de reunión que había convenido con los guerreros de otras poblaciones. Cortés respondió que su señor debía someterse al rey de España y que le enviara víveres; los nativos prometieron hacerlo al día siguiente, nunca regresaron.

Algunos españoles solicitaron licencia para ir en busca de comida en los sembradíos cercanos (se supone que traían cantidades de pan cazabe); concedida, partieron dos grupos en distintas direcciones, cada uno con cien hombres, incluidos algunos ballesteros y escopeteros, un grupo al mando de Francisco de Lugo y otro bajo Pedro de Alvarado. Cortés les pidió explorar el terreno y unos caminos que salían del poblado, así como no alejarse más de dos leguas y regresar a dormir a la población.[28]

De acuerdo con Bernal, la compañía de Francisco de Lugo no había avanzado más de una legua [5 572 m] cuando se encontró, en unas labranzas, con grandes escuadro-

27 Herrera, seguido por Torquemada, se confunde, afirmando que fue Julianillo quien huyó.

28 En el interrogatorio general del juicio de residencia de Cortés se dice que fueron tres las compañías enviadas por el extremeño, al mando de los capitanes Sandoval, Alvarado y Domingo García de Albuquerque, con más de 200 hombres. Andrés de Tapia asevera también que Cortés envió gente por tres partes. López de Gómara, seguido por Herrera, escribe que fueron tres compañías, de 80 hombres cada una, bajo las órdenes de Alvarado, Ávila y Sandoval, llevando algunos indios de Cuba como cargadores.

nes de mayas, sus penachos de plumas ondeando al viento, armados con escudos, espadas de pedernal, arcos, lanzas y hondas. Al ver a los odiosos blancos empezaron a tocar sus tambores, acompañados de grandes gritos y silbidos, y, supuestamente sin provocación (o eso dicen los cronistas españoles), los atacaron con sus armas arrojadizas que dicen caían como granizo (nada menos). Los guerreros intentaron cercarlos mientras los europeos retrocedían lentamente en buena formación hacia el pueblo, enviaron a un taíno, gran corredor, a dar aviso a Cortés y solicitar su auxilio.

Mientras tanto, la gente de Alvarado se había desviado de su camino al encontrar un estero, no lejos de las fuerzas de Lugo, por lo que alcanzaron a escuchar el fragor de la batalla y acudieron de inmediato en su socorro, así pudieron resistir mejor los embates y se fueron retirando en orden hacia la población.

Mientras tanto Cortés fue atacado en el pueblo, logró rechazarlos con el uso de la artillería, y envió en auxilio de Lugo cien hombres (o fue en persona, según López de Gómara), lo encontraron a media legua, ya reunido con Alvarado, regresaron todos juntos. En las escaramuzas murieron dos españoles y 11 fueron heridos; los mayas, se dice, sufrieron 15 bajas.

Algunos de los prisioneros parecían principales. Cortés pidió a Aguilar interrogarlos por separado, preguntarles sobre los efectivos de que disponía su gente y el porqué de su agresividad. Tres declararon que Melchorejo les había aconsejado darles guerra día y noche, siendo pocos podrían vencerlos, agregaron que al día siguiente llegarían guerreros de los pueblos vecinos y formarían un poderoso ejército.

Cortés pidió a uno de ellos ir a ver a su señor y pedirle la paz, le dieron algunas cuentas de vidrio verdes, pero no regresó. Los españoles enterraron a sus muertos. El extremeño reunió a sus capitanes en consejo. No podían permitirse

el lujo de retirarse ni de ser vencidos, les dijo; si cualquiera de esas cosas ocurría pronto se esparciría la noticia y en todos lados tendrían que enfrentar la misma o peor oposición. Si optaban por retirarse debían abandonar por completo su empresa y regresar a Cuba con la cola entre las piernas. Considerando esa triste alternativa, estuvieron de acuerdo en proseguir la lucha.

Por la noche llevaron a los heridos a las naves, así como a seis o siete jóvenes a quienes les dio "mal de lomos", no podían mantenerse de pie por no haberse quitado los escaupiles ni de día ni de noche en ese gran calor. Al regresar llevaron refuerzos de los navíos, así como una docena de caballos y algunas lombardas. Era la primera vez que los caballos desembarcaban, tras la larga temporada a bordo estaban torpes y temerosos de correr. Cortés los adjudicó a los mejores jinetes, casi todos capitanes, él montaría como su comandante. Ordenó que pusieran sartales de cascabeles en las patas de las bestias, de manera que con su sonido espantaran más a los indígenas e instruyó a los jinetes: no debían pararse a lancear al enemigo, sólo pasarle la lanza a la altura de la cabeza, tratando de deshacer sus líneas, entrando y saliendo, a galope tendido, lanza en ristre. Diego de Ordaz, mal jinete, quedó a cargo de la infantería. Cortés, incansable, inspeccionó que las armas de fuego estuvieran a punto.

Al día siguiente, festividad de Nuestra Señora de Marzo según dice Bernal Díaz, o de la Anunciación, que cayó ese año en viernes 25, fray Bartolomé de Olmedo ofició por la mañana temprano una misa. Siguiendo el plan, 300 hombres encabezados por Diego de Ordaz marcharon al sitio donde se efectuó la batalla del día anterior, mientras que dos capitanes, con cien hombres, intentarían llegar a él por la retaguardia. Cortés, al mando de la caballería, buscaría la manera de flanquear al enemigo o atacarlo también por la retaguardia. El alférez y sus ayudantes pusieron las tropas en

orden. La infantería avanzó al paso lento de la artillería, no era tarea fácil llevarla por esos terrenos cortados por arroyos y canales de riego, toda la zona era de lagunas y pantanos.

Ordaz y la infantería, tras marchar una legua, se toparon con los escuadrones de guerreros que iban hacia el poblado, en un lugar cercano al pueblo que Bernal y López de Gómara llamaron Zintla o Centla (por lo que se conoce como la batalla de Centla o Cintla).[29] El terreno era grande y llano, los nativos lo utilizaban para sus sembradíos (sobre todo de maíz y cacao), cortado por acequias y canales. Los cronistas españoles exageran la nota de nuevo, dicen que los guerreros eran tantos que les parecieron infinitos, cubriendo todo el espacio. Bernal relata que era tal su número que a puñados de tierra podrían cegarlos; calculaba 300 por cada español.[30] Los rayos del sol hacían relucir sus coloridos penachos; llevaban los rostros pintados de rojo, blanco y negro, armados con escudos, espadas de pedernal de doble filo que blandían con ambas manos, arcos y flechas, lanzas y hondas, y protegían sus cuerpos con escaupiles de algodón.

Diego de Ordaz ordenó que se leyera el Requerimiento ante el escribano, los mayas no les permitieron terminar, lanzándoles tal lluvia de flechas, lanzas y piedras que hirieron

[29] Cintla o Centla estaba situado en la margen izquierda del río Grijalva, entre su desembocadura y el arroyo del Coco; el actual Puerto de Frontera se encuentra justo frente a ese lugar. Jorge Gurría Lacroix, *Itinerario de Hernán Cortés*, p. 58. Hoy es una reserva natural. Su población era de la etnia maya-chontal de Tabasco.

[30] De acuerdo con los números de Bernal Díaz, los nativos serían cerca de 110 o 120 000, tal vez, confundido sobre el lugar, exageró las muertes nativas como muestra de que así vengaban la derrota anterior, aunque se trataba de otro poblado. El padre Juan dice que la flota partió de inmediato a causa de los vientos.
Tanto la Primera carta de relación como Mártir y Salazar hablan de 40 000 guerreros venidos de 8 provincias. Andrés de Tapia menciona 48 000; López de Gómara escribe que eran infinitos. Es Indudable que todas estas cifras son muy exageradas.

a muchos españoles; respondieron disparando la artillería, los arcabuces y las ballestas. La masa compacta de guerreros constituía un buen blanco para el artillero Mesa. Al escuchar el estallido de la pólvora los nativos gritaron y silbaron más fuerte, mientras lanzaban puñados de tierra y de paja al aire para ocultar el daño que les causaban; tañían sus tambores, soplaban en sus caracolas y lanzaban grandes alaridos que sonaban como "¡*Alalá, Alalá*!", enfriando la sangre en las venas de los españoles.

La lucha se generalizó cuerpo a cuerpo. Los mayas causaban gran daño con sus lanzas, no era menos el de los españoles con sus espadas de acero, por lo que los nativos no se acercaban tanto, preferían rociarlos de flechas y luego retroceder un poco. Conociendo mejor el terreno cruzaban las acequias, parándose del otro lado para lanzar de nuevo sus proyectiles. A costa de gran esfuerzo los españoles lograron hacerlos retroceder hasta un terreno más llano, momento en que llegó el destacamento español por la retaguardia, encerrándolos entre dos frentes. Llevaban algún tiempo luchando cuando al fin apareció la caballería, retrasada a causa de un encuentro con una partida de guerreros y de que tuvieron que rodear algunas ciénegas; tres de los jinetes y algunos caballos venían heridos. Cayeron a galope tendido sobre el enemigo, que, ante la aparición de esas grandes y desconocidas bestias, quedaron paralizados de asombro. Era la primera vez que las veían.

Como el terreno se los permitía, Cortés y sus jinetes cabalgaron a placer, entrando y saliendo de las filas enemigas lanza en ristre y a galope, causando estragos. Debido al gran número de guerreros, la infantería tardó un rato en darse cuenta de la llegada de la caballería; de igual modo, ésta no podía percatarse de la situación de aquélla. Ordaz lo intuyó al notar cómo la vanguardia enemiga flaqueaba y ordenó a sus hombres redoblar esfuerzos. La batalla se prolongó más

de una hora antes de que los mayas empezaran a retroceder hacia la selva, sin dar nunca la espalda.

Algunos cronistas narran que en medio de la batalla ocurrió un hecho sobrenatural (faltaba más), mismo que volverán a mencionar en otras ocasiones. Aseguran que vieron un jinete que arremetía contra los escuadrones indígenas, montado sobre un caballo desconocido; muchos pensaron que se trataba de Santiago, santo patrono de España, o tal vez de san Pedro, patrono de Cortés y de la armada. El mordaz Bernal comenta al respecto que él, como pecador que era, no pudo verlo, y que, hasta que leyó la crónica de López de Gómara, nunca había oído contar semejante cosa a los conquistadores presentes en esa batalla, seguramente se trataba de Francisco de Morla montado en un caballo castaño de los que traía Cortés, y no rucio picado, como afirmaba López de Gómara. Menciona que si hubiera ocurrido tal aparición se habría consignado por escrito, ante escribano y con testigos, y el nombre con que bautizaron a la población habría sido el de Santiago de la Victoria, o San Pedro de la Victoria y no Santa María de la Victoria; además se habría erigido una iglesia conmemorativa en ese sitio. Las Casas, con su ironía acostumbrada, comenta que "por los merecimientos suyos [de Cortés] y de su compañía, dice Gómara, su criado, que les apareció Sant Pedro o Santiago encima de un caballo".[31]

[31] Andrés de Tapia, testigo presencial, narra que los indígenas ya tenían cercada a la infantería y Cortés no llegaba, fue entonces que se apareció, por la retaguardia enemiga, un hombre en un caballo rucio picado, "por manera que todos lo vimos", haciéndoles tal daño a los nativos que empezaron a huir. Los de la infantería creyeron que se trataría de Cortés, pero cuando avanzaban el jinete desaparecía, y cuando los nativos los hacían retroceder reaparecía y atacaba; esto sucedió tres veces, "e le vimos, e siempre creyemos que fuese alguno de los de la compañía del marqués". Cuando finalmente llegó Cortés, contestó que ninguno de a caballo podía haber llegado antes que él, y

Cortés ordenó la retirada. Era ya tarde, no habían comido y estaban sumamente cansados, a lo que se sumaba el excesivo calor, muchos tomaron agua de las acequias, lo que provocó un repentino dolor de costillas a más de un centenar, a los que tuvieron que ayudar para llegar al campamento o llevarlos a cuestas. Regresaron a Tabzcoob, donde curaron a los heridos (cuyo número varia de 20 a 70, según la fuente consultada); a los caballos les pusieron fomentos, hechos con la grasa de un indígena muerto al que abrieron para extraerle el unto, como le decían a la grasa (primera vez que lo menciona Bernal, lo hará en muchas otras). Según Bernal Díaz, las bajas españolas sóolo fueron dos. El número de mayas muertos varía de 220, de acuerdo con la Primera carta de relación, a más de mil según Herrera (sin mencionar a Las Casas, que, siempre exagerado, habla de 30 000, y agrega que "esta fue la primera predicación del Evangelio que Cortés

---

enseguida arremetió al grito de: "Adelante, compañeros, que Dios es con nosotros". Bernardino Vázquez de Tapia, testigo presencial, declara en su *Relación de méritos y servicios del conquistador* que vieron un gran milagro, pues luchó un jinete montado sobre un caballo blanco, "el cual no había entre los que traíamos". López de Gómara relata que llegó Francisco de Morla en un caballo rucio picado, y afirma, como Tapia, que arremetió y desapareció por tres veces consecutivas. Cuando llegó Cortés y le preguntaron si el caballero era de su compañía, dijo que no, pues ninguno de ellos había podido venir antes, y creyeron entonces que se trataba del apóstol Santiago, aunque Cortés prefería pensar que fue san Pedro, y se tuvo a milagro, habiéndolo visto tanto españoles como indígenas; a estos últimos les parecía que el jinete misterioso los cegaba y entorpecía. Sepúlveda comenta que la mayoría afirmaba haber visto un jinete de porte sobrehumano, sobre caballo blanco, y creían que se trataba de Santiago. Francisco de Aguilar, Herrera y Torquemada no mencionan el incidente. Argensola dice que se tenía por cierto que los españoles vieron a Santiago en el aire a caballo, peleando a su favor; y Solís, que algunos escribieron de un caballo blanco y de Santiago.

introdujo en la Nueva España").[32] Contado de esta manera es factible que los españoles obtuvieran la victoria gracias a su estrategia y a sus armas, no todo el terreno era pantanoso, había milpas de maíz; el ataque por la retaguardia tomó por sorpresa a los mayas, mientras que la caballería entraba y salía de las filas enemigas a galope tendido, lanza en ristre. De muchas cosas podrá acusarse a Cortés, peroms no el de ser mal estratega.

Entre los cautivos había cinco que parecían de mayor jerarquía. Jerónimo de Aguilar habló con ellos; dos fueron enviados como mensajeros, llevando algunas cuentas verdes y diamantes azules, a decirles a los señores que los españoles deseaban mucho ser sus amigos, que de la guerra sólo ellos mismos tenían la culpa y esperaban que quisieran venir a hablar sobre la paz; los esperarían dos días, si no se presentaban irían tierra adentro destruyendo, quemando, talando y matando a cuantos topasen. Al respecto comenta Las Casas:

> Estas son sus formales palabras. Veis aquí con qué tiene Cortés engañado a todo el mundo y no sin culpa de muchos de los que lean su falsa historia, no considerando que aquellos estaban quietos en sus casas, sin ofensa nuestra ni de nadie, y que no eran moros ni turcos, que nos infestan y maltratan.

Tras escuchar la embajada, los señores enviaron su respuesta acompañada de quince esclavos de rostros entiznados "y las mantas y bragueros que traían muy ruines", dice Bernal, llevando como obsequios un poco de pescado asado, guajolotes y tortillas. Cortés, desconociendo las costumbres

[32] Según Bernal Díaz, la batalla de Cintla ocurrió el día de Nuestra Señora de Marzo (la Asunción cayó el 25 de marzo de ese año de 1519). Herrera dice que sucedió el Lunes Santo.

de la tierra, los recibió de buena voluntad, pero Aguilar les reclamó que se atrevieran a presentarse así, con las caras pintadas, más parecía que iban a declarar la guerra que a tratar las paces, que regresaran con sus señores y les dijeran que si realmente deseaban la paz vinieran ellos mismos y no mandaran esclavos que nada podían resolver. Les dieron más cuentas de vidrio azules como presentes para los señores. Como ya era tarde cenaron y se acostaron, no sin antes organizar las rondas de guardia nocturna.

Al día siguiente, 26 de marzo, llegaron a Tabzcoob entre 30 y 50 principales con diversos obsequios: mantas de algodón, guajolotes, pescado, tortillas y frutas. Solicitaron una tregua para realizar los funerales de sus muertos, pues no querían que se los comieran los animales de rapiña ni que despidieran mal olor. Prometieron que por la mañana del día siguiente se presentarían sus señores a parlamentar, ellos no tenían licencia para hacerlo. El extremeño accedió, no sin amenazarlos de nuevo con ir a buscar a los señores si no cumplían. Siempre observador, se había dado cuenta del gran espanto que los caballos provocaban en los nativos y maquinó algunos efectos especiales para acelerar el proceso de paz y sumisión. Mandó traer una yegua en celo y un rejón para que la oliera, debían mantenerlos separados hasta que llegaran los señores, e instruyó a los artilleros para tener bien cebado el cañón más grande, listo para disparar en cuanto se los indicara.

Hacia el mediodía del día siguiente, 27 de marzo, llegaron los señores ataviados con sus mejores prendas; sus tamemes venían cargados de obsequios, entre ellos mantas ricamente bordadas y adornadas. Los principales del séquito (o tal vez fuesen sacerdotes) empezaron a incensar con sus pebeteros a todo español que estuviera cerca. Las pláticas comenzaron, traducidas por Jerónimo de Aguilar (Bernal re-

lata que tenían otro intérprete, llamado Francisco, de los que había tomado prisioneros Grijalva, pero éste sólo hablaba náhuatl); seguramente fueron prolijas, pues tanto españoles como indígenas tenían especial predilección por la oratoria (tal vez de estas dobles raíces nos venga lo mismo). Cortés se mostró grave, casi a punto del enojo, les dijo que merecían la muerte; si no cambiaban su actitud desafiante se vería obligado a soltar su artillería para que hiciera estragos, los cañones estaban muy enojados y apenas si podía contener su furia. A modo de confirmación hizo a los suyos la señal establecida, un artillero disparó la lombarda, que, bien cebada, estalló con gran estruendo. En el silencio del mediodía se escuchó cómo la bala zumbaba, entraba entre el follaje del monte y rompía algunas ramas.

Cortés animó a los señores. No debían temer, les dijo, había dado órdenes muy estrictas a los cañones de no hacerles daño. Algunos hombres llevaron entonces, como por casualidad, al rejón preparado. Lo ataron cerca, la yegua había sido introducida previamente en uno de los aposentos cercanos, por lo que, al percibir su olor, el rejón empezó a dar de coces, relinchos y reparos, mientras que furiosamente trataba de ir hacia donde estaban los principales, por lo que se sobresaltaron y turbaron. Cortés se levantó de su silla, caminó hacia el rejón, ordenó a dos mozos de espuelas que lo alejaran y dijo a los señores que había ordenado al rejón calmar sus ímpetus, puesto que venían de paz y eran gente buena (de esta manera lo pintan ciertos cronistas, como si los mayas fueran unos niños ingenuos y miedosos). En esos momentos llegaron otros 30 tamemes cargados con guajolotes, pescado y frutas. Los señores se despidieron tras prometer que al día siguiente regresarían.

Regresaron por la mañana del día siguiente, 28 de marzo, tanto el señor de Tabzcoob como los de otros pueblos y comarcas vecinas. Luego de las salutaciones ceremoniales

presentaron sus regalos, esta vez traían algo de oro (Cortés seguramente insistiría en ello), que, a decir de Bernal Díaz, consistía en cuatro diademas, unas lagartijas, dos figuras que parecían perrillos, orejeras, cinco ánades, dos figuras con caras de mayas, dos suelas de oro con sus cotaras y otras cosillas de poco valor, aunque para los nativos eran valiosas pues en esa región el oro era escaso.

Les dieron también mantas de algodón y un obsequio que probaría ser el más valioso de todos. Comenta Bernal que "no fue nada todo este presente en comparación de 20 mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer que se dijo doña Marina, que así se llamó después de vuelta cristiana".[33] Las doncellas iban muy bien vestidas, Andrés de Tapia y López de Gómara aseveran que se trataba de 20 esclavas y que se las dieron para que les prepararan los alimentos, pues les extrañaba mucho que los extranjeros no trajeran mujeres. Argensola agrega que cada una de las 20 llevaba una piedra de las que utilizaban para moler el maíz. Cortés aceptó el presente con alegría y les correspondió con obsequios de los de "rescate".[34] Terminados los preliminares se enfrascaron en las negociaciones de paz. El extremeño insistió en que, como muestra de su buena voluntad, poblaran de nuevo Tabzcoob y les concedió un plazo de dos días. Los señores accedieron y cumplieron.

Cortés trató de obtener toda la información posible. Les preguntó sobre todo acerca del oro, de cómo lo obtenían,

[33] Sepúlveda, curiosamente, omite este importante episodio.

[34] Duverger, llevado por su teoría sobre Cortés, afirma que entregó las veinte20 doncellas a sus principales lugartenientes a fin de "cristalizar así uno de sus sueños: el "mestizaje de las culturas". Me parece que el motivo fue bastante más prosaico, véase *Cortés*, p. 134. Dos páginas después se las da de nahuatlato y propone una nueva interpretación para Malintzin: "Venerable cautiva", derivado de *mali*, cautivo, y *tzin*, partícula reverencial.

de dónde procedía. También le intrigaba por qué se habían mostrado tan hostiles con ellos, a diferencia de con Grijalva, y por qué, siendo tantos, habían huido de tan pocos. Les habló, por supuesto, del poder del rey de España, de las bondades de la religión católica, tan superior, les dijo, a sus cultos idólatras, y trató de convencerlos de que jurasen vasallaje al uno y se convirtiesen a la otra.

Los señores le aseguraron que no les inquietaban las riquezas, sino vivir contentos y en paz, por lo que no buscaban más oro del que buenamente hallaban, que era poco, pero que más adelante, hacia donde se ponía el sol, lo había en abundancia, pues los habitantes de esos lugares lo buscaban con mucha más tenacidad, y repetía los nombres de *Culúa* y de *México*, "y no lo entendimos", comenta Bernal. En cuanto a Grijalva, le dijeron que sólo había venido a comerciar, que ellos habían accedido voluntariamente y que eran pocos; pero ahora eran muchos, con mayores y más numerosas naves, por lo que pensaron que querían tomarles a la fuerza lo que les quedaba; además, el señor de Champotón, que era hermano del de Tabzcoob, los había instado a luchar para que los demás no los tuvieran por cobardes, Melchor les había reiterado lo mismo. Cortés los interrumpió y les pidió que le llevaran a Melchor, le dijeron que había huido en cuanto se dio cuenta de que a sus compatriotas no les iba bien en la batalla y que estaban buscándolo (según Bernal Díaz, luego supieron que lo habían sacrificado, costándole la vida sus consejos).[35]

Continuaron diciendo que siempre habían sido muy buenos guerreros, en esta ocasión les había cegado el resplandor de las espadas, cuyos golpes producían heridas mortales; el estruendo y el fuego de la artillería los había

[35] H. Thomas, *La conquista...*, p. 203, escribe que no se sabe si Melchor logró reunirse con su pueblo para volver a ser pescador.

asombrado más que los truenos, relámpagos y rayos del cielo, por no conocerlos y ver el destrozo y la muerte que provocaban; los caballos los turbaron y asustaron, con el resollar de sus bocas parecía como si quisieran comérselos, con gran velocidad daban alcance a sus guerreros, algo que nunca antes habían visto ni sabido, algunos habían creído que hombre y caballo eran uno solo. (Narra López de Gómara que posteriormente, cuando relinchaban los corceles que estaban atados en el patio del templo, preguntaban los nativos qué decían, les respondían que estaban enojados porque no habían castigado a los que habían luchado contra ellos, entonces ofrecían a las bestias flores y guajolotes cocidos para que comiesen, al tiempo que les pedían perdón.)[36]

Cortés, tras reprenderlos por lo que consideraba la enorme aberración de sus cultos idólatras, instruyó a Aguilar

[36] La distorsión de los acontecimientos que hace H. Thomas continúa, *La conquista…*, pp. 204-207; afirma que, al otro día de la toma del pueblo, 25 de marzo, Cortés envió a algunos grupos para que reconocieran los alrededores y capturaron a todos los nativos que encontraron. Al día siguiente, dice, llegaron 20 jefes a pedir a Cortés que no quemara el poblado, al otro día regresaron los nativos con algunas frutas diciendo que no tenían más; al día siguiente, continua, fue cuando Cortés envió tres compañías al mando de Alvarado, Sandoval y García, quienes tuvieron un encuentro con los nativos, y que no fue sino hasta un día más tarde, es decir, según su cuenta, el 29 de marzo, que se libró la batalla de Centla, en la que afirma no hubo ninguna baja española. Después, y en el mismo día, pone la llegada de los señores al pueblo para pedir permiso de disponer de sus muertos. Enseguida reduce los siguientes sucesos, ocurridos a lo largo de varios días, a ese mismo día, incluso el adoctrinamiento. No es de extrañar, por tanto, su opinión de que a Cortés la victoria le fue "asombrosamente fácil, aun después de luchar durante horas". A continuación, afirma que el nombre de Santa María de la Victoria fue pronto olvidado; en realidad no fue sino hasta 1596 que la abandonaron los colonos, conservando por tanto este nombre durante casi 80 años. Dice también que el domingo de ramos cayó ese año a 27 de abril, que fue miércoles.

para adoctrinarlos. El intérprete les mostró una imagen de la Virgen con el niño Jesús en brazos, diciéndoles que se trataba de la madre de su Dios y que a éste lo traía cargado. Supuestamente a los señores les pareció bien esa gran *tececiguata*[37] y les pidieron dejarles su imagen para tenerla en su pueblo, a lo que Cortés accedió, no sin antes ordenar la destrucción de los ídolos, con o sin el beneplácito de los nativos.

El extremeño ordenó a los carpinteros Alonso Yáñez y Álvaro López que hicieran una gran cruz de madera que fue colocada en el templo de Tabzcoob con gran devoción y besada ceremoniosamente, primero por los españoles y después por los indígenas, que "quedaron muy contentos", según la Primera carta de relación. Cortés mandó a seis carpinteros nativos, en compañía de sus colegas españoles, al poblado de Cintla, con el encargo de grabar una cruz en la corteza de una gran ceiba, para que el recuerdo de su victoria permaneciera vivo por largo tiempo.

El 17 de abril, Domingo de Ramos, fue aprovechado para organizar un acto público en pro de la religión. Cortés "invitó" a la celebración a los señores, así como a todos los principales y habitantes, con sus mujeres e hijos. Acudió una multitud. El patio del templo se llenó de ramos, el padre Olmedo y el clérigo Díaz los bendijeron, tras lo cual fueron tomados por españoles y nativos formados en procesión. Los blancos al frente en dos hileras, las cabezas descubiertas, entonando las antífonas del Oficio divino, acompañándose con los instrumentos musicales que llevaban. Fueron hasta un improvisado altar, en los campos, cubierto de tal forma con una enramada que parecía una capilla. Ahí oficiaron una misa ambos religiosos, vestidos con sus mejores ornamentos.

[37] Según Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista…*, vol. IV, lib. I, cap. V, p. 97, la palabra, que utiliza Bernal Díaz, está formada al parecer de las voces mexicanas *tecuhtl* y *cíhuatl*, es decir *tecuhcihuatl*, que significa "mujer o señora caballera o principal".

Terminado el servicio, Cortés, con su ramo en las manos, dirigió un discurso de temática religiosa a los indígenas; se dice que fue entonces cuando, tanto los señores como sus súbditos, juraron obediencia y vasallaje al rey de España y adoraron a la Virgen y a la cruz. Posiblemente fue esta la ocasión cuando bautizaron al poblado de Tabzcoob con el nombre más español de Santa María de la Victoria,[38] por haberse ganado la batalla el día de la Asunción, y en la que fray Bartolomé bautizó a las 20 mujeres que les obsequiaron, considerando que ya tenían suficiente adoctrinamiento, siendo

[38] Tabzcoob estaba situado en el sitio ocupado por la finca El Coco, donde hay cantidad de restos arqueológicos. Hacia el año 1523 algunos españoles colonizaron el lugar y durante algún tiempo fue utilizado como escala en el viaje hacia Chiapas y Guatemala. Francisco de Montejo partió de Santa María de la Victoria camino a su expedición de conquista de Yucatán. Posteriormente la villa sufrió constantemente los embates de piratas y fue abandonada en 1596; sus habitantes penetraron al interior y fundaron la villa Felipe II, actual Villahermosa, *Cfr*. Jorge Gurría Lacroix, *Itinerario de Hernán Cortés*, p. 58.
Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista…*, vol. IV, p. 90, afirma que la memoria de la batalla de Cintla perduró, y que cada 25 de marzo los vecinos de Santa María de la Victoria celebraban su aniversario por medio de una procesión encabezada por quien llevaba el pendón real y por la imagen de la Virgen de la Victoria, de la que se decía era la misma que Cortés había dejado a los nativos. Agrega el historiador que la villa fue trasladada después al sitio llamado San Juan Bautista, que fungió durante un tiempo como capital de Tabasco, en donde esa tradición se conservó. Dice don Manuel que en su tiempo aún existía la imagen de la Virgen en la iglesia parroquial de San Juan Bautista en Esquipulas, aunque había sido retocada en 1860. Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, II, p. 7, comenta que el río Grijalva era llamado Chiapa, y en nota al pie afirma que la villa, a la que llama Virgen de la Victoria, quedó abandonada hacia mediados del siglo XVII debido a los continuos ataques de los ingleses, fundándose posteriormente, más lejos de la costa, otra pequeña villa con el nombre de Villa Hermosa. Extrañamente afirma en II, p. 9, que aquí Cortés se aseguró de ¡"la tranquilidad de los Tlaxcaltecas"!

éste requisito indispensable para aceptarlas, de manera que si caían en tentación no cometiesen un pecado mayor; además, así no infringían las Instrucciones dadas por Velázquez. Fueron las primeras "cristianas" de la Nueva España.

Cortés las repartió entre sus capitanes en calidad de "camaradas", como dice López de Gómara. Una de ellas recibió el nombre de Marina. Bernal Díaz comenta que "era de buen parecer y entremetida y desenvuelta", le fue dada a Alonso Hernández Portocarrero, tal vez el hombre más importante en jerarquía, pues era primo hermano del conde de Medellín, lo cual habla de que Marina era bien considerada, sósolo permaneció con él unos tres meses antes que fuera enviado como emisario a España por Cortés. En la Primera carta de relación no se hace mención de estas 20 mujeres, ni de Marina; será hasta la Quinta carta de relación que Cortés la llamará por su nombre. Poco después le prometió "más que libertad… pues la quería por faraute y secretaría", dice López de Gómara. Cervantes de Salazar, en cambio, menciona que el extremeño la amenazó con ahorcarla si le mentía.

Todos estos sucesos son relatados por los vencedores, obviamente exagerados y muchos posiblemente inventados, no se deben de tomar las fuentes literalmente, pero tampoco desacreditarlas totalmente; desafortunadamente, en la historia que nos ocupa, casi no tenemos fuentes nativas, por lo que las españolas y las cuasiindígenas nos proporcionan un marco de referencia, que debe ser analizado a la luz de la historiografía.

Como contrapeso es imposible no citar los comentarios de fray Bartolomé de las Casas, que equilibran a los cronistas procortesianos. El mordaz fraile escribió que no era factible que, en los siete u ocho días en que los españoles estuvieron en Tabzcoob, pudieran adoctrinar y convencer a los nativos;, bien sabía que no era tarea fácil hacerlos abandonar a los dioses que reverenciaban desde hacía tanto tiempo, y me-

nos "por diez palabras que Cortés les dijese mascadas y mal pronunciadas, mayormente, aborreciendo a él y a ellos como a capitales enemigos de quien habían ayer recibido tan irreparables daños y temiendo que del todo no los acabasen"; de ello se infiere, dice, ser también mentira el juramento indígena de vasallaje a Carlos V, lo cual "falsísimo es y gran maldad, y ésta es la justicia y título y derecho con que Cortés hizo la primera guerra y celebró su apostólica entrada en la Nueva España". Las Casas menciona la muy distinta recepción que los nativos le brindaron a Juan de Grijalva como prueba acusatoria de que Cortés y los suyos obraron mal.

El extremeño no tenía intenciones de poblar en ese sitio, había pocos metales preciosos; no teniendo más asuntos pendientes, una vez concluida esa primera prueba bélica, y tomando en cuenta que dos de los pilotos le habían dicho que los navíos estaban en peligro debido a los fuertes vientos del norte, decidió que era tiempo de ir tras su principal objetivo: el puerto de San Juan de Ulúa.[39]

Tras las despedidas y promesas de amistad de ambas partes, los mayas los ayudaron a embarcarse con sus canoas, dándoles los víveres que pudieron. Menciona un cronista que los españoles subieron a bordo de sus naves con los ramos aún en las manos; si esto fue así, la razón seguramente sería que los indígenas hicieron todo el trabajo. Por la mañana del día siguiente, lunes 18 de abril, se hicieron a la vela rumbo a la desembocadura del río.[40]

[39] Según Vázquez de Tapia en Tabzcoob nombró Cortés a los oficiales que debían velar por los intereses de la Corona.

[40] Las cronologías de Bernal Díaz y López de Gómara sobre los sucesos acaecidos en el río Grijalva no coinciden, como tampoco el número de días que dicen que los españoles estuvieron ahí, ni los acontecimientos de cada uno de estos días. Según Bernal zarparon el 4 de marzo de Cozumel, llegaron al río Grijalva el 12 y, dos o tres días después tuvo lugar la batalla de Cintla, que afirma ocurrió el día de Nuestra Señora de Marzo; la Anunciación, en el año 1519, cayó en

Jerónimo de Aguilar no hablaba maya chontal (diferente del maya yucateco), peromás algunas de las 20 mujeres, entre ellas Malintzin, hablaban maya yucateco, así que posiblemente tuvieron amplio margen para comunicarse con Aguilar y tratar de entender un poco quiéienes eran y cuál sería su futuro.

Dejaremos por unos momentos a la hueste de Cortés embarcada en sus navíos, navegando por el río Grijalva, para hacer un breve paréntesis sobre los orígenes de Marina-Malintzin, personaje clave en la conquista de México-Tenochtitlan. Como ya se mencionó, era una de las 20 mujeres que los señores mayas obsequiaron a los españoles (otras fuentes hablan de ocho, la más común dice 20). Poco tiempo después, cuando llegaron a territorios de habla náhuatl, no pudieron seguir utilizando los servicios de intérprete de Jerónimo de Aguilar, pues no

---

viernes 25 de marzo. Poco más adelante agrega el cronista (en el cap. XXXVI) que el 15 de marzo llegaron muchos caciques a ver a Cortés y le dieron las veinte20 esclavas, tras lo cual los españoles permanecieron 5 días más, partiendo el día siguiente al domingo de ramos, que ese año cayó en 17 de abril. López de Gómara, por su parte, escribe que el domingo de ramos abandonaron el río Grijalva; no proporciona la fecha de llegada a ese río, pero relata los sucesos acaecidos en él durante unos 20 días, por lo que, según su cuenta, habría transcurrido más de un mes desde la otra fecha absoluta que da, que es el primer domingo de Cuaresma, 13 de marzo, en que se incorporó Jerónimo de Aguilar a la flota de Cortés. Sigo la cronología de Orozco y Berra por parecerme la más factible, aunque H. Wagner, *The Rise of…*, p. 67, asevera que distorsionó las fechas; sin embargo, la fecha que Wagner ofrece para la batalla de Cintla, 13 de abril, deja tan sólo cuatro días para todos los sucesos posteriores, y aunque afirma que López de Gómara es el más confiable, ese cronista dice que la batalla fue el día séptimo contando desde su llegada al río, y que estuvieron más de 20 días, es decir mucho más que los cuatro que propone Wagner. Las tres fuentes principales: Primera carta de relación, López de Gómara y Bernal Díaz, adjudican un total de entre 13 y 20 días a estos sucesos, y como López de Gómara y Bernal dan la fecha del domingo de ramos como el final es posible que la batalla de Cintla ocurriera, como afirma Orozco, el 25 de marzo.

entendía esa lengua. Solucionaron el problema al darse cuenta de que Marina era políglota: hablaba tanto náhuatl como maya yucateco y maya chontal. Cortés la usó como intérprete, ya que traducía del náhuatl al maya y Aguilar de éste al español. Marina pronto aprendió lo suficiente del lenguaje de sus amos como para que pudieran prescindir de Aguilar, convirtiéndose así en uno de los activos más útiles de los europeos, por lo que es necesario mencionar sus antecedentes, incluso podría decirse que su intervención tuvo significado en la historia mundial (de esto hablaremos más adelante).

La niñez de Marina se ha perdido en la bruma del tiempo, incluso el lugar de su nacimiento ha sido motivo de controversias. Cuando fue dada a Cortés tendría entre 16 y 19 años.

El extremeño, al igual que otros que la conocieron, afirman que fue robada por traficantes de esclavos, lo cual parece más verosímil que lo que dicen Bernal y otros cronistas. Cortés, ingratamente, le concede muy poco mérito en sus escritos, en las *Cartas de Relación de la conquista de México* sólo la menciona dos veces: una en 1520, como "mi intérprete, que es una mujer india", y otra en 1526, como "Marina, que viajó siempre en mi compañía después de que me fue dada como regalo". En la llamada Primera Carta de Relación o Carta del Cabildo, de 1519, ni siquiera es mencionada; si bien es cierto que nunca la rechazó, y hacia 1524 tuvo un hijo con ella, Martín Cortés, considerado su primogénito (no confundir con otro hijo que tuvo con Juana de Zúñiga hacia 1532, también llamado Martín Cortés, nacido en 1532).

Más tarde Malintzin tuvo una hija con Juan Jaramillo, doña María. (Hacia abril de 1526. El parto sucedió a bordo de un navío que regresaba de las Hibueras; se dice que esa noche sufrieron una fuerte tormenta). Residió en una casa de la Ciudad de México, en la calle de Medinas (hoy Cuba, a un costado de la Plaza de Santo Domingo), conviviendo un

tiempo con Catalina, que era esposa de Cortés, y con tres hijas de Motecuhzoma, una de las cuales, Isabel-Tecuichpo, dio al extremeño una hija llamada Leonor.

López de Gómara refiere que al inicio, interrogada por Cortés, manifestó ser originaria de Xalisco, de un lugar llamado Viluta o Uiluta (Huilotlan), hija de padres ricos, emparentados con el señor de aquella tierra; que de niña fue robada en tiempos de guerra por unos mercaderes (no se tiene registro de guerras en ese territorio en ese tiempo), y como esclava pasó por varias manos, hasta ser vendida en la feria de Xicalanco, no lejos de Tabasco, y así fue a dar a manos del señor de Potonchán, historia que copiaron varios cronistas (es prácticamente imposible que fuera de una región tan apartada como Jalisco, tal vez López de Gómara transcribió o escuchó mal el nombre de Olutlan, muy parecido a Uiluta. Las Casas se adhiere a la opinión de que era originaria de Xalisco, "de esa parte de México que es al Poniente", sin mencionar Huilotlan; lo mismo dicen Antonio de Herrera y fray Diego de Landa.

Fernández de Oviedo ofrece otra versión. Según él, Marina era originaria de México-Tenochtitlan y fue llevada por mercaderes a tierras de Tabasco (tal vez tomó esto de Muñoz Camargo).[41] Andrés de Tapia declaró que la dieron a Cortés para que le hiciera las tortillas.

41 En el convento de San Francisco en Tlaxcala está la única pintura de esta remarcable mujer que podría tener algún viso de autenticidad. Hecha por autor anónimo, y dice la tradición oral que la pintó según descripción de un testigo. La escena es la del bautizo de Marina, quien aparece con un huipil bordado junto a Cortés, véase J. Miralles, *Hernán Cortés, inventor de México*, p. 147.
Uno de los pocos cronistas que apoyan a Fernández de Oviedo es Diego Muñoz Camargo, quien dice que Marina era mexica, de buena gracia y parecer. Robada a sus padres fue entregada a unos mercaderes que comerciaban en la costa del norte, después fue llevada a Tabasco, Potonchán y Acosamilco, pero que otros afirmaban que era

Bernal Díaz afirma que sus padres eran señores del pueblo de Painalá (nombre que sólo él menciona), situado a unas ocho leguas de Coatzacoalcos. Agrega que su padre murió cuando era pequeña; su madre volvió a casarse con otro señor joven, con el que tuvo un hijo, y ambos querían que éeste fuera el heredero del cargo. A fin de que Marina no fuera un estorbo, una noche se la dieron o vendieron a unos indígenas de Xicalanco y esparcieron la noticia de que había muerto, presentando incluso el cuerpo de una hija recién fallecida de una de sus esclavas (lo cual suena poco probable y se parece a una historia del *Amadís de Gaula*). Los de Xicalanco la vendieron en Tabasco. Aquí valdría preguntarse si en la cultura nahua las mujeres heredaban el cacicazgo, al parecer no era el caso, entonces ¿qué motivo habría para deshacerse de Marina?

Antonio de Solís sigue el relato de Bernal, afirmando que: "Venía con esas mujeres una india principal, de buen talle y más que ordinaria hermosura, que recibió después

---

hija de un mercader que la llevó con él por aquellas tierras. Agrega que, siendo hermosa, fue ofrecida como mujer a alguno de los señores de esa región por los mercaderes, para tener un más fácil acceso a los caciques de Acosamilco. Agrega que otros declaraban que era natural de Xalisco, de un lugar llamado Huilotla, hija de padres ricos, aquella nación era de chichimecas y Marina hablaba muy bien náhuatl, por ello sabía mucho sobre Motecuhzoma, lo que, dice, prueba que era mexica y que pasó ya mayor a Tabasco; prosigue narrando que el señor maya que tenía a Aguilar como esclavo le dio a Marina como mujer, y que Aguilar se convirtió en indio, horadándose orejas y narices, tatuándose y pintándose la cara y el cuerpo. Alva Ixtlilxóchitl también refiere que Marina, andando el tiempo, se casó con Aguilar (ambas versiones son evidentemente falsas). Hay dos documentos firmados en Toledo, fechados en 1529, de los testigos presenciales Diego de Ordaz y Alonso de Herrera, afirmando que "doña Marina" era natural de la provincia de "Guacacalco"; el nieto de Malintzin y de Cortés, Fernando Cortés, declaró que su abuela era "hija del saeñor y cacique de las provincias de Oluta y Jaltipa cerca de Guacacuarco"

con el bautismo el nombre de Marina, y fue tan necesaria en la conquista como veremos a lugar".

En el *Códice Florentino* se dice que el "hogar" de Malintzin estaba en Tetícpac, y que "allá, en la costa", de entrada la habían prendido;, se refiere a ella como "Una de nosotros, los de aquí".[42]

Cervantes de Salazar narra que había dos opiniones, una que era originaria de México, hija de padres esclavos, comprada y vendida en Tabasco; la otra, que considera más verdadera, que era hija de un señor de un pueblo llamado Totiquipaque y de una esclava suya; siendo niña fue hurtada y llevada de mano en mano hasta Tabasco.

Muñoz Camargo, criado por personas que conocieron a Malintzin, afirma que se casó con Jerónimo de Aguilar, lo cual es falso, además de equivocarse sobre varios aspectos de su vida.

Alva Ixtlilxóchitl afirma que Marina era natural de Huilotlan, provincia de Xalatzinco (que no es lo mismo que Xalisco, y está muy lejos de ésta), de padres nobles, hurtada de niña por mercaderes y vendida en Xicalanco.[43]

[42] Tetícpac o Titicapa es un pueblo de Oaxaca no lejos de la capital del estado, véase José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, p. 165.

[43] Clavijero, *Historia antigua de México*…, II, p. 8 afirma, siguiendo a Bernal Díaz, que Marina era originaria de Painalá, provincia de Coatzacoalcos, en nota al pie dice que en un manuscrito que se conservaba en el colegio jesuita de San Pedro y San Pablo, en la Ciudad de México, se leía que era natural de Huilotla, pueblo de Coatzacualco. Para Clavijero es falso que fuese natural de Jalisco, distante de Xicalanco más de 900 millas, no le parecía creíble que hubiese ningún comercio entre ambos puntos, además de que existía una tradición en Coatzacoalcos sobre que Marina era originaria de este sitio.
Carlos María de Bustamante fue quien manifestó que *Viluta* era una corrupción de *Uiluta*, cuyo original era *Huilotlan*, "Lugar de tórtolas, o junto a las tórtolas". J. L. Martínez manifiesta en *Hernán Cortés*, p. 164, que García Icazbalceta supuso que Huilotlan debió ser "Jilotlán, en el partido de Zapotlán el Grande, distrito de Sayula". Bustaman-

Lo más factible es que su lugar de nacimiento fuese en la región de Coatzacoalcos (lo cual afirman gran parte

---

te declaraba que los habitantes de Acayucan afirmaban que Marina había nacido en Xaltipa, sitio de esa provincia (*apud* Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 99). Orozco escribe que el pueblo de Jaltipan tenía en su tiempo unos 2 300 habitantes y estaba localizado en la falda de un promontorio, en cuya cima "está construido un tumullus de tierra, de unos 40 pies de altura y 100 de diámetro en la base, construido en honor de la Malinche, Doña Marina, que era nativa de este pueblo", y que según una nota enviada a García Icazbalceta por el doctor C. H. Berendt, aún se mantenía semejante tradición en esa costa, existiendo un cerrito llamado de la Malinche en las afueras del pueblo de Xaltipan. Esta tradición ya había sido recogida por Charles Etienne Brasseur de Bourgbourg, en 1859-60, véase J. L. Martínez, *Hernán Cortés*. pp. 165-166.

Orozco y Berra opta por seguir la opinión de Bernal Díaz, como lo hicieron también Prescott y don Joaquín García Icazbalceta, que dice del cronista que "es el primero que haya estudiado la cuestión", aunque don Manuel se confiesa "perplejo", aceptando este punto de vista "por intuición", motivado por los pormenores que ofrece Bernal. Agrega que no encontró ningún pueblo de Huilotla en el antiguo señorío de Xalisco, aunque tal vez para su tiempo ya había desaparecido; y que en 1580 el alcalde mayor, Suero de Cangas y Quiñones, dio una lista de los pueblos del territorio de su jurisdicción, y en ella no encontró Orozco a Huilotla ni a Painalá, pero sí Acayucan, cabecera de departamento, y dentro de su demarcación los pueblos de Oluta y Jaltipan. Escribe que Oluta se menciona en la lista de Cangas y Quiñones con el nombre de Otutla, de donde podría salir *Ulluta* y *Viluta*, nombre que Chimalpahin corrige a *Huilotla*, y que si esto es verdad el origen de Marina en Xalisco debe ser eliminado y así todas las opiniones quedarían conformes.

Gurría Lacroix, *Itinerario de…*, p. 58, acepta que Marina era originaria del pueblo de Painalá, en la provincia de Coatzacoalcos, de la misma manera que J. L. Martínez, *Hernán Cortés*, p. 166, quien asevera que Marina nació en Huilotlan, u Olutla, cerca de Coatzacoalcos.

Alfredo Chavero, en *México a través de los siglos*, II, lib. V. cap. VIII, declara que el Painalá de Bernal no existe ni se tiene memoria de él; pero que en Coatzacoalcos hay un pueblo llamado Oluta, donde se conserva la tradición de que en él nació Marina; agrega que *Oluta* podría ser una corrupción de Huilotla, o ser este nombre la forma náhuatl de aquél, y que Oluta fue su lugar de nacimiento.

de las crónicas), en Olotlan (actualmente Oluta, a unos 70 kilómetros al oeste de Coatzacoalcos, lugar que indica Bernal, aunque su *altépetl* queda en duda; posteriormente sus hijos mencionaron Olutla y Tetiquipaque como lugar donde nació, ambos lugares están cerca uno del otro. Posiblemente Olotlan dependiera del altépetl de Coatzacoalcos), situado en el Istmo de Tehuantepec; su población era principalmente popoluca, nombre que los nahuas dieron también a su lengua, que forma parte del grupo mixe-zoque (popoluca en náhuatl significa "balbuceo"); se dice que llegaron del sur un par de milenios antes. Es probable que Olutla fuera dependiente del altépetl de Tetiquipaque, aunque independiente económicamente, y que sus gobernantes fueran nahuas. El área había sido recientemente sometida por los mexicas, por lo que tal vez sus padres fueran nahuas. De cualquier modo es casi seguro que era hija de un gobernante local, gracias a lo cual aprendería náhuatl, la *lingua franca* de ese tiempo, y que, por motivos no conocidos, fue esclavizada y vendida como tal.[44] Para 1920-1930 Olutla era una isla lingüística de apenas 3 000 habitantes (se encuentra donde se bifurca el camino de Oluta a San Lorenzo Tenochtitlan).

H. Wagner, *The Rise of…*, pp. 68-79 menciona que en la Información de los servicios de Marina, de 1542, una pregunta inquiría si los testigos sabían que Cortés dio a Marina, como dote matrimonial, los pueblos de Olutla y Tequipaque en Coatzacoalcos; el testigo Diego de Valadez respondió haber escuchado que le dio Olutla por ser nativa de ese lugar. Wagner dice que en una petición del nieto de Marina, Fernando Cortés, de 1605, afirma que su abuela era hija del cacique de Oluta y de Jaltipac; agrega que Oluta está muy cerca de Acayucan, así como Texistepec, que bien puede haber sido Tequipaque.

44 H. Wagner, *The Rise of…*, p. 70 hace la peregrina afirmación de que Bernal Díaz afirma que Marina nació en Tehuantepec, y que Orozco y Berra lo apoya, muy mal los leyó, pues tanto Bernal, *Historia verdadera...*, vol. I, cap. XXXVII, como Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista…*, vol. IV, pp. 100-101, dicen que Marina es de la región de Coatzacoalcos.

Era común que los pochtecas fueran a Coatzacoalcos en busca de bienes suntuarios (plumas de aves tropicales, perlas, caracoles, conchas de tortuga). Malintzin fue vendida en el gran centro mercantil de Xicalanco, donde se hablaba náhuatl, popoluca, maya yucateco, chontal (que en náhuatl significa "extranjero"), maya tszeltal y tal vez tszotszil, y llevada por sus compradores a Tabzcoob, a unos 80 kilómetros al oeste. Hoy en día, entre el 14 y el 17 de mayo, se celebra una Danza de la Malinche en Olutla, Jáltipan y Sayula, los tres poblados reclaman ser donde nació.

Lo cierto es que fue arrancada de su hogar muy tempranamente, entre los ochoocho y los 12 años, no antes, más pequeña no tendría el dominio del náhuatl que manifestó como intérprete.

En esos días fue bautizada con el nombre de Marina; el significado de Malintzin, para variar, también es discutido. Bernal relata que en todas partes empezaron a llamar *Malinche* a Cortés, debido a que veían a Marina siempre junto a él, por ello lo llamaban el capitán de Marina, y para ser más breves *Malinche*; de igual modo se le llamó Juan Pérez Malinche a Juan Pérez de Arteaga, pues siempre estaba en compañía de Marina y de Aguilar, deseoso de aprender la lengua nativa. Sobre el nombre de Malintzin también existen divergencias, que envío a una nota al pie.[45]

[45] De acuerdo con Clavijero, los mexicas adaptaron al náhuatl el nombre de Marina, llamándola *Malintzin*, y de aquí el españolizado *Malinche*. Lucas Alamán, *Disertaciones sobre la historia de México*, vol. I, p. 47, menos lacónico, opina que no teniendo el náhuatl la letra "r", esta fue sustituida por la "l", que es la que más se le aproxima; de este modo Marina se transformó en *Malina*, que con la terminación *tzin*, diminutivo de respeto o cariño, resultó *Malintzin*.
Orozco y Berra, *Historia antigua y de la de la conquista…*, vol. IV, lib. I, cap. V. p. 102, declara que nada tiene que decir en contra de ello, pero que, según Fernando Ramírez, García Icazbalceta, y él mismo, la cosa sucedió de otra manera: en el comentario al *Códice Telleriano*

Como ya se dijo al principio, Cortés la adjudicó a Portocarrero, con quien sólo permaneció unos tres meses, antes de que Alonso fuera enviado a España.

Remense a la lámina X, se habla de *Marina* como *Malinale*; de acuerdo a esto su nombre se derivaría de *Malinalli*, apelativo, o signo, del décimo segundo día del mes mexica, del que, por ser nombre propio, se podía suprimir la sílaba final, quedando así como *Malinal*, nombre que, por ser semejante al español Marina, le darían los mexicas, y, añadiéndole la partícula *tzin*, quedando como *Malintzin*. Opina que fue el nombre mexica el que determinó el español, y no viceversa.
Hay varias otras versiones: que el nombre proviene de Malinalxóchitl, diosa hermana de Huitzilopochtli; Camilla Townsend opina que para nombrar a un familiar querido se añade una sílaba al final: *Malintsine*, mas por cuestión de dignidad se agregó al final solo "*tze*", *Malintze*, que a los españoles les sonó como Malinche, o que es posible, dado que los españoles mencionaban frecuentemente el nombre de la virgen María, distribuían imágenes de la misma, llevándola en sus estandartes, y como Malintzin debió traducir Malía, por la falta del fonema /r/, (al igual que en castellano no existía el fonema /tz/) los nativos la vieran como personificación de la virgen, que suponían era una diosa poderosa, poniendo el sufijo náhuatl "*tzin*", argumento que tal vez se refuerce con un comentario de fray Bernardino de Sahagún, en su *Historia de las cosas de Nueva España*, IV, p. 36, donde menciona que, en referencia la llegada a la costa veracruzana de Cortés, traía a bordo "un indio principal que llamaban *Tlacochcálcatl* para que les mostrase el camino", y "sabía ya la lengua española algo. Este juntamente con María [sic] eran intérpretes del capitán", única fuente donde encuentro tal cosa. Otros opinan que su nombre proviene de una yerba llamada *Malinalli*, a la que se le atribuían poderes de comunicar el cielo con la tierra. O bien, como la costumbre era nombrar por el signo del día de nacimiento, siendo de mala suerte el signo de *calli* (casa) o de *malinalli* ("hierba", o "hierba para hacer cordeles"), no era usual usar este nombre, sino uno de los días cercanos. Los españoles le dieron el nombre de Marina sin referencia al que tuviera en náhuatl, fue una coincidencia curiosa, pues los nahuas, al no poder pronunciar la erre, decían *Malina*. De manera parecida no podían pronunciar el nombre de Cortés, y así, al estar siempre acompañado de Marina le llamaron "el capitán que acompaña a Malintzin", abreviado a "el capitán Malinche". Otra versión

Sabemos muy poco sobre ella luego de la conquista de Tenochtitlán. Cortés la incluyó como intérprete en su malhadada expedición a las Hibueras (Honduras) en 1524 (viaje que duró dos años; en el transcurso de esta jornada el extremeño la dio en matrimonio a Juan Jaramillo, capitán de sus fuerzas, más tarde regidor del Ayuntamiento de México y dueño de una rica encomienda. Cortés mismo le otorgó a Malintzin, como dote, dos encomiendas, en Huilotlan y Olutla, y propiedades de tierra en Chapultepec (cerca de San Cosme y la Plaza de Santo Domingo).[46]

Murió joven, al parecer hacia 1527-1529, de 28 años, víctima tal vez de viruela o de sarampión.

Quedan muchas preguntas sin respuesta: ¿Cómo la trataron en su casa materna? ¿Cómo los que la compraron o secuestraron? ¿Cómo los de Tabzcoob? ¿Sufrió abusos sexuales, violencia física? ¿Dónde está enterrada?

Se convirtió en una figura emblemática de la llamada *Conquista*, y como tal ha sido motivo de diversas opiniones,

---

es la de Fernando Benítez, *La ruta de Hernán Cortés*, p. 83, quien asevera que Marina era llamaba, en lengua indígena, *Malinalli*, que dice significa "Torcer sobre el muslo", y entonces, por semejanza con el nombre español, fue bautizada como Marina. Es posible que la bautizaran como Marina solo por esfuerzo hmofónico de Maalinali. Para agrandar aún más esta nota al pie debo decir que Clavijero apellida a Malintzin "Tenépatl" ("que habla con vivacidad"), mencionado por Luis Barjau , disponible en <https://www.estudioshistóricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/'?=7812>, apelativo que se usará con frecuencia, a veces como "Tenepal" ignoro de donde lo tomó Clavijero.

46 No puedo menos que citar a Octavio Paz, en el capítulo VI de su *Laberinto de la soledad*, escribe: "El símbolo de la entrega es doña Malinche, la amante de Cortés. Es verdad que ella se da voluntariamente al Conquistador, pero éste, apenas deja de serle útil, la olvida", caben aquí algunos comentarios, como se dice más arriba, no la olvidó, la tuvo en su casa, le procuró dos buenos matrimonios, la doto de encomiendas y tierras y legitimo al hijo que tuvieron; en cuanto a que se "da voluntariamente" habría mucho que decir, así como, en este caso, el peyorativo "la amante" y llamarla "doña Malinche".

interpretaciones y percepciones, sobre lo que se han escrito novelas, narrativas y artículos casi *ad nauseam*.

Bernal tiene grandes elogios para ella, siempre la menciona con afecto, admiración y respeto; alaba su buen humor, su valentía, su belleza, como lo hicieron varios de los conquistadores que la trataron, bien sabían cuánto dependían de ella; fue llamada por la mayoría "doña Marina" en señal de respeto. Bernal escribe que "verdaderamente era gran cacica e hija de grandes caciques y señora de vasallos y bien se le parecía en su persona", y abunda: "No fue nada todo este presente en comparación de veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer, que se dijo doña Marina", "Y la doña Marina tenía mucho ser y mandaba absolutamente entre los indios de la Nueva España". Agrega que en todas las guerras de la Nueva España y Tlaxcala fue "tan excelente mujer y buena lengua, como adelante diré, a esta causa la traía siempre Cortés consigo", y abunda que

> desde su niñez fue gran señora y cacica de pueblos y vasallos; y es de esta manera que su padre y madre eran señores y caciques de un pueblo que se llama Painalá y tenía otros pueblos sujetos a él, obra de ocho leguas de la villa de Guazacualco […] Doña Marina sabía la lengua de Guazacualco, que es la propia de México, y sabía la de Tabasco. Como Jerónimo de Aguilar sabía la de Yucatán y Tabasco, que es toda una, entendíanse bien, y Aguilar lo declaraba en castellano a Cortés […] Fue gran principio para nuestra conquista […] He querido declarar esto porque sin doña Marina no podíamos entender la lengua de la Nueva España […] era de buen parecer, entrometida y desenvuelta.

Agrega que conoció a la madre de Marina, ya viuda, así como a su medio hermano, que ocupaba el rango de señor,

bautizados como Marta y Lázaro, "y esto selo muy bien", pues afirma que en 1523 acompañó a Cortés pasando por Guazacualco (en realidad fue en 1524) y en ese viaje Marina se casó con Juan Jaramillo (que fue regidor de la Ciudad de México y gozaba de una rica encomienda). Dice Bernal que fue un encuentro afectuoso. Si la madre temía que deseara vengarse, fue perdonada.

Me parece necesario externar una opinión sobre esta controvertida mujer (me escudo en que esta es una narrativa histórica, no un ensayo académico), nacida en las márgenes de la zona dominada por los mexicas, y se vio lanzada al choque brutal entre dos mundos que ya se avecinaba. Debido a su educación en la élite de un mundo intercomunicado, en el que la *lingua franca* era el náhuatl, aprendió a hablarlo en su niñez. Hay que tomar en cuenta que ese idioma posee una gramática especial: una para la clase alta dominante, la lengua cortesana, y otra la del común. Malintzin utilizó cumplidamente ambas; por ejemplo, de otra manera ¿cómo habría podido traducir ante Motecuhzoma, o ante los *pipiltin*, las palabras altisonantes de Cortés de manera adecuada?

Utilizó el lenguaje como un arma. Por un buen tiempo fue la única traductora, la única que permitía que los españoles y los nativos pudieran mantener algún tipo de comunicación, tratando de servir de puente entre culturas muy distintas, hasta el punto de sellar alianzas y acuerdos, intuir los motivos tras las acciones de ambas partes, motivos poderosos entre los enemigos de los mexicas, y auxiliar en la formación de una gran alianza española-nativa en su contra, llevada también por su rencor hacia los nahuas representados por los mexicas, y explicar a los extranjeros, de manera que entendiesen mejor, la cultura y sociedad mesoamericana. Remplazando así sus imaginaciones nutridas por mitologías europeas y sueños fantásticos con realidades auxilió a Cortés a comprender la situación política imperante, así

como las prácticas y conceptos nativos. Para él (al igual que para los "conquistadores") fue la vocera, "la que habla"; los nativos por ello podían considerarla casi como a un tlatoani o un sacerdote. Los tlaxcaltecas le atribuyeron características de la diosa Matlalcueye, advocación de Xochiquétzal (que tenía que ver con la fertilidad y la sensualidad). La montaña cerca de Tlaxcala es llamada de La Malinche, al igual que varios otros cerros y montañas del Valle de México.

En lienzos nativos su figura destaca, siempre junto a Cortés, en ocasiones de mayor tamaño que el extremeño; es de ella de quien surgen las vírgulas o volutas del habla. ¿Cuánto de sus traducciones iba de acuerdo con su pensamiento? ¿Cuánto era de su cosecha? ¿Cuánto influyó esto en los acontecimientos? Nunca lo sabremos con certeza. Fue una mujer cogida en el vórtice del momento, tratando de sobrevivir, de mantener su integridad, y ¿por qué no?, de vengarse. El epíteto de "traidora", que aún algunos le cuelgan, cae por su propio peso:[47] ¿traidora a quién, a cuál de las múltiples etnias de esa época? ¿Traidora a un México inexistente como nación, a una Mesoamérica compuesta por multitud de señoríos, varios envueltos en guerras endémicas? Siguiendo esta línea de argumento, ¿por qué no se tilda de traidores a los tlaxcaltecas, cholultecas, cempoaltecas, chalcas, acolhuas y demás, que también lucharon contra los mexicas? ¿Es acaso por cooperar en la formación de una amplia alianza que terminará con el dominio, con la opresión, de los mexicas? ¿No estaba entonces también auxiliando a los suyos? ¿Cómo podría prever que en un fu-

[47] No puedo refrenarme de comentar que Gary Jennings, en su novela "*Azteca*", la pinta como una traidora hipócrita, me parece una desgracia que ese libro tenga tanto éxito, Jennings a mi ver, es uno más de los llamados "falsificadores de la historia", y es una lástima que sea casi una referencia única para demasiadas personas interesadas en nuestra historia.

turo los españoles se adueñarían del poder? Y finalmente, ¿acaso no tenemos los mexicanos sangre de ambas partes, la nativa y la española?

Su imagen ha pasado por diversas interpretaciones a lo largo del tiempo, junto con las concepciones sobre la llamada *Conquista*.

Tal vez incluso llegó a empuñar las armas, cosa que no encuentro en las crónicas; sin embargo, en el *Lienzo de Tlaxcala*, que ilustra la *Historia de Tlaxcala* de Muñoz Camargo, aparece empuñando un escudo y una macana; en otra del mismo lienzo lleva una rodela española; en el escudo de Tabasco, concedido en 1598 por Felipe II, aparece una indígena coronada o empenachada, con los senos descubiertos, a veces sosteniendo ramilletes de flores, a veces con una espada.

Hubo momentos en que la cultura patriarcal la pintó como víctima domesticada y usada. En la época colonial los nativos la matizaron de maneras diversas: favorable por aquellos que eran enemigos de los mexicas o desfavorable por los mexicas, como codiciosa y cruel. Su tamaño en expresiones pictóricas va disminuyendo conforme pasa el tiempo en comparación con el de Cortés, lo que va de la mano con los conceptos cristianos acerca de la mujer y su papel secundario. En la Colonia prácticamente fue olvidada por un par de siglos. Tras la Independencia, de golpe y porrazo, fue transformada en traidora, lujuriosa, vengativa, con la publicación, en 1826, de una novela anónima titulada *Xicoténcatl*, que cumplía con la búsqueda de identidad nacional de esos momentos, y así siguió por décadas, tanto en México como en otros sitios. Hacia los años treinta o cuarenta del siglo XX empezó a utilizarse con frecuencia el término "malinchista" (compartiendo, junto con Cortés, el estigma del llamado "trauma de la conquista" en el imaginario colectivo). No se le perdona haber sido amante del extremeño, aunque, curiosamente, las crónicas no dan detalle sobre esta relación. Sus

detractores la acusan de traicionar a su religión, ¿acaso no tenía la libertad de cambiar sus creencias?, de ser en parte o en mucho culpable de la matanza de Cholula, sin examinar bien las fuentes (más adelante lo discutiremos, aunque aquí adelanto que fue en gran medida culpa de los tlaxcaltecas), culpable de haber traicionado a Motecuhzoma, que es otro argumento inválido, pues no tenía ningún lazo de lealtad para con el opresor mexica.

Fue hasta la década de 1970 que en círculos femeninos se cuestionó esta visión (en 1972 Rosario Castellanos, en su poema "La Malinche", la representa como víctima), tomando fuerza en las siguientes dos décadas hasta reconocerle, al fin, ciertas cualidades (como energía e inteligencia) y se empezó a analizar mejor su figura en el contexto de su propia época. Cito aquí a Camilla Townsend, quien dice que "se han escrito muchos libros sobre la Malinche mítica, pero hace tiempo que necesitamos un libro serio sobre la mujer real. Nos hace falta para humanizarla a ella y a las incontables mujeres indígenas como ella, obligadas a enfrentar la Conquista en sus propias vidas". Camilla se lamenta de que es tarea prácticamente imposible debido a la carencia de fuentes, las principales son las crónicas sobre la incursión española y la caída de Tenochtitlan; quedan también algunos pocos documentos legales de ella o sus descendientes que proporcionan un poco más de información.[48]

Tras esta digresión debemos volver la atención nuevamente a la flota española. Una vez reunidos los navíos en aguas marítimas prosiguieron su navegación, siempre cercana a las costas, gozando de buen tiempo. Quienes habían

[48] Townsend, Camilla Townsend,, *Malintzin*, Biblioteca Era, 2019, pagp. 21, libro que recomiendo ampliamente y del que me he nutrido también para escribir esta semblanza sobre Malintzin.

participado en las expediciones anteriores reconocían muchos lugares, señalándolos con entusiasmo y no sin cierta presunción. Entre esos sitios estaban el pueblo que habían nombrado de la Rambla (Ayagualco), el río Tonalá o de San Antón, el imponente río Coatzacoalcos, las altas sierras nevadas, las sierras de San Martín, los grandes peñascos que entran en el mar y cuya cima se asemeja a una silla de montar, el río donde Pedro de Alvarado entró cuando la expedición de Grijalva, provocando el enojo del capitán.

Según López de Gómara, navegaron un tramo del río Alvarado o Papaloapan, y Bernal Díaz afirma que eso es una falsedad; posiblemente López de Gómara lo usó a fin de tener un espacio donde describir la flora y la fauna locales; algunos de sus comentarios no dejan de ser curiosos. Afirma que había sábalos del tamaño de toninas, muchas sierpes que llamaban *iguanas*, lagartos que se subían a los árboles y andaban por la tierra, engordando [sic] mucho si se les refregaba la barriga con arena, lo cual, agrega, era un secreto; había también manatíes, tortugas, tiburones, lobos marinos que roncaban muy fuerte; cantidad de aves, como las alcatraces, de las que oyó decir que una se había tragado a un negrito nacido hacía pocos meses (¿de dónde saldría?), pero como no pudo volar de tan lleno lo pudieron atrapar. No faltaban liebres, conejos, monillos, puercos, venados, leones y tigres, y un animal al que llama *aiotochtli*, no mayor que un gato, con rostro de anadón [sic], pies de puerco espín o de erizo y una cola larga, cubierto de conchas que se encogían, muy parecido a una armadura de caballo, se refugiaba dentro de las conchas a manera de galápago, con una cola de conchitas y en la cabeza una testera de lo mismo, quedando de fuera sus orejas, ni más ni menos que un "caballo encubertado"; por eso lo llamaron los españoles *encubertado* o *armado* (muchas palabras utiliza para describir

este animal para ellos desconocido, sobreviviente de otras eras y de naturaleza muy peculiar: el armadillo).[49]

A estas alturas los hombres de Cortés, como antes los de Grijalva, veían gran cantidad de nativos observándolos desde la costa. Dice Bernal Díaz que Alonso Hernández Portocarrero comentó a Cortés cómo los hombres que habían venido en las expediciones anteriores le decían:

> Cata Francia, Montesinos;
> Cata París, la ciudad:
> Cata las aguas del Duero
> Do van a dar en la mar.[50]

Aconsejándole que debía mirar muy bien esas ricas tierras, "y sabeos bien gobernar". Cortés entendió a la perfección las insinuaciones de su subalterno y le respondió: "Denos Dios ventura en armas, como al paladín Roldán, que en lo demás,

[49] Todas estas cosas suceden entre Yucatán y Veracruz, me asombra que Miralles, *Hernán Cortés*…, p. 25, diga "cuando desde la carabela [Cortés] tenga a la vista los templos de Yucatán no se interesará en ellos, sino que seguirá de largo, directamente hasta el arenal de Chalchicuecan. Como si de antemano tuviera fijado su punto de destino", que sí lo tenía: el proporcionado por la expedición de Juan de Grijalva.

[50] Este poema, repetido por Hernández Portocarrero, formaba parte del ciclo de Montesinos, bien conocido en esa época. Se trataba de un caballero de nombre Montesinos cuyo padre era el conde Grimaltes y su madre, una hija del rey de Francia. Un tal Tomillas ofendió al conde y su hijo partió rumbo a París, de incógnito, con el propósito de vengarlo. Una vez allá se entabló un juego de ajedrez entre Montesinos y Tomillas, al hacer trampas este último Montesinos le pegó con el tablero en la cabeza, matándolo; fue perdonado al saberse que era nieto del soberano. Aquí Cortés personificaría a Montesinos y Velázquez a Tomillas. *Cfr*. H. Thomas, *La conquista de México*, pp. 209-210.

teniendo a vuestra merced, y a otros caballeros por señores, bien me sabré entender". Evidencia de sus intenciones de independizarse de la gobernación de Diego Velázquez.

Debido a la carencia de puertos adecuados donde recalar siguieron navegando, dejando atrás el río de Banderas y llegaron al fin, según Bernal después de mediodía y de acuerdo con la Primera carta de relación, casi en la noche del Jueves Santo, 21 de abril de 1519, a la isla de San Juan de Ulúa.[51]

[51] Cortés, *op. cit.*; Mártir, *op. cit.*, vol. I, IV déc., lib. VII; Interrogatorio general del Juicio de Residencia de Cortés, DC, II, p. 234; Andrés de Tapia, CDH, II; Fernández de Oviedo, *op. cit.*, vol. IV. lib. XXXIII, cap. I; López de Gómara, *op. cit.*, II, pp. 33-46; Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios*, p. 28; Juan Ginés de Sepúlveda, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. III; Las Casas, *op. cit.*, vol. III, lib. III, caps. CXIX-CXXI; Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, III jornada; Gonzalo de Illescas, "Un capítulo de su historia pontificial sobre la conquista de la Nueva España", p. 279; Landa, *op. cit.*, cap. IV; Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. II, caps. XXXII-XXXVII; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. I, caps. XXX-XXXVII y LXXIV; Muñoz Camargo, *op. cit.*, lib. II, cap. II; Herrera, *op. cit.*, III, déc. II, lib. IV, caps. XI-XII y lib. V, cap. IV; Baltasar Dorantes de Carranza, *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*, p. 124; Solís, *op. cit.*, lib. I, cap. XVII; fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, caps. XI-XII; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, vol. II, caps. LXXVIII-LXXIX; Bartolomé Leonardo de Argensola, *Conquista de México*, cap. VI.

CAPÍTULO VIII

El contacto

...lo mejor que a todos nos parecía era que en nombre de vuestras reales altezas se poblase y fundase... porque siendo esta tierra poblada de españoles, demás de acrecentar los reinos y señoríos de vuestras majestades, y sus rentas, nos podrían hacer mercedes a nosotros y a los pobladores que de más allá viniesen adelante.

Primera carta de relación[1]

El piloto Antón de Alaminos ya conocía las aguas de la región, condujo sin problemas la flota de Cortés hasta la isleta de San Juan de Ulúa, donde quedaría protegida de los fuertes vientos del norte. Muy pronto se dio el primer contacto con los nativos, contacto importante, pues en buena medida sentará la tónica de las futuras relaciones entre los blancos y Motecuhzoma. Sobre este encuentro, para variar, existen diversas versiones.[2]

1 Hernán Cortés, *Cartas de relación de la conquista de México*, p. 26.

2 Fray Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, vol. III, lib. III, cap. CXXI, confundió la Isla de Sacrificios, donde dice que llegaron, con la de San Juan de Ulúa; Hugh Thomas también se confunde, dice que fue aquí donde se les aproximaron los indígenas, preguntando por Grijalva, véase *La conquista de México*, p. 209; y Henry Wagner, *The Rise of Fernando Cortés*, p. 81, confunde Chalchiuhcueyecatl, en tierra

Media hora después de anclar se aproximaron dos grandes canoas, según Bernal tripuladas por mexicas que no dieron muestra alguna de temor o de precaución, remaron directamente hacia la nave capitana, reconocible por los gallardetes, estandartes y banderas con las que estaba adornada.

Por señas dieron a entender que venían en paz y que deseaban hablar con su capitán. López de Gómara narra que Jerónimo de Aguilar no entendía bien su lengua; en realidad no la entendía ni bien ni mal, pues hablaban náhuatl. Bernal relata que Marina sí la entendió y en respuesta al pedido de los mexicas señaló en dirección a Cortés. Este comentario de Bernal es interesante, pues de ser cierto sería la primera ocasión en que Marina se hizo notar como intérprete. Solís añade que en esos momentos Marina tradujo las palabras en náhuatl al maya de Aguilar, y éste a su vez al español; sin embargo, como lo hace notar Cervantes de Salazar, Marina debía venir en la nave de Hernández Portocarrero, a quien había sido entregada por el extremeño. Nadie hace mención de Francisco, nativo de estas regiones, que ya sabía algo de español, llevado por Grijalva a Cuba y que ahora venía con Cortés.[3]

---

firme, con San Juan, afirmando que, en la Primera carta, San Juan de Ulúa no se menciona, cuando expresamente dice: "llegamos al puerto y bahía que se dice San Juan", véase *Cartas de relación de la conquista de México,* p. 25.

3 Poco se sabe de Francisco. Lo encontramos más tarde, cuando sirvió de intérprete a Alvarado durante el interrogatorio y tortura de algunos principales. Bernal Díaz menciona que, tras la Conquista, encontró a Francisco ya casado, véase *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. XIII. Como nota curiosa hay que decir que Sahagún menciona que, al empezar su jornada tierra adentro, los españoles "tomaron un indio principal que llamaban *Tlacochcálcatl* para que les mostrase el camino, curiosa referencia que no se encuentra en otro sitio, y curioso el denominativo de *Tlacochcálcatl*, que es el título de los más altos jerarcas mexicas, *cfr*. nota al pie 46, cap VII de este libro

De cualquier manera Cortés entendió sus intenciones de parlamentar y ordenó que les permitieran abordar la nave. Una vez en cubierta saludaron ceremoniosamente tanto al capitán como a los que estaban cerca y ofrecieron a Cortés algunos obsequios. Ya sea que Marina empezara a servir de intérprete, como lo quiere Bernal, o que se comunicaran por medio de lenguaje corporal y de algunas expresiones verbales, lo cual es menos creíble debido a la riqueza de información que supuestamente los españoles entendieron, creyeron o quisieron entender, eran representantes del gobernador de la provincia a la que habían llegado, que era un servidor de Motecuhzoma (sería la primera vez que se enteraban del nombre del tlatoani); que venían a darles la bienvenida en su nombre; que su señor deseaba saber quiénes eran, cuál su procedencia, cuál el motivo de su venida; si buscaban o necesitaban algo y si habían llegado a donde deseaban o pensaban proseguir su viaje.

Cortés agradeció su interés y ordenó darles de comer y de beber. Los mexicas mostraron desconfianza ante esos alimentos desconocidos, pero les agradó mucho el vino. Pidieron muestras de todo para llevárselas a su señor. Cortés les dijo que al día siguiente desembarcarían y que esperaba poder hablar con su señor, no venían a su tierra con malas intenciones, sino que, por el contrario, su llegada les traería cosas de mucho provecho. Con esas palabras los despidió, no sin obsequiarles algunos objetos de "rescate", tanto para ellos como para su señor: dos camisas y jubones, uno de raso y otro de terciopelo, sendas gorras de grana, sendos pares de cascabeles y algunas otras cosillas. Ordenó a sus hombres que nadie desembarcara en tanto él no lo dispusiera.[4]

[4] De acuerdo con las declaraciones de Juan Álvarez, contenidas en una Información promovida por Diego Velázquez contra Cortés, fechada en Santiago de Cuba, 28 de junio-6 de julio de 1521. DC, I, p. 170, al llegar frente a San Juan de Ulúa vieron cómo unos indígenas los llama-

Por la mañana del Viernes Santo, 22 de abril, la mayoría de los hombres de la armada desembarcó por medio de los bateles, llevando la artillería y la caballería. Establecieron un campamento improvisado donde mejor les pareció en esos parajes cubiertos de grandes médanos. Los taínos erigieron resguardos con las ramas de los árboles que crecían en las cercanías. Según Herrera, los españoles se acomodaron de tres en tres en las improvisadas chozas; Bernal asevera que la más grande y mejor construida fue hecha para una iglesia, en la que se puso un altar sobre el que Cortés ordenó colocar una imagen de la Virgen, así como una gran cruz a la entrada.[5] El lugar era llamado en náhuatl *Chalchiuhcueyécatl*.[6]

---

ban desde la costa. Cortés ordenó a Juan de Escalante, alguacil mayor, que desembarcase junto con unos 15 o 20 hombres a averiguar qué deseaban. Llevaron a la capitana a dos o tres nativos equipados con ricas rodelas, en cuanto estuvieron a bordo preguntaron con placer y alegría por Juan de Grijalva, Pedro de Alvarado, Cervantes y Benito el Tamborino. Más tarde, una vez desembarcados, Cervantes tocó y bailó con los nativos con gran alborozo. DC, I, p. 205.

5 Antonio de Solís dice que lo hicieron previendo la celebración de la Pascua, en una de sus raras críticas a Bernal Díaz afirma que mal podían haber celebrado misa ese mismo día, como dice haberlo entendido en su lectura de la *Historia verdadera…*, acusa al cronista de dejarse llevar en ocasiones por su memoria con demasiada celeridad. Añade que es todavía más de extrañar que Herrera lo siguiese en tal afirmación, pues no le parecía para nada creíble que tanto el padre fray Bartolomé como el licenciado Juan Díaz ignorasen que no se celebra misa en Viernes Santo. Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, II, p. 10, opina que Solís entendió mal a Bernal, que éste escribió únicamente sobre la instalación del altar, donde luego se dijo misa, no que se celebrase el mismo día; antes bien afirmó claramente que ésta se realizó hasta el domingo siguiente. En el mismo error que Solís cae H. Wagner, quien parece tenerle especial inquina a Bernal, véase *The Rise of Fernando Cortés*, p. 83.

6 Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 115, declara que en este sitio se encuentra actualmente la ciudad y puerto de Veracruz. Al parecer se llamaba Chalchiuhcueyecatl a la comarca de la desembocadura del río Banderas o Jamapa,

Los navíos quedaron anclados en el puerto de San Juan de Ulúa. Las crónicas no mencionan las fechas para los sucesos ocurridos entre el 22 de abril y el 6 de julio, por lo que toda reconstrucción cronológica es hipotética.[7]

Bernal Díaz, que generalmente nos proporciona más detalles, narra que llegaron al campamento gran cantidad de nativos enviados por el gobernador de la provincia para atender sus necesidades, sería el sábado 23. Arreglaron las chozas hechas con demasiada premura, techándolas con grandes mantas que sirvieron tanto para sombra como para protección del calor del sol tropical. También les llevaron alimentos: guajolotes, tortillas y ciruelas (de las que era temporada). Se realizó un intercambio de regalos, los españoles "rescataron" algo de oro. Cortés ordenó pregonar la prohibición de efectuar "rescates" de manera particular, bajo la advertencia de graves penas por incumplimiento, y pidió a sus hombres fingir no saber lo que era el oro, pretendiendo que no lo deseaban demasiado, para que no pensaran que eran codiciosos y que sólo venían por eso. Los nativos dijeron que al día siguiente acudiría el gobernador en persona.

El 24 de abril era Domingo de Pascua, llegaron al campamento español Teuhtilli, gobernador de la provincia de

---

véase Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. II, cap. CLX. Jorge Gurría Lacroix, *Itinerario de Hernán Cortés*, p. 70, dice que Chalchiuhcuecan se encontraba frente a San Juan de Ulúa, y que se trataba del mismo sitio en donde estuvieron Grijalva y sus hombres. En estos arenales no había ciertamente una ciudad totonaca, como afirma H. Thomas, en *La conquista...*, p. 211. Chalchiuhcueyecatl, "Donde las faldas o riberas son de jade precioso", con referencia al color del mar, Salvador Toscano, *Cuauhtémoc*, p. 76. Francisco Cervantes de Salazar lo traduce como "Agua clara", *Crónica de la Nueva España*, lib. III, cap. II.

7 H. Thomas, en *La conquista…*, p. 211, asevera que fueron totonacas quienes recibieron a los españoles; sin embargo, de nuevo pierde el rumbo, pues el encuentro con los totonacas sucedió varios días después.

Cuetlaxtlan,[8] y Cuitlalpítoc, quien ya había fungido como enviado de Motecuhzoma ante Juan de Grijalva, junto con varios principales ricamente ataviados y desarmados, además de 4 000 tamemes (número que suena exagerado) muchos cargados de obsequios y víveres.

Cortés los recibió rodeado de sus capitanes. Teuhtilli y Cuitlalpítoc efectuaron la salutación ceremonial de "tomar tierra" con el dedo, llevándoselo a la boca, hicieron tres reverencias, incensaron con braseros al capitán y a sus compañeros más cercanos y quemaron en ellos algunas pajillas mojadas con su sangre junto con el copal. Colocaron frente al extremeño petates cubiertos de mantas blancas y fueron sacando de bultos liados y de petacas los ricos y variados objetos que les enviaba Motecuhzoma, entre ellos varios manufacturados con oro, así como una decena de cargas de hermosas ropas blancas hechas con algodón y plumas. Les dieron de comer una buena cantidad de guajolotes, pescado asado y frutas. Al fin los codiciosos españoles vieron su tan ansiado oro en mayor cantidad; los nativos lo utilizaban sobre todo en la manufactura de adornos y joyería para efectos suntuarios, religiosos y rituales, ya que como moneda preferían utilizar los granos de cacao.

Cortés recibió los obsequios de buen humor, riendo y con buena gracia. Ordenó que les dieran a cambio un sayo de seda, unas "piedras margaritas" envueltas en algodón perfumado con almizcle, un sartal de "diamantes torcidos", una silla de caderas con entalladuras de taracea y una gorra carmesí con una medalla de oro que tenía grabada la imagen de san Jorge a caballo matando al dragón. Les pidió que al entregar los obsequios a su señor le dijesen que cuando lo

[8] Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, II jornada, relata que la provincia que llama de Cotaxtla tenía más de 40 000 casas y muy cerca había otras muchas de pueblos grandes y poderosos.

recibiera se sentara en esa silla y se pusiera la gorra . Los abrazó alegremente y mandó darles, a manera de regalo personal, cuentas de vidrio, espejos, tijeras, agujas y algunas otras cosas hechas de cuero, de lana y de hierro. Pidió a Teuhtilli decir a sus gobernados que podían ir a "rescatar" oro con los españoles, ya que traían cantidad de objetos raros y curiosos para darles a cambio. Teuhtilli le aseguró que así lo haría.[9] Bernal comenta que posteriormente se enteraron de

[9] De acuerdo con las respuestas de Juan Álvarez en la Información promovida por Diego Velázquez en Santiago, año de 1521, cuando el "tecle principal", acompañado de otros muchos, llegó por segunda vez al real español, dos o tres días después de su primera visita, traía como presente una cabeza como de dragón de oro y el cuerpo cubierto de ricas plumas y piedras preciosas, así como ajorcas de oro y de plata; vistieron a Cortés de ricas joyas, "e le pusieron aquella cabeza de oro sobre la suya, e todas aquellas ajorcas de oro e de plata por las piernas, e por los pies munchas piedras preciosas", y collares de oro. Terminada la operación, los nativos preguntaron si entre los blancos había otro "tecle"; los españoles, deseosos de recibir más joyas, señalaron a Pedro de Alvarado, "al cual ansí mismo los dichos indios lo vistieron ricamente", DC, I, p. 205.
Cervantes de Salazar menciona este incidente, *Crónica de la…*, lib. III, cap. V, y asevera que vistieron a Cortés con una especie de coselete hecho de oro y de plumas, como yelmo le pusieron una gran cabeza de águila, hueca, también de oro y de plumas, por el pico asomaba el rostro, y que con estas vestiduras adornaban en los festivales al mayor de sus dioses. Dice que Cortés la vistió sobre su jubón y sus calzas, siendo tan pesada, debido al oro y las piedras ricas, que algunos de sus caballeros tuvieron que ayudarlo a soportarla.
Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias*, cap. X, escribe que Motecuhzoma envió a cinco principales a recibir al que tomaba por el dios Quetzalcóatl; llevaban de regalo los ornamentos con que era costumbre honrar a este dios, todos de gran riqueza, y que mandó le presentasen los ornamentos de "Tezcatl pocatl" y de otros dioses, también espléndidos, como cosas dedicadas a la divinidad. Afirma que estos indígenas fueron en sus canoas hasta los navíos y Cortés ordenó meterlos bajo cubierta, donde los tuvo hasta el día siguiente. Agrega que los mensajeros regresaron ante Motecuhzoma a la medianoche y que al día siguiente el monarca mandó

que Teuhtilli, además "de ser indio de grandes negocios, fue el más suelto peón que su amo Montezuma tenía".

López de Gómara quiere que todo esto sucediese sin intérprete, lo cual es poco creíble, y que debido a ello Cortés estaba muy preocupado y triste; asegura que fue entonces cuando se supo que Marina entendía y hablaba el náhuatl. El capitán ordenó traerla a su presencia, prometiéndole, por medio de Aguilar, que la dejaría en libertad y otras grandes recompensas si le servía fielmente. Cervantes de Salazar, en cambio, menciona que el extremeño la amenazó con ahorcarla si le mentía y la interrogó sobre sus orígenes e historia. Según esta versión, así empezó el invaluable servicio de Marina a lo largo de la Conquista; siempre fue fiel al capitán, sabía cómo traducir adecuadamente sus palabras hábiles, zalameras, amenazadoras y muchas veces engañosas; la utilización del lenguaje no fue una de las menores armas del extremeño. Marina traducía al principio del náhuatl al maya, mientras que Aguilar se encargaba de hacerlo del maya al español; pronto Marina empezó a aprender el castellano, de modo que podía hacer la traducción directa al náhuatl y viceversa.[10]

Cortés, seguido de sus capitanes y hombres cercanos, así como de Teuhtilli, Cuitlalpítoc y otros principales mexicas, se dirigió a la choza erigida como iglesia, donde fray Bartolomé de Olmedo celebró una misa cantada (el fraile se distinguía por sus dotes de cantor) auxiliado por el clérigo

---

sacrificar algunos prisioneros y untar con su sangre a los mensajeros. Tras lo cual les ordenó volver a la costa, llevando consigo cautivos para sacrificarlos, así como proveer de comida a los extranjeros.

10 Antonio de Herrera, seguido por Argensola, afirma que no fue sino hasta después de partido el gobernador mexica cuando se supo que Marina entendía el náhuatl, al verla hablando con las mujeres dejadas para hacer tortillas.

Juan Díaz y algunos soldados de buena voz. Los mexicas los observaban con atención y en silencio.[11]

Cumplidas las obligaciones con la fe, el extremeño convidó a los nativos a comer; seguramente les darían a probar sus tocinos y jamones duros con pan cazabe, lo que resultaba un pobre menú comparado con la variada cocina indígena, aunque seguramente el vino les habría gustado. Terminada la comida, Cortés llevó aparte a Teuhtilli y Cuitlalpítoc, así como a sus dos intérpretes, Marina y Aguilar, y hablaron de muchos tópicos. El extremeño repetía incansable que venía en calidad de embajador de su rey, Carlos V, señor de la mayor parte del mundo, quien, al saber de la existencia de esas nuevas tierras lo envió para comunicarles "en secreto" cosas muy importantes, mismas que traía por escrito y que los nativos se alegrarían mucho en conocer. Su rey también deseaba comerciar. Les pidió llevar ese mensaje a su señor y solicitarle dispusiera el sitio donde deseaba escuchar las palabras de su embajada. El codicioso extremeño no perdió

[11] H. Thomas, *La conquista...*, p. 212, basado en no sé qué fuente, afirma que el sábado llegó ante los españoles el esclavo "Cuitlapíltoc", sin ninguna ceremonia en especial, y que el domingo lo hizo "Teudile" y ordenó la construcción de las chozas. Agrega que ese domingo los españoles celebraron misa y cantaron el rosario (lo del rosario no lo encuentro en ninguna fuente; lo que se cantó fue la misa, en la cual no se reza el rosario). Párrafos más adelante escribe que "Teudile" ofreció a Cortés "una petaca" con los obsequios (habría que ver el tamaño de esa petaca para que cupiesen en ella). En la p. 214 añade que Cortés dio una imagen de la Virgen a "Teudile", lo cual sucedió hasta su segunda venida. Pocas líneas después expresa la opinión que cabe la posibilidad de que los mexicas pensasen que los caballos eran ciervos, y que tal vez algo en su folclor "les recordara que antaño había habido caballos en las Américas" lo cual ya es de risa, pero abunda en la p. 70 menciona que es probable que algún indígena hubiese propuesto "montar venados por razones militares", que repite en *Yo Moctezuma*, p. 88 (habría que ver qué suerte correría tal proponente). Y estoy a punto de decir, como Bernal Díaz de López de Gómara, que me harto de escribir sobre las falacias de Thomas.

la oportunidad de preguntarles por oro, asegurándoles que los españoles padecían de un mal del corazón, curable únicamente con ese metal.

Teuhtilli respondió, molesto y sorprendido, que apenas habían llegado y ya querían hablar con su señor, quien no era menor rey que el español; más bien le maravillaba saber que pudiera haber otro tan grande como Motecuhzoma. Él sólo tenía instrucciones de auxiliarlos en su llegada a las costas de esa provincia; hablar con su señor era muy difícil, y harían mejor en proseguir su viaje. Cortés replicó con cierto enfado que los reyes no solían negar audiencia a las embajadas de otros reinos, ni sus servidores se atrevían a hacerlo sin antes consultarlo con su señor, así que el deber de Teuhtilli era transmitir su mensaje al soberano, él venía resuelto a verlo y no deseaba llevar semejante desaire como respuesta al rey de España. Teuhtilli no tuvo más recurso que admitir la razón de esas las palabras, prometiéndole llevar el mensaje a su señor y ver qué disponía. En breve regresaría con la respuesta y, mientras tanto, los españoles no debían salir de esos arenales; allí los alimentarían y asistirían en todo lo que necesitaran.

Cortés, como siempre gran observador, notó que Teuhtilli traía con él a varios pintores que se dedicaron a recorrer el campamento dibujando en lienzos de algodón todo lo que veían. Les preguntó con qué finalidad lo hacían, contestaron que cuando Teuhtilli y Cuitlalpítoc dieran a Motecuhzoma su reporte las pinturas servirían para ilustrarlo. Esto dio una idea al extremeño para darles mayor impresión de su fuerza. Ordenó a la infantería desfilar armados ante los mexicas al son del pífano y del tambor, llevando sus lebreles y a la caballería escaramucear y galopar a lo largo de la playa, teniendo cuidado de no tropezar en la arena de los médanos. Las bestias iban provistas de sartales de cascabeles en las patas. Cortés mismo cabalgó. Después mandó a la artillería

efectuar algunos disparos. El día estaba calmo y el efecto provocado en los indígenas por el ruido, el humo, el silbido de las balas y el destrozo causado en los árboles fue considerable; se dice que incapaces de controlar su espanto muchos se tiraron al suelo.

Para los nativos, todo lo relacionado con sus visitantes era extraño. Cuenta Bernal que uno de los españoles tenía un casco mohoso, medio dorado, cosa que Teuhtilli notó, pues "era más entrometido indio que el otro", y solicitó verlo más de cerca; dijo que se parecía a uno que provenía de los antepasados mexicas y que ahora llevaba puesto Huitzilopochtli, asegurando que a su señor Motecuhzoma le interesaría mucho verlo. Cortés se lo entregó de buena gana, no sin pedirle que a su regreso lo trajera lleno de granos de oro; él también tenía gran curiosidad por saber si el oro de esos sitios era igual al de España y así podría enviar el casco y las pepitas a su rey don Carlos, como un obsequio especial de Motecuhzoma.

Finalmente Teuhtilli se despidió, dejando a Cuitlalpítoc a cargo de unos 2000 nativos para que los atendieran y sirvieran. Los mexicas pusieron su campamento a dos o tres tiros de ballesta de distancia , erigiendo, se dice, más de un millar de chozas hechas de ramas y hojas. Las mujeres se dedicaron a hacer innumerables tortillas que llevaban a los extranjeros, así como carne de guajolotes, pescados y frutas. Bernal Díaz se queja de que alimentaban mejor a Cortés y a los capitanes que comían con él, "que a nosotros los soldados, y si no lo mariscábamos o íbamos a pescar, no lo teníamos",[12] seguramente exagera, pues Motecuhzoma

[12] Germán Vázquez, en su libro *Moctezuma*, opina que la entrevista entre la embajada del huey tlatoani y Cortés nunca se llevó a cabo, calificándola de visión apócrifa y clarísima manipulación histórica de los informantes de Sahagún, subjetiva y falsaria, aduciendo varias razones que le parecen de peso: no habría sido factible, dice, que

siempre fue espléndido y nadie se atrevería a desobedecer sus órdenes. Lo más probable es que los españoles comieran tan abundantemente y tan bien como pocas veces antes en sus vidas, la cocina taína (y para el caso la española tampoco) nada tenía de comparable ante tal abundancia de guisos y de platillos exóticos, aunque tal vez un poco picosos, así como la gran cantidad de frutas tropicales.[13]

---

en el poco tiempo transcurrido desde la llegada de la flota, esta embajada pudiese trasladarse hasta la costa, ello debía tomarles por lo menos seis días, y para entonces Cortés ya estaría negociando una alianza con los habitantes locales. Tal cantidad de razonamientos es curiosa, el único argumento "de peso" es el relativo al tiempo que debió pasar entre la llegada de la flota y el de la embajada mexica; sin embargo, se dice explícitamente que estaba encabezada por Teuhtilli, quien venía de Cuetlaxtlan y no de la capital mexica, siendo previamente instruido por Motecuhzoma sobre las acciones que debía tomar. Además, los vigías mexicas tendrían informado tanto al tlatoani como al gobernador del avance de la flota española, y su sistema de mensajeros por relevos llevaba las noticias con gran celeridad. Este encuentro no está relatado sólo por los informantes de Sahagún, sino también en otras crónicas.

13 Christian Duverger no se encuentra aquí en su mejor momento. Menciona que iban entre los nativos unos "escribas", como si se tratara de egipcios; en realidad eran *tlacuilos*. Enseguida dice que "Motecuzoma está perfectamente al tanto" de la suerte corrida por los taínos de las islas, lo que es mucho decir, y por tanto, "todas las teorías de la 'sorpresa' suscitada por el desembarco de Cortés" no tienen pertinencia alguna. En cuanto al elemento sorpresa está descartado, como ya se dijo, porque el tlatoani tenía conocimiento de la presencia española en la región, mas no por "la suerte corrida por los taínos"; acto seguido desecha de un plumazo toda la cuestión de los presagios. En la misma página opina que "la guerra entre los aztecas […] tiene por objeto capturar prisioneros vivos", y he aquí explicado el motor y causa del imperialismo mexica. (¡!) Pocos renglones adelante menciona que "la hipótesis de la negociación pacífica sufre de una considerable falta ideológica", parecida a una rendición, ignorando la tradición de respeto a las embajadas, que era parte de su ideología. Párrafos después asevera que cuando Cortés desembarcó en 1519 "hacía ya más de un cuarto de siglo que los mexicanos sabían

A esta altura de los acontecimientos empezamos a contar con fuentes cuasiindígenas y una narración más diversa, con interpretaciones diferentes, aunque sobre estos primeros momentos en ocasiones parecen confundir los contactos con Grijalva y con Cortés, tratándolos como si fueran uno solo.

En los *Anales de Tlatelolco* se relata que la flota de Cortés llegó a las costas veracruzanas en el año 1-Caña y que fue a su encuentro un tal Cuetlaxteca (seguramente se trata del gobernador de Cuetlaxtlan, Teuhtilli), quien ofreció a los españoles unos soles de oro (uno amarillo y otro blanco, al parecer hechos de oro y de plata),[14] un espejo dorsal, un cuenco de oro, una toca de oro en forma de cántaro, una armadura ritual de plumas de quetzal y unos escudos de concha. Aleccionados por Motecuhzoma efectuaron frente a los recién llegados un sacrificio humano y les ofrecieron la sangre en una Calabaza-de-Águila, con el resultado de enfurecer al capitán, que mató al victimario con su espada mientras que los demás indígenas se dispersaron asustados.[15]

De acuerdo con los códices *Ramírez* y *Florentino* (de tradición tenochca y tlatelolca, respectivamente) Motecuhzoma, desde la expedición de Grijalva ordenó colocar vigías a lo

---

a qué atenerse". (¡!) Me parece que sobran los comentarios monsieur Duverger, *Cortés*, pp. 139, 140.

14 Juan Miralles se extraña de que en Sahagún no se mencionan estas dos piezas, lo que "hace ver con suspicacia la veracidad de esa relación", véase *Hernán Cortés, inventor de México*, p. 107; sin embargo, son mencionadas en los *Anales de Tlatelolco*.

15 Georges Baudot y Tzvetan Todorov, "Anales históricos de Tlatelolco", p. 187. Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. II, cap. LXXI, menciona que Motecuhzoma mandó llevar y sacrificar ante Cortés a 10 esclavos, cuyos corazones debían ofrendarle como a un dios. Agrega que empezaron a bailar delante del capitán y a querer sacrificar a los esclavos, cosa que Cortés impidió; y afirma que, según otra relación y pintura que poseía, mandó matar a los sacrificadores.

largo de las costas que controlaba, con instrucciones de que en cuanto viesen otra vez naves españolas se lo hiciesen saber sin dilación. Así, al aproximarse la flota de Cortés, los vigías fueron de inmediato a notificárselo al gobernador de Cuetlaxtlan, quien, según fray Diego Durán, a su vez envió la noticia a Motecuhzoma.

Se dice que el huey tlatoani, al recibir la nueva que tanto temía, quedó por largo rato "como muerto, sin poder responder palabra". Al parecer abrigaba la esperanza de que los extraños seres blancos no regresaran durante su reinado. Enfrentado a la realidad temió que las profecías empezaran a cumplirse. Ordenó a los mensajeros que el gobernador le enviara aviso en cuanto los extranjeros desembarcaran y que los relevos estuvieran siempre listos en el camino hacia la costa para traer las noticias con toda rapidez. Envió a decir al gobernador que avisara a los señores de las poblaciones que se encontraban a lo largo de esa ruta que estuviesen preparados para cumplir cualquier orden que les enviara.

Fue así como el mismo día en que la flota llegó a Chalchiuhcueyécatl, Motecuhzoma fue notificado y mandó orden al señor de Cuetlaxtlan de que si los blancos bajaban a tierra los proveyera con abundancia de todo lo necesario y que los pueblos de la comarca les sirvieran y dieran de comer.

Siguiendo estas crónicas se dice que Motecuhzoma reunió a su consejo. Era urgente tomar una determinación, primero era imperativo saber cuál era la verdadera naturaleza de los extranjeros: si eran humanos, embajadores de algún poderoso rey desconocido hasta entonces, o si eran dioses o enviados de Quetzalcóatl o de sus hijos, que venían a retomar su señorío y a despojar a Motecuhzoma. Si éste fuera el caso, lo más conveniente parecía ser el intentar apaciguarlos y tratar de que no pasaran tierra adentro. Si eran humanos y embajadores de un gran rey de lejanas tierras, deberían

recibirlos y escuchar su mensaje. (No olvidemos que esta es una versión cuasiindígena, escrita décadas después de estos sucesos, la transcribo para no dejar de lado tales interpretaciones, que serán tomadas posteriormente por siglos, alimentando los mitos sobre la llamada conquista, por lo menos nos da idea de la mentalidad y manera de expresarse de los mexicas y contendrán algo de verdad.)

Sin embargo, parece más factible que se tomara en cuenta una larga tradición mesoamericana que exigía respeto y protección para los embajadores, que podían transitar libremente sin que nadie los molestara. Cortés, hábilmente, posó desde un principio como embajador de Carlos V, lo que hace pensar que estaba enterado de esto (tal vez por vía de Malintzin).

Las opiniones del consejo estaban divididas tanto por la falta de claridad acerca de la verdadera naturaleza de los extranjeros, como por la manera en que se proponía enfrentar su llegada, pues eso dependía de quiénes eran. Algunos indicios mostraban que eran hombres comunes y corrientes: comían, dormían, bebían, enfermaban, apetecían cosas humanas y también morían (debían de saberlo por las batallas contra Hernández de Córdoba, de Grijalva y la de Tabzcoob); extrañamente parecía que no traían mujeres, con la excepción de una "hermosa como diosa"[16] llamada Malintzin, que hablaba tanto el náhuatl como la lengua de los blancos y era a través de ella que podían entenderse con los extraños seres. Es de suponerse que hablaban de mujeres de la misma raza que los españoles, pues éstos traían a las 20 indígenas que les dieron en Tabzcoob, entre ellas Marina, algunas españolas y muchas taínas, ¿tal vez porque permanecían a bordo de los navíos? Si eran dioses, argumentaban, no mostrarían tal falta de respeto por la religión; en ocasiones más bien se com-

16 Así lo dice Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, lib. II, cap. I.

portaban como "gentes bestiales y bárbaras". Sin embargo, podrían ser de origen divino debido al extraño poder que sentían emanar de sus pertenencias desconocidas, de sus armas nunca vistas, de las extrañas bestias en que montaban, de sus grandes canoas. Debían tener alguna noticia de Tabzcoob acerca de sus armas.

Tras escuchar estos razonamientos, Motecuhzoma pidió a su hermano Cuitláhuac, tras otorgar la licencia su sobrino Cacama, señor de Acolhuacan a quien correspondía la prioridad de hablar después del huey tlatoani, que dijera lo que sentía al respecto, puesto que contaba con más experiencia que el joven Cacama. Cuitláhuac opinó que Motecuhzoma no debía, bajo ningún concepto, meter en su casa a quienes podrían echarlo de ella. Cacama habló enseguida, declarándose partidario del punto de vista contrario: si Motecuhzoma rechazaba la que parecía ser una embajada de un gran rey, de quien hasta entonces no se había tenido noticia, pero cuyo poder era evidente, su gesto se tomaría como de gran bajeza. Los embajadores podrían considerar que no se les recibía debido a que el soberano mexica les temía a pesar de ser tan pocos, con lo que crecería su audacia. Habría que considerar, continuó diciendo con gran visión del futuro, que los blancos podían intentar una alianza con las poblaciones descontentas con el yugo impuesto por la Triple Alianza, así como con sus enemigos declarados, y que era costumbre y ley escuchar a los embajadores de otros señoríos. Si los extranjeros venían con malas intenciones, los guerreros de la Alianza eran más que suficientes para vencer a tan escasos contrincantes.

El punto de vista de Cacama fue del agrado de varios consejeros; se dice que sin embargo, a Motecuhzoma le pareció más acorde con sus propios deseos el de Cuitláhuac, por lo tanto decidió que trataría de impedir a como diese lugar que avanzaran tierra adentro, y sobre todo que se dirigiesen

a México-Tenochtitlan. Debía enviárseles de inmediato otra embajada con obsequios más espléndidos y el encargo de averiguar si eran de naturaleza divina o humana e impedir, cualquiera que probase ser el caso, que marcharan hacia la capital mexica.

Siempre de acuerdo con el *Códice Florentino*, Motecuhzoma decidió enviar esta segunda embajada "como si creyera, como si se persuadiera de que era él, nuestro señor Quetzalcóatl, quien venía a surgir. Porque estaba gravado en su corazón que vendría un día, que surgiría para hacer conocer su estera, su asiento"; sin embargo, es conveniente recordar, como ya se dijo, que los informantes de Sahagún pertenecían a la clase noble y sacerdotal, probablemente tlatelolca, mal dispuesta contra el tlatoani, no es descabellado pensar que deseaban culpar a la ceguera y al fanatismo de Motecuhzoma de todo lo sucedido posteriormente.

Para encabezar la embajada fueron escogidos cinco de los nobles más capaces.[17] Motecuhzoma, al despedirse, les dijo: "¡Váyanse! ¡No se tarden! adoren a nuestro señor el dios, díganle: He aquí que nos envía tu gobernador Motecuhzoma, he aquí lo que te ofrece porque has llegado a tu hogar de México". Si los dioses insistían en ir a Tenochtitlan, los embajadores debían ordenar a las poblaciones por las que pasaran que limpiaran los caminos y tuvieran preparada comida en abundancia, leña, teas de carbón y ocote, aposentos

17 El "Códice Florentino" los nombra como: *Teohua*, Morada-de-la-Noche, "Gran-Sacerdote"; Tepozteco; *tizaua*, "que detenta-el-Barniz-Blanco"; *Ueutecatl*, "Fabricante-de-Tambores" y *Ueicamecatl eca*, "Gran-Cuerda-del-Aire", *Cfr*. Georges Baudot y Tzvetan Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, p. 67; fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, cap. XIII, los llama *Yohualychan*, *Tepuztecatl*, *Tizahua*, *Huehuetecatl* y *Hueycamecatleca*. Durán declara que Motecuhzoma envió como embajador a Tlillancalqui, el mismo que había enviado cuando Grijalva.

limpios, tamemes para la carga, que los recibieran con mucho amor y voluntad y les hicieran todo regalo.

Al llegar la embajada los españoles gritaron: "¿Quiénes son ustedes, de dónde vienen? Enseguida les respondieron: De allá venimos, de México. Una vez más los españoles les gritaron: Quizá no, quizá Uds. simplemente escapan de allá, quizá sólo inventan eso, quizá Uds. sólo se burlan de nosotros". Los embajadores llevaban algunos atavíos propios de sus dioses, vistieron a Cortés con los de Quetzalcóatl (esto debe ser totalmente falso, y aquí nace la famosa leyenda del "penacho de Moctezuma" que está en un museo de Viena) y le dijeron: "vístete, señor, de las ropas que antiguamente usabas, cuando andabas entre nosotros como dios y rey nuestro". Se trataba de una máscara de serpientes de turquesas, una armadura de plumas de quetzal, un collar de jade trenzado con un disco de oro en el centro, un escudo de oro sembrado de conchillas de oro con una franja de plumas de quetzal y una banderola de plumas de quetzal, un espejo dorsal decorado con plumas de quetzal incrustado de turquesas y rosarios de jade con cascabeles de oro, un propulsor de turquesa y sandalias de obsidiana. Después colocaron frente al capitán, en orden, otras tres vestimentas: otra de Quetzalcóatl, una de Tezcatlipoca, y una de Tláloc (lo que contradice el dicho anterior de que era Quetzalcóatl, podría ser cualquiera de los tres dioses), además de varias joyas de oro, en las diversas listas de regalos hay ciertas diferencias. Cabe suponer también que, al estilo mesoamericano, la intención fuera darles idea del poder y riqueza del huey tlatoani; sabemos que en la tradición mesoamericana era usual que la potencia considerada más fuerte enviara ricos obsequios a la otra.[18]

[18] Según dice Eduardo Seler en sus Comentarios al *Códice Borgia*, Motecuhzoma le envió a Cortés cuatro trajes diferentes, correspondientes

El *Códice Ramírez* narra que Cortés recibió a los embajadores con gran benevolencia, mandando servirles comida de Castilla. Sin embargo, el *Códice Florentin*o asegura que Cortés les dijo: "¿Esto es todo para recibir a alguien, para acercarse a alguien?", ordenando que los encadenaran y les pusieran grillos en los pies y en el cuello.

Al otro día, siguiendo estas narraciones, decidieron asustar a los embajadores, dispararon su artillería e hicieron estallar la "trompeta-de-fuego", con lo que los mensajeros "se creyeron muertos, se desmayaron, se tambalearon, vacilaron, ya no supieron nada más". Entonces los españoles los levantaron, les dieron de beber vino y les ofrecieron algo de comer, para que recuperaran sus fuerzas (esto se relata como sucedido antes, como ya se vio líneas arriba).

Tras atemorizar a los nativos el capitán les dijo que había oído hablar mucho sobre el gran valor de sus guerreros, por lo que estaba deseoso de ver si esa fama era real. Ordenó que les dieran escudos de cuero, espadas y lanzas de metal, y los desafiaron a singular combate. Los rehusaron, aduciendo que Motecuhzoma no les había ordenado hacer eso, sino únicamente darles la bienvenida; su señor era muy estricto en el cumplimiento de sus órdenes, si lo desobedecían se enfurecería y los mataría. Desilusionados, los españoles empezaron a insultarlos, mostrándoles las armas que traían y sus feroces perros, diciendo que marcharían a México para destruirlos, matarlos y robarles sus haciendas. "Despidieron a los pobres tan escandalizados y temerosos, que todos se persuadían que no era aquel señor que esperaban, sino algún cruel enemigo suyo, el cual allí venía con aquella gente tan feroz". Hasta aquí la versión mexica de este contacto,

---

a cada una de las deidades regentes de los cuatro puntos cardinales, fundidas en la persona de Quetzalcóatl. Seler ofrece una interpretación de estos atuendos. *Cfr.* José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, p. 172.

evidentemente peca de parcialidad y se advierte la pluma de los frailes, ya que Cortés no era hombre para tomar determinaciones tan absurdas y carentes de tacto, menos aun cuando no conocía bien la situación política prevaleciente.

Los cronistas españoles narran que tras la partida de los embajadores empezaron a llegar al campamento numerosos nativos, provenientes de las poblaciones cercanas, atraídos por la curiosidad y por su deseo de verlos y conocerlos de cerca.

Al parecer Cortés había revocado su prohibición de "rescatar" particularmente (orden que sin duda provocó gran descontento). Según escribe Bernal los nativos les traían algunos objetos de oro de poco valor para comerciar y también alimentos, que les regalaban o vendían. El cronista se queja de que con eso tenían que mantenerse, "porque comúnmente todos los soldados traíamos rescate, como teníamos aviso cuando lo de Grijalva que era bueno traer cuentas". Los indígenas se mostraron satisfechos con las chucherías que recibían a cambio, e iban a mostrárselas contentos a sus compatriotas.

Alva Ixtlilxóchitl menciona que también llegaron al campamento español otros embajadores, enviados por el joven acolhua Ixtlilxóchitl, hijo de Nezahualpilli , con algunos regalos; eran portadores de las palabras de bienvenida de parte de su señor y de un ofrecimiento de amistad. De ser cierto (lo cual es factible, Ixtlilxóchitl estaría muy dispuesto a investigar si los blancos podían serle de beneficio en su pugna contra Motecuhzoma), sería a través de ellos que Cortés se enteró con más detalle acerca de la compleja situación política que imperaba en el Anáhuac. Seguramente le caería de perlas saber que el poderoso Motecuhzoma tenía muchos enemigos, que Ixtlilxóchitl deseaba vengar la muerte de su padre y liberar Acolhuacan del poder del tirano huey tlatoani mexica, y que muchas regiones subyugadas resentían

los grandes tributos que estaban obligados a pagarle. Esto le abriría nuevos y promisorios panoramas para lograr sus objetivos de dominio, y la posibilidad de que aun en el peor de los casos siempre podría contar con aliados.

Mientras tanto, la embajada mexica regresó de noche a México-Tenochtitlan. El *Códice Florentino* declara (insistiendo en pintar a un soberano temeroso, pusilánime e ineficaz) que en su espera:

> Motecuhzoma no conocía ya, ni sueño, ni alimento; ya nadie le había hablado, y no importa lo que hiciera, era como un tormento. Era como si continuamente suspirara, como si se sintiera cansado y se considerara fatigado; ya no sabía lo que es sabroso, ni lo que es agradable, ni lo que es exquisito.
>
> Por ello decía: ¿Qué nos va a suceder?, ¿quién pues quedará de pie? ¡Ay!, antes de este día yo existía. Fue herido de muerte mi corazón, es como si estuviera sumergido en agua de chile y experimentara una fuerte quemadura, ¡me punza! ¿En dónde está pues la verdad, ¡oh! nuestro señor?

Al ser notificado de la llegada de los embajadores ordenó llevarlos a su presencia en la Casa de la Serpiente, una gran sala del palacio donde eran recibidos y aposentados los dignatarios visitantes.[19] Antes de escucharlos mandó sacrificar dos prisioneros de guerra, con cuya sangre asperjaron a los mensajeros. "Hicieron esto por esta razón: habían estado en lugares extremadamente espantosos; habían venido a verlos, y en pleno rostro, en la cabeza, los habían mirado fijamente; incluso habían platicado con los dioses".

[19] No era una parte de su zoológico, como lo afirma H. Thomas en *La conquista...*, p. 215, quien tal vez tomó muy literalmente el nombre de este salón.

Una vez exorcizados, los enviados le contaron con gran detalle sus peripecias, intentando encontrar palabras con que describir las cosas desconocidas y extrañas que habían observado: las casas de madera en las que venían los blancos, que parecían andar por el mar y eran muy grandes y curiosas, con muchos aposentos dentro, según se relata en el *Códice Ramírez*. El *Florentino* ofrece detalles más abundantes: dijeron que los españoles les habían mostrado cómo eran sus alimentos; el monarca

> se sintió muy asustado, asombrado, y enormemente maravillado [...] otra vez se creyó medio muerto cuando oyó como explota por su orden la trompeta-de-fuego, como se escucha el trueno cuando explota, como aturde, ensordece nuestras orejas. Y cuando explota, hay como un guijarro redondo que sale de ella, se pone a llover fuego en pequeñas gotas, a chisporrotear; y su humo es absolutamente repugnante, de olor sofocante, que impacta fuerte la cabeza de las personas; y cuando choca con una montaña, es como si la volteara, como si se derrumbara; y un árbol parte en pedazos, como si se disolviera, como si le hubieran soplado por encima.
>
> Únicamente, todas de metal, son sus máquinas de guerra; con metal se visten; con metal cubren sus cabezas; de metal son sus espadas; de metal sus arcos, de metal sus escudos, de metal sus lanzas. Y los que los llevan sobre sus espaldas, sus venados, es como si fueran tan grandes como las terrazas de las casas. Y por todas partes cubren su cuerpo, sólo aparecen sus rostros, muy blancos, tienen rostros como de yeso; tienen cabellos amarillos, sin embargo algunos tienen cabello negro; su barba es larga y amarilla también, son barbas-amarillas; son crespos, rizados.
>
> Y sus perros son muy grandes; tienen las orejas dobladas varias veces, grandes mandíbulas que les tiemblan; tie-

nen ojos inflamados, ojos como de brasas; tienen ojos amarillos, ojos de fuegos amarillos; tienen vientres delgados, vientres acanalados, vientres descarnados; son muy grandes, no son tranquilos, trotan jadeando, con la lengua colgando; tienen manchas como de jaguar, tienen manchas de colores variados.

Y cuando Motecuhzoma escuchó esto, se sintió muy aterrorizado, como si estuviera medio muerto; su corazón se atormentaba, su corazón estaba trastornado.

Motecuhzoma probablemente ya sabía del efecto mortífero de sus armas. Bernal Díaz refiere que en cuanto vio el viejo casco español "tuvo por cierto que éramos de los que le habían dicho sus antepasados que vendrían a señorear aquella tierra".

Le parecía urgente expulsar a tan terribles seres del Anáhuac. Como se trataba de un hecho sobrenatural decidió combatirlo de la misma manera. Llamó a hechiceros y nigrománticos de Yauhtepec, Oaxtepec, Malinalco y Tepoztlán y les dio instrucciones de ir en secreto al campamento de los españoles, como si fueran tamemes o indios de servicio. Una vez allá intentarían aterrorizar a los extranjeros mediante sus artes, conjurando visiones y sueños espantosos y tratarían de hacerlos enfermar. Entre los hechiceros iban aquellos que sabían echar sueños, los que podían mandar a las culebras, alacranes, arañas, ciempiés y otras sabandijas mortíferas, a las que ordenarían picar a los españoles de manera que murieran.

También debían observar

de qué condición eran los españoles; si acaso podían embrujarlos, hechizarlos; si podían soplar por encima de ellos, fascinarlos; si podrían hasta lanzarles piedras; si con palabras de hombre-búho, podrían incluso hacerles un encantamiento,

quizá para enfermarlos, para hacerlos morir, o incluso quizá para que se volvieran.

Los hechiceros partieron confiados en sus habilidades, ya en otras ocasiones habían tenido éxito contra sus enemigos; pero al cabo de varios días de fracasados intentos tuvieron que abandonar su misión. Regresaron desconsolados, admitiendo que "aquellos eran dioses muy fuertes", sus artes y hechicerías no tenían poder contra ellos, sus habilidades para echar sueños no funcionaban, pues toda la noche estaban velando, en toda la noche no cesaban de hablar y no bien amanecía estaban de pie, se subían a sus caballos y tomaban sus armas. No pudieron entrar a echarles las sabandijas, no pudieron encantarlos, les habían mostrado visiones y no hacían caso de ellas, no les podían hallar el corazón porque tenían las entrañas y los pechos muy oscuros, "que era gente de muy diferente modo y humor que ellos. Y que la carne de aquellos dioses era dura y que no podían entrar en ellas". Hay que recordar que para los nahuas el corazón es donde mora la fuerza anímica, donde ocurren las emociones; el que a los españoles no les pudieran hallar el corazón significa que tenían fallas morales, fallas anímicas, cosas negativas que no corresponden a los dioses. Quedaba definido que no eran dioses, mas tampoco seres humanos comunes y corrientes, sino con un matiz sobrehumano.

En conclusión, dijeron que Motecuhzoma podría ordenar matarlos, más ya no podían hacer. El soberano quedó afligido y triste, les pidió que descansaran, tal vez cuando los blancos llegasen a México surtirían más efecto sus encantamientos.[20]

[20] Según fray Diego Durán el suceso de los hechiceros ocurrió poco tiempo después, cuando los españoles se trasladaron a Cempoala.

Según esta versión de los hechos, Motecuhzoma, ante lo inevitable, decidió adoptar el parecer pregonado por Cacama y permitir que los extranjeros entraran a México-Tenochtitlan, confiado en que si era necesario podría destruirlos más fácilmente dentro de la ciudad lacustre, sin que quedara ninguno con vida capaz de llevar las noticias a su lugar de origen. Mandó que se les proveyera de lo necesario en su camino y les envió algunos prisioneros de guerra, "bien preparados, para el caso de que bebieran su sangre". Sus mensajeros les ofrecieron alimentos asperjados con sangre humana (se dice que incluso a los negros que venían con ellos los llamaron *teucacatzactli*, "dioses-sucios"; mientras que a los caballos les decían *Tonamazatl*, "venados solares"). Ante este manjar divino, los españoles "experimentaron gran disgusto, escupieron, se frotaron los párpados, cerraron los ojos, sacudieron la cabeza [...] les produjo nauseas, y así les pareció que la sangre apestaba muchísimo".[21]

En cambio aceptaron de buen grado las tortillas blancas de maíz, maíz desgranado, huevos de guajolote, guajolotes, chirimoyas, mameyes, zapotes amarillos, zapotes negros, camotes, patatas de los bosques, camotes dulces de color moho, malva y rojo, raíces dulces de jícama, ciruelas-de-venado, ciruelas-de-río, guayabas, cuajilotes, aguacates, algarrobas, tejocotes, cerezas del país, tunas blancas, amarillas y rojas, tunas de chicozapote, tunas de nopal de agua y moras.

Relata fray Diego Durán que los indígenas, "con simplicidad y llaneza, daban una gallina al soldado y otra a su caballo, y un cestillo de tortillas para el amo y otro para el caballo", hasta que se les dijo que las bestias sólo comían

[21] Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento…*, cap. X, narra que fueron sacrificados unos cautivos y que con su sangre rociaron las tortillas que ofrecieron a los españoles, quienes al verlas ensangrentadas las arrojaron al suelo y las escupieron con asco.

maíz y yerba, entonces les llevaron agua, hierba, maíz y zacate verde en abundancia.

Motecuhzoma no pudo impedir que la noticia se divulgara por las calles y plazas de México-Tenochtitlan, donde pronto empezaron a reunirse corrillos de gente comentándola: "chicos y grandes andaban llorando, teniendo tragada ya la muerte y esperando otros grandes males [...] todos andaban cabizbajos y pensativos, todos muy melancólicos", según narra el *Códice Florentino*.

A diario llegaban mensajeros de la costa, manteniendo al huey tlatoani al tanto de los acontecimientos y movimientos de los blancos. El ánimo de Motecuhzoma vacilaba, angustiado entre las posibilidades contrarias de huir y esconderse o esperar resignado los grandes males que presentía. Muchos de sus principales le aconsejaron ocultarse, mas, a pesar de su deseo íntimo por seguir esa recomendación, le pareció una cobardía y decidió esperar y morir si fuese necesario.

Retomando el relato de Bernal Díaz, asevera que Teuhtilli regresó a Chalchiuhcueyécatl a los seis o siete días (cosa que a Solís le parece inverosímil, dada la distancia) hacia principios de mayo. Acompañado por un gran señor mexica que tenía parecido con Cortés. Su nombre era Quintalbor —aunque tal apelativo no es náhuatl—, al parecer era pariente de Motecuhzoma y pronto dieron en llamarle Cortés.[22] Traían con ellos más de un centenar de tamemes cargados.

Al llegar frente al extremeño y sus capitanes hicieron el saludo ceremonial y los incensaron. Cortés los recibió con sus acostumbradas palabras almibaradas y los invitó a sentarse a su lado. Tras las salutaciones y cortesías Teuhtilli y

[22] H. Thomas, *La conquista...*, p. 211, toma a ambos mexicas como si fuesen uno solo o como si se tratara de un título, llamándolo el "quintalbor" Teudile, y más adelante, en la p. 212, "Teudile, el quintalbor".

Quintalbor presentaron los obsequios que Motecuhzoma les enviaba, poniéndolos en mantas sobre petates, eran mejores y más ricos que los primeros. Sobresalían un gran disco hecho de oro fino, en forma de sol, aproximadamente del tamaño de una rueda de carreta, lleno de relieves, "gran obra de mirar, que valía [...] sobre diez mil pesos", comenta Bernal; según López de Gómara pesaba cien marcos y Pedro Mártir declara que medía 28 palmos; y un disco de menor tamaño, de plata, en forma de luna, también adornado con relieves, con un peso de 52 marcos;[23] además de varias figuras de ánades, perrillos nativos, venados, peces, lagartos, tigres, monos y otros animales, todos vaciados en oro, "muy prima labor y muy al natural", comenta Bernal; también 10 hermosos collares, de los cuales Mártir, para dar una idea de su belleza y su labor, nos da algunas descripciones: uno estaba formado por 8 cadenillas de oro, con 232 piedras rojas y 183 verdes, de sus bordes pendían 27 campanillas de oro que tenían intercaladas cuatro figuras de pedrería engastadas en oro, de cada una de las cuales colgaban dijes de oro; otro estaba hecho con cuatro hilos torcidos, con 102 piedras rojas, 172 verdes y 220 campanillas de oro muy artísticamente dispuestas, en el centro tenía 10 grandes gemas engarzadas en oro de las que colgaban 180 dijes áureos labrados con gran primor. Había varios brazaletes, orejeras, 12 flechas con su arco, cetros de pedrería con dos anillos de oro, adargas, petos y escudos, de estos últimos 24 eran de oro y 5 de plata, adornados con relieves y ricas plumas; penachos en los que se mezclaba el oro con brillantes y finas plumas verdes de quetzal, otros de plata y pluma; abanicos y más de 30 cargas de delicadas telas de algodón fino que les parecieron más ricas

[23] Parece ser que estos dos discos estaban solamente recubiertos con una hoja de metal precioso, sobre una base de madera, AGI, Contratación, 4675 [763].

que si fuesen de seda, entretejidas con hermosas plumas de aves de diversos colores; grandes mantas de algodón, pintadas o bordadas de blanco, negro y amarillo, a manera de tablero de ajedrez; borceguís de cuero de colores, adornados con oro, plata o piedras verdes y azules y con pendientes de campanilla de oro y en fin "tantas cosas que como ha ya tantos años que pasó no me acuerdo de todo [...] que por ser tantas no quiero en ello meter más la pluma porque no lo sabré escribir", finaliza Bernal.

Pedro Mártir de Anglería, que pudo ver este tesoro en Europa y era poseedor de un vocabulario más rico comenta:

> si alguna vez el ingenio humano mereció premio en el ejercicio de estas artes, ninguna de sus obras se hizo más acreedora al primer lugar con tanta justicia [...] lo que me causa estupor es la habilidad y el esfuerzo con que la obra aventaja a la materia. Infinitas figuras y rostros he contemplado, que no puedo describir; paréceme no haber visto jamás cosa alguna que por su hermosura pueda atraer tanto a las miradas humanas.

Fray Bartolomé de las Casas, quien también lo vio en Valladolid en 1520 el mismo día que le fue presentado a Carlos V, escribe extasiado: "parecía ser sueño y no artificiadas por manos de hombres", relata que todos los que lo vieron quedaron "en gran manera como suspensos y admirados". Sorprende la sensibilidad de ambos al apreciar esas manifestaciones artísticas tan alejadas de las convenciones de su tiempo.

Teuhtilli cumplió el deseo de Cortés de entregarle el viejo casco español lleno de pepitas de oro sin fundir, del tamaño de una lenteja o garbanzo, tal cual las extraían de los ríos; con ello obtuvieron la confirmación, aún más preciosa, de la existencia de buenas minas de oro.

Dice López de Gómara que todos esos obsequios los tenían ya preparados para dárselos a Grijalva, pero éste partió antes de que pudiesen hacerlo.

Es de imaginar la alegría con que Cortés y los suyos observaron y recibieron tales obsequios, así como la codicia que les despertaría, no exenta de un creciente temor ante el poderío un tanto insospechado que, a través de esas muestras, manifestaba tener el soberano mexica.

En cuanto a la respuesta a la solicitud de Cortés, Motecuhzoma contestaba que se alegraba de tener como huéspedes en su tierra a hombres tan valerosos como habían demostrado serlo, estaba enterado de sus batallas y de que, a pesar de ser gentes nunca antes vistas, eran buenas; que se honraría en conocer al rey de España, por ser tan gran señor como decían, pues, sabiendo de la existencia de estas tierras desde tan lejos mandaba una embajada. Enviaba al soberano español algún remedio para su enfermedad del corazón y pronto le enviaría otros ricos obsequios, mientras tanto les rogaba quedarse donde estaban; si en algo más podía serles de algún servicio se lo hicieran saber y con gusto lo haría. En cuanto a verle y hablar con él, lo consideraba imposible, estaba enfermo y no podía ir en persona hasta Chalchiuhcueyécatl y para ellos sería sumamente penosa, larga y difícil la subida hasta México-Tenochtitlan, teniendo que cruzar por sierras muy ásperas y grandes despoblados donde sufrirían de extrema hambre y sed; además, tendrían que pasar por tierras enemigas de los mexicas, pobladas por gentes crueles y malas que sin duda los atacarían al saber que el monarca mexica era su amigo. No debían siquiera intentarlo.

Cortés agradeció los regalos y en correspondencia mandó dar a ambos señores unas camisas de Holanda, un vestido entero de su propiedad, "diamantes" azules y otros objetos de "rescate". Les rogó volver a México y decir a Motecuhzoma que, habiendo pasado por tantas dificultades y

venido desde tan lejos con el único objetivo de verlo y entregarle el mensaje de su soberano, si regresaban ante su rey sin cumplir con su misión los recibiría muy mal, por lo que prefería enfrentarse con todos los peligros que tan amablemente le señalaba, y aún mucho mayores, con tal de cumplir su encargo. Si habían viajado una distancia de 2000 millas por agua para verle no les amilanaba tener que ir otras 70 más por tierra. Le suplicaba de nuevo que les permitiera ir a presentarle su embajada.

Dio a entender que sentiría mucho si se tardaban demasiado con la respuesta, pues en tal caso se vería obligado a ir a solicitársela de más cerca. Finalmente les encargó decir al monarca que se dignara aceptar sus obsequios. Les entregó una copa de vidrio de Florencia, dorada y labrada con muchas arboledas y monterías, tres camisas de Holanda, y otros objetos, y les enfatizó que esperaría su pronta respuesta en ese mismo lugar.

Teuhtilli instó al capitán a mudarse a un sitio a unas seis o siete leguas de allí, pues los arenales ofrecían un pobre alojamiento; el extremeño se rehusó amablemente. Los embajadores se despidieron, prometiendo regresar en breve. Cuitlalpítoc continuó encargado del servicio y abastecimiento de los españoles y de sus caballos, mismo que debía ser provisto por las poblaciones comarcanas.[24]

Existe un documento titulado "Merced y mejora de Hernán Cortés a los caciques de Axapusco y Tepeyehualco", cuya autenticidad está en disputa, de ser verdadero sería el más extenso que se conserva sobre estos sucesos. (Contiene partes obviamente escritas décadas después.) En él se narran varios acontecimientos, desde la llegada de la flota hasta la

[24] H. Thomas describe tres visitas de Teuhtilli al campamento español, en vez de dos, mezclando entre las tres, de manera desordenada, los sucesos ocurridos. *Cfr. La conquista de México*, pp. 212-334.

culminación de la conquista de México-Tenochtitlan. Por ser noticias de interés los iré incluyendo en los lugares correspondientes, aunque sintetizadas para evitar la prolijidad.[25]

El documento comienza diciendo que acompañaban a Teuhtilli y a Quintalbor dos principales, llamados Tlamapanatzin y Atonaletzin, señores de Axapochco y de Tepeyehualco respectivamente, ambos situados en Otompan (Otumba), en el señorío de Acolhuacan. Tlamapanatzin descendía del tlatoani mexica Acamapichtli, mientras que Atonaletzin de Motecuhzoma Ilhuicamina, por tanto pariente del actual tlatoani mexica; ambos deseaban comunicarse en secreto con el jefe de los extranjeros. Cuando Cortés accedió a verlos le dijeron que estaban muy molestos con la tiranía ejercida por Motecuhzoma, mas también temían sus represalias, ya que el soberano mexica había mandado pregonar que quien osase acercarse a los españoles sin su expresa autorización sería sacrificado y

[25] Esta Merced es conocida desde hace buen tiempo y publicada varias veces, está entre los DC de J. L. Martínez. Básicamente dice que Cortés otorgó ciertos privilegios a los señores de Axapusco y Tepeyehualco en 1519 y lo confirmó ante escribano en 1526, en 1537 se dio una Real ejecutoria de S. M. sobre tierras y reservas de pechos y paga, perteneciente a los caciques de Axapusco, de la jurisdicción de Otumba. Escribano Serna. Despachado por S. M. en su Real Consejo de Indias. Fecha dicha merced por don Hernán Cortés y a pedimento de partes año de 1526. El documento es una maltratada copia del original. Hay que recordar que el tlatoani mexica Itzcóatl ordenó quemar todos los códices viejos, de alguna manera se supone que estos señores conservaron alguno de ellos y pensaron que Cortés y los suyos podrían ser los que mencionaba ese relato sobre le llegada de futuros gobernantes. Axapusco en el estado de Hidalgo está lejos de Veracruz; sin embargo, parece que hubo un vínculo importante entre ambas Cempoalas y por ello los de Axapusco quisieron auxiliar ante sus parientes de Veracruz. El documento contiene anacronismos y se equivoca en los títulos de los gobernantes, no obstante, en la época colonial los tribunales lo aceptaron, lo que da píe a creer en su autenticidad, bien puede haber errores en los copistas.

quemado. Si Cortés les prometía guardar en secreto su identidad le entregarían unas pinturas y profecías que habían pertenecido a Acamapichtli, que las recibió de sus antepasados. Le pidieron que cuando entrara triunfante en Tenochtitlan, "conforme vería y entendería en las pinturas y profecías antiguas, los hiciese grandes y señores de tierras".

Cortés se alegró sobremanera, agradeció su visita y les regaló cuentas azules. Los dos principales le solicitaron "que no quedase sin castigo el gran Montezuma por sus graves delitos y causa que estaba cometiendo en deservicio de Dios [...] y que tiene mucho oro dado por la fuerza, y el tesoro de su padre Axayácatl, y del un aposento lleno, en bruto sin su sello", así como muchas otras riquezas.

Poco tiempo después Tlamapanatzin y Atonaletzin regresaron con numerosos tamemes cargados de regalos y de víveres, así como con pinturas hechas en lienzos de henequén y en "libros de papel de maguey" y con un tlacuilo para interpretarlas, cosa que hizo durante cinco días, señalando las escenas que describía verbalmente con unas varitas delgadas. Narraban cómo fue a ver a Acamapichtli un hombre blanco, de barba y de vestiduras largas, llevando con él un libro, el cual dijo al tlatoani que no debía sacrificar a seres humanos, ni comer sus carnes; que llegaría el tiempo en que vendría a esa tierra su legítimo dueño y los ídolos serían derrocados, los hijos del sol gobernarían y tiranizarían a los nativos, pero favorecerían a los que obrasen con bien.

Insistieron en ser bautizados, lo cual es dudoso, por lo que fray Bartolomé de Olmedo bautizó a uno y el clérigo Juan Díaz al otro, recibiendo los nombres de Esteban López Tlamapanatzin y Francisco Montezuma Atonaletzin, apadrinados por Pedro de Alvarado y Juan de Escalante. Al despedirse prometieron hacer todo lo que estuviese a su alcance para auxiliarlos en la próxima y segura victoria sobre

los mexicas y convocar en su ayuda a los enemigos de Motecuhzoma.[26]

Cortés sabía que Teuhtilli tardaría por lo menos una semana en regresar, por lo que decidió aprovechar el tiempo enviando dos bergantines a explorar las costas hacia el norte con buena parte de los hombres que no comulgaban con sus ideas, alejándolos y de paso manteniéndolos en actividad. Eran cincuenta, al mando de Francisco de Montejo; como pilotos Antón de Alaminos y Juan Álvarez el Manquillo. Debían navegar durante 10 días y buscar un puerto o ensenada que ofreciera mejor protección para los navíos, de preferencia en tierras más fértiles. Si lo había, planeaba trasladarse a él en tanto esperaban la respuesta del soberano mexica, pues en los arenales, como comenta Bernal Díaz, "no nos podíamos valer de mosquitos, y estar tan lejos de poblazones". (López de Gómara coloca la expedición de Montejo después de la vuelta de Teuhtilli; parece más probable que sucediera cuando lo dice Bernal, ya que Cortés no era hombre al que le gustara perder el tiempo.)

Montejo llegó hasta la altura del río Pánuco, donde, como a Grijalva, las grandes corrientes le impidieron seguir adelante. A una docena de leguas de Chalchiuhcueyécatl vieron un poblado cercano al mar y fortificado (se trataba de Quiahuiztlan, un señorío de Totonacapan),[27] cerca del cual había una ensenada que parecía ofrecer buena protección

[26] DC, I. pp. 61-76. García Icazbalceta, quien publicó por primera vez este documento, lo consideraba auténtico, "aunque no exento de contradicciones", CDH, II, México, 1886, *apud* DC, p. 60. De ser así se abrirían nuevas perspectivas sobre la Conquista, explicándose más ampliamente el conocimiento de Cortés sobre la situación del dominio mexica (pudiendo estar de esta manera siempre al día sobre los planes de Motecuhzoma), así como parte del auxilio que obtuvo para vencerlo.

[27] Cervantes de Salazar dice que Quiahuiztlan significa "Lugar de lluvia".

contra los vientos del norte gracias a grandes peñascos que rompían la fuerza del vendaval. La tierra era buena y estaba cultivada, contaba con algunas corrientes de agua, piedras para la construcción y grandes pastizales para los caballos. Montejo, dice Bernal Díaz, "púsole nombre feo, que es el tal de Bernal" y agrega que tardaron unos 10 o 12 días en su navegación.

Cervantes de Salazar narra que fue la misma noche de la llegada de la flota a San Juan de Ulúa cuando Cortés envió a los dos bergantines (lo cual carece de verosimilitud) y que casi llegaron hasta la Isla de Lobos, donde los cogió el mal tiempo, pasaron por grandes peligros y sufrieron de mucha sed. Estaban decididos a intentar un desembarco desesperado para no morir por falta de agua, cuando un inesperado viento del norte les trajo abundante lluvia, con la que pudieron llenar algunos recipientes; al mismo tiempo saciaron un poco su hambre al pescar una tonina. Regresaron a San Juan de Ulúa, desembarcando cerca del campamento español, y fueron en procesión, descalzos y con las cabezas descubiertas, hasta la improvisada iglesia, donde, postrados en tierra y con muchas lágrimas y alegría, agradecieron a Dios por haberlos salvado.[28]

[28] Cervantes vuelve a mencionar el envío de estos dos bergantines más adelante, véase *Crónica de la Nueva España*, lib. II, cap. VII; pero en esta ocasión dice que fue después de la partida definitiva del embajador mexica del campamento español. Pedro Mártir de Anglería, que pudo hablar con Alaminos, también menciona los peligros que pasaron a causa de las corrientes, pues los remolinos los agitaban en distintas direcciones y estuvieron a punto de tragárselos, teniendo que luchar tanto con las velas como con los remos para evitarlo. Agrega que su navegación duro 22 días y que Alaminos era de la opinión que habían llegado tanto al extremo de la tierra de "Hacoluacán", como del continente, y que un territorio, al cual habían visto más adelante, debía de estar unido bien a Europa, bien a las regiones septentrionales hacia Bacalaos. Mártir de Anglería, más sensato, declaraba al Papa que ese punto estaba aún en duda. Antonio de Herre-

La estrategia de Motecuhzoma se hace evidente cuando leemos en las crónicas españolas que Cuitlalpítoc empezó a descuidar el abastecimiento del campamento español hasta cesar por completo de hacerlo, cosa que ciertamente jamás se hubiese atrevido a hacer sin contar con órdenes expresas del huey tlatoani, como bien lo reconoce Las Casas, quien agrega que de todos modos los mexicas se mantenían al tanto de los movimientos de los españoles por medio de "mil espías indios". Incluso los indígenas locales iban con menos frecuencia a trocar alimentos por cuentas y los que aún acudían se acercaban al campamento con miedo y sigilo, clara señal de que los mexicas lo habían prohibido. El pan cazabe estaba viejo y podrido, con un molesto sabor amargo, por lo que los hombres de Cortés se vieron obligados a pescar para completar su dieta.

López de Gómara relata que mientras esperaban el regreso de Teuhtilli, Cortés y los suyos notaron que unos nativos rondaban por los médanos cercanos, procurando mantenerse alejados. El extremeño, siempre interesado en obtener la mayor información posible, preguntó a los mexicas quiénes eran y por qué se mantenían apartados; respondieron que se trataba de gentes rústicas curiosas por ver a los extranjeros, pero que también les temían. Sin embargo, a Cortés le parecía que en realidad deseaban acercarse, no haciéndolo por temor a los mexicas. Envió a cinco de sus hombres a hacerles señas de que se aproximaran, o si no lo hacían intentaran coger algunos por la fuerza, lo que no fue necesario, pues los indígenas consintieron de buen grado en acompañarlos e ir a su campamento.[29]

---

ra refiere que los dos navíos iban al mando de Francisco de Montejo y de Rodrigo Álvarez Chico, repitiendo la narración de Cervantes de Salazar.

29 De acuerdo con Bernal Díaz, esto ocurrió después del regreso y la nueva partida de Teuhtilli. El cronista escribe que él estaba junto con

No se parecían a los mexicas, sus facciones eran distintas, eran de mayor estatura, su vestimenta e idioma eran diferentes, tenían grandes agujeros en las narices y orejas de los que colgaban pesados adornos de oro o piedras preciosas y en una horadación del labio inferior colocaban un chalchihuite u hojas de oro delgadas, el llamado *bezote*. En ocasiones el peso del adorno hacía que se doblara su labio inferior hasta la barbilla, dejando al descubierto sus dientes y encías, vista que a los españoles les pareció horrenda: "nunca habían visto semejante fealdad", sentencia López de Gómara. Los mexicas solían ponerse bezotes, pero más pequeños. Seguramente los conquistadores nunca habían visto a Carlos V, quien sufría de un fuerte prognatismo hereditario: su mandíbula inferior sobresalía así como el labio inferior por lo que se dice que a veces daba la impresión de ser imbécil, a causa de esto no podía masticar bien y sufrió toda la vida de trastornos digestivos.

Cuando los curiosos indígenas llegaron ante Cortés lo saludaron ceremoniosamente, repitiendo, según dice Bernal Díaz, las palabras "*Lope Luzio*, *Lope Luzio*", que de acuerdo con el cronista significaban en su lengua "Señor y Gran Señor". Marina no entendía su idioma y les preguntó en náhuatl si había entre ellos alguno que lo hablara, dos respondieron afirmativamente. Entablada la comunicación, dijeron provenir de la ciudad de Cempoallan, situada a casi un día de marcha de esos arenales. Su señor los había enviado a investigar sobre la naturaleza de los extraños seres blancos que habían llegado a sus costas en grandes casas flotantes, estaba enterado de la batalla que sostuvieron en Tabzcoob y

---

otro español en sus puestos de vigías y que personalmente los llevó ante Cortés, "que en aquella sazón no me pesaban los pies como ahora que soy viejo". Me parece más creíble que ocurriese como lo narra López de Gómara, ya que si estos nativos manifestaban temor de que los viesen los mexicas, ello indicaría que Teuhtilli aún no se marchaba.

se sentiría muy honrado de contar con la amistad de seres tan esforzados; si no se habían atrevido a aproximarse fue por temor a los mexicas.

Cortés les habló con afabilidad y seguramente les mencionó el gran poder del rey de España, también les mostró sus armas y caballos; "andaban por el campamento hechos unos bobos mirando unas y otras cosas", dice López de Gómara, bajo los ojos amenazadores de los mexicas. El extremeño llevó aparte a tres o cuatro de los que le parecieron más entendidos para interrogarlos detenidamente sobre la situación política. Le contaron cómo Motecuhzoma dominaba la mayor parte, pero en cada provincia o ciudad los habitantes tenían su propio señor natural, que debía pagar tributo y servir a los mexicas, bien por haber sido subyugado por la fuerza de las armas o por temor a serlo si no lo hacían. Antes de la expansión del poderío mexica habían gozado de plena libertad y estaban muy deseosos de recuperarla; su mismo señor había tratado inútilmente de librarse del yugo.

Sus palabras reforzaron y aumentaron el conocimiento de Cortés, indudablemente sonaron como música en sus oídos, y su maquiavélica mente estaría barajando las posibilidades de desestabilizar a Motecuhzoma, si fuese necesario, para la consecución de sus planes, que eran, a decir de Las Casas: "subjuzgar y tiranizar y robar unos y otros, chicos y grandes, justos e injustos, si algunos había injustos poseedores, de lo cual él no era juez ni podía *de iure* ni *de facto* determinallo".

Les ofreció su amistad e incluso su auxilio, y les pidió venir a verlo con más frecuencia para platicar sobre esos asuntos. Los despidió con muchos obsequios para su señor y algunos para ellos, encargándoles le dijeran de su parte que

muy pronto procuraría ir en persona a visitarlo. En adelante los españoles llamaron a estos indígenas los López Luzios.[30]

Pasados 10 días regresó Teuhtilli, lo acompañaba Cuitlalpítoc, pero ya no Quintalbor, dijeron que había enfermado por el camino. Tras los saludos ceremoniales y la incensada, Teuhtilli puso ante Cortés los regalos que le enviaba Motecuhzoma, cargados por numerosos tamemes. Esta vez consistían en una decena de cargas de mantas entretejidas de algodón y plumas finas y ricas, cuatro chalchihuites como obsequio especial de su señor a Carlos V —en opinión de los mexicas cada una de esas piedras tenía un valor equivalente a una gran carga de oro y eran muy estimadas por el huey tlatoani—; también traían algunos objetos de oro. Toda esta abundancia de "regalos" enviados por el huey tlatoani se ha interpretado como parte de su temor a que llegaran a Tenochtitlan, esperando que con ello se conformasen, aunque cabe suponer que lo contrario podría ser también cierto, que lo hacía para atraerlos en paz a su ciudad, deseando aprender sobre su naturaleza antes de decidir enfrentarlos y para evitar que incitaran a los señoríos tributarios a rebelarse, interpretación distinta a lo que narran varias crónicas.

En cuanto a la respuesta de su señor, dijeron que mucho les agradecía los obsequios que le habían enviado, mas no era posible que se vieran y no deseaba hablar más del asunto, los extranjeros debían regresar a su país; si necesitaban algo que pudiese darles se lo pidieran, lo mismo haría cada vez que pasaran por allí (si así fue, esa es tal vez una sutil indicación de que Motecuhzoma estaba prácticamente dis-

[30] En cuanto al término *totonaca* en náhuatl es plural de *totonacatl*; algunos dicen que significa "hombre de tierra caliente", mientras que en lengua totonaca se dice que el vocablo está compuesto por los términos *tu'tu* o *a'ktu'tu*, relativo al número tres, y *nacu'* que quiere decir "corazón", haciendo referencia a sus tres grandes centros o "corazones" de Cempoala, el Tajín y Castillo de Teayo.

puesto a pagar un tributo con tal de evitar que fueran a su capital). La respuesta no fue del agrado de Cortés, que por el momento lo disimuló.

El repicar de una campana anunció que era hora del avemaría. Los españoles se arrodillaron delante de una gran cruz erigida sobre uno de los médanos y empezaron a rezar la oración. Finalizada ésta, Teuhtilli y Cuitlalpítoc, intrigados por verlos de rodillas ante la cruz les preguntaron sobre el significado de sus acciones. Fray Bartolomé de Olmedo aprovechó la ocasión para hablarles de la fe católica. El fraile sabía hacer esto tan bien "que unos teólogos no lo dijeran mejor", comenta Bernal. Cortés, que en ocasiones parecía un sacerdote frustrado, abundó sobre el tema, les dijo que el soberano español los había enviado a enseñarles la verdadera religión para que dejasen de hacer sacrificios humanos, de robar y de adorar ídolos malditos, si no el diablo se llevaría sus almas al fuego eterno del Infierno. Les aseguró que sus falsos dioses se pondrían en huida delante de la cruz y que debían ponerla en sus templos junto con la imagen de la Virgen con el Niño Dios, de la que les dio una. La respuesta nativa no está documentada.

Los indígenas que venían con Teuhtilli trocaron algunas piezas de oro de poco valor. Varios de los españoles lo utilizaron para cambiarlo a su vez a los marineros por pescado. Cortés, constatando su hambre, se hizo el disimulado a pesar de los críticos que alegaban que solamente el capitán tenía autoridad para "rescatar" oro, pues de otra manera no se sacaba el quinto real y que era necesario nombrar a un tesorero para que vigilara los intereses de la Corona. Cortés les respondió que tal opinión le parecía muy acertada y los instó a elegir uno. Así fue nombrado tesorero real Gonzalo Mejía. Cortés ordenó pregonar de nuevo la prohibición del "rescate" de oro de forma particular.

El extremeño insistió en que le era imposible partir sin haber hablado con Motecuhzoma. Una noche Teuhtilli y

Cuitlalpítoc, junto con todos sus sirvientes, abandonaron el campamento sin despedirse ni decir palabra; más tarde se supo que la orden provino de Motecuhzoma. Por la mañana, al ver las chozas abandonadas de los mexicas, Cortés lamentó mucho su partida e incluso temió ser atacado por sorpresa. Previsor, ordenó llevar a bordo de los navíos los pocos víveres que quedaban, así como algunas otras cosas de su equipo y mandó a sus hombres estar preparados, con las armas listas para enfrentar cualquier eventualidad.

El gran dilema de los mexicas y de Motecuhzoma en particular era determinar primero la naturaleza real de los extranjeros, ¿quiénes eran?, ¿enviados de los dioses, hombres, embajadores de un monarca desconocido y poderoso?, y después aclarar sus intenciones y procedencia. Por ello Motecuhzoma mandó varias veces a sus enviados.

De acuerdo con el *Códice Ramírez* quedó claro que no se trataba de Quetzalcóatl: "no era aquel Señor que esperaban sino algún cruel enemigo suyo, el cual allí venía con aquella gente tan feroz", podría tratarse de seres con poderes sobrehumanos, tal vez enemigos, pero si no eran dioses podían ser dañados; por ello Motecuhzoma decidió enviar brujos, hechiceros y nigrománticos para enfrentarlos y vencerlos; fracasaron, como ya se relató líneas arriba. El tlatoani mandó tantear la naturaleza de los extranjeros por medio de alimentos: rechazaron la sangre humana y los corazones, comían lo que todos los humanos; eran pues hombres, aunque de una naturaleza extraña y desconocida.

La siguiente jugada podría ser abandonarlos a su suerte y ver cómo reaccionaban, con suerte se embarcarían de nuevo.[31]

[31] Miguel Pastrana, *Historias de la Conquista*, pp. 78,79, dice que en 25 fuentes que consultó únicamente en 9 encontró referencias de los españoles como *teteo* o dioses, y en tres más se les llama "hijos del sol"; que de estas 9, 5 son de tradición mexica, y las otras tres de la acolhua

Para los españoles esto resultó obvio (López de Gómara asevera que fue en estos momentos cuando Cortés envió a Montejo con los dos bergantines a buscar un sitio mejor donde mudarse). Si deseaban quedarse a poblar, como seguramente planeaba hacerlo Cortés, era urgente salir de esos arenales y establecer su campamento en un lugar más hospitalario, cercano a las fuentes de alimento y con posibilidades de fortificarse. También estaban hartos de los piquetes de los incansables mosquitos, que ni siquiera los dejaban dormir, además de que el poco pan cazabe que quedaba era incomible.[32]

Los acontecimientos inmediatos son confusos, para variar los cronistas difieren en sus narraciones. En la Primera carta de relación se dice poco sobre estos sucesos. López de Gómara (seguido por Sepúlveda, Illescas y Cervantes de Salazar) declara que Cortés partió a la cabeza de 400 hombres a explorar los alrededores y a buscar víveres en algunos poblados que había en dirección de Quiahuiztlan. Sin embargo, el capellán prácticamente repite más tarde este mismo suceso, tras la elección del Ayuntamiento de la Vera Cruz.

La versión de Bernal Díaz (seguido por Herrera y por Solís) me parece más verosímil, narra que la proyectada partida de Cortés hacia Quiahuiztlan desencadenó el descontento de los partidarios de Diego Velázquez, hasta entonces latente, no menciona ninguna expedición anterior a la formación del Ayuntamiento.

---

recogida por Alva Ixtlilxóchitl, cronista que en una sola ocasión habla de los españoles como dioses, aunque de manera secundaria.

32 Esto lo manifiesta Bernal Díaz; sin embargo, en la pregunta 31 de la Probanza de Ochoa de Lejalde se lee que al llegar la flota a Chalchiuhcueyecatl aún tenían casi 2000 cargas de pan, y que poco tiempo después los alcaldes y regidores de la Vera Cruz ofrecían comprarlas a dos pesos de oro por la carga para repartirlas entre los vecinos de la nueva población. Cortés se negó a venderles el pan, "antes se lo dio gracioso". DC, I, p. 152.

Los resentidos aducían que ya habían muerto 35 por las heridas recibidas en el río Grijalva, así como de enfermedades y hambre. Los que tenían encomiendas en Cuba suspiraban por regresar, sobre todo los velazquistas, que se negaron a seguir explorando sin contar con provisiones y decían que esa tierra era demasiado grande y poblada y su señor muy poderoso, mientras que ellos eran pocos y si los atacaban, como ya se temía, no tendrían posibilidad de salir victoriosos; además, los navíos empezaban a deteriorarse. Debían regresar a Cuba de inmediato, llevar a Velázquez el informe de su expedición, el oro de los obsequios y "rescates", que ya era una buena cantidad, y volver posteriormente con una nueva y mejor armada.

Cortés no estaba dispuesto a seguir esa vía. El regreso significaba enfrentarse a la ira de Diego Velázquez, con consecuencias impredecibles, entre ellas seguramente la terminación de su mando, la anulación de esta oportunidad que tal vez nunca se volvería a presentar, posiblemente la cárcel y la pérdida de sus propiedades para pagar todas las deudas en que había incurrido cuando se organizó la armada y posteriormente tal vez su deportación a España para ser juzgado por los delitos de traición y rebelión. Gracias a sus partidarios cercanos se mantenía bien informado del humor de los demás expedicionarios, de sus rumores y puntos de vista; sabía que muchos concordaban con su propia opinión, entre éstos varios de los de más valía. Por lo tanto, declaró que no debían regresar a Cuba sin conocer más a fondo esas tierras, debían recordar que en ese tipo de expediciones siempre morían algunos; él por su parte estaba seguro de que Dios velaría por su éxito, puesto que trabajaban por los intereses de la fe; en cuanto al asunto de los víveres no debían preocuparse, los conseguirían en los poblados de los nativos. Al parecer los velazquistas se

calmaron un poco, pero no cesaron las habladurías y las murmuraciones.[33]

En esta coyuntura es cuando puede observarse mejor la manera en que Cortés iba aprendiendo a enfrentarse a dificultades que habrían vencido con facilidad a un hombre de menor carácter o ambición. Abandonado por los mexicas, enfrentado por un lado a la negativa de Motecuhzoma de verlo, y por otro a la manifiesta oposición del grupo velazquista, no despreciable en cuanto a su número ni en cuanto a la valía de varios de sus componentes, las puertas parecían cerrarse bruscamente ante él. Las instrucciones dadas por el gobernador de Cuba limitaban sus posibilidades de acción, si las acataba.

Sin embargo, habiendo dado el primer paso al zarpar de Cuba prácticamente alzado no le quedaba más remedio, tanto a él como a varios de sus principales partidarios, que dar el segundo: romper definitivamente con Diego Velázquez, independizarse de su jurisdicción, y apelar directamente al

[33] Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, vol. IV déc., lib. VII, IX; Andrés de Tapia, "Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre don Hernando Cortés, marqués del Valle, en la Nueva España"; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, pp. 46-53; Juan Ginés de Sepúlveda, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. III; *Códice Ramírez*; Georges Baudot y Tzvetan Todorov, "Códice Florentino", caps. IV-VIII; Las Casas, *op. cit.*, vol. III, lib. III, cap. CXXI; Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. III, caps. I-VII; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. I, caps. XXXVIII-XLI; fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. II, cap. LXX-LXXI; Muñoz Camargo, *op. cit.*, lib. II, cap. I; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, vol. III, déc. II, lib. V, caps. IV-VI; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Historia de la nación chichimeca", vol. II, caps. LXXIX-LXXX; Bartolomé Leonardo de Argensola, *Conquista de México*, cap. VII; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. I, cap. XXI, lib. II, caps. I-V.

tribunal más alto: el de la Corona.[34] El extremeño consideraba que no era imposible, sus indagaciones le proporcionaban un buen conocimiento de las divisiones internas en el Anáhuac, de los muchos enemigos que Motecuhzoma tenía, de sus riquezas y debilidades. Además, la imagen que los españoles se habían formado sobre los indígenas del Nuevo Mundo en las islas del Caribe les hacía menospreciar sus escasas cualidades bélicas; y si bien los de esas nuevas tierras habían probado estar mejor organizados militarmente, en su caso habían salido victoriosos a pesar de la ventaja numérica de los nativos. Cortés calculaba que, si lograba obtener el vasallaje de los señores, la adquisición de tan grandes y ricos reinos influiría de manera decisiva en el ánimo de Carlos V, de modo que el fiel de la balanza se inclinara a su favor y sus acciones poco ortodoxas fueran perdonadas y olvidadas.

Los conocimientos que había adquirido a su paso por la Universidad de Salamanca, así como en los trabajos de escribanía que había desempeñado, le fueron de suma utilidad para la consecución de sus planes, al basar sus acciones en bases jurídicas adecuadas, lo que se demostró cuando la Corona las condonó tácitamente tras dejar pasar un tiempo razonable.

Es posible que llevase consigo un ejemplar de Las Siete Partidas, código de leyes de la Edad Media, compilado en el reinado de Alfonso X, llamado el Sabio, vigentes aún en esa época y que sirvieron como principal fuente para la elaboración de las posteriores Leyes de Toro, proclamadas en 1505 por los Reyes Católicos, o en caso de que no tuviese un ejemplar debía recordar sus dictámenes.

[34] Según Cervantes de Salazar, Cortés ya planeaba tomar este curso desde Guaniguanico, en Cuba, afirma que ya se había emitido una real cédula a efecto de que si fuese aprehendido no se le juzgase en las Indias sino que se le enviase a España.

En Las Siete Partidas se enfatiza que los intereses de la Corona y de la nación siempre deben ser antepuestos a los intereses particulares, estipulando en qué casos era posible ir en contra de las leyes o desobedecer órdenes si la protección de los intereses de la Corona o de la comunidad se encontraban bajo amenaza. Si las leyes u órdenes contuviesen algo en contra de la ley de Dios, contra el derecho de señorío, contra el bien comunal de toda la tierra, o contra bondad conocida, la desobediencia era justificable y debía acordarse mediante la reunión de un consejo de todos los hombres buenos, los más honrados y sabios.

En la Primera carta de relación se justifica la decisión que tomaría Cortés aduciendo que las personas nobles e hidalgas que iban en esa expedición, deseosas de acrecentar los señoríos de la Corona de España y de aumentar las rentas reales, se reunieron y fueron a ver al capitán general para decirle que, puesto que la tierra en la que estaban era buena y rica en oro y tanto los nativos como su monarca parecían tenerles buena voluntad, no era conveniente seguir cumpliendo con las instrucciones dadas por Diego Velázquez, ya que éstas sólo les permitían "rescatar". Cortés debía considerar que, si regresaban a Cuba, el oro que habían obtenido serviría "para gozar solamente dello el dicho Diego Velázquez y el dicho capitán"; por todas esas razones le pedían, e incluso le exigían, que las instrucciones se ignorasen y que se poblase en nombre de la Corona, empezando por fundar una villa, "para que en esta tierra tuviesen señorío". De esa manera los reyes podrían otorgar mercedes tanto a los que serían vecinos actualmente como a los futuros pobladores.

De acuerdo con esta carta (no hay que olvidar que fue redactada para los ojos y oídos de Carlos V y que pasó por la censura de Cortés), los hidalgos reunidos requirieron al capitán que dejara de "rescatar", "porque sería destruir la tierra en mucha manera", y designara alcaldes y regi-

dores en nombre de los reyes para la nueva villa que deseaban fundar. Cortés, siempre cuidadoso de guardar las formas, les pidió que le otorgaran un día para considerar sus propuestas. Transcurrido el plazo respondió que su primera inclinación era invariablemente servir al rey, sin importarle su provecho personal, que en el caso presente era seguir "rescatando" para recuperar los grandes desembolsos que había realizado para armar esa expedición, pero anteponía el interés real y por tanto le placía acceder a sus peticiones.

En la versión de López de Gómara es Cortés quien, al regresar de la comarca de Quiahuiztlan, ordenó a sus hombres reunirse y se dirigió a ellos pidiéndoles que reflexionasen en cómo Dios los había llevado siempre con bien a esas tierras tan ricas y buenas, cuyos pobladores eran mejores y más civilizados que todos los que habían conocido hasta entonces en las Indias; era de esperarse que lo que todavía no habían podido ver fuese aún mejor. Por ello debían dar gracias a Dios y aprovechar la oportunidad que les ofrecía de poblar y entrar tierra adentro. Si decidían seguir este curso, en mejor servicio de Dios y del rey, podrían descargar los navíos y enviarlos a Cuba, a las otras islas del Caribe y a la misma España, a traer más gente, armas, caballos y toda clase de pertrechos. Además, sería de todo punto necesario enviar una relación al rey de lo acontecido hasta ese momento, así como los metales y objetos preciosos que le tocaban de su quinto real, y que él deseaba, como su capitán, nombrar cabildo que mandase en tanto el rey lo confirmase u ordenase otra cosa.

López de Gómara sostiene que todos estuvieron de acuerdo, afirmando que habían venido dispuestos a seguirle y obedecerle. Entonces procedió a tomar posesión de la

tierra en nombre del rey, levantando el acta el escribano real Francisco Fernández.[35]

Bernal Díaz, cuya versión esta vez sin duda concuerda más con la verdad, narra que al parecer Cortés había mantenido varias pláticas sobre este asunto, sobre todo con Alonso Hernández Portocarrero, Pedro de Alvarado y sus cuatro hermanos (Jorge, Gonzalo, Gómez y Juan), con Cristóbal de Olid, Alonso de Ávila, Juan de Escalante, Francisco Lugo, Bernal mismo y otros caballeros y capitanes. Francisco de

[35] Según Pedro Mártir de Anglería, los españoles se trasladaron primero a 12 leguas de su anterior campamento, en el nuevo tuvieron lugar estos acontecimientos. Cervantes de Salazar reporta que poco antes Cortés envió en una expedición a Juan Velázquez de León, al mando de 250 hombres, prácticamente la mitad de los efectivos, la mayoría de ellos velazquistas, para alejarlos del campamento, aunque también fueron algunos de sus partidarios para disimular y tenerlo informado. El pretexto era que se reconociesen los alrededores y trajesen víveres. Al regresar Velázquez de León, tres días más tarde, se encontró con que el Ayuntamiento ya había sido electo. Este cronista aprovecha la oportunidad para relatar una anécdota que si bien posee su lado ameno su veracidad debe juzgarla cada quien, asegura que se la contaron testigos de vista: cuando Velázquez de León marchaba de regreso al campamento, uno de los perros se quedó atrás por cansancio, lo vieron algunos indígenas, que, "con grandes comedimientos y reverencias", lo colocaron sobre una manta, lo cargaron sobre sus hombros, y seguidos por más de 300 nativos con aves, conejos y venados guisados, así como jícaras de cacao, por si le daba sed al perro, al que tomaban por un dios, lo llevaron al campamento de Cortés. En el transcurso del camino si el animal no quería comer ni beber, por ir más que satisfecho, los nativos pensaban que era porque estaba enojado y con palabras amorosas le suplicaban no se molestase y les mandase lo que quería. De esta manera llegaron ante el extremeño, suplicándole decir al perro que ya no estuviera enojado; en eso el can saltó fuera de la manta, asustando a los nativos, que temieron se los quisiese comer y fue a meterse bajo la silla donde estaba sentado Cortés, quien, disimulando la risa, les dijo que no se trataba de un dios sino de una fiera muy brava, que al enojarse despedazaba a los hombres, pero no debían temer, pues él le diría que estuviese tranquilo y los tuviese por amigos.

Montejo fue excluido, por lo que algo sospechaba "y estaba a la mira". (Montejo diría más tarde que había estado ausente del campamento por unos días, y cuando regresó ya el Ayuntamiento había sido nombrado, Cortés elegido capitán general y la villa fundada.)[36]

Según Bernal, él también formaba parte del círculo de confidentes de Cortés, lo cual es poco creíble, al menos en ese momento, pues afirma que algunos de los partidarios del extremeño le dijeron del plan de Cortés y le pidieron su apoyo; debía considerar que era la tercera vez que andaba en esas expediciones y no había sacado nada de provecho, esta ocasión sería diferente si se les unía; de la misma forma trataron de convencer a todos los que pudieron. Los partidarios de Velázquez acabaron por enterarse de esas maquinaciones e intentaron golpear primero, creyendo tener mayoría. Fueron a ver a Cortés, Diego de Ordaz habló en nombre de los velazquistas "con palabras algo sobradas", a decir de Bernal. Le reclamó que anduviese instando secretamente a la gente a alzarse con el único fin de quedarse con la tierra, lo cual Velázquez seguramente no se lo tendría a bien, y le exigió regresar a Cuba puesto que la misión que le había sido encomendada ya estaba cumplida.

Cortés, sin perder la compostura y con voz tranquila, respondió que apreciaba sus consejos y le parecía bien lo que decía; hasta ese momento no se había enterado de que sus hombres quisieran regresar, antes bien creía que estaban contentos y decididos a proseguir con la empresa debido a la gran fortuna que hasta entonces los había acompañado. De ninguna manera iría en contra de sus instrucciones, y puesto que Ordaz y los suyos parecían tener tanto miedo y desconfianza, él tampoco podía fiarse de ellos para proseguir con una tarea tan difícil como esa en la que estaban em-

[36] Declaración en La Coruña, 29 y 30 de abril de 1520. DC, I, 109.

peñados. Sus palabras tuvieron el efecto deseado de desconcertar a sus contrarios y calmar sus ánimos. Para dejarlos más desarmados ordenó que en pregón público se ordenara preparar todo para embarcar y zarpar de regreso a Cuba al amanecer del día siguiente.

Ya sea que el astuto Cortés hubiese previsto la reacción de sus contrarios, o que en ese momento decidió montar el teatro, el hecho es que sus simpatizantes, en cuanto oyeron el pregón, empezaron a manifestar ruidosamente su descontento ante esa decisión aparentemente precipitada. Clamaron que Cortés los había traicionado, pues había pregonado en Cuba que venía a poblar y Velázquez mismo había hecho del conocimiento público que tenía provisiones del rey para hacerlo. Dijeron que no deseaban regresar a Cuba, si Cortés quería hacerlo que se fuese en hora buena en compañía de los que quisieran acompañarlo, ya encontrarían alguien más decidido que aceptara encabezarlos. Pero antes de que tomase esa determinación le requerían, en nombre de Dios y del rey, que se decidiera a poblar, debía considerar que los nativos no los dejarían desembarcar de nuevo pacíficamente, en cambio si se decidía a poblar pronto acudirían de las islas a reforzarlos.[37]

La naturaleza de las turbas suele ser la de dejarse llevar por quien más ruido hace, así muchos de los velazquistas se unieron a los manifestantes con tal vehemencia que fue necesario que los mismos partidarios de Cortés los apaciguaran, ofreciéndose a hablar con el capitán para rogarle que suspendiera el viaje de regreso. Así pues, continúa relatando Bernal, fueron a buscarlo, acompañados de gran

[37] Francisco de Montejo y Alonso Hernández Portocarrero, en su declaración de La Coruña, manifestaron que efectivamente Cortés había declarado que ya no "rescataría" más y que regresarían a Cuba, pero que fue requerido a poblar, puesto que con esa intención habían venido.

multitud, para decirle que el ejército entero estaba a punto de amotinarse y que bien debía saber que era indigno de los españoles dejar una empresa armada al primer rumor de dificultades. Le recordaron cómo había recibido Diego Velázquez a Juan de Grijalva por no haber desobedecido sus instrucciones y la manera tan vil en que lo había tratado a su regreso a Cuba.

Cortés respondió que por lo visto había estado mal informado, pues le habían asegurado que todos deseaban regresar; jugando de maravilla su papel insistió en seguir adelante con su determinación, dándoles muchas razones y haciéndose de rogar, como dice el refrán, sentencia Bernal: "tú me lo ruegas y yo me lo quiero". Finalmente, para complacerlos, aceptó revocar su orden, mas no impediría regresar a Cuba a los que quisieran; incluso les proporcionaría una nave y víveres suficientes. La multitud estalló en aplausos y aclamaciones, tirando al aire sus sombreros. Sin embargo, agrega Bernal, Cortés puso como condición que le nombraran justicia mayor y capitán general, "y lo peor de todo que le otorgáramos el quinto de oro de lo que se hubiese, después de sacado el real quinto", se queja el cronista.

Enseguida se procedió a elegir al nuevo Ayuntamiento, ante escribano por supuesto. Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo fueron nombrados alcaldes; a Montejo, que aún no era de los incondicionales de Cortés, se le concedió el puesto para que empezara a participar activamente en la toma de decisiones. Bernal no menciona a los regidores, ya que, según escribe, "no hace al caso". Antonio de Solís declara que lo fueron Alonso de Ávila y Pedro y Alonso de Alvarado; mientras que como alguacil mayor y procurador general se nombró a Juan de Escalante y a Francisco

Álvarez Chico.[38] Cabe aquí notar que, contra una opinión muy generalizada, gran parte de los capitanes y hasta de los principales soldados que iban con Cortés no eran analfabetas, lo cual es remarcable para la época.

Agrega Bernal que también se nombró a Pedro de Alvarado como capitán para las entradas; maestre de campo a Cristóbal de Olid; alférez a un tal Corral, pues Villarroel, que había fungido hasta entonces como tal, "no sé qué enojo había hecho a Cortés, sobre una india de Cuba, y se le quitó el cargo"; y como alguaciles del real a Ochoa, un vizcaíno, y a Alonso Romero. El capitán, en nombre de la Corona, recibió el juramento de las nuevas autoridades. Este Ayuntamiento fue el primero de México, curiosamente ningún cronista nos proporciona la fecha de su instalación.

Enseguida se procedió a fundar la nueva villa. La primera tarea del recién nombrado Ayuntamiento fue bautizarla y escogieron el nombre de Villa Rica de la Vera Cruz, pues habían desembarcado en Chalchiuhcueyécatl el Viernes Santo de la Cruz y por el oro que habían obtenido en sus playas.

[38] Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios del conquistador*, pp. 29-30, afirma que a él se le otorgó el nombramiento de regidor y, curiosamente, difiriendo de los demás cronistas, asevera que antes de que el Ayuntamiento fuese nombrado "comenzamos a pacificar los pueblos de aquella comarca, que estaban cerca de la mar, con los cuales tuvimos muchas guerras, hasta que los pacificamos", y que en estas acciones tuvo el mando de algunos hombres. Cervantes de Salazar escribe que los regidores nombrados fueron Alonso de Ávila, Alonso de Grado, Pedro de Alvarado y Juan de Escalante; el procurador general fue Francisco Álvarez Chico; alguacil mayor, Gonzalo de Sandoval, y escribano de cabildo un tal Godoy. Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista...*, IV, p. 128, pone a Gonzalo de Sandoval entre los regidores. Bernal especifica que el tiempo de Gonzalo de Sandoval aún no había llegado, aunque agrega, "después de Cortés fue la segunda persona y de quien tanta noticia tuvo el emperador nuestro señor", y que posteriormente todos los expedicionarios le tendrían en tanta estima como al mismo Cortés.

Esta primera Vera Cruz era sólo un conjunto abigarrado de improvisados refugios contra el sol tropical, hechos de ramas y hojas.

Al día siguiente, oficiales y alcaldes se reunieron en cabildo para tratar varios asuntos referentes al bienestar de la nueva población. Tras deliberar por un tiempo mandaron llamar a Cortés, quien, al llegar, guardando las formas debidas de respeto, pidió licencia para entrar al recinto; concedida, el cabildo se puso de pie para recibirlo. Los saludó con grandes reverencias y se le invitó a tomar asiento junto al primer regidor. Enseguida el cabildo le solicitó mostrar los poderes e instrucciones que le habían sido otorgados por los padres jerónimos y por Diego Velázquez. El Ayuntamiento examinó cuidadosamente los papeles y determinó que, debido a que las circunstancias habían cambiado, la jurisdicción dada a Cortés era obsoleta por no tenerla esas autoridades en esas tierras. El capitán aceptó su veredicto, besó sus varas de mando y se las entregó a la vez que renunciaba a sus cargos, tras lo cual se retiró a su choza.

El cabildo siguió deliberando y tomó la decisión de que, para "pacificar" a los nativos y aplicar la justicia entre los españoles era de todo punto necesario nombrar un capitán general y justicia mayor en nombre de la Corona que fungiera como tal en tanto ésta lo ratificase o proveyese otra cosa. Obviamente era una mascarada, preparada y aprobada con anticipación por Cortés y sus partidarios, pero debía dársele forma oficial y ortodoxa a todo este proceso.

Los ediles opinaron que "a ninguna persona se podría dar mejor el dicho cargo" que a Hernán Cortés, ya que, según se lee en la Primera carta de relación,

> demás de ser persona tal cual para ello conviene tiene muy gran celo y deseo del servicio de vuestras majestades, y an-

> simismo por la mucha experiencia que destas partes y islas tiene, de causa de las cuales ha siempre dado buena cuenta, y por haber gastado todo cuanto tenía por venir [...] y por haber tenido en poco [...] todo lo que podía ganar e interés que se le podía seguir si rescatara como tenía concertado.

Acordaron llamar a reunión general mediante pregonero. Una vez reunidos les comunicaron que el cabildo era de la opinión que no era conveniente cambiar en esos momentos de capitán general, bien conocían la prudencia de Hernán Cortés, su liberalidad y afabilidad, además de lo peligroso que sería en esas circunstancias nombrar a un desconocido; para que esa elección tuviese más fuerza convenía que entre todos, en consejo abierto, la ratificaran. Los partidarios de Cortés, instruidos por anticipado empezaron a vociferar "¡Cortés, Cortés!" con grandes aplausos y manifestaciones de alegría.

El cabildo, escoltado por una multitud, se dirigió hacia su choza a fin de notificarle el nombramiento. El extremeño aceptó muy complacido y pronunció su juramento. Afirma Bernal que se le dieron "poderes muy bastísimos", de todo lo cual tomó nota Diego de Godoy, el escribano del rey. La maniobra fue perfecta: gracias a la autoridad de que estaba investido nombró al Ayuntamiento, la depositó en él y renunció; a su vez el cabildo, provisto ya de autoridad, invistió a Cortés con los cargos de capitán general y justicia mayor.

De esta manera la situación legal de los expedicionarios cambió radicalmente, ahora se gobernaban conforme al régimen municipal español y sólo reconocían como autoridad superior a la Corona, por lo que ya no tenían nexo jurisdiccional alguno con Diego Velázquez. Es de notarse que no se hizo, al parecer, mención de resarcir al gobernador de Cuba de sus gastos, como era de elemental justicia y honestidad. Tam-

bién cambió la situación de Cortés, quien ahora no debía su nombramiento al teniente de gobernador Velázquez, sino al Ayuntamiento de la Villa Rica.

Las autoridades municipales notificaron al capitán general que, como bien lo sabía, los únicos víveres que quedaban eran los adquiridos en Cuba, que se habían quedado en los navíos, por lo que le pedían se sirviera tomar lo que necesitase para sí mismo y para sus criados, y vendiera al Ayuntamiento lo demás a un precio justo para poder repartirlo entre los vecinos de la nueva villa; el Ayuntamiento se comprometía a que se los pagaran los beneficiarios. Asimismo, le pidieron poner precio a los navíos, junto con la artillería, para que entre todos lo pagaran y pudieran ser utilizados para enviarlos por provisiones a las islas, esto les saldría más barato que comprárselas a los mercaderes que eventualmente vinieran a vendérselas. Cortés, a decir de López de Gómara, respondió que su intención original no había sido la de revenderles los víveres, como otros acostumbraban (seguramente refiriéndose a Diego Velázquez), sino para dárselos con mucho gusto a todos los participantes de la armada; aunque en ellos había gastado gran parte de su hacienda y aun había incurrido en deudas se los daba de buen corazón para que lo repartiesen entre todos en raciones iguales, incluida la de él mismo. En cuanto a los navíos, debía hacerse lo más conveniente para todos y se comprometía a no disponer de ellos sin antes hacérselo saber al cabildo.[39]

[39] Montejo y Hernández Portocarrero, por su parte, declararon en La Coruña, en abril de 1520, que los víveres proveídos por Diego Velázquez eran vendidos a los expedicionarios por medio de su factor, cobrando 100 castellanos por cada bota de vino (que costaba en Cuba 9 castellanos), y por la arroba de aceite o de vinagre 6 castellanos; las camisas a 2 pesos, el par de alpargatas un castellano, un mazo de cuentas de "rescate" a 2 castellanos (habiéndole costado a Velázquez sólo 2 reales), y así por lo consiguiente todas las demás cosas.

Ni la Primera carta de relación ni López de Gómara mencionan cuál fue la reacción del partido velazquista ante el nuevo giro de los acontecimientos, para ello debemos atenernos a la narración de Bernal, quien relata que los partidarios del gobernador de Cuba estaban tan "enojados y rabiosos que comenzaron a armar bandos y chirinolas, y aun palabras muy mal dichas contra Cortés y contra los que elegimos", de manera que se temía pudiesen intentar tomar las armas en contra de Cortés. Declaraban que el extremeño excluía de esta manera de los beneficios de esa nueva tierra a Diego Velázquez, habiendo utilizado la injusticia, la astucia, los halagos y el soborno para llevarlo a cabo; que no era conforme a derecho, ni podía ser hecha la elección sin la expresa autorización de los frailes jerónimos y de Diego Velázquez, que no habían sido consultados, sino únicamente sus partidarios; que Diego Velázquez sólo había otorgado poderes al capitán para "rescatar", no para poblar; que lo que había hecho era una traición y una maldad detestable y en lo que a ellos concernía no deseaban estar bajo el mando de Cortés, antes deseaban regresar a Cuba.

El extremeño intentó calmarlos lo mejor que pudo. Les recordó que había prometido no retener a nadie por la fuerza, quien quisiese irse era muy libre de hacerlo. Esto tranquilizó un poco a los velazquistas, aunque Juan Velázquez de León, Diego de Ordaz, Francisco de Morla, Pedro Escudero, Escobar el paje y otros, siguieron vociferando su descontento. Cortés ordenó ponerles grillos y mantenerlos bajo guardia unos días, acusándolos de sediciosos y perturbadores del orden público. En la Primera carta de relación se justifica tal encarcelamiento aduciendo que la causa fue su negativa contra el parecer de la mayoría de que el botín obtenido hasta entonces fuese enviado a los reyes, exigiendo que se le enviase en vez a Diego Velázquez.

De acuerdo con Bernal fue en esos momentos cuando Cortés envió la expedición exploradora hacia Quiahuiztlan, al mando de Pedro de Alvarado. El extremeño le advirtió no causar daño a los nativos, como lo había hecho en Cozumel; debía limitarse a incursionar por algunos pueblos de la jurisdicción de Cuetlaxtlan de los que tenían conocimiento que no se encontraban muy lejos, explorar esa región y buscar alimentos. Alvarado partió a la cabeza de cien hombres, más de la mitad de los cuales eran del partido de Velázquez, alejándolos así por un tiempo.

Encontraron las poblaciones abandonadas, al parecer los nativos habían huido ante su proximidad. En un poblado vieron una casa grande, construida sobre un terraplén, hecha de adobe y madera con techos de palma y muchas recámaras (posiblemente era la morada del señor local), algunas de las cuales estaban llenas de cántaros con miel, maíz y otras semillas, otras de ropas y plumajes, no faltaron algunos objetos de oro y de plata, todo lo cual, aunque en menor cantidad, lo encontraron también en otras casas. Al parecer cumplieron las instrucciones de Cortés y sólo se llevaron los víveres.

Subieron los 20 escalones que conducían al santuario del templo, construido sobre un gran terraplén. En su interior encontraron imágenes de dioses, pajillas y papeles ensangrentados, sangre embarrada en los muros y en la piedra de los sacrificios, cuchillos de pedernal y restos de seres humanos sacrificados; más de la mitad de los cuerpos, sin brazos y sin piernas. Enterados de que la causa era que las extremidades se las comían, "nuestros soldados se admiraron mucho de tan grandes crueldades [...] desde allí adelante en cada pueblo no hallamos otra cosa", relata Bernal. "Grandísima

compasión y hasta espanto puso aquella vista en nuestros españoles", sentencia López de Gómara.[40]

En su huida los indígenas dejaron buena cantidad de maíz y de otros víveres que Alvarado y los suyos tomaron, viéndose obligados a cargar con el maíz y los guajolotes a falta de tamemes. Con esas provisiones se remedió en algo el hambre, "porque todos los males y trabajos se pasan con el comer", dice Bernal.[41]

El imperio azteca en vísperas de la Conquista

40 Pedro de Alvarado, en las declaraciones que hizo en su juicio de residencia, confirma que fue él quien condujo esta expedición. Se le acusa de haber tomado a dos indígenas por la fuerza. Alvarado declaró que "si algún pueblo se quemó e algo se robó yo no lo vide ni supe dello ni menos fue ni se fizo por mi mandado". Pero Vázquez de Tapia y Rodrigo de Castañeda declararon en este juicio que Alvarado trató a los nativos con violencia y que incluso el Ayuntamiento quiso proceder contra él por esta desobediencia; sin embargo, Cortés no lo consintió, Juicio de Residencia de Alvarado, 36 [764].

41 H. Thomas, *La conquista*…, p. 234, coloca la expedición de Alvarado inmediatamente antes del nombramiento del Ayuntamiento, lo cual no hace ningún sentido. Enseguida escribe que entonces Cortés envió a explorar a los dos navíos bajo las órdenes de Montejo y Rodrigo Álvarez, lo cual tiene aún menos sentido.

Cortés, como el buen político que era, intentó ganarse la buena voluntad de los velazquistas; a algunos los pudo comprar con oro, a otros con promesas. Ordenó liberar a los presos, con excepción de Juan Velázquez de León y Diego de Ordaz, que habían sido encadenados en los navíos, aunque pasados algunos días también fueron puestos en libertad y se hicieron amigos del extremeño, "y todo con el oro, que lo amansa", sentencia Díaz del Castillo.

Los arenales en que se encontraban no eran lugar adecuado donde establecerse, y como Francisco de Montejo y Pedro de Alvarado habían llevado muy buenas referencias sobre las bondades de la región de Quiahuiztlan decidieron partir hacia allá. Quiahuiztlan estaba a una distancia de unas 8 o 10 leguas (alrededor de 50 kilómetros). Los navíos zarparon en esa dirección llevando a bordo la artillería, los víveres y el equipaje que no fuese absolutamente necesario para la marcha por tierra, así como parte de los hombres. El extremeño condujo por tierra al resto del ejército, a la caballería y dos medios falconetes; como cargadores iban los negros y los taínos.[42]

[42] Hernán Cortés, Primera carta de relación; López de Gómara, *op. cit.*, I, pp. 53-56; Tapia, *op. cit.*; Sepúlveda, *op. cit.*, lib. IV; Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. III, caps. VIII-XII; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. I, caps. XLII-XLIV; Herrera, *op. cit.*, vol. III, déc. II, lib. V, caps. VII-VIII; Solís, *op. cit.*, lib. II, caps. V-VIII.

CAPÍTULO IX

Las bases

...dijeron a Cortés que habían visto un patio
de una gran casa chapado todo de plata...
Creo que con la imaginación que llevaban y buenos deseos,
todo se les antojaba oro y plata lo que relucía.
Y en verdad, como ello fue imaginación, así fue imagen
sin el cuerpo y alma que deseaban ellos.

Francisco López de Gómara[1]

La hueste cortesiana se puso en marcha dirigiéndose hacia el norte de Chalchiuhcueyécatl, a su derecha quedaba la costa del Golfo de México. El capitán general, siempre ordenado y previsor, envió por delante rastreadores (los llamados "batidores") a inspeccionar el terreno y reportar cualquier anomalía, los pasos peligrosos o los posibles enemigos.

Poco después llegaron a las márgenes de un río en el sitio "donde está poblado ahora la Veracruz", según escribe Bernal; se trataba del río Huitzilapan o de La Antigua, que marcaba los límites de las tierras de Cempoala (*Cempoallan*). Estaba crecido, siendo época de lluvias, por lo que lo cruza-

1 *Historia general de las Indias*, II, p. 57.

ron con algunas canoas de pescadores que encontraron en las orillas; la caballería pasó a nado.

Siguieron el curso hacia su fuente, por la margen izquierda, en dirección oeste. Pronto entraron a tierras mejores de buenas vegas y cultivos hasta llegar a un pueblo pequeño cuyos habitantes habían huido ante su proximidad. En los santuarios había estatuas de dioses, sangre derramada, incienso, cuchillos de pedernal "y muchos libros de su papel, cogidos a dobleces, como a manera de paños de Castilla", comenta Bernal. Organizaron rondas de guardias y pasaron ahí la noche sin cenar pues no encontraron alimentos.

Al día siguiente continuaron. Llegaron a unas grandes sabanas con numerosos venados. Montado en su yegua alazana, Pedro de Alvarado fue tras uno, lo hirió con su lanza, pero escapó, refugiándose en un monte cercano. En esos momentos vieron aproximarse una docena de nativos cargados con guajolotes y tortillas, sin temor alguno, eran cempoaltecas enviados por el tlatoani de Cempoala, con una invitación a visitarlo en su ciudad apenas a un sol de distancia. La buena estrella de Cortés seguía brillando.[2]

El extremeño agradeció los víveres que mucha falta les hacían y envió de regreso a Cempoala a seis nativos, pidiendo al resto que los acompañaran como guías. Cruzaron el río Chachalacas y pernoctaron en otro pequeño poblado en el que también encontraron indicios de sacrificios humanos. Esta vez los habitantes no huyeron, sino que, por el contrario, les sirvieron muy bien de cenar. Aun así, mantuvieron preparadas sus armas y pusieron vigías. Al parecer fue aquí donde se enteraron de que la ciudad de Cempoala estaba en su camino hacia Quiahuiztlan,[3] a unos 20 kilómetros de

[2] Los cempoaltecas no eran totonacas, algunos llegaron de otra Cempoala en el estado de Hidalgo (hoy Zempoala).

[3] Según López de Gómara, los totonacas que encontraron por el camino no venían cargados de víveres; su versión es que los españo-

Cempoala. "Y porque estarán hartos de oír de tantos indios e indias que topábamos, pasaré adelante sin decir de qué manera y que cosas tenían", sentencia enfáticamente Bernal.

Al amanecer llegaron uno centenar de nativos provenientes de Cempoala cargados de alimentos, los españoles desayunaron opíparamente. Los principales que venían a cargo dijeron a Cortés que su señor estaba muy alegre por su próxima visita y le rogaba perdonarle por no haber acudido en persona a recibirlo, mas su obesidad y gran peso se lo impedían; lo esperaría en Cempoala ansioso por tenerle como huésped.

Continuaron su camino, siempre en buena formación, las armas listas y prestos a repeler cualquier agresión; los batidores de la caballería por delante. El camino estaba en muy buenas condiciones, al parecer el señor de Cempoala había ordenado limpiarlo y repararlo. Llegaron a otro río, cruzándolo por un vado. Poco después la ciudad de Cempoala apareció a su vista. Aunque aún estaba a una milla de distancia sus pirámides sobrepasaban el horizonte. La vegetación era exuberante, pintada con todos los matices del verde; había también muchos jardines y huertas provistas del riego canalizado desde el río Actopan o Chachalacas.

Los cempoaltecas y los totonacas eran herederos de una cultura muy antigua,[4] la clase dirigente hablaba náhuatl.

---

les vieron a unos 20 sobre una colina y Cortés mandó a 4 jinetes a traerlos de grado o por fuerza; los indígenas intentaron huir pero fueron alcanzados por los caballos. Resultó que eran de Cempoala y el capitán les ordenó mostrarles el camino hacia su ciudad. Los nativos les aconsejaron pasar la noche en una aldea cercana puesto que ya era tarde y en ella podrían alojarse cómodamente mientras ellos enviarían a alguien por delante para informar a su señor de su próxima llegada. La narración de Bernal concuerda más con los acontecimientos subsiguientes.

4 El florecimiento principal había tenido lugar entre los años 400 y 800, época en que se dice construyeron el gran centro ceremonial del Tajín

El principal grupo estaba establecido en Papantla (cerca de la actual Poza Rica), los límites de su cultura iban desde el río Tuxpan, donde empezaba la Huasteca, hasta el río de La Antigua; ocupaba también un buen territorio en la Sierra Madre Oriental. Hacia el tiempo de la llegada de Cristóbal Colón, ante la amenaza de la expansión mexica, los totonacas del sur habían formado una alianza de treinta a cincuenta ciudades, la más importante de las cuales era Cempoala; sin embargo, fueron vencidos por los mexicas. Cempoala misma quedó con una jurisdicción limitada a un territorio reducido.[5]

Los habitantes llenaban los campos aledaños, dando alegremente la bienvenida a sus extraños visitantes blancos y barbados; entraban entre las filas españolas sin temor y les ofrecían ramos de flores y diversas frutas tropicales. Poco más allá, en las afueras de la ciudad, los esperaba una comitiva de bienvenida de dos decenas de principales ricamente vestidos. Echaron a Cortés una guirnalda de flores al cuello

---

(palabra a la que se le dan diversos significados, entre ellos "el gran humo" debido a la cantidad de copal que se quemaba o "el trueno"); sin embargo, parece que este centro ya existía antes de su llegada. Sus tradiciones dicen que salieron de Chicomóztoc (*Códice Vaticano Ríos*). Lograron sobrevivir a la caída de Teotihuacan, permaneciendo como un foco de civilización; Sahagún narra que estaban emparentados con los huastecos, y por tanto con los mayas. El embrollo que aún existe para definir las muchas etnias, sus migraciones, interacciones y sus lenguas en Mesoamérica (para esto el presupuesto es escaso) hace prácticamente imposible precisar este asunto en los momentos de la llegada de los españoles, por ello he optado por llamar totonacas a los nativos del centro de Veracruz a fin de facilitar la lectura y no entrar en estos temas que harían más largo y tedioso esta narración.

5 Al parecer Cempoala fue fundada hacía 1200 d. C. Christian Duverger dice que los totonacas "desde hacía varios siglos sufrían la autoridad y la presión fiscal de los nahuas de México"; en realidad su subyugación se limitaba a dos o tres decenas de años, véase *Cortés*, p. 143.

y otra sobre la celada y ofrecieron, tanto a él como a sus capitanes, gran cantidad de ramos perfumados.[6]

El señor los esperaba en su mansión, hacia allá se dirigían cuando a todo galope llegaron seis jinetes de la avanzada. Excitados reportaron que en la ciudad habían visto una gran plaza cuyo piso y construcciones parecían hechos de plata pura. Marina y Aguilar, sonrientes, opinaron que se trataba sólo de yeso o de cal, los nativos solían recubrir los pisos y paredes de sus centros ceremoniales con estuco blanco y bruñido, decorado con franjas o dibujos geométricos de brillantes colores rojos, azules, verdes y amarillos. La ingenuidad de los jinetes fue objeto de risas y burlas. Un tanto severo, Cortés les ordenó regresar y no dar muestras de asombro frente a los indígenas, mucho menos de ambición.

El pequeño ejército penetró por las calles de la ciudad al son de tambores y caracolas, escoltado por los principales totonacas. Cempoala era un enorme jardín, a su paso encontraron árboles tan altos y frondosos que apenas si dejaban entrever las casas, tan bien hechas que, según narra Cervantes de Salazar, los españoles comentaban asombrados, señalando una u otra de ellas: "Aquella se parece a las casas del Duque de Medina", "aquella a la casa del Duque de Arcos". Para preservar las construcciones de los grandes chubascos de la época de lluvias las erigían sobre una base de tierra y se subía a ellas por medio de escalones. Muchas eran de piedra o adobe todas encaladas; los techos de hoja de palma o de zacate bien entretejido. Era la población más grande que habían visto hasta entonces en el Nuevo Mundo. Bernal Díaz expresa su asombro: "nos admiramos mucho de ello,

[6] William H. Prescott, *Historia de la conquista de México*, vol. I, p. 210, aprovecha esta oportunidad para deslizar un comentario que no es excepcional entre algunos anglosajones; escribe que este gran gusto por las flores que tenían los indígenas fue transmitido "a sus degradados descendientes en la época actual".

y como estaba tan vicioso y hecho un vergel, y tan poblado de hombres y mujeres, las calles llenas, que nos salían a ver, dábamos muchos loores a Dios que tales tierras habíamos descubierto".[7]

La calle principal rebozaba de gente, maravillada al contemplar de cerca a esos extraños seres, sus caballos, perros, armas y artillería. La procesión entró a la gran plaza principal rodeada por una muralla almenada hecha de cal y canto, cuyos pisos y muros relucían de tan pulidos y blancos, brillando con los rayos del sol poniente. Para la mente española, obnubilada por las leyendas fabulosas de caballería, parecían estar hechas de plata pura. "Creo que con la imaginación que llevaban y buenos deseos, todo se les antojaba oro y plata lo que relucía", comenta López de Gómara. El recinto sagrado comprendía unas siete hectáreas con muchos aposentos en hilera en uno de los lados y en el otro seis o siete grandes templos piramidales, uno de gran altura. Los blancos, siguiendo las órdenes dadas por Cortés, iban en silencio sin mostrar señal de asombro.

Pronto llegaron frente al palacio del tlatoani que los esperaba parado ante los escalones de la entrada ricamente ataviado, apoyando los brazos sobre dos nobles que lo flanqueaban, en compañía de muchos principales, entre ellos varios ancianos. Cortés y el señor intercambiaron algunas palabras amables, mientras que tanto el extremeño como sus capitanes eran incensados por los sacerdotes. El señor

[7] De acuerdo con la *Relación breve de la conquista de la Nueva España,* de fray Francisco de Aguilar, jornada III, contaron en Cempoala más de 20 000 casas. Fray Bartolomé de las Casas señala que había en ella unos 20 o 30 000 vecinos y que cada casa tenía su propia huerta por lo que parecía un paraíso terrenal. Agrega que Cortés y el señor no se entendían mutuamente una sola palabra; sin embargo, como ya se indicó líneas arriba, había algunos nahuatlatos entre los totonacas y seguramente los gobernantes hablaban náhuatl.

de Cempoala era tan gordo que a decir de Solís fue necesario que Cortés parase, con forzada severidad, la risa de los suyos ante su obesidad que provocaba temblores en sus lonjas al descubierto. Por ello le llamaron el Cacique Gordo, su verdadero nombre era Chicomecóatl.[8]

Terminadas las cortesías de rigor el señor dijo que, como era tarde y seguramente venían cansados, fueran a reposar a los alojamientos que les habían preparado, mañana sería otro día. Tras despedirse entró a su palacio. Varios de los principales los condujeron hacia el centro ceremonial donde habían dispuesto sus alojamientos y había espacio suficiente para todos en las grandes salas del recinto sagrado. Tras acomodarlos les fue servida una abundante cena. Cortés, siempre alerta, ordenó que la artillería se colocara en lugares estratégicos y que se organizaran las guardias, debiendo ser relevadas durante toda la noche. Mandó que ninguno saliera de sus aposentos sin su licencia ni molestara a los nativos, bajo pena de muerte.

Por la mañana llegaron numerosos indígenas cargados con frutas, sobre todo cestos de ciruelas, pues era la temporada, y con ramos de flores. Comenta Bernal que ante tanta abundancia bautizaron a Cempoala con el nombre de Villaviciosa, aunque él prefería el de Sevilla. En su Segunda carta de relación Cortés se adjudica la autoría del nombre (en ella no dice prácticamente nada más sobre su estancia en esa población).

Posteriormente Chicomecóatl fue a visitarlos, llevado en andas por sus parientes más cercanos y acompañado de muchos principales galanamente vestidos, adornados con grandes

[8] *Cfr*. Jorge Gurría Lacroix, *Itinerario de Hernán Cortés*, p. 77. H. Thomas, *La conquista de México*, p. 243, asevera que, al parecer, era llamado *Tlacochcalcatl*, información que tomó sabe Dios de dónde. Esta palabra náhuatl designa a una de las más altas jerarquías militares de México-Tenochtitlan.

bezotes de oro y ricas mantas. Los vigías notificaron la cercanía de la comitiva. De inmediato el capitán salió a recibirla, junto con sus capitanes. Españoles y totonacas se abrazaron con alegría. Chicomecóatl les dio algunos obsequios: mantas de algodón, joyas y objetos de oro, que Bernal asegura eran de poco valor. Enseguida el señor los invitó a que descansaran y gozaran, podían solicitarle cualquier cosa que necesitaran, más tarde hablarían de otras cosas, tras lo cual se retiró.

Al otro día Cortés correspondió a las bondades de Chicomecóatl con algunos regalos: ropa española y cosas de "rescate"; mandó decirle que le permitiera ir a verle y hablarle, consideraba de muy mala educación que el señor se hubiera molestado en venir a verlos sin corresponderle. El permiso le fue otorgado y el extremeño, llevando consigo a cerca de cincuenta de sus hombres bien armados y muy en guardia, se trasladó a la morada de Chicomecóatl sin importarle que fuera muestra de peor educación y gran desconfianza acudir con semejante despliegue de protección militar.

Chicomecóatl salió a recibirlos y los condujo a uno de los salones donde se sentaron (debió de ser en el piso, ya que los nativos no utilizaban sillas), los nobles se mantuvieron. Sus mutuas palabras debieron pasar del totonaco al náhuatl, de éste al maya, y finalmente al español, y viceversa. La prioridad de Cortés era obtener la mayor cantidad de información sobre esas tierras, principalmente sobre Motecuhzoma y los mexicas; pero antes tuvo que satisfacer la curiosidad de Chicomecóatl, quien también la tenía, y mucha, sobre sus huéspedes. Cortés le repitió lo que incansablemente decía a todos: que eran vasallos de un rey muy poderoso, aunque en esta ocasión agregó lo que sería clave para su estrategia y la consecución de sus fines: que ese gran monarca los había enviado a "deshacer agravios y castigar a los malos" y a ver "que no sacrifiquen más ánimas"; enseguida endilgó al paciente tlatoani un largo discurso sobre religión, finalizando

por hacerle ver lo mucho que le convendría rendir homenaje al soberano español y ponerse bajo su fuerte protección.

Ahora era el turno de Chicomecóatl. Contó cómo desde hacía mucho tiempo sus antepasados vivian en paz; pero, y aquí empezó a lanzar grandes suspiros y derramar muchas lágrimas, de unos años a la fecha habían caído bajo el yugo de los mexicas, al igual que toda la tierra, y era muy pesado. Motecuhzoma les quitaba todo lo que tenían de valor, no contento con ello les exigía anualmente la entrega de muchos de sus hijos e hijas, llevándose a los que bien les iba a servir en sus casas y sementeras, otros eran sacrificados. Los *calpixques* (recaudadores) mexicas tomaban a sus mujeres e hijas si eran hermosas y las forzaban; no mostraban misericordia ni compasión alguna y los dejaban morir de hambre con tal de cobrar sus tributos. Eran más de 30 señoríos totonacas los que sufrían tamaña tiranía.

En cuanto a Motecuhzoma, continuó el quejoso señor, era un monarca muy poderoso, con multitud de vasallos, ciudades, tierras y guerreros y nadie osaba hacer sino lo que mandaba. Algunos habían tratado de rebelarse y sacudirse el yugo, pero pronto habían sido aplastados y condenados a sufrir terribles castigos. Por todas esas razones le daría muchísimo gusto, tanto a él como a todos los demás señores totonacas, cobijarse bajo el amparo de un soberano tan bueno y justo como parecía serlo el rey de España. Sin embargo, el monarca español debía considerar la gran fortaleza, el enorme poder y la excesiva riqueza de México-Tenochtitlan, si bien era cierto que los mexicas tenían también grandes enemigos, como los señoríos de Tlaxcala, de Huexotzinco y de otras provincias. Chicomecóatl consideraba que habiendo corrido por toda la tierra las noticias del poder de las armas de los extranjeros y de la manera en que, gracias a ellas, habían triunfado en Tabzcoob, estaba abierta la posibilidad de que esas provincias, así como algunos señores, de quienes ponía como ejem-

plo al acolhua Ixtlilxóchitl, estuviesen dispuestas a confederarse con los españoles contra Motecuhzoma.[9]

Cortés no podía estar más satisfecho de escuchar tales confesiones y seguramente empezó a ver con mayor claridad y certeza la creciente posibilidad de triunfar en su empeño de ofrecer esos reinos a Carlos V, aunque se guardó mucho de demostrarlo, de momento era poco lo que podía hacer, se limitó a consolar a Chicomecóatl prometiéndole su ayuda para evitar la perpetración de los continuos robos y agravios que sufría; para ello los había enviado su rey, repitiéndole que "no venía sino a deshacer agravios y a favorecer a los presos, ayudar a los mezquinos y quitar tiranías"; con mucho más placer lo haría por quien los había recibido con tanta generosidad y hospitalidad. Finalmente le rogó comunicar sus palabras a los demás señores totonacas. Agradeció sus bondades y le dijo que muy a su pesar debían partir a Quiahuiztlan, que hacia allá se habían dirigido sus navíos y pensaban establecerse ahí. Ya habían abusado mucho de su hospitalidad, le aseguró, posteriormente platicarían con calma sobre qué hacer para aliviar su situación; pero las promesas de Cortés no lograron desvanecer del todo el gran temor que Chicomecóatl sentía por Motecuhzoma y por los mexicas.[10]

9 No hay que olvidar que esta versión viene de los españoles, Cempoala no aparece en las listas de pueblos tributarios de los mexicas, se ha dicho que fue subyugada por ellos más no hay suficiente información acerca de esto, incluso las fuentes lo narran de manera un tanto ambigua, López de Gómara dice que "eran de otro señor, no sujeto a Moctezuma sino en cierta manera y por fuerza" y que eso le dijo Marina a Cortés, si bien ella misma no hablaba totonaca es posible que supiera de su cultura ya que Cristóbal del Castillo dice que "la compraron unos vecinos de la provincia de Nonohualco que eran de la nación de los de Cempohuala".

10 Según el documento "Merced y mejora de Hernán Cortés a los caciques de Axapusco y Tepeyehualco", p. 69, con anterioridad a la lle-

Salieron de Cempoala de manera muy distinta de cómo habían llegado, ahora contaban con el auxilio de cerca de 400 nativos proporcionados por Chicomecóatl, encargados de cargar su equipaje y sus enseres, así como de servirlos y guiarlos.[11] A decir de Bernal los tamemes podían cargar a cuestas hasta dos arrobas (23 kilogramos) y llevar ese peso por cinco leguas (aproximadamente 28 kilómetros), agregando que "desde que vimos tanto indio para cargar nos holgamos, porque de antes siempre traíamos a cuestas nuestras mochilas, los que no teníamos indios de Cuba". Marina y Aguilar le habían comentado a Cortés sobre la costumbre de que en tiempo de paz los señores estaban obligados a proporcionar tamemes, conocimiento que fue de mucho provecho, pues en adelante a donde quiera que iban pedían que se los proporcionaran.

Por la noche se quedaron a dormir en una pequeña población cercana a Quiahuiztlan, abandonada por sus temerosos habitantes; la cena les fue dada y servida por los cempoaltecas. Hacia las diez de la mañana del día siguiente llegaron a Quiahuiztlan, a sólo unos kilómetros de Cempoala, situada en las laderas del Cerro de los Metates, ante una impresionante formación rocosa que llamaron el Bernal. Desde la distancia les pareció que el poblado también estaba

---

gada de Cortés a sus tierras el señor de Cempoala había recibido la visita de Tlamapanatzin y Atonaletzin y hablado con ellos sobre la posibilidad de aliarse con los españoles en contra de los mexicas.

11 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV, lib. XXXIII, cap. I, confunde estos sucesos. Escribe que de Champotón llegaron los españoles a los arenales de "Cempual", donde Cortés ordenó destruir los navíos y partieron después a la ciudad de "Cempual" donde les dieron cantidad de oro y de joyas, en especial dos ruedas grandes, una de oro y otra de plata. Afirma haberse informado de esto en España a través de Montejo, Hernández Portocarrero y Alaminos.

desierto. Avanzaron en buena formación militar, la artillería por delante.

El capitán Alonso de Ávila, "como era soberbio y de mala condición", dice Bernal, al ver a un tal Hernando Alonso de Villanueva fuera de las filas le dio tal bote de lanza en un brazo que se lo inutilizó y le dieron el apodo de "el Manquillo". La subida era inclinada y agreste, sobre todo para la caballería; los jinetes pidieron licencia para desmontar, pero Cortés se negó pareciéndole que sería mostrar debilidad. Al aproximarse constataron que efectivamente los pobladores habían huido, lo que les hizo temer una emboscada. Llegados a la parte más alta, desde donde tenían una grandiosa vista hasta las costas de la Villa Rica, entraron al poblado y fueron hacia la plaza central, alrededor de la cual se levantaban los templos.

Encontraron ahí una docena de principales, pebetero en mano, que de inmediato acudieron con grandes reverencias y saludos ceremoniales a incensar al capitán y a los más cercanos. Al parecer estaban enterados de cómo podían comunicarse pues llevaban un intérprete que hablaba náhuatl y totonaco. Por su intermedio pidieron a Cortés perdonarlos por no haber salido a recibirlo; los habitantes habían huido, temerosos ante la extrañeza de sus hombres y de sus caballos, aunque tenían conocimiento de que eran amigos del señor de Cempoala. Ellos se habían quedado para darles la bienvenida en nombre de su señor. Le rogaron acompañarlos a donde querían aposentarlos, prometiendo que harían regresar a los vecinos por la noche. Los llevaban a unas construcciones en la plaza cuando en eso se presentó el señor de Quiahuiztlan deseoso de hablar con Cortés.[12]

[12] H. Thomas, *La conquista…*, p. 246, afirma que fueron bien recibidos y que los aldeanos mostraron gran interés por las barbas españolas ya que cualquier adorno, dice, interesaba a los indios.

Bernal Díaz narra que en esos momentos también llegó en andas el señor de Cempoala, acompañado por muchos principales y se reunió con Cortés y con el de Quiahuiztlan. Ambos nativos se quejaron amargamente de la opresión en que los tenía sumidos Motecuhzoma, manifestando su temor de que el huey tlatoani se enojara y los castigara por haberse atrevido a recibirlos y hospedarlos sin contar con su licencia.

Interrumpieron sus quejas unos totonacas llegados con gran prisa y excitación a informar a sus señores que se aproximaban cinco mexicas, calpixques de Motecuhzoma. Era tanto el temor que causaban que tanto los señores como los principales que los acompañaban perdieron el color del rostro, abandonaron a toda prisa y sin más ceremonia a Cortés y fueron a recibir a los recaudadores de impuestos. Pronto estuvieron de regreso en compañía de los mexicas que entraron altivamente a la plaza, vestidos con ricas mantas, el cabello atado sobre la coronilla por medio de una cinta roja, como correspondía a los nobles; llevaban en una mano un bastón negro que representaba su oficio y en la otra un ramo de flores olorosas que se llevaban a la nariz de cuando en cuando con gesto petulante. Varios solícitos servidores los acompañaban, provistos de mosqueadores hechos con brillantes plumajes; tras ellos muchos señores y principales de otros pueblos totonacas de la comarca. Al pasar frente a los españoles ni siquiera se dignaron dirigirles la mirada. Fueron conducidos a un gran salón donde les llevaron los mejores manjares que tenían y abundante bebida de cacao.

Cuando terminaron su refrigerio empezaron a reprender a los señores y principales por su gran temeridad en ofrecer hospitalidad a los blancos sin el permiso de Motecuhzoma. Nada tenían que hablar ni que ver con esos extraños seres, si persistían en su mala conducta sufrirían las consecuencias. Por lo pronto entregarían 20 de sus gentes, que serían sacrificadas para apaciguar el enojo causado a los dioses con sus acciones.

Intrigado, Cortés preguntó a Marina y Aguilar qué sucedía, quiénes eran los recién llegados y el porqué del temor de los totonacas. Una vez informado envió un mensaje a los señores, rogándoles ir a hablar con él sin temor. Los señores, acompañados por algunos principales, acudieron, no sin miedo. El capitán intentó tranquilizarlos, les dijo que Motecuhzoma ya le había manifestado su amistad, seguramente se alegraría de que los hubiesen recibido bien. Si era necesario él mismo intercedería a su favor para que no fueran castigados o en el caso de que a pesar de todo quisiesen agraviarlos, los españoles se encargarían de defenderlos, pues a pesar de que eran pocos, cada uno de ellos valía por mil mexicas, de ningún modo consentiría que cometiesen robos y menos aún sacrificios humanos.

A fin de demostrarles que hablaba en serio les pidió que apresaran a los calpixques. Tras muchos ruegos logró convencerlos de cometer semejante desacato, invadidos como estaban por el temor y la alegre dulzura de la venganza. Los sorprendidos calpixques fueron capturados y atados cada uno a un palo largo conocido como "pie de amigo" con los pies amarrados en un extremo, la garganta en el otro y las manos en medio, quedando obligados a permanecer por tierra. Los envalentonados totonacas se atrevieron incluso a golpear a algunos que trataron de defenderse.

Teniendo seguros a sus presos, los señores querían matarlos; sin sobrevivientes no habría manera de que la noticia llegara a México-Tenochtitlan. Cortés, que ya tenía urdido su plan, los convenció de no hacerlo y les pidió que los llevaran a una de las salas del recinto sagrado y les pusieran bajo fuerte guardia, compuesta de totonacas y españoles.[13]

[13] La narración de López de Gómara de estos acontecimientos difiere de la de Bernal pues el capellán mantiene que los mexicas, unos 20 según él, hicieron repentinamente su entrada a la plaza, y Cortés or-

Cortés ordenó a los suyos que avanzada la noche soltaran a un par de mexicas y los llevaran a su presencia sigilosamente. Cuando llegaron pretendió desconocer su identidad, así como lo que había pasado. Los mexicas se lo dijeron, expresando serias dudas de que sus tributarios cempoaltecas y totonacas se hubiesen atrevido a tanto sin haber contado con el apoyo de los blancos, por lo que pidieron al extremeño no permitir que los mataran ni que los dejaran presos, pues Motecuhzoma se los tendría muy a mal.

Respondió que mucho le apenaría que Motecuhzoma recibiera algún pesar, lo consideraba su amigo y por ello había mandado a sus hombres que los soltaran. Debían agradecerle a Dios que estuviera presente. Los dejaría en libertad para irle a contar a su señor lo acontecido, de cómo se alegraba de poderle prestar ese servicio y que en el futuro siempre que se presentara la oportunidad de servirle de nuevo podía tener la seguridad de que lo haría, incluso a pesar de que a Motecuhzoma parecía no interesarle su amistad, como lo había demostrado al ordenar a Teuhtilli que los abandonara repentinamente sin tener la cortesía de despedirse. Su señor, si así lo deseaba, podría recibir muchos beneficios del rey de España, así como enterarse de las cosas muy secretas e importantes que le enviaba a decir con su embajada. En cuanto a sus compañeros, abundó Cortés, no debían inquietarse, ya que vería que nada malo les pasara; les explicó que si no los había liberado fue por no causar enojo a quienes los habían recibido con tanta generosidad.

Enseguida ordenó que les dieran de comer. Como los mexicas temían que al tener que cruzar por territorio totonaca los podían apresar nuevamente, mandó a seis de sus

---

denó que los apresaran de inmediato. Me parece más congruente la versión de Bernal.

marineros llevarlos a bordo de un batel hasta donde se considerasen a salvo.

Por la mañana del día siguiente los señores totonacas fueron notificados de la desaparición de dos de los cautivos, reprendieron enérgicamente a los guardias e insistieron en sacrificar a los que seguían presos. Cortés abogó por los calpixques, afirmando que no tenían culpa, se limitaban a cumplir órdenes; fingió enojo por la supuesta huida de los cautivos y aprovechó el incidente para que le entregasen a los restantes, no fuese que también huyeran; los señores accedieron. El extremeño envió a los mexicas con cadenas a los navíos, donde, fuera de la vista de los totonacas, se las quitaron y les pidieron tener paciencia, prometiéndoles que pronto serían liberados.

Los señores y principales totonacas se reunieron en consejo para decidir qué curso de acción tomar frente a estos graves acontecimientos, la fuga de los dos calpixques hacía inevitable que Motecuhzoma se enterara de lo sucedido; estaban muy temerosos de las posibles represalias. Algunos fueron de la opinión de enviar a México-Tenochtitlan el tributo que habían ido a cobrar los calpixques, acompañado de otros ricos obsequios, a modo de disculpa, y responsabilizar de lo ocurrido a los extranjeros; otros abogaron por tomar esa oportunidad de librarse al fin del yugo mexica, puesto que contaban con el favor de los poderosos blancos, seguramente otras poblaciones se les unirían. Optaron por esta última alternativa, más cercana a sus deseos y a sus corazones. Fueron a pedir a Cortés que ya que los había metido en ese problema, los ayudara ahora en su rebelión.

El capitán los exhortó a reflexionar muy bien semejante decisión, recordándoles, como si fuera necesario, el gran poder de Motecuhzoma; les aseguró que si eso era lo que querían podían contar con su apoyo. Preguntó cuántos hombres podrían reunir en caso de guerra, y respondieron que unos

100 000. Les pidió que sin tardanza enviaran mensajeros a todos los que consideraban que podrían simpatizar con su causa, no porque tuviese necesidad de ellos, aclaró jactanciosamente, pues los españoles solos se bastaban, aunque los mexicas fueran el doble que ellos, sino para que estuviesen avisados y prevenidos, no fueran a recibir algún daño si Motecuhzoma por casualidad enviaba un ejército en su contra, y en el caso muy probable de que necesitaran de su ayuda la pidiesen a tiempo.

Esta alianza con los cempoaltecas y totonacas aumentó el pequeño ejército de Cortés con miles de guerreros, además de que le permitía asegurarse una ruta de abastecimiento hacia la costa o de huida si fuera necesario, así como de protección y auxilio para la nueva población.

Se conformó así una liga totonaca que decidió dejar de pagar tributo a México-Tenochtitlan y no dar su obediencia a Motecuhzoma, esto debía publicarse en todas las provincias amigas. Si los calpixques mexicas llegaban a recaudar el tributo debían ser apresados y enviados a los españoles. Los señoríos totonacas estaban exaltados, sentían soplar nuevos vientos de libertad luego de tantos años de amarga subyugación. Según Bernal Díaz tomaron como principal causa la intervención de los extranjeros. A pesar de todo seguían temerosos del poderío de los ejércitos mexicas que de un momento a otro podría enviar Motecuhzoma. Cortés les prometió ayudarlos si juraban vasallaje al rey de España. Los señores, a pesar de que tal juramento implicaba cambiar un yugo por otro, decidieron hacerlo, creyendo en las palabras del extremeño de que ese yugo no sería tal, sino fuente de beneficios y libertad. Los integrantes de la liga cempoalteca-totonaca, que ya comprendía al parecer 30 señoríos, juraron obediencia a Carlos V. El escribano Diego de Godoy levantó el acta de rigor. "Como ya no daban tributo ninguno y los recogedores no parecían, no cabían de gozo

haber quitado aquel dominio", comenta Bernal. No deja de ser curioso que en la Primera carta de relación uno de los hechos omitidos, y de más importancia, sea precisamente esta alianza entre españoles y totonacas, tal vez porque admitirlo restaría méritos militares a Cortés.

Según Bernal Díaz fue la actitud justiciera de Cortés la que los convenció de jurar vasallaje, así como el machacante adoctrinamiento católico que dirigía a los señores y principales, insistiéndoles en la maldad que representaba sacrificar seres humanos, adorar falsos ídolos, hacer sodomías y hurtos y la ayuda que les prometió para luchar contra sus opresores (para lo cual dependemos sólo de fuentes españolas, tal vez los totonacas les concedieron licencia de fundar su propio altépetl en Veracruz).[14]

Cortés, viendo que las cosas iban pintando cada vez mejor, decidió que era tiempo de establecer una sólida cabeza de puente y fundar materialmente la villa para la que ya habían elegido cabildo en las playas de Chalchiuhcueyécatl.

[14] Según Bernal, Cempoala, Quiahuiztlan y otros 30 pueblos formaban parte de la "tierra de la lengua totonaque". Existe aún confusión sobre la presencia de la cultura totonaca en Veracruz. En Cempoala existieron tres grupos nahuas: chalchihuite tardío, tolteca cholulteca y maya cholulteca que hacia 1200 participaron en la fundación de Cempoala, por lo que por unos 300 años poco se sabe de los cempoaltecas, mas no hay evidencia de que hablaran totonaca. En nahua *toton* singular y *totonaque* plural se refiere a seguidores del Sol y se aplicaba a huastecos, chichimecas, nahuas o a los que hablaban lenguas totonacanas, de igual modo como los europeos podían decirse cristianos. Los cempoaltecas de Hidalgo tal vez creían que el augurio sobre la llegada de hombres con barbas debía cumplirse y que a los hijos del sol les correspondía gobernar, creencia que debió ser compartida por los cempoaltecas veracruzanos. La formación de la alianza no ocurrió sucedió en Cempoala, debió de ser en Quiahuiztlan, esto convenía más a los españoles pues esta población era la sede del más importante templo totonaca, en el que los totonacas consultaban el oráculo de su diosa esposa del Sol, según dice Bartolomé de las Casas y Quiahuiztlan controlaba un territorio mayor que Cempoala.

Optó por un sitio en una llanura cercana a unas salinas, a medio camino entre Quiahuiztlan y el puerto al que algunos llamaban Bernal y otros Archidona,[15] a cuatro kilómetros en ambas direcciones. El fondeadero estaba protegido al norte por una pequeña elevación y un centenar de metros mar adentro por una formación rocosa, donde el oleaje rompía y llegaba manso a la playa en forma de media luna. La villa se situó en la ladera de una colina cercana. No existe ningún documento acerca de esta fundación, debió ocurrir a fines de mayo.

Se realizó la traza de esta segunda Villa Rica de la Vera Cruz de Archidona (que fue su nombre completo) marcando los solares destinados para plaza, iglesia (en donde pusieron unas cruces de madera), casas de cabildo, cárcel, carnicería, bodegas, atarazanas, etcétera. Sus nuevos aliados los auxiliaron en esas tareas. Cortés puso el ejemplo cavando y llevando piedras como un peón más, tal vez porque muchos de sus hombres, presumiendo de hidalguía, se negarían a trabajar con sus manos. Los herreros confeccionaron clavos; los carpinteros, tanto españoles como totonacas, cortaron la madera y en breve empezaron a levantarse algunas construcciones, sobre todo una fortaleza de madera y piedra, provista de troneras, cubos y barbacanas. Se puso una picota en la plaza y en las afueras se levantó una horca. Aún hoy en día quedan algunos restos de esa villa.[16]

15 Existen dos Archidonas en España, una situada en la provincia de Málaga, cerca de Antequera, y la otra en la de Sevilla, que es más pequeña y apartada.

16 Conocido hoy como La Antigua, a 28 kilómetros del puerto de Veracruz, para 1574 el geógrafo Juan López de Velasco le daba 200 vecinos españoles y más de 600 esclavos africanos, los navíos de España atracaban en San Juan de Ulúa, a fines del XVI se trasladó el pueblo al actual puerto de Veracruz, lugar donde Cortés fundó el primer ayuntamiento.

Mientras tanto, en México-Tenochtitlan Motecuhzoma fue notificado de las vejaciones sufridas por sus enviados y tuvo un ataque de ira. Bernal narra que alistó un ejército para castigar a Totonacapan cuando llegaron los dos calpixques liberados por Cortés. Tras escuchar su relato quedó perplejo y confundido (como lo había planeado Cortés), tanto por las acciones de los extranjeros como por el mensaje de amistad que le enviaba su jefe. Difirió la marcha de sus guerreros y decidió enviar algunos principales a investigar y enterarse de las verdaderas intenciones de los blancos. Eligió para esa delicada misión a dos jóvenes sobrinos suyos,[17] irían bajo la supervisión de cuatro viejos con altos cargos. Llevarían obsequios y darían las gracias por haber liberado a los sirvientes del huey tlatoani, pidiéndole soltar también a los que seguían presos; asimismo, debían recriminarle que, con su favor, los cempoaltecas se atrevieran a tomarlos presos y rebelarse contra él y hacerle ver que sólo por consideración al rey de España no enviaba de inmediato a su ejército a destruir por completo a los sublevados, si lo provocaban con nuevas ofensas les haría pagar todo junto. En cuanto a la posibilidad de verle no era posible de momento, pues seguía enfermo, con el paso del tiempo ya encontrarían la manera.

Cuando llegó esa embajada Cortés (a quien ya a estas alturas muchas crónicas colocan en el centro absoluto de atención, olvidándose del resto de sus hombres, y más aún de sus aliados indígenas) la recibió con grandes muestras de amabilidad y cortesía. Le presentaron los regalos: mantas y ropa fina de algodón y de pluma, piezas de oro y plata, oro en grano, y le dijeron que Motecuhzoma enviaba el oro sin fundir como remedio para sus enfermedades del corazón y

[17] En opinión de Fernando Benítez, *La ruta de Hernán Cortés*, p. 120, es posible que estos dos jóvenes fuesen hijos de Cuitláhuac.

estaba deseoso de saber si habían mejorado con el oro enviado anteriormente.

Tras escucharlos atentamente Cortés mandó sacar de los navíos a los tres calpixques presos, llegaron vestidos con mantos nuevos y fueron entregados a los enviados mexicas, no sin pedir al señor de Quiahuiztlan que no se lo tuviera a mal. El extremeño repitió sus quejas sobre la actuación de Teuhtilli y de Cuitlalpítoc, se negaba a creer que hubieran actuado de esa manera por órdenes de Motecuhzoma; de todos modos, como los abandonaron, tuvieron que acudir a los totonacas en busca de víveres y los habían recibido muy bien. En cuanto al asunto del tributo, cínicamente les dijo que los totonacas se habían negado a pagarlo por instancias de los españoles, pues éstos les habían dicho que no podían servir a dos señores a la vez y ahora les estaban sirviendo a ellos. Para finalizar insistió en que muy pronto iría a presentar sus respetos a Motecuhzoma. Mandó darles algunas cuentas verdes y "diamantes" azules y antes de despedirse les ofreció el espectáculo de la caballería española galopando y escaramuceando al mando de Pedro de Alvarado, montado en su buena yegua alazana.

El prestigio de Cortés y de sus españoles creció considerablemente a los ojos de los nativos: no tan sólo Motecuhzoma se había abstenido de castigarlos, sino que les enviaba obsequios. Se dice que la única explicación que muchos encontraban era que los extranjeros blancos eran en realidad *teules*.[18]

[18] López de Gómara,*op. cit.*, I, pp. 56-65; fray Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, vol. III, lib. III, caps. CXXII-CXXIII; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. III, caps. XII-XVII; Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. I, caps. XLV-XLVIII; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, vol. III, déc. II, lib. V, caps. VIII-X y vol. V, dec. II, lib. V, caps. XI-XII; Fernando de Alva

Pronto se presentó a Cortés la necesidad de cumplir sus promesas de ayuda. Chicomecóatl y otros señores se quejaron de que los guerreros de la guarnición mexica de Tizapantzinco,[19] acuartelada en una fortaleza construida sobre un peñasco alto junto a un río, a dos días de camino, ocho o nueve leguas al noroeste de Cempoala en las fronteras con Totonacapan; habían salido a quemar y destruir sus labranzas, aprehendiendo y matando a los habitantes, seguramente en represalia por la rebelión orquestada por los españoles.

Esta es una versión, sin embargo es probable que Cortés sólo estuviera siguiendo sus propios planes: para seguir su camino a Tenochtitlan, dada la negativa del huey tlatoani mexica de recibirlo, debía primero romper el círculo militar que protegía los caminos al Altiplano. Al norte Motecuhzoma tenía guarniciones en Acatlán, Tizapantzinco, Otopa y Nautla, y al sur Xamboluco en el río La Antigua, y en el río Atoyac las de Cuauhtochco y Cotaxtla, en cuyo caso iba en su interés atender el pedido totonaca de atacar Tizapantzinco.

Según Bernal, Cortés utilizó su sentido del humor y envió solamente a uno de sus hombres, "para que crean que uno de nosotros basta para desbaratar aquellos indios guerreros", un tal Heredia el Viejo, escopetero vizcaíno de mal ver, que había servido en Italia y tenía el rostro marcado con la cicatriz de una cuchillada mal tapada con su gran barba, además de ser tuerto y cojo. El extremeño le aseguró, conteniendo la risa, que "como vos sois mal agestado creerán que sois ídolo". Le mandó acompañar a los totonacas hasta un río a un cuarto de legua; al llegar pretendería beber y dispararía su escopeta como señal para que Cortés lo mandara llamar

---

Ixtlilxóchitl, "Historia de la nación chichimeca", cap. LXXI; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. II, caps. VIII-X.

[19] Este pueblo ya no existe. En los mapas de Patiño aparecía aún como Tizpanecingo. Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 143.

de regreso. El capitán pidió a los señores reunirse y les comunicó que enviaba a ese que llamó hermano suyo para que matara y expulsara a los mexicas o trajera cautivos a los que no quisieran irse; los totonacas, dubitativos, pasaban su mirada de la lamentable figura de Heredia a Cortés, no estando muy seguros de si el capitán hablaba en serio o no.

Se dio aviso a las poblaciones comarcanas de cómo uno de los *teules* iría solo contra el enemigo. Heredia partió acompañado de guerreros totonacas echando tiros al aire, una vez que llegó al río Cortés mandó ir por él. Tras esa burda parodia dijo a los señores que como les tenía tan buena voluntad había decidido ir en persona y les pidió un centenar de tamemes para llevar la artillería. Al día siguiente, por la mañana, se organizó la partida; irían con el extremeño 14 jinetes y 400 infantes.

Antes de partir tuvo que enfrentar de nuevo la renuencia de los velazquistas a participar en esas arriesgadas aventuras, se negaron a ir con él (hay que recordar que éste no era un ejército en forma, compuesto de reclutas pagados, sino de aventureros voluntarios buscafortunas); insistían en su cantaleta de regresar a Cuba, de que el capitán les había prometido dejar partir a quienes lo deseasen, aunque, según dice Bernal Díaz, eran sólo siete los que ansiaban reembarcarse. Cortés los mandó llamar y les preguntó el motivo de su comportamiento y repitieron los mismos argumentos: eran muy pocos como para enfrentarse con miles de guerreros indígenas, estaban enfermos y hartos de ir de una parte a otra sin ningún beneficio y le recordaron su promesa. Les respondió que efectivamente les había hecho tal promesa, mas debían considerar que no era honroso abandonar de tan mala manera a su bandera y a su capitán; pero puesto que así lo querían podían embarcarse de inmediato. Mandó que se les proporcionase uno de los navíos y se les diesen provisiones de pan cazabe (al parecer todavía sobraba algo), una

botija de aceite y algunas verduras. Uno de los descontentos, llamado Morón, en vista de que ya se iba vendió su caballo a muy buen precio a un Juan Ruano, aceptando en pago unas tierras que éste poseía en Cuba.

Sin embargo no entraba en los planes de Cortés permitir semejante deserción, seguramente había instruido previamente a sus partidarios pues en cuanto los velazquistas subieron a bordo del navío, listos para zarpar, llegó en pleno el cabildo de la Villa Rica pidiendo hablar urgentemente con el capitán general y le requirieron revocar esa licencia puesto que así convenía al mejor servicio de Dios y del rey, recordándole que conforme a la ley militar los desertores merecían la pena de muerte. Cortés gozosamente aceptó sus requerimientos y los engañados velazquistas tuvieron que desembarcar. Morón se quedó sin su caballo, pues Juan Ruano se negó a deshacer el trato.

Habiendo resuelto satisfactoriamente el asunto, Cortés y los suyos marcharon a Cempoala donde pernoctaron. Al día siguiente emprendieron camino a Tizapantzinco reforzados por 2 000 guerreros totonacas formados en cuatro capitanías. Así, antes de su primer encuentro armado con los mexicas, los españoles encontraron la manera de enfrentarse al enemigo con éxito; en adelante, excepto en una ocasión (cuando llegaron a la provincia de Tlaxcala), nunca más lucharían solos en la conquista de México-Tenochtitlan, sino apoyados por miles de guerreros indígenas.

Tras dos días de marcha llegaron y empezaron a subir las abruptas laderas del peñasco, cuando salieron a su encuentro ocho principales y sacerdotes llorando, que les preguntaron por qué deseaban matarlos, asegurando que los cempoaltecas tenían una vieja enemistad con ellos debido a disputas de tierras y fronteras; ahora gracias al apoyo español los robaban y asesinaban; afirmaron que si bien era cierto que los mexicas tenían allí una guarnición, hacía varios

días que habían partido, por lo que les suplicaban no seguir adelante y tener compasión de su pueblo.

Cortés, convencido de que había sido engañado, ordenó a Pedro de Alvarado y al maestre de campo Cristóbal de Olid frenar el avance de los guerreros cempoaltecas, que empezaban a saquear los campos y a tomar prisioneros. Con gran enojo pidió que se presentaran los capitanes indígenas, con fuertes palabras les exigió devolver de inmediato lo robado y les prohibió entrar a la población. Les dijo que eran dignos de muerte por haber engañado de tan mala manera a los españoles con el único fin de obtener un beneficio personal; esta vez lo pasaría por alto, pero si lo volvían a hacer no quedaría ni uno con vida; enseguida con fiero ademán los mandó ir a dormir al campo.[20] Pidió a los principales de Cempoala ir

[20] La versión de López de Gómara difiere, asevera que los guerreros mexicas salieron al encuentro del enemigo creyendo tener que vérselas tan sólo con los totonacas, pero al ver la caballería española huyeron hacia la fortaleza perseguidos por los jinetes, quienes, detenidos por la áspera subida, tuvieron que desmontar y proseguir a pie. Cortés junto con otros cuatro españoles logró penetrar sin oposición en la fortaleza guardando la puerta de entrada hasta que llegaron los demás. El capitán ordenó a los suyos y rogó a los totonacas que no dañaran a los habitantes del poblado ni a los guerreros mexicas, a los que sólo les tomaron sus armas y estandartes. Tanta benignidad asombró por igual a totonacas y mexicas. Bernal Díaz (cuyo relato sigo en esta ocasión) como de costumbre desmiente a este cronista afirmando que no pasó como lo dice López de Gómara; sin embargo, llama a esta campaña de "Cingapacinga" la primera "entrada" que realizó Cortés en la Nueva España, lo cual podría ser indicio de que hubo alguna violencia. Cervantes de Salazar refuerza la versión de una acción militar, escribe que los vencedores se comieron a algunos de los enemigos: "hubo quien con un niño gordo bien asado, hizo fiesta y banquete a uno de los Capitanes indios. Aquí fue donde la primera vez vieron los nuestros comer carne humana a los indios". (Lo cual es muy dudoso a menos que los sacrificaran primero; el canibalismo existente en el Anáhuac era ritual y se practicaba únicamente con la carne de sacrificados). Cervantes aprovecha la ocasión para narrar una anécdota que testificaron, según afirma, personas de

a verlo; éstos llegaron temerosos y no protestaron cuando les pidió reconciliarse con los de Tizapantzinco.[21]

La hueste cortesiana y sus aliados regresaron a Cempoala por una ruta diferente. En uno de los pueblos descansaban bajo la sombra para protegerse de los fuertes rayos del sol tropical cuando un hombre llamado Mora, originario de Ciudad Rodrigo, tomó dos gallinas de una casa. Para su mala suerte el extremeño lo vio, y montando en cólera mandó ahorcarlo de inmediato. Mora habría muerto si Pedro de Alvarado, con un tajo de su espada, no hubiera cortado justo a tiempo la soga de la que pendía (seguramente por indicación previa de Cortés, a quien le encantaba matar dos pájaros de un tiro; así reafirmó la disciplina y alardeó de justiciero sin necesidad de perder un soldado).

A su llegada a Cempoala fueron recibidos por Chicomecóatl, quien les ofreció un banquete a modo de disculpa. La

---

crédito: el cuerpo de un mexica sacrificado en Tlaxcala después de rodar gradas abajo logró aún ponerse de pie y dar tres o cuatro pasos. Alva Ixtlilxóchitl, "Historia de la nación chichimeca", cap. LXXXII, afirma que empezaron en este tiempo algunas guerras, en especial la de Cempoallan contra los de Tizapantzinco donde estaba la guarnición del imperio que aseguraba toda aquella tierra. Cortés luchó en unión de los cempoaltecas y los imperiales se fueron recogiendo hasta quedar cercados en Tizapantzinco donde se defendieron por un tiempo hasta que finalmente la ciudad fue tomada. En la Información promovida por Velázquez contra Cortés en Santiago, 1521, la pregunta 11 versa sobre si saben, creen o vieron que después de llegar a San Juan de Ulúa, Cortés estando los indios de paz comenzó a entrar en la tierra, haciéndoles guerra, hiriendo y matando a muchos de ellos, cortándoles las narices, sacándoles los ojos y a otros cortándoles los brazos, los pies y las orejas y que cometieron muchas crueldades, gran mortandad y estrago destruyendo a los nativos sus haciendas y casas. DC, I, p. 170 y en una probanza de 1525 un conquistador declaró que se dieron "cuatro o cinco días de combate" en Tizapantzinco.

21 Extrañamente H. Thomas, en *La conquista...*, p. 249, trata en menos de media página los sucesos relativos a Tizapantzinco.

reputación española se acrecentó, "que aunque son indios, vieron y entendieron que la justicia es santa y buena", sentencia discriminatoriamente Bernal. Al anochecer bien comidos y contentos los hombres de Cortés fueron conducidos a los aposentos que les habían destinado.

Al día siguiente Chicomecóatl y sus principales ofrecieron a sus amos, más que aliados, un singular regalo: ahora que ya eran amigos deseaban tenerlos por hermanos y les presentaron ocho doncellas, todas de la nobleza, ataviadas ricamente cada una con un collar de oro al cuello y aretes del mismo metal, de modo que parecían moriscas, comenta López de Gómara. Ante los ojos lujuriosos de los españoles Chicomecóatl tomó la palabra, deseaba que sus nuevos aliados procreasen hijos con ellas de manera que su amistad fuera perdurable.

El extremeño agradeció con sus mejores palabras semejante obsequio. Según los cronistas las recibió para no dar enojo a Chicomecóatl (seguramente tendría otros buenos motivos) y aprovechó la oportunidad para insistir una vez más en que la única manera de ser verdaderamente amigos y hermanos era que dejasen de idolatrar y de realizar sacrificios humanos y abrazasen la fe verdadera, "y que también habían de ser limpios de sodomías, porque tenían muchachos vestidos en hábitos de mujeres que andaban a ganar en aquel maldito oficio", abunda Bernal. Cortés les reclamó que cada día sacrificaban a tres o cuatro hombres y se los comieran como si fueran vacas (¿cómo traducirían esto los intérpretes puesto que los vacas eran desconocidas en estas tierras?). Bernal, exagerando palpablemente, continúa diciendo: "aún tengo creído que lo vendían por menudo en los tianguez, que son mercados". El extremeño les prometió que, si se comportaban como buenos cristianos, el rey de España los recompensaría dándoles provincias mucho más grandes que las que poseían; además, remató, los españoles

no podían tomar a esas doncellas si no se bautizaban antes, de otra manera caerían en grave pecado.

Por supuesto que a los cempoaltecas, sobre todo a los sacerdotes, tales exigencias les parecieron excesivas. Respondieron como de costumbre que adoraban a sus dioses desde tiempos de sus antepasados y gracias a ellos gozaban de salud, de buenas cosechas y de todo lo necesario y no los iban a abandonar de buenas a primeras por otros que no conocían. Cortés insistió, dijo estar sumamente preocupado por la salvación de sus almas, que temía fuesen a arder al fuego eterno; por lo tanto, y ya que no entendían de buenas razones, derrocarían ese mismo día a sus dioses, les gustara o no.

Instruyó a sus hombres para prepararse a luchar por la fe si es que los nativos intentaban resistirse. Los fanáticos e iconoclastas españoles empezaron a subir por las gradas de uno de los templos piramidales. Chicomecóatl llamó a sus guerreros a defender a sus dioses, los habitantes se agolpaban en las calles aledañas. El choque parecía inevitable. Es en tales ocasiones cuando no se puede menos que admitir el temple especial de que estaba hecho Cortés, para bien o para mal; arriesgando toda su empresa en un solo tiro de los dados, no cedió. Chicomecóatl, rodeado de sus excitados principales y sacerdotes, rogó al extremeño dejar en paz a los dioses, con seguridad la furia divina los exterminaría, tanto a los españoles como a ellos. Cortés repitió con furia que ya que no entendía de razones, ellos se encargarían de destruir a esos demonios; sin embargo, más calmado le dijo que por los favores que de él había recibido le daba una hora para que sus propias gentes los quitaran de los templos; si expirado el plazo no lo habían hecho los echarían a rodar gradas abajo sin ningún miramiento y tendrían a los cempoaltecas como enemigos mortales. Incluso, utilizando todos los recursos que tenía a la mano, lo amenazó con dejar

que Motecuhzoma se vengara de las afrentas sufridas. No menor fue el mérito de "nuestra lengua doña Marina que se los sabía muy bien dar a entender", como dice Bernal.

Las amenazas de Cortés surtieron el efecto deseado. Chicomecóatl estaba en un camino sin retorno y estaba entre dos alternativas: por un lado no podía arriesgarse a provocar la enemistad de los poderosos extranjeros, menos aún sufrir la venganza del tlatoani mexica y posiblemente perder su señorío y hasta su vida; y por el otro temía de igual modo la furia divina. Eligió un curso intermedio, respondiendo que sus súbditos no eran dignos de quitar a sus dioses de esa manera; si los extranjeros los querían derrocar, que lo hiciesen pero sin su consentimiento.

Cortés mandó a medio centenar de soldados que subieran las gradas del templo mayor; una vez arriba asieron las imágenes divinas, que les parecían, a decir de Bernal, "de manera de dragones espantables, tan grandes como becerros, y otras figuras de medio hombre, y de perros grandes, y de malas semejanzas", y las arrojaron escalones abajo, haciéndose pedazos en su caída. Los señores y sacerdotes gemían y lloraban que daba lástima, unos se tapaban los ojos, otros se arrojaban al suelo, todos pedían perdón en voz alta a sus dioses, exclamando que la culpa debía recaer en esos extraños *teules*, si no los defendían era por el temor que sentían de la venganza de Motecuhzoma. El sacrilegio era de tal magnitud que incapaces de observarlo dócilmente algunos guerreros intentaron disparar sus arcos, ante lo cual los españoles tomaron de rehenes a algunos nobles y sacerdotes, amenazando con matarlos si los guerreros trataban de luchar.

Chicomecóatl ordenó a los guerreros retirarse mientras los sacerdotes cargaron con los pedazos y los llevaron a un aposento donde quemaron lo que era combustible. Los largos cabellos de los ministros colgaban enmarañados, llenos

de costras de sangre; sus vestidos oscuros les llegaban hasta los tobillos, sus orejas despedazadas por el autosacrificio, todo el conjunto no podía menos que parecerles repugnante y demoniaco a los españoles, que sólo eran capaces de observar las manifestaciones externas de la profunda fe y devoción de los nativos. Bernal Díaz expresa que "hedían como azufre, y tenían otro muy mal olor, como de carne muerta", y agrega, insistiendo en su infundio, que "tenían el maldito oficio de sodomías", magnífico pretexto que una vez creído de tanto repetírselo a sí mismos les eximía de hacer el mínimo esfuerzo por comprender la "otredad" de una religión y un concepto de vida diferente a la suya.[22]

Una vez que los cempoaltecas estuvieron más calmados, tras constatar que ninguna desgracia inmediata les acontecía, Cortés les largó un nuevo discurso sobre las excelentes razones existentes para derrocar a sus dioses, exponiéndoles de paso las doctrinas básicas del catolicismo, según Bernal de manera tan elocuente que no quedaba más que decir. Para finalizar agregó que deseaba dejarles como protectora a una gran señora, madre de su dios Jesucristo, para que la tuviesen siempre por abogada.

Bajo la supervisión de los españoles los nativos lavaron la sangre de muros y pisos de los santuarios, los encalaron y construyeron un altar en el templo mayor, cubierto con man-

[22] Solís sostiene que el derrocamiento de los ídolos fue llevado a cabo debido a que los de Cempoala celebraron uno de sus festivales más importantes y en el recinto del centro ceremonial intentaron efectuar un sacrificio humano prácticamente frente a los españoles quienes reaccionaron violentamente. Comenta Solís, en la misma vena calumniosa, que "vendíanse después a pedazos aquellas víctimas infelices, y se compraban y apetecían como sagrados manjares: bestialidad abominable en la gula, y peor en la devoción", lo que nos da una idea de cómo fueron distorsionadas con la distancia y el tiempo las noticias del canibalismo ritual mesoamericano en España y en Europa en general.

tas de algodón y sobre el que colocaron una imagen de la virgen María, adornando el recinto con flores y ramas verdes. Cortés les pidió que lo mantuviesen siempre así, encargándolo a cuatro sacerdotes previamente trasquilados y vestidos con mantas blancas; también les enseñaron a manufacturar velas de cera que siempre debían tener prendidas en el altar. Para más seguridad dejaron a cargo de la improvisada capilla a un soldado viejo y cojo, Juan de Torres, natural de Córdoba. Finalmente hicieron una cruz de madera que instalaron sobre un pilar encalado construido para tal efecto.[23]

Por la mañana del día siguiente se inauguró la capilla con la celebración de una misa presidida por fray Bartolomé de Olmedo a la que asistieron Chicomecóatl y sus nobles, así como varios señores de otros pueblos. Los sacerdotes nativos cooperaron incensando copal con sus braseros. A continuación, tras una mínima preparación doctrinal, fray Bartolomé bautizó a las ocho doncellas que hasta entonces habían quedado a cargo de sus parientes para que no tentasen a los españoles a caer en pecado sin ser cristianas.

La sobrina de Chicomecóatl, de quien se dice que era muy fea pero señora de pueblos y vasallos, recibió el nombre de Catalina (al igual que la madre y la esposa de Cortés); su padre la llevó de la mano y se la entregó al extremeño. A la hija del llamado Cuesco le pusieron Francisca, "muy hermosa para ser india" comenta el racista Bernal. Cortés se la dio a Hernández Portocarrero (¿como compensación por

[23] H. Thomas, *La conquista…*, p. 250, exagera la importancia de los cuatro sacerdotes nativos, calificando el suceso incluso como "acontecimiento asombroso, probablemente uno de los más notables en la vida de Cortés", ya que colocó un altar cristiano en manos de sacerdotes paganos ni siquiera bautizados. No leyó tal vez bien a sus fuentes, la única tarea de estos indígenas era mantener limpio y barrido el lugar, lo cual tiene poco de extraordinario; además, ya lo había hecho en Cozumel.

quitarle a Malintzin?), las otras seis las repartió entre algunos capitanes.[24]

Cumplidas estas actividades consideraron que era tiempo de regresar a la Villa Rica. Se despidieron entre grandes muestras de amistad y promesas de apoyo y partieron hacia la Vera Cruz, acompañados por algunos principales.

Al llegar se encontraron con la novedad de que un navío procedente de Cuba había atracado en el puerto ese mismo día; su capitán era Francisco de Saucedo, apodado "el Pulido" pues presumía de galán y del que se decía que fungió durante un tiempo como maestresala del almirante de Castilla; el navío era la carabela que dice Cortés haberle comprado a un Alonso Caballero, de Santiago de Cuba.

Venían a bordo 10 españoles, entre ellos Luis Marín, quien más tarde se distinguiría en la Conquista, así como dos caballos, uno de Saucedo y otro de Marín; aunque hombres y bestias no eran muchos constituían un refuerzo bienvenido.[25] Más importante fue que Saucedo y sus hombres traían noticias frescas de Cuba. Benito Martín, capellán de Velázquez, había regresado de España portador de las licencias para "rescatar" y poblar en las nuevas tierras, así como del nombramiento de Diego como gobernador y adelantado. Carlos V decidió no honrar el acuerdo de sus abuelos los Reyes Católicos con Cristóbal Colón acerca de que el título de gobernador de las nuevas tierras fuera hereditario y perpetuo. Esta nueva no pudo ocultarse a los partidarios de Velázquez, lo que mucho los alegró y alentó; en cambio ponía a Cortés en el predicamento de no sólo estar alzado contra un

[24] Según López de Gómara el regalo de las doncellas fue hecho antes de estos acontecimientos cuando los españoles partieron de Cempoala por primera vez. Cervantes de Salazar afirma que las doncellas eran 20 y que la más hermosa de todas era la sobrina de Chicomecóatl.

[25] López de Gómara declara que llegaron en este navío 70 hombres y 9 caballos lo cual no concuerda con cuentas posteriores.

teniente de gobernador, sino contra un gobernador; prueba de su carisma y habilidad fue que a pesar de estas nuevas logró convencer a la mayoría de sus hombres de seguirlo en esa loca aventura con el riesgo de ser juzgados como traidores a la Corona. Solís comenta que los cronistas omitieron declarar cuál fue la razón del viaje de Saucedo ni de qué manera pudo evitar que Diego Velázquez le impidiese llevar refuerzos a su gran enemigo; lo más probable es que cuando Saucedo zarpó Velázquez desconocía que Cortés se había rebelado.[26]

Se ha pensado que su llegada fue a comienzos de julio, mas la Petición del 20 de junio que veremos más adelante ubicaría la llegada de Saucedo antes de esa fecha, ya que fue escrita tras conocer las noticias sobre Cuba y Diego Velázquez.

Ante tales informes el deseo de Cortés de partir hacia México y lograr la sumisión de Motecuhzoma se incrementó, su única posibilidad de lograr el perdón real era enterarlo

[26] Las preguntas 37 y 38 del interrogatorio general del juicio de residencia de Cortés versan sobre si los testigos saben que el navío de Francisco de Saucedo se había quedado en Santiago y posteriormente llegó a la Villa Rica con setenta y tantos hombres y siete o nueve caballos; Martín Vázquez declaró que así fue, DC, II pp. 228, 229, 332. Saucedo murió cuando la Noche de la Huida (Noche Triste), y no tenemos su declaración. En la *Vida de Cortés*, CDH, I, p. 354, se dice que la flota de Cortés fue alcanzada en la Trinidad por Francisco de Salcedo (sic) que llevaba la carabela dejada en reparación en Santiago; iban a bordo de ella 9 caballos y 80 voluntarios. López de Gómara, *Historia general de las Indias*, I, p. 24, seguido por Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos…*, III, déc. II, lib. IV, cap. VI, y Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. I, cap. XVI, nombra a un Francisco de Salcedo o Salceda (aunque los dos últimos escriben el apellido como Saucedo) y dice que era uno de los capitanes de Cortés nombrados poco antes de zarpar de Cuba a cuyo cargo quedó uno de los 11 navíos de la flota, pero después agrega que la nave de Saucedo fue la que llegó a la Villa Rica en estos momentos, p. 66. Henry Wagner tiene un buen comentario sobre el tema aunque todo queda en conjeturas, *The Rise of Fernando Cortés*, pp. 116-117.

a su manera de lo sucedido para que tuviera un punto de vista alternativo al que sin duda Diego Velázquez por medio de su protector el obispo Rodríguez de Fonseca le habría presentado, y hacerle la promesa de ganar para la Corona grandes y ricos territorios.

Por tanto dio prisa a la construcción de la Villa Rica, bajaron de las naves las armas, los víveres y demás cosas que pudieran ser necesarias y se las entregaron al cabildo. Antes de dirigirse tierra adentro necesitaba enviar a Carlos V los documentos pertinentes a su propósito. Para ello decidió enviar un navío a España junto con un complemento importantísimo: el botín adquirido que sin duda daría mucha más fuerza a sus argumentos.

Cortés nombró a Alonso de Ávila como tesorero real con el visto bueno del Ayuntamiento y Gonzalo Mejía pasó a serlo del ejército. En preparación del envío, el tesoro fue llevado a la plaza de la Villa Rica donde se pesó y tasó cuidadosamente, entregándose después a los tesoreros. Encontraron que tras sacar el quinto real (y tal vez el del extremeño, aunque esto no se especifica) lo que quedaba apenas si alcanzaba para pagar a Cortés los gastos que decía haber hecho para la expedición, por lo que a sus hombres prácticamente no les tocaba casi nada. El florido y convincente verbo del extremeño logró persuadirlos de que siendo tan poco les sería de más utilidad enviarlo todo al rey y congraciarse con él. Sería una lástima, les dijo, fundir joyas tan hermosas de las que seguramente obtendrían muchas más en su futura conquista y que lo tomasen como una inversión que les redituaría muy bien poco más adelante. (Bernal Díaz afirma que la iniciativa de obsequiar el tesoro al emperador salió de muchos de los expedicionarios.) Al parecer había recalcitrantes entre los velazquistas, por lo que Cortés pidió a Diego de Ordaz y a Francisco de Montejo convencerlos, uno por uno, de buen

o de mal grado; finalmente todos estuvieron de acuerdo y lo pusieron por escrito firmando el documento.

Esa misión era de suma importancia para Cortés y sus partidarios, ya que su futuro, sus fortunas y tal vez hasta sus vidas dependían por completo de poder justificar sus acciones ante los ojos del monarca y lograr la regularización de su anómala posición. La redacción de la misiva y el modo de exponer los sucesos era vital. Cortés no era mal escritor, su mano se nota en la carta enviada por el cabildo de la Villa Rica a Carlos V (la Carta del Cabildo, también conocida como Primera carta de relación, pues la escrita por Cortés para acompañarla se ha extraviado). Cervantes de Salazar afirma que Cortés se encerró ocho días a escribir. En esa carta se indica al soberano que sus acciones estaban basadas en argumentos jurídicos sólidamente fundados, intentando así neutralizar los posibles cargos de rebeldía, usurpación de funciones y traición que podría hacerle Velázquez. Las razones aducidas estaban apoyadas sustancialmente en la tradición jurídica de Las Siete Partidas (código medieval ya mencionado). Cuando fueron sometidas a un tribunal de juristas en España la Corona las aceptó tácitamente.

Las personas que irían a cargo de misivas y tesoro debían ser escogidas con gran cuidado para cumplir lo mejor posible con su encomienda de procuradores del ejército cortesiano.[27] Tras considerarlo con detenimiento Cortés se decidió por Alonso Hernández Portocarrero, paisano incondicional suyo, y por Francisco de Montejo, a quien, según dice el mal pensado Bernal, Cortés puso de su parte por medio de

[27] En ese tiempo las ciudades de Castilla y de Aragón de cierto tamaño enviaban dos procuradores a las cortes, comisionados para velar por los intereses de sus poblaciones ante la Corona. En el Nuevo Mundo los poblados de La Española y de Cuba también tenían procuradores que se reunían localmente una vez al año por lo general y en ocasiones nombraban un procurador que iba a la corte española.

una dádiva de 2 000 pesos. Montejo era persona de amplias miras, hábil en los negocios, sabía muy bien dónde podía encontrar su beneficio (como más tarde lo demostró en la conquista de Yucatán). Esto tenía la ventaja adicional, aunque secundaria, de que al alejar a Hernández Portocarrero podía con menos desvergüenza llevarse a Malintzin a la cama y, alejando a Montejo, deshacerse de uno de los velazquistas de más categoría.

Los procuradores iban en nombre de todo el ejército, por lo que se tomó del botín general el oro que consideraron necesario para sus gastos de viaje, estancia, gestiones y regreso. Cortés escogió el mejor navío que tenían y ordenó prepararlo para el largo viaje. Quince marineros lo maniobrarían bajo el cuidado y la experiencia de dos buenos pilotos, uno de los cuales fue Antón de Alaminos, que ya había navegado por el paso del canal de las Bahamas, ruta que pensaban seguir. Como Hernández Portocarrero y Montejo habían sido electos alcaldes de la Villa Rica fueron sustituidos en sus cargos por Alonso de Ávila y Alonso de Grado, quienes anteriormente ocupaban el puesto de regidores. Bernardino Vázquez de Tapia pasó a ser regidor.

A los procuradores les fueron entregados varios documentos.

El primero es un Pedimento o petición con fecha de 20 de junio de 1519 en el que los vecinos de la "Villa Rica de la Vera Cruz de esta isla de Ulua nuevamente descubierta" se dirigen mediante el escribano público Pedro Hernández al Cabildo de ese ayuntamiento a través de su procurador Francisco Álvarez Chico; en esencia apoya las decisiones de Cortés y la validación de sus títulos y solicita se pidan a la Corona encomiendas perpetuas y otros privilegios.[28] Su

[28] Este Pedimento fue encontrado por Martínez Cabral en 1989 en el Archivo General de Indias en Sevilla por lo que no es mencionado

principal importancia radica en que fue firmado por más de tres centenas de soldados y marinos, entre ellos Bernal Díaz, quien no había sido aludido por las fuentes más antiguas.[29]

El siguiente documento son unas Instrucciones del cabildo de la Villa Rica a los procuradores Montejo y Portocarrero, especificando las tareas que debían realizar en España, así como un amplio poder para encargarse de sus intereses. No tienen fecha, mas por la copia que se conserva pueden ser de poco antes de la salida de los procuradores, que fue el 26 de julio; sin embargo, debió haber una versión anterior de comienzos de junio tras la llegada de Saucedo, ya que se dieron a conocer a los avecindados por el procurador del Cabildo y los vecinos respondieron con la Petición del 20 de junio.

Se instruía a los procuradores que solicitaran a Carlos V el otorgamiento, a los futuros conquistadores, de repartimientos perpetuos de indios, no sólo por un tiempo como en las islas, pues se había constatado que de esa manera los encomenderos trataban muy mal a los nativos y éstos morían; en cambio si eran perpetuos cuidarían más de ellos aunque fuese por interés propio. Se debía evitar el repartir un pueblo entre cinco o seis españoles, pues así se dividía

---

con anterioridad, no está entre los DC (*Documentos cortesianos*) de José Luis Martínez. Sus fojas están en mal estado, en parte casi ilegibles. Se ha sugerido que podría tratarse de una mencionada carta de los capitanes y soldados que sigue perdida, más esa iba dirigida a los reyes Juana la Loca y Carlos V mientras que el Pedimento es al Cabildo.

29 María del Carmen Martínez menciona 314 firmas mientras que Luis Barjau habla de 344 y agrega que fue escrito en los cuatro meses de abril a agosto que estuvieron en Veracruz, dice que con estas firmas se ratifica que muchos no sabían escribir por lo que otros firmaron por ellos. Bernal habla de una carta firmada por 10 soldados, él entre ellos, así como de una carta del cabildo firmado por todo el ejército; López de Gómara dice que fue firmada por el cabildo y los hombres principales.

a las familias con el resultado que los indígenas se dejaban morir y se provocaban eternos pleitos y debates de los encomenderos con las autoridades. En vez aconsejaban al rey encomendar todo un pueblo en un solo español, ya que en las nuevas tierras había pueblos de sobra.

Se pedía que los nombramientos del regimiento de la Villa Rica fuesen perpetuos y que se enviasen en blanco para que fueran llenados por Cortés en nombre de los reyes con las personas que le parecieran mejores; que no se otorgaran tales nombramientos ni otros como el de contador, factor, veedor de la fundición, alcaide de la fortaleza, escribanías, alguacilazgos, etcétera, por favoritismo, pues después los cargos se vendían a gentes que no los merecían y ello contribuía a la destrucción de la tierra; en vez debían otorgarse a los primeros conquistadores y pobladores que fuesen hijosdalgo. Los procuradores debían poner en esto todo su empeño, haciendo notar al rey los gastos, trabajos y servicios de los conquistadores. También debían solicitar que se le otorgara a la Villa Rica armas, pendón y sello como se había hecho con algunos poblados de La Española.

Enseguida se les instruía sobre las mercedes que debían solicitar: la exención del pago de impuestos sobre los bienes que se importaran de España o de otras partes por un periodo de 10 años o de ser posible por más tiempo o incluso perpetuamente (el pedir no empobrece). Que se les diera licencia para que en la Villa Rica y en las ciudades que después se poblaran fuesen repartidos solares, caballerías y peonías y que tras de haberlas poseído por dos años sus propietarios pudieran venderlas si así lo deseaban. Que se les hiciera merced de todo el oro, la plata y perlas, de minas y de "rescate" pagando sólo el diezmo durante 10 años o más y que después de pasado ese tiempo empezaran a pagar el quinto real como en las demás islas. Que hubiese fundición de oro todo el año, de manera que cada quien mandara fundir su

parte cuando la tuviera y que se mandase un fundidor y el cuño con que se marcara el oro. Que se les otorgara licencia para acuñar monedas de plata, lo que sería más económico que enviar el metal a España para acuñarlo allá y enviarlo de regreso, y si no que les enviaran monedas de plata para el trato y el comercio. Que pudiesen "rescatar" pagando solamente el derecho de los reyes. Que se le otorgara tanto a la Villa Rica como a las futuras poblaciones el usufructo de las multas reales por un periodo de seis años o más para sus gastos. Que se les hiciera merced de la escobilla (limaduras de metal precioso) de la fundición para beneficio del hospital y de la cofradía de Nuestra Señora de la Villa Rica. Que se les permitiera traer esclavos o esclavas de España o de las islas para su servicio. Que se les diera licencia de descubrir a su costa, asentando y capitulando con los oficiales reales que allá residieran y que después lo confirmara la Corona.

Debían solicitar también la merced de que las salinas fueran francas y libres de impuestos. Que se otorgase merced para que esa tierra gozara de las mismas libertades y franquicias que La Española, Cuba, Jamaica y Tierra Firme de no pagar impuestos por 20 años o más. Que se ordenara que a los que vinieron con Cortés no se les quitaran sus indios de repartimiento en Cuba, pudiéndolos seguir usufructuando por cinco años o más, ya que la tierra en que ahora estaban era muy grande y no se podría conquistar ni sacar provecho de ella tan pronto y si les quitaban sus encomiendas cubanas perderían toda su hacienda y no podrían proveer esa nueva tierra; sobre esto debían de poner mucha diligencia.

Se prosigue pidiendo que nadie impidiera ni estorbara la venida de naves de España o de las islas a esas tierras, pues tenían gran necesidad de ser proveídos. Que se les otorgara licencia para que los indios tomados en guerra que no quisiesen ser cristianos ni servirlos se pudieran hacer esclavos y repartir como tales, como se acostumbraba hacer en tierras

de infieles, y que se les enviara un hierro para marcarlos. Que los alcaldes de esas partes fueran visitadores porque se daban muchos pleitos y enojos sobre las jurisdicciones, como por experiencia de las islas ya se había visto. Que los indios traídos de Cuba se les dieran a quienes los tenían en esos momentos. Los procuradores debían también pedir el envío de un investigador que pudiera comprobar todas las acusaciones que se hacían sobre el comportamiento de Diego Velázquez. Finalmente, los procuradores no deberían salirse de lo estipulado en las Instrucciones, ni empezar a gestionar estas solicitudes ni hacer nada más sin antes contar con el consejo de letrados competentes.[30]

El 6 de julio de 1519 Hernán Cortés otorgó un poder al mercader Juan Baptista para que efectuara ciertos negocios en Sevilla con su padre Martín Cortés.[31]

30 DC, I, pp. 77-85.

31 H. Thomas publicó, en su libro sobre la Conquista una carta de Cortés, fechada el 6 de julio de 1519, en la Villa Rica de la Vera Cruz "desta ysla nuevamente descubierta yntitulada Qulna". Fue encontrada en el Archivo de Protocolos de Sevilla y era inédita y desconocida hasta ese momento. Constituiría el documento más antiguo que se tiene sobre la conquista de México si la "Merced y mejora de Hernán Cortés a los caciques de Axapusco y Tepeyehualco" no fuese auténtica. El asunto tratado es puramente comercial: un tal Juan Bautista, vecino de la Fernandina, maestre de la nao Santa María de la Concepción, en nombre de Cortés por el poder que de él tiene y Martín Cortés y Fernando de Herrera, vecinos de Medellín se obligaban mancomunadamente con Luis Fernández de Alfaro, cómitre de Sus Altezas, y con Juan de Córdoba, platero y vecino de Sevilla, en la colación de la Santa María a que estos dos últimos carguen en esa nao mercaderías con valor de 200 000 maravedíes compradas y consignadas por ellos y por Martín Cortés, Fernando de Herrera y Antón Ruago a Hernán Cortés. Juan Bautista debía llevar la nao Santa María de la Concepción desde San Juan de Ulúa hasta Castilla, descargarla de las joyas de oro y plata y otras cosas que van para sus altezas entregándolas a Hernández Portocarrero y Montejo y regresar a San Juan cargada con cosas que pidió Cortés en un memorial dirigido a

Sigue la famosa Carta del Cabildo dirigida a los reyes con fecha de 10 de julio, donde se da noticia de lo sucedido hasta entonces, así como una solicitud de legitimar la fundación de la Villa Rica y algunos comentarios sobre la religión nativa, básicamente acerca de los sacrificios humanos; pero no se mencionan dos sucesos relevantes: el regalo de las 20 doncellas en Tabasco, ni la visita de los caciques de Axapusco.[32] De todos los documentos fueron enviados tanto el original como una copia.

Narra brevemente los acontecimientos sucedidos y se comenta la supuesta extrema situación de cómo se encontraban en gran peligro en medio de multitudes de indígenas, riesgo que afrontaban gustosos con tal de servir a Dios y a Su Majestad. Prometían ganar para la Corona el reino de México y tomar vivo o muerto a su soberano Motecuhzoma (primera referencia expresa y sin maquillaje de las verdaderas intenciones de Cortés). Pedían a los reyes no otorgar la gobernación de esas nuevas tierras ni otros nombramientos reales a cualquier persona, pues eran tan ricas que sólo convendría para ese cargo uno de los hijos del rey u otro gran señor. Manifestaban su temor de que el obispo de Burgos y arzobispo de Rosano, Juan Rodríguez de Fonseca, presidente del Consejo de Indias, designase a alguno de sus parientes o amigos como lo era Diego Velázquez; si tal hacía se negarían a obedecerlo hasta en tanto el rey estuviese enterado y lo ratificase, en cuyo caso pondrían los pechos por tierra.

---

su padre y al licenciado Alonso de Céspedes. Véase *La conquista de México*, pp. 694-699.

32 En esta Carta del Cabildo hay unos párrafos que dicen: "en un capítulo desta carta dijimos de suso enviamos a vuestras reales altezas relación de las cosas de la tierra, riquezas y su "ley o seta, ritos y ceremonias en que viven", pero "de suso", arriba, no contiene mayor información, quizá se eliminó o Cortés lo haya mencionado en su perdida Primera carta.

Acusaban a Velázquez de mal gobernar en Cuba y de ejercer la justicia a su antojo, provocando la pobreza de muchos hombres buenos a los que no daba encomiendas, todas las tomaba para él y sus partidarios; a más de eso les quitaba el oro que honradamente habían obtenido. Estaban seguros de que los reyes no tendrían noticia de tales malos manejos pues Velázquez tenía comprados a procuradores, alcaldes y regidores. Opinaban que era tiempo de que se le hiciera un juicio de residencia y se le quitara el cargo. Fray Bartolomé de las Casas asevera que en esta carta negaron, o callaron, la parte que jugó Velázquez en armar la expedición de Cortés, "fingiendo mil cautelas y afirmando muchas otras falsedades y mentiras"; el fraile asegura que esta carta no la vio el emperador pues si hubiera sido así no les sucediera el negocio tan favorable a Cortés y a sus consortes.

Se propone a Cortés como la mejor persona para ser nombrada gobernador de las nuevas tierras, alabando sumamente al extremeño y pidiendo al rey lo confirmara en el cargo para el que había sido electo en su real nombre por el Ayuntamiento de la Villa Rica de la Vera Cruz, y en caso de que ya lo hubiese conferido a otro lo revocara para evitar posibles escándalos, peligros e incluso muertes.

En la carta está incluida una descripción de las nuevas tierras,

> que en toda España no pueden ser mejores, ansí de apacibles a la vista, como de fructíferas de cosas que en ellas siembran, y muy aparejadas y convenibles, y para andar por ellas y se apacentar toda clase de ganados.
>
> A nuestro parecer se debe creer que hay en esta tierra tanto [oro] cuanto en aquella de donde se dice haber llevado Salomón el oro para el templo.

Se habla un poco de la flora y de la fauna, de los habitantes y de sus vestimentas, de sus alimentos, poblaciones, gobierno, templos y religión, poniendo especial énfasis en los sacrificios humanos:

> Y tienen otra cosa horrible y abominable y digna de ser punida, que hasta hoy visto en ninguna parte, y es que todas las veces que alguna cosa quieren pedir a sus ídolos, para que más aceptación tenga su petición, toman muchas niñas y niños y aun hombres y mujeres de más mayor edad, y en presencia de aquellos ídolos los abren vivos por los pechos y les sacan el corazón y las entrañas, y queman las dichas entrañas y corazones delante de los ídolos, ofreciéndoles en sacrificio aquel humo. Esto hemos visto algunos de nosotros, y los que lo han visto dicen que es la más terrible y más espantosa cosa de ver que jamás han visto. Hacen estos indios tan frecuentemente y tan a menudo que, según somos informados, y en parte habemos visto por experiencia [...] no hay año que no maten y sacrifiquen cincuenta ánimas en cada mezquita.

Según los cálculos expresados por el cabildo en toda esa tierra sacrificaban a unas tres o cuatro mil personas. Enseguida reafirmaban la gran mentira: "hemos sabido y sido informados de cierto que todos son sodomitas y usan aquel abominable pecado".

Por todas las razones aducidas consideraban que era de gran conveniencia convertir a los nativos al cristianismo (como si ese no fuese el motivo expreso por el que el Sumo Pontífice concedió el usufructo de casi todo el Nuevo Mundo a la Corona española), aunque por lo menos declaran (tal vez en ello se encuentre la mano de fray Bartolomé de Olmedo): "si con tanta fe y fervor y diligencia a Dios sirviesen, ellos harían muchos milagros". Opinaban que

seguramente Dios tendría sus razones para permitir a los españoles llegar a esas tierras y aseguraban a los reyes que predicándoles la nueva fe todos la abrazarían en un tiempo muy breve, "porque viven más política y razonablemente que ninguna de las gentes que hasta hoy en estas partes se ha visto". Sugerían (como si Carlos V necesitase de consejo) que el rey podría tratar ese punto con el Sumo Pontífice. No olvidaron las cuestiones espirituales, por lo que instruyeron a los procuradores solicitar la expedición de bulas del Sumo Pontífice absolviendo de todo pecado y pena a quienes fallecieran en esas partes conquistando, descubriendo o poblando igual que a los que morían en África, pues con tal absolución plenaria muchas personas se aventurarían a participar en esas empresas.

En cambio omitieron decir que buena parte del botín que enviaban al rey estaba conformado por obsequios que Motecuhzoma les mandaba; sólo se menciona vagamente que enviaban "todo el oro y plata y joyas que en esta tierra habemos habido de más".

También encontramos una curiosa referencia a los viajes de Hernández de Córdoba y de Grijalva que envío a nota al pie.[33] Dice Bernal que esa carta fue firmada por 10 soldados, entre ellos él mismo, y que se envió otra firmada por el Cabildo y por todo el ejército, mientras que

[33] En la Carta del Cabildo se menciona que Grijalva llegó al puerto de "Campoche" (sic) donde pudo hablar con el cacique que se llamaba Lázaro mediante una lengua o intérprete que llevaba, tras lo que siguieron navegando hasta el río Grijalva donde también se comunicó mediante las lenguas y "farautes" que traía y que por tanto debían conocer bien la lengua maya–chontal como para entender esa variante del maya yucateco. Más extrañamente aún al llegar a las playas de Veracruz frente a San Juan de Ulúa los intérpretes también sirvieron no se sabe si hablaban totonaco o náhuatl ni quiénes podrían haber sido tales intérpretes, así en plural.

López de Gómara narra que lo fue sólo por el Cabildo y los hombres principales.[34]

La Carta del Cabildo ha sustituido a la perdida Primera carta de relación de Cortés, si es que ésta existió. Bernal escribe que "Cortés escribió por sí, según él nos dijo, con recta relación, más no vimos su carta".[35]

Los procuradores también llevarían a su patria varias cartas particulares de los expedicionarios, entre ellas una de Cortés a su padre Martín (al igual que algún oro).

Guardando las formas correctas de comportamiento, Cortés, como siempre que le convenía, pidió al Cabildo le

[34] López de Gómara y Bernal sintetizaron el contenido de la Carta del Cabildo aunque sus sumarios difieren entre sí y con la carta misma. Bernal incluye alguna descripción de los objetos preciosos incluidos en el botín y menciona el quinto concedido a Cortés lo cual fue omitido en la Carta del Cabildo y seguramente también en la Primera carta de relación. La Carta del Cabildo permaneció desconocida y sin publicar hasta el siglo XVIII, cuando hacia 1777 William Robertson, historiador británico (que escribió la obra *The History of America*, en la que incluía un relato de la conquista de Tenochtitlan que provocó una fuerte reacción critica de Francisco Javier Clavijero) al buscar la Primera carta de Cortés lo intentó en la Biblioteca Imperial de Viena donde pensaba que probablemente estaría. La carta no fue encontrada pero en el llamado *Códice Vindobonensis* aparecieron tanto la Carta del Cabildo como la Quinta carta de relación de Cortés que tampoco era conocida. Este códice es un manuscrito de fines del siglo XVI, de 325 fojas, y contiene copias autorizadas de la Carta del Cabildo con el título añadido de Primera Relación así como de las restantes cuatro cartas de relación de Cortés y de otros documentos sobre Pizarro y Almagro. No fue sino hasta 1825 que la Carta del Cabildo y las cuatro cartas de relación de Cortés se imprimieron juntas por primera vez, en *Historiadores primitivos de Indias*, Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, en Madrid, bajo el cuidado de Enrique de Vedia.

[35] Tal existencia es muy probable, ya que en una carta de 1522 de Martín Cortés, padre de Hernán, dirigida al Lic. Núñez, Martín dice tener una copia de ella y que el escribano del rey Juan de Sámano tenía otra, además Cortés mismo menciona esa misiva en su Segunda carta de relación y López de Gómara y Bernal Díaz se refieren a ella. Es posible que aparezca un día afortunado en algún archivo.

permitiera leer la misiva (como si no hubiera tenido gran injerencia en su redacción), mostrando gran alegría con su lectura. Les agradeció los elogios para con su humilde persona y les prometió grandes cosas para el próximo futuro. No pudo evitar mencionar que hubiera preferido que en ella no se mencionara a Francisco Hernández de Córdoba ni a Juan de Grijalva, arguyendo que era innecesario, él mismo no los mencionaba en su carta, intentando, por supuesto, adjudicarse todo el mérito del descubrimiento. No faltó quien le objetara, con toda razón dice Bernal, que al rey no se le debía mentir.

Las Instrucciones y la Carta del Cabildo son los primeros documentos que con seguridad tenemos de Cortés en las nuevas tierras. Son interesantes pues-dejan ver los errores y vicios que se cometían en las islas del Caribe y que, según dicen, deseaban evitar en la Nueva España, y porque muestran también cómo y de qué manera apenas iniciada la llamada *conquista* Cortés pensaba en la organización del futuro gobierno.

Los procuradores llevarían a Carlos V una muestra de la población nativa: cuatro nativos, dos hombres y dos mujeres, que destinados al sacrificio fueron salvados por los españoles no sin las vehementes protestas de los nobles indígenas, aunque Solís dice que se ofrecieron voluntariamente.[36]

[36] Pedro Mártir de Anglería, quien los vio en España, afirma que se trataba de cuatro hombres, dos de ellos llevaban a sus esposas. Una de las cosas que más le llamó la atención fueron sus bezotes: "No recuerdo haber visto nunca nada tan feo, ellos creen, por el contrario, que no hay cosa más elegante bajo la capa del cielo", lo que le da pie para reflexionar sobre la relatividad que del concepto de belleza tiene el ser humano. Declara también que si bien los españoles efectivamente quitaron a los cempoaltecas unos esclavos que iban a sacrificar tuvieron que devolvérselos ante el peligro inminente de que se rebelasen y porque aún no era tiempo de impedírselos (lo que lleva a dudar de las declaraciones sobre el derrocamiento de los ídolos, medida mu-

El botín que le llevaban a Carlos V era considerable y su valor artístico incalculable, sobre todo los regalos de Motecuhzoma, como las dos grandes ruedas de oro y de plata, el casco lleno de pepitas de oro y los códices. Todo inventariado con lujo de detalle al final de la Carta del Cabildo.[37] Su valor artístico era tal que incluso para los españoles de esa época en que ciertamente las manifestaciones mesoamericanas debían parecer muy exóticas no pasó del todo desapercibido. López de Gómara reporta que: "Eran estas cosas más bien lindas que ricas [...] Las obras de vaciadizo excedían el juicio de nuestros plateros", y, refiriéndose a los códices, dice que se trataba de "algunos libros de figuras por letras, que usan los mejicanos, cogidos como paños, escritos por todas partes. Unos eran de algodón y engrudo, y otros de hojas de metal [sic], que sirven de papel, cosa muy digna de ver. Pero como no los entendieron, no los estimaron". El tesoro contenía poca plata y el oro seguramente había sido recolectado de los ríos durante varias generaciones, pues no trabajaban las minas.

---

cha más radical). Afirma Mártir que los procuradores llevaron con ellos buena cantidad de libros de los indígenas (en otras fuentes se dice que sólo eran dos) cuyas tapas de madera estaban hechas con mucho arte y contenían, según se creía, temas sobre sus sacrificios y ceremonias, contabilidad, anotaciones astronómicas y los modos y tiempos para sembrar, describe también la manufactura de los códices y sus curiosos pictogramas.

37 Ya antes se han descrito algunos de estos objetos, por lo que sería tedioso enumerarlos. Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, II, pp. 309-315, proporciona la lista completa cotejada por Juan Bautista Muñoz el 30 de marzo de 1784 con otra que encontró en un libro llamado *Manual del tesorero de la Casa de Contratación de Sevilla*. Zelia Nuttal opina, en cuanto a los códices, que se trataba del de *Viena* y del *Zouche-Nuttall*. A J. Eric Thompson le parece que eran de origen maya según la descripción que de ellos da Pedro Mártir.

El botín fue estimado en cerca de 23 000 pesos de oro, según declara López de Gómara. En las Instrucciones a los procuradores se especifica que su valor era de unos 10 000 pesos, por lo que el quinto hubiese montado a tan sólo 2 000 pesos. Las cuentas son confusas y al parecer no se envió la totalidad del tesoro, como lo manifiesta López de Gómara, quedándose Cortés con una parte para solventar los gastos futuros de la empresa. Las Casas escribe que a los procuradores se les entregaron 3 000 castellanos para sus gastos y que Cortés envió 3 000 más a su padre don Martín. Los procuradores debían pedir licencia en la Casa de Contratación de Sevilla para que les dejaran pasar íntegro este tesoro y poder llevarlo a donde estaba el monarca.

Ante la inminente partida de Montejo y Hernández Portocarrero se dio otro conato de rebeldía de los velazquistas, sus principales cabecillas eran Pedro Escudero, el piloto Diego Cermeño, el piloto Gonzalo de Umbría, Bernardino de Coria, el clérigo Juan Díaz, Alonso Peñate y sus hermanos (marineros naturales de Gibraleón). Pedro Mártir agrega a un Alfonso Peinado. Al parecer tenían rencillas con Cortés, unos porque no les dio licencia de volver a Cuba aunque se los había prometido, otros porque no les dio sus partes del oro que se envió a Castilla, los Peñates porque los mandó azotar en Cozumel cuando hurtaron los tocinos del tal Barrio. Esta vez el descontento se transformó en conjura, los inconformes acordaron apoderarse de un navío, matar al maestre y navegar a Cuba para avisar a Diego Velázquez sobre la partida de los procuradores y de las malas acciones de Cortés y de sus partidarios. Incluso llegaron a meter provisiones en la nave en que pensaban embarcarse hacia la medianoche. Posiblemente habrían logrado su propósito si uno de ellos, Bernardino de Coria, no se hubiera arrepentido, fue a notificárselo a Cortés, quien de inmediato en su papel de justicia mayor ordenó aprehender a los conjurados y quitar

las velas, la aguja de marear y el timón del navío en que pretendían irse.

Este intento de deserción le preocupó, no deseaba dejar a sus espaldas descontentos con la posibilidad de intentar nuevamente apropiarse de algún navío para regresar a Cuba. Era necesario que Velázquez permaneciera más tiempo en la ignorancia. También existía la posibilidad de que otros quisieran desertar, temerosos ante la orden de avanzar al interior. Ese fue el motivo de la decisión extrema que tomó, tan loada por muchos historiadores antiguos y modernos como heroica y sin parangón, cuando en realidad fue sólo una medida desesperada de sobrevivencia. Para evitar que los navíos fueran usados con propósitos ajenos a los suyos determinó inutilizarlos, lo que además le permitió reforzar sus tropas con los cien hombres de mar que estaban a su cuidado, matando varios pájaros de un tiro. Mucho se ha discutido la manera en que fue tomada y ejecutada tal decisión.[38]

Cortés adujo en su Segunda carta de relación que lo decidió a causa de que los partidarios de Velázquez pretendían desertar por miedo, si tomaban los navíos se alzarían dejándolo casi solo, entorpeciendo sus grandes servicios a Dios y a la Corona por lo que, "so color" de que ya estaban inservibles, mandó jalarlos a la costa, lo que le permitiría emprender el camino a Tenochtitlan con más seguridad.

López de Gómara narra que temiendo un motín si se desahuciaban las naves en público, entró en contubernio con algunos maestres y pilotos; los maestres barrenarían en

[38] López de Gómara y Bernal Díaz, a quienes siguen la mayoría de cronistas e historiadores posteriores, colocan la salida de los procuradores antes de que se inutilizara la flota. Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista*…, vol. IV, pp. 151-156, sugiere que los navíos fueron echados al través entre el 10 y el 16 de julio puesto que el día 10 fue firmada la Carta del Cabildo en la que no se menciona este hecho y el 16 partieron los procuradores.

secreto los cascos de los barcos para que hiciesen tanta agua que no pudieran ser reparados, mientras que los pilotos se encargarían de hacer correr la voz de que las naves estaban en un estado de avanzado deterioro, comidas por la broma.[39] Después, buscando una ocasión en que el extremeño estuviese en compañía de muchos de los hombres, irían a comunicarle el mal estado de la flota en voz muy alta, como si no estuviese enterado.

El plan, dice López de Gómara, dio resultado y todos lo creyeron pues los navíos llevaban tiempo anclados. Cortés, que siempre procuraba que las grandes decisiones parecieran tomabas por la mayoría, consultó con sus hombres y decidieron aprovechar todo lo que se pudiera y hundirlos o darles al través (es decir vararlos sobre la playa), no sin mostrar gran sentimiento por una pérdida de tal envergadura que los dejaba incomunicados sin posibilidad de retirada, si las cosas marchaban mal.

El capellán relata que primero lo hicieron con cinco naves y después con otras cuatro, aunque con más dificultad, pues muchos empezaron a murmurar que Cortés los metería en una trampa mortal. De acuerdo con esta versión el extremeño debía estar en la Villa Rica, puesto que se dice que tuvo que calmarlos en persona a base de promesas, repitiendo que aquellos que quisiesen partir a Cuba podrían hacerlo en el único navío que quedó en condiciones de navegar, aunque no tenía ninguna intención de permitirlo, deseando sólo saber quiénes eran los que no comulgaban con sus ideas o tenían miedo. Muchos solicitaron licencia de partir, entre ellos gran parte de los marineros, cuyo oficio no era el de la guerra. Habiendo quedado al descubierto los pusilánimes y

[39] La broma o taraza (*Teredo navalis*) es un molusco lamelibranquio que segrega una sustancia caliza con la cual reviste largas galerías en las maderas sumergidas.

los descontentos, Cortés mandó inutilizar el último navío, acabando con toda esperanza de regresar.

Bernal, como es su costumbre, refuta a López de Gómara afirmando que las cosas no sucedieron como el capellán lo escribe, sino a "ojos vistas"; que fueron sus partidarios quienes aconsejaron a Cortés tomar tal medida, aunque unas cuantas líneas adelante afirma que según lo entendió lo había decidido Cortés, pero deseaba que pareciese como si la decisión saliera de sus hombres, así, en caso de que se le exigiera el pago de los navíos debía hacerse entre todos. Afirma que Juan de Escalante fue enviado por Cortés a la Villa Rica en su calidad de alguacil mayor, como hombre de su confianza y de probado valor, además de ser enemigo de Diego Velázquez debido a que el gobernador no le había dado buenas encomiendas. Debía sacar de los navíos lo que pudiera ser de utilidad, como anclas, cables, velas, etcétera, y después echarlos a pique dejando a flote solamente los bateles. Los marineros que no tuviesen entrenamiento militar quedarían como guarnición de la villa, ocupándose de proveerla de pescado por medio de dos chinchorros, en el puerto siempre había pesca aunque no abundante. Juan de Escalante cumplió su encargo a la vista de todos y regresó a Cempoala, donde se encontraba Cortés, llevando consigo una nueva capitanía formada por los marineros que probarían ser buenos soldados.

Antonio de Herrera manifiesta que los hombres de más confianza de Cortés fueron quienes le pidieron cometer esa acción, instigados por él, y que se levantó un acta constatándolo, de modo que no tuviese que pagar el costo de los navíos sino todo el ejército. Argensola lo apoya, agregando que se solemnizó el acto como auto judicial ante escribano real y que fue consentido y aprobado por todos.

Los demás cronistas manejan alguna de estas dos versiones o una mezcla de ambas. Andrés de Tapia, testigo presen-

cial, se muestra básicamente de acuerdo con estos hechos: escribió que llevaron los navíos a la costa y que Cortés les dijo "rompedlos, porque se excuse el trabajo de sostenerlos".

Las Casas comenta:

> Y porque, como astusísimo, Cortés ninguna cosa dejaba de pensar y de hacer que le pareciese convenille para se sustentar en el estado que con mañas y astucias usurpó, porque no le iba menos que ser ahorcado por Diego Velázquez y por mandado del rey desque supiese la verdad, o muerto por los indios, hizo que todos los navíos se echasen a fondo tramándolo de modo que no pudiesen impedírselo si lo hubiera hecho público no se lo hubieran permitido.[40]

Fray Francisco de Aguilar, quien también estaba presente, afirma que Cortés contaba con el apoyo de varios paisanos de Extremadura, mas ni siquiera a ellos confió su decisión sino que habló con uno de los maestres de las naves, muy amigo suyo y compadre, a quien rogó ir en secreto por la noche a los navíos y barrenarlos habiendo antes mandado salir a tierra a los marineros. Su compadre así lo hizo sin que nadie lo viera, por lo que al amanecer estaban anegadas todas las naves con excepción de una carabela, ya fuese porque Cortés tenía planes para ella o porque no quisiera quedarse sin ninguna carta que jugar en caso necesario.[41]

[40] La *Historia de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas termina, en lo que respecta a la conquista de México, con estos acontecimientos por lo que desafortunadamente ya no será posible contar tan seguido con sus mordaces comentarios.

[41] Otros testimonios son los de Montejo y Hernández Portocarrero. De acuerdo con sus declaraciones, hechas en La Coruña en abril de 1520, la operación se hizo antes de su partida a España. Montejo manifestó que los navíos estaban muy viejos y que maestres y pilotos dijeron bajo juramento que sólo tres estaban en condiciones de hacer el viaje

Es probable que sucediera una combinación de estos elementos: habiendo tomado la resolución ya fuese en su fuero íntimo o confiándola a pocos de los más leales, sobornó con oro y promesas a algunos de los pilotos y maestres para hacer correr el rumor de que los navíos estaban inservibles por efectos de la broma y los instruyó para que se lo comunicaran en público. Es factible que en realidad varios de los navíos, si no todos, tuviesen el casco seriamente dañado por ese molusco, pues llevaban buen tiempo anclados, y que los maestres involucrados barrenasen por la noche los que estaban en mejores condiciones.

Por largo tiempo se hizo popular la leyenda de que Cortés había mandado quemar las naves; hasta hoy en día se habla de "quemar las naves" cuando se toma una decisión irrevocable.[42] No deja de ser curioso que esta versión se

---

de regreso y aun éstos con muchos trabajos por lo que echaron a través a todos excepto a tres, en uno de los cuales se vinieron ellos y que Cortés pagó o quedó de pagárselos a sus dueños. Hernández Portocarrero declaró que desde que poblaron los maestres le decían a Cortés que todos los navíos se estaban yendo a fondo y ya no los podían mantener a flote; finalmente el capitán mandó a ciertos maestres y pilotos que entrasen a los navíos para inspeccionarlos reportándole que solo tres de ellos estaban en condiciones de navegar y eso si se reparaban a gran costo, incluso algunos ya se habían hundido estando anclados, los demás fueron echados a través. DC, I, pp. 109-113. Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista...*, vol. IV, p. 154, escribe basándose en López de Gómara que Cortés dejó tres naves dando permiso a los timoratos de irse en dos de ellas y después revocándoselos y destruyéndolas también, quedando tan sólo la capitana. Pero el capellán, *Historia general...*, I, p. 71 habla nada más de una nave ofrecida a los que deseaban irse, misma que después se echó también de través, como las nueve anteriores, dando un total de 10. En la "Merced y mejora de Hernán Cortés a…", se dice que Cortés echó los navíos a través animado por Tlamapanatzin y Atonaletzin. DC, I, p. 69.

42 Hacia mediados del siglo XVI empezó a correr una historia según la cual Cortés mandó quemar las naves; al parecer fue iniciada por Cervantes de Salazar quien al describir en su *Túmulo imperial* una de las

hiciera popular, pues también había testimonios de Cortés, López de Gómara y Bernal Díaz, entre otros, que narraron cómo había sido en realidad, pero fue más atractiva la imagen de las naves quemadas.

Cortés no era hombre que desperdiciara lo utilizable, más aún sabiendo que por algún tiempo no tendrían manera de proveerse (por lo que es absurdo pensar que mandó quemarlos innecesariamente), su objetivo era sólo inutilizarlos. Por ello ordenó sacarles todo lo que pudiera servir y entonces dieron al través cinco naves y las otras cuatro poco después, con mayor oposición. Torquemada es de esta opinión, relata que "así se ha platicado siempre entre las gentes que más supieron de esta jornada y lo decían muchos de los conquistadores; que para que haga fe basta"; agrega la posibilidad de que para dar de través a los restantes cuatro se hizo uso del escribano para repartir la responsabilidad y los costos. Al parecer se dejaron a flote la nave capitana y dos pequeños bergantines. La clavazón y las tablas sacadas de

---

pinturas que adornaban este túmulo erigido en honor a las exequias de Carlos V en 1559 y en la que se veían algunas naves ardiendo. Salazar escribió sin base alguna que representaban "los navíos en que [Cortés] pasó, quemados y echados al través". Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias*, caps, VIII-IX, también escribió, hacia 1589, que Cortés mandó quemar los navíos sin tomarles parecer a sus hombres contando con la complicidad de dos o tres amigos. Cuando los vieron arder intentaron en vano extinguir las llamas pues un vientecito que soplaba ayudó a propagar el fuego. Agrega que Cortés realizó la pantomima de investigar quién había provocado el incendio sin encontrar al culpable. Esta versión gozó de cierta notoriedad, incluso se pintaron cuadros representando la flota de Cortés en llamas. El cap. LXIII de la "Historia de la nación chichimeca", de Alva Ixtlilxóchitl, se tituló "Que trata de lo más que le sucedió a Cortés en la Villa Rica, y quema de los navíos"; es posible que los títulos de esta historia fuesen escritos por otra persona, aun así es indicativo de cómo estaba generalizada esta versión.

los barcos fueron utilizadas en las construcciones de la Villa Rica.[43]

Haciendo las cuentas habían salido de Cuba con 11 navíos, sumándoles el que llegó bajo Saucedo aumentarían a 12.

Los cronistas se deshacen en elogios sobre esta hazaña. López de Gómara dice que: "Pocos ejemplos de estos hay, y aquellos son de grandes hombres". El *Códice Ramírez*, que fue un "Hecho famosísimo y de ánimo invencible que admiró a todos grandemente". El cronista mestizo Fernando de Alva Ixtlilxóchitl la llama una de las mayores hazañas vistas en el mundo. Argensola, una "resolución altísima en grado supremo". Solís, una "resolución dignamente ponderada por una de las mayores de esta conquista: y no sabemos si de su género se hallará mayor alguna en todo el campo de las historias". Fray Juan de Torquemada habla de una intervención sobrenatural:

> De este hecho de Cortés, digo, que bien pudo él hacerlo; pero que allí anduvo el espíritu del Señor sobre las aguas (como dice la Sagrada Escritura) no para hacer de los navíos otra cosa sino para deshacerlos y anegarlos; porque a no ser hecho de Dios era caso temerario de hombres, a los cuales ya

[43] Cortés escribió en su segunda carta que dejó una nave para los procuradores. López de Gómara habla de un total de 10 naves inutilizadas, con lo que les quedarían aún dos; Francisco de Aguilar dice que dieron de través con todas menos una carabela; Bernal Díaz, que todas fueron inutilizadas quedándose sólo con los bateles; Montejo que habían dejado tres barcos en uno de los cuales se embarcaron él y Hernández Portocarrero, quedando por lo tanto dos a los expedicionarios. Orozco y Berra afirma que se inhabilitaron todos, excepto la capitana en la que embarcaron los procuradores. Estas declaraciones refuerzan la versión de que se dieron al través antes de la partida de los procuradores. Como las crónicas difieren quizá sería más prudente pensar que Cortés dejó una o dos naves para alguna emergencia, descontando la que usarían los procuradores.

ayudaba en estas tierras para proseguir en ella lo comenzado en Cempoallan, de la destrucción de el culto del demonio y quebrantamiento de ídolos.

En este culto a la personalidad no se menciona que Cortés no tenía otra alternativa.

El extremeño recomendó encarecidamente a los procuradores no pasar por La Habana ni tocar el puerto del Marien, donde sabía que Montejo tenía una estancia; debían evitar a toda costa que el gobernador de Cuba se enterara de la suerte que había corrido la expedición. Debían navegar por el canal de las Bahamas (que era la ruta de la corriente del Golfo de México hacia el Atlántico y España descubierta por Alaminos unos años antes, cuando piloteaba una nave de Juan Ponce de León, que iba en busca de la fuente de la eterna juventud y que nadie usaba aún, aunque pronto se convertiría en la ruta preferida).

De acuerdo con López de Gómara, después de asistir a una solemne misa del Espíritu Santo celebrada por fray Bartolomé de Olmedo, los procuradores Francisco de Montejo y Alonso Hernández Portocarrero zarparon de San Juan de Ulúa el 26 de julio de 1519 a bordo de la nave capitana.[44] A decir de Bernal el tiempo les fue propicio (sin embargo las fechas sugieren que tardaron casi un mes en llegar a Cuba, cuando la travesía normal sería de aproximadamente 10 días, por lo que debe haber un error). Contraviniendo las instrucciones expresas de su capitán, Montejo logró convencer a Alaminos de atracar brevemente en tierras cubanas, cerca de una estancia que compartía con Juan de Rojas en el Marien, deseaba pro-

[44] Cortés afirma que partieron el 16 de julio; tanto López de Gómara como Bernal Díaz dan la fecha de 26 de julio, aunque el segundo unos párrafos más adelante la cambia por el día 6.

veerse ahí de pan cazabe y puercos; Hernández Portocarrero estaba enfermo y no fue consultado.

En este momento de la narración habrá que abrir un paréntesis para mencionar lo sucedido con los procuradores, a fin de no interrumpir el relato más tarde.

Se dice que llegaron al Marien la noche del 23 de agosto. Juan de Rojas estaba a 40 leguas de distancia, administrando una estancia de Velázquez. Montejo habló con uno de los criados llamado Francisco Pérez e hizo embarcar cuarenta botijas de agua, 40 puercos y 100 cargas de pan. La nave permaneció anclada por cuatro o cinco días. Antes de zarpar Montejo dejó una carta para su socio Juan de Rojas, pidiéndole cuidar la estancia y añadiendo (por algún extraño motivo no especificado) que, aunque tenía orden de Cortés de parlamentar con Diego Velázquez e informarle sobre la suerte corrida por la expedición, no podía esperar más pues su nave hacía agua (extraño pretexto también, posiblemente Montejo intentaba congraciarse con Velázquez para que no confiscara sus propiedades). Francisco Pérez, al subir a bordo para meter las provisiones, logró enterarse de cuál era la verdadera misión de Montejo, incluso se dice que pudo ver el tesoro pues posteriormente diría que la nave iba lastrada con oro. La carta de Montejo llegó a Juan de Rojas ocho días después de zarpar el navío, el 11 de septiembre le escribió a Velázquez informándole de lo que sabía y anexándole la carta de Montejo.

Éstas serían las primeras noticias que recibía Diego Velázquez de la expedición de su alzado "criado" Cortés. Al enterarse de la gran cantidad de oro que llevaban al emperador, exagerado por Pérez, así como de otras noticias al respecto, "tomábale trasudores de muerte", dice Bernal, "y decía palabras muy lastimosas y maldiciones contra Cortés y su secretario Duero y el contador Amador de Lares", a quienes culpó de haberle convencido de dar el mando a Cortés, quien ahora sin duda

lo había traicionado de mala manera e intentaba pasarlo por alto, apelando directamente a la Corona.

De inmediato ordenó que dos navíos pequeños se alistaran con toda la artillería y soldados que hubiera a la mano, los puso al mando de Manuel de Riojas y Gonzalo de Guzmán[45] y les ordenó zarpar rumbo a La Habana en persecución del navío de los procuradores, capturarlo y tomarlos presos; en caso de que ya hubiesen partido debían ir tras ellos hasta el canal de las Bahamas. Todo su esfuerzo fue en vano, pues al llegar al Marien los vecinos les dijeron que el navío había zarpado hacía ya algún tiempo, por lo que tuvieron que regresar a Santiago de Cuba. "Y si triste estaba Velázquez [...] muy más se congojó".

El 7 octubre el gobernador decidió realizar una probanza referente a las acciones de Cortés, contenía 13 preguntas que contestaron 10 testigos bajo juramento. Por consejo de sus partidarios decidió comunicar al emperador su punto de vista muy distinto al de los procuradores y notificar también al obispo Rodríguez de Fonseca. Para esa delicada misión escogió el 15 de octubre a Gonzalo de Guzmán, a quien encomendó entregar dos cartas al obispo, una de ellas oficial, fechada el 12 de octubre de 1519, y la otra privada. Ambas constituyen la primera noticia escrita que tenemos de la reacción del gobernador ante el alzamiento de Cortés.

Se lamentaba de cómo tras siete meses "esperando de cada día con mucha congoja" noticias de la flota que le había confiado a Cortés "y siempre proveyéndolo de todos mantenimientos y lo demás necesario, navío tras navío" (lo cual es falso), al fin le llegaron cartas desde el extremo de Cuba por las que se enteró de cómo el 23 de agosto pasado llegó allí una

[45] Manuel de Riojas era hermano de Gabriel, y sus nombres han sido confundidos. Gabriel era el futuro conquistador del Perú, que se encontraba en esos momentos en el Darién. Véase H. Thomas, *La conquista de México*, p. 795.

carabela de las de Cortés llevando a bordo a Montejo y Hernández Portocarrero con buena cantidad de oro, se aprovisionaron y zarparon de nuevo rumbo al norte "por navegación no sabida ni usada y muy peligrosa [...] llevan el más escondido y peligroso viaje que acá se ha navegado, como personas que se iban huyendo y que llevaban lo que traían hurtadamente". Solicitaba que si llegaban a España fueran castigados con todo el peso de la ley, si quedaban impunes su ejemplo cundiría por las islas con resultados impredecibles "según las gentes españolas son revoltosas y deseosas de novedades". Él estaba tomando acciones para remediar ese lamentable estado de cosas pues enviaría a Pánfilo de Narváez, contador real, a poner orden al mando de una gran flota con todas las naves que pudiera reunir en Cuba. Si era necesario él mismo iría.

Diego Velázquez no era hombre para quedarse inactivo ante semejantes insultos a su autoridad y amenazas a su posición, por lo que se quejó también con la Real Audiencia de Santo Domingo y con el licenciado Rodrigo de Figueroa, juez de residencia, que era alcalde mayor de La Española. La carta dirigida a Figueroa lleva fecha de 17 de noviembre, Velázquez repite casi todo lo escrito a Rodríguez de Fonseca, agregando que Montejo y Hernández Portocarrero contaron al español que subió a bordo de la capitana que Cortés, por codicia, había robado y matado gran cantidad de nativos en un río grande (el Grijalva), lo cual mucho le pesaba y que debido al rumbo que tomó ese navío por partes hasta entonces desconocidas era probable que se dirigiesen "a reinos e tierras e país extraño". Declara que Gonzalo de Guzmán zarpó el 5 de octubre rumbo a España llevando la relación que enviaba al emperador y al presidente del Consejo de Indias (aunque su carta anterior está fechada el 12 de octubre).[46]

[46] DC, I. pp. 91-94, 98-101. Bernal Díaz afirma que Velázquez se quejó de Cortés a los frailes jerónimos gobernadores y que éstos, que

La gran impaciencia y furia de Velázquez le hicieron imposible esperar la respuesta de la corte (con los medios de comunicación de la época y la burocracia española seguramente tardaría buen tiempo), así que decidió, como se lo anunció a Rodríguez de Fonseca, empezar a organizar una gran armada para apresar a Cortés. Reunió todos los navíos que pudo, acumuló pertrechos y reclutó hombres. Fue personalmente de pueblo en pueblo y escribía a los sitios adonde no podía ir pidiendo a sus amigos participar en esa expedición punitiva, pero a pesar de toda su actividad tardó unos cuantos meses en tener lista la nueva flota.

Mientras tanto, gracias a la pericia de Antón de Alaminos, la nave de los procuradores navegó fuera de la ruta acostumbrada tomando por las islas de los Lucayos (las Bahamas) y el canal de Bahamas para salir al Atlántico; sería la primera vez que se realizaba tal pasaje. Pasaron por las islas Azores y finalmente, a fines de octubre o principios de noviembre de 1519, atracaron en San Lúcar de Barrameda, el puerto de Sevilla situado en la orilla del río Guadalquivir.

La llegada de Montejo y Hernández Portocarrero causó gran sensación en la Península tanto por las noticias que traían como, y sobre todo, por el oro. La nueva se propagó como el fuego. Por primera vez parecía como si las brillan-

---

sabían de los servicios de Cortés a la Corona, le respondieron que no podían juzgarlo ya que había recurrido al rey, y aun le enviaba un presente de oro como no se había visto hacía mucho en España. Esta respuesta, continúa Bernal, entristeció más a Velázquez y "como antes era muy gordo, se paró flaco en aquellos días". Sin embargo en esta época los jerónimos ya no gobernaban habiendo sido destituidos en diciembre de 1518 (y en caso de que aún lo hiciesen habría que preguntarse cómo se enteraron de los servicios de Cortés). El poder estaba en ese momento en manos de Figueroa, quien estaba ocupado en realizar unas probanzas sobre las actividades gubernamentales de los jerónimos.

tes esperanzas concebidas sobre el Nuevo Mundo fueran a realizarse.

Las Casas menciona que el clérigo Benito Martín, capellán y procurador de Diego Velázquez, se encontraba en Sevilla listo para embarcarse de regreso a Cuba (llevando consigo los nombramientos y mercedes reales al gobernador, dice Herrera). Cuando se enteró que Cortés se había alzado contra su señor logró convencer a Juan López de Recalde, contador de la Casa de Contratación de Sevilla y protegido de Rodríguez de Fonseca, de confiscar la nave de los procuradores aduciendo que era propiedad de Velázquez, al igual que el tesoro, los 3 000 castellanos que Montejo y Hernández Portocarrero traían para sus gastos y los 3000 que Cortés enviaba a su padre. Así se hizo, pero los procuradores no fueron aprehendidos.[47]

El 5 de diciembre de 1519 se emitió una real cédula en Molino del Rey a efecto de que el tesoro fuera entregado a Domingo de Ochandiano y que éste a su vez lo confiara al guardajoyas de la Corona, Luis Veret.[48] Fernández de Ovie-

47 Bernal Díaz en el capítulo CLXVII de su *Historia verdadera…* no está en su mejor momento al afirmar que Hernández Portocarrero fue apresado por orden de Rodríguez de Fonseca bajo el pretexto de que hacía tres años había sacado de Medellín una mujer que llevó a las Indias y que murió en la cárcel; H. Wagner, por lo general muy cauto con Bernal acepta esta vez su afirmación, obviamente falsa, y afirma que Hernández Portocarrero murió en prisión, aunque en nota al pie lo duda, véase *The Rise of Fernando Cortés,* pp. 126, 487; sin embargo, hay noticias de Portocarrero dos años después. Sobre esto Bernal agrega en el LVI que Rodríguez de Fonseca era obispo de Burgos y arzobispo de Rosano y que mandaba en la corte pues Carlos V estaba en Flandes; sin embargo, el obispo era presidente del Consejo de Indias y cuando el rey se embarcó el 20 de mayo de 1520 dejó como regente al cardenal Adriano de Utrecht y una España trastornada por la rebelión de los comuneros y de los agermanados de Valencia y Mallorca.

48 Orozco y Berra, *op. cit.*, vol. IV, p. 308.

do asevera que él estaba en Sevilla cuando el tesoro fue exhibido en la Casa de Contratación y menciona las muchas joyas y los muy hermosos penachos de plumas, "que todo era mucho de ver". Por supuesto la leyenda áurea de América creció en proporción directa al pasar de boca en boca los comentarios de admiración.

Benito Martín y los oficiales de Sevilla dieron aviso de los sucesos al obispo Rodríguez de Fonseca, ocupado con la orden del emperador de organizar la flota en que se embarcaría para su regreso a Flandes, pero encontró tiempo de escribir al monarca sobre la llegada de los procuradores agravando en su relato la rebelión de Cortés y pidiendo se impusiera una fuerte pena a los procuradores.

Mientras tanto Montejo y Hernández Portocarrero, casi sin recursos, pues les habían dejado muy poco dinero según relata Las Casas, partieron a Medellín a ponerse en contacto con Martín Cortés, a quien pidieron acompañarlos a realizar sus gestiones. En enero de 1520 partieron juntos en busca del emperador que se encontraba con su corte en Molino del Rey, en las cercanías de Barcelona, pues en la ciudad había un brote de peste.

A principios de febrero de 1519 el joven soberano de España había llegado a Barcelona rodeado de extraordinaria pompa, acompañado por su camarilla de flamencos, calificados España como extranjeros perniciosos y que eran sumamente impopulares. El monarca deseaba reunirse con las cortes de su reino citadas en esa ciudad. No estaría mucho tiempo, pues el 11 de mayo le llegó la noticia de la muerte de su abuelo, Maximiliano I de Habsburgo, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, ocurrida el 12 de enero. Su deceso dejaba al joven Carlos como cabeza de la casa de Habsburgo y con una gran herencia agregada a sus dominios españoles: Austria y sus dependencias en Estiria, Carniola,

Corintia y Tirol, así como los dominios familiares en el noroeste de Suiza y en el Rin superior.

El título de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico era más honorario que real, pero conllevaba gran prestigio. Los orígenes del así llamado imperio están en la época carolingia y en esos tiempos cumplía la gran función de servir como muro de contención en contra del avance musulmán en Europa.

Maximiliano I hizo lo posible para que su nieto Carlos fuera su sucesor en el trono, pero tal puesto no era hereditario, ya que desde 1356 se obtenía por votación mayoritaria de siete príncipes, los llamados "electores": el rey de Bohemia, el duque de Sajonia, el conde palatino de Baviera, el margrave de Brandeburgo y los arzobispos de Colonia, Maguncia y Tréveris. La siguiente elección sería en Fráncfort, por lo que era de suma urgencia que Carlos se presentara en Alemania, pues había otros candidatos que ansiaban ceñirse la corona imperial, sobre todo Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra, si bien este último no tenía fuerza política suficiente para obtenerla, mas podía influir en la decisión y se mostraba indeciso sobre a quién apoyar, por ello Carlos deseaba ir a Inglaterra para parlamentar con el recalcitrante Enrique para después dirigirse a Aquisgrán (conocida también como Aix la Chapelle en francés y Aachen en alemán), donde esperaba poder recibir la corona del Sacro Imperio Romano Germánico. Planeaba embarcarse en el puerto de La Coruña, por lo que en contra de la costumbre establecida convocó a las cortes castellanas en Compostela, ciudad cercana a La Coruña.[49]

[49] Carlos nació en febrero de 1500 en el baño de un palacio cerca de Gante. Sus padres eran Felipe I el Hermoso y Juana I hija y heredera de los Reyes Católicos. Al morir Isabel la Católica, Felipe y Juana reclamaron la corona de Castilla en 1506. Felipe murió en septiembre de ese año lo que se dice enloqueció a Juana de modo que fue

Cuando los procuradores de Cortés llegaron a Barcelona encontraron la noticia de que el rey había partido a Burgos, no sin haber revisado en Barcelona algunos asuntos relativos a las Indias, pues en esa ciudad escuchó el verbo inflamado de fray Bartolomé de las Casas sobre las atrocidades que sus súbditos españoles cometían en el Nuevo Mundo en nombre de la fe y de la Corona; por falta de tiempo en su apretada agenda no pudo recibir a los padres jerónimos, exgobernadores de La Española, y además los asuntos de las Indias no eran sus prioridades más urgentes.

Montejo y Hernández Portocarrero hablaron en Barcelona con el primo de Hernán Cortés, Francisco Núñez, abogado de profesión, convenciéndolo de acompañarlos a Burgos en busca del elusivo soberano. También se vieron con el cronista Lorenzo Galíndez de Carvajal, abogado, consejero del rey y primo de Cortés que les ofreció su apoyo. Para cuando llegaron a Burgos la corte había salido rumbo a Valladolid, hacia allá la siguieron.[50]

---

encerrada en un palacio en Tordesillas mientras su padre Fernando se constituyó en regente. Cuando este murió se produjo el caos hasta que Carlos finalmente se trasladó por primera vez a España en 1517 y fue proclamado rey de Castilla junto con su madre en febrero de 1518 y en abril de 1519 rey de Aragón, no hablaba casi español. Malamente podía ocuparse de los asuntos de Indias en medio de esas crisis políticas.

50 Según Las Casas los procuradores se enteraron en su camino a Barcelona que el rey había partido de esa ciudad por lo que decidieron aguardarlo en Tordesillas por donde pasaría para ver a su madre, Juana la Loca. En ese camino, dice el fraile, fue que él los conoció. H. Thomas, en *La conquista...*, cap. XXIII, documenta muy bien los movimientos de los procuradores en España. Thomas, cuando escribe sobre sucesos en Europa, su propio terreno y con un buen acceso a los archivos españoles, es una lectura agradable y confiable.

Finalmente en Valladolid, Martín Cortés presentó un memorial al Real Consejo.[51] Fue en esa ciudad donde un domingo 3 de marzo los cortesanos tuvieron el privilegio de contemplar el tesoro indiano llevado por Luis Veret, expuesto en el convento de Santa Clara; se decía que un tal Hernán Cortés lo enviaba desde un reino fabuloso de las lejanas Indias. Observaron con asombro a los totonacas que llegaron montados en mulas, elegantemente vestidos a la española hasta con guantes debido al frío. Tesoro e indígenas habían recorrido España de Sevilla a Valencia, Linares y Valladolid en pos del huidizo monarca. En este periplo uno de los nativos enfermó y murió. Desgraciadamente nadie se preocupó por escribir sobre las aventuras e impresiones que tuvieron en España a pesar de que entre los espectadores de tesoro y nativos se encontraban plumas como las de fray Bartolomé de las Casas y Pedro Mártir de Anglería, relato que sería interesante de leer.[52] Las Casas y Anglería tuvieron oportuni-

51 Este memorial lleva la fecha de marzo de 1520. Martín Cortés suplica al emperador tenga a bien confirmar a su hijo Hernán como gobernador y justicia mayor de "la isla de Coluacán" por el tiempo que durase su conquista y población. Notifica al soberano cómo la carabela en que venían los procuradores de su hijo había partido hacía ocho meses de la Villa Rica y era urgente que regresara con víveres, armas y ornamentos para la iglesia a las tierras que su hijo conquistaba para la Corona y que traían cierta cantidad de oro que su hijo le enviaba pero había sido confiscado por los oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla debido a una acusación falsa de Diego Velázquez. Suplicaba al emperador que puesto que su hijo no había hecho nada en contra de su real servicio sino por el contrario, se sirviese ordenar que sin dilación se le diera a Martín, a los procuradores de su hijo y a pilotos y marineros lo que les pertenecía del oro que traían para que la carabela pudiera regresar con las cosas necesarias. También le rogaba se les restituyese a su hijo y a sus hombres los indios y haciendas que tenían en Cuba pues Diego Velázquez se las había confiscado y se les resarciese de los daños y pérdidas sufridas. DC, I, pp. 102-104.

52 Clavijero, *Historia antigua de México…*, II, pp. 309-315, reporta que Juan Bautista Muñoz decía que constaba en el *Manual del Tesorero*

dad de conversar largamente con Montejo, Hernández Portocarrero y Alaminos sobre los sucesos de la Nueva España.

Un lluvioso 5 de marzo Carlos V salió precipitadamente de Valladolid, pues entre la población corrió el rumor de que intentaba abandonar España llevándose a su madre, la reina Juana; las campanas tocaron a rebato y unos cinco o seis mil hombres salieron a las calles armados como pudieron; gritando muertes a los flamencos se dirigieron al palacio; la guardia real les impidió cerrar las puertas de la ciudad, por lo que el joven rey pudo salir prácticamente en fuga.

Rey y corte se dirigieron a Tordesillas, aproximadamente a 30 kilómetros de Valladolid, donde estaba recluida la reina Juana. Fue ahí donde el monarca pudo ver al fin el tesoro y los totonacas enviados por Cortés. A los indígenas los envió de regreso a Sevilla al notar cómo les afectaba el frío. Recibió también ahí, en marzo de 1520, a los procuradores de Cortés en compañía del padre y del primo del extremeño, así como del piloto Alaminos. Habían pasado casi ocho meses desde la salida de los procuradores; las cosas definitivamente se movían con lentitud en esos tiempos. El soberano

---

cómo en cumplimiento de una real cédula cuatro indígenas fueron vestidos ricamente, dos de ellos eran caciques y dos eran mujeres. Fueron enviados al emperador a Tordesillas, salieron de Sevilla el 7 de febrero de 1520 y en su ida, estadía y regreso, que fue el 22 de marzo, pasaron 45 días. Uno de los nativos no fue a la corte debido a que enfermó en Córdoba y volvió a Sevilla. Después de ser mostrados a la corte murió otro. Permanecieron los cinco [sic] en Sevilla muy bien asistidos hasta el 27 de marzo de 1521 fecha en que partieron a bordo del navío de un tal Ambrosio Sánchez, enviados a Diego Velázquez para que de ellos hiciese lo que fuera servicio de Su Majestad. Desafortunadamente no se sabe más sobre su suerte. Según Clavijero los nativos llevados a la corte eran de los que tomaron en Tabasco donde los tenían engordando en jaulas para ser sacrificados, apoyándose, afirma, en Bernal Díaz; sin embargo, Bernal dice muy claro que eran cempoaltecas. *Cfr. Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. I, cap. LIV.

no dio muestras de resolver favorablemente las solicitudes de la comisión cortesiana, seguramente deseoso de escuchar ambas partes antes de dictaminar en un caso tan controvertido, una mala decisión podría crear más problemas de los que resolvería.

Carlos V prosiguió su viaje hacia Santiago, seguido por los procuradores, donde finalmente dio cabida en su ocupada agenda a los pendientes de las Indias, dedicándoles los últimos siete días de su estancia en España. Gran parte de esa semana la ocuparon los asuntos del almirante Diego Colón. Un miembro del Consejo Real, el doctor Lorenzo Galíndez de Carbajal, tomó las declaraciones de Montejo y Hernández Portocarrero el 29 y 30 de abril, respectivamente, poco antes que les tocara el turno de su audiencia, anotándolas el escribano Juan de Sámano. Fue hasta entonces que entregaron las cartas dirigidas al monarca por Cortés y sus compañeros.

Montejo y Hernández Portocarrero fueron auxiliados en su comparecencia ante el Consejo por Francisco Núñez y Galíndez de Carvajal. En la audiencia con el soberano sólo lograron que les entregaran suficientes fondos para sus gastos del oro que para ello habían traído, y ello previa fianza.[53] Sin embargo tampoco se condenó a Cortés, lo cual era considerable ganancia. El Consejo aplazó su resolución final por tiempo indefinido.

El 16 de mayo de 1520 Carlos V zarpó de La Coruña junto con sus flamencos y algunos grandes españoles. Durante su ausencia fungiría como regente de España Adriano de

[53] Orozco y Berra, *op. cit.*, vol. IV, pp. 308-309. Bernal Díaz erróneamente narra que los procuradores esperaban el retorno del rey y que este había escrito a Cortés, cosa que nunca hizo o por lo menos no se ha encontrado dicha misiva, luego agrega que los procuradores escribieron cartas a los "verdaderos conquistadores", mismas que Cortés enviaba a las villas, mas hasta donde se sabe eso nunca sucedió.

Utrecht, con lo que el rey rompió su promesa de no colocar a ningún extranjero en ese puesto. El monarca salió de España más impopular que cuando llegó en 1517. Llevaba consigo tres grandes preocupaciones: los problemas que causaba Lutero, la elección de emperador y la actitud hostil del poderoso rey de Francia. Los asuntos del Nuevo Mundo palidecían en comparación, por lo que no se ocupó de promover la conquista de las nuevas tierras y dejó en el limbo el pleito entre Diego Velázquez y Hernán Cortés que amenazaba con hacer caer a las Indias en la anarquía.[54]

Sin embargo el oro enviado por el extremeño le cayó de perlas, pues los sobornos necesarios para ganarse a los electores eran considerables; se dice que Francisco I de Francia les había dado el equivalente a tres toneladas de oro, mientras que Carlos sólo dos que consiguió por medio de préstamos de grandes banqueros como los Fugger y los Welser, España no contaba con grandes recursos. La ceremonia de coronación era en tres etapas: la primera como "rey de los romanos" fue el 23 de octubre de 1520 en Aquisgrán, al poner la corona de Carlomagno los arzobispos de Tréveris y Colonia; la segunda era sólo como "rey de los borgoñones" o "rey de Italia", al colocarle la "corona de hierro" de los lombardos. La ceremonia más importante simbólicamente fue poco después, el día de su cumpleaños, la de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, que se realizó en Bolonia a manos del papa Clemente VII en Aquisgrán, el 24 de febrero de 1530, con el título de Carlos V, como en adelante se hizo llamar, prefiriendo tal apelativo al de Carlos I de España.

Solís narra que tras la partida de Carlos V los procuradores y Martín Cortés quedaron

[54] Bernal Díaz a pesar de que afirma que se enteró minuciosamente de todas las peripecias sufridas por los procuradores por medio de las cartas que enviaban a Cortés y al ejército se encuentra en uno de sus peores momentos como cronista.

> en la miserable tarea de seguir la corte, donde residían los gobernadores del reino, y frecuentar los zaguanes de los ministros, tan lejos de ser admitidos, que sin atreverse a molestar con sus instancias, se ponían al paso para dejarse ver, reducidos a contentarse con el reparo casual de los ojos.

Afirma que el rey dejó "cometidas con particular recomendación las proposiciones de Cortés al cardenal Adriano"; sin embargo, el regente no pudo darles una resolución favorable pues los informes expedidos por el Consejo de Indias, dominado por Rodríguez de Fonseca, contradecían las razones dadas por los procuradores y desacreditaban a Cortés tildándolo de rebelde y traidor. Adriano carecía del tiempo necesario para dilucidar, ocupado como estaba en asuntos de mayor envergadura para el reino, sobre todo por la rebelión de los comuneros. Martín Cortés, Hernández Portocarrero y Montejo, viendo el poco fruto de sus desvelos se retiraron a Medellín a esperar que pasara esa tormenta social o que regresara Carlos V a la Península.

Martín Cortés logró vender en 30 000 maravedíes el navío Santa María de la Concepción en el que habían llegado los procuradores, con lo que pensaba adquirir alimentos, ropas y armas y enviarlas a su hijo.

El tesoro de la Nueva España fue llevado a Bélgica y en el otoño de 1520 se exhibió en la gran sala del Palacio del Ayuntamiento de Bruselas, donde el papa Clemente VII y Alberto Durero, famoso pintor alemán, tuvieron ocasión de verlo. Durero describió en su diario algunos de estos objetos "de la nueva tierra del oro". Indicó que el tesoro estaba valuado en 100 000 florines y anotó la impresión que le causaron: "A lo largo de mi vida, nada he visto que regocije tanto mi corazón como estas cosas. Entre ellas he encontrado objetos maravillosamente artísticos, y he admirado los sutiles

ingenios de los hombres de estas tierras extrañas. Me siento incapaz de expresar mis sentimientos".[55]

Por desgracia, de todo ese magnífico tesoro artístico sólo nos queda el llamado "penacho de Motecuhzoma", manufacturado con 500 plumas de quetzal de 90 centímetros de largo, un escudo de plumería y un abanico que están en el Museo Etnográfico de Viena. Es posible que algunas piezas menores se encuentren en otros museos de Europa, las que estaban hechas con metales preciosos seguramente fueron fundidas para costear las guerras europeas de Carlos V y su título imperial.[56]

Regresemos ahora a la otra orilla del Atlántico. Cuatro días tras la partida de los procuradores Cortés tomó declaración a los velazquistas apresados; supuestamente confe-

[55] José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, p. 187.

[56] La existencia de este tesoro, así como algunas cartas que traían los procuradores fomentaron la leyenda áurea americana; como ejemplo va una carta de un criado a su señor escrita en la ciudad de Nueva Sevilla [sic], en el puerto de Archidona en las Indias, con fecha 28 de junio de 1519. Escribe que "es el país más rico del mundo. Este país abunda en lo que sigue: es rico en oro, en plata, en piedras preciosas como turquesas, granates, rubíes [...] también mujeres extraordinariamente hermosas", había casas grandes y magníficas, jardines hermosos, y ciudades mayores que Sevilla. "Había allí tantas piezas de oro labrado, que nos habían llevado, que no se podría ni creerlo ni contarlo [...] Se piensa que este pueblo vino a esta tierra después de la destrucción de Roma [...] Todo es sutil y bello; y no se sabe si esta es tierra firme o no. Tiene también esta tierra abundancia de especiería, en forma de clavos". En otra carta, fechada en Sevilla, a 7 de noviembre de 1519, escrita por el criado de un Diego Dicharo, a Diego Diez, se lee: "Hago saber a Vuestra Señoría que hace dos días llegó aquí una carabela, la cual viene de un país llamado Yucatán. Diego Velázquez la envió a Cuba a descubrir. Y traen noticias importantes, que son que han encontrado el más rico país del mundo [...] se dice como una verdad que con tal abundancia de oro y plata, los habitantes del país tienen sus vajillas y sus utensilios domésticos de plata y de oro, y que los dan fácilmente". *Cfr.* Fray Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, pp. 227-231.

saron su culpa implicando a muchas personas más, al parecer las principales eran Diego de Ordaz, Juan Velázquez de León, Francisco de Morla, Escobar el Paje, Alonso de Grado y Alonso de Ávila. El capitán decidió afianzar su autoridad sin apelación alguna y sentenció a la horca a dos peces chicos: Juan Escudero y Diego Cermeño (Bernal Díaz los llama Pedro y Juan, respectivamente); Escudero era el alguacil que aprehendió a Cortés cuando éste salió momentáneamente de su refugio de la iglesia en Santiago de Cuba, y aunque reclamó su hidalguía pidiendo ser decapitado Cortés no lo aceptó. Dice Cervantes de Salazar que ambos usaban muy bien la espada y que Cermeño era tan ligero que con una lanza en la mano saltaba por encima de otra levantada en manos de los dos hombres más altos del ejército; además, tenía tan buen olfato que podía oler la tierra a 15 leguas mar adentro. Afirma el cronista que ambos fueron advertidos por Cortés desde la vez anterior de que serían ahorcados si reincidían.

En cuanto a los demás, Bernal Díaz narra que Cortés mandó cortar los pies al piloto Gonzalo de Umbría mientras que López de Gómara (seguido por Cervantes de Salazar y Solís) asevera que sólo ordenó que lo azotaran. Los Peñates recibieron 200 azotes cada uno; al padre Díaz, debido a su condición de clérigo únicamente "metióle harto temor" y en adelante poco se habla ya de él; sobre el resto se hizo de la vista gorda, ya que de momento no podía permitirse otra cosa.[57] Cortés, en su Segunda carta, sólo menciona que se le

[57] Fray Francisco de Aguilar relata que Cortés mandó ahorcar a Juan Escudero sin querer guardarle la hidalguía; y que Diego de Ordaz también participó en la conjura más por ruegos de todos los capitanes y por ser de "buen consejo" el capitán lo perdonó.
Diego de Ávila testificó en una Información promovida por Velázquez en junio-julio de 1521 que Cortés hizo ahorcar a tres hombres: Juan Escudero, Diego Cermeño y otro del que no se acordaba y mandó

quisieron alzar e ir a dar aviso a Velázquez para detener a los procuradores, por lo que al confesar su culpa los castigó conforme a justicia.

A decir de Bernal, al firmar las sentencias Cortés exclamó: "Oh, quien no supiera escribir, por no firmar muertes de hombres", citando una frase de Nerón en la obra de Suetonio. Según Cervantes de Salazar el extremeño montó llorando en su caballo y para no ser importunado se fue a un pueblo cercano, acompañado por algunos hombres.

La severidad del castigo le fue útil, en adelante le tuvieron más temor y le prestaron mayor obediencia. Como dice Las Casas, a muchos escarmentó que no osaron boquear ni menearse por miedo: "Bien creo que parece claro ser aquestas obras, con las de hasta aquí, propias de averiguado tirano". Tal vez le facilitó tomar esas medidas el que casi la mitad de su ejército, doscientos soldados, estaban ausentes habiendo sido enviados hacia los pueblos de la sierra al mando de Pedro de Alvarado a buscar víveres, pues en la villa pasaban mucha hambre, seguramente iría entre ellos buena cantidad de velazquistas.

---

cortar el pie a un Umbría, piloto; además, azotó "e trujo a vergüenza a otros munchos, fasta tanto que por fuerza les fizo facer lo quel quiso". Y que era público y notorio que los ahorcó porque se querían ir en el navío de los procuradores a España a dar relación a Su Majestad y a Velázquez de los deservicios de Cortés, véase DC, I, p. 198.
Uno de los cargos que se le hicieron a Cortés, en mayo de 1529, fue el haber apresado a Juan Escudero y a otros y mandar ahorcarlos, "e a uno que se decía Peñate, e a Coto, e a otros; e fizo cortar un pie a Diego Umbría, lo cual fizo sin les oír ni guardar término alguno conforme a justicia". DC, II, p. 104. Bernardino Vázquez de Tapia, que pasó por alto este episodio en su *Relación de méritos y servicios del conquistador*, declaró en enero de 1529 en el juicio de residencia de Cortés que éste ahorcó a Juan Escudero y a Diego Cermeño pues eran criados de Velázquez y se quisieron ir a su señor en un bergantín y cortó un pie a Gonzalo de Umbría por lo mismo e hizo ahorcar a un Villafaña y a otras personas que no se acuerda, DC, II, p. 42.

Habiendo enviado sus emisarios a España, imposibilitado el regreso a Cuba y disciplinados los rebeldes, Cortés decidió que era tiempo de seguir adelante con su anhelada empresa y organizar la marcha hacia México-Tenochtitlan. Partió rápidamente a Cempoala mientras la caballería y 200 soldados le siguieron con más lentitud. Una vez allá mandó llamar a los señores y principales de la comarca, les presentó a Juan de Escalante tomándolo de la mano y les dijo que Escalante permanecería en la Villa Rica como capitán mientras él partía al encuentro de Motecuhzoma; los exhortó a ayudarlo como si se tratara de él mismo, pues era su hermano, y auxiliarlo a terminar las construcciones de la Villa Rica. Le dio sus instrucciones: en caso necesario debía resistir cualquier posible incursión de Diego Velázquez y lo envió de regreso a la Vera Cruz.

López de Gómara por su parte narra que después de inutilizar los navíos, estando la fortaleza casi terminada, Cortés mandó pregonar la partida de la Villa Rica. Quedaron 150 hombres como guarnición y dos caballos, al mando de Pedro de Hircio. Bernal por supuesto refuta al capellán afirmando que quedó al frente Juan de Escalante, pues Pedro de Hircio aún no había tenido ni siquiera el cargo de cuadrillero; habría que agregar que por supuesto Cortés no le daría un puesto prácticamente segundo al suyo a alguien tan poco conocido, mientras que Escalante era su amigo y persona de sus confianzas. Francisco de Aguilar menciona también a Escalante.

Cortés y sus hombres llegaron a Cempoala. Una mañana tras oír misa, el extremeño los reunió (Pedro de Alvarado ya debía haber regresado de su expedición de la que no se especifican los resultados) y les habló sobre la inminente marcha hacia México-Tenochtitlan. Hasta ese momento, les dijo, Jesucristo los había auxiliado en todas sus pruebas y ciertamente seguiría haciéndolo, con su ayuda vencerían

cualquier adversidad o enemigo que se les presentara, con esa seguridad debían luchar con todas sus fuerzas si era necesario, si eran vencidos bien sabían que ya no tenían naves para huir. Haciendo un poco de historia les recordó los hechos heroicos de los romanos comparándose con Julio César, quien había echado todo a su suerte al cruzar el Rubicón. Finalizó insistiéndoles en que si bien todos sus esfuerzos eran en servicio de Dios y del emperador, también gracias a ello podrían obtener grandes beneficios. Era un orador carismático y su discurso fue aclamado, entusiasmando y convenciendo a sus hombres.

El capitán encargó de nuevo a Chicomecóatl mantener limpio el altar del templo, él debía partir a exigirle a Motecuhzoma cesar sus robos, tiranías y sacrificios humanos. Le pidió 200 tamemes para cargar la artillería y el equipaje, así como medio centenar de principales que conocieran las artes bélicas. López de Gómara dice que se llevó a varios en calidad de rehenes, asegurándose así la lealtad totonaca, además de mil tamemes. Cervantes de Salazar relata que el extremeño dejó encargado a Chicomecóatl a Juan Ortega, un paje suyo de 12 años muy apuesto y único niño que iba con ellos, para que aprendiera su lengua, afirmando que era su hijo, para que lo tratara bien.

Unos ocho o nueve días después de haber inutilizado los navíos la hueste de Cortés estaba lista. En esos momentos llegó un mensajero enviado por Juan de Escalante con una carta en la que notificaba a Cortés que habían avistado cuatro navíos próximos a la costa (según Bernal Díaz era solamente uno). Los de la Villa Rica les hicieron señales con humo y mantas blancas y cabalgaron por la playa con una capa roja, les pareció que los de las naves los habían visto pero no quisieron aproximarse al puerto. Escalante envió algunas de sus gentes para ver a dónde se dirigían, le informaron que

habían anclado a unas tres leguas de distancia. Pedía instrucciones sobre la manera de proceder.

Al extremeño el caso le pareció lo bastante importante como para ir en persona y posponer su partida al altiplano, ya que siempre existía la posibilidad de que fueran enviados de Diego Velázquez. Dejó a Pedro de Alvarado y a Gonzalo de Sandoval al mando del ejército (siendo éste el primer cargo dado a Sandoval). Alonso de Ávila quedó molesto por haber preferido a Sandoval. Cortés partió a todo galope hacia la Villa Rica acompañado de cuatro jinetes tras ordenar que los siguieran 50 hombres de los mejores, entre ellos Bernal Díaz.

Al llegar a la villa Escalante le pidió que lo dejara ir por la noche con 20 soldados a investigar de qué gente se trataba la recién llegada, el capitán no era hombre para dejar a otros los asuntos de importancia, por lo que le respondió que "cabra coja no tenga siesta": iría personalmente con los soldados que llegaron por la noche desde Cempoala. Con ellos, "y antes que bocado comiésemos" se queja Bernal, partió el extremeño a averiguar el asunto.

Iban camino al navío cuando tras marchar una legua encontraron a tres o cuatro españoles que habían desembarcado: Guillén de la Loa, escribano; Andrés Núñez, carpintero (quien durante el sitio de México-Tenochtitlan proporcionó grandes servicios a Cortés); Pero el de la Arpa, valenciano y maestre, y otro de quien Bernal no recuerda el nombre.[58] El escribano dijo que venían bajo el mando de Francisco Álvarez de Pineda enviado por el gobernador de Jamaica, Francisco de Garay, a requerir a Cortés para que partiera términos con él y pusieran mojoneras que dividieran sus respectivas jurisdicciones, pues Garay clamaba ser también

[58] En opinión de J. L. Martínez, *Hernán Cortés*, p. 207, tal vez se tratase del Jumétrico Alonso García Bravo llegado en una de las expediciones de Garay quien posteriormente se ocuparía de hacer la traza de la Ciudad de México Garay.

el descubridor de esas tierras y deseaba poblar a unas 20 leguas de allí cerca de Nautla; al parecer no pudieron mostrar a Cortés ningún documento que acreditara sus palabras.[59]

[59] Francisco de Garay, llegado a las Indias en el segundo viaje de Cristóbal Colón, y nombrado por su hijo, Diego Colón como su teniente en Jamaica escuchó el revuelo causado por las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva; además, Alaminos le informó sobre las riquezas de las nuevas tierras. El ambicioso Garay obtuvo una licencia de los padres jerónimos (Bernal Díaz dice que Garay envió a su mayordomo, un tal Torralba, a la corte en donde el obispo Rodríguez de Fonseca, el secretario Conchillos y el licenciado Zapata lo favorecían obteniendo el nombramiento de adelantado y gobernador de todas las tierras que descubriera a partir del río). Garay armó entonces una expedición de cuatro navíos y 270 hombres, poniéndola al mando del capitán Francisco Álvarez de Pineda. Zarparon de Jamaica a fines de 1518. Una de sus principales tareas era explorar la costa de la Florida y buscar el famoso estrecho al océano Pacífico. Pasaron ocho o nueve meses explorando en vano pues no encontraron ni el estrecho ni riquezas de consideración, pero descubrieron el delta del Misisipi, las costas de Luisiana, de Texas y de Tamaulipas.
Bajaron por la costa del Golfo de México y entraron por la boca del río Pánuco donde había un gran poblado indígena. Navegaron unas seis leguas río arriba encontrando hasta 40 pueblos en sus márgenes. Permanecieron unos 40 días reparando los navíos. Al parecer mantuvieron una relación amistosa y pacífica con los nativos. Los habitantes, cuya estatura variaba, según su descripción de casi gigantes a normales y enanos, se adornaban con joyas de oro; llamaron a la provincia Amichel. Prosiguiendo su navegación llegaron a la altura de la Villa Rica hacia fines de julio de 1519. *Cfr.* Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV. pp. 158-161.
Pedro Mártir narra que desde el año anterior Francisco de Garay había enviado largas excursiones marítimas a la tierra que Juan Ponce de León había descubierto llamada la Florida que pensaba era una isla. Tuvieron poco éxito, dos veces fueron derrotados por los nativos que mataron a la mayor parte de los españoles.
Juan Ponce de León corrió peor suerte pues murió en Cuba de las heridas infringidas por los indígenas. Garay tras la muerte de Ponce de León realizó otras exploraciones que llegaron hasta el Pánuco. Gracias a ello se supo que la Florida no era una isla sino que estaba unida a la tierra en donde estaba Cortés. Mártir vio un mapa llevado

El extremeño dijo que para ello era necesario que su capitán fuera a hablar con él a la Villa Rica, donde además podía socorrerlos si lo necesitaban. Guillén de la Loa opinó que no lo aceptaría. Cortés con su lengua almibarada les hizo grandes promesas y los convenció de que le ayudaran a hablar con los del navío. Guillén de la Loa hizo señas a los marineros para que enviaran el batel, éstos algo sospe-

---

por los cartógrafos de Garay y dijo que la región mencionada tendía a formar un arco. En realidad con los viajes de Ponce de León, Hernández de Córdoba, Grijalva, Cortés y Álvarez de Pineda ya se había explorado toda la costa del Golfo de México entre 1506 y 1519. La licencia de poblar en el río "San Pedro y San Pablo" le fue dada a Garay en 1518 prueba del conocimiento geográfico que ya se tenía de la región.

Según Las Casas, *Historia de las Indias*, vol. III, lib. III, cap. CXVIII, al correr la voz del nuevo descubrimiento Garay envió a un hidalgo, Diego de Camargo, al mando de uno o dos navíos a que continuase con el descubrimiento hecho por Grijalva llegando a la provincia de Pánuco de donde Grijalva había regresado; Camargo costeó hacia el norte unas 100 leguas hacia la Florida y regresó a Jamaica. Garay pidió al rey la gobernación de esas tierras con el título de adelantado prometiendo conquistar y poblar a su costa. Carlos V se lo concedió en 1519 mientras estaba en Barcelona. Fray Bartolomé afirma que Francisco de Garay siempre fue persona honrada, tenía muchos indios y granjerías de puercos; se decía que hasta 5 000 nativos se ocupaban en cuidar sus animales, por lo que amasó una buena fortuna. Fue a Castilla como procurador de La Española para solicitar a la Corona que los repartimientos se diesen perpetuos logrando que se concedieran por tres vidas y obtuvo la gobernación de Jamaica donde hizo muchas haciendas y granjerías con mano de obra indígena haciéndose aún más rico. Agrega el fraile que, a fin de que pagase sus culpas Dios permitió que se metiese de descubridor, gastando su hacienda y riquezas y finalmente perdiera hasta la vida.

Garay envió un informe a Carlos V el cual decía que junto con la gente de Cortés amojonaron el término hasta donde habían descubierto. A la muerte de Garay en la Ciudad de México todos sus documentos se extraviaron por lo que no sabemos con precisión los recorridos de sus expediciones.

charon y no lo hicieron, posiblemente vieron a Cortés y los suyos cuando andaban por la costa.

En vista de ello el extremeño condujo a su gente de regreso por sitios bien visibles desde el navío, volviendo por la noche a ocultarse en la espesura. Pidió a los cuatro traidores que se quitaran las ropas y con ellas se vistieron cuatro de los suyos que fueron enseguida por donde los de Garay habían venido. Al amanecer los disfrazados hicieron señas con sus capas a los marineros, que esta vez enviaron el batel tripulado por una decena de ellos, cuatro de los cuales saltaron a tierra para llenar sus recipientes con agua. Los disfrazados, a fin de que no les viesen el rostro, se inclinaron al borde de una corriente de agua, haciendo como que se lavaban las manos. Como los del batel los apresuraban para que se embarcaran les dijeron que bajaran a ver un pozo, traicionándose al hablar, los marineros no reconocieron sus voces e intentaron embarcar de nuevo. Los hombres de Cortés salieron a toda prisa de sus escondites y lograron capturar a los que estaban en tierra, los del batel se hicieron a la mar. Cortés impidió a los suyos dispararles con sus escopetas y ballestas. El navío soltó las velas y partió. El extremeño regresó a la Villa Rica con los españoles que habían podido tomar. Excusa esta acción en su Segunda carta aduciendo que al verlos tan recelosos y negándose a hablar con él creía que los del navío habían realizado algún mal.[60]

[60] H. Thomas, *La conquista…*, p. 269, cae de nuevo en errores al aseverar que fueron Juan de Escalante y su gente quienes capturaron a los tres hombres de Álvarez Pineda, que Guillén de la Loa dijo traer documentos que exigían a Cortés compartir "México" con Garay y que Cortés se dirigió entonces a la Villa Rica con 100 hombres. Además, es todo lo que narra sobre esa expedición enviada por Garay. Duverger, *Cortés*, p. 153, por su parte, dice que un documento que traían los de Álvarez de Pineda "le quema los dedos" al enterarse por él que Velázquez había sido nombrado gobernador y adelantado; sin

Pasados unos días, al ver que las naves (o nave) de Álvarez de Pineda no regresaban, Cortés regresó a Cempoala en compañía de los mismos hombres que había llevado a la villa, y se ocupó en afinar los últimos preparativos para la marcha hacia México-Tenochtitlan.[61]

Por la tarde del viernes 5 de agosto de 1519 se reunió en Cempoala el Cabildo de la Villa Rica. El procurador del Consejo, Francisco Álvarez Chico, les comunicó que el capitán general, don Hernán Cortés, deseaba partir hacia Culuacán. El Ayuntamiento de la Villa le pidió dejarles una guarnición suficiente para la defensa tanto de la villa como de las poblaciones aliadas y que se diese a los integrantes de esa guarnición partes iguales del botín que los que irían en la expedición tierra adentro. El capitán accedió y abando-

---

embargo como ya se narró más arriba ya lo sabía desde la llegada del navío al mando de Saucedo.

61 El destino de Cempoala fue triste. Fra Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, cap. XIX, declara que la ciudad ya estaba despoblada en su tiempo quedando tan sólo tres o cuatro personas. Cuando el conde de Monterrey ordenó la congregación de pueblos incluso esos pocos fueron trasladados a una población que era de la doctrina y visita de Xalapa, de los frailes de san Francisco. "Y esto es porque así lo ordena Dios y lo quiere", sentencia el buen fraile.
Fernando Benítez, *La ruta de Hernán Cortés*, p. 127, escribe que la Villaviciosa o la Sevilla españolas (Cempoala) aparecía en 1580 en el mapa del alcalde de Veracruz Álvaro Patiño como una aldea con 30 habitantes y a principios del siglo XVII, cuando el puerto de Veracruz se cambió del río de La Antigua al arenal donde desembarcó Cortés, Cempoala desapareció por completo de los mapas, quedando a merced de la exuberante vegetación tropical.
Lorenzana, escribiendo hacia 1770, afirma que en su tiempo no había quedado más que un rancho con este nombre, y una torre, o vigía, para explorar la costa. No fue sino hasta fines del siglo XIX que la expedición arqueológica de Francisco del Paso y Troncoso, guiada por mapas antiguos y los relatos de los cronistas, localizó las magníficas ruinas de la vieja Cempoallan. En las cercanías estaba poblada la aldea llamada *Angostadero*, trasladada en 1928 a la actual de Cempoala, por orden de Adalberto Tejeda, gobernador de Veracruz.

nó el recinto. El Cabildo trató el tema de los grandes gastos hechos por Cortés en beneficio de todo el ejército, decidiendo que era de justicia remunerárselos; el asunto quedó pendiente hasta el otro día, sábado 6, cuando se acordó que una vez sacado el quinto real Cortés tomara otro quinto para él.[62] El Ayuntamiento consultó su resolución con algunos de los vecinos de la villa, que dieron su visto bueno. Comunicado a su beneficiario Cortés accedió graciosamente (ya antes se había tratado este asunto, en Chalchiuhcuecan, pero este acuerdo de cabildo le otorgó una sanción oficial).[63] Ante la

[62] Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista…*, vol. IV, pp. 162-163. CDI, XXIV, 5-16, AGI, Justicia, leg. 223, f. 23 [770]. Existe una Escritura sobre los convenios entre el nuevo Ayuntamiento y Hernán Cortés, fechada en Cempoala el 5 de agosto de 1519. En ella se estipula que, debido a que Cortés deseaba partir hacia "Coluacán", la villa podía quedar despoblada, por lo que el capitán debería dejar en ella algunos hombres, previniendo una posible rebelión de los nativos, o por si los mexicas, al ver que los totonacas quedaban solos, los atacaban; por ello se pedía a Cortés que dejase la villa guarnecida, con la promesa de repartir entre los que en ella se quedasen las mismas partes del futuro botín que a los que fuesen con él. Debía nombrarse un tesorero por parte de la comunidad, para cuidar de las partes de los que se quedasen, pero Cortés se negó a ello, objetando que ya había un tesorero real, que se quedaría en la villa, mas podían nombrar a algunas personas que se ocupasen de esas partes. En cuanto a los gastos incurridos por Cortés en la organización de la armada, préstamos a los soldados, etcétera, se le daría, para pagarle, y tras de sacar primero el quinto real, otro quinto. Sacados estos dos quintos del botín, el resto se repartiría entre los expedicionarios de acuerdo con los servicios y merecimientos de cada uno, DC, I, pp. 86-90.

[63] Hernán Cortés, Primera y Segunda cartas de relación; Andrés de Tapia, "Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre don Hernando Cortés, marqués del Valle, en la Nueva España"; Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, I déc., IV déc., libros VII-IX, y vol. II, V déc., lib. I y lib. VIII; Fernández de Oviedo, *op. cit.*, vol. IV, lib. XXXIII, caps. I-II; López de Gómara, *op. cit.*, II, pp. 65-73; Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios del conquistador*, p. 30; Georges Baudot y Tzvetan Todorov, "Códice Florentino", cap. X; Las Casas, *op. cit.*, vol. III, lib. III, cap. CXXIII; fray Francisco de Aguilar,

posibilidad de un desembarco de Garay o de gente de Velázquez, Cortés decidió dejar en la Villa Rica 150 hombres, 2 cañones y 2 caballos.

Reforzado por los guerreros totonacas, contando tal vez con una posible alianza con el señor acolhua Ixtlilxóchitl y la ayuda de los de Axapusco y Tepeyehualco, habiéndose independizado al fin de Velázquez, con poderes casi absolutos *de facto* y *de iure*, conociendo mucho mejor la situación política de la región y las debilidades del gran Motecuhzoma, el astuto y hábil Cortés estaba listo para ir en pos de la gloria que tan empeñosamente buscaba.

Relación breve de la conquista de la Nueva España, II jornada; Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. III, caps. XVIII-XXIV; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. I, caps. XLIX-LXI; Herrera, *op. cit.*, vol. III, déc. II, lib. V, caps. XII-XIV, lib. VI, déc. II, caps. I-II; Torquemada, *op. cit.*, vol. II, lib. IV, caps. XXIV-XXVI; Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, caps. LXXXII-LXXXIII; Solís, *op. cit.*, lib. II, caps. XI-XIV, lib. III, cap. I, lib. V, cap. VII.

CAPÍTULO X

La marcha

...no me parecen a mí dioses, sino monstruos salidos de la espuma de la mar [...] no hay quien los harte; dondequiera que entran, hacen más estrago que cincuenta mil de nosotros; piérdense por el oro, plata, piedras y perlas... son holgazanes [...] viciosos y dados al deleite [...] y así creo, que no pudiéndolos sufrir el mar, los ha echado de sí...

Xicoténcatl el Mozo[1]

El ejército híbrido con el que Hernán Cortés emprendió su marcha hacia su objetivo final, México-Tenochtitlan, distante a vuelo de pájaro unos cuatrocientos kilómetros, estaba conformado por trescientos cincuenta o cuatrocientos españoles, de los cuales quince o dieciséis eran de caballería, varios principales totonacas y comarcanos, unos mil trescientos guerreros totonacas, cientos de tamemes, los taínos de Cuba, dos mastines y seis piezas de artillería pequeñas.[2]

1 Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. III, cap. XXIX.

2 Dice Christian Duverger, *Cortés*, p. 161, que Cortés llevaba "un millar de guerreros totonacas y varios *cientos de tropas indígenas para cargar la artillería*" (cursivas mías) es la primera noticia que veo de que los tamemes se consideran tropas o viceversa. Cortés declara en su

Más adelante decidiría, de acuerdo con las circunstancias y la información recabada, si pasar por Cholula, como le urgían los mexicas, o por Tlaxcala, como aconsejaban los totonacas, asegurándole que los tlaxcaltecas eran enemigos mortales de los mexicas y amigos suyos.

Hacia mediados de agosto de 1519 salieron de Cempoala, habían transcurrido casi cuatro meses desde su llegada a San Juan de Ulúa. A decir de Torquemada muchos nativos lloraban al verlos partir, sabiendo los grandes peligros que correrían sus seres queridos, de los que tal vez muchos o

---

Segunda carta que iban con él 300 peones, 15 jinetes y algunos indios que le fueron de mucho provecho en el camino (minimizando el auxilio nativo). Vázquez de Tapia afirma que eran 300 de a pie escogidos por su valentía y 13 de a caballo, uno de los cuales era él. Francisco de Aguilar narra que Cortés envió por delante a Pedro de Alvarado con 150 hombres y que el extremeño le siguió a la cabeza de un número igual, reuniéndose ambas partidas en el despoblado. Bernal Díaz solamente menciona a los 40 principales y 200 tamemes aunque con anterioridad afirma, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. XLV, que les habían proporcionado en Cempoala 400 tamemes. Herrera refiere que partieron 415 soldados y 16 de a caballo con 6 piecezuelas de artillería. Solís habla de 500 infantes, 15 de caballería, 6 piezas de artillería, 400 guerreros totonacas y 200 tamemes. Alva Ixtlilxóchitl asevera que iban con los españoles 1 000 indios de carga y 1 300 de guerra. La tendencia general de los cronistas españoles fue la de disminuir el número de guerreros indígenas a fin de aumentar proporcionalmente la gloria de los soldados españoles. Genaro García, *Carácter de la conquista española en América y en México según los textos de los historiadores primitivos...*, p. 168, va al otro extremo al escribir que el número de aliados debe de haber sido enorme y que el contingente de un solo pueblo, el de Quiahuiztlan, ascendió a 100 000 hombres tomando tal vez esa cifra del número total de guerreros que los señores dijeron a Cortés podrían reunir en caso necesario de todas las poblaciones totonacas. Fernando Benítez, *La ruta de Hernán Cortés*, p. 139, opta por 13 000 guerreros totonacas. De cualquier forma, como lo dice Germán Arciniegas, Cortés contaba con sólo 32 ballesteros, 13 escopeteros y 15 jinetes llevando más armas y caballería un conde de España en sus salidas de cacería. Véase *Biografía del Caribe*.

todos morirían. Según algunos cronistas las fuerzas se dividieron en dos partes iguales de aproximadamente ciento cincuenta españoles, una bajo las órdenes de Cortés y otra bajo las de Alvarado, marchando a un día de distancia una de la otra, a fin de no pesar demasiado sobre los poblados que debían proveerlos.

Según el *Códice Florentino* un cempoalteca a quien se llama Tlacochcálcatl, capturado por los españoles a su llegada, les servía de intérprete, ya que hablaba náhuatl, y "les preparaba el camino, les acortaba la ruta, les mostraba el camino, los guiaba, los conducía".[3] En el *Códice Ramírez* se dice que los guio un mexica hasta la frontera con Tlaxcala. López de Gómara sostiene que en las primeras jornadas no contaron con guías pues los de Cempoala no conocían bien el camino, lo cual no es muy creíble. Cervantes de Salazar afirma que muchos conquistadores, de quienes se informó y que participaron en esa marcha, decían que dos capitanes de Motecuhzoma los guiaron desde Cempoala hasta Tlaxcala y aún más adelante y que los llevaron con malicia por tierras ásperas y fragosas. Vázquez de Tapia escribe que camino a Tlaxcala "pasamos hartos trabajos y peligros a causa de no saber la tierra; y en reencuentros con indios de guerra y a causa de no hallar de comer, que pasamos mucha hambre".

Fray Diego Durán narra que Motecuhzoma ordenó al señor Motelchiuh, quien tenía el título de huiznáhuatl, ir a Cempoala para acompañar a los españoles en su camino a México y ver que nada les faltara durante el recorrido. Le encomendó decirles por medio de la mujer que les servía de lengua que él, Motecuhzoma, le enviaba a recibirlos y po-

[3] Fray Bernardino de Sahagún, *Historia de las cosas de Nueva España*, vol. IV, cap. X, se dice que Tlacochcálcatl era un principal capturado en esa provincia por los primeros navíos que vinieron y que Cortés se lo trajo de Cuba donde aprendió algo de español, usándolo como intérprete y guía.

día ir a su ciudad en hora buena, allí les esperaría. Acompañaban a Motelchiuh algunos principales deseosos de ver a esos seres tan mentados.

Motelchiuh y sus compañeros llegaron a Chichiquila, donde se encontraron con los españoles. El huiznáhuatl saludó a Cortés con las ceremonias acostumbradas, ofreciéndole ramos de flores y algunos obsequios; asevera Durán que los indígenas jamás iban a saludar o visitar a alguien con las manos vacías, eso sería ofensivo tanto para los que saludan como para los saludados. Motelchiuh comunicó al extremeño que los pueblos por los que pasarían camino a México tenían órdenes de su señor de recibirlos tan bien como pudieran, so pena de la vida. El capitán respondió que lo agradecía mucho pero le rogaba regresar a México pues ya tenían guías. Motelchiuh así lo hizo, en su camino hacia la capital mexica ordenó a las poblaciones, en nombre de Motecuhzoma, que recibieran bien a los españoles, con mucho contento y regocijo.

Los tamemes totonacas se encargaron de jalar los seis pequeños cañones y de cargar el bagaje, aunque, según se queja Bernal Díaz:

> para nosotros, los pobres soldados, no habíamos menester ninguno, porque nuestras armas, así lanzas como escopetas y ballestas y rodelas y todo otro género de ellas, con ellas dormíamos y caminábamos, y calzados nuestros alpargates, que era nuestro calzado, y, como he dicho, siempre muy apercibidos para pelear.

Los españoles, como era su costumbre, iban en buen orden militar, por delante algunos corredores de caballería y otros de infantería, de los más ágiles, para explorar la ruta, y los nativos a la retaguardia.

Dice Bernal que en la primera jornada llegaron hasta *Xallapan* ("Donde hay río de agua arenosa", la actual Xalapa, Ver.), aunque, como bien lo observa fray Juan de Torquemada, eso sería dudoso puesto que de Cempoala a Xalapa hay aproximadamente sesenta y cuatro kilómetros; además, siendo época de lluvias el camino no estaría en buenas condiciones, había ciénegas en gran parte del terreno bajo en las que se sumían los caballos hasta la panza. Torquemada afirma que él mismo lo vio y lo comprobó cuando iba camino a Veracruz un mes de agosto, a costa de una "muy grande caída que allí di este año de 1610".

La ruta de la hueste cortesiana pasó en esa primera jornada por Rinconada Antigua (cerca de la actual Rinconada), a decir de Cervantes de Salazar luego por Ichcalpan, "Lugar donde se guarda el algodón", y Almolonga, "Donde brota el agua"; no sería sino hasta la segunda o tercera jornada, como dice López de Gómara, que llegaron a Xalapa, donde fueron muy bien recibidos, aunque el poblado era pequeño. Xalapa está a poco más de cien kilómetros del puerto de Veracruz, aproximadamente a mitad del camino entre la meseta y la costa a una altura de 1200 metros sobre el nivel del mar y goza de un clima especialmente agradable, así como de paisajes que bien podrían ser suizos. La población estaba situada en las faldas del Macuiltepec, en los límites de la Tierra Caliente. Los hombres de Cortés dejaron atrás los manglares, los montes de cedros y de grandes zapotales, las llanuras de pastos verdes, la exuberancia de la flora y la fauna tropical, así como también los calores húmedos y sofocantes. El cambio seguramente fue saludado con alegría, el aire se hacía más ligero y el clima más templado, aunque la humedad persistía.

A decir de Cervantes de Salazar en Xalapa se reunieron las fuerzas al mando de Cortés y de Alvarado;[4] comenta el cronista que allí se quedó un potrillo por descuido, al que encontraron ya crecido pasado año y medio, formando parte de una manada de venados, fue capturado y domado y se convirtió en un buen caballo que sirvió en las conquistas (posiblemente se trataba del que nació en el navío de Juan Sedeño). Hasta esos momentos habían transitado por territorio totonaca y seguramente no tuvieron problemas de alojamiento ni de comida.

Al cuarto día se desviaron hacia el sur en busca de un paso más accesible por donde atravesar la Sierra Madre Oriental. Pasaron por Coatepec, famosa hoy en día por sus orquídeas, y llegaron a Xicochimalco (el Sienchimalen de Cortés, Sixuchimatl de López de Gómara o Socochima de Bernal Díaz, población cercana a la actual Xico, Veracruz),[5] a unos dieciocho kilómetros al suroeste de Xalapa, entre los ríos Tepetlacalpa y Chapulapa, en las faldas orientales del Cofre de Perote o Nauhcampatépetl, de 4 081 metros de altura cuya cima estaba coronada de nieve. Habían visto esa montaña

[4] William H. Prescott, *Historia de la conquista de México*, vol. I, p. 244, menciona que en su tiempo el nombre de Xalapa era conocido en todo el mundo gracias a la planta *Convolvulus jalapae* que crecía en sus alrededores pues poseía grandes virtudes medicinales. Fernando Benítez, en *La ruta de Hernán Cortés*, p. 142, comenta que se trata de un purgante y que el nombre del remedio se escribía en los tarros de porcelana de las antiguas farmacias como *Xalapae convulvis*.

[5] Lorenzana fue el primero en tratar de identificar la ruta de Cortés por ello su lectura es interesante; sería muy prolijo ir poniendo en notas al pie sus aclaraciones por lo que las abreviaré; si el lector lo desea puede consultarlo directamente. Jorge Gurría Lacroix opina que Xicochimalco era Xico el Viejo o Xico a secas y que las ruinas del pueblo prehispánico se encuentran sobre unos cerros muy cerca de la población del mismo nombre; su *Itinerario de Hernán Cortés*, pp. 97-129, es muy útil para la ruta seguida por los españoles hasta Tlaxcala.

desde la costa dudando que lo que brillaba en la cima fuera nieve, debido al clima tropical prevaleciente.

El pueblo, situado en la ladera de una áspera montaña, estaba fortificado; para llegar a él sólo había una entrada labrada en la roca a manera de escalones, por lo que la caballería no pudo subirlos, si hubiese estado defendido difícilmente lo habrían podido tomar. Abajo, en la llanura, se podía ver cantidad de caseríos y de labranzas. En Xicochimalco se hablaba náhuatl. Bernal Díaz afirma que sus habitantes eran amigos de los totonacas y que no le tributaban a Motecuhzoma, mientras que Cortés y López de Gómara aseveran (y esto es lo cierto) que eran súbditos de los mexicas y podían reunir a unos cinco o seis mil guerreros.

Los españoles fueron bien recibidos y alimentados. Los nativos les dijeron estar enterados de que iban a ver a Motecuhzoma, pues el huey tlatoani era su amigo y les había pedido que los recibiesen bien, Cortés lo agradeció.

Prosiguieron su marcha, el camino se hacía cada vez más abrupto al ir subiendo la Sierra Madre. Su ruta los llevó entre el Cofre de Perote y el Pico de Orizaba o Citlaltépetl (al que habían bautizado como Sierra de San Martín), cuya cima también estaba nevada (tiene 5747 metros de altura). La vegetación era principalmente de coníferas, pinos, encinos y araucarias, y la tierra estaba cubierta de brumas. Pasaron por un desfiladero accidentado hasta que tras caminar unas tres leguas desde Xicochimalco llegaron a un puerto en la cima de una montaña al que bautizaron como Nombre de Dios[6] debido a que era el primero que pasaban, o según Sepúlveda por haberlo franqueado invocando a Dios como se solía hacer al iniciar alguna buena acción, pues este paso les pareció el comienzo de su entrada al interior.

[6] Francisco Antonio de Lorenzana, *Historia de la Nueva España*, dice que este puerto era llamado, en su época, Paso del Obispo.

Cortés relata que la subida era tan alta y difícil como no había otra en toda España. López de Gómara escribe que en esa sierra había muchas parras a las que llama "uvas de la tierra" y árboles con miel. (Debió de ser el oloroso *Xochiocotzoquahuitl*, liquidámbar de gran tamaño del que los nativos extraían una fragante resina. Se dice que fray Bartolomé de Olmedo y el clérigo Juan Díaz cayeron de rodillas, dando gracias a Dios por ese milagro).[7]

Tras pasar el puerto empezaron a bajar. Desde un recodo del camino vieron a lo lejos varias poblaciones, entre ellas una mayor y fortificada. Cervantes de Salazar narra que antes de llegar a ese pueblo Cortés ordenó que dispararan la artillería un par de veces por si a los indígenas se les ocurría recibirlos de mal modo, agrega que al oír el estruendo acudieron algunos nativos asustados y les prometieron darles lo que pidiesen, a lo que Cortés respondió que era mejor que lo hicieran, pues si no los tiros se enojarían y les echarían el cerro encima. En realidad, cumpliendo los deseos de Motecuhzoma, los hospedaron y alimentaron muy bien.

Ese gran poblado era llamado *Ixhuacan* (es el Ceyconacan de Cortés, el Theuxihuacan de López de Gómara y el Texutla de Bernal Díaz, actual Ixhuacán de los Reyes, Ver., "Lugar de los dueños de fibra de maguey"), ubicado a aproximadamente treinta y cinco kilómetros al suroeste de Xalapa, situado sobre la falda sur del Cofre de Perote. Sus tierras las regaban los ríos Huichilapa, Tenejapan y Grande.[8]

Siguieron bajando las laderas de la sierra y pronto entraron en tierras despobladas, estériles y frías (los llanos del Salado, entre el Cofre de Perote y el Pico de Orizaba, que forman una gran región salitrosa y pantanosa), por lo que

7 Fernando Benítez, *op. cit.*, p. 142.

8 Hugh Thomas, *La conquista de México*, p. 270, sitúa Ixhuacán, erróneamente, antes de Nombre de Dios.

tuvieron que dar un rodeo hacia el norte. Aun así, su penosa marcha se prolongó por tres días, aunque es intrigante por qué decidieron rodearla por el norte y no por el sur que es una ruta más corta. Tal vez el extremeño creía que Motecuhzoma no le había mentido totalmente sobre la difícil ruta para llegar a México-Tenochtitlan pues escribe: "Dios sabe cuánto trabajo la gente padeció de sed y hambre, en especial de un turbión de piedra y agua que nos tomó en el dicho despoblado, de que pensé que perecería mucha gente de frío".

Los taínos de Cuba, prácticamente desnudos y no acostumbrados a ese clima extremoso, fueron quienes más sufrieron con esa granizada y con el viento helado que soplaba desde la sierra, varios de ellos murieron. Hasta los españoles, mejor abrigados, temblaban de frío pues venían de tierra caliente, sus armas estaban heladas y les faltaba comida. Llamaron a la región Mal País, estaba cubierta por lava solidificada sobre cuya cortante superficie sufrían las patas de los caballos. La región, situada en las faldas del Cofre de Perote, se extiende casi hasta las lagunas de Alchichica, Tláchac y Quechólac, todas de agua salobre, posiblemente formadas en cráteres de volcanes apagados. Muchos de los sedientos españoles bebieron de esas aguas y enfermaron.

Dejando atrás el actual estado de Veracruz penetraron en el de Puebla, posiblemente pasaron por Tenextépec, Jalapazco y Tepeyehualco. Pasaron por otro desfiladero antes de llegar a otro puerto menos difícil que el de Nombre de Dios, en donde encontraron un pequeño santuario con algunos ídolos y gran cantidad de leña cortada y acomodada en los alrededores por lo que lo bautizaron como Puerto de la Leña. El frío arreciaba y la comida escaseaba.

Ahí empezó la bajada hacia un valle angosto que atravesaron y empezaron a subir de nuevo por unos montes quebrados, hasta llegar a otro valle de tierra fértil y muy

poblado. A lo lejos se veía una población cuyas casas de piedra con azoteas y sus varios templos relucían albeando bajo el sol. Les pareció semejante a un pueblo de España (Cortés lo llama Caltanmi, López de Gómara dice que el valle era Zacatami y el pueblo Zaclotan; Bernal Díaz lo nombra Cocotlán). Lo bautizaron como Castilblanco o Castel Blanco, según algunos expedicionarios portugueses se parecía a un pueblo de su tierra con ese nombre.

Se trataba de Xocotlan, a orillas del río Apulco o Coyuca.[9] El señor local, llamado Olintetl, al parecer tan gordo como el de Cempoala, los recibió llevado de los brazos por dos de sus parientes y acompañado por sus principales. (Los españoles le apodaron "el Temblador", tal vez padecía alguna enfermedad nerviosa.)[10] Salió a recibir a los extranjeros acompañado por sus principales, les dio la bienvenida y ordenó conducirlos hasta unos aposentos de piedra que les parecieron los más grandes y mejores que habían visto hasta entonces, con grandes y hermosas recámaras y muchos salones, de lo que se maravillaron.

Bernal se lamenta de que les dieron de comer "poca cosa y de mala voluntad". El señor decía no saber si Motecuhzoma se mostraría contento cuando supiera de la esta-

9 Lorenzana dice que aún se veían algunos vestigios y un gran ahuehuete horadado donde estuvo amarrado el caballo de Cortés según contaba la tradición de los habitantes. Carlos Pereyra, *Hernán Cortés*, p. 75. Eulalia Guzmán, *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac. Aclaraciones y rectificaciones*, t. I, p. 119, y Gurría Lacroix, *Itinerario de Hernán Cortés*, identifican este poblado con el de Zautla.

10 José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, p. 209, comenta que esto lo dice Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 166, pero que no encontró las fuentes de estos datos. Lo narra Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. III, cap. XXVI, seguido por Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, vol. III, lib. VI, déc. II, cap. II.

día de los blancos en su poblado y que los había aposentado y dado de comer sin su licencia (lo cual es poco creíble). Cortés y López de Gómara afirman que fueron muy bien recibidos, aposentados y proveídos; el capellán agrega que incluso muchos los llevaron cargados en hombros y en hamacas (lo mismo dice Fernández de Oviedo, en todo caso no sería a todos)[11] y que habían sacrificado a cincuenta cautivos cuya sangre fresca vieron.[12]

Se dice que Olintetl, señor de veinte mil vasallos, tenía treinta mujeres además de otras cien que le servían, así como unos dos mil criados y era tributario de Motecuhzoma. En su territorio estaba una guarnición mexica de unos cinco mil guerreros, quienes, al ser territorio fronterizo con Tlaxcala, debían estar preparados para la lucha. A decir de Herrera el huey tlatoani mexica tenía repartidos a lo largo del camino

11 *Historia general y natural de las Indias,* cap. XLV.

12 Durán declara que los españoles llegaron a Nauhtla (lo que podría ser un error por Zauhtla) en donde fueron bien recibidos; el señor local al que llama Coatlpopoca al ser preguntado sobre el camino a México se ofreció a guiarlos por uno muy corto, siendo su verdadera intención que se despeñasen. Cortés aceptó la propuesta y Coatlpopoca los condujo por tierras tan pedregosas y quebradas que tanto los caballos como la infantería iban reventando además de que la noche estaba tan oscura que no veían por donde caminaban. Cortés se lo reclamó a Coatlpopoca quien respondió que se trataba de un atajo que muy pronto acabaría. Llegaron así a unos peñascos y precipicios, dos jinetes que iban a la vanguardia empezaron a bajarlos, sus caballos perdieron pie, cayendo y muriendo junto con sus jinetes. El capitán ordenó apresar al presunto guía, mas ya no lo encontraron. Tuvieron que retroceder y otros indígenas los guiaron por el buen camino. El extremeño envió un mensaje a Motecuhzoma reclamándole que por orden suya Coatlpopoca hubiese osado traicionarles y rogándole encontrar al prófugo como prueba de que el monarca no estaba implicado en su conjura. Motecuhzoma se puso "muy airado y enojado" ordenando entregar a Coatlpopoca a Cortés; el señor confesó que la idea había sido de él. El capitán mandó ponerle grillos y entregarlo de regreso a Motecuhzoma quien ordenó que lo hicieran pedazos.

desde el pueblo de Xocotlan hasta México-Tenochtitlan parejas de mensajeros que en relevos le llevaban información.

El poblado de Xocotlan era grande, con unos trece templos. Según Bernal en la plaza vieron los primeros cráneos humanos (se trataba del primer *tzompantli* que veían), al parecer tuvieron la paciencia de contar, pues afirma que eran más de cien mil y por si quedara alguna duda lo repite: "y digo otra vez sobre cien mil", así como montones de huesos humanos y muchas cabezas colgadas de unas vigas. Agrega que en todos los pueblos encontraron algo semejante.

Francisco de Lugo tenía un gran lebrel que ladraba mucho por las noches, los asombrados nativos preguntaron a los totonacas si ese animal era alguna clase de tigre o de león o algo con que los blancos mataban a sus enemigos; les respondieron que los españoles lo enviaban a liquidar a quienes los enojaban. Preguntaron también por las bombardas y los caballos, sobre las primeras les informaron que metían unas piedras dentro y las lanzaban matando a cuantos querían; en cuanto a los caballos había que verlos correr, eran más rápidos que venados, montados en ellos alcanzaban a cualquiera por muy veloz que fuera. Olintetl comentó: "Luego de esa manera, teules deben de ser".

Los totonacas recomendaron a los nativos no intentar hacer daño ni enojo alguno a los blancos pues "luego lo sabrán, que saben lo que tenéis en el pensamiento" y les contaron, seguramente muy satisfechos de tener tan atento público y de ser los aliados de tan poderosos seres, cómo habían vencido a los guerreros de Tabzcoob, osaron prender a los recaudadores de Motecuhzoma, lograron que los totonacas cesaran de pagarle tributo y no sin un dejo de temor en la voz, cómo habían derrocado las imágenes de sus dioses; sin embargo, podían ser buenos. Les advirtieron que Motecuhzoma les había enviado grandes obsequios mientras que su señor Olintetl aún no les daba nada, por lo que aconsejaron

que lo hiciese sin más dilación. "Por manera que traíamos con nosotros buenos echacuervos", comenta Bernal Díaz.

Cortés dio algunos objetos de "rescate" a Olintetl, y a través de Aguilar y de Marina le endilgó el discurso acostumbrado sobre la causa de su venida, su poderoso señor y su religión, la única verdadera. Narra López de Gómara que habiéndole preguntado el capitán si era vasallo de Motecuhzoma, el asombrado Olintetl respondió: "¿Pues hay alguien que no sea esclavo o vasallo de Motecuhzomatzin?". Ante tan crasa ignorancia o jactancia Cortés le pintó con vivos colores el poder de Carlos V, quien tenía muchísimos súbditos y le aseguró que pronto Motecuhzoma sería también su vasallo, requirió a Olintetl que le jurase obediencia de una buena vez, así sería muy honrado y favorecido o por lo menos enviarle a Carlos V algún oro como muestra de buena voluntad.

Olintetl le respondió que no tenía intenciones de abandonar a su señor Motecuhzoma y tampoco daría oro a nadie sin su orden. El extremeño insistió en que ya vería cómo muy pronto Motecuhzoma le ordenaría que les diera no sólo su oro sino todo lo demás que tuviera.

Ansioso como siempre de obtener toda la información posible, consciente de que la información es poder, el extremeño pidió a Olintetl que como aseguraba que Motecuhzoma era tan poderoso le hablara acerca de la grandeza de México para verificar si realmente sobrepasaba en riqueza y poder a Carlos V. El señor afirmó que Motecuhzoma era el señor del mundo, tenía treinta vasallos, cada uno de los cuales contaba con cien mil guerreros. El huey tlatoani sacrificaba unos veinte mil cautivos al año (López de Gómara no pudo resistirse a agregar que algunos españoles decían que sacrificaba hasta cincuenta mil) residía en la ciudad más hermosa y fuerte de la tierra, sus casas y su corte eran grandísi-

mas y generosas, su riqueza, inconcebible, y continuamente le servían príncipes de todo el mundo.

Cortés continuó el sutil interrogatorio, necesitaba saber más sobre la ciudad de Motecuhzoma y su fortaleza. Olintetl le contó que por estar fundada en el agua no se podía pasar de una casa a otra si no era por medio de puentes levadizos, sólo se podía entrar por tres calzadas que cruzaban la laguna, cada una tenía cuatro o cinco aberturas que sólo se podían pasar por medio de puentes de madera. Cervantes de Salazar agrega que le dijo cómo Motecuhzoma tenía más de cuarenta mil canoas a su servicio y que no había nadie, por muy gran señor que fuera, que no le tributara, ni ninguno tan pobre que no le diera algo, aunque sólo fuera la sangre de sus brazos.

Cortés escuchaba atentamente, era la primera vez que oía un relato más directo y detallado sobre Motecuhzoma y su ciudad, así como del poder y la riqueza de los mexicas. Olintetl, exagerando el poderío de su señor, no se daba cuenta de que lo único que lograba era avivar la ambición de Cortés y sus sueños de poder, gloria y riquezas. López de Gómara comenta que cuanto más oía mayores espuelas le ponían de ir a ver al soberano mexica. El extremeño, aparentemente absorto por la narración, estaría ponderando la dificultad que tendrían que enfrentar para cumplir la promesa hecha al emperador de entregarle el reino de Motecuhzoma, aunque no dio muestra de amilanarse. Bernal Díaz escribe que "Cortés y todos nosotros estábamos admirados de lo oír", pero como eran "de tal calidad de soldados los españoles, quisiéramos ya estar probando ventura; y aunque nos parecía cosa imposible".

Terminado el relato, Cortés de ninguna manera iba a ser menos; le dijo que los enviaba un señor mucho más grande que Motecuhzoma a mandarle que ya no sacrificara ni matara hombres ni robara a sus vasallos, y a que le rindiera

vasallaje y se convirtiera a su fe. Esto mismo les recomendaba tanto a Olintetl como a sus principales, y que debían dejar de comer carne humana y cesar de realizar las cosas malas y feas que acostumbraba como las famosas sodomías, "ellos a todo callaban". Si Cortés esperaba encontrar la misma respuesta que obtuvo con los totonacas pronto se dio cuenta de que ahora estaba tratando con otra clase de lealtad.

Olintetl y Cortés estaban enzarzados en esas pláticas cuando llegaron dos señores, uno venía desde cuatro leguas valle abajo y el otro de dos leguas valle arriba. Presentaron ante Cortés algunos obsequios: joyas de oro y otras cosas pequeñas y siete u ocho esclavas (cuatro cada uno según López de Gómara, cuatro en total afirma Bernal, agregando que salieron muy buenas para moler el maíz). Cortés las recibió alegremente, al parecer en esta ocasión no insistió en que primero las bautizaran, tal vez por considerar que estaban destinadas a moler maíz y no a compartir sus camas.

En Xocotlan les dijeron que no debían pasar por Tlaxcala en su camino a México, era una provincia muy poderosa y belicosísima y sería mejor que continuaran por la ruta de una gran ciudad llamada Cholula, donde estarían amparados por Motecuhzoma. Sin embargo, los totonacas afirmaban que los cholultecas eran falsos y traidores, que Motecuhzoma mantenía allí una gran guarnición, que la frontera con Tlaxcala estaba muy cercana y que sus habitantes eran amigos suyos.

Sopesando cuidadosamente las alternativas y los posibles engaños, Cortés y sus hombres decidieron seguir el consejo de sus aliados totonacas y no el de quien se mostraba tan fanático de Motecuhzoma, tal vez el huey tlatoani podría estar jugando un doble juego y querer encaminarlos hacia una trampa. De común acuerdo con los totonacas el extremeño escogió a cuatro de ellos, todos principales, tomándolos de entre quienes alababan con más empeño a los tlaxcaltecas y aseguraban que sin duda alguna Tlaxcala,

mortal enemiga de los mexicas y amiga de Totonacapan, se aliaría con ellos, afirmando incluso que los tlaxcaltecas los acompañarían a luchar contra Motecuhzoma si las cosas llegaban a la guerra (Muñoz Camargo dice que Cortés había enviado un mensaje a Tlaxcala desde Cempoala).

Instruyó a la embajada totonaca: debían comunicar a los tlaxcaltecas el motivo de su visita, de lo mucho que deseaban verlos y conocerlos en paz para ofrecerles su amistad y solicitarles licencia de transitar por su territorio camino a México-Tenochtitlan, que les ofrecieran su ayuda en caso de que la necesitaran, ya que bien sabían cómo los mexicas los tenían oprimidos y conocían de su valentía y de su tenacidad por mantenerse libres. Bernal Díaz relata que Cortés envió como regalo un sombrero de Flandes, vedejudo y colorado, y una carta de presentación, pues aunque no la entenderían serviría para dar más peso y prestigio a su embajada. Según Muñoz Camargo el sombrero era de seda de tafetán carmesí. El extremeño también les envió una espada y una ballesta como muestra del poder de las armas españolas[13] (lo cual es de dudarse dado las pocas armas con que contaban).

López de Gómara afirma que en Xocotlan, al igual que en todos los poblados por donde pasaba la hueste de Cortés, derrocaron los ídolos y pusieron cruces en los templos. Andrés de Tapia agrega que dejaban cruces en todos los lugares adonde llegaban. Bernal difiere, relatando que quisieron poner una cruz mas el padre Olmedo se negó, aduciendo que no

[13] En la "Merced y mejora de Hernán Cortés a los caciques de Axapusco y Tepeyehualco" se lee que en Jalazingo se encontró Cortés con Tlamapanatzin y Atonaletzin quienes le informaron de cómo habían convocado a los señores de Tlaxcala, Huexotzinco, Tlalmanalco y Chalco, enemigos de los mexicas y le dijeron que Motecuhzoma había consultado a sus dioses obteniendo por respuesta que sería vencido por los hijos del sol por lo que se encontraba sumido en una gran confusión y pesar, DC, I, pp. 69-70.

era tiempo para esas cosas pues, una vez partidos, los indígenas podrían deshonrarla o adorarla al igual que a sus ídolos (lo cual es más probable).

Preparándose para seguir el extremeño pidió a Olintetl le proporcionara unos veinte principales para acompañarlos y guiarlos; el señor accedió (en realidad al astuto capitán le servirían tanto de rehenes, como testigos y futuros propagadores del poderío español). Los agentes de Motecuhzoma los seguían todo el tiempo, reportando sus movimientos y acciones.

Partieron de Xocotlan tras una estancia de cuatro o cinco días en dirección al poblado de uno de los dos señores que habían ido a verlos. Se trataba de Ixtacamaxtitlan (en el actual estado de Puebla), situado a un par de leguas valle y río arriba. Su señorío se extendía unas tres o cuatro leguas a lo largo del valle por el que corría el pequeño río de Ixtacimaxtitlan o Apulco, mismo que pasa frente a Zautla. Estaba tan poblado que las casas casi se tocaban unas con otras, todas parecían de buena calidad, sus habitantes eran más ricos que los de valle abajo. La morada del señor, también tributario de Motecuhzoma, estaba en lo alto de un cerro y a decir de Cortés era "la mejor fortaleza que hay en la mitad de España, y mejor cercada de muro, y barbacana, y cavas". Alrededor del cerro se esparcía la población, que contaba con cinco o seis mil habitantes.[14] Fueron bien recibidos y alimentados. Bernal dice que les dieron de regalo un collar de oro, algunas mantas y dos indígenas y que fue allí de donde Cortés envió a dos [sic] mensajeros totonacas a Tlaxcala.

En Ixtacamaxtitlan les dijeron que los tlaxcaltecas estaban en armas y no les permitirían pasar por su territorio, pues creían que iban a atacarlos al enterarse de que iban

[14] El lugar gozó de cierto auge en la época colonial debido a sus minas de plata.

acompañados por guerreros de poblaciones que tributaban a Motecuhzoma que en ocasiones entraban a sus tierras con mañas y por sorpresa para saquearlos.

La hueste de Cortés permaneció en Ixtacamaxtitlan unos días, reponiéndose de las penurias pasadas y esperando el regreso de la embajada. Cervantes de Salazar refiere que los habitantes hicieron muchos mitotes, danzas, bailes y otras fiestas en honor de sus huéspedes, tanto por obedecer a Motecuhzoma como "porque son algo envidiosos, por parescer a Olintetl". Cortés les repitió su parlamento y sus muchas promesas de ayuda.

Mientras tanto en México-Tenochtitlan, Motecuhzoma, según relata Torquemada, informado de la proximidad de los extranjeros a su ciudad, reunió de nuevo a su consejo. Según esta versión (tomada de fuentes indígenas probablemente contrarias a Motecuhzoma), el huey tlatoani aún deseaba evitar su llegada pero sin utilizar las armas (lo cual contradice las órdenes que dio de facilitar el camino a los españoles; aun así, aunque sólo fuese por el sabor antropológico que posee el relato, es necesario incluirlo). Dice el fraile que acordaron intentarlo de nuevo por medio de conjuros y artes de adivinos, hechiceros y encantadores; si se trataba de hombres los dioses los detendrían, y si de dioses, los hechiceros debían intentar congraciarlos y rogarles no seguir adelante sino buscar otras tierras y gentes donde hacer su morada, pues hacia donde se dirigían ya los dioses eran adorados.

Los hechiceros partieron, y sin ser vistos por los españoles realizaron sus conjuros y encantamientos, tejiendo hilos entre los árboles por donde pasarían los blancos. De nuevo sus intentos fueron en vano, tuvieron que regresar a su señor confusos y tristes. A Motecuhzoma "le vino una excesiva melancolía que le causó un muy grande y peligroso desmayo". El tlatoani entonces decidió recibirlos en paz, decidiendo facilitarles el camino y que les dieran alimentos y

esclavos a los que debían sacrificar en su presencia y rociarlos con su sangre, procurando siempre entender qué clase de seres eran.

Los calpixques y capitanes cumplieron sus órdenes y rociaron la comida ofrecida con la sangre de los sacrificados, los españoles la rechazaron con horror, por lo que concluyeron que esos dioses no eran como los suyos que necesitaban de la sangre humana, pero que aun así eran divinos y debían servirles alimentos sin sangre (según el *Códice Florentino* esto sucedió al principio, cuando los españoles estaban en las playas de Veracruz, al igual que lo de los hechiceros).

En este punto es necesario comentar sobre la suerte que corrieron los mensajeros totonacas. Tlaxcala, cuyo tamaño era más o menos el mismo que ocupa el actual estado del mismo nombre, se encontraba en esa época rodeada de territorios dominados por la Triple Alianza. La provincia estaba dividida en cuatro señoríos: el de Ocotelolco cuyo señor era Maxixcatzin; el de Tizatlan, bajo Xicoténcatl; el de Tepetícpac, encabezado por Tlehuexolotzin, y el de Quiahuiztlan, de quien era señor Citlalpopocatzin. A los españoles les pareció que existía cierta semejanza entre la estructura política de Tlaxcala y la de las ciudades-estado de Italia, por lo que dieron en llamarla República de Tlaxcala y senadores a sus señores y principales.[15]

Seguramente los tlaxcaltecas estaban bien enterados tanto acerca de los extranjeros como de sus acciones, pero inseguros acerca de su origen, naturaleza e intenciones. De

[15] Christian Duverger, *Cortés*, p. 159, como con los totonacas, cae de nuevo en el error de afirmar que los tlaxcaltecas vivían "desde *hacía varios siglos* en una especie de animosidad ritual", la cursiva es mía. Hoy en día Tepetícpac y Quihuitztlan están en la ciudad de Tlaxcala, mientras que Tizatlán es llamada San Esteban Tizatlán y Ocotelolco el de San Francisco Ocotelulco.

acuerdo con algunas crónicas, también en Tlaxcala hubo agüeros y profecías sobre su próxima llegada.[16]

Bernal Díaz (lo mismo que Cortés y Solís con alguna variación de circunstancias) relata que los mensajeros totonacas fueron apresados por los tlaxcaltecas (lo cual es difícil de creer dada su condición de embajadores). Cervantes de Salazar, mostrando buen conocimiento de las costumbres mesoamericanas, repite que los embajadores eran considerados inviolables y tratados con gran ceremonia y honor ya que se les consideraba prácticamente sagrados; las faltas contra tal costumbre eran castigadas con rigor, si no eran recibidos se consideraba como una afrenta capital. Por lo general las embajadas eran de cuatro personas, muchas veces principales, escogidas por su elocuencia y seriedad que, para ser reconocidas, llevaban una manta delgada, torcida y enredada en el cuerpo, que les cubría el ombligo, con dos nudos en la espalda de cada uno de los cuales colgaba un palmo de manta con la que se tapaban al dar su mensaje; además llevaban otra manta de algodón grueso doblada de tal modo que formaba un pequeño bulto enroscado, atada con un cordel que pasaba por el pecho y por los hombros; en la mano derecha traían una flecha asida por la punta con las plumas hacia arriba (agrega Solís que si las plumas eran rojas indicaban que iban a declarar la guerra y si blancas iban de paz) y en la mano izquierda portaban un escudo pequeño y una redecilla en la que llevaban la comida necesaria para su camino. Si

16 Tlaxcala era un "altépetl complejo" conformado con por lo menos cuatro estados iguales, cada uno con su tlatoani, cuyas casas estaban muy cerca unas de otras. Afirmaban haber salido también de Chicomóztoc como parte de las tribus neochichimecas, tras vencer a los pobladores se establecieron en Tlaxcala. Hacía la mitad del siglo XV en luchas contra los mexicas habían ido quedando cada vez más reducidos en territorios y finalmente cercados desde hacía unos 60 años.

entraban en territorio enemigo no debían salirse del camino, de otra manera podían ser aprehendidos, perder sus derechos como embajadores y aun ser condenados a muerte.

De acuerdo con la costumbre establecida debió notificarse a los señores de Tlaxcala el arribo a su territorio de estos mensajeros, les darían de comer y reposarían un poco mientras se reunían los señores y principales y entonces serían conducidos a su presencia. Entrarían al recinto con gran seriedad y solemnidad, cubiertos por sus mantas, llevando algunas flores en las manos, con paso lento y los ojos bajos. Efectuarían la ceremonia de "tomar tierra" mientras el señor permanecía sentado en gran majestad. Al llegar a la mitad del aposento entregarían la carta y los obsequios que enviaban los españoles y se encuclillarían sobre sus pantorrillas, esperando que el señor les hiciera seña de que podían hablar.

En esta ocasión, si estaban reunidos los cuatro señores, sería Xicoténcatl, de Tizatlan, por ser el más anciano, quien lo indicaría. El totonaca de más edad se llevaría entonces la mano a la boca y tomaría la palabra sin levantar los ojos, con voz baja y grave, hablando con gran cortesía y respeto, eligiendo cuidadosamente sus palabras o repitiéndolas de memoria. Los señores escucharían con atención tras lo cual Maxixcatzin, de Ocotelolco, que al parecer era el general en jefe de las fuerzas unidas tlaxcaltecas, les daría la bienvenida, agradecería el consejo que les daban, manifestaría su alegría de que se hubiesen librado al fin del pesado yugo de Motecuhzoma y les diría que mientras deliberaban sobre su respuesta permanecieran en la ciudad como en su propia casa, enseguida los mensajeros saldrían realizando las ceremonias usuales.

Muñoz Camargo, cronista tlaxcalteca, declara que el mensaje recibido puso en extraña alteración a los señores, a sus principales y a la población en general. Reunidos en

consejo los cuatro señores se preguntaban si acaso podría tratarse de un engaño de los traidores mexicas.

Cervantes de Salazar narra que reunidos en consejo los señores y principales, Maxixcatzin tomó la palabra: era de la opinión que los extranjeros parecían más divinos que humanos, que no debían olvidar el valor que habían mostrado ni su extraña naturaleza, que posiblemente podrían serles de ayuda, o por lo menos así lo prometían, en su perpetua lucha contra los mexicas. Por ello no deberían negarles el permiso que pedían de venir a verlo, so pena de ser calificados como crueles o cobardes. Si realmente eran dioses pasarían fácilmente por su tierra a pesar de ellos y muchos tlaxcaltecas podrían morir.

Muñoz Camargo pone esta opinión en boca de Xicoténcatl, que en ese tiempo era muy anciano y estaba casi ciego, añadiendo que recordó una profecía que mencionaba la llegada de gentes de donde sale el sol, blancos, barbados y zancudos, con celadas en las cabezas, que traerían armas muy fuertes, emparentarían con ellos y serían todos uno y que sin duda se refería a esos extranjeros; además, llegaban en buen tiempo pues el poderío mexica estaba en expansión y su tiranía aumentaba. Les aconsejó, por tanto, investigar primero qué era lo que pretendían esos dioses u hombres; las palabras que les enviaban por medio de los totonacas eran de amistad y debían estar enterados de las continuas guerras y trabajos de Tlaxcala, pues así lo decían en su mensaje.

Cervantes en cambio declara que Xicoténcatl contradijo apasionadamente a Maxixcatzin (aunque seguramente se refiere al hijo del señor, que llevaba su mismo nombre y siempre probó ser contrario a los españoles), exponiendo un punto de vista muy diferente. Les aconsejó no perder la oportunidad de mostrar al mundo su valentía al realizar una hazaña que perduraría por siempre. Los extranjeros ciertamente no eran dioses, tal vez fuesen aquéllos de los que

hablaba la profecía, mas para estar ciertos debían probarlos primero; si en verdad lo eran después podrían reconciliarse. Además, se sabía que a esos blancos no había quien los hartara, dondequiera que entraban hacían más estragos que cincuenta mil guerreros, eran soberbios, ambiciosos y codiciosos, perdían la cabeza en cuanto veían oro, plata, piedras preciosas o perlas; despreciaban las leyes, destruían los templos, blasfemaban de los dioses, eran holgazanes y amigos de dormir con su ropa, viciosos y dados al deleite, haraganes que encontraban el trabajo odioso. Quizás, abundó Xicoténcatl, incluso sus famosas armas sólo eran ilusiones producto de algún encantamiento y "así, creo que, no pudiéndolos sufrir el mar, los ha echado de sí". Lejos de parecerles dioses más bien los tomaba por monstruos salidos de la espuma del mar. Si los recibían estarían obligados a mantenerlos a gran costo. Para hartar de maíz a los muchos venados que traían no bastarían sus cosechas y para los blancos "¿qué gallinas, qué conejos, qué liebres bastarán?". Ellos no eran tan ricos como Motecuhzoma sino por el contrario, pasaban grandes estrecheces. ¿Debían ponerse en mayores trabajos y hacerse esclavos de esos perniciosos extranjeros y meter a su tierra voluntariamente a quienes los harían tributarios? Si dudaban de sus palabras debían preguntarlo a los pochtecas y entonces verían que lo que les decía era poco. Concluyó afirmando que les sería fácil resistirlos y aun hacerles volver atrás en huida, pues no eran muchos. Si querían seguir siendo libres, si amaban a sus hijas y mujeres debían impedir a toda costa su entrada a Tlaxcala.

Este inflamado (y más realista) discurso alteró a los presentes, en el consejo empezó a dejarse oír un sordo murmullo creciendo de proporciones. Las opiniones se dividieron. Finalmente Tlehuexolotzin, señor de Tepetícpac, exigió silencio y empezó a hablar. Dijo que tanto Maxixcatzin como Xicoténcatl tenían razón, debían tomar de cada uno lo más

conveniente de sus palabras y utilizar la astucia. En su opinión había que proporcionar a los embajadores una buena respuesta y dar la bienvenida a los españoles; una vez partidos los totonacas hablarían con los otomíes que guardaban las fronteras de Tlaxcala y les pedirían atacar a los blancos en cuanto entrasen a territorio tlaxcalteca y en ello los auxiliaría en secreto Xicoténcatl el joven, hijo del señor de Tizatlan; arremeterían repetidas veces contra ellos hasta saber qué clase de seres eran: si es que se trataba de dioses, como sostenían algunos, aunque bien sabían que también sufrían de hambre y de sed y deseaban las cosas que como dioses debían menospreciar, o si eran simples humanos como decían otros.

De esta manera, continuó Tlehuexolotzin, si lograban vencerlos gozarían de perpetua gloria, y si por el contrario los extranjeros ganaban, siempre podrían decir que los otomíes eran gente bárbara que sin consultarlos y sin su conocimiento habían decidido atacarlos por su cuenta. Así, finalizó el astuto Tlehuexolotzin, jugarían sobre seguro.

Su opinión fue del agrado de todos, por lo que unánimemente decidieron seguir su consejo. Los señores se levantaron y felicitaron a Tlehuexolotzin, diciéndole que los dioses estaban en su corazón y hablaban por su boca.

Ordenaron llevar a su presencia a la embajada totonaca para comunicarle su respuesta, no por boca de los señores sino a través de alguno de los principales. Después les echarían en sus redecillas el alimento que necesitaran para regresar y tal vez, como era la costumbre, algunos obsequios. Varios principales los acompañarían hasta la salida de la ciudad. Aunque al parecer, debido a ciertos festejos, los detuvieron un poco más de tiempo.

Muñoz Camargo asevera que para entonces los dioses habían enmudecido y se caían de sus pedestales, había tem-

blores de tierra y cometas que corrían de una parte a otra por los aires, así como grandes lloros y llantos de niños y de mujeres convencidos, con temor y espanto, de que el mundo perecía y se acababa, "que no hay lengua ni pluma que lo pueda ponderar y encarecer".

El miércoles 31 de agosto de 1519 Cortés y sus hombres continuaron su marcha, considerando que habían esperado lo suficiente el regreso de los mensajeros. Los señores del valle insistían en que no fuesen hacia Tlaxcala, pues sus habitantes eran sus enemigos y gentes muy belicosas; sería mucho mejor si se dejaban guiar por ellos para que siempre pasaran por los dominios de Motecuhzoma en los que podrían tener la seguridad de ser bien recibidos. Los totonacas a su vez insistían en que fueran a Tlaxcala, argumentando que los del valle querían impedir que los blancos se aliaran con los tlaxcaltecas, reiterando que la gente de Motecuhzoma era traidora y los llevaría hacia alguna emboscada.

Ruta de Hernán Cortés de Cempoala a Tenochtitlan
(agosto-noviembre de 1519)

Cortés y sus capitanes ya se habían decidido por Tlaxcala, confiaban más en los totonacas que en los otros indígenas y no pensaban cambiar de opinión ni demostrar que tenían

miedo. Consideraban también que, de ser cierto lo que les decían respecto a que los tlaxcaltecas estaban en pie de guerra, sería mejor acercarse antes de que lograran juntar más tropas. El extremeño pidió al señor de Ixtacamaxtitlan, al igual que lo había hecho con Olintetl, veinte guerreros de entre sus principales para que los acompañaran y guiaran; el señor los otorgó, dice Bernal Díaz, mientras que López de Gómara afirma que fueron trescientos guerreros y que el señor los acompañó hasta su frontera.

Los españoles partieron encomendándose a Dios, la bandera tendida al viento por el alférez Corral. Iban como de costumbre en buen orden, listos para enfrentar cualquier eventualidad. Cortés y sus capitanes, previendo un posible ataque, habían vuelto a instruir a los de caballería sobre cómo debían entrar en batalla: de tres en tres para ayudarse unos a otros, a media rienda, las lanzas un poco terciadas; al romper por las filas enemigas llevarían las lanzas a la altura de los rostros de los contrarios sin pararse a dar lanzadas, pues podían echar mano de ellas y quitárselas o incluso derribarlos de su cabalgadura. En caso de que el enemigo se cogiese de la lanza debían sostenerla con toda su fuerza debajo del brazo y dar espuelas a su caballo, con lo que librarían la lanza o se llevarían arrastrando a quien la cogiese.[17]

[17] Bernal Díaz relata, fallándole la memoria o tendencioso, que por el camino se encontraron con los dos mensajeros totonacas quienes afirma que habían logrado huir de su prisión. Estaban muy temerosos por todo lo que habían visto y oído. Dijeron a los españoles que los tlaxcaltecas los habían amenazado con comérselos y que lo mismo harían con sus *teules* por traer embustes del traidor de Motecuhzoma. Ya verían ellos si eran tan esforzados como decían. No hicieron ningún caso a su afirmación de que los españoles eran también enemigos de los mexicas y que querían a los tlaxcaltecas por hermanos y repite que los del pueblo y los de Cempoala les dijeron que los tlaxcaltecas les defenderían la entrada.

Saliendo del valle se encontraron, a un par de leguas de Ixtacamaxtitlan, con un muro de piedra con una altura de estado y medio (aproximadamente tres metros) y una anchura de cerca de veinte pies (tres o cuatro metros). En su parte superior corría un pretil de pie y medio de ancho sobre el cual muy bien se podría luchar. El muro atravesaba todo el valle desde las faldas de unos montes a las de otros; tenía solamente una entrada de unos diez pasos de ancha en donde se encontraban ambos lados del muro, dejando entre ellos un corredor estrecho de aproximadamente cuarenta pasos que sería muy fácil de defender y difícil de tomar en caso de lucha.[18]

Según López de Gómara al preguntar Cortés por la causa del muro le respondieron que era la frontera con Tlaxcala y que, como los tlaxcaltecas siempre estaban en guerra con Motecuhzoma, sus antepasados lo habían construido para impedir la entrada de los tlaxcaltecas a sus tierras. Bernal Díaz adjudica su construcción a los de Tlaxcala. Actualmente ya no queda rastro. Curiosamente, habría bastado con dar un pequeño rodeo para salvarlo, tal vez se trataba de un proyecto inacabado.

Asombrados al contemplar una obra de tal magnitud los españoles hicieron alto; no veían señal alguna de que estuviera defendida. Cortés y sus capitanes cabalgaron a lo largo del muro por más de media legua verificando su fuerza y explorando, por si pretendían emboscarlos.[19] Al ver todo

[18] Lorenzana menciona la existencia de este muro del que aún se conservaban restos en todo ese distrito. Estaba construido de piedra sin argamasa, uno de sus extremos partía de la base de un gran peñasco llamado Atotonilco. Gurría Lacroix, *Itinerario de Hernán Cortés*, declara que él comprobó la existencia de este muro por medio de una investigación personal.

[19] Hernán Cortés, Segunda carta de relación; Andrés de Tapia, "Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre don Hernando Cortés, marqués del Valle, en la Nueva España"; Fernández

en calma el ejército de Cortés pasó por el estrecho pasaje y penetró en territorio tlaxcalteca, probablemente era el miércoles 31 de agosto de 1519.

---

de Oviedo, *op. cit.*, vol. IV, lib. XXXIII, caps. III, XLV; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, pp. 73-76; Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios del conquistador*, p. 30; Juan Ginés de Sepúlveda, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. IV; Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. III, caps. XXV-XXXII; Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. I, caps. LXI-LXII; *Códice Ramirez*; fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. II, cap. LXXXII; Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, lib. II, caps. II-III; Herrera, *op. cit.*, III, lib. VI, déc. II, caps. II-IV; fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, caps. XXVI-XXIX; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Historia de la nación chichimeca", cap. LXXXIII; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. II, caps. XIV-XVII.

CAPÍTULO XI

Las batallas de Tlaxcala

Venía el campo en muy gentil orden, repartido en escuadrones, y en cada cual sonaban muchas bocinas, caracoles y atabales que cierto era bien de ver. Nunca españoles vieron en campo tan hermoso ejército y tan grande después que las Indias se descubrieron...

Cervantes de Salazar[1]

Los españoles y sus aliados iban más precavidos que de costumbre. Pasaron por Uliyocan, o Iliyocan, "Lugar de alisos", el capitán se adelantó media legua con seis jinetes a explorar y escoger un sitio adecuado donde pasar la noche o presentar batalla en caso necesario.[2] No imaginaba la gran

1 *Crónica de la Nueva España*, lib. III, cap. XXXVI.

2 Cervantes de Salazar, seguido como de costumbre por Herrera relata que después de caminar una legua por tierras de Tlaxcala los españoles se encontraron con las artimañas de los hechiceros mexicas al meterse por un espeso pinar lleno de hilos y papeles enredados entre los árboles y atravesados por el camino a fin de detenerlos o si lograban pasar quitarles la fuerza. Los guías les dijeron de qué se trataba. Cortés y sus hombres rieron y siguieron adelante. Torquemada comenta que debe entenderse que esto sucedió antes, como él ya lo había escrito, pues en ningún memorial había leído ni visto que fuese en Tlaxcala (lo cual es lógico siendo tierra enemiga de los mexicas). Sin embargo, Francisco de Aguilar, testigo presencial, narra que en-

prueba por la que pronto pasarían; lo imprevisible suele hacer acto de presencia.

Fray Diego Durán asevera que antes de entrar a tierra tlaxcalteca enviaron mensajeros para avisar de su llegada (no especifica a quién, posiblemente totonacas) y pedir con arrogancia que los fueran a recibir y prepararles lo necesario. A Tocpacxochihuili, señor de los otomíes de Tecóac (actual Molino) le enfurecieron tales pretensiones, dijo que él no era vasallo ni criado de los extranjeros ni tampoco de Motecuhzoma como para que le mandaran preparar guajolotes, huevos, tortillas, frutas, maíz, hierba para los caballos y barrer aposentos; no los recibiría ni les daría nada. Reunió a sus guerreros y los exhortó: "destruyamos y aniquilemos estos dioses que han venido, que tanto espanto y miedo ponen con verlos a todas las naciones".

A la vanguardia iba un destacamento de ballesteros y escopeteros, en el centro la artillería y la infantería, armados de espada y escudo; en la retaguardia, el equipaje cargado por los tamemes y resguardado por varios centenares de guerreros nativos. Tras cabalgar tres o cuatro leguas por territorio tlaxcalteca, Cortés, que no las tenía todas consigo, temeroso de una emboscada mandó a la infantería darse prisa, pues ya era tarde. Subieron a la cima de una loma desde donde vieron entre ocho o 30 otomíes (dependiendo de la fuente). Sus tocados brillaban con los rayos del sol, iban armados con lanzas, macahuitls y rodelas. Los nativos, al ver que los jinetes se lanzaban a galope tendido sobre ellos (posiblemente las bestias llevasen pretales de cascabeles en las patas) y escuchar algunos disparos, intentaron darse a la

---

contraron en el monte los árboles enredados con sogas de esparto a manera de cerca para estorbarles el camino. (Posiblemente la intención de Motecuhzoma fuera que no pasaran por Tlaxcala temiendo que se aliaran con sus mortales enemigos.)

fuga ya fuese por temor o porque eran vigías. Bernal Díaz y Andrés de Tapia aseguran que se trataba de "espías".

Cortés y sus jinetes les gritaron e hicieron señas de esperar. Dos de los guerreros lo hicieron a pie firme, se defendieron con sus macahuitls, luchando con tal denuedo y valentía que lograron matar a dos caballos cercenándoles el cuello con sus filosas espadas de pedernal, y herir otros tres así como a dos jinetes.[3] Así de golpe, a manos de dos indígenas, se derrumbó el supuesto mito de la divinidad de los caballos. Al parecer los nativos intentaban conducirlos a una emboscada pues en ese momento cantidad de guerreros que habían permanecido ocultos se movilizaron en buen orden hacia los jinetes. Según Cortés eran cuatro o cinco mil (más de 3000, a decir de Bernal; veinte mil, de acuerdo con el exagerado Bernardino Vázquez de Tapia) y les lanzaron una lluvia de proyectiles: piedras, flechas y lanzas.

Mientras tanto, el resto de la caballería alcanzó a Cortés y a sus jinetes. Juntos hicieron algunas arremetidas contra la avanzada enemiga tratando de ganar tiempo para que llegara la infantería, a la que habían enviado mensaje de acudir a toda prisa. El campo de batalla estaba en un llano con muchas casas y sembradíos de maíz y magueyes, por lo que la caballería pudo cabalgar a su entera satisfacción. Cuando finalmente llegó la infantería española los otomíes retrocedieron, parte por la sorpresa causada por las armas desconocidas de los extranjeros y parte porque era tarde. Vázquez de Tapia asevera que la lucha se prolongó por dos horas y que los nativos sólo se retiraron cuando cayó muerto su capitán, al que se llevaron en hombros tras sufrir de cin-

[3] Según Bernal Díaz los indígenas sólo hirieron a los caballos; Vázquez de Tapia y Francisco de Aguilar, testigos presenciales, refuerzan la versión de Cortés y de López de Gómara, este último afirma que uno de los jinetes cuyo caballo mataron era Cristóbal de Olid.

cuenta a setenta bajas y dejar heridos a todos los caballos y a muchos españoles.

El sol estaba por ocultarse, los hombres de Cortés, cansados de caminar y luchar, decidieron establecer su campamento junto a un arroyo a una legua del lugar de la escaramuza. Cervantes de Salazar escribe que Cortés ordenó que enterraran a los caballos muertos para que el enemigo no se enterara de que eran mortales, como si no se hubieran dado cuenta. Se dice que los otomíes llamaron a los caballos "venados mochos".

En esos momentos llegaron mensajeros enviados por los señores de Tlaxcala acompañados de dos de los totonacas que habían servido de embajadores. Tras las ceremonias de salutación dijeron que sus señores estaban enterados de que fueron atacados, mas ignoraban el motivo, lo habían hecho ciertas comunidades de otomíes que vivían en su territorio sin su permiso. Sentían mucho lo sucedido y estaban dispuestos a pagar por los caballos muertos (por lo visto no sirvieron las medidas de Cortés para que no se enteraran de sus muertes) puesto que el percance había sucedido en su tierra; deseaban ser amigos y les extendían una invitación para ir a su pueblo, pues se alegrarían de conocerlos sabiendo que eran gente de valor. Cortés respondió que mucho lo agradecía y les aseguró que también los tenía por amigos y que aceptaba su invitación; en cuanto a los caballos no había necesidad de pagarlos, muy pronto le llegarían muchos más. Torquemada hace el curioso comentario de que a pesar de que los tlaxcaltecas decían que los atacantes no eran de los suyos se llevaron a 60 de los muertos en el campo de batalla.

Tras establecerse y organizar los piquetes de centinelas y la defensa, en previsión de un ataque, se dedicaron a curar sus heridas con la grasa, o "unto", de un indígena muerto y gordo que abrieron para tal efecto pues carecían de aceite. Unos perrillos, que llevados por sus amos al campo volvían por la noche a sus casas, les sirvieron para cenar muy bien;

Bernal Díaz asegura que "era harto buen mantenimiento".[4] Toda la noche tuvieron los caballos ensillados y enfrenados, las guardias se relevaban de cien en cien, temiendo ser atacados en cualquier momento.

El lapso transcurrido entre esta primera batalla en Tlaxcala y la paz final con la *señoría* (como hemos dado en llamar a las ciudades-estados mesoamericanos) es, como lo manifiesta Alfredo Chavero, "un momento muy obscuro en los cronistas y lleno de contradicciones",[5] incluyendo el total de esos días, pues dependiendo de la fuente van desde 10 hasta 30, aunque es probable que fuesen unos 15. La sucesión de los acontecimientos también varía, Orozco y Berra intentó situarlos cronológicamente estableciendo las fechas para cada día.[6] Creo que tal tarea es prácticamente imposible y que será suficiente ofrecer una idea más o menos comprensiva de lo sucedido, basándome por supuesto en los relatos de los cronistas españoles, ya que incluso la misma realidad de estos sucesos ha sido puesta en duda como veremos más adelante.[7] No conozco ninguna historia escrita en Tlaxcala que narre estos sucesos, lo cual es comprensible dada su posterior alianza con los españoles. Es probable que los señores de Tlaxcala trataran de matar dos pájaros de un tiro: por un lado probaban la capacidad guerrera de los extranjeros y por el otro, fingiendo inocencia, abrían la posibilidad de pactar

4 Eran perros adultos, no "crías de perro", como lo dice Hugh Thomas, *La conquista de México*, p. 275.

5 *México a través de los siglos*, vol. II, pp. 389-390.

6 Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, caps. IX y X.

7 Sin embargo, Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, p. 165, afirma que los tlaxcaltecas se enorgullecían tanto de las batallas que sostuvieron contra Cortés que cuando hacían fiestas o recibían a algún virrey salían al campo sesenta o setenta mil a escaramuzar y pretender que luchaban como lo hicieron con él.

con ellos si lograban salir airosos del combate, echando la culpa a los bravíos otomíes.

Al día siguiente, jueves 1 de septiembre (2 de septiembre, según Bernal), temprano por la mañana y después de encomendarse a Dios, la hueste cortesiana prosiguió su marcha, esperanzada en las palabras de paz de los señores tlaxcaltecas, pero siempre en buena formación; algunos jinetes y peones ligeros por delante. A la salida del sol llegaron a un pequeño poblado donde se encontraron con los otros dos totonacas de los cuatro que habían enviado como mensajeros a Tlaxcala. Estaban sudorosos, pálidos, llorosos, con señales de maltrato, apenas si podían pronunciar palabra. Se tiraron al suelo frente a Cortés abrazándose de sus pies. Tartamudeando dijeron haber sido apresados y que querían sacrificarlos ese mismo día a Camaxtle, el dios de Tlaxcala, para dar buen comienzo a la guerra y como augurio de que lo mismo harían con los barbudos extranjeros blancos y con cuantos los acompañaban, pero lograron escapar por la noche (todo lo cual parece poco verosímil).

Cervantes de Salazar narra que los españoles quemaron algunas casas y al no encontrar alimentos tuvieron que probar las tunas, aunque

> no las osaron comer hasta que vieron que las comían los tamemes que consigo traían; y porque la fruta es muy espinosa que aunque se tome con guantes pasa, los nuestros, primero que entendieron que echándolas en el suelo y volviéndolas con la suela del zapato se les quitaban las espinas, las metían por las puntas de las espadas chamuscándolas a las llamas de las casas que ardían, de que no poco se reían los indios.

Siguieron adelante. Al poco tiempo, a dos tiros de piedra de distancia vieron las siluetas de cantidad de guerreros sobre un

cerrillo, probablemente otomíes, formados en escuadrones (1 000 según López de Gómara, 6 000) según Bernal Díaz), "con grandes gritas, y atambores y trompetillas, flechando y tirando varas". Cortés afirma que tuvo la sangre fría para requerirles de paz por medio de los intérpretes, ante el escribano real Diego de Godoy y otros testigos, pero "cuanto más me paraba a los amonestar y requerir con la paz, tanto más priesa nos daban ofendiéndonos cuanto ellos podían". El extremeño fue uno de los pocos conquistadores que más se atuvo a las formas legales de proceder, consciente tal vez de que sus enemigos lo podrían culpar en el futuro de no haberlo hecho.

Envió tres prisioneros de los tomados el día anterior a decirles que no deseaban luchar sino tenerlos por hermanos, pero no aceptaron. Vázquez de Tapia declara que uno de los capitanes empezó a insultar a los de Cempoala llamándolos traidores y bellacos por ayudar a los extranjeros, a lo que un cempoalteca respondió que más traidores eran ellos que sin hacerles mal alguno los atacaban. Cervantes ofrece más detalles: el de Cempoala pidió licencia a Cortés para ir a luchar contra el otomí, el capitán lo abrazó conmovido y se la otorgó, enviando, sin conocimiento del totonaca, a uno de sus hombres, para que en caso de que el cempoalteca fuese perdiendo lo auxiliara (tal vez no quería que sus supersticiosos hombres tomaran como mal agüero una victoria del otomí). Ambos se trabaron en singular combate, armados de macahuitl y rodela a plena vista de los ejércitos que los animaban a gritos. Lucharon buen rato hasta que el cempoalteca logró asestar a su contrincante una cuchillada sobre el hombro derecho, seguida por varios golpes de macahuitl, con lo cual lo derribó y le cortó la cabeza que levantó en triunfo entre los alaridos de victoria de los suyos y de los españoles.

La vista de tan elevado número de guerreros de figura espantable, con los rostros y cuerpos pintados, era aterrori-

zante. Según dice Aguilar hacían "muy malos gestos y visajes, dando muy grandes saltos, y con ellos muy muchos alaridos, gritos y voces que causaban en los que los oíamos muy gran temor y espanto, tanto que hubo muchos españoles que pidieron confesión". Cervantes narra que el noble cempoalteca Teuch confesó atemorizado a Marina: "¡Oh, Marina y como veo la muerte de todos nosotros delante de los ojos! ¡No es posible, no ha de quedar vivo ninguno!", a lo que Marina respondió valerosamente que no tuviese miedo, pues el Dios de los cristianos era muy poderoso y sin duda los sacaría del peligro. Vázquez de Tapia dice que el enemigo era tan numeroso que no les dieron tiempo ni de resollar durante toda la batalla. Durán comenta "que a papirotes los podían matar", pues eran más gentes que las arenas de la mar y que le oyó decir a un conquistador religioso participante en esa batalla (posiblemente Francisco de Aguilar) "que hubo muchos que se les saltaron las lágrimas, y dieran mucho por no ser nacidos, y que maldecían al Marqués por haberlos traído en aquel extremo y punto tan temeroso".

Los otomíes arremetieron. Cortés y los suyos también al grito de "Santiago y a ellos". La feroz batalla se prolongó por horas a pesar de que la artillería provocaba estragos en las compactas filas otomíes. No fue sino hasta que les lograron matar tres capitanes que empezaron a aflojar y a retirarse en orden para llevar a sus enemigos a un terreno cruzado por grandes quebradas secas, labradas por los arroyos en la época de lluvias, donde miles de guerreros los esperaban ocultos, tanto otomíes como tlaxcaltecas.[8] Bernal asegura

[8] Su número varía según la fuente: Cortés habla de más de 100 000; Andrés de Tapia declara que según algunas opiniones la cantidad era mayor; López de Gómara asevera que eran 80 000; Bernal que más de 40 000; Vázquez de Tapia, que eran tantos que cubrían los campos; Francisco de Aguilar que la tierra estaba cuajada de ellos.

que Xicoténcatl el Mozo era su capitán general y que llevaban su divisa blanca y roja.[9]

Los españoles y sus aliados comenzaron a bajar la cuesta, no sin grave peligro pues el terreno no les permitía utilizar adecuadamente la caballería ni tampoco la artillería, ya que debían disparar de arriba abajo. A costa de muchos esfuerzos lograron mantenerse unidos y hacer retroceder al enemigo.

La lucha se prolongó todo el día, por primera vez los aliados les fueron de gran auxilio, como sucedería después todo el tiempo. Cortés se mantenía a la vanguardia con la caballería intentando abrir paso al resto del ejército, retrocediendo de cuando en cuando para dar ánimo a la infantería. Así fueron avanzando lentamente hasta salir a campo raso donde la caballería pudo galopar a sus anchas y la artillería ser utilizada con buen efecto. El enemigo formaba un frente compacto pero se mantuvo a cierta distancia en cuanto empezaron a sentir los estragos de las armas de fuego (lo cual es de dudarse dado que llevaban pocos arcabuces), limitándose a lanzar pavorosos alaridos acompañados de grandes gestos y ademanes. La caballería no cesaba de dar entradas por sus filas, deshaciéndolas y retirándose enseguida para volver a empezar.

Al parecer el enemigo no soportó el castigo y empezó un conato de huida, pero sólo se trataba de otra estratage-

[9] Según Bernal el estandarte de Xicoténcatl era un ave blanca con las alas tendidas como si quisiera remontar el vuelo, pareciéndole semejante a un avestruz; asegura que cada capitanía enemiga llevaba su propia divisa y librea. López de Gómara narra que Xicoténcatl llevaba el estandarte de la ciudad que era una grulla de oro con las alas tendidas y muchos esmaltes y argentería. El jeroglífico de Tizatlan era una garza, el de Ocotelolco un ave volando, el de Tepetícpac una preciosa ave parada con rico plumaje y el de Quiahuiztlan un soberbio tocado de guerrero. El jeroglífico para Tlaxcala son dos manos sosteniendo una tortilla de maíz sobre un cerro.

ma; cuando los españoles intentaron penetrar por el centro contrario, abandonando la loma que protegía sus espaldas, los otomíes y tlaxcaltecas lo permitieron abriéndose rápidamente en dos grandes alas para efectuar un movimiento envolvente con el que flanquearon a los blancos y a sus aliados, rodeándolos por completo al unirse en su retaguardia. Enseguida avanzaron resueltamente desde todas direcciones decididos a aplastarlos, su gran número era también un impedimento, ya que sólo cierta cantidad de guerreros podía ocupar las primeras filas y la presión de las posteriores los entorpecía. El ejército cortesiano, cercado por completo, estaba en grave peligro. Intentaron mantenerse unidos y resistir las embestidas, si el enemigo lograba deshacer sus filas sería su fin. Cualquiera que se desmandara un poco saliéndose de la formación era herido de inmediato, había "tantos guerreros que a puñadas de tierra nos cegaran", comenta Bernal Díaz.

La caballería fue de suma utilidad al efectuar entradas cortas en las filas enemigas, provocando el caos. En una de esas acometidas Pedro de Morón, montado en una buena yegua, se adentró demasiado por lo que algunos lograron echar mano de su lanza y otros a las riendas, mientras que otros más le daban de cuchilladas, hiriendo tan malamente al jinete y a la yegua que el animal cayó por tierra, de inmediato le cercenaron el cuello a la bestia y se hubiesen llevado cautivo a Morón de no ser porque fue visto por otros jinetes e infantes que lo liberaron y cortaron el cincho de la silla de montar para llevársela, no sin que una decena de españoles quedaran heridos. Morón murió poco después. La yegua era de Juan Sedeño, quien por sufrir tres heridas el día anterior se la había prestado a Morón que era buen jinete.

Cortés, en una de las entradas de caballería, sintió flaquear al enemigo en una parte del círculo, por lo que en-

cabezó una feroz arremetida en esa dirección para abrirse paso hacia donde pudieran presentar todo el frente a sus adversarios. Colocó la caballería en dos alas seguida a paso largo por la infantería y arremetieron al grito de "¡Santiago!" y "¡San Pedro!". Encontraron cierta resistencia, pero la caballería desordenó y asustó tanto a los adversarios que finalmente cedieron.

Al parecer murieron algunos capitanes indígenas, pues iniciaron una lenta retirada dando la impresión de estar más bien cansados que derrotados; faltaba poco tiempo para la puesta del sol y no acostumbraban luchar de noche (Bernal Díaz relata que hacía sólo una hora que luchaban cuando los nativos empezaron a retirarse). Antonio de Solís comenta que Xicoténcatl llevaba en alto la cabeza de la yegua muerta, ensartada en la punta de su lanza; el cuerpo del animal lo hicieron pedazos que enviaron a todos los pueblos de Tlaxcala como demostración de la mortalidad de los blancos y de sus extraños animales, así como de su segura derrota. Posteriormente se enteraron de que los tlaxcaltecas habían ofrecido en los altares de Camaxtle las herraduras y el chapeo de Flandes de la yegua, al igual que las cartas que les habían enviado pidiendo la paz.

También supieron después que durante la batalla habían muerto ocho capitanes principales, hijos de los señores de Tlaxcala. En ese momento no pudieron apreciar las bajas enemigas, pues los indígenas tenían la costumbre de retirar sus muertos del campo para brindarles honras fúnebres apropiadas y para que el enemigo no se enterara de su número. Cortés, sintiéndose un héroe bíblico, se jactaba de que parecía como si Dios mismo luchara de su parte y aseguraba que los españoles sólo sufrieron de cansancio y de hambre (y de algunos heridos, agrega López de Gómara; 15, dice Bernal).

Ya cansados vieron en las cercanías un cerro que dominaba la campaña, el llamado Tzompantzinco o Tzompantépec,[10] en cuyas faldas había una pequeña aldea y en su cima algunos templos altos y sólidamente construidos. Les pareció un lugar ideal donde fortificarse y se dirigieron a él, luchando hasta desalojar al enemigo que lo ocupaba; allí asentaron su campamento, en la cima. Los tamemes levantaron chozas de paja y ramas para los que no cupieron en el interior de los templos. Cortés se instaló en una especie de torre de uno de los santuarios. A decir de Francisco de Aguilar, durante la batalla se había comportado "muy magnánimo y de bravo y fuerte corazón".

Los españoles y sus indígenas aliados se abrazaron, felices de haber escapado de esa trampa mortal, alabaron a sus respectivos dioses y tocaron sus instrumentos musicales; algunos danzaron a pesar del cansancio, lo que causó indignación y enojo en los enemigos. Se curaron las heridas con el unto del indio (que debió estar muy gordo). Para hacer más completa su felicidad pudieron cenar bien, había muchos guajolotes y perrillos en las casas vecinas de los que echa-

[10] El Teonancingo de López de Gómara y el Tehuacacingo de Bernal Díaz. *Cfr.* Francisco Antonio de Lorenzana, *Historia de la Nueva España*, pp. IX-X, donde dice que aún se conservaban en ese cerro los cimientos de la torre en que se hicieron fuertes los españoles, así como tres o cuatro gradas o escalones por los que se entraba. Según este documento todas las faldas de este cerro eran llanas y muy ásperas a unas 25 o 30 varas (aproximadamente 23 metros) antes de llegar a la cima. Estaba guarnecido por grandes peñascos y sólo se podía subir por el norte. En el lado más plano, al oriente, se fundó un pueblo que aún existía: San Salvador Tzompantzinco, llamado vulgarmente San Salvador de los Comales por manufacturarse en él muchos comales. Jorge Gurría Lacroix, *Itinerario de Hernán Cortés*, pp. 129-136, afirma que se puede situar a Tecoac o Teocaccingo en la región de Coaxamalucan, la Laguna y Zotoluca, ranchos de cría de ganado bravo. Las batallas se llevaron a cabo entre San Salvador Tzompantepec o de los Comales y San Andrés Ahuahuaztepec.

ron mano. Se organizaron los turnos de centinelas, Cortés escogió la del alba que era cuando más se temía un ataque. Durmieron mal y con temor.

El extremeño afirma que al tercer día salió del campamento a la cabeza de 100 o 200 peones de infantería (Bernal Díaz entre ellos), la caballería, 400 totonacas y 300 nativos de Ixtacamaxtitlan, dejando a Pedro de Alvarado encargado del campamento.[11] La región estaba densamente poblada. Debido a lo temprano de la hora y a que el enemigo no esperaba su salida tras el castigo que habían recibido el día anterior, lograron tomarlos por sorpresa. Antes de que tuviesen tiempo de reaccionar, Cortés y sus hombres quemaron cinco o seis aldeas pequeñas, de hasta 100 vecinos cada una, se apoderaron de buena cantidad de alimentos y capturaron alrededor de 400 prisioneros. Bernal, más realista, declara que sólo apresaron a veinte y agrega, exonerándose de culpa, que fueron los aliados indígenas quienes quemaron muchas casas.

Al retirarse hacia su campamento los enfrentaron algunos guerreros dispersos. López de Gómara dice que antes de salir Cortés había enviado como mensajeros a Tlaxcala algunos de los prisioneros para ofrecer de nuevo la paz y la amistad, debían decir que los españoles no habían buscado la guerra y lamentaban el daño causado, pero si no optaban por la paz los aniquilarían. Bernal comenta que les entregó una nueva carta al efecto y que ese día los tlaxcaltecas les enviaron de comer.

Los mensajeros llegaron al campamento de Xicoténcatl el Mozo, a unas dos leguas de distancia de Tzompantzinco. Cuando Cortés regresó de la incursión se encontró con la respuesta: mandaron decir que al día siguiente vendrían a

[11] Y no a Diego de Ordaz, como asevera H. Thomas, *La conquista…*, p. 281.

dársela, pues al salir el sol harían las paces con hartarse de sus carnes y ofrecerían sus corazones a los dioses. A decir de Solís los mensajeros llegaron sangrantes y maltratados pues Xicoténcatl el Mozo mandó castigarlos por haber osado llevarle semejante proposición y no los mató porque deseaba que llevaran su respuesta. Cortés ordenó darles de comer y darles algunas cuentas de las de "rescate", tras lo cual los envió de regreso con un nuevo requerimiento de paz.

Se ocuparon en fortificar su posición lo mejor que pudieron, preocupados por la aparente quietud del enemigo. Era de todo punto vital retener ese sitio como refugio en caso de necesidad. Toda la noche se mantuvieron preparados para un posible ataque, pues los prisioneros habían dicho (no especificándose si por medio de promesas o de torturas) que el motivo de que no los atacaran era porque estaban esperando que se reunieran hasta 150 000 guerreros. (Según Bernal lo que dijeron fue que Xicoténcatl esperaba a cinco capitanes, cada uno al mando de 10 000 guerreros, lo cual es más factible.)

Intrigado por la tenacidad y ferocidad de los ataques Cortés les preguntó el motivo, respondieron que la razón era que los españoles eran grandes amigos de Motecuhzoma. Cervantes agrega que Cortés se informó con ellos sobre el ejército enemigo, si es que estaba formado por otomíes, como se lo habían dicho, o por tlaxcaltecas o por ambos. Le intrigaba la causa de su obstinación; quería saber cuál era el número de guerreros que podía poner la señoría de Tlaxcala en el campo; qué ardides solían utilizar; si es que luchaban por la noche y a qué le tenían más miedo. Respondieron que el ejército que los atacaba era de otomíes y tlaxcaltecas, sujetos todos a Tlaxcala, aunque los de la señoría no deseaban que supiera que eran ellos quienes le daban guerra; que Tlaxcala estaba formada por cuatro señoríos; que en la guerra normalmente usaban muchos ardides, pero con los españoles

no habían logrado ponerlos en práctica pues los extranjeros luchaban de otra manera; lo que más temían eran "esos truenos que parecen del cielo y esos venados grandes que corren mucho que parece, no habiéndolos visto a pie, que ellos y vosotros sois de una pieza; también se maravillan de las grandes heridas que dan los tuyos con las espadas que traen de hierro".

Solís agrega que por medio de ellos fue como se supo que Xicoténcatl tenía su campamento a dos leguas de distancia, no lejos de la ciudad, y que esa misma tarde hubo grandes discursos en Tlaxcala y lloros por los muertos, que algunos se inclinaban por hacer la paz y otros por la guerra; pero que al llegar un señor con 10 000 guerreros la decisión se inclinó por la lucha. Comenta Bernal que al escucharlo, "como somos hombres y temíamos la muerte", la mayoría se confesó con el padre Olmedo y con el clérigo Juan Díaz, y que se pasaron toda la noche en eso.

La narración de Cortés sobre el día siguiente, el cuarto, es muy breve (sería el 5 de septiembre según Bernal; más bien debió ser el 3 de septiembre). En su Segunda carta de relación escribió que al amanecer atacaron el campamento más de 149 000 guerreros, "que cubrían toda la tierra". (López de Gómara, redondeando la cifra, declara que eran casi ciento 150 000; Solís, que pasaban de 50 000; Alva Ixtlilxóchitl, que sólo eran 20 000 y que en todos esos días los tlaxcaltecas nunca los acometieron juntos, sino de veinte mil en veinte mil.) Lograron penetrar en el campamento mas fueron expulsados tras cuatro horas de lucha, aunque siguieron arremetiendo hasta que fue tarde y se retiraron.

Los detalles, como de costumbre, habrá que buscarlos principalmente en López de Gómara y en Bernal Díaz. Al amanecer las fuerzas cortesianas estaban listas para la acción: la caballería y artillería a punto; participaron los heridos que pudieran realizar alguna actividad; los ballesteros y escope-

teros fueron instruidos de no gastar en vano sus municiones, unos prepararían las armas mientras otros dispararían; los infantes de espada y rodela darían las estocadas y cuchilladas de manera que traspasaran las entrañas del contrincante, ningún hombre debía salirse de la formación.

Los españoles y sus aliados salieron del campamento para demostrar que no tenían miedo, dejando en él una buena guarnición, y marcharon siguiendo la bandera del alférez Corral y de sus cuatro compañeros (López de Gómara sostiene que el enemigo fue quien llegó a atacar el campamento). Un cuarto de legua más adelante estaban los campos llenos de guerreros, tantos, se dice, que parecían grandes prados de dos leguas de ancho y otras tantas de largo enfrentando a los 400 españoles, muchos de ellos heridos y dolientes (Bernal no menciona a sus aliados), "y supimos cierto que esta vez que venían con pensamiento que no habían de dejar ninguno de nosotros con vida, que no habían de ser sacrificados a sus ídolos". Los tocados de plumas ondeaban al viento, cada escuadrón iba tras su divisa, armados con hondas, lanzas (muy temidas por los españoles porque con ellas herían fácilmente a los caballos), arcos y flechas, macahuitls y escudos; sus cuerpos protegidos por escaupiles de algodón, con adornos en brazos, piernas y cuello, los rostros pintados con "achote y jagua", "que mirados al gesto parecían demonios", al sentir de Bernal. Las caracolas y tambores de guerra empezaron a sonar. Nunca antes en el Nuevo Mundo habían visto los españoles un ejército como ese.

Los tlaxcaltecas les enviaron 300 guajolotes y 200 cestas de *centli* (tamales) para que no dijeran que habían perdido por hambre o por cansancio, lo cual constituyó un buen refrigerio para la necesidad que tenían, comenta López de Gómara. (Cervantes dice que se les enviaron los víveres para hacer más sabrosas sus carnes en el banquete que se darían con ellos. Bernal omite el incidente.)

Tras esperar un tiempo a que los extranjeros comieran, Xicoténcatl envió al ataque a 2 000 guerreros escogidos (sólo 200, dice Fernández de Oviedo, cuestión nada más de un cero), pues le parecía poco honroso atacar masivamente a tan pocos enemigos. Les ordenó, de ser posible, capturar a los blancos sin dañarlos (como era la costumbre mesoamericana de tomar prisioneros para el sacrificio). Entre el campamento español y el ejército indígena estaba una especie de barranca que los guerreros cruzaron, avanzando con gran gritería, mientras la caballería española se dirigía a galope tendido, lanza en ristre a su encuentro, seguida por algunos infantes para rematar a los heridos o a los aturdidos por los jinetes. Tras breve lucha lograron rechazar al enemigo, los tlaxcaltecas volvieron a arremeter para ser obligados a retirarse de nuevo.

Xicoténcatl ordenó una carga general. Miles de guerreros se lanzaron ladera arriba con tal griterío que parecía que se abría el cielo. El tremendo empuje obligó a los españoles y a sus aliados a retroceder y refugiarse en su campamento, donde resistieron las arremetidas; sin embargo, los tlaxcaltecas eran tantos que muchos lograron penetrar. "¡Qué granizo de piedra de los honderos!", exclama Bernal Díaz, "¡qué prisa nos daban y con qué bravedad se juntaban con nosotros y con qué grandísimos gritos y alaridos!". El suelo estaba lleno de las varas tostadas que lanzaban, hechas de a dos gajos, que pasaban cualquier escudo, y con más razón también las entrañas. La situación era desesperada y los españoles empezaron a desbaratarse, ni las voces de Cortés ni las de sus capitanes lograban unirlos de nuevo. Fue necesario echar mano de todo su valor y esfuerzo, tanto los capitanes como la caballería. El acero español logró sostener la línea y a fuerza de estocadas volver a formarse en un grupo más o menos compacto.

La lucha se prolongó por más de cuatro horas antes de que los españoles y sus aliados lograsen establecer algún

espacio entre el campamento y sus adversarios; entonces pudieron hacer buen uso de su artillería, con lo que los tlaxcaltecas empezaron a aflojar, viendo sus muchos muertos, sus grandes heridas y que no lograban causar bajas a sus contrarios debido en buena parte a su afán por tomarlos vivos. Su gran número entorpecía sus acciones, sólo podían estar en el frente un número limitado, presionado y estorbado por las filas de atrás. Al quedar vencida la vanguardia era remplazada de inmediato por las filas traseras. La caballería española probó ser efectiva: con sus continuas arremetidas abrían los escuadrones indígenas que, a decir de Bernal, después de Dios, ella fue su fortaleza.

Comenta Cervantes de Salazar que en uno de los encuentros un capitán tlaxcalteca de mucho ánimo y valor, muy galano y bien armado, luchaba contra dos españoles y se defendía tan bien que Lares, el herrador, hombre aguerrido y gran jinete, les gritó: "¡Vergüenza, vergüenza de la nación española que dos no podáis contra uno!", y haciéndolos a un lado se le enfrentó. Al intentar herir a su caballo Lares le asestó una fuerte lanzada en el pecho, matándolo.

Parece ser que uno de los motivos de la retirada tlaxcalteca fue una rencilla que Xicoténcatl el Mozo tenía con un capitán, hijo del señor Chichimecatecuhtli, al que amonestó por haber luchado mal en la batalla pasada, por lo que en esta ocasión el joven no obedeció la orden de atacar, manteniéndose al margen o retirándose, lo que provocó cierto desorden en el ejército tlaxcalteca.

Aun así, continuaron haciendo arremetidas hasta que se hizo tarde. Al parecer en esos momentos fue muerto un capitán importante. Como quiera que fuese, los tlaxcaltecas se retiraron en buen orden, seguidos un corto trecho por la caballería española a media rienda, "porque no se podían ya tener de cansados" dice Bernal, quien añade que lograron apresar a tres principales a quienes poco después Cortés en-

vió como mensajeros de paz a Tlaxcala junto con otros dos ya utilizados en ello.

Los españoles y sus aliados quedaron exhaustos pero contentos, dando gracias a Dios por haberlos librado de la muerte. Como ya sabían que los nativos no luchaban por la noche descansaron y durmieron mejor que las veces anteriores, no sin poner centinelas.

No fue posible determinar las bajas tlaxcaltecas. Alva Ixtlilxóchitl declara que fueron infinitas y como no vieron a ningún español muerto pensaron que estaban embrujados o que eran dioses. Si ha de creérsele a Bernal solamente un español murió, enterrado bajo el piso de una de las casas para que no lo supiera el enemigo, mas también escribe que arrojaron gran cantidad de tierra encima para que no dieran mal olor los muertos, así en plural (o tal vez se refiera a sus aliados); pero más de 60 fueron heridos (tan sólo 20 dice Solís, y de poca consideración), al igual que todos los caballos; el mismo Bernal recibió una pedrada en la cabeza y un flechazo en un muslo, "mas no era para dejar de pelear y velar, y ayudar a nuestros soldados" al igual que lo hacían todos los heridos si es que podían. Por lo menos 12 españoles cayeron enfermos, incluyendo a Cortés y a fray Bartolomé de Olmedo debido a las fatigas, el peso de las armas siempre a cuestas, los fríos y la falta de sal, pues en Tlaxcala prácticamente no la había a causa del bloqueo mexica. "¡Oh que mal refrigerio teníamos, que aún aceite para curar, ni sal había!", se lamenta Bernal. El inacabable unto del indio gordo seguía utilizándose para curar las heridas. Tampoco tenían con qué abrigarse del frío viento que bajaba de la sierra y que los hacía tiritar, sobre todo a los que les tocaba el turno de centinelas. Cervantes de Salazar comenta que en una de esas ocasiones Cortés mandó azotar a dos que se habían dormido.

Los tlaxcaltecas les siguieron enviando de comer todo el tiempo que duró la lucha, batallasen o no en ese día; les

llevaban guajolotes, tortillas y frutas a las que los españoles llamaban "cerezas", que seguramente eran capulines, y "manzanas de la tierra" (¿jícamas?). Los portadores insistían en que no eran los señores de Tlaxcala quienes los hostilizaban, sino los otomíes que estaban fuera de control y venían de unas montañas cercanas a las que señalaban con el dedo. Los españoles les agradecían de todo corazón por los víveres, pues tan sólo con impedir la entrada de alimentos les hubieran hecho mucho daño.

Según Francisco de Aguilar comían algún maíz y "melones de la tierra" (no encuentro alguna equivalencia), para beber cogían agua en "unos jagüeyes de agua llovediza bellaca en donde se pasó mucho trabajo"; añade que como los nativos "nos tenían por dioses inmortales viendo que ninguno de nosotros había muerto", muchos les iban a llevar "manzanas y pan". Sin duda también aprovecharían para espiar sus actividades y el campamento.

Al día siguiente, 4 o 6 de septiembre, Cortés decidió efectuar otra incursión, esta vez en dirección contraria. (Siempre fue de la opinión que en buena medida la victoria se logra mediante manipulaciones psicológicas. Así, en esos críticos momentos, no podía permitir que el enemigo creyera que estaban atemorizados o que eran cobardes u holgazanes.) La partida salió del campamento poco antes del amanecer, compuesta por la caballería y unos 100 de infantería, además de buena cantidad de aliados. (Este es el número que declara Cortés en su Segunda carta; López de Gómara dice que fue con la mitad de sus hombres y Bernal no la menciona, aseverando que esa noche fueron atacados por los indígenas en Tzompantzinco.) Lograron de nuevo la sorpresa (al parecer los tlaxcaltecas no se hacían a la idea de que a sus enemigos les quedasen fuerzas o energías para abandonar el campamento) y quemaron más de 10 pueblos, algunos con más de 3 000 casas. Como la mayoría de los guerreros estaban en el

ejército de Xicoténcatl encontraron poca resistencia. Mataron cantidad de habitantes sin recibir daño (cabría suponer que sólo había mujeres, niños y ancianos);[12] regresaron hacia el mediodía a gran prisa al campamento, cargados con buena cantidad de víveres, antes de que los guerreros pudieran impedírselo. A pesar de ello los tlaxcaltecas de nuevo les enviaron alimentos antes de recomenzar el ataque, que fue encarnizado, duró alrededor de cinco horas y murieron muchos indígenas, aunque se dice que ningún español. Los hombres de Cortés resistieron los embates impidiendo que les entrasen al campamento.

Mientras tanto sus mensajeros fueron recibidos en Tlaxcala y llevados a la presencia de los cuatro señores, rodeados por sus principales y sacerdotes reunidos en consejo. Estaban perplejos por el curso de los acontecimientos y lamentaban la muerte de muchos parientes y amigos, preguntándose si los extranjeros en verdad serían invencibles. Decidieron llamar a sus adivinos y hechiceros para que por medio de sus artes determinaran qué clase de seres eran a los que combatían sin éxito, si es que podían ser vencidos o no y si es que eran dioses u hombres.

Los adivinos concluyeron que debía tratarse de hombres, aunque semidivinos, puesto que comían lo mismo que todos los mortales, pero también tenían extrañas características; si fueran dioses se alimentarían de carne y corazones humanos, lo cual no era el caso. Opinaron que había una manera de vencerlos, de día sería imposible, pues al parecer

[12] Juan Álvarez, testigo presencial, declaró que Cortés perpetró muchos actos de crueldad en estas salidas, Información de 1521, Polavieja, 253 [774]. En Lorenzana, *Historia de la Nueva España*, pp. IX-X, se dice que en la circunferencia de San Salvador Tzompantzinco o de los Comales se encontraban los vestigios y señales de los pueblos que quemó Cortés de cuyos nombres aún había memoria por los sitios o parajes en que se conservaban algunas ruinas.

eran hijos del sol y éste les comunicaba su fuerza, mas por la noche la perderían y quedarían desalentados y marchitos como las yerbas del campo.[13] En consecuencia los señores mandaron a Xicoténcatl el Mozo efectuar un ataque nocturno, aunque eso iba contra sus costumbres guerreras.

Hacia el 7 de septiembre regresaron al campamento español los mensajeros con su respuesta. Llevaban algunos obsequios de parte de la señoría, entre ellos cinco esclavos. Dijeron que sus señores deseaban ser vasallos de Carlos V y amigos del capitán y le rogaban perdonarlos. El extremeño ordenó que les dieran de comer y los amonestó por el mal que sus señores habían cometido, aunque los perdonaba de todo corazón.

López de Gómara relata que los mensajeros llegaron con tres clases de dádivas. Dijeron a Cortés que si era dios bravo de los que comían carne y sangre le traían a cinco esclavos para que se satisficiese (Bernal lo corrige diciendo que se trataba de "cuatro mujeres, indias viejas y de ruin manera") y que después le llevarían más; si era un dios bueno le traían incienso y pluma, y si era hombre comiese de las aves, tortillas y frutas que llevaban (todo este asunto de los brujos y las comidas con sangre humana es curiosamente similar a lo mandado hacer anteriormente por Motecuhzoma). Cortés respondió que los españoles eran tan mortales como ellos y les preguntó por qué si él siempre les hablaba con la verdad ellos lo hacían con mentiras y lisonjas. Les aseguró que deseaba ser su amigo y que dejaran de portarse como locos porfiados, si se obstinaban recibirían gran daño. Con ese mensaje el extremeño los despidió, mas no por eso, afirma

[13] Afirma H. Thomas, *La conquista…*, p. 284, que fueron los de Cempoala quienes dijeron a los tlaxcaltecas que el poder de los españoles decaía por la noche; no he encontrado en ninguna fuente tal afirmación, que parece contraria al espíritu propagandístico de que los totonacas.

López de Gómara, dejaron de atacar el campamento más de 30 000 guerreros, retirándose muy descalabrados.

Esa misma tarde, como lo quiere don Manuel Orozco y Berra, o al día siguiente, como lo sostienen Cortés y López de Gómara (este último especifica que fue el 6 de septiembre y Bernal que fue después de la incursión a Tzompantzinco), llegaron al campamento español medio centenar de indígenas, al parecer principales, acompañados por cantidad de tamemes cargados de alimentos. Preguntaron a los españoles cómo estaban y si necesitaban algo, tras lo cual empezaron a vagabundear por el recinto observando los movimientos de tropas e inspeccionando todo, disimulando sus intenciones haciéndose los bobos y maravillados. Estuvieron así buen rato, unos se iban al campamento de Xicoténcatl el Mozo mientras otros llegaban de él.

Si a los españoles todos los indígenas les parecían iguales y tal vez no podían diferenciar a los aliados de los tlaxcaltecas, los totonacas no perdían de vista a estos últimos, no les parecía normal que permanecieran tanto tiempo en el campamento sin propósito aparente. Teuch advirtió a Cortés que estaban espiando, Marina le había reportado que los habitantes de Tzompantzinco le habían dicho que al parecer Xicoténcatl se preparaba para atacarlos de noche, mas como no estaban seguros no se lo querían decir a Cortés (no se especifica por qué los de Tzompantzinco tendrían simpatía por los españoles).[14]

El extremeño ordenó traerle disimuladamente al tlaxcalteca que más a la mano estuviera, sin alarmar a los demás, y procedió a interrogarlo. Cervantes de Salazar relata que fue

[14] En la memoria de Tlaxcala todavía tras una generación tenían afecto y confianza en Malintzin, que es mostrada en muchas ilustraciones de ese lugar, igualmente en los códices del siglo XVI está como figura sobresaliente en forma de gran señora, de igual tamaño que Cortés o aún mayor, de su boca surgen las volutas del habla y recibe tributos.

torturado, pero no decía nada (lo cual es más probable que la versión de Cortés y de López de Gómara de que confesó voluntariamente); tenían a otros encarcelados que escuchaban sus gritos de dolor y al no saber si había confesado, ya que fueron interrogados por separado, decidieron decir la verdad para no sufrir lo mismo. Indicaron que Xicoténcatl el Mozo tenía reunido un gran ejército tras unos cerros cercanos y planeaba caer por la noche sobre ellos de modo que sus guerreros amparados por la obscuridad no temieran a los caballos ni a la artillería ni a las filosas espadas de hierro. Por eso los había enviado a inspeccionar por dónde sería más fácil entrar al campamento enemigo.

Cortés, en uno de sus actos de crueldad reconocidos (él mismo lo escribió en la Segunda carta), ordenó que frente a todo el ejército cortaran las manos a los 50 tlaxcaltecas que se encontraban en esos momentos en el campamento y los envió de regreso con las manos cercenadas atadas al cuello con el mensaje de que podía ir a atacarlos cuando le placiese, ya fuese de día o de noche, el resultado sería el mismo, y con la advertencia de que cortarían las manos de cualquier espía que cogieran en el campamento.[15] Este castigo, a decir de López

[15] Andrés de Tapia escribe que fueron capturados 15 o 20 espías y solamente a algunos se les cortaron las manos. Bernal narra que fueron 17 los presos y a unos les cortaron las manos y a otros los pulgares. Antonio de Herrera, modificando en este punto su costumbre de copiar casi por entero la *Crónica de la Nueva España* de Cervantes de Salazar (quien afirma que les cortaron las manos a los 50) declara que Cortés ordenó que sólo les cortaron las manos a siete y a otros los dedos pulgares muy en contra de su voluntad, pareciéndole que convenía poner ese precedente. Francisco de Aguilar relata que les cortaron las narices y se las ataron al cuello; sobre su versión no deja de ser interesante notar que en la Información promovida por Velázquez contra Cortés, en Santiago de Cuba, junio 1521, una de las preguntas versa sobre si saben, creen o vieron que Cortés, poco después de desembarcar, estando los indios de paz, comenzó a entrar por la tierra, hiriendo y matando a muchos de ellos, y entre otras cosas cor-

de Gómara, era algo nuevo para los nativos y les produjo gran pavor. Hasta la puesta del sol los españoles y sus aliados se ocuparon en fortalecer el campamento lo mejor que pudieron y en organizar la defensa para un posible ataque nocturno.

Lo que sucedió por la noche es confuso. Al parecer a la puesta del sol el ejército tlaxcalteca empezó a moverse en gran silencio hacia Tzompantzinco a través de dos valles. Bernal asevera que eran 10 000 guerreros escogidos; López de Gómara, que se trataba de una grandísima multitud. Los españoles dejaron que se aproximaran para causarles más daño. No se entiende cómo es que los tlaxcaltecas pensaban cogerlos por sorpresa, sabiendo por medio de los espías que ya conocían sus planes.

Bernal coloca este suceso por la noche del mismo día en que Xicoténcatl atacó el campamento y que se retiró el hijo de Chichimecatecuhtli; relata que los tlaxcaltecas cargaron por tres partes, pero al encontrar una inmediata y fuerte respuesta la sorpresa fue de ellos, por lo que se retiraron un trecho. Cortés tomó la iniciativa y salió al frente de la caballería, temiendo que si no lo hacía el enemigo podría entrar al campamento. Amparados por la oscuridad, a pesar de haber luna, los españoles incendiaron algunas chozas. Muchos tlaxcaltecas, asustados al oír los pretales de cascabeles que llevaban las bestias en las patas se metieron entre los maizales que cubrían casi toda la tierra y sin ofrecer resistencia se retiraron.

Cortés simplemente narra que el enemigo se retiró sin resistir. Andrés de Tapia lo apoya, añadiendo que la caballería

---

tándoles las narices, DC, I, p. 179. Solís dice que, aunque según las leyes de guerra los espías merecían la pena de muerte, como a Cortés le era imperativo sembrar el terror ordenó que a 14 o 15 les cortaran las manos y a otros los pulgares. H. Thomas, *La conquista…*, p. 284, declara que a algunos se les cortó la mano derecha y a otros las orejas además de la nariz; no he logrado encontrar referencia a esto, excepto por lo de la nariz.

los persiguió durante dos horas, con lo que concuerda López de Gómara, aunque el capellán relata que mataron a muchos enemigos. Bernal asevera que tomaron cuatro prisioneros, que un totonaca murió y que dos españoles y un caballo fueron heridos; enterraron al indígena, curaron a los heridos y durmieron el resto de la noche. Por la mañana encontraron a 20 tlaxcaltecas muertos y heridos y oyeron decir que habían sacrificado a dos adivinos por haber fallado en sus pronósticos.[16] Pero a pesar de haber escrito renglones arriba que sólo habían sido heridos dos españoles y un caballo, dice ahora que al amanecer "nos vimos todos heridos, a dos y a tres heridas, y muy cansados, y otros dolientes y entrapajados", y en un capítulo posterior afirma que al regresar los espías al real con las manos cortadas Xicoténcatl estaba a punto de salir con sus guerreros a realizar su ataque nocturno, "y como los vio de esa manera desde entonces perdió el brío y la soberbia", lo cual parece indicar que no se produjo el ataque.

Sea como fuere, a estas alturas los españoles ya estaban agotados, sufrían de gran tensión y de constante preocupación acerca del futuro; entrar a México-Tenochtitlan les parecía casi imposible después de probar el temple de estos guerreros que cuando se proponían luchar eran sumamente valerosos y tenaces (como lo habían constatado también en Tabzcoob). Muchos temían la muerte, quejándose de que no tenían noticias de lo que podía haber sucedido con los de la Villa Rica, ni aquéllos las tenían de ellos, las murmuraciones iban en aumento. Comenta fray Juan de Torquemada que ni sus escudos les servían, deshechos de tanto uso, por lo que en vez usaban rodelas indígenas muy llamativas y adornadas con

[16] Según H. Thomas, *La conquista...*, p. 286, en la reunión de consejo en la que se decidió hacer la paz los de Tlaxcala sacrificaron a esos dos adivinos "para que los caciques pudieran concentrarse". Sobran los comentarios.

plumajes, hechas de palo y de cuero o tejidas con caña y algodón.

En este punto Bernal agudiza su constante crítica a López de Gómara, a quien reclama que sólo hable de un Cortés de hierro, incansable, que estaba en todas partes, cuando en realidad no hacía nada sin tomar el consejo de algunos excelentes varones muy esforzados. Cervantes de Salazar escribe que efectivamente el capitán era muy amigo de oír pareceres ajenos, aunque por lo general el suyo era mejor, pero así les daba gusto y contento, y además para que, si en algo se equivocara, ninguno lo culpara de no habérselos comunicado primero. Bernal se llena de elogios sobre la actuación de la intérprete:

> Doña Marina, con ser mujer de la tierra, que esfuerzo tan varonil tenía, que con oír cada día que nos habían de matar y comer nuestras carnes con ají, y habernos visto cercados en las batallas pasadas y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer.

En esta ocasión los llamados varones excelentes y esforzados aconsejaron al extremeño que, ya que estaban allí y con la ayuda de Dios seguían con bien, debían seguir adelante, seguramente Jesucristo los había elegido para algún buen fin; que soltase a los prisioneros y los enviase de nuevo como mensajeros de paz a los señores de Tlaxcala. A Cortés le pareció bueno el consejo y envió unos presos a la señoría con otra carta:[17] debían decir a sus señores que si en dos días no aceptaban hacer las paces irían a destruir su ciudad.

[17] A decir de Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista…*, vol. IV, pp. 186, 190, llevaban una saeta. No he podido localizar su fuente para tal cosa.

Los días siguientes transcurrieron con más tranquilidad, los españoles se dedicaron a realizar algunas correrías por los alrededores, talando árboles y quemando chozas, y a rechazar los ataques esporádicos de algunas partidas de otomíes que llegaban a gritarles y a retarlos, tal vez con la finalidad de comprobar su estado de ánimo. Les seguían trayendo comida. López de Gómara afirma que Cortés no pudo participar en esas salidas por estar enfermo de calenturas. Tanto el capellán como Andrés de Tapia relatan que el capitán quiso purgarse con una masa de píldoras que había traído desde Cuba, y como no había quien supiese ablandarla y dosificarla él mismo la partió en pedazos y se tragó algunos por la noche (Bernal dice que Cortés ingirió unas manzanillas que había en Cuba muy buenas para aquel que sabe cómo tomarlas). Al día siguiente los españoles fueron atacados por tres escuadrones de tlaxcaltecas y Cortés tuvo que cabalgar y luchar toda la jornada, logrando rechazar y perseguir un tramo a los indígenas. Al preguntarle cómo le había ido con la purga respondió que había olvidado haberla tomado, pero al otro día le hizo efecto como si la hubiese tomado entonces. Francisco de Aguilar comenta que en estas batallas se mostró "muy animoso y valiente Hernando Cortés, peleando valerosamente y animando la gente". López de Gómara por su parte, asegura que el extremeño siempre era el primero que se hallaba a puñetazos con el enemigo y que velaba por la noche el tiempo que le correspondía.

Desde lo alto de la torrecilla del templo los españoles observaron que a unas cuatro leguas de distancia, cerca de una sierra, subían al cielo grandes humaredas. Cortés decidió investigar de qué se trataba. Por la noche, tras hacer su ronda para inspeccionar la primera guardia, salió con la caballería, cien infantes y muchos aliados (doscientos españoles, dice López de Gómara). Bernal, que tiene su propia versión de estos hechos, haciendo gala de memoria escribe que 6 jinetes,

10 ballesteros, 8 escopeteros y los más sanos de los soldados, entre ellos él mismo, salieron "al cuarto de la modorra" (dos horas antes del amanecer), yendo Cortés por capitán, aunque el extremeño sufría de calenturas o tercianas. Llegaron a un poblado a una legua del real a buscar comida y a atemorizarles para que optaran por la paz, añade que era mentira lo que afirmaba López de Gómara sobre que vieron desde una altura el pueblo de Tzompantzinco, ya que éste estaba junto al real y muy ciego sería el soldado que no lo viera claramente.

Desde la sierra soplaba un viento frío que los hacía tiritar, y como la noche estaba muy oscura iban casi a tientas. No bien anduvieron una legua cuando a varios caballos les dio tan fuerte torzón que cayeron al suelo, entre ellos el de Cortés. Los supersticiosos españoles aseguraban que era un mal agüero, por lo que debían regresar o esperar a que amaneciera para por lo menos ver por dónde iban. Cortés, que siempre tenía una respuesta lista, dijo que era el diablo quien quería estorbarlos. Él no creía en agüeros, aseguró, y ordenó a los jinetes afectados llevar sus caballos de regreso al campamento mientras él y los demás seguían adelante con el resto de las bestias jaladas por las riendas, que pronto mejoraron.

Según López de Gómara y Andrés de Tapia, penetraron en unos pedregales y barrancos de los que creyeron no salir nunca, finalmente vieron una pequeña lumbre en una choza en la que encontraron a dos mujeres y dos hombres a los que se llevaron para que les sirvieran de guías.

Cayeron sobre dos pueblos antes del amanecer, matando a muchos, pero no quisieron quemar las casas para que el fuego no alarmara a las poblaciones vecinas y para no perder tiempo antes de llegar al sitio de las grandes humaredas. Al empezar a aclarar arribaron a otro poblado, tan grande que a decir de Cortés tenía más de veinte mil casas. La sor-

presa que lograron fue total: los hombres salían desarmados de sus casas lanzando gritos, las mujeres y los niños corrían por las calles con grandes llantos. Cortés afirma que no les hicieron daño, López de Gómara lo desmiente narrando que mataron a muchos, fray Diego Durán declara que de acuerdo con la historia indígena que consultaba entraron por la fuerza de las armas y mataron a gran multitud, "con lo cual fue tanto el temor que tomaron, que no osaban menearse, y fue tanta su cobardía y temor, que huían de los españoles y se metían huyendo por las cavernas y montes y cuevas, y se despeñaban por no verlos, y esto hasta hoy les dura". Era tanto el miedo que huían a más no poder sin preocuparse de familia o pertenencias.

Ya de día la hueste cortesiana entró en la plaza central de la población, donde algunos principales viejos y varios sacerdotes salieron de los templos que la circundaban para suplicarles no les hicieran más daño y pidiendo perdón por no haber ido a verlos a su campamento ni llevarles de comer por temor de las represalias de Xicoténcatl el Mozo, cuyas fuerzas estaban muy cerca, pues les había mandado no hacerlo. Además, estaban obligados a abastecer a los guerreros tlaxcaltecas, entre los cuales se encontraban sus hijos.

El extremeño respondió a través de Marina y Jerónimo de Aguilar, a quienes llevaba en todas las salidas, que no temieran y fueran a decir a sus señores que vinieran de paz; aunque habían luchado contra él los perdonaba y les ofrecía su amistad. Los habitantes fueron regresando al pueblo, unos 4 000 según Cortés, los españoles fueron conducidos a una fuente en las afueras, donde les dieron bien de comer; las mujeres se ocuparon en hacerles tortillas. Cortés lo agradeció y ordenó que llevasen víveres a su campamento, dándoles a cambio cuentas de "rescate".

El extremeño subió a una altura para observar los alrededores y vio a lo lejos una grandísima población, le dijeron

que era Tlaxcala y las aldeas que la rodeaban. El territorio estaba tan densamente poblado que Alonso de Grado, temeroso, aconsejó a Cortés que regresaran a la Villa Rica y se hicieran fuertes en ella mientras pedían y les llegaban refuerzos de las islas caribeñas, de otro modo acabarían todos muertos. El extremeño respondió enojado que hasta las mismas piedras se levantarían contra ellos si abandonaban su gran empresa.

Cuando Cortés y sus hombres regresaron al campamento encontraron al resto de sus fuerzas muy preocupadas, pensaban que podía haberles sucedido algún mal percance, por lo que se alegraban mucho al verlos de regreso sanos y salvos con tantas mujeres e indígenas cargados de alimentos.

Sin embargo, en ausencia del capitán el incipiente descontento adquirió mayores proporciones, sobre todo y para variar debido a los velazquistas. Seguían arguyendo que por más indígenas que mataban su número parecía no disminuir; el totonaca Teuch alimentó su temor al decirles que de joven había estado en México-Tenochtitlan, por lo que le constaba que en la capital mexica había tantos guerreros que podían turnarse de cien mil en cien mil sin ningún problema y los blancos seguramente morirían, aunque fuera de puro cansancio; como era su amigo les aconsejaba no seguir adelante, pero si así lo decidían estaba dispuesto a acompañarlos y morir con ellos.

Muchos decían que Cortés sería otro Pedro Carbonero, quien por entrar a tierra de moros a asaltarla se había quedado en ella bien muerto junto con todos lo que con él iban,[18] pues el extremeño los había metido a un sitio del que

[18] José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, pp. 215, aclara que esta mención de Pedro Carbonero constituye la primera referencia conocida sobre una leyenda popular española. Lope de Vega la utilizó en una de sus comedias, llamada *Pedro Carbonero* en la que éste es pintado como un guerrillero generoso y enamorado en guerra contra los moros.

nunca podrían salir. Si estaba loco no querían imitarlo, era ya tiempo de regresar a la costa, si Cortés no quería debían dejarlo morir solo, acompañado únicamente de su ambición; bien veían cuán pocos eran, cuán adentrados en esa tierra estaban sin esperanza de auxilio. Cortés mismo parecía reconocerlo cuando escribió a Carlos V: "certifico a vuestra majestad que no había tal de nosotros que no tuviese mucho temor por nos ver tan dentro en la tierra y entre tanta y tal gente, y tan sin esperanzas de socorro de ninguna parte"; sin embargo, estaba absolutamente decidido a "dar fin en mí demanda comenzada".

Narra Bernal que siete de los descontentos, de los que no quiso mencionar sus nombres para salvaguardar su honor, fueron a hablar con Cortés como voceros de los demás. El que tomó la palabra dijo como quien da un consejo, que viera cómo andaban sus hombres, "malamente heridos y flacos, y corridos", que habían muerto más de 55 (al fin un número más realista) y no sabían qué había sucedido con los de la Villa Rica; debía pensar que si los tlaxcaltecas casi acababan con ellos cómo sería en México si los recibían con hostilidad, la ciudad tenía gran fama por su poder, no era correcto tentar a Dios tantas veces, un día de esos los matarían y sacrificarían a todos, lo mejor era regresar a la costa donde podrían construir un navío que fuera a pedir refuerzos a las islas y si los barcos no se hubieran echado de través vendrían muy a la mano en esos momentos. No podían seguir sufriendo semejante carga, menos aún la sobrecarga, andaban peor que bestias cargados de armas y calzados de día y de noche. El capitán debía recordar que en las historias tanto de los romanos como de Alejandro y otros capitanes famosos ninguno se había atrevido a meterse con tan pocos hombres donde había tantos enemigos.

Cortés luego de escuchar pacientemente esta perorata, sabiendo bien que tanto para él como para muchos de sus

hombres no podía haber marcha atrás, aun con el riesgo de que los mataran a todos y que el premio por el éxito podía ser grandísimo les respondió que en muchas ocasiones le habían hecho requerimientos de lo que le repetían ahora y los había animado, pero ahora ya no podía seguir ignorando tales murmuraciones, por lo que expondría su punto de vista ante todos. Mandó que se reunieran por la mañana, les dijo que lo habían escogido como su capitán de la misma manera que él los había escogido como sus compañeros y hasta donde sabía nunca les había faltado, ni ellos a él, pero ahora notaba cierta flaqueza de algunos. Huir o retirarse era completamente imposible ya que sería causa de sufrir males muy grandes y le andaban "buscando cinco pies al gato", bien veían cómo estaban a punto de ganar para el rey y para España los mayores reinos y señoríos que en el mundo había y en su calidad de cristianos tenían la obligación de cumplir con su deber hacia Dios, ensanchando la fe y luchando contra sus enemigos, para tal fin qué mejor que la tierra donde se encontraban, en la que el demonio tenía establecido un reino de idolatría en el que se practicaban los sacrificios humanos, el canibalismo y otros pecados. Al vencerlo ganarían tanto la gloria en el otro mundo como la mayor prez y honra de todas las generaciones pasadas en este. Habían constatado varias veces cómo Dios estaba de su parte, pues para Él nada era imposible y ahora parecía que no le tenían confianza ni a Dios ni a san Pedro, de quien también habían visto sus favores como era de notarse por sus victorias y por el poco daño que habían sufrido luchando tan pocos contra tantos. Habían vencido a los nativos en tres grandes ocasiones, tampoco les había faltado que comer desde que entraron a esas tierras ni amigos y aliados. Debían considerar que cantidad de indígenas admiraban y temían su valor, si huían caerían de ese alto pedestal y serían tildados y tratados como cobardes, en cuyo caso todos caerían sobre ellos, incluso los

totonacas por temor a Motecuhzoma. Así que "mal allá y peor acullá, más vale que estemos aquí donde estamos, que es bien llano y todo bien poblado", ya llevaban 50 leguas andadas, con 20 más llegarían a México donde seguramente encontrarían enormes riquezas, "¿no habéis oído decir que cuantos más moros más ganancias?". Para concluir sentenció que si bien era verdad que algunos habían muerto, en las guerras solía haber bajas y no habían venido para descansar, por lo que más valía morir por una buena causa que vivir deshonrados.

Sus razones y elocuencia lograron convencer de nuevo a la mayoría. Según López de Gómara "fue de allí en adelante muy amado de todos aquellos españoles de su compañía". Bernal asegura que aunque los descontentos cesaron en sus intentos de insubordinación muchos siguieron murmurando contra Cortés y sus partidarios, maldiciéndolos en secreto, aunque de momento lo disimularon debido a la difícil situación por la que atravesaban, pero todos lo obedecían bien. Debido a su encono contra López de Gómara, Bernal Díaz cae de nuevo en contradicciones, pues aunque menciona todos estos sucesos, escribe en otro lugar que a pesar de que el capellán decía que los españoles se le querían amotinar y rebelar a Cortés: "Digo que nunca capitán fue obedecido con tanto acato y puntualidad en el mundo [...] porque siempre lo siguieron muy bien y lealmente".

Mientras todo esto sucedía en Tlaxcala, en México-Tenochtitlan Motecuhzoma vivía días de gran preocupación y vigilaba ansiosamente el rumbo de los acontecimientos, informado continuamente por sus agentes.

Llegados a este punto es conveniente hacer una breve digresión para tratar de entender lo que pasaba por la mente del huey tlatoani. Es difícil comulgar con la rueda de molino de un Motecuhzoma pusilánime, muerto de miedo ante la llegada de los españoles, supersticioso en grado extremo,

cobarde y tan poco apto para gobernar que cambiaba constantemente de opinión sobre la política a seguir frente a los blancos. Tal caricatura del monarca ha sido dibujada en primer lugar por los mismos españoles, porque así convenía a sus intereses de dominio sobre un territorio soberano; en segundo lugar por los pocos sobrevivientes de la nobleza y del sacerdocio nativo y de éstos por aquellos a quienes los vencedores permitieron expresar su punto de vista, siempre bajo supervisión y estricta censura de los frailes franciscanos que eran pro Cortés y que casi seguramente los informantes representaban la facción contraria a las medidas aristocráticas y centralizadoras con que Motecuhzoma intentó enfrentar las crisis externas e internas que amenazaban al dominio mexica antes de la llegada de los españoles; quienes simpatizaban con ellas sufrieron una purga tras la muerte del tlatoani.

Este dibujo deformado adquirió visos de realidad durante el largo periodo de la Colonia y siguió vigente después, ya que así convenía a aquellos mexicanos que motivados por un patriotismo exacerbado preferían explicar la Conquista achacando la culpabilidad de la derrota mexica a las supuestas debilidades de Motecuhzoma, contraponiéndole también las figuras de Cuitláhuac y de Cuauhtémoc, a las que pusieron en un pedestal (ambas serán examinadas en su debido momento). En el siglo XVIII Francisco Javier Clavijero, en su célebre historia, pinta con negros colores al tlatoani como un ser aterrorizado por sus creencias supersticiosas, lo cual lo paralizó, y como buen cristiano atribuye el triunfo español a la intervención divina. Ya en el XIX, Manuel Orozco y Berra, abandonando las explicaciones religiosas y supuestamente desde un punto de vista humano, juzga muy duramente a Motecuhzoma, al que nombra cobarde, incapaz, soberbio, supersticioso, fanático y hasta afeminado. Más tarde Alfredo Chavero, en *México a través de los siglos* expresa opiniones

muy parecidas, aunque menos severas. Es hasta el siglo XX cuando Eulalia Guzmán trata de redimir su figura, pasándose al otro extremo.

No es mi intención exonerar a Motecuhzoma de sus debilidades, que las tenía, sino tratar de dilucidar el papel que jugó en el drama de la llamada conquista, mediante un poco de sentido común, siendo imposible hacerlo con objetividad. Nada es blanco o negro, todo tiene diversos matices de gris. Es tiempo de exorcizar tanto nuestros *ismos* como nuestros mitos históricos, que finalmente no representan más que obstáculos y trabas hacia una plena integración de nuestra individualidad como seres humanos y como nación y son utilizadas por diversos grupos de una u otra filia, fomentando sus propios intereses.

El caso es que no hay documentación como para asegurar que la leyenda del retorno de Quetzalcóatl tuvo en Motecuhzoma el papel protagónico que se le ha atribuido. Aun en el caso de que en un principio fuese así, Motecuhzoma pronto se daría cuenta de que los españoles eran hombres y no dioses por más adelantos tecnológicos, distinta apariencia física y animales desconocidos que trajesen con ellos. Una vez descontada su supuesta divinidad aún debía enfrentar su llegada sin ningún antecedente que le auxiliase en la toma de decisiones. Hay que recordar que antes de asumir el cargo había sido un gran guerrero, conduciendo personalmente varias campañas y que había gobernado por unos 16 años antes de la llegada de los españoles.

Desconocemos cuál era la información que el tlatoani poseía, no es prudente descontar de antemano que podría ser bastante. Cristóbal Colón había llegado al Nuevo Mundo desde hacía 27 años, y si bien es factible que no hubiese contactos regulares entre las islas caribeñas y la región de influencia mexica, no lo es que los indígenas de América estuvieran tan desprovistos de racionalidad como para no

haber dilucidado muchas cosas sobre los blancos y con ello me refiero primero a los taínos, de los que, no lo olvidemos, venían buen número en la expedición de Cortés, y después a los mayas, los cempoaltecas, los totonacas y las distintas etnias con las que ya habían tenido contacto los españoles en su marcha a la capital mexica.

¿Es acaso improbable que se divulgara la información existente? ¿O que en los muchos diálogos mantenidos por Cortés con los señores nativos éstos no trataran de obtener la mayor información posible sobre los orígenes y el mundo de los extranjeros? ¿O que en la convivencia con los totonacas éstos no se dieran cuenta de que eran tan humanos como ellos? Al parecer Cortés siempre negó que los españoles fueran dioses, aceptarlo iba en contra de sus creencias cristianas. Los nativos sabían que los españoles eran mortales, ya habían perecido algunos, así como sus caballos. Las posibilidades son muchas y sería tedioso enumerarlas; basten éstas a modo de ejemplo. Los mexicas tenían *orejas* y simpatizantes en muchos sitios, ¿no podría llegar hasta ellos esa información y por ende a Motecuhzoma?

Es muy posible que el huey tlatoani, tras intentar alejar la amenaza que representaban esos extranjeros, integrantes de un poder en buena medida desconocido, tratara primero de convencerlos de que regresaran a su país mediante dádivas, promesas y negativas a hablar con ellos; pero ante la insistencia de Cortés de entregar personalmente el mensaje de su emperador tuvo que optar entre eliminarlos por medio de las armas o aceptar la supuesta calidad de embajadores que decían tener, entrevistarse con ellos e intentar hacer frente a las circunstancias por vías diplomáticas y políticas.

La primera opción conllevaba el riesgo de enemistarse con el monarca español, del que desconocía la fuerza, pero de la que tenía buenas indicaciones debido a las batallas de Champotón, de Tabzcoob y ahora de Tlaxcala, y si bien en

la primera habían salido perdedores regresaron con mayor fuerza, obteniendo la victoria en la segunda y defendiéndose muy bien en la tercera; además, su armamento era superior al de sus guerreros. Era indudable que si lo quería podría vencerlos por más muertes que costase, ¿pero quién le aseguraba que los compatriotas de los españoles no vendrían a buscarlos en más número y con deseos de venganza? La segunda opción, por tanto, debió parecerle más adecuada. Los dejaría entrar a México-Tenochtitlan y usaría la diplomacia, no sin antes realizar otros intentos para que no llegaran, incluso tal vez ofreciendo pagar un tributo o, más dudoso, someterse en vasallaje. En cuanto al temor que se le atribuye no tiene nada de sorprendente que lo tuviera en cierta medida, estaba frente a un fenómeno sin precedente, sin manera de prever sus consecuencias o alcances; aunque los extranjeros apenas eran un puñado entre los miles de guerreros mexicas entrenados por y para la guerra debía irse con tiento, palpando el terreno.

Es muy probable que tal determinación molestara a la facción que estaba en su contra y que varios miembros de la clase noble y militar preferían un enfrentamiento bélico definitivo. Motecuhzoma, político diestro e intrigante (si no lo fuera no habría llegado a ocupar el trono, que, no hay que olvidarlo, no era hereditario, sino de elección), empezó a darse cuenta de que tenía frente a sí a un digno contrincante cuando sorpresivamente Cortés se ganó la amistad y alianza de los totonacas, y más aún cuando se enteró de que habían tenido la audacia, seguramente apoyada en las promesas españolas, de apresar a sus calpixques.

Este nuevo giro de acontecimientos presentó las cosas bajo una luz más amenazadora, bien sabía el monarca lo frágil que eran las bases de su señorío, sostenido por las armas y por el temor que producían. El reto de Cortés y de los totonacas al aprehender a sus calpixques y rebelarse podía tener

graves repercusiones si no era enfrentado: nada menos que una rebelión generalizada de los pueblos subyugados.

La camarilla proguerra fue escuchada por el tlatoani; no tomar ninguna acción sería muy peligroso y el ejemplo podría cundir. Se preparó un ejército para ir contra los totonacas y tal vez incluso contra los blancos si apoyaban a los insurrectos. En esos momentos llegaron a Tenochtitlan los calpixques liberados por Cortés, modificando de nuevo la situación. Al parecer los extranjeros se deslindaban de los totonacas y mostraban simpatías por los mexicas. Motecuhzoma no quiso arriesgarse a declarar una guerra abierta, por los motivos antes expuestos, y prefirió esperar a que los españoles llegasen a su ciudad, dio órdenes de auxiliarlos en su camino. Una vez en ella ya vería la manera de castigar a los totonacas.

El hábil Cortés de nuevo se adelantó a la estrategia de Motecuhzoma, quien al parecer deseaba que marcharan a su ciudad por vía de Cholula y no por la de Tlaxcala, donde existía el riesgo de que hicieran amistad con sus grandes enemigos, complicando mucho más el tablero del juego de ajedrez en que parecían estar empeñados; sin embargo, los tlaxcaltecas optaron por atacar a los extranjeros, es posible que las intrigas del huey tlatoani tuvieran algo que ver en ello al esparcir rumores, tal vez por medio de una quinta columna tlaxcalteca, de que los blancos eran amigos de los mexicas y había el plan de atacar Tlaxcala por dos frentes. En el pasado los tlaxcaltecas habían sufrido y superado innumerables maquinaciones mexicas como para que no consideraran la posibilidad de que ésta podría ser una más.

Al enterarse de la precaria situación de los extranjeros al ser atacados por otomíes y tlaxcaltecas, Motecuhzoma decidió mantenerse a la expectativa. Si eran vencidos, lo cual era probable dada la capacidad guerrera de Tlaxcala y el poco número de españoles, su problema quedaría resuelto de la

manera más satisfactoria; en caso de posibles represalias del rey de los extranjeros siempre podría achacar la culpa a los tlaxcaltecas.

Sin embargo, los extranjeros mostraron tener una capacidad bélica superior a la que su poco número parecía indicar: se sostuvieron en contra de miles de guerreros, auxiliados por sus aliados nativos. Los días pasaban y parecía que no se debilitaban, por el contrario, salían a la comarca circunvecina en incursiones que provocaron bastante daño. Motecuhzoma se enteró de que los señores de Tlaxcala empezaban a considerar la posibilidad de hacer la paz con los blancos, lo cual seguramente le pareció alarmante. Reunió a su consejo para determinar qué hacer a fin de evitar esa alianza. Fray Juan de Torquemada nos ha transmitido lo que supuestamente sucedió en esa junta. Estaban presentes, entre otros Cacama, sobrino de Motecuhzoma y señor de Acolhuacan, y Cuitláhuac, hermano del huey tlatoani y señor de Iztapalapan. Le correspondía hablar primero a Cacama debido a su rango superior, pero por respeto hacia su tío Cuitláhuac le cedió la palabra.

El señor de Iztapalapan mantuvo su posición ya expresada: debían enviar una embajada a los extranjeros acompañada de ricos obsequios para preguntarles qué es lo que su soberano quería; si era posible los mexicas se lo darían de buena voluntad tanto en esos momentos como en el futuro; debían insistir que no era posible que fueran a México-Tenochtitlan, arguyendo de nuevo los grandes inconvenientes que existían para tal viaje, por lo que debían regresar a su país.

Tras Cuitláhuac tomó la palabra Cacama, su punto de vista era opuesto, al igual que antes. El señor de Acolhuacan manifestó que debían seguir adelante con su plan de meter a los extranjeros en Tenochtitlan y mantener vigentes las órdenes dadas a los gobernadores y capitanes por donde

transitaran de recibirlos y atenderlos muy bien. Sería muy conveniente que vieran la grandeza de la capital mexica, así como la majestad de su tlatoani y de su corte. Motecuhzoma debía escuchar su embajada, si intentaban agraviarle todos sus guerreros estarían listos para morir en su defensa. Los blancos argüían venir en son de paz con la finalidad de transmitir un mensaje de su rey, hablarles de su ley y de su Dios y tratar otros secretos semejantes, por todo ello, concluyó Cacama, debían ser bien recibidos.

Tras ellos hablaron otras personas, algunas se inclinaban por el camino indicado por Cuitláhuac y otras por la proposición de Cacama. Motecuhzoma tomó la palabra y dijo que como bien lo sabían, existía gran intranquilidad en el Anáhuac; ciertas provincias se habían rebelado, seguramente contando con el apoyo de los extranjeros. No debían olvidar que su sobrino Ixtlilxóchitl tenía un gran ejército a su servicio y seguía molesto con su hermano Cacama; si se aliaba con los blancos podría causarles grandes dificultades, por todo ello era mejor seguir el parecer de Cuitláhuac e intentar que los extranjeros regresaran a su país, dejando de ser la causa de alboroto para los sediciosos; concluyó diciendo que les enviaría una embajada para tratar de conseguir ese fin. (Curiosamente esto parece contradecir su decisión de dejar que llegaran a México, tal vez porque las fuentes de Torquemada eran de la facción contraria al soberano o posiblemente porque Motecuhzoma intentó por última vez convencerlos de partir comprometiéndose a pagarles tributo.)

Seis embajadores escogidos entre los principales nobles (cinco de acuerdo con Bernal) irían a parlamentar con los extranjeros, acompañados por unos 200 hombres.[19] El que los

[19] El momento en que se envió esta embajada mexica es dudoso; la historia de Torquemada implica que fue enviada antes de que los españoles entraran a Tlaxcala pues el fraile escribe que cuando iban estos embajadores por Huexotzinco se enteraron de que Cortés ya

tlaxcaltecas les permitieran el libre tránsito por su territorio para conferenciar con sus enemigos indica hasta qué punto los embajadores eran respetados. Los mexicas llegaron al campamento español y pusieron a los pies de Cortés los regalos enviados por su señor: un millar de piezas de ropa de algodón, muchos y ricos objetos de pluma y cierta cantidad de oro en grano muy fino, como lo sacaban de los ríos.

El embajador de más edad tomó la palabra, transmitiendo a Cortés el mensaje de Motecuhzoma. Según el extremeño, le comunicaron que el tlatoani deseaba ser vasallo de Carlos V y pagarle gustosamente el tributo que dispusiese, pero no deberían seguir adelante hacia México: la ruta era difícil, tendrían que atravesar tierras estériles y sentiría mucho que pasaran por tales peligros y necesidades. Al terminar de hablar y en señal de que ya no tenían más que decir

---

se encontraba en territorio tlaxcalteca lo cual les pesó mucho pero fueron a verlo a su asediado campamento con la esperanza de evitar que se aliara con Tlaxcala. Cortés afirma que los embajadores permanecieron en el campamento español durante gran parte de la guerra hasta su final. Bernal declara que esta embajada llegó en los momentos en que ya se hablaba de la paz. López de Gómara después de relatar el suceso de los espías de las manos cortadas dice que la embajada mexica llegó a "esta sazón". Bernardino Vázquez de Tapia narra en su *Relación de méritos y servicios del conquistador* los sucesos hasta la gran batalla del segundo día como si después de esto ya no se hubiese enterado de los sucesivos por haber partido hacia Tenochtitlan en compañía de los embajadores mexicas, como adelante se verá. Francisco de Aguilar escribe que Motecuhzoma envió embajadores en varias ocasiones al campamento español, llevando regalos y rogándole que no fueran a su ciudad pues estaba en el agua y se hundirían tanto ellos como sus caballos; asegura el fraile que más tarde supieron que al parecer Motecuhzoma mantenía un gran ejército en los caminos (no especifica cuáles) aunque ellos no lo vieron. Fray Diego Durán expresa que Motecuhzoma no dejó de proveerlos de alimentos durante todo el sitio lo cual no puede ser verdad. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl afirma que Cortés retuvo a los embajadores mexicas durante algunos días y que éstos fueron testigos de varios de los combates referidos.

se mantuvieron con las cabezas bajas, los brazos tendidos, una mano sobre la otra.

Cortés al parecer ya había aprendido bastante del ceremonioso trato indígena como para frenar su natural impaciencia, ofensiva para los nativos. Les dio la bienvenida, agradeció los regalos de su señor y les rogó que descansaran de su viaje, después les daría su respuesta y dio órdenes de atenderlos debidamente. Al parecer su intención era retenerlos para que fueran testigos del poder de las armas españolas, del curso de los acontecimientos y sobre todo, pues así lo esperaba, de su eventual victoria.

Vázquez de Tapia afirma que Cortés quiso enviar algunos de sus hombres en compañía de la embajada mexica cuando regresara a México, so pretexto de llevar un mensaje a Motecuhzoma, pero en realidad para observar todo lo que pudieran y le trajeran una relación tan completa como fuera posible de los caminos, ciudades, pueblos, dispositivos militares y demás cosas pertinentes, y que al efecto dijo algunas veces en público que si allí tuviera dos hijos y dos hermanos que mucho amara los enviaría de mensajeros a Motecuhzoma, y que él, Vázquez de Tapia, entendió su deseo: "yo me ofrecí de ir, el cual me lo agradeció mucho y aceptó mi ofrecimiento. Después, se ofreció también para ir don Pedro de Alvarado, y acordó el Marqués que fuésemos ambos". El extremeño les dio sus instrucciones, así como algunos regalos para Motecuhzoma, pidiéndoles que, aunque ambos tenían caballos, fueran a pie, de manera que si los mataran no se perdieran también las bestias (se estimaba que un jinete con su caballo valía en batalla más que 300 de infantería). Sobre el viaje de Vázquez de Tapia y Alvarado hablaremos más adelante.

Mientras tanto los prisioneros que Cortés había enviado con su mensaje a Tlaxcala encontraron reunidos en consejo a Maxixcatzin, señor de Ocotelolco, y a Xicoténcatl el Viejo, se-

ñor de Tizatlan; a ellos entregaron la carta y les dieron su mensaje. Ambos quedaron muy pensativos y mandaron convocar a los demás señores y principales de Tlaxcala, así como a los de Huexotzinco. Una vez reunidos les comunicaron cómo los extranjeros en varias ocasiones les habían enviado mensajes de paz y ahora lo hacían de nuevo, diciendo que venían a ayudarlos y que deseaban tenerlos como amigos y como hermanos y que habían soltado a muchos de sus prisioneros en vez de matarlos. Bien sabían que los guerreros tlaxcaltecas y otomíes habían tratado de vencerlos en vano, contando con fuerzas muy superiores; tal parecía que el dios de los extranjeros era más poderoso que los suyos. Debían considerar también las afirmaciones de los totonacas respecto a que los extranjeros eran enemigos de Motecuhzoma y que habían logrado que le dejaran de pagar tributo. También habían mostrado ser muy valerosos y esforzados, pruebas de ello tenían suficientes.

Debían recordar que los mexicas los tenían casi sitiados, por lo que carecían de riquezas, de algodón y de sal; si hacían amistad con los blancos tal vez podrían realizar su sueño y vencer juntos a Motecuhzoma. Por todas estas consideraciones su parecer era que se enviaran los mensajeros de regreso, aceptando la proposición de paz y que recibieran en su ciudad a los extranjeros y les dieran doncellas para que procrearan y así emparentar con ellos, pues se decía que no traían mujeres de su propia raza.

En esos momentos llegaron los principales del poblado atacado por Cortés, diciendo cómo los blancos los habían tratado bien y perdonado las vidas, por lo que abogaron también por la paz. Los señores les encargaron tener abastecidos de víveres a los extranjeros. Sin duda la presencia de la embajada mexica en el campamento español los llenaba de aprehensión, si seguían hostilizándolos y se aliaban con Motecuhzoma muy posiblemente Tlaxcala sería destruida.

El consejo se decidió por la paz, enviaron orden a Xicoténcatl el Mozo de cesar las hostilidades. De acuerdo con nuestras fuentes (que son contrarias a la actitud valiente y antiespañola de Xicoténcatl), al general no le pareció adecuada esa determinación y se enfureció, maltratando a los mensajeros, dice Bernal, pues deseaba realizar un último intento de vencer a los blancos, atacándolos a la cabeza de 20 000 guerreros, clamando que esta vez triunfarían. Enterados de su actitud Maxixcatzin y Xicoténcatl el Viejo, padre del general, se enojaron a su vez y al parecer volvieron a enviarle la misma orden dos o tres veces con idéntico resultado. Mandaron entonces mensaje a los capitanes del ejército, ordenándoles no obedecerle y al mismo tiempo enviaron de regreso al campamento español a los mensajeros que les había mandado Cortés cargados de víveres, con el encargo de decirle que aceptaban sus ofrecimientos de paz. Sin embargo estos mensajeros, ya fuese por temor a Xicoténcatl el Mozo o porque éste los retuvo, nunca llegaron al campamento español.

Al parecer Xicoténcatl efectuó un ataque nocturno, siendo derrotado, aunque no está claro si se trata del mismo ataque del que ya se habló anteriormente, de uno nuevo o incluso si se realizó algún ataque nocturno (aquí es donde escribe Bernal que un poco antes Xicoténcatl envió al campamento español a los 40 espías y que al ser enviados de regreso con las manos cortadas, el general, a punto de salir, perdió el brío y la soberbia). Como quiera que fuese, Xicoténcatl tuvo que aceptar las órdenes e ir en persona a hacer la paz con los blancos para darles más seguridad.

Las fuentes indígenas, o los cronistas españoles que las siguen, ponen poco énfasis en estas batallas, incluso ignoran la mayor parte posiblemente porque las del lado mexica no deseaban mencionar el valor de los tlaxcaltecas y las del lado tlaxcalteca preferían que se perdiese la memoria de su

oposición inicial a los que serían sus aliados y vencedores en la lucha final contra los mexicas. Habrá que hacer un breve resumen de las narraciones cuasiindígenas, tomando en cuenta que fueron escritas décadas después.

El *Códice Ramírez*, de tradición tenochca, relata que el mexica que venía guiando a los españoles fue quien los llevó por tierras de Tlaxcala a fin de que los otomíes de sus fronteras los destruyeran, pues eran fieros y belicosos, y antes se dejarían hacer pedazos que rendirse ni volverse atrás. Los tlaxcaltecas se metieron en la lucha casi desnudos, con arcos y flechas, sin conocer los efectos del armamento español; pero aunque veían el destrozo que les hacían eran tan animosos que jamás retrocedieron, quedando todos muertos. A las dos horas llegó la noticia a la ciudad de Tlaxcala, cuyos señores temieron grandemente y decidieron recibir de paz a los españoles.

Fray Diego Durán, recogiendo también la tradición tenochca, relata que los señores tlaxcaltecas "viendo que ya se llegaban a su ciudad los dioses" se reunieron en consejo; uno de ellos dijo en una larga plática que ya sabían cómo habían llegado "unos dioses, salidos de allá, del nacimiento del sol, los cuales aparecieron entre los vapores y oscuridad de la mar, metidos en cerros y casas de palo, no sin misterio, venidos de lo alto y permitido por el señor de lo criado" y estaban ya dentro de sus tierras. Los de Tecóac, prosiguió el orador, habían atacado a los españoles para comprobar si se defendían o no y sufrieron muchas muertes "con el fuego que les echaban", por ello debían pensar y tener lástima de sus hijos, hermanos, viejos y huérfanos, pues no les aprovecharía en nada defenderse, era mejor recibir a los extranjeros de paz y meterlos en su ciudad. Todos estuvieron de acuerdo. Fueron a postrarse ante Cortés a ofrecerle sus servicios.

El *Códice Florentino*, de tradición tlatelolca, narra que cuando los otomíes de Tecóac se enfrentaron a los españoles

éstos "los arruinaron enteramente, los aniquilaron completamente, los aplastaron, hicieron caldo con ellos. Les dispararon con las trompetas-de-fuego, les lanzaron flechas de metal, les tiraron con arcos", aniquilaron a gran cantidad. Cuando los tlaxcaltecas se enteraron tuvieron mucho miedo, se descorazonaron,

> pidieron consejo a su propio espanto, se aterrorizaron, se consultaron los señores, los gobernantes, dijeron: ¿Cómo seremos nosotros? ¿Iremos a su encuentro?, pues es un gran macho, muy intrépido el otomí, y lo tomaron como una nada [...] En poco tiempo, en un pestañeo, aniquilaron a este hombre del pueblo.

Decidieron acercarse a los blancos, tener amistad con ellos, reconciliarse y fueron a llevarles alimentos y a pactar la paz.

Diego Muñoz Camargo, cronista tlaxcalteca, declara que Xicoténcatl les hizo muy llanas y seguras sus tierras hasta que los metió en Tlaxcala; pero más adelante dice que después de la batalla con los otomíes de Tecóac los tlaxcaltecas enviaron a los otomíes dos mensajeros para que no siguieran enojando a los blancos y les dejaran pasar por donde quisieran, así estuvieron los españoles unos días en Tecóac y partieron sin oposición hacia la ciudad de Tlaxcala.

En el *Lienzo de Tlaxcala* no se ven imágenes de batalla alguna. La ilustración número 2 muestra a cuatro señores recibiendo de paz a Cortés en un sitio llamado *Ilyocan*, que era el primer poblado en tierras tlaxcaltecas. En la número 3 se ve de nuevo a cuatro señores que reciben en paz a Cortés y a Marina en Tecóac y le entregan algunos obsequios. En ninguna de ellas hay el menor indicio de lucha, sino por el contrario de amistosa bienvenida. En la parte escrita sólo se dice que se hizo la paz después de breve resistencia. Ni en

el *Códice Entrada de los españoles en Tlaxcala* ni en las Informaciones de méritos y servicios de la propia república se menciona una batalla.[20]

Chimalpahin, de tradición chalca, escribe que los españoles estuvieron en Tecóac y en Tzimpantzinco y mataron a una cantidad espantosa de colonos tlaxcaltecas. A causa del espanto que esto causó ya no se les dio más guerra y fueron cortésmente recibidos por los señores de Tlaxcala que les salieron al encuentro sin presentar batalla.

Vaya esto para mostrar las contradicciones de las fuentes y la dificultad de saber qué sucedió en realidad.

Volviendo al relato de los cronistas españoles, Bernal narra que mientras estaban reparando sus armas y haciendo saetas llegó a gran prisa uno de sus corredores a dar aviso de que en el camino principal de Tlaxcala había visto gran cantidad de

[20] Eulalia Guzmán, *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac. Aclaraciones y rectificaciones*, t. I, pp. 141-147, incluso afirma que las batallas contra los tlaxcaltecas simplemente no existieron siendo un invento de Cortés, López de Gómara y Bernal Díaz, cita algunos de los testimonios mostrados más arriba, además de a fray Toribio de Benavente, Motolinía, *Historia de los indios de la Nueva España*, trat. I, cap. I, p. 14, en donde se lee que Cortés se metió tierra adentro y andadas 40 leguas entró en la tierra de Tlaxcala, una de las mayores provincias de la tierra y más llena de gente. Pasando a lo poblado se aposentó en un lugarejo nombrado Tecoacazinco al que llamaron la Torrecilla. Estando allí "tuvo quince días de guerra con los indios que estaban a la redonda, que se llaman otomíes, que son gente baja como labradores. De estos se ayuntaban gran número, porque aquello es muy poblado"; sabido esto en Tlaxcala salieron los señores y principales y tomaron gran amistad con los españoles. E. Guzmán se apoya también en la "Decimatercia relación" de Alva Ixtlilxóchitl, del "Compendio de historia del reino de Texcoco", p. 450, donde el cronista texcocano escribe que de Cempoala los españoles pasaron a Quiahuiztlan y a otros sitios hasta llegar a Tlaxcala "y por todas partes que llegaban; los naturales los recibían con mucha alegría y regocijo, sin ninguna guerra ni contraste, y si alguno hubo, fue dándose ocasión para ello".

tamemes cargados, al parecer en dirección al campamento; su compañero, un jinete, se quedó para ver qué rumbo tomaban, al poco tiempo llegó con la noticia de que los indígenas se dirigían hacia el campamento, aunque se paraban a descansar de cuando en cuando. Los españoles se alegraron mucho, suponiendo que al fin venían a hacer la paz; Cortés les ordenó estar muy prevenidos y armados y ocultarse en las chozas sin hacer alborotos ni demostración alguna.

Llegaron por delante cuatro principales a decirles que sus señores deseaban hablar de paz y que en dos días acudiría a visitarlos el general Xicoténcatl en compañía de otros principales para tratarla. Cortés respondió que se había refrenado de matar a más tlaxcaltecas pudiendo haberlo hecho, que ya habían decidido ir en pie de guerra adonde se encontraban sus señores, pero puesto que le venían a hablar de paz los recibía en nombre de su rey Carlos y les agradecía el alimento que traían. Sus señores debían venir a hablar con él o enviar alguien de más autoridad, si no iría a atacarlos en sus ciudades. Con estas ominosas palabras los despidió, no sin darles algunas cuentas azules para que las dieran a los señores en señal de buena voluntad, advirtiéndoles finalmente que vinieran de día, pues si lo hacían por la noche los matarían.

Los tlaxcaltecas dejaron en las afueras del campamento cantidad de mujeres con el encargo de prepararles alimentos, hacer tortillas y prestarles diversos servicios, así como a 20 hombres que debían llevarles agua y leña. En adelante a la gente de Cortés no le faltó que comer, les llevaban sobre todo huevos de guajolotes y tunas. Comenta Bernal que "vinieron en tiempos que ya estábamos tan flacos y trabajados y descontentos con las guerras, sin saber el fin que habría de ellas, cual se puede colegir".

Ni Cortés ni López de Gómara mencionan esa primera embajada de paz, se limitan a decir que un día, hacia las diez de la mañana, Xicoténcatl el Mozo se dirigió al campamento

español para tratar la paz. Bernal agrega que el extremeño estaba descansando, pues estaba enfermo de calenturas y purgado del día anterior cuando le fueron a decir que el general tlaxcalteca se aproximaba acompañado de medio centenar de nobles, todos vestidos con mantas del mismo color, la mitad blanca y la mitad roja; describe a Xicoténcatl como alto de cuerpo, de grandes espaldas, bien formado, de cara larga y como "hoyosa" o robusta, tendría 35 años de edad y mostraba mucha gravedad en su persona.

Cervantes de Salazar relata que el general envió primero a tres o cuatro mensajeros a dar aviso a los españoles de su próxima llegada y que Cortés, al ser notificado de que ya habían entrado al campamento, salió a recibirlos en compañía de sus capitanes tratando de presentar la mejor imagen de poder y autoridad que pudieron. Los tlaxcaltecas hicieron sus reverencias "tomando tierra"; los españoles, menos sutiles en su lenguaje corporal, les dieron un abrazo. Cortés tomó a Xicoténcatl por la mano llevándolo a sentar junto a él mientras que los capitanes españoles y tlaxcaltecas permanecían de pie guardando un respetuoso silencio; estaban presentes también los inevitables intérpretes Jerónimo de Aguilar y Marina.

Xicoténcatl ordenó a los suyos presentar los obsequios, los pusieron ante Cortés. El general tomó la palabra, dijo con mucha gravedad con tono de voz más bien bajo y los ojos dirigidos a tierra que iba en representación de los cuatro señores de Tlaxcala que le rogaban admitirlos al servicio de Carlos V, les concediera su amistad y les perdonara los errores que sucedieron debido a que no los conocían ni sabían quiénes eran. Pensaron que podían ser enemigos o aliados de Motecuhzoma, ya que con ellos venían criados y vasallos del tlatoani mexica. Habían intentado mantener su libertad e independencia en las que habían vivido siendo capaces de resistir con éxito al poder mexica. Por estar cercados no te-

nían sal ni ropas de algodón, ni joyas, ni oro, ni otras cosas, pues les impedían comerciar fuera de sus tierras y en ellas no existían esos productos, por eso no tenían mucho que darles y debían perdonarles la pobreza de sus obsequios dados con muy buena voluntad. Como no habían podido vencer a los españoles preferían ser sus vasallos antes que de ningún otro, los de Cempoala les decían que eran buenos y poderosos y que no venían a hacerles mal alguno, y por ello creían que su libertad sufriría menos bajo el rey blanco. Dio a Cortés muchas quejas de Motecuhzoma y de sus aliados, y para terminar le suplicó con lágrimas en los ojos que considerara que Tlaxcala nunca había reconocido a ningún rey o señor que no fuera de los suyos propios.

Cortés respondió con la misma gravedad. Aparentando enojo le dijo que no existía ningún buen motivo para escucharlo ni para tener amistad con ellos, pues de lo que había sucedido sólo ellos mismos tenían la culpa, él les había ofrecido su amistad desde antes de entrar a sus tierras, tal como se lo habían aconsejado los de Cempoala. Les había pedido permiso para entrar pacíficamente, mientras ellos sin siquiera tener la cortesía de responderle les habían matado dos caballos y atacado constantemente, mintiendo al respecto. A pesar de ello les había enviado varios mensajeros proponiéndoles la paz. Aceptó supuestamente su vasallaje en nombre del emperador, no sin recomendarles que estuvieran seguros de que la paz era firme; si cambiaban de opinión se vería forzado a matarlos y destruir sus ciudades. Finalmente se abrazaron de nuevo y al despedirlos les dieron unas cuentas verdes y azules para ellos y otras para sus señores.[21]

[21] H. Thomas, *La conquista…*, p. 287, afirma que Xicoténcatl fue a pedir perdón por el levantamiento de su pueblo, malamente podría decir esto ya que los tlaxcaltecas aún no se habían sometido en vasallaje. Enseguida agrega que entonces les dieron a los españoles a las cuatro

Agrega Cervantes que Cortés pidió al clérigo Juan Díaz celebrar una misa de acción de gracias, después de la cual bautizaron con el nombre de Torre de la Victoria al templo que les había servido de fortaleza.

Xicoténcatl fue recibido por los señores de Tlaxcala casi en las afueras de la ciudad. Entraron en reunión de consejo para escuchar la respuesta española, tras lo cual ordenaron proclamar la paz en toda su provincia, se realizaron grandes festejos para celebrarla y en Tlaxcala un "mitote" en el que participaron más de 20 000 nobles y principales. Se quemó gran cantidad de incienso en los templos, se efectuaron grandes sacrificios y las mujeres y niños colocaron ramos y flores en las puertas de sus casas.

En el campamento español los embajadores mexicas fracasaron en sus intentos de convencer a los europeos de no aceptar la amistad de los tlaxcaltecas previniendo a Cortés sobre su carácter pérfido y traicionero, y asegurándole que sólo querían llevarlos a su ciudad para acabar con ellos más fácilmente. Los tlaxcaltecas a su vez decían a los españoles que se cuidasen mucho de la doblez y perfidia de los mexicas. Cortés escribe que al ver estas diferencias

> no hube poco placer, porque me pareció haber mucho a mi propósito, y que podría tener manera de más aína sojuzgarlos, y que se dijese aquel común decir de monte, etcétera, e aún acordomé de una autoridad evangélica que dice: *Omne regnum in seipsum divisum desolabitur* [Todo reino dividido contra sí mismo será devastado, Lucas, 11:17]; y con los unos y con los otros meneaba, y a cada uno en secreto le agradecía el aviso que me daba y le daba crédito

viejas para que las sacrificaran, además de copal y víveres, siendo que esto sucedió algún tiempo antes.

de más amistad que al otro, clara descripción de su mente maquiavélica.

A decir de López de Gómara, cuando los mexicas se enteraron de que los españoles hablaban de las paces con Tlaxcala solicitaron licencia a Cortés para que uno de ellos fuera de regreso a México-Tenochtitlan a fin de notificar a Motecuhzoma (según Bernal fueron dos), prometiéndole que volvería en un plazo de seis días, rogándole que mientras tanto no abandonaran su campamento, a lo que Cortés accedió; dice que estuvieron seis o siete días sin salir pues aún no se fiaban de la supuesta paz. Los tlaxcaltecas les pedían pasarse a una ciudad grande, en ella les podrían servir y proveer mejor pues les daba vergüenza que sus nuevos amigos estuvieran tan mal aposentados. En el transcurso de este tiempo constantemente iban y venían indígenas al campamento, aprovisionando a los blancos con buena voluntad.

Bernal relata que en este intervalo Cortés finalmente pudo escribirle a Juan de Escalante a la Villa Rica para ponerlo al corriente de las peripecias por las que habían pasado, repitiéndole que tratara muy bien a los totonacas y pidiéndole enviarle en posta dos botijas de vino que había dejado enterradas en cierto lugar de su aposento, así como hostias de las que habían traído de Cuba pues se les habían acabado. Juan de Escalante respondió pronto diciendo que les dio mucha alegría saber de sus victorias y que le enviaba lo que había pedido. En estos días se ocuparon en levantar en el campamento una gran cruz, ordenando a los nativos que encalaran los aposentos del templo y los mantuvieran limpios.

Según versión de Alva Ixtlilxóchitl fue en esos momentos cuando acudió al campamento español otra embajada

tlaxcalteca integrada por uno de los principales nobles, Tolinpanécatl Coxtómatl, y por el hermano de Xicoténcatl, Ozelotzin Tlacatecuhtli, para persuadir a los blancos de trasladarse a la ciudad. Cuando entraron al campamento, Atempanécatl, el principal de los mensajeros de Motecuhzoma, los interpeló furioso preguntándoles a qué iban y cuál era su embajada, culpándolos de las batallas e insistiendo en estar presente cuando hablasen con Cortés. Los tlaxcaltecas dijeron a Marina, presente como siempre, que responderían al mexica solamente en presencia del extremeño.

Cuando estuvieron ante él, para íntima satisfacción de Cortés, los tlaxcaltecas reclamaron a Atempanécatl la tiranía de los mexicas, su ocupación de tierras ajenas, los mil agravios y vejaciones que por su ambición hacían a todo el mundo, e incluso lo retó a singular combate. Enseguida comunicaron al capitán el mensaje que llevaban, entregándole buena cantidad de sandalias para que las usaran por el camino pues al parecer el calzado español estaba muy deteriorado. Cortés respondió que antes de aceptar su generosa invitación debían ir a verlo los señores de Tlaxcala como muestra de su buena voluntad.

Regresemos a la narración anterior.

Pasados los seis días regresó el mensajero que había partido a México a la cabeza de muchos tamemes que traían como obsequios una decena de joyas de oro, todas del mismo peso, muy hermosas, y más de 1 500 piezas de vestir de algodón de mejor calidad que las anteriores. Motecuhzoma enviaba a decir que no se fiasen de los tlaxcaltecas y no se pusieran en grave peligro yendo a su ciudad, los de Tlaxcala eran gente pobre y los atacarían para robarlos, sobre todo sabiendo de los ricos regalos que les había enviado. Cortés recibió con alegría los regalos y en cuanto al consejo respondió que si los tlaxcaltecas inten-

taran traicionarlos los matarían a todos, les pidió tres días para darles su respuesta.

Esta victoria española aumentó su fama de invencibles, como lo comenta Bernal:

> y si de antes nos tenían por teules, que son como sus ídolos, de ahí adelante nos tenían en muy mayor reputación y por fuertes guerreros; y puso espanto en toda la tierra como siendo nosotros tan pocos y los tlaxcaltecas de muy grandes poderes y los vencimos, y ahora enviarnos a demandar paz.

Los señores de Tlaxcala, tras escuchar la respuesta de Cortés, se reunieron de nuevo. Tanto Cortés y López de Gómara como el *Códice Florentino* afirman que fueron al campamento español los señores en persona, aunque no los nombran específicamente. Bernal declara que fueron los cuatro: Xicoténcatl el Viejo, Maxixcatzin, Tlehuexolotzin y Citlalpopocatzin acompañados por muchos nobles y agrega el nombre de un Tepaneca de Topeyanco. Algunos llegaron cargados en hamacas, otros a cuestas o en andas, e incluso a pie. Antonio de Solís añade que Xicoténcatl palpó la figura de Cortés a fin de tener una idea de su apariencia pues estaba prácticamente ciego.

Los señores insistieron en que les parecía sumamente vergonzoso ver cómo sus nuevos amigos estaban alojados en tan miserables chozas, si no deseaban mudarse a un lugar mejor debido a su desconfianza les entregarían como rehenes a quienes designaran. Si hubieran sabido lo que ahora saben hasta los caminos les habrían tenido barridos o ido por ellos hasta el mar y les dieron su más sagrada palabra de que nunca quebrantarían sus promesas. Los totonacas insistían en que se mudaran de aposentos (en

las palabras de Xicoténcatl el Viejo a Cortés, según las reporta Bernal, se usa por primera vez en su relato el nombre de *Malinche* dirigido al extremeño).

Los señores culparon de la indecisión y desconfianza de sus nuevos amigos a que seguramente prestaban oídos a las mentiras y calumnias que los mexicas les contaban y les pidieron no escuchar sus insidiosas palabras. Cortés respondió que bien sabía cómo los tlaxcaltecas eran gente de honor, lo que los había detenido era no tener quien llevara los cañones. En cuanto oyeron esto los señores le reclamaron no haberlo dicho antes. En breve tiempo llegó medio millar de tamemes para cargar el equipaje y la artillería.

Según las cuentas españolas solamente había muerto uno de ellos y tres caballos, lo cual es difícil de creer si efectivamente se dieron tan grandes batallas, las bajas aliadas no las contabilizan y del lado otomí y tlaxcalteca tampoco las conocemos. De ser cierto fue la suya una gran proeza; su triunfo habría que adjudicarlo, además de a su valor, pues también lo tenían los tlaxcaltecas en grado extremo, a las diferentes estrategias militares de ambos bandos: los tlaxcaltecas buscaban encuentros individuales, no maniobraban en conjunto deseando tomar prisioneros vivos para sacrificarlos; la caballería jugó un papel importante, tal vez decisivo, al deshacer las filas enemigas; en cambio la artillería, aunque al principio podía atemorizar a los contrarios, no fue de mucho efecto, era poca y había que recargar las armas tras cada disparo, además hay que tomar en cuenta a sus aliados totonacas.

Fue así como los españoles emprendieron su marcha hacia la ciudad de Tlaxcala en circunstancias muy diferentes de como habían entrado.[22]

[22] Hernán Cortés, Segunda carta de relación; Fernán Pérez de Oliva, "Algunas cosas de Hernán Cortés y México", pp. 336-340; Andrés de Tapia, "Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre don Hernando Cortés, marqués del Valle, en la Nueva España"; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV, lib. XXXIII, caps. III-IV, XLV; López de Gómara, *op. cit.*, II, pp. 77-90; Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios del conquistador*, pp. 30-37; *Códice Ramírez*, p. 109; Georges Baudot y Tzvetan Todorov, "Códice Florentino", caps. X-XI; Juan Ginés de Sepúlveda, *Historia del Nuevo Mundo,* lib. IV y V; Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, III jornada; Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. III, caps. XXXII-XLVIII; Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. I, caps. LXII-LXXIV; fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. II, caps. LXXII-LXXIII; Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala,* lib. II, cap. III; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, vol. III, lib. VI, déc. II, caps. IV-XII; fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana,* vol. II, lib. IV, caps. XXIX-XXXVII; Chimalpahin, "Séptima. relación"; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Historia de la nación chichimeca", cap. LXXXIII; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. II, caps. XVII-XXI, lib. III, cap. II.

CAPÍTULO XII

Tlaxcala

...el gran señor Xicoténcatl recibió a Cortés de paz y a sus compañeros, cuyo recibimiento fue el más solemne y famoso que en el mundo se ha visto ni oído, porque en tierras tan remotas y extrañas y apartadas, nunca a príncipe alguno se había hecho otro tal, porque salieron los cuatro Señores de las cuatro cabeceras de la Señoría y República de Tlaxcala con la mayor pompa y majestad que pudieron, acompañados de otros muchos tecuhtles y piles y grandes señores de aquella República, más de cien mil hombres, que no cabían en los campos y calles, y que parece cosa imposible.

Diego Muñoz Camargo[1]

En este punto de la narración llegamos a un momento álgido de la llamada "conquista". Entramos, por decirlo así, al "segundo acto", pues la estancia en Tlaxcala cambió radicalmente el escenario, por lo que es tiempo de hacer una breve pausa. El relato clásico y casi mítico de la conquista ha sido elaborado a partir el siglo XVI hasta nuestros días con material tomado básicamente de las fuentes y crónicas españolas, sobre todo Cortés y Bernal Díaz, que magnifican y enfatizan la figura del extremeño, convirtiéndolo en un héroe y hábil estratega, mientras que la figura de

[1] *Historia de Tlaxcala*, p. 191.

Motecuhzoma fue ridiculizada como la de un tirano débil, cobarde, supersticioso y pusilánime, y la de los indígenas como salvajes, idólatras, caníbales y sodomitas. Es obvio que la historia la escriben los vencedores, o eso se dice, lo trágico es que tal interpretación haya sido tomada como la única verdadera durante siglos y sea ésta la que se enseña en las escuelas y la que predomina en nuestra sociedad y cultura, tanto en México como en el extranjero, de manera que ha influido negativamente en la forma en que concebimos nuestra historia e identidad como pueblo mestizo; es común la frase de "nos conquistaron", de que somos los "vencidos", descendientes de esa raza satanizada, incluso algunos de nuestros más preclaros intelectuales han contribuido a ello. Señalo, a manera de ejemplo, el libro de Miguel León-Portilla *La visión de los vencidos*, en cuyo título se siguió popularizando el término de "vencidos", o el de Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, en el que terminamos siendo unos hijos de la chingada, bastardos de la chingada madre (ambos son *best-sellers*).

Tal visión despierta serias dudas, algunas de las cuales comenté en mi libro *La Conquista de México-Tenochtitlan*, sin tener más información para analizarlas más a fondo. El problema básico es que carecemos casi por completo de narraciones auténticamente nativas; las que se han tomado como tales fueron pasadas por el tamiz de los frailes españoles (como se irá exponiendo), si no recurrimos a las de los conquistadores nos quedaríamos con una parca narrativa, ya que, aunque no sean muy de fiar son las que tenemos en más abundancia, además de que deben contener algo de verdad.

Debo confesar que para desmitificar la versión clásica y analizarla con más cuidado me ha sido de gran utilidad la reciente publicación del libro *Cuando Moctezuma conoció*

a Cortés, de Matthew Restall,[2] quien con una maestría excepcional va desentrañando paso a paso lo que en realidad pudo haber sucedido, que me parece mucho más lógico y factible. Tras este paréntesis prosigamos con la narrativa.

Por la mañana del 18 de septiembre de 1519 (siguiendo la cronología de López de Gómara; según Bernal Díaz era el viernes 23),[3] transcurridos unos siete meses desde que la armada zarpó de Cuba la hueste de Cortés abandonó el campamento de Tzompantzinco, dejando a manera de monumento conmemorativo varios montones de piedras y algunas cruces y se dirigió a la ciudad de sus nuevos aliados distante unas seis leguas. La cansada tropa iba en formación de batalla precavida para el caso de una posible traición. Para entonces estaban muy disminuidos, serían unos 250, muchos heridos, habían perdido la mitad de los caballos, los acompañaban un par de centenas de totonacas y otros tantos taínos. A instancias de Cortés los embajadores de Motecuhzoma iban entre sus filas luego que el extremeño calmara sus naturales temores sobre el maltrato que podrían sufrir a manos o por lo menos a lenguas de sus enemigos y tuvo que prometerles que personalmente cuidaría que no les hiciesen deshonor alguno y serían hospedados en las mismas habitaciones que le diesen. Los señores tlaxcaltecas se habían adelantado a fin de prepararles la bienvenida.

Para varios de los sucesos ocurridos en Tlaxcala es Muñoz Camargo, cronista tlaxcalteca, quien nos ofrece mayor riqueza de detalles, no obstante su narración debe ser toma-

2 *Cuando Moctezuma conoció a Cortés*, Matthew Restall. Recomiendo encarecidamente su lectura.

3 Francisco Javier Clavijero opta por el 26 de septiembre, véase *Historia antigua de México y de su conquista*, II, p. 29; mientras que William H. Prescott, *Historia de la conquista de México*, vol. I, p. 286, acepta la fecha de Bernal, del 23, agregando que el aniversario aún lo celebraban los tlaxcaltecas como un día de júbilo.

da con reservas pues tiene tendencia a ocultar hechos que podrían darles mala reputación a los tlaxcaltecas. Relata que el ejército avanzó por etapas, llegando primero al real de Xicoténcatl el Mozo, donde fueron recibidos por los nobles locales. Después pasaron por un gran poblado al que Camargo llama Atliquitlán.[4] La recepción estuvo a cargo de varios principales. En todos lados, llevada por la curiosidad, una multitud salía a observar a los extraños seres blancos.

El ejército llegó a Tizatlan, cabecera del señorío de Xicoténcatl el Viejo,[5] que acompañado por los otros tres señores de Tlaxcala los recibió con solemnidad.[6] Los caminos estaban llenos de gente. Bernal narra que a un cuarto de legua de la ciudad los esperaban los cuatro tlatoanis junto con los nobles y sus familias; los de cada señorío llevaban sus colores, insignias y vestidos propios muy bien hechos, aunque manufacturados con manta de henequén.

Al llegar Cortés se apeó, se quitó la gorra con ademán gracioso e hizo una reverencia cortesana; los señores le ofrecieron ramilletes de flores. Los abrazó sin abandonar su actitud precavida, tomándoles con la mano la muñeca del brazo derecho para que sólo le pasaran el izquierdo por la espalda.

4 Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 197, identifica el pueblo de Atlihuetzia con el de Santa María, cercano al río Zahuapan. En el *Lienzo de Tlaxcala* se puede ver la imagen de Cortés a caballo, con Marina a su lado, llegando a Atlihuetzia, donde dos nobles le ofrecen ramos de flores, mientras que en el suelo se observan diversos tipos de alimentos.

5 Orozco y Berra, *idem*, identifica el antiguo Tizatlan con San Esteban, fundada en un sitio elevado, muy cercano a Tlaxcala.

6 La actual ciudad de Tlaxcala no existía en esa época. Fue fundada por los españoles entre 1528-1536. Cortés, curiosamente, no menciona el nombre de la población en donde se hospedó el ejército llamándola simplemente "ciudad". Andrés de Tapia la llama *Tascala*; Fernández de Oviedo, *Tascaltecle*; López de Gómara, *Tlaxcallan*; Cervantes de Salazar, *Taxcala*; mas estas crónicas fueron escritas después de la fundación española de Tlaxcala.

Por medio de Marina les dijo cuánto se alegraba de verlos y conocerlos, que estaba para servirlos en todo lo que se les ofreciera.

Los sacerdotes iban vestidos con túnicas blancas; sus largos cabellos enmarañados con costras de sangre, misma "que se les salía de las orejas, que en aquel día se habían sacrificado", comenta Bernal; sus uñas muy largas y las cabezas bajas en señal de humildad; se pusieron a sahumar a los españoles con braseros de los que salían nubes de oloroso copal.

Cortés y los suyos fueron introducidos a la ciudad. A decir de Muñoz Camargo, su recibimiento

> fue el más solemne y famoso que en el mundo se ha visto ni oído, porque en tierras tan remotas y extrañas y apartadas, nunca a Príncipe alguno se había hecho otro tal, porque salieron los cuatro Señores de las cuatro cabeceras de la Señoría y República de Tlaxcala con la mayor pompa y majestad que pudieron.

Iban acompañados por más 100 000 hombres. Los curiosos tlaxcaltecas no cabían en calles y azoteas mientras daban muestras de alegría en un marco de retumbar de caracolas, tambores y demás instrumentos nativos. Los guerreros tlaxcaltecas precedían las filas de españoles y de aliados, muchos danzando. Los habitantes ofrecían ramos de flores a los blancos que por alguna razón les parecían más importantes, sobre todo a los que iban a caballo. Remarca Cervantes de Salazar la lentitud con la que los hombres de Cortés avanzaban por las calles rebosantes de gente, tardando casi tres horas en llegar al sitio de sus alojamientos.

Algunos cronistas aseveran que fueron hospedados en el palacio de Xicoténcatl, otros que en el recinto sagrado

del templo mayor. Los señores, tras darles la bienvenida, se adelantaron para ver que todo estuviera dispuesto. Al llegar sus huéspedes, Xicoténcatl el Viejo y Maxixcatzin tomaron de la mano a Cortés y lo condujeron a los aposentos que le tenían destinados. Eran unos recintos amplios y bien construidos con tres o cuatro patios espaciosos, en donde tenían preparadas camas hechas de esteras y mantas de henequén, una para cada uno de sus huéspedes. Cerca se alojarían sus aliados, así como los embajadores mexicas, como lo relata el *Códice Florentino*: "Vinieron a conducirlos, vinieron a acompañarlos, para dejarlos, para alojarlos en sus palacios. Los estimaron mucho, les dieron todo lo que necesitaban, los cuidaron".

El siempre precavido Cortés ordenó que ningún español se aventurara sin su permiso más allá de ciertos límites que les indicó, ni siquiera por agua a un arroyo que corría en las cercanías, y que no tomaran nada más de lo que los nativos quisieran darles bajo graves penas para los infractores. Se organizaron rondas de centinelas y se colocó la artillería en puntos estratégicos. Algunos le comentaron lo exagerado de tales medidas, había que ver las grandes manifestaciones de amistad, alegría y paz con que los recibían; el extremeño respondió que no debían perder nunca las buenas costumbres militares ni caer ciegamente en trampa alguna; bien sabía cómo muchos capitanes habían sido derrotados por exceso de confianza y tampoco era conveniente olvidar tan pronto las advertencias de Motecuhzoma sobre la perfidia de los tlaxcaltecas.

Tan cauteloso era Cortés que, al visitar algún lugar de la ciudad lo acompañaba una escolta armada. Xicoténcatl y Maxixcatzin se ofendieron ante esa desconfianza y le reclamaron que siguiera considerándolos enemigos, que seguramente los mexicas tendrían mano en ello, pero sólo tenían una palabra, ya se la habían dado y estaban dispuestos a

morir por los blancos. Como prueba de lealtad ofrecieron entregarse como rehenes, así como sus hijos. Comenta Bernal que los españoles estaban espantados de la gracia y el amor con que lo decían. Cortés respondió que les creía y no había necesidad de rehenes, no debían tomarles a mal estar siempre en guardia pues esa era la costumbre y uso de su tierra, las armas que portaban también les servían como adorno y señal de su profesión.

Los señores y nobles se esforzaron por hacer la estancia grata a sus nuevos amigos, empezando por su aprovisionamiento, asegurándose de que fuera con abundancia. A decir de Cervantes de Salazar ese día les llevaron más de 4000 "gallinas", la mayor parte vivas y azadas las que consumirían en el momento. Supuestamente también a los caballos, desde un principio en Tzompantzinco algunos nativos pensaban que jinete y bestia eran un solo ser, "y ansí daban ración a los caballos, como si fueran hombres, de gallinas y cosas de carne y pan", relata Muñoz Camargo y que durante un tiempo creyeron que los caballos eran tan fieros que se comían a las gentes, que esa era la razón por la cual les ponían fierros en la boca. Cuando sangraban del hocico decían que era porque se habían comido algún hombre. Los asombraba la inteligencia que parecían tener al obedecer las órdenes del jinete pues no entendían el uso de la brida. Cuando relinchaban creían que pedían de comer o de beber y procuraban proveerlos con rapidez para que no se enojaran. A los españoles no les interesaba disuadirlos pues así tenían bien atendidas a sus cabalgaduras; a los totonacas seguramente les divertiría la ingenuidad de los tlaxcaltecas y tampoco decían nada.

En poco tiempo dieron con la manera de procurarse lo que deseaban: si algo les faltaba daban a algún tlaxcalteca un pedazo de sayo roto como señal de que era enviado suyo. El nativo iba a buscar lo que le habían pedido. En cuanto a

vajilla los indígenas la utilizaban poco para comer, excepto los nobles; los españoles usaban los recipientes en que les traían alimentos. Alonso de Ojeda encontró en su aposento más de 800 platos de barro dentro de unas grandes vasijas de barro tan bien hechos que parecían ser de Talavera.

Pronto, al parecer al día siguiente de su entrada, Cortés ordenó instalar un altar en el lugar más apropiado de sus aposentos. Sobre él colocaron imágenes de la Virgen y de algunos santos. Celebró una misa el clérigo Juan Díaz usando las hostias y el vino recién llegados de la Villa Rica (fray Bartolomé de Olmedo seguía enfermo de calentura y estaba muy flaco). Asistieron al servicio religioso Maxixcatzin, Xicoténcatl y otros principales.[7] Terminado el oficio los españoles regresaron a sus aposentos acompañados por los dos señores tlaxcaltecas. Xicoténcatl dijo a Cortés que quería hacerle un obsequio, mandó tender unas esteras con una manta encima sobre la que pusieron seis o siete pececitos hechos de oro y piedras preciosas (de poco valor, a decir de Bernal) y algunas cargas de ropa de henequén; el presente era tan pobre que fue valuado en unos 20 pesos.

Los señores dijeron riendo: "Malinche, bien creemos que como es poco eso que te damos no lo recibirás con buena voluntad", pero no tenían riquezas, Motecuhzoma se las había quitado en pago de algunas paces y treguas acordadas. No debía considerar el valor material sino la voluntad con que se lo daban. El extremeño puso a mal tiempo buena cara y respondió que lo tenía en más aprecio por venir de ellos que una casa llena de oro en granos. Muñoz Camargo difiere, aseverando que el obsequio fue de varias joyas de oro y piedras de gran precio y valor, así como por la cantidad de

[7] Christian Duverger dice que ésta fue "la primera misa dicha en el valle central", Cervantes de Salazar lo contradice, como se menciona más arriba, al indicar que celebraron una cuando aún estaban en su campamento sitiados por los tlaxcaltecas. Véase *Cortés*, p. 163.

ropas de algodón ricamente bordadas y otras de plumas de mucha estima.

Los españoles asistían a misa casi todos los días, seguramente para hacer gala de su devoción ante los nativos e instarlos a que se convirtieran. Los señores y principales los acompañaron en varias ocasiones. Escribe Antonio de Solís que Maxixcatzin estaba intrigado por esas ceremonias religiosas novedosas para él, por lo que preguntó a Cortés quiénes eran esas deidades, no lograba entender qué víctima u ofrenda dedicaban en los servicios. Cortés seguramente aprovecharía para adoctrinarlos.

Según Muñoz Camargo una vez terminados los festejos en honor de las paces se reunieron los cuatro señores de Tlaxcala, sus principales, Cortés y sus capitanes y gente de confianza; los tlaxcaltecas querían saber "sin doblez ninguna, sencillamente, con abierto pecho y claras entrañas", cuál era la naturaleza de sus nuevos amigos; si eran hijos de los dioses bajados del cielo, como algunos decían, o simples mortales en cuyo caso qué deidad adoraban; de qué parte del mundo venían, qué buscaban, qué deseaban, cuál era su propósito al venir a esas tierras; ¿acaso eran embajadores de alguna deidad o de un gran señor, como algunos afirmaban? Una vez que supieran las respuestas harían todo lo que pudieran para servirles y ayudarles. Si deseaban seguir adelante los proveerían de víveres y les proporcionarían guerreros; si querían quedarse a vivir entre ellos podrían escoger un buen sitio donde establecerse, les darían tierras y les ayudarían a construir sus casas con muy buena voluntad. "Por tanto, valeroso Capitán, no nos tengáis ansí suspensos, declaradnos vuestra voluntad", concluyeron.

Cortés les respondió, por medio de Marina y Aguilar, que les agradecía mucho su interés y amistad, con justa razón deseaban saber sobre ellos y con gusto respondería sus preguntas: los españoles venían de tierras muy lejanas, se

llamaban cristianos porque eran hijos del verdadero Dios, Jesucristo (interesante juego de palabras por medio del cual podría llamarse hijo de Dios sin caer en blasfemia); su emperador, don Carlos de Austria, era un señor grande y poderoso que los envió a visitarlos pues conocía la necesidad en que estaban, tanto temporal como espiritual. Venían sobre todo a darles noticia del Dios verdadero, y a hacerles ver que los dioses a los que adoraban eran falsos, bestiales, torpes, mudos e insensibles, hechos por mano del hombre. Venían a traerles una ley divina mucho mejor y a decirles que después de esta vida había otra eterna. Muy pronto el emperador enviaría ministros más adecuados que se los enseñarían mejor. También venían para ayudar a los oprimidos y para terminar con el despotismo y la tiranía de los mexicas. Desafortunadamente no ha quedado registro de la respuesta de los tlaxcaltecas.

Bernal narra que pronto se generalizó el apodo de Malinche (*Malintzin*, "el capitán de Marina"; hay que recordar que el náhuatl no posee la letra *erre*) dado por los nativos a Cortés debido a que Marina siempre estaba a su lado, sobre todo cuando el capitán hablaba con los señores y embajadores.

Bernal se deshace en elogios: "Doña Marina, con ser mujer de la tierra, que esfuerzo tan varonil tenía, que con oír cada día que nos habían de matar y comer nuestras carnes con ají, y habernos visto cercados en las batallas pasadas y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer".

Torquemada dice que por ese tiempo llegó una nueva embajada de Ixtlilxóchitl, quien se encontraba con su ejército en Otompan. El príncipe acolhua le reiteraba sus ofrecimientos de amistad y de auxilio y le pedía que en su camino a México-Tenochtitlan pasara por Calpulalpan donde lo recibiría en compañía de su gente y si así lo quisiera lo acompañaría. El extremeño se alegró de recibir tales noticias,

indagó con los tlaxcaltecas lo que pudo sobre Ixtlilxóchitl y le contaron de las diferencias que el príncipe tenía con su hermano Cacama, rey de Acolhuacan, y con Motecuhzoma. Cortés despidió a los embajadores con un mensaje de agradecimiento para su señor; debían decirle que podía confiar en el auxilio español pues bien sabían que la razón y la justicia estaban de parte de Ixtlilxóchitl; al ir hacia México pasarían por donde les mandaba decir, ahí se verían y hablarían más extensamente.

Cortés, en su Segunda carta de relación, describe a Carlos V la provincia de Tlaxcala y su población: la ciudad le parecía "tan grande y de tanta admiración, que aunque mucho de lo que della podría decir deje, lo poco que diré creo es casi increíble, porque es muy mayor que Granada y muy más fuerte, y de tan buenos edificios, y de muy mucha gente que Granada tenía al tiempo que se ganó". A decir de López de Gómara era un pueblo grandísimo a orillas de un río que nace en Atlancaltépec y que regaba buena parte de esa provincia, desembocando en la mar del sur (el río Zahuapan).

Las casas hechas con adobes, ladrillos o piedras según la clase social, todas con azoteas; en las puertas y ventanas solían colgar esteras de carrizo con cascabeles de cobre, oro o conchas marinas como cortina. Los barrios no tenían ningún orden determinado, las calles eran angostas y sinuosas debido al terreno y para ofrecer mejor defensa en caso de ataque.

Declara que todos los días se ponía un mercado principal en la plaza de Ocotelolco al que asistían más de 30 000 personas; también había algunos pequeños distribuidos por la ciudad. La descripción del mercado minimiza la supuesta pobreza de Tlaxcala pues se encontraban tortillas, aves, caza, pescado, legumbres y toda clase de alimentos; leña, carbón, hierbas comestibles y medicinales, vestidos, calzado, loza de diferentes tipos, tan buena como la mejor de España; plumas

de todos colores, y joyas de oro y de plata adornadas con piedras preciosas. En ciertos locales se colocaban los peluqueros, en otros estaban los baños públicos. En este barrio de Ocotelolco estaba el templo del principal dios tlaxcalteca, Camaxtle, al cual, según el capellán, en ciertos años le sacrificaban más de 800 personas. En Tlaxcala se hablaban tres lenguas: la náhuatl, a la que llama *la cortesana* y que era la principal de México; la otomí, usada en las afueras de las ciudades, y la que llama *pinomex* más burda y grosera que hablaban sólo en un barrio.

"Créese que deben tener alguna manera de justicia para castigar los malos", escribe Cortés al parecer no bien enterado de los usos y costumbres tlaxcaltecas. En una ocasión en que un nativo robó a un español un poco de oro, Cortés lo notificó a Maxixcatzin; el señor ordenó hacer una investigación, aprehendieron al ladrón en Cholula y lo entregaron a Cortés junto con el oro robado para que lo castigase. El extremeño se los agradeció mas se rehusó, arguyendo que ya que estaban en su tierra lo hicieran de acuerdo con su costumbre. Se pregonó públicamente el delito del ladrón que fue llevado por las calles hasta el gran mercado donde lo subieron a una especie de cadalso en el centro, en el cual, participando los presentes, lo golpearon con unas porras en la cabeza hasta matarlo.

Vieron a muchos indígenas en las prisiones encerrados por hurtos y otras ofensas, por lo que concluye Cortés que "entre ellos hay toda manera de buena orden y policía y es gente de toda razón y concierto; y tal, que lo mejor de África no se le iguala". (Hay que recordar que en las demás experiencias que habían tenido, tanto en las islas como en Tierra Firme nunca se habían encontrado con sociedades tan organizadas como éstas.)

Bernal declara que encontraron casas hechas de madera y redes, llenas de indígenas, a los que engordaban para sa-

crificarlos y comérselos, "las cuales cárceles les quebramos y deshicimos", liberando a los presos, pero "los tristes indios no osaban ir a cabo ninguno" por lo que se quedaron a servir a los españoles; en adelante, agrega, lo primero que hacían al llegar a un pueblo era romper esas cárceles y liberar los prisioneros, "y comúnmente en todas estas tierras los tenían" sin detenerse a reflexionar que quizás entre ellos hubiera delincuentes. Solís asevera, sin poder entender por supuesto en lo más mínimo la idea mesoamericana del sacrificio, que engordaban a los prisioneros "no tanto porque llegasen decentes al sacrificio, como porque no viniesen deslucidos al plato" y comenta que Cortés mostró gran enojo con los señores por ello. Al reclamárselos prometieron que no sacrificarían seres humanos ni se los comerían. Bernal se muestra escéptico: "Digo yo que, qué aprovechaba todos aquellos prometimientos, que en volviendo la cabeza hacían las mismas crueldades".

Antonio de Herrera declara que Tlaxcala contaba con 18 pueblos (28 dice López de Gómara). Cortés afirma que mandó algunos de sus hombres a explorar la provincia y había en ella unos 500 000 vecinos (150 000 según López de Gómara) contando a otra nación vecina y más pequeña (Huexotzinco) que como Tlaxcala era una confederación de cuatro señores; asegura el extremeño que también ésta juró vasallaje a Carlos V.

Continuando con su descripción el capitán escribió que era "esta provincia de muchos valles llanos y hermosos, y todos labrados y sembrados, sin haber en ella cosa vacua"; medía unas 90 leguas de circunferencia (50 según Solís: 10 de oriente a poniente y 4 de norte a sur, quien agrega que abundaba mucho el maíz, así como la cochinilla, un parásito del nopal que usaban como colorante,[8] su forma de gobierno

[8] El nombre científico de la cochinilla es *Dactylopiuis coccus* pronto se empezó a usar en Europa en los textiles.

le recordaba el de los señoríos de Venecia, Génova o Pisa pues cada señor tenía su propia jurisdicción y territorio pero se unían para la guerra. Las crónicas españolas mencionan que Tlaxcala era una república regida por senadores sin entender que era como cualquier *altépetl* náhuatl (como ya se dijo anteriormente)[9] formado por cuatro circunscripciones, cada una con un señor o tlatoani a la cabeza

Maxixcatzin y Xicoténcatl permanecían todo el tiempo posible cerca de Cortés. Xicoténcatl llegaba sostenido de los brazos por unas mujeres; a decir de Cervantes tenía más de 130 años de edad, mismos que el señor contaba por soles. Muñoz Camargo le adjudica 120 años (pero en otra parte afirma que más de 140). En su juventud Xicoténcatl había sido un guerrero muy valeroso, ya era tan viejo que se dijo que para poder ver tenían que levantarle los párpados; agrega el cronista tlaxcalteca que este señor tuvo más de 500 mujeres y cantidad de hijos; en los tiempos de Camargo la mayor parte de los principales de Tlaxcala procedían del linaje de Xicoténcatl.[10] A Cortés le agradaba mucho su presencia, el extremeño siempre fue buen conversador y hombre curioso, por lo que solía hacerle muchas preguntas que Xicoténcatl contestaba muy bien debido al conocimiento y la experien-

[9] He preferido usar el término "señorío" por ser más acorde con nuestra lengua. Un *altépetl* era una entidad política, social y territorial, la palabra puede ser traducida como "montaña o cerro de agua", a su señor se le denominaba *tlatoani*.

[10] Muñoz Camargo dice que Xicoténcatl no vivió más de tres años después de bautizado; si es que se bautizó en 1519, como algunos lo quieren, fallecería en 1522. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Historia de la nación chichimeca", cap. XLI, escribe que Xicoténcatl tomó parte en las reuniones en que se formalizó la *Xochiyaoyotl* (guerras floridas), que fueron iniciadas en 1454; por lo que si tendría 25 años en ese momento debió nacer hacia 1429 y cuando conoció a Cortés tendría 90 años. *Cfr*. Germán Vázquez, "Introducción" a la *Historia de Tlaxcala,* de Diego Muñoz Camargo, p. 131.

cia que tenía. El viejo señor pasaba sus manos de ciego por las manos, el rostro, las barbas y el cuerpo de Cortés, supuestamente lamentando con lágrimas que nunca le había pesado tanto el ser ciego como en esos momentos, pues no podía ver a aquéllos de quienes hablaban las profecías según las cuales los blancos habían de señorear el gran imperio de Culhua, la religión nativa sería destruida, los lugares cambiarían de nombres y habría nuevas leyes y costumbres. Estos comentarios, en caso de haber sucedido, seguramente alegrarían sobremanera a los españoles.

Cortés dio algunos obsequios a Xicoténcatl, a Maxixcatzin y algunos de sus principales, así como a sus mujeres e hijas; brindaba con ellos con el vino castellano que les gustó mucho. López de Gómara dice que quien más amistad mostró por los españoles fue Maxixcatzin, a quien Alva Ixtlilxóchitl califica de mancebo y Muñoz Camargo de muy discreto y el más mozo de los cuatro señores; no se apartaba de Cortés ni se cansaba de ver y oír a los blancos. Les rogó que fuesen a pasar un tiempo en Ocotelolco, cabecera de su señorío, a lo cual los españoles accedieron para darle gusto, pasaron unos días ahí celebrados con grandes festejos, banquetes, regalos y diversos entretenimientos. Por ese tiempo, relata Cervantes, murió un español que había estado enfermo y Cortés ordenó enterrarlo en secreto a medianoche para que los indígenas no supiesen que eran mortales (lo cual contradice la supuesta plática sobre su mortalidad).

Muñoz Camargo reporta que muchas personas llegadas de distintos lugares acudían a contemplar a los extranjeros y sus extrañas pertenencias, movidos de gran curiosidad, deseosos de informarse acerca de su naturaleza, procedencia e intenciones. Como no se atrevían a inquirirlo directamente, lo preguntaban a los tlaxcaltecas que solían exagerar sus respuestas tratando de infundirles temor (aumentando de paso su propio prestigio), "y se decía afirmativamente que

los nuestros eran dioses, o que no había poder humano que pudiese pugnar contra ellos, ni quien los pudiese ofender en el mundo ni enojallos".

Tanto Bernal como Cervantes aseveran que fue en esos momentos cuando Cortés decidió enviar unos emisarios españoles a México-Tenochtitlan (Cortés y López de Gómara no lo mencionan) para comunicar a Motecuhzoma que pronto irían a verlo. Bernal dice que eligió a Pedro de Alvarado y a Bernardino Vázquez de Tapia; mientras Cervantes no menciona a Vázquez de Tapia por su nombre y sólo escribe que Alvarado llevó en este encargo un compañero y un criado. (Hay que recordar lo dicho más arriba: que Vázquez de Tapia, quien describió detalladamente esta embajada en su *Relación de méritos y servicios del conquistador*, declaró que salieron Pedro de Alvarado y él del campamento de Tzompantzinco.)

Retomaremos aquí el relato de Vázquez de Tapia sobre este viaje. Afirma que regresaron a Tlaxcala una vez hechas las paces con la señoría y que ambos salieron a pie guiados por los mexicas del campamento aún asediado pues Cortés no quiso que se llevaran dos de las valiosas bestias. Cuando los tlaxcaltecas se enteraron de su destino quisieron impedir el viaje temiendo la amistad de los extranjeros con sus enemigos, por ello decidieron matar a los dos o tres blancos, haciéndolo de modo que no se sospechara de ellos. Decidieron perpetrar el asesinato en el camino a Cholula, por donde debían pasar; demolieron en las montañas un puente sobre un río, obligando a los españoles a pasarlo a nado, como el río estaba crecido intentaron ahogarlos, pero los mexicas lo evitaron.

Cerca de la frontera con Cholula fueron atacados por guerreros tlaxcaltecas que salieron repentinamente desde ambos lados del camino con la intención de matarlos y de achacar la culpa a los cholultecas; pero los de Cholula,

enemistados con Tlaxcala, acudieron en defensa de los españoles. Mientras los tlaxcaltecas se enfrentaban con ellos los mexicas se adelantaron con los españoles, haciéndolos correr con gran prisa, "y ansí aguijábamos todo lo que podíamos, y de que no corríamos tanto como ellos querían, nos echaban mano por las muñecas y nos hacían correr más de lo que podíamos" dice Vázquez de Tapia, pues varios guerreros tlaxcaltecas los perseguían. En eso llegaron corriendo dos escuadrones de cholultecas, que sin ocuparse de los que luchaban rodearon a los españoles para protegerlos y llevarlos a Cholula, de donde partieron hacia *Guaquichula* (Huaquechula, Puebla) por tierras de Huexotzinco, como los habitantes de este sitio eran amigos de los tlaxcaltecas optaron por caminar fuera de los caminos, atravesando montes y sierras y pasando grandes trabajos hasta llegar a Texcoco,[11] donde Motecuhzoma, enterado de esta misión, envió a siete nobles, entre ellos a su hijo Chimalpopoca, para que hablaran con Alvarado y Vázquez de Tapia. Les dijeron que su señor estaba enfermo en una ciudad cercada por el agua, por lo que no podrían entrar a ella ni verlo sin gran peligro, era mejor que se regresaran acompañados por tres principales que irían a hablar con Cortés de parte de Motecuhzoma. Vázquez de Tapia opina que el tlatoani acudió a verlos de incógnito y escribe: "Bien creo yo, vino allí Montezuma a nos ver". Queda la pregunta de cómo se entendieron, al parecer no llevaban intérprete.

Españoles y mexicas regresaron por el mismo camino, pasando de nuevo peligros y trabajos. En opinión de Vázquez de Tapia el periplo tuvo por lo menos algún uso práctico ya que cuando el ejército de Cortés se dirigía a México-Tenochtitlan los mexicas querían conducirlo por el camino en

[11] *Cfr*. Jorge Gurría Lacroix, notas p. 36 en *Relación de méritos y servicios del conquistador* de Bernardino Vázquez de Tapia.

que Alvarado y él habían corrido tantos peligros, lo que hubiera sido posiblemente desastroso pues era el peor y el más arriesgado, lleno de malos pasos y de hondas quebradas que se bajaban y subían por escaleras labradas en la piedra en los que 20 guerreros hubiesen podido detener a todo un ejército.[12] Curioso relato, hay que tomar en cuenta que Vázquez de Tapia mismo así lo narró.

[12] No hay que olvidar que la narración de Vázquez de Tapia es una relación de sus méritos y servicios, y mientras más grandes fueran éstos, mejores recompensas podría pedir a la Corona. Bernal difiere de su relato, apuntando que quedaron como rehenes cuatro de los mexicas enviados de Motecuhzoma y que otros embajadores de los que solían estar con Cortés acompañaron a los españoles, pero que el capitán, arrepentido, les mandó regresar pues sus hombres reclamaban haber enviado en tan peligrosa misión a tan valientes personas, con gran riesgo para sus vidas. Agrega que a Vázquez de Tapia le dieron calenturas, por lo que se quedó en un pueblo del que no manifiesta el nombre. Fue entonces cuando los mexicas que iban con ellos le pusieron el apodo de "Tonatiuh" a Pedro de Alvarado, que quiere decir "sol" y así lo llamarían en adelante, "pues era de muy buen cuerpo y ligero, y facciones y presencia, así en el rostro como en el hablar, en todo era agraciado, que parecía que se estaba riendo". Según Bernal los embajadores mexicas continuaron solos su marcha hasta México, donde dieron su reporte a Motecuhzoma, mostrándole unos dibujos de los españoles que deseaban venir a verlo. Al huey tlatoani le pesó que hubieran regresado; sin embargo, Bernal afirma que en esos momentos él se encontraba malherido y que no lo supo muy bien, aunque asegura que se informó después. El relato de Vázquez de Tapia parece más verídico.
Cervantes de Salazar nos da una versión más: Alvarado y su compañero fueron bien recibidos durante todo su camino, llegando hasta la calzada de Iztapalapan, muy cerca de México, pero los mexicas no los dejaron seguir adelante, alegando que su señor estaba enfermo y con gran dolor de cabeza, por lo que debían dar ahí su mensaje y esperar la respuesta, que el tlatoani no envió debido a su supuesta jaqueca; sin embargo, les mandó un presente de oro y ropas ricas diciendo que en cuanto estuviese mejor enviaría a sus embajadores a Cortés con una respuesta. Regresaron los enviados por vía de Huexotzinco y de Cholula, donde fueron especialmente honrados y festejados. A

Bernal reporta que cuatro mensajeros de Motecuhzoma llegaron en el tiempo que los españoles estaban planeando dirigirse a Cholula (fue entonces, dice el cronista, que partieron Alvarado y Vázquez de Tapia en su expedición). Estos mensajeros mexicas eran señores y traían como regalo de su señor valiosas joyas de oro y 10 cargas de mantas con muy buenas labores de plumas; dijeron que su señor se maravillaba de que pasaran tanto tiempo entre gentes pobres y bárbaras que ni siquiera servían como esclavos y eran malas, traidoras y ladronas, en cuanto se descuidaran los matarían para robarles; por tanto les pedía que fueran pronto a México, donde los recibiría como se merecían. El extremeño agradeció el obsequio y el consejo, y los trató con cortesía y amabilidad. Les respondió que pronto irían a su ciudad, mientras tanto les rogaba que permaneciesen unos días con ellos en Tlaxcala. Los tlaxcaltecas, que conocían bien a estos embajadores, dijeron que todos ellos eran señores de pueblos y consejeros del tlatoani mexica con los que trataba cosas de suma importancia (versión diferente a la de Vázquez de Tapia).

La hueste cortesiana permaneció en Tlaxcala entre 20 y 24 días, rehaciéndose, reponiéndose de sus heridas, de su cansancio y de su hambre, planeando el golpe final y más importante: el vasallaje de Motecuhzoma a Carlos V. Hasta entonces las cosas habían ido de peor a mejor, excepto por el intervalo en que estuvieron asediados en Tzompantzinco cuando la tenacidad de Cortés, de sus hombres de confianza y de sus aliados salvó el día, quedando al final más fuertes, acrecentado su prestigio y su fama y contando con la alianza de los aguerridos tlaxcaltecas.

Cortés no le agradó la reacción de Motecuhzoma, tomándola como una indicación de que no quería verle.

Cortés aprovechó el tiempo recabando la mayor información que pudo tanto de los tlaxcaltecas como de los mexicas, sobre todos los aspectos de estas tierras: geográficos, culturales, militares, políticos, económicos, etcétera. Los tlaxcaltecas le explicaron cómo hacía ya 90 o 100 años tenían guerras constantes con los mexicas; le contaron sobre el creciente poder de los tlatoanis de México-Tenochtitlan, que Motecuhzoma podía reunir hasta doscientos o trescientos mil guerreros y doblar este número si lo quisiese. Cervantes manifiesta que Maxixcatzin les habló sobre la llegada de los mexicas al valle desde muy lejanos sitios, hacía ya mucho tiempo, y cómo, por la fuerza de las armas, habían ido subyugando cada vez más territorios. Le dijeron de las grandes guarniciones de guerreros de Motecuhzoma establecidas en muchísimas de las provincias que le tributaban oro, plata, plumas, piedras, ropa y telas de algodón, así como hombres y mujeres para sacrificar o para su servicio. El tlatoani mexica era tan gran señor que todo lo que quería lo tenía; sus palacios estaban llenos de objetos preciosos, robados o tomados por la fuerza; todas las riquezas de la tierra estaban en su poder. Mencionaban el gran servicio de su casa y de su corte, sus muchas mujeres, la gran fortaleza de su ciudad, fincada en una laguna, sus calzadas y puentes, sus casas con azoteas desde donde podían luchar para defenderla en caso necesario; le dijeron cómo se proveían de agua dulce llevándola desde una fuente en Chapultepec a media legua de la ciudad; de sus armas y manera de luchar. Todo esto se los mostraban gráficamente por medio de pinturas en grandes paños de henequén en los que también estaban escenificadas sus batallas.

Cortés enfatizó su decisión de ir a México, donde, entre otras cosas, podrían tener la seguridad de que abogaría por mejorar las condiciones de Tlaxcala. Les preguntó en qué podría ayudarles, respondieron que sobre todo en levantar el bloqueo económico mexica, necesitaban comerciar

para abastecerse fundamentalmente de algodón y de sal, de la que conseguían muy poca, e incluso a precio de oro pues Motecuhzoma había decretado la pena de muerte para quien se las vendiese.

El extremeño estaba intrigado del porqué Motecuhzoma, con todo y su gran poderío, no había logrado vencer a los tlaxcaltecas. Los mexicas le dijeron que su señor no deseaba subyugarlos a fin de tener un lugar cercano donde se ejercitaran sus guerreros, y en el que poder tomar prisioneros para el sacrificio sin tener que ir más lejos. Los tlaxcaltecas aseveraron que habían logrado mantener su libertad debido a su gran pericia, valor y tenacidad en las guerras, en las que habían matado a muchos mexicas, en ocasiones auxiliados por Huexotzinco. Añadieron que todas las provincias y pueblos sojuzgados odiaban a los mexicas pues estaban obligados a tributar y a enviar guerreros para participar en las batallas de Motecuhzoma. La mayoría de los males que sufría Tlaxcala provenían de una gran ciudad a un día de marcha llamada Cholula (*Chololan*), sus señores eran grandes traidores y en ella introducía Motecuhzoma sus guerreros en secreto, que, como estaba cerca, atacaban el territorio tlaxcalteca por las noches.

El extremeño estaba ansioso por saber sobre el origen y desarrollo de los varios grupos étnicos; le había satisfecho enterarse de que los mexicas habían llegado al valle desde otro sitio y dominado a los pueblos establecidos por la fuerza de sus armas, ello le daba un pretexto más para exonerarse de culpa ante la opinión internacional europea, pudiendo jactarse de ser el libertador de pueblos oprimidos, introductor del catolicismo y destructor del imperio del diablo en esas tierras. Preguntó a los tlaxcaltecas cómo es que ellos habían llegado a poblar las tierras en que ahora estaban, de dónde habían venido y el porqué de la gran enemistad entre ellos y los mexicas.

Respondieron que sus antecesores les habían dejado dicho que en tiempos pasados vivieron allí gentes de mucha estatura, de grandes huesos y muy malos, por lo que a algunos los mataron en lucha y los restantes murieron. Les demostraron el supuesto tamaño de esas gentes con un gran hueso, alto y grueso, que medía lo mismo que un hombre de razonable estatura. Bernal comenta que se comparó con él y era de su misma altura. A los españoles les pareció que podía tratarse de un fémur. Les mostraron otros huesos similares, pero ya estaban medio destruidos, "y todos nos espantamos de ver aquellos zancarrones, y tuvimos por cierto haber habido gigantes en esta tierra", se maravilla Bernal.

Cervantes de Salazar menciona que el hueso fue encontrado por el curioso Alonso de Ojeda donde había hallado la vajilla, mediría cinco palmos (más o menos un metro) y estaba en un envoltorio de petates bien liados, Ojeda cortó las amarras con su espada; según este cronista Xicoténcatl afirmaba que hacía muchos años habían llegado a esa tierra, provenientes de unas islas, hombres y mujeres de gran tamaño, parecidos a grandes árboles. Algunos de ellos habían muerto, otros partieron para México, donde, por hambre o por las armas, pues les tenían mucho miedo, habían acabado de perecer. Cortés opinó enviar el hueso al emperador, como cosa de admiración, así lo hicieron.

Los tlaxcaltecas les recordaron las profecías según las cuales habrían de venir hombres de lejanas tierras, de hacia donde sale el sol, que los sojuzgarían y se convertirían en sus señores, si eran ellos se sentían muy contentos, habían probado ser esforzados y buenos. Bernal comenta que de esas pláticas "todos quedamos espantados y decíamos si por ventura decían verdad". Cortés, ni tardo ni perezoso, afirmó que, efectivamente, los españoles venían de donde sale el sol enviados por su emperador, para tenerlos por hermanos, porque su señor tenía noticias de ellos y rogaba a Dios les

diera la gracia para que por sus manos e intercesión se salvaran de las manos del diablo, a lo que todos los españoles dijeron "amén".

Cervantes añade que Maxixcatzin comentó cómo, en tiempos del abuelo de Motecuhzoma, los mexicas, con ardides y engaños, lograron capturar a un señor tlaxcalteca muy principal, haciéndole muchas afrentas y matándolo por medio de diversos tormentos, después lo embalsamaron y lo pusieron al sol, sentado en un banquillo de poca altura, con el brazo extendido. Una vez seco y enjuto fue colocado en el aposento del abuelo de Motecuhzoma donde cada noche, en oprobio y afrenta de los tlaxcaltecas, le ponían una antorcha encendida en la mano derecha para alumbrar al tirano mientras cenaba. Maxixcatzin rompió en lágrimas y suspiros por no haber podido vengar tal afrenta.[13] Cortés se alegraba cada vez que escuchaba tales discordias, pues, confiesa López de Gómara, esto le permitiría sojuzgar tanto a unos como a otros y jugaba con ambos en secreto.

La creciente amistad y admiración que los señores y nobles tlaxcaltecas sentían por los españoles llegó al extremo de querer entregarles sus hijas doncellas, como señal de verdadera fraternidad, para que procreasen con ellas una nueva raza de hombres valientes e invencibles que seguramente triunfaría sobre los mexicas en caso de que los españoles decidieran regresar a su lugar de origen. Cortés se los agradeció. Dijo a fray Bartolomé de Olmedo que le parecía un buen momento para enfatizar a los señores sus errores religiosos y pedirles abandonarlos y abrazaran el catolicismo. El buen fraile respondió que, a su modo de ver, sería mejor esperar

[13] Esta anécdota tiene una curiosa similitud con otra proveniente de la época de Motecuhzoma Ilhuicamina y de Nezahualcóyotl. En esa ocasión fue el señor chalca Toteotzin quien embalsamó a un hijo de Nezahualcóyotl, al que usaba como candelero en sus fiestas poniéndole una antorcha en la mano.

hasta que trajesen a las doncellas, que entonces Cortés dijera que no las podían recibir hasta que prometieran abandonar los sacrificios humanos.

Los señores ordenaron llevar a su presencia a cinco jóvenes, "hermosas doncellas y mozas, y para ser indias eran de buen parecer y bien ataviadas", comenta el racista Bernal. Cada una traía una moza para su servicio, todas eran de familias nobles. Xicoténcatl el Viejo tenía una hija muy bella, soltera, deseaba que fuera para Cortés, la tomó de la mano y la entregó al capitán; de igual manera los demás nobles dieron sus hijas a otros capitanes españoles. El extremeño les dio efusivas gracias, aceptando en todo su valor ese gesto; sin embargo, les dijo que, por el momento, las jóvenes debían permanecer en las casas de sus padres. Preguntado del porqué respondió que antes de que sus hijas vivieran con ellos debían abandonar sus creencias idólatras, cesar de practicar sacrificios humanos y otras torpezas y creer en el Dios verdadero, el de los españoles, por supuesto.

Entonces, como el misionero frustrado que a veces parecía ser, les endilgó una plática larga y prolija sobre las doctrinas básicas del catolicismo, que "verdaderamente fueron muy bien declaradas", comenta Bernal. Debido a esta tendencia de Cortés ya Marina y Aguilar tenían buena experiencia y vocabulario para traducir las difíciles cuestiones teológicas. El extremeño y fray Bartolomé (que curiosamente cedía la prerrogativa de la conversión al ansioso Cortés) les mostraron una imagen de la Virgen con el niño Jesús, explicándoles que se trataba de Santa María, madre de su dios, que moraba en los altos cielos, habiendo concebido a su hijo divino por gracia del Espíritu Santo, quedando virgen tanto antes como después del parto, y que intercedía por la humanidad ante su hijo precioso, Señor y Dios de los españoles. Si aceptaban adorarlo gozarían de salud, buenas cosechas y prosperidad; lo más importante era que al morir sus almas

irían al Cielo. En caso contrario, sus ídolos, que eran sólo diablos, se las llevarían a los infiernos donde arderían en el fuego eterno, lo que mucho les pesaría a los españoles.

Según Muñoz Camargo: "ansí quedaron y estuvieron los cuatro Señores de las cuatro cabeceras de la Señoría de Tlaxcala absortos, admirados y suspensos de las cosas que el buen Capitán les había dicho y respondido". Al cabo de un rato le objetaron, a través de otro largo discurso religioso, no exento de lágrimas, lo que en otras ocasiones había tenido Cortés como respuesta a sus ansias evangelizadoras: "¡Oh valeroso Capitán y más que hombre! Verdaderamente no podemos creer sino que sois hijo de los dioses y el más valiente y esforzado príncipe de la tierra y gran Señor de los hombres blancos y barbudos, y el más temido varón que hasta hoy hemos visto los nacidos, ni oído en el mundo", bien creían que el dios español y su gran señora eran muy buenos, pero los blancos apenas acababan de llegar; debían ser más pacientes, con el paso del tiempo ellos podrían entender mejor estas nuevas cuestiones. En cuanto a sus propios dioses hacía mucho tiempo que los adoraban y les sacrificaban, y si ahora, en su vejez, los abandonaban, provocarían un gran escándalo, tanto para los sacerdotes como para sus súbditos, los mozos y los niños, e incluso podrían rebelarse contra ellos.

Le confesaron que los sacerdotes habían hablado con su dios Camaxtle, quien les replicó que, si dejaban de adorarlo y sacrificar hombres, toda la provincia sería destruida, habría hambres, pestilencias y guerras, y el sol, la luna y las estrellas dejarían de alumbrar; por lo tanto le suplicaban no hablarles más sobre ese asunto, cualquier otra cosa que les pidiese lo harían muy gustosos, no podían dejar a sus dioses aunque los mataran. No entendían por qué el capitán se empeñaba en irritar de esa manera sus corazones, enfrentándolos con un caso tan duro y dudoso.

Sabían, concedían y confesaban que no había más que un solo dios, los demás habían sido hechos por manos de hombres; pero se trataba sólo de imágenes, de figuras, los dioses les enviaban, por medio de su virtud y gran poder, todo lo necesario para su prosperidad al ver cómo sus imágenes eran adoradas por la gente, y por ello no entendían por qué los españoles estaban tan mal dispuestos contra ellos. (Tal vez por cortesía no les indicaron que ese era el mismo caso de su Virgen María y de su hijo Jesús, de quienes les decían que habían vivido en la tierra y después subido a los cielos, y los españoles adoraban también sus imágenes, o tal vez se los dijeron y los cronistas no lo transcribieron.)

Fray Bartolomé de Olmedo, más prudente en cuestiones de adoctrinamiento que Cortés, pidió al extremeño que no los importunara, no debían convertirlos por la fuerza ni era aconsejable derribar sus ídolos hasta que tuvieran una mejor idea de la fe cristiana, de nada serviría si en sus corazones permanecían idólatras. En opinión del fraile lo primero era desterrar de ellos al demonio, lo cual sería el trabajo de otras milicias, con otro tipo de armas. Cortés cedió a sus razones y sólo pidió a los señores que sacaran los ídolos de un templo cercano y lo limpiaran y encalaran, para que los españoles lo utilizaran en la celebración de sus prácticas religiosas. (Seguramente también lo refrenó el carácter más bélico y decidido de los tlaxcaltecas, comparados con los totonacas, y el no poder permitirse en esos momentos el lujo de poner en riesgo la amistad de aliados tan valiosos.) Los señores estuvieron de acuerdo. Tras quedar el templo vacío y encalado los españoles colocaron un improvisado altar y encima unas imágenes y una cruz.[14] Dijeron a los nativos que sus

[14] Fray Toribio de Benavente, Motolinía, *Historia de los Indios de la Nueva España*, trat. I, cap. III, p. 26, nos dice que cuando, años después, los españoles empezaron a derribar y destruir los ídolos en Tlaxcala, encontraron las imágenes de Jesucristo crucificado y de la Virgen

ídolos demoniacos le tenían pavor, por eso dondequiera que estaban ponían una cruz. Al respecto Alva Ixtlilxóchitl comenta "que estaban muy admirados los tlaxcaltecas, viendo que los cristianos adoraban al dios que ellos llamaban Tonacaquahuitl, que significa árbol del sustento, que así lo llamaban los antiguos". [15]

Antonio de Herrera, seguido por Solís, relata que, según testigos fidedignos, los españoles, desde el día de su entrada a la ciudad, erigieron una gran cruz de madera en el patio del templo mayor o en algún sitio eminente y descubierto. Cortés encargó a los señores su cuidado, y apenas partieron los españoles bajó del cielo una gran claridad, una especie de niebla blanca, que se posó sobre la cruz, rodeándola en forma de columna y emanando de ella un resplandor mitigado, aun por la noche, permaneciendo así durante tres o

---

puestas entre los otros dioses; eran las mismas que Cortés les había dado, y adoraban a todas por igual, confirmando la opinión de fray Bartolomé.

15 La versión de Muñoz Camargo es que Cortés dijo a los señores que, más que conquistar todo el mundo, deseaba la salvación de las almas de sus amigos; en cuanto a las calamidades que afirmaban sobrevendrían si destruían los ídolos, él las tomaría a su cargo, les aseguró que sus ídolos no tenían ningún poder y como amigos les pedía derribarlos y despedazarlos sin que quedara nombre ni memoria de ellos. Los señores estuvieron largo rato sin poder hablar ni responder nada; finalmente dijeron que, habiéndole ya entregado su amistad y su corazón, hiciese su voluntad y derribase los ídolos, si algo sucediese ellos no serían los responsables y que querían convertirse al cristianismo y bautizarse. Los cuatro señores ordenaron realizar reuniones en los pueblos, barrios y cabeceras para notificarles. Era su costumbre, cuando sabían de algún dios bueno que no conocían, antes admitirlo junto con los suyos. "Oído negocio tan duro por los de la República, volvieron los rostros al cielo en señal de gran dolor y sentimiento, y muy llorosos, que era vellos cosa de espanto y lástima [...] luego callaron y comenzaron a ocultar y esconder secretamente muchos ídolos y estatuas", adorándolos en secreto, pues así se los decía el demonio en sueños o cuando ingerían ciertas substancias que les hacían ver visiones, pues para tales ocasiones las tenían y usaban.

cuatro años. Los nativos se atemorizaron mucho al principio, después perdieron el miedo y la veneraban, creían que encerraba alguna deidad, e intentaban imitar a los españoles doblando la rodilla en su presencia y acudiendo a ella en sus necesidades. Supuestamente los sacerdotes intentaron varias veces arrancarla y hacerla pedazos, sin lograrlo. Si bien son tal vez relatos ficticios los incluyo para dar una idea de la mentalidad española de esos tiempos.

Al parecer tenían prisa por meter en sus camas a las doncellas regaladas ya que pronto fueron bautizadas, tras asistir todos a una solemne misa. Muñoz Camargo y Alva Ixtlilxóchitl aseveran que fue en esa ocasión cuando también se bautizaron sus padres y otros muchos nobles, mas las otras crónicas principales no lo mencionan y es poco probable que sucediese tan temprano. El mismo Cortés, en su Segunda carta de relación, no menciona el regalo de las doncellas y menos aun su bautismo. Difícilmente podrían los españoles, de haber realmente sucedido, acallar un triunfo tal: la conversión en masa de la clase dominante de Tlaxcala; lo más probable es que señores y principales se bautizaron tras la huida española de México-Tenochtitlan.[16]

[16] A decir de Muñoz Camargo también Xicoténcatl se bautizó, siendo el primero en recibir el sacramento; en su *Historia de Tlaxcala*, lib. I, cap. IX, escribe que Xicoténcatl tomó el nombre de don Lorenzo Xicoténcatl, agregando que los cuatro señores se bautizaron el mismo día. Pero en el lib. II, cap. IV, afirma que Xicoténcatl fue bautizado como Vicente y el nombre de Lorenzo se lo adjudica a Maxixcatzin. En ese capítulo declara que los señores fueron bautizados por Juan Díaz, presbítero de la armada, en medio de un extenso, solemne, celebrado, público y general regocijo. No proporciona los nombres tomados por Citlalpopocatzin y Tlehuexolotzin. Agrega que fueron los padrinos de bautismo Cortés, Pedro de Alvarado, Andrés de Tapia, Gonzalo de Sandoval y Cristóbal de Olid y que ese día se hicieron muchas fiestas, mezclándose las costumbres españolas y nativas, con muchas luminarias por la noche, carreras de caballos, grandes bailes y danzas que llamaban *mitotes*, mucha comida, regalos de ropas, es-

El relato quiere que la hija de Xicoténcatl recibiera el nombre de Luisa, Cortés la tomó por la mano y la entregó a Pedro de Alvarado, rogándole al padre que lo tomará bien, se trataba de un capitán connotado que era su hermano y la trataría como su alto rango merecía, pues él mismo ya estaba casado.[17] A la hija, o sobrina, de Maxixcatzin la llamaron El-

---

clavos, joyas de oro y piedras preciosas. Después se bautizaron muchos otros principales, también con grandes festejos, y tras ellos la gente común a lo largo de varios días, que al parecer eran tantos que se optó por ponerles a todos los que se bautizaban un día el mismo nombre, así hubo Pedros, Anas, Juanes, Marías, etcétera, dándole a cada uno un pedazo de papel con su nombre escrito para que no se les olvidase (como si supieran leer); aun así muchos no lo recordaban e iban a buscar su nombre en el padrón de bautismo, y que después de este sacramento masivo se empezaron a derribar los ídolos en presencia de todos. Añade Camargo que él vio cómo posteriormente sucedió lo mismo en otras provincias. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Historia de la nación chichimeca", cap. LXXXIV, inmediatamente después de narrar lo del bautizo de las doncellas escribe que en una pintura que aún se conservaba en el cabildo de la señoría de Tlaxcala se hallaba que se bautizaron los señores por mano de Juan Díaz, clérigo, siendo su padrino el capitán Cortés. Xicoténcatl fue llamado don Bartolomé; Citlalpopocatzin, don Baltasar; Tlehuexolotzin, don Gonzalo; y Maxixcatzin don Juan. En el *Lienzo de Tlaxcala* se ven unas pinturas que representan la colocación de una gran cruz, el regalo de las doncellas y el bautismo de las cuatro jóvenes y de los cuatro señores.

17 Doña Luisa Tecuiloatzin acompañó a Alvarado en las conquistas de México y de Guatemala y en su expedición al Perú. Recibió en dote buena parte del territorio de Tlaxcala. Con ella procreó el conquistador, sin haberse casado, un hijo, Pedro, y una hija, Leonor, nacida en Guatemala. Fue a través de esta última que el linaje de Pedro de Alvarado subsistió. Leonor Alvarado se casó con don Francisco de la Cueva, primo del duque de Albuquerque, gobernador de Guatemala, con el que tuvo varios hijos. *Cfr*. Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, p. 30. Lucas Alamán, *Disertaciones sobre la historia de México*, vol. I, p. 75, escribe que la descendencia de Alvarado y doña Luisa se enlazó en España con la familia de los duques de Albuquerque. José Castro Soana, *El padre Olmedo en la formación espiritual del ejército de Cortés*, p. 98, afirma que el mismo Bernal Díaz

vira, se dice que era muy hermosa; le parece a Bernal que le fue dada a Juan Velázquez de León;[18] de las otras no se mencionan sus nombres cristianos, pero fueron entregadas a Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid y Alonso de Ávila.[19]

Muñoz Camargo declara que fueron más de 300 las doncellas dadas a los españoles; hermosas, de buen parecer y muy bien ataviadas. Entre ellas estaban las hijas de los señores, que se entregaron para que las tomaran como esposas, a la mayoría se las dieron a los extranjeros para su servicio,

---

proporcionó nuevos datos sobre doña Luisa en una Probanza de Francisco de la Cueva y Leonor de Alvarado sobre los servicios de sus antepasados, donde el cronista atestiguó y dijo que la madre de la nieta de "Xicotenga", doña Leonor de Alvarado, fue presentada por "Xicotenga" a Cortés para que se casara con ella, tenía "de doce o trece años", y que "de allí a tres días este testigo vio como a la dicha doña Luisa la bautizaron".

18 Bernardino Vázquez de Tapia, al declarar por segunda vez en el juicio de residencia de Cortés, afirmó sobre esta joven que posteriormente: "vido en casa del dicho don Fernando Cortés una señora que se decía doña Elvira que decían públicamente que era pariente muy cercana de la dicha doña Ana (una hija de Motecuhzoma) e decían que estaba preñada del dicho don Fernando". *Cfr*. José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, p. 219. Elvira murió durante la huida española de Tenochtitlan

19 Alva Ixtlilxóchitl nos proporciona los nombres de las doncellas. Dice que dos eran hijas de Xicoténcatl: Tecuiloatzin y Tolquequetzaltzin. Afirma que Maxixcatzin no dio una hija suya, sino una de Atlalpaltzin, llamada Zicuetzin. El señor de Quiahuiztlan dio a Zacuancózcatl, hija de Axoquentzin, y a Huitznahuazihuatzin, hija de Tecuanitzin. Les dieron también a muchas otras doncellas, cargadas de presentes de oro, plumería y pedrería. Agrega que Cortés, para corresponderles, envió mensajeros a Cempoala pidiendo cantidad de mantas, enaguas, huipiles, pañetes, cacao, sal, camarones y pescado, que repartió entre los señores, que carecían de todo ello. Fueron por estas cosas 120 nobles y 200 tamemes, ayudándoles un español que habían dejado en Cempoala, así como el señor Chicomecóatl. Según este cronista esa misma gente hizo un camino desde Tlaxcala hasta Cempoala. Bernal Díaz declara que Cortés dio a los señores una gran cantidad de la ropa fina que les había enviado Motecuhzoma.

ya que eran esclavas, cautivas y condenadas al sacrificio. Las doncellas, creyendo que los españoles eran dioses, "iban llorando su gran desventura, a padecer crueles muertes considerando el cruel sacrificio que habían de padecer, y después de muertas comérselas los dioses nuevamente venidos".[20]

Bautizo de los señores de Tlaxcala,
Lienzo de Tlaxcala, 8.

Luego de estas peripecias Cortés y los suyos decidieron que era tiempo de continuar su marcha hacia México-Tenochtitlan. Muñoz Camargo refiere que empezaron a cuestionarse cómo entrar y tomar México y ganar las demás ciudades y

[20] Duverger, *Cortés*, p. 163, en su afán por probar su teoría acerca de que Cortés deseaba fervientemente el mestizaje, dice que las 300 doncellas pasaron así al bando español, y se pregunta: "¿Pero pasaban los tlaxcaltecas al campo castellano o eran los españoles quienes se integraban al bando indígena?", lo cual me parece ir un poco lejos; pasados 500 años aún no se integran totalmente nuestras dos raíces.

provincias, si fuese posible sin derramamiento de sangre ni muertes, y que de allí en adelante no se trataba de otra cosa que de la guerra contra los culhuas mexicanos.

Los enviados de Motecuhzoma insistían en guiarlos por la vía de Cholula, arguyendo que los señores de esa ciudad eran amigos de Motecuhzoma y por tanto los tratarían muy bien. Cortés accedió y señaló el día de la partida. Al enterarse de ello, los tlaxcaltecas les pidieron que de ningún modo pasaran por esa ciudad, proponiendo en vez la ruta de Huexotzinco, donde vivían sus amigos, había muchos rumores de una conjura entre cholultecas y mexicas para traicionarlos y hacerles caer en una emboscada.

De acuerdo con López de Gómara fueron las doncellas tlaxcaltecas que les habían dado quienes se enteraron del complot. Uno de los capitanes, de quien no da el nombre, se lo comunicó a su hermana; como asevera el cronista que se trataba de la dada a Pedro de Alvarado, debía tratarse de Xicoténcatl el Mozo. Ella a su vez lo confesó a Alvarado, y éste a Cortés. Agrega el capellán que el extremeño sacó a ese capitán de su casa con palabras fingidas, habló con él, y le hizo ahogar secretamente. Fernández de Oviedo confirma que se trataba de Xicoténcatl; Bernal y Cortés callan el episodio, que permanece muy oscuro.[21]

Según el *Códice Florentino*, en versión que probablemente sea la verdadera, fueron los tlaxcaltecas, que odiaban a los de Cholula, los que incitaron a los españoles a hacerles daño y aniquilarlos, esparciendo malignos rumores de un complot. Decían que Motecuhzoma había enviado 30 000 guerreros a Cholula (50 000, a decir de Cortés), que se acuartelaron a dos leguas de la ciudad; que en Cholula se habían levantado barricadas en las calles, y en las azoteas almacenaron piedras

[21] H. Thomas, *La conquista…*, p. 295, opina que tal vez se tratase del hermano de Xicoténcatl el Mozo, lo cual bien podría ser.

para los honderos; que el camino real había sido cerrado y otro abierto, en el que excavaron grandes fosos con agudos palos clavados en el fondo, cubriéndolos después de tierra y arena, para que cayeran los caballos. Los tlaxcaltecas aducían como prueba de sus dichos que los señores de Cholula no habían venido a presentar sus respetos a los blancos, estando tan cerca, a diferencia de los de Huexotzinco, que llegaron de más lejos; lo que querían era meter a los extranjeros a su ciudad para matarlos más fácilmente. Si el capitán persistía en pasar por Cholula insistían en que lo acompañasen 50 000 guerreros tlaxcaltecas. Cortés agradeció el aviso y la ayuda ofrecida y les pidió algunos mensajeros para mandar llamar a los señores de Cholula; debían decirles que los quería ver y hablarles acerca de su venida y del mensaje que, por su intermedio, les enviaba el rey español.[22]

Los cholultecas finalmente se presentaron en Tlaxcala, supuestamente su embajada estaba integrada de tan sólo dos o tres indígenas de rango inferior, sin obsequios ni siquiera de alimentos. Manifestaron que sus señores se encontraban enfermos, por lo que no podían acudir, podían darles a ellos su mensaje, o decirles qué querían. Los tlaxcaltecas advirtieron a Cortés que era una burla, los supuestos embajadores eran sólo maceguales y de ninguna manera debía partir a Cholula antes que los señores fueran a verle. Cortés respondió a los mensajeros que las palabras que les enviaba tan alto señor como era el rey de España no eran para darse a personas de poca estima, y que aun sus mismos señores eran poca cosa para escucharlas. Exigió a los señores cholultecas presentarse en un plazo máximo de tres días a dar obediencia y jurar vasallaje a Carlos V o en caso contrario irían a atacarlos, tratándolos como rebeldes obstinados. Les

22 Al parecer fueron con ellos Cristóbal de Mata y otros españoles, Henry Wagner, *The Rise of Fernando Cortés*, p. 171.

entregó una carta, firmada por él y por el escribano, con una larga relación sobre Carlos V y las razones de la venida de los españoles, ejercicio inútil puesto que no podrían leerla, pero sabían que a los nativos les maravillaban esos papeles "que hablaban" sin tener imágenes y daban más fuerza a su mensaje verbal. Según Bernal Díaz, Cortés envió a cuatro totonacas con los mensajeros cholultecas.

Al día siguiente llegaron algunos señores cholultecas a Tlaxcala, al parecer tres de ellos eran parte de los seis que constituían el consejo de la ciudad. Ofrecieron sus disculpas, si no habían venido antes era debido a que los de Tlaxcala eran sus enemigos y temían ser atacados o afrentados al entrar en su tierra. Seguramente ya les habían dicho grandes mentiras y les aseguraron que no debían creerlas, invitándolos a ir a Cholula para verificarlo. Cortés escribe que le juraron vasallaje al emperador, y que así lo asentó el escribano.[23] Bernal ofrece otro punto de vista, relata que los señores de Cholula se excusaron de acudir por ser enemigos de Tlaxcala, pero les extendieron la invitación para que fuesen a su ciudad, donde serían muy bien recibidos. Cortés tuvo por buena esta justificación y se dispuso a marchar a Cholula.[24]

[23] Ningún otro cronista que conozca menciona este acto de vasallaje cholulteca.

[24] Muñoz Camargo, seguido por Torquemada, escribe que los cholultecas desollaron la cara y las manos hasta los codos a Patlahuatzin, un embajador tlaxcalteca, persona muy estimada y valerosa, y no contentos con esto le cortaron las manos a la altura de las muñecas y lo enviaron de regreso con ellas colgando, con el mensaje para los tlaxcaltecas y para esos otros hombres andrajosos, o dioses o lo que fuesen, de que esa era su respuesta. El suceso causó gran espanto, indignación y lástima. Patlahuatzin murió dejando eterna fama en los cantares; los tlaxcaltecas dijeron a Cortés que, en venganza, querían ir con él a Cholula y destruirla; el capitán se los prometió con severo rostro. Esta versión no está confirmada por ninguna otra fuente, obviamente es una invención de Camargo en un intento de justificar la matanza de Cholula.

El extremeño entró en consejo con sus capitanes y algunos de sus hombres más fieles para determinar el curso de acción. Decidieron ir sin mostrar temor, desde esa ciudad sería más fácil comunicarse con Motecuhzoma, constantemente iban y venían los mexicas a ella. Además, la población era muy grande y estaba rodeaba por otras de buen tamaño, por lo que habría abundancia de víveres (tras casi un mes de estar en Tlaxcala habrían metido en apuros a sus anfitriones para alimentarlos, tanto a ellos como a los indígenas aliados y de servicio que llevaban; también debían de estar hartos de comer sin sal). Pensaban que podrían permanecer en Cholula hasta que vieran más claramente cómo ir a México sin guerra; además, en su avance hacia la capital mexica, desde un punto de vista táctico, no podían dejar a sus espaldas una ciudad hostil tan grande. No faltaron los inconformes de siempre, aduciendo que era una locura irse a meter en una ciudad tan poderosa, siendo tan pocos.

Cortés comunicó su determinación a los señores, que insistieron en acompañarlos. El extremeño escribe en su carta de relación que se negó, asegurándoles que no era necesario, su presencia provocaría fricciones con los cholultecas. Cervantes de Salazar asegura que cuando finalmente los españoles partieron los tlaxcaltecas los acompañaron por más de media legua, los niños y las mujeres llorando. Fernández de Oviedo declara que Maxixcatzin derramaba lágrimas al ver que se iban de su ciudad, e hizo sacrificar a treinta muchachos ese día. Los cronistas, para variar, difieren en sus relatos: Cortés asevera que 100 000 guerreros tlaxcaltecas los acompañaron por dos leguas y que les rogaba constantemente que se regresaran hasta que los convenció, quedándose sólo con unos cinco o seis mil. Andrés de Tapia expresa que fueron con ellos 40 000 guerreros tlaxcaltecas, aunque, por orden de Cortés, iban un poco apartados. Fernández de Oviedo, que Xicoténcatl les proporcionaba 20 000 hombres,

pero que no quisieron. Francisco de Aguilar escribe que ciertos capitanes y señores partieron con ellos. Cervantes de Salazar opina que fueron ochenta mil guerreros. López de Gómara, que fueron 100 000, aunque apartados, como lo mandó Cortés, y los acompañaron también muchos mercaderes para ir a comerciar con sal y mantas. Bernal declara que les ofrecieron 10 000 guerreros, pero sólo aceptaron mil. En el *Códice Ramírez* se lee que Cortés dijo a los tlaxcaltecas que los vengaría de Motecuhzoma, y para que vieran que era en serio les pidió que se pusiesen luego a punto de guerra, a fin de ir todos contra sus enemigos. El *Códice Florentino* narra que cempoaltecas y tlaxcaltecas, armados para la guerra, los iban acompañando. Muñoz Camargo, que marcharon los ejércitos españoles y tlaxcaltecas con mucho orden. Herrera, que eran 100 000 tlaxcaltecas, pero Cortés los regresó y siguió con 3 000. Alva Ixtlilxóchitl asegura que solamente fueron 6 000 guerreros, aunque les querían dar muchos más. Lo más probable es que fueran pocos, tal vez en el rango de dos o tres mil, llevados por Cortés como fuerza disuasiva, pero no amenazadora. Los españoles eran tan pocos que, según Cervantes, viendo Pedro de Alvarado su escaso número, se regresó a verificar si no se habían quedado algunos en sus aposentos de Tlaxcala.

Cabe aquí mencionar que los tlaxcaltecas velaban por su propio interés. Resulta que también había formado parte de una alianza tripartita, junto con Huexotzinco y Cholula, esta última hacía un par de años dejó la alianza y cayó bajo el poder de Motecuhzoma. Cortés dice que los tlaxcaltecas lo convencieron de ir a Cholula para proveerse; sin embargo, Huexotzinco estaba igualmente abastecida y más cerca de Tlaxcala, mientras que Cholula no estaba en la ruta hacia Tenochtitlan, ni siquiera más cercana a esta ciudad de lo que lo estaba la misma Tlaxcala. Todo parece indicar que el plan tlaxcalteca era conducirlos a Cholula para vengarse y recu-

perar su liderazgo poniendo un tlatoani manejable y leal. Cortés hace alarde de que dominaba la situación, la realidad es que estaba siendo utilizado en los conflictos de poder del Valle de México.

Hacia mediados de octubre de 1519 la hueste cortesiana abandonó la ciudad en la que habían permanecido casi un mes. Pernoctaron junto a un río o arroyo (el Atoyac) cercano a Cholula, aunque la distancia entre Tlaxcala y Cholula era de unas cuatro leguas (cerca de 22 kilómetros), entre despedidas y tratar de convencer a los guerreros que se regresaran se había pasado la mayor parte de la jornada y Cortés no quiso entrar a Cholula siendo ya tarde. Narra Bernal que para pasar la noche los indígenas de servicio les levantaron algunas enramadas. López de Gómara, seguido por Torquemada, relata que fue desde este arroyo de donde se regresaron la mayor parte de los guerreros tlaxcaltecas, pues ahí esperaban a los españoles, o llegaron en ese momento, varios nobles cholultecas con tamemes cargados de víveres, enviados por los señores que se disculpaban de no venir en persona, prometiendo que por la mañana les darían la bienvenida y rogándoles que no permitieran a sus enemigos entrar a su ciudad. Cortés accedió, aunque en contra de su voluntad, enfatiza el capellán.

Salieron de Tlaxcala de manera muy distinta a como habían entrado, el destino o la suerte parecía seguir de su lado. Habían pasado por una prueba de fuego al enfrentarse con miles de guerreros indígenas, logrando vencerlos por medio de sus tácticas, armas, aliados y determinación, con lo que creció su confianza en sí mismos y en que su aventura tenía el visto bueno de la divinidad y aumentó su prestigio y fama en el mundo nativo. Habían realizado una alianza muy importante y provechosa con Tlaxcala y con Huexotzinco, enemigos mortales de los mexicas, que en caso necesario habían prometido proporcionarles muchas y buenas

tropas de refuerzo y una base donde refugiarse en caso de retirada, mucho más cercana a México-Tenochtitlan y más accesible que la de la Villa Rica, sus vías de comunicación estaban aseguradas. Sabían que podían contar con el apoyo y la amistad ofrecida por Ixtlilxóchitl y estaban mucho mejor informados sobre la situación prevaleciente en el centro del Anáhuac. Todo parecía proclamar su cercano triunfo y su enriquecimiento.[25]

[25] Hernán Cortés, Segunda carta de relación; Andrés de Tapia, "Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre don Hernando Cortés, marqués del Valle, en la Nueva España"; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV, lib. XXXIII, caps. III, IV, XLV; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, pp. 90-95; Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios del conquistador*, pp. 34-37; *Códice Ramírez*, pp. 109-110; Georges Baudot y Tzvetan Todorov, "Códice Florentino, caps. X-XI; fray Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, III jornada, pp. 75-76; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. III, caps. XLVIII-LIV; Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. I, caps. LXXIV-LXXXI; fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. II, cap. LXXIII; Muñoz Camargo, *op. cit.*, lib. I, caps. IX y XI, lib. II, caps. III-V; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano,* III, déc. II, lib. VI, caps. XII-XIX, lib. VII, cap. I; fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, caps. XXXVI-XXXIX; Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*, caps. LXXXIII-LXXXIV; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. III, caps. II-V.

CAPÍTULO XIII

Cholula

Enseguida, entonces, espachurraron, asesinaron,
golpearon... era como si la tierra temblara,
como si la tierra hubiera venido a inflamarse, como si
todo girara ante los ojos;
estaban sobrecogidos de miedo.

"Códice Florentino"[1]

Por la mañana del día siguiente los españoles fueron recibidos en las afueras de la ciudad por los cholultecas. Al entrar a Cholula su número estaba reducido, tal vez eran 250.

Los músicos tocaban sus instrumentos, los sacerdotes entonaban sus cánticos e incensaban a los extranjeros, los habitantes les ofrecían ramos de flores y alimentos; los guerreros, formados en escuadrones, les dieron la bienvenida por turnos, saludaban y se apartaban para dar sitio al siguiente escuadrón. Al ver tal multitud Cortés ordenó hacer alto; quería hablar con los señores de Cholula antes de entrar en la ciudad para palpar cuál era su estado de ánimo. Estas bienvenidas multitudinarias, narradas por las crónicas

[1] Georges Baudot y Tzvetan Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, cap. XI, p. 85.

españolas no hay que tomarlas muy al pie de la letra, son muy parecidas y probablemente exageradas.

Dos o tres principales y algunos sacerdotes se disculparon por no haber ido a saludarlos a Tlaxcala, adujeron los motivos mencionados. Insistieron en que no les parecía que los tlaxcaltecas entraran a su ciudad, menos aún armados, le pidieron enviarlos de regreso a Tlaxcala o por lo menos que se quedaran en las afueras. Cortés accedió, mandó a Pedro de Alvarado y al maestre de campo Cristóbal de Olid a rogar a los tlaxcaltecas no seguir adelante, sólo entrarían a la ciudad los tamemes que llevaban la artillería y otras cosas, así como los totonacas; los mandarían llamar cuando siguieran su camino a México-Tenochtitlan.

Cortés enjaretó a los nobles su discurso acostumbrado sobre los motivos de su venida, el poder de Carlos V, lo equivocado de su religión y, según dicen algunos, en ese mismo momento les pidió jurar vasallaje al emperador y hacerse católicos (lo cual es altamente dudoso); los nativos respondieron, también como solía suceder, que apenas acababan de llegar a su tierra y ya querían que dejaran a sus dioses y eso no lo podían hacer, pero se someterían al emperador español, dando su palabra al respecto, aunque no ante escribano, aclara Bernal Díaz.

La hueste cortesiana prosiguió su avance. Al igual que en Tlaxcala las calles y azoteas rebosaban de curiosos; los sacerdotes los sahumaban con sus incensarios de copal (buena falta les haría si no solían bañarse). Iban, como siempre, en buena formación. Francisco de Aguilar comenta que las casas estaban muy juntas y apeñuscadas, con buenas azoteas y pozos de agua dulce. Cervantes agrega que las calles eran angostas, mientras que Solís, por el contrario, dice que eran anchas y bien distribuidas. Obligados a avanzar lentamente debido a la multitud tardaron buen tiempo en llegar a los aposentos destinados, que, a decir de Cervantes, eran viejos y maltra-

tados. Vázquez de Tapia coincide: "lleváronnos a aposentar en unos aposentos muy bellacos y todos caídos", afirmando que a Pedro de Alvarado y a él, cuando pasaron por Cholula en su camino a México-Tenochtitlan, los habían alojado en otros mejores; se lo comentaron a Cortés, si así lo disponía, podrían guiarlos a esos otros. El extremeño accedió, lo que molestó a los cholultecas. Bernal Díaz tiene otra versión: fueron llevados a aposentos muy buenos, al parecer en las instalaciones del recinto sagrado del templo mayor, donde se levantaba la gran pirámide; contemplaban estupefactos su enorme tamaño, alcanzaba los 66 metros de altura y cada uno de los lados de su base medía 450 metros. En el recinto había templos y habitaciones espaciosas, así como grandes árboles; el sitio era tan grande que todo el ejército cupo en él.[2]

Los cholultecas les llevaron de comer, "aunque no cumplidamente", sostiene Cortés. Vázquez de Tapia añade que les dieron de comer y llevaron maíz para sus caballos, pero de "mal arte". López de Gómara declara que a cada español le dieron un "gallipavo" (guajolote). Bernal asegura que les dieron de comer muy bien, tanto ese día como el siguiente.

Cortés, posiblemente justificando sus acciones posteriores, asegura que por el camino notaron señales de la traición sobre la que les habían advertido los tlaxcaltecas: el camino real estaba cerrado y había otro recién abierto; vieron algunos hoyos en él, aunque no muchos; varias calles tapiadas y

[2] La Gran Pirámide de Cholula es la mayor del mundo y la de más volumen (3 300 000 m^3). La de Tenochtitlan tenía cerca de 60 metros de alto, la del Sol en Teotihuacan 64 metros, la de Tikal 70 metros y la Gran Pirámide de Guiza en Egipto 139 metros. Christian Duverger dice que es "la mayor pirámide jamás construida en tierra mexicana", cuando en realidad se trata del basamento piramidal más grande del mundo, véase *Cortés,* p. 166. Su base cubría 160 000 metros cuadrados, y su altura era de 62 metros. A decir de López de Gómara hasta su cúspide tenía 120 gradas

muchas piedras en las azoteas, por lo que se mantuvieron muy prevenidos.

Cholula (la Churultécal de Cortés y de Fernández de Oviedo; la Chitrula de Andrés de Tapia) era la ciudad sagrada de Quetzalcóatl, edificada en una gran llanura, cerca del río Atoyac. Se convirtió en la gran ciudad sacra del Anáhuac, meca de peregrinajes; muchos señoríos erigieron sus propias construcciones religiosas en ella, donde, a lo largo de todo el año, se celebraban numerosas fiestas y ceremonias del culto divino. A Motolinía le dijeron que la ciudad contaba con más de 300 templos, él aún pudo verla entera, llena de templos "del demonio", "e yo vi muchos, pero nunca los conté".[3] Según Solís eran más de 400. En la actualidad hay quien dice que en Cholula hay una iglesia por cada día del año, supuestamente para remplazar a los templos paganos.[4]

En el horizonte de la ciudad sobresalía la gigantesca mole de la gran pirámide, más alta, dice Bernal, que la de México, y agrega que, según lo entendieron, había en ella un ídolo muy grande, de cuyo nombre no se acordaba (era Quetzalcóatl, cuyo santuario estaba en la cima); curiosamente Francisco de Aguilar asegura que "entonces estaba deshecha".[5]

3 Fray Toribio de Benavente, Motolinía, *Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, cap. 24, p. 70.

4 Una tradición afirma que sobre cada templo nativo se levantó uno católico. José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, p. 229, dice que hay tan sólo 159 iglesias en Cholula y sus alrededores, mientras que Juan Miralles, *Hernán Cortés, inventor de México*, p. 151, sostiene que nunca hubo tantas y que quedan en pie sólo 39.

5 El núcleo de la pirámide está hecho de adobes; parece ser una construcción iniciada en la época teotihuacana. La pirámide en sí fue construida en varias etapas superpuestas, tan distintas en estilo que deben ser producto de culturas sucesivas, y sólo la más antigua es del periodo teotihuacano, de la misma época, o tal vez anterior, a la pirámide del Sol; cubre solamente una cuarta parte de la superficie de ésta, mide unos 17 o 18 metros de alto. Desgraciadamente después de la conquista la pirámide fue utilizada por siglos como

Hoy en día en la cúspide de la ruinosa pirámide se levanta una iglesia dedicada a Nuestra Señora de los Remedios, en su interior está una imagen de la Virgen, la tradición quiere que sea la misma que pusieron entonces. Desde la cima, en un día despejado, se contemplaba un espléndido escenario: verdes praderas irrigadas y cultivadas circundan la ciudad, así como numerosas poblaciones aledañas y a lo lejos la cadena montañosa que rodea al Valle de México, presidida por sus dos volcanes nevados: el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl, así como la Sierra de la Malinche y el Pico de Orizaba.

Los cholultecas mantenían una antigua tradición: cualquier ejército enemigo que penetrara en la ciudad sería destruido con rayos y truenos o, según Muñoz Camargo, por medio de una inundación, pues si se arrancaba algún trozo del revestimiento de la gran pirámide brotaría un torrente impetuoso de agua. Es por ello, dice el cronista, que si se caía algún pedazo, los sacerdotes lo cubrían de inmediato con argamasa hecha con cal y sangre de niños sacrificados (esto sería un indicio de la preeminencia del dios de la lluvia). Fernández de Oviedo asevera que tenían la costumbre de sacrificar cada año a 10 000 infantes (nada menos).

Bernal comenta que se trataba de una gran población, muy torreada, con altos y grandes templos: "Acuérdome, cuando en aquella ciudad entramos, que desde que vimos tan altas torres y blanquear, nos pareció el propio Valladolid" en Castilla la Vieja. Francisco de Aguilar concuerda: "nos puso admiración de ver su grandeza y torrería". Cortés reporta que tenía unas 20 000 casas (lo que le daría una población de aproximadamente 100 000 habitantes), y que en los arrabales había otras tantas. Francisco de Aguilar dice que las viviendas eran cincuenta o sesenta mil; fray Barto-

---

cantera para las construcciones de la ciudad, sobre todo las de sus numerosas iglesias.

lomé de las Casas le adjudica más de 30 000 vecinos (lo que llevaría la población a unos 150 000). Cervantes de Salazar expresa que la provincia circundante era la más poblada de la Nueva España; Fernández de Oviedo, que en la época de su prosperidad podía reunir hasta ochenta o noventa mil guerreros, pero se equivoca al afirmar que estaban en rebelión contra Motecuhzoma, se trataba de un señorío independiente.

Sus habitantes eran más ricos que los de Tlaxcala, el comercio era su actividad principal, sobresalían también como orfebres y alfareros. Su buena posición se reflejaba en sus vestimentas, mejores que las que los españoles habían visto hasta entonces; llevaban lo que les parecieron albornoces moriscos, distintos a los de África pues tenían dos aberturas para los brazos. Bernal refiere que usaban ropas de algodón.

Cholula era famosa por su fina loza de barro, sobre todo una de colores rojo, negro y blanco exportada a todo el Anáhuac. Bernal la compara con la de Talavera o la de Plasencia. La tierra que la rodeaba era fértil, con sistemas de irrigación y había muchas labranzas, sobre todo de maíz, chile y legumbres, así como cantidad de magueyales.

El observador Cortés, en su Segunda carta de relación, le describe Cholula a Carlos V:

> es la ciudad más hermosa de fuera que hay en España, porque es muy torreada y llana. E certifico a Vuestra Alteza que yo conté desde una mezquita cuatro cientas y tantas torres en la dicha ciudad, y todas son de mezquitas. Es la ciudad más a propósito de vivir españoles que yo he visto de los puertos acá, porque tiene algunos baldíos y aguas para criar ganado, lo que no tienen ningunas de cuantas hemos visto; porque es tanta la multitud de la gente que en estas partes mora, que ni un palmo de tierra hay que no esté labrada; y aun con todo,

> en muchas partes padecen necesidad, por falta de pan; y aun hay mucha gente pobre, y que piden entre los ricos por las calles y por las casas y mercados, como hacen los pobres en España, y en otras partes que hay gente de razón;

Agrega López de Gómara que tal mendicidad no la habían visto en las nuevas tierras.

Su gobierno era teocrático. Según Muñoz Camargo dos señores estaban a la cabeza, los llama Tlaquiach y Tlalchiac, títulos genéricos del cargo que significan "el mayor de lo alto" y "el mayor de lo bajo del suelo". Para tratar asuntos civiles se reunía un consejo formado por seis nobles, para la guerra se nombraba un general. Formaba parte del pacto de la Guerra Florida en la que tenía que combatir, como Tlaxcala y Huexotzinco, contra los guerreros mexicas, pero Motecuhzoma logró enemistarlas por medio de sus intrigas.

Cortés dice que en Cholula unos mensajeros de Motecuhzoma fueron a hablar con los mexicas que iban con él; al interrogarlos dijeron que deseaban saber qué es lo que sus compañeros habían concertado con el capitán para poder informarlo a su señor. Bernal asegura que insistieron al extremeño no ir a México, su señor no tenía nada que darles de comer y le rogaban que enviara una respuesta. Cortés manifestó estar maravillado de que tan gran señor tuviera acuerdos tan diferentes. Los mensajeros mexicas partieron y con ellos el más noble de los que aún venían con los españoles. Bernal afirma que Cortés les pidió quedarse un poco más pues al día siguiente deseaba salir hacia México; les dio algunos sartalejos de cuentas y accedieron, aunque insistían en su intento de disuadirlos de visitar su ciudad; le aseguraron que Motecuhzoma tenía muchas fieras salvajes, tigres, leones y lagartos, a los que podía ordenar que destrozaran

a sus enemigos. Cortés sonreía, respondió que no pensaba que su señor fuera tan mal anfitrión como para incitar a sus animales contra sus huéspedes, embajadores del emperador de España, si lo hiciera sería peor para él, las fieras se volverían en contra de los mexicas y los harían pedazos.

Bernal relata que al tercer día de su estancia en Cholula ya no les llevaron de comer, los nobles y los sacerdotes dejaron de visitarlos y si acaso algún indígena permanecía apartado, riéndose como en burla. Fernández de Oviedo afirma que cuando los españoles les pedían llevarles algo de comer, los nativos se decían entre sí, sonriendo, que para qué querrían de comer puesto que se los iban a comer cocidos con ají (chile); si no fuera porque Motecuhzoma se podía enojar ya los habrían matado y comido. Francisco de Aguilar refiere que no les llevaban cosa alguna, excepto cántaros de agua y leña, pero los tlaxcaltecas los proveían. Agrega que la ciudad estaba despoblada, ya fuese por miedo o porque planeaban un ataque. Cortés mandó llamar algunos indígenas de los que les traían agua y leña, les expresó su asombro de que no les llevaran de comer y les rogó volver a hacerlo, no venían a darles guerra ni a hacerles daño, tan sólo pasaban por ahí en su camino a México; finalmente los amenazó: si no les traían víveres los buscarían ellos mismos por la fuerza. Aguilar dice que se los manifestó y rogó varias veces pero pasaron cinco días sin que los proveyesen; supuestamente el capitán intentó que los embajadores mexicas intercedieran a su favor, pero los viejos que traían el agua y la leña insistían que ya no tenían maíz.[6]

[6] Juan de Cáceres, mayordomo de Cortés, concuerda, "quando les pedían mayz para los caballos trayan agua, e quando les pedían yerva trayan otra cosa y en muy poca cantidad a manera de burla", AGI, Justicia, leg. 223, p. 2 [777]. Y también Martín Vázquez, quien declaró que al tercer día sólo les llevaban agua y leña, CDI XXVIII, 184 [777].

Los mexicas seguían exhortándolos a que se regresaran, dándoles muchos pretextos. Las crónicas clásicas narran que ante la insistencia española de no aceptar los deseos de su señor, optaron por pararlos mediante un plan dispuesto con los cholultecas por órdenes de Motecuhzoma.

Los sucesos de la estancia española en Cholula han provocado grandes polémicas, por ello será necesario exponer los diversos puntos de vista de los testigos presenciales, así como los de las otras crónicas principales, teniendo en cuenta que Cortés y los suyos seguramente distorsionaron los hechos a su favor, y que, como se mencionó anteriormente. Es muy probable que fuera un plan diseñado por los tlaxcaltecas para vengarse de la traición de Cholula.

Cervantes de Salazar afirma que Cholula estaba dividida en seis barrios grandes, o señoríos, tres se habían inclinado a pactar la amistad con Tlaxcala, los otros tres preferían una alianza con los mexicas; agrega que ante la inminente llegada de los españoles estos últimos, por sugerencia de Motecuhzoma, que les envió grandes obsequios y les hizo muchas promesas, apresaron a los tres señores de la facción pro Tlaxcala, pero lograron liberarse y huyeron a Tlaxcala donde pidieron auxilio. Cortés se los prometió e iban entre las filas españolas. Bernal lo contradice, diciendo que cuando Cortés mandó llamar a los señores de Cholula, sólo tres se presentaron y asegura que Cortés, sospechando la existencia de alguna traición, mandó llamar a los faltantes que manifestaron estar enfermos y no poder ir. Cervantes sostiene que fue Diego de Ordaz quien comunicó a Cortés sus sospechas sobre una conjura, y que el extremeño, derribando la mesa, le dijo muy enojado para que los que lo escuchaban no temieran: "¡Válgame Dios, Diego de Ordaz, y qué miedo tenéis! ¿Qué nos han de hacer estos ni los otros por muchos que sean?"

Bernal continúa narrando que Cortés mandó a algunos de sus hombres que, sin usar la fuerza, le trajeran a dos sa-

cerdotes de un gran templo que estaba junto a sus aposentos, donde había muchos de ellos, dio a cada uno un chalchihuite y les preguntó amablemente por qué sus señores y sacerdotes no querían venir a hablar con él; al parecer uno de los dos era de alta jerarquía y se ofreció a llamarlos, al otro lo retuvieron. Al poco tiempo regresó acompañado de algunos señores o principales. Cortés quiso saber por qué no venían a verlo como antes y por qué no les llevaban de comer, asegurándoles que si ya no deseaban tenerlos como huéspedes partirían al día siguiente, sólo les pedía tamemes y víveres. Los nativos, turbados, no sabían qué responder, finalmente prometieron darles los cargadores y las provisiones, aunque aseguraron que Motecuhzoma se los había prohibido, no quería que los extranjeros fueran a verlo.

Mientras hablaban llegaron tres cempoaltecas que comunicaron en secreto a Cortés cómo habían encontrado, cerca de sus aposentos, varios hoyos en las calles, cubiertos de madera y tierra, con estacas muy agudas clavadas en el fondo, para que cayeran los caballos, las azoteas estaban llenas de piedras y en una calle habían levantado mamparos hechos con adobes y albarradas de maderos gruesos. Como extraña coincidencia llegaron en esos momentos ocho tlaxcaltecas de los que estaban en las afueras diciendo que se habían enterado cómo por la noche los de Cholula habían sacrificado siete víctimas al dios de la guerra, cinco de ellas niños (10 niños de tres años, cinco de cada sexo, de acuerdo con López de Gómara) para que les diera la victoria pues su dios se los había prometido; además los cholultecas estaban sacando a sus mujeres, hijos y pertenencias de la ciudad. Cortés les pidió indicar a sus capitanes estar muy preparados para entrar en batalla al primer aviso.[7]

[7] H. Thomas, tomando al pie de la letra lo escrito en la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, ed. de M. de Navarrete,

El extremeño amonestó a los nobles y sacerdotes, amenazándolos con fuertes castigos en caso de romper su palabra. Les aseguró que al día siguiente se marcharían y les pidió dos mil guerreros y los tamemes necesarios, al igual que se los habían proporcionado los tlaxcaltecas, respondieron que así lo harían, de inmediato partirían a preparar todo. En realidad, prosigue Bernal, lo que planeaban era atacarlos con esos guerreros, junto con los de Motecuhzoma que estaban en las cercanías.

El extremeño, contando con la información de los cempoaltecas y tlaxcaltecas, volvió a interrogar a los dos sacerdotes, les regaló más chalchihuites (como si con algunos obsequios fuesen a traicionar a su dios y a su ciudad),[8] y les pidió decir la verdad, siendo sacerdotes y principales no debían mentir, mantendría todo en secreto y les daría mucha ropa. Finalmente confesaron. Motecuhzoma, al saber que los blancos pasarían por Cholula, a veces les mandaba decir que si los extranjeros llegaban los trataran muy bien y los encaminaran a México y otras que no deseaba que fueran; ahora, aconsejado por Tezcatlipoca y por Huitzilopochtli, decidió que debía matarlos en Cholula, pidió a los cholultecas que los aniquilaran o los llevaran atados a México, prometiéndoles dejarles a 20 para sacrificarlos. El huey tlatoani había enviado 20 000 guerreros el día anterior, la mitad estaba dentro de la ciudad y la otra mitad en las afueras, escondidos en unas quebradas. Cortés ordenó dar a los sacerdotes algunas ricas mantas, pidiéndoles no decir nada, si no los mataría a

---

Madrid, 1844, vol. XXVIII, p. 386, donde, por un error se escribió Cuba en vez de Culúa, afirma que los tlaxcaltecas y cempoaltecas dijeron a Cortés que la conjura la habían hecho entre cholultecas, mexicas ¡y criados cubanos de los españoles!

8 Juan de Limpias Carvajal, testigo presencial, declaró tiempo después que los sacerdotes confesaron "por premios e tormentos que les hizo", Información de 1565, 176 [777].

su regreso de México; también les pidió que le llevaran a los señores para hablar con ellos.

Cortés escribe en su Segunda carta que fue Marina (en la primera mención que hace de ella, aunque no por su nombre, sino como "la lengua que yo tengo, que es una india desta tierra, que hobe en Putunchan") quien se enteró de la existencia de una conjura cholulteca-mexica, pues una cholulteca, que a decir de López de Gómara era esposa de uno de los principales, y Bernal califica como una vieja que quería casar a Marina con su hijo por verla moza, de buen parecer y rica, le confió el acuerdo que tenían de matar a los blancos, asegurándole que su esposo, que tenía el rango de capitán, se lo había dicho hacía tres días. De México habían enviado a su esposo un tambor dorado de obsequio, presumiblemente como distintivo de mando, y a otros tres capitanes ricas mantas y joyas de oro; le pidió a Marina refugiarse en su casa para que se salvara y se casara con su hijo. Marina se lo agradeció y le rogó acompañarla, puesto que no tenía de quien fiarse, para ir por sus ropas y sus joyas, que eran muchas. En cuanto pudo se lo comunicó a Cortés, quien mandó llevarle a la mujer, junto con el hijo menor que la acompañaba y la obligó a repetirle todo; después la puso bajo guardia. Esta historia es muy poco creíble, en caso de que sucediera Malintzin no tenía por qué confiar en la nativa, sino por el contrario.

A fin de verificar esa información ordenó llevarle en secreto a uno o dos cholultecas, no se especifica de qué posición. Cervantes de Salazar afirma que los amenazó para que confesaran, poniéndoles una daga al pecho.

López de Gómara sostiene que los mexicas convencieron a los cholultecas asegurándoles grandes recompensas y repite lo del tambor de oro, diciendo que le fue dado al capitán general, y que los de Cholula prometieron a Motecuhzoma entregarle a los blancos atados, pero se negaron a que las

tropas mexicas entraran a su ciudad, temiendo que después se quedaran; dijeron que si no podían apresarlos los conducirían por un camino que iba a la mano izquierda en el que había malos pasos y quebradas, labradas por las corrientes de agua que bajaban de los volcanes y entonces los mexicas podrían atacarlos a su gusto.

Bernal afirma que una parte de los guerreros mexicas estaban acampados a media legua de la ciudad y otra parte dentro de ella, ocultos en las casas, algunas de las cuales estaban llenas de varas largas y colleras de cueros y cordeles para atarlos. Cortés escribe que difirió su partida dos días, hizo llamar a algunos de los señores y mandó atarlos y meterlos en una sala bajo fuerte guardia, ordenando a sus soldados prepararse para cualquier contingencia.

Por la noche, de acuerdo con Bernal, Cortés tomó consejo con los suyos, algunos opinaron que debían partir a Huexotzinco, otros que regresaran a Tlaxcala y unos más que no era posible pasar por alto esa traición; si lo hacían, en el futuro les harían otras peores. Dijeron que los aposentos y patios en que estaban tenían gran valor estratégico y contaban con buena cantidad de víveres; debían luchar, más sentirían los cholultecas la guerra en sus propias casas que en el campo; contarían también con las tropas tlaxcaltecas de las afueras y en caso necesario Tlaxcala les enviaría refuerzos.

Este punto de vista les pareció el mejor. Pretenderían partir por la mañana, y una vez que los guerreros y tamemes que habían solicitado a los cholultecas se congregaran en el gran patio amurallado del recinto sagrado, caerían sobre ellos. Dijeron a los mexicas que los cholultecas los habían traicionado, corría el rumor de que incitados por Motecuhzoma, por lo que, aunque los españoles no querían creerlo, los mexicas debían permanecer en sus aposentos, sin contacto con los cholultecas, y por la mañana los guiarían a México. Los mexicas respondieron que ni ellos ni su señor sabían nada de eso; a

pesar de sus protestas los pusieron bajo guardia para que no dieran aviso.

Por la noche permanecieron en guardia, con los caballos ensillados y enfrenados, con muchos centinelas y rondas pues creían que podrían ser atacados al amparo de la oscuridad. Según Fernández de Oviedo dos tlaxcaltecas fueron enviados a avisar a la señoría del giro de los acontecimientos y de Tlaxcala enviaron a 40 000 guerreros que acamparon a dos leguas de Cholula.

Vázquez de Tapia relata que Cortés temió una traición al ver lo mal que los nativos los atendían, realizó algunas averiguaciones enterándose que cerca de la ciudad había una guarnición de mexicas y decidió golpear primero. En octubre de 1529, en los descargos dados en la Residencia de Cortés por García de Llerena, a nombre del extremeño, se responde al cargo número 40 que lo acusaba de matar a más de 4 000 cholultecas habiéndolo recibido de paz con el argumento de que fue avisado por los tlaxcaltecas de una traición, afirmando que como "entonces comenzaban a entrar por la tierra más recia e de más gente, porque se supiese como había castigado la traición que los dichos indios le armaban, para que de allí en adelante fuese temido, fizo hacer justicia de algunos indios, lo cual ansí mesmo fizo por ganarse esta tierra".[9]

Andrés de Tapia y Bernal Díaz concordando con López de Gómara en esta ocasión, nos proporcionan los supuestos detalles. Aseveran que por la mañana llegaron muchos cholultecas armados, entre ellos los guerreros más valientes, aunque no dicen a dónde (se supone que al recinto sagrado) y escondieron sus armas, aparentando ser los esclavos y tamemes que los españoles habían pedido; "¡qué cosa era de ver la prisa que traían los caciques y papas con los indios de

[9] DC, II, p. 170.

guerra, con muchas risadas y muy contentos!", exclama Bernal, añadiendo que el número de tamemes superaba al que habían pedido, siendo tantos que no cabían en los patios, por grandes que fueran. Cortés pidió que se presentaran los señores y principales para despedirse y acudieron unos 30 a los que mandó llevar a un patio pequeño junto a su aposento, donde fue a verlos y les reclamó no haber querido llevarles de comer a pesar de que no les habían tomado nada a la fuerza ni les habían hecho ningún mal; en pago ahora querían matarlos a traición o llevarlos por un mal camino. Les exigió cesar en sus mentiras y les advirtió que por esa traición su ciudad sería destruida sin que quedase memoria de ella y todos morirían.[10] Los nobles se veían unos a otros asombrados, pues no sabían cómo es que Cortés se enteró de sus planes.

Mientras tanto los capitanes españoles y sus hombres se habían colocado disimuladamente en las cuatro puertas de acceso del gran patio amurallado. Cortés preguntó por los dos sacerdotes que habían confesado la conjura, le respondieron que estaban en una de las puertas junto con otros dos principales, pidiendo entrar al patio; el extremeño ordenó a Aguilar mandarlos a sus casas, pues no quería pagarles mal por su auxilio.

Tapia y López de Gómara narran que Cortés se llevó aparte a cinco o seis de los principales presos, interrogándolos por separado, y que confesaron la conjura. Bernal asegura que se los reclamó estando ya a caballo, por medio de Marina; les dijo que sabía cómo "ya tenían aparejadas las

[10] Andrés de Tapia, en sus declaraciones de junio de 1534 en el juicio de residencia de Cortés, manifestó que el capitán había mandado apresar a más de cien principales, y que en su opinión el castigo estuvo bien aplicado y fue necesario, tanto que se convirtió en la principal causa para poder pasar adelante sin guerra, pues todos los nativos se atemorizaron, DC, II, p. 358.

ollas, con sal y ají y tomates", para comerse a los españoles, y ordenó a sus hombres matar a la mayoría de los principales capturados y al resto los pusieran bajo custodia; enseguida mandó dar la señal para arremeter contra los que estaban en el patio, matando a más de 6000 en dos horas, algunos lograron escapar, usando sus lanzas, para saltar por encima de los altos muros.

Después de esta matanza los españoles y sus aliados salieron por las calles de la ciudad. Solís declara que los tlaxcaltecas y los totonacas iban a la vanguardia, avanzando poco a poco por la calle principal para ir descubriendo las zanjas tapadas para que no peligraran los caballos. Durante cinco largas horas, a decir de López de Gómara, se dedicaron a matar cholultecas y a quemar templos y casas. Participaron en la carnicería los tlaxcaltecas que estaban en las afueras, que entraron a la ciudad. Bernal culpa a los aliados de destruir y matar con tal saña que los españoles no los podían detener, podría ser señal de la ira tlaxcalteca. Algunos guerreros y sacerdotes cholultecas lograron subir a la gran pirámide, desde donde se defendían fieramente, arrojando flechas y piedras, gritando que preferían morir antes que rendirse. Solís relata que Cortés les requirió tres veces la rendición, como no aceptaron mandó disparar flechas encendidas para prender fuego a los techos de paja del santuario en la cima. Cervantes manifiesta que estuvo quemándose ese día y esa noche, y Muñoz Camargo que los sacerdotes se arrojaron de cabeza desde lo alto, siguiendo una antigua costumbre en que tenían por orgullo morir de cabeza, de manera distinta al resto de las gentes; agrega que la mayor parte de los cholultecas perecieron desesperados, matándose ellos mismos, y que en la batalla los tlaxcaltecas imitaban el grito español de "¡Santiago!". Para la época en que Camargo escribía, a fines del siglo XVI, los tlaxcaltecas, cuando estaban en dificultades, tenían la costumbre de apelar a Santiago apóstol.

Al día siguiente, declara Bernal, llegaron más guerreros de Tlaxcala, causando grandes daños; Cortés les pidió cesar la destrucción, mandó a Cristóbal de Olid a pedirles se recogieran en las afueras y así lo hicieron, quedando en la ciudad sólo los cempoaltecas. "Así es que se hizo todo lo posible por destruir aquella cibdad, y el marqués mandaba que se guardasen de no matar mujeres ni niños; e duró dos días el trabajar por destruir la cibdad", escribe Andrés de Tapia. Muchos cholultecas huyeron a esconderse a los campos, otros en las tierras de sus enemigos.

Tras dos días de masacre al fin cesaron el saqueo y la rapiña; tanto españoles como tlaxcaltecas estaban tintos en sangre, no pisando más que sobre muertos, según refiere López de Gómara. Vázquez de Tapia enfatiza que "se destruyó la ciudad de Cholula". Muñoz Camargo asevera que "hubo en esta ciudad tan gran matanza y estrago, que no se puede imaginar". El botín de oro y de plata fue considerable, "porque era la ciudad más rica que había en toda esta tierra, pues los moradores de ella eran todos mercaderes", afirma Alva Ixtlilxóchitl. Los tlaxcaltecas se hicieron ricos con el despojo, prefiriendo las mantas, el algodón, las plumas preciosas, la sal y los esclavos. Fernández de Oviedo narra que los tlaxcaltecas se llevaron más de 20 000 criaturas, chicas y grandes; a algunas las sacrificaron a sus dioses, a otras las esclavizaron. Otro indicio de la conjura tlaxcalteca es que se dice que en la matanza fue asesinado un tlatoani, Maxixcatl, que pretendía sustituir al anciano Xicotencatl, uno de los cuatro señores de Tlaxcala, con auxilio de los cholultecas.

Cortés narra brevemente estos sucesos. Argumenta que mandó llamar a algunos de los señores, los mantuvo incomunicados en una sala (posiblemente era el 18 de octubre de 1519), y ordenó a los suyos que en cuanto escucharan el disparo de una escopeta cayeran sobre los cholultecas que se encontraban en el patio amurallado y en los aposentos.

La caballería montó, la señal fue dada, y los españoles arremetieron contra los nativos, matando en unas dos horas a más de tres mil cholultecas. Afirma el extremeño que éstos habían tomado las calles, anticipando la salida de los españoles del recinto, y tenían a sus guerreros a punto, pero como los tomaron por sorpresa pudieron vencerlos con facilidad, más aún porque resintieron la falta de sus dirigentes presos. Quemaron algunos templos y casas de la ciudad en los que los cholultecas se defendían. "E así anduve por la ciudad peleando, dejando a buen recaudo el aposento, que era muy fuerte, bien cinco horas, hasta que eché toda la gente fuera de la ciudad por muchas partes della, porque me ayudaban bien cinco mil indios de Tascaltecal y otros cuatrocientos de Cempoal". Dicho de esta manera, tan a la ligera, no parece un acto tan cruento.

Entre los testigos puede citarse, como muestra representativa, a Martín Vázquez, conquistador, quien declaró, en mayo de 1534, como respuesta a la pregunta 209 del interrogatorio general del juicio de residencia del extremeño (que versa sobre lo sucedido en Cholula), que estuvieron en la ciudad un día o dos sin que les dieran de comer, y cuando se los pedían sólo les llevaban agua y leña, burlándose de ellos. Los tlaxcaltecas se enteraron de la conjura, los señores no aparecían y andaban de mal arte; los que iban lo hacían bulliciosos y sobresaltados, fue por eso que Cortés los atacó, castigándolos como convenía para el bien y seguridad de los españoles, y para la pacificación de la tierra; afirma que bien sabía del castigo, pues estuvo presente y lo vio.[11]

Francisco de Aguilar es otro presencial, sostiene que los capitanes y nobles del ejército requirieron a Cortés buscar mantenimientos, pues ya padecían necesidad, o si no que diera guerra a los cholultecas; el capitán respondió que es-

[11] DC, II, p. 344.

peraran unos días, a ver si venían de paz, pero fue tan importunado por los suyos que mandó matar a los que les llevaban agua y leña, unos 2 000 más o menos, y que a algunos les pareció mal tal acción.[12]

Es preciso volver a recordar que lo dicho hasta aquí ha sido desde el punto de vista de los vencedores. Algunas de las fuentes cuasiindígenas cuentan otra historia, excepto Chimalpahin, de origen chalca, que lo escribió a principios del siglo XVII; afirma que los españoles mataron una grandísima cantidad de cholultecas debido a que éstos salieron a presentar batalla.

El *Códice Ramírez* (escrito por fray Juan de Tovar hacia finales del XVI, con influencia tenochca), refiere que Cortés,

[12] Juan de Nájera, conquistador, emitió más o menos la misma opinión, *Cfr*. Genaro García, *Carácter de la conquista española en América y en México según los textos de los historiadores primitivos*, p. 175. Entre los historiadores del siglo XX que justifican la matanza figura José Vasconcelos, quien, en su biografía de Cortés, p. 63, escribe: "Este penoso incidente de la conquista —llamado por los españoles mismos, con su gran franqueza, la Matanza de Cholula— ha sido presentado más tarde por los partidarios del imperialismo anglosajón como una atrocidad innecesaria y sin ejemplo en la guerra. Que juzgue quien quiera que haya leído un poco de historia y dirá si guerreros de otra sangre se hubiesen limitado a quemar, como los españoles, una torre en que se hicieron fuertes algunos combatientes, en vez de prender fuego a toda la ciudad. En la guerra, el miedo es el mejor aliado de la crueldad, y era natural que los españoles acorralados, desesperados, pegasen sin ton ni son, aun cuando más tarde ellos, mejor que nadie, lamentasen la matanza... Los españoles, poniendo como cristianos la verdad por encima del interés nacional, nos cuentan ellos mismos los bochornosos sucesos que sin la denuncia de los autores hubieran quedado olvidados. Pocos rasgos como éste dan la medida de la grandeza de carácter del ibero". Carlos Pereyra, *Hernán Cortés*, p. 85, declara que hubo una razón militar, pues no podían pasar a México "dejando atrás un centro como Cholula, sin haberlo sometido previamente, o por lo menos sin asegurar que guardaría cierta neutralidad". Vaya esto como muestra de las interpretaciones que se han dado a estos sucesos.

al llegar a Cholula, ordenó dar un pregón mandando que todos los principales se reuniesen en el patio del templo mayor. Una vez que quedó lleno los españoles se colocaron en las entradas, que eran tres: al occidente, a mediodía y hacia el norte. Entonces entró al patio la caballería y cayeron sobre los nativos lanza en ristre, "haciendo allí gran matanza de aquellos pobres, por cuya causa todo el pueblo dio a huir desamparando la ciudad". En esta historia no se menciona ninguna conjura de Motecuhzoma con Cholula, ni razón alguna para semejante acción.

Según el *Códice Florentino* (de los informantes mexicas de Sahagún), fueron los tlaxcaltecas quienes incitaron a los españoles contra Cholula, su versión es parecida a la del *Códice Ramírez*: al llegar a la ciudad, los españoles "llamaron a la gente, convocaron a la gente con grandes gritos", se llenó de personas el atrio del templo, los españoles cerraron las puertas.

> Enseguida, entonces, espachurraron, asesinaron, golpearon. Nada existía pues en el corazón de los cholultecas.[13] No fue con flechas, no fue con escudos como fueron al encuentro de los españoles. Simplemente, fueron masacrados a traición; simplemente fueron aniquilados con engaños; simplemente, sin saberlo, fueron asesinados. Es cierto que fueron, simplemente, los tlaxcaltecas quienes incitaron a perjudicarlos.

Todo el pueblo se turbó, "era como si la tierra temblara, como si la tierra hubiera venido a inflamarse, como si todo girara ante los ojos; estaban sobrecogidos de miedo".

[13] La nota al pie de G. Baudot y T. Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, p. 85, declara que "la frase náhuatl atle iniollo ipan catca in Chololtecatl, indica que fueron tomados completamente desprevenidos, que en su corazón no había sospechas ni desconfianza".

Bernardino de Sahagún es más explícito en su versión española de este códice; dice que los de Tlaxcala, tras oír todas las cosas malas que de los cholultecas decían, se propusieron vengarse. Al llegar los españoles a la ciudad los habitantes permanecieron en sus casas, sin recibirlos ni de guerra ni de paz, por lo que sospecharon alguna traición, mandaron venir a los principales al patio del templo mayor y allí los masacraron indefensos.

Fray Diego Durán intenta hacer una débil defensa de los españoles. Opina que en Cholula se cometió un acto de gran lástima y dolor porque Cortés creyó que muchos de los nativos de servicio, que les traían agua, leña, hierba y provisiones, eran en realidad guerreros disfrazados que iban a armarle una traición, por lo que mandó meterlos a cuchillo, muriendo todos, y agrega: "De los cuales ejemplos podría poner otros muchos".

Alva Ixtlilxóchitl narra que por la noche los embajadores mexicas insistieron a Cortés que no siguiera su camino a México, por lo que receló y mandó a los tlaxcaltecas colocarse una señal en la cabeza para ser reconocidos en caso de lucha; Muñoz Camargo dice que esa señal consistió en unas guirnaldas de esparto, como pequeños cordones delgados.[14] Cortés, deseando hacer un castigo ejemplar, mandó reunir a los señores y los liquidaron.

Entre las fuentes españolas también hay testigos de cargo. Fray Bartolomé de las Casas escribe, en su *Brevísima historia de la destrucción de las Indias*, cómo los señores salieron a recibir a los españoles, en paz, con gran acatamiento y reverencia los llevaron a las casas de los nobles principales. Entonces, y sin motivo alguno, "acordaron los españoles de hacer allí una matanza o castigo, como ellos dicen, para po-

[14] Y no, ciertamente, una flor, como lo dice H. Thomas, *La conquista de México*, p. 299.

ner y sembrar su temor y braveza en todos los rincones de aquellas tierras". Apresaron a los principales, mientras que a los cinco o seis mil tamemes que estaban en el patio,

> desnudos en cueros, solamente cubiertas sus vergüenzas y con unas redecillas en el hombro con su pobre comida; ponense todos en cuclillas, como unos corderos muy mansos [...] y meten a espada y a lanzadas todas aquellas ovejas, que uno ni ninguno pudo escaparse [...] A cabo de dos o tres días saltan muchos indios vivos llenos de sangre que se habían escondido y amparado debajo de los muertos, como eran tantos, llorando ante los españoles pidiendo misericordia, que no la hubieron, antes como salían los hacían pedazos.

Añade el fraile que a todos los señores, que eran más de 100, y a los que mantenían atados, "mandó el capitán quemar y sacar vivos en palos hincados en la tierra", y que Cortés, como si fuese un sádico emperador romano, cantaba un romance de la época, contemplando la masacre:

> Mira Nero de Tarpeya
> a Roma como se ardía;
> gritos dan niños y viejos
> y el de nada se dolía.[15]

Suárez de Peralta opina sobre la afirmación de Las Casas que, "Si esto pasó, lo tengo por mal hecho, y lo condeno por crueldad; mas yo no hallo quien lo diga, que no se pueda

[15] Este mismo romance lo entonaba Alonso Pérez cuando los conquistadores se encontraban frente a Tacuba, poco antes de la conquista de México-Tenochtitlan, según narra Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. CXLV.

recusar por apasionado". Motolinía opina de Las Casas, en carta a Carlos V en 1555, "hombre tan molesto, inquieto e inoportuno. Excitado litigante… tan ofensivo y tan dañino.[16]

Bernal, tras relatar en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* su versión de estos hechos, también recusa a fray Bartolomé:

> estas fueron las grandes crueldades que escribe y nunca acaba de decir el obispo de Chiapa, fray Bartolomé de las Casas, porque afirma que sin causa ninguna, sino por nuestro pasatiempo, y porque se nos antojó se hizo aquel castigo, y aun dícelo de arte en su libro a quien no lo vio ni lo sabe, que les hará creer que es así aquello y otras crueldades que escribe, siendo todo al revés, que no pasó como lo escribe.

Añade el cronista que los primeros franciscanos que llegaron tras la Conquista investigaron en Cholula qué había sucedido, interrogaron a los sacerdotes y viejos de la ciudad, y todos estuvieron de acuerdo con la versión dada por Bernal, quien excusa la matanza alegando que, si no hubiera hecho ese "castigo", como lo llama, sus vidas hubieran estado en mucho peligro, y la Nueva España no se hubiera conquistado tan pronto.

> Yo he oído decir a un fraile franciscano de buena vida, que se decía fray Toribio Motolinía, que si se pudiera excusar aquel castigo y ellos no dieran causa a que se hiciese, que mejor fuera, mas ya que se hizo que fue bueno para que todos los indios

[16] Enrique Semo, *La conquista*, vol. II, p. 53.

de la Nueva España viesen y conociesen que sus ídolos son malos y mentirosos.[17]

Gabriel de Rojas, corregidor, quien redactó en 1581 la *Relación geográfica de Cholula*, afirma que los nativos negaban lo de la conjura, y que Cortés ordenó la matanza tan sólo "por no haberle acudido con la comida necesaria".[18]

Fernández de Oviedo, que pudo interrogar a Juan Cano, uno de los conquistadores, a su paso por Santo Domingo en 1548, le preguntó, entre otras cosas, si era verdad aquella crueldad que dicen que los españoles cometieron en Cholula. Cano respondió que era muy gran verdad, aunque personalmente no lo había visto, puesto que llegó posteriormente con la armada de Pánfilo de Narváez, pero se lo había oído decir a muchos de los que sí lo vieron y estuvieron presentes, quienes, como cosa muy notoria, referían cómo Cortés pidió a los cholultecas 3 000 nativos para que cargaran el fardaje del ejército; se los dieron y los hizo pasar a todos a cuchillo, sin que ninguno escapara.[19]

En enero de 1529 Bernardino Vázquez de Tapia declaró, en el juicio de residencia de Cortés, que estando en Cholula el extremeño mandó llamar a los principales de la ciudad, no sabía por qué razón más de que les quería hablar antes de partir, pidiéndoles tamemes. Le proporcionaron unos cuatro o cinco mil, que metieron al patio del templo mayor; entonces Cortés y los españoles mataron a todos, saliendo

17 Motolinía guarda un completo y extraño silencio en sus *Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella* acerca de la matanza de Cholula.

18 J. L. Martínez, *op. cit.*, p. 233.

19 Juan Cano, último marido de Tecuichpo-Isabel, escribió una historia de la conquista, circuló manuscrita, la menciona Alonso de Zorita, sigue desaparecida, al parecer algunos cronistas tomaron datos de ella.

después por la ciudad con toda su gente, "e a todos cuantos topaba mataba e mandó ansí mismo que entrasen en las casas de los señores donde estaban huidos e recogidos e allí los mataban e ponían fuego a las mezquitas". Declara que no había sabido el motivo sino hasta el momento de hacer esa declaración, pues ahora decían que los cholultecas se querían alzar para matarlos, mas él era testigo de cómo los habían recibido de buena voluntad, llevándoles de comer. Afirma que creía que "entre muertos e cautivos fueron más de veinte mil personas".[20] Sin embargo, Vázquez de Tapia se desdijo veinte años más tarde, en su *Relación de méritos y servicios del conquistador*, citada más arriba.

En los cargos hechos a Cortés en mayo de 1529 en su juicio de residencia, figura, con el número 40, el de que cuando llegó a Cholula con su ejército iba de guerra, mientras que los nativos lo recibieron en paz, le dieron de comer y todo lo necesario. A punto de partir llamó a los señores, pidiéndoles cargadores, de los que le dieron unos 4 000. El capitán mandó meterlos en el patio del templo, y sin tener justificación alguna ordenó a sus hombres que los mataran, pereciendo todos.[21]

[20] DC, II, p. 39.

[21] DC, II, p. 114. Entre los escritores que condenan la matanza se encuentra Genaro García, quien escribe, *Carácter de la conquista española en América y en México según los textos de los historiadores primitivos*, pp. 175-176: "Obedientes los cholultecas, acuden allí en tropel, ajenos por completo a la terrible suerte que se les deparaba; sencillos como eran, con candor infantil, no pudieron sospechar que Cortés les tendía un pérfido lazo de muerte; mostraban, por el contrario, una alegre curiosidad", así asesinaron a sangre fría a una "inmensa muchedumbre". Alfredo Chavero, *Historia antigua y de la conquista*, p. 394, comparte esta opinión. Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, pp. 220-221, manifiesta que los españoles "resultan criminales en la manera sobrada y cruel de imponer el castigo, y bajo este aspecto la justicia se pronuncia contra ellos inexorable y severa [...] Sea cual fuere la versión admitida, la matanza de Cholollan fue

Creo, con Orozco y Berra y Matthew Restall, que la raíz del conflicto debe ser buscada en las propias rivalidades nativas, entre cholultecas, mexicas, totonacas y tlaxcaltecas. Como se dijo más arriba es posible que estos últimos quisieran aprovechar la presencia española para vengarse de sus enemigos, proporcionando falsa información destinada a despertar las sospechas y temores de los españoles. Orozco y Berra juzga que Marina tuvo mucho que ver, acusándola de parcialidad hacia los tlaxcaltecas; sin embargo, no debe olvidarse que también Jerónimo de Aguilar servía como intérprete. Los españoles tampoco necesitaban mucho para exacerbar sus miedos, siendo tan pocos y encontrándose aislados del exterior en medio de una tierra tan poblada y habiendo probado la belicosidad de los nativos.

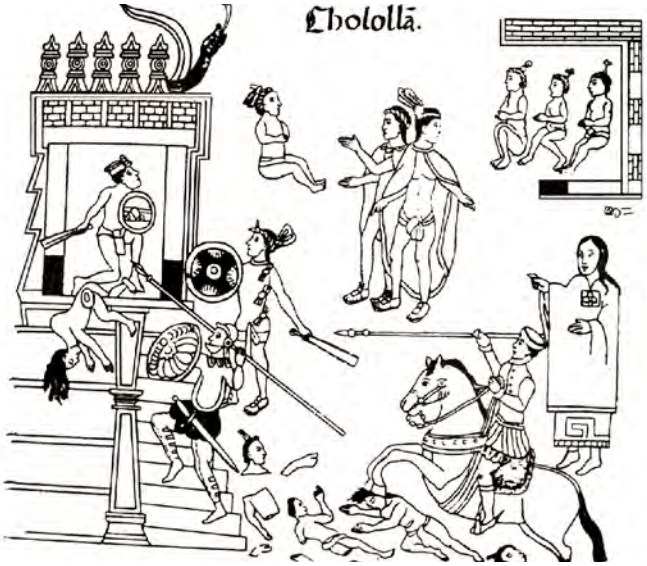
Es factible también, sumado a ello, que el recibimiento que les hicieron en Cholula fuera menos cálido que el de Tlaxcala, lo que sería comprensible, pues iban acompañados de sus enemigos tlaxcaltecas. También es probable que los señores se resistieran, como buenos mercaderes, a alimentar por tantos días a una cantidad tan grande de personas, confiando en la sacralidad de su ciudad y en la protección de sus dioses. Dudosa es la injerencia de Motecuhzoma; brilló por

---

más inhumanidad que valentía". Jorge Gurría Lacroix, *Itinerario de Hernán Cortés*, p. 145, opina que los españoles actuaron así debido a su miedo, pero que fue "una matanza injusta e inhumana". J. L. Martínez, *Hernán Cortés*, p. 235, opina que "aunque fuese celada contra celada, se hizo contra hombres imposibilitados para defenderse o aun —los señores presos y los sacerdotes que se refugiaron en el teocalli— inermes. Fue una matanza innoble, cuyo horrible modelo se repetirá en la del Templo Mayor". En cambio, Duverger toma la versión de que los tamemes eran guerreros disfrazados y que se dieron cinco horas de combate, aunque "el propósito de Cortés no era verter la sangre de los indios", afirma que la matanza es un acto de guerra en una lógica de guerra", *cfr. Cortés*, pp. 167-168. Curiosamente ninguno menciona que podría haber sido una estratagema tlaxcalteca que Cortés creyó.

su ausencia el famoso ejército mexica, que algunos aseguraban estaba a unos pasos de Cholula; y, dada la actitud anterior del huey tlatoani, lo más razonable es que, si tuvo algo que ver, fuera a través de intrigas para que los cholultecas acabaran la fuente de su preocupación, usando una mezcla de promesas, amenazas y dádivas.[22]

De la costa al altiplano



Matanza de Cholula, *Lienzo de Tlaxcala*, 9.

Hubiese o no conjura, los españoles parece que se convencieron de que la había. Se ha mencionado también que decidieron hacerlo para aterrorizar a los indígenas antes de entrar a México-Tenochtitlan: a fin de prevenir cualquier idea de ataque en su contra decidieron golpear primero y por sorpre-

22 Henry Wagner, *The Rise of Fernando Cortés*, p. 175, sugiere que la matanza fue sólo un intento de destruir la moral de Motecuhzoma y de su gente.

sa. Una vez desencadenada la violencia sería prácticamente imposible frenarla hasta que se agotara por sí misma, sobre todo al entrar en juego los sentimientos de ira y venganza, como los que tenían los tlaxcaltecas.

Los nobles presos suplicaron a Cortés clemencia; la culpa de todo, argüían, era de Motecuhzoma. El capitán ordenó soltar a dos, pidiéndoles traer de regreso a los habitantes. A decir del extremeño, al día siguiente se pobló de nuevo la ciudad como si nada hubiera sucedido (lo cual es difícil de creer después de tal baño de sangre), por lo que mandó liberar a los demás prisioneros, no sin que antes juraran obediencia y nunca más volver a engañarlos. De acuerdo con Bernal fueron a hablar con Cortés varios principales y sacerdotes de algunos barrios que al parecer no habían participado en la conjura, acompañados por los dos sacerdotes que ya conocía y por la mujer vieja que quería salvar a Marina, le rogaron los perdonase. Cortés, mostrando gran enojo, mandó llamar a los embajadores de Motecuhzoma que permanecían bajo guardia, y les dijo que no asolaba la ciudad por respeto a su señor, puesto que eran sus vasallos, y que, puesto que los traidores habían muerto, perdonaba a los demás.

Pidió a los tlaxcaltecas soltar a sus prisioneros. Requirió a los principales y sacerdotes que poblaran de nuevo la ciudad, suplicaron les diera cinco días, la mayor parte de los habitantes estaban remontados y muy temerosos. Supuestamente le pidieron que nombrara nuevo señor o general, ya que el anterior había muerto en el patio del templo. Cortés les preguntó quién tenía más derecho al cargo, le respondieron que uno de los hermanos del difunto, por lo que el extremeño lo designó como gobernador.

Cervantes de Salazar narra que al día siguiente de la matanza muchos de los nativos que habían fingido estar muertos se levantaron de entre los cadáveres, que los españoles enviaron a 400 mujeres (que debían ser prisioneras,

aunque no lo dice) a servir a la Villa Rica, y que durante cuatro días los tlaxcaltecas sacaron a los muertos del patio y de las plazas, pues el hedor era insoportable. Solís sostiene que al día siguiente de la masacre llegó Xicoténcatl a Cholula, a la cabeza de 20 000 hombres, por si era necesaria su presencia. Alva Ixtlilxóchitl refiere que acudieron los cuatro señores de Tlaxcala, en compañía de muchos de sus principales, quedándose en las afueras. Cortés se los agradeció y les pidió volver a Tlaxcala, pues todo había sido solucionado.

Bernal menciona que encontraron en Cholula unas especies de jaulas, fabricadas con redes y maderos gruesos, llenas de prisioneros que supuestamente iban a ser sacrificados; rompieron las redes y soltaron a los presos, enviándolos a sus respectivos lugares de origen. Cortés ordenó a los sacerdotes y principales no volver a hacer sacrificios humanos ni comer su carne, con la advertencia de fuertes penas en caso de desobediencia; y que los amonestados lo prometieron, pero no lo cumplieron.

El extremeño estaba iracundo ante los embajadores mexicas, quejándose de que Motecuhzoma, que era tan gran señor y que tantas veces le había prometido amistad, quisiera matarlos, además por mano ajena, para eximirse de culpa si le salía mal, y que puesto que su señor no cumplía su palabra, ni le hablaba con verdad, él también cambiaría de propósito; si antes quería ir a verlo para hablarle de paz, ahora iría en son de guerra y le haría todo el daño posible, como a un traidor, cosa que mucho lamentaba. Los mexicas hicieron lo posible por disculpar a Motecuhzoma, aduciendo que su señor no sabía nada acerca de la traición cholulteca ni ellos podían creer que la hicieran por su mandato; le rogaron que antes de que tomara la decisión de perder su amistad y hacerle la guerra se informase bien de la verdad y diera licen-

cia a uno de ellos de ir a México, prometiéndole que pronto volvería con una respuesta. El capitán otorgó el permiso.

El mensajero regresó a los seis días, acompañado con otro de los que habían partido a México poco antes que él; traían como obsequio de su señor 10 platos de oro, 1 500 mantas de algodón, gran cantidad de guajolotes, tortillas, cacao, y una especie de vino hecho con cacao y maíz, al que Cortés llama "panicap" (posiblemente era alguna clase de atole). Motecuhzoma decía que lamentaba de corazón lo sucedido, seguramente Cortés ya no creería en su palabra; sin embargo, le aseguraba que nunca había entrado en conjura con los de Cholula, menos aún para dañar a los españoles ni los cholultecas lo hicieron por mandato o consejo suyo. Seguramente tuvieron que ver con unas guarniciones que tenía cerca de Cholula, en Acatzinco e Itzocan (Acacingo e Izúcar, Puebla), pues entre ellos había ciertas alianzas de vecindad para ayudarse mutuamente. Él seguía siendo su amigo, como desde el principio, cosa que ya había probado y lo seguiría haciendo. Le rogaba de nuevo que no fueran a México, por ser tierra estéril, donde padecerían grandes necesidades; podían pedirle lo que quisiesen y se los daría alegremente. Cortés respondió que de ninguna manera podían dejar de ir a verlo, pues esas eran las órdenes que tenían de su emperador, y le pedía que no se opusiera, ello resultaría sólo en gran daño para él mismo, lo cual lamentarían. Los mensajeros mexicas volvieron a partir con esa respuesta.

López de Gómara relata que Motecuhzoma, atemorizado por la matanza y el saqueo de Cholula, se retiró a uno de sus templos en compañía de 10 de sus principales sacerdotes, donde permaneció en oración, ayuno y mortificación por ocho días. Ordenó sacrificar gran número de cautivos (5 000 a decir de Fernández de Oviedo), para aplacar la ira divina. Finalmente los ídolos le hablaron y le dijeron que no tuviera temor de los blancos, eran muy pocos; debía dejarlos entrar a

su ciudad, una vez en ella podría fácilmente acabarlos aunque fuese tan sólo de hambre, o levantando los puentes de las calzadas, con lo que quedarían atrapados; si lo atacaban podría matarlos en un solo día; si no les permitía ir a México-Tenochtitlan podrían organizar una campaña contra los mexicas, aliados con totonacas, tlaxcaltecas y otros más, fomentando la rebelión en los territorios subyugados, con lo cual el mal sería mucho mayor (Motecuhzoma lo sabía sin necesidad de intervenciones divinas).

Fray Diego Durán escribe, siguiendo una crónica indígena, que Motecuhzoma solicitó a los tlatoanis de Acolhuacan y de Tlacopan ir a Tenochtitlan para que los tres juntos recibieran a los extranjeros. En la capital mexica los tres mantuvieron largas pláticas, no exentas de lágrimas, y se preguntaban en qué habrían ofendido a sus dioses que parecían abandonarlos, y se lamentaban de lo poco que habían podido gozar de sus reinados. Se preguntaban con angustia "¿Cómo fue esto? ¿De dónde vino esta calamidad y zozobra y este desasosiego? ¿Quiénes son estos que han venido? ¿De dónde han venido? ¿Quién los enseñó acá? ¿Cómo no sucediera esto en tiempo de nuestros antepasados?".

El huey tlatoani reunió a su consejo, de nuevo decidieron dejar que los españoles entraran a su ciudad. Los embajadores fueron enviados a comunicar a los extranjeros que, puesto que su determinación de ir a México era inquebrantable, su señor accedía y los recibiría. Motecuhzoma envió también gran cantidad de mexicas para que los acompañasen, guiasen y sirviesen, ya que pronto entrarían en su territorio.

Bernal refiere que, cuando los habitantes de Cholula regresaron, Cortés mandó reunir a los señores, principales y sacerdotes para adoctrinarlos en los principios de la fe católica; les pidió derrocar sus ídolos y hacerlos pedazos, amenazándolos con que, si no lo hacían, los españoles se

encargarían de la tarea. Les pidió encalar un templo para poder colocar en él unas imágenes y una cruz, lo que hicieron, acostumbrados a alojar en su ciudad a dioses de distintas poblaciones; pero derrocar a sus ídolos les parecía un paso difícil de tomar, por lo que, aunque prometieron hacerlo, no se decidían. Como de costumbre, fray Bartolomé de Olmedo intercedió ante el extremeño para que cesara de hacer esta exigencia prematura; después habría tiempo de sobra, cuando fuesen entendiendo más esos asuntos; convenía ver primero en qué paraba su ida a México-Tenochtitlan.

Cortés afirma que en los 15 o 20 días que permanecieron en Cholula, la ciudad y la provincia quedaron pacíficas y pobladas. Actuando de intermediario logró que cholultecas y tlaxcaltecas hicieran las paces (paz que, según Bernal, jamás rompieron). El extremeño aseveró muy ufano al emperador que: "Todos han quedado muy vasallos de vuestra majestad y muy obedientes a lo que yo en su real nombre le requiero y digo, y creo lo serán de aquí adelante".

Cervantes de Salazar declara que los de Tepeaca enviaron una embajada a los blancos, con un regalo de treinta esclavas y algo de oro. Los felicitaron por su triunfo y les ofrecieron sus tierras y casas y juraron vasallaje a Carlos V.

La noticia de la matanza de la ciudad sagrada de Cholula corrió como reguero de pólvora por toda Mesoamérica, el gran dios Quetzalcóatl no había logrado proteger a sus fieles del dios de los blancos. La fama y el prestigio de los españoles creció, añadiéndoseles el temor a su ira, que había probado ser terrible.

Ginés de Sepúlveda narra que los nativos se convencieron de que el dios de los blancos les comunicaba los secretos y planes de sus enemigos por medio de "la caja maestra donde se conservaba la aguja de hierro imantada", Cortés acostumbraba consultarla muy seguido para orientarse, lo

que no pasó desapercibido, causándoles gran asombro. Dice este cronista que en Valladolid, en cierta ocasión en que estaba presente, conversaban Carlos V y Cortés; el capitán hablaba al emperador sobre los sucesos acaecidos en Cholula y de cómo, tras la batalla (habría que preguntarse cuál batalla, más bien matanza) llegó un joven mensajero a ofrecerle la rendición, afirmando que los señores no sabían nada de una conjura, le pidió a Cortés que si dudaba de sus palabras "no se molestaría si consultaba el asunto a la cajita para obtener allí la verdad".

Muñoz Camargo, de tradición tlaxcalteca, sostiene que debido a la matanza de Cholula en todos lados se ofrecieron sacrificios y grandes ofrendas a los dioses, rogando no les sucediese lo mismo, "con grandes llantos y lloros que era lástima vellos metidos en un juicio tan profundo como este". Angustiados se preguntaban por qué les venía ese gran castigo de los dioses, y así "vivían con cuidado, esperando el fin que había de tener la venida de estas nuevas gentes, y escondían sus hijos y mujeres y haciendas en lo más espeso y oculto de la tierra" (estos testimonios dejan entrever que se realizó una carnicería en Cholula).

La curiosidad de los españoles fue atraída por los dos picos nevados de las montañas cercanas. Uno, el Popocatépetl, tenía cierta actividad, arrojaba fuego, lava, ceniza y humo; "todos nosotros, como no habíamos visto tal, nos admiramos de ello", comenta Bernal. Cortés reporta que el volcán lanzaba repetidamente un volumen de humo del tamaño de una gran casa que se elevaba hasta las nubes con tal pujanza que el fuerte viento que soplaba en la cima no lo dispersaba. En su carta a Carlos V afirma que siempre deseaba darle una relación verdadera de todo, por lo que quiso investigar y saber el "secreto", que le parecía una gran maravilla; asegura que envió a escalar el volcán a 10 españoles en compañía de algunos naturales como guías.

Según Bernal fue Diego de Ordaz quien solicitó licencia a Cortés para subir a la montaña[23] y se la concedió. Era posible que hubiese azufre en la cima, con lo que podrían manufacturar pólvora; además, despertarían el asombro y el respeto de los nativos por su valor y tendrían una mejor idea de la región al verla desde las alturas.

Dos españoles acompañaron a Ordaz, así como algunos principales de Huexotzinco. López de Gómara y Cervantes siguen el relato de Cortés, aunque aseguran que fueron 10 españoles, con muchos nativos como guías y portadores. Les previnieron que a la mitad del ascenso no podrían aguantar el temblor de la tierra, ni las llamas, piedras y cenizas que el volcán arrojaba.

La subida fue difícil. Los nativos los acompañaron hasta donde había unos adoratorios y no se atrevieron a seguir adelante; la tierra temblaba y la ceniza estorbaba el ascenso. Diego de Ordaz, acompañado por uno o dos españoles, continuó adelante. El volcán empezó a arrojar grandes llamaradas de fuego, lava y cenizas y la tierra temblaba cada vez más, se vieron obligados a refugiarse una hora al amparo de una peña. Al cesar la mayor actividad volcánica siguieron adelante, dejando atrás la espesa vegetación de pinos penetraron en la región de nieves y hielo perpetuos.

[23] Bernal Díaz, seguido por Herrera, Torquemada y Solís, coloca este acontecimiento, erróneamente, cuando la estancia española en Tlaxcala; mientras que Cortés, Andrés de Tapia, López de Gómara y Cervantes de Salazar afirman que sucedió cuando estaban en Cholula. Según Bernal, Diego de Ordaz, cuando fue a Castilla, pidió a Carlos V le concediese por armas esta hazaña suya, y en 1525 el emperador le otorgó que pusiese un volcán en su escudo. El Popocatépetl, asevera Bernal, pronto cesó de tener actividad, pero en 1539 la reanudó por un tiempo. López de Gómara escribe que fue en 1540, con mucho ruido y humo muy espeso, y que las cenizas llegaron hasta Huexotzinco, Cholula y Tlaxcala, cubriendo los campos y quemando las hortalizas, los árboles y hasta los vestidos.

Todo se dificultaba a medida que avanzaban, el aire se enrarecía, cada paso que daban constituía un esfuerzo debido a la creciente escasez de oxígeno, el espeso humo dificultaba más la respiración.

Cortés afirma que no pudieron llegar hasta el cráter a causa de la gran cantidad de nieve, de los muchos torbellinos de ceniza y del frío; pero llegaron muy cerca. Bernal y los otros cronistas aseveran que sí lo hicieron, constatando que era redondo, y calcularon que medía de un cuarto a media legua de circunferencia. Se asomaron, no parecía muy profundo, y en el fondo vieron una gran masa de fuego en la que al parecer hervía una materia líquida y resplandeciente; parecía un horno de vidrio en ebullición. El gran calor y el humo los obligaron a retroceder, se guiaron siguiendo sus huellas marcadas en la ceniza. Desde un sitio de la ladera vieron una espléndida vista de la región lacustre del Valle de México, que se extendía ante sus asombrados y maravillados ojos. Muchas poblaciones circundaban los lagos, entre ellas, sobresaliendo como una gema, la magnífica ciudad de México-Tenochtitlan.

En su ascenso encontraron un camino y preguntaron a los nativos hacia dónde conducía, respondieron que a México, que era un buen camino que pasaba entre ambos volcanes, el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl. "Dios sabe cuánto me holgué dello", exclama Cortés, quien agrega que a su regreso Ordaz y sus compañeros llegaron cargados de nieve y de carámbanos, lo que les pareció gran novedad en esas tierras cálidas; según la opinión de los pilotos, estaban en los veinte grados, mismo paralelo de la isla de La Española, de mucho calor.

Hasta este momento Diego de Ordaz, que frisaba los 40 años, había sido uno de los principales cabecillas de la facción velazquista; a partir de ahora se volcaría al bando de Cortés, llegando a ser uno de los hombres de confianza del extremeño.

Esta hazaña aumentó la fama de los blancos a ojos de los nativos, que juzgaron su escalada como un gran atrevimiento. Los mismos españoles la celebraron, sabiendo poco sobre volcanes.[24]

Con estos sucesos es evidente que los nativos no consideraban divinos a los extranjeros, si es que al principio tenían sus dudas. La famosa leyenda-mito de que se creía que su llegada era el regreso de Quetzalcóatl cae por su base. Cholula era nada menos que la ciudad sagrada de Quetzalcóatl. Lo que sí resultó evidente fue que el dios de los españoles, cualquiera que fuera, parecía más poderoso que Quetzalcóatl, quien no pudo proteger a su ciudad, ni a su santuario, ni a sus sacerdotes, ni a sus adoradores.

[24] Hernán Cortés, Segunda carta de relación; Andrés de Tapia, "Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre don Hernando Cortés, marqués del Valle, en la Nueva España"; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV, lib. XXXIII, caps. IV, V, XLV y LIV; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, pp. 95-101; Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios del conquistador*, p. 37; *Códice Ramírez*, p. 110; G. Baudot y T. Todorov, "Códice Florentino", cap. XI; Juan Ginés de Sepúlveda, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. V, pp. 140-141; fray Bartolomé de las Casas, *Brevísima historia de la destrucción de las Indias*, p. 51; fray Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, IV jornada, pp. 76-77; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. III, caps. LIV-LX; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. I, caps. LXXXII-LXXXIII; fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, II, cap. LXXIV; fray Bernardino de Sahagún, *Historia de las cosas de Nueva España*, IV. lib. XII, cap. XI; Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias*, cap. XV; Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, lib. II, caps. V-VI; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, III, déc. II, lib. VII, caps. I-III; fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, caps. XXXIX-XLI; Chimalpahin, "Séptima relación"; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Historia de la nación chichimeca", cap. LXXXIV; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. III, caps. V-VII.

Eran pues hombres, aunque habían mostrado ser impredecibles, crueles y peligrosos. No actuaban de acuerdo con las reglas imperantes; la matanza que perpetraron no seguía ninguna de las normas militares mesoamericanas; se supone que su crueldad fue una sorpresa.

Como nota final de este capítulo hay que recordar que entre 1519 y 1521 la única fuente directa son las cartas de Cortés.

CAPÍTULO XIV

Entrada al valle

De todas partes era infinita la gente que, de un cabo e de otro, concurrían a mirar los españoles, e maravillábanse mucho de los ver. Tenían grande espacio e atención en mirar los caballos; decían: Estos son teúles, que quiere decir demonios

Gonzalo Fernández de Oviedo[1]

Cortés y sus aliados organizaron su partida. Los tlaxcaltecas les ofrecieron 10 000 guerreros para acompañarlos a Tenochtitlan, el extremeño no aceptó, consideraba que no sería bien visto por los mexicas que entraran a su ciudad con un número tan grande de gente armada y enemiga; dice que sólo aceptó mil tamemes como cargadores y para arreglar los caminos. Los totonacas se mostraban ansiosos por regresar a su tierra, decían que tanto ellos como los españoles morirían si entraban a México-Tenochtitlan, convencidos de que correrían gran peligro, pues pertenecían a la clase dirigente rebelada contra Motecuhzoma.

Los ruegos de Cortés fueron en vano, así como sus intentos por calmar sus miedos o sus promesas de hacerlos ricos; el temor a Motecuhzoma probó ser mayor. En vista de ello mandó repartir a los totonacas cargas de ricas mantas, entre

1 *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV, lib. XXXIII, cap. XLV.

ellas dos para el señor Chicomecóatl, y una carta para Juan de Escalante en la que contaba lo acontecido y lo instaba a terminar a la brevedad la construcción de la fortaleza de la Villa Rica; de igual modo le ordenaba no agraviar a los nativos.

Cortés poco más adelante menciona que fueron con ellos 4 000 guerreros, sin especificar etnias. El *Códice Ramírez* afirma que iba "un ejército espantoso", formado principalmente por guerreros tlaxcaltecas y totonacas. Otros cronistas hablan de hasta 6 000, incluyendo, además de los anteriores, a guerreros huexotzincas y cholultecas, de los que se dice que para diferenciarse de los que no eran aliados se pusieron ciertas hojas o hierbas en la cabeza.

La hueste salió de Cholula el 1 de noviembre de 1519, con el orden y las precauciones acostumbradas: por delante corredores de campo a pie y a caballo, con las armas a punto; la caballería de tres en tres para apoyarse unos a otros. Andaban, como dice Bernal Díaz, con "la barba siempre sobre el hombro". Serían probablemente, entre españoles, aliados, sirvientes y mujeres unas 10 000 personas.

El *Códice Florentino* nos permite observar su marcha a través de los ojos de los nativos (no olvidemos que pasó por el tamiz de los frailes franciscanos):

> Vinieron en grupo, vinieron reunidos, vinieron levantando polvo. Sus lanzas eran de metal, sus lanzas con forma de murciélagos,[2] era como si lanzaran rayos. Y sus espadas de metal, como el agua ondeaban. Era como si resonaran sus chalecos de metal, sus cascos de metal. Y otros vienen incluso todos cubiertos de metal, vienen enteramente hechos de metal, vienen lanzando rayos. Llegaron aquí provocando muchos temo-

[2] Se trataba de las lanzas usadas por la infantería española: alabardas de mango largo que soportaban en un extremo el fierro, puntiagudo por un lado, y bifurcado por el otro, a semejanza de alas.

> res, llegaron aquí sembrando gran espanto, se vieron aquí con gran temor, aquí fueron muy temidos. Y sus perros vienen conduciéndolos, vienen delante de ellos, vienen delante de ellos, vienen colocándose al frente, vienen jadeando; su baba cae en gotitas.

Al parecer sólo llevaban dos lebreles y los españoles vestirían alguna pieza de armadura, no podían costearse una completa.[3]

Es posible que hubieran decidido qué camino tomar basados en su información, ampliada por la expedición de Pedro de Alvarado y Bernardino Vázquez de Tapia, así como por la ascensión de Diego de Ordaz al volcán. Cortés ordenó a los suyos disimularlo y preguntó a los guías por cuál camino pensaban llevarlos para tantear sus intenciones. Según Torquemada los mexicas insistían en tomar uno cercano a los volcanes, mientras que los emisarios de Ixtlilxóchitl insistían en que fueran por la vía de Calpulalpan, donde los esperaba su señor. Cortés inquirió si no existía alguna otra ruta; la había, dijeron los mexicas, entre los dos volcanes, pero era fragosa, estrecha y difícil, sobre todo para los caballos; además, tendrían que atravesar toda una jornada por tierras de Huexotzinco, donde no los podrían proveer tan bien como por el camino que proponían. Sin embargo, Huexotzinco era aliada de Tlaxcala.

Cortés optó por la ruta difícil, lo cual ya había decidido de antemano. Sus aliados aseguraban que los mexicas tenían puesta una emboscada en la otra. El camino elegido pasaba entre el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl, y era en efecto el más

[3] Cierto que en España había mastines entrenados para atacar ciervos, jabalíes, osos, toros salvajes o algún villano; sin embargo, en Mesoamérica había animales del género *Canis*, como el coyote y el *xoloitzcuintl*i, que engordaban y comían, o como el jaguar y el puma, por lo que en todo caso los pocos lebreles no causarían gran asombro.

escabroso. Se decía que Motecuhzoma lo había mandado cegar con árboles caídos y otros obstáculos.

En la primera jornada la hueste avanzó cuatro leguas hasta un poblado en territorio de Huexotzinco, al que nombraron Los Ranchos (el Iscalpan de Bernal, actual Calpan, Puebla), en las estribaciones del Popocatépetl y del Iztaccíhuatl. Sus habitantes les brindaron buena acogida, dándoles como obsequios algunas esclavas, ropa y un poco de oro, del que no tenían mucho por sufrir del bloqueo comercial de los mexicas. Los señores locales volvieron a advertirles del carácter traicionero de Motecuhzoma, le describieron la naturaleza de ambos caminos y reafirmaron que les tenían puesta una celada en el otro, aquel que los mexicas proponían; se ofrecieron a proporcionarles ayuda para desembarazar de obstáculos el camino que deseaban seguir.

Todos los intercambios de mensajes desde Cholula entre Cortés y Motecuhzoma, al igual que los cambios de opinión del huey tlatoani sobre dejarlos entrar en paz a su ciudad o tenderles trampas son muy confusos y es difícil aproximarse a lo que realmente sucedió.

Al día siguiente, 2 de noviembre, el ejército se puso en marcha temprano. Comenzaron a subir hacia el puerto entre ambos volcanes; el camino de ascenso era más fácil que la bajada por el lado contrario. Las lluvias habían aminorado y el campo estaba lleno de maizales, con mazorcas maduras, que en las laderas montañosas iban cediendo espacio a las coníferas. El aire se enrarecía paulatinamente, haciendo el caminar más difícil y cansado, el clima era cada vez más frío, y el silencio de la región acentuaba el sonido de los pasos.

Hacia mediodía llegaron al puerto, a casi 4 000 metros de altura, donde descansaron. Allí se bifurcaba el camino. Uno de los ramales estaba lleno de obstáculos. Cortés preguntó por qué a los mexicas, le respondieron que el camino limpio

los conduciría a Chalco, donde serían bien recibidos, el otro fue cegado porque cruzaba por pasos malos, era más largo y llevaba a un poblado de menor tamaño.

No deja de ser peculiar la insistencia de los cronistas acerca de una supuesta trampa preparada por Motecuhzoma, lo cual parece contradecir la resolución tomada de dejarlos entrar a la capital. Cabría preguntarse si se trata puramente de una invención española, como otra justificación de sus propósitos. Los nativos tenían la costumbre de cerrar con troncos de árboles, siembra de magueyes y otros obstáculos los caminos que conducían a poblaciones con las que sus relaciones eran malas, o como acción previa a una actividad bélica; nadie podía transitar por ellos, bajo pena de muerte.

Como quiera que fuese, Cortés lo ignoró y dice que ordenó desembarazar el camino; era una vía transitada por los mercaderes mexicas de regreso a México y por los guerreros cuando iban a las guerras floridas en los campos de Atlixco.

La temperatura descendía y empezó a nevar. El ejército iba por la meseta que une a los dos volcanes, era llamada El Patio (hoy es El Paso de Cortés, donde hay una estela conmemorativa). Había algunas construcciones que servían de refugio a los mercaderes, lo bastante amplias como para alojar a los españoles y a sus aliados, los tamemes levantaron protecciones de paja.

De acuerdo con Cortés fue allí que se presentó una nueva embajada de Motecuhzoma, compuesta por varios nobles, incluyendo uno que decía ser hermano del huey tlatoani. Traían ricos regalos, pidieron nuevamente que no fueran a Tenochtitlan, con los mismos pretextos: se trataba de una tierra pobre, con poca comida, el camino era malo, la ciudad estaba en el agua, sólo podrían entrar a bordo de canoas, corriendo peligro de ahogarse. Repitieron el ofrecimiento de su señor de enviarles lo que le pidiesen y de pagarles un

tributo anual, que enviaría a la costa, o a donde se lo indicasen. Es factible que todas las peticiones de que no entraran a Tenochtitlan sean inventadas por Cortés y compañía, hay que recordar que el extremeño escribió su Segunda carta de relación meses después, tratando de justificar su comportamiento ante Motecuhzoma, y Bernal décadas después.

Cortés los recibió con amabilidad, correspondiéndoles con algunos regalos, sobre todo al supuesto hermano de Motecuhzoma, y les dio la misma respuesta: estaba obligado, por órdenes de su rey, a hablar con el tlatoani mexica y no tenían intenciones de causar ningún daño; si después de verle aún deseaba que se fueran, lo harían, y acordarían el pago del tributo a través de terceras personas.[4]

Los códices *Ramírez* y *Florentino* refieren que Motecuhzoma, al ver el trato que los españoles dieron a los cholultecas, "comenzó a temer grandemente él y toda su gente, temblando como azogados". Para calar las intenciones de los extranjeros decidió enviarles a uno de sus principales, quien tenía cierto parecido con él, y vestido con sus ropas debía pretender que se trataba del huey tlatoani en persona. Lo acompañarían buen número de nobles y servidores, y llevaría ricos regalos a los extranjeros.

Relata el *Códice Florentino* que el falso tlatoani y su comitiva llegaron ante los españoles en Cuauhtéchac ("En la piedra de sacrificio del águila") y les dieron estandartes adornados con oro y plumas de quetzal, así como collares de oro:

> Y cuando les dieron todo esto, es como si hubieran sonreído, como si se hubieran alegrado mucho, como si les hubiera dado gusto. Como monos de larga cola se apoderaron por todas partes del oro. Es como si ahí se sentara, como si se aclarara en

[4] Ciertamente esta embajada no estaba conformada por indígenas locales, como lo dice Hugh Thomas, *La conquista de México*, p. 307.

blanco, como si se refrescara su corazón. Porque es bien cierto que tenían mucha sed, como si lo engulleran, como si murieran de hambre por él, como si lo desearan como puercos, el oro. Y el estandarte adornado con oro, lo erigen en el aire, vienen agitándolo hacia todos lados, viene apoderándoselo para ellos. Era como si gruñeran, y lo que decían, era como una jerigonza.

Cuando le presentaron al falso Motecuhzoma, Cortés rio; al parecer estaba enterado de la suplantación. Preguntó a sus aliados si reconocían al tlatoani mexica y respondieron que no, que se trataba de Tzihuacpopoca;[5] entonces, siempre de acuerdo con el *Códice Florentino*, le dijeron:

¡Vete de aquí! ¿Por qué nos engañas? ¿Quién nos crees?

Tú no nos engañarás, no te burlarás de nosotros, no embrollarás nuestras cabezas, no nos pasarás la mano por el rostro, no nos afeitarás la barba, no nos voltearás al revés, no voltearás nuestra mirada, no nos devolverás, no nos borrarás, no nos cegarás, no nos echarás lodo al rostro, no nos pasarás una mano lodosa por el rostro. No, tú no. Porque allá se encuentra Motecuhzoma. Él no se esconderá de nosotros, seguro. No se irá a refugiar a otra parte. ¿A dónde iría? ¿Es acaso un pájaro? ¿Emprenderá el vuelo? ¿O, entonces quizá construirá un camino debajo de la tierra? ¿Entrará en alguna parte, en alguna montaña hueca? Pues nosotros lo veremos, no dejaremos de mirarlo con insistencia, escucharemos su palabra, de sus labios la oiremos. Entonces muy simplemente lo desdeñaron, lo miraron como si fuera nada.

5 Según Bartolomé Leonardo de Argensola, fue Teuch, un noble totonaca, quien dijo a Cortés que Motecuhzoma pretendía engañarlo de esta manera; agrega, inverosímilmente, que el capitán envió a México a un confidente suyo para reprender al tlatoani.

La narración prosigue afirmando que el temor de Motecuhzoma aumentó e ideaba constantemente medios para evitar la llegada de los extranjeros. Decidió enviar de nuevo a hechiceros, brujos y nigrománticos para que intentaran frenarlos; reunió a los mejores, y los amenazó con graves castigos si fallaban. Cuando los brujos iban subiendo a los volcanes se encontraron con un borracho vestido al estilo de Chalco, que iba sendero abajo. Su cuerpo ceñido por ocho cuerdas de esparto o de junco, "venía como fuera de sí, y como hombre embriagado, no de vino sino de furor y rabia que consigo traía". Dando grandes voces riñó a los hechiceros: "¿Para qué porfiáis de venir acá? ¿Qué es lo qué queréis? ¿Qué piensa Motecuhzoma de hacer? ¿Agora acuerda a despertar? ¿Agora comienza a temer? Ya es errado; ya no tiene remedio". Estaba determinado que Motecuhzoma perdiera su reino, su honra y cuanto tenía; ya había sido juzgado por sus grandes tiranías. Entonces los hechiceros se dieron cuenta de que se trataba de Tezcatlipoca.

Humildemente le hicieron acatamiento y le levantaron un altar de piedras y tierra, que cubrieron con yerbas y flores. Tezcatlipoca los vituperó aún más y les ordenó mirar hacia México-Tenochtitlan para revelarles lo que estaba en el próximo futuro. Apareció ante sus ojos la visión de la capital mexica cubierta por llamas, presa de la guerra y de la destrucción. Acto seguido, la divinidad desapareció, dejando a los brujos "como si su corazón se hubiera ido a otra parte; ya no hablaron claro; era como si alguien les hubiera hecho tragar algo". Es curioso que fuera una divinidad nativa. Tezcatlipoca era dador de buena o mala fortuna, podía otorgar o negar el goce de bienes materiales, así como del poder político.

Los brujos regresaron a relatarle el suceso a Motecuhzoma, quien "quedó tan triste que por buen rato quedó enmudecido y pensativo mirando al suelo". Finalmente dijo

que nada podía hacerse ante la fatalidad, estaba dispuesto a enfrentarse a lo que los dioses dispusieran, y lo mismo deberían hacer todos sus súbditos: "no nos habremos de esconder ni huir ni mostrar cobardía; no pensemos que la gloria mexicana ha de faltar aquí: compadézcome de los viejos y viejas, de los niños y niñas, que no tienen pies ni manos para defenderse. Y diciendo esto, calló porque se comenzaba a enternecer".[6]

Mientras tanto, en el puerto entre las montañas el ejército de Cortés cenó bien, agrupándose alrededor de grandes hogue-

6 Manuel Orozco y Berra, *Los conquistadores de México*, IV, p. 224, comentando estos sucesos, tacha la conducta de Motecuhzoma como la "del más imbécil idiota", acusándole, con muy poca objetividad, de que "pasaba la vida en estúpido aturdimiento" y daba "rienda suelta a sus mujeriles lágrimas", "mostrándose pusilánime y torpe". Genaro García no es menos tajante e insultante en sus juicios, escribiendo que: "El imbécil monarca, cegado por la superstición y el fanatismo, fue desde un principio el mejor instrumento de destrucción de su misma patria". Tales condenas son duras en demasía; quienes las profirieron pecan tanto de parcialidad como de ceguera intelectual al no intentar entender la posición del tlatoani, atrapado en la tupida red de su contexto cultural y religioso. Habría que compararla con nuestra reacción ante una embajada semejante de extraterrestres, a pesar de nuestro conocimiento mucho más amplio del universo. Y tomar en cuenta que, como lo dejan entrever nuestras fuentes, la nobleza mexica estaba dividida tanto en sus opiniones sobre la naturaleza y propósitos de los extranjeros como sobre el curso de acción a tomar ante su amenazadora llegada. Todo ello seguramente influiría en el huey tlatoani, y su actitud reflejaría esta pugna interna social y política. *Cfr*. *Historia general de México*, vol. 2, p. 41. Burr Cartwright, *Lluvia de dardos*, pp. 242-243, afirma que en esos momentos Motecuhzoma intentó, como último recurso, pactar una alianza con los purépechas, medida que califica como increíble, y en verdad lo es, ya que ello sucedió posteriormente, durante el sitio de México-Tenochtitlan, como lo especifica claramente la *Crónica de Michoacán*; aunque fray Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, III, p. 24, insinúa que esto pasó antes de la entrada española a México.

ras para protegerse del frío extremo. Los mexicas cumplieron su promesa de proveerlos adecuadamente, "hasta les traían mujeres", comenta López de Gómara. Aun así, pasaron la noche con frío y gran sobresalto, pues les pareció escuchar, o tal vez así se los dijeron sus aliados, que por los montes los acechaban guerreros mexicas. Por si acaso, Cortés advirtió a los mexicas que iban en su compañía que los españoles jamás dormían; si es que los veían haciéndolo de cuando en cuando era durante el día, por la noche siempre estaban armados, a cualquiera que veían o llegara ante ellos lo matarían; debían advertir a sus gentes que fueran muy precavidos tras la puesta del sol para evitar sufrir accidentes fatales.

El extremeño ordenó poner buena cantidad de centinelas que, por la noche, en su nerviosismo, mataron a algunos nativos creyendo que eran espías. El mismo Cortés, al decir de Cervantes, apenas escapó de ser herido cuando, en la oscuridad, se acercó a Martín López, que efectuaba su turno de guardia y al ver un bulto que se aproximaba le apuntó con su ballesta y estaba a punto de dispararla cuando Cortés exclamó "¡A la vela!". Martín le aconsejó que en futuras ocasiones avisara desde lejos para evitar una desgracia, el capitán elogió su vigilancia y así lo prometió.

Al día siguiente prosiguieron su marcha. Desde algunos recodos del camino podían contemplar el Valle de México en todo su esplendor. En esas alturas la claridad y transparencia de la atmósfera es notable, y proporciona gran colorido y nitidez a los paisajes. Seguramente podrían ver las cicatrices infligidas en las faldas de las montañas por los torrentes de agua que bajaban hacia el valle en la época de lluvias; así como los verdes campos, cubiertos por la abundante floración del cempoalxóchitl de la temporada; la sierra de Santa Catarina y sus cráteres volcánicos; la áspera sierra del Ajusco

que flanquea al valle en su lado sur, la orilla occidental de la zona lagunera, a la que pone límites la sierra de las Cruces; y, en la lejanía, las sierras de Tezontlalpan y de Pachuca. En el espejo de agua de las lagunas serían visibles la península del cerro del Tepeyac y las islas, varias de ellas habitadas, como Tlapacoyan y Xicco, en Chalco; la de Cuitláhuac, entre la de Chalco y Xochimilco; los islotes de Tlaxomulco y de Zumpango, entre el lago del mismo nombre y el de Xaltocan; más allá la ciudad de Texcoco, y en fin, las muchas poblaciones que circundaban los lagos, así como la gran joya: México-Tenochtitlan. Como lo afirma Fernández de Oviedo: "es una de las más hermosas vistas que en el mundo se puede ver o contemplar".

Sin embargo, la belleza del escenario no causó sensaciones puramente estéticas a los españoles; muchos empezaron a murmurar de nuevo, sintiendo renacer sus temores. Era tentar a Dios, aseveraban, meterse entre tal multitud de nativos; aunque otros opinaban que, para su fortuna, aquella era la tierra prometida. Cortés, animándolos cuanto podía, no se cansaba de repetir que mientras más moros, más ganancias, y de prometerles grandes riquezas, recompensas, fama y gloria imperecedera. Mucho aprovechaba a la moral de sus hombres el que era siempre de los primeros en los trabajos y peligros. Francisco de Aguilar asevera que ponía gran cuidado en lo concerniente a la disciplina de sus tropas: "Y así cierto, era cosa de ver cómo todos a una mano estaban tan hermanados que no había rencillas ni motines ni otra desvergüenza alguna, antes era tanta su hermandad que no había cosa propia entre ellos sino que las cosas y bienes de los unos eran de los otros", lo cual más bien suena a buenas intenciones del conquistador vuelto fraile que a la realidad.

El 3 de noviembre entraron al Valle de México. La subida al Paso de Cortés les tomó un día y la bajada otro, tomando en cuenta lo arduo del camino, más aún llevando la artillería;

hay que reconocer que tanto españoles como indígenas tenían una buena condición física. Tras avanzar dos leguas (aproximadamente 11 kilómetros) llegaron a *Amequemecan* (hoy Amecameca, Estado de México), población de la provincia de Chalco. Cortés la llama Amaqueruca y refiere que tendría unos 20 000 vecinos;[7] Fernández de Oviedo le dice Atalmaneco y le adjudica 50 000.

Los blancos y sus aliados fueron bien recibidos. Chimalpahin relata que varios principales, a los que nombra, les dieron la bienvenida, entre ellos uno de nueve años, aunque uno se ocultó y otro se fue a México para no ver a los españoles.

El ejército fue aposentado en la morada del señor local, donde pasaron dos o tres días, recibieron las visitas, los regalos y homenajes de los señores y nobles de los alrededores, así como de algunos mexicas que decían ser enviados por Motecuhzoma para proveerlos y acompañarlos. El señor de Amequemecan les regaló algunas cargas de mantas, ropas y objetos de oro, además de 40 esclavas, que fray Diego Durán afirma eran muy jóvenes y hermosas, galanas y bien vestidas, con brillantes y ricos adornos de pluma atados a sus espaldas, el cabello teñido y color en las mejillas. Los españoles las recibieron muy agradecidos (sin duda, y al parecer sin hablar de bautismos).

Tras buen tiempo de cruentos enfrentamientos los chalcas fueron vencidos, habían sido subyugados por los mexicas, por lo que el odio contra sus opresores permanecía vivo. El señor, al igual que los de otros lugares circunvecinos, se quejó amargamente y en secreto de la tiranía mexica: los recaudadores de tributo les robaban cuanto tenían, incluso

[7] Bernal Díaz, que no está en su mejor momento al narrar esta parte de la marcha hacia México, difiere un poco, no habla de Amequemecan, sino, en vez, de Tamanalco (Tlalmanalco).

a sus esposas e hijas, si eran hermosas las forzaban delante de ellos; les quitaban sus tierras para ponerlas al servicio de los templos mexicas y los obligaban a trabajar como esclavos, debían llevar a México madera, piedra, leña, maíz y otras muchas cosas. Previnieron a Cortés de que miles de guerreros mexicas estaban en los alrededores desde hacía seis días, y que el huey tlatoani los dejaría entrar a su ciudad sólo para matarlos fácilmente, harían mejor quedándose con ellos. Chimalpahin difiere, aseverando que los señores fueron a ver a los españoles sólo para "Mejor saber qué desgracias y destrucciones de pueblos y gentes les esperan a los colonos".

Cortés agradeció sus regalos y consejos, les dijo que ni los mexicas, ni nadie, tenían el poder de matarlos, sólo Dios; aunque Bernal escribe: "y como somos hombres y temíamos la muerte, no dejábamos de pensar en ello, y como aquella tierra es muy poblada, íbamos siempre caminando muy chicas jornadas y encomendándonos a Dios y su bendita madre Nuestra Señora, y platicando cómo y de qué manera podíamos entrar".

El extremeño prometió ayuda a los chalcas para que se liberaran del yugo mexica; a eso venía, les dijo, a deshacer agravios, no sin antes adoctrinarlos en la fe católica y obtener, según afirma, su obediencia. Supuestamente los nativos admitieron que se erigiesen cruces y se colocasen imágenes, prometiendo su ayuda. Cortés les pidió que veinte de sus principales los acompañaran.

Fue aquí, o en Tlalmanalco, como lo quiere Bernal, adonde llegó otra embajada de Motecuhzoma, cargada de ricos obsequios, supuestamente con el reiterado ruego del tlatoani de que no siguieran adelante, aduciendo los pretextos de costumbre y agregando en esta ocasión que sus súbditos estaban levantados en armas para no dejarlos entrar, reiterándole la promesa de pagar tributo al emperador de España. La

respuesta de Cortés fue también la misma: que ya no pusiera excusas, por fuerza tenía que ir a verle.[8]

El *Códice Ramírez* refiere que Motecuhzoma reunió de nuevo a su consejo, para volver a determinar si dejarían entrar a los extranjeros a México-Tenochtitlan o no, y una vez decidido esto, qué acciones tomarían. Cuitláhuac sostuvo su punto de vista: no debían dejarlos entrar; y Cacama el suyo: sería tomado por cobardía no hacerlo; además, la majestad de Motecuhzoma no podía dejar de recibir una embajada enviada por un poderoso señor; si los blancos se desmandaban, sus guerreros los castigarían. Motecuhzoma estuvo de acuerdo con su sobrino. Cuitláhuac le advirtió que no debía meter en su casa a quienes podían echarlo de ella y quitarle el reino, y que ojalá no fuera demasiado tarde cuando lo quisiera remediar. Se determinó que Cacama iría a recibir a los extranjeros, mientras que Cuitláhuac marcharía a su señorío de Iztapalapan a esperarlos. Cacama había sucedido en 1515 a su padre Nezahualpilli como tlatoani de Acolhuacan, al contar con el apoyo de su tío Motecuhzoma.

Hacia el 6 de noviembre Cortés y sus hombres prosiguieron su marcha, iban por tierras densamente pobladas. Los principales que acudían a presentar sus respetos lo hacían con gran acompañamiento; mucha gente iba a verlos pasar,

[8] Atonaletzin y Tlamapanatzin, narra la "Merced y mejora de Hernán Cortés a los caciques de Axapusco y Tepeyehualco", DC, I, pp. 70-71, habían partido de Tlaxcala a Tenochtitlan, a fin de poder estar informados de los planes y acciones de Motecuhzoma. Al saber que los españoles se aproximaban fueron a encontrarse con ellos en el monte de Tlalmanalco; notificaron a Cortés que el huey tlatoani y su consejo real, tras consultar con sus dioses, habían decidido dejarles entrar a su ciudad, y ya que estuviesen en ella los atacarían. Animaron a Cortés a seguir adelante, pues un viejo, al que habían mostrado las imágenes de san Esteban, de Santiago y de la Virgen de la Concepción, tuvo la visión de que los españoles triunfarían. Tras esta entrevista ambos nobles regresaron a México-Tenochtitlan.

incluso los seguían por un trecho. Los nativos comentaban entre sí las novedades que veían, señalándolas, sobre todo los caballos. Se dice que la muchedumbre los rodeaba prácticamente por todos lados, a tal grado que en ocasiones difícilmente podían avanzar. Cortés constantemente mandaba decirles que no se atravesaran por entre los españoles ni sus caballos, y dejaran el camino despejado, pues podían morir. El extremeño no deseaba que los nativos se familiarizasen demasiado con sus armas, y los principales hacían lo posible por que la vía estuviera libre de curiosos.

Francisco de Aguilar, dejando entrever el supuesto miedo que los embargaba, narra que por este camino "no había hombre que pudiese poner el pie en el suelo si no era coinquinándose en suciedad humana, de donde colegimos que estaba allí, según se dijo, un muy gran ejército de Moteczuma para matarnos". Tal cantidad de excremento bien podría ser el resultado de las muchedumbres que acudían a verlos pasar, o tal vez depósitos para ser utilizados como abonos en los sembradíos.

Posiblemente, como dice Bernal, pasarían por Tlalmanalco, provincia de Chalco, camino a Ayotzinco, a unas cuatro leguas de Amequemecan. Este pequeño poblado estaba situado en la orilla meridional del lago de Chalco, la mitad construida sobre las aguas y la otra en las estribaciones de una sierra áspera.[9] Constituía el principal puerto de la laguna y a él llegaban los productos procedentes de las tierras del Golfo de México, de donde eran llevados a bordo de canoas a México-Tenochtitlan. La bienvenida fue amable y les sirvieron una abundante cena. A pesar de ello Cortés afirma que por la noche intentaron atacarlos por sorpresa; pero

[9] Vázquez de Tapia lo llama Tulcingo, Bernal Díaz, Iztapalatengo, mientras que Solís confunde Ayotzinco con Amequemecan, y H. Thomas, *La conquista*..., p. 311, con Chalco, colocando, además, los sucesos de Amequemecan aquí.

como siempre estaban muy sobre aviso y con muchos centinelas, lograron matar a 15 o 20 espías que se aproximaban en canoas y por tierra. Posiblemente eran sólo algunos curiosos que se acercaron demasiado. López de Gómara mismo escribe que "es cosa de risa que a cada trinquete quisiesen o intentasen matarlos y no fuesen capaces de ello". Solís sostiene que llegaron tantos mexicas, adornados con sus divisas y armas, que los españoles recelaron; Cortés ordenó disparar la artillería al aire y efectuar algunas maniobras con la caballería, en tanto que los intérpretes exageraban el poderío español ante los indígenas, a fin de atemorizarlos.

Por la mañana, ya listos para partir, llegó uno de sus corredores de campo a notificar que se aproximaba una gran comitiva mexica, ricamente ataviada. Cortés ordenó esperarla para ver qué deseaban. Se trataba de cuatro principales y sus acompañantes, quienes tomaron tierra y le comunicaron que Cacama, el tlatoani de Acolhuacan, llegaría en unos momentos, enviado por Motecuhzoma, para darles la bienvenida, por lo que le rogaban esperarlo. Cortés accedió. El señor acolhua llegó

> con el mayor fausto y grandeza que ningún señor de los mexicanos habíamos visto traer, porque venía en andas muy ricas, labradas de plumas verdes y mucha argentería y otras ricas pedrerías engastadas en arboledas de oro que en ellas traían hechas de oro muy fino, y traían las andas a cuestas ocho principales, y todos, según decían, eran señores de pueblos.

Refiere Bernal que delante de las andas de Cacama iban muchos servidores barriendo y limpiando el camino.

Llegado ante Cortés bajó de sus andas, tras las salutaciones de rigor le dijo cómo venía de parte de Motecuhzoma, a servirles y acompañarles hasta México-Tenochtitlan; el huey

tlatoani rogaba a los extranjeros perdonarle por no haber acudido en persona, mas se encontraba indispuesto, su ciudad estaba cerca y pronto se verían; aun así, les pedía una vez más que no siguiesen adelante, alegando las mismas razones de siempre con gran insistencia. Cortés hizo uso de su gracia, abrazó a Cacama y le regaló tres piedras margaritas, en cuyo interior se veían varios colores entrelazados; a los demás principales dio "diamantes azules", intentando tranquilizarlos lo mejor que pudo, pero insistiendo que tenían que ir a hablar con su señor.

El *Códice Ramírez* declara que a lo largo de su marcha los españoles iban persuadiendo a las poblaciones de confederarse con ellos y de negar la obediencia a los mexicas, recordándoles los agravios y la servidumbre en que los habían puesto, "y así venía el capitán Don Hernando Cortés cercado de toda la tierra".

En este punto el *Códice Ramírez* y Torquemada insertan una visita de los españoles a Texcoco, al igual que Herrera y Solís. Por ser esto muy dudoso, no lo menciona Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, cronista texcocano, esto los hubiera alejado mucho de su objetivo principal, que era la capital mexica. Lo resumo como parte de esas crónicas. Dicen que, informado de la ruta que seguían los blancos, Ixtlilxóchitl, que aún estaba en Calpulalpan, pasó con su ejército al otro lado de las montañas y acampó en las proximidades de Texcoco, para esperar a los extranjeros. Su hermano Cohuanacotzin, quien había quedado como regente en Acolhuacan en lugar de Cacama, lo supo y ambos hermanos se reconciliaron y recibieron a los españoles en Texcoco, donde los alojaron por unos días con gran alegría y celebraciones; muchos decían que al fin había llegado el tiempo predicho por su señor Nezahualpilli. Cortés y sus religiosos los adoctrinaron y tanto los señores como sus principales aceptaron bautizarse (fray Juan de Torquemada omite la parte de los bautismos). Cortés

apadrinó a Ixtlilxóchitl, por lo que, según dicen algunos, al príncipe acolhua se le puso el nombre de Hernando o Fernando Cortés Ixtlilxóchitl, aunque otros declaran que recibió el de Carlos, en honor al emperador español, y Cohuanacotzin fue llamado Pedro, pues su padrino fue Pedro de Alvarado; se afirma que fueron tantos los bautizados en los tres o cuatro días que los blancos permanecieron en Texcoco, que tal vez llegasen a 20 000.

Cortés, Bernal y López de Gómara no mencionan esta visita. Alva Ixtlilxóchitl, expresa que en Ayotzinco Cacama pidió a los españoles que pasaran por Texcoco, lo que Cortés agradeció, pero dijo que en esos momentos no podrían hacerlo, pues iban a entrevistarse con Motecuhzoma a México, que seguramente más adelante se presentaría la ocasión. Cacama regresó a Texcoco, donde se embarcó hacia Tenochtitlan para reportar a Motecuhzoma lo sucedido (lo cual hace más sentido, Cacama no iría en contra de las órdenes del huey tlatoani).[10]

[10] Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 227, refiere que Herrera escribe sobre esta ida a Texcoco, y que Torquemada, quien lo sigue en lo relativo a la Conquista, proporcionó los pormenores. Orozco, "con mucho temor", afirma que tal relación "no encuentra fundamento en ningún original de las fuentes españolas o indígenas" (mas no menciona al *Códice Ramírez*). Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, II, p. 40 (quien, de acuerdo con Orozco y Berra, sigue principalmente a Torquemada; aunque en este pasaje Clavijero expresamente dice seguir a Betancourt, que se apoyaba a su vez en las *Memorias* de Alba y de Sigüenza; y curiosamente expresa, en nota al pie, que Torquemada no menciona esta visita) opta por seguir la versión de la ida a Texcoco, aduciendo que también "se infiere claramente de un pasaje de la carta escrita por Cortés a Carlos V en 1522", pero antepone a ella la llegada a Cuitláhuac, de donde, dice, fueron los españoles a Texcoco, y enseguida a Iztapalapan, aunque le parece inverosímil el asunto de los bautizos. Fray Diego Durán no menciona este asunto, aunque H. Thomas, *La conquista…*, p. 780, afirma lo contrario. B. Cartwright, *Lluvia de dardos*, p. 243, sostiene que la visita a Texcoco se efectuó, y

Es momento de mencionar la situación del altépetl de Acolhuacan, segundo miembro de la Triple Alianza mexica. A la muerte del tlatoani Nezahualpilli, en 1515, se dio una pugna sucesoria entre sus hijos Cacama y sus dos medios hermanos Cohuanacotzin e Ixtlilxóchitl; como el primero contaba con el apoyo de su tío Motecuhzoma fue designado, Ixtlilxóchitl no conforme con ello, se afianzó con sus simpatizantes en el norte del señorío, entonces llegaron a un acuerdo: Cacama reinaría en el centro con Texcoco como capital, Ixtlilxóchitl en el norte y Cohuanacotzin en el sur. Motecuhzoma ciertamente se regocijaría de ver dividido Acolhuacan.

Prescindiendo de esta jornada, Cortés y los suyos, junto con gran acompañamiento de principales y de tropas aliadas, partieron de Ayotzinco y marcharon por las orillas del lago de Chalco, pasando entre una pequeña sierra y el lago, poco después se ofrecería a su vista una ciudad pequeña, con 1 000 o 2 000 vecinos, construida sobre un islote, en el lago de Chalco. Sobre su superficie se levantaban algunos templos y adoratorios, aunque los españoles no alcanzaban a ver por dónde se entraba. Se trataba de Mixquic, pequeña isla circundada por chinampas. En tiempos pasados había sido la capital de un pequeño señorío de los mixquicas, subyugados después por las armas mexicas. Enseguida pasarían por Ixtayopan y Tulyehualco, de donde partía una calzada que penetraba en la laguna, tan ancha como una lanza de jinete (unos 20 pies o 5.6 m), sobre ella podían pasar dos caballos lado a lado, según manifiesta Francisco de Aguilar. La cal-

---

que de esta manera Cacama quedó aún más aislado del centro del poder acolhua, agravándose el sentimiento antimexicano de Texcoco. Agrega que México confiaba en el poder acolhua para mantener en orden a Chalco, y ahora las ciudades chalcas se aliaban con los españoles, aunque sin repudiar abiertamente sus compromisos con México, y que también los tepanecas se acercaron a Cortés, quedando el centro imperial de Tlacopan sin partidarios.

zada estaba cortada por compuertas que se podían cruzar únicamente por medio de puentes de madera, y formaba un dique que separaba los lagos de Chalco y de Xochimilco.

Cortés se alegró de verla (es extraño que no lo supiera debido a sus informantes), había pensado incluso en construir barcas para llegar a México-Tenochtitlan. Los aliados entraron por la calzada hasta llegar a una ciudad erigida sobre una isla en la laguna, "la más hermosa, aunque pequeña, que hasta entonces habíamos visto", escribe Cortés, adjudicándole cerca de 2 000 vecinos, con casas y templos muy bien construidos. Se trataba de Cuitláhuac (actual Tláhuac), a la que los españoles nombraron Venezuela (pequeña Venecia), apelativo que no perduró. También había sido el centro de un señorío de la zona chinampaneca, siendo conquistada por los mexicas.[11]

Según Francisco de Aguilar y Bernardino Vázquez de Tapia (que la llama Netlavaca), los españoles llegaron a la hora de comer. Motecuhzoma había ordenado que les tuvieran preparados alimentos; Cortés, pensando en la calzada y sobre todo en los puentes por los que habían pasado, y en los que les faltaba pasar, dijo a sus hombres que si los quitaban quedarían aislados y serían fácil presa. Al parecer corrían rumores de que serían atacados durante la comida, y había demasiadas canoas en la laguna; ordenó a los suyos, bajo graves penas, seguir su camino rápidamente, sin perder el orden, y salir de ahí lo antes posible.

Sin embargo, Cortés, en su Segunda carta, afirma que fueron muy bien recibidos y les dieron de comer con abundancia, aunque manifiesta no recordar el nombre del poblado. Para variar, el señor local y sus principales se quejaron de la tiranía de Motecuhzoma y los invitaron a pernoctar;

[11] H. Thomas confunde esta población con la de Mixquic, *La conquista...*, p. 314.

pero los mexicas los instaron a proseguir, a unas tres leguas más adelante estaba la ciudad de Iztapalapan, cuyo señor era hermano de Motecuhzoma; de allí sólo había dos leguas más hasta México-Tenochtitlan (11.5 km), y su alojamiento había sido preparado, para que entraran a la gran ciudad el día siguiente. Cortés decidió seguir esa sugerencia.[12]

La calzada por la que salieron de Cuitláhuac los llevó de nuevo a tierra firme, al norte del lago de Xochimilco, hacia la altura de Tlaltenango o Tlaltenco, desde donde prosiguieron su marcha entre los cerros de San Nicolás y Xaltepec, pasando al norte del Cerro de la Estrella. Al poco tiempo se presentó ante su mirada la ciudad de Iztapalapan, construida en la orilla de una península entre los lagos de Texcoco, Chalco y Xochimilco. El poblado estaba construido la mitad en el agua, la otra en tierra. Cortés le adjudica de doce a quince mil vecinos, Pedro Mártir habla de 8000 casas, y López de Gómara de 10000.

> Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua y en tierra firme otras grandes poblazones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamientos que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes

[12] De acuerdo con las narraciones del *Códice Florentino*, de Cervantes de Salazar, de Torquemada y de Solís, los españoles durmieron en Cuitláhuac. Bernal Díaz declara que durmieron en el pueblo de Iztapalatengo, aunque en unas líneas que tachó después dice que pasaron una noche en Mixquic y más adelante, también tachado, que en Mezquique, al que después llamaron Venezuela, donde recibieron un regalo de mantas ricas y joyas de oro, los nativos fueron adoctrinados y se quejaron de Motecuhzoma. Andrés de Tapia asevera que durmieron en un pueblo en el agua (Iztapalapan estaba en tierra firme), y que pusieron guardias para evitar que intentasen quitar los puentes o romper la calzada; cada dos horas llegaban mensajeros mexicas desde Tenochtitlan.

> torres y cues y edificios que tenían dentro del agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían, si era entre sueños [...] ver cosas nunca oídas, ni aun soñadas, como veíamos, se maravilla Bernal.

Cuitláhuac, hermano de Motecuhzoma y señor del poblado, salió a recibirlos junto con el señor de Coyoacán y muchos principales. Presentaron al extremeño ricos obsequios, algunas esclavas, telas y plumajes, conduciéndolos luego a los aposentos preparados en las casas de Cuitláhuac, aún en construcción, pero amplias y suntuosas, "tan buenas como las mejores de España", a decir de Cortés.

Les llamó mucho la atención la cantidad de jardines llenos de flores, arbustos y árboles, y los estanques provistos de escalinatas. Junto al palacio había una gran huerta, y en ella un enorme estanque de cantería, de 400 pasos por lado, repleto de peces y aves acuáticas, circundado por un andador por el que cuatro personas podían transitar cómodamente. El jardín estaba entrecruzado por numerosos senderos, cubiertos con protecciones de cañas, sobre las que trepaban, para dar sombra y belleza, enredaderas y plantas cubiertas de coloridas flores.

Bernal hace una extasiada descripción:

> fuimos a la huerta y jardín, que fue cosa muy admirable verlo y pasearlo que no me hartaba de mirar la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenía, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce, y otra cosa de ver: que podían entrar en el vergel grandes canoas desde la laguna por una abertura que tenían hecha, sin saltar en tierra, y todo muy encalado y lucido, de muchas maneras de piedras y pinturas en ellas que había harto que ponderar, y de las aves de muchas diversida-

> des y raleas que entraban en el estanque. Digo otra vez lo que estuve mirando, que no creí que en el mundo hubiese otras tierras descubiertas como estas, porque en aquel tiempo no había Perú ni memoria de él. Ahora todo está por el suelo, perdido, que no hay cosa.

Si no lo hubiese visto con sus propios ojos, dice, no lo creería, pues, al paso del tiempo, lo que estaba lleno de agua se había convertido en maizales.[13]

Llegaron a la población gran número de principales, venidos desde México-Tenochtitlan, enviados por Motecuhzoma a darles la bienvenida y a comunicarles que al día siguiente el huey tlatoani los esperaría en su ciudad.[14] Cortés exudaba entusiasmo, exclamando alegremente que muy pronto obtendrían el premio de todos sus trabajos.

Pasaron la noche en Iztapalapan. Vázquez de Tapia sostiene que observaron muchos indicios de que intentaban matarlos, pero que la numerosa guardia que pusieron los disuadió.

Suárez de Peralta afirma que Cortés envió dos españoles a México-Tenochtitlan para reconocer el terreno, disfrazados de nativos, por la noche y en compañía de indígenas, que al parecer se quedaron en las afueras. El cronista manifiesta que oyó decir esto a unos indios viejos, así como a algunos

[13] En la Europa de ese tiempo, jardines como el de Iztapalapan seguramente constituirían una novedad. Al parecer los primeros jardines de plantas en ese continente se establecieron en Padua hasta 1545. *Cfr*. William H. Prescott, *Historia de la conquista de México*, vol. I, p. 331; pero los españoles estarían familiarizados con los jardines árabes de su patria.

[14] Alva Ixtlilxóchitl afirma que también llegó Cacama, señor de Acolhuacan, llevado en andas de oro, con toda su corte; dio a Cortés grandes regalos de oro y pedrería, e insistió en que se quedaran en Iztapalapan, pues allí les dirían cómo verse con Motecuhzoma, pero Cortés insistió en proseguir hasta México.

conquistadores, en especial a su suegro Alonso de Villanuevas Tordesillas, quien fungió como secretario de la gobernación de Cortés y que dice era hombre de crédito, honrado y muy hijodalgo.

El *Códice Florentino* recoge los supuestos temores ante la proximidad de los extraños seres blancos:

> Y durante ese tiempo aquí en México, era como si la ciudad hubiera sido abandonada; ya nadie salía, ya nadie venía. Las madres ya no dejaban salir a sus hijos. Estaban muy limpios los caminos; estaban abiertos, estaban vacíos y muy abiertos los caminos; como cuando se ve la tierra. Nadie atravesaba esos caminos, nadie los atravesaba. Estaban como hundidos en sus casas, la única ocupación era afligirse.
>
> Decía el hombre del pueblo: ¡Que así sea pues!, ¡Que sea maldito! ¿Qué se puede hacer todavía?, pues, he aquí que vamos a morir, he aquí que vamos a perecer, ya estamos, ahí, de pie, en espera de nuestra muerte.[15]

[15] Hernán Cortés, Segunda carta de relación; Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, vol. II, V déc., lib. II; Andrés de Tapia, "Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre don Hernando Cortés, marqués del Valle, en la Nueva España"; Fernández de Oviedo, *op. cit.*, vol. IV, lib. XXXIII, caps. V y XLV; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, pp. 101-103; Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios del conquistador*, pp. 38-40; *Códice Ramírez*, pp. 100-112, y fragmento núm. 2, pp. 185-190; G. Baudot y T. Todorov, "Códice Florentino", lib. XII, caps. XI-XIV; fray Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, V jornada; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. III, caps. LX-LXIII; Bernal Diaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. I, caps. LXXXIV-LXXXVII; fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. II, cap. LXXIII; Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias*, cap. XIII; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, vol III, déc. II, lib. VII, caps. III-IV; fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, caps.

Valle de México

XLI-XLV; Chimalpahin, "Séptima relación"; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Compendio histórico del reino de Texcoco" e "Historia de la nación chichimeca", cap. LXXXV; Bartolomé Leonardo de Argensola, *Conquista de México*, cap. XII; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. III, caps. VIII-IX.

CAPÍTULO XV

México-Tenochtitlan

Enseguida, el capitán dijo a Motecuhzoma: "¿Eres tú?,
¿eres tú, ya?, ¿entonces tú, tú eres Motecuhzoma?".
Motecuhzoma respondió: "Sí, en efecto, soy yo".
Pronto, entonces, se irguió rápidamente, se irguió para encontrar
su mirada bien de frente; se inclinó delante de él, después lo atrajo
enteramente a él, se irguió con firmeza, y entonces, lo sermoneó [...]
Enseguida, entonces, lo tomaron de la mano, vinieron a llevarlo con ellos,
lo acariciaron para mostrarle que lo amaban. Y los españoles
lo tomaron de la mano, los españoles lo miraron, cada uno lo examinó;
se agitaron a sus pies; subían, bajaban para verlo.

"Códice Florentino"[1]

El 8 o 9 de noviembre de 1519[2] los aliados salieron de Iztapalapan rumbo a la deseada meta: Motecuhzoma

1 Georges Baudot y Tzvetan Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, cap. VI, pp. 101-102.

2 Esta fecha proviene de López de Gómara, de quien la tomaron Bernal Díaz y muchos otros cronistas. Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 233, asevera que la menciona Cortés en sus *Cartas de relación*, mas no he podido encontrar tal referencia. Burr Cartwright, *Lluvia de dardos*, p. 244, afirma que fue el 9 de noviembre, basado en un artículo inédito sobre las sincronologías cristianas-nativas en el *Códice Telleriano-Remensis*, de Cline. Pero el número de españoles que menciona, 1300, es exagerado. En los

y su ciudad de México-Tenochtitlan, distante sólo unos 10 kilómetros y medio. Habían transcurrido cerca de nueve meses desde su salida de Cuba. Eran unos 200 o 300 españoles, dependiendo de la fuente,[3] acompañados por un número indeterminado, pero seguramente grande, de principales y guerreros de los sitios por donde habían transitado, tal vez entre cinco y seis mil. Ante las quejas de los mexicas sobre la entrada de tantos enemigos a su ciudad, Cortés adujo, irrisoriamente, que se trataba de tamemes.

El extremeño iba a la cabeza con la caballería; a su lado Marina, a pie; tras ellos la infantería; luego los aliados indígenas de acuerdo con sus lugares de origen; a la retaguardia los tamemes y las naborías, que eran mujeres encargadas de preparar la comida y otros menesteres, y los pequeños cañones montados sobre ruedas. Debe de haber sido una procesión colorida y extraordinaria.

El camino estaba obstaculizado por una muchedumbre de curiosos deseosos de ver de cerca a los extranjeros. Para desembarazarlo se mandó que un indígena fuera por delante, pregonando a gritos que nadie osara atravesarse en el camino de los blancos, so pena de ser muerto.

Los españoles vieron a su paso algunos poblados, como Mexicaltzingo, de unos 3000 vecinos; Culhuacan (la Niciaca de Cortés y Coloacan de López de Gómara) con más de 6000. Todos con numerosos templos y residencias de principales,

---

Anales históricos de Tlatelolco se lee que los españoles entraron a Tenochtitlan en el mes de Quecholi, en un día Chicuey Ecatl, 8-Viento, que equivale al 9 de noviembre. El "Códice Florentino", p. 135, da la fecha como Año 1-Caña, día 1-Viento, noveno día del mes de Quecholli, que, de acuerdo con G. Baudot, sería también el 9 de noviembre de 1519 (existían calendarios prehispánicos de distinto origen).

3 El total de españoles varía en las fuentes: López de Gómara habla de 400; Cervantes de 300, refutando expresamente a Gómara; Bernal Díaz afirma que no llegaban a 400; Solís menciona 450. Coinciden en que los acompañaban unos 6000 guerreros aliados.

bien construidas con piedra. "Y de que vimos cosas tan admirables no sabíamos qué decir, o si era verdad lo que por delante parecía", escribe Bernal.[4] Cortés refiere que estas poblaciones comerciaban con sal, que manufacturaban secando el agua salobre de la laguna, así como de la tierra de la costa, dándole forma de panes. Cervantes agrega que no era blanca, sino de color ladrillo, ni buena para comer, aunque excelente para salar tocinos y otras carnes.

El extremeño refiere que la ciudad estaba situada en una isla dentro de una laguna de agua salada que tenía mareas como el mar, cuando crecía el agua se derramaba en otra de agua dulce, y a la inversa en el reflujo. Se entraba por cuatro calzadas, aunque en realidad eran tres, aunque la de Iztapalapa tenía una desviación que conducía a Coyoacán.

Penetraron por una de las calzadas que se internaba en la laguna, a decir de Cortés era tan ancha como dos lanzas y podían ir en ella ocho jinetes lado a lado; Bernal le adjudica ocho pasos de anchura. A los lados se congregaba la multitud, así como cantidad de canoas llenas de nativos. Varios puentes de madera cruzaban la calzada de trecho en trecho, permitiendo circular libremente las aguas de las lagunas.

A una media legua de México-Tenochtitlan la hueste de Cortés llegó a un entronque con otra calzada que venía desde tierra firme, de Coyoacán. En ese punto se unían, forman-

[4] Su asombro no es de extrañar. Ninguna ciudad española de su tiempo poseía las proporciones de México-Tenochtitlan. Toledo, que era la mayor, no sobrepasaba los 40 000 habitantes, mientras que Madrid era una aldea de sólo 5 000. Tenochtitlan tendría unos 60 000, aunque Lacroix le da 300 000 habitantes, *Cfr*. Jorge Gurría Lacroix, *Itinerario de Hernán Cortés*, pp. 161-169. En cambio Hugh Thomas, *La conquista de México*, p. 317, afirma ambiguamente que era tan grande "como cualquiera que hubiesen visto", y a renglón seguido escribe que Nápoles y Constantinopla tenían más de 200 000 habitantes, pero que tal vez sólo uno o dos soldados las conociesen. Lo cierto es que no había ciudades de esta magnitud en España.

do la calzada de Iztapalapan, que partía de México-Tenochtitlan hacia el sur; construida durante el reinado de Itzcóatl por los vencidos tepanecas y xochimilcas para comunicar sus poblaciones con Tenochtitlan. Más tarde se hizo el ramal que partía de este entronque a Iztapalapan, que era por donde entraron. Desde esa bifurcación se veían, en la costa opuesta del lago, las edificaciones de Coyoacán y de *Huitzilopochco* (la Huichilohuchico de Cortés, Vicilopuchtli de López de Gómara, actual Churubusco), de unos 4000 o 5000 habitantes.

En este entronque, llamado Acachinanco se levantaba una fortificación conocida como Xólotl (en la actual calzada de Tlalpan), circundada por un muro de dos estados de alto (cerca de cuatro metros), almenado en partes, con dos torres y dos entradas de acuerdo con la descripción de Hernán Cortés.

Fue en este sitio que unos mil principales los esperaban para darles la bienvenida (a decir de Cortés; 4000 según López de Gómara. Bernal dice que la calzada estaba llena con ellos). Todos ricamente ataviados. Uno por uno se presentaron ante Cortés y sus capitanes, haciendo el saludo ceremonial de "tomar tierra"; la salutación se prolongó durante casi una hora, durante la cual el impaciente extremeño tuvo que dominar su prisa por encontrarse con Motecuhzoma.

Finalmente siguieron adelante. La calzada de Iztapalapan iba derecha, ancha y hermosa. La fina atmósfera del valle les permitía extender la vista hasta aproximadamente dos tercios de legua sobre la superficie de la laguna. Al irse aproximando a la ciudad aparecieron gradualmente ante su vista, a ambos lados de la calzada, grandes construcciones de piedra, bellas y sólidas, "así de aposentamientos como de mezquitas". Bernal comenta que se acordaban muy bien de lo que les habían dicho, acerca de que los matarían una vez dentro de la gran ciudad, y proclama su valentía y arrojo:

"¿qué hombres ha habido en el Universo que tal atrevimiento tuviesen?".

Continuaron hasta llegar a una acequia que infligía una ancha cortadura en la calzada, cruzada por un puente de madera de tal vez diez pasos de ancho. Esta acequia y puente, llamados de Xoloc, Xoloco o Xoluco, estaban situados en el lugar donde empezaba la parte urbana de México-Tenochtitlan.[5] Pasado este puente, siguiendo la narración de Cortés, vieron aproximarse una procesión de unos 200 nobles, vestidos más ricamente que los anteriores, iban descalzos según Cortés; calzados según López de Gómara, caminaban en gran silencio y compostura, en dos hileras, junto a las orillas de la calzada, con "ojos que no miraban a español ni a persona nacida", comenta Francisco de Aguilar. Al frente del cortejo, por el centro de la calzada, avanzaba una litera cubierta por finos paños de algodón que ocultaban a su ocupante. La precedían tres principales, cada uno con un cayado dorado en las manos, clara indicación de que el hombre de la litera no era otro que el huey tlatoani Motecuhzoma Xocoyotzin. Por delante algunos principales barrían el camino y colocaban mantas en el suelo.

La litera llegó a poca distancia de los españoles, hizo alto y Motecuhzoma bajó de ella. Cortés y López de Gómara relatan que dos señores, vestidos de igual manera, lo flanquearon y lo tomaron cada uno por un brazo, Motecuhzoma iba calzado con sandalias de oro tachonadas de rica pedrería,

5 Durante la Colonia la acequia y puente de Xoloc fueron llamadas de San Antón, ya que en su proximidad fue construido el convento de San Antonio Abad, hoy en día la estación del Metro del mismo nombre. Cerca de allí estaban las casas de Pedro de Alvarado. Posteriormente se cambió su nombre al de Chimalpopoca. Actualmente la acequia está cegada, y cuando se construyó la vialidad de Tlalpan la topografía fue modificada, aunque aún quedan algunos vestigios del convento y de la iglesia.

atadas a sus piernas por medio de correas; los otros dos, descalzos. Cuatro grandes nobles, posiblemente parientes del monarca, cubrieron al soberano con un rico palio manufacturado con plumas verdes, oro, plata, chalchihuites y perlas. Tal vez quienes lo sostenían de los brazos serían los otros dos señores de la Triple Alianza: Cacama de Acolhuacan y Tetlepanquetzal de Tlacopan (aunque posiblemente ya fuese el siguiente soberano, Totoquihuatzin), como lo aseveran Durán, Alva Ixtlilxóchitl, Chimalpahin y el *Códice Florentino.* Cortés dice que uno era "aquel señor grande que dije me había salido a fablar en las andas y el otro era su hermano de Muctezuma, señor de Iztapalapa. Los tres tlatoanis llevaban sobre las cabezas tiaras de oro y de pedrería, con borlas pendiendo, vestidos con finos paños de algodón anudados sobre los hombros.

El *Códice Florentino* menciona como acompañantes de los señores al tlacochcálcatl Itzcuahtzin, de Tlatelolco; Topantemoctzin, tesorero de Motecuhzoma en Tlatelolco; el tlacatécatl Atlixcatzin; el tlacochcálcatl Tepeuatzin; el tizociauácatl Quetzalaztatzin; Totomotzin, Ecatenpatilzin y Cuappiatzin.[6]

[6] El *Códice Florentino* declara que Motecuhzoma salió a recibir a los españoles en Huitzilan, nombre que designaba tanto un barrio como un puente en una calzada al sur de la ciudad, aunque más al norte que Xoloco, a mitad del camino entre este fuerte y el centro ceremonial (en la actual calle de Pino Suárez, a un lado del Hospital de Jesús). Durán manifiesta que los recibió en Tocititlan (el templo de la diosa Toci estaba ya dentro de la ciudad, junto a la calzada de Iztapalapan, un poco más al norte que la acequia de Xoloc). El tlatoani, según el fraile, llevó a Cortés de la mano al templo de Toci, y fue allí donde tuvo efecto su diálogo. Chimalpahin, "Tercera relación", dice que fue en Acachinanco, agregando que era el año 1-Caña, el mes de Quecholli y el día que llamaban 1 Viento, pero en su "Séptima relación" escribe que fue en el día 8-Viento.

Cortés se apeó y se adelantó al encuentro de Motecuhzoma, acompañado de Marina y de Aguilar. Los señores realizaron el saludo ceremonial "tomando tierra" con el dedo y llevándolo a los labios. Cortés se quitó la gorra con gracioso gesto y correspondió con una gran reverencia a la española. El extremeño, dice Bernal, llevaba al cuello un collar de perlas margaritas (así llamadas por proceder de la isla Margarita, cercana a Venezuela), y diamantes de vidrio ensartados en cordones de oro con almizcle para el buen olor, que guardaba para esta ocasión, se lo quitó y lo pasó sobre el cuello de Motecuhzoma, intentando enseguida abrazarlo. Escandalizados, los señores que flanqueaban al soberano impidieron que el extranjero cometiese tal delito de lesa majestad. Bernal comenta que Marina intentó otro peor, al extender su mano al monarca, quien simplemente la ignoró y se la dio a Cortés, acción que tomaron los suyos como un grandísimo favor que mucho los sorprendió, el extremeño le dijo cuánto se alegraba de poder hablar y ver al fin a tan gran señor, le agradecía mucho el permitírselo, así como todos los favores que continuamente les había hecho.[7] Enseguida los nobles que iban en la comitiva efectuaron, uno por uno, el ceremonial saludo ante Cortés y sus capitanes, reintegrándose a sus respectivos lugares. El extremeño manifiesta que Cuitláhuac lo tomó del brazo y lo acompañó, mientras el monarca se adelantaba hacia la ciudad con los otros señores y principales. Bernal quiere que fuesen Cacama y el señor de

[7] El *Códice Ramírez* asevera que Motecuhzoma envió a Cacama a recibir a los españoles, y que fue éste quien llegó en las andas, puso el collar a Cortés y los llevó hasta el palacio de Motecuhzoma, que salió a recibirlos a la plaza en unas andas de oro bajo un palio muy rico; Cortés hincó la rodilla en tierra y le pidió las manos para besárselas, el tlatoani se inclinó, lo levantó del suelo, lo abrazó y le echó un rico collar al cuello; Cortés, hincando una rodilla, lo recibió, poniéndole entonces al soberano una cadena de oro al cuello, como lo había hecho con Cacama poco antes.

Coyoacán quienes los llevaron hasta sus aposentos, y expresa, escribiendo décadas después de los sucesos, que "ahora que lo estoy escribiendo se me representa todo delante de mis ojos como si ayer fuera cuando esto pasó". Bernal sostiene que aun estando ellos en la calzada el tlatoani envió a uno de sus principales a entregar a Cortés dos collares, envueltos en fino paño y hechos con conchas de caracoles colorados; de cada uno colgaban ocho camarones de oro de gran perfección, largos de casi un jeme y que el extremeño se los echó al cuello.

El *Códice Florentino* narra que Motecuhzoma ofreció algunos obsequios al capitán, así como unas guirnaldas de flores que le puso al cuello, "lo cubrió de flores, lo coronó de flores", y también collares de oro. A ciertos españoles les dio también un collar, y enseguida dijo a Cortés (debemos tomar en cuenta que tales palabras son altamente improbables, como se verá; Mathew Restall llega a afirmar que "la descripción del Encuentro como la rendición de Montezuma es probable que haya sido una mentira", las he citado aunque sea nada más por la belleza poética del lenguaje y por permitirnos entrever un poco la cosmovisión nativa):[8]

> ¡Oh, señor nuestro!, has pasado por muchas fatigas, estás cansado; he aquí que llegaste a la tierra, he aquí que llegaste a acercarte a tu ciudad de México, he aquí que viniste a descender a tu estera, a tu sitial, que por un momento yo he cuidado, que te he conservado [...] yo no estoy sólo soñando, no estoy únicamente haciendo sueños, yo no veo esto sólo al dormir, no estoy soñando al verte, pues te he visto frente a frente. Yo estaba invadido por malas impresiones desde hace cinco años ya, desde hace diez años. Mire allá, hacia el lugar desconocido

8 Matthew Restall, *Cuando Moctezuma conoció a Cortés*, p. 62

del que saliste, de entre las nubes, de entre la bruma. Así que eso es lo que habían dicho al partir los señores soberanos, que tú vendrías a darte a conocer a tu ciudad, que vendrías a descender aquí, a tu estera, a tu sitial, que vendrías.

Y ahora, ya sucedió, llegaste; has pasado muchas fatigas, estás cansado; acércate a la tierra, descansa; ve a conocer tu palacio, descansa tu cuerpo; ¡que se acerquen pues a la tierra, nuestros señores![9]

Es necesario enfatizar que Cortés no menciona en ninguna parte a Quetzalcóatl. Fue Sahagún quien combinó la supuesta profecía del regreso de Quetzalcóatl con la figura de Cortés, repetida después por cronistas como Torquemada y Tezozómoc, pasando así a ser parte del imaginario popular, al igual que la afirmación de Durán de que Santo Tomás de Aquino predicó en la Nueva España en el siglo XIII, que fue el Quetzalcóatl originario y volvería algún día, retomado por Boturini, Clavijero y Teresa de Mier, lo que obviamente dio una justificación moral-religiosa-cristiana-política a la conquista y a la evangelización.

Al paso del ejército los mexicas les ofrecían flores y guirnaldas. El *Códice Florentino* refiere cómo

Pusieron en recipientes de calabaza flores preciosas, girasoles, flores-del-corazón o magnolias, en medio de ellas flores de maíz tostado, flores de tabaco amarillas, flores de cacao, coronas de flores, guirnaldas de flores. Y llevaban collares de oro, collares de varios hilos, collares tejidos, mas no por

9 A decir de Chimalpahin, "Tercera relación", las palabras de Motecuhzoma fueron otras, le dijo: "Habéis tenido coraje para saber andar sobre los caminos, no os importunéis más, esta no es vuestra patria, ni mi trono real es vuestro, ni mi estera real es vuestra. No enojéis a los legítimos señores de los pueblos que por doquier se encuentran".

eso los españoles abandonaron sus precauciones. Las calles y azoteas de la ciudad estaban llenas de gente, así como las canoas en los canales, "que no se quien se maravillaba más, si los nuestros de ver tanta muchedumbre de hombres y mujeres que aquella ciudad tenía, o ellos de la artillería, caballos, barbas y trajes de hombres que nunca vieran", comenta López de Gómara. Durán agrega que por delante iban muchos mexicas danzando, así como sacerdotes con incensarios, músicos tocando sus caracolas, todos pintados, tras ellos los guerreros viejos, vestidos de águilas y de tigres, llevando sus bastones y rodelas en las manos.

El *Códice Florentino* abunda:

Y cuatro caballos vienen delante, vienen en primer lugar, vienen en la primera línea de los otros; vienen a la cabeza de los otros, guían a los otros. Voltean todo el tiempo, se dan vuelta sin cesar. Vienen a colocarse bajo la mirada de las gentes. Vienen mirando para todos lados, vienen atisbando de todos lados; por todas partes se van para mirar entre las casas, vienen examinando todo, vienen mirando hacia lo alto de las terrazas.

Y ellos también, los perros; sus perros vienen delante, vienen olfateando todas las cosas, vienen jadeando, van jadeando sin cesar.

Por separado, a la cabeza, viene delante, camina totalmente solo, a la cabeza, el que lleva el estandarte, que lo lleva sobre los hombros; viene agitándolo sin cesar. Le siguen los que llevan espada de metal; sus espadas de metal vienen centelleando. Llevan al hombro, vienen llevando sobre los hombros sus escudos, escudos de madera, escudos de cuero.

Formando como segundo grupo, como una segunda fila vienen caballos que llevan personas, con mallas de algodón, con escudos de cuero, con lanzas de metal; y sus espadas de

metal están como suspendidas al cuello de los caballos. Tienen muchos cascabeles, llevan cascabeles, vienen cubiertos de cascabeles; es como si los cascabeles tronaran, como si tronaran, esos cascabeles. Los caballos, los venados relinchan fuertemente; transpiran mucho, es como agua que cae de ellos; y su espuma cae en grandes gotas a tierra, como si fuera jabón *amolli* lo que cayera.[10] Y cuando avanzan, truenan mucho, restallan, martillean, como si lanzaran piedras. Pronto se agujerea, se abre la tierra, ahí donde levantan sus patas; separadamente se presentan por aquí, por allá, los lugares en que han levantado sus patas traseras, sus patas delanteras.

El tercer grupo lo forman las personas que llevan arcos de metal [...]. Vienen probándolos, verificándolos, punteándolos por delante [...]. Sus cotas de algodón les llegan hasta las rodillas, muy gruesas, muy duras, extremadamente densas, como si fuera piedra de cal. Y también sus cabezas están cubiertas sólo con la cota de algodón; y sobre su cráneo se erigen plumas de quetzal, separadas unas de otras, destacadas.

El cuarto grupo son también, sencillamente, ellos, los caballos; simplemente van acomodados como ya se dijo.

El quinto grupo, ellos son los que llevan las trompetas-de-fuego manuales, los portadores de trompetas-de-fuego manuales; llevan sobre los hombros las trompetas-de-fuego manuales, algunos las llevan horizontales. Y cuando hubieron entrado al gran palacio, al palacio del gobernador, hicieron estallar, hicieron disparar las trompetas-de-fuego manuales. He aquí que explotan, he aquí que estallan, que se descargan, producen una detonación, ladran. El humo se extiende, el humo se extiende rápido; bajo este humo se hace de noche, el humo se expande por toda la tierra, se extiende por todas partes. Después, el olor a peste sofoca, descorazona.

10 El *amolli* era una especie de jabón que hacían con una planta: la *Saponaria* mexicana.

> Y cerrando la marcha, en la retaguardia, viene el comandante principal, considerado como un tlacatecatl, un jefe guerrero que dirige la guerra. A su alrededor, esparcidos a su alrededor, formando su entorno, guiándolo, protegiéndolo a su alrededor, vienen sus guerreros, los que llevan las insignias, los que lo ayudan [...]. Enseguida después, todos los habitantes de las ciudades, las gentes de Tepoztlán, las gentes de Tlaxcala, las gentes de Tiliuhquitepec, las gentes de Huexotzinco, vienen detrás. Vienen vestidos con sus atavíos de guerra, con sus cotas de algodón, sus escudos, sus arcos [...]. Vienen doblando las rodillas, golpeándose los labios, chillando, agitándose como orugas, haciendo ruido de trompas, agitando la cabeza, algunos de ellos llevan cargas sobre los hombros [...]. Vienen cantando.

Por muy poéticos e impactantes que sean estos párrafos multiplican milagrosamente a los lebreles y a las armas de metal, así como el oscurecimiento del día con los disparos de sus pequeños cañones. Hay que enfatizar que ni en el texto en náhuatl ni en el español se narra un intento de abrazos o de tomarse las manos, tampoco el poner collares al otro, ni una inclinación de Cortés ante el tlatoani. Es obvio que cualquier cosa escrita o hablada manifiesta el estado emotivo y los intereses de quien la exterioriza, lo cual no implica que en ella no haya verdades parciales. Los textos que por buen tiempo se tomaban como indígenas, como la famosa *Visión de los vencidos*, que pasaron además por manos de los frailes, y que por ello se ha dado en llamarlos cuasiindígenas, no se apartan mucho de las versiones canónicas, aunque lo digan de manera más poética, y en ocasiones más exagerada.

La hueste cortesiana marchó a lo largo de la calzada (por la actual calle de Pino Suárez) hasta el palacio de Axayácatl, donde les tenían preparados sus aposentos. El palacio, cons-

truido hacía unos 50 años por Motecuhzoma Ilhuicamina y reconstruido por Axayácatl, padre del actual tlatoani, estaba cerca del costado oeste del recinto sagrado del Templo Mayor, ahí se levantaba, grande y hermoso; sus construcciones de piedra tenían un solo piso, excepto en el centro, donde había un segundo. Lo rodeaba un muro de piedra grueso en el que había torreones o pilares a ciertos intervalos. Dice Francisco de Aguilar que cabían más de 200 hombres en sus aposentos y sus patios; según Cervantes de Salazar tenía tantas recámaras que en una ocasión un español se perdió en él como en un laberinto, hasta que un mexica lo rescató. Servía en ese tiempo de adoratorio donde se efectuaban ciertos cultos (Bernal se jacta: como los tomaban por dioses fueron aposentados ahí). En el palacio se guardaban también los tesoros reunidos por los tlatoanis anteriores y por el mismo Motecuhzoma.

Dice Bernal que Motecuhzoma ya los esperaba. Al llegar Cortés al gran patio lo tomó de la mano, lo llevó a su aposento y le puso al cuello un collar, diciéndole "Malinche, en vuestra casa estáis vos y vuestros hermanos; descansa", tras lo cual se retiró a su palacio que estaba cerca.

Entraron al gran patio del palacio, donde Motecuhzoma los aguardaba. El huey tlatoani tomó a Cortés por la mano y lo llevó hasta un gran salón adyacente, donde había un trono muy rico e indicó al extremeño que se sentara en él (Bernal dice que fue entonces que el tlatoani le echó al cuello el collar de caracoles y camarones). Motecuhzoma le dijo en lenguaje cortesano y pulido que estaban en su casa, que comiesen y descansasen, ya después regresaría para que hablaran, y partió a su propio palacio, situado casi enfrente, en el costado sur del recinto sagrado, donde actualmente se encuentra el Palacio Nacional. (La cortesía mexicana hasta el día de hoy dice a sus invitados "mi casa es su casa", al parecer Cortés se lo tomó demasiado literalmente, tomándolo como una declaración de sumisión formal.)

El palacio de Axayácatl había sido escrupulosamente limpiado, encalado y ricamente adornado; en las recámaras había lechos de petates, con toldillos sobre ellos, uno para cada español, "que no se da más cama por muy gran señor que sea, porque no las usan", aclara Bernal. En todos los aposentos había encendido un fuego alimentado con maderas perfumadas, ya que en noviembre suele hacer frío en las noches de la meseta. Cantidad de sirvientes estaban listos para atender sus necesidades. Fernández de Oviedo afirma que incluso los proveyeron tanto "de mujeres de servicio como de cama". Frente al palacio estaba el muro que circundaba al recinto del Templo Mayor, llamado *coatepantli* por estar rematado por cabezas de serpientes. Unas construcciones situadas enfrente se habilitaron como letrinas, mantenidas limpias por numerosos servidores.

Cortés se dedicó a disponer el alojamiento tanto de sus propias tropas, divididas en capitanías, como el de sus aliados. Cuidadoso, como solía, del aspecto militar, mandó colocar la artillería en sitios estratégicos, y dio instrucciones sobre la disciplina, el orden y la vigilancia que debían guardar. Enseguida comieron abundantemente de lo que les tenían preparado.

Por la tarde Motecuhzoma regresó acompañado de buena cantidad de parientes y principales. El tlatoani entró al gran salón en el que Cortés lo esperaba junto con sus capitanes y hombres de confianza. El extremeño caminó hasta la mitad del recinto para recibir a Motecuhzoma, quien lo tomó por la mano y lo llevó a sentar en un rico sitial, recubierto de oro, mientras él se sentaba en otro. Ordenó que depositaran frente al capitán algunos regalos, consistentes en joyas, plumajes, mujeres y algunas cargas de ropas de algodón muy ricas, tejidas y bordadas; mandó también dar obsequios a los capitanes y hombres que estaban en el salón, como el gran señor que era, habiéndose informado previa-

mente con los intérpretes sobre quiénes eran los principales compañeros de Cortés y cuáles sus calidades. El diálogo que se dio a continuación entre Motecuhzoma y Cortés es de vital importancia para una comprensión cabal de la tal llamada *conquista* y de sus consecuencias posteriores, por lo que expondré primero lo que narran las crónicas y las fuentes, y posteriormente un análisis acerca de su posible verdad o falsedad.

El extremeño narra que después de estas ceremonias Motecuhzoma tomó la palabra, relató a sus huéspedes cómo sus antepasados habían llegado a esas tierras desde "partes muy extrañas", guiados por su señor, "el cual se volvió a su naturaleza", aunque regresó después de mucho tiempo, tanto, que sus súbditos ya se habían casado con las mujeres nativas, tenían muchos hijos y grandes poblaciones, por lo que cuando quiso llevárselos consigo se negaron, no aceptando recibirlo de nuevo como su señor, "y así se volvió"; pero siempre supieron que sus descendientes vendrían algún día a sojuzgar la tierra y sus habitantes, y que, tanto por la región de donde los españoles decían venir, hacia el lugar en que sale el sol, como por las cosas que hablaban sobre el gran señor o rey que los enviaba, "creemos y tenemos por cierto él ser nuestro señor natural", sobre todo al considerar que los blancos afirmaban que ese señor suyo hacía mucho tiempo que tenía noticias de esas tierras. Así pues, debían estar seguros de que los mexicas obedecerían a Cortés y lo tendrían por su señor, en representación de aquel que decían los enviaba, y en todo podía "mandar a vuestra voluntad, porque será obedecido y fecho, y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos dello quisiéredes disponer. Estáis en vuestra naturaleza, y en vuestra casa, holgad y descansad del trabajo del camino y guerras que habéis tenido".

El tlatoani continuó diciendo que bien sabía todo lo que les había acontecido desde Potonchán, asegurándoles que toto-

nacas y tlaxcaltecas les habían contado muchos embustes, pues eran sus enemigos, y lo mismo habían hecho algunos vasallos que se le habían revelado con su venida; pero no debían creer más de lo que sus ojos veían. También decían que tenía casas con las paredes de oro y muchas riquezas y que se creía un dios; sin embargo, las casas, como bien lo veían, eran de piedra, cal y tierra. Alzándose las vestiduras les mostró su cuerpo, palpándolo con sus manos y diciendo: "veisme aquí que soy de carne y hueso como vos y como cada uno, y que soy mortal y palpable" (narrado por Cortés, no menciona para nada que eran dioses o el retorno de Quetzalcóatl). Si bien era cierto que poseía algún oro que le habían dejado sus abuelos, pero todo lo suyo era de sus huéspedes cuando lo quisiesen. Para concluir dijo que se iría a sus aposentos en otro palacio, pero podían tener la seguridad de que serían muy bien proveídos en el de Axayácatl, repitiéndoles que estaban en su casa y en su naturaleza.[11]

Cortés agradeció sus atenciones, enfatizando que Carlos V era realmente aquel señor al que se refería Motecuhzoma, y del que esperaban su regreso. Incorregible, repitió que el emperador los había enviado a sacarlos de los errores en que vivían, dándole enseguida algunas nociones católicas. Fran-

[11] Cortés, como dice en la Segunda carta, no especifica que el "señor" esperado por los mexicas fuese Quetzalcóatl y ni siquiera un dios, siendo esa carta la noticia más antigua que tenemos al respecto. El conquistador Francisco de Aguilar es uno de los que mencionó la creencia mexica de que esperaban a gente barbada, escrito unos 40 años después de la conquista, Cervantes de Salazar hacia mediados del XVI narró que pensaban que eran dioses. Según Henry Wagner fue Sahagún quien lo identificó con Quetzalcóatl, y es de la opinión que la identificación de Cortés o de los españoles con Quetzalcóatl es una invención posterior, así como la de que el dios era blanco. No se hace mención de ello cuando los contactos con los totonacas, aunque en Cempoala existía un templo dedicado a Quetzalcóatl, véase *The Rise of Fernando Cortés*, cap. XIII.

cisco de Aguilar asevera que fue entonces cuando el huey tlatoani juró vasallaje a Carlos V, ante escribano, algo similar insinúa Cortés. Son sumamente escasas las probabilidades de que en estos momentos Motecuhzoma entregase su reino y señorío tan prematura y gratuitamente, por muchas palabras al efecto que Cortés puso en boca del tlatoani, pasando por la traducción de Marina. Enseguida Motecuhzoma se retiró a su palacio, seguramente pensativo; los españoles lo escoltaron hasta la calle.

Los códices *Ramírez y Florentino* sostienen que durante el día y la noche de su llegada los españoles dispararon la artillería, manifestando su alegría por encontrarse en la ciudad de sus sueños de riqueza, con lo que alteraron y asustaron considerablemente a los indígenas. El *Códice Florentino* comenta:

> Fue como si todo se nublara frente a los ojos; corrían por todos lados, con la mirada perdida; por todos lados chisporroteaba aquello; fue como si se hubiera perdido el aliento, simplemente como si a uno lo aniquilaran, como si se estuviera bajo el efecto de hongos, como si algo desconocido hubiera aparecido. El espanto se extendió, como si todos los hombres hubieran tragado su corazón. Y antes de que oscureciera todo el mundo estaba muy asustado, asombrado, todo el mundo se horrorizó locamente, como postrado por el miedo. Y cuando amaneció, enseguida, entonces, se anunció a grandes voces todo lo que necesitaban los españoles.

De acuerdo con este códice el diálogo entre Motecuhzoma y Cortés se efectuó hasta el día siguiente, cuando el extremeño le dijo al tlatoani cómo los tlaxcaltecas los habían recibido muy bien y se habían quejado amargamente de los mexicas, por ello había decidido ir a México, pues deseaba escuchar

ambas partes y poner remedio y paz entre ellos, por lo que, hasta que tal cosa sucediera, se quedarían allí.

Bernal narra que al día siguiente de su llegada, Cortés, acompañado por Pedro de Alvarado, Juan Velázquez de León, Diego de Ordaz, Sandoval y cinco españoles más, entre ellos Bernal mismo, se dirigió al palacio de Motecuhzoma, no sin primero enviarle noticia de sus intenciones. El huey tlatoani los recibió en un gran salón, flanqueado por varios de sus parientes y servidores. Tras las salutaciones y ceremonias de rigor el soberano hizo sentar a su derecha al extremeño, e indicó a sus acompañantes sentarse en algunos asientos que ordenó traer.

Cortés, siempre a través de Marina y de Aguilar, soltó toda su artillería verbal sobre el soberano, comunicándole su gran satisfacción por finalmente haber podido cumplir las órdenes que le dio el emperador, puesto que se encontraba en México-Tenochtitlan y hablaba con Motecuhzoma. Una de las razones principales de su misión, continuó, consistía en llevarles el conocimiento del Dios verdadero, ofreciéndole enseguida, en breve síntesis, una cátedra de historia religiosa empezando con la creación y con Adán y Eva. Por supuesto, enfatizó que los ídolos que adoraban ciegamente eran diablos malos y de ningún valor, a los que bastaba ponerles una cruz delante para que huyeran, y le advirtió que al morir, si seguían creyendo en ellos, se llevarían sus almas al Infierno, donde arderían eternamente en un fuego inextinguible. Más adelante, prosiguió, el emperador enviaría hombres que vivían en gran santidad para que les explicaran mejor todo esto y los adoctrinaran, pero mientras tanto le pidió dejar de adorar a sus demonios, cesar con la abominación de los sacrificios humanos y el canibalismo, y no consentir que sus súbditos cometiesen sodomías y robos. Concluido su discurso comentó con los suyos: "Con esto cumplimos, por ser el primer toque".

Motecuhzoma respondió que estaba enterado de algunas de las particularidades de la religión española, pues por donde quiera que pasaban lo repetían; sabía que adoraban a tres dioses y a una cruz. Él creía que sus propios dioses eran buenos, como seguramente debían de serlo también los de los españoles; pero por el momento no deseaba seguir hablando de ello. En cuanto a lo que el capitán decía sobre la creación del mundo, también ellos lo creían así; de igual manera creían desde hacía ya mucho tiempo que los españoles eran aquellos que debían venir, de acuerdo con la profecía, afirmando que se había enterado de la llegada de Hernández de Córdoba y de Grijalva.[12]

Cortés le aseguró que todos los españoles eran hermanos, enviados por el emperador; los primeros habían venido a reconocer el camino, los mares y los puertos. Motecuhzoma repitió que su reino era de ellos, agregando con una sonrisa, "porque en todo era muy regocijado en su hablar de gran señor", comenta Bernal, y que si les había insistido en que no viniesen a verle fue sólo porque sus súbditos les tenían gran miedo, debido a su aspecto espantoso, con sus barbas fieras y sus animales que se tragaban a los hombres; y decían que como venían del cielo bajaban de él rayos, relámpagos y truenos, haciendo temblar la tierra e hiriendo a su antojo a quien quisiesen.

Bernal escribe que fue en estos momentos cuando se pronunciaron las palabras que Cortés coloca el día anterior,

[12] Manuel Orozco y Berra, *Los conquistadores de México*, IV, p. 238, continúa lanzando contundentes juicios contra Motecuhzoma. Aduce que la creencia en esta profecía y "la más estúpida de las supersticiones arrojó al imbécil monarca a los pies del invasor", probablemente sin reflexionar que, en la religión católica, que era la suya, también se habla del retorno triunfal de Jesucristo, y además sin poder saber con certeza si tal profecía realmente existió, o fue simplemente una conveniente invención de los conquistadores.

así como la presentación de obsequios. Agrega que como ya era más de mediodía Cortés se lo agradeció y se retiró del palacio del tlatoani, despidiéndose con grandes cortesías, no deseando parecer inoportuno; "íbamos platicando de la buena manera y crianza que en todo tenía, y que nosotros en todo le tuviésemos mucho acato, y con las gorras colchadas quitadas cuando delante de él pasásemos, y así lo hicimos".

Aquí será necesario hacer algunos comentarios:

Cortés escribió sobre este encuentro un año tras lo sucedido; Bernal Díaz décadas después, es obvio que Motecuhzoma no pronunció semejantes palabras sobre prestar obediencia a los españoles, palabras destinadas a legitimar su sumisión, y que serán el principio del mito que tendrá fuertes repercusiones en la historia. Desde muy temprano, hacia mediados del siglo XVI, la capitulación del huey tlatoani se tomó como un hecho y el "encuentro" fue repetido de esta manera durante siglos, por cronistas e historiadores, llegando a moldear la percepción de la sociedad en general.[13]

Toda la relación entre Motecuhzoma y Cortés, desde el encuentro hasta su muerte, se ha narrado en las historias "clásicas" como entre un emperador cobarde, débil, temeroso, supersticioso, y un Cortés heroico, noble, incansable guerrero, hábil estratega y político, lo que supuestamente explica la rendición del huey tlatoani y su posterior prisión y nueva jura de vasallaje, así como que un puñado de españoles pudieran prevalecer sobre cientos de miles de indígenas. Sobre el carácter de Motecuhzoma ya expuse mi opinión en capítulos

[13] Los soldados de Estados Unidos llevaban consigo ejemplares del nuevo *bestseller* de William Prescott, *Historia de la conquista de México*, en su camino de Veracruz a la Ciudad de México, y escribían a casa que caminaban sobre las huellas del gran Cortés; M. Restall, *op. cit.*, p. 67. Hoy en día en el himno de los *marines* estadunidenses está la estrofa "desde los salones de Montezuma, a las orillas de Tripoli, luchamos las batallas de nuestro país… por el derecho y la libertad".

anteriores; es difícil aceptar, como lo hace Durán en su *Historia*, que Motecuhzoma tenía dos personalidades, una la del guerrero bravío y político sagaz de antes de la llegada de los españoles y después otra pusilánime, cobarde y supersticiosa. Los 17 años anteriores tuvo que hacer frente a calamidades naturales, hambrunas, terremotos, inviernos, y someter militarmente a señoríos, y ahora, de pronto, se convierte en un títere español que acepta la rendición y el vasallaje sin más. El carácter de Cortés es de gran claroscuro; sin embargo, la imagen heroica ha sido ensalzada y exaltada tomando como base a López de Gómara y las *Cartas de relación* del extremeño a través de siglos por cronistas, literatos, dramaturgos, artistas y poetas en diversas lenguas, siendo uno de los más leídos William Prescott, su *Historia de la conquista de México* fue un *best seller* mundial por largo tiempo a partir de 1840.

Una de las explicaciones es que, hasta más o menos 1750, la única fuente sobre esta supuesta rendición del huey tlatoani era el discurso del soberano relatado por Cortés en sus *Cartas*. Y como bien se sabe, la repetición constante de una mentira acaba por convertirse en verdad en el ideario social. Esta versión fue incluida en los libros de texto gratuitos en México por buena parte del siglo XX. Obviamente, la percepción de ambos caracteres es falsa; por desgracia esto ha fomentado la "visión de los vencidos" en la idiosincrasia del mexicano al igual que los intereses colonialistas y capitalistas europeos. Poco se ha dicho, o casi nada, sobre la posibilidad de que el juego diplomático de Motecuhzoma era el de engatusar a Cortés, fingiendo una rendición que no pensaba llevar a cabo. A los descendientes de Motecuhzoma también les interesaba mantener el mito de la rendición y del vasallaje, lo que les permitiría conservar por generaciones una serie de privilegios.

A esto hay que agregar que las menciones de canibalismo e idolatría de los nativos justificaba la conquista y la esclavitud: mientras más sangrientas y exageradas las

descripciones, mejor para los propósitos de los "conquistadores"; hasta se llegó a mencionar que en la coronación de Ahuízotl se sacrificaron decenas de miles de prisioneros. La única explicación posible en esos tiempos ante la otredad de la religión mesoamericana fue que era obra del diablo, por supuesto no se hablaba de la misma forma de la quema de herejes por los cristianos y las innumerables crueldades de las guerras de religión en Europa.

Al respecto cabe mencionar que cuando en 1978 se empezó a excavar el sitio del Templo Mayor de Tenochtitlan no se encontró más que escasa evidencia de los supuestos miles de sacrificados ¿dónde quedaron los huesos? En el gran *Huey Tzompantli* excavado desde que fue encontrado en 2015 había sólo unos cientos de cráneos humanos.[14]

En los planes posibles de Motecuhzoma hay que tomar en cuenta también el calendario mexica de 18 meses. La entrada de Cortés a Tenochtitlan ocurrió hacia el final del mes de *Quecholli*, al que le seguía el de *Panquetzaliztli*, en el que se celebraba un festival muy importante en honor a Huitzilopochtli y el último de cuatro meses en que los señoríos sujetos llevaban su tributo a Tenochtitlan, mientras que la época de guerra era de diciembre a abril.

Habrán de transcurrir unos 230 días más o menos, en los que hay poca claridad sobre los sucesos y su ubicación en el tiempo, ya que la mayoría de las crónicas son parcas y confusas. Citando a Vázquez de Tapia: "Otro día entramos en México y estuvimos en él ocho meses, poco más o menos…

[14] Restall, *Cuando Moctezuma conoció a Cortés*, pp. 138-140. Entre los cráneos, para el 2017 eran 657, había de mujeres y de niños. Los tzompantli estaban hechos por postes o vigas de madera donde se empalaban los cráneos de los sacrificados. El Huey Tzompantli estaba a un costado del Templo Mayor, tiene unos 60 metros de diámetro. Bernal exagera mucho lo del tzompantli, dice que Gonzalo de Umbría y Andrés de Tapia contaron los cráneos y eran 135 000.

En el cual tiempo pasaron grandes cosas que, por no alargar las dejo".[15] Más parco no podría ser. Habrá que echar mano sobre todo de las cartas de relación de Cortés y de Bernal Díaz para intentar saber un poco más sobre este tiempo.

Cortés sigue relatando al emperador que así pasaron seis días, recibiendo a diario la visita de muchos nobles y del huey tlatoani. López de Gómara agrega que los proveyeron muy bien de todo lo necesario y que visitaron algunas partes de la ciudad, como la casa de las aves, adyacente al palacio de Motecuhzoma, donde se admiraron de las muchas especies que nunca habían visto. Hay que recordar que en esta época en Europa no se acostumbraba tener zoológicos.[16]

Bernal nos proporciona mayor riqueza de detalles. Dice que un principal llevaba los registros escritos de todos los tributos que llegaban a México-Tenochtitlan y que vieron una casa llena de "libros". Y sobre Motecuhzoma: "No nos hartábamos de ver su gran poder".

En su Segunda carta Cortés ofrece a Carlos V una buena descripción tanto de la ciudad como de la corte de Motecuhzoma, y una breve semblanza de la religión y las costumbres mexicas. Comenta que

> para dar cuenta, muy poderoso señor, a vuestra real excelencia de la grandeza, extrañas y maravillosas cosas desta gran ciudad de Temixtitan, y del señorío y servicio deste Muteczuma, señor della, y de los ritos y costumbres que esta gente tiene, y de la orden que en la gobernación, así desta ciudad como de las otras que eran deste señor, sería menester mucho tiempo y ser muchos relatores y muy expertos; no podré yo decir de cien partes una de las que dellas se podrían decir; mas

[15] *Ibid.*, 267

[16] Este zoológico estaba en los linderos de la ciudad, donde hoy se levanta la iglesia de San Francisco en la calle Madero.

como pudiere, diré algunas cosas de las que vi, que, aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos no las podemos con el entendimiento comprehender.[17]

Habiendo relatado en un capítulo anterior cómo era la corte de Motecuhzoma, remito al lector a esas páginas.[18] En cuanto a la población de la ciudad se calcula en unos 60 000, aunque agregando las poblaciones circunvecinas bien podría llegar a unos dos millones.

Bernal narra que al día siguiente de su entrada el extremeño avisó al huey tlatoani que quería ir a verlo, fue con cuatro capitanes: Alvarado, Velázquez de León, Ordaz y Sandoval, con cinco soldados, entre ellos Bernal, y los intérpretes Malintzin y Aguilar; se presentó como embajador de su soberano, la doctrina, cesar sacrificios y canibalismo. "Con esto cumplimos con el primer toque", Motecuhzoma respondió que ya estaba enterado de ellos y sus dioses eran buenos y repitió

17 Como nota curiosa sobre la imagen del Nuevo Mundo que recorría Europa en este tiempo se podría mencionar la descripción de Tenochtitlan, impresa en fray Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, p. 235: "En el centro del lago hay una gran ciudad, la llaman los cristianos gran Venecia; tiene cinco puertas y cada puerta un puente hasta en la tierra firme, en la laguna andan más de setenta mil canoas, es rey Madotzama, o Mathotzoma. Los techos están hechos de pura plata, de cal y arena", "es sobremanera rica en oro, algodón, cera y miel, usan monedas de cobre. Comen carne humana. Obedecen a su rey, hasta si les dice que se vayan al monte y mueran o que se ahorquen, lo hacen". "Escriben que en todos los precitados países e islas hay tanto oro que no se puede decir, y algunos han salido de Suullia (Sevilla), para dichos países, de uno han hecho mil".

18 La ciudad tenía una forma más o menos rectangular, aunque el eje mayor era el norte-sur que iba de la calle de José María Izazaga al mercado de la Lagunilla, llamado así porque había una pequeña laguna antes de Tlatelolco; el otro eje oriente-poniente iba de las calles de Corregidora y Correo Mayor hasta frente al Palacio de Correos.

que tenía la certeza que eran aquellos de que hablaban sus antepasados, luego obsequios, Bernal recibió dos collares de oro que valoró en 10 pesos cada uno y dos cargas de mantas. Lo que sigue es confuso, dice estuvieron acuartelados cuatro días sin que nadie saliera excepto a las casas de enfrente donde había letrinas y a unas huertas, tal vez dentro del recinto. Sigue que al quinto día Cortés sólo había visto al tlatoani tres veces, en el quinto fueron a Tlatelolco. Después Cortés pide hacer un altar, envía a Malintzin, Aguilar y Orteguilla a pedir permiso al tlatoani, se otorga, a los dos días estaba listo. Extraño que hubieran pasado esos días mano sobre mano. En este paréntesis un carpintero Alonso Yáñez llamó la atención de una puerta clausurada que por lo fresco de la cal parecía reciente, informó a Juan Velázquez de León y Francisco de Lugo que dijeron a Cortés, quien manda se abra.

Al cuarto día de su llegada, Cortés envió a Marina, Aguilar y a su paje Orteguilla, que ya entendía algo de náhuatl,[19] a pedir licencia a Motecuhzoma de permitirles ir a ver la gran plaza del mercado de Tlatelolco y su templo mayor, de los que tanto habían oído hablar. (El altépetl de Tlatelolco había sido integrado por Tenochtitlan no hacía mucho tiempo, y de mal grado.) Bernal no hace mención de qué sucedió en los dos días anteriores, debieron estar acuartelados o tal vez algo puso en alerta al extremeño. El soberano se los concedió, sabiendo del fanatismo religioso de los extranjeros temió que hiciesen algún deshonor a los dioses, por lo que de-

[19] Es esta la primera vez que se menciona a Juan Ortega u Orteguilla en Tenochtitlan. Cortés lo había encomendado en Cempoala al cacique gordo para aprender el idioma, al parecer cambió de idea. Bernal es quien habla de éste único niño español: llegó con su padre, un veterano de las guerras de Italia. No lo mencionan ni Cortés ni López de Gómara, Cervantes una vez y Torquemada afirma que tenía 12 años

cidió acudir, acompañado de muchos principales.[20] Habría que preguntarse por qué escogieron ir al centro ceremonial tlatelolca y no al de Tenochtitlan, que tenían mucho más cerca; tal vez fue porque Cortés deseaba inspeccionar de paso las defensas de la ciudad.

Motecuhzoma fue llevado en ricas andas la mitad del camino, desde donde prosiguió a pie, considerando un sacrilegio llegar hasta el templo en ellas. Iba flanqueado por dos grandes señores, que lo tomaban por los brazos; por delante los portadores de los cayados, señal de la inmediata proximidad del soberano. La comitiva llegó antes que los extranjeros. El soberano y sus nobles, acompañados por muchos sacerdotes, iniciaron el inclinado ascenso de las 114 gradas que conducían a la cima de la pirámide (la de Tenochtitlan tenía 113); una vez arriba entraron a los adoratorios y procedieron a adorar e incensar a sus dioses.

Mientras tanto, Cortés, junto con varios de sus capitanes a caballo, y con la mayor parte de la infantería, iban bien armados y en guardia, acompañados por cantidad de principales enviados por Motecuhzoma. Poco después se presentó ante su asombrada vista la explanada de la gran plaza con sus adoratorios. Bernal relata este momento: "como no habíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había y del gran concierto y regimiento que en todo tenían [...] cada género de mercaderías estaba por sí, y tenían situados y señalados sus asientos". A renglón seguido hace una minuciosa descripción del mercado y de la ciudad, que sería prolijo transcribir, pues, como él dice, "en dos días no se viera todo".

[20] Prescott y varios autores afirman que la gran pirámide visitada en esta ocasión por los españoles fue la de Tenochtitlan. *Cfr*. Prescott, *Historia de la conquista de México*, vol. I, pp. 372 y ss.

Prosiguieron hacia la pirámide, entraron a los grandes patios del conjunto ceremonial, bien empedrados con losas blancas, lisas y pulidas, circundados por un muro de piedra, "todo muy limpio, que no hallarán una paja ni polvo en todo él". El conjunto les pareció mayor que el de la plaza de Salamanca. Estaban por subir a la pirámide cuando vieron bajar a seis sacerdotes y dos principales, enviados por el tlatoani a fin de acompañarlos y auxiliarlos. Dos de ellos iban a tomar de los brazos a Cortés, como acostumbraban a hacerlo con el soberano, el extremeño los rechazó.

En la cúspide Motecuhzoma les dio la bienvenida y dijo a Cortés: "Cansado estaréis, señor Malinche, de subir a este gran templo", con la debida cortesía nativa que el extremeño no entendió y respondió soberbiamente, siempre por medio de los intérpretes, que ni él ni los españoles se cansaban con nada. El soberano lo tomó por la mano y le mostró el maravilloso escenario que se alcanzaba a ver desde esa gran altura: la gran ciudad de México-Tenochtitlan, la multitud de poblados a las orillas de la laguna, y otros muchos en tierra firme, a su alrededor.

El espectáculo era grandioso, dice Bernal que "aquel grande y maldito templo estaba tan alto que todo se señoreaba muy bien". En primer plano estaba la gran plaza del mercado de Tlatelolco, de la que escribe el cronista: "y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaña y llena de tanta gente no la habían visto"; narra que se vendían esclavos "como traen los portugueses los negros de Guinea, y traíanlos atados en unas varas con colleras a los pesquezos, porque no se les huyesen"; compara este gran mercado con el de la feria de su natal Medina del Campo, la más popular de Castilla. Toda la ciudad era visible, así como las tres calzadas que conducían de tierra firme a México-Tenochtitlan: la de Iztapalapan, la de Tlacopan y

la de Tepeyac, todas cortadas por acequias sobre las que estaban puestos los puentes de madera correspondientes. Los españoles los contemplaron con cierta inquietud, así como las muchas construcciones fincadas sobre el agua, se podía pasar de una a otra sólo sobre puentes levadizos, o en canoas. No les pasarían desapercibidos la cantidad de canales que surcaban la ciudad, si los mexicas les quitaban los puentes quedarían aislados, fácilmente a su merced.

Quedaron sorprendidos de la gran cantidad de templos, que blancos de cal relucían bajo los rayos del sol, en un primer momento creyeron que se trataba de fortalezas; cantidad de canoas surcaban la plácida superficie de la laguna y más allá se veía el largo acueducto que, partiendo del cerro de Chapultepec, proveía de agua a la ciudad. No encontrando palabras para describir adecuadamente este magnífico escenario, Bernal se justifica: "y si no lo dijere tan al natural como era, no se maravillen, porque en aquel tiempo tenía otro pensamiento de entender en lo que traíamos entre manos, que es en lo militar y en lo que mi capitán me mandaba, y no en hacer relaciones".

Cortés no estaba dispuesto a perder tiempo en su prisa por salvar almas del demonio. Comentó a fray Bartolomé de Olmedo, quien iba con ellos, la conveniencia de aprovechar el momento para pedir licencia a Motecuhzoma de poner un altar cristiano en uno de los adoratorios de la cúspide. Al fraile la idea no le pareció tan buena; siendo más realista que su capitán en asuntos espirituales, la juzgaba prematura, como casi todas las iniciativas del extremeño a este respecto. Para disuadirlo le dijo que al tlatoani ciertamente no le agradaría semejante proposición.

Cortés pidió a Motecuhzoma mostrarle sus dioses. El soberano, tras consultar con los sacerdotes, condujo al extremeño y a sus capitanes al interior del adoratorio. Era una recámara techada con maderas artísticamente labradas; en las puertas,

a modo de cortinas, había rimeros de cascabeles de oro, lo que mantenía el interior en la penumbra. En la semioscuridad vieron dos especies de altares, y sobre cada uno lo que les parecieron dos bultos, muy altos y rollizos. Uno de esos "bultos", el de la derecha, era la imagen de Huitzilopochtli, con "la cara y rostro muy ancho y los ojos disformes y espantables", dice Bernal; la cabeza y el cuerpo del ídolo estaban tachonados de gemas, perlas, oro y aljófar; lo ceñían grandes serpientes de oro y pedrería; en una mano sostenía un arco y en la otra algunas flechas, colgado al cuello llevaba un collar de corazones de oro, plata y pedrería azul. Junto a él se encontraba un ídolo más pequeño que llevaba en las manos una lanza y un escudo, todo de oro y joyas. El otro "bulto", a la izquierda, era la imagen de Tezcatlipoca, cuyo rostro les pareció semejante al de un oso; sus ojos, hechos de espejos de metal muy pulido, relucían a la luz de las antorchas; su cuerpo estaba ricamente decorado. Había otra imagen, que les pareció medio hombre, medio lagarto, la mitad del cuerpo cubierta de mantas, tachonado de oro y piedras preciosas. Les dijeron que estaba relleno con muestras de todas las semillas que había en la tierra.

A Bernal le falló la memoria o se confundió, pues en la pirámide de Tlatelolco sólo tenía su santuario Tezcatlipoca, mientras que Huitzilopochtli lo tenía en la de Tenochtitlan. Es curioso que esa visita fuera al templo mayor de Tlatelolco, ya que el de Tenochtitlan estaba junto a sus alojamientos, es factible que Cortés lo escogiera para tener un conocimiento más adecuado de la ciudad.

El copal, ardiendo en varios braseros, se elevaba en espirales de humo espeso y oloroso, perfumando la atmósfera. El ambiente religioso fue ensombrecido a los ojos de los extranjeros al ver algunos corazones de sacrificados que se quemaban en otro brasero, y cierto número de cosas "diabólicas": instrumentos musicales y cuchillos para el sacrificio manchados de sangre. "Tenían tanto, que los doy a la maldición, y como todo

hedía a carnicería, no veíamos la hora de quitarnos de tan mal olor y peor vista", escribe Bernal. El suelo y los muros del santuario estaban negros de costras de sangre; "todo hedía muy malamente", tanto que "en los mataderos de Castilla no había tanto hedor"; apenas podían resistirlo, así que una vez satisfecha su curiosidad salieron del santuario.

En las afueras vieron el gran teponaztle, del que ya habían escuchado su resonar. Bernal comenta que emitía un sonido "tan triste y de tal manera como dicen estrumento de los infiernos"; se dice que era audible a más de dos leguas de distancia (11 kilómetros). Andrés de Tapia refiere que los mexicas solían tocar un gran caracol a las doce de la noche, con cuyo sonido todos se levantaban y se mortificaban, sangrándose, quemando incienso y pajas mojadas en su sangre o papeles que llevaban impresos ciertos caracteres.[21]

Cortés, incapaz de contenerse, dijo a Motecuhzoma, aparentando hacerlo medio en broma, que no podía entender cómo un señor de tanta grandeza y sabiduría como lo era el tlatoani no hubiese sido capaz de dilucidar que esos ídolos eran sólo cosas malas, llamadas diablos, que lo tenían engañado. Si deseaba verificarlo podía hacerlo, bastaría con que les diera licencia de colocar una cruz y una imagen de la Virgen en ese sitio y ya vería el temor que esos demonios tendrían ante esos objetos santos. Muy alterado, el tlatoani respondió que si hubiera sabido de los grandes sacrilegios que el capitán pronunciaba en ese lugar sagrado nunca le habría dado licencia de subir; le repitió que tenían a sus dioses por buenos, ya que les proporcionaban salud, lluvias, buenas cosechas y muchas victorias, y en pago de sus favores los mexicas estaban obligados a venerarlos y sacrificarles,

[21] Para más detalles se puede consultar la descripción que Andrés de Tapia hace de este santuario y de sus imágenes, cuando declaró en el Juicio de Residencia de Cortés, DC, II, pp. 359-360.

por lo que le rogaba no decir más palabras en su deshonor. Cortés puso al mal tiempo buena cara y opinó que era tiempo de irse y se despidieron. Motecuhzoma permaneció en el santuario orando y haciendo penitencia, pidiendo perdón a sus dioses por haber permitido entrar a los españoles.

A pesar de las bravatas de Cortés la bajada de la pirámide dejó con dolor de piernas a varios, ya que, según dice Bernal, padecían de bubas (sífilis) o de humores. Cansados del ejercicio y de tantas impresiones nuevas regresaron a sus aposentos escoltados por muchos principales.

Celebraban sus misas en un altar improvisado, que se quitaba y se ponía. Después de algunos días decidieron pedir permiso, así como algunos albañiles, para acondicionar uno más permanente y apropiado para sus celebraciones religiosas. Notificado Motecuhzoma, ordenó proporcionarles lo necesario y en dos días fue hecho. Al discutir sobre el sitio más conveniente para levantarlo, "como somos de tal calidad y todo lo trascendemos y queremos saber", se jacta Bernal, dos españoles, uno de los cuales, Alonso Yáñez, que era carpintero, notaron una ligera diferencia de color en el acabado de la pared de uno de los muros del recinto, parecía recién encalado y era del tamaño de una puerta, aunque baja y pequeña. Como habían oído decir que en algún lugar del palacio se encontraba el tesoro de Axayácatl y no podían dejar de pensar en su paradero, sospecharon que bien podría estar oculto tras esa puerta que parecía recién tapiada.

Yáñez lo comunicó a los capitanes Juan Velázquez de León y Francisco de Lugo, y éstos lo dijeron a Cortés. Fray Diego Durán relata que un conquistador religioso le narró cómo los españoles habían puesto grandísimo cuidado y solicitud en buscar las riquezas de Motecuhzoma.

El extremeño decidió averiguar de qué se trataba. Muy en secreto, acompañado por algunos de sus hombres de más confianza, abrieron un boquete en la puerta tapiada. Entraron y

se sintieron vivir en una de las historias maravillosas de caballería a las que eran tan afectos: ante sus asombrados ojos relumbraba a la luz de sus antorchas una ingente cantidad de joyas de oro, cantidad de tejuelos del mismo metal, gemas, plumajes, ropas y mantas de fino algodón bordado, vasijas y platos de oro, rodelas y armas diversas de rica manufactura. Era tal la cantidad de riquezas que se quedaron sin habla. Estaba ahí la acumulación de las pertenencias que cada tlatoani dejaba al morir, y que no debían ser utilizadas, se consideraban como el tesoro de la ciudad, sagrado y propiedad de los dioses. Cabría la pregunta de por qué los mexicas dejaron el tesoro en ese sitio, hubiera sido más seguro transportarlo a otro.

El extremeño no pudo evitar que corriera el rumor de tal descubrimiento y se vio obligado a permitir que todos sus hombres fueran a verlo por turnos, procurando guardar el mayor sigilo para que ni los mexicas ni sus aliados se enteraran del hallazgo, "y desde que yo lo vi, digo que me admiré, y como en aquel tiempo era mancebo, y no había visto en mi vida riquezas como aquellas, tuve por cierto que en el mundo no se deberían haber otras tantas", exclama Bernal. Acordaron no tocar nada, ni hablar de ello. Volvieron a tapiar la puerta, dejándola tal como estaba, y esperar una ocasión propicia para adueñarse de esas riquezas, obsesión que seguramente no los dejaría dormir en paz. (¿Cómo se hicieron de la argamasa necesaria?)

Bernal narra que andaban con tanta codicia que "no dejaban rincón ni cámara que no andaban y buscaban y trastornaban", así dieron con un aposento "muy secreto" donde estaban las mujeres del soberano con sus damas de compañía, refugiadas por temor a los extranjeros, "que ya daban señal y muestra de su poca continencia", aunque hubo quien dijo que eran doncellas de los templos; el cronista no creía que la virtud española fuera tanta como para aconsejarles que permanecieran castas y honestas, incluso si eran mujeres del tlatoani no le guardarían mucha fidelidad, preso como estaba. (Ángel María

Garibay comenta que el manuscrito tiene tachadas aquí diez y media líneas no legibles, o las borroneó Bernal o la censura, ya que parecen mencionar los desmanes de esas mujeres.)

Sus intenciones de apropiarse de los tesoros ajenos no les impedían oír misa diaria muy piadosamente. Pronto se acabó el vino de consagrar, a lo que sin duda habrían contribuido tanto Cortés como algunos de sus capitanes y hasta el mismo fraile, bebiéndolo en menesteres menos sacros, aunque dijeron que fue usado como remedio cuando se encontraban enfermos en las batallas de Tlaxcala. Sin vino que consagrar sólo rezaban arrodillados ante el altar; habría que suponer que tal devoción podía tener la segunda intención de no parecer menos religiosos que los mexicas, que lo eran mucho.

Cumplido su sueño de encontrar fabulosas riquezas les quedaba ahora determinar cuándo y cómo hacerse de ellas.[22]

22 Hernán Cortés, Segunda carta de relación; Andrés de Tapia, "Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre don Hernando Cortés, marqués del Valle, en la Nueva España"; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV, lib. XXXIII, caps. V y XLV; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, pp. 103-107; *Códice Ramírez*, pp. 112, 190-192; G. Baudot y T. Todorov, "Códice Florentino", caps. XV-XVII; Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, V jornada; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. III, cap. LXIII, lib. IV, caps. I-II; Bernal Diaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. I, caps. LXXXVIII-XCIII; fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. II, caps. LXXIII-LXXIV; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, III, déc. II, lib. VII, caps. IV-VI; fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, caps. XLV-XLVII; Chimalpahin, "Tercera" y "Séptima" relaciones; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Historia de la nación chichimeca", cap. LXXXV; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. III, caps. X-XI.

CAPÍTULO XVI

Prisión de Motecuhzoma

Muteczuma se turbó mucho, e dijo con toda la gravedad
que se puede pensar: "No es persona la mía para estar presa,
y ya que yo lo quisiese, los míos no lo sufrirían"; e así
estuvieron en razones más de cuatro horas, e al fin se concertaron
que Muteczuma fuese con el marqués, e lo llevó a su aposento,
e le dio en guarda a un capitán, e de noche e de día
siempre estaban españoles en su presencia, e él
no dicie a los suyos que estaba preso.

Andrés de Tapia[1]

Cortés relata en su Segunda carta de relación, escrita 11 meses después, que cuando estaban en Cholula recibió una carta de Juan de Escalante, capitán de la Villa Rica, prácticamente el segundo al mando del ejército, notificándole que Cuauhpopoca, señor de Nauhtla (a la que los españoles llamaban Almería), quien pertenecía a la familia gobernante mexica, pues su mujer era bisnieta del tlatoani Huitzilíhuitl, supuestamente había jurado vasallaje a Carlos V mediante unos mensajeros que envió a la villa, excusándose de no acudir en persona por no querer pasar por tierras

[1] "Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre don Hernando Cortés, marqués del Valle, en la Nueva España", p. 66.

enemigas; si deseaba que fuera debía enviarle a cuatro de sus hombres para que lo acompañaran, así sus enemigos frenarían cualquier intento de humillarlo o atacarlo por el camino. Escalante dice que se los envió, pero Cuauhpopoca ordenó atacarlos a traición. Dos españoles perecieron; los otros dos lograron escapar, aunque heridos. (No deja de ser curioso o fraudulento que supuestamente juró vasallaje incluso antes que el huey tlatoani.)

Escalante decidió vengar la afrenta y atacar Nauhtla. Marchó contra esa población a la cabeza de 50 españoles, dos jinetes, dos piezas de artillería y unos ocho o diez mil guerreros aliados. Tomaron el poblado, lo incendiaron y destruyeron, matando a muchos de sus habitantes y desalojando al resto, debido, según afirma Cortés, a la saña de sus aliados. Cuauhpopoca y otros principales lograron escapar. Juan de Escalante se informó con algunos prisioneros sobre la identidad de los cabecillas de la "sublevación" y de por qué ordenaron la muerte de los cuatro españoles habiendo jurado obediencia. Los interrogados respondieron que Motecuhzoma dio órdenes de que, al irse Cortés con su ejército de la Villa Rica, Cuauhpopoca atacara a los totonacas rebeldes e intentara acabar por todos los medios posibles a los españoles que permanecieron en la Villa Rica, para que no favoreciesen a los rebeldes.[2] El extremeño no precisa si recibió esta noticia antes o después de la masacre de Cholula.

[2] Francisco Cervantes de Salazar narra que cuando la salida del ejército de Cortés hacia México, *Crónica de la Nueva España,* lib. III, cap. XXVI, Escalante, en compañía de 12 españoles, había salido a "ranchear", llegando al poblado de Nauhtla-Almería, en el que se encontraba una guarnición mexica de 15 000 guerreros, con órdenes del huey tlatoani de capturar a algún español cuando se presentase la oportunidad y de enviárselo, puesto que deseaba conocerlos. Escalante y los suyos se trabaron en combate con los mexicas durante todo un día, Escalante murió y los mexicas capturaron a un español malherido. Tanto éste como el cadáver de Escalante fueron llevados

Cortés perdió sus documentos, a los que cuidaba mucho, la Noche de la Huida, por lo que dice en la Segunda carta de relación que había escrito al emperador sobre su propósito: "…y aún me acuerdo que me ofrecí..." a tomar preso al tlatoani. Es muy claro en afirmar que la prisión fue al sexto día, tras recordar que en Cholula tuvo noticia de lo ocurrido en Nauhtla; no se sabe si fue antes o después de la matanza de Cholula, si lo segundo lo habría tal vez hecho como escarmiento, Cortés era implacable en sus castigos aunque prefería no verter sangre innecesariamente. Dice que ese día fue a las casas del tlatoani "como otras veces había ido a le ver", lo que contradice a Bernal, pues incluso tal vez lo veía a diario.

Oviedo también narra que: "En la primera relación que hizo Hernando Cortés a Su Majestad Cesárea… aún se ofreció por su letra, de haber a Montezuma muerto o preso, o subjetarlo a la corona de Su Majestad Cesárea, e irle a buscar do quiera que estuviese, E con este propósito se partió de la cibdad de Cempual". En la Carta del Cabildo de julio no se menciona a Motecuhzoma ni su poderío, se supone que aún no estaban bien enterados o que Cortés se reservó el secreto, esto queda poco claro pues se supone que la mayoría sabía de dónde venían los obsequios que enviarían a España pero lo callaron.

Cortés afirma que no quiso comunicar lo de tomar preso al huey tlatoani a los suyos antes de entrar a México-Tenochtitlan, para no desanimarlos más.[3] Dice que pensó utili-

---

en hamacas a México, el español murió por el camino, pero entregaron a Motecuhzoma las dos cabezas. El tlatoani las contempló por largo rato, concluyendo que ello probaba que los españoles no eran inmortales. Fray Diego Durán da otra versión sobre estos hechos, ver capítulo XV, nota 12.

3 En la "Merced y mejora de Hernán Cortés a los caciques de Axapusco y Tepeyehualco", DC, I, p. 71, se dice que, estando los españoles en México-Tenochtitlan, llegaron Tlamapanatzin y Atonaletzin, junto con algunos tlaxcaltecas y previnieron a Cortés sobre la malicia

zar el hecho cuando se presentara la oportunidad como un útil pretexto para apresar al huey tlatoani (lo cual sería otro indicio de que tenía previsto ese plan con bastante anticipación). El extremeño no podría llevar a cabo esa acción de lesa majestad si fuese injustificada, pues en España se condenaría, por lo que trató de probarlo de acuerdo a las leyes vigentes. Adujo que le pareció adecuado aprisionar al soberano porque, tras haber reconocido algunas partes de la ciudad,

> por aquellas me pareció, y aun por lo que de la tierra había visto, que convenía al real servicio y a nuestra seguridad que aquel señor estuviese en mi poder y no en toda su libertad, porque no mudase el propósito y voluntad que mostraba en servir a vuestra alteza, mayormente que los españoles somos algo incomportables e importunos, e porque enojándosenos podría hacer mucho daño, y tanto que no hubiese memoria de nosotros, según su gran poder; e también porque teniéndole conmigo, todas las otras tierras que a él eran súbditas venían más aina al conocimiento e servicio de vuestra majestad, como después sucedió.

Cortés y los suyos planearon hacerlo de tal manera que, sin que hubiera alborotos ni escándalos, pudieran llevar al tlatoani al palacio de Axayácatl, donde lo retendrían bajo guardia.

El extremeño asevera que al sexto día de su llegada se dirigió con varios de sus hombres al palacio de Motecuhzoma (de acuerdo con su cronología debía de ser el lunes 14 de noviembre), dejando piquetes de españoles en las encrucijadas de las calles que intersectaban a la que iban. Una vez en presencia del monarca conversó amablemente con él, inclu-

---

de Motecuhzoma, puesto que hacía ya tres días que había enviado mensajeros con órdenes de que la Villa Rica fuese destruida y los españoles en ella aniquilados.

so Motecuhzoma le obsequió algunas joyas de oro, y hasta una de sus hijas,[4] así como otras hijas de principales para sus capitanes. Cortés no aclara si las aceptó o no. Bernal narra que el extremeño se lo agradeció mucho, diciéndole que era casado y que los españoles no podían tener más de una mujer, pero la tendría en el honor que como hija suya merecía, poniéndole como condición que primero la joven se convirtiera al catolicismo, al igual que las otras doncellas; afirma este cronista que Motecuhzoma accedió. Vázquez de Tapia, por su parte, declaró en el juicio de residencia de Cortés que era del conocimiento público que el capitán se acostaba con dos o tres hermanas, todas hijas de Motecuhzoma, y que él mismo había visto que tenía una, llamada doña Ana, como amante, y que al mismo tiempo tenía embarazada a una prima de esta señora.[5]

A decir de Cortés fue entonces, tras esa gran muestra de generosidad del monarca, que habló al tlatoani sobre los sucesos de Nauhtla; dijo que no creía que Motecuhzoma hubiese ordenado el ataque, seguramente Cuauhpopoca lo afirmaba para exonerarse de culpa. Sin embargo, necesitaba confirmarlo, para ello le rogaba que mandara traer a México-Tenochtitlan tanto a Cuauhpopoca como a los demás principales implicados en los sucesos, a fin de interrogarlos,

[4] En el documento titulado "Donación de tierras a doña Isabel y doña Marina Moctezuma", fechado el 27 de junio de 1526 y el 14 de marzo de 1527, Cortés afirma que Motecuhzoma, después de haber sido herido, le rogó tomar a su cargo a tres de sus hijas, quienes llevaban los nombres cristianos de Isabel, María y Marina. La que el tlatoani entregó en estos momentos a Cortés sería posiblemente su hija mayor, y su favorita: Tecuichpo-Isabel. *Cfr*. José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, p. 250. Hugh Thomas, *La conquista de México*, p. 787, nota 11, sin especificar su fuente, afirma que se trataba de otra, llamada Ana.

[5] En ese mismo juicio, Gonzalo Mejía declaró que había oído decir a los servidores de Cortés que éste se acostaba con dos hijas de Motecuhzoma, doña Inés y doña Ana, DC, II, pp. 41-42, 45.

única manera de saber la verdad. Si resultaban culpables debían ser castigados, de ese modo el emperador de España no albergaría ninguna duda sobre la buena voluntad de Motecuhzoma, lo amenazó con que de otra forma provocaría la ira del emperador.

El huey tlatoani accedió, mandó llamar a ciertos principales y les entregó un sello pequeño de piedra, que llevaba atado en la muñeca, les ordenó partir a Nauhtla y traerle presos a Cuauhpopoca y a sus capitanes. En caso de resistencia pedirían el auxilio militar de algunas comunidades vecinas que les nombró. Cortés se lo agradeció y supuestamente continuó desarrollando su plan maestro, dijo al tlatoani que sólo faltaba que se mudara al palacio de Axayácatl, donde debía permanecer hasta que se supiera la verdad y quedara libre de culpa; supuestamente le rogó encarecidamente no tomarlo a mal, ciertamente no estaría preso y seguiría mandando, gozando de sus privilegios y servicios. El monarca escogería sus aposentos, en los que estaría "muy a su placer", le dio todas las seguridades posibles de que no recibiría afrenta ni humillación alguna, y que los mismos españoles le servirían en todo lo que mandara.

Cortés no menciona la reacción de Motecuhzoma ante este inesperado giro de acontecimientos, si así fuese el caso el soberano debió resistirse todo lo posible, ya que el capitán escribe que "acerca desto pasamos muchas pláticas y razones, largas para las escribir, algo prolijas, y no sustanciales para el caso, finalmente dijo que le placía de se ir conmigo".[6]

[6] Eulalia Guzmán, *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac. Aclaraciones y rectificaciones*, t. I, p. 239, tacha a Cortés de mentiroso en su exposición a Carlos V de estos sucesos, dando, entre otros argumentos, que no existían encrucijadas de calles entre ambos palacios, pues entre ellos sólo se encontraba la gran plaza, en cuyos alrededores había calles y canales anchos y rectos.

Ante lo inevitable Motecuhzoma ordenó prepararle aposentos en el palacio de Axayácatl. Enseguida llegaron muchos señores, quienes, tras descalzarse y quitarse sus vestiduras para mudarlas por otras más humildes, llevaron unas andas improvisadas. Llorando auxiliaron al huey tlatoani a instalarse en ellas y lo llevaron en medio de gran silencio hasta los aposentos de los españoles. Al parecer se dio un conato de resistencia, pues Cortés escribe que, al saberlo, Motecuhzoma ordenó que se estuviesen tranquilos,

> y así hubo toda quietud, según que antes la había, y la hubo todo el tiempo que yo tuve preso al dicho Muteczuma, porque él estaba muy a su placer y con todo su servicio, según en su casa lo tenía, que era bien grande y maravilloso [...] E yo y los de mi compañía le hacíamos todo el placer que a nosotros era posible.

Hasta aquí la versión de Hernán Cortés.[7]

El cuidadoso juego de Motecuhzoma para enfrentar la insólita amenaza que se cernía sobre el dominio mexica fracasó ante esta contrajugada de los extranjeros.

Es casi imposible creer que el señor de Nauhtla actuase por iniciativa propia. Al parecer Motecuhzoma había decidido dejarlos entrar a México-Tenochtitlan, donde podrían ser exterminados más fácilmente, alejándolos también de las provincias en las que podían fomentar rebeliones. La ame-

[7] La pregunta 96 del interrogatorio general del juicio de residencia de Cortés versa sobre si los testigos saben que a los pocos días de entrar en México-Tenochtitlan el extremeño buscó la manera de proteger sus vidas, visto el poderío mexica, y decidió que la mejor manera era llevar a Motecuhzoma a los aposentos donde estaban los españoles; el soberano se mudó a ellos de su voluntad, aunque con una guardia disimulada, DC, II, pp. 239-240.

naza de los extranjeros no era la única a la que tenía que hacer frente, sino también a la creciente oposición de buena parte de la élite noble y guerrera que parecía adquirir fuerza y que ofrecía como contrapartida el enfrentamiento inmediato con los españoles. Hay ciertos indicios de que esa facción contaba con la fuerza suficiente como para operar con independencia del huey tlatoani; tal podría ser el supuesto ataque frustrado a los blancos en Cuitláhuac e Iztapalapan. (Conviene recordar que de esta última era señor el hermano de Motecuhzoma, Cuitláhuac, partidario de la guerra, que era el que tenía más posibilidades de suceder al trono mexica, y que posiblemente tuviera conexiones con la facción contraria al huey tlatoani.)

La opción de una lucha en campo abierto contra los extranjeros había sido desechada por el hábil monarca por considerarla de sumo riesgo; bien sabía del poder de las armas españolas, así como que tras la alianza con totonacas y tlaxcaltecas no constituirían una presa fácil. El príncipe acolhua Ixtlilxóchitl era otra pieza importante en ese juego de ajedrez; hasta el momento se había mantenido al margen, si se unía a los blancos aumentaría considerablemente su fuerza. Motecuhzoma sabía que la mayoría de las provincias subyugadas estaban a la expectativa, listas a rebelarse tan pronto como los mexicas estuvieran en dificultades.

Motecuhzoma debía tomar en consideración el poderío del emperador de los extranjeros, que, aunque era un factor desconocido, bien podía suponerse era considerable. Por todo ello no era conveniente dejar ni uno de los extranjeros con vida, evitando que reportasen su derrota y las riquezas de México, lo que podría provocar un ataque español en forma y, aunque eso sucediera, los extranjeros se enfrentarían a un enemigo presto a combatirlo, consolidado interna y externamente. Tras la eliminación de Cortés y de sus hombres Motecuhzoma podría realizar una purga interna de los ele-

mentos contrarios a su política y lidiar enseguida con los rebeldes totonacas. Por estas consideraciones el soberano sabía que lo que se encontraba en juego era nada menos que la supervivencia del poderío mexica, y no podía exponerse a las veleidades de una batalla campal. En cambio, una vez que los blancos estuviesen dentro de la ciudad lacustre quedarían en franca desventaja, alejados de sus aliados, además de que sus armas no serían tan efectivas en las calzadas y los canales, inclusive podrían ser sitiados y reducidos por hambre.

Bajo este punto de vista el extremeño, consciente de lo peligroso de su situación, decidió jugarse el todo por el todo y prosiguió con su intención primaria de tomar preso a Motecuhzoma. Siguiendo esta versión el soberano, tomado por sorpresa, no previendo semejante osadía de sus huéspedes, no tuvo más remedio que acceder o perder la vida. Si moría, los mexicas, divididos en dos facciones, difícilmente podrían enfrentarse adecuadamente con los extranjeros, así que entre su sacrificio y la posibilidad de ganar tiempo y esperar al desarrollo de los acontecimientos, optó por lo último.[8]

La prisión de Motecuhzoma constituye uno de los acontecimientos más controvertidos de la conquista de México-Tenochtitlan. Fue un suceso de la mayor importancia para la consecución de los fines de Cortés. Por ello será necesario, asumiendo el riesgo de la prolijidad y la repetitividad, exponer las diversas versiones proporcionadas por las fuentes principales, ya que difieren, en mayor o menor grado, de la de Cortés.

López de Gómara, que no fue testigo presencial, relata que los españoles no se sentían a sus anchas en la ciudad; por el contrario, estaban muy temerosos, por lo que extremaron

[8] Germán Vázquez realiza una interesante exposición de estas ideas en su obra *Moctezuma*.

sus precauciones. Cortés permanecía pensativo, suya era la responsabilidad de velar por la seguridad de sus hombres. Habían observado muy de cerca el poderío de los mexicas y les parecía imposible escapar de la ciudad en caso de que Motecuhzoma decidiera deshacerse de ellos, o si al soberano se le rebelase su gente (estas palabras del cronista nos proporcionan una indicación de la posible división interna de los mexicas), ya que podrían vencerlos sólo con quitar los puentes de las calzadas y no aprovisionarlos. Para evitar tal desenlace, "y atajar inconvenientes para sus deseos", fue que el extremeño decidió aprehender al soberano, así como construir cuatro barcos con los cuales poder controlar las aguas de la laguna, aunque esto lo dejó para después, considerando prioritario lo primero: "como ya traía pensado, según yo creo, antes de entrar, considerando que los hombres en agua son como peces en tierra, y que sin prender al rey no tomarían el reino". También estaba obligado a hacerlo debido a la osadía de que hizo gala al asegurar a Carlos V que apresaría a Motecuhzoma y se apoderaría de México y de su imperio.

Cortés no comunicó a nadie esta determinación. Para llevarla a cabo usó como pretexto los sucesos de Nauhtla. Había dado orden a Pedro de Ircio (López de Gómara insiste en su confusión; era Escalante) de poblar en Almería (Nauhtla) para ganar la mano a otros posibles enviados de Francisco de Garay, por tanto Ircio (Escalante) pidió a los nativos de Nauhtla jurar vasallaje, y su negativa sirvió de pretexto para atacarlos.

Cortés, tras leer la carta enviada por su lugarteniente en la Villa Rica, avanzada la noche se paseaba preocupado por su habitación, fue entonces que notó lo de la puerta tapiada, que hizo abrir a dos de sus criados. El tesoro era tal que quedó espantado y deslumbrado. Ordenó tapiar la puerta de nuevo, lo mejor que se pudo, sin sacar nada, para no escandalizar a Motecuhzoma y hacer más difícil su aprehen-

sión, sabiendo que "aquello en casa se quedaba". (Hay que recordar que Cortés ya sabía desde Cholula lo sucedido en Nauhtla.)

Por la mañana varios españoles y muchos tlaxcaltecas dijeron a Cortés que había fuertes rumores de que los mexicas tramaban matarlos y querían quitar los puentes de las calzadas. Fue entonces que decidió apresar a Motecuhzoma (siguiendo el relato de López de Gómara). Dejó en el palacio de Axayácatl a la mitad de sus hombres, colocó en las encrucijadas de las calles que conducían a la mansión del tlatoani a otros muchos, y al resto, dividido en pequeños grupos de dos, tres y cuatro, les ordenó dirigirse disimuladamente tras él al palacio del soberano, "con armas secretas, que así iban los que las tenían". Llegó escoltado por 30 españoles, Motecuhzoma en persona salió a recibirle y lo condujo al salón del trono, algunos de sus hombres se quedaron vigilando la puerta y el patio. El tlatoani estaba de muy buen humor y ofreció su hija y las hijas de otros señores a Cortés, quien aceptó "por no disgustarle".

En lo demás López de Gómara sigue muy de cerca el relato de Cortés, asevera que el sello real "tenía la figura de Vitcilopuchtli", y enaltece a su héroe, afirmando que "Nunca griego ni romano ni de otra nación, desde que hay reyes, hizo cosa igual que Hernán Cortés en prender a Moctezuma, rey poderosísimo, en su propia casa, en lugar fortísimo, entre infinidad de gente, no teniendo más que cuatrocientos cincuenta compañeros".

Andrés de Tapia, testigo presencial, es impreciso, sostiene que Cortés se enteró de los sucesos de Nauhtla poco antes de entrar a México-Tenochtitlan. De acuerdo con su versión los españoles de la Villa Rica fueron a pedir alimentos a un pueblo del que era señor un vasallo de Motecuhzoma, quien se negó a darlos. En la lucha que sobrevino murieron un español y un caballo y quedaron heridos la mayor parte de los

hombres de Escalante. Tapia no precisa el momento exacto en que Cortés fue notificado, ni tampoco aquel en que apresaron a Motecuhzoma, dice vagamente que sucedió después de que reposaron algo, tras su llegada a la ciudad (sería al parecer el segundo día). Como excusa por este acto ofrece la del temor que tenían de que los mexicas quitaran los puentes de las calzadas, dejándolos atrapados, y procedieran a matarlos; afirma que en realidad es lo que tenían planeado. Cortés partió al palacio del huey tlatoani para apresarlo, en lo demás Tapia concuerda con López de Gómara, sólo agrega que Cortés dijo a Motecuhzoma que se veía forzado a pedirle que los acompañara a sus aposentos debido a la presión que sus hombres ejercían sobre él; pidió al monarca evitar que sus súbditos se alterasen, de lo contrario podría pagarlo con su vida. El tlatoani, muy turbado, le respondió gravemente: "No es persona la mía para estar presa, e ya que yo lo quisiese, los míos no lo sufrieren". Pasaron más de cuatro horas discutiendo hasta que Motecuhzoma accedió. Una vez en el palacio de Axayácatl el extremeño ordenó ponerle bajo guardia día y noche, responsabilizando a uno de sus capitanes, al que no nombra, y mandó a sus hombres que trataran al soberano con toda consideración. El hallazgo de las recámaras del tesoro lo describe de manera similar a la de López de Gómara.[9]

La versión de Bernal Díaz ofrece algunas variantes. Siempre dispuesto a disminuir el protagonismo con que el capellán adorna a Cortés y de aumentar tanto el suyo como el de sus compañeros de armas, narra que cuatro capitanes: Juan Velázquez de León, Diego de Ordaz, Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado, así como 12 hombres de la con-

[9] En la Información promovida por Diego Velázquez contra Cortés, fechada el 28 junio-6 julio de 1521 en Santiago de Cuba, Juan Álvarez, testigo presencial, dice que Cortés ordenó a Escalante ir a Almería y exigir a sus habitantes dos o tres canastas de oro, y como no lo dieron fue a atacarlos, Henry Wagner, *The Rise of Fernando Cortés,* p. 208.

fianza de Cortés, Bernal entre ellos, al poco tiempo de entrar a México le comunicaron al extremeño la gran preocupación que los embargaba debido al extremo peligro que corrían encerrados en la ciudad, como si estuviesen metidos en una red o en una trampa. Le pidieron que considerara la fortaleza de Tenochtitlan, acrecentada por sus muchos puentes y calzadas; le recordaron cómo en todos lados les habían prevenido que Motecuhzoma les permitiría entrar a su ciudad para matarlos más fácilmente, y no debían confiar en la aparente buena voluntad que les mostraba. Por todas estas razones le aconsejaron que sin tardanza tomaran preso al tlatoani, única manera de asegurar sus vidas. Se quejaron de que no tenían reposo, ni podían dormir, torturados por esos pensamientos, sintiendo trasudores de muerte, no consolándolos ni todo el oro que les había dado el soberano, ni el que habían visto en las recámaras del tesoro oculto, ni la abundancia de comida con que los proveían.

Cortés respondió que ya había pensado todo lo que le decían, pero ¿cómo podrían tener el atrevimiento, ni el poder, de apresar a tan gran señor en su mismo palacio, y rodeado de sus guerreros? Esto ya lo habían ellos considerado, dijeron, debían sacar de sus aposentos a Motecuhzoma por medio de buenas palabras y llevarlo al palacio de Axayácatl; si se negaba o pedía auxilio lo pagaría con su persona, si Cortés no lo quería hacer debía darles licencia para realizarlo ellos mismos, de ninguna manera debían esperar a que el monarca empezara la guerra. Habían observado que los servidores de Motecuhzoma, encargados de sus alimentos, se estaban desvergonzando y ya no los llevaban tan puntualmente como al principio. Además, dos tlaxcaltecas le habían comunicado a Jerónimo de Aguilar que desde hacía dos días sospechaban de la buena voluntad de los mexicas.

Durante una hora Cortés y sus hombres analizaron los argumentos en pro y en contra de medida tan extrema, final-

mente decidieron hacerlo al día siguiente. Pasaron la noche orando por el buen éxito de su intento. Bernal afirma que por la mañana del día siguiente llegaron dos tlaxcaltecas muy en secreto al palacio de Axayácatl, portadores de unas cartas de la Villa Rica, en las que se narraba la lucha con Cuauhpopoca. Bernal varía en la enumeración de bajas, menciona que murieron seis españoles, un caballo y buen número de totonacas. Debido a ello todos los pueblos de la sierra y Cempoala misma estaban alterados, se negaban a continuar proveyendo comida y gente de servicio a los españoles de la Villa Rica, los cuales no sabían qué hacer, por lo que solicitaban urgentemente a Cortés que les enviara instrucciones. (No deja de ser sospechosa esta extraña coincidencia entre la decisión de apresar a Motecuhzoma y la supuesta llegada providencial de la carta que les dio el pretexto, si es que Cortés había mantenido en secreto que ya lo sabía desde antes.)

Lo sucedido en la costa, de acuerdo con el relato que dice Bernal se lo proporcionaron los españoles que presenciaron los acontecimientos fue que Motecuhzoma tenía una guarnición militar entre Tuzapan (actual Tuxpan) y Almería (Nauhtla), cuyos capitanes, al parecer por órdenes expresas del huey tlatoani, exigieron a las poblaciones totonacas el pago de los tributos que se habían negado a dar alentados por los españoles, so pena de destruir sus pueblos y tomarlos presos. Los totonacas acudieron a quejarse con Juan de Escalante, quien envió mensajeros a los capitanes mexicas, instándolos a cesar en sus exigencias, amenazas y robos, bien sabían que Motecuhzoma había dado como buenas las disposiciones tomadas por los españoles respecto al tributo, y si no, iría contra ellos en pie de guerra. La respuesta mexica fue que los podía encontrar en el campo de batalla cuando quisiera.

Escalante pidió auxilio a los poblados totonacas, pues a pesar de sus bravatas muchos españoles se encontraban

convalecientes, otros eran marineros sin experiencia militar, y sólo contaba con 40 hombres en buenas condiciones, 2 piezas de artillería, un poco de pólvora, 3 ballestas y 2 escopetas. Los totonacas le enviaron 2000 guerreros. Fortalecido fue al encuentro de los mexicas, que los doblaban en número y eran mejores guerreros, por lo que desde la primera escaramuza sus aliados huyeron. A pesar de ello, Escalante y los suyos lograron tomar e incendiar Nauhtla, no sin perder a Juan de Argüello, natural de León, un joven muy robusto, poseedor de una cabeza de gran tamaño, adornada de barbas prietas y encrespadas, quien fue capturado aún con vida. También murió un caballo y Escalante y seis de los suyos quedaron malheridos.

Los españoles regresaron a la Villa Rica, donde a los tres días murieron Escalante y los seis heridos. Bernal refuta una vez más a López de Gómara, asegurando que Pedro de Ircio no tenía cargo alguno, y se encontraba por entonces en México.[10] En su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* Bernal siempre muestra gran animadversión por Ircio.

Motecuhzoma fue notificado por sus capitanes de estos sucesos, le enviaron la gran cabeza de Juan de Argüello, que había muerto por el camino debido a sus heridas. Al verla el tlatoani se atemorizó, ordenó que no fuese ofrendada en ningún templo de México, sino en las afueras. Preguntó a los mensajeros cómo es que no habían logrado vencer a los blancos, siendo éstos tan pocos; respondieron que porque "una gran tequecihuata de Castilla" andaba delante de ellos, y esa señora atemorizaba a los mexicas y daba valor a los extranjeros (ahora no niega la intervención divina como lo hizo cuando la batalla de Tabzcoob).

[10] H. Thomas, *La conquista…*, p. 347, parece compartir la errónea afirmación de López de Gómara sobre Pedro de Ircio.

Siempre de acuerdo con Bernal, los sucesos de la Villa Rica provocaron la determinación española de aprehender a Motecuhzoma o morir en el intento. Cortés, acompañado de cinco de sus capitanes: Alvarado, Sandoval, Velázquez de León, Francisco Lugo y Alonso de Ávila, el mismo Bernal y los dos intérpretes, Marina y Aguilar, se dirigió al palacio de Motecuhzoma tras enviar por delante mensajeros para notificárselo. Ordenó al resto de sus hombres mantenerse preparados y tener sus caballos ensillados y enfrenados. El extremeño y los suyos iban armados, el soberano no se sorprendió, pues siempre andaban así, incluso en las ocasiones en que lo visitaban.

Tras las cortesías de costumbre Cortés reclamó al monarca el ataque de Cuauhpopoca sin mencionar a los españoles muertos, cosa que ni a los suyos había comunicado, por no desanimarlos. Le recordó los sucesos de Cholula, agregando que incluso en esos mismos momentos sus súbditos urdían planes para matarlos. No deseaba empezar una guerra que acarrearía la destrucción de la ciudad, por ello era necesario que Motecuhzoma los acompañara al palacio de Axayácatl de buena voluntad y sin hacer alboroto, so pena de su vida. Los capitanes que lo acompañaban se encargarían de escoltarlo y le dio toda clase de seguridades de que su honor no sufriría ningún menoscabo.

Motecuhzoma mostró cierto temor, afirmó que nunca había dado órdenes de atacar a los españoles; para probarlo mandaría llamar a sus capitanes y los castigaría. En cuanto a acompañarlos a sus aposentos, no era persona la suya para que así se lo mandasen, y no deseaba salir de su palacio. Pasaron en estas pláticas más de media hora, tras lo cual Juan Velázquez de León, "con voz algo alta y espantosa, porque así era su hablar", secundado por los otros capitanes, interpeló en tono brusco a Cortés para que se dejase de tanta palabrería. O Motecuhzoma aceptaba irse con ellos, dijo, o allí mismo le

daban de estocadas. El soberano, al verlos tan alterados, preguntó a Marina por qué y la intérprete le aconsejó que accediese a acompañarlos sin protestar, pues si no, lo matarían en ese mismo momento. Motecuhzoma se resistía, ofreció como rehenes a uno de sus hijos y a dos de sus hijas legítimas, les pidió ahorrarle semejante insulto, sus nobles se lo tomarían muy a mal. Ante la insistencia de los españoles no le quedó más recurso que aceptar, asegurando a sus preocupados cortesanos que lo hacía por su propia voluntad, pues Huitzilopochtli le había dicho que lo hiciera para preservar su salud y su vida.

El tlatoani fue transportado en ricas andas y puesto bajo guardia en el palacio de Axayácatl, aunque todos los servicios y placeres que le podían hacer se los hacían.[11] Muy pronto recibió la visita de sus parientes y nobles principales, deseosos de conocer de su propia boca la causa de su prisión; le aseguraron que, si lo ordenaba, los extranjeros serían atacados de inmediato, el tlatoani los tranquilizó, era su placer pasar unos días con sus huéspedes y les encargó cuidar de que no hubiese alborotos en la ciudad a causa de ello. Hasta aquí Bernal Díaz.

Fray Francisco de Aguilar, también testigo presencial, afirma que Diego de Ordaz, en compañía de otros capitanes, contemplaba desde lo alto de una azotea la gran fortaleza que era México-Tenochtitlan y comentó el gran peligro que corrían sus vidas, encerrados en ella como lo estaban. Decidieron instar a Cortés de la gran conveniencia para su seguridad que sería llevar a Motecuhzoma al palacio de Axayácatl; les respondió

[11] Juan de Cáceres, mayordomo de Cortés, dice que la discusión entre el capitán y Motecuhzoma "duró mucha parte de un día", AGI, Justicia, leg. 223, p. 2, f. 227 [787]. H. Thomas, *La conquista...*, p. 348, escribe que Motecuhzoma cruzó toda la ciudad en su litera camino al cautiverio; sin embargo, de su palacio al de Axayácatl había muy poca distancia.

que su consejo no le parecía bueno, menos aun tomando en consideración que el soberano ya había jurado vasallaje a Carlos V. Le insistieron y requirieron varias veces con lo mismo, Cortés persistía en su negativa, hasta que llegó la famosa carta de la Villa Rica. Entonces fue que decidieron apresar a Motecuhzoma, yendo Cortés y sus soldados por él. En adelante el relato de Aguilar difiere: dice que Motecuhzoma se negó a acompañarlos, respondiendo rígida y ásperamente a la acusación de haber ordenado el ataque a la Villa Rica y diciendo que enviaría por los culpables de inmediato. Cortés le pidió que también fueran tres capitanes españoles: Andrés de Tapia, Pedro Gutiérrez de Valdelomar y el mismo Francisco de Aguilar (quien por lo tanto debía de estar bien enterado de ello; sin embargo, es el único cronista que lo narra así). Mexicas y españoles marcharon unas 80 leguas (446 km) hasta el poblado donde se encontraba Cuauhpopoca y lo llevaron a México, donde fue sentenciado, y no fue sino hasta después de ejecutada su pena que Motecuhzoma fue trasladado a los aposentos de los españoles, lo cual tal vez haga mejor sentido.

Fernández de Oviedo sigue la versión de Hernán Cortés. Comenta que Motecuhzoma era "o muy falto de ánimo, o pusilánime, o muy prudente, aunque en muchas cosas los que le vieron le loan de muy señor e liberal, y en sus razonamientos mostraba ser de buen juicio", y permitió ser aprisionado en un intento de prolongar su vida, y porque Dios así lo había dispuesto.

Cervantes de Salazar, que conversó con conquistadores y tuvo acceso a documentos que ya no existen, entre ellos los memoriales de Alonso de Ojeda que hizo un sumario de esos días, no pudo reconstruir bien el hecho; afirma que tanto los memoriales como los españoles "difieren entre sí, y lo que es más, muchos de los conquistadores de quien yo con cuidado me informé para la verdad de esta historia", que "según los más dicen", los españoles anduvieron seis días por

Tenochtitlan antes que Cortés los consultara sobre la conveniencia de apresar al tlatoani, por los motivos expuestos, y estuvieron de acuerdo. Afirma que el lugarteniente español en la Villa Rica era Francisco Álvarez Chico. Narra también que Motecuhzoma dio a Cortés una hija suya, muy hermosa, y después otra aún más bella, aunque a esta última no la aceptó por el parentesco que tenía con la primera, pero se la entregó a Cristóbal de Olid, que quedó muy satisfecho, tanto por su hermosura como por ser hija del monarca, quien en adelante le daba suntuosos obsequios, tratándole como a su pariente. Ambas jóvenes fueron bautizadas.[12]

Fray Bartolomé de las Casas relata que, en una ocasión, conversando con Cortés en México, le preguntó con qué justicia y conciencia apresó a Motecuhzoma y le usurpó su reino. El extremeño respondió: "Qui non intrat per ostium fur et latro" (quién no entra por la puerta es un ladrón); a lo que el fraile dijo: "Oigan vuestros oídos lo que dice vuestra boca, y después todo se pasó en risa, aunque yo lo lloraba dentro de mí, viendo su insensibilidad, teniéndole por malaventurado". Asevera que Cortés y los suyos apresaron con disimulación a Motecuhzoma, según se lo habían declarado algunos testigos presenciales, poniéndole enseguida bajo una guardia de 80 hombres, y que eso fue hecho el mismo día de su llegada a la ciudad.

Fray Juan de Torquemada no aporta nuevos datos. Da como causas el temor que sintió Cortés de no poder cumplir la promesa hecha a Carlos V y los rumores sobre un complot mexica; se decía que Motecuhzoma, habiendo consultado a sus dioses, le dijeron que ya era tiempo de sacrificar a los extranjeros.

[12] A decir de H. Wagner, *The Rise of…*, p. 210, la hija del tlatoani que tomó Cortés fue probablemente la que se bautizó con el nombre de Ana, otros opinan que se trataba de Tecuichpo.

Antonio de Solís sigue a Bernal, añadiendo que Cortés interrogó a varios de sus aliados nativos sobre si habían observado alguna novedad en el comportamiento de los mexicas y lo que pensaban éstos acerca de los españoles; respondieron que el pueblo en general se encontraba divertido con sus fiestas y que los veneraba, puesto que su soberano así lo hacía, pero a los principales se les veía meditabundos y misteriosos, hablaban en secreto y con medias palabras que sonaban sospechosas; incluso algunos habían oído decir que en días anteriores le había sido traída a Motecuhzoma la cabeza de un español.

De las fuentes cuasiindígenas y de las crónicas el *Códice Ramírez* narra que Cortés apresó a Motecuhzoma confiado en la amistad de Ixtlilxóchitl, quien mantenía un poderoso ejército en las fronteras de México. El extremeño tomó como pretexto la acción de Cuauhpopoca, a quien titula como señor de Mextitlán (lo era en realidad de Coyoacán), y menciona la aprehensión de este principal, aunque no el momento en que se efectuó. La crónica deja entrever que fueron los mismos españoles quienes provocaron el descontento de los mexicas, pues debido a su codicia sin freno muy pronto iniciaron el saqueo tanto de las casas reales como de otras principales, en las que pensaban encontrar riquezas. Los mexicas, temerosos, empezaron a rehuir la presencia de los blancos, por lo que no les llevaban provisiones. Los españoles pasaban hambre y sus aliados tuvieron que buscarles víveres. Cortés, temiendo que las cosas empeorasen, decidió apresar a Motecuhzoma, así como a otros de los grandes nobles.

El *Códice Florentino*, al igual que Las Casas, sostiene que los españoles apresaron a Motecuhzoma desde el momento en que llegaron a Tenochtitlan, que los principales se escondieron y abandonaron rabiosos a su señor. "Y cuando llegaron al gran palacio, cuando entraron, enseguida asieron vigorosamente, guardaron bajo su mirada, ya no dejaron de mirar

a Motecuhzoma, y con él, a Itzcuauhtzin (señor de Tlatelolco); y entonces, sólo los otros salieron".

Fray Diego Durán relata que, de acuerdo con una historia pictográfica nativa de Texcoco que guardaba un anciano principal, Motecuhzoma fue apresado en el santuario de Toci momentos después de dar la bienvenida a los españoles a su ciudad, incluso tenía dibujados grilletes en los pies. Corrieron la misma suerte los tlatoanis de Acolhuacan y de Tlacopan, así como el señor de Xochimilco, que era uno de los nobles de más confianza de Motecuhzoma. Comenta el fraile que esto se le hacía difícil de creer, pues ningún conquistador con los que había hablado lo decía; pero como negaban otras cosas, también podrían negar esta: "por ser una de las más mal hechas y atroces que hicieron". Uno de los conquistadores, que había tomado el hábito religioso (posiblemente Francisco de Aguilar), le confesó que, si acaso hubiera sucedido así, habría sido con el fin de asegurar sus propias vidas.

Chimalpahin también declara que el tlatoani fue apresado a la llegada de los españoles a México, junto con Cacama, señor de Acolhuacan, al que llama hermano de Motecuhzoma (era su sobrino), e Itzcuauhtzin, tlacochcálcatl o regente militar de Tlatelolco. Según Cortés, Cacama estaba en contra de la rendición de Motecuhzoma, y estaba conjurado con el tlatoani de Tlacopan, y que lo sustituyó como soberano con su hermano Cohuanacotzin, el tiempo en que esto sucedió no es claro.

Alva Ixtlilxóchitl narra que Motecuhzoma fue apresado a los cuatro días de la llegada de los españoles, agregando que los principales de México se escondieron. En su *Historia de la nación chichimeca* retoma la versión de que ocurrió a los seis días del arribo español, dando el dato de que en una carta original que tenía en su poder, dirigida a Carlos V y firmada por los tres tlatoanis de la Triple Alianza, pe-

día al emperador disculpar a los mexicas, pues lo que se les atribuía, tanto en el caso de Nauhtla como en otros, era sólo invento de los tlaxcaltecas y de algunos españoles, motivados por el temor que sentían y el deseo de salir cuanto antes de la ciudad para poner a salvo sus vidas así como las grandes riquezas que habían acumulado.[13] El cronista dice que, según leyó en esta carta y en las relaciones mexicanas, Motecuhzoma no tuvo culpa en la muerte de los cuatro españoles de la Villa Rica, que fue causada por los agravios y excesos cometidos por los mismos hombres de Escalante. Narra que el sello real de Motecuhzoma tenía esculpida la imagen del rostro del tlatoani, y afirma que cuando llevaban preso al soberano hubo gran alboroto entre sus súbditos que intentaron rescatarlo, pero el soberano les ordenó permanecer tranquilos.[14]

13 *Cfr.* Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, vol. II.

14 Eulalia Guzmán, mujer apasionada y furibunda enemiga de Cortés, cita varios de estos testimonios a fin de probar que Motecuhzoma fue apresado al llegar los españoles a la ciudad, usando como otra prueba de cargo la lámina 11 del *Lienzo de Tlaxcala*, llamada "Tenochtitlan", en la que se ve a Cortés sentado bajo el techo de un edificio, a sus espaldas Marina, y frente a él cuatro señores, que la señora Guzmán identifica como tlaxcaltecas. El primero de ellos aparece sentado en una silla, los otros tres atrás de él; Cortés parece estar conversando con ellos. Entre Cortés y el señor sentado se ve el dibujo que simboliza la confederación tlaxcalteca. Sobre la azotea del edificio se encuentra un nativo sentado, dibujado en escala menor, y que parece tener las manos encadenadas; a sus espaldas se ve el jeroglífico de Motecuhzoma. Guzmán opina que esta lámina representa la inmediata prisión de Motecuhzoma, realizada con la ayuda tlaxcalteca, véase E. Guzmán, *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac*..., t. I, p. 217.

Según J. L. Martínez, *Hernán Cortés*, pp. 247-249, esta interpretación se opone a la conocida, pues de acuerdo con Chavero la lámina representa a Cortés hablando con Motecuhzoma, quien, en este caso, sería el señor sentado frente al capitán, mientras que el de la azotea sería un anciano (*huehue* en náhuatl), que junto con el glifo de Motecuhzoma significaría Huehue-Motecuhzoma, es decir que en el pa-

En lo que concuerdan los testimonios es en la extraordinaria audacia con que Cortés apresó a Motecuhzoma, al parecer sin causar mayores dificultades en la precaria situación de los españoles, aunque difieren sobre el momento en que sucedió. Parece poco probable, por el riesgo que conllevaba y lo prematuro de la acción, que la aprehensión se hiciera en el momento de su llegada, cuando desconocían la fortaleza de la ciudad, la actitud que tendría el soberano y las repercusiones de tal acto. Además esto contradice el carácter cauteloso, aunque audaz, de Cortés. Se ha argumentado que de haber realizado entonces tal hazaña seguramente sería el primero en jactarse; pero habría que tomar en cuenta que necesitaba guardar las apariencias de cierto derecho, justificando de alguna manera tan extremo proceder.

Los testigos presenciales están de acuerdo en que sucedió a los pocos días de su llegada a México-Tenochtitlan; si bien tienen la tacha de ser partícipes y españoles, las historias cuasiindígenas no son muy precisas en cuanto al tiempo linear de los acontecimientos. Tomando en cuenta las circunstancias parece más probable que haya sido algunos días después de su arribo, tras reconocer primero la naturaleza de la ciudad, atemorizados por la ratonera en la que estaban e inducidos por el constante temor de ser atrapados en ella, temor que los tlaxcaltecas y demás nativos enemigos de los mexicas seguramente exacerbaban lo más posible, a fin de fomentar la fricción entre los españoles y Motecuhzoma.

Durante siglos este primer encuentro entre un emisario europeo y un gran soberano americano se convirtió en un

---

lacio de Motecuhzoma Ilhuicamina se llevó a cabo esa conversación. Sin embargo, el señor Martínez admite que la interpretación de doña Eulalia podría ser correcta, puesto que los cuatro señores llevan en las cabezas insignias de señores tlaxcaltecas, incluido el señor sentado, quien no lleva el *copilli* o corona real, además de que el hombre de la azotea no semeja ser un anciano.

mito entre el salvajismo y la "civilización", las intenciones del europeo no eran precisamente las de un embajador. El encuentro simboliza desde su inicio el comprenderse dos culturas distintas acerca del protocolo señorial y diplomático, deberían en un principio buscar maneras comunes de entenderse, fue un encuentro-desencuentro. Las crónicas narran diversas maneras en que se dio el encuentro, las españolas enfatizan el vasallaje del tlatoani más que su cortesía, pues esto iba en su conveniencia, aunque era lógico que Malintzin supiera del lenguaje nativo de la nobleza y como tal supuestamente se lo tradujera a Cortés.

Hay que tomar en cuenta que el soberano sabía de las armas españolas, de cómo habían vencido a pesar de todo; lo más probable es que decidiera esperar, tener más información, tal vez deseando que sólo le pidieran un vínculo formal.

Es poco creíble que tomaran preso al tlatoani una semana tras su llegada, lo que narra Cortés es a veces contradictorio y debilitado por las declaraciones de otros testigos, aunque ninguno de sus hombres lo desmintió a pesar de que sus afirmaciones sean algo incoherentes. Sin embargo la versión de Cortés perduró. Debe recordarse que escribió su Segunda carta al emperador cuando aún no había logrado sus objetivos, estaba en rebelión contra Diego Velázquez y necesitaba justificar sus actos bajo el amparo de la legalidad española y católica; su única vía era entregar el señorío mexica a Carlos V, y para ello necesitaba que Motecuhzoma hubiera jurado vasallaje. La otra fuente principal que es la *Historia verdadera…* de Bernal cuenta más o menos lo mismo.

El periodo transcurrido entre la entrada de los españoles a México-Tenochtitlan y la llegada de la armada de Pánfilo de Narváez fue de unos seis meses. Sobre los sucesos ocurridos en este tiempo los cronistas nos proporcionan pocos datos, la mayoría son de índole anecdótica, y la sucesión cronológica

de los mismos es un tanto confusa, aunque dan una idea general de cómo pasó este tiempo.

El cautiverio transcurrió de manera más o menos placentera, a decir de los cronistas, exceptuando el paréntesis de Cuauhpopoca. El tlatoani llevaba dieciocho años de reinar. López de Gómara relata que los capitanes de Cortés, al mando de sus guardias, se turnaban noche y día para vigilarlo. Cervantes asevera que Pedro de Alvarado era quien estaba a cargo de esa guardia, compuesta por 30 españoles que se turnaban cada seis horas.

Al huey tlatoani se le permitió gozar de las mismas comodidades a las que estaba acostumbrado, rodeado de sus servidores y sus mujeres, aunque los españoles se mantenían siempre cerca; se dice que procuraban entretenerlo, distraerlo y alegrarlo con su conversación (sería a través de Malintzin, Aguilar y Orteguilla), lo que les agradecía, no consintiendo que permanecieran de pie ante él aquellos cuya plática le agradaba y siempre procuraba darles algún obsequio. Si le gustaba alguna prenda de los extranjeros la cambiada por una suya, o simplemente la pedía. Si la daban de buena gana la examinaba, la alababa y se la ponía; pero si le pedían algo a cambio ordenaba que se pagara el precio pedido, tomaba la prenda y la regresaba, con el comentario de que para él no debía haber precio, ponerlo era una ofensa a su grandeza ni eran los españoles mercaderes; ya sabría corresponder con largueza sin que se lo pidieran. Cortés lo visitaba con frecuencia, rogándole no entristecerse por estar en compañía de los españoles; supuestamente le proporcionaba las atenciones que podía y mandaba a los suyos proceder igual.

Se supone que Motecuhzoma seguía atendiendo con regularidad los asuntos de Estado, no estaba en el interés de los españoles que el orden se colapsara, sino tomar el poder a través del tlatoani. Tras desayunar daba audiencia por

una hora a los principales que iban de lejos a presentarle los asuntos y pleitos de mayor consideración. A decir de Bernal en tales ocasiones le acompañaban 20 grandes señores como consejeros. Antes de que los solicitantes entraran a su presencia se despojaban de sus ricas vestiduras, cambiándolas por otras más humildes, de burda manta de henequén. Llevaban el asunto a tratar pintado sobre paños de fibra de henequén y señalaban los dibujos por medio de varas delgadas, exponiendo verbalmente el asunto. Dos señores ancianos, de pie junto al soberano, tras haber entendido el problema, comunicaban su parecer al tlatoani, quien con breves palabras emitía su sentencia, los demandantes salían caminando hacia atrás, realizando las tres reverencias de costumbre.

El *Códice Florentino* afirma que, aunque Motecuhzoma seguía dando las órdenes, los principales ya no querían obedecerle, irritados en su contra pues no aprobaban su sumisión, y procuraban no ir a verle; pero continuaron dándole todo lo que necesitaba. Según Durán se dio orden a todos los pueblos de la comarca para que proveyesen al ejército de Cortés por turno.

Aparentemente a los 15 o 20 días de haber partido hacia la costa los emisarios de Motecuhzoma regresaron con Cuauhpopoca, que llegó sobre ricas andas, como el gran señor que era, acompañado por uno de sus hijos y por 15 principales que se decía estaban involucrados en la muerte de los españoles. Antes de presentarse ante Motecuhzoma se cambió sus ricas ropas por unas más humildes y se descalzó. Tras esperar un tiempo fueron llamados y entraron al gran salón. Cuauhpopoca se adelantó solo, sus acompañantes se quedaron a la entrada. Efectuó con grandísimo acato las tres reverencias, con la cabeza baja y los ojos mirando al suelo, y le dijo: "Muy grande y muy poderoso Emperador y señor mío: Aquí está tu esclavo Cuauhpopoca que mandaste prender; mira lo que mandas, tu esclavo soy y no podré hacer

otra cosa sino obedecerte". Airadamente Motecuhzoma respondió que debido a su traición sería castigado. Cuauhpopoca intentó disculparse, el soberano se negó a escucharlo y ordenó que los entregaran a Cortés.

El extremeño los puso bajo guardia y procedió a interrogarlos por separado, según él mismo lo narra. Confesaron haber estado en lo de la muerte de los españoles; al preguntarles si eran vasallos de Motecuhzoma, Cuauhpopoca respondió que si acaso habría otro señor de quien pudiesen serlo; pero negaron haber actuado bajo las órdenes del tlatoani. Bernal afirma que dijeron que el monarca les había mandado cobrar los tributos, si era necesario por la fuerza, advirtiéndoles que si los españoles salían en defensa de los remisos les dieran guerra o los mataran. El extremeño afirma lo mismo en su carta de relación.

Esto es dudoso, por decir lo menos, pues si su señor les hubiera ordenado no revelarlo, ni la tortura los haría hablar. Tampoco es creíble que Cuauhpopoca exigiese el pago de tributos y atacara a los totonacas, o a los españoles, sin el conocimiento y el visto bueno de Motecuhzoma, aunque siempre existe la posibilidad de que tuviera que defenderse ante los excesos de los españoles de la Villa Rica, y no es lógico creer que lo ordenó el huey tlatoani.

Cortés comunicó estas confesiones a Motecuhzoma, diciéndole que por ello merecía la muerte; pero por el cariño que le tenía prefería pagar él mismo el castigo que vérselo sufrir.

La sentencia dictada por Cortés contra Cuauhpopoca, su hijo y sus compañeros fue brutal: debían ser quemados públicamente en la plaza mayor.

La noche anterior a la ejecución Cortés ordenó a sus hombres que durmieran vestidos, con las armas listas, los caballos ensillados y los frenos puestos, había rumores de que los mexicas intentarían atacarlos por la noche. A un tal

Barco, que se había desvestido para dormir, mandó ponerle en un cepo por dos días, expuesto al sereno y al sol.

El día señalado para el castigo Cortés fue a las habitaciones de Motecuhzoma acompañado de Marina y tres o cuatro de sus capitanes; un español llevó los grillos que el capitán ordenó ponerle. Ante tan ultrajante e insólita acción el soberano se sobresaltó sobremanera y aseguró no tener culpa alguna en las acciones de Cuauhpopoca. Bernal relata que "hacia bramuras, y si de antes estaba temeroso, entonces estuvo mucho más". Sus parientes y principales que lo acompañaban lloraban, atónitos y asustados, hincados sostenían con sus manos los grillos para aliviarle de su peso, metiendo por los anillos de fierro algunas mantas delgadas de algodón, a fin de que no le lastimaran la piel. Estando en la mayor confusión no se decidían a tomar ninguna acción en contra de los españoles, temiendo provocar la muerte del huey tlatoani. Cortés prohibió que ni el soberano, ni ningún mexica del palacio de Axayácatl se comunicaran con el exterior.

La ejecución se efectuó frente al palacio de Motecuhzoma, en la gran plaza central de México-Tenochtitlan. Los prisioneros llegaron maniatados, bajo fuerte guardia española, ante el silencio asombrado y temeroso de los mexicas, que observaban azorados cómo sus supuestos huéspedes se procuraban justicia por propia mano en la misma capital mexica.

Como leña para las hogueras Cortés ordenó utilizar las armas almacenadas en los templos y en el *Tlacochcalco* (el arsenal del *Calmécac*), evitando de paso su posible uso, matando dos pájaros de un tiro, como era su predilección. Andrés de Tapia asegura que se reunieron más de 500 carretadas de armas.

Cuauhpopoca, su hijo y los demás nobles (de dos de los cuales Bernal recuerda más o menos como se llamaban: Coate y Quiavit, aunque comenta que "poco va en saber sus nombres", posiblemente sea su rendición de Cohuatl y Quiahuitl), fueron atados a un poste cada uno. No han que-

dado registros de sus últimos momentos, sólo se dijo que como la madera estaba muy seca, fueron rápidamente consumidos. Bernal dice que fueron cuatro los ejecutados; Cortés, que 17.[15]

En el *Códice Ramírez* se afirma que Cuauhpopoca fue ahorcado públicamente, siendo la única fuente de esta versión.

En los *Anales de Tlatelolco* curiosamente se dice que la muerte de Cuauhpopoca ocurrió meses después, por mayo, hacia el mes de *Toxcatl*, cuando la matanza del Templo Mayor, en que Pedro de Alvarado, en ausencia de Cortés, concedió licencia a los mexicas de celebrar una de sus festividades religiosas: "Fue en aquella época cuando ahorcaron en Atenantitech al Nexaualquentzin, príncipe de los acolhua", y en el siguiente párrafo dice: "Como segundo murió el soberano de Nautlan, llamado Coualpopocatzin. Lo mataron a flechazos y cuando lo hubieron llenado de flechas, entonces todavía lo quemaron vivo".[16]

[15] En la Información promovida por Diego Velázquez contra Cortés, fechada el 28 junio-6 julio de 1521 en Santiago de Cuba, Juan Álvarez, testigo presencial, declaró que Cuauhpopoca, así como 9 o 10 indígenas más, fueron atados en medio de una plaza a ciertos pilares de palo, colocados expresamente para ello; entonces Cortés mandó a sus aliados tlaxcaltecas que les ejecutasen con flechas y lanzas, mientras que los españoles formaban un círculo protector a su alrededor. Comenta Álvarez que si Motecuhzoma no se hubiese encontrado preso no hubiese quedado ningún cristiano con vida, DC, I, p. 206. H. Thomas menciona que los hijos (así, en plural) de Cuauhpopoca fueron apresados con él, siendo todos quemados sobre un montón de flechas y ¡vainas de espadas!, véase *La conquista de México*, p. 351. Poco después, p. 353, escribe que los sacerdotes hojeaban ruidosamente los manuscritos iluminados, como si se tratase de libros de papel. No contento con ello, en la p. 355, opina que a Cortés le llevaban agua mujeres pintadas de azul, que se habían untado incienso de copal en los pies.

[16] *Anales de Tlatelolco, Unos Annales Históricos de la Nación Mexicana*, párrafos 292 y 293. E. Guzmán utiliza este documento como prueba de las mentiras de Cortés, agregando que José Francisco Chimalpopoca,

Bernal Díaz, en la *Historia verdadera…*, escrita tiempo después, aún se asombraba de la audacia que tuvieron: "Muchas veces, ahora que soy viejo, me paro a considerar las cosas heroicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes; y digo que nuestros hechos que no los hacíamos nosotros, sino que venían todos encaminados por Dios", se preguntaba el cronista, "¿quiénes podrían ser tan osados de hundir sus naves, y, siendo tan pocos, entrar a esa gran ciudad, prender a su señor y hacer justicia de sus capitanes delante de él?".

Terminada la ejecución, Cortés, acompañado de algunos de sus hombres, fue a quitarle los grillos a Motecuhzoma, "y él quedó muy contento", se atreve a decir el extremeño, añadiendo que consoló al tlatoani con dulces palabras. Le dijo que lo consideraba más que si fuera su hermano, y si podía lo haría con el tiempo señor de las tierras que aún no había podido conquistar; le ofreció que, si lo deseaba, podría irse a su palacio. A Motecuhzoma se le humedecieron los ojos, pronto se le pasó el enojo y agradeció a Cortés sus

---

descendiente de Cuauhtémoc, escribió en un documento fechado en Ixcateopan, Guerrero, el 4 de octubre de 1768, que cuando Motecuhzoma fue apresado los nobles de Tenochtitlan pidieron auxilio militar a "los reyes tributarios"; en respuesta Ixcateopan envió tropas encabezadas por Cuauhtémoc, representando a su abuelo materno que era señor de aquel lugar, y que "fue a parapetarse, como príncipe e general, a estar como señor de los tlatilolcas"; de igual modo enviaron guerreros de otros señoríos, y "fueron repartidos en toda la Tenochtitlan para reforzarse", *Cfr*. *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac…*, t. I, pp. 244-245. En los *Anales de Tlatelolco*, párrafo 17, se afirma que en Tlatelolco se sentó como soberano el Quauhtemoctzin Tlactecuhtli Xocoyotl en el año 10-Ácatl, aclarando que: "Cuando la gente de Castilla llegó aquí, hacía cuatro años que era soberano aquí en Tlatelolco". Es muy probable que cuando el gobernador militar de Tlatelolco, Itzquauhtzin, fue apresado junto con Motecuhzoma, Cuauhtémoc asumiese sus funciones.

atenciones, aunque bien sabía que las promesas del capitán eran sólo palabras.

Al parecer, Cortés había enviado a Jerónimo de Aguilar a decir en secreto a Motecuhzoma que, aunque el capitán le ofreciera su libertad, no la aceptara, pues los demás españoles no lo permitirían. Por ello el tlatoani respondió a Cortés que permanecería en el palacio de Axayácatl, pues sus parientes y principales podrían inducirlo a luchar, cosa que todos los días le aconsejaban, si se negaba era probable que nombrasen otro tlatoani. Él siempre les decía que estaba en los aposentos de los extranjeros por mandato de Huitzilopochtli, pues el dios le ordenaba que los tratara bien. Cortés lo abrazó y le dijo, según Bernal: "No en balde, señor Montezuma, os quiero tanto como a mí mismo".

El *Códice Florentino* narra:

> Estaban muy asustados, tenían mucho miedo, estaban azorados de estupor. Un gran temor se había extendido, el temor se extendía; ya nadie se atrevía a hacer nada; como si hubiera allá una bestia feroz, como si la tierra estuviera muerta.
>
> Sin embargo, no se detuvieron por eso, eso no los retuvo de ir a llevar todo lo que los españoles necesitaban. Pero fue con temor como lo llevaron, simplemente corrieron aterrados a llevarlo. Y cuando fueron a depositarlo en tierra, regresaron corriendo, saltaron como chispas, jadeaban, tiritaban.

La noticia del terrible castigo corrió como reguero de pólvora y el prestigio de los extranjeros aumentó en proporción considerable, así como el temor que despertaban.[17]

[17] Eulalia Guzmán opina que la aseveración de López de Gómara de que el castigo de Cuauhpopoca fue una "nueva manera de justicia" es "muy importante, pues significa un mentís a lo escrito por algunos cronistas, de que los mexicanos usaban quemar vivos prisioneros

Cortés se ocupó enseguida de los asuntos de la Villa Rica, envió a Alonso de Grado a sustituir a Juan de Escalante. Grado era notable más por su simpatía que por su lealtad y formaba parte importante de la facción velazquista por su carácter revoltoso, tal vez por ello Cortés lo quiso alejar; era de agradable conversación y buena presencia, tocaba instrumentos musicales y era buen escribano; cuando las batallas de Tlaxcala fue uno de los que clamaban por el regreso a la costa y estuvo entre los renuentes a entrar en México-Tenochtitlan. Cortés le dijo que sus deseos quedarían satisfechos, pues partiría a la Villa Rica y le dio sus instrucciones: no debía intentar aventuras militares como su predecesor, no fuese que acabase igual; debía evitar que sus hombres cometieran agravios contra los nativos, no tomarles nada por la fuerza, terminar la fortaleza, inspeccionar y acelerar la manufactura de dos gruesas cadenas de hierro que había mandado hacer a los herreros; a la brevedad posible le enviaría a México ciertas cosas que habían sacado de los navíos, como anclas, velas, jarcias, pez, estopa y una aguja de marear (brújula), pues deseaba construir unos bergantines, consciente del gran daño que los mexicas podrían hacerles con sólo quitar los puentes de las calzadas.

Alonso de Grado le pidió que le diera la vara de alguacil mayor, puesto que había ejercido Juan de Escalante, ya que

---

por castigo o en sacrificio a sus dioses". No teniendo empacho en usar, para apoyar su punto de vista, la misma fuente a la que califica constantemente de poco confiable, tendenciosa y mentirosa, sin reflexionar que poco podía saber López de Gómara sobre la historia mexica. Es sabido que los mexicas, en una de sus festividades religiosas, asaban sobre una cama de brasas a algunos cautivos, sacándolos antes de expirar por medio de largos garfios para sacrificarlos enseguida. Alva Ixtlilxóchitl narra que el príncipe acolhua Ixtlilxóchitl había vencido en batalla a un capitán mexica, ordenando que fuese quemado vivo ante ambos ejércitos en una pira hecha de cañas y carrizos. *Cfr*. *Supra*, cap. 3.

Cortés sólo le nombró teniente; el extremeño le respondió que tras la muerte de Escalante ya había nombrado a Gonzalo de Sandoval para ese cargo. Grado muy pronto demostró ser incapaz de desempeñar con eficacia su responsabilidad: se hizo servir por los indígenas como gran señor, enviaba pedir a las poblaciones vecinas joyas de oro y jóvenes hermosas. No dedicó tiempo a terminar la fortaleza, pero sí mucho a bien comer y a jugar, y, más grave a los ojos de Cortés, se reunía en secreto con algunos españoles, instándolos a que si venía Diego Velázquez o enviaba una expedición se pasasen a sus filas.

Cortés fue notificado mediante cartas de sus hombres de confianza, se molestó consigo mismo por haber concedido a Grado un puesto de tal responsabilidad, conociendo sus inclinaciones. No podía permitir que un velazquista disoluto cuidara el vital punto de la Villa Rica, por lo que decidió remplazarlo con Gonzalo de Sandoval, de probada lealtad, que ya era alguacil mayor. Sandoval partió hacia la costa en compañía de Pedro de Ircio, cuya plática le divertía, pues era buen narrador de anécdotas y de memorias sobre sus peripecias de juventud. Ircio había servido en la casa del conde de Urena y de don Pedro Girón y cultivado una buena amistad con Sandoval, quien impulsó su carrera hasta llegar al grado de capitán. Debió de ser malhablado, pues Bernal comenta que si en el tiempo en que estaba redactando su *Historia verdadera…* Ircio dijese las palabras que solía, seguramente sufriría un castigo a manos del Santo Oficio. Cuando Gonzalo de Sandoval llegó a la Villa Rica apresó a Alonso de Grado y lo envió a Cortés junto con los objetos que el extremeño solicitó y que Grado nunca remitió. Se dice que Sandoval era querido tanto por sus hombres como por los indígenas, pues atendía a los enfermos y era justo con los nativos. Prosiguió con energía y rapidez la construcción del fuerte.

Según declaración de Vázquez de Tapia en el juicio de residencia de Cortés, Alonso de Grado había sostenido pú-

blicamente que si llegaban órdenes o un gobernador enviado por Carlos V lo recibiría, pese a Cortés. De acuerdo con la misma declaración, cuando Grado y sus guardianes estaban a dos leguas de México, Pedro de Alvarado salió a caballo a encontrarlos en compañía de otros españoles, injurió de mala manera a Grado, le quitó los libros de contabilidad que llevaba, pues era contador de la Corona, los cuales nunca le fueron devueltos, y lo amenazó con que en cuanto Cortés saliese por alguna causa de México-Tenochtitlan él mismo se encargaría de que lo colgasen.

Alonso de Grado entró a la ciudad a pie, con una soga a la garganta, precedido de jinetes escaramuceando y de infantes tañendo atabales.[18] Cuando entró al patio del palacio en donde se alojaban los españoles, éstos, a fin de afrentarle más, tocaron los tambores, como era la costumbre de guerra, gritándole con tanta saña que era un infame y traidor que no se atrevió a levantar la mirada.

Cortés se negó a hablar con él, ordenó ponerlo dos días en un cepo de madera recién hecho, que según Bernal olía a ajos y cebollas. Grado, de lengua muy suelta, prometió a Cortés serle fiel en lo sucesivo hasta que lo convenció y mandó soltarlo. En adelante acompañó a Cortés con frecuencia, aunque el capitán no volvió a conferirle ningún mando relacionado con las armas. (Posteriormente le concedería la mano de Tecuichpo-Isabel, hija mayor de Motecuhzoma.)

Contando con las partes de los navíos inutilizados en la Villa Rica, Cortés se dedicó a materializar su plan de construir bergantines, como medida de precaución ante un posible ataque mexica que podría dejarlos sitiados. Solicitó madera y mano de obra a Motecuhzoma y pronto quedaron terminados, gracias también a la labor de los carpinteros Martín López y Andrés Núñez, y a la de algu-

[18] DC, II, pp. 33, 34.

nos carpinteros nativos[19]. El extremeño afirma en su Segunda carta que se construyeron cuatro naves en tiempo muy breve; su tamaño era tal que entre todas bien podían llevar a bordo hasta 300 soldados y a la caballería a cualquier sitio de la laguna que quisieran. Bernal asevera que sólo fueron dos, y al parecer estaba en lo cierto, lo cual fue un grave error estratégico de Cortés, pues si hubiesen tenido suficientes barcos provistos de artillería habrían podido cubrir con ellos por lo menos una de las tres calzadas, único medio que tenían de retirada en caso de un ataque mexica.

Los bergantines no tenían cubierta y eran de fondo plano, provistos de velas y remos, por tanto más rápidos que las canoas nativas; fueron botados a la laguna con grandes exclamaciones de alegría y ante el asombro de los mexicas al ver que los impulsaba el viento; sus banderas ondeaban, estaban cubiertos por toldos y eran tripulados por los marineros españoles que estaban en México-Tenochtitlan.

Para conocer lo que pasó en el cautiverio del huey tlatoani sólo tenemos básicamente las versiones de Cortés y de Bernal Díaz, durante todo el tiempo entre la llegada a Tenochtitlan y su caída no se escribió ningún otro documento o carta (la Noche de la Huida se perdieron varios); aunque Cortés dice que la rendición fue notariada, cuando cayó en su poder Tenochtitlan quedaban pocos testigos sobrevivientes. Fuera del palacio de Axayácatl todo parecía normal para los mexicas, que no tenían ninguna relación con los pocos españoles que vivían en el palacio. El dominio mexica parecía seguir funcionando como si nada hubiera sucedido.

[19] Ni Cortés ni López de Gómara mencionan a Martín López por su nombre. Bernal le da mucho protagonismo.

Tras la ejecución de Cuauhpopoca Cortés supuestamente realizó esfuerzos por mantener contento y resignado a Motecuhzoma, a quien aseguró que Carlos V se mostraría complacido de que el tlatoani siguiera disfrutando de su señorío, aunque en calidad de vasallo. Tanto Cortés como los suyos se quitaban los bonetes o el casco en señal de respeto al pasar frente al soberano. Ni el capitán ni ninguno de sus hombres tomaba asiento ante él mientras no se los pedía, "y en esto era tan bien mirado, que todos le queríamos con gran amor, porque verdaderamente era gran señor en todas las cosas que le veíamos hacer", afirma Bernal. El extremeño lo visitaba tras hacer sus oraciones, acompañado por algunos de sus capitanes, sobre todo por Pedro de Alvarado, Juan Velázquez de León y Diego de Ordaz. Preguntaba al monarca con respeto cómo estaba, qué mandaba y le pedía no entristecerse. Para distraerle mandaba a los caballeros españoles que jugasen o hiciesen ejercicios militares delante de él, lo que supuestamente le gustaba mucho.

Por su parte, Motecuhzoma seguía dándoles obsequios, joyas, mantas y doncellas hermosas. Gustaba de jugar con Cortés, Alvarado y un sobrino suyo a lo que Bernal llama *totoloque*, que al parecer consistía en arrojar a cierta distancia unas esferas pequeñas de oro sobre unos tejuelos también de oro, ganando quien sumara cinco rayas; las apuestas eran piezas de oro y joyas, aunque no en la misma proporción, ya que mientras Alvarado apostaba un *chalchihuitl*, Motecuhzoma lo hacía con un tejuelo de oro valorado en unos 50 ducados. El soberano llegó a perder en una sola tarde hasta 40 o 50 de esos tejuelos, aunque intencionalmente, para tener ocasión de dar como gran señor. Cuando Alvarado, que contaba las rayas de Cortés, intentaba hacer trampa a su favor, el tlatoani le decía con mucha gracia, haciendo reír a todos los presentes, que Alvarado hablaba en demasía, y hacía mucho

ixoxol, significando que mentía y echaba una raya de más. Si Cortés ganaba el juego entregaba las joyas a los parientes de Motecuhzoma, y si ganaba el huey tlatoani las repartía entre los españoles de guardia.[20]

El servicio de comida seguía siendo de muy gran señor, los platillos que le servían ocupaban un espacio igual al de un buen tiro de piedra, puestos de cuatro en cuatro por hileras, y al finalizar bebida de chocolate, que gustó mucho a los españoles y le atribuían poderes afrodisiacos. Motecuhzoma escogía los que deseaba, el resto era repartido entre los principales de palacio y los españoles. Sus aposentos eran suntuosos; la cama sobre una estera, cubierta con cantidad de mantas de algodón de diversos colores, muy finas y delgadas, y sobre ellas otras de plumas ricas y de pieles de conejo, calientes y agradables al tacto.

Bernal dice que el huey tlatoani se bañaba una vez al día, por la tarde (lo confirma Francisco de Aguilar), sus ropas no las tocaba nadie, iban envueltas en mantas, un principal traía el agua y se la echaba encima, se enjuagaba la boca, otro traía toallas grandes que tomaba y se secaba.

En muchas ocasiones Motecuhzoma pedía licencia a Cortés para ir al templo, a sus casas de placer o de cacería, actividad a la cual era particularmente afecto, era tirador muy certero con el arco y la cerbatana. El extremeño se la concedía con la condición de que regresase por la tarde. El tlatoani era llevado en sus andas, acompañado siempre por ocho o diez españoles, a los que solía dar algún regalo de joyas o de oro. Cuando organizaba algún banquete o celebración, los españoles que iban con él siempre tenían muchas cosas que contar a su regreso a palacio. En las cacerías llevaba

[20] Juan de Cáceres declaró que Motecuhzoma jugaba "a la ballesta con el dicho [Cortés] e con otros españoles e con don Pedro de Alvarado, e jugaba otros juegos de plazer e pasatiempo", AGI, Justicia, leg. 223, p. 2, f. 227r. [789].

hasta 3000 mexicas, entre principales y oteadores; de estos últimos había algunos tan buenos que, en cierta ocasión, cuando el capitán Francisco de Saucedo "el Pulido" observó a un gavilán y manifestó que le parecía un ave excelente, que tendría mucha suerte quien la poseyera, Motecuhzoma ordenó a sus oteadores que atrapasen al ave y se la obsequió a Saucedo.

Cierta vez Motecuhzoma quiso ir de cacería a un peñol llamado *Tepopolco*, en la laguna (más tarde se le conoció como Peñón Grande o del Marqués), donde tenía una de sus reservas de caza. Cortés ofreció transportarlo en los bergantines, el tlatoani accedió, embarcándose junto con muchos señores, mientras que en el otro iba uno de sus hijos, acompañado de otros principales, ricamente ataviados; los monteros iban en canoas. El extremeño puso al mando de los navíos a Juan Velázquez de León, Cristóbal de Olid y Alonso de Ávila, llevando a unos 200 españoles y cuatro piezas de artillería de bronce a bordo, a cargo de los artilleros Mesa y Arvenga. La lucida comitiva zarpó al son de la música española y mexica. El viento era favorable y pronto los bergantines dejaron atrás a las canoas, a pesar de los muchos remeros que llevaban, algunas con capacidad de hasta 60.

Llegados al peñol los servidores levantaron enramadas para sombra. Motecuhzoma ofreció a sus invitados una comida, se pusieron mesas para los españoles y esteras para los nativos, aunque por orden de los capitanes algunos españoles los acompañaron. Motecuhzoma y los señores principales se sentaron a las mesas. Mientras tanto instalaron grandes redes hacia las cuales los monteros dirigirían a los asustados animales. Tras la comida y unos momentos de reposo la cacería se inició. Motecuhzoma mató todos los venados, liebres y conejos que quiso. Luego de merendar regresaron por la tarde muy contentos, en las cercanías de

la ciudad los capitanes ordenaron a la artillería disparar salvas, a manera de festejo.

Cervantes de Salazar narra que en ese sitio mostró a los de Cortés sus casas "y secreto de ellas", muy grandes y vistosas, en una de ellas un español se perdió y tuvo que buscarlo un criado del soberano, estaba sobre el agua, por abajo podían pasar canoas en las que el tlatoani iba secretamente lo más solo que podía a ver a sus mujeres.

Motecuhzoma pidió a Cortés que le permitiera gozar de la compañía de un muchacho español, Orteguilla, en adelante se le conoció como el Paje. Para estos momentos ya sabía bastante náhuatl, y era tan servicial con el tlatoani que le tomó gran cariño, fue de mucha utilidad, tanto para el soberano como para los españoles, a través de él Motecuhzoma trataba de obtener información sobre los extranjeros, su origen, las particularidades de su país, su religión, el poder del emperador y muchas otras cosas; los españoles podían enterarse a su vez de buena parte de lo que hablaba el soberano con sus capitanes y principales. Fray Bartolomé de Olmedo solía mantener largas charlas con el tlatoani sobre cuestiones religiosas, con Orteguilla como traductor; se dice que Motecuhzoma escuchaba atentamente estas exposiciones.

El tlatoani recordaba los nombres y calidades de los blancos que veía con más frecuencia. Bernal comenta que, cuando estaba de guardia o pasaba frente al soberano, se quitaba el bonete con mucho respeto; como aún era joven le comentó a Orteguilla que pensaba pedirle a Motecuhzoma una doncella muy hermosa. El paje, ni tardo ni perezoso, se lo dijo al monarca y ese mismo día le entregaron una joven a Bernal, junto con tres tejuelos de oro y dos cargas de mantas, a manera de dote, pues la doncella no tenía recursos propios; le pidieron que la tratara muy bien, pues era hija de un principal, prontamente fue bautizada con el nombre

de Francisca, de manera que Bernal no pecara tanto (sólo la menciona esta vez, no se sabe si tuvo hijos con ella o no). Lo agradeció respetuosamente al monarca, diciéndole por medio de Orteguilla que le besaba las manos por tal merced y que pediría a Dios que le diera prosperidad, a lo que Motecuhzoma respondió: "De noble condición me parece Bernal Díaz".[21] Andrés de Tapia asegura que Motecuhzoma todo el tiempo obsequiaba a los españoles objetos preciosos, mucha comida y mujeres hermosas.

No sería tarea fácil ni agradable proveer de alimentos al ejército de Cortés y a los nativos que iban con él, aunque posiblemente sus aliados se procurasen su propio sustento. Para tratar de aliviar un poco esta pesada carga Cortés ordenó que cada español se quedara solamente con una indígena para preparar y servir sus alimentos, y que las demás salieran de la ciudad, para no causar tanto problema al soberano y a su gente. Cuando Motecuhzoma se enteró solicitó al extremeño ir a verlo a sus aposentos y con palabras graves le dijo que se sorprendía de que lo tuviese en tan poco, que no sería bien visto que su grandeza temiese esos pequeños gastos, pudiendo hacer otros mucho mayores; antes de que Cortés pudiera responderle ordenó a sus principales proporcionar mejores aposentos a las mujeres de servicio de los extranjeros y doblarles la ración diaria de lo que necesitaran. Cortés se lo agradeció, pidió disculpas y le aseguró que su intención no había sido molestarle, sino servirle.

Motecuhzoma sentía especial estima por un tal Peña, simpático y gracioso en sus palabras y acciones. El monar-

[21] Manuel Orozco y Berra asevera, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 281, citando el cap. XCVII de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal, que esta joven había sido concubina de Motecuhzoma; sin embargo, el cronista no menciona tal cosa.

ca se divertía quitándole el bonete, tirándolo desde la azotea y viendo como Peña bajaba por él, enseguida le daba alguna joya; siempre que veía a Peña le sonreía, y solicitaba su compañía en sus comidas y cuando salía a divertirse.

Cervantes relata que Motecuhzoma, preocupado por el bienestar de los españoles, les señaló un sitio donde hacer sus necesidades; al parecer eran en unas casas enfrente del palacio. Muchos servidores se encargaban de mantenerlo limpio y con buen olor, era un lugar grande y en uno de los aposentos Alonso de Ojeda encontró gran cantidad de costales pequeños, bien atados. Sacó uno, lo abrió, y para su sorpresa lo encontró lleno de piojos; intrigado por esta curiosidad se lo contó a Cortés, quien preguntó a Marina y Aguilar cual podría ser la causa; respondieron que todos sus súbditos debían tributar algo a Motecuhzoma, y el que era muy pobre o estaba enfermo, por no poder dar otra cosa, estaba obligado a espulgarse cada día y guardar y entregar sus piojos como tributo (buena medida sanitaria).

Una noche los españoles, Peña entre ellos, observaron que muchos de los nativos de servicio salían de los retretes cargados con panes de liquidámbar; fueron a investigar y encontraron buena cantidad de liquidámbar que se llevaron, en el mercado cada uno de esos panes tenía el precio de tres guajolotes. Cortés lo supo y mandó aprehenderlos. Dos días después Motecuhzoma se enteró de que su favorito Peña y otros españoles estaban encarcelados, inquirió la razón y el capitán le dijo que estaban castigados por hurto, que de ninguna manera permitiría que sus hombres le dieran ningún enojo. El tlatoani respondió que eso no era nada, le pidió soltarlos, pues los españoles, afirmó, no debían ser castigados más que por violencias o desacatos. Cortés se lo agradeció y mandó liberarlos. Peña fue a besar las manos al monarca, quien le pidió que en adelante no se apartase de su lado, ofreciendo darle lo que le pidiese

y obsequiándole objetos valiosos. Como consecuencia, y hasta que se acabó el liquidámbar, los españoles siguieron robándolo, sin importarles los malos olores que combatía[22].

Cervantes narra otra anécdota similar: una noche los sirvientes nativos de los españoles, los cuales afirma que eran unos 300, entre hombres y mujeres, entraron en uno de los depósitos de cacao de Motecuhzoma. El grano estaba almacenado en unas vasijas de mimbre, tan grandes que no las podían abarcar seis hombres. Había más de 40 000 cargas del preciado grano, cada carga con 24 000 semillas. Los indígenas empezaron a llevárselas casi hasta el amanecer. Al enterarse Pedro de Alvarado dijo a Alonso de Ojeda, quien velaba esa noche al monarca, que fueran a tomar algo de esa riqueza, se dirigieron al depósito de cacao con otros 50 españoles. Ojeda, impaciente porque ya se acercaba el alba, cortó los cinchos de las vasijas y todos llenaron mantas con el cacao, vaciando unas tres vasijas, equivalentes a 600 cargas. Cortés lo supo, pero por tratarse de Alvarado lo disimuló y lo amonestó en privado.

El carácter generoso de Motecuhzoma le hacía buscar ocasiones de dar. Una vez observó que Alonso de Ojeda tenía una bolsa grande que parecía nueva, bordada en seda, plegable y con muchos compartimentos. Se la pidió y la examinó detenidamente, asombrándose de que tuviera tantas bolsas y tan bien hechas, entonces silbó apenas audiblemente, de inmediato acudieron algunos principales, en voz baja les mandó traerle ciertas cosas; al poco tiempo regresaron con dos mujeres de muy buen ver, algunas mantas ricas, una anega de cacao y algunas joyas, todo lo cual obsequió a Ojeda.

A pesar de estos colores casi idílicos con que los cronistas españoles pintan la prisión del soberano, ciertos indicios

[22] El liquidámbar, *Liquidambar styraciflua*, es un árbol que produce una resina aromática utilizada en la medicina tradicional

permiten entrever que no todo estaba tan bien como lo pretenden. Martín Vázquez, al declarar en el juicio de residencia de Cortés, manifestó que el capitán mantenía muy bien guardado a Motecuhzoma, pues había sospechas de que intentaba fugarse, aunque de manera que el monarca no lo resintiese. En una ocasión encontraron una macana en la cabecera de su cama, y en el exterior una pared de su aposento mostraba huellas de intentos de horadación.[23] Cervantes relata que Motecuhzoma intentó una vez arrojarse desde una azotea con una altura de 10 estados (c. 20 metros), mientras algunos mexicas estaban abajo para amortiguar su caída; lo evitó uno de los españoles de su guardia.[24] Los nobles estaban muy inquietos y buscaban maneras de liberar a su señor, intentaron incendiar las azoteas del palacio y horadaban los muros tan continuamente que Cortés mandó a Rodrigo Álvarez Chico y a Andrés de Monjaraz, con 60 hombres cada uno, que se turnaran de veinte en veinte, haciendo guardia en las afueras del palacio, con lo que al parecer terminaron los intentos de liberarlo.

No deja de ser curiosa la supuesta falta casi total de los tenochcas ante la prisión de su soberano, y menos la amenaza que suponía para su dominio si los señoríos subyugados y enemigos se enteraban.

Las relaciones de Motecuhzoma con sus captores no siempre eran buenas. Cuando le tocaba el turno de la noche, un tal Trujillo, marinero y soldado de su guardia, molestaba a Motecuhzoma con ciertas acciones y ruidos. El soberano preguntó a Orteguilla quién era ese malcriado y sucio, respondiendo el paje que un marinero sin educación ni buena crianza. Al amanecer el tlatoani mandó llamar a Trujillo, le

23 DC, II, p. 336.

24 Juan Miralles, *Hernán Cortés, inventor de México*, p. 177, dice que intentó lanzarse desde la terraza "pero no se dice cómo se amortiguaría la caída", Cervantes afirma que los suyos lo recibirían.

reprendió sus modales y le dio una joya de oro que pesaba cinco pesos; recompensado de esa manera, Trujillo volvió a hacer por la noche lo que fuese que hiciese, pensando que así recibiría otra joya; Motecuhzoma se quejó con Juan Velázquez de León, capitán encargado de la guardia en esos momentos, que amonestó severamente a Trujillo y lo relevó.

Pedro López, otro español adjudicado a la guardia del tlatoani, gran ballestero y buen hombre, pero al que no se le entendía bien al hablar, tuvo un altercado por la noche con un cuadrillero sobre si ya era hora de su turno o no; según Bernal, exclamó: "¡Oh pese a tal con este perro, que por velarle a la continua estoy muy malo del estómago, para me morir!" Orteguilla debió traducir la expresión a Motecuhzoma, pues el soberano se sintió triste por tal desacato. Cortés lo supo y enfureció en tal forma que ordenó azotar a López. En adelante los guardias permanecían en silencioso respeto.

Uno de esos días otro miembro de la guardia no encontraba a sus dos indígenas de servicio, por lo que le pareció muy fácil pedir a Motecuhzoma que las mandara buscar. Pasaron dos días y el español volvió a exigir al tlatoani que las encontrara, profiriendo al parecer algunas amenazas, y ante la respuesta desdeñosa del monarca se atrevió a amagarle con su espada. Al saberlo Cortés ordenó que ahorcasen al insolente, por ruegos de los capitanes cambió la sentencia a 200 azotes, proporcionados en presencia de Motecuhzoma, sin ceder esta vez a las súplicas de clemencia de los compañeros de guardia del sentenciado. En otra ocasión el extremeño mandó azotar a tres soldados de la guardia que abandonaron sus puestos al terminar su turno sin esperar ser remplazados.

Al observar la magnanimidad y generosidad con que Motecuhzoma repartía obsequios, obsesionado por el tesoro tapiado, Cortés decidió probar suerte y le comentó que sus hombres habían tomado algunas cosas preciosas que encon-

traron en unas recámaras del palacio, y le preguntó qué mandaba al respecto. El soberano respondió que todo eso pertenecía a sus dioses, que dejaran las plumas y objetos que no eran de oro ni de plata, y tomaran lo demás, y si más querían más les daría. Cervantes de Salazar afirma haber visto un memorial que le envió Ojeda en el que se decía que ese tesoro era tan grande que llenaría quince navíos; los españoles llamaron "la joyería" a la recámara donde estaba guardado. Las cajas con ropajes y mantas de algodón llegaban hasta el techo, siendo tan anchas que vacías cabían dos hombres en ellas; sacaron al patio más de mil cargas de esas telas. Supuestamente Cortés intentó dárselas a Motecuhzoma, pero éste no las aceptó, diciendo que ya se las había obsequiado, por lo que fueron repartidas entre los españoles y posiblemente algo de ello tocase a sus aliados tlaxcaltecas.

El *Códice Florentino* y otras fuentes relatan tal vez con más realismo la tremenda codicia que dominaba a Cortés y a sus hombres, aseverando que una vez establecidos en la ciudad interrogaron minuciosamente a Motecuhzoma sobre todo lo relacionado con los depósitos de armas y de riquezas. El monarca los guio a donde se guardaban, mientras los españoles

> lo rodeaban, iban todos repartidos alrededor de él; estaba de pie en medio de ellos, estaba de pie frente a ellos; venían agarrándolo por varios lados, venían sujetándolo de cerca.
>
> Y cuando llegaron a la cámara secreta de los tesoros, al sitio denominado Teocalco,[25] pronto, entonces, sacaron fuera, desordenadamente, todas las esteras de tejido precioso, las armaduras rituales de plumas de quetzal, las armas, los escudos, los discos de oro, los collares de los demonios, los cuernos

[25] "La Casa de Dios", el salón del palacio real donde eran guardadas las riquezas de los tlatoanis.

de oro para decorar la nariz, las perneras de oro, los brazaletes de oro, las diademas de oro.

Enseguida, entonces, fue arrancado el oro de los escudos, y el de todas las armas. Y cuando todo el oro fue arrancado, entonces prendieron fuego, hicieron quemar, destruyeron mediante el fuego, todos los diferentes objetos preciosos. Lo quemaron todo. Y el oro lo hicieron lingotes, los españoles. Y el jade, todo el que vieron bello y bueno, lo tomaron; y también, lo que quedaba del jade, los tlaxcaltecas simplemente se lo robaron todo. Y se fueron por todos lados; y se fueron a hurgar en todas partes en los escondites, las cámaras secretas de los tesoros, los depósitos. Se llevaron todo, todo lo que veían, todo lo que veían que era bello y bueno.

Saquearon también el Totocalco,[26] separando de igual modo el oro y las plumas. Estas últimas las juntaron en medio del patio, de donde posiblemente los aliados, que las apreciaban mucho, las tomarían, "se daban palmadas en la espalda, como si su corazón brillara [...] Por todas partes entraron corriendo, como si lo codiciaran todo, tuvieran ganas de todo [...] Se lo llevaron todo. Se apoderaron de todo. Se apropiaron todo, se atribuyeron todo".

A decir de Durán, "no dejaban rincón ni cámara que no andaban y buscaban y trastornaban". Encontraron unas recámaras aisladas donde mantenían en secreto a las mujeres de Motecuhzoma, junto con sus damas de compañía y sus servidoras. Algunos dicen que eran doncellas recogidas de los templos, a las que trataban de mantener fuera de la vista lujuriosa de los españoles, "que ya daban señal y muestra de su poca continencia". Agrega el fraile que, aunque la historia no lo contase, él no creía que la virtud de los españoles fuera tanta que dejaran a estas doncellas perseverar en su castidad,

26 "Casa de los Pájaros", ciertas recámaras particulares del palacio de Motecuhzoma.

que si se trataba de las mujeres de Motecuhzoma tampoco era creíble que guardaran fidelidad a su señor aprisionado.

Es muy probable que en esos momentos Cortés no tuviera una clara perspectiva de los pasos a seguir para lograr sus objetivos de dominio y barajase en su mente muchas posibilidades. Tenía en sus manos al gran señor del Anáhuac, contaba con la amistad de buena parte de los otros poderes organizados, sobre todo de los tlaxcaltecas, los totonacas y del príncipe Ixtlilxóchitl, mientras que Acolhuacan y Tlacopan seguirían los dictados del huey tlatoani, al menos por el momento. Quedaba como factor desconocido el de los purépechas de Michoacán, que se habían mantenido al margen y al parecer eran enemigos de los mexicas. Sin embargo, el extremeño estaba consciente de lo precario de su situación, amenazada sobre todo por la existencia de una fuerte facción hostil de la nobleza guerrera mexica que parecía estar cada vez más en contraposición con el huey tlatoani y que podría desconocerlo o atacar a los extranjeros. Tras los excesos de celo cristiano del extremeño, incluso la clase sacerdotal, que era uno de los pilares en que se había apoyado Motecuhzoma, indignada y ultrajada, abandonaba la causa del soberano y abrazaba la de la nobleza bélica.

¿Por cuánto tiempo más podrían los españoles sostenerse en tal situación antes de que los mexicas desconocieran a su soberano, eligieran a otro y los atacaran? Posiblemente el extremeño contemplara la posibilidad de encarcelar o eliminar a los varios líderes de la facción descontenta con Motecuhzoma, de la misma o parecida manera como había lidiado con Cuauhpopoca o tratar de mantenerse en control de algún modo en espera de que llegasen buenas noticias de España y pudiese pedir refuerzos a las islas, o tal vez simplemente se encontraba preso en su propia telaraña, sin saber cómo escapar. Posiblemente podrían salir de México, llevando como rehén a Motecuhzoma y a algunos de los grandes señores, pero entonces tendrían que

reducir a la belicosa ciudad por medio de las armas, o tras un largo sitio; para ello contaría con el auxilio de sus aliados, seguramente confiaba en poder someterla por medios más pacíficos, para lo cual primero tendría que tomar el poder de Motecuhzoma en sus manos, cosa que casi lograba, y enseguida lidiar con la oposición mexica.[27]

[27] Hernán Cortés, Segunda carta de relación; Andrés de Tapia, *op. cit.*; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV, lib. XXXIII, caps. V, VI y XLVI; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, pp. 107, 125-132; *Códice Ramírez*, pp. 113, 195, 196; Georges Baudot y Tzvetan Todorov, "Códice Florentino", lib. XII, caps. XVI-XVIII; fray Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, p. 53, e *Historia de las Indias*, vol. III, lib. III, cap. CXVI; fray Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, V jornada; Francisco Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. IV, caps. XXVI-XXXVI, XLIV; Bernal Diaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. I, caps. XCIII-C, CVII; fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. II, caps. LXXIV-LXXV; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, III, déc. II, lib. VIII, caps. I-VI; fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, caps. XLVIII-LV; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Sumaria relación de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España", "Compendio histórico del reino de Texcoco", "Historia de la nación chichimeca", caps. LXXXV, LXXXVI; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. III, caps. XII, XVIII-XX, y lib. IV, cap. I.

CAPÍTULO XVII

Vasallaje

Lo que yo os mando y ruego que todos de buena voluntad, al presente, se lo demos [la obediencia] y contribuyamos con alguna señal de vasallaje, que presto os diré lo que más convenga, y porque ahora soy importunado a ello por Malinche, ninguno lo rehuse [...] Y desde que oyeron este razonamiento, todos dieron por respuesta que harían lo que mandase, y con muchas lágrimas y suspiros, y Montezuma muchas más.

Bernal Díaz del Castillo[1]

Cortés no era hombre de ocios, durante su estancia en México-Tenochtitlan utilizó el tiempo en acrecentar su información sobre lo relativo a las nuevas tierras, la fuente a su disposición era inmejorable: el huey tlatoani en persona, por lo que mantenía largas conversaciones tanto con Motecuhzoma como con muchos nobles. Sus principales intereses versaban sobre los límites del señorío de la Triple Alianza; la localización de las "minas", como los españoles llamaban a los ríos auríferos de los que se extraía el oro en grano por medio de lavado con cribas; la distancia que había hasta la Mar del Sur (nombre con que llamaban al océano Pacífico);

1 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. I, cap. CI.

y la existencia de ríos navegables y de puertos adecuados en la costa del Golfo de México.

Una vez que se formó una imagen geográfica razonable decidió que era momento de obtener conocimiento de primera mano, por lo que envió expediciones de reconocimiento, conformadas por españoles acompañados por guías y sirvientes mexicas. El momento preciso en que salieron de México-Tenochtitlan es incierto, hay quienes dicen que fue poco después de su llegada a la capital. Me parece más probable que partieran tras pasar algún tiempo en ella; hubiera sido precipitado, y tal vez arriesgado, enviarlas antes de saber cuál sería el recibimiento que les darían y cuál la actitud del huey tlatoani, además disminuiría el número de soldados en la capital.

Cortés escribe en su Segunda carta de relación a Carlos V que envió expediciones a cuatro provincias de las que le decían provenía el oro. Una a la que llama Cuzula y Bernal Zacatula (costa del Pacífico, en la Mixtecapan, actual estado de Oaxaca), a 80 leguas de México-Tenochtitlan (445 km), bajo el mando de Gonzalo de Umbría (a quien Cortés había ordenado cortar los dedos de los pies en la costa de Veracruz; curioso que lo enviara en esta misión, tal vez consideró que un poco de oro resarciría los dedos perdidos, más tarde declarará contra el extremeño). Afirma Cortés que los señores de esa provincia eran vasallos de Motecuhzoma, que una vez llegada la expedición le hablaron de tres ríos auríferos y de otros llevaron muestras muy buenas de oro. Por el camino cruzaron tres provincias, todas de muy buena tierra y con muchas poblaciones, "de tales y tan buenos edificios que dicen que en España no podían ser mejores". En una de ellas, de la que no menciona el nombre, vieron una construcción que les pareció un palacio-fortaleza "mayor y más fuerte y más bien edificado que el castillo de Burgos". Advirtieron que los nativos de la provincia de Tamazolapan

(también en el estado de Oaxaca) estaban mejor vestidos que los que hasta entonces habían visto, y les parecieron "de mucha razón".

Una segunda expedición se dirigió a la provincia de Malinaltepec (estado de Oaxaca), a 70 leguas de distancia (390 km), cercana al océano Pacífico; a su regreso llevaron muestras de oro tomadas de un gran río en esa región.

Siguiendo el relato de Cortés, una tercera expedición partió hacia las tierras altas, siguió el curso del gran río que la segunda encontró en Malinaltepec hacia Chinantla. En la áspera sierra a la que llegaron los nativos hablaban otra lengua. Cortés llama Tenis a la provincia, y a su señor Coatelicamat (el nombre debió de ser Coatlicámatl), del que afirma que no era tributario de los mexicas, sus súbditos eran muy belicosos y luchaban con lanzas de 20 y 30 palmos de largo (4.20 y 6.30 m); narra que los mexicas que iban con los españoles no se atrevieron a entrar a esa provincia sin antes pedir licencia del señor local, quien respondió que estaría muy contento de que los españoles visitasen su tierra, mas no los de Culhua, pues eran sus enemigos, si entraban los matarían. Los españoles dudaron si ir solos, los mexicas les aseguraban que los asesinarían; finalmente se decidieron y fueron bien recibidos.

Cuando el señor al fin entendió a qué iban esos extraños seres blancos (cómo lo haría sin intérpretes permanece en el misterio ¿sólo podrían hacer uso del lenguaje corporal y de exclamaciones?) los dirigió a siete u ocho ríos donde se lavaba el oro y sacaron un poco en su presencia. Los que conocían sobre ello opinaron que provenía de minas más duraderas, como de nacimiento. Cuando los extranjeros partieron Coatlicámatl envió con ellos a dos embajadores, para ofrecer su persona y tierra al servicio de Carlos V (lo cual es de dudarse), así como algunos obsequios de joyas y ropas. Se quejaron de los mexicas, cansados de los robos que

les hacían; ya no los querían ver y ni siquiera escuchar sus nombres. Cortés les habló halagüeñamente, ofreciéndoles su auxilio e intercesión, para que en el camino de regreso no recibieran molestias de los mexicas envió a dos principales a escoltarlos hasta la frontera de su tierra.

Bernal identifica a los súbditos de Coatlicámatl como chinantecas, y menciona tan sólo dos expediciones:[2] una primera a Zacatula, y una segunda, que comprendería las que, según Cortés, fueron la segunda, tercera y cuarta. Narra que la segunda partió hacia la banda del norte, a las provincias que llama de Tustepeque y Malinaltepeque, al mando de un capitán Diego Pizarro,[3] de unos 25 años de edad, al que Cortés trataba como pariente (debía de serlo también del futuro conquistador del Perú), junto con cuatro soldados que sabían de "minas" y cuatro principales mexicas, habiéndoles dado Cortés un plazo de 40 días para regresar a México-Tenochtitlan.

Pizarro regresó a México acompañado de un español y dos principales chinantecas, con muestras de oro en granos, sacado de los ríos. Los otros, Barrientos, Heredia el Viejo, Escalona el Mozo y Cervantes el Chocarrero, se quedaron en la Chinantla, pues Pizarro, a quien había gustado esa tierra por ser rica en minas y estar sus habitantes en paz, los dejó encargados de organizar una estancia (especie de granja)

2 Existe cierta divergencia entre los relatos de Cortés y de Bernal sobre estas expediciones. Bernal asevera que en la de Zacatula participaron el piloto Gonzalo de Umbría y otros dos españoles que conocían sobre "minas". Orozco y Berra opina que el nombre de Zacatula se debe a un error de pluma, dado que Zacatula y Zozolla son provincias diferentes y muy distantes una de la otra. Zacatula se encuentra en la costa del Pacífico y Zozolla en la Mixteca; pero admite la posibilidad de que se tratase de dos expediciones distintas, una a Zozolla y otra a Zacatula.

3 Hugh Thomas, *La conquista de México*, p. 361, afirma, erróneamente, que Diego Pizarro fue enviado a Pánuco.

con guajolotes y siembras de cacahuates, maíz y algodón, y de explorar los ríos auríferos. A Cortés no le agradó que Pizarro se tomara esa iniciativa y se lo dijo en privado, que "era de poca calidad querer entender en cosas de criar aves y cacahuatales", y envió a un tal Alonso Luis a la Chinantla, a traerlos de regreso.[4]

Cortés menciona una cuarta expedición, enviada a la provincia de Tochtépec (Tuxtepec, a la que llama Tuchitebeque), en la que pidió a Motecuhzoma hacer una estancia para Carlos V puesto que sus hombres le habían reportado que se trataba de tierras muy buenas, con ríos auríferos, olvidando al parecer lo que había dicho a Pizarro sobre ser de poca calidad ocuparse en granjerías. La estancia se hizo tan rápidamente que en dos meses ya habían sembrado 79 hanegas de maíz, 10 de frijol y 2 000 pies de cacao (como nota curiosa Pedro Mártir llama al cacao "el árbol de la moneda"), contaba también con unos 1 500 guajolotes, se construyeron cuatro buenas casas e incluso hicieron un estanque de agua, en el que nadaban quinientos patos, aves muy apreciadas por los nativos, ya que cada año aprovechaban sus plumas.

[4] Es muy probable que las expediciones que Cortés describe como tres: la primera a Malinaltepeque, la segunda río arriba en esa misma provincia, y la tercera a Tochtépec, fuesen en realidad una sola, como lo dice Bernal Díaz. Manuel Orozco y Berra piensa que el nombre de Tenis que le dio Cortés a la Chinantla puede ser una corrupción de la palabra náhuatl *tenex*. Eulalia Guzmán, *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac. Aclaraciones y rectificaciones*, t. I, p. 254, afirma que se trataba de la región de los tenimes, tribus bárbaras, que coincide más o menos con la Chinantla, entre Oaxaca y Veracruz por el Valle Nacional. Agrega que la Chinantla, pequeña ciudad-estado, pertenecía a la Triple Alianza y pagaba tributo; su nombre aparece en el *Códice Mendocino* y caía bajo la jurisdicción de Tochtépec. Estaba ubicada en una zona montañosa, alejada de las grandes rutas comerciales y militares. En Tochtépec (actual Tuxtepec, estado de Veracruz, "Lugar de conejos") residía un gobernador de zona de la Triple Alianza.

Cortés solicitó a Motecuhzoma y a sus nobles información referente a los ríos de la costa del Golfo y sus posibles puertos. El tlatoani le mostró unos lienzos que tenían pintada toda la costa norte, desde Tabasco hasta el río Pánuco. Los españoles conocían esa costa casi por entero, excepto por un río, que en los lienzos parecía de buen tamaño. A decir de sus informantes era caudaloso, rápido y hondo; se trataba del Coatzacoalcos (Cortés lo llama Cuacualco), dibujado entre las sierras que habían bautizado como de San Martín, en un ancón en el que los pilotos creían que se dividía la tierra, en la provincia de Coatzacoalcos (la Mazalmaco de Cortés).

Motecuhzoma le ofreció que, si deseaba enviar algunos españoles a reconocer ese río les proporcionaría guías. Cortés accedió, nombró a 10 de sus hombres, entre ellos algunos pilotos y marineros. Bernal relata que Diego de Ordaz se ofreció a ir y que el extremeño aceptó para no disgustarlo, aunque hubiese preferido mantenerlo junto a él, pues apreciaba sus buenos consejos. Motecuhzoma afirmó que sus dominios llegaban hasta la frontera con la provincia de Coatzacoalcos, habitada por gentes valerosas, pero si los españoles necesitasen alguna ayuda podían pedirla a los guerreros de las guarniciones de frontera que mantenía en sus cercanías.

Cerca de Coatzacoalcos se encontraron con estas guarniciones fronterizas. Los habitantes se quejaron de Motecuhzoma, los mexicas les robaban, les tomaban las mujeres y les exigían el pago de tributo. Diego de Ordaz y los principales mexicas reprendieron a las tropas fronterizas, amenazándolas con que si seguían robando se lo harían saber al huey tlatoani y sufrirían un castigo semejante al de Cuauhpopoca.

Ordaz y los suyos prosiguieron su camino hacia Coatzacoalcos, acompañados por un solo mexica, pues Tochinte-

cuhtli (el Tuchintecla de Cortés, y el Tochel de Bernal), señor de la provincia, envió a sus principales a recibir a los extranjeros y manifestó que no deseaba ver a los de Culhua en su tierra. Tochintecuhtli les dijo que ya sabían de su presencia en estas tierras desde la expedición de Grijalva. Ordaz le obsequió algunas cuentas de vidrio. A pedido del español el señor les proporcionó varias grandes canoas, provistas de remeros y con guías, para explorar el río. Al sondearlo hallaron que medía, en su desembocadura, dos brazas y media largas (4 m) cuando la marea bajaba. Navegaron río arriba unas 12 leguas (67 km), en todo el recorrido la parte menos profunda tenía cinco o seis brazas (6 a 10 m) y calculaban que conservaría esa hondura por unas 30 leguas más (167 km). En las orillas había muchas y grandes poblaciones, "y casi innumerable gente". Las tierras eran llanas, de vegetación exuberante.

Cuando Ordaz y los suyos tomaron el camino de regreso a México-Tenochtitlan iban acompañados por algunos embajadores de Tochintecuhtli, cargados de obsequios: joyas, cueros de tigres, plumajes, piedras preciosas, ropa y una india muy hermosa. A decir de Cortés y de Bernal juraron vasallaje a Carlos V (comentario inevitable y siempre dudoso), poniendo como condición que los mexicas no entraran a su tierra y ofrecieron tributar anualmente lo que Cortés les impusiera. Se volvieron a quejar con el extremeño de Motecuhzoma y de su guarnición, contándole que hacía poco habían librado una batalla en la que murieron muchos mexicas, por lo que llamaron al lugar *Cuylonemiquis*, que el capitán traduce como "donde mataron a los putos mexicanos".

Diego de Ordaz reportó a Cortés que las tierras de Coatzacoalcos eran aptas para la explotación de ganado y el establecimiento de granjerías, y que en su costa había un puerto regular en posición ideal para realizar la travesía a Cuba y a Santo Domingo, aunque lejos de México-Tenochtitlan y ro-

deado por grandes ciénagas, además así alejarían el peligro de que Francisco de Garay quisiera fundar allí una colonia.[5]

Cortés narra que para verificar y ampliar esta información envió otra partida de hombres con experiencia. Según López de Gómara y Cervantes fueron al mando de Juan Velázquez de León, con ellos regresaron a su tierra los mensajeros de Tochintecuhtli, llevando a su señor obsequios del extremeño. Volvieron a sondear el río y a explorar posibles sitios para la fundación de un poblado, había lo necesario para colonizar; además se dice que Tochintecuhtli se mostró muy contento y deseoso de servirles. En vista de estos reportes Cortés envió un capitán al mando de 150 españoles con la misión de trazar y formar un poblado y construir una fortaleza. Afirma que Tochintecuhtli hizo construir seis; tal era su alegría de que los blancos poblaran ahí.[6]

Andrés de Tapia fue enviado a explorar la provincia de Tuxpan y a subir por la costa hasta unas 12 o 13 leguas (aproximadamente 70 km) de la de Pánuco. El mismo Tapia de-

5 Al parecer Ordaz aprovechó su viaje a Coatzacoalcos para organizar una estancia, cercana al actual San Miguel Malinaltepec, para sembrar maíz, cacao, frijol y criar patos. Información de Diego de Ordaz, Santo Domingo, 1521, y CDI, XL, 74 y ss [790].

6 Bernal refuta a López de Gómara y niega que Juan Velázquez partiese en esa misión. En realidad, parece difícil creer que Cortés enviase semejante número de sus escasos hombres a una aventura tan lejos de México-Tenochtitlan. Eulalia Guzmán, *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac* …, t. I, p. 254, asevera que Coatzacoalcos era un señorío independiente de habla náhuatl sobre la costa del Golfo, en la desembocadura del río del mismo nombre; en la orilla oriental se encontraba la cabecera. Opina que la intención de Cortés con sus continuos comentarios sobre quejas indígenas era demostrar que todos odiaban a los mexicas, y afirma que lo que tomaba como jura de vasallaje era sólo el ofrecimiento usual de amistad y de hospitalidad. Agrega que después de la Conquista, cuando el señor de Coatzacoalcos se dio cuenta de los verdaderos propósitos de los españoles, ya no los recibió de paz.

claró que fueron con él dos españoles y algunos principales mexicas, con órdenes de Motecuhzoma de que los extranjeros fuesen bien tratados e hiciesen lo que les mandasen. Visitaron muchas poblaciones, siendo bien recibidos y obsequiados con joyas. Agrega Tapia que de igual modo fueron muchos españoles por otras partes.[7]

El extremeño afirma que estas expediciones exploraron la costa del Golfo a lo largo de sesenta y tantas leguas (algo así como 400 km), desde San Juan de Ulúa hacia el sur, encontrando muchos y grandes ríos, los cuales sondearon a bordo de canoas; pero no vieron ni ríos ni puertos adecuados para los navíos. Pasaron por grandes poblaciones, y en todas fueron bien recibidos y honrados.

Mientras tanto en México-Tenochtitlan la facción descontenta de la nobleza encontró un líder en Cacama, el tlatoani de Acolhuacan, quien no pudo seguir soportando las crecientes vejaciones de los españoles. Sentía mucho la prisión de su tío Motecuhzoma, que se prolongaba indefinidamente. Veía cómo la osadía de Cortés y de los suyos iba en constante aumento. Fue testigo del castigo infligido a Cuauhpopoca, del saqueo indiscriminado de las riquezas, de los sacrilegios contra los dioses, de la destrucción de los ídolos y de muchas otras cosas.

No es muy claro lo que sucedió enseguida. De acuerdo con la versión de Cortés en su Segunda carta de relación, en la que describe muy brevemente los pormenores de estos sucesos (versión que sigue López de Gómara agregando algunos detalles), Cacama se rebeló en Texcoco, sin explicar cómo fue que estaba en esa ciudad, ya que antes estaba en la capital mexica. El tlatoani acolhua supuestamente reunió un ejército, proclamó que iría a sacar a Motecuhzoma de su cautiverio y a matar o echar de la tierra a los extranjeros,

7 En el Juicio de Residencia de Cortés, DC, II, p. 351.

encontrando amplio eco en el partido tenochca, contrario a los blancos. El extremeño afirma que tanto él como Motecuhzoma requirieron muchas veces a Cacama cesar en ese empeño, les respondió que si algo querían de él que fueran a su tierra, allá les daría su respuesta, ya verían cuánto valían él y sus guerreros y el servicio que decían estaba obligado a hacer. Ya le había dicho a su tío que no deseaba tener amistad con quienes le habían quitado su honra y su reino, que no sabía quién era el rey de los españoles ni le interesaba; estaba dispuesto a emprender la guerra en defensa de su gente, de sus tierras y de su religión, por medio de ella vengaría a Motecuhzoma y a sus dioses. El huey tlatoani insistió en que regresara a México-Tenochtitlan, donde podrían aclarar sus diferencias, la respuesta de Cacama fue agresiva: si Motecuhzoma tuviera sangre en las venas no se encontraría preso de cuatro extranjeros que lo tenían hechizado con sus palabras y le habían usurpado el reino,[8] ni estuvieran su religión ni sus dioses abatidos y hollados por salteadores y embaucadores, ni la gloria y fama de sus antepasados estaría infamada y perdida debido a su cobardía y pusilanimidad. Iría de muy buena gana a México, no con las manos dobladas, sino con armas.

Cortés aprovechó el momento para dar a Carlos V una breve descripción del señorío de Acolhuacan (al que llama Haculuacán). Texcoco, su capital, era una gran ciudad situada en las orillas de la laguna salada, a seis leguas de Tenochtitlan, y contaba con unos 30 000 vecinos. Tenía grandes mercados y "muy maravillosas casas y mezquitas, y oratorios muy grandes y muy bien labrados". Además de la capital había otras dos grandes poblaciones, una a tres leguas de Texcoco, a la que llama Acurumán, y la otra a seis leguas, a

[8] Parecida opinión ofrece Octavio Paz cuando dice que Motecuhzoma padecía de vértigo de lo sagrado, *El laberinto de la soledad*, p. 85.

la que nombra Otumpa (Otumba); cada una con unos tres o cuatro mil vecinos. Había muchas aldeas en el señorío, la tierra era muy buena y estaba cultivada.

Cortés deseaba tomar la iniciativa y atacar a Cacama, pidió a Motecuhzoma el auxilio de sus guerreros; el tlatoani desaconsejó ese curso de acción, proponiendo convocar secretamente a los señores más leales con que aún contaba en Acolhuacan, a quienes convencería de apresar con sigilo y astucia a Cacama y enviárselo a México. Al mismo tiempo mandaría mensajes a la nobleza acolhua, pidiéndoles conservar la cordura y no dejarse llevar por los impulsos de su joven tlatoani que los conducirían a una destrucción segura. El plan le pareció muy bueno a Cortés.

Motecuhzoma envió a Texcoco a seis de sus capitanes principales, a los que entregó su sello, así como valiosos obsequios en forma de joyas para ciertos nobles acolhuas. Los que aceptaron participar solicitaron a Cacama ir a hablar con ellos para organizar mejor la rebelión; sin sospechar nada el tlatoani accedió, se reunieron en una hermosa casa del tlatoani acolhua construida en las orillas de la laguna, a la que las canoas podían llegar directamente. Los conjurados tenían cierto número de guerreros y canoas listos para la acción, por si Cacama se resistía.

Todo salió de acuerdo con lo planeado. Cacama fue apresado sin problemas, así como su hermano Cohuanacotzin y cinco de sus principales; fueron metidos en canoas entoldadas y llevados a México-Tenochtitlan antes de que su gente se diese cuenta, fue llevado ante Motecuhzoma en ricas andas y con grandes muestras de respeto. Según López de Gómara el tlatoani mexica se negó a verlo; Bernal narra que al parecer hablaron por un tiempo, Cacama no se arrepentía de nada. Motecuhzoma interrogó a los demás presos, supuestamente le dijeron que su sobrino intentaba usurpar su título, lo cual lo enfureció más que su rebelión. Lo envió a

Cortés, que mandó ponerle grillos y encerrarlo bajo numerosa guardia en una recámara del palacio de Axayácatl, así como a su hermano Cohuanacotzin.

Aquí vale hablar un poco sobre la situación de Acolhuacan. En 1519 era el segundo poder de la Triple Alianza, sus dominios iban del valle a las montañas y recibía tributos desde tan lejos como el Golfo de México; además, junto con Tlacopan era el granero de Tenochtitlan y le guardaba las espaldas. Nezahualpilli gobernó el altépetl por 44 años (1472-1515), falleció cuatro años antes de la llegada de Cortés; su sucesión no fue clara, tuvo muchos hijos, algunas fuentes mencionan hasta 140 o más, al parecer los que lucharon por la sucesión pertenecían a la realeza mexica, seis de ellos llegaron al trono: primero Cacama, sobrino de Motecuhzoma, al que siguieron sus medios hermanos de parte de su madre, sobrinos nietos del tlatoani mexica Tízoc: Cohuanacotzin e Ixtlilxóchitl, cuya participación en estos eventos fue crucial pues coincidió con la llegada de los españoles, otros subieron al trono posteriormente. Se supone que los tres primeros llegaron a un entendimiento: Ixtlilxóchitl gobernaría en el norte, Cacama en el centro con el título de tlatoani y Cohuanacotzin al sur.

Siguiendo nuestro relato, el extremeño agradeció a Motecuhzoma su ayuda y le pidió que se pusiera como tlatoani de Acolhuacan a un hermano de Cacama, Cuicuízcatl, que se encontraba en México, supuestamente refugiado por temor a Cacama, y a quien decía venirle el derecho al trono, pasando por alto a Cohuanacotzin y a Ixtlilxóchitl, a pesar de su complicidad en la captura de sus hermanos y tal vez por considerar más maleable a este hermano menor. A decir de Cervantes, Motecuhzoma no tuvo más opción que aceptar. El nuevo monarca fue llevado a Texcoco por tierra, transportado en andas, escoltado por cantidad de nobles y de guerreros, así como por algunos españoles, con acompañamiento de música y bajo arcos florales, construidos ex profeso.

En las afueras de Texcoco los habitantes, principales y sacerdotes salieron a recibirlo con danzas y muestras de alegría. Al entrar a la ciudad, los nobles que habían quedado al frente del gobierno tras la captura de Cacama tomaron las andas en sus hombros y lo llevaron al palacio. Uno de los ancianos principales le ciñó en la cabeza una guirnalda de flores. Poco tiempo después fue coronado con las ceremonias acostumbradas.

Cortés dice que el joven monarca era hijo de Cacama y lo llama Cucuzcacin (Cervantes le dice Quizquiscatl), al ser bautizado tomó el nombre de don Carlos y "fue obediente en todo lo que yo de parte de vuestra majestad le mandaba". Torquemada declara, correctamente, que se trataba de un hermano menor de Cacama, Cuicuitzcatl, "Golondrina".[9]

La rebelión de Cacama tenía profundas raíces en la nobleza de la Triple Alianza y los españoles aprovecharon la oportunidad para capturar a sus principales simpatizantes. Antes de una semana fueron apresados Cuitláhuac, señor de Iztapalapan; Totoquihuatzin, señor de Tlacopan; así como el señor de Coyoacán y otros nobles. Con este golpe Cortés y los suyos tenían en sus manos a los tres tlatoanis de la Triple Alianza.

Bernal tiene algunas divergencias con los relatos de Cortés y López de Gómara: narra que Cacama, molesto por la prisión de su tío Motecuhzoma, viendo cómo los españoles se iban apoderando de todo, e incluso habían tomado el tesoro de Axayácatl, convocó a los principales de Acolhuacan; al señor de Coyoacán, que era su primo y sobrino de Motecuhzoma; al tlatoani de Tlacopan; a Cuitláhuac, señor de Iztapalapan; a otro gran señor de Matlatzinco, famoso por su valentía y pariente muy cercano de Motecuhzoma, del

[9] H. Thomas, *La conquista…*, p. 363, asevera que fue Cohuanacotzin el coronado como tlatoani de Acolhuacan.

que algunos aseveraban que tenía derecho al trono de México-Tenochtitlan; y a otros señores mexicas, para pedirles tomar las armas contra los pérfidos extranjeros.

Al parecer el señor de Matlatzinco condicionó su participación a que se reconociese su derecho al trono; Cacama le respondió que él lo tenía mayor y que si temía tanto participar no era necesario que lo hiciera. Precisaron la fecha para el ataque, Motecuhzoma se enteró del complot por medio de un mensaje enviado por el ofendido señor de Matlatzinco. El huey tlatoani envió a llamar a ciertos principales de Acolhuacan para averiguar el asunto más a fondo, lo confirmaron; preocupado se lo comunicó al extremeño, quien al parecer sabía algo, aunque no con tantos detalles.

Cortés envió un mensaje a Cacama para que se entregara en paz; el monarca acolhua, alentado por quienes pensaban como él, habiendo reunido buena cantidad de guerreros y contando con la simpatía de la facción mexica contraria a los españoles, respondió que no deseaba seguir escuchando las falsas promesas y zalamerías huecas de los blancos. Cortés envió otro mensaje, amenazándolo con matarlo si no iba a México de paz. Respondió que no reconocía a su tío como huey tlatoani y deseaba nunca haber conocido a los españoles, que con mentiras lo habían aprehendido traicioneramente a pesar de la generosidad con que los había recibido en su propia casa. El resto del relato de Bernal concuerda con el de Cortés: Motecuhzoma aconsejó al extremeño no hacer la guerra a Cacama, pues el señorío de Acolhuacan era muy poderoso, habría una gran mortandad y se ofreció a tomarlo preso por medio de la astucia.

Cervantes de Salazar nos proporciona otros detalles. Es de notarse que de acuerdo con esta versión Cacama se encontraba en México-Tenochtitlan, lo cual parece más probable. Refiere que Cortés pidió a Cacama que, como gran señor que era, segundo tan sólo a Motecuhzoma, le diese algo de

oro para enviarlo al emperador Carlos V como ayuda para las guerras que éste sostenía en Europa, como señal de buena voluntad. El soberano acolhua, disimulando el odio que sentía, comisionó a uno de sus principales para ir a Texcoco en compañía de Juan Velázquez de León, Álvarez Chico, Francisco de Morla, Alonso de Ojeda, Hernando Burgueño y Melchor Alavés, a traer algo del oro que tenía en sus palacios, pidiéndoles no tocar los chalchihuites ni los plumajes, pues los necesitaban para los festivales religiosos

La partida marchó hacia la calzada de Tepeyac, al llegar al mercado de la gran plaza de Tlatelolco el principal acolhua que los acompañaba intentó escabullirse; lo siguieron hasta el palacio, donde intentó ver a su señor. Cortés reprendió ásperamente a Cacama y mandó ahorcar al noble fugitivo enfrente de él. Cacama nombró a otro para remplazarlo, enviando aviso a los principales de Texcoco de recibir y tratar bien a los blancos. Esta vez la comitiva llegó a Texcoco, fue conducida al palacio real, donde les dieron de comer y dispusieron sus alojamientos para la noche, con lechos preparados con mantas de algodón suaves y delgadas y sobre ellas ramos de flores, incluso a los dos caballos que llevaban les hicieron camas con mantas más gruesas, y proporcionaron dos mujeres hermosas a cada español, "créese que por ser infieles no llegaron a ellas", opina el ingenuo Cervantes. En los patios del palacio había cantidad de braseros encendidos, les pareció que más de 150, daban tanta luz que parecía ser de día. Los españoles organizaron una guardia nocturna por relevos.

Por la mañana empezaron a buscar oro en las habitaciones, lo que da buena idea de cómo procedían. Alonso de Ojeda entró en una sala oscura, donde, debido a la escasa iluminación, tropezó con unos jarrones. Llevó uno a la claridad y estaba lleno de una miel cristalizada, muy blanca y hermosa, de lo que se alegraron tanto como si se tratase de oro (no habiendo

azúcar los endulzantes debían de ser escasos en el Anáhuac). El curioso Ojeda encontró también una caja grande, casi llena de ropa fina, y, sobre las telas hasta el borde, de oro, con media braza de perlas muy ricas. Los sirvientes de Cacama dijeron que si querían la ropa tomasen la que quisieran, los españoles no se atrevieron a hacerlo sin licencia de Cortés, que sólo les había ordenado tomar objetos de oro. Enviaron un mensajero a México a preguntarle, el extremeño respondió que, si se las daban de buena voluntad, las aceptaran. Se llevaron 80 cargas de ropa de calidad, además de buena cantidad de oro, de doncellas y mujeres hermosas, regresando a México muy contentos, luego de haberse hartado en un suntuoso banquete ofrecido por los acolhua.

Cortés guardó el oro y repartió la ropa entre los que la habían traído y algunos de sus favoritos. En cuanto al resto de la rebelión de Cacama, Cervantes concuerda con las versiones anteriores.

Alva Ixtlilxóchitl, que recoge la tradición acolhua, escribe en su *Sumaria relación* y en su *Compendio de la historia de Texcoco*,[10] que pasados 46 días de la llegada de los españoles a México-Tenochtitlan, es decir el 24 de diciembre Cortés mandó algunos de sus hombres a Texcoco por oro, en compañía de Nezahualquentzin y Tetlahuehuezquititzin, hermanos de Cacama. Estaban a punto de embarcarse en canoas en el muelle de unas casas que habían sido de su abuelo Nezahualcóyotl cuando llegó un mensajero de parte de Motecuhzoma a decir a los dos señores que el huey tlatoani les rogaba tratar bien a los extranjeros. Uno de los españoles pensó que podría tratarse de alguna conjura al ver al emisario hablando con los principales y empezó a golpear

[10] Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Sumaria relación de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España", pp. 388-389; "Compendio de la historia de Texcoco", p. 452.

a Nezahualquentzin, le ató las manos con una soga que le pasó al cuello y lo llevó ante Cortés. El extremeño, sin más juicio, ordenó ahorcar públicamente al príncipe, lo que provocó serias protestas por la importancia del personaje y porque no había tenido culpa para sufrir semejante castigo; sin embargo, tal proceder es poco creíble dada la precaria situación de los españoles y la jerarquía de Nezahualquentzin.[11]

Entonces Cacama envió a Texcoco a Tetlahuehuezquititzin y a otro de sus hermanos, Icpaxuchitzin, encargándoles ocuparse de lo necesario para el recibimiento de los enviados de Cortés. A los pocos días partieron con otros 20 españoles para tomar todo el oro y joyas que pudieran conseguir. Los gobernantes de Texcoco mandaron traer más de sus provincias que, aunado al tesoro del difunto tlatoani acolhua Nezahualcóyotl, fue depositado en una petaca grande, de dos brazas de largo y un estado de alto (3.35 x 1.95 m), que se llenó. Ni así quedaron satisfechos los españoles, por lo que se envió a Tetlahuehuezquititzin y a otros principales a pedir más oro.

El tesoro fue llevado a México. Cortés, debidamente informado del poder y la riqueza de Acolhuacan, ordenó apresar a Cacama (en este relato no se menciona ninguna conjura), concediéndole que le sirviesen en su cautiverio algunas mujeres, hijas de principales. Cacama envió por cuatro de sus hermanas, que dio a Cortés. El extremeño, no satisfecho con esto, mandó buscar en México y en Tlacopan las hijas de los señores y principales y llevarlas al palacio de Axayácatl.[12]

11 H. Thomas, *La conquista…*, p. 362, no habiendo leído con más cuidado el "Compendio histórico del reino de Texcoco", de Alva Ixtlilxóchitl, p. 452, escribe que, debido a una llorosa intercesión de Motecuhzoma, el ahorcamiento no se efectuó. El "Compendio de la historia de Texoco" narra que Motecuhzoma rogó con lágrimas, sí, pero a Cacama, para que no intentara vengar la muerte de su hermano.

12 En su "Compendio histórico del reino de Texcoco", p. 452, Alva Ixtlilxóchitl repite esta historia, agregando que Cacama se enfureció mucho por la injusta muerte de su hermano, y que si no fuese porque

En su *Historia de la nación chichimeca*, Alva Ixtlilxóchitl relata estos sucesos con algunas variantes, basado, según aduce, en las relaciones de la ciudad de Texcoco; dice que, después de que trajeron los españoles el tesoro de Texcoco, Cacama logró escapar a su ciudad, donde fue recibido por sus hermanos Cohuanacotzin e Ixtlilxóchitl. Cacama les pidió tomar las armas contra los españoles, Ixtlilxóchitl respondió que sería conveniente tratar el asunto en un consejo, lo convocaron y se reunió en los palacios del bosque de Tepetzinco, junto a la laguna. Debatieron sobre las acciones a tomar para poner a México-Tenochtitlan bajo bloqueo militar y acerca del sitio por donde sus guerreros podrían entrar a la capital mexica sin ser vistos por los españoles. Lograron reunir más de 100 000 guerreros en el cercado y palacios de Oztotícpac, habiendo decidido que una parte iría por tierra a Tepetzinco, mientras que Camama, con sus dos hermanos y el resto de los guerreros, irían en canoas. Pero sus hermanos lo traicionaron, Cacama fue apresado al momento de embarcarse y llevado a México. Opina el cronista que con ello se evitaron grandes inconvenientes para los designios de Cortés, pues Cacama era esforzado, atrevido y muy valiente, y ni Cortés ni Motecuhzoma hubieran podido evitar su avance si no fuera sido por la amistad que Ixtlilxóchitl siempre manifestó a los españoles.

El *Códice Ramírez* relata la misma historia, con pocas divergencias. Narra que Cacama y su hermano, enfurecidos

---

Motecuhzoma, con lágrimas en los ojos, le rogó calmarse, hubiese sucedido alguna desgracia. Añade el cronista que Cacama envió a otro hermano suyo, Tecpacxuchitzin, para reunir más oro, y que posteriormente Cortés apresó a Cacama con engaños por orden de Motecuhzoma, diciéndole que lo soltaría si mandaba traer a algunos de sus parientes como rehenes en su lugar. Cacama así lo hizo, entregándole a cuatro de sus hermanos y a otros parientes. Lo mismo exigieron los españoles a los tlatoanis de México y de Tlacopan.

por la muerte de Cuauhpopoca, decidieron tomar las armas contra los españoles, pero Ixtlilxóchitl se opuso. Como consecuencia pocos acudieron al llamado de Camama, que fue apresado en Texcoco y llevado a México. Ixtlilxóchitl partió a Otumba para sofocar una revuelta causada por la muerte de Cuauhpopoca y durante esta ausencia su hermano don Pedro (Cohuanacotzin) reunió un ejército para ir a liberar a Cacama; enterado Ixtlilxóchitl regresó rápidamente y convenció a los guerreros de no llevar a cabo semejante proyecto.

Otra versión quiere que Cuicuízcatl no fuese aceptado por los acolhuas, por lo que se quedó en Tenochtitlan y fue nombrado tlatoani su hermano Cohuanacotzin.

En qué momento sucedió todo esto, e incluso la misma naturaleza de los hechos, son cosas que permanecen inciertas, ya que los cronistas no concuerdan; incluso hay historiadores que han puesto en duda y negado su veracidad, aseverando que es sólo una invención de Cortés, maquinada con el objeto de conseguir sus fines de dominio y que Cacama ya estaba preso desde mucho antes.

Cortés debió de estar muy atento a cualquier conato de rebelión, bastaba con que los mexicas los sitiaran en el palacio de Axayácatl y no les proporcionaran víveres para acabar con ellos.[13] Por eso debía contar con la colaboración de Motecuhzoma, haciendo parecer que éste reinaba igual que siempre, cosa que hacía pues el orden y el gobierno se mantenían incólumes. Aunque no sabemos casi nada sobre la vida diaria de Tenochtitlan durante esos meses, todo pa-

[13] Juan Miralles comenta que con envenenar la comida podrían haberlos matado, ya que dependían para su sustento de la que les proporcionaban los mexicas, y que éstos contaban, entre otras cosas, con hongos alucinógenos; cabría comentar que con ellos provocarían tremendos "viajes" a los españoles, mas no su muerte. Véase *Hernán Cortés, inventor de México*, p. 198.

rece indicar que no hubo disturbios mayores y prevalecía una aparente normalidad.

Como quiera que haya ocurrido, la suerte de Cortés y la de los suyos parecía ir mejorando, no sólo tenían preso al huey tlatoani mexica, sino también al de Tlacopan, Totoquihuatzin, y tal vez a Cacama, o por lo menos habían logrado imponer un pelele en el trono de Acolhuacan, además de tener en cautiverio a los principales nobles mexicas y posiblemente a los acolhuas y tepanecas de la facción contraria a ellos, o a sus rehenes. Contaban con la amistad, al parecer incondicional, del príncipe acolhua Ixtlilxóchitl y con la alianza de tlaxcaltecas, totonacas, chinantecas, el señor de Coatzacoalcos y la simpatía de muchos señoríos, algunos cansados del yugo de la Triple Alianza, y otros temerosos del creciente poderío de los extranjeros. Todo ello sin haber tenido prácticamente ninguna resistencia; la fama de valentía y bravura en el combate de los mexicas brillaba por su ausencia.

Parecía ser el momento adecuado para que Cortés y los suyos dieran el siguiente paso en su intento por adueñarse de las nuevas tierras y presentárselas en charola de plata a su emperador, Carlos V.

Escribe Cortés que, pasados algunos días, Motecuhzoma mandó llamar a todos los nobles de la ciudad y de los lugares circunvecinos. A decir de Bernal fue Cortés mismo quien se lo pidió, pues, como el huey tlatoani ya se había ofrecido a tributar, sería conveniente que tanto él como todos sus súbditos confirmasen su vasallaje a Carlos V en una ceremonia formal, y enseguida, como era la costumbre, dieran sus primeros tributos. Motecuhzoma respondió que reuniría a los señores. Los documentos al respecto se perdieron la Noche de la Huida, por lo que no sabemos bien a bien cómo fue; tendremos que atenernos a las crónicas, desafortunadamente Bernal dejó un espacio en blanco en su escrito para poner la fecha, pero nunca lo hizo.

La mayoría de los nobles de la comarca acudieron, excepto el de Matlatzinco, quien según Bernal "era algo atronado" y tenía rasgos de locura, que mandó decir desde Tula que ni iría ni daría tributo alguno, pues con lo que le daban sus provincias no le alcanzaba para sustentarse él mismo. Motecuhzoma se enojó y envió algunos de sus capitanes a aprehenderle; el señor, informado a tiempo, se escondió y no lo pudieron capturar. Los demás señores fueron llegando a lo largo de 10 días, con la mayor majestuosidad que a cada uno de ellos le permitían sus medios.

Una vez reunidos, siguiendo la versión de Cortés, Motecuhzoma envió llamar al extremeño al salón. El huey tlatoani tomó la palabra para recordar a los señores cómo hacía mucho tiempo que habían aceptado ser tributarios de sus antecesores, como ahora lo eran suyos, siendo siempre bien tratados y honrados, y habían sido buenos y leales súbditos; bien sabían que los mexicas no eran naturales de esa tierra, habían venido de otra muy lejana, traídos por un gran señor, repitiendo lo que ya antes había dicho a Cortés. Cuando ese señor se marchó dijo que regresaría, y ahora, según las cosas que los españoles le habían contado sobre el emperador de España, y del lugar de donde venían, tenía por cierto, y ellos también debían creerlo así, que se trataba de ese mismo señor. Debían dar gracias a los dioses de que en su tiempo sucediese lo que tanto habían esperado. Les rogaba que, así como hasta entonces le habían tenido a él como su señor y obedecido, en adelante tuvieran como tal al emperador de España, puesto que era su señor natural, y a Cortés como su representante, y que todos los tributos y servicios que acostumbraban darle los entregasen ahora a los blancos, hasta él mismo tendría que contribuir y servir. Si lo hacían, además de cumplir con su deber y efectuar a lo que estaban obligados, le darían mucho placer.

Supuestamente el huey tlatoani sollozaba, "con las mayores lágrimas y suspiros que un hombre podía manifestar,

e asimismo todos aquellos señores que lo estaban oyendo lloraban tanto, que en gran rato no le pudieron responder". Acabado el discurso, luego de tranquilizarse un poco, los nobles respondieron que ellos lo tenían por su señor y habían jurado obedecerle, por ello y por las razones que les había dicho cumplirían gustosos con su voluntad, y en adelante, y para siempre, se daban por vasallos de Carlos V. Cada uno hizo el juramento, el escribano público tomaba nota, asentándolo en un auto formal a solicitud de Cortés y en presencia de buen número de testigos españoles.

A decir de Bernal, Motecuhzoma pronunció su discurso sólo ante los señores, mientras que de los españoles nada más estaba presente Orteguilla. Las palabras que pone en la boca del huey tlatoani son similares a las reportadas por Cortés, aunque agrega que les pidió someterse porque "ahora soy importunado a ello por Malinche". Refiere también lo de las "muchas lágrimas y suspiros, y Montezuma muchas más". Cervantes de Salazar añade que los nobles resintieron mucho sujetarse a un rey extraño, al que ni siquiera conocían y de quien dependería el destino de su religión, de sus costumbres y de sus leyes.

Según Bernal, la jura del vasallaje se efectuó hasta el día siguiente; desafortunadamente dejó en blanco la fecha del suceso, anotando tan sólo el año: 1519. Se hizo, añade el cronista, en presencia de Cortés y de muchos de los capitanes y españoles. Los señores juraron "con mucha tristeza [...] y Montezuma no pudo sostener las lágrimas. Y queríamoslo tanto y era tan de buenas entrañas, que a nosotros de verlo llorar se nos entristecieron los ojos, y soldado hubo que lloraba tanto como Montezuma; tanto era el amor que le teníamos".

Para el acto formal los señores se reunieron en un gran salón, situados según su jerarquía; el huey tlatoani tomó asiento en un trono en alto, ricamente cubierto con finas telas y plu-

majes, flanqueado por Cortés y los tlatoanis de Acolhuacan y de Tlacopan, todos vestidos con sus mejores galas.

Cortés tomó la palabra, afirmó que habían acertado en su decisión y que Motecuhzoma seguiría gozando de su señorío, el emperador de España sólo deseaba sacarlos de los graves errores en que vivían, así como ampararlos y defenderlos en las guerras que pudiesen tener.

Andrés de Tapia, quien afirma que estuvo presente en el acto, asevera en sus declaraciones en el juicio de residencia de Cortés que Motecuhzoma, reunido con la mayoría de los señores en presencia del capitán y de muchos españoles, pronunció un largo discurso que Jerónimo de Aguilar traducía al español. Tapia dice que entendía ya algo de náhuatl por lo que le parecía que Aguilar tradujo bien, y que el escribano asentó todo. Los señores, en procesión y cada uno por sí, juraron ser vasallos de Carlos V, no sin derramar muchas lágrimas.[14] Alva Ixtlilxóchitl agrega que, como confirmación de su juramento, los señores entregaron a los españoles ciertos rehenes de entre sus familiares, además de ricos obsequios.

Este "segundo" discurso de vasallaje, que según Cortés fue a principios de diciembre, fue narrado por López de Gómara con más dramatismo que el primer encuentro, que según Cortés fue reiterado casi cada mes, y ha sido incluido en la mayoría de los relatos posteriores.

Cortés no cabía en sí de satisfacción, habiendo cumplido bien, y con mínima violencia y derramamiento de sangre, su promesa de entregar el señorío de Motecuhzoma a su emperador. Estaba muy deseoso de hacérselo saber, así como todo lo sucedido desde que le enviaron la Primera carta de relación, e incluir una descripción lo más amplia posible sobre estos dominios. En Europa ya se sabía algo de esto. Con

14 DC, II, p. 351.

los datos geográficos enviados antes por Cortés, unidos a los que ya tenía, Pedro Mártir de Anglería pudo resumir que, desde el oriente hasta sus últimos confines por la parte de Yucatán, que era considerada una isla, aunque este punto no estaba aún claro, había tanta tierra como casi tres veces el tamaño de España, pues desde Potonchán hasta Tenochtitlan había más de cien leguas (572 km).[15]

El extremeño deseaba enviar a Carlos V la mayor cantidad de oro que pudieran reunir, considerando que no había nada mejor para ablandar una voluntad. Dijo a Motecuhzoma que el emperador tenía mucha necesidad de oro para algunas obras que deseaba hacer, por lo que le rogaba enviar mensajeros, en compañía de algunos españoles, a todos los señoríos que habían jurado vasallaje, a fin de pedirles que, como muestra de buena voluntad, contribuyesen con algún oro para esas obras; también Motecuhzoma debía dar algo, poniendo el buen ejemplo (como si no hubiera ya dado tanto). El tlatoani respondió que así lo haría, pero que en muchos sitios no tenían más oro que algunas joyas de poco valor, herencia de sus antepasados.

Los mensajeros partieron, cada grupo acompañado por algunos españoles. Cortés escribe que no recuerda los nombres de los sitios que visitaron, pues se habían perdido todos sus papeles durante la Noche de la Huida de México-Tenochtitlan, pero que algunos estaban a una distancia de hasta 80 y 100 millas. Motecuhzoma les proporcionó instrucciones sobre la cantidad de oro que cada señorío podría dar. Andrés de Tapia añade que algunos españoles, acompañados de guerreros mexicas, fueron a apaciguar cierta tierra que Motecuhzoma decía se le había rebelado.

[15] Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, vol. II, V déc., lib. IV.

Los comisionados fueron regresando a lo largo de 20 días. Todos los señores habían tributado voluntariamente oro y plata en joyas, tejuelos y hojas de oro y plata, y otras cosas,[16] excepto uno, el orgulloso señor de Matlatzinco, quien, dice Bernal, no quiso obedecer, reiterando que él también era señor de México, pues le venía de tanto derecho como al mismo Motecuhzoma, y no tenía por qué tributar nada a los extranjeros. El soberano enfureció de nuevo con su recalcitrante pariente y entregó su sello a algunos de sus capitanes para que lo apresaran y en esta ocasión lograron capturarlo. Al llegar ante la presencia del huey tlatoani no se intimidó en lo más mínimo; por el contrario, tuvo la osadía de interpelar al monarca a grandes voces. Cortés fue informado de que al parecer Motecuhzoma quería ejecutar a su prisionero; el extremeño, siempre deseoso de tener un as bajo la manga, le pidió se lo entregara, deseaba custodiarlo él mismo. Trató al señor de Matlatzinco con la gran amabilidad de que sabía hacer gala cuando así convenía a sus intereses, le aconsejó no comportarse con su señor de la manera que lo hacía y le aseguró que su propósito y deseo era el de liberarlo, aunque Motecuhzoma se negara.

El huey tlatoani, para poner el ejemplo obsequió a Carlos V el tesoro de su padre Axayácatl, que ya estaba en poder de los españoles. El extremeño se guardó mucho de indicar a Carlos V de dónde provenía la riqueza que le enviaba, ni la manera en que había sido adquirida. Según Bernal los espa-

[16] La pregunta 99 del interrogatorio general del juicio de residencia de Cortés versa sobre si saben los testigos cómo partieron mensajeros por toda la tierra, hasta a 100 y 150 leguas de distancia, a dar noticia de lo pasado, acompañados de cinco o seis españoles, y eran obedecidos y servidos, y en reconocimiento del vasallaje los nativos daban oro, joyas, piedras, perlas, y servicios. Martín Vázquez respondió ser testigo de que así fue y que iban los españoles en grupos de 4, 6, 10 y 20. DC, II, pp. 240-241, 337.

ñoles quedaron "espantados de la gran bondad y liberalidad del gran Montezuma, y con mucho acato le quitamos todos las gorras de armas" (como si el monarca preso tuviera otra opción); añade que durante tres días estuvieron separando el oro, la plata y las piedras preciosas de las joyas, auxiliados por orfebres de Azcapotzalco. El oro era tanto que, puesto en tres montones se tasó en 600 000 pesos, sin contar el que estaba hecho planchas, ni el que estaba en grano, aparte de la plata y otras muchas joyas que no se valuaron.[17] López de Gómara afirma que el valor del oro se calculó en 170 000 pesos, y aún más, y el de la plata en 500 marcos.[18]

El metal precioso fue fundido con ayuda de orfebres nativos, quedando en forma de barras del ancho de unos tres dedos (no se especifica su largor ni grosor), a las que se marcó con el emblema de las armas reales que Cortés, el tesorero real Alonso de Ávila y el tesorero de los expedicionarios Gonzalo Mejía, habían mandado hacer (vano será lamentar la pérdida de tantas obras de arte; para los españoles se trataba de objetos idolátricos y, por lo tanto, diabólicos). Como no tenían las balanzas necesarias para pesar las barras, mandaron hacer unas pesas de hierro de una arroba (11.5 kg), media arroba (5.75 kg), dos libras (920 g), una libra (460 g), media libra (230 g) y cuatro onzas (114.8 g), que desmintieron una media onza (14.35 g) más o menos en cada pesada.

17 En el interrogatorio general del juicio de residencia de Cortés, la pregunta 100 versa sobre si saben los testigos que Motecuhzoma mandó que todos los tesoros que había en la ciudad, tanto de las cosas públicas como de los ídolos, que era lo principal, se entregasen a los españoles, dándoles también gran cantidad de oro, plata, piedras, plumas, ropa y otras cosas, valuado todo en más de 800 000 ducados. DC, II, p. 240.

18 Sepúlveda aclara que los marcos equivalían a ocho onzas, siendo éste un término nuevo, utilizado por los banqueros para sustituir al de libras.

Se procedió a sacar el quinto real, que según López de Gómara sumó más de 32 000 pesos de oro y cien marcos de plata. Cortés narra que después de fundido el metal, el quinto real ascendió a la cantidad de 32 400 pesos de oro, sin contar algunas joyas, gemas, plumas y otras cosas que ordenó dejar enteras, como obsequio adicional para el emperador, pues "eran tales y tan maravillosas, que consideradas por su novedad y extrañeza no tenían precio, ni es de creer que alguno de todos los príncipes del mundo de quién se tiene noticia las pudiesen tener tales y de tal calidad" (comentario que deja entrever un rasgo de sensibilidad artística en el extremeño); esas joyas las valuó en más de 100 000 ducados.

Añade que Motecuhzoma poseía representaciones de oro, plata, gemas y plumas, de todas las cosas de la tierra y del mar, hechas con "tanta perfección, que casi ellas mismas parecían", de las cuales envió buena parte sin fundir a Carlos V. Pidió también al tlatoani mandar hacer algunas joyas con motivos cristianos y europeos; los orfebres nativos copiaron ciertos diseños que les fueron entregados, como crucifijos, medallas, joyeles, collares y otras muchas cosas. Con parte del quinto real de la plata Cortés solicitó que confeccionasen platos grandes y pequeños, escudillas, tazas y cucharas, "y lo labraron tan perfecto como se lo podíamos dar a entender".

López de Gómara narra que Cortés envió a algunos de sus hombres a la Casa de las Aves, donde en una sala y en dos recámaras encontraron buena cantidad de oro en planchas, tejuelos, joyas y piezas. Espantados ante tanta riqueza no quisieron, o no se atrevieron, a tocarla, sin que antes la viera el capitán. Cortés acudió y ordenó que llevaran todo a sus aposentos. Andrés de Tapia asevera que fue Motecuhzoma quien dijo a Cortés que fueran algunos españoles en compañía de unos de los suyos, pues les mostrarían una casa donde había joyas de oro y ricos objetos de su propiedad. Cortés envió

a la Casa de las Aves a Tapia y a otro español, junto con dos sirvientes del monarca.

El tlatoani dio también gran cantidad de ropas de algodón, de tal calidad que "en todo el mundo no se podía hacer ni tejer otra tal, ni de tantas ni tan diversas y naturales colores ni labores", escribe Cortés. Había prendas para hombre y para mujer, cubiertas para camas, paños como de tapicería para ser colgados, colchas y cobertores de plumas y de algodón de diversos colores. Motecuhzoma agregó una docena de cerbatanas de las que él usaba, hechas con gran perfección, "todas pintadas de muy excelentes pinturas y perfectos matices", con relieves de toda clase de aves, árboles, flores y diversas cosas; los dos extremos y la parte media de las cerbatanas estaban hechos de oro, de un jeme de largo, acompañadas de una bolsa de red de hilo de oro en la que se guardaban los proyectiles, también de oro. Como regalo especial para Carlos V el soberano incluyó unas gemas muy ricas, valuadas cada una en dos cargas de oro. La mayor parte de toda esta riqueza se perdió la noche que los españoles huyeron de México-Tenochtitlan.

No contento con esto, Cortés volvió a enviar a Pedro de Alvarado a Acolhuacan para que recogiese lo que aún quedase allá de riquezas. Logró reunir nueve o diez mil castellanos de oro, que fue a cargar un navío al mando de Vázquez de Tapia y Rodrigo Rangel. Hay quien afirma que Alvarado torturó a Cacama (quien al parecer fue llevado en cadenas a Texcoco); lo tenía atado de pies y manos y le volcó en el abdomen brea derretida a través de una cazuela agujerada, y que usó este mismo procedimiento con Totoquihuatzin, tlatoani de Tlacopan, y con otros señores.[19]

[19] Todo ello consta en el juicio de residencia de Pedro de Alvarado, por declaración de Vázquez de Tapia, aunque Alvarado lo negó, Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 294. Pedro Sánchez Farfán declaró, en el mismo juicio, que vio

En cuanto al resto del botín, Cortés afirma que ordenó repartirlo entre sus hombres de acuerdo con la jerarquía de cada uno, sin olvidar a los que se habían quedado en la Villa Rica. Las partes de los ausentes fueron llevadas a Tlaxcala, donde serían guardadas. Los capitanes, los de a caballo, los escopeteros y los ballesteros, recibieron el doble que los de infantería, mientras que algunos de los de mayor cuenta recibieron más. Cortés, por supuesto, obtuvo la parte del león.

Bernal, muy prolijo en asuntos de dinero, relata que al parecer el extremeño no quería repartir el botín hasta que tuvieran más, hubiera mejores pesas y se calculara mejor cuánto tocaba a cada quien; pero los capitanes y soldados insistieron en hacerlo, pues observaron que inmediatamente después de deshechas las joyas se veía menos oro en los montones y decían que faltaba una tercera parte, echando de menos muchas joyas que conocían de vista, murmurando que Cortés, sus favoritos, y aun el padre Olmedo las estaban escondiendo.[20]

Además del quinto real, prosigue Bernal, se apartó también el quinto prometido a Cortés, quien también pidió que se descontara del montón común lo que había gastado en la organización de la expedición, lo que se le debía a Diego Velázquez por los navíos que dieron de través, lo dado a los procuradores que habían ido a España, un caballo que se había muerto, la yegua de Juan Sedeño muerta en Tlaxcala, algo para fray Bartolomé y para el clérigo Juan Díaz, "y otras sacaliñas [...] y con todo se quedaba Cortés, pues en aquel tiempo no podíamos hacer otra cosa sino callar, porque demandar justicia sobre ello era por demás", se queja el

---

a Cacama llegar de regreso a México sin ninguna herida, Juicio de Residencia de Alvarado, 138 [791].

20 En el juicio de residencia de Alvarado se acusó a éste de haber tomado 30 000 pesos, chalchihuites, cacao, plumajes y telas, sin haber pagado el quinto real [793].

cronista; añade que tras tantas exigencias del capitán quedó tan poco oro que muchos españoles se negaron a recibir sus exiguas partes, aunque otros las aceptaron reducidas a unos 100 pesos, "y daban voces por lo demás y Cortés secretamente daba a unos y a otros, por vía que les hacía merced, por contentarlos, y con buenas palabras que les decía sufrían". Todo fue muy mal repartido y peor acabó, sentencia Bernal.

Como ejemplo del sentir popular Bernal menciona a un tal Juan de Cárdenas, piloto y marinero, natural de Triana o del Condado, de origen humilde, que había dejado en su tierra mujer e hijos y venido al Nuevo Mundo en busca de fortuna. Al ver tanta riqueza junta, y que de toda ella sólo le tocaban 100 pesos, enfermó de tristeza; decía que cómo no había de ponerse mal al ver que Cortés tomaba para sí todo el oro y se le daba un quinto como rey, que solamente deberían tener un rey y no dos, mientras que su abandonada familia sufría de hambres en España y hubiera podido aliviarla, enviándoles recursos por medio de los procuradores que irían a España. Se quejaba que Cortés había dispuesto de todo con mentiras, tomando para el rey, para él y para su padre Martín, y escondiendo otra parte, mientras los pobres soldados que, como él, habían batallado día y noche y se habían visto en tan grandes peligros de muerte, recibían una miseria. Un español, compañero de Cárdenas, pedía a los demás que vieran cómo todo el oro "se consume el uno en papo y otro en saco y otro so el sobaco".

Cortés, notificado de las murmuraciones, llamó a Cárdenas y lo consoló, prometiéndole que le daría licencia de ir a reunirse con su familia en los primeros navíos que partiesen rumbo a España, y para calmar sus penas le regaló 300 pesos.

El extremeño, decidido a acabar con tan peligroso descontento, determinó hablar con sus hombres. Una vez reunidos les dijo con suave entonación que todo lo que poseía era para ellos, no deseaba el quinto que le habían prometido y

tomaría sólo la parte que le tocaba como capitán general; si alguien estaba necesitado de alguna cosa debería pedírsela, pues él se la daría gustoso. En cuanto al oro que habían reunido era solamente un poco de aire, debían pensar en el prometedor futuro que les esperaba, en las grandes poblaciones que habían visto, en las ricas minas y las buenas tierras de las que muy pronto todos serían señores, con lo que gozarían de gran prosperidad y riqueza; "y dijo otras razones muy bien dichas, que las sabía bien proponer". A algunos les dio en secreto joyas y oro, a otros les hacía grandes promesas. Ordenó que las provisiones que le traían especialmente los servidores de Motecuhzoma se repartieran entre todos los españoles como si se tratara de él mismo.

Muchos capitanes y algunos de los favorecidos mandaron hacer grandes cadenas de oro con su parte del botín, aprovechando la destreza de los orfebres nativos. Cortés ordenó algunas joyas y una numerosa vajilla. Gran cantidad de tejuelos de oro, tanto marcados como sin marcar, andaban por ahí públicamente, dice Bernal, así como joyas de gran variedad de hechuras. Pronto salieron a relucir los naipes, manufacturados con el cuero de tambores por Pedro Valenciano, tan buenos y bien pintados que parecían auténticos; las apuestas solían ser fuertes.

Con el juego y tanto oro de por medio empezaron las rencillas. Juan Velázquez de León, uno de los favoritos de Cortés, mandó hacer una vajilla y grandes cadenas de oro, deseando imitar a su capitán, una de las cuales era famosa: la Fanfarrona; Gonzalo Mejía, tesorero de la tropa, se la pidió, ya que el oro no había sido quintado sino sustraído antes de hacer los montones. Velázquez de León se negó, aduciendo que Cortés se lo había dado; Mejía respondió que era suficiente con lo que Cortés había escondido de lo que tocaba justamente a sus hombres, y como tesorero exigía la entrega del oro sin quintar. Las palabras subieron de tono, echaron mano

de las espadas y se hicieron algunas heridas antes que los separaran. Cortés ordenó encarcelarlos y ponerles grillos. Se dice que habló en secreto con Velázquez de León, le pidió soportar la prisión por dos días para evitar murmuraciones; a Mejía tendría que soltarle por tratarse del tesorero real.

Velázquez de León fue confinado en una habitación grande, cercana al aposento de Motecuhzoma. Como era de constitución alta y fuerte se paseaba por la estancia arrastrando su cadena; el tlatoani extrañado preguntó a Orteguilla la causa. El paje le contó de la prisión de Velázquez de León y el motivo de ella; además, le habían quitado el mando de la guardia del tlatoani, siendo remplazado por Cristóbal de Olid. Ese mismo día Motecuhzoma preguntó a Cortés el motivo del encarcelamiento de Velázquez de León, al que consideraba un capitán bueno y valiente; Cortés respondió, medio en broma, que fue porque Velázquez estaba un poco loco, y como no le había dado mucho oro vociferaba que iría a sacárselo a los señores de los pueblos comarcanos; lo puso preso para evitar que matase a algunos en ese empeño. Motecuhzoma le pidió que lo soltara, él le daría oro del suyo para calmarlo; Cortés accedió no sin hacerse de rogar.

Bernal escribe que le parece que Cortés envió a Velázquez de León a Cholula para poner cierta distancia entre él y Mejía; fue acompañado por algunos mensajeros de Motecuhzoma para pedir más oro, y tras su partida el capitán reconcilió a Mejía. Transcurridos seis días Velázquez regresó con alguna riqueza, pero Gonzalo Mejía y Cortés se distanciaron a consecuencia de estos sucesos. "Así se verá como Cortés so color de hacer justicia, porque todos le temiéramos, era con grandes mañas", sentencia Bernal.

Mientras tanto el extremeño, en su celo proselitista, porfiaba en cristianizar a los nativos. Los españoles escuchaban misa diariamente para poner el ejemplo. Supuestamente se logró que algunos nativos se bautizaran, aunque no muchos.

La cuestión religiosa siempre estaba presente. Los cronistas insisten en que tanto Cortés como el padre Bartolomé de Olmedo ponían su mejor empeño en adoctrinar a Motecuhzoma y a la nobleza mexica. Aunque Durán comenta que un conquistador religioso le había dicho que en realidad "se ocuparon más en buscar el tesoro de Motecuhzoma, y el santo clérigo con ellos, que no en enseñar la doctrina a Motecuhzoma y las cosas de la fe".

La cronología de los sucesos conectados con el aspecto religioso es vaga, y las distintas relaciones divergen. Siendo éste un punto de importancia será necesario hacer una breve exposición de estas versiones.

Cortés rogó a Motecuhzoma dejar de realizar sacrificios humanos, amenazándolo incluso con destruir el templo y la ciudad si perseveraba, o por lo menos con derrocar a los ídolos. Motecuhzoma respondió que si hacían tal cosa los mexicas tomarían las armas en defensa de sus dioses. En una ocasión el tlatoani solicitó licencia a Cortés para ir al Templo Mayor a cumplir sus deberes religiosos; agregó que, además, de esa manera, los mexicas confirmarían que permanecía por su propia voluntad en el palacio de Axayácatl, pues muchos nobles insistían en liberarlo y atacar a los españoles. Cortés le concedió el permiso, no sin advertirle que tuviese mucho cuidado en no hacer nada que le pudiese costar la vida; lo escoltarían varios españoles que a la menor sospecha de traición lo matarían a estocadas de inmediato. Tampoco debía sacrificar seres humanos, si deseaba orar bien podría hacerlo ante la cruz y las imágenes santas que les habían dado.

Motecuhzoma fue llevado en andas, acompañado por gran número de principales, los portadores de sus insignias por delante. Encargados de vigilarle iban fray Bartolomé de Olmedo y cuatro capitanes españoles: Juan Velázquez de León, Pedro de Alvarado, Alonso de Ávila y Francisco de

Lugo, al mando de 150 soldados, a decir de Bernal, que afirma iba entre ellos.

El monarca bajó de las andas en las proximidades de la gran pirámide y prosiguió a pie, llevado del brazo por sus parientes. Al pie del Templo Mayor lo esperaba cantidad de sacerdotes que, tomándolo de los brazos, lo auxiliaron a subir a la cima. La noche anterior habían sacrificado a cuatro indígenas, y por más que los capitanes y el fraile quisieron impedírselo Motecuhzoma insistió en sacrificar a otros, "y no podíamos en aquella sazón hacer otra cosa sino disimular con él, porque estaba muy revuelto México y otras grandes ciudades con los sobrinos de Montezuma", comenta Bernal, lo que es indicio de que no todo andaba tan bien.

Cortés se jacta en su Segunda carta, sin especificar fechas, de haber derrocado los ídolos principales, a los que echó escaleras abajo, ordenó limpiar las capillas llenas de sangre y poner en ellas imágenes de la Virgen María y otros santos, lo cual Motecuhzoma y los suyos resintieron mucho.[21] Habían prevenido a los blancos de no hacer tal cosa, pues los mexicas se levantarían en armas, pero a pesar de las amenazas Cortés asevera que los nativos observaron el proceso con alegre semblante. Agrega que les prohibió los sacrificios humanos y que en todo el tiempo que estuvo en la ciudad nunca se volvió a ver un sacrificio[22]. Atribuyó la antropofagia a la falta de ganado y propuso introducir cerdos.

21 Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, lib. II, p. 49, dice que en su tiempo se creía que la imagen de la Virgen colocada en el Templo Mayor era la misma que, con el título de los Remedios o del Socorro, estaba en un templo a ocho millas al poniente de la ciudad. La tradición mantenía que había sido llevada a México por un tal Villafuerte, soldado de Cortés, quien la ocultó al día siguiente de la Noche de la Huida de Tenochtitlan, siendo encontrada años después en el mismo sitio donde se construiría el templo.

22 Sólo en Sahagún hallamos las dos únicas descripciones de platillos de carne humana, dice que el que sacrificaba enviaba un muslo a

Curiosamente Cortés narra que sobre la gran pirámide había "tres salas", y que la tenía casi frente a sus ojos desde donde estaban hospedados, cuando supuestamente eran sólo dos los adoratorios existentes, el de Huitzilopochtli y el de Tláloc.

López de Gómara, por su parte, relata que Cortés y los suyos se dirigieron hacia el recinto sagrado después de que partió Motecuhzoma, y empezaron a derrocar ídolos; los mexicas quisieron tomar las armas y matar a los sacrílegos allí mismo, pero el soberano les ordenó estarse quietos y rogó a Cortés cesar en tal atrevimiento. El capitán accedió, pareciéndole que aún no llegaba el tiempo de quitar los ídolos sin correr grave peligro. En vez de eso les explicó largamente, por medio de los intérpretes, las cosas del catolicismo, asegurándoles que el objetivo principal de su venida era salvar sus almas, que de sus bienes no querían nada, excepto lo que ellos les diesen de su voluntad, ni les habían hecho daño a sus hijos y mujeres. Acto seguido expuso la cosmovisión cristiana, desde la Creación y Adán y Eva; para terminar, les pidió dejar de idolatrar imágenes de diablos y matar tan cruelmente a sus semejantes.

López de Gómara sostiene que con este discurso se aquietaron los ánimos. Motecuhzoma aceptó que no se volvieran a colocar los ídolos derrocados y que las capillas se limpiaran de las costras de sangre que las cubrían, prometió detener el sacrificio de seres humanos y accedió a que los extranjeros pusieran un crucifijo y una imagen de la Virgen María en los santuarios, con la condición de que respetaran los ídolos que aún quedaban en pie. En adelante dejaron de realizar sacrificios humanos, por lo menos a la vista o en el

---

Motecuhzoma; lo demás lo servían en cajetes entre principales y parientes que iban a comerlo a su casa, echaban en el caldo de las ollas flores de calabaza y maíz y la carne, lo llamaban *tlacatlaolli*.

conocimiento de los españoles. "Pero les quedó un odio y rencor mortal hacia ellos por esto, que no pudieron disimular en mucho tiempo".

Según Bernal, luego del primer intento fallido, en el que los españoles no se atrevieron a imponer su religión por temor a una revuelta fomentada por los sacerdotes, decidieron al fin derribar los ídolos del Templo Mayor. En caso de encontrar seria resistencia pedirían licencia para poner un altar cristiano en una parte de los santuarios de la gran pirámide. Cortés, acompañado por siete de sus capitanes y algunos de sus hombres, habló con Motecuhzoma; le dijo que sus compañeros iban a pedirle licencia en nombre de todos para quitar los ídolos del Templo Mayor y poner en su lugar una cruz y unas imágenes santas, amenazándolo con que lo harían de todos modos a la mala si no se las daba, y podrían morir algunos sacerdotes, cosa que él no deseaba de ninguna manera.

Alterado, Motecuhzoma respondió que los dioses se enojarían y las vidas de los españoles correrían peligro; pero reuniría a los sacerdotes para escuchar su parecer. Cortés pidió a sus hombres que lo dejaran a solas con el soberano, le dijo que intentaría hacer desistir a sus capitanes, pero a cambio debía darles permiso de poner un altar en lo alto de la pirámide y colocar en él la imagen de la Virgen y una cruz, asegurándole que al paso del tiempo ya se irían dando cuenta de lo provechoso que sería para sus almas, su salud, sus cosechas y su prosperidad. Motecuhzoma respondió, "con suspiros y semblante muy triste", que trataría el asunto con los sacerdotes. Finalmente concedió licencia para el altar, pero por desgracia Bernal dejó en blanco la fecha en que esto sucedió, escribiendo tan sólo el año: 1519. El padre Olmedo celebró en el nuevo altar una misa cantada, auxiliado por el clérigo Juan Díaz y varios españoles. Cortés nombró a un soldado viejo para cuidar

el altar e impedir que los sacerdotes tocaran nada, aunque, si así lo querían, podrían barrer, quemar incienso, poner velas y flores y enramarlo (al parecer los nativos aprendieron a hacer velas a través de los españoles). Curiosamente esta vez Bernal no enriquece su narración con los detalles que suele hacerlo, ni dice si es que Cortés y los suyos destruyeron algunos ídolos, o si éstos fueron sacados del Templo Mayor por los mismos mexicas.

Andrés de Tapia es más explícito, narra que Cortés fue al recinto sagrado, acompañado por pocos españoles, muchos habían partido en diversas expediciones de exploración. El capitán pidió a Tapia que subiera a la cima de la pirámide a ver qué había en ella (aunque supuestamente Cortés ya lo había hecho anteriormente). Tapia, acompañado por algunos sacerdotes, entró al santuario, oscurecido por unas cortinas que colgaban a su puerta, hechas de manta de algodón y ristras de cascabeles de oro, algunos tan grandes que pesaban 100 castellanos; al pasar a través de ellas sonaron de tal modo que pensó que la casa se caía. Enseguida subió Cortés, "como por pasatiempo", junto con 8 o 10 españoles, quitaron con las espadas las cortinas de la entrada para poder ver mejor el interior.

Los muros del santuario estaban incrustados con piedras preciosas, los ídolos estaban cubiertos por una costra de sangre de dos o tres dedos de espesor. Cortés, suspirando, exclamó tristemente: "Oh Dios ¿por qué consientes que tan grandemente el diablo sea honrado en esta tierra?"; mandó llamar a los intérpretes y con su auxilio endilgó a los sacerdotes una larga plática sobre religión, les pidió lavar la sangre del lugar y vaciarlo, a fin de colocar imágenes católicas. Riendo, los sacerdotes respondieron que eso no era posible; no solamente en Tenochtitlan tenían esos dioses sino en toda la tierra, y los consideraban más valio-

sos que sus propios padres y familia, antes morirían que permitir tal sacrilegio.

Entonces, continúa narrando Tapia, Cortés envió mensajeros al palacio de Axayácatl con instrucciones de poner a Motecuhzoma bajo fuerte guardia y enviarle 30 o 40 hombres de refuerzo. Dijo a los sacerdotes que sentiría gran contento de poder luchar por su dios en contra de los suyos, que no eran nada. Las palabras de ambas partes fueron aumentando en intensidad, hasta que Cortés perdió el control

> e tomó con una barra de hierro que estaba allí, e comenzó a dar en los ídolos de pedrería; e yo prometo mi fe de gentilhombre, e juro por Dios que es verdad que me parece agora que el marqués saltaba sobrenatural, e se abalanzaba tomando la barra por en medio a dar en lo más alto de los ojos del ídolo, e así le quitó las máscaras de oro con la barra, diciendo: A algo nos hemos de poner por Dios.

Notificado, Motecuhzoma mandó rogar de inmediato al extremeño que le dejase acudir al templo para evitar un enfrentamiento armado, y que mientras dejara de golpear las imágenes sagradas. Cortés se lo concedió, pero debería ir acompañado de su guardia española. Al llegar al santuario el soberano intentó llegar a un compromiso: los extranjeros podrían colocar sus imágenes en una parte, dejando a sus dioses en otra, a lo que Cortés se negó. Finalmente, el huey tlatoani tuvo que ceder, pero exigió que ellos lo hicieran y pudieran llevárselos a otro lado, el capitán accedió.

Las efigies de las dos grandes deidades (Huitzilopochtli y Tláloc) fueron bajadas de lo alto de la pirámide de manera muy ingeniosa y los santuarios se lavaron. Al ob-

servador Cortés le pareció que había poco espacio interior, pues por el exterior el santuario parecía mayor. Mandó horadar la pared del frente y tras ella encontraron una pequeña recámara donde había algunas vasijas, unas llenas de una masa hecha de sangre y de semillas, otras de agua, unas más de joyas de oro, así como un poco del preciado metal en una sepultura. Extrañamente, Cortés también manifestó que "estas torres son enterramientos de señores", mientras Bernal afirma que en el recinto ceremonial había "enterramientos de grandes señores mexicanos". Hasta la fecha no se han encontrado los sepulcros de los tlatoanis mexicas.

Tapia prosigue narrando que Cortés ordenó construir dos altares, uno en cada santuario; en uno pusieron la imagen de la Virgen y en el otro una de san Cristóbal, pues no tenían más que ésas, y en adelante se decía misa en ellos (lo cual debió de dejar extenuados a los participantes, tras la subida y la bajada de tantos escalones).

Al poco tiempo se presentaron algunos indígenas con mazorcas malas, quejándose de que los dioses, ofendidos, no permitían que lloviera, y exigieron que las nuevas divinidades trajeran la lluvia. Cortés los calmó, asegurándoles que su Dios lo haría gustoso, pidió a los españoles orar por ello. A decir de Tapia, al día siguiente fueron en procesión bajo un fuerte sol hasta el Templo Mayor, donde se celebró una solemne misa, y al regresar a sus aposentos empezó a llover de tal manera que el agua corría abundantemente por los patios del recinto.

Andrés de Tapia ratificó su relato en sus declaraciones del juicio de residencia de Cortés,[23] agregando que el capitán y sus compañeros, enfurecidos por los restos de sacrificios humanos que vieron en el templo, comenzaron

[23] DC, II, p. 359.

a destruir los ídolos y arrojaron gradas abajo los objetos de menor peso. Motecuhzoma, muy alarmado, envió al templo a un principal, que Tapia llama Atenpaneca, capitán general, a pedir a Cortés no tocar a sus dioses ni entrar en su presencia; el extremeño respondió que todos los españoles se alegrarían mucho si Dios disponía que murieran cumpliendo ese sagrado servicio.

Cervantes de Salazar relata que cuando Cortés golpeaba los ídolos muchos afirmaban haberlo visto levantarse del suelo más de tres palmos (unos 60 centímetros). Agrega que había algunos conquistadores, entre ellos Alonso de Ojeda, quienes sostenían que tres o cuatro días después de que Cortés pidió a Motecuhzoma remover los ídolos acudieron muchos nativos, alrededor de 400, provistos de maromas, argollas, vigas y esteras de petate. Armaron las maromas sobre las gradas de la pirámide y, auxiliados con ellas, fueron bajando, una por una, las grandes estatuas que representaban a Huitzilopochtli y a Tláloc, con una destreza y cuidados admirables y en silencio, lo cual era excepcional, pues siempre unificaban el esfuerzo de sus maniobras por medio de grandes gritos. Algunos fragmentos pequeños que se desprendieron fueron recogidos por los sacerdotes y los envolvieron en sus mantas, a manera de reliquias. Una vez abajo, las estatuas fueron colocadas en unas andas muy grandes, las cargaron en hombros, se las llevaron y las escondieron de tal modo que los españoles nunca las volvieron a ver ni a saber de ellas, aunque posteriormente realizaron varios interrogatorios acerca de su paradero.[24]

Una vez preparado el recinto sagrado, continúa Cervantes, los españoles, armados y vestidos con sus mejores galas, fueron en solemne procesión, en medio del enmudecido

[24] Francisco de Flores ofrece una versión similar, AGI, Justicia, leg. 223 p. 2, f. 511 v. [792].

temor de los mexicas, llevando una cruz y las imágenes, entonando con gran devoción un *Te Deum Laudamus*; algunos, entre ellos Cortés, derramaban abundantes lágrimas. Una vez instaladas cruz e imágenes, el extremeño fue el primero que se hincó ante ellas, seguido de los demás españoles; al día siguiente se celebró una solemne misa en ese lugar.

El cronista comenta:

> Porque no hay en las cosas humanas, por la variedad de los paresceres, negocio tan averiguado que aun los mismos que los trataron y vieron, en el contarlo no difieran en algo, y muchas veces en mucho, paresciome que haría bien, pues de los mismos conquistadores que, o escribieron de propósito, como fray Toribio, o dexaron Memoriales, como Ojeda y otros, difieren entre sí, y lo que más es, muchos de los conquistadores de quien yo con cuidado me informé para la verdad desta historia, y que pues no lo vi, no paresca que sigo más a unos que a otros, no pudiendo ser juez de sus verdades, escrebir aquí lo que Motolinea dice, el cual en lo mas del capítulo pasado [sobre el derrocamiento de los ídolos] habla de otra manera.

Según Cervantes, la versión de Motolinía era que Cortés intentó repetidamente convencer a Motecuhzoma de quitar los ídolos, como no accedía le advirtió con aspereza que cesaran los sacrificios humanos, si no, derribarían el templo por los suelos. Motecuhzoma respondió muy alterado que sus súbditos podrían oponerse violentamente, causando muchas muertes en ambos bandos; aun así, Cortés decidió seguir adelante. Subió a la gran pirámide armado con una barra de hierro, y delante de Motecuhzoma, nobles y sacerdotes, dio un gran salto y pegó con la barra en el rostro de uno de los dos ídolos mayores, a 15

pies de altura (4.20 m), levantándose del suelo más de vara y media (1.25 m), sin impedírselo el peso de sus armas, lo cual, dice el fraile, sólo era creíble si los ángeles lo hubiesen sostenido en el aire. El extremeño continuó golpeando hasta hacer pedazos los dos grandes ídolos, lo que es prácticamente imposible.

Los sacerdotes fueron quienes más se indignaron, instando a los nobles a tomar venganza y a no abandonar de modo alguno la religión que por tanto tiempo habían practicado, ni cambiarla por una nueva que no sabían ni siquiera en qué se fundaba. Motecuhzoma les pidió disimular por un tiempo; podrían seguir adorando a sus dioses en los otros templos de la ciudad, en los que seguían conservándose sus imágenes, más delante ya verían qué hacer.

Cervantes de Salazar dice que el soberano poco después mandó en secreto quitar una "ramería de mujeres públicas" en Tlatelolco, que ganaban "unas peceszuela", eran como 400 casas, adujo el tlatoani que por los pecados de ellas los dioses permitieron llegar a los cristianos.

Cortés no podía estar más de plácemes, pues parecía haber logrado al fin el dominio de las ricas tierras recién descubiertas, más ricas, prósperas y grandes que cualesquiera otras encontradas en el Nuevo Mundo.

En el proceso su riqueza personal había aumentado considerablemente, era un hombre acaudalado y poderoso; gozaba de la compañía de hermosas mujeres, entre ellas Ana e Inés, hijas de Motecuhzoma, y Francisca, hija de Cacama. Sus capitanes y favoritos habían sido bien provistos de oro, incluso el resto de sus hombres satisfacían muy adecuadamente sus necesidades inmediatas de alimento, sexo y juego, soñando complacidos con el no muy lejano futuro en que se convertirían en grandes señores. Sin embargo, es una ley inescapable que toda hibris provoca una

némesis y ésta no tardó en presentarse, amenazando con la total destrucción de los sueños de grandeza tanto de Cortés como de la mayoría de sus hombres.[25]

[25] Hernán Cortés, Segunda carta de relación; Andrés de Tapia, "Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre don Hernando Cortés, marqués del Valle, en la Nueva España"; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV, lib. XXXIII, caps. VII-X; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, pp. 133-138; Juan Ginés de Sepúlveda, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. IV; Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. IV, caps. XXX-VII-XLVII; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. I, caps. C-CVII; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, III, lib. IX, caps. I-VI; Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, caps. LVI-LVII; Alva Ixtlilxóchitl, "Historia de la nación chichimeca", caps. LXXXVI-LXXXVII; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. IV, caps. I-IV.

CAPÍTULO XVIII

Pánfilo de Narváez

Luego invio [Diego Velázquez] con Pánfilo de Narváez
la mejor armada que él había hecho, que fue de once naos
y siete bergantines con nuevecientos españoles y
ochenta caballos, dando poder a Pánfilo de Narváez
de su Teniente de Gobernador en la Nueva España, con cierta
instrucción secreta en que se decía le mandaba en cuanto
pudiese destruyese a Cortés, y si lo prendiese,
echado en hierros, le inviase a Cuba.

Francisco Cervantes de Salazar[1]

Estando prácticamente en control de la situación, aunque precariamente, pues el peligro de una reacción mexica permanecía latente, como lo había demostrado la rebelión de Cacama, Cortés necesitaba con urgencia enviar noticias a España y Santo Domingo, así como obtener refuerzos y provisiones de las islas, seguro de que en cuanto se supiera de sus triunfos y riquezas sobrarían voluntarios que quisieran compartirlas.

Fue en estos momentos que la situación en el Anáhuac dio un brusco viraje, cambiando drásticamente el curso de

1 Cervantes *Crónica de la Nueva España*, lib. IV, cap. LIII.

los acontecimientos y echando por tierra todo lo planeado y conseguido por los españoles.

Cortés, en su Segunda carta de relación a Carlos V (en la que no menciona el ultimátum de Motecuhzoma), menciona con cierta extensión que una amenaza se cernió sobre sus dorados proyectos:

> al real servicio de vuestra alteza gasté desde el 8 de noviembre de 1519 hasta entrante el mes de mayo deste presente, que estando en toda quietud y sosiego en esta dicha ciudad, teniendo repartidos muchos de los españoles por muchas y diversas partes, pacificando y poblando esta tierra con muchos deseos que viniesen navíos con la respuesta de la relación que a vuestra majestad había hecho desta tierra, para con ellos enviar la que agora envío, y todas las cosas de oro y joyas que en ella había habido para vuestra alteza.

Llegaron a verlo unos nativos vasallos de Motecuhzoma desde la costa del Golfo, le informaron que habían visto 18 navíos en las cercanías de la sierra de San Martín, no sabían qué gente vendría en ellos. Al poco tiempo un taíno, de los que trajeron de Cuba (reconociendo esta infracción a las instrucciones sobre no embarcarlos), le trajo una carta enviada por un español a quien mantenía como vigía en la costa para que si llegasen barcos no se perdiesen. La misiva le notificaba que un navío había llegado frente a San Juan de Ulúa; por más que había tratado de atisbar a otros, sólo ese era visible, creía que vendría de España enviado por el emperador, ya era tiempo de que llegara una respuesta de Europa. En cuanto la nave tocara puerto le enviaría más información.

Habiendo pasado cerca de 10 meses desde la partida de sus procuradores Montejo y Hernández Portocarrero a España, Cortés y sus hombres consideraban que era tiempo de que

regresaran, ansiosos por saber la respuesta de Carlos V, por lo que había la posibilidad de que la nave fuera de ellos, mas también que fuera de Garay o de Diego Velázquez; si éste venía en persona las cosas pintarían muy mal para el extremeño.

Cortés, deseoso de verificar de quién se trataba, envió a dos españoles por distintos caminos "para que no errasen" y volvieran a toda prisa con sus nuevas, y otro a la villa de la Vera Cruz a informarles de ese arribo y uno más a Juan Velázquez de León, al que había enviado a Coatzacoalcos, para que no siguiera adelante con sus 150 hombres hasta recibir nuevas instrucciones, y a decir de Cervantes de Salazar envió el mismo aviso a Rodrigo Rangel, quien iba hacia la Chinantla.

Pasaron 15 días de espera angustiosa, "de que no estaba poco espantado", hasta que llegaron otros nativos, vasallos de Motecuhzoma, a informarle que habían llegado unos navíos al puerto de San Juan y desembarcado sus tripulantes; eran 80 caballos y 800 hombres y entre 10 y 12 tiros de fuego, lo cual traían pintado en papel de amate para mostrarle al tlatoani; dijeron que el vigía español que tenía en la costa, así como los otros mensajeros que había enviado, estaban con esa gente pues el capitán que venía al mando no los dejaba partir.

Antes de estos sucesos López de Gómara y Bernal cuentan otra cosa, aunque parece no tener fundamento; el capellán lo tomó de Fernández de Oviedo, quien lo narra por prestar oído a ciertas "personas fidedignas" a las que no nombra y Bernal lo tomó de López de Gómara, fallándole al parecer mucho la memoria; después fue retomado por Cervantes y varios cronistas, aunque otros conquistadores no lo mencionan, como tampoco lo hizo Cortés, sino que por el contrario todo estaba en paz.[2]

[2] Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV, lib. XXXIII, cap. XLVII. Véase Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, pp. 138-140, y Bernal Díaz *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. CVIII.

Según esta versión (la parafraseo casi como anécdota) fue la intolerancia religiosa de Cortés la que primero provocó un giro en la situación; mientras que el extremeño afirma que "estando en toda quietud y sosiego en esta dicha ciudad", aquí se narra que habiendo Cortés enemistado en su contra a los sacerdotes, que hasta entonces habían mantenido cierta fidelidad al tlatoani, no podían seguir indiferentes ante la destrucción de lo que consideraban más sagrado, que estaba bajo su cuidado y responsabilidad y era, además, la base misma de su poder. Exigieron al huey tlatoani tomar acciones enérgicas contra los sacrílegos. La presión del sacerdocio, unida a la de buena parte de la nobleza y de los guerreros, se tornó aplastante. Le pidieron presentara un ultimátum a los extranjeros: debían abandonar México-Tenochtitlan o sufrir las consecuencias, habían tolerado demasiadas vergüenzas y vejaciones; los dioses estaban enojados y pronto los abandonarían si no hacían algo; si la situación no cambiaba el tlatoani no podría esperar mejor trato que el dado a Cuauhpopoca y Cacama, no debía seguir creyendo en promesas mentirosas. Al parecer incluso lo amenazaron, si se negaba, con elegir un nuevo soberano con más carácter. La prisión de Cacama también debió pesar en el ánimo de Motecuhzoma.

La oportunidad de actuar parecía adecuada, un considerable porcentaje de los efectivos de Cortés estaban fuera de la ciudad, en diversas expediciones, indicativo de la confianza que Cortés sentía de tener controlada la situación, de otro modo no se habría arriesgado a diseminar sus pocos hombres, quedándose con más o menos la mitad.

Al segundo día del sacrilegio perpetrado en el Templo Mayor el huey tlatoani tenía preparado en secreto un ejército de 100 000 guerreros; pidió a Cortés que fuera a hablar con él. Orteguilla dijo al extremeño que el monarca se encontraba muy alterado y pensativo, la noche anterior y parte

de ese día estuvo hablando en secreto con varios principales y sacerdotes, lo cual a Cortés le pareció muy sospechoso. Acudió al llamado del monarca en compañía de Cristóbal de Olid, capitán de la guardia del prisionero, de otros cuatro capitanes, de algunos pocos hombres de confianza y de Marina y Aguilar como intérpretes.

Motecuhzoma los recibió con la misma cortesía de siempre, cogió de la mano a Cortés y lo llevó a tomar asiento; esta vez sus palabras fueron diferentes, conminó al extremeño a abandonar la ciudad. Sus dioses estaban muy enojados, dijo, por haberles permitido permanecer durante tanto tiempo; habían ordenado a los sacerdotes y capitanes que les hicieran la guerra y los mataran. Debían partir antes que eso sucediera. Podía pedirle lo que quisiera, se lo daría gustoso, pues lo amaba mucho, debía tomarse esto muy en serio, le pesaría mucho que murieran. Antes de que Motecuhzoma terminara su discurso Cortés envió a uno de los suyos a dar aviso a sus hombres para que se prepararan ante la posibilidad de un repentino ataque.

De momento lo importante era ganar tiempo. Controlando sus reacciones, el extremeño respondió que agradecía el aviso y lo tomaba en toda su valía. Se irían de su ciudad, pero no contaban con los navíos necesarios para regresar a su tierra, por tanto le rogaba detener un poco a los nobles y sacerdotes mientras construían tres naves en la costa, para lo cual solicitó su auxilio con gente y madera. Mostrando la rapidez de su ingenio, agregó una condición que sería muy útil para retrasar y estorbar cualquier iniciativa del monarca: cuando se fuesen forzosamente tendrían que llevarlo con ellos para que se viera con el emperador, y le advirtió que si decidían atacarlos todos morirían, incluido el monarca.

Motecuhzoma prometió cooperar; la perspectiva de partir con ellos no debió de agradarle en lo más mínimo. En un intento por salvar la situación, picando la muy conoci-

da codicia de los extranjeros, ofreció que si se iban daría a Cortés dos cargas de oro y una a cada uno de los españoles; el tlatoani quedó sumamente alegre, pensando en la pronta partida de sus incómodos huéspedes.

Los españoles estaban muy preocupados, pensando que en cualquier momento podrían ser atacados, Marina y los tlaxcaltecas no perdían oportunidad de recordarles el peligro en que se encontraban, mientras que Orteguilla se la pasaba llorando. Dormían calzados y armados, los caballos permanecían ensillados y enfrenados. Bernal agrega (¿sería tanta su falla de memoria?) que por su parte quedó tan acostumbrado a ello que

> después de conquistada la Nueva España tenía por costumbre de acostarme vestido y sin cama, y dormía mejor que en colchones; y ahora cuando voy a los pueblos de mi encomienda no llevo cama; y si alguna vez la llevo, no es por mi voluntad, sino por algunos caballeros que se hallan presentes, por que no vean que por falta de buena cama la dejo de llevar, más en verdad que me echo vestido en ella. Y otra cosa digo: que no puedo dormir sino un rato de la noche, que me tengo de levantar a ver el cielo y estrellas, y me he de pasear un rato al sereno, y esto sin poner en la cabeza cosa ninguna de bonete ni paño.

Como coincidencia, el 14 de febrero de 1520 terminó el fatídico año 1-Caña, Ce-Ácatl, y empezó el 2-Pedernal, Técpatl. Durante el segundo mes de éste, el *tlacaxipehualiztli*, "desollamiento de hombres", que iba del 6 al 15 de marzo, los mexicas solían celebrar varias ceremonias del equinoccio primaveral y era también el momento de apogeo de la temporada de guerra, en Tenochtitlan se sacrificaba a los guerreros enemigos tomados prisioneros.

Regresemos al relato principal. Dice López de Gómara que Cortés envió a la costa del Golfo a los carpinteros Martín López y Andrés Núñez, en compañía de carpinteros y tamemes nativos, con instrucciones de tomarse el mayor tiempo posible en la construcción de los navíos, mientras tanto Dios proveería. Bernal refuta esta aseveración; según él, Cortés dijo en secreto a Martín López que los hicieran lo más rápido que pudieran, y muy pronto estuvieron los tres navíos en los astilleros, lo cual es factible; Cortés podría enviarlos por refuerzos a las islas.

Andrés de Tapia menciona 18 navíos y afirma que Motecuhzoma dijo a Cortés que hacía 18 días que los navíos habían dado de través en la costa a casi 100 leguas del puerto de San Juan de Ulúa, quedando cinco de ellos varados y quebrados en la playa arenosa. Llegó otro mensajero nativo a decir que habían desembarcado y Cortés, temiendo lo peor, envió a Tapia, que acababa de llegar de Cholula ese día, había ido a tratar de poner paz entre Cholula y Tlaxcala por una cuestión de tierras; camino a Veracruz fue de día por caminos secundarios y por la noche lo llevaban a cuestas los nativos, sólo hizo tres días y medio, y se encontró con que Sandoval ya había enviado mensaje a Cortés.

De acuerdo con Oviedo, el tlatoani fue notificado cuando vieron la flota aún en el mar, sus espías llegaron en cuatro días tras recorrer 80 leguas. Temeroso ante este acontecimiento, mandó llamar a Cortés, quien acudió algo receloso, consciente de que si eran atacados tendrían pocas posibilidades de salir vivos. Advirtió a los suyos que estuviesen listos para cualquier eventualidad, "la barba en la cebadera", y se acordasen de quiénes eran y quiénes "estos infieles hombres, aborrecidos de Dios, amigos del diablo, con pocas armas y no buen uso de guerra".

El monarca le dijo que podía estar tranquilo, ahora tendrían suficientes naves en las que irse, y le comunicó las

noticias que le habían llegado de la costa del Golfo sobre los 11 navíos [sic] que habían atisbado. En esos momentos le llegaron nuevas noticias al tlatoani sobre la fuerza que traían los recién llegados (mencionada más arriba). Motecuhzoma, muy contento, abrazó a Cortés, lo invitó a comer y fueron llevados de las manos al aposento del extremeño y le comunicó las noticias. Ante la cantidad de navíos y soldados era seguro que vinieran de Cuba, y contra él. Motecuhzoma se retiró, cada hora llegaban nuevos emisarios.

Varios nobles y sacerdotes le aconsejaron matar a Cortés y a los suyos mientras permanecían en la ciudad, luego caer sobre los recién llegados; si permitía que ambos contingentes se unieran sería más difícil acabar con ellos. Motecuhzoma y sus consejeros llegaron a la conclusión de que era mejor dejar entrar a los recién llegados a la ciudad, allí serían más fácilmente exterminados, razonando que, si acababan primero con los de Cortés, los demás, al enterarse, podrían huir en sus embarcaciones y llevar la noticia a su emperador, de modo que pronto estarían de regreso con más fuerza para vengar la afrenta sufrida. Tomado este acuerdo, Motecuhzoma, a decir de López de Gómara, acompañado de 500 principales se trasladaba todos los días a ver a Cortés, más solicito y dadivoso que antes, puesto que había de durar poco esa situación.

Para entender lo ocurrido será necesario enfocar la atención en Cuba, donde Diego Velázquez se deshacía el hígado rumiando su furia contra Cortés. Algo le calmó la llegada de España de su capellán, Benito Martín, quien le entregó al fin su anhelado nombramiento de adelantado y gobernador de las tierras descubiertas por Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva. Con ello cobró renovado vigor su proyecto de enviar una poderosa armada contra su antiguo protegido. Ya estaba enterado de las andanzas de Cortés debido a la escala en agosto de 1519 en Cuba de los procurado-

res Montejo y Portocarrero, lo que Cortés ignoraba. Bernal asevera que contaba con el beneplácito del obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca, lo cual no es muy factible. Pero en carta del 19 de noviembre informó a Rodrigo Figueroa, que era juez de residencia de la Audiencia de Santo Domingo, de manera que lo comunicara a España (por lo que ya los frailes jerónimos no estarían en Santo Domingo).

El obeso gobernador fue de pueblo en pueblo, reclutando voluntarios y convenciendo a parientes, amigos y protegidos de participar de un modo u otro en su propósito.

Finalmente logró armar la flota más poderosa que se había visto en las islas, desde aquélla en la que llegó el comendador Ovando. Al parecer, en un principio Velázquez tenía la intención de ir en persona al mando de la armada, pero quienes deseaban para sí ese puesto, como Baltasar Bermúdez, Vasco Porcallo de Figueroa y Pánfilo de Narváez, lo convencieron de que no era aconsejable que abandonara Cuba, pues muchos españoles partirían en la flota, además de los que ya estaban con Cortés, con lo que la isla quedaría en peligro si los nativos se rebelaban, y eso no sería del agrado del emperador. Le propusieron elegir un capitán adecuado y darle plenos poderes. Al parecer una causa principal de que Velázquez no partiese fue que se había desatado la primera gran epidemia en el Nuevo Mundo, posiblemente de viruelas, llevada de Sanlúcar de Barrameda a La Española, de donde pasó a Cuba, causando gran mortalidad entre los nativos, y que en la nueva flota de Diego Velázquez se trasladaría a México.[3]

[3] Diego Velázquez escribió al licenciado Figueroa, con fecha de 17 de noviembre de 1519, que no tomaría el mando de la armada debido a una gran epidemia de viruelas que había en Cuba, y que ese mismo día partiría hacia la Trinidad, San Cristóbal de la Habana y Guaniguanico, desde donde pensaba despachar la flota a la brevedad posible, DC, I, p. 98. Más tarde, en una Información promovida

Después de tomar consejo con sus más cercanos colaboradores Velázquez decidió que su sobrino Baltasar Bermúdez era la persona más indicada para conferirle el mando de la armada; pero receloso como siempre, al poco tiempo le hicieron cambiar de opinión y dio el mando a Vasco Porcallo; poco después mostró pesar por esa decisión y Porcallo prefirió renunciar. Velázquez consultó a sus partidarios de nuevo, y externaron diversas opiniones, la mayoría optó por Pánfilo de Narváez, originario de Valladolid, de alrededor de 42 años; tenía poco tiempo de haber regresado de España, donde efectuó varios buenos servicios a Velázquez; era bien visto y animoso, aunque pecaba de confiado. Finalmente, el gobernador se decidió por él.

Temiendo que el espíritu vengativo de Velázquez provocara un enfrentamiento tal con Hernán Cortés que impidiese o frenase el buen curso de la conquista de las nuevas tierras, Rodrigo Figueroa decidió intervenir. Tras una información sobre el caso, designó al oidor de la Real Audiencia, Lucas Vázquez de Ayllón —un converso nativo de Toledo y encomendero de la isla, de carácter inflexible y probada lealtad a los intereses de la Corona—, a trasladarse a Cuba y tratar de evitar el conflicto. Éste zarpó de Santo Domingo hacia mediados de enero de 1520, con dos navíos, en compa-

---

por el mismo Velázquez en junio-julio de 1521, el gobernador dice no haber ido en persona por estar muy enfermo y ocupado con su gobernación, mencionando que la flota estaba compuesta por 17 o 18 navíos al mando de su lugarteniente de gobernador y capitán Pánfilo de Narváez, que era también contador real, que con Baltasar Bermúdez como alcalde mayor, iría a llevar abastecimientos a los españoles que estaban en la isla de Santa Cruz y a los de Cortés en San Juan de Ulúa, así como a descubrir otras islas y tierras de las que Velázquez tenía noticia, para pacificarlas y poblarlas, DC, I, p. 170.

ñía del alguacil mayor de Santo Domingo, Luis de Sotelo, y el escribano de la Audiencia, Pedro de Ledesma.[4]

El licenciado Vázquez de Ayllón no encontró a Velázquez en Santiago, le dijeron que estaba en el puerto de la Trinidad, por lo que se trasladó allá sólo para enterarse de que el gobernador había partido a Guaniguanico, a aproximadamente 14 leguas (78 km), a esperar la flota de Narváez, que estaba en el puerto de Xagua (actual Cienfuegos). Vázquez de Ayllón reunió información entre los testigos que logró encontrar en la Trinidad, se enteró de que la mayoría de los hombres hábiles se habían alistado en la armada, y se pretendía llevar en ésta a muchos nativos en la edad más productiva, todo ello en perjuicio de Cuba y de los ingresos de la Corona. El oidor Vázquez de Ayllón partió enseguida a Xagua, donde encontró a Narváez, a quien previno, bajo graves penas, de que no zarpase de la isla y se dirigiese a Guaniguanico. Hacia allá

[4] La Real Audiencia de La Española inició una información o pesquisa sobre estos sucesos, que al parecer no fue concluida, siendo presentada por el licenciado Juan Carrillo, promotor fiscal de La Española, en Santo Domingo, el 24 de diciembre de 1519; en ella se asevera que la expedición de Cortés fue enviada sin expreso mandato ni licencia real, que hizo guerra a los nativos, matando a muchos, tomándoles sus tierras y rebelándose contra la obediencia que debía a Diego Velázquez, además de tomar la gente de la flota de Francisco de Garay y cometer otros muchos delitos, escándalos y alborotos. Diego Velázquez había reunido otra armada para ir contra Cortés, lo que causaría mucho daño, pues los nativos, al ver la división entre los mismos españoles, se rebelarían, "ansi el dicho capitán Hernando Cortés por haber cometido lo sobredicho, como el dicho Diego Velázquez en haber juntado gente e navíos de guerra, y enviado contra el dicho Hernando Cortés, e más en hacer guerra sin expreso mandado e licencia de V. M., han cometido muchos e graves delitos, e han caído e incurrido en muy grandes e graves penas, e perdimiento de bienes e capitales, en las cuales a V. R. M. pido y suplico les mande condenar e condene", y recomienda que vaya a las nuevas tierras el juez y oidor de la Real Audiencia, o envíe a alguien con plenos poderes. *Cfr*. CDH, I, p. 404.

fue el oidor y finalmente halló a Diego Velázquez. A éste y a Narváez les habló de los riesgos económicos y sociales que la partida de la flota provocaría en Cuba, así como el conflicto que se podría suscitar con Cortés; pidió al gobernador no actuar por cuenta propia, sino esperar la resolución real, y le ordenó, investido de los poderes que le había dado la Audiencia, no permitir que la flota zarpara sin dejar por lo menos una guarnición adecuada en Cuba.

Cervantes relata que ante los temores de Vázquez de Ayllón, Narváez le respondió que no se preocupara, puesto que él y Cortés se conocían muy bien, "téngole por hijo, respectarme ha como a padre, y cuando no hiciere el deber, no serán tan necios los pocos que allá están que quieran tomarse con los muchos que vamos, especialmente que los más dellos son nuestros amigos, criados y parientes del señor Adelantado", desbandar la armada sería un desperdicio, considerando la gran cantidad de tiempo, esfuerzo y dinero que había costado reunirla.

Ante tales razones, y al ver la obstinación de Velázquez y Narváez, el oidor cedió, no sin asentar por escrito su punto de vista: debería quedar en Cuba una guarnición adecuada; algunos de los navíos reunidos zarparían hacia las nuevas tierras y tratarían de convencer a Cortés, si éste porfiaba en su postura no deberían forzar la situación, sino esperar la determinación de la Corona; el resto de la flota podría ir a descubrir otras tierras, o incluso poblar en Cozumel; antes de partir debían desembarcar a unos mil nativos que intentaban llevar como sirvientes.

Al parecer Diego Velázquez estuvo de acuerdo con la decisión de Vázquez de Ayllón, aunque al poco tiempo objetó que la Audiencia no poseía autoridad para dictarle sus resoluciones. El oidor no dio su brazo a torcer, Velázquez tampoco, aunque aparentemente atenuó su furia e instruyó a Narváez para que, sin desembarcar, se limitase a requerir a

Cortés; si éste cedía, procedería a poblar en ese sitio, y si no, debería seguir adelante, descubriendo, y poblar si le parecía adecuado. Vázquez de Ayllón, desconfiando de la sinceridad del gobernador, decidió acompañar a Narváez para mediar entre éste y Cortés y asegurarse de que cumplirían con estos propósitos, al parecer iría en la misma nave que llevaba desde Santo Domingo. Tuvo razón el oidor, pues Velázquez instruyó secretamente a Narváez para que capturara al extremeño y a sus principales partidarios y se los enviara encadenados a Cuba, o que los matara en caso de resistirse. En cuanto a los taínos, se las arreglaron para llevárselos de todos modos.[5] El informe enviado por Ayllón a España des-

[5] El tamaño de la armada de Narváez varía según la fuente consultada. Algunos cronistas dan cifras diferentes: Cortés menciona 18 navíos, 800 hombres, entre ellos 80 escopeteros y 120 ballesteros, 80 caballos y 10 o 12 piezas de artillería. López de Gómara habla primero de 15 navíos, y unas líneas después de sólo 11, además de 800 hombres, 80 caballos y 12 tiros, aunque más adelante dice que en un alarde se contaron 80 escopeteros, 120 ballesteros, 600 peones y los 80 caballos. Bernal Díaz, *Historia verdadera…*, vol. I, cap. LV, declara que eran 18 navíos y 1 300 hombres, la mayoría de entre los principales vecinos de Cuba, tanto parientes de Velázquez como de los que tenían repartimientos y encomiendas; pero en el cap. CIX, menciona 19 navíos, 1 400 soldados, entre ellos 90 ballesteros, 70 escopeteros y 2 artilleros bajo el mando de Rodrigo Martín, así como 80 caballos, unas 20 piezas de artillería y mucha pólvora. Andrés de Tapia afirma que eran 18 navíos, de los que cinco habían quedado varados y quebrados en la arena, más de mil hombres, muy buena artillería, 90 de a caballo, y más de 150 ballesteros y escopeteros. Fernández de Oviedo escribe que eran 11 navíos, 800 hombres y 200 caballos; Cervantes de Salazar menciona primero 15 navíos y más adelante 11, además de 7 bergantines, 900 españoles y 80 caballos. En la Probanza de Segura de la Frontera de septiembre de 1520 se afirma que eran 13 navíos. La pregunta 103 del interrogatorio general del juicio de residencia de Cortés inquiere si los testigos saben que Narváez traía 18 navíos, mil y pico de hombres, más de cien caballos, mucha artillería, munición, ballestas y escopetas; mientras que en la pregunta 109 se habla de una armada de veintitantos navíos, y en la número 128 de un alarde

de Santo Domingo fue la primera noticia que tenía la corte de los sucesos.

El 5 de marzo de 1520, estando la armada lista para zarpar, Diego Velázquez abrazó enternecido a Pánfilo de Narváez; las trompetas tocaron, la artillería lanzó salvas, las velas se desplegaron y la flota se hizo a la mar impulsada por un buen viento. Entre quienes iban a bordo se encontraban un sobrino de Diego Velázquez, que tenía ese mismo nombre; Juan Bono de Quejo, vizcaíno, nativo de San Sebastián, a quien Las Casas llamaba "Juan Bono Malo", de edad madura, comerciante de esclavos y perlas, que en 1513 había sido capitán del navío de Ponce de León que descubrió la Florida; Juan González Ponce de León, hijo de Juan Ponce de León; Francisco Verdugo, cuñado de Velázquez y alcalde de la Trinidad; Juan de Gamarra, antiguo lugarteniente de Pedrarias Dávila; Andrés de Duero, socio de Cortés en la organización de su flota y secretario de Diego Velázquez; Gerónimo Martínez de Salvatierra, nativo de Burgos, en calidad de veedor; Hernando Alonso, esposo de Beatriz, hermana de Diego de Ordaz; Baltasar Bermúdez, originario de Cuéllar, sobrino político de Diego Velázquez; Bernardino de Santa Clara; Pedro Barba, quien sería capitán de uno de los bergantines en el sitio de México; Juan Cano y Juan Gallegos de Andrade, ambos se casarán con Isabel Motecuhzoma; Gaspar de Garnica; Gonzalo Rodríguez de Ocaña, alguacil mayor de Cuba; Pedro de Maluenda, comerciante burgalés, y cuatro

---

de las fuerzas de Narváez, contándose 90 de a caballo, 80 escopeteros, 120 ballesteros y más de 600 peones, DC, II, p. 221. Francisco de Aguilar menciona unos cien caballos y 800 hombres, más o menos, muchos de ellos caballeros hijosdalgo, señores de indios, con buenos repartimientos, y otros eran de Santo Domingo con muy buena artillería, escopeteros y ballesteros, muy bien armados. Eran tantos los españoles de esta armada que, a decir de Martín Cortés, Cuba quedó despoblada, y las rentas reales muy disminuidas. Memorial enviado al Real Consejo en marzo de 1520, DC, I, p. 102.

mujeres: María de Estrada, Beatriz Bermúdez, Beatriz Palacios y Juana Martín.

Algunos de los pilotos y marineros que habían participado en la expedición de Juan de Grijalva condujeron la flota hasta San Juan de Ulúa. Gracias a una relación escrita por el licenciado Vázquez de Ayllón tenemos noticias del viaje. Llegaron a Cozumel, o isla de Santa Cruz, donde rescataron a unos náufragos cuya nave, con destino a la Trinidad, había sido llevada por una tempestad a esa isla, y encallado. Encontraron que la epidemia de viruelas estaba haciendo estragos entre los mayas. Esto es claro indicio de que la viruela ya había llegado a esas costas y no, como afirma Bernal, llevada por un negro de la flota de Narváez, sino tal vez por algún enfermo que iba con Grijalva o con Cortés.

Después costearon hasta el río Grijalva, donde, hacia el Sábado de Gloria, 7 de abril, bajaron en busca de agua y víveres. En el poblado sólo encontraron a un viejo enfermo, el resto de la población había huido ante la proximidad de los expedicionarios. Al parecer los de Narváez pudieron comunicarse de algún modo, pues se dice que los habitantes les llevaron guajolotes, maíz y tres mujeres para el capitán.

Cuatro días más tarde, costeando a la altura de las sierras de San Martín, un fuerte temporal desbandó las naves; seis fueron dañadas y una se perdió con 50 españoles que perecieron ahogados; según Bernal el capitán era Cristóbal Morantes, propietario de uno de los navíos de la expedición de Hernández de Córdoba. Una noche, hacia mediados de abril de 1520, parte de la flota llegó a San Juan de Ulúa.

Al amanecer del día siguiente un español, a quien no se nombra, se aproximó a bordo de una canoa al barco en el que venía Vázquez de Ayllón, que fue uno de los primeros en llegar, y pidió permiso de abordar. Puso en conocimiento del licenciado lo acontecido a Cortés y a sus hombres, asegurándole que resistirían cualquier intento de Diego Velázquez por interferir

en su conquista. El oidor relata que le pidió regresar a tierra, hablar con los indígenas y calmar su inquietud.

Al otro día llegó Narváez con las naves que faltaban y Vázquez de Ayllón le envió al español con quien había hablado, en compañía del secretario de la Audiencia. Una vez informado, Narváez mandó que todos los capitanes se trasladasen a la nave del oidor, a la que él también se dirigió. Notificó a éste que la flota se encontraba en mal estado, debido a la tempestad, y no era posible seguir navegando, por lo que había decidido desembarcar y fundar una villa, ya que Cortés estaba en el interior. Vázquez de Ayllón le recordó que tal proceder era contrario al acuerdo que habían tenido con Diego Velázquez, así como a las instrucciones recibidas, por lo que debía fundar la villa en otro sitio.

Narváez, que bien sabía su cuento, desoyó las advertencias del oidor, ordenó el desembarco y poco después fundó un pueblo al que nombró San Salvador (cercano al actual puerto de Veracruz). En la Información promovida por Velázquez en 1521 se dice que en San Salvador erigieron más de 80 o 90 casas, repartiéndose solares a los "vecinos" y eligiéndose alcaldes y regidores. Los primeros fueron Francisco Verdugo y Juan Yuste; los segundos, Juan de Gamarra, Jerónimo Martínez de Salvatierra, Diego Velázquez el Mozo y Pedro Velázquez.

Por su parte, Bernal narra que ciertos hombres de Cortés, de los que andaban en busca de ríos auríferos, supieron de la llegada de esa flota. Tres de ellos se aproximaron a ver de qué se trataba: Cervantes el Chocarrero, Hernando de Escalona y Alonso Hernández Carretero (aunque estos dos últimos, que vendrían de la Chinantla, debieron de llegar posteriormente). Fueron llevados a la nave de Narváez donde, levantando las manos al cielo, agradecieron a Dios que los librara del poder de Cortés, así como haber podido salir con bien de la ciudad de México, donde todos los días temían

por sus vidas. Narváez les ofreció el vino que quisieron en tanto despotricaban contra Cortés; le informaban de lo sucedido y se quejaban, sobre todo del oro que decían les había robado; le aseguraron que, debido a ello, el ejército estaba muy descontento con su capitán general.

Por medio de ellos Narváez supo que la Villa Rica de la Vera Cruz estaba a una distancia de ocho leguas, que su guarnición contaba con 70 soldados, entre viejos y heridos, al mando del capitán Gonzalo de Sandoval, que seguramente no presentarían resistencia ante su poderío; y se enteró de dónde estaba Juan Velázquez de León, quien esperaba se uniría a él por ser su cuñado y por su parentesco con Diego Velázquez, por lo que le envió una carta. Oviedo comenta que Narváez le dijo ya en España que si Velázquez de León se pasara a Narváez con sus 150 hombres "acabado hobiera Cortés su oficio".

Cuando Motecuhzoma supo de la llegada de esa gran fuerza española envió mensajeros, con obsequios de joyas y ropajes, para enterarse de quiénes eran, qué querían, y a ordenar a las poblaciones cercanas que los abastecieran. Al parecer sirvieron como intérpretes los tres desertores, quienes ya sabían algo de la lengua (seguramente muy rudimentariamente). Narváez envió al soberano mexica algunos regalos y los mensajeros regresaron con el testimonio de cuanto habían visto, dibujado en un paño. La respuesta de Narváez fue sorprendente y completamente inesperada para el huey tlatoani: informó que Cortés era un fugitivo y había ido a esas tierras sin licencia del emperador; cuando éste se enteró de dónde estaba, así como de los robos que perpetraba, y de que había aprehendido a Motecuhzoma, lo había enviado con órdenes de apresarlo y castigarlo, liberar al tlatoani y abandonar esa tierra.[6]

[6] Lo mismo se dice en la Probanza de Segura de la Frontera, fechada en septiembre de 1520, DC, I, p. 129.

Como es de suponer, tales noticias fueron de gran alivio para Motecuhzoma; parecían la solución ideal de sus tribulaciones, aunque, como buen conocedor de la naturaleza humana, de la ambición de los españoles y de los juegos de poder, reflexionaría que Narváez no cumpliría del todo sus promesas, y que aun si capturaba a Cortés, como parecía casi seguro debido a la gran discrepancia entre sus respectivas fuerzas, él continuaría preso y los blancos intentarían adueñarse de todo. Sin embargo, la nueva situación le daba un margen de maniobra más amplio y haría lo posible por aumentar el desacuerdo entre ambos capitanes, de manera que se enfrentasen en una lucha fratricida, después sería mucho más fácil caer sobre el debilitado vencedor y eliminarlo. Decidió seguir un doble juego y envió de regreso a sus mensajeros, cargados de oro y tejidos de algodón, para prometer ayuda a Narváez.[7]

Según Bernal, Cortés, que ignoraba la llegada de Narváez, fue a visitar a Motecuhzoma probablemente tres días después de que el tlatoani fuera notificado de ella. El extremeño quedó sorprendido de ver al monarca de tan buen humor (señal de que antes no estaba tan contento como los cronistas aseveran). Sabiendo que la nobleza y el sacerdocio no cesaban de tramar la destrucción de los españoles, el capitán sospechó algo y más tarde repitió su visita. Motecuhzoma, imaginando que Cortés podría estar enterado de la llegada de la flota, para que no creyese que le ocultaba

7 En la "Merced y mejora de Hernán Cortés a los caciques de Axapusco y Tepeyehualco" se dice que Tlamapanatzin y Atonaletzin notificaron a Cortés que Motecuhzoma estaba enterado de que hacía tres días había llegado una flota para aprehenderlo, y que, como Narváez traía más fuerzas, el tlatoani se aliaría con él. Aconsejaron al extremeño tomar las armas y prender [sic] o matar al soberano; si hubiese resistencia, ellos le ayudarían con alguna gente que tenían prevenida, y con los tlaxcaltecas. DC, I, p. 71.

la noticia, se la comunicó. Le dijo que su necesidad de navíos estaba cumplida y ya podía partir a su tierra, "porque vienen vuestros hermanos para que todos os vayáis a Castilla"; el soberano se guardó mucho de comunicarle cuál había sido el mensaje enviado por Narváez. El extremeño se alegró, o aparentó hacerlo, dando gracias a Dios, que así proveía. Poco después comunicó las noticias a sus hombres, pretendiendo hacerlo con gran júbilo, del que éstos se contagiaron, los de a caballo escaramucearon y los artilleros dispararon salvas.

Cortés no podía menos que suponer que una flota de tal envergadura no provendría de España, y aunque hubiese la posibilidad que fuera una expedición venida de las islas para reforzarlo, era mucho más probable que se tratara de gente de Diego Velázquez. Sabía que tendría que usar de todo su poder de persuasión para mantener la lealtad de sus hombres ante la gran fuerza de esa flota, así que comenzó a repartir obsequios de oro y a hacer grandes promesas.

Mientras tanto Narváez decidió enviar a la Villa Rica al clérigo Juan Ruiz de Guevara, hombre elocuente, acompañado por Pedro de Amaya (quien a decir de Bernal era pariente de Diego Velázquez), del escribano Alonso de Vergara y de tres testigos, con instrucciones de notificar a Gonzalo de Sandoval de los poderes y nombramientos que Narváez traía para que los acatase.

Al parecer los nativos ya habían informado a Sandoval de la llegada de la flota, y "como era muy varón en sus cosas", afirma Bernal, se preparó para el caso de que fuera gente enviada por Diego Velázquez. Mandó al pueblo de Papalote a los hombres más viejos y enfermos; colocó vigías en los caminos que conducían a Cempoala, por ellos debían pasar los recién llegados; exhortó a sus hombres a

no rendir la Villa Rica y mandó construir, o reparar, una horca, como amenaza visible para los recalcitrantes.

Pronto los vigías le informaron que seis españoles, con algunos taínos de Cuba, se aproximaban a la Villa Rica. Sandoval decidió esperarlos en su aposento, ordenando a sus hombres permanecer dentro de sus chozas y que nadie hablase con los que venían. Al llegar los enviados de Narváez entraron a la improvisada iglesia, oraron brevemente y se dirigieron a la choza de Sandoval, la más grande de la población. Tras las salutaciones de rigor el clérigo Ruiz de Guevara comunicó el mensaje de que era portador, agregando altaneramente que Cortés era un traidor. Irritado, Sandoval respondió que no lo castigaba como merecía por tratarse de un clérigo. En cuanto a lo que exigía Narváez, respondió que no tenía autoridad para darles una respuesta, debían ir a la ciudad de México a pedírsela al capitán general y justicia mayor de esta tierra, don Hernán Cortés, quien se encontraba allá.

Molesto, Ruiz de Guevara ordenó al escribano sacar las provisiones que traía en el seno y leérselas tanto a Sandoval como a los vecinos de la villa. Éste se rehusó, aduciendo no saber si se trataba de documentos auténticos o no, y amenazó al escribano, que ya empezaba a sacar los papeles, con darle cien azotes si intentaba leerlos; primero debía mostrar su título de escribano del rey. Ante la irritada insistencia de Ruiz de Guevara, Sandoval ordenó aprehenderlos y llevar al clérigo, Vergara y Amaya ante Cortés a México-Tenochtitlan. Comisionó para esa misión al alguacil Pedro de Solís, al que dio una carta para el extremeño explicándole lo sucedido.

Los indígenas llevaron a los hombres de Narváez cargados en hamacas, "como ánimas pecadoras", comenta Bernal. Como tenían relevos y caminaban de día y de noche llegaron en cuatro días a la capital mexica. Los velazquistas, al

ver por el camino tantas poblaciones y gente, "dizque iban pensando si era encantamiento o sueño".[8]

Mientras tanto Cortés, enterado tal vez por los enviados de Sandoval, dio un suspiro de alivio; el capitán de los recién llegados era Pánfilo de Narváez, eso facilitaba las cosas. Envió a fray Bartolomé de Olmedo, en compañía de otros dos españoles, uno de los cuales era el artillero Usagre, hermano de un artillero Bartolomé que traía Narváez, con una carta suya, y otra de los alcaldes y regidores de la Villa Rica que estaban en México, dirigidas al capitán de la flota. Le comunicaban lo realizado por Cortés y sus hombres a partir de su llegada; le pedían darse a conocer, declarar si venía por mandato del emperador y cuáles eran sus intenciones; si necesitaban algo serían bien proveídos; si no eran españoles y venían a entrometerse en estos territorios les requería, en nombre de Carlos V, que los abandonaran so pena de ser atacados con todo el poder de que disponía. Cortés instruyó de palabra a fray Bartolomé intentar conciliar los intereses de ambas partes y le entregó buena cantidad de joyas para repartirlas entre quienes podrían simpatizar con su causa. (López de Gómara, Bernal y Cervantes colocan este suceso después de la llegada a México de los presos enviados por Sandoval.) El fraile mercedario ocupó un lugar importante en estos sucesos, mostrando gran talento diplomático y negociador, convirtiéndose en pieza clave de los planes de Cortés para nulificar a Narváez. Bernal dice que "era muy cuerdo y sagaz", y además tenía sentido del humor, tras la llamada conquista su figura se desvanece.

Transcurridos cinco días desde la partida del padre Olmedo llegaron a México-Tenochtitlan 20 españoles proce-

[8] Bernardino Vázquez de Tapia declaró, en enero de 1529, en el juicio de residencia de Cortés, que Sandoval prendió y puso grillos a Juan Ruiz de Guevara, al hidalgo Amaya y al escribano Alonso de Vergara, enviándolos después en hamacas a México, DC, II, p. 31.

dentes de la Villa Rica con el clérigo Juan Ruiz de Guevara, Pedro de Amaya y el escribano Alonso de Vergara, aunque Cortés se guardó de comentar que Sandoval los enviaba presos.

Bernal narra que informado Cortés de la cercanía de este grupo, envió algunos de sus hombres con caballos para que Ruiz, Amaya y Vergara no llegaran en hamacas, como presos, sino montados dignamente; los enviados del extremeño les llevaron una carta donde les decía cómo le pesaba que Sandoval los hubiera tratado mal. Salió en persona a recibirlos a las afueras de la ciudad y les dio la bienvenida con la amabilidad y grandilocuencia que tan bien sabía utilizar cuando cuidaba de sus intereses.

Cervantes de Salazar manifiesta que Cortés se puso de rodillas ante el clérigo, como hombre muy cristiano que era, y para dar ejemplo a indígenas y españoles le besó las manos y lo abrazó, haciéndole cuantas cortesías pudo; lo sentaba a su mesa todos los días que estuvo en México-Tenochtitlan.

Juan Ruiz de Guevara y sus compañeros estaban admirados de todo lo que veían, sobre todo del botín reunido por Cortés, mientras que éste, por medio de la carta que Sandoval le envió y por las preguntas que hizo a sus involuntarios huéspedes, se enteró con detalle de la flota y fuerzas de Narváez, quien traía nombramiento de capitán general y teniente de gobernador de las nuevas tierras, contaba con las provisiones reales, y que sus intenciones eran apresarlo o matarlo, tanto a él como a sus partidarios. Supo también que la Real Audiencia estuvo renuente al envío de semejante expedición de venganza, así como de las andanzas y desventuras de su oidor, el licenciado Vázquez de Ayllón, lo que le ofrecía una esperanza. Se enteró de que Narváez había capturado tanto al vigía como a los mensajeros que había enviado a la costa y mandado emisarios a la Villa Rica para tratar de ganar para su causa a los que en ella estaban.

El clérigo Ruiz de Guevara y sus compañeros, a decir de Cortés, traían más de cien cartas que Narváez y los suyos les habían dado para los españoles de la Villa Rica, pidiéndoles dar crédito a lo que el clérigo y sus compañeros les dirían de viva voz, con promesas de grandes recompensas si abandonaban a Cortés y amenazas de graves penas, si no lo hacían.

Al cabo de dos días el extremeño logró ganarse la buena voluntad de sus huéspedes, así como su promesa de apoyarlo, gracias a palabras halagadoras, ofertas y obsequios, por lo que los envió de regreso a la costa con una carta para Pánfilo de Narváez, redactada en tono conciliador, le decía lo alegre que estaba al saber que era el capitán general de la armada, pues eran viejos amigos, aunque había sospechado otra cosa, ya que los mensajeros que envió a la Villa Rica no regresaban, ni había recibido notificación alguna del capitán de esa armada. Seguramente Narváez vendría a servir al emperador y por ello no entendía por qué alborotaba a los indígenas e intentaba que la gente de la Villa Rica se rebelara, "como si fuéramos los unos infieles y los otros cristianos, o los unos vasallos de vuestra alteza y los otros sus deservidores". Pedía a Narváez cesar en esa actitud y que le hiciera saber cuál era la causa de su venida, había sido notificado que en sus pregones se intitulaba capitán general y teniente de gobernador por Diego Velázquez, que había nombrado alcaldes y regidores y ejecutado justicia, todo lo cual iba en contra no sólo de los intereses del emperador, sino también de sus leyes, pues se encontraba en tierras reales en las que ya había justicia y cabildo, y era ante este último que debía haberse presentado, ser recibido, y mostrar las órdenes reales que decía poseer, si es que las traía. Si era así, le solicitaba presentárselas como capitán general y justicia mayor de esas tierras, y también al cabildo de la Villa Rica, para poder acatarlas y cumplirlas. Agregaba que no se atrevía a ir a verle y abandonar México-Tenochtitlan por temor a que los mexicas

se rebelasen y se perdiesen tanto el tesoro como todo lo que habían ganado.

También entregó al clérigo Ruiz de Guevara y a sus compañeros cartas dirigidas al licenciado Vázquez de Ayllón y a Andrés de Duero, su antiguo socio y amigo, así como cierta cantidad de joyas y el encargo secreto de ganar con ellas la mayor cantidad posible de voluntades para su causa. Ruiz de Guevara le había informado que no todos los recién llegados querían bien a Narváez, y le había pedido algún oro para acabar de convencerlos, "porque dádivas quebrantan peñas".[9]

Bernal afirma que Cortés y los suyos decidieron escribir otra carta a Narváez, enviándola por medio de la posta nativa, de modo que llegara antes que el clérigo Ruiz de Guevara. En ella le aseguraban que harían lo que les mandara, pidiéndole no alborotar a los indígenas y que éstos no supiesen de las divisiones que había entre los españoles.

Lo cierto es que los nombramientos, tanto de Narváez como de Cortés, habían sido otorgados por Diego Velázquez, quien, por lo tanto, estaba en su derecho de revocar el de Cortés, si así lo deseaba; pero el hábil extremeño hizo uso de una ficción legal al alegar que su nombramiento fue revocado por el cabildo de la Villa Rica de la Vera Cruz y éste le había conferido el que ahora tenía en nombre del rey, por lo que sólo estaba obligado a obedecer órdenes provenientes de la Corona. Narváez, por su parte, había fundado la villa de San Salvador, que tenía en ese caso la misma validez y representación que la Villa Rica; sin embargo, Narváez no supo usar adecuadamente esa arma.

[9] Sin embargo, hay testimonios de que en realidad Cortés mantuvo a estos enviados de Narváez junto a él por mucho más tiempo. Juan Tirado declaró que los vio en Cholula en compañía del extremeño, cuando éste se dirigía hacia Cempoala, *cfr.* Eulalia Guzmán, *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac. Aclaraciones y rectificaciones*, t. I, pp. 385-386.

A decir de Cortés, el mismo día que partió fray Bartolomé rumbo a la Villa Rica llegó un mensajero de Gonzalo de Sandoval con la noticia de que los totonacas se habían rebelado, pasándose al lado de Narváez, en especial los de Cempoala, y se negaban a seguir sirviéndoles, arguyendo que Narváez les había dicho que los de Cortés eran rebeldes al emperador, por lo que venían a prenderles, y que Narváez traía mucha más gente, caballos y tiros que Cortés. Agregaba que Narváez iba a aposentarse en Cempoala, desde donde al parecer atacaría a los de la Villa Rica. Siendo muy pocos no lo podrían resistir, por lo que Sandoval decidió abandonarla, retirarse hacia la sierra y refugiarse en tierras de uno de los señores vasallos del emperador, donde esperarían las órdenes de Cortés.

Los indígenas que llevaban a Narváez la carta de Cortés y los suyos llegaron, como se había planeado, antes que el clérigo Ruiz de Guevara y sus compañeros. Muy ufano, Narváez la mostró a sus capitanes, burlándose tanto de su tono servil como de su remitente, el llamado "Cortesillo". El capitán Salvatierra, que era veedor, increpó fuertemente a Narváez: no debía leer la carta de un traidor como Cortés, en vez debían marchar sin dilación alguna a atacarlo y matarlo, así como al resto de sus partidarios, y juró que asaría y se comería las orejas del extremeño.[10] Narváez decidió dejar la carta sin respuesta.

[10] Huhg Thomas, *La conquista de México*, p. 420, escribe que "alguien" de los de Narváez sugirió lo de cortar y comerse las orejas, afirmando que esta "costumbre" estaba entre "las menos agradables" de México y de España (¿acaso será la leyenda negra de nuevo en acción?). Bernal Díaz, *Historia verdadera…*, vol. II, cap. XII, dice muy claramente que fue Salvatierra quien lo comentó; aunque Andrés de Tapia, en su respuesta a la pregunta 119 del juicio de residencia de Cortés declaró que fue un tal Fuentes, según le dijeron los mensajeros que iban y venían de la costa, DC, II, p. 352.

El licenciado Vázquez de Ayllón enfermó al ver cómo Narváez, con inconcebible torpeza y ante los ojos de los asombrados nativos, hacía gala de la enemistad existente entre los españoles, y al ver cómo sus hombres empezaban a merodear por el interior, molestando a los indígenas. Lo reprendió y empezó a levantar una información con el secretario de la Audiencia, Pedro de Ledesma; también le requirió que partiera de una buena vez a poblar en otro sitio.

Narváez, irritado ante las constantes intromisiones y recriminaciones del oidor, y aconsejado por el furibundo Salvatierra, por Juan Bono de Quejo y por otros, confiando en el apoyo del obispo Rodríguez de Fonseca, acudió a la choza de Vázquez de Ayllón escoltado por los miembros del cabildo recién nombrado de San Salvador, para exigirle presentar los poderes de la Audiencia que traía. El oidor respondió que ya los había mostrado en Cuba; pero, no obstante, los volvería a exhibir. A pesar de ello Narváez y los suyos pregonaron que nadie debía obedecerlo ni auxiliarlo. Más tarde Narváez regresó con algunos hombres armados a la choza del licenciado y le ordenó embarcarse de inmediato. El oidor pidió sin éxito el auxilio del alguacil mayor, y fue obligado a abordar la nave en la que había llegado, cuya tripulación cambiaron por una más afecta a Narváez, tras tomarle juramento de obediencia. Ayllón no alude a que Motecuhzoma exigiera salir a los españoles, ni que se construyeran navíos, en un informe fechado el 30 de agosto de 1520, que será la primera noticia recibida en la Corte acerca de que Velázquez envió esa expedición. En esta supuesta ayuda del huey tlatoani a Narváez, Bernal se equivoca, nunca la envió.

El secretario y el alguacil mayor de la Audiencia también fueron aprehendidos y conducidos a otra nave. Cuando cierto hidalgo letrado, llamado Gonzalo de Oblanca, reclamó ese proceder, también se le apresó; como el hidalgo "era muy noble", cuatro días después murió de enojo. Algunos

otros a los que habían oído expresarse bien de Cortés también fueron encarcelados, entre ellos Sancho de Barahona.

Terminada esta purga, Pánfilo de Narváez ordenó que el oidor, el secretario y el alguacil de la Real Audiencia fueran llevados a Cuba y entregados a Diego Velázquez. Pero las naves se separaron durante la travesía. La de Vázquez de Ayllón llegó a la isla de Lobos, frente a la costa norte de Cuba, donde el oidor pudo convencer a la tripulación, por medio de promesas y amenazas, de llevarlo a La Española, aunque el piloto y algunos hombres desembarcaron en Cuba para llevarle una carta a Diego Velázquez. Cuando la nave atracó en el puerto de San Nicolás, Vázquez de Ayllón partió a pie hacia Santo Domingo, donde llegó tres meses y medio después de salir de San Juan de Ulúa, y reportó de inmediato lo sucedido. Su informe era la primera noticia extensa que llegaba al exterior sobre la situación de Cortés en México-Tenochtitlan.

Narváez trasladó su gente y pertrechos a Cempoala, donde estarían mejor proveídos por los totonacas, y tomó de Chicomecóatl el oro y las mantas que Cortés le dio a guardar cuando partió a Tlaxcala, así como a las mujeres que los principales le habían dado al extremeño, y que seguían aun en casa de sus padres. Chicomecóatl rogó a Narváez abstenerse de apropiárselo, amenazándole con que Cortés se enojaría y lo mataría, lo amonestó por el mal comportamiento de sus españoles, que perpetraban muchos males y robos, mientras que los de Cortés no se habían comportado así. El malhablado veedor Salvatierra comentó: "¿No oís que miedo tienen todos estos caciques de este nonada de Cortesillo?"

Poco tiempo después llegaron el clérigo Ruiz de Guevara y sus compañeros; se expresaron muy bien de Cortés, hablando de las grandes maravillas que habían visto, de la enorme cantidad de oro que tenía el extremeño, del gran poderío de Motecuhzoma y abogaban por que Narváez y

Cortés llegasen a un buen acuerdo y se repartiesen las nuevas tierras, pues eran tan grandes que había para todos. Esta nueva actitud de sus subordinados irritó sobremanera a Narváez, se negó a ver ni oír al clérigo y a sus compañeros. Sin embargo, muchos de sus hombres sí que lo hicieron, quedando deslumbrados por sus historias de riquezas, empezando a considerar desde otro punto de vista su situación.

Fue en esos momentos que el padre Olmedo llegó al campamento de Narváez, quien, muy confiado en su mayor fuerza, tampoco quiso escuchar las razones que por medio del religioso enviaba Cortés. Como única respuesta pidió a fray Bartolomé comunicar al extremeño que lo esperaría en Cempoala, donde le mostraría las provisiones reales, y que le notificara que había sido fundada una nueva villa, nombrados sus alcaldes y regidores; además, tildó de traidor al extremeño y a todos sus seguidores. El padre Olmedo, político muy hábil, logró entregar en secreto las cartas que traía, así como repartir oro y joyas estratégicamente, en sutil venganza contra el maltrato que le deparaba Narváez.

No pasó mucho tiempo para que los hombres de Narváez empezaran a hacerse lenguas sobre la riqueza de esas tierras y de la magnanimidad de Cortés, a la que comparaban con el carácter cicatero de Narváez, del que decían, según Bernal, que era "la pura miseria, y el oro y la ropa que Montezuma le enviaba todo se lo guardaba y no daba cosa de ello a ningún capitán ni soldado", ordenando con engolada voz a su mayordomo cuidar que no faltara ni una manta, pues todas las tenía registradas en la memoria.

Según López de Gómara, Narváez se expresaba públicamente tan mal de Cortés y de sus hombres que le resultó contraproducente, sólo aumentó el descontento de muchos de los suyos, especialmente el de Bernardino de Santa Clara, quien, viendo que la tierra estaba en paz, le reclamaba su comportamiento.

Las murmuraciones crecieron de tono, ocho expedicionarios simpatizantes del licenciado Vázquez de Ayllón, entre ellos Pedro de Villalobos, portugués, enojados ante el maltrato que Narváez les había dado y temerosos por su propia seguridad, desertaron a la Villa Rica e informaron a Gonzalo de Sandoval de lo ocurrido y de cómo Narváez intentaba tomarlo preso. No faltó quien dijera que estas acciones eran producto del áureo envío de Cortés. Como ya se mencionó, Sandoval creyó más prudente retirarse hacia el interior.

Se dice que el extremeño, de manera no especificada, recibía diariamente mensajes de la costa, provenientes tanto de sus simpatizantes del campamento de Narváez como de Gonzalo de Sandoval, quien le notificó que habían ido a ofrecerle sus servicios algunos hombres principales, parientes de Vázquez de Ayllón, tras desertar del campo de Narváez, y le avisaba sobre las intenciones de éste de ir a México en su busca. Es significativo que los mensajeros españoles pudieran transitar sin molestia alguna y con seguridad desde la costa hasta el altiplano.

Hacia ese tiempo llegó a México-Tenochtitlan uno de los españoles que habían partido en la expedición a Coatzacoalcos. Traía cartas de Juan Velázquez de León en las que decía estar enterado de la llegado de la flota, lo cual notificaba a Cortés, adjuntándole una carta que Narváez le había enviado pidiéndole se le uniese, creyendo que permanecía por la fuerza con Cortés. Agregaba Velázquez de León que ya estaba en camino hacia Tenochtitlan. El extremeño debió de lanzar un gran suspiro de alivio, si Velázquez de León, con sus 150 hombres, se hubiera unido a Narváez, habría puesto a Cortés en una situación mucho más delicada aún.[11]

[11] Cervantes de Salazar asevera que Cortés había enviado a Rodrigo Rangel con 60 españoles a la Chinantla por oro, y que al recibir el mensaje del extremeño fue a reunirse con Velázquez de León. Durante su marcha encontraron junto a un río grande, a tres leguas de

López de Gómara escribe que Cortés, impacientándose al paso de los días sin que nada se arreglara, decidió jugarse el todo por el todo, ir a la costa en persona; estaba bien informado de la situación, había logrado socavar la lealtad de muchos de los principales hombres de Narváez y gozaba de popularidad entre buena parte de ellos, era el momento de tratar de capitalizar tales factores a su favor. Convocó a sus capitanes y gente de confianza, para exponerles su plan y pedirles su consejo. Acordaron que lo mejor era tomar la iniciativa y atacar por sorpresa a Narváez.

Tendrían que dejar una buena guarnición en México-Tenochtitlan y estar seguros de la neutralidad de Motecuhzoma. Supuestamente Cortés se cuidó de no dar a entender al tlatoani que sabía de su doble juego. Los preparativos españoles no pasaron desapercibidos para el monarca, que observaba el desusado movimiento y la fortificación del palacio. Preguntó a Cortés por qué sus hombres andaban tan intranquilos y por qué lo visitaba con menos frecuencia. Orteguilla le había dicho que pensaba ir a luchar contra sus hermanos recién llegados y dejar el palacio a cargo del Tonatiuh (Pedro de Alvarado). Si así era debía decírselo, tal vez podría ayudarle, mucho le pesaría si le sucediese alguna desgracia, siendo ellos tan pocos y tantos los recién llegados. Le intrigaba que estos últimos afirmaran que también eran cristianos y criados del emperador, dijeran que Cortés estaba huyendo de su señor y que venían a aprehenderlo; finalmente exclamó, a decir de Bernal: "yo no os entiendo, por eso mirad lo que hacéis".

Tuxtepec, muchas chozas que no estaban en su camino de ida, por lo que creyeron que se había reunido un contingente indígena para darles muerte, pero que al enterarse de la llegada de la flota abandonaron el intento. Llegaron hasta Cholula a marchas forzadas, donde esperaron órdenes de Cortés.

La respuesta de Cortés estuvo a la altura de la habilidad política que tan finamente había desarrollado. Dijo al tlatoani que no le había notificado de su próxima partida para no preocuparle y entristecerle, pues bien sabía de la buena voluntad que les profesaba; era mentira que huía del emperador, y si bien era cierto que todos eran criados y vasallos de Carlos V y cristianos, el emperador de España poseía muchos reinos y señoríos, habitados por diversos tipos de gentes. Él y los suyos, explicó Cortés al soberano, provenían del interior del reino, de Castilla la Vieja, por eso les decían castellanos, mientras que los recién llegados eran de otra provincia llamada Vizcaya y les decían vizcaínos; eran y hablaban a la manera de los otomíes, no los enviaba el emperador, sino que venían desmandados, por lo que debía ir a tomarlos presos. El que lo superasen numéricamente no tenía mayor importancia, Jesucristo y la Virgen María le darían la fuerza necesaria para vencerlos, ya vería cómo muy pronto regresaba victorioso.

Le advirtió no olvidar que había jurado vasallaje a Carlos V, quien pronto le enviaría mercedes por los servicios que le había prestado. Mientras tanto le solicitaba ayudar y mirar por su hermano el Tonatiuh, a quien dejaría a cargo en México; debía proveerlo de alimentos y procurar que no hubiera alborotos en la ciudad, ni consentir que los sacerdotes y los nobles hicieran cosas que después tendrían que pagar con sus vidas.

De esta manera Cortés contrarrestó un poco la propaganda de Narváez, dándole a entender al tlatoani, de manera comprensible, el porqué de las desavenencias con Narváez. El señorío de Motecuhzoma y el de la Triple Alianza estaban formados por diversas etnias y por señores locales; al comparar a los de Narváez, o vizcaínos, como les llamó, con los otomíes, insinuaba que se trataba de gente bárbara e inculta, y que todo el problema residía en la poca ilustración

y terquedad de Narváez. Motecuhzoma indicó, o pretendió, que finalmente había entendido la naturaleza del conflicto.

Motecuhzoma y Cortés se abrazaron, el huey tlatoani prometió cumplir todo lo que el capitán pedía; incluso, a decir de Bernal, le ofreció 5000 de sus guerreros para que lo acompañaran. Cortés se lo agradeció, mas no aceptó, asegurándole que bastaría la ayuda de Dios. Le encargó cuidar que la cruz y la imagen de la Virgen estuvieran siempre enramadas, las velas prendidas día y noche, y no permitir a ningún sacerdote realizar sacrificios humanos; en ello conocería de su buena voluntad. Enseguida le dio algunos obsequios al tlatoani, a uno de sus hijos y a los nobles que estaban con el soberano (tal vez de las mismas cosas que le había quitado), y se abrazaron una vez más.

Pedro de Alvarado quedaría al mando de los hombres que permanecieron en México, y cuidarían a Motecuhzoma. Cortés reporta que dejó a 500 españoles, cifra que es demasiado alta.[12] López de Gómara menciona 200; Bernal, 80, 14 escopeteros y 8 ballesteros, además de 5 caballos y artillería de bronce; Andrés de Tapia, que sólo dejó poco más de 50; Bernardino Vázquez de Tapia, que se quedaron los oficiales del rey, de los cuales él era uno, así como 130 hombres; Francisco de Aguilar narra que Cortés partió con 150 hombres "que todos los más éramos mozos, más empero isleños y usados al trabajo, y sólo el capitán iba a caballo", todos protegidos con escaupiles de algodón; Fernández de Oviedo relata que partieron 150 hombres, y que otros tantos se quedaron, entre éstos los soldados más viejos y aquéllos cuya fidelidad estaba en duda, como el clérigo Juan Díaz; Solís escribe que Alvarado se quedó con tan sólo 80 españoles.

[12] En la versión de Ramusio de esta Segunda carta, impresa en 1565, se dice que dejó en México 150 soldados. *Cfr*. William Prescott, *Historia de la conquista de México*, vol. I, p. 430, y Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, II, p. 62.

Desde antes de la llegada de Narváez, Cortés había ordenado traer provisiones de Tlaxcala: maíz, guajolotes e incluso agua, pues afirma que en México había malas sementeras por falta de riego; así dejaría bien provistos a los que se quedaban. Dio sus últimas instrucciones a Pedro de Alvarado: debía guardar muy bien a Motecuhzoma y prohibir a sus hombres salir del palacio hasta que él regresara. Improvisó algunas palabras para los que se quedaban, para variar les prometió grandes riquezas. Los que partían dieron un fuerte abrazo de despedida a los que se quedaban, no sabiendo en qué circunstancias volverían a verse, o si lo harían alguna vez. Según Solís, por la mañana del día de la partida todos asistieron a una misa del Espíritu Santo.

Cortés afirma que partió a la cabeza de 70 hombres y algunos principales mexicas. López de Gómara agrega que llevaban ocho o nueve caballos y muchos tamemes; Bernal lo refuta diciendo que a fin de ir más ligeros no llevaron nativos de servicio (¿acaso los indígenas caminarían más despacio que los españoles?). Cervantes de Salazar menciona que fueron 110 hombres. En el interrogatorio general del juicio de residencia de Cortés, la pregunta 130 versa sobre si saben los testigos que el capitán partió de México con 80 hombres de a pie, y 12 o 13 de a caballo.[13]

Cervantes ofrece una narración bastante más detallada que Bernal sobre la marcha a la costa. Relata que Motecuhzoma ordenó a sus principales despedir con música a Cortés; como deseaba acompañarle hasta las afueras de su ciudad pidió licencia a Alvarado, bajo cuya custodia quedaba, asegurándole que regresaría con él. Alvarado se la concedió con la condición de que sólo fuera hasta el inicio de la calzada.

El día señalado para la partida, la pequeña hueste de Cortés salió en buen orden del palacio de Axayácatl, ante las

[13] DC, II, p. 245.

miradas curiosas u hostiles de los mexicas. Por otra puerta salió Motecuhzoma en ricas andas, llevadas sobre los hombros de señores, bajo la severa vigilancia de Pedro de Alvarado. Cuando el huey tlatoani se dirigió hacia donde estaba Cortés, el extremeño intentó apearse, el soberano no se lo permitió. Cortés le dijo que no merecía semejante merced y favor de tan gran señor e intercambiaron muchas cortesías. Ambos marcharon juntos hasta que llegaron a la calzada de Iztapalapan, donde hicieron alto a fin de despedirse. Se abrazaron. Cortés prometió volver muy pronto, Motecuhzoma dijo que si necesitaba algo se lo hiciese saber por medio de la posta y enseguida se lo enviaría.

La fecha de esta salida es problemática, los datos que tenemos son pocos: Narváez llegó en abril a San Juan de Ulúa y Cortés afirma que lo supo "entrante el mes de mayo", pero esta fecha debe de estar mal, como lo veremos. (Habían pasado ya unos cinco meses desde su entrada a Tenochtitlan.) Envió mensajeros a la Villa Rica y a Coatzacoalcos, pasaron 15 días sin noticias, por lo que su cuenta nos llevaría a los días 16-19 de mayo, dependiendo de a qué día se refiere como el de "entrante el mes de mayo". Pasados los 15 días dice que llegaron otros mensajeros mexicas a la ciudad, y Cortés envió a la costa al padre Olmedo, ello sucedería hacia el 20 de mayo. Cinco días más tarde, siempre siguiendo al extremeño, llegaron presos a México-Tenochtitlan el clérigo Ruiz de Guevara y sus compañeros, sería hacia el 25 de mayo. Bernal dice que estuvieron dos días antes de que Cortés los enviase de regreso, según esta cuenta el 27 de mayo. Ese mismo día llegó un mensajero de Gonzalo de Sandoval que regresó enseguida.

Evidentemente esta fecha del 27 de mayo es muy tardía. Orozco y Berra escribe que Cortés se equivoca cuando afirma que supo de Narváez "entrante el mes de mayo", como se ve por sus mismas cuentas, y que la salida de Tenochtitlan

debió de tener efecto a principios de mayo.[14] A lo largo de la marcha se irán revisando estas fechas.

En su camino a Cholula, Cortés y sus hombres pasaron entre el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl. A decir de Cervantes fueron recibidos por Juan Velázquez de León y Rodrigo Rangel a más de media legua de Cholula y entraron a la población aproximadamente dos horas antes del anochecer (según la cuenta de Cortés sería el mismo 27 de mayo). Los señores y principales les dieron la bienvenida, así como algunos obsequios; les sirvieron una abundante cena y los aposentaron bien. Cortés habló en privado con Velázquez de León y le agradeció su apoyo, diciéndole que mientras viviera no lo olvidaría. Envió a México-Tenochtitlan a los dolientes y a los sospechosos de ser desleales de entre los de Velázquez de León y Rangel, e incorporó el resto a su contingente.[15]

[14] Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 330.

[15] En el juicio de residencia de Cortés se le hace el cargo número 7, de que en Cholula repartió a su gente mil pesos de oro que le trajo Joan Velez [sic], y que en el pueblo de "Ulacaba" les entregó otros 14 000 pesos de oro que traía Rodrigo Rangel de Tuxtepec, todo ello sin haberlo manifestado ante los oficiales del rey y sin haberse descontado el quinto real, DC, II, p. 105. Juan Tirado, testificando en este juicio, declaró que cuando supo de la venida de Narváez se encontraba con Rangel y con Velázquez en Chinantla, y salieron a reunirse con Cortés; por el camino, en un pueblo al que llama Tataltelco, Rangel hizo que sus soldados jurasen fidelidad a Cortés, eran 110 hombres, y estando allí se supo que Francisco de Lugo se mostraba partidario de Diego Velázquez, por lo que Rangel lo aprehendió y lo puso en un cepo. Continuó diciendo que por el camino Rangel ponía guardias a la gente que llevaba para evitar que se pasasen a Narváez. Finalmente se reunieron con Cortés en Cholula. Juan Velázquez traía dos petacas llenas de collares de oro aun sin quintar, recogidos en Tuxtepec, serían unos 6 000 castellanos, mismos que Cortés repartió, dando a cada soldado uno o dos collares. Véase E. Guzmán, *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac…*, t. I, pp. 385-386.

Por la mañana del día siguiente (28 de mayo) partieron de Cholula, y aunque algunos de sus hombres aconsejaron a Cortés llevar guerreros de esta ciudad, no quiso, aduciendo que no eran confiables, ya habían sido traidores. Los señores y principales de la ciudad sagrada los acompañaron media legua antes de despedirse. Tras andar otra media legua se encontraron con un contingente tlaxcalteca que salió a recibirlos. A decir de Cervantes de Salazar fueron con ellos a su ciudad, y el ejército, contando a los tlaxcaltecas, sumaba más de 100 000 hombres, lo cual es una evidente exageración.

Cortés no menciona una entrada a Tlaxcala, Bernal se limita a decir que por el camino Cortés envió mensajeros a Xicoténcatl y a Maxixcatzin, solicitando le enviasen 5 000 guerreros, le respondieron, al igual que Motecuhzoma, que si iban a una batalla contra indígenas los darían, y aun muchos más; pero no deseaban luchar contra *teúles*, caballos, lombardas y ballestas, y solamente le enviaron 10 cargas de guajolotes.

Es poco creíble que los tlaxcaltecas se hayan negado a auxiliarlos con gente de guerra, y menos que Cortés rechazase cualquier auxilio que pudiese obtener. Posiblemente tanto el extremeño como Bernal no deseaban que se supiera que habían contado con ayuda nativa para atacar a sus compatriotas, además de que ello restaría mérito a sus hazañas. Cervantes de Salazar afirma que Cortés mismo fue quien pidió ayuda a los tlaxcaltecas, tanto de gente de servicio como de guerra, hasta 60 000 hombres, por si llegaba a necesitarlos, y que los señores le respondieron con mucho amor que lo acompañarían hasta la muerte. Muñoz Camargo también asevera que en Tlaxcala le proporcionaron mucha gente para que lo acompañase y sirviese.[16] En el *Lienzo de Tlaxcala* se ven

[16] Juan Tirado declaró que, camino a Cempoala, Cortés envió a Francisco Rodríguez y a Diego García a Tlaxcala, con la misión de reunir

dibujados, en la parte superior e inferior, a varios guerreros, y en el centro a tres grandes jefes, que acompañan a Cortés en su marcha hacia la costa.[17]

Si la hueste de Cortés partió de Tlaxcala (o de Quecholac) el 4 o 5 de junio, considerando que la distancia hasta Tampanequita,[18] mucho más adelante de Huatusco, sobrepasa los 200 kilómetros, y que irían por terreno montañoso, les tomaría no menos de tres días llegar de un sitio al otro, por lo que llegarían alrededor del 7 u 8 de junio, siempre según la cuenta del extremeño.

Bernardino Vázquez de Tapia y otros declararon en el juicio de residencia de Cortés que uno de los españoles que se había quedado en México-Tenochtitlan, un ballestero llamado Cristóbal Pinelo, desertó y huyó hacia la costa. Cortés mandó decir a Motecuhzoma que lo capturasen y se lo entregasen, el soberano replicó que sus guerreros le tenían miedo pues Pinelo iba armado con una ballesta; Cortés respondió que entonces lo mataran y le llevaran el cuerpo como prueba. Vázquez de Tapia, que permaneció en Tenochtitlan tras la partida de Cortés, afirma que fue testigo de cómo le reportaron al capitán la muerte de Pinelo, mostrándole sus vestiduras ensangrentadas y una ballesta, por lo que debió ocurrir cuando el extremeño aún estaba en la capital mexica. Jerónimo de Aguilar, en el mismo juicio, proporciona otros datos: declaró que Cortés le ordenó decir a Motecuhzoma que le trajera al desertor vivo o muerto, y que yendo el ca-

---

10 000 guerreros, mientras que a Juan González de Heredia lo mandó a Chinantla por más guerreros. Además, Pero González de Trujillo le llevó a 400 guerreros de Huexotzinco, *cfr.* E. Guzmán, *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac*…, t. I., p. 386.

17 Alfredo Chavero, "Historia antigua y de la conquista", p. 410.

18 Tampanequita se ha escrito de diversos modos: Tempanequita, Panguenezquita, Tapaniquita, etcétera. Torquemada la llama Tapanimeta. Orozco y Berra propone que se trata de Tepazacualco.

pitán camino a Cempoala, Aguilar vio cómo, cerca de Tepeyacac (Tepeaca, Puebla), los nativos le dijeron que traían el cadáver envuelto en una hamaca. Cortés no quiso verlo y Aguilar les mandó que lo enterraran. En su defensa el extremeño argumentó que Pinelo se había marchado sin permiso y que no había mandado matarlo, aunque tenía derecho de hacerlo, y si lo mataron fue porque se resistiría a ser aprehendido.[19]

Escribe Cortés que, 15 leguas más allá de Cholula, se encontró con fray Bartolomé de Olmedo, que iba rumbo a México de regreso de Cempoala y le traía una carta de Narváez en la que le volvía a notificar que tenía documentos autorizándolo a tomar el mando de esas tierras y le ordenaba acudir a obedecerlas y cumplirlas, informándole de nuevo que ya se había fundado una villa con alcaldes y regidores. Al capitán le alegró escuchar las noticias sobre la prisión del licenciado Vázquez de Ayllón, de su escribano y de su alguacil, así como su posterior envío a Cuba, ello favorecía su causa. El padre Olmedo le platicó que Narváez había pedido su auxilio para ganarse a los hombres de Cortés, y había ordenado realizar un alarde ante él y los nativos que lo acompañaban, dispararon la artillería tanto de los navíos como la que estaba en tierra para atemorizarlos; además, un gobernador que Motecuhzoma tenía en la costa había hablado con Narváez de parte de su señor, Narváez le repitió que venía a liberar al tlatoani y aprehender a Cortés, y después se irían de su tierra, afirmando que, si Cortés no se presentaba en Cempoala marcharía en su contra, aliado con los nativos, sobre todo con los mexicas, y lo ahorcaría en compañía de sus partidarios. El fraile proporcionó a Cortés una detallada descripción de las fuerzas de Narváez y le notificó el gran

[19] DC, II, pp. 33, 68, 105, 153.

efecto que el reparto de joyas había tenido, despertando en muchos una buena disposición hacia el extremeño.

La hueste prosiguió su marcha. Bernal narra que, yendo los corredores de campo en la vanguardia, como era su costumbre, vieron al escribano Alonso de Mata, a Bernardino de Quesada y a tres soldados que los acompañaban en calidad de testigos. Los condujeron ante Cortés, eran enviados de Narváez con el encargo de hacer nuevos requerimientos al extremeño. Supuestamente traían copias de las provisiones reales. Al enterarse de su misión Cortés preguntó a Mata si es que en verdad era un escribano real, y éste respondió que sí, entonces le pidió mostrar su título; el escribano objetó haberlo dejado en el campamento. En ese caso, dijo Cortés, no debía leerle los papeles que el escribano empezaba a sacar de su seno; además, debía mostrar los originales, no las copias. Mata y sus acompañantes no pudieron objetar nada.

López de Gómara relata que Cortés mandó arrestar a Pedro [sic] de Mata, mientras que Bernal afirma que el extremeño ordenó darles de comer y les dijo que en Tampanequita podrían notificarle lo que Narváez mandaba, los tomó por la mano y, llevándolos aparte, les obsequio algún oro y los despidió (lo cual parece más congruente con la astucia de Cortés). De regreso en su campamento se expresaron bien del extremeño, contaron a sus compañeros cómo muchos de los de Cortés traían joyas, cadenas y collares de oro. Los de Narváez no pudieron menos que ver que todos los que regresaban traían oro, por lo que se avivaban las simpatías hacia su causa.

Posteriormente Cortés fue acusado de apresar a Mata y a Quesada, de ponerlos en un cepo y tenerlos presos largo tiempo. En su Segunda carta, Cortés no menciona el encuentro con el grupo del escribano Mata; pero en los descargos del juicio de residencia adujo que, como no traían provisión alguna, ni título de escribano y escandalizaban a los hom-

bres de su ejército, los mantuvo presos un día y después los soltó.[20] Según Cervantes, el grupo estaba compuesto por Mata, Duero y Quesada; otros cronistas mencionan a Mata, Duero y el clérigo Ruiz de Guevara. Cervantes agrega que Cortés aprehendió a Mata, mas no a los otros, pues eran sus amigos, y los retuvo por tres o cuatro días sin ningún mal tratamiento, por lo que se sospechaba que entre Cortés y ellos había doble trato respecto a Narváez. El extremeño los envió de regreso en compañía de Alonso de Ávila y Juan Velázquez de León, a quienes comisionó para requerir a Narváez abandonar esta tierra so pena de la vida.

En Ahuizilapan (Orizaba, Veracruz), Juan de Limpias, Sebastián Porras y Francisco Bernal alcanzaron al ejército de Cortés. Como se recordará habían sido enviados de México por el capitán a obtener información sobre la armada de Narváez, le proporcionaron varios detalles sobre las fuerzas de su contrincante, así como su disposición.[21] En Ahuizilapan se detuvieron dos días a causa de fuertes lluvias; de ahí Cortés envió al escribano Pero Hernández y a Rodrigo Álvarez Chico a llevar una carta a Narváez en la que le ordenaba presentarse enseguida y acatar sus órdenes, so graves penas, el tiempo de la conciliación había pasado. Cuando sus mensajeros llegaron al real de Narváez, éste ordenó aprehenderlos.[22]

El ejército prosiguió su marcha hasta *Cuautochco* (Huatusco, Veracruz), donde llegaron en su busca otros enviados de Narváez (Cervantes dice que sucedió en Tampanequita);

[20] Demanda de Ceballos, en nombre de Narváez, contra Cortés, CDI, I, p. 437; DC, II, pp. 106, 154.

[21] Declaración de Andrés de Monjaraz en el juicio de residencia de Cortés, *cfr.* Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 333.

[22] Declaración de Juan de Mansilla, en el juicio de residencia de Cortés, Orozco y Berra, *ibid.*, p. 333.

se trataba de los clérigos Ruiz de Guevara y Juan de León, en compañía del amigo de Cortés, Andrés de Duero.[23] A decir del extremeño, este encuentro ocurrió 15 leguas (*c.* 83 km) antes de que llegara a Cempoala. Traían una misiva de Narváez, en esta ocasión le ofrecía, si se entregaba y lo reconocía como capitán general, navíos y bastimentos suficientes para que se marchara en compañía de los suyos a donde quisieran, advirtiéndole que en caso contrario le causaría mucho daño.

Cortés dio su respuesta acostumbrada: todavía no le habían mostrado las provisiones reales que pretendía tener. Si las tenía debía presentarlas cuanto antes a él y al cabildo de la Villa Rica, de manera que pudieran ser cumplidas y obedecidas; si no las traía, tanto él como los suyos morirían en defensa de esas tierras, pues las habían ganado para el emperador y no podían serle traidores.

Finalmente se acordó que Cortés se entrevistara con Narváez en algún sitio a determinar, a fin de que le mostrara los famosos documentos; cada uno acompañado hasta por 10 hombres, las garantías se darían por escrito. Al parecer Cortés envió la suya por medio de estos mensajeros. En su Segunda carta el extremeño declara que la verdadera intención de Narváez era matarlo a traición, así se lo dijeron los mismos conjurados, de los que no menciona sus nombres. Bernal asevera que se lo avisaron el padre Olmedo y Andrés de Duero.[24]

[23] Escribe E. Guzmán, *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac …*, t. I, p. 390, que el padre Mariano Cuevas, en su *Historia de la Iglesia de México*, al tratar sobre los primeros religiosos, relata que con Narváez llegó un clérigo de misa, ahorcado por haber conspirado contra Cortés. La señora Guzmán sugiere que se trató de Juan de León.

[24] Según declaración de Juan Tirado en el juicio de residencia de Cortés, fue Rodrigo Álvarez Chico quien notificó al capitán de esta conjura,

Cortés escribió otra misiva a Narváez. Afirmó estar enterado de sus malas intenciones, por lo tanto no acudiría a la entrevista; posteriormente le envió unos requerimientos para que presentara las provisiones reales, advirtiéndole que en tanto no lo hiciera no nombrara capitán ni justicia, ni se entrometiera en cosa alguna de estos oficios, so ciertas penas que le impuso; mandó además a los hombres de Narváez que no le obedecieran, otorgándoles un plazo para que se presentaran ante él para instruirlos acerca de sus deberes al servicio del emperador, de lo contrario procedería contra ellos como traidores, alevosos y malos vasallos que se rebelaban contra su rey y que intentaban usurpar sus reinos y señoríos, atacándoles como a tales, conforme a justicia.

Narváez aprehendió al escribano y al apoderado enviados por Cortés; debió tratarse de Pero Hernández y Rodrigo Álvarez Chico, como se dijo más arriba. Al no regresar éstos el extremeño envió a otros mensajeros para saber de la suerte de los anteriores, esta vez fueron el padre Olmedo y el artillero Usagre, ante quienes Narváez ordenó realizar otro alarde, amenazando con que iría por Cortés y los suyos si no se entregaban.

Al parecer, los mensajes enviados de Cortés a Narváez y viceversa se multiplicaron, hay cierta vaguedad en ello, lo que da lugar a que se den dos versiones diferentes de los sucesos posteriores, como veremos. Evidentemente, el enfrentamiento de dos contingentes armados de españoles en el Nuevo Mundo era un asunto de suma gravedad, que podía tener fuertes repercusiones tanto sobre los intereses de la Corona como desde el punto de vista legal. Las numerosas idas y venidas de mensajeros de un campamento a otro dan la impresión de que se intentó cubrir los acontecimientos

véase Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista* de México, p. 334.

con una cortina de humo que ocultara los procedimientos poco ortodoxos del extremeño, y que en realidad éste preparó muy bien el terreno, fomentando lo más posible la traición de los hombres de Narváez, mediante dádivas y promesas.

Cortés es muy escueto al relatar estos sucesos. Bernal Díaz y Cervantes de Salazar nos ofrecen, como de costumbre, una narración más detallada. Cervantes relata que la hueste de Cortés llegó a Cotaxtla, donde permaneció tres días, sufriendo de hambre, pues contando a los nativos que los acompañaban eran gran cantidad. Comieron solamente ciruelas y partieron hacia Tampanequita, donde encontraron un poco de maíz. Allí estuvieron cuatro días esperando a Gonzalo de Sandoval y reponiéndose del cansancio y del hambre. En eso llegaron a toda prisa unos indígenas con cartas de Sandoval que notificaba al capitán que llegaría a Tampanequita esa misma noche. Cortés salió a recibirlo a caballo, y tuvieron una cena escasa y ruin.

A las ocho o nueve de la mañana del día siguiente llegaron a Tampanequita dos principales procedentes de Cempoala, a quienes llama Teuce y Arexco, acompañados por muchos nativos. Se quejaron amargamente de Narváez y de sus hombres, tildándolos de malos e injustos, les robaban los alimentos y les tomaban a sus hijas y mujeres, usándolas a su voluntad, haciéndolas trabajar por la fuerza; muchos totonacas habían abandonado la población y, si el capitán no ponía remedio, los demás también se irían. Prometieron hacer lo que les mandara, lo tenían por señor y no reconocían a ningún otro. Cortés respondió que sentía sobremanera el mal trato que les daban; les pidió regresar a Cempoala y decir a los suyos que abandonaran la población poco antes de que llegara, pues se dirigía a castigar a esas gentes de mal corazón que eran de una casta llamada vizcaínos. Los totonacas lo agradecieron y le volvieron a asegurar que lo ayudarían con todas sus fuerzas.

Bernal Díaz narra que el ejército de Cortés llegó a los pueblos de Tampanequita y Mitalaguita,[25] donde al día siguiente se les unió Sandoval a la cabeza de unos 60 soldados. Venían con él los cinco desertores del campo de Narváez, partidarios del licenciado Vázquez de Ayllón. Sandoval había dejado a los viejos y enfermos en una población indígena, a la que llama Papalote. Puso a Cortés al tanto de lo sucedido al clérigo Ruiz de Guevara, a Vergara y a los demás; le relató que había enviado al campamento de Narváez a dos españoles morenos, disfrazados como tamemes, cada uno con una carguilla de ciruelas a cuestas, pues era la temporada de esa fruta, para inspeccionar todo.

Andrés de Tapia declara en su relación que algunos de los hombres de Cortés entraron al campo de Narváez desnudos y teñidos como los nativos, junto con ellos, llevando yerba y alimentos, para espiar lo que hacían y decían sus contrarios.

Cortés preguntó a Sandoval por su caballería, y éste le dijo que la había dejado en Papalote, pues el camino que siguieron para llegar hasta donde estaban, evitando a los de Narváez, pasaba por terrenos muy accidentados.

Decidieron enviar una nueva carta a Narváez, comisionando al padre Olmedo para llevarla (como se dice más arriba); esta vez le ofrecían que escogiera una provincia para efectuar su conquista, le pedían no seguir sublevando a los nativos y enviar los papeles originales, para "los pechos por tierra obedecerlas" si es que estaban firmados por el emperador, le otorgaban un plazo de tres días; si no los traía lo conminaban a regresar a Cuba, bajo pena de ir a prenderle y enviarlo preso al emperador, pues Cortés, como justicia mayor, estaba obligado a castigar como crimen de lesa majestad el desaca-

[25] Orozco y Berra, *ibid.*, p. 334, identifica Mitalaguita con Mictlancuauhtla.

to hecho al oidor Vázquez de Ayllón. Le exigían devolver a Chicomecóatl todo lo que le habían quitado y ordenar a los suyos cesar en sus robos. Varios españoles firmaron esta carta, además de Cortés; Bernal afirma que él también lo hizo. El padre Olmedo llevó la misiva, acompañado por Usagre, hermano del artillero Bartolomé de Usagre, quien estaba a cargo de la artillería de Narváez.

Cuando llegaron al campamento de Narváez, fray Bartolomé, instruido previamente por Cortés, convenció a varios hidalgos por medio de obsequios de oro, así como a los artilleros Rodrigo Martín y Bartolomé de Usagre, de apoyar la causa del extremeño. El fraile comunicó a Andrés de Duero que Cortés deseaba hablar con él y que buscara la manera de ir a verlo. Los partidarios de Narváez, sospechando de las actividades del fraile, exigieron que fuera arrestado, pero Andrés de Duero hizo ver a Narváez la inconveniencia de apresar a un religioso, sería mejor que lo invitara a comer y le sonsacara información sobre la disposición y la moral de los hombres de Cortés. Duero informó de todo a fray Bartolomé.

Narváez siguió el consejo, habló en privado con el padre Olmedo, quien le dijo estar enterado de las intenciones que tenía de aprehenderlo, mas debía saber que no tenía mejor ni mayor servidor que él, que muchos de los capitanes de Cortés deseaban que Narváez quedase victorioso, y seguramente todos se pasarían a él; como prueba traía una carta que habían hecho escribir a Cortés, llena de desvaríos, a fin de desconcertar más al extremeño, e incluso había pensado tirarla a un río por las necedades que estaban escritas en ella. Narváez se la pidió, el padre Olmedo dijo tenerla en su posada y que iría de inmediato por ella. Por el camino notificó a Duero que llevara a la habitación de Narváez a varios de sus capitanes, para que estuvieran presentes cuando éste leyera la carta, Duero así lo hizo.

Cuando Narváez la leyó en voz alta enfureció, al igual que Salvatierra, mientras los demás reían de las cosas que Cortés y los suyos decían.

Andrés de Duero y Agustín Bermúdez, capitán y alguacil mayor de Narváez, respectivamente, y simpatizantes de Cortés, convencieron a Narváez para que los enviara a conferenciar con el extremeño en compañía de Salvatierra, pero éste se negó aduciendo que no iría a hablar con traidores. Se acordó entonces enviar a Duero con Bartolomé de Usagre y tres capitanes, con la misión de intentar convencer a Cortés de verse con Narváez en unas casas que estaban a medio camino entre ambos campamentos, la agenda a discutir sería cómo se dividirían la tierra; 20 hombres de Narváez llegarían por sorpresa y apresarían a Cortés. Por supuesto, Andrés de Duero informó de esta conjura a fray Bartolomé, quien a su vez se lo comunicó a Cortés. El fraile permaneció en el campamento de Narváez, ganándose la simpatía de muchos, hasta la del bravo Salvatierra, que lo invitaba a comer diariamente. López de Gómara afirma que Narváez accedió a verse con Cortés, cada uno llevaría 10 hidalgos juramentados; pero la entrevista no se llevó a cabo porque Álvarez Chico previno al extremeño de que se trataba de una celada para prenderlo o matarlo.

Mientras tanto, Cortés y sus hombres marcharon a Mictlancuauhtla; al parecer fue en ese sitio donde los encontró Tovilla, un excombatiente de Italia experto en el manejo de todas las armas, sobre todo de las picas, Cortés lo había enviado a Chinantla a verse con Barrientos. El extremeño sabía que los chinantecas utilizaban lanzas dos brazas más largas que las españolas. La misión de Tovilla era pedirles que hicieran 300 de esas lanzas, copiando una muestra que llevaba, y les pusieran la punta de cobre, pues tenían mucho de este metal; los chinantecas así lo hicieron, mejorando el diseño de la punta. Tovilla debía pedir-

les también 2 000 guerreros armados con lanzas, a los que esperarían el día de Pascua del Espíritu Santo en Tampanequita. Tovilla se adelantó, saliendo de la Chinantla con 200 indígenas y las lanzas solicitadas; Barrientos acompañaría al resto de los guerreros, que tardaron más tiempo en reunirse. Tovilla entrenó a los hombres de Cortés en el uso de las lanzas chinantecas.

Se realizó un alarde, resultó que eran 266 españoles, 5 de a caballo, 2 tirillos, unos pocos ballesteros y menos escopeteros; no se menciona el número de guerreros indígenas. Con esas escasas fuerzas Cortés y los suyos estaban a punto de enfrentarse al ejército de Narváez, que los superaba por lo menos cuatro a uno.

En eso llegaron a Mictlancuauhtla Andrés de Duero, el artillero Bartolomé de Usagre y dos taínos de Cuba. Duero sabía que su antiguo socio Cortés había adquirido considerable riqueza, recordaba muy bien cómo en Cuba, junto con Amador de Lares, ya fallecido, habían acordado repartir en tres partes las ganancias adquiridas en su expedición, ahora le pidió entregarle la suya. Cortés se salió por la tangente con su gran facilidad de hacer promesas, respondió que muy pronto lo haría más rico de lo que podía imaginarse, le daría el mando de la armada y, una vez terminada la conquista, le entregaría tantos pueblos como los que él mismo tendría. A cambio le pedía lograr que Agustín Bermúdez y otros caballeros, a los que Bernal, por no manchar su honor, dice que no nombra, se pasaran de su lado a la hora de la batalla, prometiéndoles riquezas y señoríos. Como anticipo de las cosas que estaban por venir cargó con joyas y tejuelos de oro a los dos taínos que iban con ellos, parte de lo cual era para Bermúdez, los clérigos Ruiz de Guevara y Juan de

León, y otros hombres de Narváez, a los que también envió algunas cartas.[26]

Duero y Usagre permanecieron en el campamento de Cortés hasta el día de Pascua del Espíritu Santo, nueva fecha absoluta dada por Bernal (domingo 27 de mayo), día en que comieron con el extremeño y hablaron con él en secreto. Cortés amenazó a Duero con que, si no cumplía con lo pactado, "en mi conciencia, que así juraba Cortés", cuando atacara a Narváez antes de tres días, él sería el primero al que le echaría su lanza; Duero sólo rio, prometiendo cumplir. De regreso en el campamento de Narváez, Duero le comentó haber tenido la impresión de que todos los hombres de Cortés deseaban pasarse a su bando.

La Pascua cayó, el año de 1520 (que fue año bisiesto), en domingo 27, lunes 28 y martes 29 de mayo;[27] Duero debió llegar al campamento de Cortés el sábado 26, y partiría el domingo 27, por ello la fecha dada por Cortés de "entrante el mes de mayo" es errónea, mientras que la de Bernal concuerda con el curso de los acontecimientos.[28]

[26] En la Información promovida por Diego Velázquez contra Cortés, Santiago, 18 junio-6 julio de 1521, Diego de Ávila declaró que oyó decir, estando en el real de Narváez, cómo Cortés había enviado oro a algunos de sus compañeros de armas, entre ellos mil castellanos de oro al artillero en cargo; y que oyó decir a Francisco Verdugo que a él le había enviado 500 pesos de oro, y a Baltasar Bermúdez le envió algo también, así como a los abades que le fueron a notificar los poderes, y que a Andrés de Duero lo vio con una cadena de oro que Cortés le dio, DC, I, pp. 170-209.

[27] Orozco y Berra, *op. cit.*, vol. IV. p. 338.

[28] Si esto es así, también están equivocadas las conjeturas al respecto que escribe Eulalia Guzmán sobre las mentiras y los engaños de Cortés en toda esta jornada, así como en los sucesos de la matanza del Templo Mayor. Véase *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac…*, t. I, pp. 317-394. H. Thomas, *La conquista…*, p. 412, coloca el Domingo de Pascua el 8 de abril.

Cortés conferenció enseguida con Juan Velázquez de León. El extremeño, que según Bernal "hablaba algunas veces muy meloso y con la risa en la boca, le dijo medio riendo" cómo Andrés de Duero le había comunicado que Narváez y los suyos afirmaban que, si Velázquez de León se pasaba a su bando, como seguramente lo haría por ser pariente muy cercano de Diego Velázquez, entonces Hernán Cortés y los suyos estarían perdidos; así pues, confiando absolutamente en su lealtad, pues le tenía "convocado y atraído así con grandes dádivas y ofrecimientos que le daría mando en la Nueva España y le haría su igual, porque Juan Velázquez siempre se mostró su muy gran servidor y verdadero amigo", Cortés le pidió ir al campamento de Narváez ostentando los adornos de oro que se había mandado hacer: colgando sobre su hombro "la fanfarrona", una cadena de oro muy pesada, y otra cadena, más pesada aún, ceñida con dos vueltas, y otras joyas que Cortés le daría para que las entregase a ciertas personas. Al llegar, debería preguntar a Narváez para qué le quería.

Juan Velázquez accedió, mostrándose renuente a llevar sus cadenas de oro, pero cedió ante la insistencia de Cortés. Partió montado en su caballo el mismo domingo 27 de mayo en que Duero y sus compañeros se despidieron de Cortés. A decir de López de Gómara iba con él el veedor Rodrigo Álvarez Chico a tratar con Narváez tres asuntos principales: que se viese con Cortés a solas, o en compañía de unos pocos; a proponerle dejar a Cortés con México y que él partiese a conquistar Pánuco u otros reinos, en cuyo caso Cortés correría con los gastos y lo auxiliaría de muchas maneras; o que Narváez se quedase con México y le diese a 400 de sus soldados para ir con ellos y los suyos a la conquista de otras tierras más adelante. Debía también pedirle de nuevo que mostrase las provisiones reales a fin de poder obedecerlas.

Transcurridas dos horas de la salida de Velázquez de León y sus compañeros, Cortés mandó tocar el tambor a Canillas (llamado también Canela), y a Benito de Beger, que era el pífano, su tamborino, llamando a todos sus hombres a reunión, y encargó a Gonzalo de Sandoval organizar la partida, a fin de iniciar su marcha hacia Cempoala.

A decir de Bernal, por el camino mataron "dos puercos de la tierra que tienen el ombligo en el espinazo" (jabalíes), lo que tomaron como agüero de su victoria. Pernoctaron cerca de un riachuelo y al amanecer del día siguiente, lunes 28 de mayo, continuaron la marcha. Hacia el mediodía sestearon junto al río Canoas (según Bernal éste era el sitio a donde se cambió posteriormente la Villa Rica (actual la Antigua, Veracruz; en ese tiempo sólo había algunas chozas y arboledas), descansando de los fieros rayos del sol, que, cargados como iban con sus armas y picas, los acaloraban mucho.

Mientras tanto, al amanecer del lunes 28, Juan Velázquez de León llegó al campamento de Narváez. Los totonacas lo reconocieron y le hablaron, pronto algunos españoles se dieron cuenta de quién era y corrieron a pedir albricias a Narváez, que salió a recibirle en compañía de algunos de sus hombres con grandes saludos y abrazos.

Velázquez de León dijo que sólo venía a besarles las manos, tanto al capitán como a sus caballeros, y a ver si aún podía lograr que hiciesen las paces con Cortés. Al escuchar tal propuesta Narváez se molestó, lo llevó aparte y le reclamó decir tales palabras y apoyar la causa de un traidor que había burlado a su pariente Diego Velázquez; le hizo grandes promesas para que se pasara de su lado y convenciera a los de Cortés de hacer lo mismo, incluso que lo nombraría su segundo en el mando. Velázquez de León respondió que el epíteto de traidor podría adjudicársele si abandonaba y desamparaba al capitán al que había jurado fidelidad, afirman-

do que cuanto había hecho Cortés era en servicio de Dios y del emperador y le suplicaba no hablar más de ello.

Llegaron a verle los capitanes principales de Narváez y se abrazaron con grandes cortesías, pues "era muy del palacio y buen cuerpo, membrudo y buena presencia y rostro, y la barba bien puesta, y llevaba una cadena muy grande de oro echada al hombro, que le daba dos vueltas debajo del brazo, parecíale muy bien como bravoso y buen capitán", escribe Bernal. Velázquez de León se expresaba con tan buenas palabras de Cortés que algunos capitanes, como Gamarra, Juan Fuste, Juan Bono de Quejo y Salvatierra trataron de convencer a Narváez que lo apresara; pero Bermúdez, Duero, el padre Olmedo, el clérigo Juan de León y otros que simpatizaban con Cortés le hicieron desistir; sería más inteligente, adujeron, tratar a Velázquez de León con suma cortesía e invitarle a comer. Narváez siguió su consejo. En la conversación de sobremesa Juan Velázquez prometió a Narváez hacer lo que pudiese, aunque bien sabía lo porfiado y terco que era Cortés tratándose de este asunto, por lo que le aconsejaba aceptar repartirse las provincias, teniendo Narváez el privilegio de escoger primero.

Fray Bartolomé de Olmedo sugirió a Velázquez de León que pidiera a Narváez hacer un alarde ante él, dándole como argumento que al contárselo a Cortés aumentaría el temor del extremeño, así podría observar con detalle las fuerzas con que contaba. Narváez accedió.[29]

De nuevo comieron juntos, acompañándolos el capitán sobrino de Diego Velázquez, que llevaba el mismo nombre del gobernador. Con la ingestión de vino las palabras subieron de tono y Diego el Mozo acabó tildando de traidores a

[29] H. Thomas, *La conquista…*, p. 418, curiosamente afirma que Narváez hizo disparar los cañones para impresionar a los nativos reunidos en las afueras del campamento.

Cortés y a todos los suyos. Juan Velázquez, que no era hombre para tomarse a la ligera los insultos, se levantó de la silla y le exigió retractarse; Diego sostuvo lo dicho y argumentó que Juan también debía ser traidor, puesto que defendía a traidores, echándole en cara no ser de los buenos Velázquez. Ante semejantes insultos Juan echó mano a su espada, llamó mentiroso a su pariente, asegurándole ser mucho mejor caballero que él y de los buenos Velázquez, no como él y como su tío. Narváez y los otros capitanes presentes se interpusieron para evitar una lucha a estocadas. Finalmente, Narváez pidió a Juan Velázquez, Juan del Río y al padre Olmedo abandonar el campamento, pero la tarea ya estaba hecha, muchos de los de Narváez se habían enlistado contra su voluntad, obligados por Diego Velázquez con amenazas de quitarles sus encomiendas, o no dárselas.

Cervantes afirma que Velázquez de León fue aprehendido, lo cual provocó muchas discusiones en el campamento de Narváez, pues aun preso seguía hablando cosas tan buenas sobre Cortés que hizo simpatizar a muchos con el extremeño, por lo que a Narváez le pareció mejor soltarlo sin haber llegado a ningún entendimiento.

Velázquez de León, montado en su cabalgadura y con su cota puesta, que siempre llevaba, su capacete y su gran cadena de oro, fue a despedirse de Narváez, encontrándolo en compañía del joven Diego. La soberbia de Narváez no le permitió ocultar la irritación que sentía, le pidió que se fuera de una buena vez, que habría sido mejor que no viniera. Diego no se quedó atrás profiriendo amenazas, Velázquez de León respondió mesándose las barbas: "Por estas, que yo vea antes de muchos días si vuestro esfuerzo es tanto como vuestro hablar".

A poco andar, Juan Velázquez y sus compañeros fueron alcanzados por algunos de sus simpatizantes para darles

prisa, Narváez había enviado tras ellos muchos jinetes con orden de aprehenderlos.

Al aproximarse al campamento de Cortés, los vigías los vieron y pensaron que podían ser espías de Narváez; el atambor Canela o Canillas tocó la alarma y varios fueron hacia ellos pero al reconocerlos los escoltaron ante Cortés, que los recibió con grandes muestras de amabilidad y afecto. Velázquez de León y el padre Olmedo, que según Bernal "era regocijado, y sabíalo muy bien representar", le reportaron lo sucedido con tanta gracia que todos estaban tan alegres "como si fuéramos a bodas y regocijos", aunque bien sabían que al día siguiente habrían de batirse en batalla hasta vencer o morir. Ese mismo día continuaron la marcha hasta llegar a las orillas del río Chachalacas, a una legua de Cempoala, donde acamparon cerca de un puente; había buenos prados en los alrededores, pusieron centinelas y enviaron espías hacia las afueras del campamento de Narváez.

Mientras tanto a Narváez y a sus capitanes les preocupaba el mucho oro que sabían había distribuido Cortés entre algunos de los suyos, por lo que debían mantenerse preparados para cualquier sorpresa. Por su parte, Chicomecóatl al parecer jugaba doble; no sabiendo cuáles extranjeros resultarían vencedores mandaba espiar los movimientos de Cortés e informaba de ellos a Narváez, cuando le avisó de la proximidad del extremeño Pánfilo pregonó la guerra a sangre y fuego; a decir de Bernal, decidió salir al campo y fortificarse en un lugar situado a un cuarto de legua de Cempoala, adonde llevó a 80 de a caballo y a 500 peones (según Cortés), con intención de esperar ahí las tropas del extremeño. Ese día llovió en demasía; al anochecer, Narváez y los suyos, cansados de esperar bajo la lluvia, "como no estaban acostumbrados a aguas ni trabajos y no nos tenían en nada", dudaron de la veracidad de los informes de Chicomecóatl. Sus capitanes le decían: "¿Pues cómo, señor, por tal tiene a

Cortés que se ha de atrever que con tres gatos que tiene ha de venir a este real por el dicho de este indio gordo?", y le aconsejaron regresar a Cempoala. Narváez accedió, mandó colocar la artillería frente a los aposentos donde se alojaban y a 40 jinetes permanecer de guardia durante la noche; otros 20 rondarían el campamento y otra buena guardia protegería sus propios aposentos, los del veedor Salvatierra y los de Juan Bono; también ordenó poner vigías, entre ellos Alonso de Hurtado y Gonzalo de Carrasco, en el riachuelo que por fuerza tendrían que atravesar los de Cortés. Prometió una recompensa de 2 000 pesos a quien matara a Cortés o a Sandoval, y dio la contraseña: "¡Santa María, Santa María!"

Al atardecer del lunes 28 de mayo Cortés reunió a sus hombres y les dirigió un "parlamento por tan lindo estilo y plática tan bien dicha, cierto otra más sabrosa y llena de ofertas que yo aquí sabré escribir", según elogio de Bernal. Les recordó lo que habían pasado desde que zarparon de Cuba, las riquezas de esas nuevas tierras, cuatro veces mayores que Castilla, "tal o tan buena que convenía darse a un infante o gran señor"; les informó cómo Narváez le había hecho una propuesta que estaba bien para él, mas no la aceptó por ser desventajosa para sus hombres, y ahora había pregonada guerra a muerte contra ellos, "como si fuéramos moros". A decir de Andrés de Tapia sus hombres le pidieron expresar lo que pensaba; se hizo de rogar, hasta que finalmente, fingiendo enojo, les dijo un refrán: "Muera el asno o quien lo aguija", tal era su parecer, hacer otra cosa sería una afrenta para él y para ellos. Les pidió que expresaran sus pensamientos y los exhortó a luchar con todas sus fuerzas, pues si caían en poder de Narváez serían procesados, perdiendo todo lo ganado; pero, si triunfaban, se encargaría de volverlos ricos. Prometieron luchar hasta la muerte y lo levantaron en hombros hasta que les rogó que lo dejaran, pues estaban mojados por la lluvia, soplaba un aire muy fresco

y querían asar la carne de los venados y jabalíes, aunque les ordenó no prender fuegos, pues podrían ser vistos. Poco reposaron.

Un español de los de Narváez, al que decían el Galleguillo, desertó o según otros fue enviado por Andrés de Duero a notificar a Cortés de ciertas cosas. Al aproximarse a donde estaban los hombres del extremeño provocó la alarma, creyendo que se trataba de un espía de Narváez, tocaron el pífano y el tambor y encontraron finalmente al Galleguillo dormido bajo unas mantas.

Cortés cuenta que, a fin de evitar un escándalo mayor (aunque seguramente ya lo tenía pensado) decidió caer sobre sus enemigos esa misma noche, de ser posible por sorpresa. Se dirigirían directamente al aposento de Narváez y lo aprehenderían. El capitán mandó reunir a sus hombres, les dijo que ya que no podían dormir era mejor que de una vez fueran a sorprender a los de Narváez. El extremeño afirma que lo hizo porque ya habiendo intentado sin éxito llegar a un acuerdo pacífico con Narváez, y para evitar peores males, pues ya hasta los nativos se alborotaban y rebelaban,

> encomendándome a Dios, y pospuesto todo el temor del daño que se podía seguir, considerando que morir en servicio de mi rey y por defender y amparar sus tierras y no las dejar usurpar a mí y a los de mi compañía se nos seguía harta gloria, di mi mandamiento a Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, para prender al dicho Narváez y a los que se llamaban alcaldes y regidores.

Le dio a Sandoval 80 hombres, quedándose con 170 con los que siguió a Sandoval por si era necesario auxiliarlo.

Según Bernal mandó a los capitanes Diego Pizarro, con 60 soldados mancebos, entre ellos Bernal mismo, para tomar

la artillería; Sandoval con otros 60 debía prender a Narváez, prometiendo 3000 pesos al primero que le echara mano, al segundo 2000 y al tercero mil; Juan Velázquez de León con otros 60 para prender a Diego Velázquez; Diego de Ordaz con otros 60 para prender al veedor Salvatierra, mientras Cortés se quedó con 20 para acudir a donde más se necesitara.

Para hacerlo oficial, Cortés dio sus órdenes por escrito, refrendadas por el escribano: si Narváez ofrecía resistencia debían matarlo, por convenir así al servicio de Dios y del emperador.

El extremeño les dijo que, una vez tomada la artillería, los artilleros Mesa, el Siciliano, Usagre y Arvenga debían utilizarla contra los del aposento de Salvatierra. No les informó sobre los simpatizantes con que contaba entre los de Narváez, temiendo que eso los hiciera luchar con menos tesón. Finalmente les dio la contraseña: "Espíritu Santo", por consejo de fray Bartolomé de Olmedo, pues era la víspera del día de pascuas del Espíritu Santo.

Bernal se queja: "También quiero decir la gran necesidad que teníamos de armas, que por un peto o capacete o casco o babera de hierro diéramos aquella noche cuanto nos pidieran por ello, y todo cuanto habíamos ganado"; dice que Sandoval, de quien era gran amigo y servidor, le pidió que, si sobrevivía, en adelante siempre lo acompañara.

La lluvia seguía cayendo. Pasada la medianoche se dejó oír el llamado del pífano y del atambor. La luna aún no salía y la noche era oscura. Los hombres de Cortés, sin haber cenado, pues no tenían nada con que hacerlo, aparte de carne cruda, emprendieron la marcha procurando hacer el menor ruido posible. Al llegar al riachuelo encontraron a los vigías de Narváez tan descuidados que, a decir de Cervantes, Carrasco fue capturado por Jorge y Gonzalo de Sandoval, Francisco de Solís, Diego Pizarro, Francisco Bonal y Francisco de Orozco, pues vieron blanquear su ropa.

No pudieron impedir que Carrasco diera fuertes voces, por lo que el otro vigía, Hurtado, logró huir. Carrasco fue llevado ante Cortés, con las manos atadas a la espalda; era compadre del extremeño, por lo que éste le dijo riendo: "Compadre, ¿qué desdicha ha sido esta, donde está vuestra ligereza, que así os han cazado?" Como recompensa dio a los primeros que le echaron mano una cadena de oro que traía sobre sus armas.

Interrogó a su compadre acerca de la disposición de las fuerzas de Narváez. Carrasco dijo que había salido del campamento en busca de una indígena que le habían hurtado esa noche, y por tanto no sabía nada; Cortés lo conminó a decir la verdad o lo mandaría colgar de dos picas. Carrasco insistió en su historia, afirmando que, aunque lo ahorcaran no podía decir otra cosa. Cortés comentó burlón: "Pues así lo queréis, vos moriréis", y ordenó que lo colgaran de las picas; el compadre habría muerto a no arremeter Rangel con su caballo junto con otros jinetes, seguramente a una señal de Cortés, pero estuvo cuatro o cinco días tan malo de la garganta que no podía comer, pero habló e intentó asustar a Cortés con la gran fuerza de Narváez. Le dijo que, si era tan insensato como para ir a atacarlo, sus hombres morirían en una gran carnicería, sería como dar de coces contra el aguijón, por lo que, como su compadre y servidor, le aconsejaba volver por donde vino o ponerse en manos de Narváez; hacer otra cosa era una locura. Cortés ordenó ponerlo bajo vigilancia y seguir la marcha. Carrasco le gritó: "Yo juro a Dios que vais a la carnicería, y que no daría esta noche mi parte por mil pesos"; Cortés, montado en su caballo, contestó burlón: "Andad acá, compadre; que la barba mojada toma a la enjuta en la cama" (al que madruga Dios le ayuda).

El río estaba crecido, no sabían si había algún vado. Según Cervantes hicieron unas balsas para buscarlo, sondeando

con palos largos; mientras iban río abajo dos se ahogaron, finalmente pudieron cruzar por unas piedras resbaladizas, aunque el agua les llegaba más arriba del pecho.

Siguieron adelante y llegaron a una quebrada, a tres o cuatro tiros de ballesta de Cempoala; ahí dejaron la artillería ligera, los pocos caballos y el fardaje que llevaban los tamemes, pues no los necesitarían, así como a Marina y a Orteguilla y a tres o cuatro españoles para protegerlos.

Llegaron a una bifurcación de caminos, en uno de los cuales se levantaba una cruz. Cortés se hincó, elevó las manos al cielo y suplicó a Dios concederles la victoria, los demás lo imitaron orando con gran devoción. Fray Bartolomé de Olmedo aprovechó la ocasión para que todos se confesaran, protestaran su fe, se perdonaran mutuamente, prometieran enmendar su vida si Dios les diera la victoria, se abrazaran, dieran la paz y rezaran un avemaría. El fraile les dio la absolución y les dirigió unas palabras, asegurándoles que Dios les daría la victoria para que siguieran luchando contra el demonio en esas tierras y predicando el Evangelio.

Cortés nos proporciona una fecha, pues dice en su Segunda carta que el asalto al campamento de Narváez se dio el día del Espíritu Santo, a poco más de la medianoche.[30]

En completo silencio se fueron acercando a las primeras casas de la población. Juan Velázquez de León, al ver una

[30] Como ya se dijo, la Pascua de 1520 cayó en los días domingo 27, lunes 28 y martes 29 de mayo. *Cfr*. Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 338, quien dice que el ataque ocurrió en la madrugada del lunes 29, lo cual concuerda con la fecha dada por Bernal para la visita de Andrés de Duero. José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, p. 260, prefiere la fecha del 27 de mayo en la noche. Clavijero, la del domingo 27 de mayo, *Historia antigua de México…*, II, p. 62. H. Thomas, *La conquista…*, p. 420, escribe que fue la noche del 28 al 29 de mayo, que dice era Domingo de Pentecostés, y Juan Miralles, *Hernán Cortés, inventor de México*, p. 222, que era la noche del 27 de mayo.

luz en alto, dijo a Cortés que allí era donde se aposentaba Narváez. El extremeño se alegró de poder contar con algo que los guiase. Gonzalo de Sandoval iba por delante con el atambor Canillas o Canela, al que mandó no tocar su instrumento hasta que atacaran. Les había dado instrucciones de que al entrar a Cempoala se formaran en dos hileras, dejando un espacio al centro para que la artillería no les hiciera daño.

En el campamento de Narváez no creyeron que Cortés atacaría esa misma noche, sino que esperaría al amanecer, por lo que aquél, cegado por la soberbia, ordenó que su gente reposara, permaneciendo despiertos solamente él y algunos de sus capitanes.

Así los de Cortés los encontraron desorganizados, tanto que los artilleros no tuvieron tiempo más que de disparar cuatro tiros, de los que unos pasaron por alto, aunque otro mató a tres hombres; pero no lograron disparar otra andanada antes de que cayeran con gran ímpetu sobre ellos. López de Gómara da a Cortés el crédito de tomar la artillería enemiga con tal celeridad que sólo pudieron disparar un tiro, que además no salió; posteriormente se dijo que los artilleros habían sido comprados con el oro de Cortés.

Andrés de Tapia afirma que los artilleros de Narváez tuvieron que quitar de sus cañones ciertas tejas o piedras de los fogones que les habían puesto sobre el mechero para que la lluvia no mojara las mechas y la pólvora; además, el cebadero por donde entraba la mecha estaba sellado con un poco de cera o de cebo para aislarlo de la lluvia, por lo que intentaron prender las mechas sobre la cera sin éxito; hubo quien afirmó que en vez de pólvora los artilleros habían puesto arena.

Los pífanos y tambores tocaron a alarma al tiempo que los de Narváez gritaban "¡al arma, al arma!". La caballería logró detener un poco el avance de los de Cortés; pero como

ciertos quintacolumnistas habían cortado los cinchos de las sillas, varios jinetes cayeron por tierra con todo y ellas; además, utilizaron en su contra, con gran efecto, las nuevas lanzas.

Pocos de los hombres de Narváez lucharon, la mayoría se mantuvo a la expectativa. Los de Cortés avanzaron hasta el gran patio del recinto sagrado de Cempoala mientras Gonzalo de Sandoval se dirigía hacia donde estaba alojado Narváez. Cortés permaneció atrás, desarmando y apresando al enemigo, pues como tocaban los tamboreros de ambos bandos, algunos de los de Narváez iban hacia él, creyendo que era de los suyos; tampoco se atrevía a desamparar la artillería capturada, pues desde los aposentos de Narváez les disparaban con saetas y escopetas, logrando herir a siete. A los de Cortés les fueron de cierto auxilio los muchos cocuyos que cintilaban en la oscuridad, ya que al ver su luz los de Narváez creyeron que se trataba de gran cantidad de mechas de arcabuz prendidas.

Los aposentos de Narváez estaban defendidos por más de una decena de piezas de artillería, de cobre o latón, y por alrededor de un centenar de soldados, al parecer no hicieron mucho por defenderse. Sandoval y los suyos se toparon en el patio con un cu pequeño (una pirámide chica) en el que estaban algunos negros, uno de los cuales, al escuchar ruido, se asomó con una antorcha en la mano, siendo despachado de inmediato de dos o tres picazos. Los de Sandoval empezaron a subir los peldaños, encontrando resistencia. Pizarro logró tomar la artillería que protegía los aposentos, la entregó a sus artilleros y se dirigió con sus hombres a auxiliar a los de Sandoval, a quienes ya habían hecho retroceder dos escalones; con este refuerzo volvieron a subir, rechazando a los defensores hasta las recámaras, donde se defendieron bravíamente.

Cortés afirma que muchas veces requirieron a Narváez para que se rindiera en nombre del emperador, pero se rehusó, por lo que Martín López, hombre de alta estatura, prendió fuego al techo de paja de los aposentos, lo que forzó a los defensores a salir. Diego de Rojas estaba malherido y el alférez de Narváez cayó con la bandera en la mano, exclamando "¡Oh válgame Nuestra Señora!", a lo que se dice respondió Cortés, que al parecer ya estaba por allí, "Ella te valga y ayude", e impidió que lo remataran antes de confesarse, poco después murió.

En esos momentos Pánfilo de Narváez fue herido por una lanza en un ojo y en otras partes, por lo que gritó: "¡Santa María, váleme, que muerto me han y quebrado un ojo!". Los de Cortés empezaron a lanzar exclamaciones de "¡Victoria, victoria, por los del nombre del Espíritu Santo, que muerto es Narváez!". A decir de Cervantes, algunos conquistadores afirmaron que la herida fue causada a Narváez debido a la traición de un tal Avilés, uno de sus camareros, que lo sujetó por detrás. Según Fernández de Oviedo, Narváez estaba poniéndose la coraza cuando subieron a verle aproximadamente 30 de sus hombres, avisándole que Cortés ya venía, y respondió: "Dejadle venir, que es mi hijo". Fue entonces, al salir armado de su habitación, que le dieron un golpe en el ojo con una pica.

Pero Sánchez Farfán fue el primero que echó mano a Narváez,[31] el capitán fue arrastrado escalones abajo y entregado a Sandoval, en medio de fuertes gritos de "¡Viva el rey, viva el rey, y en su real nombre Cortés, Cortés! ¡Victoria, victoria, que muerto es Narváez!".

Cortés y sus demás capitanes seguían luchando en un intento de tomar los otros alojamientos. Andrés de Tapia de-

31 Sánchez Farfán, según A. Chavero, había llegado en la flota de Narváez, *Cfr*. *México a través de los siglos*, vol. II, p. 403.

claró en su relación que un joven español encontró ocho barriles y, creyendo que contenían pólvora, se metió entre ellos llevando en la mano un haz de paja prendida, gritó a sus compañeros que se apartasen, pues iba a prender la pólvora. Desfondó un barril con su espada, tras encomendarse a Dios le arrojó la antorcha y se tiró al suelo, pero para su sorpresa no sucedió nada; el marinero que había sacado los barriles del navío tomó siete de pólvora, y uno, equivocadamente, de alpargatas, ya que tenía la misma marca que los otros; por coincidencia ése fue el desfondado. El joven intentaba desfondar otro cuando fue visto por Cortés, que le gritó no hacer tal cosa, pues moriría tanto él como muchos de sus compañeros y corrió a apagar el fuego con manos y pies.

Enterado de la detención de Narváez, el extremeño ordenó cesar la lucha y dar un pregón mandando a los de Narváez someterse a la bandera del emperador, so pena de muerte. Sin embargo, los que acompañaban al joven Diego Velázquez y a Salvatierra se negaban a rendirse. Sandoval tuvo que acudir con la mitad de sus hombres y alguna artillería, con lo que lograron entrar a sus aposentos y aprehender a Salvatierra, Velázquez, Gamarra, Juan Juste, Juan Bono y otros principales. Según Bernal, al oír Salvatierra los gritos de victoria, dijo estar muy enfermo del estómago y ya no hizo nada. Juan Velázquez prendió a su pariente Diego el Mozo y mandó que lo llevaran con mucha honra a su aposento y lo curaran.

Cortés se dirigió a ver a Sandoval. Con el gran calor que hacía, con las armas a cuestas y el esfuerzo realizado estaba sudado y muy cansado; su respiración era tan entrecortada que apenas si podía articular palabra. Preguntó a Sandoval por Narváez y le respondió que lo había puesto bajo fuerte guardia. Le ordenó poner gran cuidado en que no se soltara, encargándole que lo tratara bien, al igual que a los otros capitanes presos. Mandó dar otros pregones a efecto de que

los de Narváez se rindieran y entregaran sus armas a los alguaciles. La batalla duró sólo una hora. Aún era de noche y seguía lloviendo a ratos. La luna había salido y alumbraba un poco.

Cortés escribió a Carlos V: "certifico a Vuestra Majestad que si Dios misteriosamente esto no proveyera y la victoria fuera del dicho Narváez, fuera el mayor daño que de mucho tiempo acá en españoles tantos por tantos se ha hecho", pues los nativos atacarían al vencedor y lo masacrarían, dando como consecuencia que en más de 20 años no se podría volver a pacificar y tomar la tierra.

Aún quedaba un destacamento de caballería de Narváez, compuesto por alrededor de 40 jinetes que habían ido a esperar a los de Cortés en el río. El extremeño envió a Cristóbal de Olid y a Diego de Ordaz a buscarlos; iban montados en los caballos capturados, por lo que los otros creyeron en la derrota de Narváez y no ofrecieron resistencia.

Cervantes narra que Cortés mandó a Alonso de Ojeda y a Juan Márquez, como hombres de confianza, a esconder las armas entregadas por los de Narváez en una especie de silo. Comenzaba a clarear. Unas mujeres, Francisca de Ordaz y Beatriz de Ordaz, que eran hermanas o parientas de Diego de Ordaz, se asomaron por una ventana y gritaron a los de Narváez:

> ¡Bellacos, dominicos, cobardes, apocados, que más habiades de traer ruecas que espadas; buena cuenta habéis dado de vosotros; por esta cruz, que hemos de dar nuestros cuerpos delante de vosotros a los criados destos que os han vencido, y mal hayan las mujeres que vinieron con tales hombres!

Los hombres de Cortés las apaciguaron. Ellas se vistieron y acudieron a besar las manos del vencedor.

Gonzalo Carrasco llegó al último a la jura de lealtad que Cortés hizo pronunciar a los de Narváez, habiendo podido escapar y sorprender a los que se habían quedado cuidando el fardaje y a los que tomó el caballo que montaba. Al verlo, el extremeño le dijo: "Compadre, ese caballo es mío, apeaos del". Carrasco respondió que no podía estar seguro de que así fuese, pues le habían robado el que tenía, y se quedaría con el que montaba hasta que le devolviesen el suyo. Cortés le dijo sonriendo: "Apeaos ahora, compadre, que después yo os haré volver vuestro caballo con lo demás". Carrasco se apeó, pero se negó a hacer el juramento; enojado Cortés le mandó poner en un cepo, en el que estuvo por tres días hasta que accedió a la jura.

López de Gómara menciona sólo dos bajas, causadas por un tiro de la artillería de Narváez. Bernal asevera que los muertos de Narváez fueron un alférez, Fuentes, hidalgo de Sevilla; un capitán Rojas, natural de Castilla la Vieja; uno de los tres desertores del campo de Cortés, Alonso García el Carretero, y otros dos españoles, además de muchos heridos, entre ellos los otros dos desertores: Cervantes el Loco y Escalonilla; y que de los de Cortés murieron cuatro hombres y varios estaban heridos. Chicomecóatl, el Cacique Gordo, que se había ido a refugiar al aposento de Narváez, también fue herido; Cortés mandó curarlo y llevarlo a su palacio con toda cortesía. Cervantes de Salazar afirma que sólo murieron dos hombres de Cortés y 11 de los de Narváez.

Más tarde Cortés fue acusado de incendiar Cempoala y de causar la muerte de cuatro o cinco españoles cuando, al llegar sus hombres, muchos de los de Narváez despertaron sobresaltados y se refugiaron en la improvisada iglesia, Cortés ordenó disparar la artillería en su dirección y derribarla, matando e hiriendo a muchos. Diego de Ávila declaró haber

visto cómo mataron al cacique de Cempoala,[32] cómo mataron a muchos indígenas y a unos 16 españoles y quemaron los bienes de Narváez y de sus hombres, así como las copias de las provisiones reales; afirmó que estando preso Narváez, Cortés supo que tenía en su poder los originales y envió a Alonso de Ávila y a Diego de Ordaz a quitárselos. Narváez no los quería entregar, por lo que lo arrastraron, patearon, injuriaron y le dieron de golpes en el ojo herido, por lo que sangraba mucho y estuvo a punto de morir. Finalmente le quitaron los papeles y los entregaron a Cortés, quien los leyó, así como muchos de sus capitanes, después los rompieron, desobedeciéndolos y menospreciándolos, a pesar de ver las firmas y sellos reales.

Diego de Ávila también acusó a Cortés y a los suyos de que por su causa se perdieron mucho oro y muchas joyas del emperador; de haber saqueado y robado todos los bastimentos, joyas y ropas de los de Narváez, con las que se vistieron; de ordenar tomar las naves de la flota de Narváez con todas sus provisiones, quitándoles las velas "e dar con todos al través e descerrajar las arcas questaban en los navíos", dejando a flote solamente dos o tres, mandando no dejar salir ningún navío que pudiera ir a notificar lo ocurrido al emperador, y nombrando como capitán de ellos a Alonso Caballero; además, Cortés deseaba ahorcar y ajusticiar a muchos de los de Narváez, y mandó despoblar la villa de San Salvador.[33]

Cortés respondió al cargo sobre los navíos diciendo que se le pagaron a Pedro de Maluenda, criado de Velázquez, quien venía como mayordomo de Narváez, actuando como

[32] No conocemos el destino de Chicomecóatl, en esta declaración Diego de Ávila afirma que murió en estos momentos, aunque Cervantes de Salazar narra que fue a felicitar a Cortés. En 1526 Cortés pasó por Cempoala y no lo nombra, ni ninguna fuente lo hace.

[33] Información promovida por Diego Velázquez contra Cortés, Santiago, 18 junio-6 julio de 1521, DC, I, pp. 106, 170-209.

factor de Velázquez y de Narváez, que con esa cantidad Maluenda pagó los sueldos que se debían a los marineros; y que Maluenda recogió y guardó toda la ropa y hacienda de Narváez sin que Cortés lo impidiera; en cuanto a los caballos que tomó también fueron comprados, así como la artillería.[34]

Narváez, muy malherido, pidió licencia a Sandoval para que un cirujano que traía, el maestre Juan, lo curase a él y a otros capitanes; Sandoval la concedió. Cortés acudió a verlo intentando pasar desapercibido, pero alguien le susurró a Narváez al oído sobre su presencia, y le dijo: "Señor capitán Cortés: tened en mucho esta victoria que de mi habéis habido, y en tener presa mi persona"; respondió el extremeño que daba muchas gracias a Dios por la victoria, así como a sus compañeros, y que una de las menores cosas que en la Nueva España había hecho era vencerlo. Pusieron a Narváez dos pares de grilletes y fue llevado a uno de los aposentos, Bernal se encontraba entre sus guardias. Gonzalo de Sandoval ordenó que no se le permitiera hablar con ninguno de sus hombres.

Bernal narra que, por cuenta propia, los atabaleros de Narváez empezaron a tocar y a decir: "Viva, viva la gala de los romanos, que siendo tan pocos, han vencido a Narváez y a sus soldados", y por más que intentaban callarlos no lo consiguieron hasta que Cortés mandó prender al atabalero, un tal Tapia, "que era medio loro". Guidela, un negro de los de Narváez, "que fue muy gracioso y truhán", exclamaba: "Mira que los romanos no han hecho tal hazaña". Cervantes agrega que el negro se acercó a Cortés dando palmadas, aplaudiendo y lisonjeándolo; dijo que cuando sus soldados entraron al campamento él se subió al árbol más alto que encontró, quedándose ahí toda la noche como cuervo y sin graznar. A Cortés le divirtió el chocarrero y le dio una rica

[34] DC, II, p. 157.

corona de oro, el negro se la puso, bailó un rato y dijo muchas cosas ingeniosas.

En esos momentos llegó la caballería al mando de Olid y de Ordaz, trayendo la de Narváez, entre ellos Andrés de Duero, Agustín Bermúdez y muchos otros de sus amigos, que fueron a besar las manos a Cortés; éste ya los esperaba rodeado por sus capitanes, sentado sobre una silla de caderas, vestido con ropajes largos color naranja, con sus armas debajo; los abrazó y les habló con mucha gracia y alegría.

A decir de Bernal, durante el día, ya algo tarde, llegaron a Cempoala cerca de 1500 chinantecas, acompañados por Barrientos, que entraron a la población en orden, en filas de dos en dos, llevando sus grandes lanzas, cada uno con su rodela y con sus estandartes; adornados con muchos plumajes, tocando tambores y caracolas, lanzando grandes gritos y silbidos, lo que causó gran admiración entre los hombres de Narváez. Cortés les agradeció mucho su venida y su ayuda, les obsequió cuentas de vidrio y otras cosas y los envió de regreso, en compañía del mismo español.[35] Aquí le falla la memoria a Bernal, pues Barrientos nunca se presentó con sus chinantecas.

Cervantes relata que, siendo ya de día, los de Narváez se dieron cuenta de cuán pocos eran los de Cortés y que no estaba con ellos el gran ejército tlaxcalteca que creían los acompañaba; observaron que sólo traían unas 60 picas, ningún coselete, muy pocas cotas, lanzas y ballestas, sin caballos, las espadas maltratadas, y protegidos por escaupiles, de lo que quedaron tan avergonzados y afrentados que la mayoría "se pelaban las barbas". Sin embargo, Cortés, que bien

[35] Clavijero, *Historia antigua de México…*, II, p. 63, escribe que, al alba del domingo 27 de mayo, habían llegado los chinantecas, y que algunos sostienen que tomaron parte en el asalto. Torquemada afirma que Cortés quiso que los chinantecas, como iban desnudos, se protegiesen con escaupiles.

sabía que los necesitaba, les dijo tan buenas palabras y los trató tan bien que se los echó a la bolsa, aunque de momento no se sentía muy seguro de ellos.

Los de Narváez protestaron haber sido engañados por Diego Velázquez y por el mismo Narváez, pues les habían dicho que obedecían las órdenes del emperador. Cortés les pidió olvidar lo pasado, ser amigos, y que lo acompañaran a México-Tenochtitlan, haciéndoles sus grandes promesas de costumbre; incluso, al parecer, luego que juraron obediencia ordenó que sólo unos pocos quedaran presos, entre ellos Salvatierra, y que a todos los demás les devolviesen sus armas, aunque a sus propios hombres no les pareció muy adecuada tal medida. Bernal, por ejemplo, tuvo que regresar un caballo que ya había escondido, ensillado y enfrenado, así como dos espadas, tres puñales y una daga.

Alonso de Ávila y el padre Olmedo dijeron a Cortés que parecía estar inspirado por Alejandro el Grande, quien después de haber realizado una gran hazaña procuraba honrar más y hacer más mercedes a los vencidos que a los suyos propios, pues veían que las joyas de oro, además de los víveres que le traían los nativos, las repartía entre los capitanes de Narváez, mientras se olvidaba de los suyos, lo que les parecía gran ingratitud. Cortés respondió que tanto su persona como sus bienes eran de sus hombres, pero que debía honrar a los de Narváez, pues eran muchos y podían rebelarse. Ávila lo refutó un tanto soberbiamente y el extremeño declaró que quien no le quisiese seguir no lo hiciese, al fin y al cabo "las mujeres han parido y paren en Castilla soldados". Ávila reviró que también parían capitanes y gobernadores. Cortés no quiso seguir discutiendo, contentó a su subalterno con dádivas y promesas, sabiendo que era de carácter fogoso y temiendo que algún día hiciese algo dañino en su contra, en adelante siempre lo enviaba a asuntos de importancia.

Cervantes de Salazar relata que ese mismo día llegaron los principales totonacas que habían abandonado Cempoala, en compañía de Chicomecóatl. Fueron a ver a Cortés, le echaron al cuello collares de flores, le pusieron guirnaldas en la cabeza y ramilletes en las manos, lo mismo que a los demás capitanes que conocían, felicitándolos por su triunfo con muchas ceremonias y reverencias, dando muestras de alegría. El hábil y maquiavélico Cortés no dio a entender ni por un momento que sabía del doble juego en el que había participado Chicomecóatl; por el contrario, lo abrazó amorosamente, así como a los otros principales; les obsequió algunas joyuelas de Castilla, les agradeció su bienvenida y les pidió que, en compañía de dos españoles, fueran por el fardaje y la artillería que habían dejado cerca de Cempoala.

Cortés fue aposentado en casa de doña Catalina, a la que había recibido de manos de Chicomecóatl la primera vez que estuvo en Cempoala. Ahí se llevó la artillería y, siendo un lugar algo fortificado, también, ya tarde en la noche y en secreto, buena cantidad de armas de las que traía Narváez, así como al mismo Narváez y algunos otros de quienes Cortés desconfiaba, poniéndolos bajo guardia. Algunas piezas de artillería se colocaron apuntando hacia los patios, vigiladas por centinelas que durmieron junto a ellas.

Catalina y las otras mujeres que habían sido dadas a los capitanes de Cortés hacían la vida agradable a sus españoles; se dice que todas las mañanas había fiesta en casa de doña Catalina. Mientras tanto, el resto de los europeos la pasaban mal, eran muchos y los indígenas que los proveían, pocos, la mayoría había huido no deseando estar presentes en el choque de los extranjeros, y no habían regresado, aunque poco a poco lo fueron haciendo.

Existe otra versión de estos acontecimientos, dada por Alfredo Chavero; no carece de interés y creo necesario exponerla brevemente. Narra que Narváez y Cortés realizaron la

entrevista que más arriba se menciona como fallida; en ella fue Cortés quien aprehendió traicioneramente a Narváez. Como argumento probatorio menciona una ilustración del *Lienzo de Tlaxcala* en la que se ve en la parte superior izquierda a cuatro españoles en las afueras de un templo dedicado a Quetzalcóatl, armados con lanzas que apoyan en el suelo. El primero de ellos levanta una mano, como indicando que está hablando. Una quinta figura, doblada hacia adelante, es un joven imberbe junto al primer español. En la parte superior derecha un español montado en un corcel está frente a los mencionados y hunde su lanza en el cuello del joven. También se ve en segundo plano un nativo con una carta en la mano.

En la parte inferior del cuadro, a la derecha, un español de pie está siendo encadenado por otro, parece sorprendido, pues se inclina hacia atrás y su gorra está tirada en el suelo. A la derecha avanzan cuatro nativos, el primero es un guerrero armado, le siguen dos tamemes cargados, y cierra un cuarto, también armado. En la parte de arriba está escrito con letras latinas "Uitzilapan", y se observa un jeroglífico toponímico de ese sitio.

Chavero interpreta la escena afirmando que el jinete es Cortés tomando prisionero a Narváez, y que, por lo tanto, no fue en Cempoala, sino en sus cercanías o en alguna de las poblaciones comarcanas, donde Narváez fue apresado.[36]

Eulalia Guzmán, acérrima enemiga de Cortés, retoma y amplía este argumento. Afirma que varios testigos lo confirmaron en el juicio de residencia de Cortés; sin embargo, los testimonios que cita no son concluyentes. Doña Eulalia asevera que Cortés aprehendió a Narváez en una cita de honor en Uitzilapan, estando éste desarmado; que Andrés de Duero y Juan Velázquez de León participaron en la conjura,

[36] A. Chavero, *op. cit.*, vol. II, pp. 411-412.

tal como lo habían convenido con Cortés en Tampaniquita, y que por ello la batalla de Cempoala no se realizó.[37] Sin embargo, es sumamente dudoso que todos aquellos que la mencionan pudiesen haber entrado en una conjura tal, pues incluso los hombres de Narváez testifican sobre la batalla.

Fernández de Oviedo dice que dialogó con Narváez en Toledo, en 1525, y que éste decía públicamente que Cortés era un traidor, alevoso, tirano, ingrato a su señor Diego Velázquez, y muchos otros males, contándole cómo fue tomado preso por Cortés de una manera muy contraria a como éste lo declaraba, pero el cronista no narra si le dijo cómo fue; en cambio Fernández de Oviedo le manifestó que de todas maneras Narváez no podía ofrecer una disculpa adecuada de su descuido, "porque ninguna necesidad tenía de andar con Cortés en pláticas, sino estar en vela mejor que la que hizo". Narváez respondió que aquéllos de quienes se fiaba habían sido sobornados. Fernández de Oviedo concluye que la excusa que dio Cortés para su actuación, es decir, que Narváez no presentaba las provisiones que llevaba de Su Majestad, no era suficiente para ordenar a Sandoval aprehender a Narváez, pues ni Cortés estaba allí mandado por el emperador, ni tenía la misma ni más autoridad que la llevada por Narváez, ya que Diego Velázquez, que lo había enviado, "era parte, según derecho, para le enviar a remover, y el Cortés obligado a le obedecer"; y sentencia:

> en mi juicio yo no hallo que loar a Cortés en su desobediencia, ni a él le quedó nada por usar en sus cautelas, para se quedar en opinión y en oficio ajeno, contra la voluntad de cuyo era e se lo dio y encomendó; ni a Pánfilo de Narváez le faltó la peni-

[37] E. Guzmán, *op. cit.*, t. I, pp. 380-394.

tencia de su descuido, ni a Diego Velázquez quiso la fortuna dejar de destruirle…

Escribe el extremeño que, dos días después de su victoria (sería el 30 de mayo), como en Cempoala no se podía alimentar a tanta gente, menos aún tras la destrucción efectuada, además de que los de Narváez habían saqueado la región, y muchos nativos estaban ausentes, envió a Diego de Ordaz a Coatzacoalcos con la misión de llevar a cabo la fundación que había interrumpido la llegada de Narváez (según Bernal fue al mando de 120 hombres, 100 de ellos de los de Narváez). Dos navíos navegarían hacia allá y zarparían desde el río de Coatzacoalcos a Jamaica a conseguir yeguas, becerros, puercos, ovejas, gallinas y cabras, como pie de cría, ya que la provincia de Coatzacoalcos era buena para ello.

A Juan Velázquez de León, con otros 120, entre ellos 100 de los de Narváez, lo envió a conquistar y a poblar al río que los de Garay dijeron haber visto (el Pánuco); llevarían dos navíos para explorar la costa del norte, con la segunda intención de disputar a Francisco de Garay el dominio de esas tierras.

De esta manera el hábil extremeño separaba y alejaba a los velazquistas, diluía la posibilidad de una rebelión en su contra y, al mismo tiempo, aumentaba su campo de acción. Lejos estaba de pensar que muy pronto necesitaría todas las tropas que pudiese reunir.

Francisco de Lugo fue enviado a asegurar los navíos de Narváez, con órdenes de que sus pilotos y maestres se presentaran ante Cortés, y de quitarles las velas, timones y agujas de marear, para que nadie intentara ir a dar aviso a Diego Velázquez. Los maestres y pilotos llegaron a Cempoala a besar las manos a Cortés, quien les tomó juramento de obediencia y nombró como almirante y capitán de la mar

a Pedro Caballero, que había sido maestre de navío de los de Narváez; le obsequió algunos tejuelos de oro y le ordenó no dejar salir del puerto a ningún navío sin sus órdenes expresas, y que si llegasen algunos otros enviados por Diego Velázquez desde Cuba, pues le habían dicho que estaban dos más por venir, viera la manera de tomar presos a los capitanes, y les quitara a sus navíos el timón, las velas y las agujas.[38]

Rodrigo Rangel, a la cabeza de 200 españoles, fue comisionado para guardar la Villa Rica y el resto de los navíos.

Escribe Bernal que los hombres de Cortés que se habían quedado en la Villa Rica cuando el extremeño partió hacia México le pidieron sus partes del botín. Cortés respondió que las habían dejado muy seguras en Tlaxcala y envió por ellas a dos españoles, uno de los cuales era Juan Alcántara el Viejo.

Pánfilo de Narváez permaneció virtualmente preso en la Villa Rica hasta que fue puesto en libertad en 1522 y se trasladó a España a presentar sus reclamos al emperador; tres años después el Consejo de Indias los rechazó, compensándolo en 1526 con el nombramiento de adelantado de Florida, adonde partió el 17 de junio de 1527 con cinco navíos y cerca de 600 hombres. Su mala racha seguía: en Santo Domingo desertaron 141 ciclón hundió dos de sus naves en Cuba, mu-

[38] En la pregunta 43 de la Información promovida por Diego Velázquez contra Cortés, 18 junio-6 julio de 1521, se inquiere si saben los testigos que Cortés mandó dar con los navíos de Narváez a través, dejando tan sólo dos o tres. En la pregunta 44 se cuestiona si saben que nombró capitán de los navíos no inutilizados a un tal Alonso Caballero, quien andaba por la costa guardándola. Y en la número 45 si sabían que Alonso Caballero y los que con él andaban en la costa tomaron tres navíos que Velázquez había enviado con mucho bastimento y provisiones para los que estaban en esa tierra, y prendieron al capitán y a otras personas, y Cortés también mandó que diesen con ellos al través. DC, I, pp. 184-185.

riendo 50 hombres. Finalmente, en febrero de 1528 zarpó con cinco navíos y 400 hombres hacia la región de la bahía de Tampa en Florida; tras luchar en el interior con los nativos regresaron a la costa sólo para encontrarse con que sus navíos ya no estaban, por lo que tuvieron que construir cinco naves, 245 hombres zarparon en ellas en septiembre hacia México. Las embarcaciones fueron arruinándose en el camino y, hacia noviembre, Narváez mismo desapareció cuando la suya fue repentinamente conducida a alta mar por el viento; nunca se supo más de él. Sólo hubo cuatro sobrevivientes de esta expedición: Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Andrés Dorantes, Alonso del Castillo y el negro Estebanico, que pasaron por muchas y grandes aventuras en su camino hacia la Nueva España.

Mientras tanto, Diego Velázquez reunió en Cuba siete u ocho naves y zarpó con ellas hacia México, llegando a las costas de Yucatán y de la Nueva España; pero, a decir de Fernández de Oviedo se regresó sin desembarcar, "con infamia suya y con mucho gasto y pérdida", dando como única explicación que lo hizo debido al consejo de un licenciado Parada que iba con él.[39]

Diego Colón nombró al licenciado Alonso de Zuazo juez de residencia para ir a hacerle la suya a Velázquez, tomando como pretexto su desobediencia a la Audiencia. Velázquez y sus partidarios negaron a Colón la facultad de efectuar el juicio; pidieron que a Zuazo se le residenciara primero, como decía la ley. La Audiencia decidió hacérselo a Narváez, Velázquez se quejó a España y su protector Rodríguez de Fonseca obtuvo la prohibición de que Colón y la Audiencia procediesen contra Narváez, y la orden de ponerlo en libertad. Finalmente, el regente Adriano decidió en Burgos, el 11 abril de 1521, nombrar a Cristóbal de Tapia

[39] Fernández de Oviedo, *op. cit*., vol. II, lib. XVII, cap. XIX.

residente de La Española y gobernador de la Nueva España, encargándole hacer una investigación de lo acaecido. Por distintos motivos su viaje fue aplazado y no llegó sino hasta diciembre de 1521.[40]

Según Bernal, la llegada de Narváez provocó una secuela inesperada y trágica, pues entre sus hombres venía un negro con viruela, "que harto negro fue para la Nueva España [...] Por manera que negra la ventura de Narváez, y más prieta la muerte de tanta gente sin ser cristianos", comenta el soldado cronista. Como vimos más arriba, ya el mal estaba en Yucatán desde antes de la llegada de Narváez, aunque es posible que ese famoso negro también estuviera infectado y lo propagase más rápidamente. Careciendo los nativos de América de anticuerpos para resistirla, ya que antes no existía en el continente, la viruela se extendió hacia todas direcciones, causando una mortandad enorme.

En la mayoría de las casas morían todos sus ocupantes; en muchos pueblos, la mitad de la población. Los cronistas españoles atribuían semejante proporción de muertes a que los indígenas se bañaban demasiado seguido, además de tratarse de una enfermedad nueva. Los que sobrevivieron quedaron con tales cicatrices en cara, manos y cuerpo, producidas al rascarse continuamente las pústulas, que espantaban. Tras la mortandad sobrevino el hambre, de la que pereció gran cantidad. Los cadáveres olían tan mal que nadie quería enterrarlos y derribaban las casas sobre los muertos. Los indígenas llamaron a este mal *huiznauatl*, "la gran lepra", y a decir de López de Gómara empezaron a contar los años a partir de esta epidemia: "Me parece que pagaron aquí las bubas que pegaron a los nuestros", sentencia el cronista.[41]

40 Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, IV, déc. III, lib. I, caps. XIV y XV.

41 El origen de las "bubas" o sífilis es debatido, hay tres teorías principales. Coincidiendo en 1493 con el regreso de Colón de América

El triunfo de Hernán Cortés había sido inesperado, rápido y completo, casi sin derramamiento de sangre, sobre una fuerza española muy superior a la suya; gracias a ello su ejército se triplicó y su prestigio se incrementó notablemente a los ojos de sus hombres, y más aún a los de los nativos, tomando la dimensión de ser prácticamente invencible, protegido por Dios o por los dioses. Sin embargo, fue breve el tiempo en que lo pudo paladear; sus tribulaciones no terminaban y una amenaza mucho mayor se cernía tanto sobre él como sobre sus hombres.[42]

hubo un gran brote en Europa, por lo que se pensó que la había traído de las Indias, teoría que perduró por cinco siglos; otra quiere que ya estuviera en Europa desde tiempos grecorromanos y fue llevada a América por los españoles; la tercera dice que su origen fue en África desde tiempos inmemoriales

42 Hernán Cortés, Segunda carta de relación; Andrés de Tapia, "Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre don Hernando Cortés, marqués del Valle, en la Nueva España", la cual, desafortunadamente termina con estos sucesos; Fernández de Oviedo, *op. cit.*, vol. IV, lib. XXXIII, caps. XII, XIII, XLVII; López de Gómara, *op. cit.*, II, pp. 138-150; Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios del conquistador*, p. 41; Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, IV jornada; Cervantes de Salazar, *op. cit.*; Bernal Díaz, *op. cit*, vol I, cap. CVIII, vol. II, caps. CIX-CXXIV; Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, lib. II, cap. VI; Herrera, *op. cit.*, III, lib. IX, déc. II, cap. VI, XVIII-XXI, lib. X, caps. I-IV; Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, caps. LVIII-LXVI; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. IV, caps. IV-XI.

CAPÍTULO XIX

La matanza del Templo Mayor

Y entonces, era en vano correr. No se hacía más que caminar
a gatas, arrastrando las entrañas; era como si con ellas
se enredaran los pies cuando se quería huir.
No se podía ir a ningún lado. Y a algunos que querían
salir, iban a golpearlos allá, iban a coserlos a golpes [...]
Y un olor fétido subía de la sangre; y de las tripas,
era como si se arrastraran.

"Códice Florentino"[1]

Cortés envió un mensajero a México-Tenochtitlan para notificar su triunfo a Pedro de Alvarado, el comisionado regresó a los 12 días; si salió de Cempoala el 29 de mayo regresaría hacia el 11 de junio. Llegó herido, dice Cortés, con unas "cartas del alcalde que allí había quedado" (Alvarado). Las noticias no podían ser peores: los españoles fueron atacados por los mexicas, habían intentado tomar por asalto el palacio de Axayácatl, tratado de derribar sus muros y quemarlo. El peligro en que se vieron fue muy grande y habrían perecido, si Motecuhzoma no hubiera ordenado a los suyos cesar el ataque. Ya no luchaban; pero tenían sitiado el pala-

[1] Georges Baudot y Tzvetan Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, cap. XX.

cio, tomado gran parte de las provisiones que les había dejado Cortés y quemado los bergantines. Alvarado le suplicaba darse la mayor prisa posible para ir en su auxilio.

El mensajero confirmó de palabra esas desgracias, apenas pudo salir de la ciudad y sufrió varias heridas. Los nativos habían derribado un muro del palacio de Axayácatl, los españoles lo levantaron de nuevo a costa de grandes dificultades y trabajos. Según Cervantes ya habían matado a Peña, aquel que solía divertir a Motecuhzoma, a Juan Martín Narices y a un tal Valdivia.

Es difícil creer que Cortés no fuera avisado de estos sucesos antes de los 12 días transcurridos entre el envío de su mensajero y su regreso; sin embargo, ello dependería de la fecha en que sucedieron, que es aún debatida, como se verá más adelante. Bernal indica que llegaron poco antes dos tlaxcaltecas con las nuevas.

De acuerdo con la narración de fray Francisco de Aguilar la primera indicación de que no todo marchaba bien en México-Tenochtitlan la proporcionó Blas Botello Puerto de Plata, un montañés hijodalgo que de alguna manera dijo saber que Alvarado y sus hombres se encontraban en gran peligro, pues eran atacados por los mexicas, exhortó a Cortés a darse prisa en regresar; sus visiones causaron cierto espanto. Botello es un personaje enigmático; a decir de Bernal era "muy hombre de bien y latino", o sea letrado, culto; "había estado en Roma, y decían que era nigromántico, otros decían que tenía familiar, algunos le llamaban astrólogo"; por tener "familiar" se entendía que tenía un demonio familiar o pacto diabólico. No deja de ser una posibilidad que estuviera huyendo de la Inquisición.

Según Bernal, la noticia les fue dada por dos tlaxcaltecas, les dijeron que habían muerto siete españoles y muchos estaban heridos. Poco después, otros tlaxcaltecas llegaron con la carta de Pedro de Alvarado. Cervantes afirma que fueron

los indígenas quienes primero dieron la noticia a Cortés, lo cual es muy probable, pero no les creyó hasta que regresó su mensajero.

Bernal refiere que, poco antes de que Cortés partiese hacia Tenochtitlan, llegaron a quejarse cuatro grandes principales enviados por Motecuhzoma; lloraban con copiosas lágrimas. Entre sollozos dijeron que el Tonatiuh, "Sol", como le llamaban[2] (Alvarado), salió de sus aposentos a la cabeza de los españoles para caer de pronto, sin causa alguna, sobre los principales y señores que danzaban en la fiesta dedicada a Huitzilopochtli y a Tezcatlipoca. Alvarado mismo les había dado el permiso. Asesinaron e hirieron a muchos, los mexicas se defendieron y mataron a seis españoles.

De mal modo Cortés respondió que de inmediato iría a poner remedio, que estaba bien enterado del doble juego de Motecuhzoma con Narváez. Los mexicas regresaron a su ciudad. Al huey tlatoani, que ya estaba enterado de la victoria sobre Narváez, no le agradó la respuesta. Cortés envió cartas a Alvarado, le encarecía tener sumo cuidado de que el soberano no se fugara, notificándole que iba para allá.[3]

Cortés escribió en su Segunda carta que, una vez informado de la situación de Alvarado, decidió salir a la mayor

[2] El indígena Cristóbal del Castillo, en Francisco del Paso y Troncoso, *Fragmentos históricos sacados de la obra escrita en lengua náhuatl por C. del Castillo a fines del siglo* XVI, p. 95, narra que: "El malvado capitán Sol, Pedro de Alvarado, era de corazón perverso [...] lo nombraron sol por causa de la rodela de oro con que había andado arrodelado, que se la fueron a dar cuando la primera vez lo fueron a recibir sus embajadores de Moteczuma en el mar, que todavía en su embarcación de ellos (los españoles) había estado morando".

[3] En la "Merced y mejora de Hernán Cortés a los caciques de Axapusco y Tepeyehualco" se dice que tras la victoria sobre Narváez llegaron ante Cortés Tlamapanatzin y Atonaletzin, que venían de México con gente y bastimentos, le notificaron sobre el sitio mexica al palacio de Axayácatl y le ofrecieron el auxilio de sus partidarios, DC, I, p. 72.

brevedad hacia México, antes de que perecieran todos los españoles y se perdiera el tesoro adquirido, así como "la mejor y más noble ciudad de todo lo nuevamente descubierto del mundo", y con ella lo que habían logrado hasta entonces. Envió mensajeros a Diego de Ordaz y a Juan Velázquez de León, que recién habían partido de Cempoala, para comunicarles las nuevas y ordenarles dirigirse por el camino más corto hacia Tlaxcala (según Bernal aún no habían partido).

Narváez, Salvatierra y otros prisioneros de entre los más reacios fueron llevados a la Villa Rica, así como los heridos y enfermos, escoltados por Rodrigo Rangel. Cortés arengó a los restantes de Narváez y les pidió su ayuda, dándoles su palabra de que gozarían de los mismos beneficios que los primeros expedicionarios. Los invitaba, dijo, a luchar por su Dios, por su patria y por su emperador; si no deseaban la parte de las riquezas que les esperaban podían recuperar sus armas e ir a donde quisieran. Les hizo tantas promesas que finalmente aceptaron incorporarse a sus filas. Abrazó a los principales y los honró con algún cargo.

Cervantes narra que se realizó un alarde. El ejército español era tan grande que no se había vuelto a ver otro similar en la Nueva España hasta tiempos del cronista. Estaba conformado por más de 1 100 españoles y gran multitud de nativos.

En Cempoala se quedarían los bienes tomados de la armada de Narváez y los que éste había quitado a Chicomecóatl. Cortés tenía ahí muchos de sus bienes personales (no se especifica cuáles), que serían transportados con más lentitud a México; al cuidado de esto quedaron 30 o 40 españoles, de los que los principales eran Juan Juste y Alonso Rascón.

Cervantes sigue relatando que, luego de oír misa, Cortés y sus hombres emprendieron la marcha hacia México-Tenochtitlan; Chicomecóatl y sus principales los acompañaron durante una legua. El extremeño tomó la vanguardia con 70

jinetes; el resto le seguiría a marchas más lentas, en partidas separadas para facilitar su alimentación, pues la epidemia de viruelas ya hacía estragos entre los nativos (otra prueba de que había llegado desde antes). Siguieron la misma ruta que la primera vez. Pasaron la noche en el pueblo llamado Rinconada. Al día siguiente marcharon siete leguas, los indígenas les llevaban de comer lo que podían, y los principales guirnaldas y flores. Cortés había pedido a Alonso de Ojeda y a Juan Márquez adelantarse a Tlaxcala a pedir a los señores auxilio de víveres. Ambos fueron a paso rápido, llegando muy cansados; fueron bien recibidos. Los señores los interrogaron sobre los sucesos acaecidos, alegrándose del gran triunfo de Cortés y de cuántos españoles venían en camino a hacerle pagar su traición a Motecuhzoma. Les dijeron que Alvarado y los suyos resistían valerosamente tras haber matado a más de mil principales en el patio del Templo Mayor, prometieron darle cualquier ayuda que pidiera.

Márquez se quedó en Tlaxcala, reuniendo víveres, mientras Ojeda regresó al encuentro del ejército con más de mil tamemes cargados con alimentos: mil guajolotes, 400 cargas de tortillas, 50 cántaros de "cerezas" (capulines), muchas cargas de tunas y 200 cántaros de agua. Por el camino se encontró con Cortés, que iba a la vanguardia, y le dio la información que traía; el extremeño le dijo que se apresurara a seguir adelante, pues su gente estaba desesperada de hambre. Jorge de Alvarado se alegró mucho al saber que su hermano vivía y se defendía tan bien. Más delante Ojeda se encontró a un tal Santos Fernández, quien le dijo que el ejército caminaba en partidas separadas, hambrientas y necesitadas; si no se daba prisa algunos morirían de sed. Poco más allá se topó con un Cristóbal, pregonero, acompañado por su mujer gitana, ambos yacían en tierra medio muertos; Ojeda les arrojó agua en el rostro y les dio de beber y de comer. De igual modo fue encontrándose con el disperso ejército,

algunos ya no podían caminar, otros estaban tirados, venían a pie y pasaban por la región que llamaban "el despoblado", sin comida ni agua. Ojeda los iba socorriendo con comida y agua. Hacia la medianoche se le reunió Juan Márquez con otros 2 500 tamemes cargados de alimento y de agua. Al día siguiente llegaron un Magallanes y Diego Moreno, venían del rumbo de Tepeaca con otros mil cargadores. Siguieron su marcha sierra abajo, hacia la costa, a fin de auxiliar a los más rezagados. Los demás fueron llegando a donde quedó Márquez en su espera. Finalmente se encontraron con Gonzalo de Alvarado que marchaba lentamente, pues traía consigo la artillería, y eran los últimos. Al entrar a Tlaxcala fueron socorridos por los otomíes, que les ofrecieron cerca de 3000 guajolotes.

Todo este episodio narrado por Cervantes de Salazar no deja de ser extraño, no coincide con el carácter de Cortés descuidar de tal manera a sus tropas, que al parecer iban en total desorden y sin contar con un abastecimiento adecuado, atravesando por un territorio que podría ser hostil tras la revuelta en Tenochtitlan, e inhóspito, como ya bien lo sabía tras su marcha al altiplano.

Cortés y sus compañeros llegaron a Tlaxcala. Los señores salieron a recibirlos y los llevaron a casa de Maxixcatzin, donde les dieron de comer, reposaron un poco e intercambiaron cortesías y parabienes. Cortés los interrogó ampliamente sobre los acontecimientos ocurridos en México y la causa de la rebelión. Respondieron que eso no lo sabían con certeza, se mencionaban muchas razones, les parecía que debió ser por alguna traición del malvado Motecuhzoma y le pidieron no dejar con vida a ninguno de los culpables; ellos se encargarían de guardarle bien las espaldas y de proporcionarle toda la ayuda que pudiesen. En cuanto a Alvarado, al parecer estaba bien, pues en cuanto los mexicas supieron del triunfo de Cortés cesaron sus ataques, aunque lo mante-

nían cercado y sufría debido a la carencia de alimento y de agua. Bernal afirma que los señores tlaxcaltecas ofrecieron a Cortés 2 000 guerreros; al parecer el extremeño se negó a llevar un mayor número para no alarmar más de lo debido a Motecuhzoma.

Se realizó otro alarde una vez reunido el ejército en Tlaxcala, hacia el 17 de junio, según fecha que proporciona Solís. Cortés menciona que el número arrojado fue de 70 de a caballo y 500 peones, posiblemente esta cantidad sea anterior a la llegada de los efectivos de Velázquez de León y de Diego de Ordaz, aun así, es muy pequeña. De acuerdo con López de Gómara eran 100 de a caballo y 1 000 soldados, misma cifra que proporciona Cervantes, citando a Motolinía; la cuenta de Bernal es de unos 1 300 españoles, entre ellos 96 jinetes, 80 ballesteros, y otros tantos escopeteros.

A decir de Cervantes, Cortés envió por delante a fray Bartolomé de Olmedo, acompañado de uno o dos españoles, con el encargo de notificar a Motecuhzoma de su triunfo y pedirle cesar en su locura que le podía costar muy caro; debía decirle cómo le asombraba que tan gran señor y tan cuerdo quebrantara su palabra, haciendo la guerra a unos pocos españoles que gozaban de la hospitalidad que les había prometido. Si cesaba en su mal comportamiento podrían volver a ser amigos y olvidaría lo pasado, si persistía debía saber que iba con un gran ejército hacia su ciudad y que le pediría satisfacciones por el daño recibido.

Cortés y su hueste salieron de Tlaxcala hacia Texcoco, por vía de Calpulalpan. Los señores acolhua no salieron a recibirlos a las afueras, tampoco había mensajeros de Motecuhzoma. Todo parecía estar despoblado y temían que un gran ejército los esperara en algún mal paso; avanzaron con el mayor orden posible, enviando por delante exploradores. Según Cervantes pernoctaron a dos leguas de la ciudad, llegando a ella a las nueve de la mañana del día siguiente. Texcoco esta-

ba casi despoblado, supuestamente sus habitantes se habían marchado a México-Tenochtitlan para auxiliar a los mexicas en el sitio del palacio de Axayácatl.

Bernal afirma que nadie fue a recibirlos, que les dieron mal de comer y tampoco encontraron principales con quienes hablar. En cambio Alva Ixtlilxóchitl asevera que Cortés fue bien recibido por su "íntimo amigo", el príncipe acolhua Ixtlilxóchitl. El *Códice Ramírez* agrega que Ixtlilxóchitl acababa de llegar de la frontera mexica, donde realizó algunas incursiones para aliviar la presión contra Alvarado, e iba en busca de más guerreros con la intención de entrar a Tenochtitlan por Iztapalapa. Se regocijó al ver que Cortés venía con tan gran ejército, retuvo al capitán por un día y le proporcionó más de 50 000 hombres, al mando de quien llama don Carlos. Se dice que reunió otros 20 000 en dos días, y que si no hubiese sido por el ejército que llevaba todos los españoles habrían muerto.

Cortés no menciona estos detalles, narra que inquirió en Texcoco sobre las noticias de México y le dijeron que los españoles seguían vivos. Al día siguiente pidió una canoa para enviar un español por noticias fidedignas a Tenochtitlan, tomando como rehén a un acolhua que parecía algo principal, pues no se apareció ninguno de los señores y principales que Cortés conocía.

Cuando el español estaba por embarcarse vio venir otra canoa, la aguardó, y a bordo venían, a decir de Cortés, uno de los españoles de Alvarado y un enviado de Motecuhzoma. Cervantes refiere que se trataba de Santa Clara y de Pedro Hernández, que salieron en secreto por la noche. Dijeron que durante los últimos 13 días los mexicas no cesaban de atacarlos, aunque los españoles habían tenido pocas bajas, menos de 10, pero como no les llevaban alimento ni agua, ni les permitían adquirirlos o comprarlos, sufrían mucho de hambre y de sed.

Según el extremeño, Motecuhzoma temía su enojo creyendo que iba contra su ciudad con deseos de hacer daño; le rogaba olvidar su ira, ya que a él le había pesado mucho todo lo sucedido, no fue por órdenes suyas, y lo esperaría para aposentarlo como antes lo estaba. Cortés dio por respuesta que no estaba enojado con él, bien sabía de su buena voluntad, ya hablarían en México.

De acuerdo con los Memoriales de Ojeda, consultados por Cervantes de Salazar, Cortés permaneció en Texcoco cuatro días. Andrés de Tapia dice que Cortés, estando a cuatro leguas de Tenochtitlan, lo envió por delante a decirle a Motecuhzoma que estaba muy cerca y a rogarle que estuviese tan alegre y bien dispuesto hacia él como siempre, pues no traía enojo alguno, y que le saliera a recibir, pues venían con gran regocijo.[4]

La estancia en Texcoco está marcada por el enigma, se dice que no había nadie al mando; sin embargo, se supone que Cortés había impuesto como tlatoani de Acolhuacan a Cuicuízcatl, pero éste brilla por su ausencia; hay quien dice que estaba como señor Cohuanacotzin, pero Bernal dice que se encontraba preso en Tenochtitlan; otros aseguran que partió a la capital mexica una vez iniciado el ataque contra Alvarado.

Cortés narra que al día siguiente, vísperas de San Juan Bautista (sería el 23 de junio), partieron de "Tesnacan", pernoctaron a tres leguas y el día siguiente, tras oír misa, entró a la capital mexica casi a mediodía; había poca gente, llegaron a la fortaleza "en la cual, y en la mezquita mayor que estaba junto a ella se aposentó toda mi gente", con mucho placer estuvieron ese día y noche creyendo que todo estaba pacífico.

López de Gómara asevera que iban acompañados por "gran muchedumbre de los amigos de Tlaxcallan, Huexocinco y Cholollа". Fray Francisco de Aguilar narra que varios de

[4] En el Juicio de Residencia de Cortés, DC, II, p. 353.

los hombres de confianza de Cortés intentaron persuadirle de ser más sensato y permanecer en tierra firme, cercanos a la laguna, la capital mexica era una trampa mortal, de donde les sería difícil salir si los atacaban. Alvarado y los suyos podrían intentar una salida desesperada, auxiliados a lo largo de la calzada por los de Cortés, y reunirse con ellos en tierra firme o salir de la ciudad al amparo de una tregua con los mexicas, pues al parecer habían cesado de atacar el palacio. Era buen consejo, y de haberlo seguido tal vez habría evitado el gran descalabro que sufrieron. Pero Cortés estaba cegado por la soberbia causada por su fácil triunfo sobre Narváez y por el gran número de hombres con que regresaba, creyendo que al ver tal fuerza los mexicas entrarían en razón, desconociendo la belicosidad y obstinación de que podían ser capaces los aparentemente dóciles súbditos de Motecuhzoma.

Tras oír misa el ejército se puso en marcha por vía del Tepeyac, todo estaba desierto. Cervantes comenta que se toparon con un gran montón de tortillas y más de 500 guajolotes atados, lo que les pareció mala señal. Cortés trató de disipar el malestar ordenando que tocaran el tambor y el pífano, bromeando que si los indígenas se ocultaban era por el temor y por la vergüenza que tenían de haberse enfrentado a los españoles.

Hacia el mediodía del 24 de junio entraron a México por la calzada de Tepeyac. Iban en gran orden, la caballería abría la marcha, galopaba hacia adelante y hacia atrás por la calzada para asegurar el paso de la infantería que seguía a paso más lento. Dispararon muchos tiros con estruendosa alegría, pues "habían acabado, y hecho una hazaña y obra tan grande, más que de romanos, iban todos muy soberbios", por lo que Dios los castigó, sentencia el cronista.[5]

[5] El *Códice Ramírez*, p. 199, dice que Cortés entró por la fuerza de las armas a Tenochtitlan, auxiliado por don Fernando (Ixtlilxóchitl), quien

Hubo un pequeño incidente: al pasar por uno de los puentes, al caballo de un tal Solís Casquete se le metió una pata en el hueco existente entre dos vigas y se la quebró, quedando colgado. Solís cayó al agua. Varios soldados, sobre todo el extraño Botello, lo tuvieron por mal agüero, aunque Cortés intentó demostrar que era una buena señal.

El silencio era absoluto e inquietante, los mexicas parecían haberse esfumado; algunos puentes estaban quitados, al igual que los maderos que permitían pasar sobre las acequias de unas casas a otras. Había unos pocos habitantes sentados a las puertas de sus casas, haciéndoles señas amenazadoras.[6]

Entraron al corazón de la ciudad y siguieron hasta el palacio de Axayácatl. Cervantes cuenta que encontraron las puertas cerradas y vieron a muchos españoles sobre los muros. Al golpear Cortés la puerta principal

> desde el muro respondió Pedro de Alvarado: "¿Quién llama y qué quiere?". Replicó Cortés: "Llama Hernando Cortés, vuestro capitán, que quiere entrar". Entonces Pedro de Alvarado le dijo: "Señor, ¿viene vuestra Merced con la libertad que salió de aquí y con el mando y señorío que sobre nosotros tenía?". Diciendo Cortés que sí y, loado Dios, con más pujanza

---

se le había reunido con sus tropas al amanecer, y con ellas atacó por la parte de San Antón, donde había muchas fortalezas y acequias hondas; los mexicas se fueron retirando hacia su ciudad y los acolhuas repararon los puentes a lo largo de tres días. Cortés penetró hasta el palacio de Axayácatl, tras lo cual don Fernando se retiró a San Antón.

6 Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, II, p. 65, afirma que el ejército español entró a México el 21 de junio, y que junto con los de Alvarado sumaban unos 9 000 hombres, número que seguramente incluye a los aliados nativos.

e mayor victoria, con grande alegría los que dentro estaban le abrieron la puerta.[7]

Durante dos horas todo fue abrazos y felicitaciones entre los que se habían quedado y los que llegaban. Los de Narváez encontraron muchos conocidos y amigos. Después se empezó a adjudicar alojamientos a los recién llegados; como eran tantos no cupieron en el palacio y tuvieron que ocupar las instalaciones del recinto del Templo Mayor.[8] El *Códice Florentino* narra que, al entrar Cortés al gran palacio, hizo estallar las trompetas-de-fuego, entonces los mexicas salieron a resistir, a guerrear.[9]

Según López de Gómara y Bernal Díaz, Motecuhzoma salió a recibir a Cortés al patio del palacio, lo felicitó por su victoria y se disculpó por los actos bélicos de sus súbditos. Con gesto adusto el extremeño se negó a escucharlo y ambos fueron a sus respectivos aposentos, el tlatoani muy triste y pensativo. Cervantes narra que al poco rato fray Bartolomé de Olmedo fue a visitarlo; el monarca quiso saber si Cortés estaba irritado, el fraile le aseguro que no, Cortés tan sólo venía muy cansado. Sin embargo, el capitán siguió negándose a verle. Andrés de Tapia, por el contrario, declara que Motecuhzoma salió a una azotea a ver la entrada de Cortés, y que él mismo fue testigo de cómo Cortés le habló bien y le animó mucho.[10]

7 Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* cap. XCVIII.

8 Hay quien opina que tal cosa, aunque declarada por Cervantes y por Bernal, no es factible, por quedar los españoles en una situación muy expuesta. Orozco y Berra dice que se alojaron no en el Templo Mayor, sino en el vecino templo de Tezcatlipoca.

9 G. Baudot y T. Todorov, "Códice Florentino", lib. XII, cap. XXI.

10 Juicio de Residencia de Cortés, DC, II, p. 353. Juan Cano le comentó a Fernández de Oviedo que al regresar Cortés se le hizo un gran reci-

Vázquez de Tapia declaró, en el juicio de residencia de Cortés, que cuando el extremeño llegó no quiso castigar a Alvarado, antes "mostró estar enojado con el dicho Motunzuma";[11] aunque seguramente lamentaría su decisión de dejar al Tonatiuh en un cargo tan delicado, pues si bien su fidelidad y valor estaban probados, su juicio dejaba mucho que desear.

Cortés no perdió tiempo y empezó a informarse lo más detalladamente que pudo sobre las causas del levantamiento mexica, inquiriéndolo primero de los hombres de Alvarado, a los que mandó reunir.

Las versiones que podemos consultar en los escritos y las crónicas difieren sobre el curso de los acontecimientos, así como sobre las causas del estallido; como dice Solís, "hallamos en este punto la misma variedad en que otras veces ha tropezado el curso de la pluma". Fue uno de los sucesos más importantes de la conquista, le dio un gran viraje, por lo que será necesario, con el consiguiente riesgo de sobrecargar el texto, ofrecer los distintos puntos de vista.

Cortés, en su Segunda carta, no ofrece al emperador explicación alguna sobre el levantamiento ni sobre su causa. En los descargos de defensa de su juicio de residencia afirma que los mexicas se rebelaron debido a las maquinaciones de Narváez, así como "por el pacto e confederación que con el dicho Montezuma había fecho", lo cual es sumamente dudoso, y que Alvarado resistió todo lo que pudo, manteniéndose en el palacio de Axayácatl hasta que llegó a socorrerle.[12]

López de Gómara, Bernal Díaz y Cervantes de Salazar más o menos concuerdan en los motivos que Pedro de Alvarado y sus hombres expusieron a Cortés: unos decían que los

---

bimiento y dieron de comer abundantemente a todos los españoles, véase *Historia general y natural de las Indias*, vol. V, lib. XXXIII, cap. LIV.

11 DC, II, pp. 34-35.

12 *Ibid.*, pp. 158-159.

indígenas se rebelaron debido a lo que Narváez había mandado decir a Motecuhzoma; otros, que lo hicieron porque querían que se fueran los españoles, pues ya tenían navíos en que irse, y al atacarlos les gritaban: "Idos, idos de aquí", pues Cortés había prometido hacerlo en cuanto tuvieran naves, pero en vez de irse llegaban más; por ello decidieron matar a los que estaban en la ciudad y liberar a su soberano antes de que los otros españoles entraran a México, después caerían sobre los demás; les daba ánimo creer que Cortés sería vencido por los recién llegados (¿y cómo iban a saber que Narváez venía en su contra?). Otros dijeron que se habían rebelado para liberar a Motecuhzoma, pues les decían: "Soltad a nuestro dios y rey si no queréis ser muertos". Otros más, que fue con el fin de recuperar las riquezas que les habían tomado, pues también les decían: "Aquí dejaréis el oro que nos habéis cogido", o porque ya no querían que los tlaxcaltecas y otros de sus enemigos mortales permanecieran en su ciudad. Muchos opinaron que el origen de la revuelta fue haberles derribado sus ídolos, y que el diablo les había ordenado matar a los sacrílegos.

Sin embargo, todos estaban de acuerdo sobre la causa principal: una matanza perpetrada por Alvarado en una fiesta religiosa mexica, aunque sobre el motivo las opiniones difieren.

Según algunos, los españoles, por curiosidad, fueron a ver las danzas de la celebración, que eran muy elogiadas y famosas, y al contemplar a los mexicas ataviados con tantas riquezas se llenaron de codicia. Fernández de Oviedo reporta un diálogo que sostuvo con el conquistador Juan Cano, el cronista le pidió que le aclarase las causas del alzamiento indígena, pues había oído decir muchas cosas diversas. Juan Cano respondió que eso era algo

> en que pocos de los que hay en la tierra sabrán dar razón, aunque ello fue muy notorio, e muy manifiesta la sinrazón que a los indios se les hizo; e de allí tomaron tanto odio con los cristianos, que no fiaron más de ellos, e se siguieron cuantos males hubo después, e la rebelión de México,[13]

que la causa fue la codicia de Alvarado, por lo que "viendo muertos e robados aquellos sobre seguro, e sin haber merecido que tal crueldad en ellos se hubiese hecho, se alzaron [...] y con mucha razón que tenían para ello".

Ginés de Sepúlveda sostiene que la causa fue la codicia:

> El motivo de la rebelión fue una intolerable injusticia contra los notables de la ciudad cometido por los españoles debido a su gran osadía y avaricia [...] se apoderó de ellos una codicia criminal. Y tanta tristeza e indignación se apoderó de los habitantes que pensaron que era preferible la muerte a la esclavitud y deshonra.[14]

Bernal Díaz no está de acuerdo, afirma que no creía que la codicia fue lo que impulsó a los españoles, ni nunca lo había escuchado, sólo el obispo Las Casas lo decía, del mismo modo que afirmaba muchas cosas que nunca pasaron. Sin embargo, estas líneas fueron tachadas en el original.

Juan Álvarez, que fue testigo presencial, declaró que los indígenas se juntaron a hacer su fiesta, él fue al mercado, supuestamente "a ver si alguna gente andaba faciendo mal a los indios"; al regresar le preguntaron dónde había estado, pues habían "pringado al infante", Álvarez lo vio con grillos

13 Fernández de Oviedo, *op. cit.*, cap. LIV.
14 Juan Ginés de Sepúlveda, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. VI.

(debe de referirse a Motecuhzoma); fue por eso, dice, que se levantaron en contra de Alvarado.[15]

En el Informe de Diego Velázquez de 1521 sólo se dice que, al juntarse los nativos a hacer su fiesta, Alvarado salió del palacio y mató a 600 principales y a cinco o seis mil mexicas, que éstos se alteraron y se alzaron ante el mal trato y muchas injusticias hechas por Cortés y los suyos, pues hasta les cortaban las narices, los pies, las manos y otros miembros; y que Alvarado a un nativo "que se llamaba el infante lo quemó con tea e con la resina que della caía".[16]

Otra versión es que Alvarado y los suyos fueron avisados de que la celebración del festival era sólo un pretexto para iniciar la rebelión, de la que ya había indicios desde antes. El mismo Alvarado declaró, en su juicio de residencia, que era público y notorio que desde que entraron a Tenochtitlan "los indios los querían matar". Cuando Cortés fue contra Narváez quedaron tan pocos en la ciudad que los nativos perseveraron en ese propósito y la fiesta no era más que un pretexto para justificar el alzamiento, que ya no les llevaban de comer y daban de palos a los indígenas que les servían.[17] Alvarado afirma que vio a los mexicas realizar sacrificios humanos, que una vez les quitó a un prisionero que estaban a punto de matar y por medio de él se informó que tenían planeado quitar la imagen de la Virgen del Templo Mayor y remplazarla por la de Huitzilopochtli; había muchos guerreros preparados por si los españoles trataban de impedirlo. Cuando pidió a Motecuhzoma que lo prohibiera, el tlatoani respondió que no podía ha-

15 Información de Diego Velázquez de 1521, DC, I, pp. 207-208.

16 *Ibid.*, p. 174.

17 Una indígena de servicio fue hallada ahorcada, según declaración de Guillén de Laso en el Juicio de Residencia de Alvarado, 118, en el que Nuño Pinto dijo haber visto el cuerpo de la mujer tirado en un canal, así como Andrés de Rodas, 113, y el propio Alvarado, 64; aunque fray Martín Carpintero sostiene que sólo fue aporreada, 143 [807]

cerlo. Un nativo de Texcoco, al que llama don Hernando (debe de tratarse de Ixtlilxóchitl), también le informó de los planes mexicas; Alvarado asevera que hasta el mismo soberano tenía una porra doraba oculta bajo su cama. De acuerdo con su declaración, acudió al templo a fin de impedir la suplantación de la imagen de la Virgen, pues ya los mexicas empezaban a subir la estatua de su dios; y cuando los amonestó arremetieron contra los españoles, muriendo un español en la lucha, pero no dice nada sobre la matanza de los nobles.[18]

Bernal relata que Pedro de Alvarado decía que un sacerdote, dos principales y otros mexicas le habían comunicado que al término de la celebración los atacarían para liberar a su señor y porque Huitzilopochtli se los había ordenado, que fue por ello que el capitán decidió golpear primero por sorpresa, a fin de infundirles temor y de ganar tiempo, pues afirmaba que quien acomete vence.

Juan Álvarez proporciona nueva información. Dice que los españoles fueron a donde estaban los dioses, los mexicas danzaban; entre los dioses "estaba uno que se llama Uchilobos, el mayor de todos sus dioses"; su imagen hecha de maíz molido, que dice era amasado con sangre y corazones humanos, llevaba en las manos las armas que usan: una flecha y escudo, como si fuese a la guerra, y un indígena estaba amarrado a sus espaldas; de igual manera, adelante había otro ídolo con otro nativo. Al ver esto, Alvarado y los suyos creyeron que iban a ser atacados, por lo que tomaron a los dos indígenas

[18] José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, p. 265; Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, pp. 357-358. Alvarado también declaró haber visto cómo habían erigido en el patio del templo unos postes sospechosos y otro en la cima de la pirámide; al inquirir cuál era su finalidad dijeron públicamente que ensartarían las cabezas de sus soldados en los postes de abajo y la de Alvarado en el superior. El clérigo Juan Díaz, Nuño Pinto, Álvaro López y Andrés de Rodas confirmaron esta declaración, Juicio de Residencia de Alvarado, pp. 134, 130, 113 [807].

atados con la soga que iban a ser sacrificados, contraviniendo la expresa prohibición de Cortés. Muy molesto, Alvarado ordenó llevarlos al palacio de Axayácatl, donde los interrogaron y torturaron, pues no querían hablar; al parecer uno murió sin decir nada, pero los otros confesaron[19] que al acabar la festividad, que duraba 20 días, los mexicas atacarían a los españoles. Por ello Francisco Álvarez, procurador, requirió a Alvarado para atacar primero.[20]

A decir de Vázquez de Tapia (quien había permanecido con Alvarado en México-Tenochtitlan), en una declaración del juicio de residencia de Cortés (lo mismo asevera Alva Ixtlilxóchitl), poco antes de partir a la costa el extremeño otorgó licencia a Motecuhzoma de celebrar las festividades de Tóxcatl. El tlatoani la solicitó para evitar posibles sospechas de que sus súbditos se reunirían con el propósito de atacarlos. Cortés le dijo que hicieran lo que quisieran, estaban en su patria, y que se alegrasen, él también se alegraba mucho, aunque les impuso como condición no realizar sacrificios humanos ni acudir armados. Al aproximarse la fecha Motecuhzoma renovó el permiso con Pedro de Alva-

[19] Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista…*, vol. IV, p. 356, y A. Chavero, *México a través de los siglos*, vol. II, p. 412, escriben que dos de los presos eran jóvenes familiares de Motecuhzoma. Vázquez de Tapia declaró en el proceso de Alvarado que a un prisionero lo torturaron con brasas sobre el vientre, murió sin decir nada y lo arrojaron desde el techo, y que les traducía: "una lengua, que se decía Francisco, indio natural de Guatasta (Cuetlaxtlan), que se llevó desta tierra cuando vino Grijalva que dezía lo quel mismo (Alvarado) quería que dixese quera desta manera, que le dezían, di Francisco, dizen que nos han de dar guerra de aquí a diez días, e que no respondía otra cosa, syno sy señor".

[20] Información de Diego Velázquez de 1521, DC, I, pp. 207-208. Hugh Thomas, *La conquista de México*, p. 429, declara, con sus datos estrafalarios, que los torturaron poniéndoles en el estómago "troncos de árboles de hojas perennes al rojo vivo"

rado, pues Cortés ya había partido, se lo volvió a otorgar con las mismas restricciones.

Cervantes ofrece un comentario interesante: reporta que algunos afirmaban que fueron los tlaxcaltecas quienes predispusieron a Alvarado contra los mexicas; aunque más adelante añade que, según se supo después, muchas mujeres mexicas, de las que los españoles tenían de servicio, la mañana del día de la celebración pusieron "infinita cantidad de ollas con agua al fuego, para comer a los españoles cocidos en chile", y las mujeres confesaron que los mexicas habían escondido armas en las casas cercanas al templo.

Alva Ixtlilxóchitl, en su *Sumaria relación*, apoya la primera versión. Relata que, según las crónicas que seguía, fueron los tlaxcaltecas quienes mintieron a Alvarado al asegurarle que los mexicas planeaban atacarlos durante la fiesta. Los tlaxcaltecas, que hasta el momento no habían podido cumplir sus ansias de ajustar cuentas, sin duda consideraban que esa podía ser una inmejorable oportunidad de vengarse, saqueando de paso a los mexicas, pues toda la nobleza estaría reunida y desarmada, llevando sus mejores vestiduras y joyas. Se acordaban también de cómo los mexicas acostumbraban sacrificar a muchos de sus compatriotas en ese festival de Tóxcatl.[21]

Fernández de Oviedo narra que existía una conjura mexicas en la que tenían decidido matar a los españoles de Alvarado, con o sin la participación de Motecuhzoma, para caer después contra los restantes. Afirma que Alvarado tuvo un "sentimiento de la alteración", y que vio cómo iban armados a libertar a su señor, lo cual trató de impedir.

Fray Juan de Torquemada es partidario de la conjura. Asevera que tenía en su poder dos historias, una en náhuatl,

21 Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, t. I, p. 389 y vol. II cap. LXXXVIII.

compuesta por un indígena que afirmaba haber sido testigo presencial; y la otra, también en náhuatl, traducida al español por fray Bernardino de Sahagún. La codicia española aparece como la causa principal de la matanza, aunque el fraile escribe que sobre el origen el cronista indígena "no la supo ni la averiguo", y que Sahagún tradujo sin reflexionar en sus palabras. Según el fraile, la conjura fue instigada en gran parte por los sacerdotes, que presionaban a los nobles a vengar las afrentas a sus dioses y a su soberano. A los pocos días de la partida de Cortés, Alvarado y los suyos empezaron a notar que los nativos no les mostraban el respeto y la veneración acostumbrada, por lo que, considerando esas y otras muchas acciones sospechosas, les pareció que algo traían entre manos. Alvarado ordenó a sus hombres mantenerse en alerta para cualquier eventualidad, y que cada quien intentara obtener información de los indígenas de confianza o de quien pudiera. Llegaron a la conclusión de que los mexicas tenían decidido atacarlos y matarlos, o sacrificarlos, si es que los tomaban vivos. Su plan consistía en pedir licencia a Alvarado para celebrar su gran fiesta del mes de Tóxcatl, invitar a los españoles a observarla, y caer sobre ellos cuando estuvieran más divertidos y distraídos.

Como Alvarado no tenía indicios de que Motecuhzoma participara en la conjura, continúa narrando Torquemada, ni quería decirle lo que tenían averiguado, reunió en consejo a sus hombres de confianza y acordaron dejar pasar el tiempo y redoblar la vigilancia sobre el tlatoani, hasta saber la fecha en que planeaban atacarlos.

Los mexicas habían escondido muchas armas en el Templo Mayor y en las casas cercanas hasta tenían previsto que las mujeres preparasen ollas "de su brebaje" para cocinar a los españoles y comérselos. Al parecer solamente los líderes estaban enterados de la conjura (¿y las mujeres?), estaban seguros de que el resto los seguiría, pues eran los nobles y

sacerdotes principales. Al llegar el día señalado pidieron a Alvarado acudir al templo con sus castellanos, para darle más relieve a la fiesta. Los españoles iban preparados y sobrevino la matanza.

Antonio de Solís es partidario de esta versión; refiere que algunos atribuyeron el alzamiento a la influencia de los sacerdotes, lo cual le parecía probable, aunque:

> Los escritores forasteros se apartan más de lo verosímil, poniendo el origen y los motivos de aquella turbación entre las atrocidades con que procuran desacreditar a los españoles en la conquista de las Indias; y lo peor es que apoyan su malignidad citando al padre fray Bartolomé de las Casas o Casas, que fue después obispo de Chiapa, cuyas palabras copian y traducen, dándonos con el argumento de autor nuestro y testigo calificado.[22]

En opinión de Solís, el punto de vista de Las Casas es: "Notable despropósito de acción, en que hace falta lo congruente y lo posible [...] cuidó menos de la verdad que de la ponderación. Los más de nuestros escritores le convencen de mal informado en esta y otras enormidades que dejó escritas contra los españoles". Siguiendo muy de cerca lo escrito por Torquemada, afirma que la verdad era la que narraba ese cronista pero, como los de Alvarado despojaron de sus joyas a los muertos y heridos al pueblo le pareció injusta la matanza, ignorando la conjura de sus dirigentes, atribuyendo la masacre a la codicia de los extranjeros. Alvarado tampoco les ofreció explicación alguna, por ello tomaron las armas.

[22] Antonio de Solís Rivadeneira, *Historia de la conquista de México*, lib. IV., cap. XII.

A Francisco Javier Clavijero no le parecía creíble que la danza del día principal de Tóxcatl se efectuase en el atrio del Templo Mayor, a pesar de lo que decían los cronistas, pues la grandísima multitud que asistiría a ella no hubiera permitido la matanza, sobre todo encontrándose tan próximas las armerías, ni Alvarado tomaría tal riesgo. Aduce que Cortés y Bernal no mencionan el sitio donde sucedió, que debió de ser el patio del palacio de Axayácatl, visto que los españoles no permitían que Motecuhzoma saliera de él y que su presencia era parte del ritual. Opina que se ignoran las causas que motivaron a los españoles a realizar el acto que califica de temerario y cruel; aunque, como más tarde sostendría Prescott, hablar de su codicia como único móvil tampoco era creíble, siendo mucho más probable el de la conjura; más bien le parecía que fueron los tlaxcaltecas los que convencieron a Alvarado de un complot inexistente.

Orozco y Berra, así como Alfredo Chavero, optan por esta posibilidad como la más probable.[23] De igual manera, Carlos Pereyra escribe que, aunque no es posible conocer qué fue lo que pensó Alvarado, cabe suponer que sus recelos aumentaban, y no siendo capaz de realizar una investigación adecuada quiso prevenir un levantamiento; careciendo de originalidad actuó como supuso lo hubiera hecho Cortés, recordando los sucesos parecidos de la matanza de Cholula.[24]

Tóxcatl era el quinto mes del calendario mexica durante el que se celebraban ceremonias y festejos dedicados a Tezcatlipoca, y además la de Huitzilopochtli era la fiesta princi-

[23] Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista…*, vol. IV, pp. 354-355, citando la "Decimatercia relación" de Alva Ixtlilxóchitl, escribe que algunos principales mexicas pidieron licencia a Alvarado para poner la imagen de Huitzilopochtli en su santuario y que aquél se negó presa del enojo. No he logrado encontrar tal referencia.

[24] Carlos Pereyra, *Hernán Cortés*, p. 112.

pal del año. Realizada en pleno mes de sequía es indudable que uno de sus propósitos primordiales fuera el de implorar que lloviera.

Aprovechando la oportunidad, me parece adecuado dar una breve descripción de las ceremonias de Tóxcatl, ya que dan una buena imagen de las celebraciones religiosas que realizaban los mexicas a lo largo de todo el año y en cada uno de sus meses.

En la víspera, unos 10 días antes, se presentaban los principales al santuario, entregaban a los sacerdotes encargados las nuevas vestiduras, insignias y ornamentos propios de la divinidad, mientras que las anteriores eran colocadas con mucha reverencia en unas petacas que se guardaban ahí mismo. Tras vestir al ídolo con los ornamentos nuevos quitaban los velos que cubrían la puerta de la capilla, para que todos lo vieran. En esos momentos, en lo alto de la gran pirámide, un sacerdote, vestido como el dios, con flores en una mano y en la otra una pequeña flauta que emitía un sonido muy agudo, al tocarla encaraba uno a uno los cuatro puntos cardinales. Los nativos tomaban tierra con el dedo, se postraban en el suelo y lloraban, llamando al viento y a la oscuridad de la noche, rogando no ser desamparados.

Los delincuentes hacían penitencia, ofrecían al dios incienso y se sangraban; sollozando de arrepentimiento clamaban el perdón divino. Los nobles y guerreros pedían al dios de lo creado, al dador de la vida, al sol, a Quetzalcóatl, a Tezcatlipoca, a Huitzilopochtli y a Cihuacóatl (sus principales deidades), la victoria y la fuerza para poder capturar muchos prisioneros en la guerra.

Era una celebración que conllevaba pocos sacrificios humanos. El principal consistía en el de un joven prisionero; elegido con un año de anticipación ponían especial cuidado en que fuera el más hábil y que no tuviera ninguna imperfección corporal. El huey tlatoani se encargaba de vestirlo a semejan-

za del dios al que debía representar. Le teñían el cuerpo y la cara, le colocaban en la cabeza plumas blancas de guajolote y una guirnalda de flores; el joven llevaba el cabello largo hasta la cintura; enseguida le ponían otras dos guirnaldas de flores, una a cada lado del cuerpo, del hombro a la axila. En las orejas llevaba aretes de oro, al cuello un collar de piedras preciosas, mientras que un joyel adornado con una piedra blanca le colgaba del pecho; bajo la barbilla tenía una especie de barbote largo, hecho de caracol marino, y sobre la espalda una pequeña bolsa, cuadrada y blanca, como de un palmo, adornada con borlas y flecos. En ambos brazos, por encima de los codos, le ponían ajorcas de oro, y en las muñecas y antebrazos tantas pulseras de piedras preciosas que se los cubrían casi hasta el codo. Iba cubierto por una manta rica, a manera de red, con flecos en los lados, y por un taparrabo, o *maxtlatl*, del que colgaban ricos bordados casi hasta las rodillas. En las piernas llevaba cintas con cascabeles de oro, que resonaban a su paso, y en los pies unas sandalias pintadas.

Durante todo un año el joven era visto como la encarnación misma de la divinidad, y alojado como tal en uno de los mejores aposentos del templo, al que todos los señores y principales iban a reverenciarlo y servirlo. Se le instruía en el manejo de la flauta, en las maneras cortesanas, el buen uso del tabaco y de las flores, en la música, el canto, la poesía y la retórica. Circulaba libremente por la ciudad, acompañado por otro joven elegido, al que llamaban *Ixteocale* o *Tlacauepan*, aunque éste no era adorado de la misma manera, y por un séquito de ocho pajes, vestidos con la librea del palacio; todos llevaban flores en las manos, las que de cuando en cuando se llevaban a la nariz para aspirar su perfume. A su paso el joven tocaba su flauta; al escucharla, las mujeres salían de sus casas, con sus hijos en brazos, a los que le presentaban, reverenciándole. Si lo encontraban en su camino

se postraban ante él, "tomando tierra", mientras el joven les hablaba con palabras muy corteses.

Durán relata que con el elegido iban 12 hombres de guardia, para impedir que huyera; si lo hacía, el guardia responsable tomaba su lugar. Añade que por la noche metían al joven en una jaula de madera para evitar que se fugara.

Veinte días antes de la fecha del sacrificio cambiaban su indumentaria ritual por otra, al tiempo que lavaban el tinte de su cuerpo y cara y le cortaban el pelo a la manera de los capitanes, atándoselo como un chongo sobre la coronilla con una cinta de la que pendían dos borlas con plumas y adornos de oro. Le entregaban para su deleite a cuatro hermosas y jóvenes doncellas, educadas con ese fin, a las que ponían los nombres de cuatro diosas: Xochiquétzal, Xilonen, Atlatonan y Uixtocíhuatl. Cinco días antes del sacrificio se celebraban fiestas y banquetes en los diferentes barrios, a los que el joven acudía acompañado por muchos nobles; si engordaba le daban de beber agua con sal para hacerle bajar de peso.

Al término del cuarto día lo llevaban a Tepepulco, a bordo de una canoa real cubierta por un rico toldo; lo acompañaban sus doncellas, consolándolo. Al llegar desembarcaba, seguido tan sólo por sus ocho pajes, mientras sus mujeres y sus muchos acompañantes regresaban a la ciudad. Enseguida era conducido a una pequeña pirámide a orillas del camino, situada en despoblado, a una legua de la ciudad. Subía lentamente las gradas y en cada una de ellas hacía pedazos una de las flautas que utilizó durante el año. Al llegar a la cima era colocado sobre la piedra de los sacrificios, los sacerdotes le sujetaban la cabeza, las piernas y los brazos, y el oficiante le extraía el corazón, elevándolo hacia el cielo con el brazo extendido, ofreciéndolo al sol. El cuerpo del sacrificado no era arrojado escalones abajo, como solía hacerse con otros, sino que cuatro personas lo bajaban en brazos;

una vez en el suelo le cortaban la cabeza y la encajaban en el *tzompantli*. Entonces se escogía un nuevo prisionero que sirviese como encarnación del dios para el siguiente periodo de un año.

Es posible que este sacrificio ritual se llevara a cabo a pesar de la expresa prohibición de los españoles, puesto que de acuerdo con Sahagún se realizaba en las afueras de la ciudad.

La otra ceremonia principal de Tóxcatl consistía en la confección de una imagen de Huitzilopochtli (Durán afirma que de Tezcatlipoca), de la altura de un hombre, modelada con una masa llamada *tzoalli*, con la que recubrían una armazón de madera, que luego era vestida con los atavíos propios del dios. El *Códice Florentino* lo describe de inmejorable manera, desafortunadamente el espacio me impide citarlo,[25] sólo cabe sintetizar la ceremonia.

La estatua de masa de Huitzilopochtli era llevada en andas, cargada por muchos sacerdotes teñidos de negro; otros iban en procesión tras ella, cantando los himnos del dios. Por delante los jóvenes danzaban y dos sacerdotes incensaban la imagen, orientando el humo en dirección al dios y al sol, pidiendo que sus súplicas subieran hasta ellos como lo hacía el humo oloroso del incienso. Todo el muro del patio, el *Xoatepantli*, en forma de serpientes, estaba enramado y lleno de flores. En el centro del patio los espectadores permanecían en gran silencio mientras se azotaban la espalda hasta sangrar con unas sogas de henequén. Finalmente, al atardecer, la imagen era llevaba a la cima de la pirámide principal. La estatua del dios era jalada por medio de cuerdas, y en la cúspide la colocaban en su sitio.

Al amanecer del día siguiente todos los habitantes ofrendaban incienso de copal y comida a Huitzilopochtli en sus altares domésticos, así como incienso y codornices ante la

[25] G. Baudot y T. Todorov, *op. cit.*, cap. XIX.

estatua de la gran pirámide. El huey tlatoani iniciaba las ofrendas descabezando codornices con las manos y asperjando la imagen del dios con la sangre, más tarde eran asadas y comidas.

Las jóvenes mexicas se embellecían, vestidas con enaguas y huipiles nuevos; se ponían color en las mejillas, plumas coloradas en los brazos y en las piernas, y sartas de maíz tostado en el cabello y cuello, como palomitas, que semejaban flores muy blancas; danzaban alrededor de un fogón, guiadas por dos hombres con el rostro teñido que bailaban como mujeres. Los sacerdotes también danzaban, en la cabeza llevaban plumas blancas de guajolote, la cara teñida de negro, los labios y parte de la cara enmielados, de tal modo que brillaban con la luz. En las manos llevaban cetros de palma pintados con rayas negras, al danzar tocaban el suelo con los cetros, como si se apoyaran.

Los nobles y guerreros danzaban trabados de las manos y culebreando; las doncellas danzaban entre ellos. Si alguno les hablaba o las miraba deshonestamente era castigado de inmediato por los encargados de ello.[26] Las danzas duraban todo el día. En éstas participaba el joven llamado *tlacauepan*, que en los bailes de los plebeyos iba al frente. Llegado el día señalado se entregaba voluntariamente en manos de sus sacrificadores, quienes le sacaban el corazón, le cortaban la cabeza y la encajaban en el *tzompantli*, junto a la de su joven compañero, encarnación del dios y anteriormente sacrificado. Durante ese día los sacerdotes hacían unos cortes, con sus cuchillos de obsidiana, en el pecho, estómago, muñecas y brazos de los niños y las niñas mexicas.[27]

[26] Según otra de las ocurrencias de H. Thomas, las mujeres nunca bailaban en público, véase *La conquista de México,* p. 433.

[27] Fray Bernardino de Sahagún, *Historia de las cosas de Nueva España*, vol. I, lib. I, cap. V y lib. II, cap. XXIV; fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. I, caps. IV, V, VIII.

La noche anterior al día principal los españoles escucharon un gran estruendo de instrumentos musicales, tambores, caracolas, silbidos y gritos; había grandes hogueras prendidas en el patio del templo, todo lo cual seguramente los alarmaría, teniendo ya los nervios de punta.

Al día siguiente, cuya fecha es controvertida,[28] acudieron al patio del Templo Mayor cantidad de nobles, sacerdotes y guerreros, cuyo número varía según los diversos autores, yendo desde algunos cientos hasta miles, engalanados con sus mejores atuendos, en la cabeza ricos tocados, y los cuerpos cubiertos de adornos: brazaletes, collares, gemas, perlas y joyas de oro y plata.

El patio del templo estaba cubierto con esteras, en el centro tocaban los músicos. Los nobles empezaron a danzar al son llamado *mazehualiztli*, serpenteando en largas filas, formando círculos concéntricos y cantando sus himnos sagrados. Los cronistas españoles son parcos en describir lo que sucedió enseguida, si es que lo hacen. Bernal le dedica pocas palabras; Cortés, como ya se dijo, no lo menciona, como tampoco lo hacen fray Francisco de Aguilar, ni Vázquez de Tapia en su *Relación de méritos y servicios del*

[28] Sahagún, *op. cit.*, lib. II, cap. V, asevera que la fiesta caía pocos días después de la Pascua, dando las fechas del 23 de abril al 12 de mayo. Durán escribe que la fiesta empezaba el 9 de mayo y terminaba el 19, y en otro sitio dice que caía a 20 de mayo, celebrando el primer día del mes. Alva Ixtlilxóchitl declara que fue el 19 de mayo, y que caía siempre en Pascua de Resurrección, *Obras históricas*, t. I. Según Clavijero fue el 13 de mayo; Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista…*, vol. IV. p. 354, dice que en el año bisiesto de 1520 cayó en el día *matlactli miquiztli*, primero del mes Tóxcatl, o 10 de mayo; para A. Chavero la fiesta caía a 20 de mayo. De acuerdo con B. Cartwright, *Lluvia de dardos*, p. 251, quien cita un artículo inédito de Howard Cline, fue la noche del 21 de mayo. Adrián Recinos, en *Pedro de Alvarado*, dice que el 19 de mayo. *Cfr.* H. Thomas, *La conquista de México*, p. 432, opta por el 16 de mayo.

conquistador (aunque sí en el juicio de residencia de Cortés), ni Muñoz Camargo, ni Illescas.

López de Gómara narra que, reunidos más de 600 principales, aunque algunos decían que sobrepasaban los mil, estando la danza en su apogeo, llegaron Pedro de Alvarado y sus hombres, no se supo si por decisión de Alvarado o por acuerdo de todos. El capitán ordenó que algunos piquetes se colocaran en las puertas del patio, enseguida entró al recinto a la cabeza de un contingente de más de 50 españoles, "y sin duelo ni piedad cristiana, los acuchilló y mató, y quitó lo que tenían encima".

Bernardino Vázquez de Tapia declaró en el juicio de residencia de Cortés que vio cómo Alvarado se dirigió con gente armada a donde los mexicas realizaban su fiesta y comenzó a matarlos, "por lo que a él se le antojó", matando a más de 400 principales; él mismo tuvo que participar, pues debía "obedecer órdenes".[29]

Juan Álvarez declaró que al día siguiente que Alvarado se llevó presos a los que iban a sacrificar, miércoles en la tarde, mientras recogía la comida que les solían dar (aunque otros dicen que ya no les daban de comer), vio salir del patio del templo a muchos indígenas heridos y huyendo, en tanto que los españoles corrían hacia la fortaleza. Alvarado exclamó: "voto a Dios, que hemos dado en estos bellacos, pues quellos nos querían dar, comenzamos nosotros los primeros", y le dijo que dejara la comida y los siguiera, pues acababan de matar a dos o tres mil indígenas, "que de ruin a ruin el que primero acomete, vence".[30]

Fray Bartolomé de las Casas incluyó esta masacre en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*; no deja de ser interesante sintetizar su punto de vista, pues permite atis-

[29] DC, II, pp. 34-35.
[30] Información de Diego Velázquez de 1521, DC, I, pp. 207-208.

bar que a veces el buen fraile distorsionaba ligeramente los hechos para que se adecuasen a su punto de vista, o tal vez no estaba muy bien informado. Asegura que los españoles la perpetraron con la finalidad de acrecentar el temor que les tenían los nativos en toda la tierra. Narra que los nobles y sus súbditos no estaban ocupados en otra cosa que en dar placer a su señor preso, hacían fiestas y danzaban por las tardes en todos los barrios y plazas de la ciudad. En una de esas celebraciones, en la que estaban cerca de 2000 hijos de señores, la flor y nata de la nobleza, acudió el capitán de los españoles con una cuadrilla y envió otras cuadrillas por toda la ciudad, a los sitios donde celebraban estas fiestas, simulando que iban como espectadores, aunque llevaban la orden de que a una hora predeterminada cayesen sobre los celebrantes. Al grito de

> ¡Santiago y a ellos!, comienzan con las espadas desnudas a abrir aquellos cuerpos desnudos y delicados y a derramar aquella generosa sangre, que uno no dejaron a vida; lo mesmo hicieron los otros en las otras plazas.
>
> Vista por los indios cosa tan injusta y crueldad tan nunca vista en tantos inocentes sin culpa perpetrada, se levantaron en armas, negándose a obedecer a Motecuhzoma, hablando de elegir a otro señor.[31]

Afortunadamente contamos con puntos de vista más explícitos, sobre todo el del *Códice Florentino*,[32] según el cual los

[31] Fray Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, pp. 54-56.

[32] Para José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, p. 263, "la narración más realista y patética [...] es del anónimo autor indígena del *Códice Ramírez*", del que, sin embargo, la crítica es casi unánime en que el autor fue un fraile español, Juan de Tovar, aunque basado en fuentes nativas. Mi

españoles querían saber cómo eran las festividades y maravillarse con ellas. Motecuhzoma dio órdenes para su realización. Careciendo de más espacio solamente lo parafrasearé, no sin algunas citas, pues vale la pena.

Las mujeres que habían ayunado durante un año molieron en el patio del templo los granos de amaranto, la yerba espinosa de chicalote. Los españoles, armados, "se paseaban entre ellas, giraban alrededor de ellas, miraban a cada una, examinaban cuidadosamente a las mujeres que molían". Las mujeres empezaron a moldear con la pasta de grano de amaranto el cuerpo de Huitzilopochtli.

El día de la fiesta develaron muy temprano el rostro de la imagen quienes habían hecho votos de ello, y poniéndose en filas le ofrecieron incienso, colocaron por tierra ofrendas, comidas de abstinencia, rollos de granos de amaranto amasados. Estaban ansiosos por impresionar a los españoles con la celebración. "Corren, se apresuran, van hacia el patio del templo para ahí danzar girando mil veces y regirando. Y cuando todos estuvieron reunidos, enseguida, entonces, empezó, pronto empezó el canto y la danza de los mil giros y vueltas". Al frente iban los que habían ayunado un año y los que habían ayunado 20 días, llevaban una falda de red trenzada, un tocado de pluma de garza hendida en el medio y bastones de madera de pino; asustaban mucho, eran temidos y muy respetados, eran los hermanos mayores de Huitzilopochtli. A los que se salían de la fila los amagaban con el bastón; a los que no se reincorporaban, a los que no se comportaban, los golpeaban con su bastón, los tiraban al suelo, los sacaban de las orejas. En primera fila iban los grandes guerreros principales, los que habían realizado grandes hazañas;

---

preferencia se inclina por el *Códice Florentino*, aunque cuasiindígena, es sumamente poético.

pero a los jóvenes, los que llevaban un mechón de pelo por detrás, la cabellera en forma de cántaro, los que con ayuda de otros habían hecho uno o dos prisioneros, a ésos los sacaban de la fila. En plena celebración y cuando todos danzaban y cantaban y "el canto era como un ruido de olas quebradas", llegaron los españoles armados, se colocaron en todas las entradas del patio:

> La Puerta-del-Águila, el costado al pie del palacio, el lado de la Punta-de-la-Caña, y la Puerta-del-Espejo-de-Serpientes. Entraron al patio, venían simplemente a pie, con su escudo de cuero; otros con sus escudos claveteados, y con sus espadas de metal.
>
> Enseguida, entonces, rodearon a los que bailaban; enseguida, entonces, fueron allá donde estaban los tambores; enseguida, golpearon las manos del que tocaba el tambor, vinieron a cortar las palmas de sus manos, las dos; enseguida, le cortaron el cuello, y su cuello cayó a lo lejos. Enseguida, entonces, todos atacaron a las gentes con las lanzas de metal, y los golpearon con sus espadas de metal. Algunos fueron cortados a tajos por detrás y enseguida sus tripas se dispersaron. A algunos les partieron la cabeza en pedazos, les molieron la cabeza, redujeron a polvo su cabeza. Y a otros los golpearon en los hombros, vinieron a agujerearlos, vinieron a partir sus cuerpos. A otros los golpearon repetidas veces en las corvas; a otros los golpearon repetidas veces en los muslos; a otros les rajaron el vientre, y enseguida todas sus tripas se dispersaron.
>
> Y entonces, era en vano correr. No se hacía más que caminar a gatas arrastrando las entrañas; era como si con ellas se enredaran los pies cuando se quería huir. No se podía ir a ningún lado. Y a algunos que querían salir, iban a golpearlos allá, iban a coserlos a golpes.

Algunos lograron escapar escalando los muros o refugiándose en los aposentos del recinto, otros se metían entre los cadáveres, si los españoles veían que alguno se movía lo remataban.

> Y la sangre de los valientes guerreros corría como si hubiera sido agua, como si se deslizara de todas partes. Y un olor fétido subía de la sangre; y las tripas, era como si se arrastraran.
>
> Y cuando esto se supo, enseguida, entonces, se lanzaron grandes gritos: ¡Oh valientes guerreros! ¡Oh mexicanos!, ¡acudan, que se dispongan las armas, los escudos, las flechas!, ¡vengan! ¡Acudan! ¡He aquí que ya murieron los valientes guerreros! ¡Están muertos, fueron destruidos, fueron aniquilados!, ¡oh mexicanos!, ¡oh valientes guerreros! Enseguida, entonces, la multitud rugió, entonces lloró, se golpeó los labios.[33]

Acometieron a los asesinos, les lanzaron jabalinas, dardos, arpones, flechas, "fue como si una nube muy amarilla de cañas se extendiera sobre los españoles". Los de Alvarado se refugiaron en la fortaleza, efectuando de vez en cuando alguna salida, lanzando sus "flechas de metal, e hicieron disparar las trompetas-de-fuego. Y enseguida pusieron cadenas de metal a Motecuhzoma".[34]

Los *Anales de Tlatelolco* narran algo similar: 20 días después de la partida de Cortés hacia las orillas del agua el Tonatiuh dio órdenes, ataron con cadenas a Motecuhzoma y a Itzcuauhtzin, el tlacochcálcatl de Tlatelolco. Los tlatelolcas vistieron la imagen de Huitzilopochtli con papel, con todos sus atavíos; los mexicas cantaron himnos; esto fue el primer

33 G. Baudot y T. Todorov, *op. cit.*, caps. XIX-XXII.
34 *Idem.*

y segundo día de la fiesta, entonces fue la masacre. Los celebrantes no iban armados:

> Únicamente, todo lo que llevaban sus conchas, sus turquesas, sus ornamentos para los labios, sus collares, sus penachos de plumas de garza, sus patas de venado. Los que tocaban el tamboril, los queridos ancianitos, que tenían sus sonajas de calabaza, sus calabazas de tabaco, a ellos atacaron primero los españoles allá. Les golpearon las manos, les golpearon la cabeza. Enseguida, después, murieron. Todos los que cantaban los himnos, todos los que miraban, murieron ahí. Nos atacaron, nos masacraron durante tres horas, masacraron a las gentes en el patio del templo. Enseguida, entonces, penetraron en el edificio para matar a todo el mundo, a los que llevaban el agua, a los que habían llevado comida para los caballos, a los que molían maíz, a los que barrían la tierra, a los que montaban guardia[35].

Motecuhzoma, que estaba en compañía de Itzcuauhtzin, "regañó a los españoles, les dijo: ¡Oh señores nuestros! ¡Basta! ¿Qué hacen? ¡Las gentes del pueblo son muy desgraciadas! ¿Acaso tienen escudos? ¿Acaso tienen espadas con filo de obsidiana? ¡Estamos totalmente desnudos!"[36]

El *Códice Aubin* sigue de cerca estas relaciones. Narra que Motecuhzoma pidió permiso al mismo Cortés para celebrar las ceremonias 10 días antes de que empezaran, el cual le fue otorgado. Para iniciarse los festejos, estando Cortés ausente, Alvarado dio su visto bueno. Al parecer el tlacatécatl Ecatzin desconfiaba de los españoles y propuso esconder armas, por si acaso les pasaba lo que en Cholula, pero fue

35 G. Baudot y T. Todorov, "Anales históricos de Tlatelolco", p. 188.
36 *Ibid*., pp. 188-189.

disuadido por Motecuhzoma. El códice llama Cuatlazol al joven guerrero con rango de *tolnauacatl* y *tepolchtequiaua* que guiaba a los danzantes.[37]

A decir del *Códice Ramírez* fue Alvarado quien pidió a Motecuhzoma y a los principales efectuar una solemne danza, pues deseaba verla, y éstos obedecieron por darle gusto. Participó la flor de la nobleza ricamente ataviada. Estando muy descuidados y desarmados, "movidos los españoles de no sé qué antojo (o como algunos dicen) por codicia de la riqueza de los atavíos", penetraron en el patio del templo,

> y lo primero que hicieron fue cortar las manos y las cabezas a los tañedores, y luego comenzaron a cortar sin ninguna piedad, en aquella pobre gente cabezas, piernas, brazos, y a desbarrigar sin temor de Dios, unos hendidas las cabezas, otros cortados por medio, otros atravesados y barrenados por los costados; unos caían luego muertos, otros llevaban las tripas arrastrando huyendo hasta caer [...] corrían arroyos de sangre por el patio. Y no contentos con esto los españoles andaban a buscar a los que se subieron al templo y los que se habían escondido entre los muertos, matando a cuantos podían haber a las manos. Estaba el patio con tan gran lodo de intestinos y sangre que era cosa espantosa y de gran lástima ver así tratar la flor de la nobleza mexicana que allí falleció casi toda.[38]

Algunos dijeron que entonces le pusieron grillos a Motecuhzoma. Los mexicas tomaron las armas y obligaron a los españoles a refugiarse en la fortaleza.[39]

37 G. Baudot y T. Todorov, "Códice Aubin", pp. 210-212.
38 G. Baudot y T. Todorov, "Códice Ramirez", fragmentos, p. 198.
39 *Ibid.*, pp. 114-116.

Para fray Diego Durán el alzamiento mexica fue una mentira de Alvarado para justificar lo que tenía pensado hacer: "una atroz y tiránica crueldad". Afirma que Cortés ya estaba de regreso de la costa (lo cual ciertamente es falso), y que aceptó la proposición de Alvarado y de otros, entre ellos los tlaxcaltecas, de matar a todos los señores y principales durante la celebración de Tóxcatl por medio de una traición, "que en buen romance esta historia así la llama, aunque escrita por mano de indio". Cuando los principales, de ocho a diez mil, se reunieron a danzar, Cortés dio a Alvarado la orden de matarlos, "por el ánimo cruel con que deseaba verse ya señor de la tierra, aunque fuese a costa de las vidas de muchos. De lo cual se holgaba mucho, como de él he leído y de sus crueldades". Pecaría de prolijidad seguir su narración detallada de la matanza, sobre todo teniendo en cuenta la falacia de que Cortés estaba presente.[40]

Para Chimalpahin la matanza fue tal que se decía que no había quedado ni uno solo de los guerreros mexicas de alto grado.[41]

Un dato curioso: las fuentes no nombran a ningún principal o sacerdote que haya perecido en esta matanza; por el contrario, se sabe de muchos de alto rango que seguían vivos.

La noticia de la terrible masacre de los señores corrió como reguero de pólvora por la ciudad. Muy pronto los mexicas arremetieron furiosos contra Alvarado y sus hombres, obligándolos a refugiarse en el palacio de Axayácatl, al parecer tras sufrir una baja y muchas heridas. Alvarado, con la cabeza sangrando debido a un golpe, fue a ver a Motecuhzoma y exclamó furioso: "Mira lo que me han hecho tus vasallos", a lo que respondió impávido el monarca: "Si tú no lo comenzaras, mis vasallos no

40 Durán, *op. cit.*, vol. II, cap. LXXV.
41 Chimalpahin, "Tercera relación".

hubieran fecho eso. ¡Oh! cómo os habéis echado a perder, e a mí también".[42]

No es factible saber con exactitud el orden de los sucesos inmediatos, ni los días transcurridos hasta la llegada de Cortés, pues los relatos difieren; va una aproximación.

Al parecer los mexicas se retiraron tras el ataque de ese primer día y se ocuparon en las exequias de sus muertos con gran solemnidad y llanto. El *Códice Florentino* asevera:

> Y sus madres, sus padres sollozaban grandemente, los lloraron: los lloramos. Primero fueron llevados a sus casas, a sus hogares; luego fueron llevados al atrio del templo, los reunieron; ahí incineraron a todos juntos, en un lugar llamado "En-la-Calabaza-del-Águila" [Cuauhxicalco]. Pero a otros simplemente los incineraron en las "casas de los jóvenes" [Telpochcalli].[43]

Al día siguiente quemaron los bergantines de la laguna y atacaron con redoblada furia a los españoles. Sufrieron muchas bajas causadas por la artillería, pero eran tantos y estaban tan decididos que lograron incendiar partes de la fortaleza y socavar los muros de tal manera que la pared principal se derrumbó. Embistieron por el boquete con tanto ímpetu que los de Alvarado se vieron en grandes dificultades para rechazarlos y volver a levantar partes del muro, teniendo que salir del palacio para apartar a los zapadores.

La furia mexica era tan grande que Alvarado, temiendo lo peor, ordenó a Motecuhzoma subir a la azotea y calmar a sus súbditos; fue acompañado de un noble tlatelolca y de varios soldados españoles. Según el *Códice Florentino*

42 En el Juicio de Residencia de Alvarado, Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista...*, vol. IV, p. 358.

43 G. Baudot y T. Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, p. 113.

fue al ponerse el sol que Itzcuauhtzin gritó desde la azotea de la fortaleza; en nombre de Motecuhzoma pidió a los mexicas deponer las armas para evitar una matanza general, "¡Porque le han encerrado en cadenas de metal, le han puesto cadenas de metal en los pies!". Los mexicas estaban demasiado iracundos para escucharlo e incluso se dice que lo insultaron, uno de ellos le gritó: "¿Qué viene pues a decir Motecuhzoma? ¡Ah, pillo! ¿No eres tú acaso uno de sus hombres?", acto seguido empezó a disparar flechas a la azotea. Los españoles protegieron con sus escudos a Motecuhzoma y a Itzcuauhtzin.[44]

Aun así, la obediencia al huey tlatoani estaba tan gravada en sus mentes que cesaron los ataques; pero sitiaron la fortaleza, impidiendo que nadie entrase ni saliese de ella, ni se introdujesen alimentos ni agua; pusieron barricadas en las cercanías y cavaron un foso alrededor.[45] "Era como si hubieran querido secarles sus excrementos", dice el *Códice Florentino*; al descubrir a algunos que intentaban llevarles comida (posible señal de que existía un partido pro-español)

[44] Orozco y Berra, *op. cit.*., p. 359, opina que Sahagún —o en este caso sus informantes— confundió esta primera ocasión en que Motecuhzoma subió a la azotea y fue respetado, con la segunda, en la que le arrojaron proyectiles y fue herido, pues dice que tan sólo subió una vez. El *Códice Ramírez*, p. 198, afirma que al salir el tlatoani a la terraza les habló varias veces, "y ellos lo deshonraron y llamaron el cobarde, etc.", y en la p. 115 se lee que al reconocerlo se hizo un gran silencio, y entonces Cuauhtémoc dijo: "que es lo que dice ese bellaco de Motecuczuma, mujer de los españoles, que tal se puede llamar [...] No le queremos obedecer porque ya no es nuestro rey, y como a vil hombre le hemos de dar el castigo y pago", y le disparó varias flechas, seguido por los demás, y que aunque así lo digan algunos no fue esta la ocasión en que le dieron la pedrada de que dicen que murió.

[45] Juan Cano declaró a Fernández de Oviedo que a pesar de la rebelión mexica y hasta el regreso de Cortés, Motecuhzoma siempre ordenó dar de comer a los españoles, véase *Historia general y natural de las Indias*, vol. V, lib. XXXIII, cap. LIV.

los mataban de inmediato de un golpe en la cabeza o lapidándolos. Siguieron días de terror en los que parece se efectuó una purga entre los simpatizantes de los extranjeros; el códice narra que mataron a quienes ostentaban un bezote de cristal muy fino, o a los que llevaban anudada de cierta forma su ropa (esto los delataba como servidores de Motecuhzoma),[46] de esas personas: "Ya nadie se dejaba ver, nadie se mostraba, ya nadie salía uno con otro. Estaban muy asustados, tenían mucho miedo, vivían en escondrijos para no caer en las manos de esas gentes". Durán afirma que mandaron matar a todos los hijos y mujeres de Motecuhzoma, aunque algunos fueron ocultados compasivamente y llevados a otros sitios.[47]

Los mexicas gritaban que los matarían, mas no se los comerían, pues ya habían probado sus carnes y amargaban; mejor las arrojarían cocidas con *chilmolli* a las águilas, leones, tigres y culebras.

Juan Álvarez declaró que el mismo día de la matanza los mexicas los atacaron con tal furia hasta la puesta del sol que no pensaban salir con vida, por ello sacaron a Motecuhzoma a unas azoteas, ordenándole apaciguar a los suyos so pena de su vida. El tlatoani pidió a Pedro de Alvarado liberar a un "Tempaneque" para que fuera a calmar a la gente,[48] y así lo hicieron; pero al día siguiente, jueves por la mañana, infinidad de guerreros atacaron el palacio de Axayácatl aproximándose por las calles principales,

[46] De acuerdo con Sahagún eran los servidores o pajes de Motecuhzoma y de su familia quienes llevaban puesto este bezote de cristal o vestían ayates de manta delgada. Como los mataban a la vista, todos los de la casa del tlatoani huyeron o se escondieron, véase *Historia de las cosas de Nueva España*, vol. IV, lib. XII, cap. XXI.

[47] Durán, *op. cit.*, vol. II, cap. LXXV.

[48] DC, I, pp. 207-208. Se ha tratado de identificar a este "Tempaneque" liberado con Cuitláhuac, pero ello no es posible puesto que fue soltado tras la llegada de Cortés.

llegando en canoas, subiéndose a las azoteas y combatiendo con gran denuedo por tres o cuatro horas.

Según Álvarez los españoles subieron de nuevo a la azotea a Motecuhzoma, a un hijo suyo y a otros señores presos con órdenes de calmar a los guerreros. Los mexicas gritaron que, si no les entregaban a su señor, no se apaciguarían; Alvarado desenvainó un puñal que traía al cinto y lo puso en el pecho del tlatoani, le mandó decir a los mexicas que estuviesen quedos o le daría de puñaladas y no quedaría ninguno con vida; el soberano accedió, cesó la lucha y empezó el sitio. Los mexicas sólo dejaban salir a Juan Álvarez "porque le conocían a causa de aquellos señores donde les proveían de la comida".

En varias ocasiones Alvarado intentó enviar noticias a Cortés, escogiendo a los mensajeros de entre los nativos aliados; todos fueron capturados y ejecutados; finalmente uno pudo escapar e ir a Cortés, aunque el extremeño ya venía cerca.[49]

López de Gómara cuenta que los ataques mexicas se sostuvieron durante 10 días y que Alvarado no se atrevía a salir a combatirlos en las calles por temor de que Motecuhzoma se fugase; pero quedaron agotados tras rechazar las arremetidas indígenas, siendo tan pocos no podían darse un momento de reposo. Dice el capellán cronista que Motecuhzoma subió más de una vez a la azotea para calmar los ataques más fieros, si no hubiese sido por eso todos habrían muerto, ya que en cuanto lo veían cesaban de luchar. Vázquez de Tapia declara lo mismo.[50] Fernández de Oviedo afirma que pasaron ocho o 10 días de lucha antes de la llegada de Cortés.[51]

[49] G. Baudot y T. Todorov, "Códice Ramírez", p. 116.

[50] DC, II, pp. 34-35. El *Códice Ramírez* parece implicar que Motecuhzoma subió en más de una ocasión a esta azotea, p. 199.

[51] El clérigo Juan Díaz participó activamente en la defensa.

En el *Códice Aubin* se dice que el sitio ocurrió durante la veintena de días del mes Etzalcualiztli. Torquemada sostiene que duró ocho días y que pensaban matarlos de hambre, pero que Dios los proveyó de otra manera,

> porque ya era llegado el tiempo del castigo de estas gentes y destierro del demonio, adorado en ídolos y la introducción de su santo evangelio estaba a las puertas llamando, ni bastaban fuerzas humanas, ni trazas de hombres a contradecir su divina palabra; y así sucedió al contrario de lo que deseaban y querían.[52]

El fraile afirma que todo pasó en ausencia de Cortés, "aunque no falta quien, equivocándose, diga estaba presente". Vázquez de Tapia afirma que pasaron mucha hambre hasta que regresó Cortés.[53]

De acuerdo con López de Gómara los ataques no cesaron hasta que los mexicas supieron de la victoria de Cortés sobre Narváez y de cómo el capitán se dirigía hacia México-Tenochtitlan a la cabeza de un gran ejército, aunque muy pronto decidieron que, como al llegar Cortés tendrían más enemigos que combatir, tratarían de acabar primero con los que ahí estaban, y volvieron a la lucha. El *Códice Florentino* asegura que los mexicas combatieron la fortaleza durante siete días y le pusieron sitio por 23, mientras que en el *Códice Ramírez* se lee que los tuvieron cercados por ocho días. Solís declara que los mexicas no cesaron en sus ataques sino hasta dos o tres días antes de que llegase Cortés.

52 Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana,* vol. II, lib. IV, cap. LXVI.

53 Así lo dice él mismo en sus respuestas a las preguntas 27, 46. 54 de la Probanza contra Narváez, ff. 72, 73. *Cfr*. Castro Seoane, *El padre Olmedo en la formación espiritual del ejército de Cortés*, pp. 68-69.

Durante esos días de lucha supuestamente ocurrieron varios milagros, a decir de Bernal Díaz y de López de Gómara, entre otros: el agua potable escaseaba y los españoles empezaron a cavar un pozo en el patio, a poca profundidad manó agua dulce, a pesar de que el suelo era salobre; cuando los indígenas intentaron quitar la imagen de la Virgen que estaba en el santuario del Templo Mayor, al tocarla se les pegaban las manos por buen rato, cuando al fin lograban despegarlas les quedaba una marca, así que tuvieron que cejar en sus intentos[54] (sin embargo cuando días después los españoles lograron forzar la subida a ese santuario no encontraron la imagen); en uno de esos días de recio combate los españoles cebaron su cañón mayor, mas no salió el tiro, los mexicas arremetieron, y cuando los españoles se encontraban en el mayor de los peligros repentinamente el cañón se disparó por sí solo, matando a muchos indígenas, pues estaba cargado de perdigones, el resto se retiró atónito, no sin llevarse con ellos a dos españoles. No podían faltar las intercesiones milagrosas; se dijo que los mexicas afirmaban no haber podido matar a todos los españoles porque cuando arremetían una gran señora, igual a la imagen que estaba en la gran pirámide, les arrojaba polvo y tierra en los ojos y los cegaba, recupe-

[54] A H. Thomas le parece más probable que la imagen estuviese clavada en el muro, desconcertando a los mexicas, pues éstos no conocían los clavos (como si eso pudiese haberlos detenido), véase *La conquista de México,* p. 429. En Lorenzana, *Historia de la Nueva España*, p. 138, se dice que, debido a esta imagen de la Virgen que estaba en la gran pirámide "se consagró allí el Templo Metropolitano en honor de Santa María; esta imagen de que habla fue la misma que hoy se venera en el Santuario de los Remedios, según algunos, o la pintada en un Damasco de una Bandera que recogió el señor Boturini, y está en la Secretaría del Virreinato y lo primero es lo más fundado".

rando la vista una vez que llegaban a sus casas;[55] también que un jinete montado en un caballo blanco los hería y mataba, auxiliado por el caballo, que los destrozaba con su hocico y sus patas; decían que se trataba de santa María y de Santiago (al parecer Bernal se pensó mejor estos dos milagros, pues aparecen tachados en el original).

En el *Códice Florentino* se afirma que fue entonces cuando llegó la noticia de la proximidad de Cortés por el rumbo de Tepeyacac, acompañado de numerosos españoles y de muchísimos tlaxcaltecas y totonacas,

> en gran número, en muy grandes cantidades, en enormes cantidades, en abundancia, en gran abundancia. No venían de cualquier modo. Venían para la guerra [...] Venían levantando polvo, y ciertamente sus rostros estaban cubiertos de ello, ciertamente sus rostros estaban como blancos de cal [...] corrían a toda prisa, corrían mucho, se apresuraban mucho. Venían echando grandes gritos [56].

Los mexicas decidieron ocultarse. "Era como si la tierra se hubiera acostado para morir, ya nadie hablaba. Sin embargo los esperaban acurrucados detrás de las aberturas y detrás de los hoyos de los muros, y detrás de los agujeros

[55] Vázquez de Tapia dice en su relación de méritos que los mexicas les daban ese día una gran batalla, penetrando por varios sitios a la fortaleza. Los españoles estaban muy cansados y heridos, y no les faltaba más que cortarles la cabeza; repentinamente los indígenas se retiraron. Cuando preguntaron más tarde a algunos capitanes principales la causa, respondieron que fue porque habían visto a una mujer de Castilla, muy linda y que resplandecía como el sol, y les echaba puñados de tierra en los ojos, por lo que huyeron al ver una cosa tan extraña.

[56] G. Baudot y T. Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, p. 117.

que quizá habían hecho en los muros para mirar a través de ellos".[57]

Indudablemente Cortés estaría furioso con Alvarado, como lo asegura Bernal, quien afirma que el extremeño le dijo que sus acciones habían estado muy mal y eran un gran desatino, aunque está tachado en el original.[58] Suárez de Peralta narra que había oído decir que Cortés iba a México con el propósito de aprehender a Alvarado y dar satisfacción a los mexicas por el daño que les había hecho; mas no tuvo la oportunidad, pues al entrar a la fortaleza los arcabuceros dispararon una salva, como era la costumbre, y los que los recibieron respondieron con otra, provocando que los nativos acudiesen a atacarlos gritando con grandísima furia.[59]

A decir de López de Gómara fue Alvarado mismo quien dijo a Cortés que hiciese "como que estaba enojado con él, y como que le quería prender y castigar por lo que hizo, pues le remordía la conciencia", tal vez así Motecuhzoma y los mexicas se calmarían e intercederían por él, opinión que repite Juan Cano en la plática que sostuvo con Fernández de Oviedo. Cortés se negó, encolerizado exclamó "que eran

57 G. Baudot y T. Todorov, "Códice Florentino", caps. XIX-XXII.

58 El *Códice Ramírez*, p. 199, dice que Cortés supo que la causa del alboroto fue la tiranía de Alvarado, y mostró pesarle mucho, "aunque otros dicen que él se lo dejó mandado antes que se fuese". Tal es la opinión, entre otros de Genaro García, *Carácter de la conquista española en América y en México según los textos de los historiadores primitivos*, p. 210. A Durán, *Historia de las Indias de Nueva España…*, vol. II, cap. LXXVI, le parece una falsedad que Alvarado haya realizado la matanza en ausencia de Cortés, inventada para no atribuirle esa crueldad al extremeño. El fraile se basa en que como los mexicas se rebelaron tras ella le parecía imposible que Cortés pudiese entrar a la ciudad con los indígenas en armas; a ello respondió uno de los conquistadores que Cortés llegó el mismo día de la matanza, o al día siguiente, por lo que concluye: "y todo puede ser".

59 Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias*, cap. XV.

unos perros, y que con ellos no había necesidad de cumplimiento". Solís cuenta que Cortés se negó por no darles gusto y fortalecer así a la facción rebelde, de donde concluye que existió realmente una conjura nativa, pues si la matanza hubiese sido solamente un crimen atroz Cortés no se contentaría con una simple amonestación. O tal vez sólo disimuló su enojo debido a la simpatía y amistad que profesaba a Alvarado y porque necesitaba contar con todos sus hombres en esos momentos. Sin embargo, Alvarado perdió la confianza de Cortés; en el futuro Gonzalo de Sandoval ocuparía su lugar.

En cuanto a Motecuhzoma, como dice Bernal, Cortés quedó convencido de que el soberano no había ordenado el ataque; si lo hubiera hecho no quedaría español con vida, en vez de eso había calmado a los suyos y era notorio que al tlatoani le pesaba el curso que habían tomado los acontecimientos, y no era para menos. La inesperada intervención de Alvarado modificó completamente la situación; el peligro era tan grande que, como comenta López de Gómara, se les soltaba el vientre de puro miedo.

Bien conocía Cortés la inteligencia y la estrategia del huey tlatoani, quien si bien abrigó esperanzas ante la llegada de Narváez y de su conflicto con Cortés, hubiese mostrado poca perspicacia al no haber aguardado el desenlace antes de tomar la iniciativa; una prueba fehaciente de su inocencia es que los mexicas ejecutaron a quienes lo apoyaban o eran miembros de su casa. Tampoco es creíble que Cortés haya tenido responsabilidad alguna en esta masacre, ya que el extremeño era demasiado sutil y maquiavélico como para realizar un acto tan absurdo y gratuito. Lo más probable es que fuese un desafortunado sincronismo de varios factores: el miedo y ambición de los españoles, la falta de visión de Alvarado, la información que le proporcionaron los enemigos de los mexicas, sobre

todo los tlaxcaltecas, acerca de un inminente ataque; queda en el misterio si es que existió en verdad una conjura mexica o fue invento de los de Tlaxcala; influyó también el creciente descrédito en que Motecuhzoma había caído ante los suyos. Esta acción precipitada y cruel provocó consecuencias muy graves y finalmente la destrucción de México-Tenochtitlan.[60]

[60] Hernán Cortés, Segunda carta de relación; Fernández de Oviedo, *op. cit.*, vol. IV, lib. XXXIII, caps. XIII, XLVII, LIV; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, pp. 150-154; Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios del conquistador*, p. 41; *Códice Ramírez*, pp. 199, 200; Sepúlveda, *op. cit.*, lib. VI, 17; Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España,* VII jornada; Gonzalo de Illescas, "Un capítulo de su historia pontificial sobre la conquista de la Nueva España", p. 318; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. IV, caps. XCI-CII; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. II, caps. CXXIV, CXXV; Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, lib. II, cap. VI; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, III, déc. II, lib. X, caps. VII, VIII; Torquemada, *op. cit.*, vol. II, lib. IV, caps. LXVI-LXVII; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Compendio histórico del reino de Texcoco", p. 453; Solís, *op. cit.*, lib. IV, caps. XI, XII; Clavijero, *op. cit.*, II, p. 63; A. Chavero, *op. cit.*, vol. II, p. 412.

CAPÍTULO XX

Muerte de Motecuhzoma

Oh, tú, dueño de cuanto nos rodea, oh, tú, el que está junto de todo:
te damos homenajes: nada es desdichado junto a ti.
Oh dador de la vida, tú cual flores nos estimas:
solo nos marchitamos nosotros tus amigos.
Tú los vas destrozando como a las esmeraldas,
y también cual pinturas los vas borrando tú:
todos se van unidos al Reino de los Muertos,
allí en donde está el sitio do todos nos perdemos.
¿En qué nos avaloras, oh dios?
Así vivimos y así también morimos.
¿Adónde vamos a perdernos nosotros tus vasallos?
¿Dónde iremos al fin?
Lloro, pues cuando sientes hastío, dador de vida,
las esmeraldas se quiebran, las plumas finas se desgarran.
Tú te estás mofando: ¡nada somos, en nada nos estimas,
nos destruyes aquí!

Poema náhuatl[1]

Cortés no estaba de buen humor, habiéndose jactado ante los hombres de Narváez y alardeado sobre cuánto lo honraban, respetaban y obedecían los mexicas —lo cual muy pronto comprobarían con sus propios ojos—, por lo que el cambio radical de actitud de los súbditos de Mo-

1 Ángel María Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, vol. I, p. 194.

tecuhzoma, además de preocuparle, le irritó sobremanera. Nadie acudió a darles la bienvenida, no les llevaron de comer e incluso el gran mercado de Tlatelolco había dejado de funcionar.[2]

Pesaroso, el tlatoani envió a dos de sus principales a pedir al capitán le permitiera verle, pues se había negado a hacerlo. Cortés respondió de mal modo y peores palabras: "Vaya para perro, que aun tianguez no quiere hacer, ni de comer no nos manda dar". Juan Velázquez de León, Cristóbal de Olid, Alonso de Ávila y Francisco de Lugo intentaron calmarle, recordándole los muchos servicios, favores y obsequios con que el soberano les había distinguido, hasta a sus propias hijas les dio; ello sólo sirvió para encolerizarlo más: "¿Qué cumplimiento he yo de tener con un perro que se hacía con Narváez secretamente, y ahora veis que aun de comer no nos dan?".

Despidió a los dos principales con amenazas y les dijo que su señor debía ordenar la reinstalación del mercado. Motecuhzoma, dolido e indignado, consciente de la insostenible situación en que se encontraba, decidió que era tiempo de jugarse su última carta. Aparentando cumplir los deseos del capitán respondió gravemente que él no podía dar órdenes, puesto que se encontraba preso, Cortés podía liberar al que quisiera de entre los principales cautivos para que organizara lo del mercado. El extremeño cayó redondo en la trampa, pidió al tlatoani que él mismo lo eligiera. Fue así como Cuitláhuac, señor de Iztapalapa, quedó en libertad.

Cortés, cegado por el orgullo, no fue capaz de usar su natural astucia; ignoró el hecho de que se trataba del hermano

[2] Bernal Díaz afirma que los mexicas no les llevaban alimentos, pero en 1521 Diego de Holguín declaró que sabía y había visto cómo, después de llegado Cortés a México, los nativos de la ciudad les enviaron de cenar a los españoles. Información de Diego Velázquez, DC, I, p. 201.

del monarca y de que era el más peligroso de los prisioneros, y que siempre se había mostrado adverso a los españoles. Cuitláhuac tenía el cargo de tlacochcálcatl y tenía el reclamo más fuerte de sucesión; también contaba con grandes simpatías entre los sacerdotes, nobles y guerreros.

Motecuhzoma y Cuitláhuac seguramente hablaron muy por extenso del plan de acción a seguir. Cuitláhuac no se ocupó de reinstalar el mercado, ni regresó al palacio de Axayácatl; muy por el contrario, se dedicó a organizar y encabezar los ataques. Los mexicas finalmente contaban con el ansiado líder que los podría llevar al triunfo sobre los odiados extranjeros.[3]

Varios historiadores opinan que fue hasta este momento cuando Motecuhzoma reaccionó finalmente contra los españoles, "a quienes tan servilmente se había entregado; removiendo entonces todas sus antiguas energías, tomó la resolución suprema de no ser más torpe y vil instrumento para la perdición de su patria", opina Genaro García.[4]

A mi parecer fue una acción desesperada y póstuma para servir a su pueblo, sabía muy bien quién era Cuitláhuac.[5] Intentar la liberación de su hermano debe haber sido una decisión tomada junto con los demás señores prisione-

3 Como lo dice Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, II, p. 66, Cuitláhuac solamente asumiría el mando del ejército mexica, no sería sino hasta después de la muerte de Motecuhzoma cuando tomaría el título de huey tlatoani, no en ese momento, como lo asevera Burr Cartwright, *Lluvia de dardos,* p. 252. Según Alfredo Chavero, hasta el momento de la liberación de Cuitláhuac había sido el joven Cuauhtémoc, tlacatécatl y señor de Tlatelolco, quien había encabezado la lucha, no cita sus fuentes, *cfr. México a través de los siglos*, vol. II, p. 414.

4 *Carácter de la conquista española en América y en México según los textos de los historiadores primitivos*, p. 211.

5 Resulta absurdo suponer, como lo hace Hugh Thomas, que Motecuhzoma pudiese ignorar las consecuencias de ese acto, *cfr. La conquista de México*, p. 443.

ros. Mediante este acto prácticamente abdicó, poniéndose por tanto a la merced de la crueldad española, a la que bien conocía, sabiendo que Cortés podría decidir que ya no les era de ninguna utilidad.

Vázquez de Tapia declaró en el juicio de Cortés que, al ver Motecuhzoma el poco caso que hacía el extremeño de sus deseos de hablar con él, "envió a decir a los indios, como hombre questaba descontento e desesperado de verse preso e las cosas como iban, que hiciesen lo que quisiesen e que no hiciesen cuenta del, e desde allí en adelante los indios comenzaron a matar de los cristianos por do quiera que podían".[6]

Cortés no dice ni media palabra sobre su actitud hacia Motecuhzoma, sólo comenta que "con mucho placer estuvimos aquel día y noche, creyendo que ya todo estaba pacífico"; tampoco menciona la liberación de Cuitláhuac. Muy pronto sus peores temores se volvieron realidad. Relata que, al día siguiente de su llegada, el lunes 25 de junio, tras oír misa, envió un mensajero español a la Vera Cruz llevando las nuevas de que Alvarado y sus hombres seguían vivos y de que ya había entrado en la ciudad. No pasó ni media hora cuando el mensajero regresó, descalabrado y herido, gritando que los indígenas de la ciudad estaban en armas y que habían levantado todos los puentes.[7] A decir de Francisco de Aguilar, este mensajero fue un hombre de mar, Antón del Río, elegido por su rapidez, era capaz de trasladarse a pie hasta la Villa Rica en sólo tres días; agrega el fraile que al salir de la fortaleza vio cómo los mexicas, con gran tranquilidad y silencio, se dedicaban a quitar los puentes y ahondar las acequias. Cervantes relata que en Tlatelolco los nativos empezaron a gritarle insultos y a seguirlo, lanzándole fle-

6 DC, II, p. 35.

7 Declaración de Diego de Holguín, en Información de Diego Velázquez de 1521, DC, I, p. 202.

chas y piedras, por lo que regresó a galope tendido, dando mandobles con su espada.

Al poco tiempo llegó al palacio de Axayácatl otro español, también herido y muy agitado; venía de Tlacopan custodiando a algunas de las indígenas dadas a Cortés, una de ellas hija de Motecuhzoma, que habían sido dejadas al cuidado del señor de Tlacopan cuando Cortés partió a la costa. El español reportó que todos los caminos y las calles de la ciudad estaban llenos de guerreros, le habían arrebatado a las mujeres, hiriéndole dos veces, logró escapar cuando intentaban meterlo en una canoa.

Cervantes de Salazar refiere que entonces Cortés envió a cuatro o cinco jinetes a practicar un reconocimiento. Encontraron los puentes de calles y calzadas levantados, aunque en algunos habían dejado parte de las tablas poco afianzadas, como trampa para los caballos, y había cantidad de guerreros en las azoteas de las casas y en los templos.

Cervantes de cuando en cuando intercala en su relato las vicisitudes de los inseparables compañeros Ojeda y Márquez, que matizan con sus colores de individualidad los acontecimientos, por lo que no deja de ser interesante mencionarlas. En esta ocasión, al día siguiente de la llegada del ejército de Cortés a México-Tenochtitlan, Alonso de Ojeda y Juan Márquez fueron a buscar comida, llegaron cerca de la casa de Cuauhtémoc y encontraron la puerta principal tapiada. Entre ellos y la morada había una acequia cuyo puente estaba quitado, de algún modo lograron pasar al otro lado y caminaron a lo largo de un callejón cubierto por encima; más adelante hallaron una troje alta, hecha de madera. Ojeda le dio su espada a Márquez, que iba armado con una alabarda, y subió a investigar qué había dentro, había sólo cinchos de cuero que los nativos utilizaban en los juegos de pelota y algunas armas. Mientras tanto Márquez se había aproximado a una casa cercana al escuchar que alguien exclamaba a grandes gritos:

"¡Mata a ese hijo del sol!". Ojeda descendió de la troje y ambos se apresuraron a regresar entre tales alaridos de los mexicas que parecía que la ciudad estaba levantada en armas. Los callejones daban tantas vueltas que, si no fuese por un tlaxcalteca que iba con ellos, de mejor memoria, se habrían extraviado.

Por el camino se toparon con un sacerdote furioso, parecía endemoniado, gesticulaba y gritaba tanto que espantaba; Ojeda arremetió contra él espada en mano, lo siguió hasta el interior de un edificio dentro del cual había gran cantidad de grullas mansas que a los gritos del sacerdote empezaron a graznar. Márquez, desgañitándose, llamaba a Ojeda desde la calle cuando al fin salió lo amonestó. ¿Acaso no veía cómo la ciudad ardía y atacaban a Cortés? Los alaridos de los mexicas iban en aumento, muchos guerreros se habían subido a las azoteas. Ojeda respondió que había escuchado un rumor, pero pensó que se trataba de los graznidos de las grullas. Corrieron hacia el patio del Templo Mayor, viendo en lo alto de la pirámide a seis o siete españoles a manera de vigías, encargados de dar aviso a Cortés de la proximidad, dirección y número del enemigo que empezaba a llegar hasta las cercanías del palacio de Axayácatl, eran tantos guerreros que "parecían turbiones de langosta".

No pasó mucho tiempo antes de que los mexicas iniciaran el ataque, llenaron a rebosar las calles y azoteas cercanas al palacio, lanzando "los mayores alaridos y grita más espantable que en el mundo se puede pensar", escribe Cortés; arrojando gran cantidad de piedras y flechas que caían dentro de la fortaleza, llenando los patios de manera que apenas si se podía caminar.

Bernal relata que Cortés mandó salir a Diego de Ordaz a la cabeza de 400 españoles, deseando que a la vista de esa gran fuerza los mexicas se calmarían. El extremeño no había tenido oportunidad de conocerlos en batalla y posiblemente deseaba investigar qué tan decididos estaban a luchar y

cómo lo hacían. Sus instrucciones eran que, si encontraba a los mexicas en armas, intentara, de ser posible, apaciguarlos sin lucha. Ordaz y los suyos no habían avanzado mucho antes de recibir una lluvia de lanzas, flechas, dardos y piedras, que mataron a 18 españoles e hirieron a la mayoría, incluido Ordaz, luego arremetieron grandes escuadrones de guerreros. Se retiraron lentamente y en orden hacia la fortaleza, asediados por todas partes y perdiendo otro hombre, al que Bernal llama el buen soldado Lezcano.

Mientras tanto el palacio fue atacado. Al grito de "¡mujeres, bellacos, cuilones!", los mexicas arrojaron tal cantidad de proyectiles para despejar las almenas de enemigos, que 46 españoles fueron heridos, de los que 12 murieron poco después. La confusión se apoderó de los defensores. Los mexicas arremetieron con toda la furia contenida por largo tiempo; la sorpresa que despertó su ira fue tan grande que por varias partes lograron entrar e incendiar la fortaleza, lanzando flechas incendiarias y teas. Los españoles, cegados por el humo, apenas si pudieron rechazarlos con el inestimable auxilio de las descargas de escopeteros, ballesteros y artilleros. En medio del caos intentaron derribar los muros intermedios y arrojar los escombros sobre las llamas para controlar y sofocar el fuego; a pesar de ello, según dice Vázquez de Tapia, el incendio se prolongó dos días.

Cortés afirma que los españoles efectuaron dos o tres salidas, posiblemente para auxiliar a Diego de Ordaz, y encontraron feroz resistencia. A uno de sus capitanes, al mando de 200 hombres, le mataron a cuatro antes de poder retirarse, herido como muchos de los suyos. Cortés también fue herido al efectuar una salida, así como varios de los que iban con él. En cambio, los mexicas recibieron poco daño, pues los esperaban del otro lado de los canales y les disparaban infinidad de proyectiles desde las azoteas. A pesar de ello los españoles lograron tomar algunas azoteas e incendiarlas.

El único sitio donde los europeos podían lanzar sus ofensivas, sobre todo de caballería, era en los alrededores del conjunto ceremonial y por la calle de Tlacopan, pues más allá había muchas acequias y canales.

La batalla se prolongó todo el día y hasta las primeras horas de oscuridad. Por la noche los mexicas les gritaban improperios y lanzaban proyectiles ocasionales y prendieron tal cantidad de fogatas, como en todas las noches subsecuentes, que con su luz semejaba ser de día. Los españoles aprovecharon el descanso para curar a sus heridos, que eran más de 80, reparar lo mejor que pudieron los desperfectos en los muros exteriores, causados por el fuego y por la labor de zapa de los mexicas, y fortalecer los espacios débiles. Asimismo se nombraron las compañías para defender los puntos estratégicos, y las que saldrían en las ofensivas al día siguiente. Cortés no pensaba quedarse quieto.

El palacio de Axayácatl tenía forma irregular, conformada por varias edificaciones, todas de una planta, solamente en el centro del edificio había una de dos pisos con varias recámaras; y estaba circundado por un gran patio cercado, con muros de poca altura.

Como de costumbre, los cronistas difieren en la sucesión de los eventos cotidianos e incluso en el tiempo transcurrido hasta la huida española de la ciudad. La mayoría afirma que únicamente transcurrieron seis días entre el regreso de Cortés y la salida. Se supone que el relato del extremeño debe ser algo más preciso, por haber sido escrito sólo cuatro meses después de los acontecimientos, por lo que habrá que ajustar a esos seis días las acciones relatadas por otros cronistas como ocurridas en un lapso mayor.[8]

[8] Clavijero, *Historia antigua de México…*, II, p. 66, se lamenta de que es "increíble la variedad que hay de los autores sobre el orden y circunstancias de los combates". Francisco de Aguilar afirma que permanecieron en esa lucha 13, 14 o 15 días. En la Probanza de Segura

El día siguiente, martes 6 de junio, narra Francisco de Aguilar que "antes que saliese el sol era tan grande el estruendo y gritería de los de guerra que ponía mucho espanto y temor". A la primera luz los mexicas renovaron con redoblado furor el ataque. Los guerreros eran tantos que los artilleros no necesitaban apuntar demasiado, con disparar en su dirección les causaban mucho daño, aunque no lo parecía, pues si una bala de cañón se llevaba a 10 o a 12 mexicas el hueco era cerrado de inmediato con otros tantos. Las ballestas también lograban su objetivo, "la flecha de metal, cuando partía, era como si zumbara, como si pasara silbando, como si se deslizara con mucho ruido. Y no brotaba jamás en vano la flecha, todas perforaban a alguien", comenta el *Códice Florentino*.

Cortés narra que ese segundo día dejó en la fortaleza los hombres necesarios para su defensa, el resto se formó en tres escuadrones, incluyendo a los aliados nativos. Dos escuadrones intentarían desembarazar de obstáculos y guerreros las calles vecinas al palacio y cuidar las espaldas del tercero, que era el mayor, el cual, con el extremeño a la cabeza, avanzaría por la calle de Tlacopan, prolongada en la calzada del mismo nombre. Al parecer desde los primeros combates su intención era tomar esa calzada para poder salir de la trampa en que estaban, era la única que permanecía intacta, y que, a diferencia de la de Tepeyacac que pasaba por el densamente poblado Tlatelolco, no atravesaba gran parte de la ciudad.

Los mexicas no cedían el terreno, sus enemigos tenían que incendiar las casas para evitar que se subieran a las azo-

---

de la Frontera de 1520 se dice que fueron seis días, DC, I, pp. 137-138; así lo declaró Diego de Holguín, entre otros, *ibid.*, p. 202. El *Códice Florentino* relata que las batallas duraron cuatro días, y que durante siete más estuvieron encerrados. Alva Ixtlilxóchitl asevera que fueron siete días en total.

teas, desde donde lanzaban sus proyectiles con más impunidad. Sin embargo, el fuego no se propagaba, pues las construcciones estaban aisladas unas de otras.

En ocasiones en que parecía que los nativos retrocedían era sólo para situarse al otro lado de un canal, desde donde arrojaban sus flechas, dardos y piedras. Los mexicas construyeron barricadas, o mamparos, en muchas de las acequias, tanto en tierra como en el agua, de las cuales era difícil desalojarlos, desde ahí herían a los caballos con lanzas largas; era mortalmente peligroso pasar a nado las acequias y canales, los que lo intentaban recibían una lluvia de proyectiles desde las barricadas y las azoteas vecinas; sólo con grandes dificultades podían a veces tomar esas posiciones, en cuyo caso cegaban el canal antes de seguir adelante, pues una fuerte arremetida del otro lado haría de su retirada una carnicería.

Otras veces los mexicas simulaban retroceder para atraer al enemigo a posiciones más expuestas, una vez logrado su objetivo caían sobre ellos con grandes alaridos. El ronco sonido de los tambores y el tañido de las caracolas siempre presentes.

Los mexicas realizaban grandes proezas de valor, se metían furiosos entre las picas y las espadas de metal, a pesar de la inferioridad de sus armas, blandiendo sus macuahuitls con gran eficacia. Cervantes relata que se las ingeniaron para causar daño a los españoles a pesar de que no tenían experiencia contra sus armas: arrojaban las lanzas por el suelo de modo que hirieran al enemigo en las piernas, pies o tobillos, que no llevaban protegidos, y lanzaban sus dardos con tal fuerza que traspasaban a un hombre y hasta a un caballo que no llevara la protección de un escaupil.

Arrojaban al interior del palacio-fortaleza tal cantidad de lanzas, flechas y piedras que los encargados de recogerlas quemaban diariamente hasta 40 carretadas, y sus ocupantes

procuraban caminar pegados a los muros para no ser heridos. Algunos de los soldados de los que habían prestado servicio en Italia juraban que jamás habían visto lucha tan bravía, ni aun contra la artillería del rey de Francia, ni contra el Gran Turco, que "aunque estuvieran allí diez mil Hectores troyanos y otros tantos Roldanes, no les pudieran entrar"; se maravilla Bernal, quien comenta que siempre estaba con el temor de que pudiesen cogerlo vivo y llevarlo a sacrificar, pues, como dice el refrán "que cantarillo que muchas veces va a la fuente…". Antes de entrar en batalla "se me ponía una como grima y tristeza en el corazón, y orinaba una vez o dos", se encomendaba a Dios y a la Virgen y se le quitaba el pavor.

Los aliados, siendo tan pocos, debían combatir sin descanso, mientras que los mexicas, contando con tantos efectivos y luchando en un frente restringido, podían alternarse, descansar, y aún les sobraba gente. La batalla duró de nuevo todo el día. Cortés afirma que sólo hirieron a unos 50 o 70 españoles, de los que ninguno murió; en cambio Bernal dice que tuvieron 10 o 12 bajas y que todos salieron heridos. Dos italianos obtuvieron fama y fueron muy solicitados pues los heridos que atendían sanaban en tres o cuatro días debido a sus curaciones en las que usaban ensalmos y un poco de aceite y lana de Escocia.

De acuerdo con fray Diego Durán, los mexicas recurrieron de nuevo a encantadores y hechiceros, les pidieron que por la noche enviaran visiones espantosas a los españoles, para que murieran de terror; al parecer tuvieron cierto éxito, pues narra el fraile que empezaron a ver cabezas de hombres saltando por el patio, así como una pierna sin cuerpo, cadáveres rodando y a escuchar aullidos y gemidos estremecedores. "Las cuales visiones, antes que esta historia me lo declarase, me lo contó un conquistador religioso, espantándose de las visiones que entonces vieron, no sabiendo el misterio de

dónde habían procedido". Francisco de Aguilar (que debe de ser el conquistador aludido por Durán) lo menciona; narra que un soldado que oraba a medianoche en la improvisada iglesia salió gritando, pues "había visto andar saltando por la iglesia hombres muertos y cabezas de hombre y entre ellas la suya[,] lo mismo las velas que velaban habían venido huyendo a decir que habían visto caer en la acequia piernas y cabezas de hombres muertos"; además, "veían patonas y dejarse caer en la acequia del agua".

Ante la dificultad de luchar con eficacia en esa guerra de azoteas, debido a la lluvia de proyectiles que les lanzaban, a los españoles se les ocurrió construir uno de los artefactos bélicos conocidos en su época, como protección de una vanguardia de soldados zapadores, incendiando y demoliendo en su avance las barricadas y las casas. Durante esa noche y todo el día siguiente, 27 de junio, no salieron, dedicándose a reparar los muros de la fortaleza, a descansar, a curarse y hacer tres o cuatro ingenios. Bernal los describe en forma de torres, con aberturas desde donde pudieran disparar los arcabuceros, escopeteros y ballesteros; hechas con gruesas tablas sobre una estructura de madera eran capaces de cobijar alrededor de 25 hombres, quienes, además de sus armas, llevarían picos, azadones y varas de hierro para su labor de zapa; flanqueando el ingenio irían algunos artilleros mientras que la caballería les despejaría el camino mediante fuertes arremetidas. Cervantes de Salazar comenta que tales aparatos se conocían como "burras" o "mantas"; Sepúlveda dice que eran del tipo de los llamados "manteletes" por los antiguos, y Pedro Mártir de Anglería, que se les daba el nombre de "tortugas" y que iban sobre ruedas.[9]

[9] Juan Ginés de Sepúlveda, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. VI, pp. 19-24; Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, vol. II, V década, lib. V. H. Thomas, *La conquista…*, pp. 446-447, sostiene que los cargaban en hombros, como a los carros alegóricos de Semana Santa, a

Ese día los mexicas atacaron con renovado brío, suponían que el enemigo estaría demasiado malherido como para intentar una salida. Les gritaban que no quedaría ninguno con vida, que los sacrificarían y se comerían sus piernas y brazos, mientras que sus cuerpos los arrojarían a los tigres, leones y víboras que tenían encerradas y que mantenían hambrientos. A los tlaxcaltecas les decían que primero los engordarían, pues los irían sacrificando poco a poco.

Cortés, según relato de Cervantes, subió a los muros desde donde alcanzó a ver a la distancia a varios señores mexicas ricamente ataviados, adornados de hermosas divisas, tocados y escudos dorados que resplandecían al sol y que parecían dar ánimos a los demás. Entre ellos estaba uno a quien los demás mostraban gran respeto y obediencia. Deseoso como siempre de tener la mayor información posible, envió a Marina a preguntar a Motecuhzoma si los mexicas ya tenían nuevo monarca, y en ese caso quién era. El tlatoani respondió que no creía que estando él vivo se atreviesen a elegir otro. Marina le pidió identificar a algunos de aquellos 10 o 12 guerreros destacados. Motecuhzoma, aunque los conocía, sólo dijo que le parecía que algunos eran sus parientes, entre ellos el señor de Acolhuacan y el de Iztapalapa.

Los ataques mexicas adquirieron tal magnitud que los españoles se creyeron perdidos. Cortés decidió recurrir a su última carta: Motecuhzoma. Le pidió arengar a sus súbditos y calmarlos, ya fuese que supiera el efecto que había tenido cuando Alvarado le pidió lo mismo o, como otros quieren, se le ocurriera a él, siendo en tal caso la primera vez que Motecuhzoma lo hizo.

Esta intervención de Motecuhzoma, así como su suerte posterior, ha dado lugar a una controversia que sigue en pie.

---

pesar de que unos renglones antes usa una cita en la que se dice que iban sobre ruedas.

De nuevo la sucesión de eventos es confusa, incluso la fecha en que Cortés pidió el auxilio del tlatoani; también hay quienes niegan que tal intervención sucediera. Clavijero comenta al respecto: "Acerca de la causa y de las circunstancias de este acaecimiento, reina tanta variedad entre los historiadores, que parece imposible averiguar la verdad". Como en casos similares, será necesario exponer los diversos puntos de vista.

El argumento de que fue sólo en una ocasión que Motecuhzoma habló desde el palacio-fortaleza a sus súbditos, y que ello ocurrió poco después de la matanza perpetrada por Pedro Alvarado, es poco creíble, y no sería probable suponer la existencia de una conjura de tal magnitud como para modificar la verdad con el único objetivo de exonerar de culpa a los españoles de los acontecimientos posteriores; en tal conjura tendrían que participar los testigos presenciales, y muchos, sobre todo de entre los enemigos de Cortés, podían aducir que la responsabilidad fue únicamente del extremeño y afirmar que sólo cumplían órdenes, como lo hizo Vázquez de Tapia cuando la matanza del Templo Mayor.

Cortés escribe que ese día, 27 de junio de 1520, pidió el auxilio de Motecuhzoma; los españoles no salieron de la fortaleza y se vieron sumamente acosados por un enemigo que los consideraba casi vencidos. El extremeño es parco en su narración, como siempre que al parecer tiene algo que ocultar. De acuerdo con su Segunda carta de relación fue Motecuhzoma quien le pidió le permitiera subir a las azoteas del palacio, acompañado de uno de sus hijos y de algunos de los señores presos, para hablar con sus súbditos y pedirles abandonar las armas, y que accedió; esto es poco probable, si el tlatoani quiso que Cuitláhuac se liberase fue con el fin de que encabezara el ataque contra los extranjeros. Cortés añade que Motecuhzoma subió a un pretil que sobresalía de los muros, intentó hablar al tiempo que los mexicas le dieron una gran pedrada en la cabeza.

Esta es la versión que básicamente sostienen los cronistas desde el punto de vista español, con ligeras variantes y con más o menos detalles. López de Gómara relata que Cortés pidió al tlatoani calmar a sus súbditos, lo cual es más probable. Motecuhzoma subió a la azotea acompañado de algunos españoles para protegerle con sus escudos de los proyectiles que constantemente arrojaban los sitiadores. Fue por eso, asegura el capellán, que los mexicas no lo reconocieron, ni creyeron que estuviera allí, "por más señas y voces que les daba"; al ver sólo a un grupo de soldados en la azotea dirigieron hacia ellos su puntería, arrojando con sus hondas cantidad de piedras, una le dio al soberano en la sien con tal fuerza que estuvo tres días con dolor de cabeza antes de morir. Esta observación es repetida por varios cronistas, entre ellos por el testigo presencial Bernardino Vázquez de Tapia (con la variante de que la piedra golpeó al tlatoani en medio de la frente), y no deja de ser factible.

Entre los testigos presenciales Bernal Díaz es quien nos da más detalles. Narra que los españoles, temerosos ante el fiero ataque mexica, intentaron negociaciones de paz, dispuestos a abandonar la ciudad. Para eso Cortés quiso enviar a Motecuhzoma a la azotea. Cuando le pidió su intercesión, el tlatoani respondió resentido, triste y con gran dolor: "¿Qué quiere ya de mi Malinche, que yo no deseo vivir ni oírle, pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído?"; aseveró que no quería escuchar nada más sobre ese asunto, ni ver a Cortés, ni oír sus falsas palabras y promesas. Entonces el extremeño envió a fray Bartolomé de Olmedo y a Cristóbal de Olid a tratar de convencerlo, ambos le hablaron muy respetuosa y afectuosamente. El monarca dijo que su intervención no serviría de nada; Cervantes reporta que contestó a Marina que los suyos "ya tienen alzado otro señor y se han propuesto que no os dejarán salir de aquí con la

vida; y así creo que todos vosotros habéis de morir", aunque finalmente accedió.

De acuerdo con Bernal, "muchos principales y capitanes mexicanos bien le conocieron, y luego mandaron que callasen sus gentes y no tirasen varas ni piedras ni flechas". Cuatro de ellos se aproximaron a una distancia adecuada para oírle y ser oídos, "llorando le dijeron: '¡Oh, señor y nuestro gran señor, y cómo nos pesa de todo vuestro mal y daño y de vuestros hijos y parientes! Hacemos saber que ya hemos levantado a un vuestro pariente por señor' ", le rogaron los perdonara, tenían que proseguir la lucha hasta que murieran todos los españoles, así se lo habían prometido a sus dioses, a los que pedían todos los días que Motecuhzoma saliese con bien, y le prometieron que si así fuera volverían a tenerle como su señor. Curiosamente, y al parecer sin transición alguna, la actitud de sus súbditos cambió radicalmente en cuanto terminaron de hablar los capitanes, y sin permitir a su soberano ponerse a cubierto empezaron a arrojar proyectiles dándole a Motecuhzoma tres pedradas, una en la cabeza, otra en un brazo y la tercera en una pierna.

Francisco de Aguilar narra que Motecuhzoma dijo a Cortés: "tarde, señor, habéis acordado, porque ya tienen elegido y hecho señor a mi hermano; mas empero yo iré como me lo mandáis". Según el conquistador convertido en fraile, fue Cortés mismo, junto con un tal Cervantes, comendador, y ciertos hidalgos y soldados, quienes, a las ocho o nueve de la mañana, acompañaron al soberano a una azotea situada en la parte delantera del patio (donde, aclara, estarían posteriormente los aposentos del virrey), y lo cubrieron con sus escudos. La gritería de los mexicas era tan grande "que hundían la ciudad", arrojaban tal cantidad de piedra, varas, flechas y dardos "que parecía llover el cielo". Tan pronto le retiraron un poco la protección de los escudos de la cabeza

para permitirle hablar le dio entre las sienes una piedra "redonda como una pelota", que instantáneamente lo derribó.

Agrega Aguilar, siendo el único cronista que lo menciona, que a esa misma hora salió del palacio-fortaleza Pedro de Alvarado a la cabeza de muchos españoles, acompañado de un "gobernador", tío de Motecuhzoma, y de varios principales. El "gobernador" dirigió la palabra a los mexicas, les pidió cesar la guerra y se inclinaron, sentándose de cuclillas, obedeciendo por un rato, pero pronto continuó la lucha.

Juan Cano, testigo presencial, y más tarde esposo de Isabel, la hija mayor del tlatoani, declaró a Fernández de Oviedo que, efectivamente, le dieron una pedrada al soberano cuando subió a la azotea, pues iba cubierto por un rodelero y sus súbditos ni lo vieron, ni creyeron que estuviera ahí.

Hasta aquí los testigos presenciales.

De entre los demás cronistas que pudieron consultar documentos recientes en su tiempo, o informarse con los participantes aún con vida, Cervantes de Salazar sostiene que fue Motecuhzoma quien pidió a Cortés que le dejara hablar a sus súbditos. El soberano subió, vestido con sus ropajes e insignias reales, acompañado de algunos principales y nada menos que por 200 españoles, con Marina a su lado. Los principales hicieron señas con sus mantas, cesó la lucha y se hizo el silencio, entonces vieron a Motecuhzoma, "y en esto se engaña Gómara, que casi trasladó a Motolinea, que dice que no le conoscieron". El tlatoani les habló, lo escucharon con atención, al término de su discurso los mexicas empezaron a hablar entre ellos en voz baja, y entonces le dijeron iracundos: "Calla, bellaco, cuilon, afeminado, nacido para tejer y hilar y no para rey, e seguir la guerra; esos perros cristianos que tanto amas te tienen preso como a mascegual y eres una gallina; no es posible sino que esos se echan contigo y te tienen por su manceba"; acto seguido le lanzaron gran cantidad de flechas y piedras, de manera que, a pesar

de la protección que le daban los españoles con sus escudos, le dieron una pedrada en la sien.

El *Códice Ramírez*, que, como ya se dijo, coloca la muerte del soberano en los días en que Pedro de Alvarado fue atacado por los mexicas, tras la matanza del Templo Mayor, narra que Motecuhzoma subió en esa ocasión a la azotea, protegido por los escudos de dos españoles; los atacantes cesaron de luchar al verlo y se hizo un gran silencio, entonces un principal que lo acompañaba habló a nombre del tlatoani, pidiéndoles dejar las armas. Apenas terminó cuando un animoso capitán de 18 años, llamado Cuauhtémoc, al que ya querían elegir como soberano, dijo en voz alta:

> ¿Qué es lo que dice ese bellaco de Motecuczuma, mujer de los españoles, que tal se puede llamar, pues con ánimo mujeril se entregó a ellos de puro miedo y asegurándose nos ha puesto a todos en este trabajo? No le queremos obedecer porque ya no es nuestro rey, y como a vil hombre le hemos de dar el castigo y pago,[10] y le disparó varias flechas, siendo imitado por el resto de los mexicas.

Basados en este único pasaje, un tanto controvertido en cuanto a su credibilidad (distorsiona el tiempo, y pasa por alto el reinado de Cuitláhuac, presentando otras contradicciones), muchos historiadores han convertido en un dogma patrio esta acción de Cuauhtémoc.[11] El códice sigue refiriendo que, según algunos, el tlatoani recibió una pedrada en la frente, de lo que falleció.

[10] *Códice Ramírez*, pp. 115.

[11] El padre José Acosta repite este relato del *Códice Ramírez* en *Historia natural y moral de las Indias*, lib. VII, cap. XXVI. Orozco y Berra lo sostiene, pues dice estar confirmado en los *Anales tolteca-chichimeca*; sin embargo, no logré encontrar tal referencia.

El *Códice Florentino* también afirma que Motecuhzoma subió a la azotea cuando Alvarado y los suyos estaban sitiados tras la matanza del Templo Mayor, y únicamente en esa ocasión; no menciona ninguna herida recibida por el tlatoani, sólo que cayeron flechas en la terraza, Motecuhzoma e Itzcuauhtzin fueron protegidos por los escudos españoles.

Cortés narra que ese mismo día fueron a decirle, más tarde, que ciertos capitanes mexicas querían hablar con él. Subió al sitio en donde fue herido Motecuhzoma e intercambiaron muchos razonamientos; les dijo que no existía motivo alguno para que los atacaran de esa manera, que recordaran las buenas obras que de él habían recibido y cómo habían sido muy bien tratados por los españoles. Respondieron que lo que deseaban era que se fueran y dejaran su tierra; si no lo hacían, seguirían luchando hasta la muerte o hasta exterminarlos. Según el extremeño, la intención de los mexicas era que salieran de la fortaleza para poder matarlos mejor en las calzadas. Para finalizar, afirmó que no creyeran que pedía la paz movido por el temor, sino porque le pesaba el daño que les hacía y que les seguiría haciendo si persistían, lo que menos deseaba era destruir esa ciudad tan hermosa. Los mexicas se mantuvieron firmes en su ultimátum.

Por la mañana del jueves 28 de junio los ingenios estaban listos, con ellos los españoles iniciaron su nueva ofensiva. Los sacaron de la fortaleza en dirección a Tlacopan, junto con cuatro piezas de artillería. La caballería a la vanguardia, arremetiendo para despejar el paso; tras ellos iban muchos rodeleros y ballesteros (a decir de López de Gómara más de 500), además de dos o tres mil tlaxcaltecas.

Aprovechando el asombro de los mexicas, que quedaron silenciosos por un rato, observando con curiosidad y desconfianza esas extrañas estructuras de madera, pudieron avanzar un trecho. Pronto los indígenas se recuperaron de la sorpresa, tocaron sus tambores y caracolas y atacaron lan-

zando sus gritos de guerra. Los aliados pudieron rechazar su ímpetu y hacerlos retroceder gracias a la artillería y la caballería. Los ingenios adelantaron y llegaron hasta las primeras construcciones. Antes de que causaran mucho daño los mexicas les arrojaron grandes piedras desde las azoteas, logrando inutilizarlos. Solís menciona 40 bajas españolas y 50 heridos. Cortés recibió un flechazo en la mano izquierda, se dice que dos años más tarde le extrajeron de ella un pedazo de pedernal y que dos dedos de esa mano le quedaron inutilizados de por vida. Hacia el mediodía "nos volvimos con harta tristeza a la fortaleza", se lamenta el extremeño.

Los mexicas, victoriosos, insultaban a sus enemigos a más no poder desde las azoteas cercanas, tratándolos de bellacos, cuilones, usurpadores, advenedizos, nacidos de la espuma de la mar, heces de la tierra. Los tlaxcaltecas, que solían responderles en la misma especie, callaban. Enseguida atacaron con nuevos bríos la fortaleza. Cervantes, exageradamente, menciona hasta 100 000 guerreros acolhuas; acometieron desde las azoteas y calles por las espaldas de los aposentos, lo que nunca habían hecho (no deja de ser curioso que los denomine acolhuas). Mesa, artillero mayor, no se daba un minuto de reposo.

Varios cientos de guerreros escogidos, algunos afirman que miles, avanzaron incontenibles hacia el Templo Mayor; la caballería intentó detenerlos, los caballos resbalaban en las grandes y pulidas losas del patio. Los mexicas subieron a la cúspide de la pirámide, armados con lanzas largas de anchas y filosas puntas de obsidiana. Se trataba, dice el *Códice Florentino*, de: "los valientes guerreros [...] ellos, los que habían sido escogidos entre los mejores, los elegidos, los que estaban vestidos de insignias, los que llevaban la guerra en el rostro". A decir de Cervantes eran 300 guerreros muy connotados, cada uno con su divisa, por la que eran reconocidos. Desde esa altura podían abarcar el panorama donde se desarro-

llaba la batalla, y por medio de señales, con sus escudos o con mantas, dirigían las maniobras de los escuadrones a los lugares donde se necesitaban.

Subieron alimentos, agua y muchas piedras a lo alto de la pirámide. Los españoles intentaron desalojarlos y fueron rechazados en dos o tres ocasiones mientras intentaban subir penosamente la abrupta pendiente formada por los estrechos escalones de la estructura. Cortés les envió de refuerzo a Escobar, su camarero, con cien soldados; apenas empezaban a subir los primeros peldaños cuando los hizo retroceder una lluvia de proyectiles. Entonces acudió Cortés a la cabeza de un fuerte contingente de españoles y de aliados y rodeó la base de la pirámide. Debido a su herida el extremeño llevaba el escudo atado al brazo izquierdo, en la mano derecha blandía la espada. Empezó a subir al grito de "¡Los que sois hombres, haced como yo!", seguido por muchos de los suyos. La resistencia mexica era feroz, varios españoles rodaron hacia el suelo malheridos, "si Dios no les quebrara las alas, bastaban veinte dellos para resistir la subida a mil hombres", comenta Cortés. Cervantes reporta que el capitán luchó tan valerosamente que mató y derrocó más guerreros que seis u ocho de los suyos. Bernal dice que el extremeño se mostró muy valiente, "como siempre lo fue".

Finalmente, Cortés logró llegar a la cúspide, donde se encontró con dos guerreros que se abalanzaron furiosos sobre él, intentando despeñarlo junto con ellos, unidos en abrazo mortal. Difícilmente logró soltarse. Alonso de Ojeda estuvo también en grave peligro de ser lanzado al abismo, Lucas Genovés llegó a tiempo a socorrerlo. Los mexicas saltaron a los tres o cuatro estrechos corredores de piedra que circundaban la pirámide en ciertas partes y que tenían un escaso paso de anchura; algunos fallaron en el intento y cayeron a tierra, donde fueron rematados por los españoles, otros lograron asir a un enemigo y caían al vacío fuertemen-

te abrazados. Cortés narra que "hice poner fuego a la torre y a las otras que en la mezquita había", no encontrando las imágenes sagradas que habían puesto ahí. Bernal comenta que al parecer Motecuhzoma las había mandado quitar, pues les tenía mucha devoción.

El *Códice Florentino* refiere que los españoles simplemente rechazaban con sus escudos los proyectiles,

> vinieron en filas, vinieron en columnas [...] Al frente de ellos venían los que llevaban las trompetas-de-fuego manuales, suavemente treparon, no se detenían, avanzaban disparando las trompetas-de-fuego [...] En segunda fila venían los que llevaban el arco de metal [...] En tercera fila venían los que tenían espadas de metal. En cuarta fila venían los que tenían una lanza de metal, los que tenían lanzas en forma de murciélago.[12]

Inútilmente los mexicas les arrojaban grandes vigas y troncos de roble desde la cima. Al llegar los españoles golpearon a los guerreros

> por todas partes, los perforaron, los quebraron por todas partes. Y los valientes guerreros, enseguida, entonces, se lanzaron por las escaleras del templo, como hormigas negras se lanzaron. Y los españoles precipitaron fuera del templo a todos los valientes guerreros que habían subido a él, los precipitaron a todos fuera del templo; por lo pronto nadie escapó.[13]

12 Georges Baudot y Tzvetan Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, cap. XXV.

13 *Ibid.*, pp. 118-119

Bernal cuenta otra historia, o tal vez la que narra el *Códice Florentino* ocurrió posteriormente. Dice este cronista que, tras llegar a la cúspide de la pirámide, los españoles se vieron forzados a abandonarla ante la iracunda resistencia mexica. Sacerdotes y guerreros se defendieron de tal manera que hacían rodar seis y hasta 10 gradas abajo a sus enemigos. Los escuadrones que estaban en los pretiles y concavidades de la pirámide les tiraban tantas lanzas, flechas, dardos y piedras que fue imposible resistirlos, por lo que se retiraron de nuevo a la fortaleza, no sin llevarse cautivos a dos de los sacerdotes principales, y tras perder 16 hombres, quedando el resto heridos. "¡Oh, qué pelear y fuerte batalla que aquí tuvimos! Era cosa de notar vernos a todos corriendo sangre y llenos de heridas, y otros muertos", exclama Bernal, y agrega: "Muchas veces he visto pintada entre los mexicanos y tlaxcaltecas esta batalla y subida que hicimos en este gran cu, y tiénenlo por cosa muy heroica".[14] Los mexicas retiraron a sus muertos y los llevaron a incinerar en varias de las "casas de jóvenes". Es posible que los relatos acerca de la toma de la pirámide correspondan a diferentes días, pues López de Gómara asevera que los españoles trataron de hacerlo tres o cuatro veces en otros tantos días.

[14] Eulalia Guzmán declara que, según el doctor Ignacio Alcocer, esta batalla no se dio en el Templo Mayor de Tenochtitlan, sino en el nombrado Yopico, dedicado a Xipetótec, que estaba más cerca del palacio de Axayácatl y fuera del recinto sagrado, mientras que el Templo Mayor se encontraba hacia la mitad oriental del recinto, véase *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac. Aclaraciones y rectificaciones*, t. I, p. 442. H. Thomas, *La conquista…*, p. 449, lo repite. Cervantes escribe que se trataba de un cu o torre que estaba en las casas de Motecuhzoma. Bernal Díaz afirma explícitamente que se trataba del gran cu, y que quemaron buena parte "de la sala con los ídolos Uichilobos y Tezcatepuca". Otros testigos también manifiestan que se trataba del Templo Mayor; aunque Cortés escribe que desde él hacían mucho daño a la fortaleza por estar muy cerca, afirmación que difícilmente podría aplicarse a la gran pirámide.

Cervantes asevera que los hombres de Cortés lograron tomar la pirámide y encontraron arriba una recompensa inmediata en forma de víveres, "con que holgaron harto más que con oro e plata, por la nescesidad que ya comenzaban a padescer. Los indios tlaxcaltecas y cempoaleses tuvieron aquel día por muy festival, porque no dejaron cuerpo de aquellos señores que no comiesen con chile y tomate". El cronista declara que Pedro de Alvarado, que efectuaba un ataque por la calle de Tlacopan a la cabeza de 300 hombres, iba retirándose hacia la fortaleza, fuertemente presionado por el enemigo. Cortés, en compañía de los suyos, acudió en su auxilio, con la rienda atada a su brazo, y a la voz de "¡Vuelta, vuelta, caballeros! ¡Sanctiago, e a ellos; que español jamás huyó!", lanza en ristre lograron hacerlos retroceder. De regreso vieron que un grupo de guerreros estaba a punto de tomar cautivo a Andrés de Duero, habiéndole derribado de su cabalgadura, a pesar de sus intentos de defenderse con su daga; Cortés fue presuroso en su auxilio y lo rescató, subiéndolo a su corcel.

Mientras tanto los mexicas atacaron la fortaleza, logrando derribar partes de los muros. Al regresar Cortés con sus hombres lograron rechazarlos, el resto del día y por la noche los mexicas continuaron arrojando proyectiles y gritando insultos.

En alguna de estas ocasiones salió Sandoval con 300 españoles a tomar el palacio de Motecuhzoma, fuertemente defendido; habían quitado el puente de entrada que cubría una acequia grande y honda, llena de agua, dejando sólo una viga quemándose; al otro lado estaba un gran patio en el que se refugiaron los mexicas. Juan González Ponce de León gritó que le siguiesen, tomó una rodela, bajó su celada y arremetió, encomendándose a Dios y a Santiago; logró cruzar por la viga ardiendo a pesar de la defensa que oponían los mexicas, quienes, al ver que estaba solo, cayeron sobre él. Pudo mantenerlos a raya hasta que sus compañeros llevaron tres grandes vigas y las colocaron sobre el canal, cruzando

por ellas en su auxilio. Juan González estaba rodeado de 15 o 16 cadáveres de guerreros, muy malherido de tres lanzadas y cuatro varazos en los muslos y piernas, pues los llevaba con menos protección. Lograron entrar al palacio, pero pronto tuvieron que retirarse.[15]

Cortés narra que tras estas batallas el ánimo mexica decayó y aflojaron sus ataques, por lo que decidió intentar de nuevo el diálogo. Subió una azotea desde donde les pidió llamar a los capitanes con quienes había hablado en la ocasión anterior. Cuando llegaron les dijo que vieran cómo sufrían grandes daños día tras día, muchos guerreros morían, su ciudad estaba siendo destruida y quemada y si no hacían las paces no cesarían hasta acabar por completo con ella; respondieron de nuevo que estaban decididos a vencer o a morir, pues sus leyes les mandaban ser hospitalarios con los que eran de sus costumbres y religión, pero con los blancos no querían paz ni amistad, pues eran como perros que destruían todo lo bueno que tenían. Cortés debía ver cuántos eran, aun si morían cientos o miles por cada español se acabarían primero los extranjeros. Habían deshecho todas las calzadas, menos una, por lo que no tenían por dónde salir, excepto por agua; bien sabían que les quedaban pocos alimentos y poca agua, y no pasaría mucho tiempo antes que murieran de hambre; una vez muertos no regresarían, pues no eran simiente que había de volver a nacer. Para concluir dijeron que harían mejor rindiéndose y muriendo en servicio de los dioses. "Y de verdad que ellos tenían mucha razón", comenta Cortés.[16]

15 Declaración de Andrés López [446].

16 Diego de Holguín declaró que pasados dos o tres días de lucha, estando él presente, los mexicas requirieron a Cortés de paz, diciéndole que tomase su gente, oro y joyas y se fuesen de la ciudad con tal que no les pidiesen tamemes, pues temían que les tendiesen una trampa, como la que hicieron en Cholula. Los españoles que acompañaban al

Alfredo Chavero declara que, de acuerdo con un manuscrito que consultó, el último día del mes de Etzalcualiztli, 28 de junio, Motecuhzoma notificó a los mexicas que desde hacía dos días los caballos no tenían ya que comer, por lo que suponía que a partir de entonces los españoles decidieron salir de Tenochtitlan.[17]

Esa noche efectuaron una salida, con Cortés a la cabeza; tomaron por sorpresa a los mexicas. Avanzaron a lo largo de una calle quemando muchas casas y regresaron por otra, incendiando edificaciones, especialmente las que tenían azoteas cercanas a la fortaleza, desde donde el enemigo les hacía gran daño, repararon los ingenios, enterraron sus muertos, curaron los heridos y reconstruyeron parte de los muros, tras lo cual intercambiaron opiniones sobre cómo luchar sin recibir tanto perjuicio, mas no encontraban solución. Los llegados con Narváez maldecían por igual a Cortés y a Diego Velázquez por estar metidos en esa trampa mortal.

Muy temprano por la mañana del viernes 29 de junio, Cortés, en compañía de Gonzalo de Sandoval, Lares, Gonzalo Domínguez, Juan Velázquez de León, Francisco de Morla y la mayoría de españoles y aliados, salieron de nuevo por la calle de Tlacopan que luego, como calzada, conducía a tierra firme cortada por ocho grandes canales; era la única que aún tenía puentes. La flanqueaban diversos templos y casas de altas azoteas, los mexicas la habían fortificado con barricadas para protegerse de la caballería y la artillería, y habían construido mamparos en las acequias.

---

extremeño le insistían en que aceptara, mas él no quería, respondiendo que allí había de morir o triunfar. Información de Diego Velázquez de 1521, DC, I, pp. 202-203.

17 Chavero no menciona de qué manuscrito se trata, debe referirse al *Códice Aubin*, véase *México a través de los siglos*, vol. II, p. 416, y G. Baudot y T. Todorov, *op. cit.*, p. 212.

Los españoles la encontraron tan defendida como siempre, sabían que en tomarla se jugaban la vida, y tenían la esperanza de poder negociar la paz si lograban causar un daño considerable. Tomaron cuatro de los puentes, quemando muchas casas y templos a los costados. La caballería dispersaba con sus cargas a los escuadrones mexicas. Los puentes estaban a medio destruir, cegaron los canales lo mejor que pudieron, arrojando los materiales de las barricadas y de las edificaciones quemadas. Muchos murieron o fueron heridos pero, a decir de Bernal, llegaron cerca de tierra firme. Por la noche, Cortés dejó una fuerte vigilancia en los puentes.

Al amanecer del sábado 30 prosiguieron con la desesperada tarea de ganar la calzada de Tlacopan hasta tierra firme. Esta vez consiguieron tomar todos los puentes y un piquete de caballería llegó hasta las orillas mismas de la laguna, avanzando hasta Mazatzintamalco, de acuerdo con el *Códice Florentino*, no lejos de Chapultepec. Cervantes relata que ese día ganaron toda la calzada, llegando hasta Tlacopan, donde descansaron dos horas, se pusieron guirnaldas de flores en la cabeza y regresaron al grito de "¡Victoria, victoria!". Ocho o 10 jinetes se adelantaron a notificarlo a Cortés, entre ellos Alvarado y Sandoval, quedando de guardia en los puentes Juan Velázquez de León con 400 soldados.

Cortés narra que estaba supervisando que se taparan bien las aberturas bajo los puentes cuando vio llegar a toda prisa unos mensajeros a notificarle que los mexicas al parecer deseaban hablar sobre la paz y que varios señores querían verle.

El extremeño, acompañado por dos jinetes, se dirigió rápidamente a la fortaleza, donde lo esperaban los principales. Le dijeron que, si prometía no castigarlos por lo que habían hecho, levantarían el sitio, reharían las calzadas, les pondrían los puentes y servirían al emperador español de la misma manera que antes. En esos momentos Alvarado, Sandoval y los demás

jinetes llegaron al palacio de Axayácatl a notificar a Cortés de su llegada a tierra firme. Estaban muy alegres y traían flores en las manos. El extremeño los amonestó, los ramos y las flores estaban bien en las fiestas y en las bodas, dijo, pero no eran plumas ni penachos para las guerras. Narra que los señores mexicas le pidieron que para seguir adelante con las negociaciones soltara a "uno como religioso de los suyos, que yo tenía preso, el cual era como general de aquella religión". López de Gómara declara que se trataba de "un tlamacazque", uno de los sacerdotes principales; Solís agrega que era tenido como segundo después del monarca. Cortés envió por él y tras dialogar sobre la paz, accedió en liberar al sacerdote para que organizara el cese al fuego, sin darse cuenta que de nuevo había caído víctima de un ardid, los mexicas lo necesitaban para realizar las ceremonias de consagración de Cuitláhuac como huey tlatoani. El capellán del extremeño opinó que la solicitud de diálogo fue hecha por los mexicas "por ver qué ánimo tenían los nuestros, o por recobrar el religioso, o por descuidarlos". Bernal ofrece otra versión, dice que fueron los españoles quienes liberaron a "un papa de los que estaban presos, que era muy principal entre ellos", así como a otros cautivos, pues estaban decididos a salir de la ciudad por la noche y con eso querían dar confianza a los mexicas de manera que no sospecharan sus intenciones. Les dieron un mensaje para sus señores: deseaban salir en paz de la ciudad dentro de ocho días, si los dejaban partir devolverían todo el oro que tenían.

Sea como fuere, el caso es que liberar a esos prisioneros fue contraproducente. Cortés sigue narrando que apenas se preparaba para comer cuando llegaron a decirle muy agitadamente que los mexicas habían retomado los puentes de la calzada de Tlacopan y matado a varios españoles, "de que Dios sabe cuanta alteración recibí, porque yo no pensé que habíamos que hacer con tener ganada la salida".

El extremeño salió de la fortaleza a galope tendido al mando de un piquete de caballería hacia la calzada de Tlacopan. Sin detenerse rompieron entre el enemigo y volvieron a ganar los puentes. Su mismo ímpetu los llevó hasta las orillas de la laguna, en las que estaban muchos guerreros. Cristóbal de Olid, al dar una ojeada hacia atrás, vio la calzada llena de mexicas y repetidamente gritó a Cortés que regresaran de inmediato o morirían. Cuando al fin dieron marcha atrás se encontraron frente a frente con grandes escuadrones que habían retomado los puentes y les cortaban el paso, quedando cercados, los atacaban por ambos lados de la calzada y en canoas por los flancos desde el agua. Se vieron tan acosados que "si Dios misteriosamente no nos quisiera salvar, era imposible escapar de allí, e aun ya era público entre los que quedaban en la ciudad que yo era muerto", declara el extremeño.

A golpes de espada y empellones de la caballería lograron abrirse paso hasta el último puente en dirección a la ciudad, cuya cortadura estaba medio abierta, medía un estado (1.95 m) y cayeron en ella cuatro o cinco caballos; dos de los jinetes murieron, uno de ellos era Juan de Soria. Por un tiempo Cortés y los suyos lograron mantener a raya a sus atacantes, dando tiempo de que subiesen los caídos y que pasara el resto al otro lado. El capitán cruzó al último, con un gran salto de su corcel. Ya con refuerzos regresaron sobre sus pasos y lograron retomar cuatro puentes, dejando en ellos fuerte guardia antes de refugiarse de nuevo, ya tarde, en la fortaleza. Cortés sufrió dos heridas de piedra en la rodilla, y a decir de Cervantes perdieron dos piezas de artillería, que los mexicas arrojaron al agua, y a un soldado, que fue capturado vivo y sacrificado a la vista de todos.[18]

[18] Extrañamente H. Thomas ignora casi todos los acontecimientos de estos últimos dos o tres días, pasando de la batalla de la pirámide a la Noche de la Huida, véase *La conquista de México*, pp. 448-453.

En el *Códice Ramírez* se narra que el único auxilio externo que tuvieron durante todos los días que permanecieron sitiados fue el de don Fernando Ixtlilxóchitl, que fue considerable y alivió la presión mexica sobre la fortaleza, atacaba la ciudad por la parte de San Antón, "aunque esto callan los españoles no sé por qué", comenta fray Juan de Tovar.

> Viendo el gran peligro en que estábamos y el mucho daño que cada día los indios nos hacían, y temiendo que también deshiciesen aquella calzada como las otras, y deshecha era forzado morir todos, y porque de todos los de mi compañía fui requerido muchas veces que me saliese, e porque todos o los más estaban heridos, y tan mal que no podían pelear,

narra Cortés. Acordaron seguir con sus planes para salir de la ciudad esa misma noche, sintiendo "el negocio perdido", como dice López de Gómara.

Aunque hubo opiniones en contra, la mayoría se alegró, la fortaleza estaba medio destruida, casi no les quedaban pólvora ni municiones (a decir de Cervantes cargaban las escopetas con chalchihuites), contaban con muy pocas provisiones (Cervantes afirma que recibían diariamente una ración de 50 gramos de maíz, y sus aliados sólo una tortilla), y el agua potable escaseaba. Ojeda escribió en su relación que bebían agua salobre, extraída de un pequeño pozo en el patio del Templo Mayor, al pie de un ciprés pequeño, pero que los mexicas lo cegaron. Aguilar comenta que sacaban el agua de "un pozo hediondo de la misma agua salada que dentro del patio había".

Botello Puerto de Plata había predicho desde hacía cuatro días que todos perecerían, si no partían a cierta hora esa noche. Cervantes de Salazar narra que Botello, al ser consultado, aseguró que él o su hermano morirían en esa sa-

lida, así como muchos españoles; pero Cortés y muchos de sus principales se salvarían, regresarían a la ciudad y la tomarían por las armas, pero todos podrían morir si partían hasta el día siguiente. Antonio de Solís opina que Botello "era hombre sin letras ni principios [...] Gente perjudicial, y observaciones peligrosas, que deben aborrecer los más advertidos, y particularmente los que gobiernan". Francisco de Aguilar relata que Alonso de Ávila, capitán de la guardia de Cortés y compañero de cuarto de Botello, le había escuchado hacer esta predicción, se la reportó al capitán y éste respondió que no le creyese, pues debía ser hechicero. Ávila se lo dijo a Alvarado y a otros capitanes y todos juntos fueron a ver de nuevo a Cortés, quien hizo poco caso; entonces celebraron consejo y requirieron al extremeño a salir, o, si no quería, que se quedara, porque estaban dispuestos a partir, convenciéndolo finalmente. Bernal asevera que la decisión fue tomada por Cortés tras haber consultado a sus capitanes y hombres de confianza.[19] Siempre había la posibilidad de que los dejaran partir sin atacarlos, como en alguna ocasión se lo propusieron al extremeño.

La probabilidad habla fuertemente en favor de que éste fue el día en que murió Motecuhzoma. Entramos aquí en uno de los más polémicos temas de la conquista de México-Tenochtitlan, su muerte ha sido esgrimida en contra de Cortés por los antiespañoles y utilizada por los que han pretendido fincar la nacionalidad mexicana sobre pilotes

[19] En la Probanza de Ochoa de Lejalde, Tepeaca, 1520, se afirma que la mayoría de los españoles, así como los oficiales, alcaldes y regidores, "requirieron e importunaron" a Cortés que ordenase la salida de la ciudad por estar ya en extrema necesidad, la mayor parte heridos, los demás extenuados de luchar y con mucha hambre. Sin embargo, Cortés "dilataba de día en día la dicha salida", temiendo que en ella se perdiese el tesoro y que se viesen en grave peligro al pasar por la calzada, mas como "le requerían e importunaban con mucha instancia" decidió finalmente abandonar la ciudad. DC, I, pp. 117-118.

exclusivamente autóctonos. No quedará más remedio que exponer los diversos puntos de vista sobre su controvertido fallecimiento.

Cortés sólo comenta en su Segunda carta al emperador que la herida causada al soberano por la piedra arrojada por sus mismos súbditos fue "tan grande" que en tres días falleció. Posteriormente sostuvo que Motecuhzoma, temiendo morir, le mandó llamar y tuvieron un diálogo, le recordó que el triste estado en que se encontraba se debía tan sólo al mucho amor que había mostrado por los españoles, aunque lo daba por bien empleado. Le angustiaba sobre todo la suerte de sus hijas, mismas que había dado a Cortés, y le encomendó su cuidado, pidiéndole las instruyese en la fe católica, pues sabía que era muy buena, y que las bautizara. Poco tiempo después, ya moribundo, volvió a hablar con él, reiterándole sus ruegos de cuidar de sus hijas, sobre todo de Tecuichpo-Isabel, la mayor y por la que tenía especial predilección, "que eran las mejores joyas que él me daba". Afirma Cortés que después de tomado México-Tenochtitlan las llevó a bautizar, poniéndoles por nombres Isabel, a la que llama la "legítima heredera", Ana y Marina.[20]

Bernal Díaz asevera que el tlatoani se negó a ser curado y a comer. Cuando finalmente murió "Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados, y hombres hubo entre nosotros, de los que le conocíamos y tratábamos, de que fue tan llorado como si fuera nuestro padre, y no nos hemos de maravillar de ello viendo que tan bueno era".

Vázquez de Tapia afirma que Cortés fue a ver al soberano y lo consoló, cosa que Motecuhzoma le agradeció, diciendo que estaba mortalmente herido y le pidió por merced que cuidara y favoreciera a su hijo Chimalpopoca, que los

[20] En la "Donación de tierras a doña Isabel Motecuhzoma hecha por Hernán Cortés, México, 27 de junio de 1526", DC, I, pp. 377-382.

servicios que él le había hecho se los pagara a su hijo. Cortés lo prometió y el soberano murió a los dos o tres días de recibir la pedrada.

Francisco de Aguilar narra que los indígenas, como muchos eran "forasteros", no conocieron al huey tlatoani cuando subió a la azotea y le dieron una pedrada de cuya herida murió ese mismo día "a hora de vísperas", entonces Cortés mandó matar al resto de los señores prisioneros, sin dejar ninguno, sacando sus cadáveres a los portales, aunque ya era tarde. Hasta aquí los testigos presenciales españoles.

Cervantes de Salazar relata que, aunque la herida de Motecuhzoma no era mortal, estaba tan afligido que durante los cuatro días que vivió luego de ser descalabrado se negó a comer y no permitió que lo curaran; si le ponían paños sobre la herida se los quitaba enojado. Sintiéndose morir pidió que Cortés acudiera a verlo; cuando llegó, el tlatoani se levantó de sus cojines, llenos los ojos de lágrimas, lo abrazó y tomándole de las manos le preguntó si aún reconocía en él a aquel otrora poderosísimo señor al que tanto había deseado ver y al que todo el mundo temía y reverenciaba; ahora la fortuna lo había arrojado a lo más bajo y le encargó el cuidado de sus hijos. Llorando, Cortés le prometió que cumpliría su última voluntad.

El tlatoani le dio algunos consejos sobre el buen gobierno de su gente, y le aseguró que algún día gobernaría esa tierra. Según dijo, los mexicas no eran capaces de hacer nada bueno más que impelidos por el temor, por lo que la bondad y generosidad de los gobernantes era contraproducente; sus súbditos eran propensos a la pereza, así como a todo género de vicios, eran mentirosos, livianos, amantes de la novedad, inclinados más al odio que al amor; olvidaban fácilmente los beneficios que se les otorgaban, aunque éstos fuesen grandes y muchos, por eso siempre debía mantenerlos ocupados, aunque fuese en tributar piojos. Debería castigar con

igual dureza las faltas menores tanto como las grandes, para que no perdiesen la vergüenza y cometiesen otras peores. Debía siempre desconfiar de ellos y siendo recatado no hacerles ninguna confidencia importante, sino tenerles todo el tiempo el pie en el cuello. Tenía que tratar que no lo vieran alegre, y hacerles buenas obras, pero sin conversar con ellos ni mostrarse afable, porque le perderían el respeto y lo tendrían en poco. No debería perdonarles ninguna cosa mal hecha, y debía hacerles saber que aun si sólo pensaban en cometer una falta lo pagarían caro (parrafadas seguramente inventadas con el fin de denigrar a los mexicas y promover el dominio español).

Cortés agradeció sus consejos y se despidió. Al otro día, continúa Cervantes, lo volvieron a llamar, Motecuhzoma empeoraba visiblemente; acudió a verlo y le preguntó por su salud. El soberano respondió que sentía "la muerte, que es la mayor angustia de las angustias". El capitán intentó consolarlo, diciéndole que todos morirían tarde o temprano, y le advirtió que, si quería evitarse una angustia peor, la del tormento de su alma en el Infierno, debería bautizarse. El soberano afirmó que deseaba morir con las mismas creencias con las que había vivido; por media hora que le quedaba de vida no sería bueno abandonarlas. Cortés partió y Motecuhzoma, al que acompañaban los otros señores presos, "dio el ánima al demonio y no al que la había criado", sentencia Cervantes.

Fernández de Oviedo asevera que había escuchado comentar a Pedro de Alvarado que la muerte de Motecuhzoma sucedió tal cual lo había dicho Cortés, aunque el cronista poseía una relación que sostenía que el monarca se encontraba aún con vida la noche de la partida de los españoles y que Cortés encargó a dos jóvenes su cuidado, pero el tlatoani fue muerto en la calzada de una pedrada en la cabeza, así como los dos españoles que lo guardaban. Los mexicas no reconocieron el cadáver sino hasta la mañana siguiente,

en que hicieron grandes llantos y cesaron por un tiempo de perseguir a los españoles.

Solís exonera a Cortés de culpa, aunque escribe que no faltaron plumas que lo acusaron de la muerte del soberano, y otras afirmaban que eso se había dicho; el cronista no lo afirma ni lo niega, aunque dice que tal descuido dio lugar a que se convirtiese en calumnia, aunque a su parecer era posible que los mexicas lo declarasen así unos años después, a fin de fomentar el odio a los españoles o de borrar la vergüenza de su acción, "pero no lo dijeron entonces, ni lo imaginaron", y que no era factible que Cortés, con su inteligencia, se deshiciera de aquel que era su más grande seguridad, eso no le traería ninguna ventaja, lo cual es motivo suficiente para su defensa, sin llamar a atestiguar la nobleza de su carácter. Sentencia en su ampuloso lenguaje:

> Desgracia es de las grandes acciones la variedad con que se refieren, y empresa fácil de la mala intención inventar circunstancias, que cuando no basten a deslucir la verdad, la sujetan por entonces a la opinión o a la ignorancia, empezando muchas veces en la incredulidad licenciosa del vulgo lo que viene a parar en las historias. Notablemente se fatigan los extranjeros para desacreditar los aciertos de Cortés en esta empresa [...] quédese la envidia en su confusión: vicio sin deleite, que atormenta cuando se disimula, y desacredita cuando se conoce: siendo en la verdad lustre del envidiado, y desaire de su dueño.[21]

Así pues, la versión española sostiene unánime que Motecuhzoma murió debido a la pedrada que le propinaron sus propios compatriotas, no tanto por la herida en sí, sino por

21 Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, libro IV, cap. XV.

la gran conmoción emocional que le provocó, que le llevó a negarse a comer y a curarse, deseando morir.

Los relatos y las crónicas de inspiración cuasíindígena difieren. Curiosamente, el *Códice Florentino* no ofrece ninguna explicación ni causa para la muerte del tlatoani, sólo dice que, cuatro días después de haber sido echados fuera del templo, los españoles tiraron los cuerpos de Motecuhzoma e Itzcuauhtzin al borde del agua, en un sitio llamado Teoayoc. Tampoco lo hace el *Códice Aubin*, que se limita a expresar: "enseguida vino el capitán, cuando habían pasado ya cinco días desde que habían entrado a las casas, desde que se habían ido a Tlaxcala, durante el mes Tecuilhuitontli, cuando Motecuhzoma murió".

Chimalpahin asevera que en el mes de Tecuilhuitontli los españoles estrangularon a Motecuhzoma, así como al resto de sus prisioneros, después huyeron, aprovechando las sombras de la noche.

El *Códice Ramírez* declara que el fallecimiento fue debido a una pedrada que recibió en la frente tras la matanza del Templo Mayor, como ya se mencionó, y luego se contradice: "pero no es cierto según lo afirman todos los indios", pues Motecuhzoma regresó a sus aposentos, "muy triste y desconsolado", y fue asesinado por los españoles poco después. Tras la salida de sus enemigos, los mexicas entraron al palacio de Axayácatl donde encontraron su cadáver junto con el de los demás señores presos con varias heridas causadas por armas de acero. En un fragmento de este códice se lee, aunque un tanto confusamente, que "al cuarto del alba amaneció muerto el sin ventura Motecuzuma", a quien, el día anterior, habían llevado a la azotea; algunos decían que allí le habían dado una pedrada, mas "aunque se la dieron no le podían hacer ningún mal porque había ya más de cinco horas que estaba muerto, y no faltó quien dijo que porque no le viesen herida le habían metido una espada por la parte

baja"; no se explica qué sucedió con el cadáver durante los muchos días que pasaron desde que Alvarado quedo sitiado, hasta que los españoles huyeron de la ciudad.

Fray Diego Durán, siguiendo una historia indígena, declara que la pedrada le dio "en la frente, casi junto a la mollera, la cual, aunque le hirió, fue en soslayo, y no le hizo casi herida, sino muy poca", y que en la relación de otro indígena se decía que también le hirieron en el pie de un flechazo; el fraile agrega que los mexicas lo buscaron cuando entraron al palacio, "para ejecutar en él no menos crueldades que en los españoles habían ejecutado", y lo encontraron muerto de cinco puñaladas y encadenado de los pies, lo que a Durán le parecía difícil de creer, aunque la historia que seguía y una pintura, o códice, que poseía, así lo atestiguaban, por lo que se sentía obligado a escribirlo, bajo el riesgo de que le criticasen por decir cosas de las que no había noticia, ni los conquistadores lo habían dicho ni escrito. Para asegurarse Durán volvió a inquirirlo, y sus interlocutores indígenas repitieron que la pedrada no fue nada, y que cuando lo encontraron muerto la herida estaba casi curada.

Fray Juan de Torquemada expone ambas versiones, la de que murió por no quererse curar la herida y la de que fue asesinado por los españoles, pareciéndole factible lo último, como un intento final de Cortés por calmar a los mexicas por medio del temor, y concluye: "pero como en casos de opinión no se puede certificar nada, queda este juicio al de Dios que escudriña corazones, como dice David, y el manifestará esta verdad en el día del juicio".

Tezozómoc, en su *Crónica Mexicáyotl*, sólo escribe que "nomás los mataron los españoles", en el año 2-Pedernal, tanto a Motecuhzoma como a Itzcuauhtzin de Tlatelolco y a Cacama.

Alva Ixtlilxóchitl prefiere la explicación de que Motecuhzoma murió a causa de la pedrada. En la *Sumaria relación* y

en el *Compendio histórico* sostiene que el monarca subió a la azotea al tercer día de la batalla y murió de la herida cuatro días después, y agrega: "aunque dicen sus vasallos que los mismos españoles lo mataron y por las partes bajas le metieron espada". En su *Historia de la nación chichimeca* afirma que fue hasta el séptimo día cuando Motecuhzoma subió a la azotea y que pasaron cuatro días más hasta que murió.

Tenemos versiones contrapuestas, aquella en que Bernal narra que Cortés y todos sus hombres lloraron la muerte del monarca "como si fuera nuestro padre", y la que los acusa de haberlo asesinado a sangre fría.

En cuanto a Cacama, Ixtlilxóchitl sostiene que fue apuñalado 45 veces.

Con la muerte de Cacama y de Itzcuauhtzin, además de la de Motecuhzoma, fue descabezada de momento la Triple Alianza.

Para ilustrar la manera en que estas diversas narraciones han dividido las opiniones posteriores, bastará con un breve muestrario.

Francisco Javier Clavijero no cree que Cuauhtémoc, sobrino de Motecuhzoma, lo insultara cuando su tío se encontraba en la azotea, ni, por lo tanto, que fuera él quien lo hirió. Tampoco cree factible que los españoles lo mataran, debiéndole tantos favores y bondades, además de que su muerte sólo podría acarrearles grandes daños.

Prescott se acoge al punto de vista español, sosteniendo que el tlatoani murió al rehusar curarse. De que fue muerto por los españoles opina que: "Casi no es necesario hacer ningún comentario sobre lo absurdo de esta monstruosa imputación, que sin embargo ha encontrado apoyo en algunos escritores modernos".

Manuel Orozco y Berra opta por apoyar el asesinato a manos de los españoles, efectuado con el fin de obtener una última utilidad de los señores presos: la de huir durante las

exequias, tomando así partido, a pesar de criticar a Clavijero por haber expresado su parecer: "No alega razón ninguna, fuera de su propia incredulidad de ningún peso en el presente caso", y de sentenciar que: "Si es imposible encontrar la verdad lógicamente, el escritor no debe optar por ninguno de los dos extremos".

Alfredo Chavero defiende la tesis del asesinato: Cortés mandó matarlo y entregarlo a los suyos el 29 de junio, diciéndoles que había fallecido a consecuencias de la pedrada, con el fin, prosigue —siguiendo a Orozco—, de "descomponer los planes de los mexicas", y de que, mientras se ocupaban de sus exequias, ellos pudiesen salir a tierra firme.[22]

Genaro García, adoptando la versión del *Códice Ramírez*, dice que Motecuhzoma fue asesinado en la madrugada del 27 de junio y llevado a la azotea ya muerto, poniéndole, como al Cid: "Una tabla en las espaldas, Y otra delante del pecho". Y sentencia: "Las inverosímiles groseras y principalmente las abiertas contradicciones en que incurren los conquistadores, bastan con mucho para hacernos desechar como falsa la lapidación de Motecuhzoma por los suyos". Acto seguido, a pesar de esta crítica, cita a uno de ellos, Bernal Díaz, para apoyar su creencia de que no pudieron haber insultado y apedreado a su soberano, pues según Bernal los mexicas hicieron gran llanto al verlo muerto y amenazaron a los españoles con vengar muy de veras su muerte.

Carlos Pereyra, después de exponer brevemente ambas interpretaciones, concluye: "Bien cotejados y puestos en claro todos los testimonios, podría en rigor decirse que no sabemos cómo murió Motecuhzoma, pero de ningún modo

[22] Agrega Chavero que también mataron en esta ocasión a Cacama y a Totoquihuatzin, rey de Tlacopan. *Cfr. México a través de los siglos*, vol. II, pp. 420-421.

afirmarse que lo mataron los españoles. Esto nadie podrá demostrarlo".

Cartwright Brundage opina que "casi todos los escritores han exagerado muchísimo el significado de este famoso suceso [...] Ambas versiones son hasta cierto punto sospechosas, pero las probabilidades apuntan hacia la veracidad de la versión mexicana".

Miguel León-Portilla, con la objetividad que todo historiador honesto debe tener, afirma que "a punto fijo no se supo cómo murió Motecuhzoma".[23]

Para Hugh Thomas: "Todo es posible y los conquistadores no eran ni compasivos ni agradecidos, mas esta explicación [de que asesinaron al tlatoani] es igualmente improbable".[24]

Tras el relato de su muerte, los cronistas españoles, preocupados por la suerte de su alma, se ocupan de si fue bautizado o no, asunto en el que también se presentan divergencias. Cortés simplemente lo ignora; López de Gómara reporta que se decía que el tlatoani pidió el bautismo hacia Carnestolendas, pero le dijeron que esperase hasta la Pascua, a fin de poder celebrarlo más solemnemente; sin embargo, una vez herido ya no se le bautizó, estando los españoles demasiado preocupados con su propia situación; este mismo argumento se sostiene en una de las preguntas del juicio de residencia de Cortés;[25] y también lo asevera Alva Ixtlilxóchitl, quien agrega que el tlatoani conocía algunas oraciones, como el avemaría y el Credo.

El *Códice Ramírez* relata que se decía cómo el soberano pidió el bautismo y se convirtió; sin embargo, "aunque venía allí un clérigo sacerdote, entienden que se ocupó más en buscar riquezas con los soldados, que no en catequizar al pobre rey".

23 *Visión de los vencidos*, p. 90.
24 *Op. cit.*, p. 451.
25 DC, II, p. 241.

Posteriormente se puede leer, aunque tachado en el original, que había diversas opiniones al respecto, pues algunos afirmaban que había sido bautizado con el nombre de don Juan, mientras que otros decían que murió sin bautismo.

Fray Diego Durán sostiene que fue bautizado, aunque la historia que seguía no lo mencionaba; dice que lo escuchó decir a personas dignas de fe y se lo preguntó al fraile conquistador, quien respondió que creía que se había efectuado, aunque él no había sido testigo.

Muñoz Camargo asevera que muchos conquistadores a los que conoció, y que consideraba fidedignos, decían que Motecuhzoma, moribundo, pidió el bautismo y se lo dieron, siendo sus padrinos Cortés y Alvarado, aunque reconoce que en el asunto había grandes dudas y distintas opiniones.

Torquemada duda mucho que haya sido bautizado, opina que, si ese fuera el caso, Cortés seguramente se jactaría de semejante triunfo, y hubiese sido un acto tan público que no dependería de opiniones, por lo que deduce que no lo fue; sus argumentos no carecen de peso.

Antonio de Solís, en fin, afirma que Cortés, fray Bartolomé y todos los españoles hicieron cuanto pudieron por convertirlo al cristianismo, pero el soberano se rehusó obstinadamente, negándose a dejar sus creencias.

¿Qué conclusión podría sacarse de tal enredo? Ambas versiones, fallecimiento debido a la pedrada o ejecución a manos de los españoles, podrían ser tildadas de parciales, manipuladas por los declarantes a fin de exonerarse de culpa y de paso envilecer al enemigo. La facción de la nobleza mexica que sobrevivió y alcanzó a transmitir su punto de vista era contraria a Motecuhzoma, y por medio de su relato podía vilipendiar simultáneamente tanto al tlatoani como a los odiados conquistadores. Los pocos españoles que fueron testigos presenciales concuerdan en que murió, no tanto a causa de su herida, sino porque ya no deseaba

seguir viviendo, y si bien es cierto que podrían tratar de encubrir ese crimen de lesa majestad, sabiendo que les podría acarrear la condena legal y moral de sus contemporáneos y de la posteridad, había muchos que no simpatizaban con Cortés, que se convertirán en sus acérrimos enemigos y que posteriormente testificarán en su contra en informaciones y juicios de residencia, ¿qué mejor acusación podrían presentar para perjudicar al extremeño que ésta, demostrando de paso su ingratitud y crueldad? Sin embargo, no lo hicieron. En el juicio de residencia de Cortés ninguno de los cargos lo acusa de este crimen. Aunque sí fue culpable, y los cronistas lo narran, del asesinato, muy poco tiempo después, de los otros señores cautivos.

Es factible que Motecuhzoma se dejara morir, abandonado por los suyos y por los españoles, aunque es poco probable que esto pasara sólo en tres días, y menos aún si, como muchos afirman, su herida no era de gravedad. Tampoco parece creíble atribuir un crimen tan desalmado a Cortés; quienes lo hacen aducen que lo ordenó porque podría serle aún de cierta utilidad, como dividir la lealtad de los mexicas al nombrar algún sucesor simpatizante de los españoles No puede descartarse por completo la hipótesis de que ordenó la ejecución y la entrega del cadáver a sus súbditos, aprovechando el tiempo en que los mexicas expresarían su dolor, prepararían las exequias y nombrarían a un sucesor, para huir de la ciudad; mas esto implica subestimar su astucia, pues ya había sido testigo, cuando el tlatoani subió a la azotea, del rechazo popular en el que había caído y poco podría confiar, por lo tanto, en que se le tributasen solemnes ritos funerarios; y sin duda sospechaba, o sabía, que los mexicas ya contaban con otro líder. En contra de esta hipótesis también podría oponerse la versión de que el cadáver fue encontrado por los mexicas dentro del palacio, tras la huida española.

Existe una tercera posibilidad, curiosamente pasada por alto por quienes han buscado en las crónicas armas para sus pasiones, ya sean éstas proespañolas o proindígenas, que tiene visos de factibilidad. Solís nos proporciona una clave al indicar que, tras la pedrada que recibió el soberano, "volvió en sí dentro de breve rato; pero tan impaciente y despechado, que fue necesario detenerle para que no se quitase la vida [...] mirando como hazaña la resolución de morir a sus manos". Podría objetarse que Solís no fue testigo presencial, pero estaba tan próximo al tiempo de los acontecimientos que bien podría tener documentación pertinente en su posición de cronista oficial de la Corona. Tenemos un testigo presencial: Bernal Díaz, quien nos da cierta información que podría tal vez despejar la incógnita.

Al parecer, la muerte de Motecuhzoma fue una sorpresa para el ejército español, de lo que se deduce que la pedrada no le causó una herida tan grande como lo afirma Cortés; su estado de salud seguramente sería uno de los temas de conversación en los corrillos de los españoles. Al respecto escribe Bernal: "le rogaban se curase y comiese y le decían sobre ello buenas palabras, no quiso, antes cuando no nos catamos vinieron a decir que era muerto". Poco después narra, a propósito del bautismo de Motecuhzoma, que le tuvieron a mal a fray Bartolomé de Olmedo que a pesar de estar todo el tiempo con el soberano no lo pudo convertir; el fraile se disculpaba objetando que no creía que el tlatoani muriera de sus heridas, "salvo que él debió mandar que le pusiesen alguna cosa con que *se pasmó* [cursillas mías]".

Por ello podría pensarse que Motecuhzoma tomó la única salida honrosa y digna que le quedaba en su desesperada situación: el suicidio, y la efectuó por medio del veneno, pidiendo a sus fieles acompañantes darle una bebida

envenenada "con que se pasmó", hay que recordar que los mexicas tenían buen conocimiento de la herbolaria.[26]

Los españoles, demasiado preocupados y ocupados por su desesperada situación y en organizar su escape, poca atención pondrían a las causas de su repentina muerte, atribuyéndola a su herida no curada o a su mismo deseo de morir. En cuanto a los mexicas, es poco probable que los sirvientes de Motecuhzoma, a quienes odiaban, les diesen ninguna explicación, y así se la achacarían, por sus propios motivos, a los españoles, si es que su muerte ocurrió la víspera. Probablemente el tlatoani sabía que esa misma noche los españoles intentarían salir de la ratonera en que estaban, lo que lo enfrentaba con tres posibilidades inmediatas: Cortés podría cumplir la amenaza con que lo intimidó unos días antes de llevarlo con ellos, o podría ser asesinado por los españoles antes de partir, o podría caer en manos de sus súbditos. Seguramente ninguna de las tres le parecería deseable.

El periplo del infeliz monarca aún no terminaba, el destino de sus restos mortales también está encubierto por la contradicción y la divergencia de opiniones; a los cronistas no les importó demasiado el asunto. Cortés refiere que al saber sobre su fallecimiento lo notificó a dos de los señores presos y les entregó el cadáver para que lo sacaran del palacio, se lo llevaron a cuestas y no supo lo que hicieron con él, "salvo que no por eso cesó la guerra, y muy más recia y muy cruda de cada día", curioso comentario, pues indica, por una parte, que posiblemente esperaba que los mexicas aflojaran o cesaran en sus ataques para ocuparse de las exequias del difunto, y por otra, despierta la pregunta sobre cuándo en-

[26] Octavio Paz, con intuición de poeta, curiosamente menciona que Motecuhzoma experimentó "el vértigo lúcido del suicida ante el abismo", *El laberinto de la soledad*, p. 85.

tregó el cadáver, ya que se supone que sería unas horas antes de su partida.

López de Gómara relata que Cortés mandó darles el cuerpo a varios sacerdotes y principales, con la orden de que lo sacaran del palacio para que los mexicas constataran que había muerto debido a la pedrada que ellos mismos le dieron y no a manos de los españoles. Al verlo, sus súbditos prorrumpieron en grandes llantos y gritos y lo enterraron en Chapultepec.[27] El cronista agrega que Cortés envió palabra de que deseaba hablar con los señores y principales; cuando se acercaron les dijo desde la azotea que ya era tiempo de que dejaran de luchar, pues debían atender al asunto más urgente de elegir un nuevo rey y enterrar al difunto y que él, por el amor que le había profesado a Motecuhzoma, deseaba estar presente en los servicios funerarios, pidiéndoles su licencia. Le respondieron que la lucha no cesaría y que sabían muy bien cómo elegir a un nuevo señor sin necesidad de su consejo; en cuanto al difunto, harían con él lo que habían hecho con sus antecesores, todo lo cual no suena muy probable.

Bernal dice básicamente lo mismo, sostiene que Cortés mandó con igual mensaje a un sacerdote y a un principal de los que tenía presos, y agrega que les propuso nombrar como sucesor a un primo del difunto, también preso, o a uno de sus hijos, pues al que tenían como señor no le venía por derecho, y que aceptaran la paz y los dejaran partir de su ciudad, de otro modo, muerto Motecuhzoma, les harían mucho más daño, habiéndose refrenado por respeto al difunto.

Vázquez de Tapia opina que, por estar los españoles tan ocupados en la guerra, fue un "gran desatino" el que hicieron, pues en vez de encubrir la muerte del soberano metie-

[27] Como bien dice Clavijero, Chapultepec estaba a unas tres millas de distancia del palacio de Axayácatl, por lo que mal podrían oír los llantos, aunque los escucharan en esa dirección. *Cfr. Historia antigua de México y de su conquista*, II, p. 66.

ron su cuerpo en un costal y lo entregaron a sus súbditos, por lo que los mexicas pensaron que lo habían matado. Esa noche incineraron el cuerpo con grandes llantos y ceremonias, y al otro día lucharon con mayor furia (de acuerdo con esta declaración Motecuhzoma no murió el mismo día en que los españoles salieron de Tenochtitlán).

Francisco de Aguilar asegura que el huey tlatoani murió a hora de vísperas del día que decidieron salir, y que en el aposento donde estaba Motecuhzoma "había otros muy grandes señores", también presos, a los que Cortés, con el parecer de los capitanes, mandó ejecutar. Ya tarde encargaron a algunos de los prisioneros que dejaron con vida que sacaran los cuerpos y los arrojaran frente al palacio. A las 10 de la noche llegaron a ese sitio tal cantidad de mujeres que ponían espanto, buscando a sus maridos y parientes muertos, alumbrándose con antorchas y braseros. Aguilar dice que se encontraba en la azotea, haciendo su turno de guardia en compañía de otros españoles, y que desde allí vieron muy bien la escena debido a la claridad imperante. Al ir reconociendo a sus seres queridos las mujeres se tiraban sobre ellos con grandes muestras de dolor, llorando con muchos lamentos. Aguilar le comentó a su compañero: "¿No habéis visto el infierno y llanto que allá hay?, pues si no lo habéis visto, catadlo aquí", y comenta: "nunca en toda la guerra, por trabajos que en ella pasase, tuve tanto temor como fue el que recibí de ver aquel llanto tan grande".

Cervantes relata otra cosa: la muerte de Motecuhzoma le fue notificada a Cortés cuatro horas después, el capitán subió a la azotea e hizo señas a los mexicas de que deseaba hablarles. Algunos principales se aproximaron, el extremeño les dijo, a través de Marina, que su soberano había muerto debido a la pedrada que le dieron ellos mismos, y que se los entregaría para que lo enterrasen conforme a sus costumbres, advirtiéndoles no seguir luchando, pues Dios

asolaría su ciudad y todos morirían. La respuesta fue que no querían a Motecuhzoma, pues ya tenían otro señor, que se lo guardase como manceba que había sido de los españoles, y en cuanto a la guerra, ésta no cesaría hasta que murieran los extranjeros o todos ellos. El extremeño ordenó que dos de los principales presos sacaran el cadáver de la fortaleza; la calle estaba atestada de guerreros, uno de ellos, ricamente ataviado, fue a inspeccionar el cuerpo, hizo señas, como preguntando de quién se trataba, e indicó a los españoles mediante gestos que lo volvieran a meter, reuniéndose de nuevo con los suyos; los dos principales fueron tras él con el cadáver a cuestas. No se supo qué hicieron con él, se creía que lo llevarían a Chapultepec, pues por ese rumbo escucharon grandes llantos.

Solís reporta que, según decían algunos, los mexicas habían arrastrado y hecho pedazos el cuerpo de Motecuhzoma, sin perdonar a sus hijos ni a sus mujeres; y según otros, que un criado suyo lo quemó en una humilde pira en un lugar retirado y poco decente, pero que lo cierto fue que le hicieron un funeral en forma, llevándolo solemnemente a Chapultepec por la mañana.

El *Códice Florentino* narra que, a los cuatro días de la batalla del Templo Mayor, los españoles fueron a tirar los cuerpos muertos de Motecuhzoma y de Itzcuauhtzin a Teoayoc ("En la Tortuga de Piedra", pues ahí había una tortuga esculpida en piedra), al borde del agua. Los mexicas los reconocieron y llevaron en brazos a su soberano a Copulco, sitio donde moraban los sacerdotes encargados de celebrar el Fuego Nuevo cada 52 años, edad que se cree tenía el huey tlatoani a su muerte; ahí hicieron una pira y lo quemaron

> y apestaba mientras se quemaba. Y mientras se quemaba, impulsados únicamente por la cólera, ya no había muchos que lo llevaran en su corazón; otros le hacían reproches, decían: ¡Ese malvado!, ¡por todo el mundo sembraba el terror, por todo el mundo hacia reinar el espanto, por todo el mundo venían temblando ante él, venían sorprendidos! ¡Muchos pagaron por faltas imaginarias, que no eran verdaderas, que no eran más que palabras engañosas!, [28] y mascullaban, moviendo la cabeza.

A Itzcuauhtzin sus súbditos lo llevaron en una canoa a Tlatelolco, donde, llenos de compasión y misericordia, le ofrecieron llorosos todos los ritos; nadie le hacía reproches, nadie lo maldecía. Le vistieron con sus atuendos reales y lo incineraron en el patio del templo con grandes honores (lo que se ha tomado como una prueba más de que el códice fue compuesto por tlatelolcas).

Torquemada, afirmando seguir una relación indígena, repite lo dicho en el *Códice Florentino*.

El *Códice Ramírez* también sostiene que los mexicas no quisieron rendir los honores póstumos a su difunto tlatoani e insultaban a quienes insistían, hasta que uno de sus mayordomos, apiadado de él, "sin más aparato le quemó, y tomando sus cenizas en una olluela la enterró en un lugar harto desechado".

El *Códice Aubin* agrega que un Apanécatl cargó sobre sus espaldas el cadáver y lo llevó a Uitzillán, donde los mexicas tan sólo lo veían y no querían honrarlo; entonces lo llevó a Necatitlan, donde le dispararon flechas; prosiguió a Tecpantzinco, luego a Acatliyacapan, donde dijo: "¡Oh señores nuestros! ¡Qué pobre desgraciado es Motecuhzoma! ¿Qué me voy a pasar la vida cargándolo en las espaldas?".

[28] G. Baudot y T. Todorov, *op. cit.*, p. 121.

Entonces los señores lo recibieron y ordenaron que fuera incinerado.

Durán narra que si bien algunos afirmaban que los mexicas le hicieron solemnes y ricas exequias que duraron varios días, la historia que él seguía manifestaba que su cuerpo y el de los demás señores fueron quemados y hechos polvo sin honras, y que aún buscaron a sus hijos y mujeres para matarlos.[29]

De una u otra forma terminó la vida trágica de Motecuhzoma Xocoyotzin, noveno huey tlatoani de los mexicas, tal vez el más poderoso y magnífico de los soberanos de Me-

[29] Hernán Cortés, Segunda carta de relación; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV, lib. XXXIII, caps. XIII, XLVII y LIV; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, pp. 154-157; Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios del conquistador*, pp. 42-44; *Códice Ramírez*, pp. 115-119, 193, 199-201; G. Baudot y T. Todorov, "Códice Florentino", lib. XII, caps. XXII-XXIII; fray Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, VII jornada; Gonzalo de Illescas, "Un capítulo de su historia pontificial sobre la conquista de la Nueva España", p. 320; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. IV, caps. CIV-CXIV y CXVI-CXIX; Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. II, caps. CXXVI-CXXVIII, CLVI; G. Baudot y T. Todorov, "Códice Aubin", pp. 212-213; fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. II, caps. LXXIV-LXXVI; Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, lib. II, cap. VI; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, III, lib. X, déc. II, caps. VIII-XI; fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, caps. LXVIII-LXXI; Chimalpahin, "Séptima relación"; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Sumaria relación de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España", p. 390, "Compendio histórico del reino de Texcoco", p. 454, e "Historia de la nación chichimeca", caps. LXXXVII-LXXXVII; Solís, *op. cit.*, lib. IV, caps. XII-XVII; Clavijero, *op. cit.*, II, pp. 67-70; William Prescott, *Historia de la conquista de México*, vol. II, pp. 18-19, 30-32; Genaro García, *op. cit.*, pp. 214-215; Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV. pp. 376-382; Chavero, *op. cit.*, vol. II, pp. 416-418; Carlos Pereyra, *Hernán Cortés*, pp. 114-115; B. Cartwright, *Lluvia de dardos*, pp. 251-253.

soamérica. Repudiado por la nobleza y por los guerreros, a quienes intentó domeñar, y hasta por los mismos sacerdotes que habían sido su apoyo más fiel. Aprisionado, humillado y reducido a una sombra su antiguo poder por los extraños seres blancos que fue su destino llegaran en su tiempo. Torturada su psique, cogido su ser en ese gozne de la historia mundial, que cambiaba por entonces de dirección, en ese choque brutal de dos culturas, de dos cosmovisiones tan diferentes una de la otra.

Los historiadores nacionalistas y patrioteros, tanto de España como de México, han menospreciado sistemáticamente su figura y despreciado su memoria. La objetividad histórica le debe una disculpa. Tomando en consideración todas las complejas circunstancias de ese momento tan peculiar, hizo lo que pudo por librar a su pueblo con el menor daño posible de la amenaza que significaban los extraños seres blancos surgidos inesperadamente de la nada, de los que pronto constató que eran tan humanos como ellos y no dioses, y que la ignorancia de su existencia y el misterio de su llegada se debía a una geografía desconocida y no a la teología. No es su mérito menor haber abdicado como lo hizo, al pugnar por la liberación de Cuitláhuac, cuando su propia estrategia dejó de tener probabilidades de éxito, así su pueblo podría encarar mejor la única solución posible: una lucha total, de vida o muerte.

Político sagaz, conocedor de la psique humana, encontró en Cortés un contendiente de su altura. La sutil danza de ingenios en que ambos se trenzaron para conseguir sus respectivos fines ha sido grotescamente deformada y caricaturizada en las figuras de un conquistador cruel y desalmado y de un indígena ignorante, abyecto, fanático y cobarde. Para captar con claridad la riqueza de sus personalidades bastaría con compararlas con otro drama histórico de dimensiones semejantes, en el que los personajes serán Pizarro y Atahualpa.

Así lo entendió Ángel María Garibay al calificar a Motecuhzoma como "Una de las figuras más dignas de estudio, aunque jamás justipreciada".[30] Octavio Paz atribuye su comportamiento a una extraña fascinación, a un vértigo sagrado ante los españoles, sintiéndose abandonado por los dioses: "La gran traición con que comienza la historia de México no es la de los tlaxcaltecas ni la de Moctezuma [...] sino la de los dioses".[31]

La historia folletinesca gusta de incensar y glorificar a quienes viven y mueren por y para la violencia, convirtiéndolos en héroes o en villanos, ignorando que en este mundo parece casi imposible encontrar la bondad o la maldad absolutas, y que la gran mayoría de las personas que han dado dirección y forma a nuestros destinos están conformadas por una compleja mezcla de ambas cosas, por claroscuros. El análisis imparcial y profundo de la psique de Motecuhzoma, desprovisto de pasiones, podría ofrecer una aportación enriquecedora e ilustradora de nuestra propia vida y sociedad.

30 *Poesía náhuatl*, t. I, p. 234.

31 Véase *El laberinto de la soledad*, p. 85. H. Thomas opina que Motecuhzoma "se enamoró de sus captores y sobre todo de Cortés", por ello parecía cobarde y un "aterrado emperador que a veces reía tontamente en el palacio de Axayácatl", pero que "tales cambios de personalidad ocurren a menudo con la vejez". Lo tilda de "excepcionalmente supersticioso, hasta para un mexicano". ¡Vaya comparación! Afirma que el tlatoani acariciaba "al menos durante un tiempo, la idea de que Cortés era un señor perdido en el este, no necesariamente Quetzalcóatl", y que tal vez en su subconsciente pensara que era una reencarnación de esa deidad, *cfr. La conquista de México*, p. 453. Sobran los comentarios.

CAPÍTULO XXI

La Noche de la Huida

Cortés, entonces, se paró, y hasta se sentó, y no a descansar, sino a hacer duelo sobre los muertos y los que quedaban vivos, y pensar y decir el golpe que la fortuna le daba con perder tantos amigos, tanto tesoro, tanto mando, tan grande ciudad y reino; y no solamente lloraba la desventura presente, sino que temía la venidera; por estar todos heridos, no saber adonde ir y por no tener segura la guarida y amistad en Tlaxcallan; y ¿quién no llorara viendo la muerte y estrago de aquellos que con tanto triunfo, pompa y regocijo habían entrado?

Francisco López de Gómara[1]

A la puesta del sol del 30 de junio de 1520 había una febril actividad en el palacio de Axayácatl, la hueste de Cortés se organizaba para su peligrosa partida de México-Tenochtitlan.[2] Una de sus preocupaciones prioritarias

1 *Historia general de las Indias*, II, p. 161.

2 Bernal Díaz, López de Gómara y Alva Ixtlilxóchitl afirman que fue la noche del 10 de julio. Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, II, p. 72, prefiere la noche del 1 de julio, arguyendo que Cortés afirmaba haber llegado a Tlaxcala el 10 de julio y deduciendo del diario de su marcha que saldrían en esta fecha; Prescott le sigue. Orozco y Berra sostiene que el 10 de julio es inadmisible, dado que Cortés dio como fecha de su regreso a México el 24 de junio y la de su entrada a Tlaxcala el domingo 8 de julio, y como todos los sucesos coinciden con tales fechas, el día de la salida debió de ser el 1

era llevarse consigo el botín acumulado. Cortés encargó a su camarero, Cristóbal de Guzmán, que llevara el tesoro a una sala del palacio, a la que convocó a Alonso de Ávila y a Gonzalo Mejía, oficiales encargados de la tesorería, así como a los alcaldes y regidores de la Villa Rica, a los capitanes y personas principales y al escribano Pedro Hernández para dar fe.

El botín comprendía el quinto del emperador y el del extremeño, el resto había sido repartido entre los demás. El quinto del emperador fue entregado a los oficiales reales, debidamente empacado y fundido en barras; el extremeño les proporcionó una de sus yeguas para transportarlo, "en la cual se cargó tanta parte cuanta yo podía llevar", afirma Cortés; sin embargo, es claro que tal cantidad de oro sería demasiado pesada para una sola bestia.[3] Bernal aclara que el oro se cargó en una yegua, siete caballos, heridos y cojos, pues con los sanos debían enfrentar cualquier eventualidad de lucha, y 80 tlaxcaltecas escogidos para cuidarlo.[4] Muñoz Camargo relata que don Antonio Calmecahua, capitán muy famoso, súbdito de Maxixcatzin, que en la época del cronista contaba ya 130 años de edad, gozando de muy buena razón, aunque sordo, participó en muchas

---

de julio, atribuyendo a un posible error de copia la conversión de 1o. en 10.

3 En 1981 se encontró una de estas barras cerca de la calzada de Tacuba, curva y muy plana, midiendo unos 30 cm de largo, cinco de ancho y poco más de uno de espesor.

4 En el cargo número 29 del juicio de residencia de Cortés se menciona también una sola yegua. Vázquez de Tapia declaró en este juicio que se trataba de una yegua morcilla; lo mismo dijo Cristóbal de Ojeda, aunque según él la yegua llevaba el oro de Cortés, no el del rey, DC, II, pp. 11, 43, 46. Torquemada declara que muchos afirmaban que Cortés les dio una yegua a los oficiales reales para cargarla con el quinto del rey. Alfredo Chavero opina que los siete caballos eran para el oro del rey y la yegua para el de Cortés, lo cual hace buen sentido. *Cfr. México a través de los siglos*, vol. II, p. 418.

de las batallas junto a Cortés y aseveraba haber sido uno de los encargados de cuidar el tesoro.[5]

El extremeño nombró varias personas de su confianza para hacerse cargo tanto de los animales como de los tlaxcaltecas que llevaban el oro.[6] Rogó y requirió a alcaldes, regidores y demás españoles su ayuda para sacar y salvar lo que aún quedaba del saqueo, había muchas joyas sin fundir; finalmente decidieron que se repartiera entre todos, no había otro modo de sacarlo. En la relación de Cortés no queda muy claro si se les obsequió ese oro o sólo les pidió sacarlo. López de Gómara sostiene que el capitán "dijo asimismo que cada uno cogiese lo que quisiese o pudiese del tesoro, que él se los daba".

Cortés pidió a su secretario y a otros escribanos del rey dar testimonio de que no podía hacer más y que era preferible que los españoles tomaran el oro a dejarlo a esos "perros mexicas". Bernal relata que Cortés, ante escribano, lo dio a quien quiso; muchos de los venidos con Narváez y algunos de los del extremeño cargaron con todo lo que pudieron; aunque los veteranos, con más experiencia y previsión, no quisieron obstaculizarse con su peso, Bernal sólo cogió unos cuatro chalchihuites, que más tarde dice le fueron muy útiles para pagar sus curaciones y comida. Otros, como Gonzalo Ruiz, tomaron tres o más barras de

5 A decir de Chavero, *op. cit.* p. 425, Antonio Calmecahua era hermano de Maxixcatzin.

6 En el juicio de residencia de Cortés, Andrés de Tapia declaró que el capitán llamó a un Escobar, encargado del oro del rey, para que lo llevase. Recordaba Tapia que el oro iba en unas ocho petacas, o "cajones de palo", como las llama, además de otros ocho o 10 bultos amarrados, pesando cada uno aproximadamente dos o tres arrobas (23 o 35 kg). Agrega que Cortés dijo que ese era el oro del rey y que no había más, excepto plumajes con oro y ciertas joyas que les mandó y requirió sacar. DC, II, p. 357.

oro.[7] Lo que quedó, en forma de plumería y otros objetos, fue dado a los aliados.[8]

Las crónicas cuasiíndigenas afirman que, antes de partir, los españoles ejecutaron a todos o a la mayoría de los señores presos en el palacio de Axayácatl. Durán reporta que cuando, más tarde, los mexicas entraron al palacio, encontraron a los señores presos asesinados a puñaladas. Chimalpahin afirma que murieron estrangulados, entre ellos Cacama, señor de Acolhuacan, e Itzcuahuatzin, señor de Tlatelolco. Torquemada relata que mataron a Motecuhzoma y a Itzcuahuatzin, y que ya habían estrangulado en secreto a Cacama a los pocos días de ser capturado. Alva Ixtlilxóchitl ofrece dos versiones: en la *Sumaria relación* narra que Cacama, junto con dos de sus hermanos y tres de sus hermanas, murió en la calzada durante la huida española, mientras que en el *Compendio histórico del reino de Texcoco* afirma que, de acuerdo con lo que decían Alonso Axayácatl y otras relaciones de indígenas que estuvieron presentes, los españoles mataron a Cacama y unos hermanos y hermanas suyos; en su *Historia de la nación chichimeca* agrega que Cacama murió de 47 puñaladas, "porque como era belicoso se quiso defender de ellos; y hizo tantas bravezas, que con estar preso les dio en que entender". En el *Códice Ramírez* (aunque está tachado en el original) se dice que Cacama había fallecido algún tiempo antes, ya que, poco después de ser apresado,

7 Juicio de residencia de Cortés.

8 En la Probanza de Ochoa de Lejalde, Tepeaca, 1520, se afirma que Cortés rogó a todos que salvasen el oro del rey, y que de lo suyo propio no se preocupasen. Como quedaban aún muchas joyas, escudos, penachos, etc., el capitán las entregó a "ciertos indios naborías de casa", y a "un cacique de la provincia de Guaxucingo", para que las sacasen y "Sus Altezas non lo perdiesen". DC, I, p. 118. Así lo declaró también Gonzalo de Alvarado, G. R. G. Conway, *La noche triste. Documentos*, p. 20.

un día amaneció muerto.[9] Cristóbal del Castillo acusa a los españoles de ser "los salteadores homicidas, los viciados matadores cautelosos".[10]

Varios cronistas españoles aseveran que los señores prisioneros partieron bajo custodia en las filas del ejército de Cortés. Entre ellos estarían los hijos de Motecuhzoma: Chimalpopoca y Tlaltecatzin, y sus hijas: Tecuichpo-Isabel, Ana y Leonor, así como la hija de Xicoténcatl y amante de Alvarado, doña Luisa, Cacama y uno de sus hermanos, Cuicuitzcatzin, a quien Cortés había nombrado como su sucesor, y otros más. Cervantes opina, no sin cierta razón, que Cortés pensaba utilizarlos como rehenes para negociar la paz, o para resolver algún otro problema, por lo que es muy posible que entre ellos fueran por lo menos tres nobles principales, uno por cada señorío de la Triple Alianza; también habría la posibilidad de imponerlos más tarde como gobernantes títere.[11]

9 Clavijero, *Historia antigua de México…*, II, p. 72, opina que ninguno de los que afirman estos asesinatos expresa el motivo, y que si acaso fue justo "nunca pudo ser prudente", ya que tal acción irritaría más a los mexicas, induciéndolos a creer que también Motecuhzoma habría sido ejecutado; sin embargo, acepta el hecho, por respeto a Sahagún, Torquemada y Betancourt, "y al del público; pero con alguna desconfianza acerca del suceso, en que hallo mucha inverosimilitud". Para Manuel Orozco y Berra, aunque afirma que ya las ejecuciones de los más cercanos a Motecuhzoma habían sido realizadas por orden de Pedro de Alvarado, al tiempo de la matanza del Templo Mayor, esos asesinatos están establecidos "por buenas autoridades", sin mencionar cuáles, por lo que manifiesta que en el transcurso del día de la salida ejecutaron junto con Motecuhzoma a casi todo el resto de los señores, pues dice quedaron todavía algunos, escapados "a la catástrofe de la tarde", que llevaron los españoles en su huida. *Cfr. Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, pp. 356-358, 376, 384-385.

10 Francisco del Paso y Troncoso, *Fragmentos históricos*, p. 96.

11 Prescott afirma que el padre Olmedo celebró una misa poco antes de partir, mas no encuentro ninguna fuente que lo mencione.

Los españoles empezaron a salir del palacio hacia la medianoche, tras encomendarse a Dios, cargados "con mucha riqueza, así de vuestra alteza como de los españoles y mía", escribe el capitán, en el mayor silencio y secreto, aunque Francisco de Aguilar comenta que ello "era tan imposible como subir al cielo sin escalera", debido a la gran cantidad de mexicas que había por todos lados; difícil sería en verdad mantener en silencio tanta gente, caballos y la artillería arrastrada. Hay quien afirma que envolvieron los cascos de los caballos con telas, para que no hicieran ruido, no he encontrado tal referencia.

Empezó a llover, lo cual les favorecía, pues muchas hogueras estaban apagadas y buena parte de los mexicas buscaron el refugio de los techos. Francisco de Aguilar narra que por lo general en las noches había tal claridad que parecía ser mediodía, debido a la luz de la luna y de los braseros y hogueras de calles y azoteas, prendidas precisamente para que el enemigo no pudiera salir sin ser visto; pero ese día, al anochecer, se levantaron

> unos remolinos y torbellinos, de manera que a las nueve o diez de la noche comenzó de lloviznar y tronar y granizar tan reciamente que parecía romperse los cielos; cosa cierta, que más parecía milagro que Dios quiso hacer por nosotros para salvarnos que cosa natural, porque era imposible que todos no quedáramos aquella noche allí muertos.[12]

Durán también menciona una fuerte llovizna y una tempestad de aire y granizo. Bernal sólo refiere que había niebla y que lloviznaba, por lo que estaba algo oscuro. López de Gó-

[12] Fray Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, VII jornada.

mara habla de una gran niebla, y el *Códice Florentino* relata que "llovían pequeñas gotas, lloviznaba ligeramente".[13]

A la vanguardia de la hueste cortesiana iban 40 hombres escogidos que llevaban un puente de madera, construido previamente, a fin de colocarlo sobre el primer canal, tras lo cual debían esperar a que cruzara todo el resto para quitarlo y llevarlo a la siguiente cortadura, hasta salir a tierra firme. Por alguna extraña razón no pensaron, o no pudieron, llevar los necesarios; de haberlo hecho hubieran escapado más con vida.[14] Cervantes de Salazar dice que esta tarea fue encomendada a un capitán al que llama Magarmo o Magarino (Francisco Rodríguez Magariño), y que sus 40 hombres juraron no abandonar su tarea y morir en ella si fuera necesario. Bernal menciona que fueron 150 españoles y 400 tlaxcaltecas los encargados de poner el puente y cuidarlo hasta que todos hubieran pasado, después quitarlo y llevarlo al siguiente paso.

El orden en que salieron varía en las crónicas. López de Gómara y Cervantes narran que, tras los que llevaban el puente, iban 20 de caballería y unos 200 peones al mando de Gonzalo de Sandoval y Antonio de Quiñones. Bernal narra que eran 50 españoles y 200 tlaxcaltecas bajo Diego de Ordaz y Gonzalo de Sandoval, jalando la artillería. Solís agrega, además de los mencionados capitanes, exceptuando a Quiñones, a Francisco Acevedo, Francisco de Lugo y Andrés de Tapia. Al parecer iban también con ellos los dos

[13] José Luis Martínez escribe que el ejército estaba integrado por unos siete u ocho mil hombres, de los cuales cerca de 1300 eran españoles, véase *Hernán Cortés*, p. 269.

[14] Vázquez de Tapia los menciona en plural: las puentes. Todos los demás hablan de un solo puente. Al parecer hicieron el puente con las vigas del techo del palacio de Axayácatl, según declaración de Francisco de Flores, AGI, Justicia, leg. 223, p. 2, f. 511 v. [814].

frailes, Bartolomé de Olmedo y Juan Díaz, así como doña Marina y doña Luisa.

En el centro, según Bernal, iban Francisco de Saucedo y Francisco de Lugo (Solís añade a Vázquez de Tapia), al mando de cien soldados jóvenes y ágiles, de los cuales podría disponer Cortés, Ávila, Olid u otros capitanes, para acudir a donde más se necesitaran. Posiblemente irían aquí las bestias cargadas con el oro, al cuidado de Alonso de Escobar y de Cristóbal de Guzmán.[15]

En la retaguardia, siempre de acuerdo con Bernal, iban Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León; y "entremetidos en medio de los capitanes y soldados de Narváez", sin precisar en qué parte, 30 españoles y 300 tlaxcaltecas, que llevaban a su cargo a los prisioneros. En el proceso de Alvarado se dijo que en la retaguardia iban 80 de a caballo y 500 peones.[16] Al parecer, los aliados fueron repartidos entre esas tres secciones, la mayor parte en la retaguardia.

El *Códice Florentino* narra que los españoles salieron a la cabeza, "los tlaxcaltecas iban detrás, iban muy pegados a ellos, era como si vinieran haciéndose sus muros, sus murallas". Muchos llevaban en ancas a los más heridos; a decir de Aguilar algunos caballos cargaban a dos o hasta tres.

Enfilaron hacia la calzada de Tlacopan, que se extendía unos tres kilómetros y medio hasta llegar a tierra firme; su anchura obligaba a que las columnas no fueran de más de 20 hombres. Escogieron esa vía porque era la más corta hasta tierra firme y sólo tenía tres cortaduras, en cambio la de Iz-

[15] En la probanza de los oficiales reales, Tepeaca, septiembre de 1520, la pregunta 18 inquiere si saben que Escobar venía con el oro, y que al matarlo los mexicas tomaron el tesoro; Sánchez Farfán, entre otros, dio una respuesta afirmativa, Conway, *La noche triste…*, pp. 50, 67.

[16] Orozco y Berra, *op. cit.*, vol. IV, p. 389.

tapalapa tenía siete.[17] (El curso de la primera calzada es más o menos el de la actual calle de Tacuba.)

La vanguardia llegó al primer canal, cuyo puente había sido quitado por los mexicas. En las crónicas no queda muy claro de cuál de ellos se trataba. Curiosamente el extremeño dice que ya habían pasado por los cuatro primeros puentes, y que en otros cuatro habían dejado una buena guardia, y enseguida agrega que fue "llegando a las puentes, que los indios tenían quitadas, a la primera dellas", lo cual no deja de ser confuso. López de Gómara relata que fue en "el primer ojo"; Bernal no menciona cuál. Seguramente sería el puente del primer gran canal, situado donde se iniciaba propiamente la calzada de Tlacopan, en las orillas de la isla de México-Tenochtitlan (más o menos a un costado del actual Palacio de Correos), llamado *Tecpantzinco*.

Magariño y sus hombres colocaron el puente portátil sobre el canal. La vanguardia empezó a cruzar. Cortés sostiene que no encontraron a nadie que los resistiera, "excepto ciertos velas que en ella estaban" y que éstos empezaron a dar tales gritos de alarma que antes de llegar al segundo puente fueron atacados.

Prácticamente todas las crónicas concuerdan en que fue en esos momentos cuando los mexicas dieron la voz de alarma. A decir de López de Gómara cuando pasaban sobre ese canal la dieron con grandes voces los centinelas y los guardias del templo y de la ciudad, sonando las caracolas; agrega que cuando Cortés llegaba al segundo canal los mexicas arremetieron contra ellos, con grandes trabajos pudieron poner el puente, lo cual implicaría o que llevaban dos puentes o que quitaron el anterior, habiendo pasado todo el ejército, lo cual no concuerda con las demás crónicas.

17 Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. I, cap. LXXI.

El extremeño no menciona cuál fue la suerte del puente que hicieron. Bernal sostiene que primero pasaron Cortés y los suyos con muchos de a caballo. Al irlo cruzando se oyeron gritos, silbidos y caracolas, los mexicas llamaban a los tlatelolcas para que acudieran a toda prisa con sus canoas. En poco tiempo cayeron sobre ellos grandes escuadrones de guerreros, "y toda la laguna cuajada de canoas". Los mexicas cargaron sobre el puente e intentaron quitarlo, dos caballos resbalaron en el lodo y cayeron al agua; al ver esto, Bernal y otros pasaron al otro lado justo a tiempo, pues por muy bravíamente que luchaban ya no se pudo aprovechar el puente; no especifica qué sucedió, pero la presión de los que venían atrás hizo caer a muchos a la cortadura, que en poco tiempo, pues no era muy profunda, se llenó de cadáveres, sobre todo de caballos, indígenas de servicio y del fardaje y la artillería, por lo que sobre ellos pudo pasar la retaguardia.

Cervantes narra que los vigías del primer puente estaban alrededor de una fogata, y al ver a los españoles empezaron a arrojarles tizones, probablemente para observarlos mejor, y dieron la alarma. Magariño y los suyos lucharon valientemente con los primeros guerreros que acudieron, logrando colocar el puente sobre la cortadura y todo el ejército pudo cruzar, pero al intentar quitarlo para llevarlo al siguiente canal no pudieron, se había empotrado profundamente en la tierra mojada a causa del peso recibido; entonces los acometió una gran cantidad de mexicas a bordo de canoas, al grito de "¡Mueran, mueran los perros cristianos!".

El *Códice Ramírez* relata que ya habían pasado Cortés y buena parte de su gente por el primer canal e iban llegando al segundo, hacia el actual templo de San Hipólito, cuando fueron descubiertos por una indígena que iba por agua, así como por un mexica desde una azotea, ambos comenzaron a dar fuertes voces, lo cual es poco creíble; seguramente

los mexicas esperaron a que todos los enemigos estuvieran en la calzada y la vanguardia hubiera llegado al segundo puente faltante, pues así podrían atacarlos por la retaguardia y por ambos lados de la calzada a bordo de canoas. El *Códice Florentino* refiere que los españoles pudieron atravesar los canales de *Tecpantzinco*, *Tzapotlan* y *Atenchicalco* (éstos serían canales más pequeños, dentro de la ciudad,[18] y conforme se acercaban a *Mixcoa* y a *Mixcoatechialtitlan*, donde se encontraba el cuarto canal, el de *Tlaltecayoacan*, llamado también de los toltecas o *Toltecaacaloco* a decir de Torquemada (así se nombra también en los *Anales de Tlatelolco*), fueron vistos por la mujer que sacaba agua y empezó a gritar, secundada por un hombre desde lo alto del Templo Mayor. Muñoz Camargo relata algo similar, sucedido en el primer puente, donde los vio una vieja vendedora de comida, quien dice debió de ser el demonio, pues empezó a dar grandes voces.[19]

Como quiera que fuese, al llegar a esta segunda cortadura quedaron detenidos por la falta de puente: "Enseguida, entonces, se elevó un rumor", los mexicas cayeron sobre sus enemigos, "ahí fue como si se hubieran tirado a un abismo, como si hubieran llenado un abismo, cayeron todos ahí den-

[18] Orozco y Berra, *op. cit.*, p. 385, afirma que Tecpantzinco era el nombre del primer gran canal.

[19] Orozco y Berra, *ibid.*, p. 387, dice que este segundo canal era el nombrado Toltecacalli, mientras que el tercero era el de Toltecaalopan, y que fue en este último donde estaba una viga. Cervantes escribe que en este sitio un sobreviviente, Juan Tirado, después de la Conquista mandó edificar en memoria de los muertos una capilla llamada de los Mártires, cercana a la iglesia de San Hipólito, edificada en conmemoración de la toma de México. Torquemada refiere que poco duró este nombre, "pues tampoco les convenía a los muertos que iban cargados de oro y huyendo, por sólo salvar las vidas"; fue demolida y en su tiempo ya no había memoria de ella. Los *Anales de Tlatelolco* narran que los españoles llegaron a recuperarse a Mazatzintamalco, en donde velaron.

tro, ahí se expandieron todos [...] con eso se llenó el canal, se colmó bien", dice el *Códice Florentino*.

La hueste cortesiana quedó cogida en una trampa mortal, detenida precariamente en un tramo de la calzada, cuyo largo se desconoce, mas no podría ser mucho. En el extremo que se dirigía hacia tierra firme habían quitado el puente original, y en el que conducía a la ciudad estaba posiblemente inutilizado el que habían puesto los españoles. Al parecer una parte de la retaguardia tuvo que regresar al palacio de Axayácatl para salvar la vida de momento, según Cervantes fueron más de cien, aunque algunos afirman que hasta 300. Parte de la infantería cruzó por una viga no muy ancha, resbalosa por el agua y el lodo.

La noticia de que estaban atrapados en la calzada corrió por la columna con gran rapidez, provocando el caos, acrecentado por la oscuridad, por el feroz ataque mexica y por el terror pánico de la muerte; desde las canoas les arrojaban infinidad de flechas, y desde ellas desjarretaban a los caballos con lanzas largas. El orden de la marcha se deshizo, la anarquía y el desconcierto se adueñó de la columna, en adelante fue sálvese quien pueda. Francisco de Aguilar lo narra gráficamente, muchos murieron debido a las armas mexicas, pero "otros de miedo y espanto, sin herida alguna, desmayados; y como todos íbamos huyendo no había hombre que ayudase y diese la mano a su compañero, ni aun a su propio padre ni su propio hermano".

Los mexicas los herían a placer desde las canoas a ambos lados de la calzada; concentrando sus ataques donde estaba el mayor número de enemigos, descuidando los otros tramos, haciendo más difícil y desordenada su ofensiva, pues eran tantas las canoas que se estorbaban unas a las otras, empujando contra la calzada las de atrás a las de primera línea.

Para Aguilar fue un milagro divino el que muchos pudieran pasar los canales, a costa de cantidad de vidas, aunque por ser indígenas y españoles codiciosos la mayor parte de los muertos, no importaba tanto; y es que, agrega el fraile-conquistador, no había modo de pasar los canales, "salvo que proveyó nuestro Señor el fardaje que llevábamos de indios e indias cargados", que al caer en la cortadura se ahogaron, colmándola, "de manera que echábamos delante el fardaje, y por los que allí se ahogaban, salíamos de la otra parte; y esto se hizo en las demás acequias, donde a revuelta de los indios e indias ahogados quedaban algunos españoles".

Cortés, infatigable, animaba a los suyos. Según Cervantes fue gracias a él, después de Dios, que no perecieron todos. Fue en ese segundo canal donde ocurrió la mayor mortandad, como lo manifiesta el *Códice Florentino*:

> los que iban a la cabeza, esos ya habían escapado bien; pero los que no eran más que los últimos, esos fueron los que cayeron al abismo, los que cayeron al agua. Todos murieron, y fue como si una montaña de hombres se hubiera instalado; se habían amontonado unos contra otros; lo único que habían hecho era matarse unos a otros, se habían matado sofocándose.[20]

Bernal describe cómo fueron atacados por infinidad de guerreros que los aguardaban a los lados de la calzada, armados de grandes lanzas, muchas compuestas con las espadas tomadas a los españoles, a quienes insultaban sin cesar con grandes gritos, mientras los europeos continuaban hacia adelante como podían, abriéndose paso a esto-

[20] Georges Baudot y Tzvetan Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, cap. XXV.

cadas y cuchilladas, si se hubieran detenido todos habrían muerto.

Cortés se adelantó junto con cinco jinetes, que según Solís eran Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid, Alonso de Ávila, Francisco de Morla y Gonzalo Domínguez, y con cien soldados. Lograron pasar a nado el tercer canal, menos profundo; el extremeño lo cruzó, llegándole el agua a la cincha de la silla del caballo, así llegaron hasta la orilla de la laguna, "por salvarse y llegar a tierra firme y asegurar sus vidas", opina Bernal, aunque no sólo sería por eso, pues Cortés dejó en tierra firme a la infantería que pudo pasar, al mando de Juan Jaramillo, y regresó con los otros cinco jinetes a auxiliar y dar prisa a los demás y detener un poco a los furibundos mexicas, dando tiempo a que los suyos siguieran cruzando por el vado, pues ya le había llegado la noticia de la situación desesperada en que estaban. A pesar de que era un milagro que algunos hubieran salido, él y sus compañeros volvieron a la lucha, lo cual es un acto de gran valentía que muy bien podría haberles costado la vida. En la calzada se encontró con María de Estrada, que se abría paso a mandobles de su espada, protegida por un escudo, realizando prodigios de valor, luchando "con tanta furia y ánimo que excedía al esfuerzo de cualquier varón, por esforzado y animoso que fuese, que a los propios nuestros ponía espanto".[21]

Encontraron al resto enzarzado en lucha mortal, recibiendo mucho mayor daño que los mexicas, cuando la ca-

[21] Así está escrito en una apostilla en la copia de Bustamante de la *Historia de Tlaxcala*, de Muñoz Camargo, del manuscrito de la Universidad. Torquemada también menciona las hazañas de esta mujer, agregando que se casó con Pedro Sánchez Farfán y les dieron en encomienda el pueblo de Tetela, en las faldas del volcán. Al morir Pedro Sánchez, María Estrada volvió a casarse, con Alonso Martín Partidor, viviendo ambos en Puebla de los Ángeles hasta que murieron.

ballería arremetía por la calzada éstos simplemente se tiraban al agua, de manera que sólo herían o mataban a los que se tropezaban al estorbarse mutuamente debido a su gran número. "Y así —escribe Cortés— a todos los mataron, y a muchos naturales, los españoles", frase un tanto confusa que al parecer quiere decir que mataron a todos los tlaxcaltecas, y los españoles a muchos mexicas, "asimismo habían muerto muchos españoles y caballos, y perdido todo el oro y joyas y ropa y otras muchas cosas que sacábamos, y toda el artillería" (y los prisioneros, agrega López de Gómara), aunque Bernal afirma que salieron a salvo los caballos y los tlaxcaltecas con el oro.

La noche resonaba con los alaridos de victoria de los mexicas, los gritos de terror de los españoles, los gemidos y lamentos de los heridos y moribundos pidiendo socorro, auxilio, misericordia o confesión, maldiciendo su suerte, la hora y a quien los había llevado allí, clamando a Dios y a la Virgen María. Muchos perecieron en el agua, al intentar cruzar a nado o saltar los canales, o al ser arrojados a ella por los mexicas, donde eran rematados o subidos en canoas ser para sacrificados posteriormente. Tal suerte tocó sobre todo a los que iban impedidos por el peso del oro, aunque murieron ricos. "Y para quien no vio aquella noche la multitud de guerreros que sobre nosotros estaban y las canoas que de ellos andaban a rebatar nuestros soldados, es cosa de espanto", comenta Bernal, "Ponía grima y espanto en la obscuridad el alarido de los indios y los clamores de los españoles ¡Aquí, aquí!, ¡Ayuda, ayuda!, ¡Socorro, socorro, que me ahogo!, ¡Ayudadme compañeros, que me llevan a sacrificar los indios!, los heridos de muerte, los que se iban ahogando, y aquellos sobre los cuales pasaban los demás gemían dolorosamente ¡Dios sea conmigo! ¡Misericordia, Señor! ¡Nuestra Señora sea conmigo! ¡Válame Dios!, los otros apellidaban ¡Mueran, mueran!".

Cortés intentó reunir a los sobrevivientes y enviarlos hacia adelante, mientras les cuidaba las espaldas junto con tres o cuatro jinetes y cerca de 20 peones.

La tercera cortadura de la calzada pronto se llenó de cuerpos. Cortés y sus compañeros se dirigieron hacia la orilla, llevando a los que habían enviado por delante; encargó a Pedro de Alvarado animar y recoger a los que quedaban atrás, pero la furia de los mexicas era tan grande, haciendo caer a tantos españoles y aliados, que Alvarado, consciente de que si se quedaba también moriría, partió tras Cortés; habiendo perdido su cabalgadura llegó a pie hasta la cortadura final. De cómo cruzó surgió una leyenda, narrada primero por López de Gómara, Fernández de Oviedo y Cervantes de Salazar, que ha perdurado hasta la fecha: se cuenta que saltó el canal apoyando la lanza en el fondo e impulsándose con ella con tal brinco que los indígenas quedaron espantados y maravillados, al igual que los españoles, "pues era grandísimo, y otros no pudieron hacerlo aunque lo probaron, y se ahogaron", declara López de Gómara. Muñoz Camargo relata que tal se decía en unas probanzas hechas en Tlaxcala, en las que los herederos de Alvarado querían probar los méritos de su padre, en las que declararon a su favor varios capitanes que participaron en los eventos, entre ellos don Antonio Calmecahua.

De acuerdo con Bernal, en ese triste puente, que después fue llamado el Salto de Alvarado,

> ningún soldado se paraba a verlo si saltaba poco o mucho, porque harto teníamos que salvar nuestras vidas [...] y todo lo que en aquel caso dice Gómara es burla, porque ya que quisiera saltar y sustentarse en la lanza, estaba el agua muy honda y no podía llegar al suelo con ella; y además de esto, la puente y abertura muy ancha y alta, que no la podría salvar por más

> suelto que era, ni sobre lanza ni de otra manera [...] y nunca oí decir de ese salto de Alvarado hasta después de ganado México, que fue en unos libelos que puso un Gonzalo de Ocampo, que por ser algo feos aquí no declaro. Y entre ellos dice: "Y dacordarsete debía del salto que diste de la puente".[22]

El juicio de residencia de Alvarado fue publicado en México hasta 1847, con él se reveló la verdad de un acto de preservación de la propia vida, que dista mucho de ser extraordinario, pues el conquistador se olvidó de los que tenía a su cuidado. Entre los cargos, el séptimo lo acusa de que, al llegar a uno de los canales sin puente, se apeó y lo cruzó por un madero o viga, dejando desamparado a su caballo, así como a la gente de su capitanía; tras pasar subió en ancas de un caballo del escudero de Cortés, Cristóbal de Gamboa, y huyó hacia donde estaba el extremeño, ante quien se presentó a pie, con una lanza en la mano, junto con cuatro soldados y ocho tlaxcaltecas, todos chorreando sangre. Al preguntarle el extremeño por su gente, Alvarado le aseguró que ya habían pasado el canal o perecido, y que Juan Velázquez de León había muerto, así como otros 80 españoles. Cortés decidió continuar su marcha, con lo que la retaguardia quedó abandonada. Alvarado replicó en su defensa que no era justo hacerle tal cargo, pues "yendo de noche e oscuro e saliendo de esta ciudad en la retaguardia, los que iban conmigo me dexaron e desampararon [...] me hirieron malamente, e me mataron el caballo [...] e viéndome de esta manera pase el dicho paso [...] fue milagro poderme escapar".[23]

[22] Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. II, cap. CXXVIII. William Prescott sostuvo que este tremendo salto fue real, adornando el suceso con los productos de su imaginación, *cfr*. *Historia de la conquista de México*, vol. IV, pp. 44-45.

[23] Orozco y Berra, *op. cit.*, vol. IV, pp. 388-389; y Adrián Recinos, *Pedro de Alvarado*, p. 41.

Es poco creíble que los mexicas hayan descuidado o fueran negligentes en sus guardias nocturnas, es más probable que dejaran salir al enemigo a la calzada donde más fácilmente podrían atacarlos, tal vez por eso dejaron esa calzada más accesible; además, los mexicas atacaron en masa, por tierra y agua, estando la hueste cortesiana a mitad de la calzada. Hay que recordar también que las fuentes cuasiindígenas no fueron narradas por ningún sobreviviente principal mexicas, Antonio de Solís menciona algo al respecto al afirmar que fueron acometidos cuando menos lo recelaban pues los "bárbaros" estaban preparados "sin rumor" anterior, aprovechando la oscuridad y el silencio, y abunda:

> Fue digna de admiración en aquellos barbaros la maestría con la que dispusieron su ficción, y observaron con vigilante disimulación el movimiento de sus enemigos, juntaron y distribuyeron sin rumor la multitud inmanejable de sus tropas: sirviéndose de la oscuridad y del silencio […] entrando al combate con tanto sosiego y desembarazo, que se oyeron sus gritos y el estruendo belicoso de sus caracoles, casi al mismo tiempo que se dejaron sentir los golpes de sus flechas.

Con la primera luz del domingo los sobrevivientes fueron llegando a las orillas de la laguna, desde donde eran enviados hacia adelante, rumbo a Tlacopan. Cortés se detuvo unos momentos, a esperar que todos pasaran, sentado en las gradas de un pequeño templo del poblado de Popotla. Al contemplar el estado lastimoso de sus gentes, la mayoría malheridos, muchos descalzos por dejar los zapatos en la calzada, quieren algunos cronistas que, no pudiendo contener las lágrimas, llorara amargamente por los que habían muerto, por el tesoro perdido, al igual que por la ciudad y por el reino que había pensado entregar a la Corona espa-

ñola; por quedar tan pocos, en tierra extraña, sin comida, sin seguridad, sin saber a dónde ir; su único refugio posible era en Tlaxcala, aunque no sabían cómo los recibirían tras la derrota y la muerte de tantos. Recordó los errores que había cometido, cegado por la soberbia, y afirmó que Dios le había castigado como a David, pues la confianza en su otrora numeroso ejército fue la causa de esa pérdida. Lo consoló la profecía de Botello, quien auguró que volverían a México-Tenochtitlan y la dominarían. Preguntó si Martín López estaba entre los sobrevivientes, le dijeron que sí; eso le contentó, pues ya pensaba en construir los bergantines necesarios para atacar la ciudad lacustre, tarea en la que López le sería de gran utilidad.[24]

Algunos mexicas los insultaban de lejos, aunque pocos, sin acometerlos. Si el grueso del ejército hubiera continuado el ataque en tierra firme es muy probable que todos los españoles perecieran, al parecer se contentaron con desalojarlos de su ciudad sin perseguirlos, ocupados en las exequias de sus muertos, y tal vez con las de los señores que iban con los españoles, fallecidos en la salida, o encontrados muertos en el palacio de Axayácatl. Se dedicaron también a limpiar de cadáveres los canales y la calzada, a recuperar el tesoro, y a despojar a los blancos y sus aliados muertos de ropas, armas y pertenencias. Así lo expresa López de Gómara, quien afirma que hicieron grandes llantos y lamentaciones por los hijos de Motecuhzoma que

[24] El llanto de Cortés se convirtió en una leyenda popular. Aún subsiste el sabino, o ahuehuete, llamado "El árbol de la Noche Triste", aunque ya muerto, recargado, en cuyo tronco se dice que Cortés lloró; así se le ve en el *Lienzo de Tlaxcala*. Cortés, por supuesto, no lo menciona; López de Gómara, Bernal Díaz y Cervantes describen la escena en Popotla, mientras que Solís la sitúa en Tacuba y Alva Ixtlilxóchitl en la Torre de la Victoria. Hugh Thomas, poco conocedor de la flora del altiplano, asevera que el árbol en cuestión era una ceiba, *cfr. La conquista de México*, p. 816, nota 17.

encontraron muertos, aunque según el *Códice Florentino* su fallecimiento ocurrió durante la huida. El cronista declara que en Popotla los mexicas cayeron con grandes alaridos sobre los restos del ejército cortesiano, al que persiguieron hasta Tlacopan. Francisco de Aguilar sostiene que se trataba sólo de cinco o seis mil mexicas, los demás se ocupaban en robar el fardaje, "y así unos a otros los mismos indios se cortaban las manos por llevar cada uno más del despojo", lo cual califica como otro milagro, utilizando Dios esta vez el fardaje, a los que lo llevaban a cuestas y a los 40 que quedaron atrás, para evitar que mataran a todos.

El *Códice Florentino* describe con detalle las actividades mexicas: al alba retiraron de los canales los cuerpos de los españoles y de sus aliados por medio de canoas, después,

> en los juncos blancos, entre los juncos blancos, en los tules, justo entre los tules, los mexicanos fueron a echarlos, fueron a colocarlos, fueron a tirarlos. Y a las mujeres las echaron a tierra, estaban desnudas, amarillas, embarradas de amarillo, pintadas de amarillos estaban esas mujeres.
>
> Los despojaron a todos, los saquearon a todos, los desparramaron, los abandonaron completamente desnudos.
>
> Y a los españoles los colocaron aparte, los pusieron en filas separadas. Como raíces blancas de caña, como retoños blancos de maguey, como cañas blancas de maíz, como raíces blancas de caña eran sus cuerpos. Y sacaron los venados que llevan a las gentes, a los que se llama caballos.
>
> Y todos sus bienes, todo lo que cargaban sobre la espalda, todo fue robado, todo fue arrancado como si se tratara de recompensas. Aquel que encontraba algo se lo apropiaba rápidamente, se apoderaba de ello, se lo llevaba a su casa. Y en cierta forma, ahí donde habían tenido lugar las masacres, todo tipo de cosas que habían abandonado por el espanto y

numerosas armas de guerra fueron robadas ahí: grandes trompetas-de-fuego y trompetas-de-fuego manuales.

Y otras cosas había esparcidas allá. Estaban esparcidas allá: pólvora para trompetas-de-fuego, espadas de metal, lanzas de metal, lanzas con forma de murciélago, arcos de metal, flechas de metal. Y también allí fueron robados, como si se tratara de recompensas, cascos de metal, chalecos de metal, chalecos de malla de metal, escudos de cuero, escudos de metal, escudos de madera. Y también ahí se tomó como recompensa oro en lingotes, y discos de oro, oro molido, y collares de oro con dijes.

Y cuando ya todo había sido robado, enseguida, entonces, se repartieron por el agua, se pusieron a buscar sin descanso. Algunos hurgaban con las manos, otros hurgaban con los pies[.] Y cuando así partieron los españoles, se pensó que habían partido para siempre, que habían partido para siempre jamás, que ya nunca volverían, que su regreso nunca tendría lugar.[25]

Los dioses fueron instalados de nuevo en los templos, previa limpieza de toda huella de los extranjeros.

Sin embargo, la verdadera razón de que los mexicas no siguieran a los aliados para exterminarlos bien pudo ser una lucha interna que se dio luego de su partida, así se infiere de lo narrado por Sahagún y Torquemada.[26] Se dice que tan pronto los españoles salieron de la ciudad se dieron grandes diferencias entre los mexicas que eran enemigos de los blancos y aquellos que los habían apoyado y auxiliado, en especial los servidores de Motecuhzoma,

25 G. Baudot y T. Todorov, *op. cit.*, p. 127

26 Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista…*, vol. IV, p. 403, seguido por Chavero, *México a través de los siglos*, vol. II, p. 426, opina que ello sucedió después de la batalla de Otumba.

llegando incluso a ser ejecutados algunos señores, como "Cihuacóatl, Tzihuacpopocatzin, Cipocatli y Teucuecuenotzin, hijos de Motecuhzoma y de Axayácatl, su padre", narra Torquemada, quien no proporciona el nombre del cihuacóatl, pero era prácticamente el segundo en la jerarquía mexica, si Cortés contaba con su simpatía ello podría explicar por qué estaba renuente a abandonar la ciudad, con la esperanza de llegar a un entendimiento pacífico. Sea como fuere, esta lucha, aunada a la de liquidar a los enemigos que se habían refugiado en el Templo Mayor, pudo mantenerlos tan ocupados como para no perseguirlos.

Cuando llegaron a Popotla los que al parecer eran los últimos sobrevivientes, emprendieron la marcha hacia Tlacopan. Es muy factible que los mexicas enviaran mensajeros a ese poblado, así como a los de Azcapotzalco y Tenayuca, pidiéndoles atacar a los fugitivos, aunque la mayor parte de los guerreros de estos lugares estarían en México-Tenochtitlan; aun así, los españoles tuvieron algunos pequeños encuentros antes de llegar a Tlacopan, "de que Dios sabe cuánto trabajo y peligro recibí, porque todas las veces que volvía sobre los contrarios salía lleno de flechas y viras y apedreado", dice Cortés, aunque afirma que en ese trayecto no murió ninguno de los suyos, solamente un caballo.

A decir de Cervantes, a pesar de que Tlacopan estaba a sólo media legua, tardaron tres horas en llegar. Agrega el cronista que, como era tiempo de maizales, las plantas de maíz estaban muy altas, con las mazorcas casi listas para la cosecha; de entre ellas salían repentinamente los mexicas, cogían a los españoles y los metían a los campos, donde las altas plantas de maíz pronto los cubrían, luego los pasaban de mano en mano hasta la ciudad, para sacrificarlos más tarde. Tanto Cortés como Ávila, Olid, Verdugo, los hermanos Alvarado, Sandoval y otros, lucharon valerosamente, aunque tan exhaustos que apenas podían continuar. Se daban

valor unos a otros, sobre todo viendo a Cortés, que parecía infatigable, y que "en esta conquista supo e hizo más que hombre ninguno".[27]

Pedro Mártir de Anglería, maravillado, escribe:

> ¿Quién que no fuese español habría hecho frente a tantas desdichas, a peligros tantos en los combates, y a semejantes hombres? Pero este linaje de hombres ha nacido para tolerar más fácilmente que otro alguno, cualquier trabajo, necesidades, sed, calores, fríos y largas vigilias, incluso a la intemperie, exigiéndolo las circunstancias".[28]

Al llegar a Tlacopan amanecía, Cortés encontró a su gente arremolinada en la plaza, sin saber hacia dónde ir ni qué hacer. Según Bernal ahí fueron atacados por muchos guerreros, procedentes de los pueblos comarcanos, muriendo tres españoles. Cervantes reporta que Motolinía afirmaba, así como los nativos de Tlacopan, que los españoles habían sido bien recibidos, de lo que los mexicas posteriormente se quejaron y les riñeron por no haber acabado de exterminarlos; aun-

[27] En la "Merced y mejora de Hernán Cortés a los caciques de Axapusco y Tepeyehualco" se dice que los españoles se encontraron con Tlamapanatzin y Atonaletzin cerca de Tlalnepantla, que les traían víveres cuando más los necesitaban, hasta los caballos que murieron por sus heridas ya se los habían comido. Dijeron a Cortés que tenían a bien la muerte de Motecuhzoma, y le aseguraron que le seguirían ayudando aún de mejor manera, notificándole que estaban unos 20 000 guerreros mexicas esperándolo en el llano, barrancas y montes de Otumba, en las fronteras de su pueblo, que no aceptasen desafíos en los montes, sino que fuesen derecho al llano, donde podrían servirse de los caballos. Ambos señores habían dado orden de prender una gran hoguera en el llano de Otumba, a manera de señal. *Cfr.* DC, I, p. 72.

[28] Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, vol. II, V década, lib. II.

que, de acuerdo con las memorias de muchos conquistadores, los mexicas los siguieron hasta allí y más de una legua adelante, y que, como era aún de noche, los de Tlacopan ni los ayudaron ni los dañaron.[29]

De cualquier manera, su posición era muy insegura, debían seguir adelante hacia Tlaxcala, evitando ser rodeados, y marchar por la orilla oriental de los lagos antes de torcer rumbo al poniente. Cortés puso en orden sus tropas y se colocó a la vanguardia. A decir de Bernal, cinco tlaxcaltecas los guiaban por caminos secundarios "con mucho concierto", aunque asediados constantemente por sus enemigos, si bien de lejos, que les arrojaban tanto proyectiles como insultos.

El *Códice Florentino* narra el itinerario de la hueste de Cortés: iban hacia Tiliuhcan, hacia Xocotlihiouican, y fue en Xococotla donde dice murieron Chimalpopoca, hijo de Motecuhzoma, atravesado por una jabalina, y Tlaltecatzin, "señor tepaneca que guiaba a los españoles, que les indicaba el camino, que prevenía sus errores, que se encargaba para ellos de todo tipo de necesidades, que prevenía a los españoles". Poco más adelante atravesaron el arroyo de Tepzolatl, subiendo a las pequeñas alturas de Tlacopan.[30]

Después de tres o cuatro horas de marcha llegaron a unos llanos, a dos leguas de México (cerca de 11 km), en los que se veían algunas casas y un templo edificado sobre un cerro; les pareció un sitio adecuado donde refugiarse, dema-

[29] Salvador Toscano, *Cuauhtémoc*, p. 161, escribe que, un año más tarde, esta estancia en Tacuba (*Tlacopan*) inspiró el primer romance conocido de América: "En Tacuba esta Cortés/ con su escuadrón esforzado,/ triste estaba y muy penoso,/ triste y con gran cuidado,/ una mano en la mejilla/ y la otra en el costado".

[30] Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista…*, vol. IV, pp. 390-391, asevera que ambos eran hijos de Motecuhzoma, y que el arroyo, que llama de Tepozolac, corresponde al río de Azcapotzalco o de Los Remedios, en donde se levantaba, ya hacia 1534, una ermita consagrada a Nuestra Señora de los Remedios, que aún se conservaba.

siado fatigados para seguir adelante, aunque aún no pasaba de mediodía. Vázquez de Tapia narra que iban "todos heridos y tan cansados y muertos de pelear, casi, como los que murieron". Mientras la infantería tomaba el templo, Cortés, junto con la caballería restante, mantuvo a raya al enemigo que venía siguiéndoles, al que, según López de Gómara, iban a reunírseles hasta 40 000 guerreros mexicas; el extremeño narra que "en que Dios sabe el trabajo y fatiga que allí se recibió, porque ya no había caballo, de los veinte y cuatro que nos habían quedado, que pudiese correr, ni caballero que pudiera alzar el brazo, ni peón sano que pudiese menearse".

El templo fue tomado, su patio estaba circundado por un muro de madera, finalmente los españoles y sus aliados pudieron descansar. En el transcurso del día los mexicas continuaron atacándolos, recibiendo más daño del que hacían; los escopeteros y ballesteros fueron de utilidad, aunque casi no les quedaba pólvora ni municiones, mientras que la caballería, aunque poca, gozó de la ventaja de maniobrar en campo llano, arremetiendo con eficacia. Esa tarde se distinguió Gonzalo Domínguez, hombre de gran fuerza y muy buen jinete, pues alanceó más que otros cuatro de caballería.

De vez en cuando llegaban algunos retrasados que se habían ocultado en los maizales, como un tal Sopuerta, con muchas heridas de flechas, que logró escapar al fingirse muerto. En el patio del templo llovían proyectiles en tal cantidad que recogieron más de cuatro carretadas y las utilizaron por la noche como leña para las hogueras, destruyéndolos de paso.

Curaron sus heridas que, "como se habían resfriado y estaban hinchadas, dolían", refiere Bernal, vendándolas con paños como mejor pudieron, aunque "de comer ni por pensamiento". Sin embargo, el *Códice Florentino* relata que fueron a verlos ciertos indígenas, llevándoles alimentos:

> Tlacatecuhtli, Jefe-de-los-hombres, era su nombre usual; Otoncoatl era su nombre de señor; iba en cabeza de ellos. Ahí vino a depositar la comida, tortas blancas de maíz, guajolotes, guajolotes asados, guajolotes hervidos, huevos de guajolote, y otros guajolotes vivos, y otras tunas; los depositó frente al capitán. Le dijeron: "Han pasado por muchos trabajos ¡Han sido atormentados, nuestros señores los dioses! ¡Que descansen, que la paz sea con ellos, que se restablezcan!".[31]

Cortés, asombrado, les preguntó su procedencia, respondieron que venían de Teocalhueyacan, un poblado otomí cercano. El capitán, sumamente agradecido, dijo que aceptaban su hospitalidad y que al día siguiente irían a su pueblo. Torquemada también menciona este incidente, pero ninguno de los otros cronistas españoles lo hace.[32]

El refugio improvisado fue llamado en un principio Torre de la Victoria, y posteriormente Nuestra Señora de los Remedios, por el remedio que habían encontrado (hoy basílica de la Virgen de los Remedios). Tanto el *Códice Florentino* como los *Anales de Tlatelolco* y Torquemada identifican el sitio como Acueco y al templo como Otoncalpulco.[33]

31 G. Baudot y T. Todorov, *op. cit.*, p. 126.

32 Torquemada sostiene que Teocalhuican y Tliliuhquitepec, a pesar de encontrarse en territorio mexicano, estaban poblados por otomíes de Tlaxcala. Burr Cartwright, *Lluvia de dardos*, p. 254, opina que los mexicas persiguieron a los españoles durante todos estos días, pero no pudieron vencerlos, principalmente por el auxilio que les dieron los otomíes, que odiaban a los mexicas.

33 Así lo aseveran López de Gómara, Bernal Díaz, Vázquez de Tapia, Aguilar, Cervantes, Durán y Solís, entre otros. Luego de la toma de México se edificó ahí un templo dedicado a la Virgen de los Remedios, patrona de los conquistadores (y Virgen de la Catedral de Sevilla), donde, dice Bernal, acostumbraban ir muchos de los vecinos y señoras de la ciudad en romería y a tener novenas. Muñoz Camargo declara que los españoles fueron a Teocalhincan y a Tzacuhyocan, sitio de la ermita de Nuestra Señora de los Remedios. Alva Ixtlilxó-

Fue en ese sitio donde Cortés pudo verificar las grandes pérdidas que habían sufrido. Vázquez de Tapia y Cervantes relatan que mandó hacer un alarde para ver cuántos y quiénes habían sobrevivido. Las bajas fueron de 600 a 800 españoles, aunque las crónicas difieren.

Según la relación tlaxcalteca que seguía Alva Ixtlilxóchitl, acompañaban a los blancos Aexotécatl Quetzalpopocatzin, hermano de Maxixcatzin; Chalchiuhtécatl, Calmecahua y otros señores tlaxcaltecas; Tecocoltzin y Tocpacxochitzin junto con otros señores rehenes, hijos del difunto tlatoani de Acolhuacan, Nezahualpilli, y de Motecuhzoma, que fue aquí donde el capitán lloró y les dijo, por medio de Marina, que no lo hacía por falta de ánimo, sino por los amigos muertos y por los grandes favores que Dios le hacía a través de su madre bendita y de sus sagrados apóstoles, dándoles su palabra de que, si salía triunfante, no tan sólo conservarían sus señoríos, sino que se los agrandaría en nombre del emperador y tendrían participación en todo lo que conquistase. Los señores le consolaron y animaron. De acuerdo con la cuenta de este cronista murieron 450 españoles, 4 000 alia-

---

chitl lo llama el cerro de Tototepec, después Nuestra Señora de los Remedios, aunque afirma que sólo se detuvieron un rato, pasando la noche en Quauhximalpan. Según Clavijero fue en Otoncalpolco, templo en la cima de un pequeño monte a nueve millas al poniente de México, sitio del "célebre santuario y magnifico templo de nuestra Señora de los Remedios". Orozco y Berra escribe que Otoncapolco, de acuerdo con el padre Alzate, se encontraba a tres cuartos de legua de los Remedios, y que el nombre del lugar de refugio en el cerro de Acueco, en el cerro Totoltepec, Teocaluican o Tencalhuyacan, como le decía Sahagún, era un pueblo otomí fundado en esos contornos, *cfr. Historia antigua y de la conquista de México,* vol. IV. p. 391. Chavero, *México a través de los siglos*, vol. II, pp. 420-423, afirma que según el *Lienzo de Tlaxcala* el sitio donde se fortificaron era el cerro y templo de Cuauhximalpan, poco más allá de Tlacopan, donde les llevaron comida de un pueblo cercano de otomíes, pero no era el sitio de Nuestra Señora de los Remedios, al que localiza más adelante.

dos y 46 caballos, siendo el único que menciona con más detalle las bajas aliadas, entre ellas cuatro muertos de entre los señores mexicas que iban presos con Cortés: los hijos de Motecuhzoma, llamados Zoacontzin, Tzoacpopocatzin, Zepactzin y Tencuecuenotzin, así como tres de las cuatro hijas de Nezahualpilli, que iban como rehenes, una de ellas murió con el nombre cristiano de doña Juana, pues fue bautizada por lo mucho que la quería Cortés y por estar en vías de parir. Perecieron también otros dos hijos de Nezahualpilli, y Xiuhtotozin, uno de los grandes del reino de Acolhuacan, señor de Teotihuacan, capitán general de la parcialidad de Ixtlilxóchitl, a quien éste había enviado a auxiliar a Cortés.

El llanto del extremeño estaba justificado, las pérdidas fueron considerables, aunque las minimiza en su Segunda carta de relación, en la que asegura fueron solamente 150 españoles, 45 caballos, y más de 2 000 indígenas de servicio, además de un hijo y las hijas de Motecuhzoma,[34] y todos los demás señores presos; no habla de los aliados tlaxcaltecas, ni de las hijas del difunto tlatoani que se salvaron. Bernal menciona que por varios días los mexicas mantuvieron a los animales salvajes del zoológico con los restos de los muertos

[34] A. Chavero, *México a través de los siglos*, pp. 419-421, manifiesta que dos hijas de Motecuhzoma, Teotlachco y Tecuichpo, fueron rescatadas por Cuauhtémoc, y entre los sobrevivientes menciona a un descendiente de Tezozómoc, Huitzilíhuitl, cuyos herederos tomaron el apellido de Austria Montesuma, quienes a mediados del siglo XVIII formaron un expediente, basándose en ciertos documentos falsos, alegando descender de Moctezuma y de Cuauhtémoc, lo cual no es posible. Clavijero, *Historia antigua de México*…, II, p. 72, escribe que de los señores prisioneros debió de sobrevivir por lo menos Cuicuitzcatzin, nombrado por Cortés señor de Acolhuacan, pues el extremeño mismo afirmó que estaba cautivo, y hay constancia de que murió posteriormente en Texcoco; agrega que perecieron Cacama, un hermano suyo, un hijo y dos hijas de Motecuhzoma y doña Elvira, hija de Maxixcatzin. Orozco y Berra añade a la lista de muertos a doña Ana, hija de Motecuhzoma, y al paje Torresicas.

en batalla, que fallecieron entre 850 y 860 españoles durante esa noche y en los días posteriores, contando a 72 que mataron en Tuxtepec, cinco mujeres de Castilla, y cerca de 1 200 tlaxcaltecas. "Al astrólogo Botello no le aprovechó su astrología, que también allí murió con su caballo", sentencia el cronista; después se encontraron en una petaca de Botello

> unos papeles como libro, con cifras y rayas y apuntamientos y señales, que decía en ellas: "Si me he de morir aquí en esta triste guerra en poder de estos perros indios". Y decía en otras rayas y cifras más adelante: "No morirás". Y tornaba a decir en otras cifras y rayas y apuntamientos: "Si morirás". Y respondía la otra raya: "No morirás". Y decía en otra parte: "Si matarán".[35]

En la petaca encontraron también "una natura como de hombre, de obra de un jeme, hecha de baldres, ni más ni menos, al parecer de natura de hombre, y tenía dentro como una borra de lana de tundidor" (¿quién se ocuparía de salvar su petaca?); añade el soldado cronista que también murieron los hijos e hijas de Motecuhzoma, Cacama, y otros reyes de provincia, al igual que la mayoría de los indígenas de servicio que les habían dado en Tlaxcala y en México, aunque no menciona el número de bajas aliadas; en cuanto a los tiros, artillería y pólvora, nada se salvó; de las ballestas, pocas; y sólo 23 caballos. Sobrevivieron Marina, doña Luisa, hija de Xicoténcatl, y una mujer, María de Estrada, "que no teníamos otra mujer de Castilla en México", que fueron sacadas por los tlaxcaltecas, entre ellos unos hijos de Xicoténcatl, hermanos de doña Luisa.

35 Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. II, cap. CXXVIII.

López de Gómara relata que murieron en esta que llama "triste noche",[36] 450 españoles, 4 000 indígenas aliados,[37] 46 caballos, y cree que todos los prisioneros, aunque algunos decían que más, otros que menos, pero que esto era lo más cierto; habría que agregar toda la artillería. El nombre de Noche Triste se popularizó hasta la fecha; sin embargo, no es adecuado, si bien fue triste para los españoles, lo fue de victoria para los mexicas, por ello los indigenistas a ultranza han dado en llamarla Noche de la Victoria, en este caso los términos se revierten. Si queremos armonizar nuestras dos sangres será necesario encontrarle un nombre que no afrente a ninguna, propongo el de Noche de la Huida.

Cervantes afirma que en el alarde se hallaron más o menos 360 españoles, 23 caballos y unos 600 indígenas, y que las bajas fueron de 700 españoles, 4 000 indígenas, 46 caballos, y todos los prisioneros, "aunque cerca del número de todos, unos dicen uno y otros otro, más o menos, como les paresce, pero esto es lo más verdadero". Cortés echó mucho de menos a un paje, al que le tenía especial afecto, y al que había procurado defender. Muñoz Camargo y Torquemada narran que mataron al paje Juan de Salazar ante los ojos del extremeño.

Entre los faltantes estaban Amador de Lares, Francisco de Lugo, Pedro González de Trujillo, Orteguilla el Paje y su padre, Francisco de Morla, Blas Botello, Francisco de Saucedo y Juan Velázquez de León, quien venía en lo último de la retaguardia, y cuya muerte fue muy sentida por todos. Consoló a Cortés que sobrevivieron sus intérpretes principales, Jerónimo de Aguilar y Marina. El *Códice Ramírez* asevera que

[36] En un principio se le empezó a llamar Noche Tenebrosa, o Noche Triste; este último nombre prevaleció, haciéndose popular.

[37] Según H. Thomas, que cita a Juan de Nájera, quedaban en México, antes de la huida, menos de cien tlaxcaltecas, lo cual es poco creíble, *cfr. La conquista de México*, p. 454.

todos habrían muerto si no se hubiese encontrado en México don Fernando (Ixtlilxóchitl) con su ejército.

Solís menciona una pérdida considerable para la historia de la Conquista: "los libros de la cuenta y razón de la real hacienda y los memoriales y escrituras pertenecientes a todo lo sucedido desde que Cortés salió de Cuba".[38]

[38] Vázquez de Tapia reporta que en el alarde se encontró que eran sólo 425 hombres y 23 caballos, todos heridos, mientras que en México habían estado más de mil o 1 100 hombres, y sobre 80 caballos. Los faltantes habían muerto, al igual que dos o tres mil tlaxcaltecas, el hijo de Motecuhzoma, dos de sus hijas, y muchos indígenas de servicio, y se perdió todo el tesoro y las riquezas, tanto del emperador como de los españoles.
En los cargos del juicio de residencia de Cortés se dice que murieron 800 españoles y 200 000 nativos, perdiéndose el oro del emperador. Julio Jaramillo declaró que Cortés había enviado a Juan Velázquez de León a cuidar del oro real, y que cuando él, Jaramillo, preguntó por Juan Velázquez en "la torrecilla de la Victoria", le respondieron que había quedado muerto, junto con el oro. Fernández de Oviedo, a pesar de que expresa que sólo quedaron 345 españoles, afirma que murieron únicamente 150, además de 45 caballos, y más de 2 000 indígenas de servicio, así como un hijo e hijas de Motecuhzoma, y los otros señores presos. Más adelante escribe que al preguntarle a Juan Cano cómo es que se decía que habían muerto tan pocos españoles, Cano respondió: "Quien tal os dijo, o no lo vido ni supo, o quiso callar la verdad. Yo os certifico que fueron los españoles muertos, con los que quedaron en la ciudad y los que se perdieron en el camino continuándose nuestra fuga, más de mil ciento setenta, e así pareció por alarde, y de los indios de Tascaltecle sin duda fueron más de ocho mil", aunque cuando Cortés hizo el alarde no quiso comunicar semejantes perdidas, por no bajarles más los ánimos.
Solís habla de 200 españoles muertos. Torquemada declara que quedaron menos de 400 españoles, 600 aliados y 23 caballos, que la yegua del tesoro se perdió con él. Muñoz Camargo escribe que un sinnúmero de tlaxcaltecas perecieron, aunque se decía que habían sido sólo 4 000, y también muchísimos mexicas, "pues las acequias, calles y pasos de donde habían quebrado las fuentes, quedaron llenos de cuerpos muertos, y las ciénagas y lagunas teñidas y vueltas en pura sangre". Chimalpahin dice que murieron la totalidad de huexotzincas y tlaxcaltecas. Dorantes de Carranza relata que un sobreviviente,

Fray Bartolomé de las Casas sentencia que esta gran cantidad de españoles fueron muertos por los mexicas "con justísima y sancta guerra, por las causas justísimas que tuvieron, como dicho es, las cuales cualquiera que fuere hombre razonable y justo las justificara". [39]

Motolinía, que al regresar Cortés de la costa con los de Narváez,

> trujeron presunción y soberbia confiando en sus armas y fuerzas, humillolos Dios de tal manera, que queriendo los indios echar a los españoles de la ciudad, y en comenzándoles a dar guerra, muy presto los echaron fuera: al salir murieron más de la mitad de los españoles, y casi todos los otros fueron heridos, y aun estuvieron muy a punto de perderse todos.[40]

En cuanto a la suerte de muchos de los de la retaguardia, López de Gómara relata que algunos decían, aunque él no lo creía, que, al salir Cortés "a cencerros tapados", más de 200 soldados se quedaron en la fortaleza por no habérselos notificado, y fueron sacrificados por los mexicas. Cervantes lo niega, aseverando que Cortés mandó avisar a todos de la salida, y para confirmar que nadie se quedase envió a Alonso de Ojeda a checar que ninguno permaneciera en los aposentos, por encontrarse dormidos o enfermos. Ojeda se acordaba de que un tal Francisco se había quedado en

---

de los llegados con Narváez, un Pedro Moreno Cendejas, fue apodado "el de la pedrada", pues al estar luchando en la acequia del Salto de Alvarado, le dieron tal pedrada en la frente que le derribó y cayó casi muerto, quedando tan desfigurado que el resto de su vida tuvo que ponerse un parche, pues la herida no cicatrizaba.

39 Fray Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, p. 56.

40 Fray Toribio de Benavente, Motolinía, *Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, I parte, cap. II.

la azotea, en un tapadijo, pues estaba con calentura y tenía frío, fue corriendo por él y sobrevivió. Sin embargo se contradice pues agrega que más de cien españoles se subieron al Templo Mayor para fortificarse, pero fueron capturados y al día siguiente sacrificados; incluso algunos conquistadores declaraban que fueron cerca de 300, y que se mantuvieron en el templo durante tres días, hasta que se les cayeron las espadas de las manos de puro cansancio y hambre.

Según Francisco de Aguilar los sacrificados fueron unos 400 caballeros, hidalgos y hombres valientes, la mayoría de los de a caballo, junto con el mayordomo de Cortés; como iban muy cargados caminaban despacio, por lo que los mexicas les impidieron seguir adelante y tuvieron que regresar a los patios, donde combatieron tres días con sus noches, fortificándose en los santuarios, pero el hambre y la multitud de enemigos acabó con ellos. Juan Cano declaró a Fernández de Oviedo que aproximadamente 270 españoles se quedaron en la fortaleza, defendiéndose por algunos días, hasta que se rindieron por hambre, y fueron cruelmente sacrificados.[41]

A decir de Durán, gran parte de los españoles de los que iban cargados de oro regresaron a la fortaleza. Uno de ellos, a caballo, llevaba en el arzón delantero un cofre con joyas y oro, "con el cual iba abrazado con más fervor y voluntad que con la cruz de Cristo"; uno de los conquistadores contó al fraile cómo vio llorar a este jinete, pues cuando los mexicas los atacaron sus compañeros le aconsejaron soltar el cofre y echar mano de la espada, no se animaba a hacerlo y sujetaba con un brazo el cofre, mientras con el otro tomaba la espada, no pudiendo maniobrarla bien fue vencido.

41 A. Chavero, *México a través de los siglos*, p. 420, afirma haber visto una pintura muy antigua, donde se ve a los mexicas sacrificando algunos caballos en el *quauhxicalli*.

El *Códice Ramírez* también narra que muchos españoles se quedaron en la fortaleza, "por codicia de no dejar los despojos", ocupados en hacer bultos con las joyas, "y los tristes que quedaron en la casa fuerte, según dicen los viejos y en sus historias está pintado, hicieron los mexicanos fiesta con ellos y su carne". (Termina con esto la relación del *Códice Ramírez*, excepción hecha de algunos fragmentos. Como puede verse por su estilo y tendencia occidental difícilmente podría considerarse un relato indígena, como por mucho tiempo se pensó.) Por su parte, fray Juan de Tovar sentencia que así pagaron sus crueldades,

> que certifican que por permisión divina y justo juicio suyo murieron los más malos, y los demás que quedaron eran los mejores y más piadosos, los cuales escaparon [...] favoreciéndolos Dios nuestro señor con manifiestos milagros, vinieron a término de que se hizo toda la tierra de su bando contra los mexicanos, permitiéndolo así la divina providencia para que entrase en esta tierra por este medio la luz de su santo Evangelio.[42]

Cortés relata que partieron de la llamada Torre de la Victoria a la medianoche (del lunes 2 de julio), con gran sigilo para no ser sentidos y para evitar el calor del sol a los heridos. Dejaron prendidas cantidad de hogueras para hacer creer que seguían ahí, lo cual les ganó algunas horas de ventaja. Marchaban "sin saber camino ninguno ni para dónde íbamos, más de que un indio de Tascaltecal, que nos guiaba".

[42] Camilla Townsend afirma que dos de cada tres españoles perecieron en la huida, en total unos 600, la mayoría eran de los llegados con Narváez, ya que iban en la retaguardia. De los hijos de Motecuhzoma sólo murieron un hijo y una de las hijas. Malintzin y doña Luisa, hija de Xicoténcatl, iban guardadas por 30 españoles, señal de la importancia que se les daba. *Cfr. Malintzin*, pp. 158-159.

El *Códice Florentino* relata que eran guiados hacia su poblado por los otomíes de Teocalhueyacan. Al haber salido por Tlacopan contaban con la desventaja de que estaban alejados de Tlaxcala, para llegar a ella debían bordear el lago.

No pasó mucho tiempo sin que se diera la voz de alarma y se reunieran los guerreros de las poblaciones circunvecinas que siguieron al diezmado ejército hasta la salida del sol.

Al avanzar el día el número de guerreros indígenas aumentó. Cortés formó capitanías con los más sanos, de 40 españoles cada una, repartiendo a los tlaxcaltecas y a los de caballería entre ellas. Envió a Diego de Ordaz a la vanguardia, a la cabeza de una; las otras cuidarían los flancos y la retaguardia de la columna; al centro iba el fardaje y los españoles y aliados más heridos, los cojos con bastones, y los que no podían andar en ancas de los caballos heridos. El extremeño ordenó, bajo pena de muerte, que nadie saliera de la formación; él iba luchando a veces adelante, a veces atrás, según declaración de Andrés de Tapia, quien añade que en todos los días de huida, que le parecía fueron seis (aunque en otra ocasión habla de 10 o 12), sólo murió un español, que se apartó de la columna, y le dijo a Tapia que prefería morir a seguir pasando tantos trabajos, pues iba herido; no lo vio más.[43]

Las acometidas indígenas eran desordenadas y con pocos guerreros se dedicaron a perseguir a los españoles, arrojándoles proyectiles e insultos, frenando la rapidez de su marcha. Cortés afirma que tuvieron que luchar tanto que sólo avanzaron tres leguas. Vázquez de Tapia relata que

> como todos íbamos heridos y tan quebrados y medrosos de los días pasados, si mucho nos apretaran, creo nos desbarata-

[43] Juicio de Residencia de Cortés, DC, II, p. 356.

> ran y mataran a todos, por lo dicho y ser de noche, y ansí, no se pasó día, de más de diez o doce que tardamos en llegar a Tlaxacala, que no hubiesen gran número de gentes con nosotros, que muchos días nos tuvieron cercados y a punto de ser perdidos y muertos todos.[44]

Pasaron por Cuautitlán y Tepoztlán. Por su parte, el *Códice Florentino* narra que "los mexicanos venían aullando sobre ellos, venían sobre ellos dando grandes gritos. Aún no venían sobre ellos, sólo de lejos los seguían"; agrega que los españoles llegaron al pueblo de Calacoayan, a la cima de un cerro, ahí "inmediatamente masacraron a la gente, aniquilaron a la gente. No habían venido a enfrentárseles, los hombres de allá [...] Fueron muertos sin ser advertidos. Sobre ellos aliviaron su cólera, sobre ellos descargaron su pena". Lo mismo se dice en los *Anales de Tlatelolco* y en el *Lienzo de Tlaxcala*, donde se ve a los españoles refugiados en un templo, asediados por el enemigo. Alva Ixtlilxóchitl también lo relata, dice que los españoles comieron sólo hierbas y prosiguieron hacia Tepotzotlán.

Las fuentes españolas no mencionan que recibieran auxilio en su camino, pero las de orígenes indígenas tienen otra versión: el *Códice Florentino* narra con cierta extensión la estadía del ejército de Cortés en Teocalhueyacan, donde fueron instalados en el barrio de Otoncalpulco y los otomíes

> les procuraron muchos placeres [...] les dieron todo, todo lo que pedían: alimento para los venados, agua, maíz desgranado, mazorcas de maíz verde, mazorcas verdes, mazorcas de maíz cocido, tortillas de maíz verde, mazorcas de maíz todavía lechosas cocidas, mazorcas de maíz asadas, tortas de

[44] Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios del conquistador*, pp. 44-45.

maíz, calabazas cocidas en rebanadas [...] se hicieron sus amigos, se convirtieron en sus amigos.[45]

Llegaron también los otomíes del poblado de Tliliuhquitépec, que junto con los de Teocalhueyacan[46] fueron "a suplicar al capitán, al dios, y aun a todos los dioses" que los ayudara a librarse de la tiranía mexica, pues éstos "los hacían muy desgraciados, los atormentaban mucho ¡Hasta las narices nos ha llegado la miseria!", los obligaban a pagar tributo; "como el mexicano es inhumano, como él es muy perverso, si nos abandonan demasiado rápido, si tardan en volver, en regresar, entonces los mexicanos nos masacrarán, nos aniquilarán [...] sobrepasan a todo el mundo en perversidad!". Cortés los escuchó con atención y les prometió que no tardarían mucho en regresar; entonces los mexicas serían aniquilados, se haría justicia y habría ley, palabras que dejaron satisfechos a los otomíes.

El extremeño escribe que al oscurecer llegaron a otro templo, situado en una altura, donde se fortificaron.[47] López de Gómara y Cervantes dicen que no cenaron, Aguilar afirma que iban muertos de hambre. Por la noche el enemigo los dejó en paz, aunque hubo una alarma injustificada, causada por su gran temor.[48]

El martes 3 de julio prosiguieron su marcha, "a una hora del día", según Cortés, con la misma formación, mientras

45 G. Baudot y T. Todorov, *op. cit.*, p. 129.

46 Según H. Thomas los nativos de Teocalhueyacan eran tepanecas, *cfr. La conquista de México*, p. 470.

47 A. Chavero sostiene que en este cerro, y no en el anterior, fue donde se construiría el santuario de los Remedios, *cfr. México a través de los siglos*, vol. II, p. 423.

48 Bernal Díaz no está en sus mejores momentos en la relación de estas jornadas; ignora la mayor parte de estos sucesos; dice que el segundo día llegaron a Gualtitán y se comieron un caballo, lo cual fue posteriormente.

que el *Códice Florentino* relata que tocaron sus pífanos y tambores y salieron por la noche. El enemigo los seguía todo el tiempo, lanzando grandes alaridos, llamando a todos los habitantes para que se uniesen a ellos, pues iban por lugares muy poblados. La caballería española realizaba arremetidas de cuando en cuando, haciendo poco daño por ir a través de terreno algo fragoso, además de que los nativos se refugiaban en los cerros cercanos.

Tepotzotlán era de buen tamaño. Cervantes declara que ahí encontraron muchos patos —criados por los nativos para despojarlos de sus plumas—, por lo que lo llamaron el Pueblo de los Patos, se los comieron, y "como llevaban consigo la salsa, les supieron muy bien". (Seguramente se refiere al apetito que traían. Torquemada identifica a los Patos con Tepotzotlán), y agrega que algunos nativos huyeron a un pueblo vecino, distante una legua, al que llama Guatitlán (Cuauhtitlan).

El *Códice Florentino* narra que los de Cortés llegaron a Tepotzotlán "en un buen momento, en un momento todavía favorable, cuando descansaron. Sólo un poco los habían perseguido". Los habitantes huyeron al bosque, a la montaña, a los pantanos, dejando todas sus pertenencias a los españoles, "porque su triunfo era muy grande". Los hombres de Cortés "entraron al palacio, llenaron los recintos, y ahí durmieron [...] no más se apretaban unos contra otros, porque estaban sencillamente espantados, llegaron no más temblando de miedo".

El *Lienzo de Tlaxcala* indica que entraron a Tepotzotlán combatiendo, y en Aychcualco se les ve durmiendo, mientras velan un jinete español y unos guerreros tlaxcaltecas.

Cortés afirma que pasaron cerca de unas lagunas (posiblemente las de *Tzompanco*, en las orillas norteñas de los lagos), y llegaron a una buena población abandonada, donde estuvieron ese día y el siguiente, pues la gente venía muy cansada, hambrienta y sedienta, al igual que los caballos.

Encontraron algo de maíz, del que comieron y llevaron cocido y tostado para el camino. López de Gómara afirma que los nativos les llevaron provisiones, aunque no muchas, sin mencionar quiénes eran.[49]

El jueves 5 de julio continuaron su marcha, siempre seguidos por el enemigo, que los atacaba esporádicamente, aprovechando el menor descuido. Según Cortés los seguía guiando el tlaxcalteca por sitios difíciles de transitar, fuera de los caminos reconocidos. Por la tarde llegaron a un llano donde estaban algunas casas pequeñas, en las que pasaron la noche, muy necesitados de comida. El *Códice Florentino* aclara que se trataba del poblado de Xoloc, cuyos habitantes lo abandonaron.

El viernes 6 por la mañana continuaron su camino. A decir de Cortés apenas salieron cuando el enemigo, que los seguía por la retaguardia, empezó a escaramucear, haciéndose los ataques más numerosos y constantes. El códice sostiene que los españoles destruían todo a su paso:

> y al tiempo que cumplían con su camino, prendían fuego, quemaban, inflamaban los templos de los otomíes, y así con todos los templos, todas las casas de los hombres-tecolotes. Entonces ardían, crepitaban bajo la llama [...] el humo se extendía, el humo se esparcía. Y cuando caminaban, los hombres del pueblo los perseguían vociferando, pero sólo de lejos.[50]

[49] Es muy posible, como lo quiere Orozco y Berra, que de Tepotzotlán pasaran ese día hasta Citlaltépec, pueblo cercano a la laguna de Tzompanco, y fuese en él donde pasaron esa noche y el día siguiente, *cfr.*, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 395. El *Códice Florentino* los hace pernoctar en Citlaltépec el cuarto día, que sería miércoles 4 de julio, agregando que el pueblo estaba abandonado.

[50] G. Baudot y T. Todorov, *op. cit.*, p.133.

Tras avanzar dos leguas vieron a varios indígenas sobre un cerro pequeño, cerca del camino. Cortés fue a dar la vuelta al cerro, con cinco jinetes y 10 o 12 peones, para ver si tras él habría más guerreros ocultos; encontró una gran población muy habitada. Arremetieron contra los nativos, el terreno era malo para los caballos y pronto llegaron más guerreros que se metieron rabiosamente entre las espadas y las lanzas españolas, por lo que Cortés y los suyos tuvieron que retirarse, no sin que el extremeño recibiera dos pedradas en la cabeza, quedando malherido, "tan mal, que se le pasmó la cabeza, o porque no le curaron bien al sacarle los cascos, o por el demasiado trabajo que pasó", aclara López de Gómara (la herida tuvo repercusiones posteriores). El capitán se amarró un paño en la cabeza y siguieron adelante atacados de tal modo que hirieron a cinco españoles y a cuatro caballos, uno de los cuales murió, lo que lamentaron mucho, "porque no teníamos, después de Dios, otra seguridad".

El hambre sigue siendo el tema en estas jornadas. Curiosamente Cervantes relata que incluso para los heridos no había que comer sino acederas, "cerezas verdes" (capulines) y cañas de maíz, ya que poco antes mencionaba milpas llenas de mazorcas. Llegó a ser tanta la necesidad que un español abrió el cadáver de uno de sus compañeros y se comió el hígado.[51] Cortés ordenó ahorcarlo, al culpable le pareció buena

[51] Christian Duverger no está aquí en su mejor momento, primero afirma que Cortés, "con el más absoluto cinismo", mandó estrangular a los señores de Tlacopan, Tlatelolco y Texcoco junto con los otros presos, tomando partido por una de las versiones; enseguida dice que la calzada de Tlacopan estaba cortada en siete puntos —eran tres—; que llovía "a cántaros", cuando dicen que era una llovizna; que la matanza principal ocurrió en el tercero, cuando la "tropa está todavía en el corazón de la ciudad", fue en el segundo y ya fuera del corazón citadino; luego, que el puente levadizo "se desliza de las manos de los españoles" y se "hunde en el lago", no fue así; que hasta después de un hipotético sexto puente saldrían del tejido urbano, falso; los

sentencia para librarse del hambre, pero lo perdonó a ruego de algunos, como solía hacer. Cervantes narra otra anécdota: un español, Hernando Alonso, se apartó ocho pasos de los demás para recoger unas "cerezas" con que aliviar el hambre; Alonso de Ávila le arrojó una lanza por la desobediencia, le atravesó el brazo y quedó manco. Torquemada relata que allí se reincorporaron cuatro españoles exhaustos y hambrientos que se habían ocultado en los matorrales de capulines del camino, les pidieron piedad y "el ayuda de Dios echándose en el suelo, mordiendo la tierra, arrancando yerbas y, alzando los ojos al cielo".

Al caballo muerto se lo comieron, a decir de Cortés, "sin dejar cuero ni otra cosa del, según la necesidad que traíamos";[52] agrega que hasta ese momento solamente habían comido "maíz tostado y cocido, y esto no todas veces ni abasto, y yerbas que cogíamos del campo". López de Gómara escribe que "se lo comieron sin dejar, como dicen, ni pelo ni hueso. La tuvieron por buena cena, aunque no tuvieron demasiado siendo tantos. No había español que no pereciese de hambre". Cortés tuvo que estar presente en la repartición, pues algunos empezaron a lanzar cuchilladas; a los que les tocó la cabeza hicieron gran fiesta. Solís comenta que se lo comieron "sin dejar ni cuero ni otra cosa de él, sino los huesos e las uñas y el pelo, e aun las tripas no les pareció de menos buen gusto que las sobreasadas de Nápoles o los gentiles cabritos de Ávila, o las sabrosas terneras de Sorrento o de Zaragoza",

---

tlaxcaltecas "dudan de lo bien fundado de su alianza", falso; no contento con esto dice que algunos españoles "llegan incluso a imitar a los tlaxcaltecas y se comen a sus adversarios abatidos", ¿de dónde lo sacó?, finalmente, que quien conducía a las tropas mexicas era el cihuacóatl, "el vice emperador azteca" [sic], quien, como ya se dijo, fue una de las bajas en la purga efectuada. Véase *Cortés*, pp. 184-190.

52 En el *Lienzo de Tlaxcala* se ve a un español descuartizando un caballo en Aztaquemeca.

y sentencia: "¡Oh fatigas mundanas, buscadas por los hombres, más al propósito, o contra el propósito de sus codicias, diciendo mejor, que por servir a Dios e por sacar en precio de sus vidas de los hombres este oro, que tan caro ha costado a los más; e tan pocos lo han alcanzado en estas partes!". Y aun éstos no lo gozaron "sino para otros a quien descuidadamente se fueron tales bienes sin los merecer o esperar, sino para fundar torres de viento e casas en el arena e para que de lo mal adquirido se espere el fin que suelen hacer las otras cosas perecederas o injustamente adquiridas".

Alva Ixtlilxóchitl afirma que pernoctaron en Aztaquemecan; el *Códice Florentino*, seguido por Torquemada, dice que en las faldas del cerro de Aztaquemecan estaba el pueblo de Zacamulco, abandonado por sus habitantes, y cerca de él, en una pequeña loma, un templo de otomíes, donde pasaron la noche.[53]

Cortés no menciona el lugar donde pernoctaron, sólo dice que por la noche ordenó que los heridos y dolientes que iban en ancas de caballo y a cuestas de sus compañeros hicieran muletas y otras ayudas para sostenerse y andar; los caballos y hombres sanos debían estar libres de impedimentos para poder luchar.[54]

Mientras tanto Cuitláhuac, hermano menor de Motecuhzoma y señor de Iztapalapa, había fungido hasta entonces como tlacochcálcatl; era hombre de buen juicio e inteligencia, amante de la arquitectura, de la poesía, de los jardines y de las flo-

[53] A. Chavero, *México a través de los siglos*, vol. II, p. 424, asevera que fue en Tonanixpan, cerca de Aztaquemecan.

[54] En los "Anales históricos de Tlatelolco" se dice que en Temazcalapa les dieron de comer y que ahí recuperaron sus fuerzas, *cfr.* G. Baudot y T. Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, p. 190. Y en la "Merced y mejora de Hernán Cortés a los caciques de Axapusco y Tepeyehualco", que los españoles llegaron al pueblo de Tlamapanatzin y Atonaletzin, cercano a Otumba, donde en un templo alto les tenían alimentos, DC, I, p. 72.

res, y gran guerrero; preso por los españoles en el palacio de Axayácatl fue liberado como se narra más arriba, desde entonces dirigió a los suyos como general en jefe, ordenando la limpia de la ciudad, reabrir el mercado, reedificar los templos, reinstalar a sus dioses, realizar ceremonias propiciatorias, mejorar y aumentar las fortificaciones de la ciudad, reabastecer los arsenales, enviar guarniciones a las provincias así como embajadas a los estados vasallos que habían mostrado inclinación hacia el enemigo, les prometió la exención de tributos por un año si los apoyaban; en cuanto a los independientes, sobre todo a Michoacán, propuso una alianza contra los extranjeros, pero el soberano purépecha murió de viruelas poco antes de que llegase la embajada mexica y nada se resolvió.

En el mes de Ochpaniztli se verificaron las fiestas de coronación del nuevo tlatoani y la restauración de la Triple Alianza. Contaban para los sacrificios con buen número de españoles que habían logrado capturar, así como caballos; las cabezas de hombres y bestias fueron encajadas en el gran *tzompantli*.[55]

[55] Según Torquemada, fue tras la salida de los españoles que se eligió y coronó como huey tlatoani a Cuitláhuac, nombrándose también los cuatro "senadores" principales. Chimalpahin, "Séptima relación", sostiene lo mismo. Alva Ixtlilxóchitl narra que la coronación fue realizada a los 20 días de la muerte de Motecuhzoma, así como la de Cohuanacotzin como tlatoani de Acolhuacan, debido a la minoría de edad de Yoyontzin, *cfr.* "Sumaria relación de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España", p. 390, "Compendio histórico del reino de Texcoco", p. 454. En el "Códice Aubin" se lee que tras la muerte de Motecuhzoma pasaron los meses de Uei Tecuilhuitl, Tlaxochimaco, Xócotl Huetzi y Ochpaniztli, y fue hasta entonces que "se instaló como soberano Cuitláhuac"; debió de ser el primer día de este mes, cuando se celebraba el festejo principal, *cfr.* G. Baudot y T. Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, p. 213. A. Chavero, *México a través de los siglos*, vol. II, p. 426, escribe que entonces se nombró cihuacóatl a Atlacotzin, nieto de Tlacaélel; teotecuhtli, o gran sacerdote, a Cuauhtémoc, y tlatoani de Tlacopan a Tetlepanquetzal.

Regresando a nuestro relato, Cuitláhuac, al constatar que las tropas de los pueblos comarcanos del lago no habían podido acabar con los españoles, decidió terminar con ellos de una buena vez, antes de que entraran en Tlaxcala.

El sábado 7 julio por la mañana continuaron la marcha,[56] al poco tiempo empezaron a ascender una ligera cuesta, tras ella se extiende el valle de Otumba hasta las tierras tlaxcaltecas; por él tendrían que pasar. Muy cerca estaban las pirámides de Teotihuacan, que casi no se mencionan, probablemente por estar cubiertas de tierra y maleza.

Ese día supuestamente se libró la famosa batalla de Otumba; para variar, los acontecimientos son narrados de manera distinta, por lo que habrá que citarlos, en el orden cronológico de sus escritos.

Cortés narra que salieron por la mañana y tras andar legua y media les salieron al encuentro

> mucha cantidad de indios, y tanta, que por la delantera, lados ni rezaga, ninguna cosa de los campos se podía ver, había de ellos vacía. Los cuales pelearon con nosotros tan fuertemente por todas partes, que casi no nos conocíamos unos a otros, tan revueltos y juntos andaban con nosotros, y cierto creíamos ser aquel el último de nuestros días, según el mucho poder de los indios y la poca resistencia que en nosotros hallaban, por ir, como íbamos, muy cansados y casi todos heridos y desmayados de hambre. Pero quiso Nuestro Señor mostrar su gran poder y misericordia con nosotros, que, con toda nuestra flaqueza, quebrantamos su gran orgullo y soberbia, en que murieron muchos dellos y muchas personas muy principales y señalada; porque eran tantos, que los unos a los otros se estorbaban que no podían pelear ni huir. Y con este trabajo

[56] Según Bernal Díaz fue el 14 de julio, mientras que Prescott, *Historia de la conquista*…, vol. II, p. 64, opta por el 8 de julio.

> fuimos mucha parte del día, hasta que quiso Dios que murió una persona tan principal de ellos, que con su muerte cesó toda aquella guerra.

(Es de notar que el extremeño no menciona el lugar, ni la hazaña que realizó.)

A decir de Francisco de Aguilar, fue en el segundo día tras la salida, cuando, a la vista de un cerro pequeño, vieron los campos de Cuauhtitlan y Otumba llenos de guerreros. Cortés mandó hacer alto y comer, tras lo cual el extremeño, montado sobre su corcel, les dirigió algunas palabras para levantarles el ánimo; "hizo de las tripas corazón", con los ojos humedecidos por las lágrimas, pues era tan numeroso el enemigo que se daban por perdidos y muertos. Empezó la lucha, el extremeño

> metido entre los indios haciendo maravillas y matando a los capitanes de los indios que iban señalados con rodelas de oro, no le curando de gente común, llegó de esta manera haciendo muy gran destrozo al lugar donde estaba el capitán general de los indios, y dióle una lanzada de la cual murió. Dejo de contar como antes que aquí llegase cayo dos veces en el suelo y se halló después encima del caballo sin saber quién ni quien lo había subido.

El enemigo empezó a retirarse.

Fernández de Oviedo narra que por el camino, tras cinco días de la huida, los cercaron más de 200 000 indios mandados por el señor de *Temistitan*, hermano de Montezuma, bajo las órdenes de "un capitán y mayordomo suyo, Xuquetenga". La lucha empezó, mataron al capitán y dejaron de seguirlos. (Es de notar que afirma que eran enviados por el tlatoani mexica, del que no da el nombre, y da erróneamente

el del capitán general como Xicutenga, que parece una paráfrasis de Xicoténcatl, y una cifra del enemigo sumamente exagerada, no menciona la hazaña de Cortés, ni el lugar de la batalla.)

Vázquez de Tapia, testigo presencial, ofrece otra versión. Relata en su *Relación de méritos…* que "otro día" tras salir de Tenochtitlan, sin mencionar cuál día, dos horas antes que amaneciera, se encontraron "con gente de guerra" que empezaron a cercarlos y atacarlos, "y como todos íbamos heridos y tan quebrados y medrosos de los días pasados, si mucho nos apretaran, creo nos desbarataran y mataran a todos, por lo dicho y ser de noche, y ansi, no se pasó día, de más de diez o doce que tardamos en llegar a Talxacala, que no hubiesen gran número de gentes con nosotros, que muchos días nos tuvieron cercados y a punto de ser perdidos y muertos todos". (No menciona la proeza de Cortés, ni quién era el enemigo, ni una única batalla, sino ataques diarios.)

López de Gómara da otros detalles. Relata que el sexto día seguían siendo perseguidos, Cortés fue herido por una pedrada de honda tan fuertemente que se le "pasmó" la cabeza, fue cuando murió un caballo y se lo comieron. Al día siguiente anduvieron una legua por un llano cuando los atacaron en un sitio llamado Otumba, eran tantos que no se veía el campo y dieron tal pelea que la hueste cortesiana pensó que sería el último día de su vida. Cortés se encomendó a san Pedro, su abogado, y arremetió con su caballo, rompió el cerco y llegó hasta el capitán general que llevaba el estandarte, le dio dos lanzadas y cayó muerto; los guerreros se desparramaron huyendo, fueron seguidos por la caballería matando "infinidad", eran 200 000 (lo tomaría de Fernández de Oviedo), aunque tomaron presos a varios españoles. El cronista agrega: "No ha habido más notable hazaña ni victoria de Indias desde que se descubrieron; y cuantos españoles vieron pelear ese día a Hernán Cortes afirman que nunca

hombre alguno peleó como él, ni acaudilló así a los suyos, y que él solo por su persona libró a todos".

El *Códice Florentino* narra que al sexto día por la noche la hueste cortesiana se instaló en Aztaquemecan, en la base del sitio Zacamulco, que tenía un pequeño monte redondo en su cima, llamado Tonan, y un templo otomí. Llegaron los mexicas y se instalaron al pie del monte, al séptimo día atacaron para rodear a los de Cortés.

> Entonces las gentes fueron perforadas, las gentes fueron picadas, y ahí murieron grandes cantidades de mexicanos y tlatelolcas. Sencillamente se entregaron, se tiraron a las manos de los españoles, no hicieron más que correr hacia la muerte. Solo algunos escaparon de sus manos [...] Y cuando los hubieron masacrado, la pesadumbre de los españoles se disipó. Enseguida, entonces, partieron [...] Ya nadie supo de ellos [...] Fue cuando los mexicanos regresaron, cuando dejaron de seguir su huella.[57]

Ahí mismo incineraron a sus muertos, y enterraron sus huesos y cenizas.

En el proceso de Cortés, Andrés de Tapia declaró que

> pareció tanto número de gente a todas partes, que mirando este testigo se admiraba de ver tanta gente junta, porque la vista no podía alcanzar, por algunas partes donde se extendía el llano, de ver el cabo de la gente de los enemigos, y que aquí pareció juntarse toda la mayor parte de la tierra de lo cercano a esta cibdad; y que allí vido este testigo que acome-

57 G. Baudot y T. Todorov, *op. cit.*, p.135.

tieron la gente con tan gran alarido y grita que parecía que rompían el suelo. [58]

Por su parte Bernal nos da más detalles, dice que iban muy de mañana, la mitad de la caballería por delante, como siempre, y a poco más de una legua, en un llano, fueron los corredores a avisar que el campo estaba lleno de enemigos. Cortés ordenó parar, ordenó cómo habían de entrar y salir los de caballo a media rienda, sin pararse a lancear, las lanzas por los rostros hasta romper sus escuadrones, y que las estocadas de los soldados las diesen a las entrañas. Se encomendaron a Dios y Santa María e invocaron el nombre del señor Santiago. El enemigo trató de cercarlos, la caballería, de cinco en cinco rompieron por entre los escuadrones, seguidos de la infantería. Lo recordaba bien en su vejez:

> ¡Oh que cosa era ber esta tan temorosa y rompida batalla!, con que furia los perros peleaban, que cuchilladas y estocadas les dábamos, y los de caballo, como era llano, alanceaban a su placer entrando y saliendo, estábamos heridos, y de refresco teníamos otras heridas. Pues quiero decir como Cortés, Olid, Sandoval, Gonzalo Domínguez, un Juan Salamanca, andaban de una parte a otra, aunque bien heridos, rompiendo escuadrones, y Cortés nos decía que diésemos en señores señalados, porque todos traían grandes penachos de oro y ricas armas y divisas, y Sandoval nos daba ánimos.
>
> No se había visto ni hallado en todas las Indias, en batalla que se haya dado, tan gran número de guerreros juntos, porque allí estaba la flor de México y de Tezcuco y todos los pueblos que están alrededor de la laguna, y otros muchos sus comarcanos [...] ya con pensamiento que de aquella vez no queda-

[58] DC, II, p. 356.

> ra roso ni velloso de nosotros. Pues ¡que armas tan ricas que traían, con tanto oro y penachos y divisas, y todos los más capitanes y personas principales! Allí junto donde fue esta reñida y nombrada batalla y en un pueblo que se dice Otumba, tienen muy bien pintada esta batalla y en retratos entallada los mexicanos y tlaxcaltecas, entre otras muchas batallas que hubimos hasta ganar México.[59]

Retoma lo de que Cortés, junto con esos capitanes, cayeron sobre el capitán general rodeado de un gran escuadrón, con la bandera tendida, adornado de ricas armas de oro y grandes tocados de argentería, en compañía de muchos principales, y dijo a Sandoval, Olid, Gonzalo Domínguez y a todos los capitanes que arremetieran contra ellos. Cortés le dio un encuentro con su caballo al capitán mexicano tan fuerte que le hizo abatir su bandera, y los demás acabaron de romper el escuadrón. Quien golpeó al capitán que traía la bandera, que no había caído al encuentro de Cortés, fue Juan de Salamanca, nativo de Ontiveros; montado en una buena yegua overa, le dio un lanzazo, le quitó el rico tocado que traía y se lo dio a Cortés, con lo que perdieron el brío sus gentes. Hacía ya tres años, agrega Bernal, que el emperador dio esto por armas a Salamanca (cuyo escudo tiene en un cuarto una flecha cruzada con una espada. En 1535 el emperador otorgó a Juan de Salamanca la merced de poner tal acción en su escudo de armas). El enemigo aflojó el ataque, perseguido por la caballería y por los tlaxcaltecas que estaban hechos unos leones. (Bernal nombra a guerreros de diversas partes, incluidos acolhuas, y la ha-

[59] Bernal Díaz, *op. cit.* cap. CXXVIII.

zaña de matar al general, sin dar su nombre, la distribuye entre Cortés y varios de sus capitanes.)[60]

Cervantes de Salazar agrega otros detalles. Narra que tras la Noche de la Huida fue como dice Motolinía, cuando tuvieron que rodear por la parte de occidente, y por ese camino eran 30 leguas a Tlaxcala; pasaron gran hambre pues sólo había que comer acederas, cerezas verdes y cañas de maíz; todo era pestilencia, pero ninguno murió, sino los que los indios tomaban a manos. El séptimo día, no lejos de Otumba fueron atacados por muchos guerreros, que como canes rabiosos se metían por las espadas y lanzas; Cortés salió mal herido de la cabeza por una pedrada de honda, mas su persona sola valió y pudo tanto que conservó y sustentó todo su ejército. Hirieron a Martín de Gamboa, matándole el caballo. Pernoctaron y cenaron el caballo muerto de Gamboa y se comieron hasta las tripas y uñas, y aun al repartir hubo cuchilladas; la cabeza les tocó a cinco o seis soldados que hicieron gran fiesta. Al día siguiente, sábado por la mañana, llegaron a un llano donde salió un guerreo alto de cuerpo, con ricos plumajes, rodela y macana, muy valiente y lanzó un desafío personal; salió a él Ojeda, siguióle Joan Cortés, un esclavo del capitán. El indio no quiso esperar porque venían dos. Pronto se juntaron 200 000 (el número mágico al parecer) en campos muy llanos, vestidos de blanco, de una parte a otra de las sierras.[61] Llegaron en orden, repartidos en capitanías, cada una con su bandera, caracoles e instrumentos. Los

60 Bernal dice que salieron de Tenochtitlan el 10 de julio y que la batalla de Otumba fue el 14, lo cual es erróneo; es posible que siguiera a López de Gómara, quien afirma que la huida fue el 10 de julio del año 20. Cortés, que salieron el domingo 8 de julio "de toda la tierra de Colpua" y llegaron a la de Tlaxcala a Gualipanj (Hueyotlitlan). Otumba debió ser entre el 6 y 7 de julio, Cortés no anotó la fecha.

61 Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista*, vol. IV, p. 396, sostiene que la predominancia de este color se debía a que se trataba de aspirantes a guerreros, quienes debían vestirse de blanco, pues

españoles se daban ya por muertos. Cortés ordenó un alto y que se talaran los maizales por más de media legua, pues en ellos el enemigo entraba y salía haciendo gran daño. Puso heridos y enfermos en medio del escuadrón, con guarnición de caballos de un lado y otro, advirtió que cuando fuera necesario retirarse cada uno llevase a cuestas un enfermo, y a los heridos que subieran en ancas de caballo, para que pudiesen tirar las escopetas. Les dirigió un discurso animador, ya los españoles habían vencido a turcos y moros, ese sería el día de la más memorable victoria que hasta entonces habían tenido contra infieles. Se le arrasaron los ojos de lágrimas. Atacó el enemigo con grandes alaridos, como leones desatados, tirando mucha flecha y vara, aunque tiraban con la escopetería y ballestería y les hacía gran daño, los sacaban del escuadrón. Cortés veía que la fuerza estaba en que estuvieran juntos y en orden, alanceó muchos con ánimo y esfuerzo, defendió tan bien su escuadrón que ningún soldado le llevaron, aunque Motolinía y López de Gómara decían que sí. Acompañaban al extremeño siete peones muy sueltos y valientes, que fueron varias veces causa de que abrazándose los indios con su caballo no le matasen, Era tan brioso y tan diestro el caballo que hiriéndole de un flechazo por la boca, lo mandó Cortés a donde estaba el fardaje y tomó otro, pero el caballo herido al volver a oír el ruido y alarido de los indios se soltó y con gran furia regresó tirando coces y dando bocados a los que topaba, en las ancas y pescuezo sacó muchos flechazos.

Cortés "hacía maravillas", pero apretó tanto el enemigo que los de caballo para guarecerse se metían en el escuadrón de los peones, todos estaban arremolinados y en punto de perderse. El extremeño, mirando a la parte de oriente, a buen

---

la mayoría de los veteranos habían perecido cuando la matanza del Templo Mayor y las luchas en la ciudad.

trecho de donde peleaba, vio sobre los hombros de personas principales, levantado sobre andas muy ricas, al general con una bandera en la mano, que extendida y desplegada al aire, con muy ricos penachos en la cabeza, la rodela de oro y plata, la bandera y señal real le salía de las espaldas, era una red de oro que subía la cabeza 10 palmos. Estaban junto a sus andas más de 300 principales muy bien armados. Relumbraba aquel cuartel con el sol tanto, que quitaba la vista. De donde estaba Cortés hasta el general había más de 100 000 hombres, creyendo que la victoria consistía en matar al general rompió con gran furia, sólo lo siguió Joan de Salamanca en una yegua overa, iba matando e hiriendo con la lanza y derrocando con los estribos a cuantos topaba hasta que llegó adonde el general, al cual de una lanzada derrocó de las andas. Salamanca se apeó, le cortó la cabeza, le quitó bandera y tocado, con lo que el enemigo empezó a huir, los 300 principales tomaron el cuerpo del general, se retrajeron a una cuesta, donde hicieron extraño llanto. La hueste cortesiano al grito de "¡Victoria, victoria!" siguieron mucho trecho al enemigo, haciendo tal estrago y matanza que según se cree murieron más de 20 000. Cortés dio después a Maxixcatzin los adornos del general, así como los demás repartieron sus despojos entre los señores y principales tlaxcaltecas. Agrega el cronista que esa batalla fue la más memorable que en las Indias se había dado y donde más valió y pudo la persona de Cortés; todos los que se hallaron en ella, con algunos de los cuales se comunicó, dicen y afirman que por su sola persona y valor llevó sano y salvo el ejército a Tlaxcala.

Fray Diego Durán narra que llegaron a los llanos de Otumba, donde al ver tantos enemigos quedaron como muertos y sin sentido, repite lo de la batalla y que Cortés, al ver al capitán general en un cerrillo alto, montó en un potro de un soldado, casi por domar, recio y de buen ánimo, tomó lanza en la mano y solo arremetió al enemigo, llegó al

estandarte, le dio de lanzadas, cayó como muerto, todos huyeron perseguidos, gran mortandad. Ya estaban aparejados los chalcas, xochimilcas, tepanecas, tezcucanos, para acudir a la batalla, pero se regresaron al saber del triunfo español y que ya iban refuerzos de Tlaxcala. (Durán afirma así que muchos señoríos, incluidos los texcocanos o acolhuas estaban del lado de Cortés.)

El *Códice Ramírez* ofrece un punto de vista muy peculiar sobre estos sucesos: don Fernando (Ixtlilxóchitl), tras sostener una gran batalla contra su tío Cuitláhuac, cuando supo de la salida de los españoles de la ciudad, envió órdenes a sus fronteras para que le proporcionaran a Cortés cuanto necesitara. Al llegar el ejército cortesiano a los llanos entre Otumba y Cempohualan encontraron a don Carlos, enviado por su hermano en auxilio de Cortés, con más de 100 000 hombres y mucha comida, mas el extremeño no los conoció, tomándolos por enemigos, y ordenó a los suyos arremeter. Don Carlos se hizo a un lado y les mostró la comida, Cortés receloso cabalgó hasta donde estaba el capitán que traía la bandera y se la quitó, después habló con don Carlos aceptando su ayuda, tras lo cual pernoctaron en Cempohualan.

Camargo da algunos nombres y palabras nuevas, relata que llegaron a los campos y llanos de Otompan, o llanos de Aztaquemecam, en donde los enfrentaron "innumerables" escuadrones de Tetzcuco o "Aculhuaques" (ahora de nuevo los acolhuas en contra de los españoles, no nombra a los mexicas). Afirma que estaban ahí no para la guerra sino para celebrar una fiesta anual, aunque por ello iban armados; como eran muchos intentaron probar su suerte contra los españoles. Cortés mató al capitán que llama Cihuacatzin y era de Teotihuacan, de un barrio que estaba bajo Tacalco, junto a Axtaquemecam; tomó la insignia que llama *tlahuizuntlazopillu*, de oro y muy rica plumería, que luego dio a Maxixcatzin; también alanceó a otro señor Techtlahuatzal,

aunque no murió y vivió mucho tiempo. En estos reencuentros estaba la señora llamada María de Estrada, donde peleó con lanza a caballo como si fuera uno de los más valerosos hombres. Se vio pelear un caballo blanco, de cuyo color no lo tenían, que les hacía mucho mal, y en memoria de ese milagro se edificó ahí una ermita del Apóstol Santiago, que es un pueblo pequeño en esa comarca de Otompan, que llaman los naturales Tenexalco. Afirmaron muchos conquistadores que el caballo en que salió Cortés a este reencuentro "era un rocín de arria (de carga) muy bronco, que no servía más que para llevar el fardaje", y como se vio sin caballo lo hizo ensillar, y estando flaco y cansado se le atribuyó toda la victoria, pues a coces, tocados y manotadas hacía tanto daño que no osaban acercarse a él, y se sirvió de él en la conquista de México y en la última guerra que dio se lo mataron, cuando Olea le dio el suyo.[62]

[62] Según Fernández de Oviedo este general enemigo era un capitán y mayordomo del huey tlatoani, llamado Xuquetenga. De acuerdo con la "Merced y mejora de Hernán Cortés a los caciques de Axapusco y Tepeyehualco", quien traía el estandarte era Cuauhtémoc, DC, I, p. 72. Muñoz Camargo declara que la insignia se llamaba *Tlahuizuntlazopillu* y estaba hecha de oro y muy rica plumería, y el capitán que la llevaba era nombrado *maxatlopille*, debido a la divisa que portaba, pero se llamaba Cihuacatzin, capitán nativo de Teotihuacán, de un barrio que estaba bajo Tacalco junto a Axtaquemecan. Agrega Muñoz que Cortés también alanceó a otro señor, Techtlahuatzal, aunque éste vivió aún mucho tiempo. Torquemada lo sigue de cerca, reportando que la red de oro era llamaba *tlahuizmatlaxopilli*, y el nombre del capitán era Cihuacatzin, pero su apelativo era *matlaxopilli*. Alva Ixtlilxóchitl afirma que se trataba de Zihuatcaltzin, capitán general, y su insignia era el *matlaxopili*, una red de oro; agrega que la batalla fue en el sitio llamado Metepec, y que llegando a Teyocan hubo otro encuentro, "donde murieron infinitos de sus enemigos". Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista*…, vol. IV, p. 396, afirma que se trataba del cihuacóatl de Tenochtitlan, cuya insignia era una asta de la cual colgaba una red de oro. Chavero, *México a través de los siglos*, vol. II, p. 425, sostiene que de acuerdo con el manuscrito de Chimal-

Fray Juan de Torquemada dice que los alcanzaron en las faldas del monte Aztaquemecan, en un lugar llamado Tonan, en los términos, o cerca de ellos, de Otumpa. Los indios se alojaron esa noche en las faldas o laderas de ese monte a la parte poniente, los españoles estaban a la parte de oriente, llegaron con tanto secreto que no supieron de su llegada los españoles hasta muy tarde. Luego que amaneció los españoles marcharon, ya se habían apartado un buen trecho de aquel monte, los vigías mexicanos comenzaron a dar voces, los atacaron, vestidos de blanco, eran 200 000 (de nuevo la cifra mágica), los mexicanos los cercaron por todas partes, quedando como una isleta en medio del mar, duró el conflicto más de cuatro o cinco horas, murieron casi todos los amigos de los españoles, y algunos de éstos; llegó el mediodía, Cortés vio al que mandaba una red de oro, *tlahuizmatlaxopilli*, y el propio nombre del capitán era Cihuacatzin, pero su apelativo era Matlaxopilli, tomado de la insignia que llevaba de capitán, va a él con Juan de Salamanca, lo matan y el enemigo se dispersa.

Chimalpahin sólo dice que después de matarlos se fueron a Tlaxcala, hasta donde se les fue a perseguir.

Alva Ixtlilxóchitl narra en la *Sumaria relación* que otro día llegaron a los llanos de Otumpan, salieron más de 200 000 guerreros (de nuevo); muy cruel batalla, llegó Cortés al estandarte real de México que tenía Zihuatzaltzin, capitán general de ese ejército, al que llamaban Matlaxopilli, lo mató y quitó el estandarte, el enemigo huyó. Sucedió esta batalla en la parte que dicen Metepec, y luego hubo otras

---

pahin, Cuitláhuac había nombrado cihuacóatl a Matlatzincatzin, hermano suyo, y como el jeroglífico de éste debía tener necesariamente una red, al leer las pinturas se tomó su nombre como el de la bandera.

en Teyocan, donde murieron infinitos enemigos y fue la última de su camino a Tlaxcala.

Solís afirma que la historia decía que murieron 20 000 en esta batalla (¿se borraría un cero en las copias?), aunque alega que siempre se exagera en estos casos. Todos los escritores, "nuestros y extraños", refieren esta victoria como una de las mayores que se consiguieron en las dos Américas. Y si fuese cierto que peleó Santiago en el aire, como lo afirman algunos, quedará más creíble, o menos encarecido el estrago, aunque no era necesario recurrir al milagro visible.

La naturaleza de estas numerosas tropas indígenas es tema debatido.[63] De acuerdo con un punto de vista se tra-

[63] Clavijero, *Historia antigua de México…*, II, p. 75, asegura que fue en la llanura de Tonanpoco, cerca de Otompan. Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista…*, vol. IV, p. 397, manifiesta que era la llanura de Tonanpolco, cercana a Otonpa. Y, según Chavero, *México a través de los siglos*, p. 435, el *Lienzo de Tlaxcala* proporciona el verdadero nombre del lugar, Temalcatitlan. Clavijero, también opina que no se trataba del ejército mexica, sino de tropas de Otompan, Calpolalpan, Teotihuacan y otros pueblos vecinos, a quienes los mexicas pidieron atacar a los españoles. Prescott, *Historia de la conquista…*, vol. II, p. 59, sostiene esa opinión, manteniendo que el principal número era acolhua. Orozco y Berra, *op. cit.*, p. 396, escribe que se trataba de un ejército reunido por Cuitláhuac, compuesto de guerreros de México, Acolhuacan y Tlacopan, además de algunos de los pueblos lagueneros. Chavero, *op. cit.*, pp. 424-425, asevera que eran tropas mexicas y tepanecas, pero las mismas que habían estado persiguiendo todo el tiempo a los españoles, junto con otras aliadas de Tlalnepantla, Cuauhtitlan, Tollan, Tenayuca, Otompan y todo el Cuautlalpan, "era un conjunto desorganizado y no llegaba el ejército aguerrido y ordenado que de México enviaba Cuitláhuac", aunque ya venía en camino, formado por escuadrones mexicas, tepanecas, chalcas, xochimilcas y acolhuas, pero al recibir la noticia del triunfo español se volvió y desbarató. Cartwright, *Lluvia de dardos*, pp. 254-255, opina que Cuitláhuac reunió un ejército, aunque la mayoría de sus efectivos provendría de las ciudades acolhuas de la comarca, como Calpulalpan, Otompan y Teotihuacan, además de algunos pocos llegados

taba al fin del ejército de México-Tenochtitlan. Los mexicas habrían terminado de celebrar las exequias de sus muertos, la recolección del despojo y el botín y celebrado la coronación de Cuitláhuac, por lo que iniciaron su ofensiva.

Otros historiadores sostienen que aún no se trataba del ejército mexica, sino de tropas aliadas de los distintos pueblos comarcanos, aunque ya estaba en camino la fuerza enviada por Cuitláhuac desde Tenochtitlan.

Es probable que se tratara del ejército mexica, Chimalpahin y Camargo dan a entender que el comandante en jefe no era otro que el cihuacóatl en persona, Matlaltzincatzin, segundo en la jerarquía mexica, portando el estandarte real; si así fuese y Cortés lo supo, era de suma importancia derribarlo para hacer huir al enemigo de acuerdo con sus costumbres militares.

Sea como fuere, los españoles serían unos 300, con 22 caballos y unos 2 000 indígenas aliados; los tlaxcaltecas iban bajo el mando del valeroso Calmecahua.

Los cronistas españoles son unánimes en elogiar el valor y la actividad del extremeño, se distinguieron también por su valentía el tlaxcalteca don Antonio Calmecahua y el mexica Cihuacatzin.

La costumbre indígena de dar preferencia a tomar prisioneros en la batalla, así como la de sentirse derrotados al caer su general, les impidió tomar ventaja de su superioridad numérica y aniquilar por completo a los españoles, como muy bien podrían haberlo hecho.

En la plaza de Medellín, poblado donde nació Cortés, existe una estatua en su honor; al pie de la columna apare-

---

de México. La pregunta 162 del interrogatorio general del juicio de Cortés inquiere si saben que "en la batalla de Otumba, sola su persona del dicho Hernando Cortés fue parte para escapar la gente e que no los matasen a todos". DC, II, p. 250.

ce el nombre de la batalla de Otumba, junto con otras tres. Bernal, por su parte, critica el papel protagonista otorgado a Cortés por López de Gómara, y afirma que:

> sobre todo hemos de dar gracias a Dios [...] y Cortés en tener tan esforzados y valerosos capitanes y esforzados soldados como tenía [...] porque siempre andaban juntos con Cortés todos los capitanes por mi nombrados, y aun ahora los torno a nombrar, que fueron Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Morla, Luis Marín, Francisco de Lugo y Gonzalo Domínguez, y otros muy buenos y valientes soldados que no alcanzábamos caballos, porque en aquel tiempo [...] no los había, y aunque costaran mil pesos.

El cronista reclama a López de Gómara mencionar sólo a Cortés y a ninguno de sus hombres, así como su exageración numérica:

> y también dice este coronista que iban tantos mil millares de indios con nosotros a las entradas, que no tiene cuenta ni razón en tantos como pone, y también dice de las ciudades y pueblos y poblazones que eran tantos millares de casas no siendo la quinta parte, que […] se suma todo lo que pone en su historia son más millones de hombres que en todo el Universo están poblados, y eso se le da poner ocho mil que ochenta mil, en cambio: "Miren los curiosos lectores cuanto va de la verdad a la mentira, a esta mi relación en decir letra por letra lo acaecido [...] como yo soy más obligado a decir la verdad que no a lisonjas".

A decir de Bernal quedaron vivos 440 españoles, 12 ballesteros, 7 escopeteros, aunque sin pólvora, y 20 caballos, todos heridos, cojos y mancos.

No ha faltado quien ponga en tela de juicio la realidad de esta batalla, calificándola de invención de los españoles. Así, Genaro García escribe que:

> El hecho de que en la *Información de Tlaxcala*, en la cual sólo declararon españoles de los mismos que habían huido con Cortés, no se haga ni la más leve mención a la peregrina batalla [...] hace pensar que la repetida batalla sólo existió en la imaginación calenturienta de los hambrientos y desfallecidos castellanos [...] era materialmente imposible que hubieran podido, ya no vencer, pero ni siquiera resistir, al ejército mexicano.[64]

Eulalia Guzmán afirma que "la batalla de Otumba, producto de la imaginación de Cortés ampliamente exagerada por Bernal Díaz del Castillo, sólo tuvo por objeto engañar una vez más a Carlos V, para obtener de él mercedes".[65]

De nuevo habrá que repetir que sería prácticamente imposible que una conjura semejante reuniese testimonios unánimes de los participantes, realizados en diferentes tiempos y con diferentes motivos, aunque también es poco creíble que los extenuados españoles y sus aliados hubiesen podido sobrevivir a un ataque masivo del ejército mexica; es más probable que fueran tropas comarcanas que recibieron la orden de Cuitláhuac de impedir la salida del valle al enemigo mientras llegaba el ejército tenochca,

64 Genaro García, *Carácter de la conquista española en América y en México según los textos de los historiadores primitivos*, pp. 227-228.

65 Eulalia Guzmán, *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac. Aclaraciones y rectificaciones*, t. I, pp. 476, 477.

posiblemente en camino (hay que notar que en Otumba no era Cuitláhuac el que estaba a la cabeza de los mexicas); y si bien el número de estos contingentes fue exagerado por los cronistas, no por ello habría que menoscabar el valor, la disciplina y fortaleza del puñado de españoles y tlaxcaltecas que los enfrentaron y vencieron. Hay quien dice que los mexicas no vencieron por su concepto de "guerra florida", de tomar prisioneros en vez de un ataque táctico, aunque al parecer en esta supuesta batalla también se mostró la táctica mexica de cuerpo a cuerpo.

No todas las fuentes hablan de Otumba como la gran batalla, sino como un encuentro fuerte, así lo manifiestan el *Códice Florentino* y Andrés de Tapia.

Los españoles, tras celebrar su victoria, continuaron su marcha hacia Tlaxcala, alegres y comiendo calabazas; la región estaba poblada. De vez en cuando el enemigo se aproximaba para lanzarles proyectiles e insultos en lugares escabrosos, no se atrevieron a más. Los hombres de Cortés llegaron hasta los caseríos de un pueblo pequeño, donde se levantaba un templo en el que se fortificaron esa noche y curaron sus heridas.[66] El enemigo no los atacó, aunque se mantuvo en las cercanías.

Desde ese poblado vieron por la noche numerosas hogueras en las alturas cercanas y oyeron muchas voces, por lo que, temiendo un ataque, organizaron rondas de centinelas. Se observaba desde este sitio la sierra de Matlalcueye, de lo

[66] Muñoz Camargo asevera que fueron luchando siempre por los llanos de Apam, Temalcatitlan y Almoloyan, hasta llegar a Hueyotitlan. En la "Merced y mejora de Hernán Cortés a los caciques de Axapusco y Tepeyehualco", se dice que los españoles fueron al pueblo de San Esteban Axapusco, donde se curaron y les dieron de comer muy bien; Tlamapanatzin y Atonaletzin los acompañaron hasta Tlaxcala. Alva Ixtlilxóchitl afirma que pasaron la noche en Temalacayocan. Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista…*, vol. IV, escribe que pernoctaron en Apan.

que se alegraron ya que indicaba la proximidad de Tlaxcala, aunque, comenta Cortés, aún no estaban seguros del recibimiento que les darían al llegar tan desbaratados, tal vez incluso quisieran acabar con ellos, "por cobrar la libertad que antes tenían", esto los tuvo tristes y aprehensivos.

Con esta batalla que cambió la marea, la fama de los españoles volvió a acrecentarse; de vencidos se convertían en vencedores, esta vez casi sin armas de fuego, como tales entrarían a Tlaxcala.[67]

[67] Hernán Cortés, Segunda carta de relación; G. Baudot y T. Todorov, "Anales históricos de Tlatelolco", p. 189; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV, lib. XXXIII, caps. XIII-XIV, XLVII, LIV; López de Gómara, *op. cit.*, II, pp. 160-164; Vázquez de Tapia, *op. cit.*, pp. 44-45; *Códice Ramírez*, pp. 116-120, 196-197, 201; *Códice Florentino*, lib. XII, caps. XXIV-XXVII; Aguilar, *op. cit.*, VII jornada; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. IV, caps. CXIX-CXXXI; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. II, caps. CXXVIII, CXXIX, CXXXV, CLVI; fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. II, caps. LXXVI, LXXXVIII; Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, lib. II, cap. VI; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, III, lib. X, década II, caps. XI-XIII; Torquemada, *op. cit.*, vol. II, lib. IV, caps. LVI, LXXI-LXXIII; Chimalpahin, "Tercera" y "Séptima" relaciones; Alva Ixtlilxóchitl, "Sumaria relación…", núm. 6; "Compendio histórico del reino de Texcoco, Decimatercia relación", "Historia de la nación chichimeca", cap. LXXXVIII-LXXXIX; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. IV, caps. XVIII-XX, lib. V, cap. I.

CAPÍTULO XXII

El contraataque

Maxixcatzin dijo a Cortés: "en esta nuestra tierra alégrate y desecha de tu corazón todo pesar y tristeza, pues sabes como sabio y experimentado en la guerra, que son varios y diversos los subcesos de la fortuna [...] heciste, como sueles, maravillas en la fortaleza de tu brazo... alégrate, regocíjate, que con la vida te vengarás de tus enemigos y volverás a mayor prosperidad de la que has perdido. En tu tierra y en tu casa estás, y entre los taxcaltecas, tus verdaderos amigos, que jamás te negarán [...] Ahora ve lo que mandas y quieres, que se hará todo a tu gusto y voluntad".

Palabras de Maxixcatzin a Cortés[1]

Al alba del día siguiente, domingo 8 de julio, la hueste de Cortés prosiguió su marcha rumbo a Tlaxcala por un camino recto y llano. El número de enemigos que los seguía disminuyó considerablemente, a pesar de que la región estaba muy poblada, se mantenían a distancia, limitándose a gritarles insultos y amenazas desde las lomas. A poco andar subieron una pequeña colina y del otro lado de la pendiente encontraron una barrera ligeramente fortificada y un pozo, era al fin la ansiada frontera con Tlaxcala. Hicieron alto para saciar su sed, lavarse y comer de lo poco que llevaban.

1 Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. IV, cap. CXXXII.

Ya en territorio de sus aliados llegaron al pueblo de Hueyotitlan[2] (en el actual estado de Tlaxcala), de dos o tres mil habitantes, los recibieron bien, aunque Cortés y Bernal afirman que accedieron a proporcionarles provisiones sólo mediante un pago en oro o en chalchihuites; López de Gómara manifiesta que únicamente algunos hicieron eso, la mayoría los proveyó con liberalidad. Cervantes afirma que este comercio no le parecía creíble, posiblemente les pedirían algunas joyas de regalo, mas no como pago de la comida, por la que nunca lo pidieron (mucho más probable), y que los habitantes salieron a más de una legua del pueblo a recibirlos, llevándoles comida e invitándolos a sus casas, bien sabían de su desgracia, e incluso dieron a cada español tres o cuatro mujeres, ahora eran más numerosas que los hombres a causa de los muertos en batalla.

Fernández de Oviedo comentó a Juan Cano cómo se maravillaba de que los tlaxcaltecas no acabaran con los españoles, después de que tantos de los suyos habían muerto por su causa, y que se decía que los de Hueyotitlan sólo les daban alimentos a cambio de oro. Cano respondió que esto último era falso, que ni siquiera en casa de sus padres hubieran tenido los españoles mejor recibimiento, les daban cuanto pedían con muy buena voluntad, y aun sin pedirlo. Las mujeres lloraban tanto por los muertos de su nación como por el descalabro español, e intentaban consolarlos. Los europeos

[2] Alfredo Chavero afirma que, de acuerdo con el *Lienzo de Tlaxcala*, llegaron primero al pueblo tlaxcalteca de Xaltelolco, cuyo señor, Citlalpopoca, les brindó una cálida bienvenida; de ahí seguirían a Hueyotitlan, donde según los dibujos del lienzo había gran abundancia de víveres, *cfr. México a través de los siglos*, vol. II, p. 425. Alva Ixtlilxóchitl asevera que los de Cortés pernoctaron en Xaltelolco, a los pies del cerro de Quauhtépetl, siendo recibidos por Zitlalquiautzin, quien les proporcionó de comer en abundancia a nombre de los señores de Tlaxcala; de ahí pasaron a Huayotlipan.

también derramaban lágrimas, pero de alegría, por verse al fin a salvo.

Permanecieron en Hueyotitlan cerca de tres días, reponiéndose del hambre y del cansancio, curando sus heridas y las de los caballos. Maxixcatzin, Xicoténcatl el Viejo y seguramente los otros dos señores de Tlaxcala, Tlehuexolotzin y Citlalpopocatzin, así como gran cantidad de principales y señores tlaxcaltecas y huexotzincas, acudieron a Hueyotitlan a darles la bienvenida y hablar con Cortés, al que abrazaron llorando; le recordaron las muchas ocasiones en que le habían prevenido contra la perfidia de los mexicas y cómo no les había creído. Le contaron que sabían que los esperaban en Otumba e intentaron ir en su auxilio con miles de guerreros, pero no habían podido partir por no haberse reunido a tiempo aún. Se alegraron sobremanera de ver vivas a Luisa y a Marina y hubo grandes muestras de duelo por los muertos. Maxixcatzin lloraba la pérdida de un hijo que combatía junto con la gente de Juan Yuste y Francisco de Morla, emboscados por los mexicas, y de su hija Elvira y de Juan Velázquez de León, a quien se la dio como mujer.

Consolaron a Cortés y a los suyos, afirmando que debían mostrarse muy contentos de haber salido con vida, de haber realizado tan grandes hazañas y hecho cuanto habían podido; ya habría tiempo de ir contra los mexicas y vengar la pérdida de tantos de los suyos y de los de Cortés, podía estar seguro de que ellos lo seguirían auxiliando hasta la muerte, como se lo habían prometido. Mientras tanto debía sentirse como en su tierra y en su casa, entre hermanos, y mandar lo que quisiera; tras descansar debían trasladarse a su ciudad, a sólo cuatro leguas de distancia (22 km), donde se repondrían mejor.

Cortés les agradeció con el alma, húmedos los ojos ante tales muestras de generosidad, amistad y lealtad que recibían en la desgracia. Entregó a Maxixcatzin las insignias de

Cihuacatzin, el general muerto en Otumba, como el estandarte llamado *tlahuizmatlaxopilli*, y armas, plumajes y joyas a Xicoténcatl y a los demás; sus hombres dieron de lo que traían a sus conocidos tlaxcaltecas. Maxixcatzin obsequió a Cortés una estera de madera con unas mantas, y a todos los demás lo que pudo; pidió al extremeño algunos de sus hombres, de entre los más sanos, para que acompañaran a sus guerreros a rechazar ciertas guarniciones mexicas que andaban en pos de los españoles, causando daños en Tlaxcala. Cortés se los concedió y al poco tiempo regresaron muy contentos con el despojo adquirido.

Partieron hacia la ciudad, los heridos llevados en hombros y hamacas. Los habitantes salieron a recibirlos a las afueras (a decir de Cervantes eran 200 000 (de nuevo ese número), deseosos de conocer la suerte de sus familiares y amigos. Al ver que muy pocos regresaban irrumpieron en llanto, tocaban las heridas de los blancos, apiadándose de ellos y consolándolos. Un poco más allá les esperaban los principales y guerreros, abrazaron a Cortés y a sus capitanes, dándoles la bienvenida. La procesión regresó a la ciudad con los españoles en medio; al son de instrumentos musicales se dirigieron hacia la plaza, donde los aguardaban los cuatro señores de Tlaxcala. Maxixcatzin, por ser el de más edad, fue quien primero abrazó a Cortés, siguiéndole los otros, en orden a su edad y rango. López de Gómara, Bernal y Muñoz Camargo relatan que Cortés se alojó en las casas de Maxixcatzin, en el barrio de Ocotelolco, y Pedro de Alvarado en las de Xicoténcatl. En el patio se realizaron festejos por varios días, acompañados de música y bailes. López de Gómara no pudo menos que reconocer que "Mucho se debe a los de Tlaxcallan por su lealtad y ayuda".

Cervantes de Salazar narra que un capitán, Juan Páez (a quien Torquemada llama Juan Pérez), dejado por Cortés en Tlaxcala, al mando de 70 hombres, la mayor parte enfermos

o convalecientes, cuando partieron a México, reportó al extremeño sobre el buen tratamiento que habían recibido, excepción hecha de Xicoténcatl el Mozo, capitán general, quien les seguía teniendo mala voluntad, al grado que hizo pública su alegría cuando se enteró de la derrota sufrida al salir de Tenochtitlan. Cortés supo que Maxixcatzin había ofrecido a Juan Páez 100 000 guerreros para que fuera con ellos a México en su auxilio, y que Páez se había rehusado, aduciendo que teniendo Cortés tantos españoles con él seguramente no necesitaría de semejante socorro, y le pidió a Maxixcatzin permanecer ahí. El extremeño reclamó furiosamente a Páez su estupidez, llamándolo cobarde, traidor y asesino de sus compañeros, pues los había dejado perecer mientras él descansaba; le dijo que no merecía ser ni capitán de liebres y lo destituyó de su puesto, mandándolo al diablo, que no se presentara más ante sus ojos ni replicarle, si volvía a verlo lo mandaría ahorcar.

El enojo de Cortés contribuyó a aumentar unas fuertes calenturas que sufría, y al agravarse la herida de su cráneo se desmejoró tanto que se "pasmó", como decían en la época, llegando a temerse por su vida. Lo atendió el único cirujano español, un tal maestro Juan. Los señores ordenaron el cese de los festejos y preguntaban continuamente por su salud, proporcionándole sus mejores curanderos, expertos en el uso de hierbas medicinales. Cervantes narra que, estando el extremeño desahuciado, los nativos le extrajeron del cráneo algunos fragmentos de hueso, con lo que empezó a mostrar franca mejoría, aunque no acababa de sanar de la mano, por no haber salido el pedernal de una flecha. Según él mismo escribe estaba "manco de dos dedos de la mano izquierda".[3] Aunque, cuando Juan Cano conversó con Fernández

[3] *Manco*, es decir que los dos dedos le quedaron inutilizados; no significando la palabra, como supone Hugh Thomas, *La conquista de México*, p. 473, que los hubiese perdido.

de Oviedo, le comentó sobre los dedos de Cortés: "que así como los sacó de Castilla [...] así los tiene agora en España, porque nunca fue manco dellos ni le faltan; e así nunca hubo menester cirujano ni milagro para guarescer de ese trabajo".

Se celebró su recuperación con gran alegría, aunque otros no tuvieron esa misma suerte; a decir de Bernal cuatro españoles murieron en Tlaxcala debido a sus heridas.

Cervantes, utilizando el Memorial de Ojeda, refiere que Cortés envió a éste en compañía de varios tlaxcaltecas a buscar comida en los pueblos cercanos, donde muchos se la negaron incitados por Xicoténcatl el Mozo, e incluso los insultaron, diciéndoles que harían mejor en ir a amasar el maíz con las mujeres, pues tan cobardes se habían mostrado ante los mexicas que no servían más que para comérselos. Informó a Cortés, que le aconsejó paciencia, pues ya llegaría el momento en que Xicoténcatl lo pagara; de todos modos, por si acaso, ordenó que los centinelas se relevaran de día y de noche, no fuera que los tomaran desprevenidos. Maxixcatzin le reclamó esa desconfianza al extremeño, quien le aseveró no hacerlo por ello, sino porque tal era su costumbre.

Mientras tanto en México-Tenochtitlan, Cuitláhuac, tras una reunión de consejo, decidió enviar seis mensajeros a Tlaxcala, escogidos de entre los principales nobles con más facilidad de palabra. Fueron recibidos como tales, de acuerdo con la costumbre. Los mexicas entregaron los obsequios de rigor: mantas, plumajes, sal y algunas joyas. El más viejo tomó la palabra: a pesar de que durante mucho tiempo sus naciones habían sido enemigas, profesaban la misma religión, tenían las mismas leyes y costumbres, y hablaban la misma lengua; en cambio, los extranjeros eran en todo muy diferentes, habían mostrado su intención de destruir todo lo suyo, tratado de imponerles nuevos dioses, nuevas leyes y costumbres, robaban, forzaban a las mujeres; si triunfaban, seguramente se enseñorearían de todo, incluso de sus per-

sonas. Por eso los mexicas los habían echado de su ciudad; si los tlaxcaltecas los recibían y auxiliaban sólo echarían leña al fuego en el que todos se abrasarían; si con su ayuda lograban vencer a los mexicas, después harían lo mismo con Tlaxcala. Por ello, Cuitláhuac, el nuevo huey tlatoani, les pedía olvidar sus rencillas y celebrar un tratado de paz, para que juntos acabaran con lo que quedaba de los españoles, y enseguida conquistaran la tierra y se la repartieran a partes iguales.

Maxixcatzin, hablando en nombre de los señores, agradeció sus palabras y respondió que el asunto era tan importante que necesitaban analizarlo a fondo; mientras lo hacían, los embajadores podían ir a reposar. Enseguida los señores discutieron la propuesta mexica, las opiniones se dividieron; Xicoténcatl el Mozo se mostraba a favor de la alianza, mientras que a Maxixcatzin no le parecía adecuada, y expuso sus razones: no debían hacer las paces con un enemigo de tiempo inmemorial, quien había mostrado ser pérfido y traidor, que seguramente no cumpliría su palabra; les pedía no quebrantar la suya, dada a los blancos, ni quebrantar las sagradas leyes de la amistad. Ninguna honra obtendrían matando a los pocos extranjeros que quedaban, cansados, enfermos y heridos como estaban, que se habían puesto en sus manos confiando en su amistad; más valdría luchar junto con ellos contra los mexicas, pues para el caso también los blancos les habían prometido prosperidad si vencían.

Tomó la palabra Xicoténcatl el Mozo, y siguió de cerca el razonamiento de los embajadores mexicas, mientras sus partidarios lo apoyaban a grandes voces. Los ánimos se caldearon tanto que Maxixcatzin llamó traidor al Mozo y le propinó un fuerte golpe que lo derribó por tierra.[4] Al pa-

[4] Bernal Díaz difiere, afirmando que fue cuando se supo en Tlaxcala sobre la huida española de México que Xicoténcatl el Mozo convocó

recer los embajadores mexicas fueron despedidos sin una respuesta clara.[5]

Cortés agradeció a Maxixcatzin su decisiva intervención a su favor, dándole un gran abrazo y haciéndole muchas promesas de que con el tiempo, tras su triunfo, lo haría el señor más grande de esa tierra.[6]

Cuando Cortés y los suyos partieron a México-Tenochtitlan, tras la victoria sobre Narváez, dejaron en Tlaxcala a los heridos y enfermos, a cuyo cuidado quedó también el botín que Juan Velázquez de León llevó de Tuxtepec, además de unos criados del extremeño encargados del oro, la plata, ropas, menaje y provisiones del extremeño, así como la ropa de los españoles que habían ido a México, pues a decir de Cortés sólo se llevaron lo que traían puesto. El capitán afirma que, estando de regreso en Tlaxcala, se enteró de cómo había salido un criado suyo hacia Tenochtitlan, procedente de la Villa

---

por iniciativa propia a parientes y amigos para acabar con ellos y reconciliarse con el nuevo tlatoani mexica, y que Maxixcatzin, en reunión de consejo con los otros señores, lo tildó de traidor.

5 Un fragmento del *Códice Ramírez* narra, sin mencionar la embajada mexica, que tras la llegada de los españoles a Tlaxcala hubo ciertas discusiones entre los señores sobre si admitirlos o no, teniendo más votos el partido favorable a ellos. Durán atribuye esta embajada, y varias otras enviadas a Tlaxcala con este fin, a Cuauhtémoc, agregando que Cortés encarceló a uno de los señores, al que no nombra, y que creía que finalmente lo mandó matar. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. II, cap. CXXIX, afirma que Cortés mandó ahorcar a Xicoténcatl el Mozo en un pueblo cercano a Texcoco, y lo mismo afirma Muñoz Camargo.

6 Al parecer los tlaxcaltecas impusieron ciertas condiciones para apoyar a los españoles, como la entrega de Cholula, que se compartiese el botín obtenido en la lucha contra los mexicas, que se construyese en la vencida Tenochtitlan un fuerte a cargo de los tlaxcaltecas, y no pagar tributo a quien fuese que gobernara Tenochtitlan en el futuro. Ciertos testigos afirmaron que Cortés así se los prometió, entre ellos Martín López, Pedro de Meneses, Francisco de Montaño y Alonso Ortiz de Zúñiga, Información de 1556 [817].

Rica, en compañía de cinco jinetes y 45 peones, recogió en Tlaxcala a la mayoría de los españoles que estaban ahí, así como el oro, la plata y las pertenencias que metieron en dos cofres. Por el camino los mexicas los mataron a todos, apoderándose de lo que llevaban. También fue informado que mataron a muchos otros españoles por los caminos cuando se dirigían a México-Tenochtitlan, creyendo que todo estaba en paz.

Estos sucesos son poco claros, Cortés narra que los mataron yendo de Tlaxcala a Tenochtitlan. López de Gómara relata que cuando Cortés volvió de la expedición contra Narváez, le escribió al capitán de la villa que enviara por sus partes, y fueron a Tlaxcala 50 españoles, entre ellos cinco de caballería, quienes a su regreso a la costa fueron apresados por "gente de Culúa" que estaba en armas debido a las incitaciones de Narváez. El cronista menciona unos 20 000 pesos en oro, mantas y objetos de plumería, que tras haber sacado y enviado el quinto real se quedó sin repartir.

Bernal menciona que eran las partes de los de la Villa Rica, había ido por ellas a Tlaxcala un tal Juan de Alcántara, junto con otros dos o tres españoles, con cartas de Cortés ordenando que les dieran el oro; fue durante los días en que los españoles estaban sitiados en México. Alcántara y los suyos se llevaron el oro, se supone que a la Villa Rica, y por el camino los mataron los nativos de los poblados que llama Zacatami y Xalacingo, además de que mataron también a otros 16 españoles en Tepeaca, en su camino hacia México.[7]

[7] H. Thomas, *La conquista...*, p. 478, confunde estos sucesos, dice que Alcántara fue enviado por Cortés desde Tenochtitlan, justo antes de salir, a la costa sur en busca de víveres y a llevarse el oro de Tlaxcala, no mencionando cómo es que Alcántara pudo entrar y volver a salir de la ciudad sitiada (pues venía de la costa); enseguida escribe que Alcántara partió de Tlaxcala rumbo a la costa con alimentos y dos

Cervantes asevera que fue Maxixcatzin quien comunicó estos sucesos a Cortés, que los muertos fueron Juan Yuste y Francisco de Morla, quienes hacia 12 días habían pasado por Hueyotitlan con 30 hombres, llevando los bienes ya mencionados hacia Tenochtitlan, habiéndoles dado Maxixcatzin un hijo suyo por compañía. Tras andar unas pocas leguas se encontraron con escuadrones de guerreros mexicas y se trabó una breve batalla en la que mataron a muchos de los contrarios, pero sucumbieron. Posteriormente, los españoles encontraron un letrero en la corteza de un árbol que decía: "Por aquí pasó el desdichado Joan Yuste con sus desdichados compañeros, muertos de hambre y entre enemigos". Agrega que los mexicas también mataron a 12 españoles y a un Fulano Coronado.[8]

En la Probanza de Ochoa de Lejalde de agosto-septiembre de 1520 se dice que fue Francisco de Morla quien llevaba el oro de Tlaxcala a México;[9] sin embargo, esto no es posible, Morla estaba en México con Cortés y murió la Noche de la Huida. Tampoco es creíble que pasados sólo unos días de que estuviesen los heridos y enfermos en Tlaxcala acompañaran a los venidos de la Villa Rica a una Tenochtitlan en pie de guerra. Debió de tratarse, como lo narra Bernal, de una partida de españoles procedentes de la Villa Rica, que fueron por sus partes de oro a Tlaxcala, y por el camino de regreso

---

cofres de oro que Juan Velázquez había llevado a México. ¿Para qué querrían alimentos en la Villa Rica?

8 Chavero dice que se trataba de Yuste, que salió rumbo a México con los heridos y enfermos que habían quedado en Tlaxcala, un total de 72 españoles, entre ellos 5 mujeres castellanas y un hijo de Maxixcatzin, siendo muertos por el camino. Murieron también Juan de Alcántara y 3 vecinos de la Villa Rica, además de muchos otros que fueron encontrados en despoblado, *cfr*. *México a través de los siglos*, vol. II, pp. 425-426.

9 DC I, pp. 114-128. Así lo afirma también Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, IV, p. 399.

los atacaron y mataron; en cuanto al oro de Tuxtepec, Cortés ya lo había utilizado en Cholula, cuando se dirigía contra Narváez. Al parecer se trata de dos partidas distintas: una la de Yuste, que iba de Tlaxcala a México con los enfermos y los bienes de Cortés, y otra de Alcántara que iba de Tlaxcala a la costa con las partes de oro que les correspondían a los de la Villa Rica.[10]

Según Cervantes, cuando corrió la noticia de su huida de Tenochtitlan muchas poblaciones cayeron sobre los blancos diseminados en busca de ríos auríferos. En Tututepec, en la costa del Pacífico, apresaron a varios, los desnudaron y los metieron en un patio cercado por un muro de un estado de alto (1.95 m), alrededor se colocaron más de 2 000 indígenas que empezaron a herirlos con sus lanzas. Los españoles ensangrentaron los muros en sus vanos intentos por escapar, hasta que finalmente, conscientes de que no tenían escapatoria, se hincaron, levantando las manos al cielo, animándose unos a otros, hasta que no quedó uno con vida.

En otras poblaciones, a decir de este cronista, también les dieron una muerte cruel: a algunos los encerraron por varios días sin alimento, tras lo cual les cortaban algún miembro y se los daban de comer cocido o asado; a otros los quemaban o desollaban vivos lentamente, concluyendo que omitirá el resto "por no indignar al lector e yo por no enternecerme, dexando las demás bestiales crueldades".

Cortés, temiendo que la guarnición de la Villa Rica hubiera sido atacada, envió mensajeros para enterarse de su suerte; según Bernal fueron tres tlaxcaltecas con una carta del capitán[11] en la que no daba pormenores sobre el número

[10] *Cfr*. Eulalia Guzmán, *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac. Aclaraciones y rectificaciones*, t. I, pp. 484, 485.

[11] Orozco y Berra dice que fueron Gonzalo de Sandoval y Alonso Ortiz de Zúñiga, en compañía de algunos guías tlaxcaltecas, *cfr*. *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 407.

de bajas que habían sufrido en esos días para no desanimarlos, y pedía al comandante de la villa que le enviara los hombres sanos, así como pólvora y ballestas, encargándole permanecer muy alerta. El extremeño envió otra carta a Alonso Caballero, encargado de vigilar el mar en las cercanías de la Villa Rica, pidiendo diera de través a los navíos de sobra y enviara a Tlaxcala los marineros armados que estaban fuera de servicio.

Los mensajeros regresaron con la nueva de que todo estaba en paz. Ya sabían en la Villa Rica de los sucesos ocurridos, pues Chicomecóatl se los había comunicado. Caballero respondió a Cortés que se quedaría sólo con el mejor navío; quedaban pocos marineros, muchos habían enfermado y muerto, pero le enviaría los que pudiera. Al poco tiempo llegaron a Tlaxcala cuatro soldados y tres marineros desde la costa, llevando por capitán a un tal Pedro Lencero;[12] estaban tan enfermos y flacos que los demás se reían de ellos, diciendo: "El socorro de Lencero, que venían siete soldados y los cinco llenos de bubas, y los dos hinchados con grandes barrigas". Ese fue todo el auxilio que pudieron enviarle desde la Villa Rica.

Transcurridos unos 20 días, es decir, hacia principios del mes de agosto de 1520, seguramente tras varias pláticas y acuerdos con los señores de Tlaxcala, Cortés y los suyos, ya repuestos, decidieron retomar la iniciativa y atacaron la provincia de Tepeyacac, "Punta o nariz de cerro" (llamada Tepeaca por los españoles).[13] Muñoz Camargo asevera que fueron los tlaxcaltecas quienes les aconsejaron conquistar

[12] Este Lencero sería más tarde propietario de una venta cerca de Xalapa, que dio su nombre a la Hacienda de Lencero, propiedad de Antonio López de Santa Anna, a la que actualmente, por equivocación, se la llama El Encero.

[13] Según William Prescott, sus habitantes eran tepanecas, *Historia de la conquista de México*, II, p. 75; E. Guzmán, *Relaciones de Hernán Cortés*

primero esa provincia y toda su comarca, y después las demás provincias sujetas a México, lo que sería como desmembrar y cortar las raíces del árbol, para derribarlo así más fácilmente.

A estas alturas del relato las acciones bélicas ocuparán gran parte de la narración, por tanto creo que es adecuado tener una buena idea sobre los armamentos defensivos y ofensivos. El aspecto guerrero-ideológico ya fue mostrado básicamente en el Prólogo.

¿Fue, como se nos ha hecho creer con demasiada frecuencia desde hace siglos, que la "derrota" nativa se debió sobre todo a la superioridad armamentística y estratégica de los peninsulares?

Las indagaciones sobre las armas de los "conquistadores" son escasas y presentan huecos.[14] Las crónicas de los siglos XVI y XVII no las mencionan como eran en realidad, sino con un tinte teológico-medieval proveniente de la Guerra Santa, la Reconquista que duró siglos en la península ibérica contra los moros musulmanes, así como de las cruzadas, de las novelas de caballería y de temas como la toma de Jerusalén, asuntos de gran influencia en la iconografía de la Conquista. En las imágenes e ilustraciones desde los códices hasta el presente, los españoles se muestran como cruzados, como soldados de Jesucristo que tenían el deber de seguir en la lucha y la propagación del mensaje cristiano, en tierras donde decían que reinaban los infieles, los paganos idólatras, manejados por el Diablo; son imágenes reforzadas con las representaciones militares, en ellas el armamento español era aún del tipo medieval, no existía un ejército en forma, sino milicias en las que cada componente debía avi-

---

a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac..., t. I, p. 488, sostiene que eran tolteca-chichimeca-mexica.

14 Una excepción es el libro de Alberto Mario Salas, *Las armas de la conquista*, difícil de encontrar.

tuallarse con sus propios medios, o con préstamos o auxilio del jefe de la expedición. Debemos tomar en cuenta que el Nuevo Mundo se encontraba en la periferia de España, y por lo tanto existían limitaciones de índole práctica en cuanto al armamento, que en su mayor parte debía ser importado de Europa. Esas milicias que existieron en Hispanoamérica durante los tres siglos de la Colonia siempre fueron dependientes del monarca español, que gozaba de la posesión y de la facultad de otorgar privilegios y posiciones jerárquicas o económicas, de manera parecida al vasallaje feudal, en el que los habitantes locales debían defender sus tierras empleando soldados y el armamento necesario, a manera de servicios al rey.

Así que los supuestos "ejércitos" indianos (así llamados en la América española) eran en realidad huestes heterogéneas, sin un equipo uniforme, con poca disciplina, conformados por hombres impuestos a la guerra debido a las largas luchas de la Reconquista, no sin cierto matiz de calidad heroica ya que muchos eran hijosdalgo, segundones en busca de fortuna, inquietos y aventureros. En esas imágenes no los miramos como eran: herederos del mundo musulmán; antes que eso se anteponen siempre las representaciones pictóricas del cristianismo europeo. Al avanzar el tiempo son retratados de diversas formas, basadas en el ejército español, que experimentaba una rápida transformación hacía la modernización, con los famosos "tercios". En las imágenes tradicionales se les ve revestidos de hierro, ya desde los códices cuasiindígenas, como el *Florentino*, que surgieron inspiradas de manos de los frailes, en temas que abrevaron de fuentes clásicas y medievales, que rebosan de normas y de cánones, como si fueran *miles christi*, soldados de Dios. Hernán Cortés lo expresa muy bien al escribir que, como cristianos, tenían la obligación de luchar contra los enemigos de la fe, ganándose así la gloria tras la muerte y "en este la mayor

prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó". En las representaciones más comunes los vemos acorazados (con armadura de cruzados), revestidos de yelmo, escudo y espada. También las crónicas escritas desde los siglos XVI y XVII, y las narraciones posteriores, tratan de demostrar la grandeza y supremacía española frente a las armas indianas.

Como nota curiosa hay que mencionar que en tales milicias también participaron negros. Matthew Restall señala que un tal Juan Garrido, nacido en África del oeste, llegó al Caribe en 1502-1503, a los 20 años de edad, y pasó a México con Hernán Cortés en 1519, residió luego en la Ciudad de México y en una carta que escribió al emperador se jacta de haber sembrado las primeras tres semillas de trigo de la Nueva España. Otro fue Francisco de Eguía, llegado con Narváez en 1520 y que pronto murió de viruela (¿Será tal vez el que menciona Bernal? El cronista afirma que los negros y los caballos valían su peso en oro.)[15]

Ningún "conquistador" poseía una armadura completa en esos primeros tiempos. Las armas de hierro debían ser importadas de España, y eran demasiado caras para los expedicionarios del Nuevo Mundo, que debían conformarse, si bien les iba, con adquirir poco a poco piezas sueltas de armaduras. Además de la prohibición peninsular hay que tomar en cuenta que el punto de fusión del oro y el del hierro están en polos opuestos, difícilmente se puede fundir hierro en el taller de un orfebre o de un platero, pero si oro en la fragua de un herrero.

La pieza más completa de la armadura era el coselete, compuesto por varias piezas; podían cubrir tan sólo el torso o, más completa, también el cuello, los brazos y los muslos. Lo común en las milicias indianas era que cada soldado tu-

15 Matthew Restall, *Cuando Moctezuma conoció a Cortés*, p. 55.

viera sólo alguna parte, o partes, de estas piezas. Era mucho más común la cota de malla, que en ocasiones incorporaba piezas de cuero.

Desde la expedición de 1514 al Darién en Panamá, y después la de Hernández de Córdoba en 1517, los españoles concibieron la gran ventaja de usar, como defensa corporal, los llamados en náhuatl *ichcahuipilli*, utilizados por los guerreros nativos, a los que llamaron "escaupiles", o en ocasiones sayo o jubón. Eran mucho más económicas al estar confeccionadas con algodón acolchado, mientras más comprimido mejor, más ligero que las piezas de armadura y que, al no depender de la dureza del metal sino en la distribución del impacto, ofrecían muy buena protección contra los proyectiles. A propósito de los escaupiles Mariano Salas comenta "que la iconografía de la conquista es un engaño", ya que nunca se ve en ella a un "conquistador" vistiendo un escaupil.

Otra pieza defensiva eran las rodelas o escudos en forma de círculo, que son muy comunes en las imágenes, en las que no obstante parecer de metal estaban generalmente hechas de madera o carrizo, de confección nativa; o las famosas adargas, también de cuero, ovaladas o como un corazón, de origen moro, y que pueden verse en el *Lienzo de Tlaxcala*.

Para proteger la cabeza, en vez de yelmo (tan común en la iconografía) se ponían una "caperuza", a veces llamada "caperuza de armas de la tierra", manufacturada con algodón o cuero, y también de hechura nativa; su nombre en náhuatl es *copilli* y tomaba diversas formas.

El cuero fue muy apreciado por ser tan versátil, la mayor parte debió de ser de venado. El morrión de infantería aparece mucho en las imágenes, pero casi no estuvo presente en la "conquista", sino que empezó a aparecer, supliendo al yelmo caballeresco anterior, desde finales del siglo XIX en las representaciones pictóricas.

Se cubrían los pies con las llamadas alpargatas o alpargates, especie de sandalia baja con suela de fibra vegetal, como el esparto o el cáñamo, aseguradas por ajuste o cintas de cuero, muchas de ellas de confección nativa. Bernal llama "cótaras" al calzado nativo. Fray Bartolomé de las Casas narra que en La Española se llamaban "cótaras" y "cacles" en México. No calzaban botas puntiagudas como a veces se les retrata.

Las espadas eran caras, utilizadas sobre todo por la infantería; las había de varias formas, como el alfanje o mandobles, aunque estos últimos no se ven en la iconografía (el alfanje era de origen moro), que servían para el corte, mas no eran de estoque, que hiere punzando (aunque a veces así se las pinta). La espada se representa mucho en forma de cruz, como un símbolo cristiano. Como arma complementaria a veces estaba el puñal.

Elemento muy común en la iconografía popularizada son las lanzas, utilizadas por la caballería (junto con la espada), mas no por la infantería (que tampoco tenía la pica usada en Europa). La lanza era un símbolo de la cristiandad, ya presente desde la Crucifixión, atributo común de varios santos cristianos que habían sido soldados, y asociada además con la nobleza caballeresca. La alabarda es común en las imágenes, mas parece ausente en la hueste conquistadora.

La famosa ballesta, de la que al parecer la utilizada era la de "gafas", tenía un mecanismo de carga de dos ganchos, de gran auxilio para la palanca. Las ballestas representadas en las imágenes no concuerdan con las descripciones sobre diversos tipos de mecanismos de carga que en ocasiones se dan a conocer. Entre sus accesorios, el más detallado es el hilo o cuerda, que con el uso solía romperse, hecho con fibras vegetales; también tenían la nuez, hecha a veces de hueso. Para las puntas de sus proyectiles enseñaron a los nativos a confeccionarlas de cobre, según les mostraban. En

el *Códice Florentino* podemos ver una imaginaria alineación de ballesteros a caballo, que nunca se encuentra narrada en las crónicas. En la Edad Media, hacia el siglo XII, resurgió la ballesta en Europa, siendo maldecida como un arma plebeya e innoble (con ella un infante podía matar a un caballero). El papa Urbano II (1097-1099) la condenó si era usada entre cristianos, y en el Segundo Concilio Ecuménico de 1139 se anatematizó a quien la usara en guerras entre cristianos. Curiosamente en el *Lienzo de Tlaxcala* no aparecen imágenes de ballestas y solamente una de arma de fuego, aunque abundan los escudos y espadas que representan cruces.

La caballería fue de máxima importancia, como se ha ido narrando a lo largo de esta historia. Se supone que de los moros adoptaron la monta ligera o "jineta", de gran movilidad, con silla baja y estribos cortos. Asociada muchas veces con el caballo blanco de Santiago. En cambio los perros, tan comunes en iconografía, códices y crónicas tempranas, eran en realidad imaginarios durante los primeros tiempos de la Conquista.

Pasamos ahora a las armas de fuego, tan mencionadas en las fuentes y durante siglos, como un símbolo de la superioridad cristiana-europea y de la inferioridad del salvajismo, la ignorancia y la barbarie de los nativos.

En los tiempos de la llamada Conquista las armas de fuego estaban en Europa en plena revolución, pasando por un periodo de cambio, de transición e innovación. Con el paso del tiempo llegaron a ser hegemónicas, aunque tardaron mucho en lograr varios disparos sin recarga. En el Nuevo Mundo seguían siendo primitivas y escasas, a pesar de que tal vez se hayan inscrito en la mentalidad pública como de gran importancia. La pólvora llegaba de Europa con diferentes cualidades, ya fuera compuesta o separada en salitre o azufre; se mezclaba en un "almirez" (de origen moro), que era un mortero de metal u otro material duro; el carbón ne-

cesario se proveía en el terreno. En ciertas ocasiones podía confeccionarse localmente si había yacimientos, como en el eje transversal (recordemos la ascensión al Popocatépetl de Diego de Ordaz).

Las escopetas suplieron a las anteriores culebrinas de mano, y a éstas el arcabuz de mecha. En la Conquista se mencionan más en un principio las escopetas, posteriormente empiezan a ser remplazadas por el arcabuz. Tanto la pólvora como los arcabuces fueron introducidos en España por los moros.

Eran más comunes los mencionados como "arcabuces de mecha", a los que Cortés llama escopetas, la mayoría de las cuales no tenían sistemas de ignición y estaban más cercanas al siglo XIV que a los mosquetes del XVI. A estas armas de fuego se las ha designado indistintamente como escopetas o arcabuces, lo cual ha generado confusión; como ejemplo queda un error pictórico en que los escopeteros llevan un tipo de canana con medidas de pólvora para la recarga, en vez de ello el soldado indiano portaba un solo frasco de donde proveerse. En iconografía posterior las escopetas son remplazadas por mosquetes con horquilla y con los frasquillos de pólvora llamados los "doce apóstoles". (Alberto Mario Salas cayó en el error de que los arcabuces eran de carga frontal y las escopetas de retrocarga, que son posteriores.)

No hay mucha evidencia para poder diferenciar las escopetas de los arcabuces, y tal vez estos términos se usaron indistintamente; la diferencia fundamental es el sistema de ignición, las escopetas no lo tienen, supliéndolo la llave de mecha del arcabuz. Como se dijo, en la hueste de Cortés la mayor parte de las llamadas "escopetas" no tenían sistema de ignición, por lo que se debía tener lista la mecha para efectuar el disparo.

Las escopetas debían ir acompañadas por estos frascos con pólvora, con un rascador para limpiar el cañón y apretar

la pólvora, y con cebadores o frasco de pólvora, pues son de carga frontal; además, las municiones o "pelotas" de plomo y cuerda para la mecha, la munición podían hacerla con plomo en pasta que se fundía y se pasaba a moldes de piedra. En muchas imágenes se ve que la escopeta descansa en una horquilla, no hay evidencia de tal cosa.

La gente de Pánfilo de Narváez venía con ciertas armas de fuego que Bernal denomina "espingardas"; es posible que fuera otro nombre para las escopetas o eran alguna variante más primitiva.

En cuanto a las piezas mayores de artillería, que llamaban "tiros", hay poca información acerca de qué tan efectivas eran. La más usada fue al parecer el falconete, de hierro y de poco tamaño. Los cañones de Hernán Cortés eran algo antiguos, de casi 50 años. Los "tiros" no estaban estriados, lo que les restaba precisión; sus balas eran redondas, de forma irregular y comúnmente más pequeñas que el cañón, lo que les quitaba eficiencia ya que los gases emitidos por la pólvora escapaban por los lados; además, al no ser aerodinámicos no llegaban a mucha distancia.

Muchas veces se mencionan en las crónicas los pretales de cascabeles que ataban a las patas de los caballos, supuestamente para asustar más a los nativos, como un arma religiosa, lo cual es absurdo, pues los cascabeles eran conocidos en Mesoamérica desde por lo menos el año 600 d. C., son uno de los objetos de metal encontrados con mayor frecuencia en las excavaciones arqueológicas y hasta eran usados para pagar algún tributo. Para los españoles también tenían un gran simbolismo religioso-cristiano, formaban parte de los atributos de Santiago Matamoros, patrón de los conquistadores, quien los llevaba enjaezados en el pretal de su caballo, que era blanco, y que se narra estuvo muy presente en los supuestos "milagros" ocurridos en las batallas; llevaba también una bandera, la espada desenvainada, un manto

rojo pictografiado desde el siglo XII en imágenes de caballeros; los cascabeles estaban presentes por lo menos desde la destrucción del Primer Templo de Jerusalén..

Pasemos a revisar un poco el armamento nativo. El ofensivo básicamente eran proyectiles. En las crónicas los guerreros nativos son vistos al contrario que los blancos, como idólatras perezosos, crueles, sodomitas, traicioneras, mentirosos y flojos, que guerreaban con armas endiabladas, y por ello condenados a la derrota; eran el enemigo ideal para esos "soldados de Cristo", cuando en realidad manifestaron una bravura y tenacidad incomparables. Tal vez su inconveniente principal al enfrentar enemigos de otras costumbres era su finalidad de tomar prisioneros para el sacrificio, aunque no en todas las ocasiones, a veces presentaban batallas formales. Muchas veces el nativo era juzgado desde el punto de vista aristocrático como si fuera un campesino de Europa, con todos sus supuestos defectos.

Entre las armas ofensivas siempre se destacan las flechas y los dardos. Los arcos estaban hechos de maderas duras o de cáñamos, se ha dicho que los españoles se esforzaban en vano por tender la cuerda, lo que lograban fácilmente los nativos, jalándola hasta detrás de la oreja con rapidez. Sus puntas eran de sílex, obsidiana quebradiza, pizarra, cuarzo o calcedonia; las de ostentación podían ser de ópalos, calcedonias y chalchihuites, muchas de ellas elaboradas de manera que se quebraran al herir, provocando más daño, incluso había flechas y dardos con varias puntas, que provocaban varias heridas, que llamaron fisgas o tridentes, a las que tenían temor los españoles. Se ponía gran cuidado en emplumarlas, cementando a la madera las plumas de variados colores con resinas y gomas, o sólo firmemente cocidas. Armar, disparar y volver a armar era una operación rápida, podían lanzar hasta 10 flechas una tras otra (a diferencia de la lentitud de los disparos de las escopetas), y alcanzar con certeza blancos de 60 a 80 metros de

distancia, aunque podían llegar más lejos llevando menor fuerza. Clavijero narra que había indígenas que lanzaban una mazorca de maíz al cielo y allí la mantenían a punta de flechazos, hasta quitarle todos los granos.

El dardo era lanzado por medio de un *atlatl* de madera con un mecanismo de palanca, a manera de una vara que lleva en uno de sus lados un gancho o tope, sobre el que se apoya el dardo en paralelo y que es proyectado por un talón posterior, llevado hasta arriba del hombro con toda la fuerza del brazo. Flechas y dardos se labraban en México en un día determinado en el patio del templo de Huitzilopochtli, se sacrificaban esclavos y los guerreros vertían la sangre que sacaban de sus orejas mediante filos de obsidiana, por días se abstenían de mujeres y bebidas. Sahagún refiere que los dardos de puntas dentadas caían como si estuviera lloviendo, como una serpiente, como un manto amarillo, sobre sus enemigos. El inconveniente que tenían es que si llovía se mojaba la cuerda y ya no funcionaba bien.

Para los españoles, las flechas y dardos tenían connotaciones malignas, siendo utilizadas por los enemigos de su religión, asociándolas al martirio de san Esteban, que fue ejecutado a flechazos; sin embargo, ellos mismos utilizaban las ballestas.

La guerra nativa se practicaba en buena parte arrojando piedras. La honda lanzaba gruesos guijarros bien tallados y pulidos, tenía cordón largo como propulsor, hecho de fibras vegetales, en su mitad estaba el reposo para la piedra, hecho de cuero o de tejido apretado, más o menos del tamaño de una mano, en el que había a veces una especie de ojal para poder sujetarla con más fuerza; con buena rapidez se le daban cuatro o cinco vuelta sobre la cabeza para darle el impulso necesario antes de soltar el cordón; tenía un alcance de hasta 50 metros o poco más, cayendo sobre el enemigo como fuerte granizo.

En montañas o cerros se valían de las galgas, grandes piedras que por medio de unas palancas eran tiradas cuesta abajo sobre el enemigo, llevándose en su caída el canto que encontraban suelto.

La lanza conlleva todo el peso y fuerza de quien la arroja. Era muy utilizada la macana o porra de madera, que en su punta podía llevar pedazos afilados de sílex u obsidiana, y estar adornada de diversas formas; podían ser tan largas como una espada o ser mayores y manejarse con ambas manos, posando bien los pies.

De gran importancia era el *macahuitl*, la espada nativa, confeccionada con maderas duras, en cuyos lados se incrustaban hojas de obsidiana tallada, muy agudas y cortantes, entre las cuales quedaba un espacio que a veces se alternaba de lado y lado; las pegaban, a decir de López de Gómara, con un tipo de engrudo llamado *zacotl* y de *tejualli*, y arena mezclada con sangre de aves. En muchas crónicas se afirma que de un tajo podían cortar la cabeza de un caballo.

Para cubrir su cuerpo utilizaban el *ichcahuipilli*, ya mencionado; si contenían demasiado algodón llegaban a ser pesados, provocando fatiga y ahogo; los decoraban de diversas maneras, según la jerarquía del portador, ya sea con plumas de colores o se les pintaban figuras de animales o emblemas y divisas. Por desgracia no ha quedado ningún ejemplar.

Para cubrirse el cráneo llevaban cascos de madera imitando cabezas de animales, como el águila o el ocelote, de acuerdo con la orden a la que pertenecían; el rostro se dejaba ver entre las fauces o el pico, decoradas con mosaicos, plumas y pintura. Los había también más sencillos, hechos de algodón.

El escudo o *chimalli* podía ser de diversos tamaños, su materia prima era la madera, el cuero endurecido o cañas muy ceñidas con fibras de maguey, igualmente muy adornados con plumería. Generalmente tenían una forma redonda, con diámetros no mayores a 80 centímetros.

Regresando a nuestra historia, Cortés quiso ir contra Tepeyacac para vengar a los 10 españoles que mataron y por haberse "rebelado". Probablemente el extremeño ya tendría algún bosquejo de acción para lograr sus difuminados proyectos de dominio; este ataque sería el principio, no mal pensado era una buena estrategia. Cuitláhuac había enviado una fuerte guarnición a la provincia de Tepeyacac, situada en las fértiles llanuras poblanas que se extienden desde las faldas del Popocatépetl a las del Pico de Orizaba, a unos 33 kilómetros al sureste de la actual ciudad de Puebla, entre Cholula y Tlaxcala. Varias ciudades de considerable extensión formaban parte de esa provincia, situadas en la ruta comercial que comunicaba a México-Tenochtitlan con la costa hacia donde se dirigían dos caminos: uno por Xicochimalco y otro por Ahuilitzapan, de donde partían rumbo a México otros dos: uno entre los dos volcanes y el otro por Río Frío.

Cuando Tepeyacac había sido subyugada por los mexicas le impusieron un tributo anual. Se supone que tras la matanza de Cholula sus señores juraron vasallaje a Carlos V, pero tras la Noche de la Huida volvieron a aliarse con los mexicas, al parecer congraciándose con ellos mediante el asesinato de los españoles que iban de la Villa Rica a México. Su importancia radicaba sobre todo en el control que tenían de los caminos que iban de la costa hacia Tlaxcala, además su poderío era una amenaza para Cholula, Huexotzinco y toda la región hasta el Golfo, y habían penetrado varias veces a mano armada en tierras tlaxcaltecas.

Si los españoles y sus aliados triunfaban, quedaría bajo su dominio ese vasto territorio, así como sus rutas. Al norte se encontraba la tierra de Huaxtecapan, cuyos habitantes no mantenían buenas relaciones con los mexicas; y por el poniente estaban los purépechas, que tampoco simpatizaban con ellos, así asegurarían el valle de Puebla y sus entradas a Tenochtitlan, ya que estaba en el centro geográfico del valle.

Mientras tanto Xicoténcatl el Mozo, al no lograr que su punto de vista prevaleciera, aparentemente decidió reconciliarse con Cortés y fue a verlo a sus aposentos. El extremeño salió a recibirlo al patio, lo tomó de la mano y lo condujo al interior. Xicoténcatl no negó haber estado en su contra, pero siempre había llevado la peor parte, tal vez porque Cortés tenía la razón o porque su dios era más poderoso, por ello le prometía olvidar su enemistad y le ofrecía su persona y la de sus partidarios para la proyectada lucha contra Tepeyacac; le aconsejó que antes de marchar sobre México asegurara sus espaldas, tomando las provincias aliadas de los mexicas. Cortés agradeció sus palabras y su ofrecimiento, aceptó su amistad de buena gana y le prometió grandes honores en el futuro.

Cuando el grueso de los españoles se enteró de los proyectos de su capitán, muchos protestaron, clamando que lo que menos deseaban era proseguir esa desesperada aventura, "todos bramaban y murmuraban de él", dice López de Gómara; Bernal afirma que sólo se trataba de los llegados con Narváez y denuesta al capellán por barrer parejo para dar mayor gloria a Cortés, supone que López de Gómara habría recibido algún soborno para escribir de esta manera.

Los desafectos deseaban regresar a sus encomiendas y minas de oro en Cuba, entre ellos Andrés de Duero, quien se lamentaba constantemente del oro que había perdido la Noche de la Huida. Los demás alegaban que eran muy pocos entre tantos enemigos, si acaso unos 400, todos heridos y flacos; no querían perecer por la insaciable sed de gloria de Cortés, quien sólo pensaba en mandar y en ser señor; alegaban que el extremeño estaba malherido en la cabeza y que sus veteranos no tenían nada que perder y por eso querían quedarse, mas debían considerar que los tlaxcaltecas eran mudables, como todos los indígenas, y podían cambiar de opinión, aliándose con los mexicas, en cuyo caso los mata-

rían muy fácilmente. Además, ya casi no tenían caballos, ni escopetas, ni pólvora, ni ballestas, ni hilo para sus cuerdas; debían partir antes que cortaran los caminos y tomaran el puerto; si tardaban demasiado, los navíos quedarían inutilizados por la broma. Era urgente que por lo menos fueran a fortificarse a la Villa Rica, donde podrían defenderse mejor y esperar socorro de las islas.[16]

Cortés, con sus almibaradas palabras y promesas, intentó convencerlos de seguirle, con poco éxito; afirma que le requirieron varias veces regresar a la Villa Rica. López de Gómara y Bernal relatan que lo hicieron en forma, en nombre de todos y del emperador y ante escribano. Al extremeño le parecía, no sin razón, que marcharse en esos momentos sería tanto como demostrar cobardía, lo que sólo apresuraría una alianza en su contra; por tanto, "acordándome que siempre a los osados ayuda la fortuna", y de que Dios no permitiría que perecieran del todo y se perdiera esa tierra para la fe cristiana, decidió quedarse e infligir al enemigo todo el daño que pudieran.

Al efecto pronunció un discurso ante sus hombres, haría lo que le pedían, bien sabían que todo lo suyo era de ellos; pero debían reflexionar que, si se iban, perderían la reputación que tan duramente habían ganado. Cierto, los habían echado de México, mas todas las grandes naciones y capitanes habían sufrido derrotas ocasionales, lo cual no les impidió perseverar y llevarse el triunfo final. La valentía siempre era favorecida y temida, mientras el que huía era perseguido y burlado; rehusar la guerra no era propio de españoles y nunca se había visto semejante cosa en las Indias. En Tlaxcala tenían todo lo que deseaban, pronto recibirían caballos, armas y refuerzos de las islas, así como artillería de la Villa Rica. Según dice Bernal les prometió dejar partir a Cuba a

16 Ver también el Juicio de Residencia de Cortés, DC, II, p. 251.

los que quisieran en cuanto se presentara una oportunidad. Sobre la lealtad de los tlaxcaltecas, él respondía por ella, y para que lo constatasen los exhortaba a ir a luchar contra Tepeyacac y vengar así la muerte de sus compañeros; si no obtenían la victoria, haría todo lo que le pedían. No se necesitaban muchos españoles, habiendo tantos miles de aliados nativos, les dijo, lo cual casi siempre se le olvida mencionar en sus escritos. De nuevo su verbo surtió el efecto deseado, los españoles prometieron obedecerle en todo.

Las crónicas difieren sobre las acciones militares en los siguientes cuatro meses de ese año de 1520, por lo que no es posible precisar su secuencia, lugares y fechas.

Cortés es escueto en su descripción de los sucesos posteriores, se limita a narrar que los acompañaron en esa campaña sus amigos de Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula. López de Gómara declara que fue el extremeño quien les rogó ir con él y que le proporcionaron más de 40 000 guerreros, así como gran cantidad de tamemes y provisiones. Bernal narra que Cortés pidió a los tlaxcaltecas 5 000 guerreros y que éstos ya tenían preparados 4 000, finalmente sólo fueron 2 000, deseosos de participar debido a los daños que el enemigo perpetraba en su tierra. Cervantes relata que los señores de Tlaxcala pidieron a Cortés su auxilio para a ir contra los de Tepeyacac, pues entraban a robar a su tierra. Maxixcatzin, que por su edad no podía ir, envió en su lugar a su hijo, prometiendo 50 000 guerreros y hasta 200 000 si fuera necesario (Cervantes se adhiere a esta cifra de 200 000), además de los tamemes. Cortés mandó a Ojeda y a su compañero Juan Márquez esperar a los contingentes que enviarían los de Cholula y los de Huexotzinco y al grueso del ejército tlaxcalteca, que por ser tan numeroso tardó algún tiempo en reunirse.

El día de la partida el extremeño ordenó desplegar las banderas, tocar los tambores y trompetas, preparar armas

y caballos, y pregonar la salida. Xicoténcatl el Mozo mandó tocar las caracolas e instrumentos de guerra. Españoles y tlaxcaltecas se aprestaron alegremente para el combate.

Cortés iba a la cabeza del ejército. Como supuestamente no podía sostener las riendas de su caballo, debido a la herida en su mano izquierda, las llevaba atadas al brazo;[17] tras él marchaban sus hombres en formación guerrera, los estandartes ondeando, al son de tambores y pífanos, seguidos por miles de guerreros tlaxcaltecas. Maxixcatzin, con muchos de sus principales, los acompañaron un tramo; en los campos, multitudes de nativos acudían a verlos pasar. Eran, a decir de Bernal, 420 españoles, 17 de caballería y 6 ballesteros, sin armas de fuego por falta de pólvora, llevando alimentos para un día, pues pasarían por tierras muy pobladas, en las que se aprovisionarían.

Pernoctaron en Tzompantzinco, a unas tres leguas de Tepeyacac; los poblados por donde pasaron estaban abandonados. Permanecieron ahí tres días, esperando que se les reuniera el ejército aliado, de unos 150 000 guerreros que llegaron en compacta formación de 20 y de 10, vestidos de blanco, sus penachos y escudos brillando al sol. Entre las ricas insignias de los capitanes se distinguían la garza blanca de Tlaxcala, bordada con ricas plumas, llevada por Xicoténcatl; el círculo de plumas verdes, con orla de oro y plata de Chichimecatecuhtli; el arco con pies y manos de tigre de Tlehuexolotzin. Cortés y los suyos salieron a recibirlos con gran alegría, tocando sus instrumentos y abrazando a los principales, aunque, por faltarles pólvora, no pudieron lanzar las usuales salvas de artillería.

[17] Juicio de Residencia de Cortés, DC, II, p. 251. Alonso de Villanueva declaró que la herida de la mano del capitán fue producida por un balazo, DC, II, p. 308.

El extremeño, a decir de Bernal, envió seis hombres y cuatro mujeres nativas del lugar como mensajeros a los señores de Tepeyacac para decirles que los españoles se dirigían hacia su poblado y deberían entregarles a los culpables de la muerte de sus compañeros, expulsar a los mexicas de su territorio y darse de paz; en caso contrario serían tratados como rebeldes, y esclavizados como tales, puesto que habían jurado vasallaje al emperador. Su respuesta fue que habían matado a los blancos con justa razón, puesto que en tiempo de guerra quisieron pasar por su tierra a la fuerza, sin su permiso, que no deseaban la amistad de los españoles y menos aún tenerlos como señores. Cortés envió de nuevo a los mismos mensajeros para repetir sus condiciones; esta vez les dio una carta que, aunque no la podrían leer, le daría más autoridad a la embajada. La respuesta fue la misma, agregando que, si los españoles seguían adelante, los matarían. Cortés los requirió por tercera vez sin éxito, entonces pidió al escribano que por escrito diera fe de la obstinación de los indígenas.

La hueste cortesiana salió de Tzompantzinco. En las cercanías de Zacatepec llegaron a unos llanos sembrados con altos maizales y magueyes donde las tropas enemigas estaban ocultas para emboscarlos. La batalla fue larga y reñida, parte del terreno estaba en barbecho, lo que hacía que los movimientos fueran difíciles y cansados; además, los maizales no permitían que la caballería actuara con eficacia. Los nativos lograron dividir a los españoles en dos grupos. En uno de ellos quedó Ojeda, que, montado en un corcel de buena estatura, alcanzó a ver algunas construcciones a media legua de distancia, se dirigió a ellas, seguido por muchos tlaxcaltecas; eran de buen tamaño, parecían aposentos señoriales. Lograron expulsar al enemigo, y una vez posesionados colocaron un estandarte en lo más alto, de manera que Cortés, que había quedado en el otro grupo, lo viera y acudiese. El sol estaba por ponerse cuando el extremeño y

los suyos se abrieron camino hacia las edificaciones, donde se fortificaron; muchos tlaxcaltecas siguieron llegando hasta bien entrada la noche, con buena cantidad de prisioneros. A decir de Bernal, los tlaxcaltecas sufrieron sólo tres bajas, mientras que 12 españoles y dos caballos fueron heridos, de los que uno murió más tarde.

Cortés, de acuerdo con Cervantes, cometió entonces un acto de crueldad: ordenó llevar a varios de los prisioneros a lo alto de los edificios y arrojarlos contra las piedras de abajo, para amedrentar al enemigo. Agrega que esa noche los tlaxcaltecas se dieron un buen banquete con las piernas y brazos de los muertos, asándolos en palos y cociéndolos en más de 50 000 ollas (Cervantes y sus cifras).[18] Parecida acusación fue hecha por otros. Si fue así, lo cual es dudoso, por lo menos en esas cifras, revelaría una modificación en las costumbres nativas, puesto que únicamente ingerían la carne de los sacrificados, y ello de manera ritual. Fernández de Oviedo, exagerando el punto y dando más justificantes al dominio español, relata que cuando los nativos luchaban no enterraban a los muertos, sino que los vencedores partían en pedazos los cuerpos y se los comían cocidos, asados o guisados en otros potajes.[19]

Los españoles sufrieron hambre y sed durante los tres días que permanecieron ahí, logrando aminorarla al atrapar

[18] Francisco Javier Clavijero califica este acto de canibalismo como "una fábula", no creyendo probable que Cortés y Bernal callasen semejante caso en sus relatos, *cfr. Historia antigua de México y de su conquista*, II, p. 81.

[19] Eulalia Guzmán niega categóricamente que los pueblos indígenas comiesen carne humana: "Jamás comieron carne humana, ni aun acosados por la desesperación del hambre". Afirma que tampoco es verdad que hiciesen sacrificios humanos, "de ninguna manera nadie vio un sacrificio humano" (¿Cómo puede afirmar tal cosa?), *cfr. Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac*, t. I, pp. 497-501.

algunos perros nativos que acudían a comer la carne de los muertos, "y volvían tan contentos como si hubiesen cazado perdices", comenta Cervantes. (No deja de ser curioso que en las crónicas prácticamente no se mencione a los perros nativos como fuente de alimento, considerando que los perros, llamados Xoloitzuintle, eran engordados para ese fin; en cambio abundan las referencias a los guajolotes, que llamaban "gallinas de la tierra".)

Durante los días en que permanecieron fortificados sufrieron ataques constantes y se dieron varios combates singulares; finalmente el enemigo dejó de acudir. Entonces marcharon contra Quecholac y Acatzingo, que tomaron tras breve lucha. Cortés envió varios destacamentos con la misión de incendiar y someter los pueblos cercanos.

Finalmente se dirigieron contra la ciudad principal de la provincia, que es llamada también Tepeyacac, situada a 10 millas (18.5 km); entraron sin encontrar resistencia, los señores y principales habían partido rumbo a México-Tenochtitlan; los habitantes los recibieron desarmados y en silencio, humillándose. Cortés los alentó a levantar los ojos, mandó a los intérpretes que se aclamara a Carlos V y que se publicara un perdón general en nombre del emperador, medida que causó mucha alegría. Los españoles establecieron su cuartel en la plaza principal, junto al templo mayor, mientras que los tlaxcaltecas se asentaron fuera del pueblo, en unos grandes llanos, aunque sus capitanes y principales lo hicieron en las mejores casas del poblado.[20]

Todo indica que la campaña de Tepeyacac fue cruenta y prolongada. Cortés menciona que tardaron más de 20 días en "pacificar" la provincia. López de Gómara alaba la

[20] La relación de las batallas de Tepeyacac, así como los lugares en donde se realizaron, difiere un poco entre Bernal Díaz y Cervantes de Salazar, que son quienes las narran con más extensión.

manera en que lucharon los guerreros enemigos y afirma que murieron muchos tlaxcaltecas. Fernández de Oviedo comenta, al fin, la gran parte que jugaron los aliados de Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula, "sin los cuales fuera por demás tentarse tal empresa, según el poco número de los españoles a respecto de los contrarios". Fue en realidad una lucha de indígenas contra indígenas, Cortés confirmó que no necesitaba de tantos españoles para lograr sus propósitos.

Se hizo jurar vasallaje de nuevo a los habitantes de Tepeyacac. López de Gómara afirma que esclavizaron a los habitantes de los poblados que fueron hallados culpables de haber participado en la muerte de los españoles, "por putos, por idólatras, por comer carne humana, por rebeldía que tuvieron, para que temiesen los demás, y porque eran muchos, y si así no los trataba, volverían a rebelarse", y que derrocaron de sus templos las imágenes de sus dioses. Cortés aduce razones parecidas para justificar la toma de esclavos, pretextando que, si no daban "grande y cruel castigo en ellos, nunca se enmendarían jamás". Les marcaron el rostro con un hierro candente con la letra G de guerra (aunque se supone no habían recibido aún el instrumento para herrar esclavos). Se tomó de ellos la quinta parte para el emperador, entregándolos a los oficiales responsables de cuidar los intereses de la Corona; otros fueron repartidos entre algunos de los españoles, y el resto enviado a Tlaxcala. Comenta Solís que tal acción fue "Abuso y falta de humanidad que tuvo su principio en las islas".

Cuando ciertos religiosos inquirieron de Bernal por qué herraban indígenas sin tener el permiso de la Corona, dijo que se había dado dos veces, lo cual es falso; los frailes jerónimos ni lo dieron ni podían otorgarlo puesto que estaban en España en mayo, y no hay evidencia de que lo diera la Audiencia de Santo Domingo. En España había aún esclavitud, no en el norte mas si en partes del sur. Cortés reclamaba

que los que ya eran esclavos (aunque el concepto de esclavitud era distinto en Mesoamérica) siguieran siendo válidos jurídicamente, la causa principal de esto era que fueran capturados en guerra debido a su rebelión ante su juramento de vasallaje a España.

A pesar de que la mayoría de los cronistas guarda silencio sobre las crueldades cometidas, es evidente que las hubo. Diego Velázquez acusaría a Cortés de efectuarlas, y muy grandes, afirmando que el extremeño hizo la guerra a sangre y fuego, matando a muchos principales de Tepeyacac, destruyendo y quemando la mayoría de sus poblados, provocando que los nativos huyeran a los montes, y a los que tomaba prisioneros los interrogaba, mandándolos quemar o arrojar de las azoteas. Afirmó que murieron más de 150 000 habitantes; que a unos catorce o quince mil los mandó meter a un patio muy grande, en el que apartaron a los hombres de las mujeres, Cortés ordenó enseguida matar a estocadas y lanzadas a todos los hombres, sin dejar ninguno con vida; a otros principales los mandó aperrear, dejando que se los comieran los perros; a otros ordenó desnarizar o cortarles brazos, pies y piernas, y sacarles los ojos, "dándoles muy crueles y crudas muertes, que de desesperados los padres matan a los hijos por non vellos en poder del dicho Hernando Cortés".

Se le acusó de haber llevado consigo a indígenas caníbales, consintiéndoles, e incluso ordenándoles, mantener una carnicería pública, donde, en tajones, cortaban los cuerpos humanos que después se cocían y asaban en diferentes manjares y eran comidos públicamente, e incluso algunos españoles los probaron. Se le acusó también de haber hecho muchos esclavos sin autoridad ni poder del emperador, herrándolos y vendiéndolos hasta a quienes los querían para comérselos; por ello la tierra quedó destruida y perdida. Cortés mandó hacer una marca real para sellar el oro,

usándola a su antojo, sin pagar el quinto del emperador. No consentía que nadie fuera a las islas para que no se supieran sus delitos, tenía tiranizada toda la tierra, y a los españoles "muy subjetos e agraviados, faciéndoles munchas injusticias, ahorcando, descuartizando, azotando e injuriando munchos dellos, sin haber cabsa ni razón para ello", y que decía que si no se le daba la gobernación, "quel se la tiene e terná".

Diego de Ávila y Juan Álvarez así lo testificaron en esa Información. Álvarez declaró que había presenciado cómo los españoles tomaban hasta 200 o 300 cautivos en algunas salidas. Cortés mandaba separar a los que estaban en edad de luchar, y los hacía matar con espadas y con lanzas en su presencia, después dejaba que se los comiesen los indígenas. Tezozómoc declara que Cortés presenció en Tepeaca un sacrificio gladiatorio, por lo que, furioso, hizo derribar la imagen de Quetzalcóatl de lo alto de la pirámide. Los nativos se rebelaron y lucharon, muriendo más de 10 000.[21] A lo largo del tiempo, las acusaciones que se iban acumulando contra Cortés seguramente influyeron en la opinión que de él se tenía en la corte española.

Al parecer Cortés y los suyos decidieron que ya no era tiempo de la persuasión diplomática y pasaron a la mano dura y al terror, método que habían utilizado ampliamente en las islas. Indudablemente un espíritu vengativo los impulsaba, pues nunca antes en las Indias habían muerto tantos españoles a manos de los indígenas, el claroscuro de la personalidad de Cortés adquirirá algunos de sus tonos más sombríos.

Poco tiempo después de la campaña de Tepeaca brotó una enfermedad que probó ser fatal para los nativos, debido a su falta de anticuerpos. Fue causa principalísima de su

[21] Información promovida por Diego Velázquez, junio-julio de 1521, DC, I, pp. 170-209. Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. XCIII.

quebranto en la guerra y tuvo efectos devastadores y mortales en gran parte de la población. Se trataba de la famosa epidemia de viruela, auxilio inesperado y muy valioso para los españoles. Afectó desde la península de Yucatán hasta la meseta central. Según algunas fuentes llegó hacia mayo de 1520, aunque se cree que empezó en Cempoala, traída por la gente de Narváez, quedando sin explicación cómo es que estuvo confinada en ese lugar hasta septiembre, cuando empezó a cundir en los valles centrales.

Hay referencias anteriores sobre la viruela. Diego Velázquez, como ya se mencionó atrás, escribió al licenciado Figueroa el 17 de noviembre de 1519 que no tomaría el mando de la armada contra Cortés, que concedió a Narváez, debido a una gran enfermedad de viruelas en Cuba, muy posiblemente llevada de Sanlúcar de Barrameda a La Española y de ahí a Cuba.

Cervantes de Salazar narra que al partir la hueste cortesiana de Cempoala hacia Tenochtitlan la viruela hacía estragos entre los nativos cempoaltecas y totonacas.[22]

El oidor Lucas Vázquez de Ayllón narra que, en 1520, cuando fue enviado por la Audiencia, pasó por Cozumel, encontrándola despoblada debido a la viruela. Debió llegar a Yucatán por medio de alguien infectado en la expedición de Grijalva o en la de Cortés.

Cuando la hueste cortesiana llegó a refugiarse en Tlaxcala se enteraron de que el tlatoani de Ocotelolco, Maxixcatzin, había muerto, al igual que muchos de los tlaxcaltecas.

Cuitláhuac quiso proponer una alianza al soberano purépecha en Michoacán, pero había muerto de viruelas poco antes de llegar la embajada mexica.

[22] Hacía 1580 la región de Cempoala tenía tan pocos habitantes, la mayoría caídos bajo la viruela, que las tierras fueron dedicadas a la ganadería.

Motolinía se adhiere a la suposición de que la traía un negro llegado con Pánfilo de Narváez, afirma que Dios hirió esa tierra con 10 plagas muy crueles (¿reminiscencias de las plagas bíblicas en Egipto?) y narra que:

> como las viruelas se comenzasen a pegar a los indios, fue entre ellos grande enfermedad y pestilencia mortal en toda la tierra que algunas provincias morían la mitad de la gente, y en otras poco menos, porque como los indios no sabían el remedio de las viruelas, antes como tienen muy de costumbre, sanos y enfermos bañase a menudo, con esto morían como chinches, y muchos de los que murieron fue de hambre, porque como todos enfermaron de golpe, no podían curar unos de otros, ni había quien les hiciese pan […]
>
> Y en muchas partes aconteció morir todos de una casa y otras, sin quedar casi ninguno, y para remediar el hedor, que no los podían enterrar, echaron las casas encima de los muertos, ansi sus casas fue sepultura. A esta enfermedad llamaron Veyzaval [huey zahualtl], que quiere decir "la gran lepra", porque desde los pies hasta la cabeza se hincharon de viruelas.[23]

En los *Anales de Tlatelolco* se le dio el nombre de tos, fiebre ardiente o pequeña lepra. Los indígenas la llamaron *hueyzahuatl*, "gran lepra"; sus cuerpos se llenaban de pústulas de la cabeza a los pies. Fray Jerónimo de Alcalá la llama viruela y sarampión, y comenta que murió infinidad de gente en toda la Nueva España.[24] (Se trataba, en efecto, de ambas; tal

[23] Fray Toribio de Benavente, Motolinía, *Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España*, I parte, cap. 2.

[24] Jerónimo de Alcalá, *Relación de Michoacán*, cap. XX.

vez también de tifo y otras enfermedades contagiosas llegadas de golpe al Nuevo Mundo.)

Para Vázquez de Tapia se trataba de sarampión y de viñoles; la epidemia fue "tan recia y tan cruel, que creo murió más de la cuarta parte de la gente de indios que había en toda la tierra, la cual muy mucho nos ayudó para hacer la guerra y fue causa que mucho más presto se acabase [...] milagrosamente Nuestro Señor los mató y nos los quitó delante".

Torquemada narra que, a principios de 1520, comenzó la pestilencia de "viruelas, sarampión y vejigas", iniciándose en la provincia de Chalco y durando 60 días; afirma que "con ella murió la mayor parte de los indios".

El *Códice Florentino* la caracteriza como enfermedad pustulosa. Relata que empezó en el mes de *Tepeihuitl* y duró su virulencia tres de sus meses (60 días):

> A algunos los cubrió completamente; por todas partes se extendió, por el rostro de las gentes, por la cabeza de las gentes, por el pecho de las gentes, etc. Fue una gran ruina, muchas personas murieron de ella. Ya no podían pasearse, únicamente se mantenían en sus estrados, en su cama. Ya no podían moverse, ya no podían menearse, ya no podían agitarse, ya no podían volverse de lado, ya no podían tumbarse sobre el vientre, ya no podían acostarse sobre la espalda. Y cuando se movían, gritaban mucho. Fue una gran ruina. Estaban recubiertos, como envueltos en lepra pustulosa. Entonces muchos hombres murieron de eso, y muchos otros simplemente murieron de hambre; ya nadie se preocupaba por los otros, ya nadie hacía nada por los demás.[25]

[25] Georges Baudot y Tzvetan Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, cap. XXIX. Christian Duverger desconoce que la epidemia empezó en Yucatán desde mucho antes, por lo tanto, adopta la versión de Bernal

Bernal Díaz culpa al negro con viruelas, llegado a las playas de Veracruz con Narváez, "que harto negro fue para la Nueva España [...] Por manera que negra la ventura de Narváez, y más prieta la muerte de tanta gente sin ser cristianos" (buena noticia para los racistas), aunque es probable que ese enfermo ayudara a extenderse el mal con más rapidez.

En poco tiempo cayó sobre los mexicas, y muy probablemente sobre otros sitios. Los primeros 10 días no se sentían sus efectos, después empezaba una fiebre muy alta con gran dolor por días, finalmente brotaban los llamados "bubones" que se extendían por todo el cuerpo a manera de grandes llagas, que al rascarlas se acentuaban; muchos que no murieron quedaron desfigurados y algunos ciegos.

Hubo excepciones entre algunos: las pústulas les salieron separadas, sin causarles demasiado sufrimiento ni morir; pero una enorme cantidad pereció. Como ejemplo de tales estragos basta ver la lista de señores que Chimalpahin anota entre sus víctimas: el de Tacualtitlan Tenanco Amequemecan, el huehue yotzintli tlayllotlac Teuhctli, así como su consejero de gobierno; Tlatquic, de Itzcahuacan, y su hijo Necuametzin Teohuateuhctli, de Opochuacan, yerno de Motecuhzoma; el chimalpilli de Ehcatépec, el cacamatzin Teohuateuhctli, y el señor de Tlayllotlacan Amequemecan Chalco.

Los españoles parecen haber estado libres del contagio. Si bien es cierto que tenían más anticuerpos no eran totalmente inmunes; sin embargo, no sabemos de un solo caso; los nativos no sospechaban que los extranjeros fueron quienes trajeron esos males, y más bien se lo atribuían a un castigo de los dioses.

---

acerca de que la trajo un negro llegado con Narváez y, contra lo que dicen las crónicas, afirma que "no mermó significativamente a la población", véase *Cortés*, pp. 203-204.

Es difícil determinar la tasa de mortalidad, depende de los testigos presenciales y de lo que investigan los demógrafos actuales sobre la población en esos momentos; buen material son las relaciones geográficas españolas de los siglos XVI y XVII, sobre todo las de Alonso de Zurita. Los cálculos varían, algunos computan desde 25 millones de pobladores, incluyendo el actual México y América Central, en los momentos de la llegada española; otros de 11 a 5 millones, aunque coinciden en más o menos un millón para 1600, lo que puede hablar de una mortalidad que podría alcanzar entre 50 y 90 por ciento de los infectados.

Se ha hablado demasiado acusando a los españoles de genocidio, cuando en realidad, aparte de la mortalidad en las guerras, su interés era mantener viva a la población nativa con fines de alianza en un principio, luego de explotación económica y de reclutamiento militar. El peor desastre fueron las varias pestes, bubónica, neumónica, septicémica, hemorrágica y tal vez tifo en el siglo XVI. Las epidemias de viruela, sarampión, tosferina, varicela y paperas fueron la causa principal de esa tremenda baja de población, que destruyó el tejido social, llevándola al alcoholismo, las hambrunas, la desesperación y fuertes depresiones, además la enorme mortalidad.

Parte de la acusación de genocidio español surgió al desconocer, aminorar o ignorar el tema de estas enfermedades. No fue sino hasta mediados del siglo XX cuando algunos investigadores, como Woodrow Borah y Sherburne Cook, lo comentaron más.

Regresemos ahora a la narración.

Los tlaxcaltecas se encargaron de traer de la Villa Rica y Cempoala armas, cañones, pólvora y pertrechos de todo tipo, entre éstos los sacados de las naves desmanteladas. En el *Lienzo de Tlaxcala* puede verse el dibujo de los nativos car-

gando todo por las montañas junto con un español, mientras que otro golpea y patea a un indígena.[26]

Cortés, tras haber "pacificado" la provincia de Tepeyacac, se reunió con sus principales para ver la manera de mantenerla sujeta, pues existía la amenaza latente de que los mexicas la indujeran a retomar las armas. Les pareció que la mejor medida sería fundar en ella una villa en nombre del emperador, a la que se le daría el nombre de Segura de la Frontera. (Segura se llamaban también dos ciudades españolas, una entre Sevilla y Badajoz y la otra entre Plasencia y Béjar.) En la región había buenos materiales de construcción y sería clave para comunicar Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula. Su cabildo fue formado por Pedro de Ircio y Luis Marín como alcaldes, y Cristóbal Corral, Francisco de Orozco, Francisco de Solís y Cristóbal Millán de Gamboa como regidores.[27] Fue la segunda villa fundada en Mesoamérica.

La fecha de su fundación se desconoce, pero su Ayuntamiento tomó un acuerdo el 4 de septiembre de 1520, debi-

[26] Hernán Cortés, Segunda carta de relación; G. Baudot y T. Todorov, "Anales históricos de Tlatelolco", p. 190; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV, lib. XXXIII, caps. XV, XLVII, LIV; Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios del conquistador*, p. 46; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, pp. 164-168; *Códice Ramírez*, p. 202; G. Baudot y T. Todorov, "Códice Florentino", lib. XII, caps. XXVIII, XIX; Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. IV, caps. CXXXI-CXXXIV, lib. V, caps. I-XVI, lib. VI, cap. XXIX; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. II, caps. CXXVIII-CXXX, CXXXIV; fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. II, cap. LXXVI; Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, lib. II, cap. VII; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, III, lib. X, déc. II, caps. XIII-XV; fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, caps. LXXIV, LXXV; Chimalpahin, "Séptima relación"; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Historia de la nación chichimeca", caps. LXXXIX-XC; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. V, caps. I-IV.

[27] Al parecer, Jerónimo de Aguilar fue otro de sus regidores, siendo confirmado por el emperador en 1523, DC, II, p. 67.

damente anotado por el escribano Alonso de Villanueva, a efecto de que se pregonara que quienes lo quisieran se inscribiesen como vecinos en el libro del Cabildo. Se pregonó la prohibición de blasfemar y de jugar a los dados o a los naipes. La nueva villa sería edificada en una ladera de Tepeyacac; la población indígena permanecería en lo alto. Cortés señaló el lugar donde se construiría la fortaleza. El nombre de Segura de la Frontera no subsistió por mucho tiempo, cayendo en el olvido y retomando el anterior de Tepeyacac o Tepeaca (hoy Tepeaca, Puebla). Carlos V le concedió el título de ciudad en 1545.[28]

Antes de proseguir será necesario hacer algunas observaciones sobre tres documentos redactados hacia este tiempo en Tepeyacac-Segura de la Frontera por indicación de Cortés. El primero es una probanza, realizada por Juan Ochoa de Lejalde, en nombre del extremeño. Juan Ochoa era de sus incondicionales, a pedido de Cortés solicitó al notario desahogar una serie de pruebas mediante las cuales se exoneraba a Cortés de los sucesos ocurridos a causa de la llegada de Narváez, a quien se culpaba de todo. Está fechada en Tepeaca, a 20 de agosto-3 de septiembre de 1520. Efectuada en forma de interrogatorio comprende 15 preguntas, a las que debían responder varios testigos elegidos entre los conquistadores de mayor importancia, los oficiales reales, el Cabildo de Segura, y los dos clérigos que iban con ellos. Su propósito era probar que Cortés había hecho cuanto pudo por salvar el oro del emperador la Noche de la Huida de

[28] Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista…*, vol. IV, pp. 412-413, dice que el rollo de la fortaleza, que servía de picota, existía aún en su tiempo, llamado el Rollo de Tepeaca, y medía unos 5 m de altura, siendo de construcción octagonal. Conway, *La noche triste. Documentos*, p. 86, escribe que a Segura se le otorgó escudo de armas, en Valladolid, el 4 de julio de 1523; y Felipe II le otorgó a Tepeaca otro escudo de armas el 22 de febrero de 1559.

México-Tenochtitlan, y demostrar que la llegada de Pánfilo de Narváez fue la causa de la "rebelión" indígena. Las preguntas versan sobre los acontecimientos de esa noche. Este documento fue editado íntegramente por vez primera por G. R. G. Conway en 1943, quien hace notar en el Prólogo que, en el poder dado por Cortés a Lejalde, firmado el 6 de agosto de 1520, el nombre de la Nueva España es mencionado por primera vez en un documento oficial: "Sepan cuantos esta carta vieren, como yo Hernando Cortés, capitán general e justicia mayor de la Nueva España del mar océano por el emperador e rey don Carlos e la reina doña Juana, nuestros señores".[29]

Las declaraciones de varios de los testigos sobre diversos puntos del presente relato serán citadas en su contexto; por ahora sólo será necesario tomar de éstos y de otros documentos, así como de las crónicas, lo referente al polémico destino de esas riquezas.

En la segunda pregunta de esta probanza se inquiere si saben u oyeron decir que el total del quinto real del botín hasta entonces obtenido era de 32 000 pesos de oro fundido, además de joyas, plumajes, etcétera, que podían valer hasta 100 000 ducados de oro. En la tercera pregunta se inquiere si saben que lo perteneciente al rey fue entregado por Cortés y los oficiales reales a Alonso de Escobar para que lo guardara en tanto hubiera navíos para remitirlo a España. La séptima pregunta inquiere si saben que al decidir huir de Tenochtitlan Cortés entregó el oro del quinto a los oficiales reales y a los del Cabildo para salvarlo, y que hizo todo lo posible por auxiliarlos en esa tarea. La octava, que estos funcionarios decidieron sacarlo en una bestia dada por Cortés, "una muy buena yegua", acompañada con cuatro o cinco españoles de mucha confianza; de lo que sobró en forma de joyas, rodelas,

[29] Conway, *op. cit.*, p. XI.

plumajes, etcétera, de la propiedad del emperador, Cortés pidió a todos sacar lo que pudiesen. La novena inquiere si saben que viendo cómo aún quedaban muchas joyas, rodelas, plumajes, etcétera, Cortés lo entregó todo a un cacique de Huexotzinco, y a ciertos indígenas suyos para que lo sacaran, así como a ciertos naboríes, de manera que el emperador no lo perdiera. La décima, que en la salida murieron más de 2 000 naboríes, al igual que la yegua y los españoles que la custodiaban, "e se perdió todo el oro fundido e joyas de Sus Altezas". En la décimo tercera se dice que además se perdieron unos 60 000 pesos de oro de las partes de los españoles, que no se les habían repartido por no encontrarse en Tenochtitlan, y también mucho oro y joyas de Cortés. En la décimo cuarta, que también se perdieron 14 000 castellanos traídos por Juan Velázquez de León y entregados a Francisco de Morla, que al llevarlos a Tenochtitlan fue muerto en el camino por los nativos, y el quinto de esta cantidad pertenecía al emperador, además se perdieron otros 7 000 pesos de oro fundido de Cortés y toda la plata de su servicio, ropas, etcétera, que traía Morla junto con cinco caballeros y 45 peones, a los que mataron también, así como a 200 tlaxcaltecas que iban cargados con ello. Esto, como ya se mencionó, no es posible, pues Morla estuvo en México durante los combates y falleció la Noche de la Huida, y el oro obtenido en Tuxtepec le fue entregado a Cortés en Cholula, al dirigirse contra Narváez, repartiéndolo entre la gente de éste a la que le interesaba tener de su parte.

Respondieron a este cuestionario 12 testigos: Álvarez Chico, Cristóbal de Olid, Vázquez de Tapia, Andrés de Duero, Gonzalo de Alvarado, Cristóbal Corral, fray Bartolomé, Jerónimo de Aguilar, Rodríguez de Villafuerte, Diego de Ordaz, Alonso de Ávila, y el clérigo Juan Díaz. Por supuesto, todos juraron que las cosas habían ocurrido como se decía en las preguntas. Vázquez de Tapia aseguró que, como factor real,

había anotado en su libro las cuentas de todo, y había quedado a cargo en Tenochtitlan tanto del oro como de Motecuhzoma, aunque unos años después se desdijo.[30]

El segundo documento en cuestión es una Solicitud y Probanza de los oficiales reales contra Diego Velázquez y Pánfilo de Narváez, fechada en Segura de la Frontera, a 4-28 de septiembre de 1520. Dirigida a Hernán Cortés por Alonso de Ávila, Alonso de Grado, Rodrigo Álvarez Chico y Bernardino Vázquez de Tapia, en forma de 22 preguntas que intentaban hacer constar más enfáticamente que la revuelta indígena fue causada por la llegada de Narváez, provocando la muerte de muchos españoles y la pérdida del oro la Noche de la Huida. En esta Solicitud pedían a Cortés embargar los bienes que Velázquez y Narváez tuviesen en estas tierras, en Cuba o en cualquier otra isla, de manera que de ellos se cobraran los oficiales reales el quinto que se perdió la Noche de la Huida. También se enumeran las riquezas que se pretendía enviarle al emperador, y contiene interesantes declaraciones sobre los seis días de lucha anteriores a la Noche de la Huida. Se presentaron nueve testigos: Alonso de Benavides, Diego de Ordaz, Jerónimo de Aguilar, Juan Ochoa de Lejalde, Pedro Sánchez Farfán, Cristóbal de Olid, Cristóbal de Guzmán, Leonel de Cervantes y Pedro de Alvarado. Las cantidades mencionadas son prácticamente las mismas que en la probanza ya mencionada, agregándose que el quinto de la plata era de 85 marcos, y que todo se perdió la Noche de la Huida, aunque esta vez no se menciona a Morla, sino que se afirma que fue Alonso de Escobar quien estuvo a cargo del oro, y que murió en la calzada, así como el escribano con todos los papeles de Cortés, que también se perdieron.[31]

30 DC, I, pp. 114-128.
31 *Ibid*., pp. 129-147.

Finalmente, el tercer documento es otra probanza efectuada también por Ochoa de Lejalde a nombre de Cortés, con el objetivo de probar que había sido éste, y no Diego Velázquez, quien sufragó los costos de la expedición a México, fechada en Segura de la Frontera, a 4 de octubre de 1520, y que ya se ha citado al hablar de ese asunto.

Habían pasado unos 15 meses desde que salieron los procuradores a España con la Primera carta de relación, con otros documentos y con el botín, y no se sabía nada de ellos. Cortés decidió que era tiempo de escribir de nuevo a Carlos V y se puso a redactar lo que será la Segunda carta de relación, que también se va mencionando al paso de los acontecimientos que narra en ella. Es importante remarcar que el extremeño no era tan sólo un burdo guerrero, sino también un estadista y un buen político; su combate era también con las letras, con la pluma, con la que quería ganarse la buena voluntad de Carlos V, salvaguardar el futuro por medio de las probanzas y aún más allá. En esta carta ya no menciona a la reina Juana, su escrito está diseñado para el público en general, de manera amena, lírica, descriptiva, lo cual es novedoso en una epístola de información al monarca; es como si apelara a la opinión pública además de la de los gobernantes, seguramente tendría presente la nueva tecnología que representaba la imprenta. En efecto, su Segunda carta fue impresa el 8 de noviembre de 1522 en Sevilla por Jacobo Cromberger, y reeditada en 1523 en Zaragoza; posteriormente se tradujo al latín y se imprimió en Núremberg en 1524; tuvo gran difusión en su época, editándose varias veces en español, traduciéndose en 1523 al francés, en 1524 al latín, italiano y flamenco y en 1550 al alemán.

Por su parte, los españoles escribieron su propia carta al emperador, en la que solicitaban que el extremeño fuera confirmado como capitán y justicia mayor, pletórica de alabanzas hacia su persona. La importancia de esa carta es más

bien documental, pues contiene las firmas de 544 conquistadores, con la notable excepción de Bernal Díaz, quien dice que por ese tiempo se encontraba muy enfermo de calenturas.[32] En esta carta se afirma que el oro perdido la Noche de la Huida fue de más de 400 000 pesos, tanto del rey "como de muchos de nosotros".[33]

En otros documentos se menciona el controvertido asunto de la cantidad de oro salvado o perdido esa noche fatídica. Diego Velázquez promovió una Información contra Cortés, con fecha 28 de junio-6 de julio de 1521, acusando al extremeño de haberse quedado con el oro del emperador, de hacer firmar documentos en blanco a sus hombres mediante amenazas. Diego de Holguín declaró que dos criados de Cortés, Domingo García y Cristóbal Corral, iban de casa en casa exigiendo que firmaran un papel en blanco; él mismo lo firmó por temor de que Cortés no lo dejara regresar a las islas.[34] En el juicio de residencia de Cortés se tocó de nuevo este enojoso asunto.

Los españoles sospecharon que el extremeño se había quedado con los 40 000 pesos de las partes de los de la Villa Rica, pretextando que los nativos se lo habían robado, "porque en aquel tiempo todos se callaban con barras de oro, aunque más pregones habían dado".[35]

Como conclusión podría decirse que nadie supo bien a bien qué sucedió, aunque cabe la fuerte sospecha de que Cortés, con la complicidad de algunos de sus hombres, se quedó con buena parte del oro que no le correspondía por ley.

En el transcurso de este tiempo, sin poder precisarse las fechas, llegaron varios navíos a la costa de Veracruz. Al parecer el primero de ellos fue uno pequeño, al mando de Pe-

32 DC, I, pp. 156-163.
33 *Idem*.
34 DC, I, pp. 170-209.
35 Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. II, cap. CXXXVI.

dro Barba, natural de Sevilla, muy amigo de Cortés, antiguo alcalde de La Habana; traía con él a 13 soldados, entre ellos el maestre Alonso Galeote, así como un caballo y una yegua; habían sido enviados por Diego Velázquez con cartas para Narváez, pues ignoraba su desgracia, y en ellas le pedía que si Cortés aún no había sido muerto lo enviara preso a Cuba, pues Rodríguez de Fonseca había ordenado remitirlo a España; era viejo amugo del extremeño y buen ballestero.

Pedro Caballero, encargado por Cortés de los asuntos que se presentasen en esa costa, fue a ver a Barba a su navío. Tras saludarse, quitándose las gorras, y abrazarse, Barba inquirió por Narváez; Caballero respondió que estaba con gran prosperidad y riqueza, y que Cortés había huido, junto con 20 hombres. Acto seguido lo invitó a desembarcar y trasladarse a un pueblo indígena cercano, que tenía la misión de alimentar y recibir a quienes llegaran al puerto, pues allá estaría mejor atendido. Barba y sus hombres bajaron a tierra en los bateles, fueron rodeados por los de Caballero y apresados en nombre de Cortés. Su nave fue desmantelada, velas, timón y brújula enviados a Tepeaca, junto con Barba y su tripulación.

Cortés honró su vieja amistad y nombró a Barba capitán de ballesteros, éste le correspondió comunicándole que pronto llegaría otro navío pequeño, enviado también por Velázquez, cargado de provisiones para Narváez. Efectivamente, ocho días más tarde llegó al mando de Rodrigo Morejón de Lobera, hidalgo natural de Medina del Campo, con sólo ocho hombres, seis ballestas, mucho hilo para sus cuerdas y una yegua; fueron apresados de la misma manera y enviados a Cortés a Segura de la Frontera. El extremeño les concedió honras y cargos, ganándoselos para su causa.[36]

[36] Según una declaración de Vázquez de Tapia en el juicio de Cortés, el extremeño encarceló posteriormente a Morejón de Lobera, acusán-

Una nueva expedición enviada por Francisco de Garay a Pánuco, en la Huasteca, proporcionó a Cortés refuerzos muy bienvenidos. Garay había armado tres carabelas que puso al mando del capitán Diego Camargo, del que se decía había sido fraile dominico; venían a bordo 150 hombres y siete caballos, así como artillería y materiales para la construcción de un fuerte. Al llegar al río Pánuco navegaron corriente arriba durante unas siete leguas, hasta cerca de unas poblaciones; desembarcaron, fueron bien recibidos e incluso los huastecos les proveyeron de víveres. Sin embargo, pasado un tiempo, como solía suceder, ya fuese por los desmanes de los españoles o por la carga alimenticia que representaban para la economía nativa, se cansaron y les pidieron marcharse. Camargo lo resintió y decidió castigarlos, los aguerridos huastecos ya estaban preparados, en Chila atacaron a los blancos con tal furia por tierra y por agua, a bordo de sus canoas, que los españoles tuvieron que abandonar uno de sus navíos, lanzarse al río y nadar hasta sus dos embarcaciones restantes, no sin sufrir 18 bajas, quedar muchos heridos y perder todos sus caballos.

Decidieron costear hasta la Villa Rica, cuya existencia conocían desde la expedición anterior. Escasos de víveres y hambrientos acordaron que los sanos marcharan por tierra, siendo auxiliados por los nativos hasta llegar a Nauhtlan, donde fueron bien tratados y guiados hasta la Vera Cruz. En cuanto a los navíos, uno hizo agua a escasas cuatro leguas de la Vera Cruz y su tripulación debió pasarse al último, que llegó con bien a la Villa Rica, aunque 10 días después quedó anegado en el puerto. A bordo iban sólo 60 sobrevivientes, incluyendo al capitán Camargo, todos muy "flacos y ama-

---

dolo falsamente de ladrón, y manteniéndolo preso cuatro o cinco meses, hasta que lo envió en una expedición contra Cristóbal de Olid, en la cual murió. DC, II, p. 33.

rillos e hinchados", a decir de Bernal. El comandante de la villa los envió a una población aliada del interior, donde pudieran ser mejor atendidos.

En Segura de la Frontera Cortés recibió las noticias de la Villa Rica sobre la llegada de Camargo y su gente. Al respecto le comenta al emperador que "por ventura no les acaeciera este desbarato si la otra vez ellos vinieran a mi [...] porque, como yo estaba muy informado de todas las cosas de estas partes, pudieran haber de tal aviso que no les acaeciera lo que les sucedió", insistió en que el señor de Pánuco se había dado por vasallo de Carlos V y dicho a los de Garay que, si querían partir, los auxiliarían en lo que pudiesen; no comenta más sobre su destino. Bernal nos aclara que fueron partiendo de a pocos hacia Segura de la Frontera, "porque no podían andar a pie de flacos [...] por burlar les llamamos y pusimos por nombres los panciverdetes, porque traían las colores de muerto y las barrigas muy hinchadas". Al parecer tanto Camargo como muchos de sus hombres murieron posteriormente.

Otra carabela, enviada por Garay en auxilio de Camargo, al mando del capitán Miguel Díaz de Auz, aragonés, con 50 hombres y siete caballos, llegó a Pánuco, donde permaneció un mes. Al no encontrar rastro de los otros expedicionarios y faltar víveres decidió costear hasta la Vera Cruz, llegando a la altura de San Juan de Ulúa hacia octubre. Dijeron a los españoles de la Villa Rica que otros dos navíos venían tras ellos. Díaz de Auz y sus hombres se trasladaron a Segura de la Frontera, donde se unieron a las fuerzas de Cortés, "y este fue el mejor socorro y al mejor tiempo que le habíamos menester", comenta Bernal, añadiendo que como "venían muy recios y gordos, les pusimos por nombre los de los lomos recios". Cervantes (que llama al capitán del navío Díaz de Aitos) dice que Auz fue uno de los mejores conquistadores y que murió en México rico y de avanzada edad.

Mientras tanto, una de las dos naves faltantes de Díaz de Auz llegó a Veracruz llevada por un fuerte viento, con 40 españoles a bordo, algunos ballesteros, y una decena de caballos, bajo el mando de un Ramírez el Viejo (Cortés afirma que eran 120 hombres, pero este número debe de incluir a todos los llegados en los tres navíos de Garay). En San Juan de Ulúa empezó a hacer agua debido a los desperfectos sufridos, por lo que tuvieron que desembarcar. El otro navío nunca apareció.

Los hombres de Ramírez también marcharon a Segura de la Frontera. Como "traían unas armas de algodón de tanto gordor que no las pasaba ninguna flecha, y pesaban mucho, pusímosles por nombre los de las albardillas", narra Bernal, agregando que "Francisco de Garay no hacía sino echar un virote tras otro en socorro de su armada, y en todo le socorría la buena fortuna a Cortés, y a nosotros era gran ayuda". Sahagún menciona por su parte la llegada de un Francisco Hernández con 300 soldados y muchos caballos, armas y municiones.[37]

Estos inesperados refuerzos fueron muy bienvenidos por el extremeño y por los suyos, "porque de sangre y polvo que estaba cuajado en las entrañas no echábamos otra cosa del cuerpo por la boca, como traíamos siempre las armas a cuestas, y no parábamos noches ni días", se queja Bernal. En 15 días ya habían muerto cinco soldados más de "dolor de costado".

[37] Francisco de Aguilar habla, además de la flotilla de Garay, de un navío llegado a Veracruz bajo el mando de Juan de Burgos, cargado con provisiones, y cuya tripulación se quedó. Cervantes narra que en el primer navío que llegó venía como maestre un Hernán Medel, y entre sus hombres estaba un Joan de Burgos, "hombre de suerte, que vino con criados, armas y caballos", quien sirvió muy bien en la conquista de México, llegó a ser Alcalde y gozar de mucha reputación hasta su muerte".

Deseando redondear su triunfo, Cortés envió algunos destacamentos desde Segura de la Frontera para sojuzgar toda la región. Cristóbal de Olid fue contra la que llama Quecholac, Cuauhtinchan, Tecamachalco y Tepéxic. Vázquez de Tapia dice que acompañó a Olid en esta incursión, que los nativos depusieron las armas sin luchar, aun así unos 4 000 fueron apresados y llevados ante Cortés, quien ordenó separar a los hombres de las mujeres y los niños, mandando pasar a cuchillo a los primeros, y esclavizando a las mujeres y a los niños.[38]

Cervantes de Salazar asevera que fue Diego de Ordaz quien marchó a Tecamachalco, a la cabeza de 200 soldados (de nuevo el número de Cervantes), acompañado por gran cantidad de aliados, y sostuvo varios encuentros armados, se trataba de un lugar grande y poblado, tuvo que ir hasta cinco veces en su contra, efectuó una gran matanza y finalmente los venció. Hizo prisioneros a más de 2 500, a los que llevó a Segura de la Frontera; no menciona la degollina, sino por el contrario, afirma que Cortés liberó a las mujeres y a los niños.

Antonio de Solís narra que:

> El despojo que se adquirió en el alcance de los enemigos, y en los mismos lugares sediciosos, fue rico y abundante de todos géneros. Los prisioneros ascendían el número de los vencedores. Dicen que llegarían a dos mil los que se hicieron solo en Tecamachalco, donde se apretó la mano en el castigo porque sucedió en este lugar la muerte de los españoles. Y ya no se llamaban prisioneros, sino cautivos, hasta que puestos en venta perdían el nombre, y pasaban a la servidumbre personal, dando el rostro a la nota miserable de la esclavitud.[39]

38 DC, II, p. 40.
39 Solís, *op. cit.*, lib. V, cap. IV., p. 352.

Cervantes narra una historia singular que no encuentro en otras crónicas: cuando Cortés envió las varias expediciones a las regiones circunvecinas, él permaneció con pocos hombres en Tepeyacac; enterados los mexicas planearon matarlo, auxiliados por algunos nativos de la provincia. Hay dos versiones sobre el método que intentaban usar: la primera decía que simularían darse de paz, y cuando vieran desarmados y descuidados a los españoles caerían sobre ellos; la segunda, que se creía más cierta, afirmaba que las guarniciones mexicas, en unión con los nativos, caerían sobre el capitán español que llevara menos soldados en las incursiones, y así irían acabando una a una todas las capitanías. Les pareció más adecuado empezar con la de Cortés y decidieron cercarlo en Tepeyacac; sin embargo, algunas mujeres, parientas o amigas de los conjurados, se enteraron, y como poco sabían callar, dos lo dijeron a Marina, para que se pusiera a salvo, pues habían entablado amistad. Marina lo dijo a Cortés, éste envió por las dos mujeres, quienes confesaron, inculpando a muchos nativos que ya habían jurado vasallaje y los castigó severamente (historia muy parecida a lo supuestamente ocurrido con Marina antes de la matanza de Cholula). Una tercera versión señalaba que los mexicas intentaron envenenar sin éxito a los españoles por medio de la comida.

Estando Cortés en el proceso de escribir su Segunda carta de relación llegaron a verlo unos mensajeros del señor de la ciudad de *Cuauhquechollan* (Huaquechula, estado de Puebla), población de buen tamaño, distante unas cinco leguas de la provincia de Tepeyacac, situada en un llano a la entrada de un paso entre las montañas que conducía hacia México-Tenochtitlan,[40] con unos 20 000 habitantes. Al parecer el señor,

[40] Clavijero manifiesta que, en su tiempo, Huacachula era un "amenísimo pueblo de indios, abundante en escelente fruta", *Historia antigua de México…*, II. p. 81.

al saber lo sucedido en Tepeyacac, había decidido que era más prudente congraciarse con los españoles. Sus enviados dijeron a Cortés que en su ciudad estaban unos capitanes mexicas, comandantes de una guarnición formada por cerca de 30 000 guerreros (o 50 000 según otras fuentes), la mayoría en las afueras, a una legua de distancia (5.5 km), guardando el paso de las montañas. (Bernal afirma que Cuauhtémoc, ya coronado como huey tlatoani, había enviado guarniciones tanto a Cuauhquechollan como a Itzocan, temiendo que por este rumbo atacasen los españoles y sus aliados.)

El señor comunicaba esto a Cortés con el fin de que posteriormente no lo culpara creyendo que los mexicas estaban en su ciudad con su consentimiento, y si no se lo había mandado decir antes fue por temor, incluso ahora sus mensajeros iban en secreto y sin obsequios, de modo que los mexicas no se enterasen antes de tiempo. Dijeron que también debido al temor los señores de otros lugares cercanos no habían ido a dar obediencia a los españoles; su señor rogaba a Cortés ponerlo bajo su amparo, ya estaba cansado de recibir continuas afrentas de los mexicas, que hacían grandes daños a sus súbditos, les tomaban sus mujeres, hijas y bienes; le prometía ayudarlo a expulsarlos de sus tierras y le pedía enviarle sus órdenes.

Según Bernal, Cortés lo agradeció y decidió enviar a Cristóbal de Olid. López de Gómara declara que también fueron como capitanes Andrés de Tapia y Diego de Ordaz; y Cervantes, siguiendo la relación de Ojeda, que la misión se encomendó a Ordaz y a Alonso de Ávila. La capitanía estaba formada por 12 de caballería, 300 peones, y unos 30 000 tlaxcaltecas.

Cuauhquechollan contaba con buenas fortificaciones. Situada en un llano, estaba protegida en un flanco por la ladera de un monte difícil de escalar, y en el otro por dos ríos cercanos entre sí; además, estaba circundada por un muro que

medía, al exterior, 20 pies de alto (5.60 m), mientras que en el interior estaba casi al nivel del suelo y contaba con un ancho parapeto de tres pies de alto (0.91 m). Los únicos accesos eran cuatro puertas, en las que los muros se entrecruzaban, dejando entre ambos un estrecho corredor difícil de pasar, pues había que subirlo por altos escalones.[41] Tomarla aseguraba a los españoles el tránsito en los valles de México y Morelos, por el sur del volcán Popocatépetl.

De acuerdo con lo pactado con los mensajeros, los de Cuauhquechollan conducirían a los españoles y a sus aliados por ciertas rutas, de modo que no los vieran los mexicas, una vez cerca de la ciudad el señor atacaría a los capitanes enemigos en sus aposentos, aprehendiéndolos y matándolos antes de que los socorrieran las tropas de las afueras para que cuando acudieran, los españoles estuvieran dentro de la ciudad y la desbarataran.

Marcharon por vía de Cholula y de Huexotzinco, que colindaba con Cuauhquechollan. En un pueblo de Huexotzinco, según sus capitanes reportaron a Cortés, se dieron cuenta de que los nativos del lugar estaban conjurados con los de Cuauhquechollan y con los mexicas e intentaban llevarlos a una celada, por lo que, temerosos, aprehendieron a los señores huexotzincas que iban con ellos, así como a los mensajeros de Cuauhquechollan, y regresaron a Cholula, desde donde los enviaron, con Domingo García de Albuquerque, hacia Segura de la Frontera, junto con una carta en la que explicaban a Cortés lo sucedido.

El extremeño interrogó a los huexotzincas por medio de Marina y de Aguilar, concluyó que se trataba de un malentendido. Al parecer los de Cuauhquechollan y Huexotzinco conversaban sobre algunos aspectos de la campaña, y no teniendo los españoles buenos intérpretes lo entendieron mal,

41 Clavijero, *op. cit.*., p. 81.

pensando que intentaban engañarlos y matarlos. Bernal dice que no fue que los españoles los malentendieran, sino que "pareció ser" que por el camino ciertos indígenas dijeron a los españoles de los de Narváez que los campos y pueblos estaban llenos de guerreros mexicas, en más cantidad que en Otumba, y que Cuauhtémoc en persona estaba al frente de ellos, atemorizándolos de tal forma que se negaron a proseguir. Solís relata que, estando el destacamento español a seis leguas de Tepeyacac, corrió la voz de que se aproximaba el soberano de los mexicas a la cabeza de un gran ejército en auxilio de la guarnición de Cuauhquechollan, y al ver bajar de las montañas una gran cantidad de guerreros pensaron que se trataría de los mexicas, aunque algunos de caballería fueron a investigar y constataron que eran las tropas de Huexotzinco que venían a unirse a los españoles; aun así, los de Narváez se negaron a seguir adelante, al parecer los tlaxcaltecas los habían convencido de que los huexotzincas no eran de fiar, y que estaban conjurados con los mexicas para llevarlos a su destrucción. Los motivos son un tanto oscuros, a menos que los nativos, por pura diversión, se entretuviesen en atemorizar a los españoles.

Cortés, convencido de la inocencia de los huexotzincas, les ofreció disculpas, decidido a no abandonar de manera alguna la empresa, pues hacerlo sería mostrar cobardía; partió en persona hacia Cholula a la mayor prisa que pudo, acompañado por Pedro de Alvarado, cuatro o cinco jinetes más, y otros tantos infantes.[42]

[42] Bernal, refutando a López de Gómara, como es su costumbre, niega que Cortés fuera en persona, afirmando que el extremeño, enfurecido, envió dos ballesteros a Olid con una carta en la que decía cómo se maravillaba de que creyese en palabras vanas. Olid siguió irritado hacia Cuauhquechollan. Bernal arremete contra López de Gómara: "Y si todo lo que escribe de otras crónicas de España es de esta manera, yo las maldigo como cosa de patrañas y mentiras, puesto que

Llovió tanto por el camino que el agua llegó hasta las rodillas de los de a pie. Una vez llegados Cortés tomó el mando. Pernoctaron en Huexotzinco. Una hora antes del amanecer emprendieron la marcha y arribaron a las 10 de la mañana a media legua de Cuauhquechollan, donde los esperaban unos mensajeros de la ciudad que les comunicaron que todo iba de acuerdo con el plan, habían logrado capturar a varios espías del enemigo que vigilaban los caminos, por lo que los mexicas no sospechaban nada, confiando en que les darían aviso.

Los españoles se dieron prisa, atravesaban un llano en el que podrían ser vistos por los mexicas, como lo fueron por los de la ciudad, según después supieron. Los señores cumplieron con su parte y, al constatar su proximidad, atacaron a los capitanes mexicas aposentados en la ciudad. Cuando los españoles llegaron a un tiro de ballesta ya les traían a 40 prisioneros y se escuchaban grandes gritos a causa de la lucha callejera dentro de la ciudad.

Cortés y los suyos llegaron a los aposentos ocupados por los mexicas, rodeados por más de 3 000 guerreros; los indígenas intentaban forzar su entrada y tomaron las azoteas, pero los mexicas se defendían valientemente. Con el auxilio español lograron penetrar. Cortés, que deseaba tomar prisioneros para interrogarlos, no pudo evitar que mataran de

---

por más lindo estilo lo diga". Sin embargo, Bernal escribió su *Historia verdadera…* 40 años después de los sucesos, y él mismo afirma que no participó en esa expedición y que por ello aclara que "dizque pasó lo que he dicho". Cortés redactó su carta sólo unos días después de estos acontecimientos, por lo que su narración lleva preferencia. Solís opina que en Bernal "pudo antes caber un descuido en su memoria, que una falta en la verdad". Sin embargo, en la lámina 36 del *Lienzo de Tlaxcala*, que representa la batalla de Cuauhquechollan, el único español que se ve luchando al lado de los tlaxcaltecas, a caballo y con lanza, no es Cortés. Véase E. Guzmán, *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac*..., t. I, p. 512.

inmediato a casi todos. Al parecer el extremeño aún no sabía quién era el nuevo huey tlatoani de México-Tenochtitlan, lo cual es poco creíble, pues comenta en su Segunda carta que deseaba obtener información de los presos, entre otras cosas, sobre la situación imperante en México y sobre quien había sucedido a Motecuhzoma. Sólo pudo preguntárselo a un prisionero, más muerto que vivo, quien le dijo que un hermano de Motecuhzoma, Cuitláhuac (al que Cortés llama Cuetravacin), había subido al trono, era un guerrero de suma valentía y prudencia, y bajo sus órdenes los mexicas fortalecían tanto su ciudad, como todas las de sus dominios.

Algunos de los mexicas de Cuauhquechollan lograron huir hacia los campos donde estaban acuarteladas sus tropas, equipadas con lanzas largas, diseñadas para utilizarse contra la caballería. Cortés relata que los de la guarnición, como estaban en terreno alto, dominaban los alrededores, por lo que se dieron cuenta de la lucha en la ciudad e iban en auxilio de sus capitanes. Eran "más de treinta mil hombres y la más lucida gente que hemos visto, porque traían muchas joyas de oro y plata y plumajes". Al llegar a las afueras de la población empezaron a prender fuego a las casas que encontraban a su paso. Cortés acudió con la caballería, pues la infantería estaba muy cansada, logrando romper las filas mexicas, aunque la batalla fue larga y reñida. Finalmente los obligaron a retroceder ladera arriba, donde el terreno era tan áspero que, tras alcanzar la cima, no pudieron seguir adelante y muchos murieron asfixiados debido al cansancio y el calor. Llegaron entonces tropas aliadas frescas que acabaron de rechazar a los mexicas.

Cortés se dirigió al cuartel enemigo, lo tomó e incendió. Sus aliados, según él mismo afirma, eran más de 100 000 hombres. Los mexicas sobrevivientes huyeron hacia Itzocan, donde tenían otra guarnición. Se dice que las bajas españo-

las se limitaron a uno o dos caballos. Cortés y los suyos reposaron en Cuauhquechollan durante tres días.

Cervantes narra que hicieron más de 2 000 esclavos, a los que marcaron en el rostro; algunos fueron repartidos, otros enviados a Tlaxcala, a cargo de Ojeda y de Márquez, que a su regreso encontraron por el camino muchos guerreros tlaxcaltecas y cholultecas, procedentes de las batallas de Tecamachalco, cargados de enemigos muertos, atados por los pies como gallinas, y "decían que para comer en fresco en sus fiestas, y de lo que quedase hacer tasajos, cosa cierto bien horrenda y que de haberse quitado tan abominable costumbre Dios ha sido muy servido, y ellos dello están bien confusos".

Ante el triunfo español los principales de Ocuiteco, población situada al pie del Popocatépetl (el Ocupatuyo de Cortés, y Ocopaxuin de López de Gómara), fueron a presentar su sumisión, dando como pretexto por no haberlo hecho antes que su señor no se los había permitido, a pesar de habérselo pedido muchas veces, pero ahora que se había marchado con los mexicas, creyendo que Cortés continuaría su avance hasta Ocuiteco y dejado en su lugar a unos de sus hermanos, venían a hacerlo. El extremeño asevera que le rogaron dar su visto bueno a esa sucesión, pidiéndole que si el otro hermano regresaba no consintiera que ocupara de nuevo el señorío, pues ya no lo querían.

Cortés respondió que merecían grandes castigos por haberse rebelado y auxiliado a los mexicas, y que había venido a proporcionárselos, pero ya que se presentaron por su propia voluntad y manifestaban que su señor era quien se los había impedido, los perdonaba en nombre del emperador, recibía su obediencia y serían ayudados y favorecidos; pero si volvían a rebelarse no escaparían tan fácilmente.

Los españoles y sus aliados marcharon enseguida contra Iztocan (hoy Izúcar de Matamoros, Puebla. Cortés la llama Izzucan, Bernal Ozúcar, y dice que fue Olid quien encabe-

zó esta expedición),[43] donde estaba otra guarnición mexica cuyo señor era pariente de Cuitláhuac. El extremeño menciona el gran número de aliados indígenas que combatían al lado de los españoles, tantos, más de 120 000, que casi cubrían los campos y sierras que estaban a la vista.

Llegaron a Itzocan hacia las 10 de la mañana. La ciudad estaba situada sobre un llano en la falda de un cerro; un poco más arriba estaba la fortaleza, protegida por un río hondo y una barranca muy alta, sobre la cual, rodeando la población, había una muralla de altura de un estado. El valle que la circundaba era muy fértil, sembrado de árboles frutales y plantas de algodón, flora que no se daba en esas altitudes, pero ahí el clima era más cálido, pues el valle estaba protegido por las sierras; había muchas fuentes y arroyos, y un buen sistema de regadío.

Ante la proximidad de los españoles y sus aliados, las mujeres y los niños fueron evacuados de la ciudad, quedando unos cinco o seis mil guerreros, que opusieron fuerte resistencia, pero no pudieron impedir la entrada del enemigo y huyeron, siendo perseguidos hasta obligarlos a saltar al río por encima de los muros. Como previamente habían destruido el puente que lo cruzaba se demoró un poco el avance de los aliados, pero éstos, tras franquear la corriente, prosiguieron la persecución por legua y media (8 km), "en que creo se escaparon pocos de aquellos que allí quedaron", relata Cortés. Los españoles sufrieron la muerte de dos caballos.

Los cien templos que según dice Cortés tenía Itzocan fueron incendiados y destruidos, así como sus dioses. Cervantes afirma que el extremeño ordenaba hacer esto cada vez que tomaba por las armas una población, por lo que

[43] Tampoco parece ser Cortés el español que se ve en la lámina 37 del *Lienzo de Tlaxcala*, que representa la batalla de Itzocan, en la que el comandante tlaxcalteca es llamado Nopaltzin. *Cfr*. E. Guzmán, *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac*…, p. 517.

quienes se rendían sin resistencia lo primero que solicitaban era que no destruyera sus santuarios, a lo cual accedía, pues no era tiempo para otra cosa.

El señor de Itzocan había partido con los mexicas. Cortés envió dos prisioneros nativos a llevar un mensaje a los principales, pidiéndoles ordenar el regreso de los habitantes al poblado, si se sometían serían bien tratados y perdonados. A los tres días llegaron algunos señores y pidieron clemencia, aduciendo que sólo habían cumplido las órdenes de su señor, en adelante serían leales. Cortés les dio seguridades, les pidió traer a sus mujeres e hijos y hablar con los de los poblados sujetos a Itzocan, para que también juraran obediencia, ya que en caso contrario iría contra ellos y les haría gran daño. El extremeño asegura que en dos días volvió a poblarse Itzocan y que los lugares vecinos juraron vasallaje a Carlos V.

Debido a la huida del señor local se nombró a un niño de entre 10 y 12 años, hijo de un señor anterior; la ceremonia en que le juraron lealtad fue presenciada por Cortés. Cervantes afirma que el menor fue bautizado con el nombre de Pedro, pues su padrino fue Pedro de Alvarado, y que cuando los religiosos empezaron a instruirlo en la fe católica se mostró triste y temeroso, pensando que sería sacrificado. No aguantando más la incertidumbre preguntó cuándo lo harían, pero fue desengañado por los frailes, para su gran consuelo.

A Itzocan acudieron a ofrecer obediencia los señores de otras dos poblaciones del valle, así como de ocho pueblos desde la provincia de Coaixtlahuacan, en Oaxaca, quienes dijeron que otros cuatro que restaban en esa provincia pronto se presentarían, no habiéndolo hecho antes por temor a los mexicas. Supuestamente eran tantos los que acudían a someterse y a pedir ayuda y protección a los españoles que, a decir de Cortés: "hállome en muy extrema necesidad para socorrer y ayudar a los indios nuestros amigos, porque cada

día vienen de muchas ciudades y villas y poblaciones a pedir socorro contra los indios de Culúa [...] e yo no puedo socorrer a todas partes como querría". Durán comenta que el extremeño hábilmente procuraba atraerse a cuantos podía y

> envió a rogar y avisar a los unos y a los otros, que él no venía sino a libertarlos de la tiranía de México y de la opresión en que los tenían y como la amistad de los mexicanos nunca fue de voluntad, sino forzosa, siempre se allegaron a querer ser amigos de los españoles, que no enemigos, en quien confiaron les darían libertad y quitarían de la servidumbre en que México los tenía.[44]

Cuando Cortés pensó que la región estaba suficientemente "pacificada", siendo sus tropas demasiado numerosas como para seguir alimentándose de la zona, decidió que era tiempo de regresar a Segura de la Frontera y de enviar a la mayor parte de sus aliados a sus respectivas tierras. Una vez en Segura terminó de redactar el relato que deseaba enviar al emperador, mismo que conocemos como Segunda carta de relación, que lleva la fecha de 30 de octubre de 1520. En ella escribe:

> Por lo que yo he visto y comprehendido cerca de la similitud que toda esta tierra tiene a España, así en la fertilidad como en la grandeza y fríos que en ella hace, y en otras muchas cosas que la equiparan a ella, me pareció que el más conveniente nombre para esta tierra era el de la Nueva España del Mar Océano; y así en nombre de vuestra majestad se le puso este nombre. Humildemente suplico a vuestra alteza lo tenga por bien y mande que se nombre así.

44 Durán, *op. cit.*, vol. II, cap. LXXVI.

Dice que adjuntó otra misiva en la que solicitaba al emperador enviarle una persona de su confianza para investigar lo sucedido en esas nuevas tierras y que le reportara directamente. Y concluye: "De vuestra sacra majestad muy humilde siervo y vasallo, que los muy reales pies y manos de vuestra alteza besa. Fernán Cortés".[45] La visión de Cortés era de altos vuelos: formar una entidad unida bajo la Corona española con todos los señoríos y etnias diversas de Mesoamérica, políticamente disgregadas y divididas.

Sin embargo, los vientos contrarios del norte provocaron la pérdida de los tres navíos en que Cortés planeaba enviar a España algunos comisionados con esta carta para el emperador y con otra escrita por el ejército. No se pudo enviar sino hasta marzo de 1521. También tuvieron que esperar, por el mal tiempo imperante, el envío de naves a las islas para adquirir armas, caballos, pertrechos y navíos y reclutar voluntarios.

Bernal relata que Cortés, estando en Segura de la Frontera, se enteró que sus hombres tenían muchas barras de oro; varios las apostaban en sus juegos de azar, pues "como dice el refrán que el oro y amores eran malos de encubrir", por lo que ordenó dar un pregón mandando entregarlo bajo graves penas, además de perderlo todo, y se les regresaría la tercera parte. Muchos no obedecieron, entre ellos la mayor parte de sus capitanes y los oficiales reales, pues como dice Bernal, "pareció muy mal esto que mandó Cortés". Decidió que sería contraproducente obligarlos y dio carpetazo al asunto, aunque a algunos se los pidió a manera de préstamo forzoso.

Cortés seguía decidido a conquistar México-Tenochtitlan, como le escribió al emperador: "E certifico a Vuestra Majes-

[45] Como ya lo dijimos en el cap. IV es posible que Juan de Grijalva fuese quien acuñó el nombre de Nueva España; de todos modos, Cortés pone el nombre en boga con gran habilidad política, pues ni siquiera la misma España es todavía una nación unida.

tad que hasta conseguir este fin no pienso tener descanso ni cesar para ello todas las formas a mi posibles". Su pretexto era, como lo expone en su Tercera carta de relación, la "traición pasada y el gran daño y muerte de españoles", pues esa ciudad "de todo había sido la causa", como si sus acciones no tuvieran nada que ver.

Sabiendo por experiencia propia lo difícil que sería conquistar una ciudad rodeada por agua, envió a Tlaxcala al carpintero Martín López para que, con ayuda de los nativos, empezara a construir 12 bergantines (según lo expresa en su Segunda carta, pues en la Tercera habla de 13), necesarios para dominar los lagos que rodeaban a México, si es que los mexicas "perseverasen en su mal propósito". Cervantes relata que Cortés, pensando construir sólo seis bergantines, pidió a Martín López su opinión; el carpintero dijo que menos de 12 eran pocos, debido al gran tamaño de la laguna, y que no debían ser de un solo tamaño, pues con los mayores podrían romper por entre las canoas nativas, mientras que con los pequeños, al ser más ligeros, les darían alcance a las que huyeran y podrían dirigir sus ataques a cualquier punto, y la nave capitana debía ser de mayor tamaño que las demás. A Cortés le parecieron buenos sus consejos y ordenó hacer 13.[46] Bernal califica a Martín López de buen soldado y que sirvió bien al emperador en esta misión, trabajando "como fuerte varón". Alva Ixtlilxóchitl declara que parte de la madera para la construcción de los bergantines fue cortada en Texcoco, en uno de los bosques de los tlatoanis que los de la provincia de *Tolantzinco* (Tulancingo) habían plantado en tiempo de Nezahualcóyotl.

Narra Cervantes que el soberano de México, al enterarse de que los españoles habían empezado su contraataque,

[46] Al parecer medían unos 12 metros de eslora, y la capitana unos 15, AGI, Patronato, leg. 57, núm. 1, R. 1, ff, 2r-3v [822].

ordenó enviar a ciertos sitios las cabezas de algunos de los blancos y caballos muertos en la Noche de la Huida; debían decir que una de las cabezas era la de Cortés. Mediante este engaño indujeron a algunos pueblos a matar a los españoles que estaban en ellos. Una de estas comisiones llegó a Tuxtepec (*Tochtepec*), donde estaba Saucedo con 80 soldados (dejado allí por Diego de Ordaz cuando éste regresó a Tepeyacac, al ser llamado por Cortés, o enviado por el extremeño a pacificar la región); los nativos los atacaron e incendiaron Tuxtepec, no quedando español con vida.

Cuando Cortés lo supo envió una expedición de castigo al mando de Diego de Ordaz y Alonso de Ávila, integrada por unos 200 españoles y 20 000 aliados. Lograron retomar Tuxtepec, obteniendo cantidad de ricos despojos y numerosos esclavos, tanto de ahí como del cercano pueblo de Tecalco (actual Tecali, Puebla), del que los nativos huyeron sin ofrecer resistencia.

El extremeño declara que, estando a punto de partir de Segura de la Frontera hacia Tlaxcala, tuvo noticia de la "rebelión" de dos provincias situadas sobre el camino que conducía a la Villa Rica, las llama Cecatami y Xalazingo (mientras que Bernal y López de Gómara las nombran Zacatami y Xalacinco; se trata de Xocotla y Xalatzinco, actual Jalacingo, Veracruz). Habían matado a varios españoles, muchos de ellos de los de Narváez, a decir de Bernal, así como a Juan de Alcántara y los otros dos de la Villa Rica que lo acompañaban en su camino de Tlaxcala a la Villa Rica; dice el cronista que estaba ahí una guarnición de mexicas bien fortalecida. Debido a su posición estratégica amenazaban las comunicaciones entre la meseta y la costa del Golfo.

Cortés envió a "pacificarlas" a Cristóbal de Olid y a Juan Rodríguez de Villafuerte (Bernal afirma que esta misión le fue encomendada a Gonzalo de Sandoval, aunque dice que él mismo no participó por estar "muy malo de calenturas, y

echaba sangre por la boca", curándose, según asevera, por medio de varias sangrías). Iban con ellos 20 de caballería y 200 de infantería, entre ellos 12 ballesteros; como cuadrilleros Juan Núñez Sedeño, Alonso de Mata y un Fulano de Lagos, así como buen número de aliados. Llegaron al pueblo de Yxtacmaxtitlan el cual tomaron y se fortalecieron en unos buenos aposentos, aunque por la noche el enemigo logró prenderles fuego. Al día siguiente abandonaron el lugar, pues los aliados rehusaron enfrentarse en una batalla frontal y ya no tenían que comer. Pasaron ocho días recorriendo la comarca, sufriendo grandes hambres, pues el enemigo había dispuesto de todos los víveres de la región.

Marcharon entonces a la provincia de Tlatlacotepec, cuyos guerreros se habían refugiado en la sierra, desde donde efectuaban salidas en un despoblado llamado de las Lagunas, cercano a Tehuacán, para capturar a los españoles que iban hacia la meseta procedentes de la Villa Rica. Cervantes, basado en una relación de Alonso de Mata, narra que metían a sus prisioneros a una cocina donde estaba prendido un buen fuego, les daban de comer y los trataban bien para que engordasen y se descuidasen (para variar, al parecer el buen Cervantes estaba obsesionado por el asunto del canibalismo nativo), entonces, cuando parecían estar más contentos, caían sobre ellos por sorpresa, dando grandes alaridos, los obligaban a salir a un patio donde los picaban con sus lanzas; los que no morían pasaban a un segundo patio, donde otras lanzas los esperaban y del que ninguno escapaba, después los partían en pedazos que eran enviados a diversas partes; también mandaban algunos con vida a ser sacrificados en otros sitios. Se dice que, posteriormente, los españoles vieron las huellas de las manos ensangrentadas en las paredes.

Agrega Cervantes que todo ello les fue relatado a Olid y Villafuerte por un nativo, quien les aseguró que así habían

encontrado la muerte 105 españoles, capturados en ese camino, según una cuenta que llevaban con granos de maíz. Como prueba de su dicho sacó de un hoyo cercano a un templo una cabeza de un español con no más de tres días de muerto, que iba con cartas de Cortés a la Villa Rica; se trataba de un tal Coronado, bien conocido por los españoles y por los indígenas. El escribano Mata lo certificó por escrito.

La expedición "pacificadora" siguió adelante, rumbo al pueblo de Xalatzinco, que tomaron tras vencer fuerte resistencia. Ahí permanecieron cinco o seis días. El hambre seguía apretando hasta que, desde la cumbre de unos montes, un marinero vio un gran valle con mucha gente, fueron y apresaron algunos, comieron de su maíz, saciándose y llevándose el sobrante.

Según Bernal, en esta salida los españoles capturaron "mucha gente menuda", sin apresar a los adultos para no tener que estarlos cuidando. En algunos templos encontraron armas y ropas de sus compañeros muertos, así como frenos de caballo y dos sillas de montar colocados como ofrenda. Los principales acudieron a pedir perdón y a jurar obediencia; se les exigió entregar el oro que habían quitado a los que mataron, dijeron que ya lo habían enviado a México-Tenochtitlan, por lo que decidieron llevarlos ante Cortés junto con las mujeres y niños cautivos, que fueron herrados como esclavos. Cervantes dice que capturaron a 30 o 40 principales, cazándolos como a fieras. Llegaron a Tlaxcala dos días antes de la Navidad de 1520. Cortés afirma que, en vista del arrepentimiento de los señores y de sus promesas de ser fieles los perdonó y envió de regreso a su tierra. Bernal agrega que también se presentaron muchos otros señores de esa comarca a fin de dar obediencia, llevando alimentos y otros obsequios. Cervantes de Salazar difiere. Narra que Cortés mandó meter a los principales en un patio, donde éstos, entendiendo que habían de morir, danza-

ron y cantaron por media hora, tras lo cual el capitán ordenó pasar a todos a cuchillo.

Relata Bernal que "en aquella sazón" Cortés se enteró de que, en un pueblo a seis leguas de distancia, al que llama Cozotlán, que los españoles habían bautizado como Castel Blanco, al parecer los mexicas tenían una guarnición y habían matado a nueve españoles, por lo que el extremeño envió a Gonzalo de Sandoval con 30 de caballería, 100 peones, 8 ballesteros, 5 escopeteros y muchos tlaxcaltecas. Al llegar a sus fronteras Sandoval los requirió a través de algunos principales de Tepeaca a darse de paz y jurar obediencia. Respondieron que ya tenían señor y que los esperarían en su poblado, si es que se atrevían a ir. Sandoval y los suyos fueron hacía él, siendo atacados en un sitio en que el camino pasaba junto a unas barrancas; cuatro españoles y nueve caballos fueron heridos, uno de estos últimos murió, pero lograron forzar su paso hasta tierra más llana, donde la caballería pudo arremeter, aunque había muchas piedras que lo dificultaban. Lograron rechazar al enemigo hasta el poblado, donde tenían tropas de refuerzo y se fortalecieron en los templos, luchando con gran valentía; finalmente fueron vencidos y muchas de sus mujeres e hijos hechos cautivos. Sandoval y los suyos permanecieron ahí dos días, durante los cuales los principales acudieron a pedir perdón y dar obediencia. Cuando les pidió regresar lo que habían quitado a los españoles que habían matado, respondieron que habían quemado todo y a cinco de los españoles los enviaron a México, pero que ya habían pagado su culpa y en adelante les servirían muy bien. Sandoval los perdonó.

Narra Bernal que estas campañas ganaron gran fama a los españoles, pues "a todos ponía temor". Acudían ante Cortés desde sitios lejanos, lo trataban "como señor absoluto de toda la tierra", pidiéndole que juzgara sus diferencias, sobre todo en asuntos de sucesión de los señoríos, pues debido

a la viruela muchos señores y principales morían. El extremeño "a cada uno mandaba dar sus tierras y vasallos según sentía por derecho que les pertenecía".

Debido a la gran cantidad de esclavos, Cortés decidió herrar a los que no lo estaban y sacar el quinto real, así como su propio quinto. Al efecto mandó pregonar que los que tuvieran mujeres y niños cautivos los llevaran a manifestar, dándoles como plazo ese día y el siguiente; "hombres de edad no curábamos de ellos, que eran malos de guardar", comenta Bernal, además no los necesitaban, pues los tlaxcaltecas les proporcionaban el servicio que requerían. Al parecer la medida de Cortés fue tan sorpresiva que, según dice Bernal, "cuando no nos catamos apartan el real quinto, luego sacan otro quinto para Cortés". Por la noche el extremeño y sus secuaces de confianza habían escondido y tomado para sí las mejores mujeres, "que no pareció allí ninguna buena, y al tiempo de repartir dábannos las viejas y ruines", lo que causó gran descontento y murmuraciones.

Los de Narváez vociferaban que nunca habían tenido dos reyes al mismo tiempo y que ya se lo harían saber tanto al emperador como al Real Consejo de Indias. Uno de ellos, un piloto Cárdenas, dijo a Cortés que lo mismo había sucedido con el oro sacado de México, del que el capitán se había quedado con la mayor parte, "y que ahora el pobre soldado que había echado los bofes y estaba lleno de heridas por haber una buena india" recibía sólo "naguas y camisas", por haber escondido a las mejores; al escuchar el pregón habían creído que les devolverían a cada quien sus "piezas" (que así llamaban a los capturados), tras de evaluarlas y pagar el quinto real, y que ya no habría otro quinto para Cortés. El extremeño respondió "que juraba en su conciencia, que esto tenía por costumbre jurar", que en adelante no se haría de esa manera, en vez pondrían todas las esclavas en almoneda, vendiéndose según su calidad. Cuando poco después

Cárdenas obtuvo permiso de regresar a las islas a ver a su familia, Cortés le obsequió 300 pesos.

Bernal continúa relatando que la gente de Narváez insistía en que Cortés cumpliera su promesa de dejarlos regresar a Cuba, puesto que le habían llegado refuerzos y la comarca estaba pacificada. El extremeño accedió, incluso prometió a Andrés de Duero que si ganaba México le daría mucho más oro, lo mismo dijo a otros capitanes. Proporcionó a los desafectos víveres y uno de los mejores navíos, con ellos envió una carta, así como oro y joyas, a su mujer, Catalina Suárez, y a su cuñado, Juan Suárez. Los que partieron llevaban considerable riqueza, entre ellos Andrés de Duero, Agustín Bermúdez (persona de renombre), Juan Bono de Quejo, Bernardino de Quesada, Diego Holguín, Francisco Velázquez el Corcovado (pariente del gobernador Diego), Gonzalo Carrasco (compadre de Cortés), Melchor de Velasco, un tal Jiménez, el comendador Leonel de Cervantes (de la Orden de Santiago y uno de los pocos de las órdenes militares que participaron), un Maldonado que estaba enfermo, Álvaro Maldonado el Fiero, un Vargas el Galán, el piloto Cárdenas, y muchos otros. Pedro de Alvarado los escoltó a la Villa Rica, donde permanecerían largo tiempo antes de poder partir. Varios regresarían más tarde, como Gonzalo Carrasco, Jiménez y Leonel de Cervantes. Los veteranos reclamaron a Cortés que los dejara marchar, quedaban así menos; les respondió que fue para evitar problemas futuros, y que "valía más estar solo que mal acompañado". Algunos de los que se irían eran de renombre con influencia sobre el resto; al dejarlos ir, Cortés quitaba ese foco de infección.

Así quedó aun mayor la alianza contra los mexicas, comprendiendo la región que iba desde la costa del Golfo a los límites del Valle de México: Tlaxcala, Cholula, Huexotzinco, Tepeyacac, Acatzinco, Quecholac, Cuauhquechollan, Tecalco, Itzocan, Tochtepec y Totonacapan, así como gran

parte del territorio del interior hasta la Mixtecapan, incluyendo a los de Chinantla. Por eso decidieron, hacia mediados de diciembre de 1520, que era tiempo de regresar a Tlaxcala, tras cuatro o cinco meses de ausencia. La política bélica quedó fijada: no dejar sin castigo a los que se rebelaran, y vengar la muerte de españoles y aliados, el castigo era brutal.

Cortés dejó como capitán encargado de la protección de la villa de Segura de la Frontera a Francisco de Orozco con 60 soldados de entre los heridos y enfermos. El extremeño partió por delante, con 20 de caballería, mientras el resto los seguía a marchas más lentas. A petición de los habitantes de Cholula se dirigió a esa ciudad, donde les dieron un gran recibimiento y una cena suntuosa. Permanecieron dos o tres días, la viruela había matado a muchos señores. Según Cervantes, el extremeño inquirió por los parientes más cercanos y les confirió el señorío, con el parecer de los nobles, quedando de esta manera los nuevos señores en deuda con los españoles, ya que a ellos debían su posición. El proceso fue celebrado con grandes fiestas.

En todos los pueblos por los que pasaron les dieron la bienvenida, supuestamente con alegría y acatamiento. Los de la ciudad de Tlaxcala salieron una legua para recibirlos, los guerreros formados en escuadrones, coloreados por sus enseñas, divisas y plumajes, así como los nobles y señores, mientras la gente del pueblo llevaba ramos de flores; los acompañamientos de música, cantos y danzas celebraban sus victorias. A un cuarto de legua de la ciudad, y hasta ella, había varios arcos triunfales adornados con flores. Al encontrarse con esta calurosa recepción, Cortés y sus tropas abrazaron fuertemente a los nobles. A una señal cesó la música, un principal pronunció las palabras de bienvenida, a las que Cortés respondió con otro discurso.

A pesar de todo había cierta nota de tristeza, Maxixcatzin había muerto víctima de la viruela. Solís incluso afirma que Cortés y sus hombres decidieron entrar a Tlaxcala de luto por él, mandando teñir algunas mantas de algodón de negro, y marcharon en gran silencio, lo que se les agradeció. Bernal sólo comenta que Cortés y muchos de sus capitanes y hombres se pusieron luto con las mangas negras, pues no había para más, y que todos lo sintieron mucho (a decir de Cervantes conservaron el luto hasta salir nuevamente de Tlaxcala). Cortés lloró, comentando cuánto le pesaba esa muerte, tanto como si fuera su propio padre; le dijeron que Maxixcatzin suspiraba por verle de nuevo antes de morir, pues deseaba darle muchos consejos sobre la buena gobernación de la tierra.

El extremeño narra que al día siguiente de su llegada los señores fueron a verle, deseaban que sucediese a Maxixcatzin uno de sus hijos de 12 o 13 años, iban a pedirle su visto bueno y se los dio gustoso, afirma que "todos ellos quedaron muy contentos". Según Bernal existían ciertas diferencias sobre la sucesión, Cortés decidió apoyar a uno de los hijos legítimos, ya que supuestamente así lo había mandado Maxixcatzin antes de morir; además, había aconsejado a todos sus familiares que fueran leales a Cortés y a los españoles, pues "ciertamente éramos los que habíamos de señorear estas tierras". Cervantes relata que Cortés, ante todos los principales, armó caballero al joven a la manera española, de lo que "mucho se maravillaron y alabaron la buena manera y gentiles ceremonias de armar caballero". El cronista asevera que el joven gobernante fue bautizado, tomando el nombre de don Lorenzo Maxixcatzin por respeto a su padre. Torquemada, que debió saberlo mejor, niega el nombre de Lorenzo, afirmando que se le puso don Juan Maxixcatzin. Este mismo nombre le da Solís, quien agrega que también se bautizó el joven señor de Itzocan, quien había ido a Tlaxcala para ver

a Cortés, así como Xicoténcatl el Viejo.[47] Bernal relata que el bautizo de Xicoténcatl fue realizado por fray Bartolomé de Olmedo en solemne ceremonia, y que se le puso el nombre de don Lorenzo de Vargas. Por su parte, Diego Muñoz Camargo dice que los cuatro señores fueron bautizados en una sola ceremonia.

Mientras tanto, la construcción de los bergantines marchaba a buen paso. Martín López, Andrés Núñez y el cojo Ramírez el Viejo cortaron y prepararon la madera necesaria, por supuesto con ayuda de los tlaxcaltecas;[48] había grandes bosques en las faldas del monte Matlalcueye (la Malinche), la tarea duró cuatro meses. Cortés envió a la Villa Rica a un tal Santa Cruz, burgalés y regidor, acompañado por mil tamemes que proveyeron los pueblos comarcanos; su tarea era llevar de la costa a Tlaxcala hierro, clavazón, cables, estopa, velas, jarcias, calderas para hacer brea y otras cosas necesarias para el ensamblaje de los bergantines, así como a los herreros de la villa. Como no había pez para brear, Cortés

47 Clavijero, *Historia antigua de México…*, II. p. 85, sigue a Torquemada, mientras Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista…*, vol. IV, pp. 428-429, así como H. Thomas, *La conquista…*, p. 505, optan por el nombre de don Lorenzo Maxixcatzin. Orozco y Berra no pierde la oportunidad, como tan repetidamente lo hace a través de su historia, de criticar la falta de "patriotismo" tlaxcalteca, escribiendo: "Así aquellos grandes magnates daban el ejemplo en desertar la bandera nacional y la religión de sus padres"; cabría preguntar a cuál "bandera nacional" se refiere. Cervantes, *Crónica de la Nueva España*, lib. V, cap. XXXIII, declara que Cortés se llevó consigo al joven monarca tlaxcalteca la primera vez que regresó a España, a ruegos del joven, quien deseaba conocer al emperador, y allá murió, enterrándosele como si se tratase de un señor de Castilla.

48 Martín López redactó una Información en 1544, dirigida a la Audiencia de México, y en ella afirma que sus ayudantes fueron Alvar López, carpintero; Hernán Martín, herrero; Andrés Martínez, Miguel y Pedro de Mafla, carpinteros; Juan Gómez de Herrera y Juan Martínez "Narices". *Cfr.* José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, p. 290.

mandó confeccionarla a cuatro marineros que conocían ese oficio a los pinares de una sierra cercana a Huexotzinco. Fernández de Oviedo relata que el licenciado Antonio Zuazo, antiguo oidor de la Audiencia de Santo Domingo, le declaró que, según se había informado, los bergantines "en lugar de aceite e sebo para los brear, se suplió e se brearon con el unto de los indios enemigos que los cristianos mataron, que fue una grandísima cantidad, demás de lo que está dicho; lo cual oí negar a otros caballeros dignos de crédito, que dicen que es falso".

Los bergantines fueron armados en el barrio tlaxcalteca de Atempa y probados en el río Zahuapan, a decir de Muñoz Camargo, habiéndose levantado un dique para el efecto, pues era temporada de sequía. Después se volvieron a desarmar, quedando listos para su posterior traslado y uso.

Cortés sostuvo varias reuniones para decidir los pasos a seguir. El extremeño proponía trasladarse a Texcoco, dada su cercanía a muchos poblados que podrían proveerles de alimentos, y desde ahí realizar incursiones por los alrededores de México-Tenochtitlan. Algunos opinaron que sería mejor llevar los bergantines a Ayotzingo, cerca de Chalco, donde había mejores acequias y canales; finalmente se decidieron por Texcoco.

En este tiempo llegó un correo de la Villa Rica en el que se notificaba el arribo de un navío procedente de España, vía las Canarias, que traía a bordo buena cantidad de mercancías, armas y tres caballos; iba hacia las islas y cuando en Cuba se enteraron del éxito obtenido por Cortés zarparon hacia las costas de Veracruz, lo que deja entrever que Velázquez no pudo impedir que la noticia corriera. El propietario del navío y de la mercadería era Juan de Burgos, quien traía como maestre a un tal Francisco de Medel, y más de una docena de hombres. Cortés envió oro a la Villa Rica para que compraran todo el cargamento e incluso la nave. Burgos y

los suyos decidieron unirse al extremeño; entre ellos estaban Juan del Espinar y un Sagreda, ambos naturales de Medellín; un Monjaraz, vizcaíno, que decía ser tío de Andrés y de Gregorio de Monjaraz, que ya estaban con Cortés.[49]

Por la mañana del miércoles 26 de diciembre, tras oír misa, Cortés ordenó realizar un alarde ante la presencia de los señores y nobles tlaxcaltecas, cholultecas, huexotzincas y de otros lugares cercanos que habían sido invitados. Sonaron las trompetas y los tambores, los españoles marcharon vestidos con las mejores galas y armas que tenían y se concentraron en la gran plaza frente al templo mayor. El extremeño entró montado en su corcel, llevando tela de terciopelo sobre sus armas, la espada ceñida y una azagaya en las manos. Se sentó en una silla de espaldas a la puerta de una sala que daba a la plaza, desde donde supervisó el alarde con aire de gran autoridad.

Los ballesteros armaron sus ballestas y dispararon flechas al cielo, hicieron una reverencia ante Cortés y fueron a formarse; enseguida los rodeleros desenvainaron sus espadas, cubriéndose con sus rodelas hicieron ademán de arremeter, envainándolas después, hicieron su acatamiento y pasaron adelante; tras ellos los piqueros calaron sus picas, como si quisiesen acometer; luego los escopeteros dispararon una salva (¿de dónde tanta pólvora?), seguidos por la caballería, de dos en dos, con sus lanzas y adargas, galopando y escaramuceando.

Cortés dirigió algunas palabras a sus hombres sobre la guerra en la que muy pronto vencerían a los mexicas. No restaba, afirmó, sino decir como Julio César, "Echada es la suerte". Les comentó que se pregonarían ciertas ordenanzas

[49] H. Thomas afirma que esta nave fue enviada de España por Martín Cortés y algunos amigos de Hernán Cortés en Sevilla, *cfr*. *La conquista de México*, p. 497.

que debían cumplir en esa lucha; todos prometieron hacerlo y realizar su mejor esfuerzo para obtener la victoria, en revancha por sus compañeros muertos, o morir en el intento, "y vengar tan grande traición como nos habían hecho los de Temistitán y sus aliados", a la vez que servían a su religión y a su emperador.

Según Cortés, en el alarde se encontró que el ejército español contaba con 40 de caballería, 550 de infantería, entre ellos 80 ballesteros y escopeteros, y 8 o 9 piezas de artillería con poca pólvora; Bernal no recuerda cuántos eran. El extremeño ordenó que la caballería se dividiera en 4 cuadrillas de 10 jinetes cada una; y la infantería en 9 capitanías de 60 soldados cada una.

Cervantes de Salazar relata que los tlaxcaltecas, no queriendo ser menos, dijeron a Cortés que harían su alarde al día siguiente. El jueves 27 de diciembre lo efectuaron en el mismo sitio, ante la presencia de los españoles. Sonaron las trompetas, las caracolas y los teponaztles; los cuatro señores de Tlaxcala entraron a la plaza mayor a la cabeza de sus guerreros, suntuosamente ataviados, con grandes tocados en la cabeza, armados de rodela y macahuitl, llevando atadas a la espalda las insignias de sus respectivos señoríos que sobresalían sobre sus cabezas, adornados con bezotes, aretes, collares y ricas sandalias en los pies; tras ellos, cuatro jóvenes portaban los arcos y flechas de sus señores. Al llegar los primeros frente a Cortés inclinaron sus estandartes ante él, respondió a su saludo parándose y quitándose la gorra, mientras el resto de los guerreros inclinaban sus cabezas al pasar frente a él.

Enseguida iban cuatro capitanes principales a los que seguían 60 000 flecheros formados en hileras de 20 hombres; entre ellos, de cuando en cuando, un portaestandarte con las insignias del capitán de cada escuadrón. Dispararon sus flechas al cielo, opacando la luz del sol; eran tan hábiles que

podían lanzar una tras otra 10 o 12 flechas en un instante. Siguieron 40 000 rodeleros, y cerraron el desfile diez mil lanceros; la parada duró tres horas. Xicoténcatl cerró el acto, pronunciando un discurso. Cervantes reporta que según Motolinía eran un total de 100 000, pero que Ojeda, que los vio, aseveraba que eran 150 000.

Las Ordenanzas militares llevan fecha de 22 de diciembre de 1520 y fueron pregonadas el miércoles 26, día de San Esteban,

> estando presente el magnifico señor Hernando Cortés, capitán general e justicia mayor de esta Nueva España del mar océano, por el emperador nuestro señor, por ante mí, Juan de Ribera, escribano e notario público en todos los reinos e señoríos de España por las autoridades apostólica y real. Lo cual pregonó en voz alta Antón García, pregonero,

siendo testigos Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor; Alonso de Grado, contador; Rodrigo Álvarez Chico, veedor real, y muchas otras personas. Las Ordenanzas no carecen de interés. El extremeño, reflejando el espíritu de su época, exhorta a sus tropas a

> que su principal motivo e intención sea apartar y desarraigar de las idolatrías a todos los naturales destas partes, y reducillos, o a lo menos desear su salvación, y que sean reducidos al conocimiento de Dios y de su santa fe católica; porque si con otra intención se hiciese la dicha guerra, sería injusta, y todo lo que en ella se hobiese obnoxio e obligado a restitución,

lo cual indica que él o algunas de sus gentes estaban enterados de las polémicas en España sobre qué guerras debían

ser consideradas justas y cuáles no. Cortés declaraba que por su parte tal era su intención, y en segundo término debían sojuzgar y supeditar a los nativos al yugo y dominio del emperador.

Se prohibía la blasfemia. Nadie osaría decir "no creo en Dios" ni renegar de Él, ni del Cielo, ni de la Virgen, ni de los santos, so pena de muerte y una multa de 15 castellanos de oro. Se prohibían los juegos de azar y los naipes, puesto que daban motivo a la blasfemia y a otros inconvenientes, so pena de perder lo que se jugase, y de 20 pesos de oro; sin embargo, como en las guerras es necesario tener alguna distracción, se permitirían moderadamente en los aposentos donde estuviera Cortés, con excepción de los dados, pues estando presente los demás controlarían su comportamiento. (Cortés era muy dado a los juegos de azar.) Ningún soldado usaría sus armas contra otro español, so pena de 100 pesos de oro si era hidalgo, o de 100 azotes públicos si no lo era. Nadie debería aposentarse en un lugar distinto del dispuesto por su capitán, ni burlarse o hablar mal de otras capitanías. Los capitanes permanecerían donde se lo señalara el maestre de campo y debían formar cuadrillas de 20 hombres cada una, al mando de las cuales nombrarían a un cuadrillero, o cabo de escuadra, quien rondaría sobre los centinelas; el centinela que se durmiera o ausentara tendría una multa de cuatro castellanos, y permanecería atado durante medio día.

Cada capitán tendría su tambor y bandera para regir y acaudillar mejor a su gente, que, al escucharlo, debía acudir a su bandera con todas sus armas en forma y a punto, so pena de 20 castellanos. Cuando el campamento cambiara de sitio cada capitán llevaría a toda su gente junta, apartada de las otras capitanías. En las batallas ningún español, excepto los señalados para ello, debían buscar refugio entre el fardaje, por ser muestra de pusilanimidad y mal ejemplo para los aliados. Ningún capitán debía arremeter sin orden previa

de Cortés, so pena de muerte; si algún soldado se desmandase tendría 100 pesos de multa si era hidalgo, o se le darían 100 azotes públicamente si no lo era. No debían empezar el saqueo de los poblados atacados antes de la victoria total. Todo lo que se tomase a los nativos debería ser entregado a Cortés o a quien para ello se nombrara, para evitar hurtos y fraudes, pues todo debía ser quintado y repartido, so pena de muerte y perdimiento de todos los bienes.[50]

Según Cervantes, Cortés estableció los precios del herraje y los vestidos, pues habían subido exageradamente, lo cual fue de gran provecho. Añade que el extremeño era tan justiciero que nadie podía quebrantar las Ordenanzas, por principal que fuera, sin que recibiera su castigo. Un tal Polanco tomó ropa de un nativo y como pena Cortés mandó que le dieran 100 azotes; dos negros de su propiedad le quitaron a unos indígenas un guajolote y dos mantas, ordenó ahorcarlos, a pesar de la intercesión de varios, a los que respondió que las leyes debían guardarse con mayor rigor por los de su casa que por los de fuera. Amonestó públicamente a un español porque unos nativos se quejaron de que les había desgajado un árbol; a un tal Mora lo mandó ahorcar por quitarle por la fuerza un guajolote a un indígena, ya pendía de la soga y estaba medio muerto cuando, a ruego de todos los capitanes, ordenó suspender la ejecución, el condenado no pudo tragar bien durante más de un mes. La aplicación de estas penas lo hizo ser temido y obedecido.

Al día siguiente, 27 de diciembre de 1520, llamó a los señores de Tlaxcala para comunicarles que partirían al otro día; les rogó estar listos para que, en cuanto les llegase palabra de Texcoco de llevar allá la madera de los bergantines se la enviaran, así lo prometieron. Dijeron que algunos de sus guerreros lo acompañarían, y más tarde, cuando llevaran

[50] DC, I, pp. 164-165.

los bergantines, irían ellos con toda su gente, "que querían morir donde yo muriese, o vengarse de los de Culhúa, sus capitales enemigos". Según Bernal, fue Cortés mismo quien les pidió 10 000 guerreros, y se los dieron; Xicoténcatl afirmó que podían reunir muchos más si los necesitaba. López de Gómara narra que el extremeño sólo aceptó llevar consigo 20 000, para evitar dificultades en la alimentación de tanta gente, y pidió al resto esperar su llamada.

Alva Ixtlilxóchitl relata que Tecocoltzin, hijo de Nezahualpilli, le aseguró que en Acolhuacan encontrarían todos los hombres que necesitasen. También hablaron con Cortés algunos mensajeros de ese señorío, entre ellos Quiquizca, vocero de Ixtlilxóchitl, así como Tetlahuhuezquitzin, Yoyontzin y sus hermanos, quienes le aseguraron su amistad, sin importar que su hermano Cohuanacotzin, señor de Acolhuacan, fuese partidario de los mexicas. Pero cuando Quiquizca regresó a Texcoco, Cohuanacotzin ordenó ejecutarlo. Según este cronista, desde Tepeyacac Cortés había enviado a Huitzcacama, un noble acolhua, a Texcoco, con la misión de informarse si podría contar con la amistad de Cohuanacotzin y si éste los admitiría pacíficamente en su reino; la respuesta del soberano fue mandar hacer pedazos al mensajero. Cortés, al ver que no regresaba, envió a otro, Tocpacxóchitl, conocido también como Cuicuitzcatzin, hijo de Nezahualpilli. Cohuanacotzin también mandó matarlo.

En realidad, Cuicuitzcatzin había sido designado como tlatoani de Acolhuacan por Motecuhzoma y por Cortés para suplir a su hermano Cacama. A decir del extremeño, Cuicuitzcatzin huyó de Tlaxcala rumbo a Texcoco, tal vez deseoso de tomar el trono que poseía su hermano Cohuanacotzin, quien estaba en esos momentos en Tenochtitlan. Pero al llegar fue apresado, se envió aviso a Cohuanacotzin, quien, tras consultarlo con el huey tlatoani mexica, ordenó que lo ejecutasen por pelele y espía de los españoles. Única-

mente Cortés menciona estos acontecimientos (exceptuando la versión de Alva Ixtlilxóchitl), los otros cronistas se limitan a decir que Cuicuitzcatzin murió.

El 28 de diciembre de 1520, día de los Santos Inocentes,[51] después de oír misa y al son de tambores y pífanos, teponaztles y caracolas, los estandartes al viento, el hierro español y los plumajes indígenas brillando a los rayos del sol, la hueste cortesiana salió de Tlaxcala con rumbo a Acolhuacan, muy alegres, vitoreados por toda la población, que los acompañó buen trecho del camino. Cortés tenía 35 años.

Chichimecatecuhtli iba como comandante en jefe de los tlaxcaltecas; bajo él cuatro capitanes, acompañados por Juan Márquez y Alonso de Ojeda. Ni Cortés ni Bernal mencionan el número de aliados, López de Gómara habla de 80 000, pero Cortés sólo aceptó a 20 000; según Cervantes de Salazar eran más de 80 000, mientras que 70 000 se quedarían hasta que los bergantines estuvieran listos o Cortés solicitara su presencia en el frente de batalla. Acompañaban al ejército multitud de tamemes cargados de provisiones y pertrechos.[52]

Habían pasado casi seis meses desde la Noche de la Huida. El haber dejado con vida a los españoles tras esa estrepi-

51 Bernal asevera que fue un día después de la Pascua de Navidad.

52 Hernán Cortés, Segunda y Tercera cartas de relación; Fernández de Oviedo, *op. cit.*, vol. IV, lib. XXXIII, caps. XV-XVIII, XXX; López de Gómara, *op. cit.*, II, pp. 169-176; fray Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, VII jornada; Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. V, caps. XV-XXXIV, XXXVIII-XLIV; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. II, caps. CXXX-CXXXVII; fray Bernardino de Sahagún, *Historia de las cosas de Nueva España*, vol. IV, lib. XII, cap. XXVII; Muñoz Camargo, *op. cit.*, lib. II, cap. VII; Herrera, *op. cit.*, III, lib. X, déc. II, caps. XVI-XX; Torquemada, *op. cit.*, vol. II, lib. IV, cap. LXXX; Alva Ixtlilxóchitl, "Historia de la nación chichimeca", caps. XC-XCI; "Compendio histórico del reino de Texcoco", "Decimatercia relación"; Solís, *op. cit.*, lib. V, caps. I-VI, IX.

tosa derrota costará muy caro a los mexicas, desde la batalla de Otumba los extranjeros se habían recuperado totalmente.

Los mexicas y sus aliados habían ido perdiendo terreno, mientras los españoles ganaban regiones enteras y pactaban numerosas alianzas que aumentaron sus escasas fuerzas con miles de guerreros.

CAPÍTULO XXIII

Texcoco

... estuvieron en el pueblo de Tezcuco cinco meses,
en los cuales se les dio todo recaudo que habían menester,
así de comida y servicio, tepixques, mantas, oro y joyas y cuanto ellos
pedían, sirviendo al capitán y a los demás españoles con mucha obediencia,
teniéndolos por señores [...] y se aderezó todo el ejército de españoles de todo lo
que habían menester para la guerra de México. Y asimismo se aderezaron todos
los señores principales y valientes hombres, y otra mucha cantidad de
gentes para venir a favor de los españoles contra los mexicanos.

Fernando de Alva Ixtlilxóchitl[1]

Mientras Cortés y los suyos se preparaban para la conquista de México-Tenochtitlan, el huey tlatoani Cuitláhuac falleció, víctima de la viruela. Las fechas del reinado de Cuitláhuac son confusas: de acuerdo con el *Códice Aubin* reinó sólo 80 días, muriendo en el mes de Quecholli; se especifica que sucedió cuando los españoles partieron a Tlaxcala. Chimalpahin afirma que reinó únicamente 24 días. Alva Ixtlilxóchitl, en su *Compendio histórico del reino de Texcoco,* asevera que no gobernó más de 40 días (lo mismo dice Torquemada); mientras en su *Historia de la nación chichimeca*

[1] "Sumaria relación de las cosas que han sucedido en la Nueva España", p. 391.

le otorga 47 días (agrega que por esas fechas también murió el soberano de Tlacopan, Totoquihuatzin). De los cronistas españoles sólo Fernández de Oviedo ofrece algún comentario sobre la duración del reinado de Cuitláhuac: en su conversación con Juan Cano éste le manifestó que el monarca vivió 60 días tras su elección. Se sabe que fue coronado algún tiempo después de que asumiera el mando, por lo que debió de estar a la cabeza de los mexicas desde principios de julio hasta noviembre o diciembre, unos cinco o seis meses. Son aceptables las fechas del 7 de septiembre al 25 de noviembre. Alfredo Chavero asevera que al morir el tlatoani tenía 44 años, mientras que su hermano Motecuhzoma había muerto de 43.[2]

El poco tiempo que estuvo en esa suprema responsabilidad lo dedicó íntegro a la lucha contra los odiados extranjeros, a cuya entrada a México-Tenochtitlan siempre se opuso. Su actividad, dedicación e inteligencia merecen mucho más que las frases que le dedica Antonio de Solís: "vivió pocos días, pero bastantes para que su tibieza y falta de aplicación dejase poco menos que borrada entre los suyos la memoria de su nombre".[3]

Como no quedaba ningún hermano vivo de los dos últimos soberanos, Cuauhtémoc fue electo como su sucesor, para ser el undécimo y último huey tlatoani de México-Tenochtitlan; curiosamente su nombre fue profético: "Águila que cae", o "Sol en ocaso". No existen datos sobre la fecha de su nacimiento, posiblemente fue hacia 1500-1501, ni certeza sobre el lugar en que vino al mundo. Alva Ixtlilxóchitl parece insinuar que fue en México-Tenochtitlan, pero ninguna

2 *Cfr.* Alfredo Chavero, *México a través de los siglos,* vol. II, p. 432.

3 Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. IV, cap. XVI; Hugh Thomas, *La conquista de México*, pp. 494, 501, opina también que el nombre de Cuitláhuac pasó con prisa al olvido, y lo llama "el emperador desconocido"; ciertamente no lo ha sido para los mexicanos.

crónica menciona el lugar. Eulalia Guzmán afirma que fue en Zompan Cuahuitl (Ixcateopan).

Sahagún dice que su madre era una "heredera de Tlatelolco", Alva Ixtlilxóchitl la llama Tiyacapatzin. Bernal y López de Gómara declaran que era hermana de Motecuhzoma; el primero afirma que Cuauhtémoc, por parte de ella, tenía parientes en Matlacingo y Tulapan, provincia de Cohuixca. Eulalia Guzmán asevera que su madre era la princesa Cuauyauhtitlalli de Ixcateopan, hija de un príncipe de Acolhuacan y señora de Coatépec. Otros cronistas afirman que era hijo de Ahuízotl; unos más, que fue el hijo menor del soberano mexica y de una princesa tlatelolca, hija primogénita de Moquíhuix, señor de Tlatelolco, y por tanto miembro de la familia real mexica, sobrino de Motecuhzoma y de Cuitláhuac. El primer dato seguro es cuando aparece como líder de los mexicas en el ataque a Pedro de Alvarado, tras la matanza del Templo Mayor.

Es motivo de polémicas si llegó o no a ser tlatoani de Tlatelolco. En los *Anales de la conquista de Tlatelolco* se le da el título de tlacatécatl de Tlatelolco en 1515 (mientras que en los *Anales de Tlatelolco* la fecha es 1519), compartirtiendo el gobierno con Ecatzin Tlacatécatl, Molotzin Huecamécatl, Temilotzin Tlapacanécatl, y otros. Coyohuehuetzin fue nombrado tlacochcálcatl de Tlatelolco en 1520, al morir Itzcuauhtzin, y mantuvo ese puesto hasta la caída de la ciudad. En las crónicas se llama a Cuauhtémoc "Señor de Tlatelolco", no tlatoani; en las de origen tlatelolca tampoco se le menciona como soberano, y son más bien adversas a su persona, tratándolo como tenochca.

Al parecer ocupó un alto cargo en la jerarquía militar bajo el mando de Cuitláhuac y llegó a ser sumo sacerdote mexica.

A decir de Cortés, el *Códice Ramírez*, Aguilar, Durán y Alva Ixtlilxóchitl, tenía sólo 18 años al asumir el supremo nombramiento, aunque tanto Clavijero como Chavero le atribuyen 25, probablemente basados en Bernal, quien le da 25 años.[4]

La única descripción física que tenemos de él es proporcionaba por Bernal Díaz, quien narra que "era un sobrino o pariente muy cercano de Montezuma, que se decía Guatemuz, mancebo de hasta veinte y cinco años, bien gentilhombre para ser indio, y muy esforzado, y se hizo temer de tal manera que todos los suyos temblaban de él".[5] En el *Códice Ramírez* se le califica como "hombre de mucho valor y terrible".

Estaba casado, aunque no queda claro con quién o quiénes. Fray Andrés de Olmos dice que con Tecuichpo-Isabel, hija de Motecuhzoma, de quien el racista Bernal comenta que era "bien hermosa mujer para ser india"; el matrimonio se forjaría para afirmar su derecho al trono, así lo afirman López de Gómara, Fernández de Oviedo y Durán, aunque en el Archivo General de la Nación existe un documento declarando que se casó con Xuchimatzatzin (María), otra hija de Motecuhzoma.

Se dice que Cuitláhuac también había desposado a Tecuichpo por razones dinásticas, ya que la doncella apenas contaría con unos 10 años de edad.[6]

Al parecer en esos momentos, o poco después, se dio una nueva lucha por el poder. Tezozómoc dice que Cuauhtémoc fue electo en febrero de 1521 y mandó matar a los hijos

4 Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, II, p. 84; Chavero, *op. cit.*, vol. II, p. 432.

5 Chavero afirma que poseía un pequeño retrato de Cuauhtémoc, copia de uno que tenía a principios del siglo XVII el fraile franciscano Carlos Diéguez y Sardo, que se suponía ser un original para el que posó el soberano poco después de la caída de Tenochtitlan, *cfr. México a través de los siglos*, vol. II, p. 432.

6 Chavero, *op. cit.*., p. 332.

de Motecuhzoma en abril, pues existían dos facciones contrapuestas, una por la guerra y otra por la paz.[7] Sin embargo, ya se había hecho una purga de estos últimos tras la salida de los españoles.

Cuauhtémoc debió ser coronado pasados los 80 días tras su elección, Chavero asevera que fue hasta el 6-Cipactli del mes Atlacahualco, principio del año Ye Calli, 1 de marzo de 1521, primer día del año mexica. Según el intérprete del *Códice Aubin* sucedió en los días *nemontemi*, o nefastos, que, a decir de Orozco y Berra, quien opta por estas mismas fechas, cayeron entre el 25 y el 29 de enero de 1521.[8] Tal vez la tardanza en la coronación fue para llevarla a cabo en el año nuevo, considerando el anterior como nefasto. Presidirían las ceremonias los monarcas de Texcoco y de Tlacopan, Cohuanacotzin y Tetlepanquetzaltzin. Se realizaron solemnes festejos en los que al parecer se sacrificaron algunos españoles cautivos.

Cuauhtémoc, al igual que su antecesor Cuitláhuac, envió embajadas a todos los sitios que pudieran ofrecer alguna esperanza de unírsele en su lucha contra los extranjeros. Llevando los obsequios de rigor, los embajadores, a nombre del huey tlatoani, prometían a los que estaban bajo su dominio exenciones de tributo y libertades, y a los independientes una paz perpetua o la restitución de tierras que les habían tomado. Se instruyó a los embajadores para que hicieran notar la crueldad y tiranía de los blancos, poniendo énfasis en que, si éstos salían triunfadores, el destino de todos sería semejante a lo que ya habían visto pasar en Tepeyacac, Quauhquechollan y otros sitios: la destrucción de su cultura, de su religión y la esclavitud.

7 Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica Mexicáyotl*, p. 163.

8 Chavero, *op. cit.*, pp. 432-433; Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 426.

Cuauhtémoc, al enterarse que Cortés y sus tropas habían partido de Tlaxcala rumbo a Texcoco, llamó a participar en una gran asamblea a todos los señores y principales, tanto de México-Tenochtitlan como de los señoríos aliados o partidarios, a fin de determinar el curso de acción a seguir para enfrentar la amenaza: guerra total o sumisión. Cuauhtémoc sostenía la primera opinión, que fue la que finalmente prevaleció.

Cervantes pone en boca del huey tlatoani un discurso que no debe estar muy lejos de la realidad: dijo que debían poner todo su ser en la defensa de sus dominios, de su vida, de su libertad, de sus hijos y sus mujeres, en caso contrario su señorío terminaría para siempre; si los mexicas caían, los españoles "arrojados y echados por la mar" se apoderarían de toda la tierra. Ya habían visto cómo ponían y quitaban señores a su antojo, cómo destruían los templos y los dioses, cómo imponían su fe, sus costumbres y sus leyes. Aún contaban con un número mucho mayor de guerreros que Cortés y sus aliados, los dioses estaban de su parte, su ciudad era una fortaleza, "para echarnos della otro poder que el de los dioses no basta". Si luchaban con valentía obtendrían la victoria, y con ella fama, nombre y gloria en toda la tierra y para siempre.

Tras estas palabras se escuchó hablar, en voz muy baja, a todos los señores; sus susurros resonaban como un enjambre de abejas. Finalmente, dos parientes de Cuauhtémoc emitieron su opinión en nombre de todos: elogiaron la determinación y el valor del joven monarca; si hubiera sido su soberano en vez de Motecuhzoma los acontecimientos habrían pasado de distinta manera, los españoles no habrían pasado más allá de Cempoala; eran muy afortunados de contar en esos momentos de peligro extremo con un caudillo tal que seguramente los llevaría a la victoria. En cuanto a ellos, podía estar seguro de su lealtad y obediencia, así como de que morirían antes que rendirse.

Aquí se habla de una nueva purga contra los simpatizantes de la paz, o tal vez fue sólo una, narrada en diversos momentos. En los *Anales de Tlatelolco* se dice que cuando los españoles fueron a instalarse en Texcoco

> fue cuando los tenochcas empezaron a matarse entre ellos. En el año Tres-Casa mataron a sus señores, al ciuacoatl Tziuacpopocatzin, y a Zipactzin Tencuecuenotzin; y a los hijos de Motecuhzoma, Axayácatl y Xoxopeualloc, también los mataron. Cuando los tenochcas se sintieron perdidos, sencillamente se querellaron entre ellos, se mataron entre ellos, y por esa razón, esos señores, fueron asesinados. Habían tratado de socorrer a los españoles, cuando hablaban con las gentes del pueblo para que recogieran maíz blanco desgranado, guajolotes, huevos de guajolotes, para que las gentes del pueblo les pagaran tributo a estas gentes. Fueron los sacerdotes, los grandes sacerdotes, nuestros hermanos mayores, quienes hicieron matar a esas gentes. Pero otros grandes dignatarios montaron en cólera porque habían hecho matar a esos señores. Los que los habían mandado matar dijeron entonces: "¿Acaso nosotros vinimos a colgar gentes, nosotros, hace una veintena de días? Finalmente, cayeron sobre nosotros, nos pisotearon, cuando el Toxcatl".[9]

Supuestamente los hijos de Motecuhzoma fueron ejecutados, ya que podrían reclamar su derecho al trono. Se nombró cihuacóatl a Tlacotzin, un sobrino de Cuauhtémoc, y descendiente directo de Tlacaélel. Estas ejecuciones mermarían la ya escasa nobleza mexica y dejarían un rencor latente entre los partidarios de los eliminados, de quienes se dice

[9] Georges Baudot y Tzvetan Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, p. 190.

que consideraban que la elección de Cuauhtémoc ponía de nuevo en primer plano a Tlatelolco.[10]

Según Cervantes de Salazar, Cuauhtémoc, "tiniendo por valentía e mayor opinión, entre los suyos mostrarse mayor enemigo de los nuestros que su predecesor, procura sacarle ventaja en cuanto pudo, imaginando, pensando y consultando como pudiese no dexar hombre a vida de los nuestros ni aun de los tlaxcaltecas", por lo que a todos los mexicas y a sus amigos "de cualquier condisción y estado que fuesen, se les mostraba humano y tan dadivoso que en pocos días gastó el tesoro de los Emperadores de México". Dedicó gran energía al fortalecimiento de su ciudad, envió guarniciones a los sitios estratégicos, ordenó que se hiciesen ejercicios militares diariamente; mandó concentrar víveres y cosechas en la comarca, de forma que el enemigo no encontrara alimentos; ordenó construir gran cantidad de canoas. Procuraba estar al tanto de todos los movimientos de los españoles; dispuso que la mayor parte de los ancianos salieran de la ciudad y se refugiaran en las montañas cercanas a Tlacopan, y reunió la mayor cantidad de guerreros que pudo en México-Tenochtitlan.

Fray Diego Durán relata que, como los acolhuas estaban a favor de los españoles, así como los chalcas, xochimilcas y tepanecas, Cuauhtémoc metió a su ciudad la mayor cantidad de guerreros que pudo de Cuauhtlalpan y de las ciudades que caían a la parte de Cuauhtitlan, que no simpatizaban con los españoles, como tampoco lo hacían los tlahuicas y los de Tierra Caliente: Yacapichtlan, Huaxtepec, Yauhtepec, Tepoztlán, Cuauhnáhuac, Tlayacapan y Totolapan, quienes siempre estuvieron contra los extranjeros. Agrega el fraile

[10] G. Baudot y T. Todorov, "Anales históricos de Tlatelolco", pp. 190-191 y "Códice Aubin", pp. 213-214; Burr Cartwright, *Lluvia de dardos*, pp. 258-259.

cronista que Cuauhtémoc y los suyos efectuaron grandes sacrificios y oraciones a sus dioses, pidiéndoles su favor y la victoria, pero supuestamente no obtenían respuestas de sus oráculos, por lo que empezaron a creer que las divinidades estaban mudas o muertas y que ya no tenían poder ninguno, despojadas de su fuerza y su virtud, por lo que lloraban amargamente, pero estaban decididos a luchar hasta el fin.

Mientras tanto, tras avanzar unas seis leguas desde Tlaxcala, Cortés y los suyos pernoctaron en Tetzmolucan (actual San Martín Texmelucan, Puebla), en la provincia de Huexotzinco, al pie de las montañas, donde fueron bien recibidos y alimentados por los señores locales. Cortés escribe que consideraron cuidadosamente cuál podría ser la mejor ruta para entrar al Valle de México; existían tres pasos a través de las montañas que lo rodean, y se decidieron por el más difícil, ya que seguramente sería por donde menos los esperaban y por lo tanto estaría menos defendido.

Al día siguiente, sábado 29 de diciembre de 1520, tras oír misa y encomendarse a Dios, continuaron su marcha, empezando la ascensión en las estribaciones del Iztaccíhuatl. En diciembre también empezaba la temporada de guerra en el calendario náhuatl.

Cortés iba a la vanguardia, acompañado por 10 jinetes y unos 60 peones. Como de costumbre, por delante marchaban algunos de caballería e infantería, de los más ligeros, para explorar la ruta y evitar sorpresas desagradables. La fragosa cuesta se prolongaba por unas tres leguas hasta llegar a la cima. En las alturas, fronteras con Acolhuacan, montaron su campamento. Por la noche pasaron mucho frío, atenuado por fogatas en las que utilizaron la gran cantidad de leña que había en la zona; debió ser en el actual Río Frío.

Alva Ixtlilxóchitl relata que cuando los españoles partieron de Tlaxcala, su homónimo, el príncipe acolhua Ixtlilxóchitl, se trasladó a la ciudad de Texcoco para promover los

intereses de los extranjeros, y que fue a darles la bienvenida en Tlepehuacan, cerca de Tetzmolucan, donde dio a Cortés un pendón de oro en señal de paz y amistad y le pidió ir a Texcoco, donde serían bien servidos; afirmó venir en nombre de su hermano, el tlatoani acolhua, quien se disculpaba por no acudir en persona. Durán señala que en esa jornada los acolhuas acompañaron a los españoles como aliados, encargándose de llevar la carga, y que por Tetzmolucan, en las fronteras de Chalco, sus habitantes los recibieron muy bien, obsequiándoles joyas, cargas de mantas, plumajes muy ricos y mucha comida, y se ofrecieron para ayudarles a tomar México. No deja de ser curiosa la aparente ausencia de Ixtlilxóchitl en casi todos los sucesos anteriores.

El domingo 30, siguiendo el camino que conducía por las laderas del volcán Telapón, flanqueado por espesos bosques, pasaron el puerto y empezaron el descenso, temiendo encontrarse con alguna emboscada. La caballería al frente, tras ella los ballesteros y escopeteros, enseguida los rodeleros. Los exploradores pronto se toparon con grandes troncos y ramas de árboles, al parecer cortadas hacía poco tiempo, que obstruían el camino por largo trecho. Lo reportaron a Cortés, quien ordenó que mil nativos desembarazaran el camino. El ejército se dio prisa, conscientes de que, si los mexicas intentaban detenerlos, allí les sería fácil hacerlo. Desde las alturas contemplaron el Valle de México y sus lagunas, así como Tenochtitlan, cuya vista les produjo una mezcla de alegría y tristeza, estando aún fresca en su memoria la Noche de la Huida, "y prometimos todos de nunca della salir sin victoria, o dejar allí las vidas. Y con esta determinación íbamos todos tan alegres como si fuéramos a cosa de mucho placer", comenta Cortés.

Pronto llegaron a terrenos más llanos en los que el extremeño hizo alto para esperar al resto. La cercanía del ejército no pasó desapercibida, observaron grandes columnas de

humo que se elevaban al cielo, notificando a toda la comarca la presencia del enemigo. Al penetrar en tierras más pobladas les gritaban insultos desde lejos.

Un contingente de guerreros intentó atacarlos en unos puentes y pasos malos en una quebrada honda por la que corría el agua. Quince de caballería arremetieron, dispersándolos. Como era tarde y la infantería venía cansada por la caminata en las montañas, se quedaron a dormir en Coatepec, dependiente de Acolhuacan, cuyos habitantes habían abandonado el poblado, situado a unas tres leguas de Texcoco (16.5 km). Durante la noche comentaban temerosos la grandeza de esa provincia, donde seguramente se podría levantar un ejército de 150 000 guerreros y caer sobre ellos. Cortés, junto con 10 jinetes, realizó la primera vela, la "ronda de la prima", como la llama López de Gómara (la noche tenía cuatro turnos: la prima, la vela, la modorra y el alba), quien asevera que en las cercanías estaban más de 100 000 guerreros mexicas y acolhuas. Bernal comenta que cinco nativos, apresados en la escaramuza de los puentes, al ser interrogados, confesaron que muchos escuadrones los esperaban en unos pasos malos; posteriormente se enteraron de que no los atacaron por tener diferencias los de México y los de Acolhuacan, además de que sufrían la epidemia de viruelas y temían a los españoles, pensando que vendrían acompañados con todo el poder de Tlaxcala y de Huexotzinco.

Los tlaxcaltecas, a pesar de que Cortés les había pedido que si no encontraban resistencia no hicieran daño, tomaban cuantos guajolotes, perrillos, maíz, frijol y otros alimentos encontrados a su paso.

El lunes 31 de diciembre siguieron adelante, "en harta perplejidad", dice Cortés, por no saber cómo los recibirían los acolhuas, creyendo que las probabilidades se inclinaban hacia la hostilidad, aunque había una buena señal: los insultos y gritos habían cesado. Al llegar a un cuarto de legua de

Texcoco los exploradores reportaron a Cortés que se aproximaba un grupo de nativos. Se trataba de una embajada acolhua, integrada por algunos principales. Bernal dice que reconocieron a tres de ellos, parientes de Motecuhzoma, que llevaban una bandera de oro sobre una vara, "que pesaba cuatro marcos de oro", remarca Cortés, indicando así que venían de paz.

El extremeño ordenó hacer alto, saludó a los acolhuas, mientras éstos, tras su acatamiento habitual, dijeron que el señor de Acolhuacan, Cohuanacotzin, les daba la bienvenida y les rogaba no hacer daños en sus tierras, ni consentir que los tlaxcaltecas lo hicieran; si en el pasado los españoles habían sufrido, los culpables eran los mexicas, no ellos. Su señor deseaba jurar amistad y vasallaje al emperador de España; en cuanto a los guerreros que los habían atacado por el camino, se trataba de mexicas, no de acolhuas. Su señor los invitaba a ir a su ciudad. Para finalizar pidieron a Cortés aceptar la insignia de oro como muestra de sus buenas intenciones.

El extremeño les respondió, a través de Aguilar y de Marina, que se alegraba sobremanera de contar con su amistad y que quisieran la paz, aunque sabían que cerca de su ciudad y en algunos poblados de su provincia habían muerto 5 españoles de caballería, 45 de infantería y 300 tlaxcaltecas, a los que les habían quitado mucho oro, plata, ropa y otras cosas; de esa culpa no se podían excusar, por lo que si deseaban en verdad la paz debían devolver lo robado y los perdonaría, aunque eran dignos de muerte; en caso contrario iría contra ellos con toda su fuerza. Los acolhuas respondieron que esas muertes habían sido ordenadas por Cuitláhuac y que la mayor parte de esos españoles fueron llevados a México, donde los sacrificaron; también se envió a esa ciudad lo que se les había tomado, pero buscarían lo que hubiera y lo entregarían. Preguntaron si deseaba ir ese mis-

mo día a su ciudad o si prefería aposentarse en Coatinchan o en Huexotla, poblaciones en las afueras de Texcoco, prácticamente conurbadas, mientras les preparaban aposentos; según algunos, los españoles, poco más tarde, supieron que eso era lo que los acolhua deseaban.

Receloso, Cortés respondió que llegarían hasta Texcoco, aceptando por supuesto el obsequio. Los enviados dijeron que fuese en buena hora, ellos se adelantarían a preparar sus alojamientos. El extremeño tomó consejo con sus capitanes y hombres de confianza; les parecía que el mensaje de paz era un engaño y muy sospechoso que los acolhuas llegaran tan bruscamente y sin traer alimentos como era la costumbre, pero decidieron seguir hasta Texcoco. Algunos de los principales de Coatinchan y Huexotla salieron a recibirlos, ofreciéndoles de comer; a cambio de esta hospitalidad los españoles derribaron las imágenes de sus dioses.

A estas alturas la verdadera guerra era entre las dos grandes alianzas nativas: la de Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula contra la de México-Tenochtitlan, un Acolhuacan dividido, Tlacopan y otros señoríos más pequeños. La primera contaba con el apoyo de los españoles y el de varios señoríos independientes. Desafortunadamente los sucesos y fechas de los primeros cuatro meses de 1521 son narrados en las crónicas de manera confusa. Trataremos de irlos siguiendo de cierta manera.

Escribe Cortés que en vísperas del año nuevo entraron hacia mediodía a la ciudad de Texcoco. Comenta que era "una de las mayores y más hermosas que hay en todas estas partes". Durán dice que

> se admiró de ver tan insigne y bien poblada ciudad y de tan insignes y bien labrados edificios, así de casas de reyes y señores, como de cues altos, hermosos, y de muchas recreaciones

> que en ella había, de estanques y arboledas muy deleitables, y de mucha amenidad y recreación, de que los reyes antiguos y señores se preciaban mucho.[11]

Como ya se ha dicho, Texcoco era la cabecera del reino acolhua, heredero de una antigua tradición cultural, y uno de los tres pilares de la Triple Alianza, segundo en importancia, su población era muy numerosa; la ciudad cubría unas 430 hectáreas y contaba con entre sesenta o cien mil habitantes, siendo una de las ciudades más grandes de América. Desafortunadamente hay pocas y escuetas descripciones que apenas dan idea de cómo era, aunque se sabe que el actual Palacio Municipal está donde se levantaba el palacio de Nezahualpilli, y la Catedral en el sitio del Templo Mayor, pirámide que tenía cuatro peldaños más que la de Tenochtitlan. Fray Diego Durán menciona que tenía una extensión de tres leguas, lo que la haría más grande que Tenochtitlan.

En cambio, Bernal afirma que durmieron en Huexotla y que no fue sino hasta el día siguiente que continuaron a Texcoco, encontrándola prácticamente abandonada. En las calles había muy poca gente, a decir de Cortés ni la décima parte de los habitantes, "y esa que veíamos muy rebotados". Bernal comenta que "en todas las calles no veíamos mujeres, ni muchachos, ni niños, sino todos los indios como asombrados y como gente que estaba de guerra", lo que aumentó su temor y sus sospechas acerca de una emboscada. Cervantes, por su parte, asevera que los nativos salieron a recibirlos con ramilletes de flores en las manos. Fueron aposentados en el palacio de Nezahualpilli, tan grande que todos los españoles cupieron. Cortés ordenó pregonar que nadie saliera sin su licencia, bajo pena de muerte.

[11] Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. II, cap. LXXVII.

El extremeño envió a Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Bernal Díaz, con 20 escopeteros, a subir a una alta azotea o a un templo, para, desde su altura, ver algo de lo que sucedía en la ciudad. Observaron que gran cantidad de nativos salían de ella, con sus familias y sus pertenencias; muchos embarcaban en canoas, de las que la laguna se veía llena; otros se dirigían hacia las montañas. Cortés escribe que intentó impedir ese éxodo masivo, pero no lo pudo lograr pues pronto oscureció y salían muy de prisa. Incluso Cohuanacotzin, a quien el capitán mandó llamar por medio de unos sacerdotes, había huido, acompañado por muchos de los nobles. "E así el señor de la dicha ciudad, que yo deseaba como a la salvación haberle a las manos, con muchos de los principales della, se fueron a la ciudad de Temixtitán", a unas seis leguas por agua (33.5 km), llevándose cuanto tenían. Fue con la finalidad de hacer tiempo para esa huida, y evitar que los españoles entrasen haciendo daño, que los embajadores habían ido a verlos.

Por la noche se mantuvieron muy alertas, temerosos de que los atacaran por sorpresa. Sobre lo que sucedió después los relatos difieren. De acuerdo con Cortés pasaron tres días sin que los nativos se atrevieran a ir a verlos al palacio, ni ellos osaron alejarse demasiado en su busca. Finalmente acudieron el señor de Coatinchan, el de Huexotla y el de Atenco; llorando le pidieron perdón por haberse ausentado, no lo habían atacado debido a Cohuanacotzin y prometieron hacer lo que les mandara. Les respondió que ya sabían cómo siempre los había tratado bien, aunque tenían culpa por abandonar su tierra y en lo demás, pero ya que venían en paz los perdonaba con la condición de traer de regreso a la ciudad a sus familias y volver a poblarla, se fueron "a nuestro parecer muy contentos".

Solís difiere, declara que los españoles durmieron en las afueras de Texcoco; al salir el sol Cortés ordenó preparar-

se para entrar a la ciudad y envió algunas tropas a ocupar las entradas, mientras que las demás, con el extremeño a la cabeza, ingresaron por las calles con gran orden y cuidado hasta llegar a la plaza mayor, donde se reunió el grueso de la hueste sin encontrar resistencia, guardaron las calles aledañas. Supuestamente se enteraron de que el plan de Cohuanacotzin había sido simular que estaba de su parte y una vez ganada su confianza entraran a la ciudad tropas mexicas y acabaran con el enemigo en una sola noche; sin embargo, al comunicarle sus mensajeros el gran ejército que Cortés traía decayó su ánimo y prefirió huir; en lo demás Solís sigue de cerca el relato de Bernal.

En el juicio de residencia de Cortés se encuentran también notas discordantes: en los cargos de mayo de 1529, el número 38 dice que,

> estando en la cibdad de Tezcuco, el dicho don Hernando Cortés, al tiempo que vino sobre la dicha cibdad, de guerra, el señor e naturales della le salieron de paz, e se dieron por vasallos de Su Majestad, y él los recibió en su real nombre; e no embargante lo susodicho, el dicho Hernando Cortés, saqueó la dicha cibdad, donde fizo mucho despojo, e se tomaron muchos indios, e los herró por esclavos, e los vendió, e no dio parte ninguna de la gente.

En los descargos de octubre de ese mismo año se afirma que el ejército cortesiano entró pacíficamente a Texcoco, mas al ver que los habitantes huían hacia Tenochtitlan supieron que la paz era fingida, por lo que Cortés mandó a los españoles salir de los aposentos e ir por la ciudad. Como no encontraron a nadie ordenó "apregonar escala franca, e no se halló cosa de provecho; e los esclavos que dice que se herraron, fueron los questaban de guerra, e pocos, e porque faltaron

la palabra; e desto se dieron sus partes a quien se debía". Lo mismo se dijo en 1534, en la pregunta 207 del interrogatorio general de la residencia, aunque se admitía que al ver zarpar unas 8 000 canoas "vieron como los indios se alzaban e se vernían a juntar con los indios de esta cibdad (Tenochtitlan), e a aquella cabsa, el dicho don Hernando Cortés mandó a los españoles que les ficiesen guerra".[12]

Las crónicas cuasiindígenas cuentan su versión: el *Códice Ramírez* relata que don Pedro (Cohuanacotzin) se trasladó de Tenochtitlan a Texcoco para persuadir a la nobleza acolhua de auxiliar a Cuitláhuac en su lucha contra los españoles y estaba en vías de reunir más de 200 000 hombres; al enterarse don Fernando (Ixtlilxóchitl), regresó de prisa a Texcoco tras saber que Cohuanacotzin había regresado a México debido a la muerte de Cuitláhuac, y los convenció de no luchar contra los extranjeros. Cuando la hueste cortesiana se dirigía a Texcoco, Ixtlilxóchitl envió a dos de sus hermanos a darles la bienvenida; al llegar Cortés a la ciudad "le regalaron y acariciaron con increíble amor y amistad". Ese mismo día partió Ixtlilxóchitl a Otumba, a fin de "despachar y hacer llamamiento por toda la tierra"; en su ausencia ciertos tlaxcaltecas, motivados por viejos odios, incendiaron los palacios de Nezahualpilli, los habitantes huyeron a los montes y a la laguna. Los españoles intentaron extinguir el fuego. Cuando Ixtlilxóchitl regresó quiso castigar a los tlaxcaltecas, y a pesar de que Cortés intercedió por ellos, ordenó matar a dos o tres de sus caudillos, los demás regresaron irritados a Tlaxcala, "por donde queda probado que no fueron ellos los que ganaron a México, sino don Fernando Ixtlilxuchitl con doscientos mil vasallos suyos, ayudando a los españoles".

Alva Ixtlilxóchitl, en su "Sumaria relación de las cosas que han sucedido en la Nueva España", y en su "Compendio

[12] DC, II, pp. 113, 170, 260.

histórico del reino de Texcoco", asevera que Cohuanacotzin envió a Cortés una embajada de paz, cargada con ricos obsequios, pero el extremeño "muy enojado respondió a los mensajeros, que no les quería recibir de paz, sino que le habían de pagar lo que le habían hecho". Cuando Cohuanacotzin escuchó esa respuesta partió a México en compañía de gran parte de los pipiltin. Una vez en Texcoco, Cortés dijo a los que permanecieron en la ciudad que se olvidaran de Cohuanacotzin; preguntó quién tenía más derecho al trono de Acolhuacan, respondieron que Tecocoltzin, hijo de Nezahualpilli y hermano de Cacama, que había salido de México-Tenochtitlan con los españoles y ahora regresaba con ellos a su tierra. Cortés lo nombró tlatoani, fue bautizado como don Fernando Cortés Tecocoltzin. El cronista afirma que fue el primer cristiano de Acolhuacan. El extremeño le obsequió ropas españolas, armas y un caballo, y lo mantenía siempre consigo. Alva Ixtlilxóchitl agrega, en su *Historia de la nación chichimeca*, que Cortés temía algún engaño de parte de los acolhuas, ya que cuando Cohuanacotzin y sus nobles huyeron los habitantes se inquietaron, por lo que el extremeño quiso saquear la ciudad y castigar a los alborotadores. Ixtlilxóchitl le suplicó tuviera misericordia de la gente del pueblo, que no tenía culpa; aun así los tlaxcaltecas y otros aliados saquearon algunas de las casas principales e incendiaron buena parte de dos palacios de Nezahualpilli, quemándose los archivos reales, "que fue una de las mayores pérdidas que tuvo esta tierra, porque con esto toda la memoria de sus antiguallas y otras cosas que eran como escrituras y recuerdos, perecieron desde este tiempo: la obra de las casas era la mejor y más artificiosa que hubo en esta tierra".[13] Ixtlilxóchitl aceptó la designación de Tecocoltzin como

[13] Carlos Pereyra, *Hernán Cortés*, p. 125, declara que el saqueo y el incendio de los archivos son producto de la imaginación de Alva Ixt-

tlatoani, aduciendo que, si él subía al trono, lo tildarían de tirano, por estar vivo su hermano Cohuanacotzin, que ello no iba con su reputación y honra.[14]

La lámina 40 del *Lienzo de Tlaxcala* parece indicar que los acolhuas atacaron a Cortés en el paso de las montañas, hacia Matlatzinco; los jefes tlaxcaltecas son llamados Izquitécatl y Chimalpiltzintli, y según ésta la entrada a Texcoco fue violenta; tiene dibujado a un español a caballo matando a un nativo con su lanza, mientras que en un templo se ve un caballo, indicando saqueo, en tanto que Ixtlilxóchitl recibe a los españoles.

Es probable que a fines de diciembre Ixtlilxóchitl se reuniera con Cortés en las afueras de Texcoco, apostando por la oportunidad de vencer a su rival Cohuanacotzin. Curiosamente la historia "clásica" de la conquista hace poca mención de Ixtlilxóchitl, quien sin embargo fue clave en el triunfo de la alianza contra los mexicas, igualando la participación de los tlaxcaltecas, que son quienes se han llevado el mayor mé-

---

lilxóchitl, citando como testigos tanto a Clavijero, quien dijo que fue Zumárraga quien los destruyó muy posteriormente, y al mismo Cortés, quien, dice Pereyra, no tenía necesidad de mentir y no menciona este suceso. José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, p. 299, aclara que Zumárraga ordenó quemar los escritos de los archivos que aún sobrevivían en posesión de algunos nobles.

14 Tres príncipes acolhuas tomaron el nombre de Cortés al bautizarse: Ixtlilxóchitl, Tecocoltzin y Ahuaxpitzactzin; tantos Hernandos o Fernandos han causado confusión en algunas historias. Cortés sólo dice que el hermano menor de Cuicuitzcatzin estaba con él, fue nombrado como don Fernando y se quedó en Tlaxcala por un tiempo. López de Gómara escribe que don Fernando, dando el nombre sin el apellido, hermano de "Cucuzca", fue nombrado rey. Lo mismo dice Cervantes, tal vez por ello Clavijero confundió a Tecocoltzin con Ixtlilxóchitl, y a pesar de establecer que Solís cometió siete errores sobre los soberanos de Acolhuacan, cae en otro al afirmar que fue Ixtlilxóchitl a quien Cortés nombró tlatoani esta vez, *cfr*. *Historia antigua de México y de su conquista*, II, pp. 90-91.

rito. Su descendiente Fernando de Alva Ixtlilxóchitl es quien nos da las noticias más abundantes, siendo poco utilizadas, ya que Bernal Díaz, Cortés, y quienes los siguen, hasta Prescott y en adelante, optaron por darles el papel protagonista a los tlaxcaltecas. Es incierto en qué momento Ixtlilxóchitl se convirtió en tlatoani de Acolhuacan, probablemente fue en la primavera de 1521.

De una manera u otra, Texcoco, la segunda capital de la Triple Alianza, cayó en manos de los aliados, posiblemente a causa de las divisiones entre los acolhuas, sin que al parecer pagaran un alto precio en sangre. Esto debe haber sido un fuerte golpe para Cuauhtémoc, quien seguramente esperaba que los acolhuas respaldaran su esfuerzo bélico; y una gran decepción que ese gran reino, la parte más importante de la Triple Alianza después de Tenochtitlan, se entregara casi sin resistencia al enemigo. En un último intento de revertir la situación envió mensajeros a los señores acolhuas, reprendiéndoles su sumisión a los odiados españoles; si lo hicieron por temor bien sabían que ellos eran muchos y, si por no abandonar sus tierras, que las dejaran y se fueran a Tenochtitlan, donde les daría mayores y mejores poblaciones. La respuesta fue apresar a los mensajeros y enviarlos atados a Cortés; los enviados mexicas adujeron que, efectivamente, habían invitado a los señores a ir a su ciudad, pero sólo para que fueran intercesores de la paz con los españoles. Cortés pretendió creerles y ordenó liberarlos, les pidió comunicar a Cuauhtémoc que él deseaba la paz, que los gobernantes anteriores de México ya habían muerto, que lo pasado era pasado y que Cuauhtémoc no fuera la causa de la destrucción de sus tierras y ciudades, pues esto no era lo que deseaban los españoles. Los mexicas prometieron traerle una respuesta, pero nunca regresaron.

Los aliados se dedicaron a fortificar Texcoco, a cavar y ensanchar los canales por los que planeaban introducir los

bergantines a la laguna; en ello trabajaban de tiempo completo siete u ocho mil nativos.[15] El extremeño organizó su ejército, cada capitanía tenía su propio cuartel, con sitios señalados a los que acudirían en caso de ataque, pues Cuauhtémoc de vez en cuando enviaba grandes canoas por la laguna, llenas de guerreros, para poner a prueba la vigilancia española.

Pasados unos ocho días sin que se concretara ningún ataque, Cortés decidió retomar la iniciativa y realizar una incursión a Iztapalapa; Bernal afirma que fue porque impedían a los de Chalco, Tlalmanalco, Amequemecan y Chimalhuacán aliarse con los españoles, como lo deseaban. Solís agrega que también quería destruir ese refugio para las canoas mexicas, que de cuando en cuando iban a interrumpir el trabajo de construcción del canal para los bergantines.

Sea como fuere, seguramente ya tendrían más o menos definida su estrategia: ir conquistando las tierras de los alrededores de México-Tenochtitlan, como lo dice Motolinía: "a ejemplo de los reyes católicos de gloriosa memoria, que cuando ganaron a Granada primero tomaron los pueblos de la redonda".[16] Con ello se abriría la segunda fase del proceso del sitio de la capital mexica, habiendo estado la primera concentrada en el señorío acolhua. Cuauhtémoc perdió esa ronda, no por falta de intento, mas siguió tratando de contrarrestarlos, incitando a una de las dos facciones acolhuas a levantarse contra ellos, y dirigía ataques a través del lago, por medio de canoas.

La ciudad de Iztapalapa era de importancia para la estrategia general, estaba situada en la península, parte en tierra, parte en las aguas del lago por medio de chinampas. Hay

15 H. Thomas, *La conquista…*, p. 517, parece indicar que fueron los españoles mismos quienes se dedicaron a hacer el trabajo.

16 Fray Toribio de Benavente, Motolinía, *Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, I parte, cap. II.

que recordar que Cuitláhuac fue señor de ese poblado, y que estaba en medio del camino entre Texcoco y los pueblos chinamperos, el principal de los cuales era Xochimilco. Había cierto entendimiento de los españoles con Chalco, para llevarlo más a fondo había que disminuir la influencia de Iztapalapa, por ello era necesario ir en su contra.

Cortés marchó a Iztapalapa acompañado, según se dice en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal (en el encabezado del cap. CXXXVIII), por Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, aunque en el texto se intercambia a Alvarado por Andrés de Tapia. Llevaban unos 200 españoles, entre ellos 18 de caballería, 30 ballesteros, 10 escopeteros y siete mil aliados (Cortés habla de 3 000 o 4 000, y Solís de 10 000); buena parte eran tlaxcaltecas (así como un buen número de acolhuas, afirma Alva Ixtlilxóchitl, y 20 principales de Texcoco).[17]

El destacamento costeó el lago de Texcoco por su orilla sur. Iztapalapa quedaba a seis leguas de distancia (c. 33.4 km) y a dos de México-Tenochtitlan (11 km). Tendría una población de aproximadamente 10 000 vecinos. A unas dos leguas antes de llegar fueron atacados por escuadrones mexicas, algunos estaban en tierra, otros llegaron a bordo de canoas, tras ser notificados de la cercanía del enemigo por medio de señales de humo. Según Bernal eran aproximadamente 8 000.

La caballería logró romper entre las filas mexicas, apoyada por "todos nuestros amigos los tlaxcaltecas que se metían en ellos como perros rabiosos", agrega Bernal. Avanzaron hacia la población, las casas en tierra firme estaban abando-

[17] Orozco y Berra dice que iban 20 capitanías acolhuas dadas por Tecocoltzin; Solís afirma que, aunque este soberano quiso darle más tropas, Cortés se rehusó. *Cfr. Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 440

nadas; llegaron hasta la calzada-dique que la protegía de las inundaciones al contener las aguas del lago de Xochimilco.

La cuenca lacustre estaba formada por los lagos de Zumpango, Xaltocan, Texcoco, Xochimilco y Chalco, las aguas de los tres primeros eran salobres, las de los segundos dulces. Nezahualcóyotl e Itzcóatl mandaron construir un dique entre Atzacoalco en el norte e Iztapalapa al sur, para controlar el nivel de las aguas del lago de Texcoco, de manera que dividía la laguna en dos partes, al oriente las salobres de Texcoco y al poniente las dulces.

Cortés narra que alcanzó a ver que los nativos intentaban romper la calzada y el agua salada comenzaba a fluir hacia la parte del lago de agua dulce de Texcoco; afirma que, de momento, inmerso como estaba en la lucha, no le concedió importancia. Los españoles y sus aliados entraron a la ciudad, rechazaron al enemigo hasta el lago y se metieron tras ellos hasta que el agua les llegó al pecho. Los mexicas no opusieron mucha resistencia, ya tenían hecho su plan; aun así se dice que murieron más de 6000 nativos, entre hombres, mujeres y niños, de lo que los españoles culparon a los aliados (para variar), que mataban a diestra y siniestra e incendiaban las viviendas.

Entonces fue, prosigue Cortés, que recordó la calzada destruida por la que habían pasado, y cayó en cuenta del peligro en que se encontraban. Ordenó una retirada a toda prisa, eran casi las nueve de la noche. En la oscuridad, la hueste cortesiana enfiló por la calzada, el agua corría con tal fuerza que apenas si lograron pasar, no sin que se ahogaran muchos aliados y perdieran el botín adquirido. Un poco más de tiempo y ninguno habría escapado con vida.

Bernal relata que "con el despojo que habíamos habido estábamos contentos, y más con la victoria"; pensaban pasar la noche en el poblado, mas con la oscuridad imperante no se dieron cuenta a tiempo, a pesar de los vigías y exploradores,

de que el agua subía de nivel, y si los principales acolhuas no lanzaran la voz de alarma, exclamando que se dieran prisa para salir a tierra firme, todos se habrían ahogado; dos tlaxcaltecas sufrieron esa suerte, pues los de su tierra no sabían nadar. Los demás lograron salir con grandes trabajos y muy mojados, en medio de las burlas, gritos y silbidos del enemigo. La pólvora se perdió y pasaron la noche cerca de la orilla con mucho frío y sin cenar, pues en su precipitada salida perdieron los víveres. Bernal quedó tan malherido, por un bote de lanza que le dieron en la garganta, "junto del gaznate", que estuvo en peligro de muerte, estuvo varios días enfermo.

Al amanecer encontraron que en el lago de Xochimilco había cantidad de canoas llenas de guerreros mexicas, llegadas en apoyo de las tropas de tierra, que pronto iniciaron su ataque. Tuvieron que luchar a lo largo de casi todo el camino de regreso a Texcoco; los de las canoas desembarcaban de cuando en cuando, lanzaban sus proyectiles y, ante las arremetidas de la caballería, se metían de nuevo en sus embarcaciones, sufriendo poco daño. Según Alva Ixtlilxóchitl muchos murieron por irles cubriendo las espaldas a los españoles y agrega que Ixtlilxóchitl, que tenía el cargo de general de los acolhuas, se distinguió matando a varios capitanes enemigos. Cuauhtémoc y Cohuanacotzin prometieron a sus capitanes más valerosos que al que lo prendiera o matara le darían grandes mercedes; un guerrero quiso intentarlo y se enfrentaron en singular combate en los campos de Iztapalapa. Ixtlilxóchitl lo venció, ató al mexica de pies y manos, mandó traer carrizo seco para arrojárselo encima y le prendió fuego, quemándolo vivo.

Cortés afirma que sólo un español murió al quedar malherido; Bernal asevera que fueron dos los muertos, además de un caballo y muchos heridos. El extremeño estaba desconsolado, con esa expedición solamente habían dado áni-

mos al enemigo y debilitado la voluntad de los que quisieran pasarse al campo español.

Poco después llegaron a Texcoco mensajeros de Otumba y de otros pueblos cercanos, a cuatro o cinco leguas de Texcoco, a disculparse por haber participado en la guerra; adujeron que cumplían órdenes de México, pues los amenazaron con fuertes represalias si no lo hacían; en realidad deseaban ser vasallos del emperador español. Cortés respondió que su culpa era grande; si deseaban el perdón debían probar sus buenas intenciones llevándole atados a los mexicas que estuviesen entre ellos; no declara si lo hicieron, sólo comenta que en el futuro siempre fueron leales.

A decir de Bernal, también acudieron mensajeros de un poblado del lago, Míxquic, al que llama Venezuela, que al parecer nunca había estado bien con los mexicas; se alegraron por tratarse de un pueblo lagunero, ya que podrían convencer a otros cercanos.

Al día siguiente de su regreso de Iztapalapa, Cortés decidió enviar a Gonzalo de Sandoval y a Francisco de Lugo a la cabeza de 20 de caballería y 200 de infantería, además de buen número de aliados (8 000 acolhuas bajo las órdenes del general Chichinquatzin, según Alva Ixtlilxóchitl), a cumplir con una doble misión: escoltar hasta la frontera a unos mensajeros enviados a Tlaxcala para informarse sobre la construcción de los bergantines, a llevar ciertos encargos para los de la Villa Rica, traer algunas cosas y asegurarse de que la ruta a la costa estuviera libre de peligro, pues había territorios hostiles que podrían impedir el tránsito de la costa al valle o viceversa; pues aunque eran dueños de los alrededores de Texcoco, la comunicación con Tlaxcala no era segura.

Con la ayuda de Ixtlilxóchitl y Tecocoltzin los españoles contaron con un nuevo ejército aliado acolhua; por ello, que seguramente aminoraría el problema del avituallamiento y evitaría fricciones con los tlaxcaltecas, a los que se culpaba

de muchos desmanes, el extremeño decidió enviar la mayor parte de ellos y de huexotzincas de regreso a su tierra, posiblemente con el pretexto de que fueran por la madera de los navíos.

Cortés ordenó a Sandoval que, tras poner a salvo a los tlaxcaltecas, fuera a la provincia de Chalco; aunque sus habitantes habían estado de parte de México tenía informes de que deseaban cambiar de bando, no atreviéndose a hacerlo debido a la presencia de algunas guarniciones cercanas de mexicas, que supuestamente les hacían daños en sus tierras, tomaban a sus mujeres y las violaban delante de sus padres, madres o maridos e impedían el libre tránsito a Tlaxcala.

Chalco había sido subyugada por los mexicas tras largos años de luchas y el odio hacia ellos continuaba latente. Los mexicas también la consideraban importante, dice Cervantes, porque en esa provincia había dos pasos primordiales entre las montañas por los que se aprovisionaba México: Chalcoatengo y Ayocingo. Además, su tierra era muy fértil, abundante en maíz y otros alimentos. Estratégicamente era buen punto, así podrían asegurar la ruta principal al valle de Puebla-Tlaxcala y además esa confederación chinampera era muy importante para abastecer de víveres a Tenochtitlan.

Sandoval partió de Texcoco siguiendo la orilla oriental de los lagos, en su retaguardia iban los tlaxcaltecas y huexotzincas, cargados de botín, acompañados de cinco de caballería y cinco ballesteros. Los mexicas, enterados de su presencia, atacaron la retaguardia, mataron a dos ballesteros e hirieron y mataron a muchos, quitándoles el botín. Sandoval acudió al rescate y los rechazó; reprendió a los de la retaguardia, que eran de los recién llegados, parecía que no sabían lo que era la guerra, les dijo.

Tras poner a los tlaxcaltecas y mensajeros a salvo, Sandoval y su fuerza marcharon a Chalco, que no estaba lejos. Por el camino les salieron al encuentro grandes contingentes de

guerreros mexicas que se enfrentaron a ellos en un campo llano, lleno de plantíos de maíz y de magueyes. Los de Sandoval cargaron dos veces, el enemigo resistió bravíamente, hiriendo a cinco españoles, seis caballos y muchos aliados, pero finalmente fueron obligados a retirarse, "y fueron quemando y matando en ellos", escribe Cortés. Capturaron también ocho mexicas importantes y en Chalco fueron bien recibidos.

Alva Ixtlilxóchitl narra que los señores de Chalco eran Omecatzin, Itzcahuetzin, Necuametzin, Quetzalcoatzin, Citlaltzin y Yaozcuhcatzin, que pidieron a Sandoval llevarlos con él, así como a dos hijos de un señor que acababa de morir víctima de viruela; querían hablar con Cortés, su señor les había encargado, poco antes de fallecer, que éste nombrase como señores a sus dos hijos, y les aconsejó procurar ser súbditos del gran rey español. Como nota curiosa hay que mencionar que Bernal narra por vez primera que les llamaban barbados, "sus antepasados les habían dicho que habían de señorear aquellas tierras hombres que vendrían, con barbas, de donde sale el sol", por su parte Hernán Cortés nunca aludió a las barbas o al color de la piel.

Sandoval estuvo de regreso en unos cinco días; esto debió suceder hacia mediados de febrero de 1521. Una vez en Texcoco, los de Chalco dieron a Cortés algunos obsequios de joyas y mantas. Para congraciarse le dijeron que habían llevado a salvo hasta Huexotzinco a dos españoles que habían ido a su tierra en busca de maíz, la vez que Cortés fue contra Narváez; le aseguraron que la mayor pena de su señor fallecido había sido no verle antes de morir, pues hacía muchos días que lo estaba esperando. Llorando agregaron que Cortés bien sabía que nunca le habían dado guerra. El extremeño agradeció sus palabras, les prometió ser muy bien tratados, aceptó su vasallaje en nombre de Carlos V y concedió al hijo mayor del señor muerto el señorío de una parte de

Chalco, con más de la mitad de los pueblos, y al menor dio Tlalmanalco, Ayotzinco, Chimalhuacán y otras poblaciones. Así, Chalco formó parte de la alianza anti-tenochca.

Cortés liberó a los ocho prisioneros mexicas y los envió como mensajeros a Cuauhtémoc; debían decirle que no insistiera en ser la causa de su perdición y la de su ciudad, que aceptara la paz y todo le sería perdonado, que mirase bien el gran poder del Dios cristiano, y cómo todos los pueblos comarcanos estaban con los españoles. El huey tlatoani no se dignó responder.

Los señores de Chalco pidieron a Cortés una escolta para llevarlos de regreso a sus tierras, los caminos no eran seguros. El capitán designó a Sandoval, con alguna tropa, a quien ordenó trasladarse después a Tlaxcala, para llevar a Texcoco algunos españoles.

Cortés, continúa Alva Ixtlilxóchitl, tras reunirse con los principales acolhuas, decidió nombrar tlatoani a Tecocoltzin, joven príncipe, hijo de Nezahualpilli; afirma que el trono le venía de derecho y "porque era muy amigo de los cristianos". En nombre de Carlos V Cortés lo impuso como señor de Acolhuacan.[18] Encargó a Sandoval escoltar al joven

[18] Como ya vimos, Bernal convierte en una sola persona a los dos Fernandos. Cortés, por su parte, no menciona a Tecocoltzin. Sahagún, *Historia de las cosas de Nueva España*, lib. VIII, cap. III, da una lista de los últimos reyes de Acolhuacan como sigue: Cacama, Cohuanacotzin, Tecocoltzin, Ixtlilxóchitl. El *Mapa Tlotzin* los nombra de igual manera, ambos omiten a Cuicuitzcatzin y Ahuaxpitzactzin, seguramente por considerarlos ilegítimos. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl confunde las cosas en su "Sumaria relación de las cosas que han sucedido en la Nueva España", núm. 7, donde dice que, al morir Tecocoltzin, le sucedió un hermano de Cacama, Ixtlilxuchitzin, hijo de Nezahualpilli, mientras que en su "Compendio histórico del reino de Texcoco, Decimatercia relación", escribe que Tecocoltzin fue sucedido por Ahuaxpiczactzin, un hijo natural de Nezahualpiltzintli, a quien después llamaron don Carlos.

de Tlaxcala a Texcoco; había salido de Tenochtitlan llevado por los españoles la Noche de la Huida.

Según Bernal fue al día siguiente de su entrada a Texcoco que Cortés mandó llamar a los principales que quedaban, de un partido contrario al de los que habían partido. Al presentarse ante el extremeño le informaron cómo y desde cuándo Cohuanacotzin había sido soberano de Acolhuacan, a quien acusaron de haber asesinado a su hermano Cuicuitzcatzin con el apoyo de México (como se narra más arriba), y aseguraron que entre ellos había uno que tenía más derechos a la corona que Cohuanacotzin, un joven que al bautizarse tomó el nombre de don Hernando, pues el capitán lo apadrinó. Se trataba de un hijo legítimo de Nezahualpilli (Bernal confunde aquí a Fernando Tecocoltzin, hijo bastardo de Nezahualpilli, con Fernando Ahuaxpitzactzin, sucesor del anterior). Continúa narrando Bernal que fue nombrado soberano de Acolhuacan en medio de grandes ceremonias y festejos. A decir de Alva Ixtlilxóchitl, Tecocoltzin era

> muy gentilhombre, alto de cuerpo y muy blanco, tanto cuanto podía ser cualquier español por muy blanco que fuese, y que mostraba su persona y termino descender y ser del linaje que era. Supo la lengua castellana, y así casi las más de las noches, después de haber cenado, trataban él y Cortés de todo lo que se debía hacer acerca de las guerras, y por su buen parecer e industria se concertaban todas las cosas que ellos definían.[19]

Cervantes relata la entrada del príncipe a Texcoco, sería hacia finales de enero de 1521: Cortés pidió a los principales acolhuas, así como a los españoles, vestirse con sus mejores galas; los instrumentos musicales nativos y españoles con-

[19] Alva Ixtlilxóchitl, "Compendio histórico del reino de Texcoco".

tribuyeron a crear la atmósfera; las banderas y estandartes ondeaban al viento. Cortés condujo al príncipe hasta unas enramadas de flores, levantadas ex profeso en un patio, le pidió sentarse en un banco, mientras él se arrellanó a su lado, en una silla de espaldas, los demás permanecieron de pie. El extremeño hizo una seña pidiendo silencio y pronunció un discurso al que respondieron los principales ancianos acolhuas. Enseguida habló el príncipe, después sus súbditos le juraron fidelidad. Terminado el acto Cortés se levantó, tomó de la mano al soberano y lo condujo con grandes muestras de respeto hasta sus aposentos, donde le dio largos consejos sobre cómo gobernar (estando bien instruido por Motecuhzoma y Maxixcatzin). Se nombró a Antonio de Villarreal y a un bachiller Escobar como profesores de español y de doctrina católica del joven tlatoani, mientras que Pedro Sánchez Farfán, esposo de la aguerrida María de Estrada, vigilaría que no entrara en contacto con los mexicas, evitándole posibles tentaciones.

Dos días después llegaron a Texcoco ciertos señores de Coatlinchan y Huexotla a notificar a Cortés que un gran ejército mexica se dirigía en su contra; la tierra estaba llena de ellos y temían mucho por sus familias, le pidieron licencia de traerlas a Texcoco o, si no, de llevarlas a las montañas. Cortés respondió que no tuviesen miedo, debían permanecer en sus casas, mantener gran vigilancia y notificarle los movimientos del enemigo, él se encargaría de protegerlos. De todos modos, y por si acaso, esa noche los españoles no durmieron, preparados para un posible ataque. Al otro día se enteraron de que los guerreros mexicas estaban fortificados en dos poblados de la costa de la laguna, desde donde podrían capturar a los aliados de los españoles que iban y venían por esa región, realizar incursiones y hacer todo el daño que pudieran.

Cortés marchó contra ellos en compañía de Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, 12 jinetes, 200 peones (entre ellos Bernal), dos tiros pequeños de campo y muchos aliados. Tras legua y media se encontraron con los mexicas, sostuvieron un breve encuentro, los derrotaron y quemaron los pueblos, regresando "con mucho placer y victoria", según comenta Cortés.

Bernal narra que, al parecer, la contienda principal se dio por la posesión de unos grandes campos llenos de maizales, próximos ya a la cosecha y cercanos a la laguna, desde donde los de Texcoco y esos pueblos abastecían al campamento de Cortés. Los mexicas argüían que el maíz era de ellos, por tradición estaba destinado a los templos de México. Cortés aseguró a los habitantes que al tiempo de la cosecha enviaría algunos españoles a cuidar de ella.

Tras la batalla llegaron a Texcoco tres principales de esos pueblos, pidiendo misericordia al extremeño y le rogaron que no los destruyera; le prometieron no volver a recibir a los mexicas, y "porque estas no eran personas de mucho caso y eran vasallos de don Fernando, yo les perdoné en nombre de vuestras majestades", afirma el capitán.

Poco tiempo después acudieron de nuevo a hablar con Cortés ciertos indígenas de Huexotla y Coatlinchan, heridos y golpeados; se quejaron de que los mexicas habían vuelto y al no darles el recibimiento acostumbrado los maltrataron, llevándose presos a algunos y, si no se hubieran defendido, se los habrían llevado a todos, por lo que le rogaban socorro. Cortés les pidió notificarle en cuanto los mexicas se presentaran de nuevo. Cuando lo hicieron el extremeño se dirigió allá, a la cabeza de 20 jinetes, 100 peones, entre ellos 12 escopeteros y ballesteros, y tropas aliadas, enfrentaron a los escuadrones mexicas y los obligaron a huir en sus canoas.

Bernal asegura que, en adelante, cuando los españoles necesitaban maíz, mandaban traerlo a los tamemes de esos

pueblos y a los de Tlaxcala, acompañados por 10 jinetes y 100 peones; Bernal mismo fue en dos ocasiones, en una de las cuales tuvieron un buen enfrentamiento con los mexicas, llegados a bordo de más de mil canoas, que los esperaban entre los maizales y mataron a un español e hirieron a 12, al costo de 20 muertos y 5 que fueron capturados.

Por este tiempo se supo en Tlaxcala que había atracado un navío en las costas de Veracruz, venían a bordo, aparte de los marineros, 30 o 40 españoles, con 8 caballos, algunas ballestas, escopetas y pólvora, mas no se atrevían a subir al Valle de México; se había pregonado, temiendo que si lo intentaban les ocurriera alguna desgracia, que nadie saliera de la Villa Rica hasta en tanto el capitán no los llamara; un mozo del extremeño, de 25 años de edad, decidió ir a Texcoco a notificarle estas nuevas al extremeño. Logró llegar con bien, tras caminar lo más en secreto que pudo, y se ganó sus albricias; la noticia provocó gran alegría "porque teníamos extrema necesidad de socorro", comenta Cortés (como si no contara con miles de aliados nativos). El navío era una carabela del mercader Juan de Burgos, llegado desde España por vía de las Canarias. Cortés le compró todo lo que llevaba y Burgos y su gente se alistaron en las fuerzas del extremeño. Esta llegada indica que en España ya se sabía bastante sobre la suerte de Cortés.

Ese mismo día llegaron a Texcoco mensajeros procedentes de Chalco, dijeron al extremeño que, debido a su reciente alianza con los españoles, los mexicas se preparaban a atacarlos con toda su fuerza, por lo que venían a pedir su auxilio. Cortés respondió que de momento no podía hacerlo, pues necesitaba enviar a Tlaxcala por los bergantines, pero que fueran a Huexotzinco, a Cholula y a Quecholac a pedir de su parte que, en tanto él pudiese hacerlo, los auxiliasen. A los chalcas no les agradó la propuesta, pero se lo agradecieron, pidiéndole una carta para que les creyeran, pues en

el pasado habían tenido ciertas diferencias entre ellos. En esos momentos llegaron mensajeros de Huexotzinco y Quecholac, en sus tierras no habían sabido de los españoles desde su salida, aunque siempre mantenían vigías para que en cuanto viesen señales de humo avisando que su presencia era necesaria, acudieran en su auxilio. Últimamente habían observado muchas humaredas, por lo que fueron a saber cómo se encontraban. Cortés lo agradeció y se alegró ante la oportunidad de hacer la paz entre ellos y los de Chalco. Les pidió ser buenos amigos y ayudarse mutuamente contra los mexicas, "que eran malos y perversos", y que ahora que Chalco necesitaba su socorro se lo proporcionaran. Ambas partes aceptaron la reconciliación, permanecieron dos días en Texcoco, tras lo cual "se fueron muy alegres y contentos, y se ayudaron y socorrieron los unos a los otros", escribe Cortés. Unidos empezaron a rechazar los ataques mexicas por sí solos.

Al poco tiempo el extremeño recibió noticia de que los 13 bergantines estaban listos para ser transportados a Texcoco, así como la gente que los llevaría, por lo que decidió enviar a Gonzalo de Sandoval a la cabeza de 15 de caballería, 200 de infantería, entre ellos 20 escopeteros y ballesteros, 20 principales de Texcoco y buena cantidad de aliados, para escoltarlos, y de paso dejarían a los de Chalco en sus tierras.

Ordenó también a Sandoval destruir y asolar el poblado de Calpulalpan, situado en la frontera entre Tlaxcala y Acolhuacan, al que los españoles llamaban Pueblo Morisco, pues sus habitantes habían matado a 5 jinetes españoles y a 45 peones en su camino de la Villa Rica a Tenochtitlan, al mando de Francisco de Morla, que llevaban algún oro consigo, en la época en que los de Cortés estaban sitiados en Tenochtitlan. Y por supuesto, aunque no lo diga, también era un sitio que amenazaba la ruta necesaria entre Texcoco

y Tlaxcala, ruta por donde debían pasar los bergantines desarmados.

Se narra que cuando los españoles encontraron en los templos, a manera de ofrendas a los dioses, dos caras de los suyos que los nativos habían desollado y adobado, aún tenían las barbas, y estaban los cueros de los caballos, curtidos y bien aderezados, con su pelo y sus herraduras sujetas a las patas, y ofrecidas en uno de los altares; así como mucha ropa y pertenencias de los españoles e incluso su sangre embarrada en muros y pisos. Al parecer los habitantes de Calpulalpan y otros pueblos cercanos, como Zultepec, altépetl acolhua, los habían recibido pretendiendo estar de paz y después los atacaron por sorpresa en el mal paso de una cuesta, donde los jinetes tuvieron que desmontar. Mataron a muchos y a otros los tomaron cautivos para sacrificarlos en Texcoco, "y esto parece fue así", dice Bernal, pues cuando Sandoval pasó por ahí algunos de sus hombres encontraron unas palabras escritas con carbón sobre la pared blanca de una casa situada entre Texcoco y el lugar donde los sorprendieron que decían: "Aquí estuvo preso el sin ventura Juan Yuste", uno de los cinco jinetes muertos, llegado con Narváez.[20]

Cuando los de Calpulalpan se enteraron de la proximidad de la gente de Sandoval huyeron a los montes, siendo perseguidos. Mataron a tres o cuatro y apresaron a cuatro principales, así como a muchas mujeres y niños que herraron como esclavos, "aunque movido a compasión, no quiso matar ni destruir cuanto pudiera, y aun antes que de allí par-

[20] Juan Miralles comenta, en su *Y Bernal mintió,* que en 1993 se encontraron las cabezas de cinco españoles y siete nativos; están en el tzompantli del Museo de la Cultura de Tlaxcala. Dos de ellos con nombres: Juan Yuste y un hijo de Maxixcatzin. Sobre ello, excavaciones arqueológicas han encontrado pruebas de los españoles que fueron sacrificados y de antropografía ritual.

tiese hizo recoger la gente que quedaba y que se viniesen a su pueblo; y así, está hoy muy poblado y arrepentido de lo pasado", escribe Cortés.

Sandoval preguntó a los cuatro prisioneros cómo es que habían matado a tantos españoles. Le respondieron que los culpables fueron los acolhuas y los mexicas, quienes los sorprendieron en el paso de una cuesta por donde no podían pasar sino de uno en uno, por ser muy estrecho. A los que capturaron se los repartieron para sacrificarlos, si ellos participaron fue porque se los habían mandado y no pudieron hacer otra cosa. Pidieron perdón, asegurando que en adelante serían fieles vasallos del rey de España y enemigos de los mexicas; en cuanto al oro, se lo habían llevado los acolhuas y los mexicas, aduciendo que era de Motecuhzoma.

En el juicio de residencia de Cortés el cargo 26 lo acusa de que cuando envió a Sandoval a traer la madera de los bergantines éste preguntó al extremeño qué debía hacer si los del "Pueblo Morisco" lo recibían de paz, y que le respondió "aunque os salgan de paz, los matad". Sandoval cumplió estas órdenes, aunque les recibieron en paz y les dieron de comer, capturó a más de 3 000 personas a las que Cortés hizo esclavos.[21]

Sandoval y sus hombres siguieron adelante por seis leguas (33.5 km), hasta llegar a Huayotlipan, el poblado de Tlaxcala más cercano a la frontera. Ahí se encontraron con los españoles y nativos que traían los bergantines desarmados. Cervantes relata que fueron Ojeda, Juan Márquez, Juan González y otros, de Texcoco a Tlaxcala, por haber llegado la fecha en que Cortés les dijo llevar los bergantines. Una vez en Tlaxcala reunieron la gente necesaria y al sexto día salieron a Huayotlipan con la madera, donde habían acor-

21 DC, II, p. 110.

dado reunirse con los guerreros encargados de proteger la columna.

Esperaron ocho días en ese poblado al destacamento que Cortés enviaría para continuar por territorio enemigo. Los tlaxcaltecas afirmaban que no era necesario aguardarlos, pues ellos eran más que capaces de llevar la carga sin que un palo se perdiese, primero morirían; pero Ojeda argüía que no podía desobedecer órdenes. Como el destacamento no llegaba, Ojeda decidió partir. El enemigo les gritaba y silbaba por el camino, siempre desde lejos. Pernoctaron en Calpulalpan, a medianoche oyeron el sonido de cascabeles; eran tres jinetes de la compañía de Sandoval, quien al ver grandes fogatas en la distancia los envió a investigar, tal vez temeroso debido a la matanza que el día anterior habían realizado en Calpulalpan; los tres regresaron a notificarle la proximidad de Ojeda.

Al amanecer, Ojeda y los suyos partieron hacia donde estaban los de Sandoval, se reunieron con ellos en el camino con gran alegría, las banderas tendidas, los tambores y pífanos tocando. Sandoval se apeó, abrazó a Ojeda, a sus compañeros y a los señores tlaxcaltecas.

Cuando la columna había salido de Tlaxcala Chichimecatecuhtli iba a la vanguardia, a la cabeza de 10 000 guerreros (debió tratarse del hijo del señor tlaxcalteca del mismo nombre, que ya era muy viejo), estaba encargado de la tablazón de los bergantines; mientras, en la retaguardia, con la ligazón, iban dos capitanes tlaxcaltecas con otros 10 000 guerreros. Al entrar en tierras enemigas los maestres de los bergantines modificaron el orden, pasando la ligazón a la vanguardia y la tablazón atrás, ya que ésta, por su volumen, sería más estorbosa en caso de ataque. A Chichimecatecuhtli le pareció gran ofensa ir a la retaguardia, aunque le aseguraron que, por el contrario, se trataba de una honra, pues los mexicas atacarían más probablemente en ese sitio; aun así, aseveró

que solamente lo aceptaría si ningún español iba con él, se consideraba capaz de protegerla él sólo con sus guerreros. Sandoval finalmente lo convenció, diciéndole que lo acompañaría en la retaguardia.

Ya reunidos con Sandoval emprendieron la marcha hacia Texcoco, Cortés dice que eran más de 8000 hombres, "que era cosa maravillosa de ver, y así me parece que es de oír, llevar trece fustas diez y ocho leguas por tierra; que certifico a vuestra majestad que dende la avanguarda a la retroguarda había bien dos leguas de distancia".

Encabezaban la columna 8 de caballería y 100 de infantería, mientras que al cuidado de los flancos, según Cortés, iban Yutecad y Teutipil, dos tlaxcaltecas principales, a cargo de más de 10 000 guerreros (esta es una rara instancia en que Cortés menciona los nombres de capitanes, y sobre todo de capitanes nativos). En la retaguardia Sandoval con ocho jinetes y ciento y pico de infantería, así como Chichimecatecuhtli con otros capitanes y 10000 guerreros. Dos mil tamemes llevaban los víveres.

Cervantes dice que durmieron en el Pueblo Morisco y tardaron tres días en llegar a Texcoco. Martín López se adelantó, llegando a Texcoco cuando Cortés comía, y le dijo: "Señor, bien comerá vuestra Merced hoy con el presente que le traemos; acuérdese vuestra Merced a su tiempo del servicio que le he hecho", muy alegre Cortés abrazó a López.

Poco antes de llegar a Texcoco, hacia fines de febrero de 1521, los guerreros se adornaron con sus mejores ropajes y tocados para hacer una entrada triunfal, que se dio entre grandes muestras de alegría, gritando, a decir de López de Gómara: "¡Cristianos, cristianos, Tlaxcallan, Tlaxcallan y España!", acompañados de silbidos y música. Cortés salió a recibirlos. Eran tantos que transcurrieron más de seis horas desde que entraron los primeros hasta los últimos, en una columna ininterrumpida. A decir de Torquemada, los espa-

ñoles dieron gracias a Dios celebrando un *Te Deum Laudamus*. Cortés agradeció su auxilio a los tlaxcaltecas y mandó aposentarlos y alimentarlos lo mejor que se pudiera.

La hazaña de transportar los bergantines por 20 leguas (112 km), a lomo de los tamemes, sin bestias de carga, y a través de las montañas, ha sido muy celebrada por los historiadores. Pedro Mártir de Anglería, uno de los primeros, escribe: "He aquí una empresa que al mismo pueblo romano le hubiera sido difícil en sus tiempos de esplendor";[22] Torquemada dice que "fue obra del cielo que con tanta felicidad se hubiese puesto en perfección"; Solís, que "al referirse cómo sucedió, parece soñada la verdad, o que toman los ojos el oficio de la fantasía"; y Cervantes, que a Cortés: "Mirábanle y reverenciábanle como a cosa del cielo, y así le llamaban hijo del sol".[23]

La madera de los bergantines fue llevada hasta las cercanías del canal construido para conducirlos hasta la laguna; ahí serían armados, calafateados y puestos a punto para navegar, cosa que se dispusieron a hacer lo más rápido posible Martín López, Andrés Núñez, el viejo cojo Ramírez, Diego Hernández, quien era aserrador, muchos carpinteros nativos, dos herreros con sus fraguas y Hernando de Aguilar (o Hernando Alonso) que les ayudaba a machar.

Los astilleros se mantenían estrechamente vigilados, estaban cerca de la laguna, los mexicas se acercaban a bordo de sus canoas y tres veces intentaron prenderles fuego. Bernal narra que en una ocasión lograron capturar a 15, que fueron interrogados por Cortés sobre los movimientos de

[22] Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, déc. II, V década, lib. VIII.

[23] Christian Duverger escribe que "los cargadores tlaxcaltecas transportaban en efecto sobre su espalda, con ayuda de gigantescas parihuelas, las trece embarcaciones". ¡Habría que ver tal espectáculo!, puesto que fueron llevadas desarmadas. *Cfr. Cortés*, p. 206.

Cuauhtémoc; dijeron que el tlatoani de ningún modo haría las paces, los mexicas estaban decididos a morir o a matar a los españoles, trabajaban día y noche en ahondar los canales, en erigir fuertes barricadas y en hacer lanzas largas para matar a los caballos, colocándoles como punta las espadas tomadas a los blancos.

Pasados tres o cuatro días Cortés decidió realizar otra incursión en territorio enemigo a fin de combatir el ocio de sus tropas, tentar el ánimo de sus contrarios y, de ser posible, dialogar con Cuauhtémoc o con algún señor principal de México-Tenochtitlan. Según Bernal, como habían llegado unos 15 000 tlaxcaltecas con la madera y los víveres escaseaban, Chichimecatecuhtli dijo a Cortés que querían hacer algo en servicio del emperador, como luchar contra los mexicas, vengarse de paso, y que le mandara dónde atacar. Se lo agradeció, y le dijo que tenía planeado efectuar una expedición hacia el norte y occidente de los lagos, a la que podrían acompañarlo, pues tres veces había enviado mensajeros a Xaltocan para que se diesen de paz y sus habitantes no habían respondido. Incluso en una ocasión envió a unos nativos de Otumba, que eran vecinos de Xaltocan, y maltrataron y descalabraron a dos, afirmando que su ciudad no era menos fuerte ni menos bien defendida que la de México, y que los españoles fuesen cuando quisiesen, pues sus dioses les habían prometido la victoria.

Cortés partió a las nueve de la mañana, tras oír misa. Iban con él Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado, Chichimecatecuhtli, Ixtlilxóchitl, 25 jinetes, 300 infantes, 50 ballesteros y escopeteros, 6 pequeños tiros de campo y más de 30 000 guerreros aliados, entre ellos una capitanía acolhua (según Alva Ixtlilxóchitl fueron 60 000 acolhuas y 20 000 tlaxcaltecas). Como de costumbre, Ojeda iba con los tlaxcaltecas.

El extremeño dejó encargado de Texcoco a Gonzalo de Sandoval y pidió a Martín López que tuviera listos los bergantines

en unos 15 días. Narra que no quiso decir a sus hombres hacia dónde iban por temor de que algunos acolhuas informasen a los mexicas.

Tras marchar cuatro leguas se encontraron con escuadrones enemigos que desbarató la caballería, y los tlaxcaltecas los persiguieron hasta el anochecer, matando muchos, pues no quisieron tomar prisioneros; regresaron heridos pero cargados de plumajes, mantas y rodelas, pidiendo a Cortés que les dejara ese despojo, para ellos y para sus hijos. Luego establecieron su campamento entre Chiconauhtla y Xaltocan, en un sitio donde había caseríos; prendieron fogatas, tocaron sus caracolas y tambores y entonaron sus cánticos de guerra y de victoria.

Por la mañana del día siguiente continuaron hasta el poblado de Xaltocan, que en su pasado fue un altépetl náhuatl sustancial, lugar de abundante pesca, muy fortificado y lleno de canales, construido sobre una isla en mitad del lago del mismo nombre, se comunicaba con tierra firme a través de un terraplén o calzada cortado tres días antes por una zanja.[24] Cuauhtémoc, al enterarse del rumbo tomado por sus enemigos, envió numerosos guerreros a bordo de canoas para auxiliar a los de Xaltocan.

Al aproximarse las tropas el enemigo les gritaba insultos, llamándoles "mujeres", al igual que a Cortés, de quien decían que no era esforzado, sino mentiroso, al tiempo que arrojaban piedras, flechas y lanzas. Los ballesteros y escopeteros respondieron con sus proyectiles, causando poco daño, ya que las canoas estaban protegidas en sus flancos con tablones.

La caballería no podía entrar debido a la cortadura en la calzada, los soldados renegaban tanto del pueblo como de

[24] Según H. Thomas, *La conquista…*, p. 517, esta calzada unía a Xaltocan nada menos que con Tenochtitlan.

esa expedición poco provechosa. Entonces, dos nativos de Tepetezcuco (tal vez se trataba de Tepotzotlán), en malas relaciones con los de Xaltocan, dijeron a un español que cuando los enemigos habían cavado la zanja del terraplén la habían llenado con el agua de otro canal, por lo que en este último quedó un vado no muy lejano por el que podrían penetrar al poblado; avisaron a los demás y fueron a inspeccionar el vado. Por delante los ballesteros y escopeteros, unos armando y otros disparando, lograron avanzar seguidos por los aliados; en partes el agua les llegaba hasta los hombros y en otras hasta la cintura. Cortés, con la caballería, cuidaba las espaldas.

El enemigo defendió bien el paso, hiriendo a muchos, propinándoles fuertes golpes en los yelmos, pero no pudo impedir que entraran al pueblo y los echaran hasta las canoas, en las que embarcaron con las pertenencias que pudieron salvar; los españoles y sus aliados incendiaron gran parte de las viviendas y mataron a placer. Según Bernal capturaron muy buenas mujeres y los tlaxcaltecas salieron ricos con mantas, sal, oro y otros objetos. Así los mexicas perdieron el control de ese lago.

Cervantes afirma que Ojeda, en su relación, contaba otra cosa: "que, aprobada con otros testigos, me invió"; decía que una legua antes de Xaltocan los españoles vieron cómo cantidad de enemigos iba a refugiarse a esa población. Cortés ordenó a Ojeda ir tras ellos, la caballería no podría maniobrar entre los canales. Ojeda atacó a la vanguardia de los tlaxcaltecas, logró capturar buen número de mujeres y muchachos y entró al pueblo haciendo gran destrozo, matando y saqueando. Al poco tiempo llegó la caballería, con un tal Hernán López por delante.

Por la noche las tropas durmieron en unos caseríos a una legua de Xaltocan, con poco que comer y mojados. Organizaron las rondas y curaron sus heridas; un español murió a

los pocos días a causa de un flechazo recibido en la garganta. Ojeda aposentó a su gente en otro poblado a media legua de distancia. Los tlaxcaltecas eran tantos que bien cubrían una gran legua; se habla de hasta 180 000, lo cual debe ser una exageración.

Al amanecer continuaron su marcha rumbo al suroeste, los mexicas se conformaban con gritarles y silbarles desde lejos, "que cierto es cosa espantosa oillos", comenta Cortés. En ocasiones la caballería intentaba perseguirlos sin mucho éxito, debido a los muchos canales que cruzaban los campos cultivados. Ojeda dice que el extremeño iba de buen humor, y como era gracioso en sus burlas y tenía muy buena conversación, viendo a Ojeda como capitán de tan gran cantidad de nativos dijo a los jinetes que iban a su lado, de modo que Ojeda lo oyera: "Por cierto, señores, que si Ojeda fuese a su tierra y dixese que había sido Capitán de ciento y ochenta mill hombres y de más de mill Capitanes y caballeros, que, como a cosa de disparate, le tirarían de la falda y aun dirían que de mosquitos era mentira, cuanto más de hombres".

El ejército llegó a Cuauhtitlan, ciudad grande y hermosa según Cortés (quien la llama Guaticlán, y Bernal, Gualtitán), abandonada por sus habitantes con todo y sus pertenencias. Cervantes narra que en un templo vieron a tres mujeres "metidas por su natura por unos palos muy agudos que les venía a salir por la boca, nuevo género, cierto, de diabólica y bestial crueldad. Dixeron algunos, que en castigo de los adulterios que habían cometido". Pasaron la noche en la población, los españoles en los aposentos señoriales, con la vigilancia acostumbrada.

Al otro día, siguiendo la relación de Ojeda, como los aliados eran tantos y ocupaban mucho terreno, espantaban a las liebres, que las había abundantes, de manera que las tomaban vivas y se las llevaban a Ojeda, quien a su vez las entregaba

a Cortés. El extremeño filosofó: "El cobarde, por mucho que huya, viene a manos de animoso". Pasaron varios caseríos situados en las orillas del lago, a los que multitud de canoas llevaban a toda prisa lanzas, flechas y piedras.

Llegaron a Tenayuca, en las orillas del lago de Texcoco, a aproximadamente dos leguas de México; los españoles la habían llamado Pueblo de las Sierpes cuando llegaron la primera vez por verlas esculpidas en un templo. Estaba abandonada y no encontraron resistencia, por lo que prosiguieron hasta Azcapotzalco, la vieja capital tepaneca, a la que llamaban los españoles Pueblo de los Plateros,[25] pues en esa población estaban los orfebres que trabajaban para Motecuhzoma, también abandonada.

Continuaron adelante, Cortés deseaba llegar hasta Tlacopan (Tacuba), una de las tres cabeceras de la Triple Alianza, capital del señorío tepaneca. El extremeño quería vengar la muerte de españoles sucedida allí y aproximarse a Tenochtitlan para intentar un diálogo con los mexicas. En las cercanías de la ciudad había numerosos canales de riego, donde los esperaba el enemigo. Tras fiera batalla, los aliados entraron a la ciudad y expulsaron a los tepanecas. Como era tarde se aposentaron en los palacios del tlatoani, tan espaciosos que dieron albergue a todos los españoles.

A decir de Cortés, al amanecer los aliados empezaron a saquear e incendiar Tlacopan, quemando incluso una recámara de las habitaciones en donde estaban alojados los españoles. Se los permitió como venganza, pues en la Noche de la Huida los nativos del lugar, en unión con los mexicas, mataron a muchos de sus hombres.

Cervantes de Salazar reporta que Ojeda relata cómo los aliados saquearon el palacio, obteniendo un botín conside-

25 Así lo dice Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. II, cap. CXLI.

rable: más de 500 pieles grandes de tigre, mucho oro, chalchihuites y ropas ricas; sólo por un chalchihuite, en el que estaba grabado un rostro humano, daban 15 esclavas o 200 cargas de ropa en Tlaxcala. Los tlaxcaltecas se adornaron con buena parte del botín; al verlos, Cortés dijo a Ojeda y a su compañero Juan Márquez: "¡Oh!, pese a vosotros, catadlos y tomadles el oro, que no han menester, y dexaldes los cueros y ropas con que se vistan, y honren, en premio, de su esfuerzo y diligencia". Así lo hicieron, confiscándoles joyas y objetos de valor; pero al día siguiente se encontraron con que más de 10 000 tlaxcaltecas habían abandonado el campo. Como al otro día se habían ido más de 150 000, Cortés ordenó cesar la requisición.

El extremeño y sus aliados permanecieron en Tlacopan unos seis días, durante los cuales tuvieron reencuentros y escaramuzas. Tlaxcaltecas y mexicas se desafiaban a singular combate, "y peleaban los unos con los otros muy hermosamente", comenta Cortés. Se enfrentaban individualmente o en grupos de dos, tres o cuatro, insultándose tan ingeniosamente que divertían a todos. Los mexicas llamaban a los tlaxcaltecas "mujeres mancebas de los cristianos", les decían que sólo con ayuda de los españoles habían podido llegar hasta ahí, antes nunca lo habían logrado y que tanto a ellos como a los españoles se los comerían condimentados con chile. Los tlaxcaltecas respondían que los mexicas eran gente bellaca, temerosa y sin fe que siempre había huido de ellos, pues eran unas mujeres, y siendo los tlaxcaltecas tan pocos nunca habían podido entrar en sus tierras, a pesar de ser tan numerosos; los españoles eran tan valientes que cada uno de ellos podía matar a mil mexicas.

"Como canes rabiosos se despedazaban", escribe Cervantes, quien toma de Ojeda un ejemplo: por la tarde llegó una canoa junto a la calzada de Tlacopan, desembarcó un indígena de buen cuerpo, bien armado, con fieros adema-

nes, y gritando injurias, desafiándolos a luchar con él uno por uno. Un soldado, Gonzalo Hernández, se adelantó, el nativo se arrojó al agua y Gonzalo tras de él, lo alcanzó y le dio de estocadas; estaba a punto de cortarle la cabeza cuando acudieron en su rescate varias canoas llenas de guerreros; si no fuera por los ballesteros y las voces que daba Cortés, y que un tal Diego Castellanos mató a un principal, Gonzalo la habría pasado muy mal; finalmente los de las canoas reembarcaron, llevándose con ellos con gran honra al retador.

En esos días el ejército de Cortés logró penetrar por la calzada de Tlacopan hacia México-Tenochtitlan, como él mismo lo escribe: "muchas veces les entrábamos por las calzadas y puentes de la ciudad", encontrando feroz resistencia. En ocasiones los mexicas pretendían retirarse sólo para volver al ataque una vez que el enemigo hubiera penetrado más por la calzada, arremetían entonces por tierra y por agua con sus canoas y les gritaban: "¿Pensáis que hay agora otro Muteczuma para que haga todo lo que quisieredes?"

En una de estas veces Cortés llegó cerca de un puente levantado, los mexicas estaban del otro lado; el capitán mandó guardar silencio a los suyos; los mexicas, al ver que deseaba hablarles, cesaron en sus gritos y silbidos. El extremeño les dijo que no fuesen locos, pues acabarían siendo destruidos, les preguntó si había entre ellos algún principal con quien pudiera hablar. Le respondieron que todos eran señores, que dijese lo que quería. Cortés, riendo, no respondió, los empezaron a insultar. Un español les gritó que se estaban muriendo de hambre y que no los dejarían salir a buscar comida (¿en náhuatl?); respondieron que no tenían ninguna necesidad, cuando la tuvieran se comerían a los blancos y a sus aliados, y les arrojaron unas tortillas gritando: "Tomad y comed si tenéis hambre, que nosotros ninguna tenemos". La gritería y el combate se reanudaron.

En uno de esos días los mexicas pretendieron retroceder. Cortés presionó, avanzó demasiado rápido y cruzó uno de los canales. Era lo que deseaban, inmediatamente cayeron sobre ellos por el frente y por los flancos, a bordo de sus canoas, luchando con tal furia que Cortés y los suyos se sintieron casi perdidos. El alférez Juan Bolante, que llevaba una bandera con la imagen de la Virgen, cayó al agua herido, con todo y estandarte, los mexicas lo cogieron para meterlo en sus canoas, pero logró escapar sin soltar la bandera; aun así, su comandante, Pedro de Ircio, le reprochó que tras de crucificar al hijo deseaba ahogar a la madre, comentario que hace pensar que Bolante provenía de una familia de conversos judíos.[26]

Cortés ordenó la retirada, intentando no perder la formación ni dar la espalda; los ballesteros y escopeteros no descansaban, la caballería realizó algunas arremetidas, aunque no muchas; los mexicas, armados con lanzas largas, herían fácilmente a las bestias. Finalmente lograron salir a tierra firme donde dieron gracias a Dios por haber podido escapar, no sin que murieran cuatro o cinco españoles y muchos quedaran heridos.

Cervantes reporta que en la relación de Ojeda se decía cómo en los días que estuvieron en Tlacopan Cortés man-

[26] Bernal ya había escrito antes que Cortés mandó hacer dos banderas y estandartes con las armas reales y una cruz en cada parte. Andrés de Tapia afirma que la bandera tenía fuegos blancos y azules y una cruz colorada en medio, además de un letrero en latín, en ese caso sería la cruz aspada o Cruz de Borgoña. En 1763 fray Francisco de Ajofrín aclara que mientras la iglesia de San Francisco estaba en obra pudo tener a la vista el estandarte de Cortés, y narra: "Tiene bordado en el fondo, de reales de plata y oro, un devoto crucifijo rodeado de rayos, y al pie de la cruz Nuestra Señora y San Juan Evangelista". A pesar de ello un estandarte en el Museo de Historia de Chapultepec muestra la imagen de la Virgen, asegurando que era el de Cortés, *Cfr*. Juan Miralles, *Y Bernal mintió*.

dó en varias ocasiones que le subiesen una silla a lo alto de un templo. Sentado ahí contemplaba México-Tenochtitlan y lanzaba grandes suspiros, acordándose del desastre de la Noche de la Huida, se le llenaban los ojos de lágrimas y pensaba cómo podría finalmente conquistarla.

Cortés escribe que su propósito principal al ir a Tlacopan era hablar con los mexicas sobre la paz; como esto no fue posible y ya había constatado el estado de ánimo del enemigo, decidió regresar a Texcoco y apresurar la puesta a punto de los bergantines, con los que podría poner sitio a la ciudad por tierra y por agua. Hay quien dice que todos estos encuentros al norte y poniente del lago fueron ideados por Ixtlilxóchitl para someter a Tlacopan, y que buena parte de los guerreros eran acolhuas.

Con esta expedición terminó con éxito la segunda fase de la estrategia aliada por sitiar México-Tenochtitlan. El balance no era malo para los españoles y sus aliados, aunque Cortés tomó el riesgo de dividir su ejército, sin poder auxiliarse unos a otros en caso de necesidad; sin embargo, Cuauhtémoc no aprovechó la oportunidad de lanzar toda su fuerza contra el extremeño.

Regresaron por el mismo camino por el que habían venido, seguidos de lejos por el enemigo, al que la caballería atacaba de cuando en cuando, logrando tomar algunos prisioneros. Esa noche durmieron en Cuautitlán.

Al día siguiente se reunió gran número de mexicas, pensando que sus enemigos huían por temor. El extremeño ordenó a la infantería ponerse a la vanguardia y no detenerse. Cinco de caballería cuidaban la retaguardia, él tomó a 20 jinetes a los que dividió en tres grupos para que pusieran emboscada en diversos sitios. Su plan era hacer creer a los mexicas que iban juntos, y al ver su escaso número se lanzarían tras ellos; al llegar al sitio donde estaban los jinetes escondidos, éstos, al escuchar el grito de "¡Señor Santiago!", saldrían y arremeterían al enemigo

por la espalda. La estratagema tuvo éxito, persiguieron a los mexicas por dos leguas en terrenos muy llanos, "que fue muy hermosa cosa", comenta Cortés, mataron a muchos y los demás cesaron de seguirlos, aunque, según Bernal, murieron tanto un español como dos caballos y muchos aliados. Pernoctaron en "una gentil población, que se dice Aculman", escribe Cortés, a dos leguas de Texcoco.

Al otro día continuaron su marcha. Sandoval, notificado de su proximidad desde la noche anterior, hizo preparativos para darles la bienvenida con gran alegría de verlos regresar con bien. Salieron a recibirlos a media legua de la ciudad, ya que no se atrevían a alejarse demasiado, dejándola desamparada. Sandoval y sus hombres, y el tlatoani de Acolhuacan con los suyos, iban con sus banderas y estandartes, tocando sus instrumentos musicales. Los de Cortés se pusieron sus mejores galas, los aliados sus tocados y las ropas y adornos del despojo que habían tomado. Los españoles iban formados en líneas de veinte en veinte, los capitanes y alféreces españoles con sus respectivas compañías. Cortés por delante con una parte de la caballería y de la infantería, los aliados tras él y a la retaguardia el resto de los españoles.

Al llegar ante Sandoval éste inclinó su bandera frente a Cortés, se apearon, Sandoval besó las manos al capitán y lo abrazó, mientras los demás abrazaban a sus compañeros. Hacia mediodía entraron a Texcoco. Los tlaxcaltecas, considerándose bastante ricos con su botín, pidieron licencia a Cortés de partir a su tierra, se las concedió, diciendo que los llamaría cuando fuese necesario.

Pasados un par de días llegaron a ver a Cortés ciertos mensajeros de Chalco, con la nueva de que los mexicas estaban en camino para destruirlos, le mostraron los escuadrones enemigos pintados en una manta de henequén y le rogaron urgentemente ir en su auxilio. También acudieron a pedirle ayuda desde varias otras poblaciones, atacadas por

los mexicas, quienes se llevaron a muchos prisioneros e hirieron a otros tantos. Empezaba a haber demasiados frentes para sus capacidades del momento. Cortés no estaba en condiciones de enviar auxilio a todos esos sitios, pues muchos de sus hombres estaban heridos y enfermos; ya habían muerto ocho, escribe Bernal,

> de dolor de costado y de echar sangre cuajada, revuelta con lodo, por la boca y narices; y era del quebrantamiento de las armas, que siempre traíamos a cuestas, y de que a la continua íbamos a las entradas, y del polvo que en ellas tragábamos; y además de esto, viendo que se habían muerto tres o cuatro caballos de heridas, que nunca parábamos de entrar unos venidos y otros vueltos.[27]

Chalco constituía con mucho el lugar más importante, pues, como ya se indicó, a través de esa provincia pasaba el camino que comunicaba con Tlaxcala y con la Villa Rica, y servía de granero para proveerse de maíz.

Cortés, con palabras melosas, dijo a los mensajeros de los otros poblados que muy pronto les enviaría auxilio; mientras tanto debían ayudarse los unos a los otros y no temer, los mexicas ya no tenían tanto poder como antes. Le pidieron cartas como símbolo de que llevaban sus órdenes. Bernal asegura que estos pueblos unieron sus milicias y lucharon exitosamente contra los mexicas.

Se abrió entonces la tercera etapa del intento por rodear completamente a México-Tenochtitlan, que se concentró en la región de Chalco a fin de cerrar la comunicación al enemigo con los sitios del sur, donde aún conservaban su señorío.

27 Bernal Díaz, *op. cit.*, cap. CLXI.

Cortés envió a Chalco a Gonzalo de Sandoval en compañía de su amigo íntimo, el capitán Luis Marín, y también, según Cervantes, de Andrés de Tapia, a la cabeza de 20 jinetes, 300 infantes, entre ellos 12 ballesteros y 10 escopeteros, los tlaxcaltecas que aún permanecían en Texcoco y una capitanía acolhua. Partieron el 12 de marzo de 1521 (Bernal proporciona la fecha), luego de oír misa. Durmieron en unas estancias de Chalco y por la mañana del día siguiente llegaron a Tlalmanalco, donde los recibieron bien, les dieron de comer y notificaron a Sandoval que los mexicas estaban en su guarnición de Huaxtepec (Oaxtepec), desde donde efectuaban incursiones a Chalco y eran una amenaza para los caminos al valle de Puebla-Tlaxcala. (Un detalle poco claro en estas expediciones es quién o quiénes servían de intérpretes.) La estrategia era seguir aminorando los recursos de Tenochtitlan, tratarían ahora de faldear al sur la sierra nevada, hacia tierra tlahuica, aliados muy importantes de Cuauhtémoc.

Huaxtepec estaba tras las montañas del sur del Valle de México y era una de las más prósperas y hermosas ciudades tlahuicas.[28] En ella se manufacturaban prendas de algodón muy finas y su huerta era legendaria, incluyendo plantas exóticas y raras. Cortés la describe maravillado:

> es la mayor y más hermosa y fresca que nunca se vio, porque tiene dos leguas de circuito, y por medio de ella va una muy gentil ribera de agua, y de trecho a trecho, cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jardines muy frescos y infinitos árboles de diversas frutas, y muchas yerbas y flores

[28] Los tlahuicas moraban básicamente en los actuales estados de Morelos y de México, entre sus principales centros estaban Cuauhnáhuac (Cuernavaca) y Huaxtepec (Oaxtepec), divididos en unos 60 *altepehme* o señoríos, sujetos a tributar a la Triple Alianza.

olorosas, que cierto es cosa de admiración ver la gentileza y grandeza de toda esta huerta.

A Bernal, aunque lo tachó en el original, le pareció admirable:

> Así del gran concierto de la diversidad de árboles de todo género de fruta de la tierra, y otras muchas rosas y olores; pues los conciertos que en ella había, por donde venía el agua de un río que en ella entraba; pues los ricos aposentos y las labores dellos, y la madera tan olorosa de cedros y otros árboles preciados, salas y cenadores y baños, y muchas casas que en ella había, todas encaladas y hermoseadas de mil pinturas; pues los paseaderos y el entretejer de unas ramas con otras, y aparte las hierbas medicinales, y otras legumbres que entrellos son buenas de comer.[29]

El naturalista Francisco Hernández escribió cómo, avanzado el siglo XVI, aún pudo obtener en ella muchas de las plantas que describió en su magna obra sobre la flora de la Nueva España.

Sandoval y sus hombres emprendieron la marcha hacia Huaxtepec, en Chalco se les unieron guerreros chalcas, huexotzincas y de Quecholac. En un poblado cercano a Huaxtepec los esperaban tres escuadrones de mexicas que los atacaron entre fuertes gritos y silbidos, con sus caracolas y tambores. Sandoval colocó a sus hombres en posición de combate, adelante los escopeteros y ballesteros que lanzaron sus proyectiles. Enseguida Sandoval arremetió a la cabeza de la caballería, al grito de "¡Santiago y a ellos!", formados en grupos de tres en tres, a media rienda, las lanzas terciadas

[29] Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. I, cap. CXLII, p.181; una nota al pie dice "tachado en el original.

a la altura de los rostros del enemigo; la caballería demostró su efectividad, rompiendo las líneas contrarias. La infantería entró en acción, avanzando con cuidado en formación compacta, pues podían encontrarse con hoyos encubiertos o trincheras. Los mexicas perdieron su ímpetu, pero se reagruparon y dieron cara, auxiliados por lo quebrado del terreno que no permitía correr a los caballos. Sandoval mandó avanzar a la infantería y tras ella la caballería de nuevo, logrando expulsar al enemigo del terreno malo. Una vez en tierra llana la caballería obligó a los mexicas a ir retrocediendo, pero pronto entraron de nuevo en terreno malo. El caballo de Gonzalo Domínguez, uno de los mejores y más valientes jinetes, tropezó y cayó, atrapando a Domínguez, quedando el jinete tan golpeado que a los pocos días murió, con gran sentimiento de los españoles.

Sandoval y los suyos siguieron a los mexicas hasta las proximidades del pueblo de Huaxtepec, antes de llegar fueron atacados por cerca de 15 000 enemigos que intentaron cercarlos, hiriendo a muchos españoles y a cinco caballos. Como el terreno era en partes llano rompieron la formación mexica y los hicieron huir hacia el pueblo, donde se refugiaron tras algunas barricadas, siendo desalojados pronto, tras lo cual se parapetaron en otros sitios fortificados. Sandoval decidió que por ese día el enemigo había sufrido bastante castigo y ordenó a su gente descansar, curar sus heridas y comer; además, ya habían tomado mucho despojo. Mientras comían llegaron dos jinetes y dos vigías con la noticia de que venían sobre ellos numerosas tropas mexicas. La caballería volvió a montar y se dirigieron hacia una gran plaza donde estaba el enemigo. Los mexicas se defendían tras unas barricadas, luchando valientemente, pero fueron desalojados, obligados a abandonar el pueblo y a refugiarse en unas barrancas. Ese día no regresaron.

El ejército de Sandoval durmió en la huerta del pueblo. Bernal narra estos sucesos con mucha más extensión que

Cortés y López de Gómara, aunque él mismo no participó pues estaba mal de la herida recibida en Iztapalapa, aunque, como dice, "luego se sabe en el real de la manera que en las entradas acaece, y así no se puede quitar ni alargar más de lo que pasó"; vuelve a alabar esta huerta como "la más hermosa y de mayores edificios y cosa mucho de mirar, que se había visto en la Nueva España [...] y aun no se acabó de andar por entonces toda, porque tenía más de un cuarto de legua de largo".

Por la mañana del día siguiente, al constatar Sandoval que todo parecía estar en calma, envió cinco prisioneros como mensajeros a los señores, pidiéndoles entregarse en paz; si lo hacían les perdonaría lo pasado, se negaron. Envió otros mensajeros ese mismo día a los principales del gran poblado de Yecapixtla, a dos leguas de distancia, en el que estaban unas guarniciones mexicas y desde ahí los tlahuicas realizaban incursiones a Chalco. Les exigía expulsar a los mexicas de su población, en caso contrario irían contra ellos; la respuesta fue que lo hicieran cuando quisiesen, pues se darían un buen festín con sus carnes.

Los de Chalco rogaron a Sandoval no abandonar el campo sin vencer a los de Yecapixtla, pues vendrían contra ellos en cuanto se fuera. Sandoval estaba renuente debido a que muchos de sus hombres y caballos estaban heridos y no tenía órdenes de Cortés al respecto; varios de los de Narváez le pedían excusarse, Yecapixtla estaba muy fortificada. Luis Marín opinó que atacaran; si no lo hacían cabría la posibilidad de que los de Chalco se rebelaran. Finalmente, Sandoval se decidió.

Yecapixtla contaba con una fortaleza construida sobre una elevación de difícil acceso, era importante tomarla ya que afectaba el paso del valle a la montaña y desde donde mexicas y tlahuicas atacaban la región de Chalco. En las afueras de la población los mexicas atacaron a las tropas de Sandoval, desde la fortaleza les arrojaban galgas y cantidad

de proyectiles, hiriendo a muchos soldados y a tres caballos sin que los españoles les hicieran daño. Los aliados no se atrevían a subir la áspera cuesta, por lo que los españoles, a decir de Cortés, "determinaron de morir o subilles por fuerza a lo alto del pueblo, y con el apellido de Señor Santiago comenzaron a subir". Sandoval ordenó a algunos de caballería apearse y al resto cuidarles las espaldas, por si llegaban refuerzos al enemigo, y se lanzó al ataque de la fortaleza al frente de los ballesteros y escopeteros, recibiendo todos muchas heridas. Sandoval mismo fue descalabrado, así como Tapia y un Hernando de Osma, pero, a pesar de la bravía resistencia de los mexicas, los oponentes lograron entrar y desalojarlos, poniéndolos en franca huida. Bernal asevera que los españoles no querían seguir hiriéndolos, "porque les parecía crueldad; en lo que más se empleaban era en buscar una buena india o haber algún despojo, y lo que comúnmente hacían era reñir a los amigos porque eran tan crueles y por quitarles algunos indios o indias por que no los matasen".

Los mexicas intentaron refugiarse en unos riscos cercanos al pueblo. A decir de Bernal, iban tan heridos que su sangre fluía hasta un arroyo que pasaba por ahí, "venía el agua algo turbia de sangre, y no duró aquella turbieza media avemaría". Afirma que había muchas fuentes y agua clara abajo, en el pueblo, contradiciendo así a López de Gómara que narra cómo "hicieron grandísima carnicería de los de Culúa y vecinos. Otros muchos se despeñaron a un río que pasaba por allí. En fin, pocos escaparon a la muerte", en cambio dice que los españoles padecieron mucha sed, debido al gran calor y al cansancio, no había más agua que la del arroyo que corría teñida de sangre. Bernal no estuvo presente; Cortés, quien debió estar mejor informado, relata que "fue tanta la matanza, y dellos despeñados de lo alto, que todos los que allí se hallaban afirman que un río pequeño que cercaba casi aquel pueblo, por más de una hora fue teñido en sangre, y

les estorbó de beber por entonces, porque como hacía mucho calor tenían necesidad dello".

Sandoval y los suyos, dejando "pacificada" la región, regresaron a Texcoco, "y crea vuestra católica majestad que esta fue una bien señalada victoria y donde los españoles mostraron bien singularmente su esfuerzo", escribe Cortés al emperador. Bernal dice que iban cargados de buen despojo, especialmente de "muy buenas piezas de indias". Estas victorias de la hueste cortesiana en Huaxtepec y Yecapixtla les daba entrada al valle de Morelos.

A Cuauhtémoc le causó gran sentimiento esa derrota, sobre todo por haber perdido la alianza de los chalcas, con la que creía contar. Decidió vengarse enviando contra ellos más de 20 000 guerreros a bordo de dos millares de grandes canoas. Aún no llegaban de regreso Sandoval y sus hombres a Texcoco cuando se presentaron unos mensajeros de Chalco en canoas para notificar a Cortés ese ataque y pedir de nuevo su auxilio. Cuando Sandoval llegó, Cortés, muy enojado, no lo quiso ver ni escuchar, creyendo que era culpable de negligencia o de descuido, y le envió orden que de inmediato regresara a Chalco, dejando sólo a los heridos. Sandoval obedeció, ofendido; al llegar muy cansados a Chalco encontraron la novedad de que los chalcas habían pedido el auxilio de Huexotzinco, con el que, sumado a sus propias tropas, reunieron unos 20 000 guerreros, habiendo perdido el temor a los mexicas, los enfrentaron y derrotaron, matando a muchos y capturando otros tantos, entre ellos 15 capitanes y principales. Para los mexicas esta derrota fue aún más deshonrosa, puesto que los españoles no participaron en ella.[30] De esta manera toda la región

[30] H. Thomas, *La conquista…*, p. 527, confunde estas expediciones de Sandoval, convirtiéndolas en tres, en vez de las dos que mencionan las crónicas.

de Chalco quedó fuera del control mexica. Cuauhtémoc y los suyos estaban cada vez más solos, aún contaban con la alianza de los *altepehme* de Mizquic, Xochimilco y Cuitláhuac.

Los chalcas entregaron a Sandoval los prisioneros principales, para que los presentara a Cortés, a quien la noticia le dio gran gusto, pero Sandoval estaba furioso, no fue a ver ni a hablar con Cortés; el extremeño le envió decir que todo había sido un malentendido y en los días siguientes buscó maneras de congraciarse con él y pronto volvieron a profesarse la misma amistad de siempre.

Sandoval había traído gran cantidad de esclavos, se decidió que tanto éstos como los tomados en otras incursiones se herraran con la G de guerra. Se pregonó que quienes tuvieran esclavos los llevaran a un sitio determinado, así lo hicieron, creyendo que, como había quedado estipulado, se tomaría de ellos el quinto real y se valuaría cada esclavo, a fin de ser vendido en subasta. Sin embargo, según relata Bernal, fueron engañados de nuevo y de peor manera que la vez pasada, pues los oficiales reales hicieron lo que quisieron. Así que en el futuro, cuando capturaban a alguna mujer deseable, la escondían para que no fuera marcada con el hierro de la esclavitud, afirmando que había huido o que se trataba de una naboría venida de Tlaxcala o de otros pueblos cercanos. Las indígenas esclavas, aquellas que ya habían pasado un tiempo con ellos, sabían quiénes eran los que las trataban mejor, por lo que, cuando eran vendidas en almoneda, si eran adjudicadas a quienes las maltrataban, huían, "y preguntar por ellas era como quien dice buscar a Mahoma en Granada, o escribir a mi hijo el bachiller en Salamanca", se lamenta Bernal, pero aun huidas a sus dueños les quedaban como deuda en los libros de contabilidad.

"En este medio tiempo hubimos otros muchos rebatos y reencuentros con los naturales de Culúa, y por evitar prolijidad los dejo de especificar", escribe Cortés. Siguiendo a Alva Ixtlilxóchitl, por esa época debió de fallecer el tlatoani de Acolhuacan; el cronista texcocano asevera que gobernó muy pocos días, y agrega que su sucesor fue finalmente Ixtlilxóchitl, "por ser tan valeroso y uno de los hijos legítimos, a quien todos los naturales le tenían grande respeto por la calidad de su persona".[31] La sucesión acolhua es confusa, no es claro qué sucedió con Tecocoltzin. Fernando de Alva afirma que Ixtlilxóchitl pugnaba por que los acolhuas se convirtiesen al cristianismo, y aun los de otras provincias lejanas, enviándoles mensajeros al efecto, y que atrajo a la causa española la simpatía y el auxilio de varios lugares, como Tuxpan, Mexicaltzinco y Nautla, de donde le enviaron obsequios de muchas mantas y otras cosas, que él entregaba a Cortés. El extremeño, López de Gómara y Bernal afirman que hacia este tiempo llegaron a Texcoco mensajeros con algunos obsequios y la promesa de amistad de ciertos pueblos de la costa del Golfo, mencionando los ya dichos, así como de otros vecinos suyos,[32] según Cortés fue el 5 de abril.

El camino que conducía de Texcoco a la Villa Rica estaba al fin seguro, por él iban y venían mensajeros casi a

31 Opinión muy contraria a la de Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista...*, vol. IV, p. 433, quien, con su llevada y traída visión patriótica, que poco tiene que ver con el contexto histórico de esos tiempos, tilda a Ixtlilxóchitl de "aspirante pérfido al trono de Texcoco" y de "repugnante príncipe", pretendiendo que el príncipe acolhua soportase la tiranía mexica antes que optar por la alianza con los españoles.

32 Orozco y Berra, congruente con su visión subjetiva de la Conquista, sentencia: "Las tribus indias, cegadas por la venganza, por la envidia, por bastardas pasiones, habían desertado de la causa de su patria para ayudar al jefe astuto".

diario. De la costa enviaron ballestas, escopetas y pólvora, "con que hubimos grandísimo placer", comenta Cortés. Poco después llegó un mensajero con la noticia de que tres navíos habían atracado en el puerto de San Juan de Ulúa, con buena cantidad de gente y caballos, mismos que muy pronto se dirigirían a Texcoco, "y según la necesidad que teníamos, milagrosamente nos envió Dios este socorro", escribe el extremeño, no tomando en cuenta de nuevo los miles de aliados nativos con que contaba.

Bernal asevera que llegó un navío procedente de Castilla, lo cual no es probable; posiblemente confundió el orden de los acontecimientos, lo más factible es que viniera de La Española. Agrega el cronista que la nave traía armas, pólvora y otras muchas cosas; a bordo venían Julián de Alderete, natural de Tordesillas, antiguo camarero del obispo Rodríguez de Fonseca, nombrado tesorero por el emperador (en este caso sería el primero directamente nombrado por Carlos V, provenía de una familia prominente),[33] así como un Orduña el Viejo, Antonio de Carvajal, Jerónimo Ruiz de la Mota, natural de Burgos; un tal Briones, natural de Salamanca; Alonso Díaz de la Reguera; Pedro Melgarejo de Urrea, fraile franciscano natural de Sevilla, quien traía una bulas de San Pedro y que sustituirá a fray Bartolomé de Olmedo como asesor de Cortés;[34]como comisario a car-

[33] Como lo hace notar José Luis Martínez, la llegada de Julián de Alderete constituía una buena noticia para Cortés, pues era la primera señal de un reconocimiento oficial a sus actos. Martínez dice que una de las naves llegadas a la Nueva España, en la que venía Alderete, era la María, procedente de Santo Domingo, al mando de Jerónimo Ruiz de la Mota, en respuesta a una petición de refuerzos hecha por Cortés a las islas, *cfr. Hernán Cortés*, p. 295. También tenía para Cortés el inconveniente que lo tendría bajo supervisión y que tuvo gran influencia sobre sus hombres.

[34] William Prescott, *Historia de la conquista de México*, vol. II, p. 133, afirma que era un fraile dominico, que las bulas eran indulgencias para

go de las bulas iba Jerónimo López, y muchos otros de los que ya no se acordada el nombre.

Continúa narrando Bernal que esas bulas pontificias, llamadas "de composición", eran para que quienes poseyeran bienes que no eran suyos y por no saber quiénes eran los dueños legítimos quedaran libres de culpa; y aunque no estaban destinadas para los casos de bienes saqueados en guerra, los españoles las compraron a fin de quedar con la conciencia tranquila a un precio módico. Añade el cronista que "en pocos meses el fraile fue rico y compuesto a Castilla"; dice cómo, con la llegada del navío, "nos alegramos con su venida de las nuevas que de Castilla nos trajo". Aunque ya no se acordaba bien, asevera que le parecía dijeron que el emperador estaba enterado de los buenos servicios de Cortés y de los suyos, a pesar de que Rodríguez de Fonseca le escribía a Flandes todo lo contrario, por lo que el obispo cayó en desgracia. Fray Melgarejo se ganó la confianza de Cortés, y más adelante le confió tareas sensibles.

Llegaron también dos navíos de Francisco de Garay, uno bajo el mando de Ramírez el Viejo y otro bajo el de Miguel Díaz de Aux, llegado a América en el segundo viaje de Cristóbal Colón.

Solís relata que tanto los recién llegados como sus armas fueron llevados hasta Tlaxcala a hombros de totonacas, de ahí los tlaxcaltecas se encargaron de escoltarlos a Texcoco. Agrega que Herrera no menciona la procedencia del navío, pues quizá por desconocerla prefirió omitirla; a él le parecía muy poco probable que viniese de Castilla sin traer cartas del padre de Cortés ni de sus procuradores, y opina que más bien vendría de Santo Domingo, la Audiencia contaba con el poder de nombrar a quien se ocupara de

---

los que participaban en la guerra contra los infieles y que a bordo venían 200 hombres y 70 u 80 caballos.

los intereses de la Corona, teniendo a su cargo todas las dependencias de las conquistas.

Según Cervantes de Salazar llegó primero un navío con el tesorero Julián de Alderete, que arribó a Santo Domingo a fines de 1520 con Diego Colón, y traía criados, caballos y armas. Después atracaron otros dos navíos al mando de Rodrigo de Bastidas, originario de Sevilla, que contaba con una larga trayectoria: en compañía de Juan de la Cosa había descubierto en 1500 el Golfo de Urabá, amasado una pequeña fortuna gracias al comercio, sobre todo de perlas de la costa venezolana; con ella y los frutos de su encomienda en La Española se dedicó a la construcción de navíos y era recaudador del impuesto del almojarifazgo. Seguramente habría escuchado que Francisco Álvarez Chico se esforzaba por conseguir refuerzos para Cortés y posiblemente costeó con otros socios una expedición de tres o cuatro naves, que los cronistas confunden como varias.

Cervantes declara que uno de los navíos era de gran tamaño y traía como capitán a Jerónimo Ruiz de la Mota, natural de Burgos, que había fungido como chambelán de Diego Colón. Lo acompañaban otros hidalgos, entre ellos Francisco de Orduña, Hernán de Elgueta, y al parecer Juan Suárez, el cuñado de Cortés, y traía muchos caballos, armas y pertrechos. Cervantes menciona otro navío, del oidor de la Audiencia, el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, que transportaba hombres, armas y caballos.

Los refuerzos consistirían en cerca de 200 hombres, más de 80 caballos y muchas y buenas armas. La buena estrella de Cortés seguía brillando.

Los recién llegados fueron recibidos con gran alegría en la Villa Rica. Al llegar a Texcoco salieron a recibirlos Cortés, sus capitanes y hombres preeminentes con alboro-

zo y contento, al son de instrumentos musicales y marciales tanto españoles como nativos. Según Cervantes, Cortés les dijo: "Caballeros muy deseados: más de mill veces seáis bienvenidos, que Dios, cuyo negocio tratamos, os ha traído buenos y sanos para adelantáros en esta tierra y tomáros por instrumento para que su sancta fe se plante y el demonio pierda la silla que tanto tiempo ha tenido usurpada", tras lo cual los abrazó. Alderete y Jerónimo Ruiz, "que era muy entendido y leído", pronunciaron algunas palabras. Hubo grandes festejos por la noche y todo el día siguiente.

Escribe Cortés al emperador:

> Yo buscaba siempre, muy poderoso señor, todas las maneras y formas que podía para atraer a nuestra amistad a estos de Temixtitán: lo uno, porque no diesen causa a que fuesen destruidos; y lo otro, por descansar de los trabajos de todas las guerras pasadas, y principalmente porque dello sabía redundaba servicio a vuestra majestad. E dondequiera que podía haber alguno de la ciudad, se lo tornaba a enviar, para les amonestar y requerir que se diesen de paz.

Tras interrogar a los prisioneros mexicas que había llevado Sandoval acerca de la situación imperante en México-Tenochtitlan, les preguntó si deseaban regresar a su ciudad como mensajeros suyos, a pedir a Cuauhtémoc que aceptara la paz y el vasallaje, los españoles querían ser sus amigos y no la causa de su destrucción. Los mexicas aceptaron, aunque expresaron el temor de que su señor los matara si iban con ese mensaje y le pidieron una carta que otorgara más crédito a sus palabras. Salieron de Texcoco el miércoles 27 de marzo de 1521, cinco jinetes se encargaron de llevarlos hasta terrenos seguros para ellos. Cuauhtémoc

no respondió. A decir de Alva Ixtlilxóchitl los mensajeros fueron sacrificados en México, por ser una de sus leyes que el noble capturado por el enemigo no podía volver a su patria, bajo pena de muerte. El escenario estaba casi listo para la etapa final de poner sitio a México-Tenochtitlan.[35]

[35] Hernán Cortés, Tercera carta de relación; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, pp. 176-185; *Códice Ramírez*, pp. 202-203; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. V, caps. XXXV-XXXVIII, XLIV-LXXI, LXXIV-LXXXVI; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. II, caps. CXXX, CXXXVII-CXLIII; G. Baudot y T. Todorov, "Códice Aubin", p. 214; Durán, *op. cit.*, vol. II, caps. LXXV-LXXVII; fray Juan de Torquemada, *Monarquía* indiana, vol. II, caps. LXXIV-LXXXVII; Chimalpahin, "Séptima relación"; Alva Ixtlilxóchitl, "Sumaria relación de las cosas…", núm. 7, "Compendio histórico del reino de Texcoco, Decimatercia. Relación", "Historia de la nación chichimeca", caps. XC-XCII; Solís, *op. cit.*, lib. V, caps. X-XVI.

CAPÍTULO XXIV

Preliminares del sitio

Oh, tú, dueño de cuanto nos rodea, oh, tú, el que está junto de todo
te damos homenajes: nada es desdichado junto a ti.
oh dador de la vida, tú cual flores nos estimas:
sólo nos marchitamos nosotros tus amigos.
Tú los vas destrozando como a las esmeraldas,
y también cual pinturas los vas borrando tú:
todos se van unidos al Reino de los Muertos,
allí en donde está el sitio do todos nos perdemos.
¿En qué nos avaloras, oh dios?
Así vivimos y así también morimos.
¿Adónde vamos a perdernos nosotros tus vasallos?
¿Dónde iremos al fin?
Lloro, pues cuando sientes hastío, dador de vida,
las esmeraldas se quiebran, las plumas finas se desgarran.
Tú te estás mofando: ¡nada somos, en nada nos estimas,
nos destruyes aquí!

Poema náhuatl[1]

Cortés envió a La Española cuatro navíos en busca de refuerzos, armas, pólvora, caballos y pertrechos, pues como dice en su Segunda carta, "peones rodeleros aprovechan muy poco solos"; llevaban también el encargo de comprar cuatro navíos y con ellos mandó cartas para el licenciado Rodrigo de Figueroa y para los oficiales reales,

1 Ángel María Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, vol. I, p. 194.

notificándoles cómo marchaba su empresa de conquista, y pidiendo le dieran toda la ayuda y favor que pudieran, por tratarse de un servicio para el emperador. Sus enviados iban cargados de oro, joyas, mantas y plumajes, tanto para las compras como para los sobornos, de los que siempre supo usar muy bien, y como una muestra de la riqueza de la tierra que decía estar conquistando.

Bernal narra que en esta misión fueron Alonso de Ávila y Francisco Álvarez Chico a Santo Domingo. Cortés envió a Ávila a pesar de que, por su valentía y pocas letras, podía ser de más utilidad en la guerra, pero no tenía buenas relaciones con otros capitanes, decía siempre lo que pensaba y lo sostenía ante quien fuera; además, el extremeño deseaba dar la capitanía de Ávila a Andrés de Tapia y la contaduría que éste tenía a Alonso de Grado.

Cortés envió otro navío a Jamaica a comprar caballos y yeguas, bajo el mando de un fulano de Solís, al que, tras ganarse México, le decían Solís el de la Huerta. El oro que llevó fue del que pudieron sacar los tlaxcaltecas la Noche de la Huida. La fecha de estas salidas no se conoce, pero sin duda los enviados ya estaban en Santo Domingo para fines de diciembre, pues los refuerzos llegaron a Veracruz en febrero.

Cervantes declara que cuando los enviados llegaron a Santo Domingo convencieron a muchos de alistarse en las filas de Cortés, mas la Audiencia se negó a que partieran en número tan grande, ya que la seguridad de la isla podría verse amenazada.

De gran importancia fue una segunda misión enviada a España por el extremeño, que zarpó el 5 de marzo de 1521. Bernal cuenta que iban a cargo Antonio de Mendoza (a quien llaman a veces Alonso), natural de Medellín (único que menciona Cortés de este sitio), y Diego de Ordaz. Llevaban con ellos la Segunda carta de relación de Cortés a Carlos V, fechada curiosamente en octubre de 1520, sin mención de

los cinco meses siguientes, así como oro y obsequios para el emperador y otras personas.

Bernal relata que Alonso (Antonio) de Mendoza y Diego de Ordaz eran portadores de "ciertos recaudos de Cortés, que yo no sé otros que llevasen nuestros, ni nos dio parte de cosa de los negocios que enviaba a tratar a Su Majestad, ni lo que pasó en Castilla yo no lo alcancé a saber", aunque más tarde dice conocer algo de lo que sucedió; agrega que a Ordaz lo nombraron comendador de Santiago, dándole por armas el volcán Popocatépetl. Según fray Juan de Torquemada, los comisionados llevaban 30 000 pesos de oro en quintos y servicios reales; el fraile afirma que también escribieron al emperador los alcaldes y regidores de la Villa Rica, lo cual apoya Antonio de Solís. Al parecer llevaban algunos indígenas para que el emperador los viera.[2]

Embarcaron con ellos los descontentos, a quienes Cortés había otorgado esa licencia; desembarcaron en Matanzas, Cuba, donde Ordaz se enteró de que Diego Velázquez había ordenado confiscar su encomienda de la Trinidad. Siguieron a Santo Domingo, donde Ordaz permaneció hasta septiembre, redactando una probanza sobre sus proezas para reclamar su encomienda confiscada. Mendoza continuó el viaje solo.[3]

En Santo Domingo fueron vistos algunos de los obsequios enviados al emperador. El licenciado Zuazo seguramente los conoció; no deja de ser interesante transcribir partes de una carta que envió a fray Luis de Figueroa, prior de la Mejorada, pues permite entrever cuál era la imagen que en ese tiempo recorría las islas, y seguramente Europa, sobre las tierras que Cortés supuestamente conquistaba. Zua-

2 AGS, Cámara, *Castilla*, 7, ff. 76, 95, 28 [827].

3 Información de Diego de Ordaz, Santo Domingo, 1521, CDI, XL, 103 [827].

zo las sitúa geográficamente: estaban más allá de Yucatán, escribe, donde costeando siempre al poniente

> se nos descubren tierras maravillosas y nunca vistas ni traídas a la memoria de los pasados, a las que llaman las provincias de Cempoal, Caluacán, México, Taxcaltecle, Cherurla, Tenecatán, donde hay ciudades en grande admiración de a diez mill, treinta mill, cincuenta mill, sesenta e ochenta mill vecinos; todas están labradas de piedra, e cal, e tierra maravillosamente de muy grandes e ricos edificios.

Enseguida menciona a Motecuhzoma, su ciudad, sus palacios y mercados, donde había, entre otras cosas,

> plumajes e argenterías maravillosas, y con tanto primor fabricadas, que excede todo ingenio humano para comprenderlas y alcanzarlas. Yo vi tres cabezas de animales fieros, con sus cuerpos hechos de pluma, que se viste un hombre tomando cualquiera de las dichas cabezas sobre la suya; e viéndole venir al hombre a gatas, como fiero animal, no hay nadie que no haga grandes semblantes de miedo; porque la dicha cabeza e cuero con su cola e brazos, está tan propiamente compuesto, que ni Circe ni la Pitonisa pudieron volver en sus tiempos tan aparentemente los dichos hombres en bestias, como la sotileza de los dichos Indios obra en cosas semejantes [...] Vi muchas mantas a dos haces, labradas de plumas de papos de aves, tan suaves, que trayendo la mano por encima a pelo y pospelo, no era mas que una marta cebellina muy bien adobada: hice pesar una dellas, no peso más de seis onzas. Dicen que en el tiempo del invierno una abasta para encima de la camisa, sin otro cobertor, ni más ropa encima de la cama.

Describe varias artesanías que le parecían asombrosas y maravillosas:

> Dicen que hacia el Hueste o Poniente, cuarta al Sudueste, hay unas sierras altas de las quales diz que vienen gigantes de maravillosa estatura: llevan al Emperador [los enviados de Cortés] un hueso desde la rodilla hasta el vertebro de la cadera en que hay cinco palmos y medio grandes [...] Afirmase por ciertas conjeturas, que detrás de las dichas sierras esta una gran casa a manera de monasterio de mujeres, donde está una dama principal que llaman los castellanos Señora de la plata: dicen cosas acerca desto que yo no las oso escribir a V. R. porque son cosas increíbles: baste que diz que tiene esta señora tanta plata, que diz que todos los pilares de su casa son hechos della, cuadrados, ochavados, torcidos, e todos macizos de plata.[4]

El licenciado Zuazo repite el supuesto de que los nativos se circuncidaban "a manera de Moro o Judío", y afirma que

> Hay entre ellos algunos caballeros de los que arman en el castillo de Triana con sus santbenitos en que diz que traen pintadas ciertas cruces por el delito de la herejía, e a los que hallan pertinaces quémanles gentilmente: cosa en verdad fue esta que yo más admiración ove que de todas las pasadas,[5]

[4] ¿Podrá ser este un curioso y lejano antecedente de la canción infantil que aún entonan los niños: "Doña Blanca está cubierta de pilares de oro y plata"?

[5] CDI, I.

interesante ejemplo de cómo pueden deformarse los hechos. Así toman fuerza la leyenda y los mitos sobre el fabuloso y rico continente americano, que perdurará por siglos.

En cuanto a la cuestión moral, dice García Icazbalceta, quien publicó esta carta, que en su tiempo no le permitieron imprimir ciertos comentarios hechos por Zuazo. Entre los que pasaron la censura está la opinión de que los nativos cometían los tres pecados de ateísmo, sodomía y canibalismo, además de que "sacrifican todos los días del mundo gentes vivas", y los sacerdotes "antes que lleguen al altar o a hacer sacrificio, se entregan a los más repugnantes excesos; y para esto nunca están ciegos. Hállanse sin ninguna vergüenza diez, doce, quince juntos en este pecado abominable".[6] Y así va tomando fuerza el concepto de primitivismo, superstición y degradación del "otro", del no europeo que propiciará la explotación, el abuso, la esclavitud, la destrucción de culturas y la expoliación de las riquezas naturales de buena parte del mundo que ha impartido el colonialismo, también por siglos.

Conviene mencionar brevemente las gestiones de los procuradores de Cortés en España, para no interrumpir posteriormente el relato. Solís es quien narra más extensamente sus quehaceres; relata que no mencionaron el propósito de su misión al llegar a Sevilla (en el otoño de 1521), primero deseaban enterarse del estado en que se encontraban los asuntos de Cortés, llevados por sus primeros procuradores, Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo. Cuando supieron que los jueces de contratación tenían orden del obispo Rodríguez de Fonseca de apresar a cualquier procurador llegado de la Nueva España, así como de embargarles el oro y demás cosas que trajeran, trataron de ponerse

[6] CDH, I, pp. XVII-XVIII, 358-367. Se dice que esta carta fue escrita en Cuba el 14 de noviembre de 1521.

a salvo, dejando lo que traían en la Casa de Contratación y saliendo en secreto de Sevilla rumbo a Medellín, en busca del padre de Cortés, Martín, y de Hernández Portocarrero y Montejo; una vez reunidos determinarían qué pasos seguir. Tras la cordial bienvenida, los abrazos y el intercambio de información, discutieron los asuntos serios. Cavilaron en la conveniencia de llevar los despachos de Cortés al cardenal Adriano, regente de España en ausencia de Carlos V, mas como en el reino aún había disturbios de los comuneros resolvieron esperar a que se tranquilizara la situación (como en breve sucedió, tras un enfrentamiento armado), así como el regreso del emperador a la Península.

Tres de los procuradores, Montejo, Ordaz y Mendoza, al parecer en compañía de Martín Cortés y Francisco Núñez, marcharon a la corte en Vitoria, donde solicitaron audiencia con el cardenal Adriano, que les fue concedida tras alguna dilación. Pusieron al regente al tanto de los acontecimientos de la llamada conquista de México y le entregaron las misivas de Cortés para el emperador, así como un memorial sobre los bienes y obsequios que habían sido embargados en Sevilla. Le contaron sobre la orden dada en esa ciudad de encarcelar a quienes llegaran de la Nueva España como procuradores de Cortés, expusieron los motivos que tenían para desconfiar del obispo Rodríguez de Fonseca y le pidieron autorización para recusarlo legalmente, ofreciéndose a probar sus acusaciones o ser castigados de acuerdo con la ley. Se dice que el cardenal los alentó y se ofreció a cuidar de sus asuntos, le molestó lo del embargo y lo de las órdenes dadas a Sevilla, de las que no tenía noticia, y menos había otorgado su licencia. También los autorizó a proceder contra el obispo Rodríguez de Fonseca, prometiendo defenderlos de cualquier daño que por ello pudieran sufrir.

Los procuradores y Martín Cortés formalizaron sus denuncias en el Consejo de Indias, dirigidas contra el presiden-

te de ese organismo; entregaron las acusaciones por escrito. Los jueces no se atrevieron a negar la instancia, bien sabían que pronto regresaría el emperador y que los procuradores habían hablado con Adriano.

Solís afirma que tanto Bernal Díaz como otros, que lo copiaron de la historia de este cronista, exageran dicha denuncia. "Él dice lo que oyó, y ellos lo trasladaron", si bien es cierto, asegura, que se aprobaron algunas, como el querer Rodríguez de Fonseca casar a una sobrina suya con Diego Velázquez o el haberse expresado el obispo con aspereza ante los procuradores de Cortés, tildando al extremeño de rebelde y traidor. Sin embargo, ello fue suficiente para que se otorgara la razón a los procuradores de Cortés, vista la causa conforme a derecho y previa consulta del Consejo y resolución del cardenal Adriano; se ordenó que Rodríguez de Fonseca se abstuviera de intervenir en los asuntos referentes a Hernán Cortés y Diego Velázquez y se revocaron sus órdenes y los embargos de Sevilla.

De nuevo se celebraron en España las hazañas de Cortés y sus hombres, tras haber caído en descrédito por su supuesta traición a la Corona. Adriano ordenó agilizar las demandas de los procuradores, aunque por este tiempo recibió la noticia de su elección como sumo pontífice de la Iglesia católica y tuvo que trasladarse a Roma (elegido como papa en enero de 1522 con el nombre de Adriano VI); por el camino envió órdenes favorables a los procuradores, ya sea porque consideraba que Cortés tenía la razón o para facilitar su conquista, pues creía que eso llevaría a la conversión al cristianismo de millares de infieles.

Poco tiempo después Carlos V arribó a Santander, en las costas de Cantabria. Entre sus múltiples preocupaciones y pendientes hizo lugar para ventilar los asuntos de la Nueva España, "que siempre le debieron particular atención", comenta Solís. Escuchó tanto a los procuradores de Cor-

tés como a los de Velázquez, se enteró de los informes de Adriano, confirmó la recusación de Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos, y ordenó que se integrase un comité encargado de ocuparse de esos asuntos, nombrando para ello a personas de altura, lo que demuestra la buena disposición del emperador: Mercurio Gattinara, gran canciller de Aragón; Hernando de la Vega, señor de Grajal y comendador mayor de Castilla; el doctor Lorenzo Galíndez de Carvajal; el licenciado Francisco de Vargas, miembro del consejo y de la cámara del rey; el señor de la Rosa, ministro flamenco; aunque, a decir de Solís, no estuvieron entre ellos el señor de Laxao, como lo afirman Bernal y Herrera, pues aquél ya había muerto.

El comité examinó los papeles pertinentes, memoriales, cartas y relaciones, encontrando tantas divergencias que mandaron llamar a los procuradores de ambas partes. Entre los de Diego Velázquez estaba Andrés de Duero. Para abreviar el tiempo, pues urgía una resolución para la buena marcha de la conquista, y la vía legal era larga, acordaron que el juicio se realizara prácticamente de forma verbal. El comité convino en que Diego Velázquez no tenía motivos para querer apropiarse de la conquista de la Nueva España, que sólo podría reclamar el pago de lo que hubiera gastado en ella, previa constancia de que el dinero era suyo y no de la Corona. Determinaron que había otorgado su nombramiento a Cortés sin tener autoridad para hacerlo y sin licencia de los gobernadores, a cuyas órdenes estaba y, en caso de que la tuviera, la había perdido cuando revocó ese nombramiento, por lo que Hernán Cortés quedaba en libertad de proceder como lo considerara más conveniente para el servicio del emperador.

Se comentó que de parte de Cortés hubo un comportamiento poco adecuado y falto de obediencia, pero podía justificarse parcialmente debido a su comprensible irritación, y

más aún por el éxito obtenido hasta esos momentos, por lo que lo consideraban merecedor de tener el gobierno de lo que había conquistado; opinaron que debían proporcionársele ánimos y auxilios para concluir su labor. En cambio, Diego Velázquez fue encontrado culpable de ambición desmedida, de intentar aprovecharse de las hazañas ajenas en beneficio propio, lo cual le llevó al extremo de enviar un ejército contra Cortés, desobedeciendo las órdenes de los gobernadores y de la Audiencia de Santo Domingo; por ello merecía una severa llamada de atención.

Las resoluciones del comité fueron presentadas al emperador para su visto bueno y para que se pronunciara sentencia. Carlos V ordenó que se nombraran algunos religiosos para ocuparse de la conversión de los indígenas, pues ello constituía el "primer desvelo del emperador", y que se enviara auxilio a Cortés: hombres, armas y pertrechos en la primera flota que se pudiera. Mandó a los gobernadores de las islas y a la Real Audiencia de Santo Domingo favorecer en lo posible la tarea de Cortés, y cuidar que no hubiera impedimentos que la amenazaran. Envió también orden a Diego Velázquez de no entrometerse en la conquista de la Nueva España, amonestándolo con alguna aspereza.

Otra carta fue remitida a Francisco de Garay, prohibiéndole enviar expediciones a la Nueva España. Y una más a Hernán Cortés, "llena de honras y favores de los que saben hacer los reyes cuando se hallan bien servidos, y no se dediñan de quedar obligados", dice Bernal. En la carta le otorgaba su aprobación, mencionando que se le enviaba por separado el nombramiento de gobernador y capitán general de aquella tierra, recordando también los servicios particulares de los capitanes y hombres que le acompañaban. Le encargaba tratar bien a los nativos, y sobre todo instruirlos en la fe. Carlos V firmó estas cartas en Valladolid el 22 de octubre de 1522, y ordenó que las llevaran de inmediato dos de los

procuradores de Hernán Cortés, mientras los otros dos debían permanecer en España ocupándose de los asuntos de esa conquista. Si bien ello produjo efectos posteriores a la caída de México-Tenochtitlan, los he mencionado aquí a fin de no dejar cabos sueltos.

Es tiempo de regresar a la llamada Nueva España, donde Cuauhtémoc y los mexicas seguían realizando desesperados esfuerzos para impedir el avance de los aliados, mientras que estaban decididos a vencer o a morir.

El 30 de marzo de 1521, Sábado Santo, llegaron de nuevo mensajeros de Chalco, pidiendo una vez más auxilio, los mexicas estaban por atacarlos. Mostraron a Cortés, pintados en un gran paño, los dibujos de todas las poblaciones que se habían unido para ir en su contra, así como los caminos por los que marchaban. Cortés respondió que de momento no podría ayudarles, pretextando que era la pascua de su dios, mas en cuatro o cinco días lo haría. El ánimo de los mensajeros decayó, pero esperaron.

El 2 de abril, tercer día de la Pascua, arribaron otros chalcas con la noticia de que el enemigo estaba cerca de sus tierras. Cortés les aseguró que iría en persona y no cejaría hasta echar a los mexicas de su comarca, mandó pregonar para que el siguiente viernes estuvieran preparadas las tropas que lo acompañarían. Al parecer había decidido realizar una campaña decisiva para evitar en lo posible los continuos ataques mexicas por el sur. Al mismo tiempo practicarían un reconocimiento de todo el territorio que rodeaba los lagos y tratarían de completar el círculo para estrangular a México-Tenochtitlan.

Por la mañana del viernes 5 de abril salieron de Texcoco después de oír misa. Cortés iba al mando, acompañado por Pedro de Alvarado, Andrés de Tapia, Cristóbal de Olid, el recién llegado tesorero Julián de Alderete, fray Pedro Melgarejo y Bernal Díaz, así como 30 de caballería, 300 peones, entre

ellos 15 escopeteros y 20 ballesteros, y a decir de Cortés más de 20 000 acolhuas (Bernal y Cervantes dicen que eran tanto tlaxcaltecas como acolhuas, mientras que Alva Ixtlilxóchitl menciona a Ixtlilxóchitl a la cabeza de 24 000 acolhuas). Gonzalo de Sandoval quedó a cargo de Texcoco y de los bergantines, al mando de 20 de caballería y 300 de infantería.

La fuerza de Cortés pernoctó en Tlalmanalco, población cercana a Chalco, donde fueron bien recibidos y aposentados. Alva Ixtlilxóchitl dice que ahí se les unieron 4 000 guerreros provenientes de Chalco, Tlaxcala, Huexotzinco, Quauhquechollan y otros sitios.

Llegaron a Chalco a las nueve de la mañana del día siguiente, sábado 6 de abril. Cortés pidió a los señores reunirse para hablar con ellos; Marina y Jerónimo de Aguilar seguían siendo los intérpretes. El extremeño les comunicó que deseaba dar una vuelta completa alrededor de los lagos, todas las poblaciones deberían darse de paz o las subyugaría por la fuerza, para dejar a los mexicas totalmente aislados. Luego regresarían a Texcoco, donde los bergantines deberían estar listos para iniciar el ataque contra la capital mexica. Para finalizar, les pidió el apoyo de sus guerreros. Respondieron que al día siguiente los tendría a su disposición (es mucho más probable que Cortés y los jefes aliados resolvieran en conjunto la estrategia a seguir).

Partieron a vísperas, llegando a Chimalhuacán-Chalco, donde se les reunieron más guerreros chalcas. Los aliados sumaban ya, según Cortés, más de 40 000; Bernal habla de 20 000, aunque tal vez el extremeño mencione al total y Bernal sólo a los recién llegados, procedentes de Chalco, Texcoco, Huexotzinco, Tlaxcala y otros pueblos. Era tal cantidad, dice Bernal, que en ninguna otra campaña de la Nueva España en que él estuvo presente vio a tantos guerreros indígenas en compañía de los españoles; afirma que los motivaba el despojo que podrían obtener, omitiendo que era una alianza cuyo

motivo era vencer a los mexicas y librarse de su amenaza, y no pudo dejar de decir: "y lo más cierto por hartarse de carne humana"; y los compara, muy ingratamente, ya que sin sus aliados no hubieran podido lograr sus objetivos, con los cuervos, milanos y aves de rapiña que seguían a los ejércitos en Italia para alimentarse de cadáveres, "así he juzgado que nos seguían tantos millares de indios".

Los aliados aseguraron a los españoles que el enemigo no estaba muy lejos y que los esperaban. Cortés ordenó que al cuarto del alba estuviesen listos para partir. Oyeron misa y emprendieron la marcha ese domingo 7 de abril. Cortés a la vanguardia, con 20 jinetes, los otros 10 cuidaban la retaguardia. Tuvieron que cruzar al otro lado del Valle de México, pasando con gran orden por entre peñascos y dos ásperas sierras, donde el enemigo tenía fortificaciones desde las que les gritaban, aunque sin salir a atacarlos, ni los aliados se detuvieron a luchar, pues debían seguir adelante.

Entraron a la provincia de Totolapan, pasaron a lo largo de algunas llanuras y llegaron al gran pueblo de Yautepec, abandonado. Hacia las dos de la tarde vieron un peñol muy alto, con las laderas cortadas a pico en la roca, la cima llena de tlahuicas,[7] los guerreros alrededor y arriba sus mujeres e hijos. Se trataba de Tlayacapan.

En cuanto los tlahuicas vieron al enemigo empezaron a lanzar grandes alaridos, sobre todo las mujeres, y a prender muchas humaredas. A pesar de la gran dificultad que entrañaría desalojarlos, dice Cortés "parecíame, aunque era otro nuestro camino, que era poquedad pasar adelante sin hacerles algún mal sabor; y porque no creyesen nuestros amigos que de cobardía lo dejábamos de hacer". Dieron una vuelta alrededor del peñol, reconociendo la circunferencia,

[7] Y no de "escurridizos mexicas, que se habían establecido en territorio xochimilca", como afirma Hugh Thomas, *La conquista de México*, p. 528.

que medía casi una legua (5.572 km); por todos lados "era tan fuerte que parecía locura querernos poner en ganárselo", y no tenían tiempo para intentar vencerlos por medio de un prolongado sitio. Decidieron atacarlo por tres partes a la vez. Cortés ordenó al alférez Cristóbal Corral, a quien siempre mantenía cerca, liderar con su bandera la acometida por la parte más difícil, junto con varios escopeteros y ballesteros, mientras que los capitanes Juan Rodríguez de Villafuerte y Francisco Verdugo intentarían subir por otro lado, y los capitanes Pedro de Ircio y Andrés de Monjaraz por un tercero. La señal para iniciar el ataque fue un tiro de escopeta, la consigna era "Haber la victoria o morir". Cortés permaneció abajo, cuidando las espaldas y el fardaje.

Las tropas iniciaron el ascenso. En cuanto estuvieron a distancia de tiro los tlahuicas empezaron a arrojarles piedras, flechas y lanzas, causándoles bastante daño. Lograron subir hasta cierta altura, en adelante la cuesta era tan abrupta que utilizando manos y pies no podían sostenerse; además, les arrojaban cantidad de galgas que rodaban desde lo alto, rompiéndose algunas en pedazos al caer y provocando grandes estragos; "fue cosa espantosa como se venían despeñando y saltando, que fue milagro que no nos matasen a todos", comenta Bernal; agrega que a sus pies murió un tal Martínez, valenciano, antiguo maestresala de un señor de Salva en Castilla, quien, como llevaba la cara cubierta por una celada, no pudo emitir ni una palabra; murieron también Gaspar Sánchez, sobrino del tesorero de Cuba, y un tal Bravo. Aun así, intentaron seguir subiendo; otros dos murieron, uno de ellos era Alonso Rodríguez, "harto esforzado"; el otro quedó desvanecido, el golpe de la piedra le incrustó los huesos del cráneo en el cerebro, Cortés lo reanimó levantando el hueso con un cuchillo de escribano, de modo que pudo confesarse antes de morir; otros estaban "descalabrados en la cabeza dos, y en las piernas todos los más de nosotros, y

todavía porfiar y pasar adelante", escribe Bernal. Éste, como aún era ágil, iba tras el alférez Corral, también descalabrado, con el rostro lleno de sangre y la bandera rota. Trataban de encontrar alguna roca, repliegue del terreno o árbol que los protegiera, hasta que Corral manifestó que era imposible seguir adelante. Se aproximaba a ellos Pedro Barba, capitán de ballesteros, con otros dos soldados, moviéndose de refugio en refugio. Bernal les gritó que pararan, pues no había manera de seguir; en ese momento cayeron tantas piedras que Pedro Barba fue herido y un español murió. Corral mandó avisar a Cortés, de boca en boca, que era imposible seguir subiendo, incluso retirarse sería peligroso.

Mientras tanto los que estaban abajo con Cortés también sufrían daños con las piedras que llegaban hasta ellos, tres españoles habían muerto y siete estaban heridos, no se menciona por supuesto a los aliados nativos. El capitán no alcanzaba a ver desde su posición todas las tropas que subían el peñol y estaba muy preocupado por el peligro que enfrentaban. Finalmente ordenó que bajaran, a señas, gritos y tiros de escopetas se los hicieron saber. Trajeron con ellos los cadáveres de ocho de sus compañeros, cubiertos de sangre, las banderas rotas. Al ver a los vivos Cortés dio gracias a Dios de que fuesen tantos, aunque en su carta declara que sólo hubo dos muertos.

Los vigías reportaron que venían hacia ellos grandes escuadrones enemigos, al parecer se trataba de refuerzos enviados por los mexicas que intentaban atacarlos por dos frentes; "todo el campo estaba lleno dellos", comenta Cortés. La caballería arremetió, rechazándolos y persiguiéndolos por más de hora y media. Como el enemigo era muy numeroso los jinetes fueron en varias direcciones, al regresar informaron a Cortés que a una legua de distancia habían visto otro peñol, también lleno de enemigos, aunque menos abrupto, y en sus alrededores estaba poblado, por lo que no

les faltaría el agua para beber, como sucedía en ese. Bernal comenta que sólo habían encontrado unas pequeñas fuentes tan enturbiadas por la multitud que bebía que ya se habían vuelto lodo.

"E aunque con harta tristeza de no haber alcanzado victoria, partímonos de allí", concluye Cortés. Bernal relata que en el otro peñol había un número mayor de nativos, y que era aún más difícil de tomar. Esta será la primera vez que renunció a tomar un objetivo, ya que era demasiado costoso en vidas y no tenía valor estratégico. Durmieron cerca, escuchando el gran estruendo de caracolas, tambores y gritos de los tlahuicas arriba del peñol, sin haber encontrado agua suficiente; ni los hombres ni los caballos habían bebido en todo el día.

El lunes 8 de abril Cortés y sus capitanes inspeccionaron el peñasco, parecía tan fuerte como el anterior; tenía dos cerros a los lados, que lo dominaban, no parecían tan difíciles de subir, aunque estaban llenos de guerreros. Empuñaron sus rodelas y fueron a probar su fortaleza. El enemigo los insultaba a gritos desde las laderas, lanzando sus proyectiles, creyeron que atacarían el peñol entre las dos alturas, por lo que las abandonaron para ir a ese. Cortés, considerando que si tomaban uno de los dos cerros podrían causar considerable daño desde arriba, mandó a uno de sus capitanes subir rápidamente con los ballesteros y escopeteros, mientras él, con Francisco Verdugo y el tesorero Alderete, que se enorgullecían de ser buenos ballesteros, y con Pedro Barba y el resto de los aliados, empezaron a subir al peñol de en medio, desde donde les tiraban tal cantidad de piedras, grandes y pequeñas, hiriendo a muchos, que tuvieron que abandonar el intento.

Mientras, en la otra altura, lograron poner la bandera y comenzaron a disparar con escopetas y ballestas hacia el de en medio. Tras media hora, al ver el daño que recibían, ya que en un llano de la cima estaban refugiadas las mu-

jeres y los niños, y debido a la gran sed que tenían siendo tantos no había suficiente agua, los tlahuicas hicieron señas de rendición; las mujeres ondearon mantas al viento y palmeaban, indicando así que estaban dispuestas a hacer tortillas, mientras que los hombres colocaron sus armas en el suelo.

Cortés relata que dio la orden de cese al fuego. Bajaron del peñol cinco principales, a los que recibió con buenas palabras, aunque enojado. Les aseguró que bien merecían la muerte por haber iniciado las hostilidades, mas si aceptaban hablar con los del peñol y los convencían de rendirse, los perdonaría; si no, les pondrían sitio hasta que murieran de hambre y de sed. Cervantes reporta que los de Cortés amenazaban a los que se habían rendido con castigarlos cruelmente si los demás no deponían sus armas, por lo que fueron a toda prisa a decirles que los enemigos tenían alas y subían a donde los pájaros no podían, pero eran de buen corazón y no les harían daño. Los convencieron de aceptar la paz, pedir perdón y, para variar, jurar vasallaje al emperador español.

Dorantes de Carranza escribe que en estos dos peñoles, que llama de Tetela y de Hueyapan, María de Estrada pidió permiso a Cortés de arremeter, primera de todos, contra el enemigo; montó a caballo, empuñó una lanza y una adarga y picó espuelas, invocando a Santiago, seguida por algunos otros hizo huir a los contrarios. Cortés, al ver esa hazaña, concedió a María esos dos pueblos en nombre del emperador.[8]

El extremeño ordenó al alférez Corral, a los capitanes Juan Jaramillo y Pedro de Ircio, y a Bernal Díaz subir al peñol y ver cuántos nativos había, quiénes eran y si había muchos heridos o muertos. Les dijo: "Mirad, señores, que

[8] Baltasar Dorantes de Carranza, *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*, p. 28.

no les toméis ni un grano de maíz". Bernal, que bien lo conocía, entendió que quería decir que se aprovecharan, para eso los enviaba. Subieron con trabajo, para llegar a la cima debían pasar por una abertura estrecha entre las laderas a pico. En la altura encontraron un llano amplio, lleno de gente, había unos 20 muertos y muchos heridos, sin gota de agua para beber, pero con sus posesiones, así como los bienes que debían pagar de tributo a los mexicas, liados en mantas. Bernal, al ver tantas cargas de ropa y enterarse que eran de tributo, empezó a cargar a cuatro tlaxcaltecas, naboríos suyos, y a otros cuatro nativos, sin tomar nada del maíz, como había dicho Cortés. Pedro de Ircio le reprochó contravenir las órdenes del extremeño, Bernal se empeñó, pero tuvo que ceder por ser Ircio el capitán. Cuando regresaron ante Cortés, Ircio, para desacreditar a Bernal, reportó su actitud; el extremeño respondió medio enojado que los había enviado para aprovecharse y en vez de eso quitaron a Bernal, que lo había bien entendido, "el despojo que traía de estos perros, que se quedaran riendo con los que nos han muerto y herido". Ircio quiso regresar por los bultos, Cortés replicó que ya no había tiempo. La tirria de Bernal por Pedro de Ircio es tan manifiesta como siempre, la imagen que da de él no concuerda con la que ofrece Cortés, que lo consideró un buen capitán.

Los españoles y sus aliados reposaron dos días al pie del peñol, los más heridos fueron enviados de regreso a Texcoco. El miércoles 10 de abril siguieron adelante, llegaron a las diez de la mañana a Huaxtepec, población que ya había sido "pacificada" por Gonzalo de Sandoval; los recibieron bien, aposentándolos en su famosa huerta. Esta vez Cortés se deshace en elogios:

> la cual huerta es la mayor y más hermosa y fresca que nunca se vio, porque tiene dos leguas de circuito, y por medio della va una muy gentil ribera de agua, y de trecho en trecho, cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jardines muy frescos, y infinitos árboles de diversas frutas, y muchas hierbas y flores olorosas; que cierto es cosa de admiración ver la gentileza y grandeza de toda esta huerta.

Julián de Alderete y fray Pedro Melgarejo quedaron muy admirados por la huerta, asegurando que no habían visto nada mejor en Castilla.

Al otro día, jueves 11, partieron. Llegaron a las ocho al poblado de Yauhtepec, ocupado por cantidad de guerreros. A los españoles les pareció que hacían señas de paz, ya fuese por temor o para engañarlos, pues enseguida los enemigos huyeron abandonando el pueblo, perseguidos por dos leguas por 30 de caballería, hasta que se refugiaron en el pueblo de Xiuhtepec (el Gilutepeque de Cortés, al que Bernal confundió con Tepoztlán);[9] aun así alancearon y mataron a muchos, pues los habitantes estaban desprevenidos ya que la caballería llegó más rápido que sus vigías. Lograron capturar buena cantidad de mujeres y de niños y obtener un cuantioso botín.

Permanecieron en el poblado el viernes 12 de abril, esperando que el señor acudiera a rendirse, nunca lo hizo, por lo que al partir el extremeño ordenó incendiar el pueblo. Poco antes habían ido a verlo los de Yauhtepec; si los perdonaba se darían por vasallos.

La hueste partió la mañana del sábado 13 y pronto llegaron frente a Cuauhnáhuac (el Coadnabaced de Cortés; Bernal lo llama Cornavaca o Coadlavaca, y comenta: "comúnmente corrompemos ahora aquel vocablo y le llamamos

[9] Confusión en que parece seguirlo H. Thomas, *La conquista…*, p. 529.

Cuernavaca"; dice que era "muy mejor y mayor pueblo"), era la cabecera de la provincia de los tlahuicas, de la que, a decir de Alva Ixtlilxóchitl, el señor era un tal Yoatzin. Estaba llena de guerreros, mexicas y tlahuicas. El poblado tenía una posición estratégica, rodeado por cerros que le daban un clima excepcionalmente agradable al quedar protegido de los fríos vientos del norte, y también por profundas barrancas, corrían riachuelos en el fondo de muchas; algunas con hasta 10 estados de hondura (19.5 m), por lo que la caballería no podía entrar a la población excepto por dos partes; para llegar a ellas debían dar un rodeo de más de legua y media, pero lo ignoraban. Las entradas normales eran dos puentes de madera que estaban quitados, sus habitantes y defensores se sentían tan seguros "que aunque fuéramos diez veces más no nos tuvieron en nada", manifiesta Cortés.

Al aproximarse las fuerzas del extremeño el enemigo empezó a lanzarles piedras, dardos, flechas y lanzas a placer desde el lado opuesto de la barranca, sin que pudieran desalojarlos. Uno de los aliados dijo que a media legua existía una entrada para los caballos. Cortés fue en su busca, acompañado por algunos jinetes. Mientras tanto, un tlaxcalteca notó que en un lugar de la barranca había árboles por cuyas ramas sería posible pasar al otro lado, aunque no sin peligro; logró cruzar sin ser visto, seguido por otros tlaxcaltecas y españoles, tres de los cuales cayeron a la barranca, rompiéndose uno la pierna; Bernal mismo, que cruzó por ese sitio, declara que "lo vi muy peligroso y malo de pasar, y se me desvaneció la cabeza, y todavía pasé". Ya del otro lado atacaron por la espalda a los defensores, quienes, teniendo por imposible esa hazaña, creyeron que serían muchos más y huyeron espantados, perseguidos por los aliados.

Los demás, embebidos en lanzar proyectiles, no se dieron cuenta hasta que fueron atacados por la espalda, momento en que llegaron Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado,

Andrés de Tapia y otros jinetes que habían logrado cruzar con gran riesgo por un puente roto; entre todos pusieron al enemigo en fuga.

Hacia mediodía llegó Cortés al poblado con el resto de la caballería, tras haber pasado por el vado. La población fue incendiada,[10] sus pobladores y guerreros huían hacia las montañas, perseguidos por los jinetes, que mataron a muchos. "En este pueblo se hubo gran despojo, así de mantas muy grandes como de buenas indias", comenta Bernal (por lo visto se aprovisionaban muy bien de "buenas" indias en todos lados). Ya tarde llegaron unos vigías a decir a Cortés que se aproximaban 20 indígenas que parecían principales. Pronto llegaron y con grandes reverencias ofrecieron al capitán algunas joyas y manifestaron que acudían a presentar su rendición, y a pedirle su perdón y clemencia, culpando de su resistencia a las órdenes enviadas por Cuauhtémoc, quien también les había mandado algunos refuerzos mexicas; afirmaron que habían tardado en rendirse para pagar así sus culpas, permitiendo que primero les hicieran daño, pensando que después de eso ya no los castigarían más. Según Alva Ixtlilxóchitl fue el acolhua Ixtlilxóchitl quien mandó reprender a Yoatzin por su rebeldía, pidiéndole darse de paz, y que por eso lo hizo. El poblado estaba tan destruido que esa noche los españoles se quedaron a dormir en la huerta de Yoatzin, grande y hermosa. Esa entrada había tenido éxito.

A la mañana siguiente, domingo 13 de abril, Cortés y los suyos siguieron su camino por una tierra llena de pinares, despoblada y sin agua; pasaron con grandes trabajos por un puerto entre las montañas, pues tenían que cruzar, las altu-

[10] H. Thomas declara que la ciudad se incendió "misteriosamente", pero Cortés escribe de manera expresa que fueron sus tropas quienes le prendieron fuego, *cfr*. *La conquista de México*, p. 530.

ras que rodean al Valle de México, hacia la cuenca, con otro plan estratégico.[11]

Fue tanta la falta de agua que padecieron, relata Bernal, que los tlaxcaltecas desmayaban y uno murió de sed, según le parecía recordar, y también falleció un español viejo y enfermo. No deja de ser curioso que Cortés no tuviera conocimiento de estos terrenos, contando con la inteligencia nativa o, si la tuvo, que procediera con esa peligrosa marcha.

Descansaron un rato a la sombra de los pinares. Cortés mandó a Olid, Valdenebro, González Trujillo y otros tres jinetes adelantarse para explorar y ver si encontraban casas o un pozo que les habían dicho estaba por el camino. Bernal fue hacia otra parte por iniciativa propia, junto con tres naborías tlaxcaltecas; se encontraron con los jinetes enviados por Cortés que intentaron hacerle regresar sin éxito, pues "era tanta la sed que tenía, que aventuraba mi vida por hartarme de agua". Olid le dio permiso de seguir con ellos. A media legua había muchas estancias y casas sobre las laderas de unos montes. Los jinetes fueron a buscar agua, la encontraron y se atiborraron; uno de los tlaxcaltecas de Bernal llevó un gran cántaro de agua muy fría, que sacó de una de las casas, y se lo entregó. El cronista prefirió regresar al campamento, pues los habitantes empezaban a lanzarles gritos y silbidos. Llegó cuando Cortés y los suyos se ponían en marcha y comunicó al capitán la cercanía del agua y le dijo que traía un cántaro escondido para él; Cortés y otros se lo bebieron "porque a la sed no hay ley", alegrándose y dándose prisa para llegar a las estancias antes de la puesta de sol. El agua era escasa, "y con la sed y el hambre que traían,

[11] William Prescott escribe, *Historia de la conquista de México*, vol. II, p. 140, que cruzaron por la falda oriental de la montaña llamada "la Cruz del Marqués", debido a una gran cruz de piedra que fue erigida en ese sitio, y que señalaba los límites de las tierras que el emperador concedió a Cortés, junto con el título de marqués del Valle.

comían algunos unos como cardos, que a algunos soldados se les dañaron las lenguas y la boca". En esos momentos regresaron los seis jinetes con noticias de que el pozo estaba lejos y que los nativos estaban en pie de guerra; decidieron dormir ahí, tras una jornada de unas siete leguas (39 km). El lugar se llamaba Cuauhxomolco.

Al amanecer del lunes 15 continuaron pendiente abajo hasta tener a la vista la gran ciudad de Xochimilco, edificada en el lago del mismo nombre, a tres o cuatro leguas de México-Tenochtitlan. Dice Alva Ixtlilxóchitl que era la más fuerte y más poblada de las del lago de agua dulce, después de la capital mexica.

El propósito de Cortés y sus aliados era el de sorprender ese altépetl, cabeza de una liga de señoríos del lado de los mexicas. Los pipiltin xochimilcas se consideraban emparentados con los mexicas, no sin antes haber tenido reyertas y ser vencidos; tuvieron que construir la calzada de Iztapalapan y Coyoacán en tiempos del tlatoani mexica Acamapichtli y pagar tributo, así que subsistía aún cierto rencor.

Sus habitantes se habían fortificado, erigieron barricadas y levantaron los puentes de las calzadas que la unían a tierra firme. Sus guerreros esperaban al enemigo tanto en la población como sobre la calzada, cuidando el paso de un puente que habían quitado, dispuestos a morir antes que rendirse. Muchos iban armados con las lanzas largas rematadas por las espadas quitadas a los españoles.

Cortés formó a su ejército en orden de batalla y ordenó a los ballesteros y a los escopeteros abrir fuego, tras lo cual acometieron la infantería y los aliados. Por más de media hora intentaron desalojar al enemigo de la barricada en el canal, sin lograrlo, hasta que decidieron echarse al agua; pudieron pasar al otro lado casi nadando, muchos aprovecharon la ocasión para beber, ingiriendo tanta agua "que se hincharon las barrigas de ella", comenta Bernal. Varios

fueron heridos, pero a fuerza de estocadas obligaron al enemigo a retirarse hacia las calles de la población, a la que entraron tomando la parte principal; sus contrarios, refugiados en los canales y en el lago, luchaban a bordo de canoas. Dos españoles murieron al separarse de los demás, ambicionando el saqueo.

Algunos xochimilcas intentaron hacer la paz, otros seguían luchando. Cortés supuso que los que pedían paz lo hacían para ganar tiempo de sacar sus pertenencias y de que les llegasen refuerzos de México, que arribaron en gran número por tierra firme durante la tarde, más de 10 000, a decir de Bernal. Atacaron por la retaguardia, a través de la calzada por donde habían entrado a la población las tropas aliadas, que se asustaron al verlos llegar tan repentinamente. El capitán arremetió junto con otros jinetes, los mexicas se defendieron valerosamente, algunos esperaban a pie firme la embestida de los caballos, empuñando sus macuahuitls y rodelas. En la confusión cuatro caballos fueron heridos. El corcel de Cortés, llamado el Romo, "que era muy bueno, castaño obscuro", reporta Bernal, cayó a tierra, agotado; los nativos, al verlo, se abalanzaron contra el capitán, tratando de capturarlo vivo, el extremeño se defendió con su lanza hasta que acudió en su auxilio un tlaxcalteca, según relata el mismo Cortés, y tras éste uno de los mozos que puso de pie al caballo. A poco llegó Cristóbal de Olea con unos tlaxcaltecas que a buenas cuchilladas ahuyentaron al enemigo y ayudaron al capitán a montar de nuevo, aunque malherido en la cabeza. Olea se desangraba por tres heridas. Pronto llegaron los españoles más cercanos, pues estaban esparcidos luchando por las calles llenas de guerreros, más de 15 jinetes rodearon a Cortés, protegiéndole.

Cervantes de Salazar narra que el extremeño observó atentamente al tlaxcalteca que lo salvó: era alto y muy valeroso. Al día siguiente lo buscó sin éxito, mandó localizarlo

sin resultado, no estaba ni entre los vivos ni entre los muertos; por varios días intentaron dar con él, pero nunca se supo nada. Cortés concluyó que quien lo socorrió era ni más ni menos que san Pedro tomando la figura de un tlaxcalteca (vaya metamorfosis de san Pedro, que Bernal no vio, sino a Cristóbal de Olea). Alva Ixtlilxóchitl afirma que fue Chichimecatecuhtli.

Ese día la lucha prosiguió. Andrés de Tapia y Cristóbal de Olid tenían el rostro cubierto de sangre, así como sus corceles; casi toda la caballería e infantería estaban heridas, a pesar de ello obligaron al enemigo a huir, aunque como estaban muy cansados y era casi de noche no los persiguieron y regresaron a la ciudad.

Creyendo que ya no serían atacados se instalaron en un gran patio y empezaron a curar sus heridas, quemándolas con aceite, cuando de pronto escucharon gritos y el sonar de caracolas y de tambores proveniente de las calles que daban a la parte de tierra firme. Pronto vieron aproximarse gran cantidad de guerreros arrojando proyectiles, hiriendo a muchos. Los de caballería montaron de nuevo y obligaron al enemigo a retirarse y huir, aunque dos caballos fueron heridos.

A pesar de ser casi de noche Cortés ordenó que todos los canales de las calzadas se cegaran con piedras y adobes para que la caballería pudiese maniobrar libremente, vigilando en persona el trabajo. La tropa se dispuso a pasar la noche en la plaza del templo mayor, al cual muchos subieron, desde lo alto podía contemplarse el lago e incluso la ciudad de México. Para su desmayo vieron acercarse por el agua dos millares de canoas repletas de guerreros, y por tierra otros 10 000, enviados por Cuauhtémoc con orden de no dejar con vida a ninguno de sus enemigos; además, según les dijeron algunos cautivos tomados al día siguiente, el tlatoani tenía listos otros 10 000 de reserva. Pasaron la noche en vela, con

los caballos ensillados y enfrenados; los capitanes y Cortés hicieron rondas.

Los escopeteros no tenían pólvora, ni los ballesteros saetas. Cortés ordenó que por la noche prepararan las que pudieran, las emplumaran y les pusieran casquillos, siempre traían cargas tanto de astiles como de casquillos de cobre. Pedro Barba, capitán de ballesteros, se pasó la noche realizando la tarea. Cortés de vez en cuando pasaba a ver qué hacían.

Cervantes (que de alguna curiosa manera parecía estar enterado de lo que sucedía y se decía en Tenochtitlan) declara que Cuauhtémoc, informado de los avances españoles, reunió a los señores, entre ellos sin duda estarían los tlatoanis Cohuanacotzin y Tetlepanquetzaltzin, señores de Acolhuacan y Tlacopan, y pronunció un discurso manifestando no entender cómo era posible que tras haber expulsado a los extranjeros y matado a tantos, de nuevo adquirían fuerza y se dedicaban a robar y destruir los pueblos laguneros, venciéndolos en todos lados. "Las manos me quiero comer de rabia y pelarme las barbas, de que no hayamos puesto remedio", a ese paso en poco tiempo los perros cristianos, enemigos de los dioses, caerían sobre México con gran fuerza. Debían redoblar sus esfuerzos para defender a sus dioses, su libertad, su fama, su gloria, sus familias y bienes. Sí llegaban a faltar armas debían aguzarse los dientes y dejarse crecer las uñas, para despedazar y deshacer a quienes tantas injurias habían cometido contra los dioses y contra ellos. Ahora que los blancos estaban en Xochimilco se presentaba una ocasión inmejorable para destruirlos, rodeándolos por agua y por tierra con todo el poder que pudieran reunir. Decidieron enviar sigilosamente a Xochimilco miles de guerreros y atacar por sorpresa a los odiados extranjeros y a sus aliados.

Por la mañana del martes 16 de abril Cortés subió al templo mayor de Xochimilco para tener buena idea de cómo

estaban dispuestas las tropas enemigas. Había tantos guerreros que parecían una espesa nube de langostas. Declara Cervantes que

> a otro que no fuera de su ánimo y esfuerzo pusiera gran terror y espanto. Abaxó muy alegre, desimulando en su pecho el peligro que se ofrescía; dixo a sus Capitanes: "Estos perros vienen por el agua y por la tierra, pensando que nosotros estamos descuidados; armémoslos con quesos, que este es el día en que se han de hallar muy nescios".

Una flota de más de 2 000 canoas, con unos 12 000 guerreros a bordo, según afirma Cortés, llegó hasta las cercanías de Xochimilco al mismo tiempo que por tierra los atacó

> tanta multitud de gente, que todos los campos cubrían. E los capitanes dellos que venían delante, traían sus espadas de las nuestras en las manos, y apellidando sus provincias, decían: "Méjico, Méjico; Temixtitán, Temixtitán"; y decíannos muchas injurias y amenazándonos que nos habían de matar con esas espadas.

El extremeño se dirigió a tierra firme a la cabeza de 20 jinetes y 500 aliados; los dividió en tres grupos a los que mandó arremeter y enseguida reunirse al pie de un cerro distante una media legua, donde se encontraban muchos enemigos. Los tres cuerpos rechazaron a los mexicas y xochimilcas que, pese a su valentía, no lograron soportar el ataque; tres de sus capitanes fueron muertos o heridos y muchos guerreros capturados, entre ellos cinco principales, no sin que gran parte de los aliados quedaran heridos. Entonces se dirigieron al cerro. Cortés mandó subirlo a varios hombres ágiles,

mientras él le daba la vuelta con la caballería, por el otro lado era más llano, así tomarían al enemigo entre dos fuegos. En poco tiempo mataron a más de 500 y el resto huyó a las sierras, cautivaron a otros principales que, interrogados, dijeron que la ofensiva fue ordenada por Cuauhtémoc.

Hacia las diez de la mañana estaban de regreso en Xochimilco, donde les contaron que se habían visto en gran peligro al luchar contra las canoas, pero lograron expulsarlos de la ciudad, matando a muchos; sin embargo, las saetas de las ballestas se habían acabado de nuevo. Mostraron al capitán dos espadas españolas de las que los mexicas habían colocado en sus lanzas. En eso asomó por la calzada un gran escuadrón enemigo lanzando alaridos escalofriantes. Cortés y los jinetes arremetieron, los mexicas se arrojaron al agua, "volvimos a la ciudad bien cansados, y mandéla quemar toda, excepto aquello donde estábamos aposentados", manifiesta Cortés.

Tras la batalla el extremeño sólo manifiesta que permanecieron en Xochimilco por tres días, luchando continuamente, y que a su partida la dejaron "toda quemada y asolada [...] y cierto era mucho para ver, porque tenía muchas casas y torres de sus ídolos de cal y canto; y por no me alargar, dejo de particularizar otras cosas bien notables desta ciudad".

Bernal narra que decidieron partir al día siguiente, sin esperar a que llegasen las tropas frescas enviadas por Cuauhtémoc. Comenta que en Xochimilco había mucha gente rica con casas y bodegas muy grandes, llenas de mantas, ropas de algodón, oro y plumajes, por lo que los tlaxcaltecas y algunos españoles, enterados de su localización por medio de algunos prisioneros, fueron a verlas; estaban construidas en la laguna a corta distancia de la población, se podía pasar por una calzada que tenía dos o tres puentes chicos; se cargaron de botín sin encontrar resis-

tencia y cuando regresaban al campamento fueron vistos por algunos de sus compañeros, que también quisieron ir a las bodegas. Estando en el saqueo llegó una gran flota de canoas y sus tripulantes atacaron, hiriendo a varios y logrando tomar a cuatro vivos: Juan de Lara, Alonso Hernández y otros dos de los que Bernal no recuerda los nombres; llevados ante Cuauhtémoc e interrogados confesaron todo lo que el tlatoani les preguntó (aunque no se menciona por medio de qué intérpretes); dijeron que los españoles eran pocos y muchos estaban heridos. Cuauhtémoc, a decir de Bernal, mandó que les cortaran piernas, brazos y cabezas "a los tristes nuestros compañeros", mientras que sus corazones y sangre eran ofrecidos a los dioses. Los miembros y cabezas fueron enviados a diferentes pueblos aliados de los españoles con el mensaje de que antes de que Cortés y los suyos pudieran regresar a Texcoco no quedaría ni uno con vida.

Al parecer llegaron más tropas mexicas a Xochimilco; sin embargo, no tenemos una descripción de lo sucedido, Cortés no lo narra y Bernal sólo comenta:

> y porque ya estoy harto de escribir de los muchos reencuentros y batallas que en estos cuatro días tuvimos con mexicanos, y no puedo dejar otra vez de hablar en ellas, y diré que después que amaneció vinieron tantos culúas, que son mexicanos, por los esteros y otros por las calzadas y tierra firme, que tuvimos harto que romper en ellos, y luego nos salimos de aquella ciudad a una gran plaza que estaba algo apartada del pueblo, donde solían hacer sus mercados.[12]

[12] Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. CXLV.

Debió ser el jueves 18 de abril cuando Cortés y los suyos abandonaron la ciudad. El capitán reunió a sus hombres y les dirigió unas palabras, les hizo ver el gran peligro en que se encontraban; seguramente en los caminos, esteros, canales y pasos malos los esperarían los mexicas con todo su poder, parecía aconsejable dejar el equipaje y seguir lo más ligeros que pudieran. Respondieron que, Dios mediante, eran muy capaces de defender tanto sus personas como sus bienes, así como a Cortés, "y que sería gran poquedad si no lo hiciésemos". El extremeño no pudo obligarlos; siendo así, dijo, lo dejaba en manos de Dios. Enseguida se puso orden en el ejército: el fardaje y los heridos en medio, guardados por 10 de caballería; otros 10 irían en la vanguardia; los restantes 10, junto con los ballesteros y escopeteros, aunque sin pólvora, en la retaguardia junto con los aliados; por experiencia sabían que había más probabilidad que fuera allí donde podría atacar el enemigo.

En efecto, los xochimilcas y mexicas, al ver que los de Cortés se iban, creyeron que lo hacían por temor y los atacaron ferozmente por la retaguardia; hirieron a ocho españoles, dos de los cuales murieron antes de una semana, pero Cortés y sus 10 jinetes los deshicieron, obligándolos a meterse al lago. Por el camino sufrieron ataques esporádicos; donde el terreno se prestaba los mexicas salían a arrojarles piedras, flechas y lanzas; al ser atacados por la caballería se refugiaban en los esteros y zanjas cercanas.

A las diez de la mañana, tras marchar dos leguas, llegaron a la ciudad de Coyoacán, abandonada. Se alojaron en la casa del señor ese día y el siguiente, curando sus heridas y fabricando saetas para las ballestas. Cortés quería explorar la disposición de la ciudad, sus entradas y salidas; en ella empezaba el ramal de la calzada que se unía a la de Iztapalapa en el fuerte Xoloc, desde donde continuaba hacia México-Tenochtitlan. Se dirigió hacia esa calzada junto con cinco

de caballería y 200 peones; en el lago había cantidad de canoas llenas de guerreros. Penetraron por la calzada llegando hasta el primer canal, cuyo puente estaba quitado, del otro lado se levantaba una fuerte barricada. Iniciaron una escaramuza contra sus defensores, que opusieron feroz resistencia e hirieron a 10 españoles, pero la tomaron. Del otro lado la calzada se dirigía recta a través del lago por legua y media (8.4 km), hasta llegar a México; el ramal que llegaba a Iztapalapa estaba lleno de guerreros. Temiendo que llegaran más, Cortés decidió regresar, no sin incendiar las casas y templos que encontraron en su camino.

El sábado 20 de abril el ejército de Cortés marchó rumbo a Tlacopan, a dos leguas de distancia, fueron atacados tres veces por el camino. En una de esas ocasiones Cortés, molesto de que el enemigo los siguiera "con el mayor orgullo del mundo", les montó una emboscada: se ocultó con 20 jinetes y cuatro mozos de espuela tras unas casas, esperaron que el enemigo pasara y cayeron por sorpresa sobre ellos por la espalda, poniéndolos en fuga; al perseguirlos cayeron a su vez en una trampa de la que salieron con dificultad. Dos de los mozos, Francisco Martín Vendaval, llamado así por ser muy inquieto, y Pedro Gallego, fueron capturados vivos por los mexicas.

El resto de la tropa estaba en Tlacopan desde las nueve de la mañana, bajo un fuerte aguacero. Como Cortés y sus compañeros no llegaban, Alvarado, Olid, Tapia y otros jinetes e infantes fueron a buscarlos. Se encontraron primero con los dos mozos de espuela restantes: Tomás de Rijoles y un Monroy, y poco más adelante a Cortés y los demás jinetes; el capitán "venía muy triste y como lloroso", comenta Bernal, juntos regresaron a Tlacopan donde descansaron por un tiempo en la gran plaza, pues habían incendiado la población en la campaña anterior.

Cortés, Alderete, fray Juan Melgarejo y varios capitanes y españoles, entre ellos Bernal, subieron al templo mayor

desde donde había una excelente vista de los lagos y de la ciudad de México; se podían ver los grandes templos de Tenochtitlan y de Tlatelolco, el palacio de Axayácatl, las calzadas y sus puentes, el lago con multitud de canoas y otras poblaciones. Alderete y fray Juan estaban maravillados y asustados ante el magnífico espectáculo, "y dijeron que nuestra venida en esta Nueva España que no era cosa de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios es que nos tenía y amparaba", declara Bernal. El fraile consoló al capitán por la pérdida de sus dos mozos, y tal vez por el recuerdo de la Noche de la Huida "suspiró Cortés con una muy gran tristeza, muy mayor de la que antes traía, por los hombres que le mataron", dice Bernal, y a partir de entonces se hizo un romance que decía:

> En Tacuba estaba Cortés
> con su escuadrón esforzado,
> triste estaba y muy penoso,
> triste y con gran cuidado,
> una mano en la mejilla
> y la otra en el costado.[13]

El bachiller Alonso Pérez le dijo que no estuviera triste, pues en las guerras esas cosas solían pasar. Cortés respondió que su tristeza no era sólo por el pasado, sino también por los grandes trabajos que pasarían antes de conquistar de nuevo la ciudad de México, aunque, con la ayuda de Dios muy pronto lo empezarían a hacer.

En esta expedición el extremeño había querido quitar puntos estratégicos a la alianza mexica y explorar bien el circuito de los lagos. Cumplida la misión era tiempo de regresar

[13] *Ibid*., cap. CXLV.

al cuartel general, además ya estaban sin pólvora, las saetas eran pocas y la mayoría de sus hombres estaban heridos; se acordó también de la vez pasada, cuando intentaron atacar México por la calzada, pasando grave peligro. Los mexicas cobraron ánimos y empezaron a seguirles. Cortés de nuevo se puso en celada junto con 20 jinetes, con deseos de vengar a sus dos mozos; lograron tomar al enemigo por sorpresa y lo pusieron en fuga. El extremeño manifiesta que "habíamos muerto dellos a mas de cien principales y muy lucidos".

Bernal relata que pasaron por Azcapotzalco, encontrándolo desierto, y después por Tenayuca, abandonada también. Todo el día cayeron grandes aguaceros, por lo que en medio del lodo "íbamos con nuestras armas a cuestas, que jamás las quitábamos de día ni de noche, y de la mucha agua y del peso de ellas íbamos quebrantados".

Al anochecer llegaron a Cuautitlán (el Coatinchán de Bernal), igualmente desierto, donde durmieron, cansados, hambrientos y mojados. Por la noche el enemigo les gritaba desde lejos.

El domingo 21 de abril continuaron su marcha hacia el norte, la caballería arremetía de vez en cuando contra los que salían a gritarles. Pernoctaron en Citlaltépec (el Gilotepequem de Cortés), situado en la costa norte del lago de Zumpango, cuyos habitantes habían huido.

Curiosamente en todo este recorrido no se hace mención expresa de Ixtlilxóchitl ni de sus guerreros acolhuas, que en Acolman finalmente parecen hacer acto de presencia.

A mediodía del lunes 22 llegaron a Acolman, donde encontraron a Gonzalo de Sandoval con varios de sus hombres, muchos recién llegados de la costa; estaban con él Ixtlilxóchitl y varios principales acolhuas que habían ido a darles la bienvenida desde Texcoco, a corta distancia, mostrando gran alegría por tenerlos de regreso sanos y salvos. Por la noche Sandoval regresó a Texcoco. El martes 23 por

la mañana el ejército aliado hizo su entrada a esa ciudad, cansados y heridos. Habían transcurrido 17 días desde su salida. "Y así se concluyó, con la ayuda de Dios, esta jornada, y fue muy gran cosa, y en que vuestra majestad recibió mucho servicio por muchas causas que adelante se dirán", concluye Cortés.

Los que acababan de llegar de las islas comunicaron al extremeño que allá se morían de ganas de ponerse bajo su mando, pero Diego Velázquez se los impedía. Cortés los trató lo mejor que pudo, con obsequios y favores.

Según López de Gómara, de muchos pueblos llegaron a jurar vasallaje, seguramente como consecuencia de la última incursión, algunos por temor a ser destruidos, otros por su odio hacia los mexicas.

Dos días después del regreso a Texcoco se descubrió una conjura en contra de Cortés. Uno de los implicados decidió confesarla, temeroso de las posibles consecuencias; según Cervantes se trataba de un tal Rojas. Muy asustado le dijo a Cortés que, si le perdonaba la vida, mantenía en secreto su nombre y lo favorecía en el futuro, le comunicaría un asunto que mucho le importaba, si no, moriría antes que confesarlo. Cortés lo prometió. Rojas le contó que muchos de los españoles descontentos, sobre todo de los partidarios de Velázquez llegados con Narváez, planeaban apresarlo o matarlo, y sustituirlo, de grado o por fuerza, con Francisco Verdugo, cuñado de Diego Velázquez, y poner la tierra conquistada bajo la gobernación de Velázquez, aunque el mismo Verdugo, al parecer, no estaba enterado de la conjura; después liberarían a Narváez y matarían a Sandoval, Alvarado, Andrés de Tapia y otros.

El líder principal de los rebeldes era Antonio de Villafaña, natural de Zamora, gran amigo de Velázquez, que se dice contaba con las firmas de unos 300 españoles; a decir de Bernal tenían planeado matar a Cortés cuando regresara a Texcoco.

Enterados de la llegada de un navío a San Juan de Ulúa acordaron utilizar la noticia como pretexto para, cuando Cortés estuviese sentado a la mesa y comiendo con sus capitanes, entregarle una carta, cerrada y sellada, como si acabara de llegar de Castilla. Le dirían que la enviaba su padre, don Martín; al empezar a leerla le darían de puñaladas tanto a él como a los capitanes y demás personas que estuvieran en su compañía. Intentaron implicar a dos de los principales que habían acompañado al extremeño en su última incursión, aunque Bernal no quiso nombrarlos por guardar su honor. Uno de ellos sería Francisco Verdugo. El extremeño, consciente de la importancia de la declaración de Rojas, le prometió grandes recompensas.

Llamó de inmediato y en secreto a sus capitanes de confianza, Alvarado, Lugo, Olid, Tapia, Sandoval, a los dos alcaldes ordinarios de ese año: Luis Marín y Pedro de Ircio, así como a Bernal Díaz y otros. Sin tardanza fueron bien armados a donde se alojaba Villafaña y encontraron con él a muchos de los conjurados; apresaron a Villafaña, los demás intentaron huir; Cortés ordenó aprehenderlos mientras sacaba del seno de Villafaña un memorial con las firmas de los implicados. Bernal narra que, tras leerlo, constatando que eran muchas y de calidad, decidió disimular, manifestando que Villafaña se había tragado el papel sin que pudiera verlo. Cortés afirma que Villafaña confesó que muchas personas estaban en el complot y las tenía anotadas en un papel que se encontró después en su alojamiento, aunque hecho pedazos, pero todavía se podían leer algunos nombres. Cervantes, por su parte, relata que Villafaña, al ver aproximarse a Cortés y sus acompañantes se metió el papel en la boca e intentó tragárselo, le apretaron la garganta, pero sólo pudieron rescatar un pedazo pequeño de la lista en que eran legibles los nombres de 13 o 14 hombres, que resultaron ser de los de confianza de Cortés.

Cervantes agrega que algunos decían que Garcí Holguín estaba implicado, y que los conjurados intentaron convencer a Alonso de Ávila, quien se los reprendió mucho, mientras que otros afirmaban haber escuchado de boca de Cortés que el delator le había dicho cómo Julián de Alderete y otros tenían planeado, estando en misa, echarle una toca a Cortés a la garganta y darle de puñaladas. El extremeño puso sobre aviso a los de su confianza, los envió a la iglesia (¿cuál?), de uno en uno, y de dos en dos, armados y en secreto; entró rodeado por tres o cuatro, propinó a Alderete una mirada tan severa que el tesorero salió y se canceló la conjura.

Sea como fuere, a decir de Cortés, Villafaña confesó espontáneamente en prisión, manifestando que tenían elegidos capitán, alcalde mayor, alguacil y otros oficiales; él sería alguacil mayor. Bernal agrega que hasta se habían repartido los bienes y caballos de los partidarios de Cortés. Cervantes declara que Villafaña no quiso implicar a nadie, ni aun bajo tormento; dijo que los nombres los había escrito sólo como recordatorio, para tratar el asunto con las personas anotadas; sin embargo, algunos de estos nombres debieron hacerse del conocimiento público, pues Bernal dice que no los menciona por su honor.

En un juicio sumario Cortés y los alcaldes ordinarios y el maestre de campo Olid condenaron a Villafaña a muerte, el reo se confesó con el padre Juan Díaz y fue ahorcado de una ventana de su aposento, sin guardarle la hidalguía. En cuanto a los demás implicados, Cortés se hizo el desentendido, incluso les redobló sus favores; pero en adelante desconfió de ellos. Bernal afirma que algunos fueron encarcelados para asustar al resto. Al parecer el autor intelectual fue el tesorero Julián de Alderete, secundado por Pedro Barba y un Taborda, al que se puso bajo tormento, pero no declaró, fue condenado al destierro.

Al día siguiente de la ejecución, tras oír misa, Cortés mandó reunir a sus hombres. Les dijo que Villafaña no ha-

bía denunciado a sus cómplices pues se había comido la lista, incluso tal vez hubiese falsificado las firmas; les recordó su juramento de fidelidad, nunca debían olvidar que los amaba y procuraba su bienestar y fortuna, los tenía en más que su trabajo, su sangre y su vida misma, bien sabía que sin ellos no era ni podía nada; si cometía algún error, pues era humano, debían decírselo, para darles satisfacción si tenían razón. Respondieron que lo servirían hasta la muerte.

Sin embargo, en el futuro se dejaba puesta la cota y un jubón fuerte; empezó a dormir a horas irregulares, para que cuando pensaran que dormía lo encontraran despierto; vigilaba en secreto a sus hombres y se rodeó de una guardia fiel de seis soldados (12, dice Solís) al mando de Antonio de Quiñones, natural de Zamora, encargados de cuidarle de día y de noche; pidió también a los de su confianza que velaran por él.

Pasado este incidente mandó pregonar que todos los indígenas capturados en la expedición pasada, hombres, mujeres y niños, fueran llevados a herrar a una casa señalada, concediéndose un plazo de dos días. Bernal relata que se cayó en los mismos vicios que las veces anteriores, o peores aun, pues tras sacar el quinto real Cortés sacaba el suyo, "y otras treinta trancaliñas para capitanes; y si eran hermosas y buenas indias las que metíamos a herrar, las hurtaban de noche del montón, que no parecían de ahí a buenos días", por ello se negaron de nuevo a entregar "buenas" mujeres, pretextando que servían como naborías.

Narra Cortés que de las dos o tres granjerías que había mandado hacer para el emperador, desde el tiempo en que Motecuhzoma vivía, sólo había quedado la de Chinantla, a la que envió dos españoles, Hernando de Barrientos y un tal Nicolás; en las otras, los mexicas mataron a los blancos, tomando cuanto había, "que era cosa muy gruesa". En Chinantla Cortés había querido sembrar cacao, al enterarse de

que se utilizaba como moneda; no habían sabido nada de ella por un año y hasta hacía poco tiempo; los chinantecas habían dicho a los dos españoles que de ningún modo se fueran, pues los mexicas los matarían por el camino. A uno de ellos, Hernando de Barrientos, "mancebo y hombre para guerra", lo hicieron capitán, pues los había auxiliado con gran éxito en las batallas. Cabe mencionar que Barrientos es el único soldado de tropa cuyas hazañas Cortés expone en sus cartas al emperador con nombre y apellido, además de transcribir una carta suya a Carlos V.[14]

Cervantes narra que Barrientos se ganó el respeto de los nativos en una ocasión en que no acudieron, como de costumbre, al llamado que les hacía con un tiro de su escopeta, así que derramó por el suelo un poco de pólvora, hizo venir a los principales, que se sentaron en cuclillas y entonces Barrientos, teniendo una varita encendida en la mano, les dijo irritado que cuidasen que no los engañase el diablo, pues él era poderoso, ya que tocando con la vara el suelo podía quemarlos a todos; acto seguido prendió fuego con la vara a la pólvora y chamuscó las nalgas de los señores encuclillados que, asustados, le obedecieron en adelante, temiéndole y respetándole como si se tratara de un enviado del cielo.

Cortés relata que, cuando se encontraba en Tepeyacac-Segura de la Frontera, los chinantecas ofrecieron a Barrientos y a Nicolás, su compañero, enviar dos mensajeros para averiguar qué sucedía con la gente del extremeño, misión de gran peligro, pues tendrían que pasar por tierras enemigas. Los españoles lo agradecieron y enviaron con los indígenas una carta informando a Cortés que con anterioridad le habían escrito dos o tres misivas y no sabían si las había recibido, pues no hubo respuesta; decían que los mexicas los habían

[14] Juan Miralles, *Y Bernal mintió*, p. 163.

atacado varias veces, pero siempre fueron derrotados, aunque mantenían una guerra constante contra ellos y contra los de Tuxtepec; le manifestaban también que los chinantecas se habían dado por vasallos del emperador, deseaban saber lo sucedido a Cortés y los suyos, y decían que, si el capitán enviaba a 20 o 30 españoles a escoltarlos, irían a verlo en compañía de dos principales de Chinantla, deseosos de hablar con el extremeño, pues era ya tiempo de la cosecha de cacao y sus enemigos no los dejaban trabajar tranquilos. La carta llevaba fecha de abril de 1521 y estaba firmada por Hernando de Barrientos.

Los nativos portadores de la carta llegaron a Tepeyacac, de donde ya había partido Cortés, por lo que siguieron hasta Texcoco. El capitán se alegró al tener estas noticias, pues aunque siempre había tenido fe en la lealtad de los chinantecas, llegó a dudar de ella. Escribió una carta de respuesta, notificando a los dos españoles lo sucedido, dándoles esperanzas y mandándoles permanecer ahí hasta recibir orden suya, no fuese que los matasen por el camino. No enviaba la escolta pedida porque de momento necesitaba de todos sus hombres para el próximo ataque contra México-Tenochtitlan.[15]

En Texcoco, Cortés se dedicó a organizar lo necesario para la marcha hacia México, pues ya era tiempo, antes también de que los descontentos intentaran algo. Pidió a varios de los pueblos cercanos que cada uno manufacturase 8 000 casquillos de cobre y 8 000 saetas de una madera especial, les envió al efecto algunas muestras y les dio un plazo de

[15] Según Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. V, caps. XXVII-XXIX, estando Cortés en Segura-Tepeyacac, tuvo noticia, a través de unos mercaderes, de que Barrientos estaba bien y era muy respetado en Chinantla; lo mandó llamar y Barrientos se presentó ante él, poco después llegó también el señor de Chinantla. Fray Juan de Torquemada repite esto, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, cap. LXXVIII, pero debe llevar preferencia la relación de Cortés.

ocho días. Cumplieron bien el encargo, manufacturando en total más de 50 000 casquillos, mejores que las muestras, y otras tantas saetas.

El extremeño ordenó a Pedro Barba, capitán de ballesteros, repartir casquillos y saetas entre sus hombres, sin olvidar decirles que las emplumaran con un engrudo nativo, hecho con unas raíces llamadas *tzacutli* (el zacotle de Bernal), que pegaba mejor que el castellano. Cada ballestero debía tener dos cuerdas bien pulidas, así como dos nueces y verificar el alcance de sus ballestas, realizando tiros de prueba; se les proporcionó una buena cantidad de hilo de Valencia para las cuerdas, llegado en el navío de Juan de Burgos. A los de caballería mandó mantener a sus animales en óptimo estado, las lanzas muy a punto y practicar todos los días en escaramuzas.

Cervantes relata, basado en la crónica de Ojeda, que Cortés lo llamó y a dos de sus amigos y les ordenó ir a la Villa Rica, con cuatro o cinco mil tlaxcaltecas, para llevar hasta Texcoco dos cañones grandes de hierro que había traído un navío procedente de Jamaica. Por el camino sufrieron algunos ataques sin mayores consecuencias, en las montañas de la sierra se limitaron a gritarles insultos desde las alturas. Llegados a la costa, Ojeda dispuso que se pusiera cada cañón y su montaje en una cama de madera, cada una transportada sobre los hombros de 20 indígenas que se remudaban de vez en cuando; llevaban también unos barriles llenos de sardinas y otras cosas. De nuevo fueron atacados por el camino, saliendo vencedores. Al entrar en territorio tlaxcalteca en todos los pueblos les dieron alimentos. En la ciudad de Tlaxcala descansaron un día y los señores les proporcionaron guerreros y tamemes, los que traían venían cansados. Pernoctaron en Xaltocan y al otro día llegaron a Huayotlipan, donde descansaron dos días; pasaron a Calpulalpan, y al día siguiente, a las dos de la mañana, entraron a Texcoco. Cortés, aunque ya estaba acostado, mandó llamar

a Ojeda, lo recibió con gran alegría y lo nombró general de 180 000 guerreros aliados, ya para ese tiempo Ojeda dominaba bastante bien la lengua náhuatl y evidentemente sabía cómo mantener buenas relaciones con los nativos. Al día siguiente los carpinteros construyeron cepos a los cañones.

Cortés se ocupó en supervisar el ensamblaje de los bergantines y la construcción del canal por donde serían trasladados desde los astilleros al lago de Texcoco. El canal pasaba por los palacios de Nezahualcóyotl, trabajaron en su manufactura 8 000 acolhuas durante 50 días, como anteriormente se mencionó, ensanchándolo y profundizándolo, habiendo sido previamente secado. Tenía media legua de largo (2.786 km), más de dos estados de hondo (4 m) y otros tantos de ancho; relata Cortés que "cierto fue obra grandísima y mucho para ver".

López de Gómara declara que los bergantines se calafatearon con estopa de algodón; se utilizó aceite a falta de sebo y saín; en vez de brea, según decían algunos, usaron grasa humana, tomada de los muertos en batalla, "cosa inhumana e impropia de españoles", sentencia el cronista.

Al parecer los bergantines median 11.76 metros de largo o eslora (la capitana era un poco mayor, con 13.44 m), su anchura o manga era de 2.24 a 2.52 metros; su calado, de entre 56 y 70 centímetros adecuado a las lagunas, y su altura libre de 1.12 metros. Cada uno estaba provisto de 12 remos, seis de cada lado, además de uno o dos mástiles para las velas.[16]

Martín López realizó la tarea con gran responsabilidad y eficiencia; sin embargo, no fue recompensado adecuadamente, y como su suerte refleja un aspecto de la personalidad de Cortés no está de más mencionarla de pasada, cosa que ni siquiera

[16] José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, pp. 293-294, citando una "reconstrucción conjetural", de C. Harvey Gardner, *Naval Power in the Conquest of México*, basada en la poca información que existe. Martín López declaró, en la Probanza de 1544, que la capitana medía 32 codos de largo (c. 13.5 m), y los demás de 27 a 28.

hizo el extremeño. En 1544 Martín López pidió a la Real Audiencia de México hacer una probanza sobre los servicios que había prestado a Cortés, en la que aseveró haber proyectado y construido 13 bergantines. En la investigación se presentaron otras dos probanzas, también en favor de López, una de 1528 y otra de 1534. En la primera los testigos declararon que López había hecho también los primeros cuatro bergantines, quemados en Tenochtitlan tras la Noche de la Huida, y que casi terminó una carabela que Cortés deseaba enviar a España, aunque no se acabó, pues tras la llegada de Narváez con sus muchos navíos Cortés no quiso saber más de ella.

López trabajó en la construcción de los 13 bergantines durante seis meses, su labor merecía el pago de 1 000 pesos de oro de minas; sin embargo, en 1560, ya de 70 años, seguía metido en pleitos judiciales, intentando, sin éxito, que se le pagara. En el Archivo de Indias hay unos papeles de ese año que mencionan el asunto, y tienen una anotación: "Que no a lugar lo que pide. En Madrid, a 7 de Mayo de 1574".

Cortés jamás le pagó lo que habían convenido, además de otros trabajos, y ni siquiera los 325 pesos de oro que López le prestó en una ocasión, para "socorrer sus necesidades". Una vez terminada la Conquista, López solamente recibió la mitad de una pequeña encomienda en Tequisquiaca; así como "unas casas que habían sido de los indios", mismas que vendió un Hernando Medel, usando un poder de López, en 800 pesos al obispo Zumárraga. Medel falleció poco después y López no recibió el dinero. Sin embargo, se le otorgó un escudo de armas, con fecha de 15 de mayo de 1550, en reconocimiento por la construcción de los bergantines. La última noticia que se tiene de él proviene de 1573, cuando contaba con 85 años.[17]

[17] G. R. G. Conway, *La noche triste. Documentos*, pp. 84-86; J. L. Martínez, *op. cit*, p. 290.

Cervantes relata que en el canal se hicieron varias represas para los bergantines, a fin de ir bajando el nivel paulatinamente dos estados (4 m). Para que las naves no sufrieran daños en su traslado se utilizaron varias invenciones e ingenios. La altura de la última represa sobrepasaba el nivel del lago, por lo que acondicionaron una especie de deslizadero para que, soltando por él a los bergantines, fuesen a dar al lago sin mucho peligro.

La mañana del domingo 28 de abril de 1521 fueron finalmente botados. El ejército español y el aliado se congregaron en las orillas del lago. Cerca se levantó una gran tienda, dentro se improvisó un altar. La ceremonia empezó con la bendición de las aguas, a cargo de los religiosos. Después se ofició una misa al Espíritu Santo, en la que comulgaron la mayor parte de los españoles. Cortés derramó abundantes lágrimas, emulado por muchos, rezando todos con gran devoción para que Dios apartase a los bergantines de todo peligro.

Terminada la misa el oficiante se quitó la casulla y con el misal en la mano, seguido por un ayudante con el aceite y el hisopo, y por otros que llevaban velas encendidas y una cruz por delante, descubiertas las cabezas, se dirigió a donde estaban los bergantines, cada uno de los cuales tenía nombre. Los bendijeron y santiguaron, echándoles agua bendita en medio de muchas oraciones e invocaciones, pidiendo el favor de Dios, de la Virgen y de los santos, sobre todo de san Pedro y de Santiago.

Se procedió a soltarlos desde la última represa hacia el lago. Las naves se deslizaron aceleradamente sin sufrir daños. Ya en el lago, los marineros izaron las velas; los que iban a bordo soltaron varias descargas de artillería, respondiendo los de tierra. Sonaron los instrumentos musicales. Españoles y nativos gritaban con gran alegría. El sacerdote,

hincándose de rodillas, levantó las manos al cielo y entonó el cántico de *Te Deum Laudamus.*[18]

Ese mismo día, según narra Cortés, mandó hacer un alarde de toda su gente en los patios de la plaza mayor de Texcoco. Se encontró que eran en total poco más de 900 españoles, divididos en 86 de caballería, 118 ballesteros y escopeteros, y setecientos y pico de espada y rodela (Bernal da cifras un tanto diferentes: 84 de caballería, 650 de espada y rodela, muchos de lanza, y 194 ballesteros y escopeteros); además de 3 tiros gruesos de hierro colado, 15 tiros pequeños de bronce, 10 o 15 quintales de pólvora, y mucha munición.[19]

El extremeño pronunció un discurso, les mandó de nuevo guardar y cumplir las ordenanzas pregonadas (que a decir de López de Gómara volvieron a pregonarse en esta ocasión, aunque al parecer durante las campañas anteriores habían sido echadas al olvido). Debían notar cómo Dios los favorecía, pues de Él era esa guerra. Según Cervantes, el extremeño dijo: "Este negocio, principalmente, es de Dios, a quien venimos a servir en esta jornada, procurando como católicos, con su favor e ayuda, alanzar el Príncipe de las tinieblas destos tan grandes y espaciosos reinos, lo cual, como espero, hecho, se le hará gran servicio". Bien sabían que al llegar a Texcoco sólo tenían 40 caballos y eran muy pocos, ahora les habían llegado refuerzos y contaban con el auxilio de alrededor de 100 000 guerreros aliados, los mejores y más valientes de toda esa tierra, juntos formaban el más lucido y fuerte ejército que entre romanos y griegos haya habido.

[18] Los bergantines fueron conservados por largo tiempo en los astilleros de México, como recuerdo de la victoria.

[19] Bernal afirma que el alarde se efectuó el segundo día de Pascua del Espíritu Santo. Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista,* II, p. 12, asevera que ese lunes cayó a 20 de mayo en 1521.

Tenían listos 13 bergantines, así como armas y municiones suficientes y la comida estaba asegurada. Todo ello, y principalmente el saber que luchaban "en favor y aumento de nuestra fe y por reducir al servicio de vuestra majestad tanta tierras y provincias como se le habían rebelado, les había de poner mucho ánimo y esfuerzo para vencer o morir". Debían estar muy conscientes de que la empresa que intentaban realizar era la más grande y de mayor riesgo que se acordaba de haber visto o leído. Les recordó su llegada a esas tierras, las batallas de Tlaxcala, su entrada y huida de Tenochtitlan. Debían tener presente todo a lo que estaban obligados por el solo hecho de ser españoles, en nada inferiores a los romanos y a los griegos, y vengar las muertes de tantos de sus camaradas. Por más victorias que tuviesen, de nada les servirían si no tomaban México-Tenochtitlan. Afirmó que nunca mucho costó poco, muertos habría, pues el asunto era la guerra, pero cuando obtuviesen la victoria el premio sería también muy grande. Entonces tendrían un gran descanso, quietud, riqueza y honra, tanto para ellos como para sus descendientes. Habrían ennoblecido su linaje, ilustrado su nación y servido a su rey. Debían por lo tanto poner toda su confianza en Dios, ordenar sus conciencias, olvidar sus rencores y luchar con ánimo y valentía.

Respondieron que tenían mucha voluntad y deseos de triunfar, deseaban empezar cuanto antes el sitio de México-Tenochtitlan y terminar con la guerra. Muchos redactaron sus testamentos, ya fuese para dejar limpia su conciencia o por poseer algunos bienes, encargándose los unos a los otros el cuidado de cumplirlo. Se reconciliaron los que tenían diferencias o enemistades.

Relata Alva Ixtlilxóchitl, en su Compendio histórico del reino de Texcoco, que el tlatoani acolhua, Ixtlilxóchitl, efectuó también un alarde con sus guerreros. Resultaron ser 50 000 de Chalco, Itzocan, Cuauhnáhuac, Tepeyacac y otras po-

blaciones sujetas a Texcoco hacia el mediodía; otros 50 000 de la ciudad y de su provincia, sin contar 8 000 capitanes acolhuas; 50 000 de Otumba, Tolantzinco, Xicotepec, y otras partes; y otros 50 000 de Tziuhcohuacaz, Tlatlauhquitepec y otras provincias al norte, sujetas a Texcoco; además de 50 000 más como sirvientes. En total, más de 200 000. Ixtlilxóchitl mandó reunir todas sus canoas, cerca de 16 000, parte de ellas acompañarían a los bergantines, la otra se ocuparía de llevar víveres y cosas necesarias para el ejército. Al parecer, posteriormente los tlaxcaltecas, huexotzincas y cholultecas hicieron un alarde, cada señor con sus vasallos, sumando en total 300 000 guerreros, suma demasiado alta. Cortés menciona sólo a 75 000.

Al día siguiente, 29 de abril, Cortés envió mensajeros a Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula para notificar a sus señores que los bergantines estaban listos y sus tropas a punto de salir a ponerle sitio a México, por lo que les rogaba, como ya lo habían hablado, que reunieran la mayor cantidad de guerreros posible y se dirigieran los tlaxcaltecas a Texcoco, y los huexotzincas y cholultecas a Chalco. Los esperarían 10 días, que no tardasen más, pues todo estaba planeado. Para motivarlos se les diría que, si no venían en ese plazo, partirían sin ellos y se perderían el gozo y la fama de la victoria, así como los despojos. Bernal declara que el extremeño pidió que le enviaran en total unos 20 000 guerreros entre las tres provincias, pues también irían con ellos los acolhuas de Ixtlilxóchitl y los chalcas, además de otros aliados.

Torquemada relata que, antes de su partida, Cortés quiso sondear las aguas del lago entre México y Texcoco; si en realidad lo hizo debió de ser en esos días de espera. El extremeño deseaba saber dónde se encontraban los obstáculos, o bajos, que podrían entorpecer la navegación o dañar los navíos. En esta tarea llegaron hasta Acachinanco, en las cercanías de México. En un capítulo posterior el fraile reporta

que Sahagún escribió que el extremeño pidió a Cuauhtémoc acudir a Acachinanco para hablar con él. El huey tlatoani lo hizo a bordo de una canoa, rodeado de principales y guerreros. Cortés le dijo que estaba decidido a hacerles la guerra debido a las injurias que habían recibido. Les hizo un breve bosquejo, desde su punto de vista, de todo lo sucedido desde su llegada a Tenochtitlan. Cuauhtémoc respondió lacónicamente que aceptaba la guerra y que cada quien hiciese lo que pudiese por defenderse (aunque Torquemada parece indicar que esto debió de suceder tras la primera victoria de los bergantines sobre las canoas mexicas, poco después).[20]

Desafortunadamente, como en gran parte de esta narración, no contamos con fuentes nativas sobre lo que sucedía mientras tanto en México-Tenochtitlan desde el punto de vista mexica.

Cervantes narra que por este tiempo llegaron a Texcoco algunos principales de Cholula a quejarse con Cortés de sus vecinos de Topoyanco, pues les entraban a sus tierras. Los de Topoyanco también acudieron, arguyendo que sucedía lo contrario. Cortés decidió enviar a Ojeda a Cholula, a fin de aclarar y solucionar el caso. Después proseguiría a Tlaxcala, para ayudar a reunir los guerreros de esa provincia, de modo que antes de 10 días estuviesen en Texcoco.

[20] Torquemada, *op. cit.*, lib. IV, cap. LXXXVIII y XC. El *Códice Florentino*, cap. XXX, reporta el sondeo pero no el diálogo con Cuauhtémoc. Clavijero, *Historia antigua de México…*, p. 105, menciona esta entrevista, opinando que no es "verdadera, ni verosímil", pues Cortés no lo hubiese callado, teniendo siempre cuidado de reportar todas sus comunicaciones con los mexicas. J. L. Martínez dice que la única edición de Sahagún en que se encuentra esta noticia es la de Carlos María de Bustamante, cap. XXXI, "La aparición de Nuestra Señora de Guadalupe", 1840, que sería la última versión de Sahagún, de 1585, aunque en ella no menciona la respuesta de Cuauhtémoc, *cfr. Hernán Cortés*, pp. 303-305. H. Thomas opina que Sahagún "propaló este rumor, por razones difíciles de adivinar", véase *La conquista de México*, p. 544.

Ojeda fue bien recibido en Cholula, concilió las partes en conflicto y le obsequiaron cuatro mujeres hermosas que llevaban guirnaldas de flores en la cabeza. Cuando les dijo que Cortés necesitaba guerreros en su lucha contra los mexicas, los de Topoyanco prometieron proporcionarle 12 000 y los de Cholula muchos más. Ojeda pasó a Tlaxcala donde Xicoténcatl, como capitán general, tomó la palabra afirmando que de ninguna manera dejarían de acudir a ese llamado.

Enseguida Ojeda recorrió la comarca para dar prisa a los guerreros dispersos. Siempre fue muy diligente, realizando con gusto las órdenes de Cortés, "no dormía ni comía con reposo hasta hacerlo lo mejor que podía", asevera Cervantes. Finalmente regresó a Tlaxcala, donde permaneció seis o siete días, pero al constatar que los tlaxcaltecas no se movilizaban tan rápido como era de desearse, "porque tienen tal costumbre que diciendo: 'Luego, luego', se tardan en concluir lo que prometen" (¿desde entonces?), se llevó consigo sólo unos 4 000, contando sirvientes y agregados. Marcharon a Huayotlipan, los tlaxcaltecas repetían que no se preocupara, muy pronto acudirían los demás; por la noche llegaron tantos que al amanecer sumaban ya 30 000, en el transcurso del día 60 000 y por la noche del día siguiente ya eran 200 000. Cortés menciona que, según la cuenta de sus capitanes, pasaban de 50 000 guerreros (López de Gómara habla de 60 000).

Partieron de Huayotlipan y durmieron en Calpulalpan, tantos y tan bien ordenados, que la vanguardia había entrado en el pueblo mientras la retaguardia aún no salía de Huayotlipan. Al día siguiente pernoctaron a dos leguas de Texcoco. Ojeda se adelantó a notificar a Cortés de su llegada, el capitán se alegró al saber cuántos venían, le dijo que volviese y los detuviese un poco, para darle tiempo de salir a recibirlos.

Los tlaxcaltecas llegaron a Texcoco cinco o seis días antes de la Pascua (Bernal dice que llegaron pasada ésta, un

día antes de cumplirse el plazo, y que arribó también una capitanía de Huexotzinco y otra de Cholula, aunque eran pocos, pues desde la matanza en su ciudad preferían mantenerse al margen). A la cabeza de los guerreros iban Xicoténcatl el Mozo, como su capitán general, dos de sus hermanos y Chichimecatecuhtli. Cortés, acompañado de Pedro de Alvarado y otros capitanes, salió a recibirlos a un cuarto de legua de Texcoco, abrazó a los señores y les dio la bienvenida con alegría y respeto. Las tropas nativas estaban bien armadas, en gran orden, engalanadas con sus divisas y estandartes, cada compañía con las suyas, destacando la garza blanca de Tlaxcala con las alas extendidas, los tocados y adornos brillantes a los rayos del sol. Los guerreros lanzaban agudos silbidos y fuertes gritos: "¡Viva el emperador nuestro señor!", "¡Castilla, Castilla!", y "¡Tlaxcala, Tlaxcala!". Cortés declara que tardaron más de tres horas en entrar a Texcoco; Cervantes reporta que eran tantos que continuaron durante tres días, no cabían en Texcoco: "Fue cosa de ver el ánimo y deseo de pelear con que entraban los tlaxcaltecas, como después por la obra lo mostraron. Espantábanse los unos de los otros, viendo que eran tantos". Cortés mandó aposentarlos y proveerlos de lo necesario, prometiéndoles grandes cosas si triunfaban.

Escribe el extremeño que el segundo día de Pascua ordenó concentrar en la plaza mayor a todos los españoles, para formar tres divisiones, designar a los capitanes y determinar los sitios donde deberían establecer sus cuarteles generales, en tres lugares cercanos a Tenochtitlan.

Nombró capitán de una de las divisiones a Pedro de Alvarado, al que otorgó 30 jinetes, 18 ballesteros y escopeteros, 150 peones de espada y rodela, y más de 25 000 tlaxcaltecas (iban 81 000 con cada división, dice Bernal, a quien le tocó ir en ésta; el cronista suele minimizar el número de aliados); establecerían su campamento en Tlacopan. Irían con Alva-

rado, como capitanes al mando de 50 peones cada uno, Jorge de Alvarado, Gutiérrez de Badajoz y Andrés de Monjaraz. Los ballesteros y escopeteros se repartirían entre los tres, mientras que Alvarado tendría la caballería.

De la segunda división quedó al frente Cristóbal de Olid, maestre de campo, con 33 jinetes, 18 ballesteros y escopeteros, 160 peones, y más de 20 000 aliados; como capitanes tendría a Andrés de Tapia, Francisco Verdugo y Francisco de Lugo, entre quienes se repartirían igualmente las tropas; su campamento sería en Coyoacán. Según Cervantes, el tesorero Juan de Alderete iba también con Olid.

A Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, tocó la tercera división, con 24 de caballería, 4 escopeteros, 13 ballesteros, 150 peones, entre ellos 50 jóvenes escogidos de la compañía de Cortés, y más de 30 000 aliados de Huexotzinco, Cholula y Chalco; como capitanes, Luis Marín y Pedro de Ircio. Su misión consistiría en tomar y destruir Iztapalapa, entrar por su calzada, apoyados por los bergantines, y reunirse con la división que estaría en Coyoacán. Después de que Cortés entrase al lago con los bergantines se decidiría el sitio donde Sandoval estableciera su campamento (Bernal declara que lo pondrían en Iztapalapa).

Los tres campamentos quedarían situados en los lugares donde tres de las cuatro calzadas de México-Tenochtitlan la unían con tierra firme. La cuarta calzada, de Tepeyacac, al norte, quedaría sin vigilancia, a modo de ofrecer un puente de plata en caso de que los mexicas decidiesen abandonar su ciudad, además sería más fácil vencerlos en tierra firme.

Alva Ixtlilxóchitl difiere en cuanto al número de tropas aliadas, reporta que Cortés, de acuerdo con Ixtlilxóchitl, y con todos los demás señores, asignó a Alvarado 50 000 guerreros de Otumpan, Tolantzinco y otras partes, de los que iban por generales un hermano de Ixtlilxóchitl, Quauhtliztactzin y el señor de Chiautla, Chichinquatzin, y también fueron en su

favor todos los tlaxcaltecas. A Olid dio otros 50 000, de Tziuhcóhuac y demás provincias del norte, con su general Tetlahuehuezquititzin, hermano de Ixtlilxóchitl. Y a Sandoval otros tantos, de Chalco, Cuauhnáhuac y partes del mediodía, por generales sus mismos señores y algunos hermanos de Ixtlilxóchitl, y asimismo los cholultecas y huexotzincas. Los 50 000 para servicio también se repartieron.

Cortés designó las tripulaciones de los 13 bergantines, la mayor parte formadas por marineros. Cada navío tendría su propio capitán, un veedor, 6 ballesteros, 6 escopeteros, 12 remeros, y uno o dos artilleros, así como un pequeño cañón, y dos la capitana. En cada embarcación se colocaron los estandartes reales y el propio de cada una. Entre los marineros no se logró obtener el número suficiente de remeros, pues negaban que supieran remar, o simplemente se rehusaban a hacerlo, arguyendo su hidalguía, que los exentaba de ese tipo de trabajo físico, considerado para gente de baja condición. Cortés tuvo que investigar quiénes eran marinos, quiénes solían ir a pescar, quiénes eran originarios de Palos, Moguer, Triana o de cualquier otro puerto, reuniendo así a 150, a los que ordenó, bajo graves penas, ocuparse de los remos, por más hidalgos que afirmasen ser. Comenta Bernal que éstos fueron al final los mejor librados, quedando también ricos con los despojos.

Cortés nombró a los capitanes de los bergantines y les proporcionó instrucciones, eran Juan García Holguín, Pedro Barba, Juan de Limpias Carvajal el Sordo, Juan Jaramillo, Jerónimo Ruiz de la Mota, Antonio de Carvajal, Juan de Portillo, Pedro de Briones, Francisco Rodríguez Magariño, Cristóbal Flores, Juan Rodríguez de Villafuerte, Antonio de Sotelo y Rodrigo Morejón de Lobera (Bernal y Cervantes mencionan algunos nombres diferentes, y durante el tiempo que duró el sitio se dieron ciertos cambios).

Después de relatar con cierta profusión estos preparativos, las crónicas prácticamente no dicen nada sobre la salida de este gran ejército de Texcoco. Según Bernal partieron al día siguiente por el mañana, pasado el día de Corpus Christi. Para evitar sorpresas desagradables por el camino, Cortés envió por delante a las capitanías de Tlaxcala, que debían avanzar hasta las fronteras del territorio mexica.

Chichimecatecuhtli y sus capitanes notaron que no estaba entre ellos el general en jefe, Xicoténcatl el Mozo, al indagar les dijeron que al parecer había regresado a Tlaxcala. Bernal afirma que lo hizo con intención de dar un golpe de Estado, creyendo le sería fácil hacerlo al estar ausentes Chichimecatecuhtli y otros muchos señores y principales. Seguía renuente en apoyar a los españoles, aunque el cronista, con mala fe, insinúa que se trataba de cobardía, al narrar que Xicoténcatl decía que los españoles y tlaxcaltecas morirían en esa guerra.

Chichimecatecuhtli decidió regresar a toda prisa a Texcoco, a fin de comunicar estas noticias a Cortés. El extremeño envió cinco principales acolhuas y dos tlaxcaltecas, amigos de Xicoténcatl, a rogarle al Mozo de su parte y con muchas promesas, que regresara a Texcoco. Xicoténcatl se rehusó, respondiendo que si su padre y Maxixcatzin le hubiesen escuchado a tiempo los españoles no se hubieran señoreado tanto, en cambio ahora hacían todo lo que los blancos querían. Continúa narrando Bernal que Cortés mandó a un alguacil a toda prisa, escoltado por cuatro jinetes y cinco principales acolhuas, con órdenes de ahorcar a Xicoténcatl, pues afirmaba que: "Ya en este cacique no hay enmienda, sino que siempre nos ha de ser traidor y malo y de malos consejos", y ya no era tiempo de seguir soportándolo. Pedro de Alvarado intercedió mucho por él, pues era su cuñado, hermano de doña Luisa, y aunque Cortés le dio buena respuesta no modificó sus órdenes.

Xicoténcatl fue alcanzado en un pueblo de Texcoco y ahorcado (Solís, citando a Bernal, reporta que de un árbol, pero no encuentro ese pasaje en su *Historia verdadera…*). Algunos tlaxcaltecas dijeron que su mismo padre envió a decir a Cortés que ese hijo suyo era malo, que no se fiara de él y procurara matarlo. Por esta causa, dice Bernal, el ejército no partió ese día de Texcoco. Cortés ni siquiera narra al emperador el incidente.

Cervantes de Salazar nos ofrece otra versión. Reporta que cuando Alvarado y Sandoval partieron con sus divisiones para empezar el sitio de México-Tenochtitlan, Xicoténcatl iba en compañía del primero, y Chichimecatecuhtli del segundo, "andando para esto la gente española y la indica revueltas". Al parecer se dio una reyerta, y Piltecuhtli, primo hermano de Xicoténcatl, fue descalabrado por dos españoles; los tlaxcaltecas protestaron, al igual que Xicoténcatl; Ojeda los apaciguó con la promesa de dar licencia a Piltecuhtli de regresar a Tlaxcala, temiendo que si Cortés se enterara sin duda mandaría ahorcar o afrentaría malamente a los dos españoles. Torquemada indica que el asunto se debió a una rencilla sobre la carga de un nativo, y que la licencia era "cosa que muchos, cansados de la guerra, deseaban". De cualquier modo, Xicoténcatl desertó una noche, acompañado de algunos amigos y criados.

Torquemada reporta una versión según la cual entraron los amores de una mujer, pues celoso de que Piltecuhtli regresara a verla a Tlaxcala, también se fue. Alvarado lo echó de menos por la mañana y lo notificó a Cortés, el asunto le olía mal. El extremeño mandó llamar a Ojeda y a Juan Márquez y los envió a Tlaxcala con orden de traerle preso a Xicoténcatl y a sus compañeros. Una vez allá, Xicoténcatl les reclamó que no aprehendiesen también a Piltecuhtli; Ojeda respondió que éste había salido con licencia suya a curarse, pero ante su insistencia también se lo llevaron preso.

Al llegar a Texcoco, Cortés se negó a ver a los presos, ordenando que los pusieran en un cepo, y a las dos horas mandó colgar de una horca alta a Xicoténcatl, frente a todos los indígenas. El intérprete pregonaría el motivo en voz alta, recordando su comportamiento pasado en Tlaxcala, cuando los españoles llegaron a refugiarse. "Murió, aunque era orgulloso y valiente, con poco ánimo", continúa relatando Cervantes, aunque muchos nativos llegaron a las manos por llevarse un pedazo de sus ropas o de la madera de la horca, como si se tratara de "una gran reliquia". Su ejecución causó espanto, tanto entre aliados como enemigos, Xicoténcatl había sido muy estimado y temido.

Cortés decidió ahorcar también a Piltecuhtli para meterles más miedo. Mandó sacarlo del cepo y llevarlo a la horca, pero Ojeda intercedió por él, remordiéndole la conciencia, a pesar del temor que le tenía a Cortés, y le narró todo el asunto. Cortés se irritó mucho con Ojeda por haberle colocado en esa falsa situación, aunque considerando sus buenos servicios acabó por perdonarlo. Ojeda le dijo cómo Xicoténcatl le había ofrecido 2 000 ducados a cambio de su libertad, cosa que no habría osado hacer ni por 100 000. Cortés, riendo, le respondió: "Pues, majadero, ¿por qué no tomasteis los dineros y luego le traiades, que quien había de perder la vida, poco se le diera de dexaros los dineros?"

A Antonio de Solís le parece poco creíble que se ejecutara públicamente a Xicoténcatl, ofendiendo a tantos tlaxcaltecas, y opta por la versión de Bernal. Aunque la mayoría de los tlaxcaltecas ya debían de haber salido de Texcoco.

Muñoz Camargo también habla de amores. Narra que Xicoténcatl abandonó el campo debido a que tenía relación con una mujer muy principal y no pudo resistir una

ausencia tan larga, en dos ocasiones había dejado a sus tropas por la misma causa, habiéndosele perdonado. Pero en esta ocasión Cortés se quejó con los señores, comentándoles que entre los españoles la deserción en tiempos de guerra se consideraba traición, y la pena era de muerte, pero que viesen lo que mejor les pareciese. También les pidió que le confirmaran su amistad y la palabra que le habían dado de ayudarlo. Los señores de Tlaxcala respondieron que ellos tenían la misma ley, y era aún más rigurosa, y por tanto le enviaban preso a Xicoténcatl para que hiciera lo más conveniente. Cortés quiso aprovechar esta buena oportunidad de hacerse temer y evitar las deserciones, por lo que ordenó que Xicoténcatl fuera ahorcado en Texcoco, frente a los tlaxcaltecas, que quedaron espantados ante semejante atrevimiento.[21]

Cortés no menciona estos acontecimientos. Es difícil tomar partido por cualquiera de las dos versiones sobre la ejecución de Xicoténcatl, pues por un lado, como dice Solís, es poco factible que Cortés se arriesgara a disgustar de tal manera a sus aliados tlaxcaltecas; pero por el otro, si en realidad contaba con el visto bueno de los señores, podría haberse decidido para atemorizar al resto. Sea como fuese, el verdadero delito de Xicoténcatl consistió en ver con más claridad que los señores el carácter ambicioso de los españoles, que acarrearía finalmente la destrucción del mundo indígena y su larga servidumbre bajo el yugo de los nuevos amos. Según Bernal, Xicoténcatl era "alto de cuerpo y de grande espalda y bien hecho, y la cara tenía larga y como hoyosa y robusta". Su muerte debió de ocurrir en la primera o segunda semana de mayo.

[21] Clavijero declara que la familia y los bienes de Xicoténcatl fueron enviados a Texcoco, y adjudicados a Carlos V; se trataba de 30 mujeres y una gran cantidad de oro, *cfr. Historia antigua de México y de su conquista*, p. 102,

La estancia de Cortés y de los suyos en Texcoco fue muy provechosa, y el auxilio de Ixtlilxóchitl y de los acolhuas, invaluable. Según Alva Ixtlilxóchitl, en los meses que estuvieron se les atendió en todas sus necesidades, proporcionándoles alimento, hospedaje, servicios, obsequios, guerreros, mano de obra para la fabricación de los bergantines, de las saetas, de escaupiles de algodón, etcétera, de tal manera que el cronista afirma que "después de Dios, Ixtlilxuchitl y los demás sus hermanos y deudos suyos, se plantó la ley evangélica y se ganó la ciudad de México y otras partes con menos trabajo y costa que lo que podía costar, sino fuera por Tezcuco y sus reinos y provincias".

El *Códice Ramírez* relata que Cuauhtémoc previno a los mexicas sobre una profecía al respecto de cómo "de Ixtlilxuchitl había de salir la ruina de los mexicanos", y que "Cortés andaba dando orden a Ixtlilxuchitl de cómo sitiar la ciudad [...] de manera que en la conquista de esta ciudad siempre llevó la delantera don Fernando [nombre español de Ixtlilxóchitl]". Fray Diego Durán comenta que Ixtlilxóchitl agradó y sirvió tan bien a Cortés, que éste, tomándole "grandísimo amor y afición no le permitía apartar de sí y honrándole, como era razón y merecía", lo llevó consigo a la conquista de México-Tenochtitlan y le obsequió una espada dorada y una rodela de su propiedad, con las que "hizo maravillas, tantas y tan señaladas, que al nombre de Ixtlilxóchitl y a su apellido huían los mexicanos y todos los de la ciudad".

Mientras tanto, en México-Tenochtitlan se seguían haciendo febrilmente los preparativos para la defensa de la ciudad.[22] López de Gómara y el *Códice Ramírez* relatan que

[22] Entre las medidas que enumera H. Thomas está la ingestión de alucinógenos, como hongos, peyote, semillas de datura y de enredadera. Sobran los comentarios. *Cfr. La conquista de México,* p. 539.

Cuauhtémoc, al saber que los españoles tenían listos los bergantines y el ejército para atacarlo, celebró una reunión con los señores y principales, para decidir el curso de acción a tomar. Las opiniones se dividieron, algunos opinaron que debían responder con las armas y defenderse, contaban con gran cantidad de guerreros y su ciudad era una fortaleza. Otros decían que sería mejor hacer las paces y no sacrificar a los prisioneros españoles que habían logrado capturar, sino utilizarlos para negociar. Otros más pensaban que debían consultarlo con los dioses (aquí también habría que preguntarse cómo se enteraron de lo que sucedía en Tenochtitlan).

Cuauhtémoc mismo, a decir de López de Gómara, se inclinaba por una paz con buenas condiciones, temiendo que los mexicas fuesen completamente destruidos; propuso que se consultara el asunto con los dioses, pero como la mayoría estaba muy decidida en pro de la guerra, negándose a quedar bajo el dominio de gente tan codiciosa y cruel como eran los españoles, tras proponerles el huey tlatoani dos veces pensar en la paz, recibiendo una negativa por respuesta, ordenó el sacrificio de cuatro españoles cautivos, así como el de 4 000 de sus aliados,

> según dicen algunos; yo bien creo que fueron muchas, pero no tantas. Habló con el diablo en figura de Vitcilopuchtli; el cual le dijo que no temiese a los españoles, pues eran pocos, ni a los demás que con ellos venían, por cuanto no perseverarían en el cerco; y que saliese a ellos y los esperase sin miedo ninguno, pues él le ayudaría y mataría a sus enemigos.[23]

[23] Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, p. 192.

Así pues, decidido a jugarse el todo por el todo, ordenó quitar los puentes de las calzadas, fortificar las barricadas, vigilar la ciudad y tener listas para la lucha cerca de 5 000 canoas.

Según Chavero deshicieron partes de varias calzadas; opina que, al pasar esto desapercibido por algunos historiadores, hace parecer inexplicables varias de las acciones del sitio. Entre esas calzadas estaba en el sur la que servía también de dique, que fue rota cuando el ataque de Cortés a Iztapalapa; en el norte se hizo lo mismo con otra calzada-dique que iba a Tlatelolco. Como la de Nonoalco se había destruido anteriormente, Tlatelolco quedó prácticamente como una isla. Sólo se dejaron dos calzadas intactas, las que iban a Tlacopan y a Coyoacán, aunque se protegieron con muchos canales profundos que las cortaban.

Para defenderse contra los bergantines clavaron estacas puntiagudas alrededor de la ciudad en los sitios por donde podrían acercarse más. Dentro de la ciudad levantaron barricadas en las calles principales y abrieron zanjas que comunicaban los canales con las acequias secundarias, de modo que la caballería enemiga viera su paso obstaculizado pero las canoas mexicas pudiesen circular, llevando refuerzos. También acumularon cantidad de proyectiles en las azoteas de las casas, desde donde los utilizarían con gran eficacia.[24]

Alva Ixtlilxóchitl narra que Cuauhtémoc reunió más de 300 000 guerreros y mandó reprender mucho al tlatoani acolhua Ixtlilxóchitl por auxiliar a los españoles contra los de su raza, quien le respondió que prefería la amistad de los blancos, pues le habían traído la luz verdadera. Agrega el cronista que los tres soberanos: Cuauhtémoc, Cohuanacotzin y Tetlepanquetzaltzin, enviaron embaja-

[24] Alfredo Chavero, *México a través de los siglos*, vol. II, p. 446.

dores a todos lados, incluso al soberano de Michoacán, Tangoaxán, quien era tan poderoso que, si ayudase a los mexicas, Cortés sin duda no podría conseguir su intento, pero debido a una visión milagrosa de la hermana de Tangoaxán, que murió, resucitó y vio que los españoles traían noticia del verdadero Dios, negó su ayuda a Cuauhtémoc, teniendo ya listo un ejército de 200 000 guerreros. Declara Alva Ixtlilxóchitl que todo esto lo tomó de las relaciones y pinturas del reino de Michoacán, además de oírselo contar muchas veces a don Constantino Huitzimengari, nieto de Tangoaxán, quien, en su tiempo, era cacique y señor de aquella provincia (historia muy parecida a la que narra Torquemada sobre la visión de Papantzin, hermana de Motecuhzoma, narrada en el cap. II de este libro).

Fray Diego Durán acusa a Cuauhtémoc de no haber tenido la previsión de acumular suficientes víveres en México-Tenochtitlan; Dorantes de Carranza sostiene lo mismo, escribiendo que si este "valerosísimo hombre" hubiese henchido su ciudad de víveres como lo hizo de guerreros, "no se pudiera condenar en cosa de descuido e inadvertido soldado: porque fue más la gente que murió del hambre que de la guerra" (se olvida de la viruela).

Así quedaron delimitados los campos contrarios. De un lado los extranjeros blancos ya repuestos, su número aumentado por refuerzos recién llegados, formando el férreo núcleo de un grandísimo ejército compuesto principalmente por los aguerridos hombres de Tlaxcala y de Acolhuacan, así como, en menor número, por guerreros de varios señoríos. Por el otro, los mexicas y sus aliados, que tras haberse enseñoreado de gran parte del territorio mesoamericano abusaron de su dominio, ganándose el odio de los subyugados, que ahora se levantaban contra ellos; habían quedado prácticamente reducidos a su ciu-

dad lacustre, aunque contando con el auxilio de algunos enclaves en tierra firme. La lucha será titánica y a muerte. El premio de los vencedores será el dominio de extensos y ricos territorios.[25]

[25] Hernán Cortés, Tercera carta de relación; López de Gómara, *op. cit.*, II, pp. 185-192; Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios del conquistador*; *Códice Ramírez*, p. 204; Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. V, caps. XXIX, L, LI, LXXXVII-CXIII, CXXI, CXXII; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. II, caps. CXXXVI, CXLIII-CL; fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. II, cap. LXXVII; Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, lib. I, cap. IX; Dorantes de Carranza, *op. cit.*, p. 40; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, IV, déc. III, lib. I, caps. I, II, V-VIII, XII, XIII; Torquemada, *op. cit.*, vol. II, lib. IV, caps. LXXXVII, LXXXIX, XC; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Sumaria relación de las cosas que han sucedido en la Nueva España", núm. 7, "Compendio histórico del reino de Texcoco, Decimatercia relación" e "Historia de la nación chichimeca", caps. XCI-XCIII; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. V, caps. V-VIII, XVI-XX.

CAPÍTULO XXV

Inicio del sitio

Viendo que estos de la ciudad estaban rebeldes y mostraban tanta determinación de morir o defenderse, colegí dellos dos cosas: la una, que habíamos de haber poca o ninguna de la riqueza que nos habían tomado; y la otra, que daban ocasión y nos forzaban a que totalmente los destruyésemos. E desta postrera tenía más sentimiento y me pesaba en el alma, y pensaba que forma tenía para los atemorizar de manera que viniesen en conocimiento de su yerro y del daño que podían recibir de nosotros, y no hacía sino quemalles y derrocalles las torres de sus ídolos y sus casas.

HERNÁN CORTÉS[1]

El miércoles 22 de mayo de 1521 Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid salieron de Texcoco a la cabeza de sus respectivas tropas para establecer sus campamentos en Tlacopan y Coyoacán.[2] Pasarían la noche en Acolman. Olid envió por delante algunos hombres a encargarse de sus alojamientos. Colocaron ramos verdes sobre las casas escogidas. Cuando Alvarado y los suyos llegaron encontraron

1 Tercera carta de relación, p. 155.

2 Cortés escribe que fue el 10 de mayo, Bernal que el 13, Cervantes da la fecha como 22 de mayo, Clavijero no ofrece ninguna, Prescott sigue a Cortés, Manuel Orozco y Berra propone el 22 como la fecha que más se ajusta a las otras dadas por Cortés y a los acontecimientos mismos, *cfr. Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 487. Chavero lo sigue y me parece la más adecuada.

que no habían dejado habitaciones para ellos, lo que provocó una acalorada disputa entre ambos capitanes al punto de desafiarse. Sus tropas estaban por echar mano de sus armas. La intervención de algunos mantuvo la calma.

Cortés fue informado y envió a fray Pedro Melgarejo y al capitán Luis Marín hacia Acolman para conciliar los ánimos. Llevaban una carta suya para los capitanes y sus hombres en la que los reprendía. Fray Pedro y Marín cumplieron con éxito su misión, pero Alvarado y Olid guardaron resentimiento y en el futuro no se llevaron bien.

Al día siguiente, jueves 23, ambas divisiones siguieron su marcha hasta Citlaltépec, situado en territorio enemigo; la población estaba desierta. El viernes 24 marcharon hasta Cuautitlán, donde pernoctaron, sus habitantes también habían huido. El sábado 25 pasaron por Tenayuca y Azcapotzalco, despobladas. A hora de vísperas llegaron al fin a Tlacopan, igualmente desierta. Se alojaron en los palacios del tlatoani ausente, espaciosos y bellos.

Aunque era tarde, los tlaxcaltecas decidieron merodear por los alrededores en busca de alimento. Encontraron buen número de mexicas cerca de donde tocaba tierra firme la calzada que conducía a México-Tenochtitlan, y mantuvieron algunas escaramuzas por dos o tres horas, hasta el anochecer. No pasaron buena noche, constantemente escuchaban los insultos que a grandes gritos les lanzaban los mexicas desde sus canoas y la calzada.

El domingo 26 de mayo, tras asistir a una misa oficiada por el padre Díaz, Alvarado y Olid, siguiendo sus órdenes, fueron con sus tropas hacia el cercano cerro de Chapultepec, de cuyos manantiales partía el acueducto que surtía de agua potable a México-Tenochtitlan; construido con piedra, madera y barro, con la misión de destruirlo y dejar sin agua la ciudad sitiada. Cuauhtémoc había previsto esa posibilidad y tenía escuadrones para defender esa vital línea de abasteci-

miento. Al llegar a Chapultepec, los españoles y sus aliados sostuvieron un fuerte encuentro; finalmente los mexicas tuvieron que abandonar el campo, perseguidos por los tlaxcaltecas. El acueducto fue inutilizado, lo "que fue muy grande ardid", comenta Cortés; a partir de este momento y a lo largo del sitio, la sed irá en aumento en México-Tenochtitlan, aunque como el sitio fue en la época de lluvias y el año fue de buena precipitación, en algo la aminoraron captándola.

Las fuerzas conjuntas de Alvarado y de Olid marcharon hacia la entrada de la calzada de Tlacopan, que medía unos ocho pasos de ancho, dispuestas a probar su fortaleza y el ánimo del enemigo. Los mexicas los esperaban, pero, para su sorpresa, opusieron poca resistencia, permitiéndoles penetrar y dirigirse hacia la ciudad por buen tramo; era sólo una estratagema para llevarlos a donde pudieran atacarlos más fácilmente, maniobra que se repetirá varias veces a lo largo del sitio. Los mexicas recordaban muy bien que fue en una calzada donde obtuvieron tan gran victoria la Noche de la Huida.

Cuando las tropas aliadas llegaron cerca de uno de los puentes, que por supuesto estaba cortado, los mexicas cargaron ferozmente, tanto por la calzada como por agua, atacando ambos flancos enemigos con sus canoas. Lanzaron una lluvia de proyectiles, hiriendo a más de 30 españoles; la respuesta de ballesteros y escopeteros fue poco exitosa, las canoas mexicas estaban protegidas con tablones colocados a los costados, y los de la calzada se refugiaban tras barricadas. Cuando los aliados arremetían, los guerreros mexicas se lanzaban al agua. A los lados de la calzada habían levantado unos mamparos desde donde herían a los caballos con sus lanzas largas. En esos momentos llegó una flotilla de canoas, con intención de atacarlos por la retaguardia y cerrarles la retirada. La gran cantidad de tlaxcaltecas que los acompañaban impedían maniobrar a los españoles; además,

los aliados no luchaban bien en el agua, así que les pidieron retirarse a tierra firme. Tras ellos los blancos emprendieron su propia retirada, en buena formación y orden. Los mexicas, al verlo,

> que grita y alaridos y silbos nos daban y como se venían a juntar con nosotros pie con pie, digo que y no lo sé escribir; porque toda la calzada hincharon de vara y flecha y piedras de las que nos tiraban, pues las que caían en el agua muchas más serían; y desde que nos vimos en tierra firme dimos muchas gracias a Dios,[3]

comenta Bernal. Murieron ocho soldados, un caballo y quedaron heridos más de cien españoles. (Es imposible mencionar las bajas indígenas, ya sea aliadas o mexicas; los cronistas por lo general no nos proporcionan su número, limitándose a declarar que fueron muchas, o infinitas.)

El lunes 27, Cristóbal de Olid, aún resentido, culpó del fracaso a Pedro de Alvarado y decidió irse con su gente a Coyoacán, a dos leguas de distancia (11 km), haciendo caso omiso de los ruegos de Alvarado y de otras personas de no separarse, pues el enemigo podría causarles daño más fácilmente. Olid adujo que iría a donde Cortés lo había mandado, sólo de él recibía órdenes. Hacia las diez de la mañana llegó con sus fuerzas a Coyoacán, abandonada por sus habitantes. Se alojaron en los palacios y casas del señor.

El martes 28, Olid, con 20 de caballería, algunos ballesteros y 7 000 tlaxcaltecas, fue a dar una vuelta por la calzada de Iztapalapa, que salía de México-Tenochtitlan y se bifurcaba en Huitzilopochco (el Chilobusco de Cortés, que más tar-

[3] Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. II, cap. CXLIX.

de será llamado Churubusco), un ramal iba hacia Coyoacán y otro a la península de Iztapalapa. Los mexicas también la habían cortado y construido varias barricadas. Sostuvieron algunas escaramuzas diariamente por una semana. Los españoles tenían los nervios tan sobreexcitados que una noche, oyendo los gritos de los mexicas, creyeron que serían atacados, se apresuraron a la defensa, mas no llegó nadie; los gritos provenían de lejos.

Los hombres de Alvarado y Olid pasaron dos o tres días acondicionando malos pasos, puentes y canales, para permitir a la caballería correr sin obstáculos entre ambos campamentos, el de Tlacopan y el de Coyoacán, y recolectando maíz en los alrededores. En esos días tuvieron varios enfrentamientos, plagados de los consabidos insultos y desafíos que intercambiaban mexicas y tlaxcaltecas, "que eran cosas bien notables y para ver", comenta Cortés, aunque no los vio en esta ocasión. Sin embargo, los mexicas perdieron la oportunidad de atacar primero un campamento y después el otro, aprovechando el escaso número de enemigos.

Ni Olid ni Alvarado se atrevieron a realizar más incursiones por las calzadas con sus fuerzas aisladas, prefirieron esperar que Cortés llegara con los bergantines. El extremeño había decidido permanecer en Texcoco hasta que ambos capitanes alistaran sus respectivos campamentos y que Gonzalo de Sandoval también partiera, entonces zarparía con los bergantines. Sandoval salió con su gente la mañana del viernes 31 de mayo, "al cuarto del alba",[4] hacia Iztapalapa, distante unas seis leguas.

[4] Cortés dice que fue un viernes, el día siguiente de Corpus Christi; Bernal afirma que Sandoval partió de Texcoco cuatro días después de Corpus Christi, pero él mismo no se encontraba presente. Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, II, p. 104, escribe que el día de Corpus de 1521 cayó a 30 de mayo, y agrega que ese día empezó, de acuerdo con el cómputo de Cortés, el asedio a

Con estas acciones puede considerarse iniciado el largo sitio de México-Tenochtitlan. La furiosa y desesperada defensa de los mexicas lo colocarán entre los más cruentos y trágicos de la historia, un Masada mexicano, equivalente a una de las obras de los dramaturgos griegos, en que la *hubris* (el orgullo desmesurado) provoca una némesis (venganza de los dioses), y que por la riqueza y el colorido de las acciones particulares de muchos de los participantes habría podido, en boca de un Homero, convertirse en una Ilíada de América.

Como dice Cervantes:

> Los diversos subcesos, así prósperos como adversos, que en este cerco tan largo acontescieron, no podrán en esta historia llevar el orden del día y tiempo en que subcedieron, así por no poner opiniones contrarias, como por no ser prolixo y tratar demasiadas menudencias y porque de lo que pasó en los tres reales no pudo tan claro entenderse, por no poder ser testigos los unos de los otros.[5]

México. Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista...*, vol. IV, p. 493, afirma que el día de Corpus cayó en 31 de mayo.

5 Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, cap. CLXX. La cronología del sitio presenta muchos problemas. Cortés nos proporciona la relación más minuciosa, pues procuró enmarcar los diversos sucesos en sus respectivos días, pero da pocas fechas absolutas, limitándose a escribir "al otro día", o "al otro día siguiente". Bernal narra los acontecimientos en lo que se supone sea un orden cronológico, pero sin definir los distintos días en que sucedieron. Sigo la cronología establecida por Orozco y Berra, pues, aunque no es posible la rigurosa exactitud, es la que más parece ajustarse a los hechos. Habrá muchos sucesos que por carecer de precisión en su cronología deberán ser colocados donde parezca ser más probable su ocurrencia. Siempre tendrá más relevancia tener una idea de lo sucedido que la fecha exacta en que aconteció.

El *Códice Florentino*, silencioso sobre prácticamente todos los sucesos entre la huida de los españoles de México-Tenochtitlan y el comienzo del sitio, nos servirá de nuevo como fuente del punto de vista mexica. Sobre el inicio del sitio narra:

> Se levantó un rumor de sollozos. Y los que tenían barcas llenaron sus barcas con sus niños, las impulsaron con remos, las impulsaron dando duro a los remos. No llevaron nada con ellos, únicamente partieron abandonando todo en lo peor del espanto: sus pertenencias caseras, simplemente partieron desparramándolo todo. Pero nuestros enemigos saquearon estas cosas. Vinieron a apoderarse de todo por allá donde pasaban. Todo lo que encontraban lo agarraban.[6]

Fray Bartolomé de las Casas comenta al respecto, con su característica tendencia a la exageración:

> Sucedió después el combate de la ciudad, reformados los cristianos, donde hicieron estragos en los indios admirables y estraños, matando infinitas gentes y quemando vivos muchos y grandes señores [...] tiranías grandísimas y abominables que estos hicieron en la ciudad de México y en las ciudades y tierra mucha que por aquellos alrededores diez y quince y veinte leguas de México, donde fueron muertas infinitas gentes.[7]

6 Georges Baudot y Tzvetan Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, cap. XXX, p. 144.

7 Fray Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, pp. 56-57. Un comentario de Pedro Mártir de Anglería es curioso, escribe que: "Rodeada así por todas partes la infeliz ciudad, empezó a padecer con la carencia de todo, y no menos que al enemigo la atormentaba la ambición de unos cuantos, cuya avidez de mando había arrastrado a aquella desdichada situación a su pueblo, que fácilmente hubiera sido persuadido a someter su cerviz a nuestro yugo, de no haberlo impedido el hijo de la hermana de Moctezuma,

Gonzalo de Sandoval y los suyos llegaron a Iztapalapa poco después del mediodía, encontrando fuerte resistencia; pero, como solía suceder, los miles de aliados inclinaron la balanza del lado español. Quemaron las casas de tierra firme y obligaron al enemigo a retirarse por agua. Mientras tanto, Cortés zarpó con los bergantines y la flotilla de canoas acolhuas hacia Iztapalapa, lo que causó que en los cerros de las inmediaciones de México se observaran tantas columnas de humo "que parecía arder todo", dice López de Gómara. Los mexicas notificaban la salida de la flota y la dirección que llevaba.

Los bergantines llegaron a vista del peñón de Tepepulco, isla cercana a la pequeña península entre los lagos de Texcoco, México, Xochimilco y Chalco en la que estaba edificada la ciudad de Iztapalapa. El cerro estaba lleno de guerreros, así como de mujeres y niños, refugiados de los pueblos vecinos en las laderas del peñón, altas y ásperas, de difícil acceso.

Al observar que la flota se aproximaba lanzaron sus gritos de guerra y prendieron grandes fogatas para las señales de humo. El extremeño decidió, en un rápido cambio de planes, atacar primero Tepepulco. Los navíos se aproximaron a la orilla del cerro, el capitán saltó a tierra seguido por 150 españoles. Con gran trabajo empezaron a subir las inclinadas lomas, desalojando a los mexicas de sus barricadas; "entrámosles de tal manera, que ninguno dellos se escapó, excepto las mujeres y niños; y en este combate, me hirieron veinte y cinco españoles, pero fue muy hermosa la victoria", escribe Cortés.[8]

---

usurpador del imperio, y la soberbia de sus Cortesanos", *cfr. Décadas del Nuevo Mundo*, vol. II, V déc., lib. VIII.

8 Tepepulco fue posteriormente llamado el Peñón del Marqués, ya que se le otorgó como propiedad a Hernán Cortés; sirvió también como cantera de la piedra de tezontle usada en la construcción de muchos edificios de la Ciudad de México.

Se dirigía hacia el peñón una gran flotilla de canoas enviadas por Cuauhtémoc para probarse con los navíos; el extremeño menciona unas 500, Bernal mil. Los españoles reembarcaron a toda prisa, Cortés ordenó a los capitanes mantener sus embarcaciones al pairo, para que el enemigo creyera que le temían e inducirlo al ataque. Los mexicas remaron vigorosamente hasta una distancia de unos dos tiros de ballesta. Por unos momentos ambas flotas se observaron.

Cervantes de Salazar relata que poco antes la nave capitana, al mando de Rodríguez de Villafuerte (a quien llama Rodríguez de Villanueva), encalló en uno de los grandes troncos clavados en el fondo del lago para ese efecto. Los mexicas, conscientes de que por su tamaño se trataba de un navío especial, remaron en su dirección. El capitán Rodríguez, con una precipitación que los acontecimientos no justificaban, creyendo tal vez que no podría salvar su bergantín, dio orden de que la tripulación se pasara a otro navío, abandonando el suyo. Martín López, que iba como piloto mayor de la capitana, se negó a obedecer y, en compañía de varios españoles, hizo frente a los mexicas, que ya los abordaban. López echó al agua a dos españoles que intentaban abandonar la nave, golpeó a ocho que, temerosos, trataban de esconderse, e hizo "maravillas, porque era hombre de grandes fuerzas y mucho ánimo y muy membrudo y de gran persona"; mató a un capitán enemigo, "que era después de Guatemuza el principal, el cual defendía un paso que era la llave de la ciudad, por donde los nuestros habrían de pasar", y se apoderó de su penacho y de su rodela, "toda de oro; mató asimismo otros Capitanes y señores; pero la muerte de aquel hizo gran daño a los mexicanos, y fue causa de que más en breve se tomase la ciudad. Hízole Cortés y con muy gran razón Capitán de la capitana, y públicamente le hizo grandes favores".

El extremeño tenía un ferviente deseo de que en la primera batalla los bergantines obtuviesen una gran victoria, para que les cobraran temor, "porque la llave de toda la guerra estaba en ellos, y donde ellos podían recibir daño, y aun nosotros también, era por el agua". Al parecer los mexicas no tenían mucha idea de la rapidez de naves con velas desplegadas auxiliadas con un viento a su favor, que en ese momento empezó a soplar favorablemente desde tierra. Cortés ordenó a los bergantines embestir. Con las velas desplegadas y los remeros haciendo su mayor esfuerzo se dirigieron raudos hacia las canoas, rompiendo entre ellas, quebrándolas y volcándolas. Los ballesteros y escopeteros practicaban su puntería con los enemigos caídos al agua. Las canoas sobrevivientes huyeron hacia México, perseguidas por cerca de tres leguas por los bergantines; "y matamos y ahogamos muchos de los enemigos, que era la cosa del mundo más para ver", concluye sanguinariamente Cortés. Alva Ixtlilxóchitl comenta que fueron tantos los muertos que las aguas del lago se tiñeron de rojo.

Mientras tanto, en Tlacopan los hombres de Pedro de Alvarado, al enterarse de que Cortés luchaba en el lago, atacaron por la calzada, llegando hasta la primera cortadura, aunque sin la caballería, pues Alvarado les ordenó cuidarles las espaldas, temiendo que los atacaran por la retaguardia.

En Coyoacán la gente de Cristóbal de Olid, que tenía una mejor vista que los de Alvarado sobre la ruta que seguían los bergantines, al observar cómo ponían en fuga a las canoas, iniciaron un ataque por la calzada de Iztapalapa, expulsando a los mexicas de las barricadas, pasando algunos puentes y avanzando más o menos una legua por la calzada hacia el lugar adonde, tras la persecución de las canoas mexicas, Cortés condujo a los bergantines, cambiando de estrategia. Era el llamado Xoloc, situado donde se encontraban los dos ramales de la calzada de Iztapalapa, uno iba hacia esa población y el otro hacia Coyoacán.

En ese lugar estaban construidos dos templos fortificados, circundados por un pequeño muro. Debieron cruzar por la mente de muchos españoles las imágenes de cuando, en ese mismo sitio, los recibió Motecuhzoma en su primera entrada a México-Tenochtitlan, que parecía haber sucedido hacía mucho tiempo.

Desde la fortaleza de Xoloc los mexicas disparaban sus proyectiles contra los bergantines; aun así, lograron navegar hasta la calzada. Cortés desembarcó, acompañado por unos 30 españoles. Se trabó una lucha encarnizada. Bajaron tres o cuatro cañones de los navíos. La calzada estaba repleta de guerreros la media legua que se prolongaba hasta las afueras de México, a ambos lados infinidad de canoas.

Con el uso de la artillería lograron disminuir la presión enemiga, aunque por descuido del artillero se quemó la poca pólvora que llevaban, chamuscándose algunos. Sin embargo, lograron ganar la fortaleza, obligando a los mexicas a refugiarse en su ciudad.

Cortés originalmente había planeado reunirse con Cristóbal de Olid en su campamento de Coyoacán, pero una vez ganado Xoloc decidió que este sitio poseía mayor valor estratégico, tanto para los de tierra como para los bergantines, desde ahí se podría dominar esa entrada a México, así como toda esa parte del lago, que era por donde podían llegar más refuerzos a la ciudad y por donde podría comunicarse directamente con la compañía de Olid, así que asentó su campamento en Xoloc. Envió un bergantín a Iztapalapa por pólvora y a notificar a Sandoval no moverse hasta recibir órdenes, mientras tanto debía enviarle 50 de sus hombres. Despachó otro mensajero a Olid para que al día siguiente le enviara la mitad de su gente.

Hacia la medianoche los mexicas atacaron Xoloc, "y cierto nos pusieron en gran temor y rebato, en especial porque era de noche, y nunca ellos a tal tiempo suelen acometer, ni se ha visto que de noche hayan peleado salvo con mucha

sobra de victoria", escribe Cortés. Los cañones de los bergantines abrieron fuego sobre la calzada y las canoas, los ballesteros y escopeteros hicieron lo mismo, pero "más fue el ruido que las nueces", como dice López de Gómara, pues al poco tiempo los mexicas se retiraron.

Al amanecer del día siguiente, sábado 1 de junio, llegaron a Xoloc 15 ballesteros y escopeteros, 50 peones de espada y rodela y siete u ocho jinetes procedentes del campamento de Olid en Coyoacán. Los mexicas habían iniciado un ataque al fuerte, "y era tanta la multitud, que por el agua y por la tierra no víamos sino gente, y daban tantas grita y alaridos, que parecía que se hundía el mundo", narra Cortés.

Los aliados avanzaron rumbo a México a lo largo de la calzada, apoyados en su flanco por los bergantines. Llegaron a un puente quitado, provisto de barricada, y lo tomaron. Con el auxilio de la artillería y de la caballería rechazaron a los mexicas hasta casi las primeras casas de la ciudad. Como los bergantines no podían pasar a la parte sur del lago debido a que la calzada lo impedía y sus cortaduras eran demasiado bajas y estrechas, las canoas se concentraron en esa parte, causando estragos con sus proyectiles.

A fin de remediarlo el extremeño ordenó que se agrandara una de las cortaduras que cruzaban la calzada cerca de Xoloc. Los acolhuas de servicio de Ixtlilxóchitl pusieron manos a la obra, así pudieron pasar al otro lado cuatro de los bergantines (y 5 000 canoas acolhuas, según afirma Alva Ixtlilxóchitl). Éstos por un lado de la calzada, y los demás por el otro, se encargaron de hacer retroceder las canoas mexicas hasta la ciudad, incluso parece que penetraron por algunos canales aledaños, habiendo encontrado algunos libres de obstáculos de bajíos y estacas. Muchas construcciones fueron incendiadas.

El domingo 2 de junio Cortés ordenó a Gonzalo de Sandoval trasladarse con su gente de Iztapalapa a Coyoacán,

con el cambio de planes era muy poco lo que podría hacer desde su campamento original, además de que recibían mucho daño. Sandoval, para evitarse un gran rodeo por la costa del lago, ruta más larga, quiso entrar por la calzada de legua y media que separaba las aguas del lago de Xochimilco del de Texcoco, e iba hasta el otro lado del lago, pasando por Xoloc. Tras marchar por ella un cuarto de legua llegaron a un islote en el que estaba fundado el poblado de Mexicatzinco, donde encontraron fuerte resistencia, Cuauhtémoc, enterado de ese movimiento, había enviado refuerzos. La caballería pudo maniobrar y en buena parte gracias a ella rechazaron al enemigo, destruyendo y quemando el poblado. Al parecer los mexicas habían deshecho rápidamente una parte de la calzada para que los españoles quedaran incomunicados en el islote, pero Cortés, que había observado cómo gran cantidad de canoas se dirigían hacia Iztapalapa, envió algunas de las tropas de Olid hacia allá por la calzada, y también algunos bergantines, dos de los cuales sirvieron a manera de puentes, de modo que, pasando sobre ellos la cortadura hecha por los mexicas, la división de Sandoval prosiguió su marcha hasta Coyoacán, donde establecieron su cuartel.

Poco después Sandoval, acompañado por 10 de caballería, se dirigió hacia Xoloc por la calzada de Iztapalapa, donde encontró a Cortés y los suyos enzarzados en gran batalla. Los jinetes, al no tener espacio para maniobrar, se apearon. Sandoval fue herido con una lanza que le atravesó el pie, así como muchos otros, pero el uso de la artillería terminó por concederles la victoria. Alva Ixtlilxóchitl narra que Ixtlilxóchitl mató cantidad de enemigos ese día y le cortó las piernas a un capitán valeroso con la espada que le dio Cortés (muestra de que los acolhuas estaban con los españoles en los enfrentamientos, por más que casi nunca los mencionen).

El extremeño declara que así siguieron durante seis días, en cada uno de los cuales mantenían combates. Los

bergantines se ocupaban de quemar sistemáticamente todas las casas que podían alrededor de México, y en encontrar canales por donde penetrar a la ciudad, lo que, entre otras ventajas, logró que las canoas cesaran de realizar constantes ataques a Xoloc.

Por este tiempo Pedro de Alvarado notificó a Cortés desde Tlacopan que los mexicas entraban y salían cuando querían por las calzadas de Tepeyacac y de Tenayuca, que habían quedado sin vigilancia, y metían víveres y agua a su ciudad, y "creía que, viéndose en aprietos, se habían de salir todos por allí, aunque yo deseaba más su salida que no ellos, porque muy mejor nos pudiéramos aprovechar dellos en la tierra firme", dice Cortés. Sin embargo, decidió que si los mexicas quedaban completamente sitiados tal vez se rendirían más pronto, por tanto envió a Sandoval, pese a su herida, a establecer su cuartel general en el pequeño poblado de Tepeyacac, de donde salía la calzada. Bernal lo llama Tepeaquilla, "donde ahora llaman Nuestra Señora de Guadalupe, donde hace y ha hecho muchos y santos milagros" (hoy en día el santuario de la Villa de Guadalupe).

Sandoval partió hacia Tepeyacac acompañado de 23 jinetes, 100 peones y 19 ballesteros y escopeteros (y seguramente una multitud de aliados); dejó a Cortés los 50 soldados que ya estaban con él, aumentando así la división del extremeño a unos 200 españoles, entre ellos 25 ballesteros y escopeteros, además de los otros 250 a bordo de los bergantines.

Cervantes relata que en una calzadilla que estaba entre Sandoval y Alvarado (tal vez la de Tenayuca) se establecieron Cristóbal Flores y Jerónimo Ruiz de la Mota con sus respectivos bergantines. De esta manera todas las calzadas que conducían a la capital mexica quedaron selladas y el cerco de México-Tenochtitlan completado. En los días venideros su única manera de comunicarse con el exterior o de introducir alimentos y agua a la ciudad sería a través de sus canoas, y

aun éstas debían navegar con precaución, o de noche, para evitar ser embestidas por los bergantines.

Cortés, de quien se ha dicho que es uno de los generales que más cuidado han puesto en tener pocas bajas, se empeñó en reducir a México por medio de constantes ataques por las calzadas, lo que redundaba en grandes pérdidas de vidas, sobre todo de sus aliados y de los mexicas (aunque tal vez estas bajas no le importaban demasiado), además de las múltiples heridas de su no muy numeroso contingente español y de sus caballos. Podría simplemente haberle puesto sitio, dejando que se rindiera por hambre y por sed, pero tal vez le parecería poco honroso, además de las consideraciones prácticas de tiempo; sus aliados no estaban acostumbrados a los sitios largos y probablemente empezarían a irse a sus tierras, ni sería fácil alimentar y mantener la disciplina de una fuerza tan numerosa. Necesitaba también presentar al emperador un *fait accomplit*, no teniendo aún seguridad de cómo sería juzgado su caso por la Corona.

El extremeño, en consejo con sus capitanes y aliados, decidió lanzar un fuerte ataque coordinado contra la ciudad. Las diversas compañías marcharían al mismo tiempo por las calzadas de Tlacopan e Iztapalapa, apoyadas por los bergantines, tratando de avanzar tanto como pudieran en dirección a la ciudad. El extremeño dispuso que algunos jinetes e infantes de Coyoacán fueran a su cuartel, pues por esa parte se daría el ataque principal, y que 10 de caballería cuidaran la entrada de la calzada, mientras otros tantos de los que permanecían en Coyoacán, con más de 10 000 aliados, les cuidarían las espaldas, pues los guerreros procedentes de Xochimilco, Culhuacán, Iztapalapa, Huitzilopochco, Mexicatzinco, Cuitláhuac y Mixquic eran una constante amenaza (seña de que aún persistía una alianza con Cuauhtémoc).

El domingo 9 de junio fue el día indicado. Cortés salió por la mañana de su campamento, marchando por la cal-

zada de Iztapalapa hacia México-Tenochtitlan. Según sus propias palabras iban con él más de 80 000 aliados. (Alva Ixtlilxóchitl habla de 8 000 acolhuas bajo Ixtlilxóchitl, además de otros 20 000 para cegar canales y limpiar la ruta de obstáculos.) Los bergantines navegaban por ambos lados de la calzada. Al poco tiempo se encontraron con los mexicas tras una barricada que habían hecho en una quebradura del canal con hondura de una lanza. El enemigo luchó con gran valentía, pero fue desalojado. Los de Cortés siguieron adelante sin encontrar resistencia hasta la entrada misma de la ciudad, donde se levantaba un templo junto a una cortadura muy grande sin puente y defendido por una fuerte barricada, en la que los mexicas de nuevo les hicieron frente. Gracias a la artillería de los bergantines pudieron tomarla; bajaron a tierra los infantes que iban a bordo, con cuyo refuerzo lograron pasar al otro lado de la acequia. Dejaron una partida encargada de cegarla con piedras y adobes y siguieron adelante, ganando con cierta facilidad otra barricada erigida sobre la calle principal y más ancha de México-Tenochtitlan.

Llegaron a otro canal que cortaba la misma calle, cuyo puente también estaba quitado. Sobre la zanja los mexicas habían dejado solamente una viga ancha por la que pudieran pasar los guerreros al retirarse, después la quitaron. Sobre la otra orilla estaba construida una gran barricada hecha de barro y adobes, que los de Cortés no podrían pasar sin echarse al agua, lo cual era siempre peligroso, pues al cruzarla les disparaban infinidad de proyectiles, tanto desde el otro lado como de las azoteas cercanas. Bajo esas circunstancias la mejor arma consistía en el uso de la artillería: los pequeños cañones, los escopeteros y los ballesteros.

Algunos soldados se tiraron al agua y lograron pasar; aun así, tardaron más de dos horas en ganar el paso, Cortés ordenó cegarlo y destruir la barricada. Diego Hernández, de

oficio aserrador, se ocupó con el auxilio de más de mil nativos. Cervantes relata que este Hernández era

> hombre de espantosas fuerzas, porque con una piedra tamaña como una naranja, que él tiraba por medio de los enemigos, no hacia menos daño ni lugar que si la echara un tiro de artillería; tenía grande ánimo aunque no tanto consejo. Conoscile yo harto viejo y fue mi vecino algunos años, y en aquella edad parescia ser cierto lo que del algunos de sus compañeros me dixeron.[9]

Los mexicas tuvieron que retirarse hacia el centro de la ciudad, perseguidos por los españoles y sus aliados una distancia equivalente a unos dos tiros de ballesta, hasta que llegaron a otro canal, tras el cual estaba la plaza mayor. No creyendo que el enemigo penetrara tanto, no habían quitado el puente ni construido barricada alguna para defender ese paso. Aprovechando la circunstancia, Cortés ordenó emplazar una pieza de artillería y apuntarla hacia la entrada de la plaza. Sus disparos causaron considerable daño en las filas mexicas, los guerreros eran tantos que la llenaban, y constituían un blanco fácil. Como el enemigo era tan numeroso, los españoles y sus aliados no se atrevían a entrar a la plaza, además estaban cansados. Sin embargo, Cortés arremetió al grito de "¡Santiago y a ellos!", no dejando más opción que seguirle. Lograron poner en huida a los mexicas, obligándolos a refugiarse en el Coatepantli (el patio amurallado del Templo Mayor), de "tan gran circuito como una villa de cuatrocientos vecinos", comenta el extremeño.

Tras algún tiempo de lucha los desalojaron de ahí, aunque pronto regresaron al notar que la caballería no estaba

9 Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. V, cap. CXXXII.

presente, dispuestos a defenderse a toda costa, contraatacando con tal ferocidad que rechazaron al enemigo, obligándolo a parapetarse tras los muros del patio por un tiempo, pues no pudiendo aguantar el empuje mexica tuvieron que salir a la plaza, "en que se vieron en muy grande aprieto y peligro", escribe el extremeño, siendo empujados hacia la calzada en tal desorden que no pudieron llevarse el cañón.

Según lo describe el *Códice Florentino* los españoles

> traían la gran trompeta-de-fuego [...] la instalaron [...] los muy grandes y valientes guerreros se escondieron en vano tras las columnas de piedra... ¡Y ya no daban la cara, esos valientes guerreros! [...] Pero los españoles, entonces, no doblaron las rodillas. Y cuando disparaban la trompeta-de-fuego, oscurecía, el humo se extendía. Y los que se ocultaban tras las columnas de piedra huyeron [...] Entonces los españoles se llevaron la trompeta-de-fuego, la colocaron sobre la rueda de piedra de los sacrificios. Y en lo alto del templo de Huitzilopochtli los mexicanos montaban guardia, aun en vano; tocaban tambores, era como si redoblaran con los tambores [...] Todos los valientes guerreros que combatían en las barcas, todos volvieron, volvieron a tierra firme. Y los que remaban eran todos muy jóvenes, ellos solos llevaban las barcas [...] cuando los españoles vieron que iban a su encuentro, que los perseguían, enseguida doblaron las piernas, voltearon la espalda, corrieron mucho, huyeron [...] la trompeta-de-fuego la dejaron, en su precipitación, sobre la rueda de piedra de los sacrificios. Enseguida los valientes guerreros se apoderaron de ella, la arrastraron, la echaron al agua. Fue a Tetamazolco, en Sapo-de-Piedra, a donde la llevaron.[10]

[10] G. Baudot y T. Todorov, *op. cit.*, p. 148.

En esos momentos llegaron tres de caballería, los mexicas se retiraron nuevamente hasta la plaza, pensando que venían más, y fueron perseguidos. Algunos se defendían sobre la pirámide del Templo Mayor, pronto fueron vencidos. Al poco tiempo llegaron otros cinco o seis jinetes, que, junto con los anteriores, mataron a unos 30 mexicas, obligando a los demás a abandonar la plaza.

El *Códice Ramírez*, así como Alva Ixtlilxóchitl, narra que Cortés, Ixtlilxóchitl y el tío de éste, Andrés Axayactzin, capitán famoso, señor de Chiyautla, quien tenía 50 000 hombres a su mando, forzaron su subida al Templo Mayor y arremetieron contra la gran estatua de Huitzilopochtli. Cortés cogió la máscara del dios e Ixtlilxóchitl le cortó la cabeza. Cuando regresaron los mexicas, furiosos porque Cuauhtémoc les había dado una fuerte reprimenda por haber desamparado a sus dioses, las fuerzas de Cortés e Ixtlilxóchitl los detuvieron por un tiempo. Éste último atacó al general, que traía una lanza española, y le dio tres cuchilladas, cortándole con la última la mitad de la cabeza y una oreja.[11]

[11] Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista…*, vol. IV, pp. 500-504, quien no pierde oportunidad de denostar a Ixtlilxóchitl, olvidando la neutralidad del historiador, como suele hacerlo en lo referente a la conquista, en esta ocasión lo tilda de "figura despreciable", de "el hombre más impío", a quien el cronista Fernando de Alva Ixtlilxóchitl "pone sumo empeño" en igualar a Cortés, "tarea bajo todos puntos absurda", arguyendo que ni Cortés ni los demás testigos presenciales dicen una sola palabra al respecto. Mas no olvidemos que no estaba en el interés español mencionar en demasía el invaluable auxilio ni las hazañas de sus aliados. Además de que el relato de este suceso debe estar tomado del *Códice Ramírez*, al que Alfredo Chavero consideraba "la fuente más pura y más importante de la historia de México". Desafortunadamente, tras describir esta batalla, el *Códice* y sus fragmentos llegan a un abrupto final, habiéndose perdido el resto. Y también termina aquí, inconclusa, la "Historia de la nación chichimeca", de Alva Ixtlilxóchitl.

El *Códice Florentino* continúa ilustrando las escenas con gran dramatismo:

> enseguida, entonces, dispararon contra el muro [...] lo hicieron pedazos, lo partieron por detrás. Y cuando cayó el segundo disparo, enseguida el muro cayó por tierra; estaba demolido, hecho polvo, estaba agujerado por todas partes [...] también fue como si el camino se hubiera limpiado totalmente... Hubo una huida loca, se corrió con gran espanto. Y todos los diferentes pueblos enseguida llegaron para llenar el canal, enseguida lo aplanaron rápidamente con piedras, con ladrillos y algunas vigas de madera, para así clausurarlo [...] enseguida pasaron los caballos [...] vinieron dando vueltas, girando, vinieron haciendo rodeos, rodeando.[12]

Varios jinetes llegaron hasta el palacio de Motecuhzoma, llamado el Cuauhquiyáuac, la Puerta-del-Águila, pues en la entrada de su primer patio había dos águilas esculpidas en piedra. Uno de los jinetes asestó tan fuerte lanzada a un tlatelolca que lo atravesó de parte a parte, clavándolo en el suelo con todo y lanza, que ya no pudo sacar, por más esfuerzos que hacía, pues otros tlatelolcas la asieron. El español se apeó para enfrentarlos, quien perdió la vida fue él, pues sus compañeros llegaron tarde en su auxilio. Los mexicas se fueron retirando hacia el palacio, refugiándose tras unas columnas de piedra del patio.

Como era tarde Cortés ordenó la retirada, el enemigo los arremetió con redoblado vigor y valentía, llegándoles en esos momentos un socorro de los esforzados guerreros llamados *cuacuachicti*. La caballería protegía la retaguardia, impidiendo que sufriera mayor daño, la anchura y el largo de la calzada se

[12] G. Baudot y T. Todorov, *op. cit.*, p. 146.

prestaban bien a las cargas de los jinetes; aun así "venían los perros tan rabiosos, que en ninguna manera los podíamos detener ni que nos dejasen de seguir", escribe Cortés. Desde las azoteas los mexicas les lanzaban innumerables proyectiles, haciendo peligrar a los jinetes. Finalmente lograron retraerse hasta su cuartel, tras incendiar las casas que pudieron en su retirada, a fin de impedir la lluvia de proyectiles que les arrojaban desde las azoteas; gran parte de las casas, si no todas, eran de cal y canto, no de barro con techos de zacate.

En el transcurso de esta jornada, los de Sandoval y los de Alvarado no lograron avanzar mucho. La batalla de este día debió de causar considerables heridas entre los de Cortés, pues por algunos días se abstuvieron de volver a la lucha.

A estas alturas de su relato el extremeño menciona de nuevo a Ixtlilxóchitl. Narra que:

> En este comedio, don Hernando, señor de la ciudad de Tesaico y provincia de Aculuacán, procuraba de atraer a todos los naturales de su ciudad y provincia, especialmente los principales, a nuestra amistad, porque aún no estaban tan confirmados en ella como después lo estuvieron, y cada día venían al dicho don Hernando muchos señores y hermanos suyos, con determinación de ser en nuestro favor [...] y como don Hernando era muchacho y tenía mucho amor a los españoles [...] trabajaba cuanto le era posible como todos sus vasallos viniesen a pelear con los de la ciudad [...] habló con sus hermanos, que eran seis o siete, todos mancebos bien dispuestos, y díjoles que les rogaba que con toda la gente de su señorío viniesen a me ayudar. E a uno dellos, que se llama Istrisuchil, que es de edad de veinte y tres o veinte y cuatro años, muy esforzado, amado y temido de todos, envióle por capitán, y llegó al real de la calzada con más de treinta mil hombres de guerra, muy bien aderezados a su manera, y a los otros dos reales irían otros veinte mil. E yo los recibí alegre-

> mente, agradeciéndoles su voluntad y obra. Bien podrá vuestra cesárea majestad considerar si era buen socorro y buena amistad la de don Hernando, y lo que sentirían los de Temixtitan en ver venir contra ellos a los que ellos tenían por vasallos y por amigos, y por parientes y hermanos, y aun padres e hijos.

Cervantes de Salazar reporta las palabras que "don Fernando" dijo a sus hermanos para convencerlos de auxiliar a Cortés; es posible que reflejen realmente el pensamiento de este señor acolhua. Les recordó cómo los mexicas se habían comportado siempre como tiranos, teniendo a Acolhuacan más como vasallo que como aliado y amigo, procurando todo el tiempo que perdiesen su antigua libertad. Por ello el Dios de los españoles, que ya había demostrado su poderío, los envió para castigarlos y vengar los agravios que habían cometido. Seguramente los mexicas serían vencidos, y entonces los acolhuas, contando con el favor de Cortés, serían de nuevo libres, muy señores y más poderosos.

Cervantes describe a Ixtlilxóchitl como de 25 o 26 años, muy amado y temido por todos; dice que era el mayor de los hermanos de "don Fernando", y que también se llamaba "don Fernando". Agrega que Motolinía lo conoció y que el fraile opinaba que era "muy esforzado e un poco alocado", y siguiendo a Cortés, que don Fernando dio el mando de los refuerzos a "Iztlilxuchitl", el mayor de sus hermanos, quien acudió con 50 000 guerreros en auxilio del extremeño. Cortés salió a recibirlo a buena distancia y lo acompañó a su campamento con gran acompañamiento de música, se quedó con 30 000 acolhuas, y envió 10 000 a Sandoval y 10 000 a Alvarado.[13]

[13] ¿Es que aún vivía y reinaba el antecesor de Ixtlilxóchitl, o Cortés, así como otros cronistas, confunden a los dos don Hernando? Clavijero, *Historia antigua de México…*, II, p. 107, opina que lo cierto es

De acuerdo con el *Códice Ramírez*, don Fernando, visto el poco progreso que tenían los españoles en la conquista de la ciudad, comentó a Cortés que tal situación le daba vergüenza, por lo que deseaba entrar por las calles con los españoles detrás e ir destruyendo las casas y cegando canales, conforme se fueran tomando. Cortés accedió, "de manera que en la conquista de esta ciudad siempre llevó la delantera don Fernando".

Por su parte Alva Ixtlilxóchitl refiere que efectivamente llegaron los 50 000 acolhuas como socorro enviado por Ahuezpitzactzin a su hermano Ixtlilxóchitl (lo cual hace más sentido, aunque el tlatoani acolhua ya era otro), quien entonces mandó 5 000 de sus hombres heridos de regreso a Texcoco. Protesta el cronista contra algunos historiadores que afirmaban que ese refuerzo había sido enviado por

---

que quien envió el socorro de los 50 000 hombres fue el nuevo soberano de Acolhuacan, sin nombrarlo, dándole el mando a su hermano, Carlos Ixtlilxóchitl, "de cuyo valor dan testimonio todos los historiadores antiguos"; agrega que Cortés otorgó a este Carlos el trono de Acolhuacan a la muerte de su hermano Fernando Cortés Ixtlilxóchitl. Bernal Díaz, *Historia verdadera…*, vol. II, caps. CLIII, CLVI, lo llama Estesuchel, y al parecer también se confundió, pues afirma que tras bautizarse tomó el nombre de don Carlos, y que era hermano de don Fernando, señor de Acolhuacan. Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, XCI, se confunde aún más al relatar que don Fernando, señor de Acolhuacan, otorgó nada menos que a Cohuanacotzin, su hermano mayor, el mando del ejército acolhua, y que fue éste quien partió a reforzar a Cortés con los 50 000 guerreros y quien se bautizó después, tomando, para variar, el nombre de don Hernando (Cohuanacotzin estaba en México, luchando al lado de Cuauhtémoc). Francisco de Aguilar, testigo presencial, contribuye a los malos entendidos, pues asevera que avanzado el sitio de México algunos señores desertaron y fueron a entregarse a Cortés, especialmente Ixtlilxóchitl, capitán general de Texcoco, hermano de Cohuanacotzin y, como era muy valiente fue "gran cuchillo" contra los mismos suyos, *cfr*. *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, 8a. jornada.

Tecocoltzin, bajo el mando de su hermano Ixtlilxóchitl, "lo cual es muy al revés", pues según el relato de don Alonso Axayaca, además de las relaciones y pinturas nativas, y en especial de una que tenía en su poder, escrita en náhuatl,

> firmada de todos los principales viejos de Tezcuco y confirmada y testificada por los demás de la ciudad más principales y antiguos de esta tierra, que son los que yo sigo en mi historia por ser las más verdaderas, y que los que las escribieron o pintaron se hallaron personalmente a estas ocasiones, demás de que algunos de ellos me lo han dicho vocalmente y contado de la manera que sucedió, que ha pocos años que se han muerto, los cuales yo alcancé ya muy viejos,[14]

Tecocoltzin había muerto para este tiempo y, tal como él lo dice en su historia, que Ixtlilxóchitl acompañó a Cortés desde la salida de Texcoco, "y se halló personalmente en todos los ochenta días que duró la guerra de México sin faltar uno tan sólo, siendo el primero en todas las ocasiones"; agrega que, si no fuese por él y por sus hermanos, parientes y vasallos, los mexicas podrían haber matado a todos los españoles,

> y me espanta de Cortés que, siendo este príncipe el mayor y más leal amigo que tuvo en esta tierra, que después de Dios con su ayuda y favor se ganó, no diera noticia de él y de sus hazañas y heroicos hechos siquiera a los escritores e historiadores para que no quedaran sepultados, ya que no se le dio ningún premio, sino que antes lo que era suyo y de sus antepasados se les quitó, y no tan solamente esto, sino aun unas

[14] Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Compendio histórico del reino de Texcoco".

> casas y unas pocas tierras en que vivían sus descendientes aún no se las dejaron [...] y asimismo nadie se acuerda de los aculhuas-tezcucanos y sus señores y capitanes aunque es toda una misma casa.[15]

En muchas ocasiones Ixtlilxóchitl tuvo que luchar contra alguno de sus deudos y soportar que sus tíos, los señores mexicas, le gritaran desde las azoteas que era un traidor a su patria y a sus parientes.

En cambio, se lamenta Alva Ixtlilxóchitl, hay gran memoria del auxilio que los tlaxcaltecas dieron a los españoles, aunque éstos se dedicaron más al saqueo que al combate, como lo habían hecho en Texcoco, donde robaron y quemaron los palacios de Nezahualpilli y parte de los archivos reales, "que fueron los primeros destruidores de las historias de esta tierra", mientras que los acolhua mostraban compasión de las mujeres, de los niños y de los viejos, y muchos de ellos tenían parientes dentro de México.

Posiblemente fue por este tiempo cuando se dio de nuevo una lucha intestina en Tenochtitlan entre las facciones. Los *Anales de Tlatelolco* reportan que, cuando los españoles dejaron Xoloc, los tenochcas se mataron entre ellos:

> Se dijeron: ¿En dónde están pues nuestros señores? ¡Quizá una vez se habrán lanzado sobre los españoles! ¿Cuál es un hombre viril? He aquí que cuatro de ellos fueron golpeados y apresados, mas tarde masacrados. ¡Sucedió que mataron a Cuauhnochtli, nuestro hermano mayor de Tlacatecco [templo de Huitzilopochtli], después a Cuapan, nuestro hermano mayor del Uitznauac [se trataba de un joven que solía encabezar una procesión de Huitzilopochtli], después a los sa-

15 *Idem*.

cerdotes que quemaban incienso en Amatlán, y al sacerdote que quemaba incienso en Tlalocan! ¡De esta manera se destruyeron, cuando por segunda vez se mataron entre ellos, los tenochcas![16]

El martes 11 de junio, motivados sin duda por el éxito obtenido por los aliados en la batalla del domingo, tanto los de Xochimilco como los de algunos pueblos otomíes acudieron a darse por vasallos de Carlos V y rogaron a Cortés perdonarles su tardanza. El capitán los recibió muy bien, causándole gran contento su defección del campo mexica, el enemigo quedaría privado no tan sólo de la gran flotilla de canoas de los xochimilcas, con la que introducían alimentos y agua a la ciudad, sino que esas mismas canoas se encargarían ahora de auxiliar a sus sitiadores, impidiendo que las canoas mexicas lo hicieran, perdiendo así Cuauhtémoc el auxilio de estos guerreros que eran los que más daños provocaban en el campamento de Cristóbal de Olid en Coyoacán. Además, la defección de Xochimilco del campo mexica podría traer también la de Cuitláhuac (hoy en día Tláhuac) y de Mixquic.

Según Alva Ixtlilxóchitl los xochimilcas fueron a ver a Ixtlilxóchitl, pidiéndole que intercediera por ellos ante Cor-

[16] G. Baudot y T. Todorov, "Anales históricos de Tlatelolco", pp. 191-192. Burr Cartwright, *Lluvia de dardos*, p. 262, prefiere colocar esta lucha intestina inmediatamente después de que Cortés tomó Xoloc, aduciendo que esta victoria provocó enorme desmoralización entre los tenochcas, acusándose los capitanes de cobardía unos a otros, lo que condujo a un enfrentamiento entre las facciones. Fue por ello, dice, que después de sólo tres días de combate los españoles lograron entrar a la plaza mayor y los tenochcas se refugiaron en Tlatelolco, terminando la resistencia organizada. Sin embargo, este punto de vista no concuerda con la cronología: la primera entrada a la plaza mayor fue hasta el 9 de junio (la toma de Xoloc fue el 31 de mayo), y la retirada a Tlatelolco más tarde. Orozco y Berra, así como muchos historiadores de la conquista, ignoran esta lucha interna.

tés. El tlatoani acolhua lo hizo y en adelante salían todas las noches con sus canoas por el lago, junto con las de Texcoco, a tratar de impedir que los mexicas metieran víveres a la ciudad. Francisco de Aguilar relata que los xochimilcas "les hicieron crudelísima guerra con sus canoas y fueron causa o gran parte de ella para acabarse los mexicanos".

Como ya las canoas mexicas no representaban mayor amenaza, Cortés decidió quedarse con siete bergantines y enviar los seis restantes a Sandoval y a Alvarado, tres a cada uno (Bernal dice que fueron cuatro para Alvarado y dos para Olid), ya que por Tlacopan y Tepeyacac los mexicas, a bordo de sus canoas, metían buena cantidad de víveres y agua a la ciudad sitiada. Los seis bergantines se encargaron de patrullar el lago para evitarlo: además de que sin ese apoyo naval los ataques aliados efectuados en las calzadas de Tlacopan y Tepeyacac eran más difíciles, en cambio, con el auxilio de las naves, "cada día y cada noche hacían con ellos saltos maravillosos y tomaban muchas canoas y gente de los enemigos", escribe Cortés. El extremeño, a decir de Bernal, luego se quedó con sólo seis bergantines, pues el séptimo, llamado Busca Ruido, que era más pequeño, fue sacado del lago por orden suya para evitar que las canoas lo volcasen, pues poseía menor estabilidad. Su tripulación, de la que 20 estaban muy mal heridos, fue repartida entre los 12 navíos restantes. Cortés sin embargo sigue mencionando 13 bergantines.

El extremeño decidió lanzar otro ataque general. Para organizarlo envió cartas con sus órdenes a los campamentos de Tlacopan, de Tepeyacac y a los bergantines, mientras él preparaba a los del suyo; asimismo, mandó aviso a los xochimilcas y otomíes para que los auxiliasen con sus guerreros, diciéndoles que en esto sabría si eran realmente sinceros.

En los relatos de Cortés y de Bernal encontramos narraciones esporádicas sobre la rutina cotidiana a lo largo del sitio: al amanecer de cada día los españoles marchaban por las calza-

das hacia la ciudad, apoyados en sus flancos por los bergantines. Muy pronto se encontraban con el enemigo, "porque por muy de mañana que fuese ya estaban sobre nosotros los batallones contrarios contra nosotros; y aun llegaban a nuestro real y nos decían vituperios", comenta Bernal. Se producían encuentros más o menos prolongados, los españoles y sus aliados destruían las barricadas y cegaban los canales que iban ganando, aunque como los primeros tenían por deshonra manejar la pala en vez de la espada, se ordenó que una capitanía de las tres que tenía cada división se encargara un día de cegar, mientras las otras dos luchaban, turnándose. De esta manera, "no quedaba cosa que les ganábamos que no dábamos con ella en el suelo, y nuestros amigos los tlaxcaltecas que nos ayudaban, y así les íbamos entrando en su ciudad", escribe Bernal, agregando que "era tanta la multitud de los contrarios que contra nosotros cada día venían, y la vara y flecha y piedra que nos tiraban, que nos herían a todos, y aunque íbamos con gran concierto y bien armados".

Al ir acercándose los aliados a la ciudad, los mexicas tenían más medios de defensa, sobre todo al utilizar las azoteas, desde donde arrojaban tal cantidad de piedras, lanzas y flechas que parecía granizar y cubrían las calzadas, descalabrando e hiriendo a buena parte de sus enemigos, sobre todo a los aliados de los españoles.

Por la tarde se retiraban a sus respectivos campamentos, lentamente y en orden, sin dar la espalda, los ballesteros y escopeteros disparando y los bergantines protegiendo sus flancos, "y aun con todo este concierto teníamos harto riesgo cada uno con su persona". Hacia esas horas los mexicas se reunían en cantidad, esperanzados en obligar al enemigo a retroceder con prisa y en desorden, para atacarlos mejor, "porque venían tan bravos como tigres, y pie con pie se juntaban con nosotros". Los españoles llegaron a preverlo, por lo que, antes de retirarse, echaban a los tlaxcaltecas por delante, para que no los estorbaran debido a su gran número.

Llegaban de regreso a sus campamentos muy cansados y heridos. En cambio, los mexicas, como eran muchos, luchaban por turnos y podían reposar un poco. Según Cortés "cada día venía gente sin número en nuestro favor". Por la noche debían hacer su turno de centinelas a quienes les tocaba.

Los mexicas también ponían centinelas nocturnos. Prendían grandes fogatas que ardían toda la noche, los guardas se mantenían lejos de su claridad, por lo que el enemigo no podía verlos, pero sí sentirlos al hacer un cambio de guardia, o cuando atizaban la leña. Como muchas noches llovía, el agua apagaba las hogueras y los mexicas las volvían a prender sin hacer ruido alguno ni hablar, comunicándose por medio de silbidos. En ocasiones los escopeteros y ballesteros les tiraban a bulto, pocas veces atinaban, y en otras los mexicas disparaban sus proyectiles.

Cuando tomaban algún puente o barricada los aliados cegaban el canal y destruían sus defensas, se parecía a la obra de Penélope, pues por la noche los mexicas volvían a abrirlo y a reconstruir mejor las barricadas. En algunas acequias cavaban hoyos en el fondo para que al quedar cubiertos por el agua no se vieran y al cruzarlas cayeran en ellos los enemigos, entorpeciendo su avance, atacándolos entonces a bordo de sus canoas, de las que tenían muchas preparadas, guarecidas en lugares en donde los bergantines no pudieran penetrar.

En las calzadas la caballería era de poca utilidad, los mexicas se tiraban al agua en cuanto arremetían, o corrían a refugiarse tras sus barricadas, desde donde, armados con lanzas largas, impedían el paso de los caballos al mismo tiempo que desde las canoas les arrojaban cantidad de flechas y lanzas, hiriendo a los corceles de tal modo que sus dueños no se atrevían a arriesgar su pérdida, costaban entre 800 y 1000 pesos, además de que no había dónde pudiesen comprarlos.

Los mexicas constantemente buscaban maneras de enfrentarse con la nueva forma de guerra con que los combatían los españoles. Sin embargo, para su gran perjuicio, nunca pudieron abandonar su inveterada costumbre de intentar tomar vivos a sus enemigos.

Los españoles curaban sus heridas por las noches, o en los días que no salían a combatir, quemándolas con aceite y vendándolas con pedazos de mantas de algodón; "y un soldado que se decía Juan Catalán, que nos las santiguaba y ensalmaba, y verdaderamente digo hallábamos que Nuestro Señor Jesucristo era servido darnos esfuerzo, demás de las muchas mercedes que cada día nos hacía, y de presto sanaban", escribe Bernal. Los tlaxcaltecas, al observar esos extraños conjuros, decidieron solicitar los servicios de Catalán, acudiendo tantos que se pasaba todo el día en esa tarea; "y heridos y entrapajados habíamos de pelear desde en la mañana hasta la noche", si los que estaban heridos se quedaban en el cuartel no quedarían ni 20 soldados sanos para combatir en cada uno de los campamentos.

Cervantes narra que no había día en que no hirieran a más de cien, sobre todo entre los aliados; en vez de a Catalán menciona que la curandera era una mujer española, Isabel Rodríguez, la que vendaba y santiguaba sus heridas, diciendo: "en el nombre del Padre y del Hijo e del Espíritu Sancto, un solo Dios verdadero, el cual te sane y cure", curando a muchos cada día, "argumento grande y prueba de que Dios era con los nuestros [...] y porque es cosa que de muchos la supe y de todos conforme, me paresció cosa de no dexarla pasar en silencio". A un español con fractura de cráneo Isabel le puso un poco de aceite, pues no tenían otras medicinas, y pronto sanó, incluso se dice que muchos se curaron únicamente con agua.

Diariamente se cambiaba al alférez (encargado de llevar la bandera), pues el anterior quedaba tan herido y cansado

que no podía cargar el estandarte por un tiempo; además, las banderas estaban todas rotas, "que jamás día ninguno faltaban grandes capitanías de mexicanos". Dos cosas son muy mencionadas en las crónicas: una es el hierro, los informantes nativos del Colegio de Tlatelolco mencionan el *tepuztli* más que cualquier otro objeto, y también aluden mucho acerca de una amplia red de información edificada de los españoles para compartirse información en sus diversos campamentos.

Cuauhtémoc había repartido a sus guerreros en divisiones, para enfrentar los ataques en las distintas calzadas. Contaba con el auxilio de los tlatelolcas, así como de varios de los pueblos laguneros que acudían al campo de batalla por tierra y por agua al ver una señal hecha desde la cima del templo mayor de Tlatelolco.

A pesar de que al ejército de Cortés no le faltaba el alimento básico, sobre todo las tortillas de maíz, "que hartas teníamos", comenta Bernal,[17] echaban de menos "algún refrigerio para los heridos, maldito aquel". Complementaban su dieta con quelites y capulines (a los que llamaban "cerezas de la tierra"), mientras que duraba la temporada; después llegó la de tunas.

Relata Bernal que se decidió que dos de los bergantines se dedicaran a patrullar las aguas del lago por la noche, para evitar que los mexicas metieran alimentos y agua en canoas, aunque no podían interceptar a todas, debido al gran tama-

17 William Prescott, *Historia de la conquista de México*, vol. II, p. 177, comenta que "la tortilla, aunque no sea lo que puede llamarse un bocado regalado, para un campamento es regular alimento. Según la autora de la *Vida en México*, se hacen hoy las tortillas como antes se las hacia [...] Si en efecto, es lo que allí se dice, las recetas de cocina serán lo único que no ha cambiado en ese país de revoluciones". Pobre opinión de quien seguramente jamás probó una tortilla recién hecha, y que demuestra también un craso desconocimiento del país del que quiso escribir su historia.

ño del lago, pero "no había día que no traían los bergantines que andaban en su busca, presa de canoas y muchos indios colgados de las entenas".

Los mexicas idearon maneras de luchar contra los bergantines para neutralizarlos, impedir su paso o hacerlos encallar, clavando estacas en el fondo del lago, muchas de las cuales no eran visibles. En una ocasión escondieron por la noche, en unos carrizales del lago, 30 piraguas (canoas de mayor tamaño), camufladas con ramas. Al amanecer enviaron, a manera de señuelos, dos o tres canoas provistas de buenos remeros, debían aparentar que llevaban alimentos a México y navegar temerosas, arrimadas a los carrizales. Previamente habían clavado en el fondo del lago varios troncos gruesos para hacer zabordar a los bergantines en el sitio por donde huirían las canoas en cuanto empezaran a perseguirlas. Al ver los señuelos, dos bergantines de los de Cortés se dirigieron contra ellos, persiguiéndolos y cayendo en la trampa. Al quedar inmovilizados, las 30 piraguas los atacaron de tal modo que varios de sus tripulantes y de sus remeros fueron alcanzados por los proyectiles. Agrega Bernal, sin especificar cómo, que los indígenas "tomaron el bergantín", uno de los capitanes murió, Juan Portillo, "gentil soldado que había sido en Italia", mientras que el otro, Pedro Barba, falleció a los tres días, víctima de sus heridas. Cervantes declara que Barba cayó muerto al instante debido al golpe de una gran piedra que le arrojaron sobre la cabeza desde una azotea cuando, montante en mano, defendía el bergantín; agrega el cronista que fue tan llorado por Cortés, por sus capitanes y por muchos españoles, que por varios días les duró el sentimiento.

Por este tiempo, según Cervantes, estando el bergantín de Cristóbal Flores cerca de Tepeyacac se vio en tal peligro al ser cercado por 200 canoas mexicas que si no hubiera acudido el de Jerónimo Ruiz de la Mota lo habrían capturado.

Ya lo habían abordado, tomado los remos y roto la vela y estaba cercado. Flores luchó con valor y logró liberar su nave. Enseguida ambos bergantines arremetieron, la batalla naval duró tres horas, hasta que los mexicas se retiraron.

Al poco tiempo Cortés pudo vengar la muerte de Juan Portillo y de Barba por medio de una contraemboscada. Narra Bernal que los hombres de uno de los dos bergantines que se ocupaban en dar caza a las canoas capturaron a dos principales que iban a bordo de una llevando víveres a la ciudad. Al ser interrogados por Cortés, por medio de Marina y de Aguilar, confesaron que sus compatriotas tenían preparada otra trampa: habían ocultado 40 piraguas y varias canoas en los matorrales del lago para atacar a los bergantines que fueran tras los señuelos, como la vez anterior. Cortés trató bien a los dos, les obsequió mantas y les prometió que cuando obtuviera la victoria les daría tierras. Supuestamente aceptaron y le indicaron el sitio en que estarían ocultas las piraguas y dónde se habían clavado los troncos y las estacas.

Esa noche Cortés ordenó que seis bergantines se metieran entre unos carrizales, tan silenciosamente como pudieran, a un cuarto de legua de donde estaban ocultas las piraguas, los cubrieron con ramas y esperaron hasta el amanecer. Al día siguiente envió otro bergantín, para fingir dar caza a las canoas-señuelo mexicas y, poco antes de llegar a las estacadas, pretender que se retiraba por no atreverse a acercarse a la orilla. Cuando los de las piraguas lo vieron, remaron a toda prisa hacia el bergantín, que puso la proa rumbo a donde estaban ocultos los otros seis. Al oír un disparo de escopeta, que era la señal, los seis enfilaron rápidamente rumbo a las canoas, a las que rompieron y volcaron, matando y capturando a muchos de sus tripulantes.

El día seleccionado por los españoles para el nuevo ataque debió de ser el domingo 16 de junio de 1521. Las

tropas salieron de Xoloc tras oír misa, participaron de 15 a 20 jinetes, 300 infantes y todos los aliados, "que era infinita gente", dice Cortés. Se dirigieron por la calzada de Iztapalapa hacia México-Tenochtitlan. Como habían transcurrido varios días desde la ofensiva anterior los mexicas contaron con tiempo para reabrir los canales y reconstruir las barricadas.

Tras marchar una distancia de tres tiros de ballesta se encontraron con el enemigo, que los recibió con grandes alaridos y silbidos. Los bergantines avanzaban por ambos lados de la calzada, podían llegar más cerca de los mexicas y causar estragos con sus descargas de artillería, aunadas a las de los ballesteros y escopeteros a bordo. Los mexicas no pudieron resistir y se arrojaron al agua. Abandonando esta primera cortadura y su barricada fueron a refugiarse en la siguiente, de donde también fueron desalojados, así como de las posteriores, aunque a costa de más trabajos y peligros que la vez pasada. Los aliados llegaron así por segunda vez hasta las afueras de la plaza mayor.

Cortés ordenó a sus hombres no pasar adelante, primero deseaba cegar por completo todos los canales que habían dejado atrás, "que era tanto de hacer que, aunque para ello ayudaban más de diez mil indios, cuando se acabó de aderezar era ya hora de vísperas".

Mientras tanto ambos bandos sostenían algunas escaramuzas. Cortés anduvo un rato con la caballería por las calles de la ciudad, alanceando a los mexicas en las que no estaban cortadas por canales. Alva Ixtlilxóchitl narra que Ixtlilxóchitl mató ese día, entre otros muchos, a un capitán muy valeroso, pariente suyo, en la puerta del Templo Mayor, quitándole una espada española que traía; también luchó con un general mexica, que escapó huyendo al palacio.

Las constantes muestras de valentía y de tenaz determinación de los mexicas por triunfar o por morir llevaron a

Cortés a la conclusión de que a ese paso serían muy pocas las riquezas que podrían recuperar de las que habían perdido la Noche de la Huida, y de que, para lograr la victoria, tendrían que destruir sistemáticamente la ciudad. Declara que de hacer esto último "tenía más sentimiento y me pesaba en el alma", y aunque no lo menciona también lo primero, perder el tesoro, debió entristecerlo sobremanera.

El extremeño no cesaba de pensar en maneras de atemorizar a los mexicas para lograr su pronta rendición. Comenta que ese día ordenó que se incendiara el palacio de Axayácatl, donde Motecuhzoma los había alojado, cuyas estancias eran "tan grandes, que un príncipe con más de seiscientas personas de su casa y servicio se podían aposentar en ellas". De Igual modo debían prender fuego a otras construcciones de la plaza mayor junto a ese palacio, "aunque algo menores eran muy más frescas y gentiles". Se trataba de las Casas de las Aves, especie de zoológico real, "y aunque a mí me pesó mucho dello, porque a ellos les pesaba mucho más, determiné de las quemar, de que los enemigos mostraron harto pesar, y también los otros sus aliados de las ciudades de la laguna", pues no creyeron posible que los blancos y sus aliados penetraran tan profundamente en Tenochtitlan.

Los bergantines enfilaron por algunos canales, quemando cuanto estaba a su alcance, mientras los de Alvarado y de Sandoval, apoyados por los seis navíos, lucharon en sus calzadas con buen éxito.

Como era tarde Cortés ordenó la retirada, los mexicas, de la misma manera que la vez anterior, arremetieron en gran número sobre la retaguardia. La caballería de nuevo los mantuvo en jaque, aunque lograron matar a muchos tlaxcaltecas tan cargados de despojos que se quedaban atrás. Fue un día triste para Cuauhtémoc y para los suyos; por segunda vez el enemigo penetró hasta el corazón mismo de su ciudad, ahora quemando y asolando sin piedad. Además,

los de Xochimilco y los otomíes que les habían permanecido fieles se habían unido a sus mortales adversarios, siguiendo el ejemplo de los tlaxcaltecas, acolhuas, chalcas y otros, insultándolos y diciéndoles que por la noche cenarían con sus carnes y por la mañana almorzarían con ellas, "como de hecho lo hacían", afirma Cortés, mostrándoles, al tiempo que lo vociferaban, algunas piernas y brazos humanos, gritándoles que eran de los guerreros mexicas muertos ese día y que al siguiente vendrían por más.

Por la mañana del lunes 17 de junio, tras oír misa, pues Cortés "nunca la perdía pudiendo oírla", comenta Cervantes,[18] los españoles y sus aliados volvieron al ataque para no dar tiempo a los mexicas de reabrir los canales ni de construir nuevas barricadas. Aunque madrugaron, dos de los tres canales entre Xoloc y la plaza mayor habían sido excavados de nuevo, por lo que se vieron forzados a tomarlos otra vez, con los consiguientes combates, que duraron desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde, lo que les costó casi todas las saetas y municiones que llevaban. Tardaron tanto en cegarlos que se les paso todo el día, "y como hacia grandísimo calor y hubo mucho trabajo, padecieron infinito", declara López de Gómara.

Pedro de Alvarado y los suyos atacaron por la calzada de Tlacopan, tomaron dos o tres cortaduras, las cegaron y quemaron buena cantidad de casas; en esta calzada había más canales que en las otras, pero menos azoteas. Sandoval y sus hombres también realizaron una entrada por la de Tepeyacac.

Por la tarde Cortés dio la orden de retirada, como de costumbre "en viéndonos retraer, era tan cierto cobrar los

[18] Por ello es difícil determinar las fechas por los días en que los españoles asistían a misa, como lo propone Orozco y Berra, que supone que esos días debían de ser domingos o alguna fiesta particular de la Iglesia, véase *Historia antigua y de la conquista de México,* vol. IV, p. 503.

de la ciudad tanto esfuerzo, que no parecía sino que habían habido toda la victoria del mundo y que nosotros íbamos huyendo", narra el extremeño. En ocasiones los españoles y sus aliados fingían retirarse a gran prisa, de pronto los jinetes se daban la vuelta y arremetían, tomando prisioneros de entre los más valerosos; aun así, los mexicas seguían tras ellos hasta que se refugiaban en sus campamentos.

"Y crea Vuestra Majestad que era sin comparación el peligro todas las veces que les ganábamos estas puentes", escribe Cortés; debían echarse al agua para pasar al otro lado, en medio de una lluvia de proyectiles. Tampoco podían mantenerlos en su poder, para ello sería necesario trasladar su cuartel a la plaza mayor, exponiéndose a los ataques masivos y constantes de los mexicas y a quedar sitiados en la ciudad, o poner guardia por la noche en esos pasos, pero quedaban tan cansados de combatir todo el día que tampoco era factible.

Los mexicas contaban aún con la amistad y el auxilio de los *altepeme* chinampanecas, nativos de Huitzilopochco, Mexicatzinco, Mixquic y Cuitláhuac, así como de los de Iztapalapa y Culhuacán, aunque éstos se limitaban a proporcionarles víveres, sin tomar las armas. Los chalcas, junto con otros habitantes laguneros, hacían incursiones en estos poblados; por ello, y por constatar que los mexicas no podían vencer a los aliados, los chinampanecas decidieron pasarse del lado que parecía tener mejores posibilidades de triunfar. Sus representantes acudieron a ver al extremeño, pidieron perdón por sus acciones pasadas y que ordenara a los chalcas y sus amigos que no les hicieran más daño. Cortés respondió que se alegraba de tener su amistad, no estaba enojado con ellos, dijo, pero para probar su buena voluntad debían enviar la mayor cantidad de canoas que pudieran, con guerreros a bordo, para ayudar en la lucha. Además, como los españoles sufrían por el escaso y mal alojamiento

que tenían, pues era tiempo de lluvias, les pidió que acondicionaran y construyeran en los campamentos todas las chozas que pudieran, acarreando adobes y madera en sus canoas, tomando los materiales de las edificaciones destruidas en México que estuvieran más cercanas.

Los chinampanecas así lo hicieron, levantaron chozas a ambos lados de la calzada de Iztapalapa, dejando en medio una calle de buena anchura. Las hicieron muy bien y en tal cantidad que de la primera a la última había más de tres o cuatro tiros de ballesta. Sus nuevos aliados también los proveyeron de alimentos, "de que teníamos harta necesidad", dice Cortés; les llevaban sobre todo pescado y capulines, "de que hay tantos que pueden bastecer, en cinco o seis meses del año que duran, a doblada la gente de la que en esta tierra hay". Bernal se queja de que, si bien levantaron las chozas del cuartel de Cortés, "no traían comida, sino muy poca y de mala gana", y de que en el campamento de Alvarado no hicieron ninguna vivienda. No hay que olvidar que también había cerca de 2 000 indígenas de los llamados naboríos sirviendo a los españoles, que iban y venían todos los días, según se necesitaba, desde Coyoacán, que estaba a legua y media, a Xoloc, ocupándose de lo necesario.

Con la defección de las poblaciones mencionadas los mexicas se quedaron solos y aumentó el hambre en la ciudad en la proporción en que creció el abastecimiento de víveres para sus enemigos. Dice López de Gómara:

> No quedaba ya pueblo que algo montase en toda aquella comarca por darse a Cortés, y entraban y salían libremente entre los españoles. Todos se venían a sus reales, unos por ayudar, otros por comer, otros por robar y muchos por mirar; y así, pienso que había en Méjico doscientos mil hombres; y aunque es mucho ser capitán de tan grande ejército, fue mucho más

la destreza y gracia de Cortés en tratar y regirlo tanto tiempo sin motín ni riña.[19]

Los chinampanecas, además de abandonar a los mexicas también los traicionaron, según relatan el *Códice Florentino* y Torquemada, pues una vez que se decidieron a cambiar de bando acudieron a ver a Cuauhtémoc para ofrecerle el auxilio de sus guerreros, como pago por los favores que les debían; les dijeron: "¡Oh mis nobles señores! con muy poca cosa venimos a ayudar a la ciudad [...] en verdad aquí es donde residen los señores [...] Pues está dicho que ahora si rechazaremos totalmente a nuestros enemigos". Los principales mexicas lo consultaron entre sí y aceptaron su oferta. Les dieron cacao, "una calabaza llena de cacao a cada uno" en señal de amistad, además de otros obsequios, y les señalaron los puestos donde deberían luchar.

Al principio pretendieron enfrentar al enemigo, pero al generalizarse la lucha entraron a las casas mexicas, echando a sus canoas todo lo que encontraron, incluyendo mujeres y niños, a los que primero maniataban, matando a quienes trataban de resistir o impedirlo. Los autores del *Códice Florentino* dejan oír el lamento mexica: "No nos ayudaron. Enseguida, entonces, únicamente desvalijaron a las gentes. Se fueron a robar a las mujeres queridas, y a los niños pequeños, y a las viejas mujeres respetables. Enseguida, a algunos de ellos los mataron allá, ahí les quitaron su último suspiro"; a otros se llevaron prisioneros, entonces los mexicas gritaron "¡Oh mexicanos!, ¿qué hacen pues estos perversos? ¡Persigámoslos!". "Enseguida se levantó un clamor, los persiguieron en las barcas [...] enseguida fueron castigados, los de Xochimilco. Enseguida, entonces, los mataron, los perforaron, los golpearon. Pero a otros, sólo los capturaron". Llevaron a

[19] Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, p. 194.

los prisioneros ante Cuauhtémoc y Mayehuatzin, señor de Cuitláhuac, que se encontraban en la mansión del tlatoani, en el barrio de Yacocalco. Cada uno de los dos señores mató a cuatro de los cautivos, el resto fue sacrificado en distintos templos. Los mexicas se vengaron furiosos en los chinampanecas que desde antes habían tomado refugio en la ciudad, aduciendo que también podían ser espías y traidores; decidieron matarlos a todos, excepto a las mujeres, los niños y los ancianos.[20]

Mientras tanto, relata Bernal, como los mexicas reabrían por la noche los canales que Alvarado y los suyos ganaban y cegaban durante el día a costa de gran peligro, de muchos heridos e incluso de algunas bajas, decidieron cambiar su campamento a una especie de plazoleta sobre la calzada, habiéndola ya tomado; era espaciosa, con unos templos sobre ella. Los albergues que improvisaron "eran muy astrosos, que en lloviendo todos nos mojábamos y no eran para más de cubrirnos del sereno". Las mujeres que les hacían de comer, así como la mayoría de sus indígenas de servicio, permanecieron en Tlacopan, protegidos por la caballería y por los tlaxcaltecas de cualquier ataque mexicas.

Los hombres de Alvarado seguían la rutina de tomar canales y barricadas, cegándolas y destruyéndolas durante el día, y de derribar las edificaciones que estaban sobre la calzada, impidiendo con ello los ataques desde las azoteas. Preferían destruirlas porque si sólo les prendían fuego tardaban mucho en quemarse, y como cada casa estaba aislada de las otras las llamas no se generalizaban.

Por la noche procuraban dejar vigilancia en los canales cegados, quedando una guardia que se turnaba de cuaren-

[20] Hugh Thomas, *La conquista de México*, cap. 33, no menciona la rendición chinampaneca, ni su traición a los mexicas, ni la retirada de éstos a Tlatelolco.

ta en cuarenta. Un turno iba desde que anochecía hasta la medianoche; otro de entonces a dos horas antes del amanecer, al que llamaban de la modorra; y finalmente de esa hora hasta el alba. Los remplazados no se iban, dormían ahí mismo, así al amanecer estaban en el sitio 120 soldados. Todos dormían en la plazoleta en las ocasiones en que había más peligro por la noche.

Bernal se lamenta:

> Y de esta manera que he dicho velábamos que ni porque lloviese, ni vientos ni fríos, y aún que estábamos metidos en medio de grandes lodos y heridos allí habíamos de estar; y aun esa miseria de tortillas y yerbas que habíamos de comer o tunas, sobre la obra del batallar, como dicen los oficiales, había de ser. [21]

Por este tiempo durmieron los de Alvarado en la plazoleta, pues unos capitanes mexicas que habían capturado les dijeron que Cuauhtémoc planeaba atacar con todas sus fuerzas su cuartel, ya fuese de día o por la noche, si lo vencían sería más fácil caer después contra los de Cortés y Sandoval. Para ello contaba con que los de Tlacopan, Azcapotzalco y Tenayuca el día escogido arremetiesen a las fuerzas de Alvarado por la retaguardia, o se llevasen por la noche a las mujeres y el fardaje, que estaban en Tlacopan.

Alvarado notificó a la caballería y a los tlaxcaltecas, pidiéndoles estar muy alertas. Efectivamente, una noche los mexicas atacaron el campamento de Tlacopan, pero fueron rechazados. Cuauhtémoc ordenó realizar continuos ataques contra los de Alvarado, de día y a veces de noche. En algu-

21 Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. II, cap. CLI.

nas ocasiones llegaban en silencio, mientras que en otras lo hacían lanzando grandes alaridos y silbidos.

Las esperanzas que tenía Cortés de que los mexicas pidiesen la paz tras las batallas de los días anteriores no se realizaron, decidió combatirlos diariamente por las calzadas y por el lago. Con el refuerzo de los guerreros y de las canoas chinampanecas los efectivos aliados llegaron a ser más de 100 000, según declara el extremeño.

El viernes 21 de junio Cortés ordenó que cuatro bergantines, junto con la mitad de las canoas aliadas, cerca de 1 500, atacasen por una parte, y los restantes, con otras tantas canoas, por otra, circunnavegaran la isla de México-Tenochtitlan, a la vez que quemaban y producían el mayor daño posible.

Al mismo tiempo, Cortés y los de su campamento marcharon por la calzada de Iztapalapa, encontrándose con que esta vez los mexicas no habían vuelto a abrir los canales cegados, posiblemente por estar ocupados matando a los chinampanecas, así pudieron penetrar sin dificultad hasta una calle que era la prolongación urbana de la calzada de Tlacopan. Cortés mandó a Alonso de Ávila entrar por una calle, a la cabeza de unos 70 infantes, 6 de caballería, y 12 000 aliados; y a Andrés de Tapia que hiciese lo mismo por otra, mientras él, con el resto de sus fuerzas, prosiguió por la de Tlacopan, logrando tomar y cegar tres canales interiores, dejando para el día siguiente los que se encontraban más adelante, pues ya era tarde. Su intención era ganar todas las cortaduras de esa calle, de modo que Pedro de Alvarado y los suyos pudiera comunicarse directamente con él. "Y este día fue de mucha victoria, así por el agua como por la tierra, y hobose algún despojo de los de la ciudad" en los tres campamentos, declara Cortés.

Debió ser hacia este tiempo cuando, según lo relatan el *Códice Florentino* y Torquemada, muchos mexicas, cansados de sufrir los diarios asaltos de los españoles, disminuida su

moral, su energía y el número de sus guerreros más capacitados, decidieron hacerse fuertes en el norte de la ciudad, en las calles cercanas a Tlatelolco, alejándose así de la calzada de Tlacopan. A Tlatelolco se llevaron a sus mujeres, hijos y bienes. Según lo dice el *Códice Florentino*:

> En esa época los tenochcas vinieron a esconderse aquí, en Tlatelolco. Un largo sollozo se elevó; un largo gemido se elevó. Eran muchas las lágrimas de las mujeres queridas; y nosotros, los hombres [tlatelolcas], hemos ofrecido a sus mujeres el irse con nosotros, y otros sobre los hombros llevaron a sus niños. El tiempo durante el cual abandonaron su ciudad no fue más que un día. Pero los tlatelolcas entonces, fueron allá, a Tenochtitlan, a pelear.[22]

La cronología de las batallas de la división de Pedro de Alvarado es confusa, Cortés no le presta mucha atención en sus relatos, dando preferencia a sus propias acciones. Bernal no nos ofrece mucha ayuda en las fechas, y ciertos sucesos no son mencionados por ninguno de los dos, como es el caso de varios enfrentamientos en Nonohualco, un barrio al oeste de Tlatelolco, que sin embargo son descritos por fray Juan de Torquemada y por el *Códice Florentino*, debieron de efectuarse a lo largo de varios días, por lo que los mencionaremos. El primero sucedió al parecer en Iliacac, en dirección a Nonohualco, dirigido en contra de los tlatelolcas, tan reñido que duró todo el día.

Al día siguiente los españoles no salieron de su campamento, Alvarado llamó a consulta a sus capitanes, para planear las acciones de la próxima jornada. Decidieron lanzar un ataque a Nonohualco por agua y por tierra. El día se-

22 G. Baudot y T. Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, p. 149.

ñalado zarparon cinco bergantines con buena cantidad de soldados, mientras que la infantería avanzaba a lo largo de la calzada. Planeaban tomar al enemigo entre dos fuegos en cuanto acudiesen a combatir, mas los mexicas, al observar el avance de los bergantines, permanecieron en sus puestos, esperando que penetraran más antes de enfrentarlos con mejores probabilidades de éxito.

En esos momentos salió de las filas mexicas un indígena de gran estatura, llamado Tzilacatzin, "un guerrero grande y valiente, muy macho"; a decir del *Códice Florentino*, avanzó hasta quedar entre las dos fuerzas contendientes. Llevaba el atuendo de un otomí; tenía el grado de otomí, aclara el códice, "por ser un guerrero valiente; por esta razón estaba tonsurado a la manera de los otomíes; también por esta razón despreciaba a sus enemigos; incluso si eran españoles, para él no valían nada. Por todas partes sembraba el terror". Iba protegido por un *ichcahuipilli* de algodón y una rodela. A manera de nuevo Goliat, dice Torquemada, iba armado con tres piedras, llevando una en la mano y dos sobre el escudo, "piedras enormes, redondas, piedras para construir muros, quizá piedras blancas", dice el *Florentino*. Tzilacatzin corrió un breve trecho hacia los españoles y les lanzó una de las piedras con tal fuerza y tino que abatió a un enemigo, arrojó en rápida sucesión las otras dos, derribando a un par de españoles. Arremetía sin temor, con los ojos bajos, "como atontado", declara Torquemada, asustando a los aliados, pero animados por su número, se lanzaron contra él. Tzilacatzin se metió entre los suyos que arremetieron con tal furia que hicieron retroceder a los aliados. El *Códice Florentino* afirma que Tzilacatzin "los persiguió, los desparramó por encima del agua, los dispersó, a los españoles. Venían sólo sobre el agua, estaban bien mojados cuando caían".

En varios otros encuentros con los de Tlatelolco, los españoles y sus aliados se enfrentaron con Tzilacatzin, quien cam-

biaba de atuendos en cada ocasión, a fin de no ser reconocido, pues estaban decididos a matarlo. A veces se ponía un bezote, aretes de oro y collar de conchas, llevando la cabeza al descubierto; en otras vestía un *ichcaupilli* y una banda muy fina en la cabeza; en ocasiones se ponía sobre la cabeza plumas con cabellos sobre la frente, con un adorno de plumas de águila con que anudaba los cabellos de la nuca, este era el atuendo de quienes arrojaban a los prisioneros a las brasas en una de sus festividades; o llevaba brazaletes de oro en cada brazo y en los pies canilleras de cuero dorado, brillantes, "y así hacia grande risa en el ejército de los nuestros, y nunca le pudieron haber a las manos nuestros castellanos, aunque muchas veces lo procuraron", asevera Torquemada.

En otro de estos días se dirigieron los de Alvarado a bordo de bergantines hasta Ayauhcaltitla, Nonohualco, donde saltaron a tierra cerca de las casas, mientras que por la calzada avanzaban sus aliados. En la batalla subsecuente, que duró hasta el anochecer, murieron gran cantidad de indígenas de ambas partes.

Narra el *Códice Florentino*:

> Sólo dos muy grandes y muy valientes guerreros no voltearon la espalda, miraron a sus enemigos como si no fueran nada, no mostraron gran amor por su propio cuerpo. El primero de esos hombres se llamaba Tzaiectzin. El segundo se llamaba Temoctzin. Y el tercero era el célebre Tzilacatzin,[23]

Estos tres hirieron y mataron con ánimo invencible a muchos, realizando grandes hazañas.

Debe de haber sido en una de estas ocasiones cuando, según lo narran el *Códice Florentino* y Torquemada, penetraron

[23] *Ibid.*, p. 151.

muy temprano dos bergantines hacia Yautenco, donde los españoles desembarcaron. En el *Florentino* se narra:

> Enseguida, entonces, se oyó un clamor, y tocaron con una concha, y el centinela blandió su escudo.
>
> Enseguida, entonces, persiguieron a los españoles, se echaron sobre ellos y los prendieron. Quince españoles fueron capturados. Enseguida se los llevaron [...] Y llegaron hasta diez y ocho cautivos que morirían allá, en un sitio llamado Tlacochcalco [Torquemada menciona sólo quince]. En seguida, entonces, los desnudaron. Les quitaron todas sus armas, y su casaca de algodón y todo lo que llevaban encima. Los despojaron de todo. Enseguida, entonces, como a esclavos los inmolaron. Y sus compañeros los seguían con la mirada desde el medio del agua. [24]

En otra ocasión los españoles metieron unos bergantines a Coyonacazco, donde desembarcaron, entre ellos Rodrigo de Castañeda, a quien los mexicas llamaban Castañeda Xicoténcatl por su parecido con ese general. Entendía algo el náhuatl, se ponía sobre la cabeza un tocado de plumas de quetzal y su valor lo hizo muy temido. Los mexicas le gritaban para insultarlo "¡Xicoténcatl cuilone!", él sonreía y les daba las gracias, distrayéndoles, entonces disparaba rápidamente su ballesta, sin errar un tiro. Los mexicas rechazaron el ataque, empujándolos de nuevo hacia el agua. Castañeda habría muerto si no se hubiera aferrado como pudo a un bergantín.

Cortés se limita a escribir que en los días pasados Pedro de Alvarado ganó muchos puentes, y por la noche, para impedir que los mexicas los volviesen a cegar, dejaba un pi-

[24] *Ibid.*, p. 152.

quete en ellos. Como la distancia hasta el campamento de Alvarado era de tres cuartos de legua esa guardia resultaba trabajosa y riesgosa, por lo que Alvarado decidió que sería mejor trasladar su cuartel hasta el final de la calzada, al mercado de Tlatelolco, "porque aquel tomado, era toda la ciudad casi tomada, y toda su fuerza y esperanza de los indios tenían allí".

El sábado 22 de junio (o domingo 23, siguiendo a Bernal) Cortés y sus hombres volvieron al ataque. Les llamó la atención que esta vez los mexicas no opusieron resistencia; por el contrario, retrocedían rápidamente, de modo que, según dice Cortés, parecía que los dejaban dueños de tres cuartas partes de la ciudad. Ello sucedería seguramente debido al éxodo mexica hacia Tlatelolco,

> y sin duda el día pasado y aqueste yo tenía por cierto que vinieran de paz, de la cual yo siempre, con victoria y sin ella, hacia todas las muestras que podía. Y nunca por eso en ellos hallábamos alguna señal de paz; y aquel día nos volvimos al real con mucho placer, aunque no nos dejaba de pesar en el alma, por ver tan determinados de morir a los de la ciudad,

escribe el extremeño.

Bernal relata los sucesos de ese día desde la perspectiva de la división de Pedro de Alvarado, donde se encontraba. Narra que por la mañana los mexicas atacaron por todas partes el campamento español con gran fiereza (lo cual también sería explicable tras la retirada mexica a las cercanías de Tlatelolco, pues Alvarado estaba más cercano a ese sitio). La mitad de la caballería, que solía estar en Tlacopan, había ido a pernoctar a la calzada, pues ya no había tanto riesgo en ella, habiendo derribado las casas, por lo que podían galopar por algunas partes. Aprovechando la ocasión un escuadrón

mexica atacó Tlacopan, siendo dispersados por algunos jinetes y por los tlaxcaltecas, quienes "nos ayudaban en toda la guerra muy como varones", reconoce Bernal. Mientras que los que atacaban por la calzada empezaron a retraerse tras su empuje inicial, al parecer en una falsa huida.

Según Cortés, al ver esto los soldados de Alvarado lo instaban a tomar el mercado antes de que lo hiciera el extremeño, pues estaban más cercanos a ese sitio y tenían por honra tomarlo primero. Los de Cortés también le importunaban a que entraran por una de las tres calles que conducían al gran mercado, puesto que había poca resistencia, "yo disimulaba por todas las vías que podía por no lo hacer, aunque les encubría la causa; y esto era por los inconvenientes y peligros que se me presentaban", escribe el extremeño, ya que para llegar al mercado tendrían que pasar muy cerca de gran cantidad de azoteas y atravesar varios pasos malos, y cada casa era como una isla.

Si los de Alvarado querían llegar al mercado primero debían tomar otros dos o tres puentes anchos y peligrosos. En su avance ganaron una primera barricada, llegaron a la siguiente, que también tomaron, pasándola a vuelapié, impulsados por lo que creían sería una gran victoria. Según dice Cortés, Alvarado ordenó cegar a toda prisa el canal, de modo que pasara la caballería y por tener órdenes del extremeño de no ganar un palmo de tierra sin dejar de cegar los malos pasos, para que los caballos tuvieran libre tránsito, "porque estos facían la guerra", y no dejar sin quemar y derribar las casas, dejando asegurada la retirada.

Cortés minimiza el desastre. Relata que una parte de la infantería de Alvarado, más o menos 50 soldados, además de algunos aliados, se adelantaron a los demás al ver el poco ánimo del enemigo. Entonces los mexicas, al ver que eran tan pocos y que los jinetes aún no podían pasar, frenaron

su huida y arremetieron contra ellos con tal ímpetu que los obligaron a retroceder en cierto desorden; muchos cayeron al agua, tres o cuatro españoles fueron capturados vivos y posteriormente sacrificados, perdiendo la vida también cierto número de aliados.

Bernal, quien estaba presente en esta acción, declara que los de Alvarado, tras pasar el canal persiguiendo al enemigo, llegaron hasta unas grandes casas y templos cuando cayó sobre ellos multitud de guerreros, oculta en ese sitio y otros en las azoteas, atacándolos de tal forma que no los pudieron resistir. Los españoles y sus aliados empezaron a retirarse, los mexicas llegaron en gran número a bordo de sus canoas, desembarcando en esa segunda cortadura y obligando a sus enemigos a desviarse por otra calle, como era su plan, en ella estaba otro canal que había sido agrandado hasta darle 60 pasos de anchura y un estado y medio o dos de hondo;[25] además, excavaron hoyos en el fondo de modo que no fueran visibles, pues estaba lleno de agua; en sus dos extremos tenían levantadas barricadas y en las cercanías habían clavado estacas y maderos gruesos en el lago para evitar que los bergantines se aproximaran; también mantenían ocultas muchas canoas llenas de guerreros para atacar al enemigo en cuanto éste cayese en la trampa.

Al llegar a ese canal los de Alvarado, acosados por los mexicas, no tuvieron más remedio que tirarse al agua para tratar de cruzarlo; muchos caían en los hoyos, tan hondos que no lograban hacer pie; las canoas enemigas llegaron, hiriendo en la confusión a la mayoría de los españoles y de sus

[25] Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista...*, vol. IV, p. 511, adelanta la propuesta de que este canal sería el que separaba la isla de Tlatelolco de la de Tenochtitlan, pero para llegar al canal que dice los de Alvarado debían primero haber pasado por el mismo Tlatelolco, y no ir en dirección a su mercado, como lo hacían.

aliados, logrando capturar a cinco blancos. Los bergantines intentaron ir en su auxilio, pero quedaron varados en las estacadas y fueron atacados, dos de sus remeros murieron y muchos de los tripulantes fueron heridos. Alvarado al parecer se echó con todo y caballo para atravesar el canal a nado e ir en auxilio de sus hombres, seguido por los demás de su compañía.[26]

"Digo que fue maravilla como no nos mataron a todos en ellos [los hoyos]", exclama Bernal, él mismo fue asido por varios mexicas,

> y tuve manera para desembarazar el brazo, y nuestro Señor Jesucristo, que me dio esfuerzo para que a buenas estocadas que les di me salvé, y bien herido en un brazo; y desde que me vi fuera de aquella agua en parte seguro me quedé sin sentido sin poderme sostener en mis pies y sin huelgo [aliento] ninguno, y esto lo causó la gran fuerza que puse para escabullirme de aquella gentecilla y de la mucha sangre que me salió y digo que cuando me tenían engarrafado, que en el pensamiento yo me encomendaba a Nuestro Señor y a Nuestra Señora su bendita madre, y ponía la fuerza que he dicho, por donde me salvé. Gracias a Dios por las mercedes que me hace.[27]

Mientras tanto, con la caballería Alvarado mantenía a raya al enemigo que intentaba empujarlos hacia Tlacopan. Uno de los jinetes, recién llegado a la Nueva España, fue muerto junto con su caballo. Alvarado y los demás jinetes, al darse cuenta de que parte de sus tropas estaban en tan mal trance, acudieron a socorrerlos, cayendo algunas bestias con todo y jinete en los hoyos del canal, donde los mexicas mataron

[26] Juicio de Residencia de Alvarado, 87.
[27] Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. II, *c*ap. CLI.

a los caballos con sus lanzas largas, y lanzaban proyectiles desde las azoteas.

Según Cervantes de Salazar en ese día Pedro de Ircio, quien iba a bordo de un bergantín, dijo al capitán que navegara hacia un pequeño templo, donde se habían hecho fuertes los mexicas y como estaban en alto les tiraban infinidad de proyectiles, de modo que parecía que llovían del cielo. Ircio y los suyos se ocuparon de cuidarse los ojos, hasta que los mexicas empezaron a agotar sus municiones. Los españoles quedaron heridos y molidos, mas Ircio saltó a tierra, seguido por el alférez y los demás, logrando desalojar al enemigo. Siguieron adelante, luchando, hasta ganar otro canal, faltando sólo uno más para llegar a la gran plaza de Tenochtitlan, y lo hubiesen tomado si no fuese por el desastre sufrido por Alvarado. Ircio observó cantidad de mexicas sobre una isleta, desde donde causaban considerable daño, los acometió con algunos hombres escogidos, saltando al agua, que le daba al pecho, recibiendo flechazos y golpes de macanas, pero logró tomar la isleta.

En su camino de regreso Pedro de Ircio se encontró con un bergantín encallado en un canal, la tripulación no podía sacarlo y estaba en peligro de que los mexicas lo tomaran o lo quemaran; se metió al agua, aunque estaba muy herido y cansado, "e como era de grandes fuerzas y de buena maña", con la ayuda de algunos de los suyos pasaron en vilo al bergantín hasta donde pudiese maniobrar.

Mientras tanto los hombres de Alvarado lograron salir del canal con grandes trabajos y regresar a su campamento, donde los mexicas los atacaron constantemente por la noche, tanto que los mantenían a raya sólo gracias al uso de sus cañones.

Cuando Cortés llegó a su campamento le notificaron del descalabro sufrido por los de Alvarado, y "fue la cosa del mundo que más me pesó, porque era ocasión de dar

esfuerzo a los enemigos y creer que en ninguna manera les osaríamos entrar", comenta el extremeño.[28] Su enojo fue grande, envió un bergantín con una carta para Alvarado, en la que le repetía no pasar ningún canal sin cegarlo enseguida y que la caballería durmiera en las calzadas, teniendo a las bestias por las noches ensilladas y enfrenadas. En cuatro días más cegaron la cortadura, con grandes trabajos y la muerte de seis hombres.

En cuanto a los prisioneros españoles, dice Cervantes que fueron sacrificados a la vista de sus compañeros. "Fue cosa harto lastimosa que, pidiendo favor, no pudiesen ser socorridos. Murieron diciendo palabras de muy cristianos, aunque no les dieron lugar a muchas", comenta el cronista, quien agrega que por varios días los mexicas andaban muy orgullosos, burlándose remedaban los gestos y las palabras de los españoles, diciendo: "'Manda, Capitán', y lo demás no acertaban; otros decían: '¡Ay sancta Malía! (que la *r* no la pronuncian); otros decían: '¡Sayo, bonete, zapatos!'"

No contento con la carta que le envió a Alvarado, Cortés decidió ir en persona a verlo la mañana del día siguiente,

[28] Aquí la cronología de Orozco y Berra presenta un problema. De acuerdo con la cuenta que lleva, apoyado en Cortés, fue un sábado 22 de junio cuando los de Alvarado tuvieron este descalabro; sin embargo, Bernal dice que sucedió un domingo. A fin de compaginar ambas fechas Orozco relata dos veces el mismo suceso: en la primera sigue la narración de Cortés, y en la segunda la de Bernal, como si hubiesen ocurrido en días diferentes. En la primera ocasión minimiza el relato de Cortés de lo sucedido a Alvarado en ese supuesto sábado 22. Así Orozco y Berra perdería aquí un día, el domingo 23 de junio, *cfr. Historia antigua y de conquista de México*, vol. IV, pp. 510-514. El extremeño, en su Tercera carta de relación, también relata ese desastre minimizándolo; pero lo menciona tan sólo en esta ocasión, no hablando de nada parecido en los días siguientes.

domingo 23 de junio, para amonestarlo, inspeccionar lo que había ganado de la calzada, así como la plazoleta adonde había pasado su cuartel, y darle buenos consejos; "sin duda me espanté de lo mucho que estaba metido en la ciudad, y de los malos pasos y puentes que les había ganado; y visto, no le imputé tanta culpa como antes parecía tener", escribe el extremeño.

Según Bernal, Cortés y Sandoval eran atacados diariamente por grandes escuadrones enemigos, por tierra y por agua, de día y de noche. A Cortés le mataron cuatro soldados y le hirieron más de 30. Cuauhtémoc, al parecer sabiendo que el 24 de junio, día de San Juan, se cumplía un año de la segunda entrada de Cortés a México-Tenochtitlan, cuando regresó de vencer a Narváez, ordenó que atacaran los cuarteles españoles durante la noche, "al cuarto de la modorra", con toda la fuerza que tenían. Para obstaculizar a los bergantines mandó poner estacas en todas partes.

Los mexicas embistieron con gran furia y si no fuera por los centinelas habrían penetrado al campamento de Alvarado; hirieron a 15 españoles, dos de los cuales murieron antes de una semana. En los campamentos de Cortés y Sandoval también dieron gran batalla, causando muchas muertes y heridas. Por dos noches seguidas atacaron de igual modo.

Prosigue narrando Bernal que Cuauhtémoc, al constatar su falta de éxito, decidió atacar con toda su fuerza hacia Tlacopan, cercando el campamento de Alvarado, poniendo a los españoles entre dos fuegos,

> y aun nos tenían medio desbaratados y atajados, y quiso Nuestro Señor Jesucristo darnos esfuerzo que nos tornamos a

> hacer un cuerpo y nos mamparamos algo con los bergantines, y a buenas estocadas y cuchilladas, que andábamos pie con pie, les apartamos algo de nosotros, y los de caballo no estaban de balde; pues los ballesteros y escopeteros hacían lo que podían, que harto tuvieron que romper en otros escuadrones, que ya nos tenían tomadas las espaldas.[29]

Murieron ocho españoles y muchos quedaron heridos, entre ellos Pedro de Alvarado, descalabrado; pero capturaron a cuatro principales y mataron a muchos mexicas.

Cortés narra que después realizaron algunas entradas a la ciudad, "y siempre habíamos victoria, y se mataba mucha gente de los contrarios, porque cada día venía gente sin número en nuestro favor". Afirma que prolongaba deliberadamente penetrar más, con la esperanza de que se rindiesen, y por el peligro que correrían, debido al gran número, concentración y determinación de morir de los mexicas.[30] Sus hombres, viendo la tardanza y que hacía más de 20 días que el enemigo luchaba sin cesar, le pedían constantemente atacar el mercado de Tlatelolco, tomado éste ya poco les quedaría a los mexicas donde defenderse.

Cortés les daba largas, Juan de Alderete le dijo que todo el ejército clamaba por ello, y que debían hacerlo. Finalmente y tras mucha coacción Cortés accedió y procedió a hacer el

29 Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. II, cap. CLI.

30 H. Thomas parece atribuir a la ingestión de drogas alucinógenas, como el peyote y los hongos, el gran valor de los mexicas, pues dice ser su efecto "provocar sensaciones que elevaban el coraje hasta la insensatez"; habría que considerar la cantidad de estas plantas que se necesitarían para los miles de guerreros mexicas e ignorar que eran usadas con finalidades religiosas, *cfr*. *La conquista de México*, pp. 560-561.

plan de batalla con los capitanes de los otros campamentos y de sus aliados.[31]

Los días de México-Tenochtitlán estaban contados.

[31] Hernán Cortés, Tercera carta de relación; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV, lib. XXXIII, caps. XXII-XXVI, XLVIII; López de Gómara, *op. cit.*, II, pp. 191-201; *Códice Ramírez*, pp. 204-205; "Códice Florentino", lib. XII, caps. XXX-XXXIV; Aguilar, *op. cit.*, 8a. jornada; Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. V, caps. CXIV-CIL, CLXIII, CLXV, CLXVIII, CLXX, CLXXIV; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. II, caps. CL, CLI; fray Bernardino de Sahagún, *Historia de las cosas de Nueva España*, vol. IV, lib. XII, cap. XXXIII; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, IV, déc. III, lib. I, caps. XVII-XIX; Torquemada, *op. cit.*, vol. II, lib. IV, caps. LXXXIX. XC-XCIII; Alva Ixtlilxóchitl, "Compendio histórico…, Decimatercia relación"; "Historia de la nación chichimeca", cap. XCV; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. V, caps. XX-XXIII.

CAPÍTULO XXVI

Descalabro español

Famosa persiste la ciudad de Tenochtitlan,
porque allá adquiere gloria.
Nadie cautiva con la mano a la hermosa muerte, oh príncipes:
así os puso la ley de Dios: vosotros sois sus hijos.

El bello canto se extiende y, ¿quién acallará
el estrado del escudo y el trono de dardos
del Dios por quien se vive?
Reflexionadlo, tenedlo en la mente, oh príncipes:
¿quién destruirá la ciudad de Tenochtitlan,
y quién sacudirá con empuje sus puntales dentro del agua?
¡Que aún persista totalmente la ciudad de Tenochtitlan:
aun en paz nos mantenga el dador de la vida!
Pero... me entristezco, ¿cómo perdurará?

Poema náhuatl[1]

Tras casi un mes de combates el ejército empezaba a estar harto de pasar por lo mismo todos los días, ya habían ganado casi dos tercios de la ciudad. Hacia fines de junio Cortés celebró un consejo de guerra con los principales de su campamento, entre ellos Cristóbal de Olid, Francisco Verdugo, Andrés de Tapia, Cristóbal Corral y Francisco de

1 Ángel María Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, vol. I, p. 213.

Lugo, y escribió a los de Alvarado y de Sandoval, para tomarles parecer; haría lo mismo con los de sus aliados, pero por supuesto no lo menciona. El asunto en cuestión era el ataque conjunto hacia el mercado de Tlatelolco y, en caso de triunfo, si sería conveniente establecer ahí el cuartel general. Las ventajas eran que desde ese sitio podrían acabar de tomar la ciudad sin pasar tantos trabajos con las retiradas diarias, sin necesidad de cegar canales, destruir barricadas, y sin poner centinelas por las noches en los malos pasos tomados. Aunque al parecer el extremeño ya había tomado esa decisión.

Bernal narra que las opiniones variaron, algunos decían que no era aconsejable meterse tan adentro de la ciudad, sería mejor continuar al paso lento pero seguro; si dejaban los canales sin guardias los mexicas llegarían en canoas y los volverían a abrir; además, si el cuartel quedaba en la ciudad el enemigo los atacaría día y noche con mayor facilidad y estarían en gran peligro de quedar cercados, los bergantines no serían de ayuda debido a las estacas, ni podrían apoyarlos en la plaza de Tlatelolco. Esa fue la opinión de Pedro de Alvarado y de los suyos, escribieron a Cortés que no les fuese a suceder como la vez pasada, "que dice el refrán, de mazagatos, cuando salimos huyendo de México", concluye Bernal.

Aun así, Cortés decidió intentarlo, envió a dos de sus criados con sendos mensajes a los campamentos de Sandoval y de Alvarado, dándoles instrucciones para el día señalado. El ataque sería general y coordinado. Les ordenó enviarle 70 u 80 infantes, él penetraría con sus tropas por varias calles, mientras ellos lo harían por una sola. Sandoval partiría al campamento de Alvarado a la cabeza de 10 jinetes, 100 peones de infantería y 15 ballesteros y escopeteros, dejando a 10 de caballería en el suyo. Debería ponerse de acuerdo con Alvarado para armar una emboscada a los mexicas: los jinetes se ocultarían tras unas casas, mientras los que quedaban

en el campamento simularían abandonarlo con el fardaje, de modo que el enemigo creyera que huían y cayera sobre ellos, entonces los atacarían por la espalda.

Sandoval y Alvarado, con el apoyo unido de sus bergantines deberían tomar el mal paso donde los de Alvarado sufrieron el descalabro anterior, cegarlo a toda prisa y seguir adelante hasta llegar al mercado hacia Tlatelolco si fuera posible sin mucho riesgo y peligro, intentarlo con toda su fuerza. Cortés se dirigiría en esa dirección. Insistía el extremeño en que tomaran precauciones extremas dejando bien cegados los canales que quedaran atrás, no caer en ninguna trampa ni ganar pasos donde estuvieran demasiado expuestos, "y esto les avise porque conocía de sus personas que habían de poner el rostro donde yo les dijese, aunque supiesen perder las vidas". Los mensajeros del extremeño regresaron por la noche al campamento acompañados con los refuerzos solicitados.

El día designado para el ataque no está estipulado, faltaba poco para el primer aniversario de la entrada de Cortés a Tenochtitlan tras derrotar a Narváez, a fines de junio; al parecer Cuauhtémoc tenía planeado un gran ataque para celebrar ese día, día de San Juan, por lo que es posible que sucediera alrededor de esa fecha o en ella (Bernal afirma que fue un domingo).[2] Tras oír misa, las huestes de Cortés y de sus capitanes y aliados salieron de sus respectivos campamentos, mientras los bergantines zarpaban en compañía de las canoas nativas. Cortés se dirigió hacia la ciudad por la calzada de Iztapalapa, con 25 jinetes, toda su infantería y los 70 hombres de refuerzo llegados de Tlacopan. A ambos lados

[2] Alfredo Chavero escribe que este descalabro español sucedió el 30 de junio, aniversario de la Noche de la Huida, aunque, como ya se dijo, aquella noche fue al parecer la del 10 de julio. *Cfr. México a través de los siglos*, vol. II, p. 449

de la calzada iban en apoyo 7 bergantines y más de 3000 canoas aliadas.

Marcharon hasta la porción de la calzada de Tlacopan dentro de la ciudad, Cortés dividió sus efectivos en tres grupos, desde allí partían tres calles hacia la plaza mayor de Tlatelolco. Por una, la principal, envió al tesorero Julián de Alderete al mando de 70 españoles y unos 20000 aliados; protegerían su retaguardia siete u ocho de caballería. Antes de que partieran Cortés volvió a insistirles que cuidaran, sin falta, cegar todos los canales que tomaran y destruir las barricadas ganadas, valiéndose de los nativos bajo la supervisión de 12 españoles, que para ese efecto llevaban, "que eran los que hacían al caso para el cegar de las puentes", dice Cortés (como si fuera lo único que hacían los aliados, en vez de llevar el peso de las batallas).

Las otras dos calles eran más angostas y las atravesaba un mayor número de canales. Por la más ancha de esas dos irían Jorge de Alvarado y Andrés de Tapia con 80 hombres y más de 10 000 aliados. A la entrada colocaron dos cañones al cuidado de ocho jinetes.

Por la tercera calle, la más angosta, irrumpió Cortés, con 8 jinetes, un centenar de infantes, entre ellos más de 25 ballesteros y escopeteros, "y con infinito número de nuestros amigos", según dice (al fin). En el inicio de la calle quedó la caballería, con órdenes estrictas de no seguir adelante mientras el capitán no lo mandara. El extremeño dejó ahí su corcel.

El *Códice Florentino* relata el avance de los españoles y de sus aliados:

> llegaron muy suavemente. El estandarte los conducía, venían tocando la flauta, venían tocando los tambores. Y tras ellos, venían entonces todos los tlaxcaltecas y todos los que habitaban las ciudades aliadas.

> ¡Y qué grandes esfuerzos hacían! ¡Sacudían la cabeza para señalar su valentía, se golpeaban el pecho, los tlaxcaltecas! ¡Cantaban! Los mexicanos cantaban también, cualquier canción cuyo recuerdo guardaban. Con esto se animaban, se tranquilizaban.[3]

A decir de fray Diego Durán, Cuauhtémoc, deseando que el enemigo creyera que contaba con infinidad de guerreros, pidió a las mujeres que empuñaran armas y rodelas y que subieran a las azoteas, desde donde se mostraran al enemigo, con ademanes de menosprecio y emitiendo grandes gritos e insultos a los españoles y a sus aliados.

Cortés y los suyos se internaron por la calle angosta, llegaron hasta un canal que la cruzaba, defendido por su respectiva barricada. Lograron ganarla gracias a un cañón pequeño de campo, así como a los disparos de ballesteros y escopeteros. Siguieron adelante, encontrándose dos o tres cortaduras recién hechas, que ganaron también. Sus aliados se lanzaron incontenibles hacia el mercado de Tlatelolco. "E demás destos tres combates que dábamos a los de la ciudad, era tanta la gente de nuestros amigos que por las azoteas y por otras partes les entraban, que no parecía que había cosa que nos pudiese ofender", escribe Cortés (habrá que darle el mérito de mencionar a los aliados nativos).

El extremeño, seguido de 20 españoles, se detuvo al llegar a una especie de isleta, al observar que algunos de sus aliados eran rechazados hasta echarlos al agua. Quería prestarles auxilio y al mismo tiempo vigilar que por las intersecciones con las otras calles no penetraran los mexicas por la que estaba, pues atacarían por la retaguardia a las tropas que avanzaban. Bernal relata que los de Cortés y Sandoval lle-

[3] Georges Baudot y Tzvetan Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, cap. XXXIV, p. 155.

vaban buen avance; en cuanto a los de Alvarado habían tomado un canal junto con su barricada con gran trabajo, muchos españoles fueron heridos, uno murió posteriormente y mil tlaxcaltecas estaban descalabrados, "y todavía íbamos siguiendo la victoria muy ufanos".

En esos momentos Cortés recibió un mensaje de la vanguardia, notificándole que habían ganado mucho terreno y, no estando muy lejos de la plaza de Tlatelolco, deseaban seguir adelante, alcanzaban a escuchar el ruido del combate que Sandoval y Alvarado sostenían en su avance, le pedían comunicarle sus órdenes. El capitán respondió que de ninguna manera prosiguieran sin dejar primero bien cegados todos los canales que habían ganado. Al poco tiempo enviaron otro mensaje, afirmando que ya los habían cegado. Cortés, desconfiando de que, por ganarle la delantera a las demás compañías no los hubieran cegado adecuadamente, fue a verificarlo. Llegó hasta una cortadura en la calle por la que ya había pasado la vanguardia, de 10 o 12 pasos de ancho, el agua bajo ella con una hondura de más de dos metros por cuatro de ancho. Como lo temía, no la habían cegado; en su prisa por avanzar sólo habían colocado algunas maderas y cañas de carrizo como puente, pasando de pocos en pocos, para que aguantaran su peso, y se habían precipitado hacia adelante sin pensar en las consecuencias, entusiasmados por su avance.

Cortés da a entender, aunque no lo específica, que la culpa fue de los hombres que habían quedado bajo su mando, "los españoles que habían seguido la calle adelante", escribe. López de Gómara afirma que fueron los de Julián de Alderete quienes dejaron el paso sin cegar; Bernal culpa directamente a Cortés de haber caído en la trampa, preparada ex profeso por los mexicas; asevera el cronista que habían hecho una calzadilla muy angosta sobre esa cortadura, "y aún entraba en ella agua por algunas partes". Ante el avance de los

hombres de Cortés los mexicas fingieron huir, parándose de cuando en cuando a disparar sus proyectiles para irlos metiendo más adentro. Ello sucedió, afirma Bernal, "por su gran descuido, y Nuestro Señor Jesucristo que lo permitió, él [Cortés], y sus capitanes y soldados dejaron de cegar la abertura de agua que habían ganado". Cuando los españoles pasaron la cortadura, los mexicas los embistieron con tal ímpetu, lanzando grandes alaridos y silbidos, que los obligaron a retroceder.

Cortés asevera que al llegar a la cortadura vio cómo sus tropas venían retirándose en franca huida, y los mexicas tras ellos con gran furia. El extremeño, según Bernal, lanzó grandes gritos intentando detener a los suyos: "¡Tened, tened, señores; tened recio! ¿Qué es esto que así habéis de volver las espaldas?", sus órdenes no tuvieron ningún efecto, la huida se convirtió en pánico. Los aliados llegaron en gran desorden hasta el mal paso y se arrojaron en él. Si, como dice Cortés, estaba cubierto por una especie de puente mal hecho, no aguantó el peso; o si se trataba de una calzadilla que lo cruzaba, hecha por los mexicas, como lo afirma Bernal, estaba ya cubierta de lodo y cieno. De cualquier modo resbalaban y caían al agua, empujándose unos a otros al intentar pasar. Llegaron las canoas mexicas, los guerreros que las ocupaban pudieron tomar fácilmente cautivos a muchos, atrapados como estaban en el canal, arrojando vivos a varios en sus embarcaciones y matando a buen número, sobre todo de los aliados. A pesar de la gritería se dejaba oír el grave sonido del gran *teponaxtle* desde la cima del templo mayor de Tlatelolco, haciéndole eco los de otros templos, así como la caracola de Cuauhtémoc, como señal de que atacaran sin piedad y con toda su fuerza.

Cortés afirma que decidió "de me quedar allí y morir peleando" en compañía de alrededor de una docena de españoles. Jalaron de las manos y brazos a muchos de los que

bregaban por salir del canal, sacándolos malheridos, medio ahogados y sin armas, enviándolos enseguida camino al campamento. Era grande el número de mexicas que los atacaban, Cortés y su grupo quedaron cercados. "E como yo estaba muy metido en socorrer a los que se ahogaban, no miraba ni me acordaba del daño que podía recibir", señalando que ya lo venían a asir y a llevar cautivo. Bernal afirma que Cortés fue herido en una pierna y que ya lo tenían "engarrafado"; sin embargo, pudiendo matarlo no lo hicieron, pues deseaban tomarlo vivo, gran error. Cristóbal de Olea, "un muy esforzado soldado", natural de Castilla la Vieja, que formaba parte de la guardia personal de Cortés, dándose cuenta del gran peligro en que se encontraba el extremeño, se enfrentó valerosamente a los mexicas, auxiliando al capitán; cortó con su espada los brazos y las manos de aquellos que tenían sujeto a Cortés, mató a estocadas a cuatro capitanes y finalmente logró que soltaran a su presa, pero murió en el intento (era la segunda vez que salvaba al extremeño).

Cortés escribe sobre su valedor que "después de Dios, me dio la vida; e por dármela como valiente hombre, perdió allí la suya"; sin embargo, ni siquiera lo nombra. Bernal afirma que también acudió en socorro de Cortés otro soldado, llamado Lerma, que quedó "a punto de muerte"; y Cervantes de Salazar narra, citando supuestamente a Motolinía, que además lo auxilió un tlaxcalteca, llamado Baptista, o Temacatzin, que posteriormente sería el primero en recibir el sacramento de la extremaunción. Afirma este cronista que fue Cristóbal Martín de Gamboa quien, montado en su caballo, evitó que se llevasen cautivo a Cortés, pues ya le tenían cercado más de 100 mexicas, y que Gamboa salió muy herido.

Alva Ixtlilxóchitl relata que Ixtlilxóchitl ordenó a los suyos detener a los mexicas, ofreció su mano a Cortés y lo sacó del agua, cortando los brazos a uno de los que lo asían,

> aunque esto se lo aluden a ciertos españoles, siendo muy al revés, demás de que lo hallaron pintado en la puerta principal de la iglesia del monasterio de Santiago Tlatelolco, aunque ya también cierto religioso que debía de ser pariente de Olea mandó pintarlo diferente, poniendo a Olea que corta los brazos al que quiere prender o matar a Cortés, y Ixtlilxuchitl que lo saca fuera del agua.[4]

Agrega el cronista que, al auxiliar a Cortés, Ixtlilxóchitl recibió una pedrada tan fuerte sobre la oreja izquierda que por poco le abren la cabeza, tomó un poco de tierra y la puso sobre la herida, reprendiendo al extremeño por haberse adelantado sin seguir su consejo de nunca hacerlo por sí solo.

Según Muñoz Camargo quien liberó a Cortés en la acequia que llama de Tultecapan fue el capitán tlaxcalteca Antonio Temazahuitzin, de Huayotitlan.

Antonio de Quiñones también intentaba sacar a Cortés del lodazal en que estaban metidos (al que sí nombra), diciéndole, según escribe el extremeño: "Vamos de aquí y salvemos vuestra persona, pues sabéis que sin ella ninguno de nosotros puede escapar". Cortés se negó e insistió en seguir luchando, respondiéndole, a decir de Cervantes: "Dexame, Quiñones. ¿Dónde puedo yo morir mejor que con los míos, que por darme a mí la vida la perdieron ellos? ¿No veis como estos perros matan a los nuestros?", agrega que Cortés luchó ese día con tal furia que hizo más que 10 hombres. El extremeño afirma que no deseaba irse, pero "aunque yo holgara más con la muerte que con la vida, por importunación de aquel capitán y de otros compañeros que allí estaban nos comenzamos a retraer peleando con nuestras espadas y rodelas".

[4] Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Compendio histórico del reino de Texcoco".

Llegó en ese momento el maestre de campo Cristóbal de Olid, en compañía de otros españoles, de los que muchos quedaron malheridos, pero lograron sacar a Cortés a mejor terreno. Cristóbal de Guzmán, mayordomo del extremeño, le traía un corcel, pero poco antes de llegar fue capturado por los mexicas. Cortés se lamenta de que tanto Guzmán como el caballo murieron, "la muerte del cual puso a todo el real en tanta tristeza, que hasta hoy está reciente el dolor de los que lo conocían". Según Cervantes fue Cortés quien llamó a Guzmán, pidiéndole un caballo (aunque reporta el cronista que algunos decían que Guzmán había muerto la Noche de la Huida), y que el mozo no se atrevía a llegar hasta donde estaba el capitán, quien le gritó que era vil y cobarde, pues estando a caballo no osaba entrar donde él se encontraba a pie. Guzmán bajó la cabeza, dio espuelas al caballo y dijo: "La vida me ha de costar, pero no me dirán otra vez cobarde", fue muerto por los mexicas junto con el caballo; como lo conocían gritaban en burla: "¡Guzmán, Guzmán!". Aunque otros afirmaban que sólo mataron al caballo, que a Guzmán lo capturaron y, en compañía de otro preso, un tal Saavedra, lo obligaron a bailar y a servir en cosas viles, sacrificándolos posteriormente.

Cortés fue finalmente proveído de un caballo, aunque ni él ni los demás jinetes podían hacer uso efectivo de sus cabalgaduras, pues el terreno no lo permitía. El extremeño condujo a los sobrevivientes hacia la calzada de Tlacopan; por el camino dos yeguas, en las que iban sendos criados de Cortés, cayeron de la calzadilla al agua, una yegua murió y la otra pudo ser salvada.

El *Códice Florentino* narra estos sucesos. Asevera que, cuando los españoles avanzaron

> se les enfrentó el tlapaneca Ecatzin, un otomí, que, lanzándose contra ellos, dijo:

"¡Oh valientes guerreros! ¡Oh tlatelolcas!, ¡llegó el momento!, ¿quiénes son pues estos bárbaros extranjeros?, ¡a ellos!".

Enseguida, inmediatamente, derribó a un español. Lo hizo caer por tierra. Fue el primero en derribar a uno, el primero en lanzarse. Cuando lo derribó, entonces arrastraron al español.

Los valientes guerreros entonces los rechazaron; y los que estaban escondidos siguieron, sacaron a los españoles corriendo por entre las casas. Y cuando los españoles vieron eso, fue sencillamente como si estuvieran ebrios.

Enseguida, entonces, hicieron prisioneros. Prendieron a numerosos tlaxcaltecas, a gente de Acolhua, de Chalco, de Xochimilco. Hicieron abundantes prisioneros, mataron a muchos. Rechazaron al agua a los españoles y a todos los otros hombres.

Y el camino se puso todo resbaloso, ya nadie podía caminar por ahí, sólo se deslizaba, derrapaba. Y los prisioneros fueron arrastrados.

Ahí fue donde una bandera fue tomada, fue ahí donde fue capturada. Los que la capturaron eran tlatelolcas [...] Ahora el lugar se llama San Martín. No vieron en ello nada importante, no se tuvo ningún cuidado con ellos.

Y todavía algunos españoles escaparon de sus manos. Se replegaron agotados, allá, en Colhuacatonco, en las orillas del canal; fue allí donde se detuvieron.[5]

La bandera le fue tomada al alférez Corral. En los *Anales de Tlatelolco* se afirma que fueron el tlacatécatl Ecatzin y el tlapanecat Popocatzin, quienes tomaron unas banderas que fueron ofrecidas en el templo de Tlillan. Durán relata que los mexicas las hicieron pedazos delante de los españoles, y que en otra relación se decía que habían sido cuatro las banderas tomadas y despedazadas.

5 G. Baudot y T. Todorov, *op. cit.*, cap. XXXV.

Alva Ixtlilxóchitl narra en ese día las hazañas de Ixtlilxóchitl: tras salvar a Cortés se quitó sus vestimentas, dejándose sólo el maxtle y, armado de rodela y macana, embistió a los mexicas, matando a muchos hasta encontrarse con el general, un hombre valerosísimo con el que se trabó en una lucha mano a mano. Ixtlilxóchitl fue herido por una flecha que le atravesó el brazo derecho y por una pedrada en la rodilla derecha, ello lo enfureció más; logró quitarle la macana al general, e hiriéndolo lo obligó a huir, persiguiéndolo hasta el templo de la diosa Macuilxóchitl. Al regresar hacia donde estaba Cortés se encontró con un capitán mexica que, al verlo herido, empezó a insultarlo malamente. Ixtlilxóchitl le propinó tal golpe en la cintura con la macana que le había quitado al general, que lo cercenó en dos partes.

Mientras tanto Cortés logró llevar a su gente a la calle ancha de Tlacopan, seguidos todo el tiempo por los mexicas. El extremeño cuidaba la retaguardia con otros nueve jinetes, "y los enemigos venían con tanta victoria y orgullo, que no parecía sino que ninguno habían de dejar a vida", escribe, agregando que mandó decir a Julián de Alderete, a Tapia y a Jorge de Alvarado que se fueran retirando con mucho orden hacia la plaza, pues ellos habían ganado varios canales y barricadas y cuidaron de cegarlas bien, por lo que no recibieron daño al retirarse (al afirmarlo deja entrever que el puente mal cegado fue error suyo).

Antes de que Alderete y sus hombres empezaran a retirarse, los mexicas les arrojaron dos o tres cabezas españolas por encima de una barricada, se preguntaban si serían de los hombres de Cortés o de los de Alvarado, por estar tan desfiguradas no las podían reconocer. Los mexicas les gritaban que ya habían tomado los bergantines, por lo que los europeos temían que las canoas los atacaran por la retaguardia. Aunque era cierto que los bergantines y las canoas aliadas se vieron en gran peligro, no fueron capturados.

Alderete y sus hombres lograron llegar hasta la plaza, donde cargó contra ellos gran multitud de guerreros, incluso en los sitios que en ocasiones anteriores no se atrevían a hacer frente a tres jinetes o a 10 infantes. Observaron que en uno de los templos de la plaza quemaban copal, ofreciéndolo a los dioses en agradecimiento por la victoria otorgada, "aunque quisiéramos mucho estorbárselo, no se pudo hacer, porque ya la gente a más andar se iban hacia el real", comenta Cortés. También a los del extremeño les arrojaron las cabezas sangrantes de cuatro españoles, gritándoles que se trataba de las del Tonatiuh (Pedro de Alvarado), de Sandoval y de Bernal Díaz, pues ya habían matado a todos los de la compañía de Tlacopan. Cortés lo sintió tanto, asegura Bernal, que "se le saltaron las lágrimas de los ojos, y todos los que consigo tenía". La división del extremeño logró retirarse con gran tristeza hasta el campamento, aunque más temprano que de costumbre, aun en él los mexicas les gritaban insultos, burlas y amenazas. El capitán envió a Andrés de Tapia en compañía de tres jinetes a Tlacopan a informarse cuál había sido la suerte de Pedro de Alvarado y de sus hombres.

Bernal relata lo sucedido con la división de Alvarado: iban avanzando victoriosos hasta llegar muy cerca de la plaza del mercado de Tlatelolco, "el cual aquel día se acabara de ganar si Dios, por nuestros pecados, no permitiera tan gran desmán", afirma Cortés. De pronto vieron venir grandes escuadrones de mexicas ataviados con vistosos atuendos y tocados, lanzando alaridos y silbidos les arrojaron cinco cabezas que traían asidas de los cabellos y de las barbas y eran de los hombres de Cortés. Les gritaron que se trataba de la del capitán Malinche y la de Sandoval, que de igual manera los matarían a todos. Entonces arremetieron, "hasta echarnos mano, que no aprovechaban cuchilladas ni estocadas ni ballestas ni escopetas", obligándolos a retirarse, aunque sin perder el orden. Alvarado mandó a los tlaxcaltecas desem-

barazar de obstáculos calles y calzadas y arreglar los malos pasos, lo que hicieron rápida y eficientemente, impulsados por el temor causado al ver las cabezas sangrantes.

Al irse retirando escuchaban el golpeteo del gran tambor sagrado, el *tlapanhuehuetl* o *teohuehuetl*, que tocaban en la cima del Templo Mayor, y que según Bernal no habían escuchado desde la fatídica Noche de la Huida. Al cronista le pareció "el más triste sonido, en fin, como instrumento de demonios, y retumbaba tanto que se oyera a dos leguas, y juntamente con él muchos atabalejos y caracoles y bocinas y silbos". Al parecer los mexicas ofrecían a sus ídolos, como posteriormente se lo dijeron, 10 corazones de los blancos capturados.

Cortés declara que los mexicas, para hacer desmayar a Sandoval y Alvarado, llevaron a todos los españoles capturados "vivos y muertos", al templo mayor de Tlatelolco,

> donde desnudos los sacrificaron y abrieron por los pechos, y les sacaron los corazones para ofrecer a los ídolos; lo cual los españoles del real de Pedro de Alvarado pudieron ver bien de donde peleaban, y en los cuerpos desnudos y blancos que vieron sacrificar conocieron que eran cristianos,

aunque debido a la distancia y al ruido del combate no los pudieron oír.

En esos momentos, narra Bernal, cayeron sobre los de Alvarado nuevos escuadrones enviados de refresco por Cuauhtémoc, que mandó tocar su caracola como señal; había ordenado que al oírla combatieran de tal forma que apresaran al enemigo o murieran en el intento,

> y retumbaba el sonido que los metían en los oídos [...] saber ahora yo decir con que rabia y esfuerzo se metían en nosotros a echarnos mano es cosa de espanto, porque yo no lo sé aquí escribir que ahora que me paro a pensar en ello es como si ahora lo viese y estuviese en aquella guerra y batalla; mas torno a afirmar que si Nuestro Señor Jesucristo no nos diera esfuerzo, según estábamos todos heridos, Él nos salvó, que no podíamos llegar de otra manera a nuestros ranchos y le doy muchas gracias y loores por ello, que me escapé aquella vez y otras muchas del poder de los mexicanos.[6]

Gracias a las acometidas de la caballería lograron irse retirando hacia su campamento, donde con dos cañones puestos en las afueras, unos tirando y otros cebando, se sostuvieron, matando a muchos, pues la calzada estaba llena de guerreros.

A pesar de eso, las arremetidas mexicas llegaron casi hasta sus chozas y les lanzaban sin cesar una tupida lluvia de proyectiles. Relata Bernal que se distinguió mucho "un hidalgo que se dice Pedro Moreno Medrano", quien la hacía de artillero, pues los que tenían ese oficio estaban heridos o muertos. La angustia se adueñó de Alvarado y de sus hombres al no saber nada sobre la suerte sufrida por los de Cortés o los de Sandoval. Los mexicas luchaban tan furiosamente que "creyeron que en aquel día no quedara roso ni velloso de nosotros"; ya habían logrado abordar uno de los bergantines, en el que mataron a tres españoles, pero fue recuperado al acudir en su socorro el de Juan Jaramillo, mientras que el de Juan de Limpias Carvajal, "que en aquella sazón ensordeció", a decir de Bernal, encalló pero pudo romper las estacadas, no sin que todos sus tripulantes quedaran

[6] Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. II, cap. CLII.

malheridos. Al parecer fue la primera vez que un bergantín rompía las estacas. Cortés asevera que un navío estuvo a punto de perderse cuando los mexicas hirieron a su capitán y al maestre, el primero murió al cabo de ocho días (como de costumbre, no lo nombra).

Cervantes sostiene que las fuerzas de Alvarado y de Sandoval lograron reunirse ese día, y que como los bergantines estaban al norte de Tlatelolco y las tropas eran atacadas por gran cantidad de canoas por el lado sur, decidieron pasar a ese lado el bergantín de Pedro de Briones por una abertura en la calzada, que estaba casi cegada, pero los aliados, que eran muchos, prácticamente lo cargaron en vilo. Entonces la tropa avanzó hasta llegar muy cerca del mercado, siempre victoriosa y sin sufrir bajas, según decían algunos. Descansaron por un tiempo al ver cómo los mexicas sacrificaban a muchos de sus compatriotas en la cima del templo mayor de Tlatelolco. Estando en eso llegaron dos jinetes enviados por Cortés a notificarles del descalabro sufrido y con la orden de ir en retirada a su campamento. Aunque quisieron impedir que sus aliados se enteraran de la desgracia no lo lograron, por lo que éstos empezaron a retirarse, olvidándose de pasar de nuevo el bergantín del otro lado, así que los españoles tuvieron que hacerlo solos.

Cervantes narra que los dos bergantines que vigilaban la calzada de Tepeyacac anduvieron ese día juntos, entrando por un canal y llegando cerca del templo. Al parecer el del capitán Flores iba por delante y se metió por un canal angosto, por lo que, tras un corto avance, no pudo seguir adelante. El otro, al mando de Juan Ruiz de la Mota, se había quedado un poco atrás en una especie de plazoleta acuática. Hacia las tres o cuatro de la tarde vieron cómo los mexicas sacrificaban a los españoles en el templo, y al poco tiempo, desde unas azoteas, arrojaron al bergantín de Flores unas calzas y un jubón con sus agujetas y enseguida atacaron por agua y

por tierra con ferocidad y grandes alaridos, lanzando sobre el bergantín tal cantidad de piedras y de adobes desde las azoteas de las casas cercanas que les causaron mucho daño. Intentaron sacar el bergantín de reversa, pero sólo consiguieron introducirlo en un carrizal. Ruiz de la Mota acudió en su socorro, embistiendo las canoas enemigas; el capitán saltó desde la proa a tierra con un gran brinco, seguido del veedor y de otros cuatro o cinco españoles, algunos de ellos armados con ballestas. Acometieron con tanto denuedo que detuvieron a los mexicas el tiempo suficiente para que el bergantín de Flores se librara, aunque la mayor parte de su tripulación quedó malherida.

Cervantes, quien narra detalles no encontrados en otras fuentes, escribe que Martín López, posiblemente en ese día, al matar a un capitán mexica en una plaza, fue atacado por varios guerreros tratando de capturarlo. López, con otros 10 españoles y guerreros aliados, se defendió valientemente; murieron en la lucha más de 100 indígenas de ambos bandos y algunos españoles fueron descalabrados, entre ellos el mismo López, pues le arrojaron una gran piedra desde una azotea, derribándolo a tierra sin sentido, aunque como llevaba una buena protección sobrevivió; sin embargo, al poco tiempo le dieron fuertes calenturas que lo obligaron a permanecer en cama, un ballestero le practicó sangrías con una punta de cuchillo. Cortés le rogó que volviera a la lucha, aunque no tomara las armas y se limitara a dar órdenes, pues hacía mucha falta en los bergantines, a lo que López accedió.

Cervantes menciona a varios de los que se destacaron; aunque no especifica el momento, bien pudo haber sido ese día; de cualquier manera, sus hazañas proporcionan una imagen de la fiereza de la lucha. Pedro de Ircio se arrojó a un canal, seguido por algunos, y ganó tres o cuatro malos pasos; Juan de Limpias Carvajal, capitán de un bergantín,

que en compañía de otras embarcaciones navegaba hacia la calzada que iba a Tenayuca, se encontró con unos templos llenos de guerreros que apoyaban a muchos que manufacturaban proyectiles. Los aliados atacaron y estaban por tomar los templos cuando llegó una flotilla de canoas mexicas en socorro; los bergantines huyeron, dejando en tierra a muchos de sus tripulantes, pero el navío de Limpias Carvajal permaneció, los recogió y los salvó de la muerte, aunque el capitán salió herido. Ávila y Tapia también se distinguieron, junto con sus hombres; Tapia mató a muchos enemigos y defendió a dos de sus compañeros con gran riesgo y peligro. De Jorge de Alvarado se dice que hizo maravillas. Alonso Nortes, tripulante de un bergantín, cuando el capitán de éste y otros intentaban abandonar el navío que fue atacado fuertemente por los mexicas, se negó a hacerlo, quedándose con algunos pocos, defendiéndolo hasta que llegaron los aliados, al precio de siete heridas, una de ellas de gravedad, se las curaron como se pudo y todavía fue a auxiliar a dos bergantines que estaban a punto de perderse; por saltar del suyo a uno de los otros cayó al agua, las canoas mexicas se dirigieron a él, "y cierto, le mataran si a somorgujo no se escapara de la furia de los enemigos, porque era gran nadador". Siguió luchando en la calzada "e hizo harto provecho, aunque él no rescibió ninguno mojándosele las heridas acabadas de curar".

Andrés Núñez hizo algo parecido, pues al abandonar el capitán su bergantín se quedó y venció al enemigo, tras lo cual auxilió con esa nave a otras dos que estaban en peligro, salvando a Domingo García y a un tal Castillo. Cuando el capitán del bergantín intentó volver a su navío Núñez se negó a recibirlo a bordo; si no le parecía, le dijo, podía ir a quejarse con Cortés, y si intentaba abordar por la fuerza "aquí estamos para ver quien llevará el gato al agua, que quien no quiso pelear con indios, bien sé que no se osará tomar conmigo". El capitán tuvo que retirarse avergonza-

do. Cuando Cortés lo supo nombró capitán del bergantín a Andrés Núñez, quien con su navío venció a más de 3000 canoas, "y fue harta parte para que con más brevedad se tomase la ciudad".

También se distinguió Francisco Montaño, alférez de Pedro de Alvarado, quien subió con la bandera a un alto templo, tomándolo, gracias a lo cual Alvarado pudo posteriormente ganar Tlatelolco con más facilidad.

Bernal hace algunos comentarios sobre la suerte de Sandoval y de sus hombres en ese día. Dice que avanzaban victoriosos, pero cuando los mexicas deshicieron a las fuerzas de Cortés arremetieron contra las de Sandoval, matando seis hombres e hiriendo a todos. Sandoval sufrió tres heridas: en el muslo, la cabeza y el brazo izquierdo. También a ellos les arrojaron cabezas de españoles, seis de los de Cortés, diciéndoles que eran las de Malinche (Cortés), del Tonatiuh (Alvarado), y de los que estaban con ellos. Sandoval, al verlo, ordenó la retirada, que efectuaron con gran orden. Como la calzada por la que iban era angosta mandó que salieran por delante los aliados, que eran muchos y estorbaban. Tras ellos, contando con el auxilio de sus dos bergantines y de los ballesteros y escopeteros, lograron retirarse hasta su campamento, aunque todos quedaron muy heridos y seis murieron.

Las crónicas difieren sobre el número de bajas españolas, así como en el de los sacrificados. Cortés menciona que murieron 30 o 40 españoles y más de mil aliados, quedando heridos más de 20 españoles; se perdieron un cañón pequeño de campo, muchas ballestas, escopetas y otras armas. Bernal asevera que unos 66 españoles fueron capturados y que ocho caballos murieron, aunque poco más adelante dice que faltaron más de 70 hombres, y en un capítulo posterior afirma que "bien puedo decir setenta y ocho, porque tantos fueron después que bien se contaron", se supone que entre muertos y

prisioneros. Cervantes dice que murieron en el mal paso 45 españoles, y en todo el día más de 20 000 nativos, sin especificar de qué bando, posiblemente se trate de los aliados, y multitud de canoas. En cuanto a los españoles capturados por los mexicas, menciona a 82.

Andrés de Tapia notificó a los de Pedro de Alvarado lo ocurrido con la división de Cortés y, para gran alivio de Alvarado, que el extremeño seguía con vida, aunque les mintió en lo referente a las bajas, diciendo que sólo habían sido 22, para no bajar más su moral.

Sandoval, por su parte, herido y vendado como estaba, partió en compañía de Luis Marín y de dos jinetes al campamento de Cortés. Según Bernal, al llegar Sandoval ante el extremeño le dijo:

> ¡Oh, señor capitán!, ¿y qué es esto, estos son los consejos y ardides de guerra que siempre nos daba? ¿Cómo ha sido este desmán? Y Cortés le respondió saltándosele las lágrimas de los ojos —¡Oh, hijo Sandoval, que mis pecados lo han permitido, y no soy tan culpable en ello como me ponen todos nuestros capitanes y soldados, sino es el tesorero Julián de Alderete, a quien encomendé que cegase aquel paso donde nos desbarataron, y no lo hizo, como no es acostumbrado a guerrear, ni aun ser mandado de capitanes![7]

Alderete, que estaba junto a Cortés, rápidamente lo negó, asegurando que fue Cortés quien tuvo la culpa, pues al avanzar victorioso no le ordenó cegar puentes ni pasos malos; si así se lo hubiese mandado lo habría hecho; también culpó a Cortés de no dar con tiempo a los aliados la orden de retirada. El extremeño se enojó y discutieron aca-

7 *Ibid.*, cap. CLII.

loradamente. Interrumpió la escena la llegada de dos bergantines de los de Cortés, a los que daban por perdidos; sus capitanes reportaron que habían estado detenidos por unas estacadas, y cercados por las canoas mexicas, pudieron escapar gracias a un viento favorable y al esfuerzo que pusieron en remar, aunque todos venían heridos.

Cortés pidió a Sandoval ir al campamento de Alvarado a ver cómo estaban y auxiliarlo. Francisco de Lugo partió con él, pues por el camino seguramente se encontrarían con los enemigos y temía que hubiesen matado a Andrés de Tapia, quien había ido para allá. Narra Bernal que el extremeño abrazó a Sandoval y le dijo: "Mira, hijo; pues yo no puedo ir a todas partes, ya veis que estoy herido, a vos encomiendo estos trabajos para que pongáis cobro en todos tres reales". Sandoval llegó al cuartel de Alvarado pasada la hora de vísperas; seguía la lucha contra los mexicas que los atacaban por tierra y por agua, blandían espadas tomadas a los españoles y habían hecho encallar un bergantín, matado a dos españoles y herido a la mayoría de sus tripulantes. Tenían al navío atado con muchas sogas e intentaban llevárselo jalándolo con sus canoas. Bernal, con otros seis, estaba metido en el agua hasta arriba de la cintura intentando liberar al bergantín; el cronista recibió una herida de flecha en una pierna y otra de una cuchillada, pero lograron su propósito.

En esos momentos llegaron por la calzada otras capitanías mexicas que lanzaron una lluvia de proyectiles hiriendo a la mayoría. Sandoval recibió una buena pedrada en el rostro, fueron en su auxilio Alvarado y algunos jinetes, así como Bernal con 20 infantes. Finalmente lograron retirarse al campamento. Bernal narra que Sandoval, Lugo, Tapia y Alvarado charlaban, contándose las peripecias de ese día, entonces volvieron a escuchar el ronco sonido del

tambor sagrado, así como el de muchas caracolas y otros instrumentos,

> todo el sonido de ello espantable, y mirábamos a lo alto del cu en donde los tañían, vimos que llevaban por fuerza las gradas arriba a nuestros compañeros [...] los llevaban a sacrificar; y desde que ya los tuvieron arriba en una placeta que se hacía en el adoratorio donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos de ellos les ponían plumajes en las cabezas y con unos como aventadores les hacían bailar delante del Uichilobos, y después que habían bailado, luego les ponían de espaldas encima de unas piedras, algo delgadas, que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedernal les aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo y se los ofrecían a los ídolos que allí presentes tenían, y los cuerpos dábanles con los pies por las gradas abajo; y estaban aguardando abajo otros carniceros, que les cortaban brazos y pies, y las caras desollaban, y las adobaron después como cuero de guantes, y con sus barbas las guardaban para hacer fiestas con ellas, cuando hacían borracheras, y se comían las carnes con chilmole [...] y les comieron las piernas y brazos, y los corazones y sangre ofrecían a sus ídolos, como dicho tengo, y los cuerpos, que eran las barrigas y tripas echaban a los tigres y leones y sierpes y culebras que tenían en la casa de las alimañas.[8]

Tuvieron que contemplar el espectáculo, lamentándose por la triste suerte de sus compañeros y agradeciendo haber escapado de tal destino. En ese momento los mexicas atacaron de nuevo, les gritaban que todos morirían igual, sus dioses se los habían prometido; lanzaban tales insultos a

8 *Idem.*

los tlaxcaltecas que los hicieron desmayar, al tiempo que les arrojaban piernas y brazos humanos asados, diciéndoles: "Comed de las carnes de esos teules y de vuestros hermanos, que ya bien hartos estamos de ellos, y eso que nos sobra podéis hartaros de ello", y que los obligarían a reedificar las casas que habían destruido, quedando aún mejores.

Los españoles capturados fueron sacrificados a lo largo de varios días que duraron los festejos mexicas; según Bernal fueron 10 días, dejando al último a Cristóbal de Guzmán, según les dijeron más tarde tres capitanes apresados. Agrega el cronista que los mexicas hablaron con Huitzilopochtli y éste les prometió la victoria antes de ocho días, les mandó dar buenas batallas, aunque en ellas murieran muchos.

Los cráneos de los sacrificados fueron empalados en el *tzompantli*, así como los de sus caballos. El *Códice Florentino* relata estos sucesos:

> los mexicanos se llevaron a los prisioneros allá, a Yacacolco. Se les hizo caminar apresuradamente. Juntaron a sus prisioneros. Algunos venían llorando, otros venían cantando, algunos lanzaban gritos golpeándose los labios. Y cuando llegaron a Yacacolco, enseguida, entonces, fueron puestos en fila, fueron formados. Cada uno subió hasta el altar en el que fue inmolado. Los españoles venían a la cabeza, eran los primeros [...] entonces las cabezas de los españoles fueron colocadas en varas; ahí clavaron también las cabezas de los caballos. Abajo las colocaron, y las cabezas de los españoles las pusieron más arriba. Las acomodaron de tal manera que quedaban de frente al sol. Pero de todos los demás hombres, no clavaron sus cabezas ni las de los hombres que venían

de lejos. Habían capturado a cincuenta y tres españoles y cuatro caballos.

Sin embargo, por todas partes se ejercía una guardia atenta; se combatía; no por eso habían dejado de montar guardia. Las gentes de Xochimilco vinieron a rodearnos por todas partes con barcas.[9]

En los *Anales de Tlatelolco* se asevera que "los cráneos de nuestros señores los españoles" se ofrecieron en tres sitios: en el templo llamado *Tlillan*, en Yacacolco y en Zacatlán, frente al templo de las mujeres.

Fray Diego Durán narra que uno de los cautivos era un joven originario de Sevilla, "muy gentil hombre [...] y de muy buena fisonomía y parecer, el cual peleaba valerosamente con una ballesta en las manos". Al día siguiente los mexicas lo obligaron a disparar la ballesta contra sus compañeros, el joven "con mucho aire y ademán, armaba su ballesta y tiraba sus jaras por el aire [...] como vieron los indios lo hicieron allí pedazos con grandísima crueldad". Bernal lo confirma; con variantes, relata que los mexicas les disparaban saetas con las ballestas, obligaron a Cristóbal de Guzmán y a otros cinco ballesteros cautivos a armarlas y enseñarles cómo disparar, más las saetas iban como perdidas y no causaron daño.

A decir de Cortés, los mexicas se dedicaron a hacer "mucho regocijo de bocinas y atabales, que parecía que se hundían", así como grandes festejos y bailes con el acompañamiento de instrumentos musicales. Bernal declara que

[9] G. Baudot y T. Todorov, *op. cit.*, cap. XXXV, p. 159.

> tañían su maldito tambor y otras trompas y atabales y caracoles, y daban muchos gritos y alaridos, y tenían toda la noche grandes luminarias de mucha leña encendida; y entonces sacrificaban de nuestros compañeros a su maldito Uichilobos y a Tezcatepuca y hablaban con ellos, y según ellos decían, que en la mañana o aquella misma noche parece ser, como los ídolos son malos, por engañarlos que no viniesen de paz les hacían en creyentes que a todos nos habían de matar, y a los tlaxcaltecas y a todos los más que fuesen en nuestra ayuda.[10]

Sandoval, Lugo, Tapia y los que los habían acompañado regresaron al campamento de Cortés, reportándole lo sucedido en el de Alvarado. El extremeño ordenó que nadie saliera de los campamentos, pues estaban todos muy heridos y cansados y podrían ser capturados.

Cuauhtémoc envió mensajeros a diversos lugares a esparcir la noticia de su gran victoria; llevaban como prueba las cabezas, pies, manos, ropas y armas de los españoles muertos, así como partes de los caballos. Sus mensajeros presumieron haber matado a más de la mitad de sus enemigos y pidieron a los señores locales, a nombre del huey tlatoani, no hacer la paz con los extranjeros o, si ya la habían hecho, abandonar su alianza, amenazándolos con que de lo contrario después irían contra ellos, pues sus dioses les habían prometido la pronta y total exterminación de los extranjeros blancos, lo "que fue mucha ocasión de poner en más contumacia a los rebeldes que de antes", comenta Cortés.

Los aguerridos mexicas dieron una sorprendente muestra de su valor y determinación, mostrando no tan sólo que estaban lejos de una derrota, sino que, por el con-

[10] Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. II, cap. CLIII.

trario, la suerte de la batalla podía cambiar por completo. Increíble bravura la de este pueblo que había perdido a sus líderes principales y a sus guerreros más experimentados, hambriento y sediento, abandonado casi por todos sus antiguos aliados y cercado por una enorme cantidad de enemigos que clamaban por su sangre en venganza por las injurias recibidas.[11]

[11] Hernán Cortés, Tercera Carta de Relación; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, pp. 202-204; Baudot y Todorov, "Anales históricos de Tlatelolco", pp. 197-198; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV, lib. XXXIII, cap. XLVIII; "Códice Florentino", lib. XII, cap. XXXIV; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. V, caps. CL-CLVII, CLXX-CLXXIV; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. II, caps. CLII-CLIII, CLV; fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. II, cap. LXXVII; Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias*, cap. XVII; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, IV, déc. III, lib. I, cap. XX; fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, caps. XCIII, XCIV; Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. V, caps. XXII, XXIII.

CAPÍTULO XXVII

El combate final

Acuérdome que nos decían: "¡En qué se anda Malinche
cada día que tengamos paces con vosotros!
Ya nuestros ídolos nos han prometido victoria, y tenemos mucho bastimento y agua,
y ninguno de vosotros hemos de dejar a vida; por eso no tornen a hablar de paces,
pues las palabras son para mujeres y las armas para los hombres!"; y diciendo
esto viénense a nosotros como perros dañados, todo era uno, y hasta que la noche
nos despartía estábamos peleando [...] y luego ir a velar todos juntos,
y en la vela cenábamos nuestra pobreza de quelites.

Bernal Díaz del Castillo[1]

Poco antes del amanecer del día siguiente al gran desastre de los aliados, los mexicas los atacaron de nuevo, intentando tomar por asalto sus campamentos, repitiendo sus continuas arremetidas durante varios días. Españoles y aliados, desmoralizados y heridos, apenas si se atrevían a abandonar sus cuarteles, ocupados en curarse y reponer sus energías. Tenían pocos víveres, limitándose en su mayor parte a tortillas con chile, hierbas y tunas, según se queja Bernal.

Aprovechando ese estado de cosas, por la noche los mexicas establecieron puestos de avanzada, a dos tiros de

1 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. II, cap. CLIV.

ballesta del cuartel de Cortés. Habiendo recuperado el terreno perdido se dedicaron a reabrir de nuevo los canales.

Cortés minimiza la crítica situación en que se encontraban; afirma que, a fin de que los mexicas no se enorgullecieran más salían todos los días a presentar combate, incluido el primero tras el descalabro. Si en verdad lo hicieron no fueron capaces de avanzar más allá de las primeras cortaduras de la calle que conducía a la plaza mayor.

Bernal nos permite entrever la jornada: por la mañana llegaron grandes capitanías mexicas atacando los campamentos. De vez en cuando eran remplazadas por otras frescas. Los guerreros arrojaban cantidades de proyectiles, acompañados de insultos. Les gritaban que no servían para nada, ni siquiera para sembrar milpas o construir casas, y ni para alimento: "Mirad cuan malos y bellacos sois, que aún vuestras carnes son tan malas para comer que amargan como las hieles, que no las podemos tragar de amargor". (Según Bernal ese peculiar sabor se debía a que "quiso Nuestro Señor que les amargasen las carnes".) Los blancos sólo sabían robar y eso es lo que venían a hacer a su ciudad; eran gente mala, huida de su propia tierra y de su rey y señor, y antes de ocho días no quedaría ninguno con vida, así se los habían prometido sus dioses. A los aliados les decían cómo pronto serían sus esclavos, sacrificarían gran cantidad, y al resto los obligarían a sembrar y a volver a construir la ciudad, "y como nuestros amigos lo oían teníanlo por muy cierto, y porque nos vieron desbaratados y no batallábamos como solíamos", escribe Bernal.

El cronista afirma que sus aliados desertaron súbitamente del bando español, temerosos de que la promesa de Huitzilopochtli resultase cierta; prefirieron regresar a sus tierras. Los tlaxcaltecas se acordaron de que Xicoténcatl el Mozo había afirmado que todos morirían. De los acolhuas permanecieron únicamente Ixtlilxóchitl, que "era muy es-

forzado hombre" y sus parientes y amigos, en total 40. En el cuartel de Sandoval sólo se quedó un señor de Huexotzinco con 50 guerreros, y en el de Alvarado, dos hijos de Xicoténcatl el Viejo y Chichimecatecuhtli, con algunos parientes y vasallos, unos 80 hombres. De aproximadamente 24 000 aliados que según Bernal estaban con ellos, solamente permanecieron unos 200.[2]

En cuanto a sus aliados de los pueblos laguneros, "creyeron llevar lana y volvieron trasquilados, porque perdieron muchos la vida y más de la mitad de las canoas que traían, y otros muchos volvieron heridos, y aún con todo esto, desde allí adelante no ayudaron a los mexicanos, porque estaban mal con ellos, salvo estarse a la mira", declara Bernal.

[2] Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, II, p. 116, asevera que lo dicho por Bernal sobre la defección de los aliados no puede ser cierto, ya que dos días después del descalabro se dirigió Andrés de Tapia rumbo a Malinalco, acompañado de muchos aliados, como lo dice el mismo Bernal, y 12 días después partió Sandoval con 60 000 aliados, según Cortés. Agrega que el extremeño no menciona este abandono, y que, posteriormente, Chichimecatecuhtli atacó México, no pudiendo hacerlo sin varios miles de tlaxcaltecas, concluyendo que no habrían desertado todos los aliados y, si algunos lo hicieron, pronto volverían. William Prescott, *Historia de la conquista de México*, vol. II, p. 191, acepta la afirmación de Bernal por completo. Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 522, es de la opinión que sí hubo deserción, mas no en la cantidad que lo dice Bernal. Alfredo Chavero, *México a través de los siglos*, vol. II, p. 451, asevera que desertaron todos, menos los acolhuas y los tlaxcaltecas. La expedición de Tapia ciertamente atestigua que una buena cantidad permanecería con los españoles, pero la inacción de éstos durante varios días también refrenda que la mayor parte desertaron. La expedición de Sandoval y el ataque de Chichimecatecuhtli ocurrieron después de los ocho días de la profecía dada a los mexicas, por lo que ya habrían regresado la mayor parte de los aliados, al constatar que era falsa. Chavero menciona en esta oportunidad que Ixtlilxóchitl ya "había conseguido el premio de su traición", pues muerto Tecocoltzin fue al fin coronado como tlatoani de Acolhuacan.

Cortés se alarmó más, unos mexicas recién capturados dijeron que Cuauhtémoc instaba a los suyos a atacar con todas sus energías, puesto que ahora los españoles estaban sin sus aliados. Aun así, el extremeño procuró no manifestarlo, poniendo rostro alegre ante los indígenas que habían permanecido, pidiéndoles no temer, las promesas de los ídolos eran sólo mentiras.

Ixtlilxóchitl le aconsejó dejar la lucha por un tiempo para recuperar sus fuerzas y permitir que sanasen sus heridas, que permanecieran algunos días en sus campamentos mientras que, por medio de los bergantines, debían seguir impidiendo la entrada de alimentos y agua a la ciudad. Cortés lo abrazó, le prometió que tras la victoria lo haría señor de muchos pueblos. Bernal asegura que este mismo consejo ya lo habían considerado los españoles, "mas somos de tal calidad que no queríamos aguardar tanto tiempo, sino entrarles en la ciudad". Cortés envió dos bergantines, pues temía que fuese solo uno, a los cuarteles de Alvarado y de Sandoval, con la orden que estuvieran tres días sin salir a luchar.

En estos momentos se ve a Cortés indeciso, aflojando el mando, permitiendo que el tesorero Julián de Alderete lo pusiera en duda; de alguna manera Alderete era el único que tenía una posición totalmente legal; ambos discutieron y se culparon mutuamente acerca del descalabro sufrido. Gran parte de sus hombres se preguntarían qué vendría después de la victoria; tras 20 meses de haber partido sus procuradores aún no se tenía respuesta de España; el reciente tropiezo también los desmoralizó.

Carlos V estaba muy ocupado, en abril de 1521 se encontraba en Worms, donde estaba reunida una dieta discutiendo el problema de Lutero. El emperador había decidido renunciar a sus dominios alemanes, cediéndolos a su hermano el archiduque Fernando, mientras que él se quedaría con España, donde los comuneros fueron finalmente vencidos.

En junio de 1521, en Cuba, Diego Velázquez levantaba testimoniales en contra de Cortés, gracias a las declaraciones de nueve soldados a quienes el extremeño había permitido regresar a la isla, entre ellos Andrés de Duero.

Mientras tanto, en la laguna de México los bergantines, cazaban a las canoas que trataban de introducir agua y víveres a México-Tenochtitlan. Sus tripulantes también recolectaban en las aguas "uno como medio lama que después de seco tenía un sabor de queso", comenta Bernal (era *ahuautle* o huevos de mosquito), y regresaban con mexicas presos.

Los hombres al mando de Alvarado se dedicaron a cegar la gran abertura que estaba junto a su cuartel, logrando hacerlo en cuatro días. Los de Sandoval y los de Cortés cegaron los canales más cercanos. Ante la supuesta carencia de mano de obra nativa se narra que el extremeño ponía el ejemplo, trabajando y cargando adobes y madera.

Los mexicas, dice Bernal, "a la contina nos daban guerra, y muy bravosos y victoriosos se venían a juntar pie con pie con nosotros" tan pronto escuchaban "el resonido de la cornetilla de Guatemuz, y entonces apechugaban de tal arte con nosotros, que no aprovechaban cuchilladas ni estocadas que les dábamos, y nos venían a echar mano". A duras penas podían frenarlos con el auxilio de los bergantines y de los escopeteros y ballesteros. Por la noche los mexicas "tañían el maldito atambor, que digo otra vez que era el más maldito sonido y más triste que se podía inventar, y sonaba en lejanas tierras, y tañían otros peores instrumentos y cosas diabólicas y tenían grandes lumbres, y daban grandísimos gritos y silbos".

A decir de Cortés, dos días después del descalabro llegaron a verlo algunos nativos de Cuauhnáhuac, quejándose de que los de Malinalco, que eran sus vecinos, entraban en sus tierras haciéndoles muchos daños, además de haberse unido con los de la provincia de Cohuixco (la Cuisco de Cortés)

para atacarlos y matarlos como castigo por haber jurado vasallaje al emperador español, afirmando que tras vencerlos caerían sobre los blancos (lo cual es un episodio más de las guerras endémicas entre los señoríos desde antes de la llegada española). Cortés asevera que a pesar de que "teníamos necesidad antes de ser socorridos que de dar socorro, porque ellos me lo pedían con mucha instancia determine de se lo dar", aunque sus hombres se oponían, objetando que quedarían debilitados.

El extremeño envió a Andrés de Tapia en ayuda de los de Cuauhnáhuac, al frente de 10 de caballería y de 80 infantes (no menciona aliados); le pidió no tardarse más de 10 días.[3] La fuerza de Tapia fue reforzada en Cuauhnáhuac con guerreros nativos. Llegaron a una población pequeña, situada entre Malinalco y Cuauhnáhuac, donde encontraron al enemigo, que ya los esperaba. El triunfo fue para los españoles, obligaron al enemigo a refugiarse en Malinalco, sobre la cima de un cerro alto y áspero, en el que había numerosas fuentes de agua buena y fresca (Cervantes lo niega, afirmando que en Malinalco había poca agua). La caballería no podía subir por las empinadas laderas, por lo que los de Tapia se conformaron con destruir en el llano todo lo que pudieron, regresando al cuartel dentro del plazo fijado por Cortés.

Cervantes narra que Andrés de Tapia se juramentó fuertemente con 20 soldados escogidos de entre los de su

[3] Bernal afirma que el enviado fue Gonzalo de Sandoval y que él mismo participó en esa expedición; sin embargo, Cortés nombra expresamente a Tapia. Bernal parece confundirse con la siguiente campaña, de Sandoval contra Matlatzinco, adonde dice que fue Tapia; la similitud de los nombres entre "Mataltzingo", como él lo escribe, y Malinalco seguramente influyó en ello, además del tiempo transcurrido hasta que Bernal se dedicó a redactar su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*.

compañía, obligándose a luchar siempre juntos y protegerse mutuamente, al estilo de "todos para uno y uno para todos"; si era necesario también morirían juntos, de esa manera lograrían grandes victorias en el combate. Tapia tomaba un azadón cuando era necesario, trabajando tanto con él "que muchas veces le corría sangre de las manos, de suerte que de dolor no podía algunas veces apretar la espada, forzado por esto a traerla con fiador atado a la muñeca. Fue siempre a los peligros y trabajos uno de los primeros".

Cortés declara que, a los dos días del regreso de Andrés de Tapia, tal vez hacia el 13 de julio, llegaron a verlo 10 indígenas otomíes (16, según López de Gómara), del rumbo del Valle de Toluca, cuyos pobladores "cada día venían en nuestra ayuda a pelear". Le comunicaron que los señores de la provincia de Matlatzinco, sus vecinos, les hacían la guerra y destruían su tierra, habiéndoles quemado un pueblo, capturado alguna gente y destruyendo cuanto podían con la intención de atacar enseguida a los españoles, habiéndose conjurado con los mexicas para que, mientras ellos los atacaban por la retaguardia, los de la ciudad lo hicieran por el frente, tomándolos así en medio.

Cortés les creyó; desde hacía unos días los mexicas los venían amenazando con los matlatzincas, y aunque el capitán no tenía gran información sobre esa provincia sabía que era grande y muy poblada, que sus guerreros eran valerosos y que estaba a 22 leguas de distancia (123 km). Bernal escribe que Cuauhtémoc tenía muchos parientes en Matlatzinco y en Tulapa, por parte de su madre, que fue por ello que los españoles decidieron ir en auxilio de los otomíes.

Cortés dice que así lo acordó "por quebrar algo las alas a los de la ciudad, que cada día nos amenazaban con estos y mostraban tener esperanza de ser dellos socorridos, y este socorro de ninguna parte les podía venir si destos no". Envió a Gonzalo de Sandoval al mando de 18 de caballería,

100 peones, un solo ballestero, "y otra gente de los otumies, nuestros amigos; y Dios sabe el peligro en que todos iban, y aun el en que nosotros quedábamos"; de nuevo el extremeño no menciona tropas aliadas, a excepción de los mismos otomíes que tenían algún tiempo acompañándole en el sitio. (Bernal afirma que iban muchos tlaxcaltecas, y Cervantes, que llevaba a más de 10 000 aliados.)

El contingente de Sandoval pernoctó en un poblado otomí; al amanecer del día siguiente pasaron por unas estancias otomíes abandonadas y en gran parte quemadas. Poco más allá, junto a un río, el Chicuhnauhtla, encontraron al enemigo, que acababa de incendiar un pueblo, y que al ver a los españoles se pasó al otro lado de la corriente. Los de Sandoval fueron en pos de ellos, hallando "muchas cargas de maíz y de niños asados que traían para su provisión", a decir de Cortés. (Bernal dice que habían cautivado muchos infantes a fin de sacrificarlos.) La caballería los alcanzó en los llanos, persiguiéndolos unas tres leguas (17 km), hasta encerrarlos en Matlatzinco, mientras los otomíes se encargaban de eliminar a los que quedaban atrás, muriendo más de 2 000 de sus contrarios.

La infantería y los aliados (esta vez Cortés menciona a más de 60 000) se reunieron con los de caballería y juntos atacaron el poblado. Los matlatzincas sacaron a sus mujeres, hijos y bienes, poniéndolos a salvo en un sitio fortificado sobre un cerro alto. Los de Sandoval pronto expulsaron a los defensores, que se refugiaron en el cerro, mientras los españoles y sus aliados saqueaban y quemaban Matlatzinco. Como era tarde y estaban muy cansados no atacaron a los del cerro. Por la noche oyeron que allá en su cúspide daban alaridos, grandes llantos y había mucho estruendo de tambores y caracolas.

Al día siguiente por la mañana las fuerzas de Sandoval empezaron a subir las laderas del cerro sin encontrar resis-

tencia, algunos llegaron hasta la cima, regresando con la noticia de que la habían encontrado desierta; por la madrugada sus enemigos se habían marchado. En esos momentos vieron cantidad de gente en los llanos de los alrededores. Se trataba de otomíes, pero los de caballería creyeron que eran matlatzincas y galoparon hacia ellos, alanceando a tres o cuatro antes de que los otomíes arrojaran sus armas al suelo y se aclarase el malentendido.

Sandoval inició el regreso pasando por otro pueblo que estaba en pie de guerra. Sus habitantes se rindieron sin luchar al ver venir sobre ellos un ejército tan numeroso. Sandoval habló con el señor local, le dijo que bien sabía cómo Cortés trataba muy bien a los que se daban de paz, aunque tuviesen gran culpa, por tanto le rogaba ir a ver a los de Matlatzinco y convencerlos de no apoyar a los mexicas. Así sucedió, quedándose Cuauhtémoc sin ese importante apoyo; además, proveyeron a los españoles con cantidad de comida, en el Valle de Toluca abundaba el maíz.

Mientras tenían lugar estas dos expediciones la lucha en México-Tenochtitlan proseguía. Algunos españoles y sus aliados lograron penetrar hasta las cercanías de la plaza mayor, aunque no pasaron de ahí, pues los mexicas habían abierto el canal próximo a su entrada, muy hondo y ancho, y en la otra orilla habían erigido una fuerte barricada.

Chichimecatecuhtli, quien desde el principio del sitio había permanecido en compañía de Alvarado, al ver que los españoles no luchaban como antes decidió emprender un ataque sin ellos (esta constituye una de las raras instancias en que Cortés lo nombra y reconoce sus acciones). El señor tlaxcalteca dejó a 400 flecheros (600 según Torquemada) en una acequia que no tenía agua; haciendo frente al gran peligro ganó el paso, "lo cual nunca acaecía sin ayuda nuestra", según se alaba Cortés. Los tlaxcaltecas avanzaron, lanzando grandes gritos y trabándose en reñi-

da batalla con los mexicas, resultando en muchos heridos y muertos de ambos bandos.

Los mexicas, pensando que la victoria sería suya, planeaban caer con gran fuerza sobre los tlaxcaltecas cuando se retiraran y matarlos más fácilmente en el mal paso. Sin embargo, Chichimecatecuhtli lo tenía previsto, y cuando fue hora de retirarse, cargando los mexicas con gran ímpetu, los tlaxcaltecas se arrojaron al paso, al tiempo que los 400 flecheros en emboscada lanzaron una lluvia de flechas dando tiempo a los suyos de pasar al otro lado. Los mexicas quedaron "bien espantados de la osadía que había tenido Chichimecatecle", concluye Cortés.

En tanto que Sandoval iba a Matlatzinco, los mexicas atacaron por la noche el cuartel de Pedro de Alvarado. Los centinelas los sintieron y dieron la alarma; arremetió la caballería de guardia, obligando al enemigo a lanzarse al agua mientras llegaba el resto de los aliados; la lucha se prolongó por más de tres horas. En el campamento de Cortés escucharon los disparos de la artillería de Alvarado; el extremeño, temeroso de que los mexicas prevalecieran, encabezó un ataque por su calzada para aligerar la presión sobre el campamento de Alvarado, de donde los mexicas finalmente se retiraron.

Las crónicas dicen muy poco sobre lo sucedido los días siguientes al descalabro español, y quedan varias incógnitas: ¿qué tan numerosa fue la deserción aliada? Si fue considerable, ¿por qué los mexicas no aprovecharon la ocasión lanzando toda su fuerza primero contra uno de los cuarteles españoles y después contra los otros? ¿Acaso ello se debió al diferente concepto que tenían sobre la guerra, o simplemente no contaban, o ya no recordaban, la experiencia de lo que significaba una guerra total, de vida o muerte? ¿Se dedicaron a celebrar su victoria, organizando festejos y sacrificando prisioneros? ¿Se confiaron en las supuestas promesas divinas que les prometían el triunfo total?

Sea como fuere, uno de sus grandes errores fue haber dado un plazo muy corto para el cumplimiento de la profecía: sólo ocho días. Pasados éstos la fortuna dio otro giro: los españoles se recuperaron, sus aliados empezaron a regresar. Con los acolhuas llegaron Pero Sánchez Farfán y Antonio de Villarroel, marido de Isabel de Ojeda, a quienes Cortés había dejado en Texcoco. Con los tlaxcaltecas vino uno que según Bernal era llamado Tepaneca, señor de Topeyanco. También acudieron muchos de Huexotzinco, aunque muy pocos de Cholula.

Cortés los reunió en su campamento y les endilgó un discurso, traducido al náhuatl por Marina y Jerónimo de Aguilar: bien sabían de la buena voluntad que les tenía por los servicios que le habían prestado al emperador a través de su persona. Si les había pedido acompañarlo a poner sitio a México-Tenochtitlan fue para que se aprovechasen, para vengarse de los mexicas y regresar ricos a sus tierras, no porque los necesitara para la victoria final; como bien lo habían visto, todos los días les pedían por las tardes que salieran de las calzadas para que los españoles pudieran luchar mejor sin tanto embarazo, y ahora veían cómo seguían luchando sin ellos. Ya les había dicho que quien daba las victorias era Jesucristo. Consideraba que eran dignos de muerte por haberlos abandonado en lo mejor de la guerra y desertado de sus capitanes; sin embargo, los perdonaba, ya que ignoraban las leyes y ordenanzas españolas.

Al finalizar abrazó a Chichimecatecuhtli, a los dos jóvenes hijos de Xicoténcatl el Viejo y a Ixtlilxóchitl; les volvió a prometer muchas más tierras y vasallos de los que tenían y les pidió que volvieran a sus respectivos cuarteles.

El extremeño decidió intentar de nuevo un dialogo de paz con los mexicas y al efecto envió a tres capitanes principales que tenían presos, a pesar de sus temerosas protestas, pues no deseaban presentarse ante su señor Cuauhtémoc con

semejante mensaje, aduciendo que seguramente los mandaría matar. Cortés, a base de ruegos, amenazas, regalos y promesas, los convenció. Le pidieron una carta como prueba de que eran sus enviados. Debían decir al huey tlatoani que Cortés le tenía afecto por tratarse de un pariente muy cercano del gran Motecuhzoma, quien había sido su amigo, y además Cuauhtémoc estaba casado con su hija. Por ello le rogaba no permitir que se acabara de destruir México, que cesara la matanza y tuviera piedad de los suyos. Debía ver cómo seguían ganándoles terreno, cómo las ciudades de la laguna ya los habían abandonado, cómo ya no tenían alimentos ni agua. Le prometía que lo pasado les sería perdonado, que le haría muchas mercedes y que todo ello ya se lo había mandado decir cuatro veces.

Los mensajeros comparecieron ante Cuauhtémoc, le comunicaron el mensaje del extremeño entre grandes lágrimas y sollozos. El soberano mostró enojo ante su atrevimiento, pero como también pensaba en la paz convocó una reunión de los señores y sacerdotes principales, a decir de Bernal, para examinar la propuesta. Les dijo que habían intentado todo lo que podían hacer y sin embargo los extranjeros, aun cuando parecía que perdían, volvían con más fuerza. Les habló del abandono de sus antiguos aliados, del hambre y de la sed que sufrían; finalmente pidió que cada uno sin temor dijera lo que pensaba. Bernal sintetiza su respuesta, y sus palabras pueden estar cercanas a las que en realidad se dijeron:

> Señor y nuestro gran señor, ya te tenemos por nuestro rey, y es muy bien empleado en ti el reinado, pues en todas tus cosas te has mostrado varón y te viene de derecho el reino; las paces que dices buenas son, mas mira y piensa en ello: desde que estos teules entraron en estas tierras y en esta ciudad cual nos

> ha ido de mal en peor; mira los servicios y dádivas que les dio nuestro señor, vuestro tío el gran Montezuma, en que paró; pues vuestro primo Cacamatzin, rey de Tezcuco, por el consiguiente; pues vuestros parientes los señores de Iztapalapa y Coyoacán, y de Tacuba y Talatcingo, que se hicieron; pues los hijos de nuestro gran Montezuma todos murieron; pues oro y riquezas de esta ciudad, todo se ha consumido; pues ya veis que a todos tus súbditos y vasallos de Tepeaca y Chalco, y aun de Tezcuco, y todas vuestras ciudades y pueblos les han hecho esclavos y señalado las carnes; mira primero lo que nuestros dioses te han prometido, toma buen consejo sobre ello y no te fíes de Malinche y de sus palabras halagüeñas que todo es mentiras y maldades, que más vale que todos muramos en esta ciudad peleando que no vernos en poder de quien nos haría esclavos, y nos atormentarán por oro.[4]

Los sacerdotes dijeron que sus dioses les habían prometido la victoria. Cuauhtémoc respondió irritado que, si así lo deseaban, así fuera. Debían racionar cuidadosamente el poco alimento que les quedaba y morir luchando; en adelante nadie debía atreverse a hablarle de paces, el que lo hiciera sería ejecutado.

Cortés, sin tomar las armas, esperó durante dos días la respuesta, llegó en forma de numerosos escuadrones mexicas que atacaron a los tres cuarteles con mayor furia que nunca,

> como leones muy bravos se venían a entrar con nosotros, que creyeron de llevarnos de vencida [...] y cuando peleaban tocaban la corneta de Guatemuz; y entonces habíamos de tener orden en que no nos desbaratasen, porque ya he dicho otras

[4] Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. II, cap. CLIV.

> veces se metían por las puntas de las espadas y lanzas por echarnos mano [...] teníamos con ellos pie con pie, y de esta manera pelearon seis o siete días arreo, y les matábamos y heríamos muchos de ellos, y con todo esto no se les daba nada por morir peleando, [5]

relata Bernal. Murieron 10 españoles, a los que les cortaron las cabezas y las arrojaron a los de Cortés gritando: "Tlenquitoa, rey Castilla, tlenquitoa", que, según Bernal, significaba: "¿Qué es lo que dice ahora el rey de Castilla?"

En uno de esos días, habiendo regresado Sandoval y mientras algunos aliados luchaban en la ciudad, los mexicas les pidieron llevar a su intérprete, pues deseaban hablar sobre la paz. Cervantes narra que utilizaron los servicios de Juan Pérez de Arteaga, al que los nativos llamaban Juan Pérez Malinche, era quien más pronto y mejor aprendió el náhuatl, y el primero que entendió a Marina en su lengua, siendo de gran utilidad tanto durante el sitio como posteriormente. El intercambio se realizó a través de un canal sin puente; no se especifica si Cortés estaba presente. La condición de los mexicas fue que todos los blancos se fueran de esa tierra, un mexica viejo con movimientos lentos sacó algo para comer de su morral y se lo llevó a la boca, dando a entender que no sufrían de hambre, ya que el intérprete les decía que de ella morirían. Los aliados pedían a los españoles no creer en esas paces, ese día se suspendió la lucha.

A decir de Cortés sólo se trató de una artimaña. En realidad deseaban descansar y abastecerse de alimentos y agua, pues "nunca dellos alcanzamos dejar de tener voluntad de pelear siempre con nosotros".

En el sitio de México también se dieron romances, uno de los cuales narra Dorantes de Carranza: Juan Cansino,

[5] *Idem*.

quien había ayudado en Cuba a Cortés a escapar de la prisión donde lo arrojó Diego Velázquez, siendo él alcaide, lo acompañó en esta expedición, pero Cortés se olvidó de él. Durante el sitio Cansino se enamoró de una mujer indígena, "doncella de gran hermosura y calidad, llamada Culhua, hija de un gran caballero de este nombre y señor de los de esta comarca de México". Al parecer fue correspondido, pues se llevó a su amada a su tienda; como la ley establecía que sólo se podía hacer esclavos a los capturados en guerra justa, pasados cuatro días decidió, a fin de tenerla con más seguridad, aunque quedara desfigurada, que la herraran en el rostro, "con mil dificultades y dolor, y ella, rompiendo por todas, por el amor que le tenía se dejó herrar con gran voluntad". Cuando su padre lo supo se quejó con Cortés, el capitán interrogó a los dos amantes y confesaron. Se les hizo proceso y Cansino fue condenado a muerte; intercedió por él el bachiller Alonso Pérez, a quien Cortés tenía en gran consideración, pidiéndole escuchar a Cansino antes de que se efectuara la ejecución. El extremeño accedió, acudió a ver al preso encadenado, quien con muchas lágrimas y humildad se tiró a los pies del capitán, confesó su culpa y aceptó la justicia de la sentencia. Sin embargo, le recordó que él había librado a Cortés de una semejante. Como quien despierta de un sueño Cortés se propinó una gran palmada en la frente, acordándose, y para no parecer malagradecido le conmutó la pena de muerte por la de destierro, no se dice a dónde, ni cuál fue la suerte de la mujer.[6]

Las mujeres castellanas, como ya se ha visto, jugaron un papel semejante al de los hombres. Cervantes narra cómo Beatriz Bermúdez de Velasco, esposa de Francisco de Olmos, "de noble linaje", en una ocasión en que los mexicas atacaron

6 Baltasar Dorantes de Carranza, *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*, pp. 177-178.

con gran furia a los españoles y a sus aliados, haciéndoles huir en confusión, se colocó en medio de la calzada, llevando en un brazo un escudo indígena y en la mano una espada española, protegida la cabeza con una celada y el cuerpo con un escaupil y les gritó:

> ¡Vergüenza, vergüenza, españoles, empacho, empacho! ¿Qué es esto que vengáis huyendo de una gente tan vil, a quien tantas veces habéis vencido? Volved, volved a ayudar y socorrer a vuestros compañeros que quedan peleando, haciendo lo que deben; y si no, por Dios os prometo de no dexar pasar a hombre de vosotros que no le mate; que los que de tan ruin gente vienen huyendo, merescen que mueran a manos de una flaca mujer como yo.[7]

Los españoles se avergonzaron tanto que volvieron a la lucha; la batalla fue de las más sangrientas y reñidas del sitio, pero salieron vencedores.

Otra de ellas fue Beatriz de Palacios, esposa mulata de Pedro de Escobar, que ayudó mucho a los hombres. En varias ocasiones, estando Escobar muy cansado de combatir todo el día, tocándole hacer la ronda de centinela por la noche, ella lo suplía bien armada. Iba a los campos a recolectar yerbas o frutos que cocinaba para su marido y para sus compañeros, curaba a los heridos, ensillaba los caballos y hacía otros deberes como un soldado más. Cuando Cortés y los suyos llegaron destrozados a Tlaxcala, tras la Noche de la Huida, ella y las otras mujeres les confeccionaron ropas con telas nativas y los curaron. Cuando estuvieron listos para proseguir la guerra, Cortés les pidió que se quedaran en

7 Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. V, cap. CLXIX. Los sucesos que Cervantes narra en estos capítulos de su obra parecen estar muy revueltos y confusos en el tiempo.

Tlaxcala a descansar, respondieron que no era correcto que las mujeres castellanas dejasen a sus maridos, y que donde ellos murieran también morirían ellas, así los nativos verían que también las españolas sabían luchar valientemente. Cervantes nombra también a María de Estrada, Juana Martín, Isabel Rodríguez, una doña Juana y otras de las que no dice el nombre.

Desafortunadamente no tenemos crónicas tan extensas de parte de los mexicas como para conocer los nombres de las heroicas mujeres indígenas; sin embargo, Fernández de Oviedo les hace justicia al escribir:

> Muchas cosas acaescieron en este cerco, que entre muchas generasciones estuvieron discantadas e tenidas en mucho, en especial de las mujeres de Temistitán, de quien ninguna mención se ha fecho. E soy muy certificado que fue cosa maravillosa e para espantar ver la prontitud e constancia que tuvieron en servir a sus maridos, y en curar los heridos, y en el labrar de las piedras para los que tiraban con hondas, y en otros oficios para más que mujeres.[8]

Francisco de Aguilar narra que en los últimos días del sitio,

> como había gran cantidad de mujeres, armáronlas a todas y pusiéronlas en las azoteas, en donde peleando y espantando a los españoles de ver tanta gente de nuevo, matando de ellas los españoles conocieron y vieron cómo eran mujeres, y dándoles grita y voces quedaron algo desmayados ellos y ellas.[9]

8 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV, lib. XXXIII cap. XLVIII.

9 Fray Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, 8a. jor.

López de Gómara también afirma que se alabó en gran manera a las mujeres mexicas "por lo mucho que trabajaron en servir a los enfermos, en curar a los heridos, en hacer hondas y labrar piedras para tirar, y hasta en pelear desde las azoteas; que tan buenas pedradas daban ellas como ellos".

Cervantes de Salazar no se queda atrás, narra que:

> No menos que ellos porfiaron las mujeres, queriendo morir con sus maridos y padres, teniendo en poco la muerte, después de haber trabajado en servir los enfermos, curar los heridos, hacer hondas y labrar piedras para tirar. Peleaban como romanas, desde las azoteas, tirando tan recias pedradas como sus padres y maridos.[10]

Los heridos ya estaban en condiciones de luchar; además, había llegado otro navío a San Juan de Ulúa, de los dos que habían zarpado a la Florida desde Cuba al mando de Juan Ponce de León en busca de la fuente de la eterna juventud; los nativos los habían rechazado. El otro regresó a Cuba, llevando a bordo a Ponce de León herido de muerte. Gracias a ello los de la Villa Rica pudieron enviar a la meseta buena cantidad de pólvora, que casi se les había terminado, así como ballestas, "de que teníamos muy extrema necesidad; y ya, gracias a Dios, por aquí a la redonda no teníamos tierra que no fuese en nuestro favor", escribe Cortés. Según Cervantes, el extremeño exclamó: "Gran cuidado tiene Dios, caballeros, de hacer nuestro negocio, o, por mejor decir, el suyo, pues a tan buen tiempo nos provee de lo que tenemos tanta nescesidad".

Cortés deseaba terminar pronto con el sitio, sin embargo: "Viendo cómo estos de la ciudad estaban tan rebeldes y

[10] Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. V, cap. CXCVII.

con la mayor muestra y determinación de morir que nunca generación tuvo", a pesar de que se habían quedado completamente solos y sin ninguna esperanza de ayuda, ni poder aprovisionarse, no respondían a los pedidos de paz que les enviaba, y habiendo transcurrido más de 45 días de sitio (López de Gómara menciona 50 días), decidió que no había más remedio que seguir destruyendo cuanto edificio fueran tomando, "por manera que no fuésemos un paso adelante sin lo dejar todo asolado, y lo que era agua hacerlo tierra firme, aunque hobiese toda la dilación que se pudiese seguir". Afirma que lamentó mucho tal decisión, pues la ciudad "era la más hermosa cosa del mundo".

Reunió a los señores y principales aliados para comunicarles esta determinación, les pidió juntar gran cantidad de sus campesinos con sus coas, para que se encargaran del trabajo de demolición. Respondieron que les parecía una resolución excelente, alegrándose mucho, pues era lo que "todos ellos deseaban más que cosa del mundo". De acuerdo con Alva Ixtlilxóchitl llegaron más de 100 000 labradores con sus coas.

Pasaron tres o cuatro días en este intervalo; los mexicas, sospechando algo, también se prepararon lo mejor que pudieron para la defensa de su ciudad.

Era la época de lluvias, por las tardes caían algunos aguaceros; los españoles se alegraban de que lloviera temprano, decían que los mexicas no luchaban tan fuertemente estando mojados y les permitían retirarse por las tardes con más tranquilidad; gracias a las lluvias los sitiados no sufrieron de tanta sed.

Posiblemente fue en estos días en que esperaban la llegada de los zapadores, que Cortés, como lo narra Cervantes, envió a Ojeda y a Juan Márquez por maíz a Tlaxcala. El ejército aliado era tan numeroso que habían agotado las fuentes locales; también les pidió traer los bienes confiscados a Xicoténcatl

el Mozo. Partieron por el rumbo de Chapultepec, pasando al cuartel de Pedro de Alvarado, donde permanecieron dos o tres horas y salieron en compañía de unos 20 tlaxcaltecas. Cerca del campamento de Sandoval, hacia Tepeyacac, oyeron el rumor de muchas voces, se ocultaron para ver de quién se trataba y observaron cómo descendían de los altos montes vecinos más de 4 000 hombres cargados con armas y con víveres, con destino a la ciudad de México-Tenochtitlan, y se dirigieron hacia los carrizales de la laguna, donde los esperaban cerca de 3 000 canoas mexicas. Ojeda, Márquez y los tlaxcaltecas, como eran tan pocos, esperaron hasta que acabaron de embarcar todo, una media hora antes del amanecer, y se fueron al cuartel de Sandoval en Tepeyacac.

Encontraron a Sandoval cabalgando junto con Rojas y le comunicaron lo que habían visto; se alegró el capitán al saber de esa ruta de aprovisionamiento. Envió de inmediato a siete u ocho de caballería para patrullarla. Ojeda, Márquez y los tlaxcaltecas partieron hacia Acolman, adonde llegaron de noche. El día siguiente pernoctaron en Huayotlipan, y al otro llegaron a Tlaxcala. Los señores tlaxcaltecas reunieron 15 000 cargas de maíz, mil de guajolotes y más de 300 de tasajo de venado, con lo que emprendieron el regreso escoltados por buen número de guerreros, llevando también las joyas, plumajes, ropas, parientes y criados de Xicoténcatl el Mozo, así como 30 mujeres, todo lo cual pertenecía ahora a Carlos V. Llegaron a Texcoco y entregaron la mayor parte de las provisiones a Pedro Sánchez Farfán y a María de Estrada, como se los había mandado hacer Cortés; el resto lo llevaron a Coyoacán, regresando después al cuartel del extremeño.

Hacia el sábado 20 de julio de 1521, estando todo listo, Cortés ordenó la reanudación del ataque. Por la mañana, tras oír misa, el extremeño y sus hombres avanzaron por la calzada de Iztapalapa, mientras los bergantines y las canoas zarpaban hacia la ciudad. Los aliados llegaron hasta el canal

inmediato a la plaza del Templo Mayor al parecer sin encontrar mayor resistencia. Cuando empezaban a prepararse para tomarla por asalto, los mexicas les pidieron esperar un poco, decían querer parlamentar sobre la paz. Cortés ordenó el cese de las actividades bélicas, pidió a los mexicas que si deseaban hablar de la paz acudiese Cuauhtémoc en persona a parlamentar y le respondieron que ya habían ido a llamarlo. Pasó más de una hora de inútil espera, cuando, repentinamente, los mexicas empezaron a disparar sus proyectiles. El combate se generalizó, los de Cortés tomaron el canal y su barricada, entrando de nuevo a la plaza mayor. La encontraron llena de grandes piedras para entorpecer el galope de los caballos; una de las calles estaba cerrada con piedras, y otra llena de piedras, también para obstaculizar a la caballería.

Cervantes narra que ese día un capitán mexica de gran valor, ataviado con ricos plumajes y armado con una espada y un escudo españoles, se adelantó de sus filas, movió enérgicamente las manos pidiendo silencio y retó a singular combate al español más valeroso, diciendo que ganase o perdiese alcanzaría honra imperecedera. Cortés respondió que llamara a otros 10 como él y entonces saldría a combatirlos un español solo, y los mataría a todos. Como el mexica insistía en su reto, el extremeño dijo que para probar la superioridad española lo enfrentaría un muchacho, paje suyo, Juan Núñez Mercado; el mexica, aunque irritado, aceptó. Lucharon sobre la calzada a la vista de todos, al poco tiempo el mexica fue derribado de una estocada y Juan Núñez lo ultimó, quitándole su tocado y sus armas, que entregó a Cortés, quien le hizo mucha honra, así como todos sus compañeros. Los mexicas quedaron avergonzados, tomando por mal agüero que un muchacho matara a tan bravo capitán.

Ese día empezaron a cegar el canal que cortaba la calle que conducía a la plaza, de tal manera que "nunca después los indios la abrieron", afirma Cortés, y comenzaron a derribar

sistemáticamente todas las construcciones que tomaban; a decir del extremeño 150 000 aliados se encargaron de esa tarea.

Así se inició el proceso de destrucción sistemática de una de las maravillas del mundo, una Venecia americana, que proseguiría poco después al irse construyendo la ciudad de los vencedores sobre sus cimientos, usando sus templos, palacios y pirámides como convenientes canteras de materiales trabajados.

El combate se iba haciendo cada vez más encarnizado y brutal,

> fue la guerra por agua y tierra tan porfiada que era espanto verla; y no hay lenguaje para decir las particularidades que pasaban y las cosas inmensas que en cada ocasión se ofrecían. Eran, a ratos y casi siempre, tan espesas las saetas, dardos, piedras y palos que se arrojaban los unos a los otros, que quitaban la claridad de el sol y hacían efecto de muy continuas y espesas nubes; y era tan grande la vocería y grita de los hombres y de las mujeres y niños que lloraban que ponía asombro y grima; era tanta la polvareda y ruido, en derrocar y quemar casas y robar lo que en ellas había y cautivar niños y mujeres, que parecía juicio,[11]

relata Torquemada. Cuauhtémoc intentaba estar presente en todas partes, volaba prácticamente de un sitio a otro a bordo de una canoa pequeña y veloz, a fin de dirigir y dar ánimos a sus guerreros, asevera Durán.

Alva Ixtlilxóchitl declara que por este tiempo Ixtlilxóchitl logró capturar a su hermano Cohuanacotzin y lo entregó a Cortés, quien ordenó ponerle grillos y tenerlo bajo fuer-

[11] Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, cap. XCVI.

te vigilancia. Cuauhtémoc y los suyos lamentaron mucho el suceso, pues habían luchado gran cantidad de acolhuas por acompañar a su soberano, y ahora se pasaron al campo de Ixtlilxóchitl.

Debió ser por este tiempo, como lo dice Solís, que Cuauhtémoc se retiró a la parte más lejana de Tlatelolco, tras pedírselo reiteradamente los principales. Los *Anales de Tlatelolco* narran este acontecimiento; dicen que los tenochcas se llevaron a Huitzilopochtli a la "casa de los jóvenes" en Amaxac, mientras que Cuauhtémoc se estableció en Yacacolco:

> todas las humildes gentes del pueblo dejaron, abandonaron su ciudad de Tenochtitlan, cuando vinieron a introducirse a Tlatelolco, cuando vinieron a vivir a nuestras casas. Enseguida, a continuación, se establecieron por todas partes, en nuestras casas, en nuestras terrazas. Y entonces, sus señores gritaron, y sus jefes supremos dijeron: "¡Oh, señores nuestros! ¡Oh mexicanos! ¡Oh tlatelolcas! Quizá ya en alguna forma nuestros depósitos ya no estén en nuestras manos, ni los depósitos ni la tierra. Así que aquí están sus bienes, las armas que les había conservado su soberano: los escudos, las armas, los brazaletes, las borlas de plumas preciosas, los aretes de oro, los jades preciosos; porque todo esto está en sus manos, todo es de su propiedad. ¡Adiós! ¡No se desanimen! ¿A dónde vamos? ¡Somos mexicanos! ¡Somos tlatelolcas!". Los que habían hablado rompieron en sollozos. Entonces, en ese momento, los tenochcas les entregaron las armas, las joyas de oro, las plumas de quetzal.

En los *Anales* se narra que todo el peso del combate cayó sobre los tlatelolcas:

> por todas partes nos tocó, fue de nuestra competencia, la de nosotros los tlatelolcas [...] Y las gentes de Tenochtitlan, los que eran sus guerreros valerosos que recaudaban el tributo, se pelaron la cabeza; y los oficiales achcauhtli se cortaron todos el pelo. Y los guerreros tonsurados y los oficiales otomíes que tienen la costumbre de cubrirse la cabeza con tocado no se dejaron ver así durante todo el tiempo en que nos estuvieron combatiendo [...] Y todas sus mujeres también se avergonzaron de ellos, los despreciaron, les dijeron a los tenochcas: "¡Sencillamente se quedan ustedes ahí, acostados! ¡No tienen vergüenza! ¡Por lo tanto ninguna mujer los acompañara ya vestida a la antigua usanza!". Y sus mujeres lloraron, suplicaron a los tlatelolcas.[12]

La abandonada Tenochtitlan sólo quedaría en adelante como campo de batalla.

El domingo 21 de julio de 1521 los aliados reanudaron el ataque, llegaron hasta la plaza mayor, cegaron los pasos malos aledaños y derribaron muchas construcciones, la caballería les cuidaba las espaldas. Cortés subió al Templo Mayor, "porque los indios me conocían y sabía que les pesaba mucho de verme subido en la torre; y de allí animaba a nuestros amigos y hacíales socorrer cuando era necesario". La lucha era incesante, en ocasiones los mexicas se retraían, en otras lo hacían los de Cortés, que al momento eran auxiliados por tres o cuatro jinetes para frenar el ímpetu enemigo. Así, escribe el extremeño, combatieron por cinco o seis días, al retirarse por la tarde, enviaban a los aliados por delante, mientras algunos españoles armaban emboscadas fuera de la plaza: la caballería se ocultaba mientras la infantería fingía retirarse de

[12] Georges Baudot y Tzvetan Todorov, "Anales históricos de Tlatelolco", pp. 191, 192

prisa; cuando los mexicas arremetían en su contra los jinetes los atacaban por la espalda, cogiéndolos entre dos frentes.

Tras varias de estas malas experiencias los mexicas estaban prevenidos, por lo que "venían dando saltos como cuervos, descubriendo lo que había por las casas y paredones", escribe Cervantes, quien agrega que en una ocasión, al tiempo de retirarse los españoles hacia su cuartel, Antonio Peinado, hombre de la capitanía de Andrés de Tapia, se metió en una casa a satisfacer una necesidad corporal, quedándose atrás de sus compañeros. Al salir y verse solo empezó a gritar, a golpear su escudo y hacer señas, fingiendo que dentro de la casa quedaban más españoles; los mexicas, pensando que se trataba de otra emboscada, se arrojaron al agua de los canales, mientras Tapia, al escuchar los gritos regresó con sus hombres y mataron a más de 60 enemigos, evitando así que a Peinado "aquel día no lo peinasen". Cortés no lo mandó azotar debido a que muchos intercedieron por él y por el riesgo en que se vio.

Cervantes sigue relatando que ese día Hernando de Osma luchaba en la calzada y al ver que los mexicas obligaban a retroceder a unos tlaxcaltecas que combatían sobre unas azoteas muy juntas, pasó a nado un hondo canal, se metió en una casa, cruzó por el fogón hacia la azotea, se tiznó todo y se enfrentó con un capitán mexica. La lucha entre ambos fue presenciada por los españoles desde la calzada, sin que pudiesen intervenir; Osma hirió al mexica tres o cuatro veces y finalmente lo mató de una estocada, "que era la que ellos no sabían tirar". Los tlaxcaltecas, envalentonados y encabezados por Osma, cayeron sobre los mexicas, tan asombrados de ver en las azoteas a un español que decían que éstos "parescían mas espíritus que hombres".

En otra ocasión, de acuerdo con la Relación de Ojeda que consultaba Cervantes, estando Cortés sentado en una silla, mientras observaba atentamente el desarrollo del combate,

vio cómo subía a una azotea, un poco más alta que las demás, un mexica de fuerte complexión, vestido de verde, con un arreglo de plumas en la espalda, y en la cabeza un tocado con más de 600 plumas verdes, "llenas todas de argentería, el más bello que hasta aquel tiempo se había visto". Empezó a revolotear con una mano una espada española, llevando en el brazo su rodela, y gritando desafíos. Varios españoles los aceptaron, Hernando de Osma estaba más cerca, fue hacia el guerrero, brincando de azotea en azotea. El mexica lo recibió con un tremendo golpe de espada, Osma lo paró con su escudo que fue partido hasta la agarradera y le respondió con una estocada baja, atravesándole el cuerpo, el guerrero cayó por tierra, muerto. Osma le quitó el tocado y la espada, lo persiguieron tantos mexicas que Cortés a grandes voces ordenó que lo auxiliaran. Osma realizaba proezas sin soltar el tocado ni la espada capturada, sabiendo que Cortés lo veía y que venían en su ayuda. Finalmente llegó ante el extremeño y le ofreció el tocado, diciéndole que una pieza tan rica sólo era digna de él. Cortés lo abrazó, tomó el tocado y se lo devolvió, comentando que lo había ganado como valiente y como tal lo merecía; lamentaba no haberlo conocido bien desde antes, pues le hubiese hecho mucha honra, en adelante se la haría.

Por la mañana del lunes 22 de julio, Sandoval y 15 jinetes, de entre los suyos y de los de Alvarado, llegaron al campamento de Cortés, habiéndolos mandado llamar el extremeño la tarde anterior. Reunidos con los 25 que ya tenía sumaban 40 de caballería. Cortés envió a 10 hacia la ciudad, junto con un cuerpo del ejército y los bergantines, con la misión de ganar la mayor cantidad de terreno que pudieran para obligar a los mexicas a refugiarse más allá de los canales que quedaban abiertos. A la hora de la retirada acudiría con el resto de la caballería para poner una emboscada tras unas casas grandes, cerca de la plaza mayor. A la una de la tarde marchó el extremeño a la ciudad, junto con los 30 jinetes, a

los que dejó en el escondite mientras él seguía hasta la plaza, donde se subió al Templo Mayor; "estando allí, unos españoles abrieron una sepultura y hallaron en ella, en cosas de oro, más de mil y quinientos castellanos".

Por la tarde el extremeño ordenó que sus hombres se retiraran al campamento con mucho orden. Los 10 jinetes, al ver que el enemigo los acometía en la plaza, simularon una retirada apresurada. Los mexicas fueron en su persecución, con grandísimos alaridos; el cuerpo del ejército se retiró más allá del sitio donde Cortés y sus jinetes estaban escondidos. Sonó un tiro de escopeta, que era la señal convenida, y al grito de "¡Santiago y a ellos!" el extremeño y sus caballeros cayeron de súbito sobre los mexicas, alanceándolos y obligándolos a retirarse apresuradamente hasta la plaza y más allá. Los aliados, que iban en pos de Cortés, se encargaron de rematar a los que quedaban atrás; murieron más de 500 mexicas, "todos los más principales y esforzados y valientes hombres, y aquella noche tuvieron bien que cenar nuestros amigos, porque todos los que se mataron tomaron y llevaron hechos piezas para comer", afirma Cortés.

Fue grande el espanto de los mexicas ante ese ataque por sorpresa, en toda la tarde no se atrevieron a salir, sólo se asomaban desde las azoteas de las casas, donde se sentían seguros. Casi anochecía cuando los españoles y sus aliados se retiraron, aunque todavía la caballería mató a varios que iban a reconocer sus movimientos.

> Cobraron desta nuestra victoria los enemigos tanto temor, que nunca más en todo el tiempo de la guerra osaron entrar en la plaza ninguna vez que nos retraíamos, aunque sólo uno de caballo no mas viniese, y nunca osaron salir a indio ni a peón de los nuestros, creyendo que de entre los pies se les había de levantar otra celada,

relata Cortés, añadiendo que esa victoria fue moralmente importante para ganar más rápido la ciudad. Los bergantines y las canoas hicieron estragos, sin recibir daño.

Por la noche dos mexicas fueron a entregarse en el cuartel de Cortés, dijeron que se morían de hambre; por las noches los mexicas salían a pescar en los canales y a buscar leña, hierbas y raíces que comer. Torquemada narra que "enfermaron muchos y mucho más los niños y las mismas madres se los comían todos, que verlo era grandísima lástima y mayor tormento sufrirlo".

Utilizando esta información, el martes 23 de julio, estando cegados muchos canales, Cortés ordenó lanzar un ataque al cuarto del alba; debían hacer todo el daño que pudieran. Los bergantines zarparon antes del amanecer, mientras que el extremeño marchaba por la calzada a la cabeza de unos 15 jinetes y de algunos infantes y aliados y se colocaba en emboscada. Enviaron por delante a varios aliados como espías, a fin de señalar el momento adecuado para el ataque por sorpresa. Con la primera luz del día cayeron sobre multitud de gente miserable que buscaba algo para comer, la mayoría desarmados, entre ellos muchas mujeres y niños. Inermes como estaban, Cortés se jacta de que "ficimos tanto daño en ellos por todo lo que se podían andar de la ciudad, que presos y muertos pasaron de más de ochocientas personas". Los bergantines capturaron a muchos de los que salían a pescar a bordo de sus canoas. La hora no acostumbrada del ataque, así como sus resultados, causaron mucha aprehensión entre los mexicas, que no se atrevieron a contraatacar, por lo que "nos volvimos a nuestro real con harta presa y manjar para nuestros amigos", concluye Cortés, que no se cansa de hacer hincapié en el presunto canibalismo de los nativos (si fueran en verdad antropófagos les sobraría comida, con tantos muertos alrededor).

Cervantes relata que ese día Juan Rodríguez Bejarano luchó con valentía, forzó su entrada en la casa fortificada de un señor, donde tomó prisionera a una mexica muy noble y la condujo ante Cortés, quien la trató con cortesía y amabilidad, le dijo que no tuviera temor ni pesar, los españoles trataban muy bien a las mujeres, aun siendo enemigas, ya que era de alta condición le rogaba decirle lo que pensaban Cuauhtémoc y sus principales, y si era proseguir la guerra le aconsejara la manera de vencerlos pronto, haciéndole muchas promesas de ponerla en libertad, o si lo prefería, de casarla con un español tras la conquista de la ciudad. La mujer, con la mirada puesta en el suelo, lanzó un hondo suspiro, le agradeció el buen trato, pues bien podía esclavizarla, y en reconocimiento confesó que la mayoría de sus compatriotas deseaban rendirse, luchaban contra su voluntad, sufrían de grandísima hambre y empezaban a escasear las municiones, pero Cuauhtémoc, sus parientes y algunos principales estaban decididos a morir antes que rendirse. Convenía que los acosara continuamente por todos lados, día y noche, y evitara que les entrasen armas, alimentos y agua. Afirmó que todo esto se lo decía porque los de su familia no estaban de acuerdo con la decisión de Cuauhtémoc y la facción mexica dura. Cortés se lo agradeció y la entregó para su cuidado a las mujeres españolas.

El miércoles 24 de julio por la mañana Cortés y los suyos volvieron a entrar a la ciudad con cantidad de aliados, de quienes, como ya veían el triunfo cercano, "era tanta la multitud que de cada día venían, que no tenían cuento", afirma Cortés. Cervantes lo enfatiza: "de suerte que casi ya estorbaban más que ayudaban: tanto era el odio y enemistad que a la tiranía del imperio mexicano tenían".

Ese día tomaron toda la calle de Tlacopan, cegaron sus canales y al fin se reunieron las tropas de Cortés con las de Pedro de Alvarado. Incendiaron las casas "del señor de

la ciudad, que era mancebo de edad de diez y ocho años, que se decía Guatemucin", escribe Cortés; eran grandes, bien fortificadas y circundadas por canales, estaban en la calle que iba recta hacia el mercado de Tlatelolco. Ganaron y cegaron varios pasos malos hacia el mercado, obligando a los mexicas a refugiarse más hacia el interior de Tlatelolco, lleno de canales, con las casas prácticamente construidas sobre el lago.

Cervantes relata que por estos días

> hasta las viejas que casi no se podían menear, barrían las azoteas, echando la tierra y polvo hacia nosotros por cegarlos; decían cosas en su lengua muy de viejas y muy donosas. Los niños y los muchachos tenían concebido tan grande odio, mamado en los pechos de sus madres y enseñado de las palabras y obras de sus padres, que, como podían, tiraban piedras e varas, y los que más no podían, terrones.[13]

Incluso los que no podían luchar, como los jóvenes lisiados, y las mujeres, recolectaban piedras para las hondas.

Los mexicas conocían bien a Cristóbal de Olid, apreciaban su gracia y su valentía; en una ocasión le preguntaron si quería comer, al responder que sí, un guerrero se le acercó y le dio unas tortillas y unos capulines, intentando mostrar que no pasaban hambre. Olid se apeó, tomó las tortillas, de manera burlona se sentó en donde no pudieran hacerle daño, pretendió comer, y levantándose se alzó "las faldas del sayo, motejándolos de putos y de lo poco en que los tenía, les mostró las nalgas, aunque cubiertas con las calzas", narra Cervantes. Los mexicas, muy ofendidos, le arrojaron tantos proyectiles que parecía que llovían, generalizándose

[13] Cervantes de Salazar, *op. cit.,* lib. v., cap. CLXVIII.

la lucha. El alférez Corral mató con su daga a los primeros que llegaron a él, e impulsándose con un madero, dio un gran salto, cayendo sobre la calzada al tiempo que revoloteaba su bandera, aunque estaba muy mojada.

El jueves 25 de julio, día de Santiago, los españoles llegaron sin encontrar resistencia hasta la ancha calle que conducía a Tlatelolco; tras reñida batalla lograron tomar el gran canal, en el que los mexicas fincaban buena parte de su seguridad (debió de ser el que dividía a Tenochtitlan de Tlatelolco). Sin embargo, era tan ancho que en todo el día no pudieron acabar de cegarlo, a pesar de que los españoles de infantería iban equipados con picas que Cortés mandó hacer después del descalabro sufrido. Por tanto, la caballería no pudo ir más allá. La infantería lo cruzó, pero al ver que estaba sin el apoyo de los jinetes los mexicas contraatacaron, frenados por los ballesteros tuvieron que retroceder.

A lo largo del día los aliados se dedicaron a quemar y derribar las casas construidas a los lados de la calzada que conducía a Tlatelolco; "era lástima cierto de lo ver; pero como no nos convenía hacer otra cosa, éranos forzado seguir aquella orden", se sigue lamentando el extremeño. Los mexicas gritaban que destruyesen todo de una buena vez, así tendrían más trabajo en volver a edificarlo cuando los vencieran, y si los españoles ganaban, de todos modos tendrían que reconstruir la ciudad para sus nuevos amos, "y desto postrero plugo a Dios que salieron verdaderos, aunque ellos son los que las tornan a hacer", sentencia Cortés.

Por la mañana del viernes 26 de julio los españoles y sus aliados reanudaron sus ataques, llegaron de nuevo al canal cegado el día anterior, encontrándolo tal como lo habían dejado. La infantería volvió a cruzarlo, dos tiros de ballesta más adelante tomaron otros dos canales grandes que los mexicas habían excavado en esa calle, llegaron hasta un pequeño templo en el que estaban varias cabezas de los españoles sa-

crificados, encajadas en un *tzompantli*. A decir de Bernal tenían los cabellos y las barbas muy crecidos, mucho más que cuando estaban vivos, "no lo habría yo creído si no lo viera; yo conocí a tres soldados, mis compañeros". Sus camaradas se entristecieron, pero las dejaron en el mismo sitio 12 días más antes de enterrarlas junto con otras que encontraron, en una iglesia que llamaron de los Mártires, cerca del Salto de Alvarado.

Desde ese sitio iba una calle en línea recta hasta entroncar con la calzada de Tepeyacac; hacia su izquierda partía otra que conducía al mercado de Tlatelolco, cortada por un canal defendido por una barricada. Hasta ahí llegaron ese día, que fue de grandes combates, pero no pudieron tomar el canal que los separaba de la gran plaza, aunque cegaron todos los de atrás antes de retirarse por la tarde, seguidos furiosamente por los mexicas.

Sin embargo, la división de Pedro de Alvarado, al ver cómo la de Cortés avanzaba inexorablemente hacia la plaza de Tlatelolco, puso todo su esfuerzo en llegar primero, y lo lograron. En la gran plaza se enfrentaron a multitud de guerreros protegidos por tantas barricadas que durante dos horas no pudieron desalojarlos a pesar del gran auxilio prestado por la caballería, finalmente las tomaron. Alvarado ordenó a la capitanía de Gutierre de Badajoz, uno de los llegados con Narváez, que subieran los 114 escalones del templo mayor, en los que los mexicas lucharon tan bravíamente que los hacían rodar gradas abajo. Pronto fueron reforzados y aunque quedaron malheridos lograron llegar a la cima, prendiendo fuego a los santuarios y colocando sus banderas. Dorantes de Carranza afirma que fue Gutierre de Badajoz quien tomó el templo mayor y puso la bandera, "que fue como subir a la altura de una pirámide, cosa hazañosísima"; a pesar de ello acabó como "encomendero de poca renta y pobre".

> Y en cuanto le prendieron fuego, entonces este lanzó grandes llamas, el fuego se levantó muy alto, lenguas de fuego. Fue como si el fuego crepitara y chisporroteara. Y cuando los mexicanos vieron que el templo ya ardía, enseguida, entonces lloraron, se llamaron llorando. Se creía así que las gentes irían a saquearlo,[14]

relata el *Códice Florentino*. Fray Juan de Torquemada narra que:

> Al espectáculo de esta quema, todos los hombres y mujeres que se habían acogido a las tiendas que cercaban todo el tianguez, comenzaron a llorar con grandes gritos y alaridos y pusieron grande espanto en todos los que los oían y tuvieron los tristes mexicanos por indicio de mal agüero aquel abrasamiento, porque quemado aquel delubro satánico, luego se pronosticaron haber de ser de todo punto asolados y destruidos.[15]

Los de Alvarado lucharon gran parte del día en este mercado, los mexicas se habían refugiado en las tiendas y en las casas reales, donde también se acogió buena cantidad de gente principal. La multitud de aliados realizó feroz matanza en la plaza, obligando a los mexicas a huir por las calles aledañas. El combate se prolongó hasta el anochecer, "que no nos podíamos valer con tanto guerrero", dice Bernal, agregando que sólo tres caballos fueron heridos.

El sábado 27 de julio, a las nueve de la mañana, mientras la división de Cortés se preparaba para volver al combate, observaron cómo se elevaban grandes humaredas desde la cima del templo mayor de Tlatelolco. Preguntándose la cau-

14 G. Baudot y T. Todorov, *Relatos aztecas de la conquista,* p. 161.
15 Torquemada, *op.cit.*, vol. II, lib. IV., cap. XCVI.

sa pensaron que la tropa de Pedro de Alvarado debía haber llegado hasta él, aunque, llenos de envidia, no lo querían creer.

Ya para entonces "nos acontecía a los soldados no poder andar por las calles, de los indios heridos que había, de pestilencia, hambre y también viruelas, todo lo cual fue causa de que aflojasen en la guerra y de que no peleasen tanto", declara Francisco de Aguilar. López de Gómara narra que "Andando por la ciudad hallaron montones de cuerpos por las casas y calles y en el agua [...] y a los hombres tan flacos y amarillos, que dieron lástima a nuestros españoles". Cervantes lo remarca: "por las calles y en el agua montones de cuerpos muertos, sin infinitos que en sus casas tenían escondidos, cuyo hedor fue tan pestilencial que mató a muchos, y que la hambre que padescían era insufrible".

El 28 de julio los aliados llegaron hasta el canal anterior a la gran plaza de Tlatelolco, protegido por una barricada, junto a un pequeño templo. Un alférez se lanzó al agua en compañía de otros dos o tres españoles, obligando a los mexicas a retirarse. Cortés dio la orden de empezar a cegarla; estaban en ello cuando vieron venir a Pedro de Alvarado por el otro lado de esa misma calle, acompañado de otros cuatro jinetes, "que fue sin comparación el placer que hobo la gente de su real y del nuestro, porque era camino para dar muy breve conclusión a la guerra", dice Cortés, al parecer olvidando la envidia.

Alvarado había dejado algunas tropas en la retaguardia y en los flancos, encargadas de proteger lo que ya habían ganado. Pronto quedó cegado el canal y Cortés, con otros de caballería, se dirigió hacia el mercado de Tlatelolco, ordenando al resto de sus hombres que permanecieran en el canal.

"E después que anduvimos un rato paseándonos por la plaza, mirando los portales della, los cuales por las azoteas

estaban llenos de enemigos, e como la plaza era muy grande y veían por ella andar los de caballo, no osaban llegar", escribe el extremeño, agregando que subió a lo alto del templo mayor, donde vio, al igual que en otros templos de la plaza, varias cabezas de españoles y aliados sacrificados, como ofrenda ante las imágenes divinas (aunque supuestamente había sido incendiado por los de Alvarado).

Desde la cima del templo se dominaba toda la ciudad. A Cortés le pareció que tenían ganadas siete octavas partes, quedando los mexicas reducidos a una mínima porción, hacinados en pequeñas casas construidas sobre el agua. Considerando "sobre todo la grandísima hambre que entre ellos había, y que por las calles hallábamos roídas las raíces y cortezas de los árboles", Cortés afirma que decidieron hacer un alto al fuego por un tiempo para lograr una rendición pacifica, a fin de que

> no pereciese tanta multitud de gente; que cierto me ponía en mucha lástima y dolor el daño que en ellos se hacía, y continuamente les hacía acometer con la paz; y decían que en ninguna manera se habían de dar, y que uno solo que quedase había de morir peleando, y que de todo lo que tenían no habíamos de haber ninguna cosa, y que lo habían de quemar y echar al agua, donde nunca pareciese; y yo, por no dar mal por mal, disimulaba en no les dar combate.

Solís asevera que fue necesario desembarazar la plaza de cadáveres, tarea de la que se encargaron los aliados, arrojándolos a los canales de aguas más profundas, aunque algunos españoles los vigilaban para que no se los llevaran como reserva de carne, no pudiendo impedirlo por completo.

Las tiendas del mercado fueron saqueadas, todavía los mexicas se defendían, llevando por capitán "un muy valien-

te soldado, llamado Axoquentzin, que era de la valía de los que se llamaban cuachicque, que son como matasiete, que usan los turcos", escribe Torquemada, lograron poner en huida a los aliados de los españoles; pero Axoquentzin Quachic fue muerto al recibir un flechazo en el pecho.

Sitio de Tenochtitlan. Lámina 42 del *Lienzo de Tlaxcala.*

En los *Anales de Tlatelolco* se lee que los españoles

> consiguieron apretujarnos en la plaza del mercado. Fue entonces cuando el tlatelolca fue aniquilado, el gran jaguar, el valiente guerrero. Luego la batalla se generalizó. Fue entonces cuando arremetieron, cuando pelearon las mujeres de los tlatelolcas. Golpearon al enemigo, portaron armas de guerra,

se arremangaron las faldas, se las levantaron todas para perseguir duro al enemigo.[16]

Varios mexicas principales se distinguieron, en especial Temilotzin, jefe militar, que desde la cúspide del templo daba gran ánimo a los suyos; y Coyohuehuetzin, caballero tigre, y otro jefe que llevaba sobre la cabeza el rostro de ese animal y conducía a otros con vestimentas de ocelotes y de águilas; y un hijo de Itzpapalotzin Otómitl, con un rico tocado en la cabeza.

Cuauhtémoc se vio obligado a refugiarse con sus guerreros "en una parte de la ciudad dentro en la laguna, porque las casas y palacios en que vivía ya estaban por el suelo y con todo esto no dejaban cada día de salir a darnos guerra, y al tiempo de retraer nos iban siguiendo muy mejor que de antes".[17]

Cortés, a esta altura de la narración, abandona por un tiempo la secuencia cotidiana que llevaba. Bernal relata que al ver que pasaban varios días y los mexicas no se rendían, el extremeño, en una reunión con sus capitanes, decidió proseguir con la estrategia de las emboscadas que les había dado tan buenos resultados. Para ello se reunieron unos 30 de caballería, 100 infantes de los más ágiles y valientes, y mil tlaxcaltecas, procedentes de los tres cuarteles. Muy temprano se ocultaron en las casas grandes de un señor de

16 G. Baudot y T. Todorov, "Anales históricos de Tlatelolco", p. 198.

17 Prueba de la intensidad de los combates en Tlatelolco la ofrece Bustamante, quien afirma que en su época todo el lugar estaba lleno de pedazos de obsidiana de lanzas, flechas, macahuitls, etcétera, habiendo recogido él mismo gran cantidad, *cfr.* W. Prescott, *Historia de la conquista de México*, vol. II, p. 205. A. Chavero, *México a través de…*, vol. II, p. 453, escribe que también en su tiempo se encontraban infinidad de estos restos bélicos en cualquier sitio en que se excavaran cimientos para la construcción de viviendas.

México. Cortés avanzó hacia la ciudad como de costumbre, tomó un canal muy defendido, los mexicas contraatacaron, cuando Cortés juzgó que había un número suficiente de enemigos, fingió la retirada, ordenando a sus aliados precederles. Los mexicas los siguieron, pasando más allá de las casas del señor, se dio la señal: dos tiros. La caballería arremetió a placer, tras ella la infantería y los aliados, causando gran mortandad.

Cortés ordenó que el cuartel de Alvarado se trasladara a la plaza de Tlatelolco. Pasaron tres días de escasa actividad, el extremeño volvió a enviar mensajeros de paz a Cuauhtémoc, prometiéndole que conservaría su señorío de México, enviándole algunos obsequios y alimentos, como tortillas, guajolotes, capulines, tunas y cacao, pues no había otra cosa. Cuauhtémoc envió en respuesta a cuatro principales a pedir a Cortés una tregua de tres días, tras la cual acudiría a parlamentar en persona. Al parecer sólo deseaba ganar tiempo para levantar defensas y manufacturar proyectiles.

Cortés lo creyó, ordenó dar de comer y de beber a los mensajeros, y los envió de regreso con más obsequios y alimentos. Cuauhtémoc mandó a otros emisarios, con dos mantas ricas de regalo, afirmaron que el soberano iría el día acordado. Transcurridos los tres días los mexicas atacaron sorpresivamente con todas sus fuerzas,

> de tal manera que parecían que entonces comenzaban de nuevo a batallar; y como estábamos algo descuidados creyendo que estaban ya de paz, hirieron a muchos de nuestros soldados, y tres murieron muy malamente de las heridas y dos caballos; mas no se fueron mucho alabando que bien lo pagaron,

escribe Bernal.

Cortés ordenó reanudar la guerra. Los mexicas fueron obligados a retirarse de nuevo a sus últimos reductos. Cuauhtémoc volvió a enviar dos principales con el mensaje de que deseaba hablar con él la mañana siguiente desde el otro lado de un canal, determinando el sitio y la hora del parlamento. Cortés acudió, Cuauhtémoc no, fueron en su lugar algunos principales que lo disculparon, decían que el huey tlatoani temía que al estar al descubierto lo mataran con un tiro de escopeta o de ballesta. Cortés juró y perjuró que nunca harían tal cosa, no le creyeron, alegando que ya conocían sus falsas promesas.

Dos de los principales sacaron de sus morrales unas tortillas, una pierna de guajolote y capulines y se sentaron a comer con gran calma, tratando de demostrar que no pasaban hambre. Bernal agrega que estuvieron otros cuatro o cinco días sin combatir. En el transcurso de las noches muchos mexicas miserables y muertos de hambre llegaban a entregarse. Cortés ordenó que fueran bien recibidos, para que los demás se animaran a pedir la paz.

Les quedaba muy poca pólvora, desde hacía cerca de dos semanas hablaban sobre la posibilidad de construir una especie de catapulta o trabuco. En el cuartel de Cortés un tal Sotelo, natural de Sevilla, presumía haber luchado en Italia bajo el mando del Gran Capitán y en otras grandes batallas; platicaba mucho sobre los ingenios de guerra, afirmando que podría armar un trabuco, o catapulta, en dos días y con él derribarían las casas donde estaban refugiados los mexicas sin ningún peligro para ellos. Como era buen conversador convenció a Cortés, además de que contaban con tiempo libre, mientras esperaban la respuesta de Cuauhtémoc a sus ofrecimientos de paz. Así pues, el capitán decidió intentarlo. La construirían más pequeña de lo normal, pues, aunque Cortés dudaba de los resultados, esperaba que el temor que podría causar en los mexicas,

al ver cómo la iban construyendo, influyera en su posible decisión de rendirse, y si no, aún existía la posibilidad de que funcionara.

La catapulta fue construida en tres o cuatro días, se levantó en medio de la plaza de Tlatelolco, sobre el Mumuztli, una plataforma ceremonial cuadrada hecha de piedra con una altura de dos estados y medio (5 m), y de 30 pasos por lado. Los nativos se encargaron de llevar los materiales: madera, piedra, cal, etcétera, y amenazaban a los mexicas, gritándoles que los mataría a todos.

Llegado el día de la prueba colocaron en la honda una piedra y soltaron el mecanismo de disparo; el proyectil salió hacia arriba y cayó poco después sobre el mismo ingenio, a decir de Bernal, provocando seguramente la hilaridad de todos los españoles y el asombro de los nativos. El *Códice Florentino* afirma que

> muchos la rodeaban, muchos la señalaban con el dedo [...] todas las gentes del pueblo estaban allá mirando [...] Entonces la hicieron girar, entonces la enrollaron [...] pero la piedra no se fue para allá, encima de las gentes del pueblo. Simplemente salió, fue a caer detrás del mercado de Xomolco. Y al oír esta razón, allá regañaron entre ellos; fue como si los españoles se golpearan señalándose con el dedo, hablaban mucho y hacían mucho ruido.[18]

Cortés, irritado, amonestó a Sotelo y ordenó deshacer la catapulta, afirmando que "ni los carpinteros salieron con su intención, ni los de la ciudad, aunque tenían temor, movie-

[18] G. Baudot y T. Todorov, *Relatos aztecas de la conquista,* p. 168.

ron ningún partido para se dar, y la falta y defecto del trabuco disimulamos con que, movidos por compasión, no los queríamos acabar de matar".[19]

[19] Hernán Cortés, Tercera Carta de Relación; G. Baudot y T. Todorov, "Anales históricos de Tlatelolco", pp.197-198; Fernández de Oviedo, *op. cit*., vol. IV, lib. XXXIII, caps. XXVII-XXIX, XLVIII; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, pp. 204-207, 211; *Códice Florentino*, lib. XII, caps. XXXVI-XXXVIII; Aguilar, *op. cit*., 8a. jornada; Cervantes de Salazar, *op. cit*., lib. V, caps. CLVIII-CLXII, CLXV-CLXIX, CLXXI-CLXXXVI-II; Bernal Díaz, *op. cit*, vol. II, caps. CLII-CLV; Dorantes de Carranza, *op. cit.*, pp. 34, 163, 382; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, IV, déc. III, lib. I, caps. XXI, XXII, lib. II, caps. I, II; Torquemada, *op. cit*., vol. II, lib. IV, caps. XCV-C; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Compendio histórico del reino de Texcoco, Decimatercia relación"; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. V, caps. XXIII-XXIV.

CAPÍTULO XXVIII

La caída de México-Tenochtitlan

Como una pintura nos iremos borrando. Como una flor nos iremos secando,
aquí sobre la tierra. Como vestidura de plumaje de ave zacúan,
de la preciosa ave de cuello de hule, nos iremos acabando,
nos vamos a su casa.

Se acercó aquí, hace giros la tristeza de los que en su interior viven...
Meditadlo, señores, águilas y tigres, aunque fuerais de jade,
aunque fuerais de oro también allá iréis, al lugar de los descarnados...
Tendremos que desaparecer nadie habrá de quedar.

Poema de Nezahualcóyotl[1]

Agotadas las posibilidades de negociar la paz, Cortés ordenó lanzar lo que esperaba sería el ataque final. Los últimos días de lucha fueron una pesadilla infernal y dantesca. A partir de este momento el extremeño vuelve a relatar los acontecimientos día a día, mientras que en Bernal extrañamos su usual abundancia de detalles; asevera que ya estaba

> harto de escribir batallas, y más cansado y herido estaba de hallarme en ellas, y a los lectores les parecerá prolijidad recitarlas tantas veces, ya he dicho que no puede ser menos, por-

[1] Miguel León-Portilla, *Literaturas indígenas de México*, p. 273.

> que en noventa y tres días siempre batallamos a la continua; mas desde aquí adelante si lo pudiese excusar, no lo traeré tanto a la memoria en esta relación.

Narra que un día llegaron hasta la fuente de donde los mexicas sacaban el agua medio salobre que bebían, y

> la quebramos y deshicimos por que no se aprovechasen de ella, y estaban guardándola muchos mexicanos, y tuvimos buena refriega de vara y piedra y flecha, y muchas lanzas largas con que aguardaban a los caballos, porque ya por todas partes de las calles que habíamos ganado andábamos, porque estaba llena y sin agua y aberturas y podían correr muy gentilmente.[2]

Hacia el miércoles 7 de agosto de 1521 los aliados salieron de sus cuarteles rumbo a México-Tenochtitlan. La resistencia mexica, así como la población, estaba en su postrera agonía. Cortés declara que "hallamos las calles por donde íbamos llenas de mujeres y niños y otra gente miserable, que se morían de hambre, y salían traspasados y flacos, que era la mayor lástima del mundo de los ver". Asevera que ordenó a sus aliados no hacer daño a esos desvalidos. Los guerreros mexicas ya no se defendían, se les veía en las azoteas de las casas que permanecían en pie, desarmados, cubiertos con sus mantas. López de Gómara declara que esa novedad provocó admiración, los españoles supusieron que se debía a alguna de sus celebraciones religiosas. Alva Ixtlilxóchitl afirma que los mexicas no quisieron luchar porque celebraban la fiesta de los niños finados, siendo el inicio del mes llamado *Mi-*

[2] Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. II, cap. CLIII.

cayhuitzintli, por ello respondieron que otro día tratarían de las paces.

En presencia de un escribano que diera testimonio Cortés les requirió de nuevo a darse de paz, la respuesta fue evasiva y prolongada, se pasaron en las pláticas buena parte del día. Finalmente, al constatar que sus requerimientos de paz no tenían ningún efecto, el extremeño previno a los mexicas que ordenaría la continuación de la lucha, pidiéndoles retirarse a algún lugar seguro aquellos que por su edad o sexo no empuñaran las armas, con la amenaza de que si no lo hacían concedería licencia a sus aliados de matarlos a todos indiscriminadamente.

Los mexicas respondieron que deseaban la paz. Cortés replicó que para ello era necesaria la presencia de Cuauhtémoc, a quien no veía por ninguna parte, si aceptaba parlamentar le ofrecía toda clase de seguridades. Convencido finalmente de que la intención de los mexicas era sólo para hacer tiempo, ordenó a Pedro de Alvarado penetrar con su división en un gran barrio de más de mil casas, último refugio de los mexicas, mientras que él entraba en ese mismo barrio por otro sitio, sin la caballería, pues ésta no podía maniobrar entre tantos canales.

Celebración religiosa o no, el combate se generalizó encarnizadamente por ambas partes. Los de Cortés lograron ganar el barrio. El extremeño afirma que fueron tantos los enemigos muertos y tomados prisioneros que pasaron de 12 000, "con los cuales usaban de tanta crueldad nuestros amigos que por ninguna vía a ninguno daban la vida, aunque más reprendidos y castigados de nosotros eran". Alva Ixtlilxóchitl afirma que los españoles lucharon solamente al principio, después se dedicaron a observar cómo sus aliados proseguían el combate.

Los mexicas fueron empujados hasta los linderos del barrio, quedándoles muy pocas casas desde donde atacar;

eran tantos que apenas si cabían. Las calles rebozaban de hombres muertos y enfermos, de tal manera que se veían obligados a caminar sobre los cadáveres. Aunábanse al hambre y a la sed las enfermedades: "Juntamente con esto fue nuestro Dios servido, estando los cristianos harto fatigados de la guerra, de enviarles viruelas, y entre los indios vino una grande pestilencia como era tanta la gente que dentro estaba, especialmente mujeres, porque ya no tenían que comer", se gloria el piadoso fraile Francisco de Aguilar.

El *Códice Florentino* atestigua que "los valientes guerreros iban de un lado a otro, iban al revés. Ya nadie se mantenía erguido, ni se erguía derecho", y describe la terrible situación en que se encontraban:

> nos rodearon, nos cubrieron. Nadie podía ir a ningún lado. Hubo muchos empujones, mucho nos amontonamos. Muchas personas murieron en la tormenta, se pisotearon hasta morir. Y cuando nos llegaron muy cerca, una mujer les echó agua, les echó agua a la cara, paralizó los rostros de nuestros enemigos,

curioso paralelismo sobrenatural con el suceso narrado por los españoles, en una ocasión anterior, sobre la intervención de la Virgen María a su favor, arrojando polvo a la cara de los mexicas.

El códice nos proporciona algunos datos curiosos sobre estos días; por ejemplo, relata que:

> a menudo los españoles se disfrazaban, no se manifestaban tal como eran. Como se atavían los hombres de aquí, así se ataviaban también. Revestían insignias de guerra, anudaban sobre sus hombros mantos mexicanos para disfrazarse. Ve-

nían así, sencillamente, a juntarse con la multitud, así también las gentes tenían confianza.[3]

Fray Diego Durán recalca la tremenda hambre que padecieron los sitiados, y afirma que murió un número mayor de habitantes debido a la hambruna que a las armas; le habían dicho que por un puñado de maíz entregaban un manojo de joyas o de piedras ricas. Muchos principales de los pueblos comarcanos, sobre todo los de Cuitláhuac, Culhuacán, Mixquic y Xochimilco, aprovecharon la situación para hacerse ricos, vendiéndoles víveres en secreto.

Citando de nuevo al *Códice Florentino*, lo que es imposible no hacer, sobre todo en estos últimos días, si se quiere tener una buena imagen del sentir mexica, recalca la falta de alimentos de los sitiados:

> Y todas las humildes gentes del pueblo sufrieron mucho, tuvieron mucha hambre. Muchos murieron de hambre. Ya nadie bebía buena agua, agua limpia. No bebían más que agua salitrosa, por lo que numerosas personas murieron. Y numerosas personas vomitaron por esa causa un flujo de sangre, por lo que murieron. Y se lo comieron todo: la lagartija, la golondrina, la paja de maíz y la grama del natrón. Y masticaron la madera colorada del tzompantli, y masticaron lirios acuáticos, y argamasa y piel curtida y cuero de venado que ponían a tostar, a cocer, a asar, que cocinaban para comérselo; y el arbusto tetzmetl, y polvo de ladrillo que masticaban. Nada se parece a este sufrimiento tan grande que derrama terror cuando se es sitiado. Y en gran número murieron de hambre.

[3] Georges Baudot y Tzvetan Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, p. 169.

> Y muy suavemente, los españoles nos apretujaban contra las casas, muy suavemente nos amontonaban.[4]

Al día siguiente, jueves 8 de agosto, los españoles y sus aliados volvieron a entrar a la ciudad. Cortés ordenó que no se luchara ni se hiciera ningún mal a los mexicas. Al ver venir contra ellos tal multitud los sitiados clamaban por la muerte, bien sabían que muchos de ellos eran sus antiguos enemigos o vasallos y que iban ansiosos por matarlos, no les quedaba literalmente ningún espacio libre donde poder defenderse, más que encima de los despojos de sus muertos.

Pidieron de nuevo hablar con Cortés, quien, al igual que los suyos, se alegró con esa iniciativa, esperando que esta vez optasen por la paz, aunque sabía que eso dependía exclusivamente de Cuauhtémoc y de un puñado de guerreros, sin importar el resto de la población.

El extremeño se dirigió a las cercanías de una barricada tras la que estaban algunos principales mexicas de los que habían solicitado hablar con él,

> dijéronme que pues ellos me tenían por hijo del Sol y el Sol en tanta brevedad como era en un día y una noche daba vuelta a todo el mundo, que porque yo así brevemente no los acababa de matar y los quitaba de su penar tanto, porque ya tenían deseo de morir y irse al cielo para su Ochilobus, que los estaba esperando para descansar,

[4] *Ibid.*, p. 157. La grama del natrón, *tequixquizacatl*, era una hierba muy fibrosa que crecía en las tierras salobres del lago. El *tzompantli* es un árbol con hojas y corteza de propiedades medicinales, la *Erythrina corallodendrum* o *Erythrina americana*. Los lirios acuáticos se llamaban *tzacuxóchitl*, "flor-de-cola". El *tetzmetl* es un arbusto mexicano con raíces dulces, *el Sedum dendroideum*.

pero se negaron a abogar por la paz, por más promesas y razones que les dio.

De regreso en el cuartel, el capitán dice que convenció a "una persona bien principal" que tenían presa, habiéndola capturado dos o tres días antes, de ir a hablar con Cuauhtémoc, llevándole un ofrecimiento de paz. (López de Gómara y Cervantes dicen que el preso era tío de "don Fernando", Alva Ixtlilxóchitl asevera que se trataba de un príncipe, tío de Ixtlilxóchitl, hermano de su madre, y que fue este quien lo capturó.) El principal se rehusó en un principio, sabiendo cuál era la pena decretada; finalmente cedió.

Al día siguiente, viernes 9 de agosto, volvieron a entrar a la ciudad; algunos españoles entregaron al principal a los mexicas, lo recibieron con grandes muestras de respeto y lo llevaron ante Cuauhtémoc. Se dice que el huey tlatoani, fiel a la promesa que hiciera, en cuanto le empezó a hablar de la paz ofrecida, ordenó sacrificarle.[5]

Al parecer el suceso se narra en los *Anales de Tlatelolco*, donde se dice cómo, tras ser capturado por los españoles, un gobernador acolnahuácatl llamado Xóchitl fue enviado de regreso a los suyos portador de una propuesta de paz. "Cuando lo dejaron ir, enseguida, por esta razón, el escudo se puso a descansar, ya no se combatió, ya no se capturó a nadie". El acolnahuácatl Xóchitl dijo:

> El dios-capitán y Malintzin declaran: ¡Que escuchen, pues Cuauhtémoc, Coyoueue, Topantemoc! ¿No tienen piedad acaso de las gentes del pueblo, de los niñitos, de los ancianos, de las ancianas? ¿Todo está aquí? ¿Mi discurso seguirá siendo en vano? Entonces, enseguida, que hagan pues traer todo tipo de cosas: bellas mujeres, buen maíz desgranado, guajolotes,

[5] Cosa que Clavijero pone en duda, "no teniendo este hecho más fundamento que un rumor vano".

> huevos de guajolote, buenas tortas de maíz. Porque sigo esperando. ¿Qué dirá él? ¡Qué rechace pues al tenochca, que lo deje morir solo!

Los *Anales* agregan que se consultó al oráculo:

> Entonces, el sacerdote, el que conoce los libros, el que corta los libros, dijo: "¡Oh mis amados señores! ¡Escuchen pues lo que diremos con toda verdad! En solo cuatro días habremos pasado las cuatro veintenas de días. Y como lo dice el precepto de Uitzilopochtli, ya no sucederá nada. Qué, ¿verán todo eso a escondidas? Dejemos pasar sólo los cuatro días para contar las cuatro veintenas de días" [...] como eso no fue entendido bien, por eso, la guerra empezó de nuevo. [6]

La respuesta de Cuauhtémoc a la propuesta de Cortés fue lanzar una fuerte ofensiva. Los exhaustos y famélicos guerreros mexicas cargaron con grandes alaridos, precedidos por una lluvia de proyectiles, gritando que lo único que deseaban era morir. Lograron matar a un caballo con un arma hecha con una espada española, muchos perecieron en el combate.

Posiblemente sea esta la ocasión en que ocurrió un suceso relatado en el *Códice Florentino*, donde se lee que "Chalchiuhtepehua se escondió tras el muro, allá en Amaxac. Y él era un mexicano de Tlatelolco. Y había observado mucho a un caballo para perforarlo. Y cuando perforó al caballo, enseguida el español que lo montaba cayó por tierra". Se relata también un combate sostenido con los aliados de los blancos:

[6] G. Baudot y T. Todorov, *op. cit.*, pp. 201-202.

> Y una vez sucedió que todos los que nos sitiaban, pero no los españoles, sino todos los otros fueron a juntarse allá, en Teteuhtitlán. Aún era de noche cuando se dejaron ver. Enseguida, entonces, cegaron el agua, obstruyeron un charco llamado Tlaixcuipan [...] Platicaban como loros, levantaban polvo.[7]

Topantemoctzin y Tlacotzin, guerreros águila, fueron contra ellos a bordo de canoas, así como Temilotzin y Coyoeuetzin, guerreros jaguar, que encabezaban el ataque, siendo esta "la única vez en que murieron en gran número nuestros enemigos, los diferentes pueblos [...] el día siguiente sencillamente hizo un tiempo lindo y apacible".

El sábado 10 de agosto los aliados marcharon hacia la ciudad, era tan poca la resistencia que encontraban que ya los aliados, "infinitos dellos", dice Cortés, se atrevían a pasar la noche en ella. Al llegar a la vista del enemigo se limitaron a dar algunos paseos frente a los mexicas, esperando que al fin se rindieran. Cortés, insistiendo, se dirigió, montado en su corcel, a las cercanías de una fuerte barricada, desde donde habló con algunos principales que estaban tras ella, a los que dice conocía. Les recalcó que estaban en el límite de su resistencia física y que los españoles, si así lo quisiesen, en tan sólo una hora podrían matarlos a todos; ya era tiempo de hacer la paz y de que Cuauhtémoc fuera a hablar con él, les prometió de nuevo toda clase de seguridades para el tlatoani, y que serían muy bien tratados si aceptaban la rendición, "con que los provoqué a muchas lágrimas; y llorando me respondieron que bien conocían su yerro y perdición, y que ellos querían ir a hablar con su señor y me volverían presto con la respuesta, y que no me fuese de allí".

Al cabo de poco tiempo regresaron, dijeron que por ser ya tarde su señor no acudiría, pero a las doce del día

7 *Ibid.*, 170.

siguiente iría a hablar con Cortés en la plaza del mercado de Tlatelolco. El extremeño ordenó erigir un estrado y tener preparados alimentos y bebidas para el encuentro con el joven tlatoani; después ordenó la retirada a sus cuarteles.

Al parecer Cuauhtémoc deseaba utilizar un último recurso mágico-religioso. En una reunión de principales y sacerdotes se decidió que un guerrero muy valiente, Tlapaltécatl Opochtzin, del barrio de Coatlan, se ataviase de "tecolote-quetzal", llevando las vestiduras e insignias de Ahuízotl, el padre de Cuauhtémoc. Torquemada refiere que el cihuacóatl Tlacotzin mencionó haber oído de los viejos cómo Huitzilopochtli solía usar dos objetos para atemorizar y ahuyentar a sus enemigos: el Xiuhcóhuatl y la Mamalhuaztli, que ahora le parecía el momento de utilizarlas contra sus enemigos. El primero era un cetro o bastón real en forma de culebra retorcida, cubierto por pequeños mosaicos, llamado *Xiuhcohuatl*; el dios le daba la apariencia de vida al ser arrojada en medio de los enemigos; y el *Mamalhuaztli* era la imagen de un búho hecho de plumajes ricos, confeccionado de manera que provocara temor. Ambos objetos serían llevados por un principal escogido, que se pondría los atavíos de Ahuízotl. Se celebró un sacrificio solemne al dios para propiciar su auxilio.

Cuauhtémoc dijo: "¡Que éste las lleve!, ¡que muera con ellas!, ¡que le muestre a los otros con orgullo! ¡Que así ellos lo vean, que lo vean nuestros enemigos!, ¡que se asusten con ello!"

Y cuando se las hubieron puesto efectivamente asustaba a las gentes, parecía maravilloso. Y ordenaron a otros cuatro que lo ayudaran, que lo acompañaran. Le dieron flechas que eran las del hombre-tecolote, las varas-flechas con punta de pedernal.

Después de hacer esto era como si se hubiera convertido en uno de los soberanos de los mexicanos. El cihuacóatl Tlacotzin dijo:

> ¡Oh mexicanos, oh tlatelolcas!, ¿México acaso no fue nada?, ¿no ha dado nada, la nación mexicana? Se dice que allá se encuentra la regla de Uitzilopochtli, que la proyecta sobre el pueblo. ¡Sólo la Serpiente-de-Turquesa, sólo la constelación de los Gemelos, son su poder! [...] ¡proyéctenla muy vigorosamente contra ellos! [...] partió el tecolote-quetzal. Era como si las plumas de quetzal se hubieran desplegado. Y cuando nuestros enemigos lo vieron, fue como si una montaña se hubiera hundido. Todos los españoles se espantaron. Los asustaba tremendamente, como si vieran algo ahí, sobre él, [8]

relata el *Códice Florentino*. Tlapaltécatl se subió sobre una azotea para mostrarse al enemigo, luego saltó al suelo, escapando y llevándose prisioneros a tres de los aliados, auxiliado por sus acompañantes. "Muy sencillamente, y para siempre, la batalla terminó. Hacía buen tiempo, suave. Ya nada sucedió. Enseguida se fueron nuestros enemigos. El tiempo era lindo y tranquilo. Ya nada sucedió. Entonces, cayó la noche".

Por la mañana del domingo 11 de agosto Cortés y sus hombres se dirigieron a la ciudad, confiando que esta vez acudiría Cuauhtémoc a parlamentar. Ordenó a los suyos estar preparados contra cualquier contingencia o posible traición. Al llegar al mercado de Tlatelolco el extremeño envió aviso al tlatoani. Al poco tiempo se mostraron cinco principales con el mensaje de que su señor le rogaba perdonarle, pero "que tenía mucho miedo de parecer ante mí, y también estaba malo", le pedía que mandara lo que quisiera, ellos lo cumplirían. Cortés se alegró, parecían dar a entender que por fin se podría "dar presto conclusión a todo el negocio"; trató con gran cortesía a los principales y mandó ofrecerles comida y bebida, "en lo cual mos-

[8] *Ibid.*, p. 173

traron bien el deseo y necesidad que dello tenían". Les pidió que intercedieran por la paz ante su señor e insistió en que Cuauhtémoc debía presentarse personalmente, sin su presencia no podrían empezar las negociaciones. Tras prometer que harían todo lo que pudieran se marcharon, llevando algunos alimentos como obsequio para el huey tlatoani.

A las dos horas regresaron, dieron a Cortés varias mantas buenas de algodón, como regalo de su señor, y su respuesta: el huey tlatoani no comparecería ante el capitán, no deseaba hacerlo y no había más que hablar. Cortés les pidió insistir, prometieron volver al día siguiente con una respuesta. Por la tarde regresaron a sus cuarteles. Según Solís, Cuauhtémoc deseaba ganar tiempo para concentrar las canoas mexicas en una laguneta de Tlatelolco, en preparación para una huida inminente, y asevera que Cortés fue avisado.

El *Códice Florentino* afirma que ese día no pasó nada; nadie hablaba, toda la gente estaba abatida, los españoles los observaban, inmutables. Nos da los nombres de quienes tuvieron el mando durante el sitio, "los valientes guerreros, los muy machos": el tlacochcálcatl Coyoueuetzin y Temilotzin, señor de Tzilacan, ambos de Tlatelolco, y los mexicas Tlacotzin, que era el cihuacóatl, y el uitznáhuatl Motelchiuhtzoin.[9]

El lunes 12 de agosto los principales mexicas del día anterior llegaron muy temprano al cuartel de Cortés. Afirmaron que Cuauhtémoc acudiría a la plaza de Tlatelolco para hablar con el capitán. Hacia allá se dirigió el extremeño, esperándolo en vano tres o cuatro horas. Irritado por lo que consideró una burla, pues ni siquiera los mensajeros regresaron, mandó llamar a sus aliados, que estaban a la entrada

[9] Hugh Thomas hace al respecto de los nombres mexicas un comentario parecido al de William Prescott, muy occidental y euro-centrado, manifestando que no debe minimizarse la importancia de sus cargos por la dificultad del lector occidental en pronunciar sus nombres.

de la ciudad, casi a una legua de distancia, los mexicas lo habían exigido como condición para el diálogo. En cuanto llegaron Cortés les dio licencia de atacar. Se lanzaron como enjambres furiosos contra los canales y barricadas que aún quedaban en poder de los mexicas, penetrando todo lo que quisieron, sus adversarios prácticamente no tenían municiones con que defenderse.

Al mismo tiempo Gonzalo de Sandoval zarpó a la cabeza de los bergantines, dirigiéndose hacia la parte contraria del reducto mexica, cercándolos y no dejándoles más espacio en el que andar si no era encima de sus muertos y por las azoteas que les quedaban. Escribe Cortés que fue

> tanta la mortandad que en ellos se hizo por la mar y por la tierra, que aquel día se mataron y prendieron más de cuarenta mil animas; y era tanta la grita y lloro de los niños y mujeres, que no había persona a quien no quebrantase el corazón, e ya nosotros teníamos más que hacer en estorbar a nuestros amigos que no matasen ni hiciesen tanta crueldad que no en pelear con los indios; la cual crueldad nunca en generación tan recia se vio ni tan fuera de toda orden de naturaleza como en los naturales destas partes.

Alva Ixtlilxóchitl afirma que ese día se perpetró

> unas de las mayores crueldades sobre los desventurados mexicanos que se ha hecho en esta tierra [...] Los tlaxcaltecas y otras naciones que no estaban bien con los mexicanos se vengaban de ellos muy cruelmente de lo pasado y les saquearon cuanto tenían. Ixtlilxuchitl y los suyos, al fin, como eran de su patria y muchos sus deudos, se compadecían de ellos, y estor-

baban a los demás que no tratasen a mujeres y niños con tanta crueldad, que lo mismo hacia Cortés con sus españoles.[10]

Los aliados saquearon a placer, obteniendo gran cantidad de despojos. Cortés aduce que no pudieron impedírselos, aunque hicieron lo posible, pero los españoles eran sólo unos 900, mientras los aliados más de 150 000. Aquí revela, al parecer inadvertidamente, uno de los motivos que tenía en su urgencia por pactar la paz y no dejar que los aliados saquearan la ciudad: "porque tomándolos por la fuerza habían de echar lo que tuviesen en el agua, y ya que no lo hiciesen, nuestros amigos habrían de robar todo lo más que hallasen, y a esta causa temía que se habría para vuestra majestad poca parte de la mucha riqueza que en esta ciudad había".

Como era tarde e insufrible el olor de los cadáveres en descomposición, "que era la cosa del mundo más pestilencial", Cortés ordenó la retirada.[11]

Al parecer Cuauhtémoc decidió que era tiempo de rendirse, el *Códice Florentino* afirma que se reunió con los sacerdotes y principales en una asamblea en Tolmayecan. "Se consultaron para saber cómo hacer para obtener lo que sería necesario pagar como tributo, y cómo iríamos a someternos".

10 Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Compendio histórico del reino de Texcoco, Decimatercia relación".

11 Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, II, p. 122, mantiene una opinión peregrina sobre este mal olor; dice que sospechaba que los mexicas no sepultaban a los muertos a propósito, "para incomodar con su fetor a los sitiadores; ni puede persuadirme otra cosa, sabiendo la suma premura de aquellas naciones en celebrar las exequias de sus difuntos"; seguramente a ellos mismos les incomodaría aún más, en realidad no tenían prácticamente espacio alguno en donde sepultarlos, y no querían echarlos al lago a fin de ocultar sus pérdidas al enemigo, poco más adelante encontramos otra explicación .

Por la tarde los españoles se ocuparon en poner a punto tres cañones gruesos que Cortés deseaba utilizar al día siguiente y en preparar las operaciones bélicas que esperaban fuesen las postreras. Aún temían que, al penetrar en el último reducto mexica, el gran número de enemigos que aún había intentaran ahogarlos en los muchos canales del lugar. Se trataba de un estrecho espacio de la antigua ciudad, donde no había agua potable, aunque sí salobre;[12] por ello Cortés deseaba desalojarlos con una ofensiva de artillería.

Al día siguiente ordenó a Pedro de Alvarado ir con sus tropas al mercado de Tlatelolco y esperarlo sin combatir; y a Gonzalo de Sandoval, que estuviera listo para llevar los bergantines hasta una laguneta entre las casas de ese barrio, en la que estaba la flota de canoas mexicas, no se podía llegar a ella por tierra e incluso por agua presentaba dificultades, en varios lugares el fondo era tan bajo que ni siquiera era suficiente para las canoas. Recomendó a Sandoval no utilizar las armas a menos que el enemigo opusiera resistencia.

Quedaban tan pocas casas en pie que Cuauhtémoc "andaba metido en una canoa con ciertos principales, que no sabían que hacer de sí", escribe Cortés. Por si intentaba fugarse los bergantines tenían orden de estar muy alertas e ir tras él. Cortés recomendó mucho a los tripulantes que en tal caso capturasen vivo al tlatoani, pues entonces acabaría la guerra.

Esa noche los mexicas fueron testigos de lo que tomaron como un ominoso presagio:

12 En el barrio de Tenantitech o Tetenamitl, al noreste de la ciudad, hacia el actual Tepito, según afirma Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 537. Alfredo Chavero, *México a través de los siglos*, vol. II, pp. 452-454, opina, siguiendo el Ms. de Tlatelolco, que fue en el centro de Yacacolco, la posterior Santa Ana, y que serían en total unos 60 000 mexicas.

> Y cuando anocheció, enseguida, entonces, llovió en pequeñas gotas. Ya estaba bien obscuro cuando apareció un fuego. Fue visto así, apareció así, como si viniera del cielo, como un torbellino de viento. Venía girando como un huso, venía girando. Era como si una brasa estallara en pedazos, algunos muy grandes, algunos sólo muy pequeños, otros simplemente como chispas. Como un viento de metal se levantó, hacía mucho ruido, tronaba, chisporroteaba. Giró alrededor de un muro que estaba dentro del agua, se fue sobre Coyonacazco. Enseguida llegó al centro del agua, ahí se acabó. Nadie gritó, nadie habló en voz alta, [13]

relata el *Códice Florentino*. Torquemada narra que una lluvia menuda empezó a caer en un tiempo no acostumbrado, se vio un torbellino de fuego, color de sangre, llegado de la dirección de Tepeyacac haciendo gran ruido, moviéndose hacia el lugar donde estaban refugiados los mexicas. Dio una vuelta alrededor de ellos y, después, sin dañarlos, penetró al agua de la laguna, disolviéndose en brasas y centellas y desapareció, dejando a los mexicas muy espantados.

Para el día siguiente Cortés, López de Gómara y Bernal nos ofrecen otra fecha absoluta: era el martes 13 de agosto de 1521 (*Ce-Coatl*, 1-Culebra, segundo día del mes de Xocolhuetzi, año Yei calli de los mexicas).[14]

Una vez reunidas las tropas en la plaza de Tlatelolco y dispuestos los bergantines, un tiro de escopeta dio la señal de avance. La infantería y los aliados penetraron a la pequeña parte de la ciudad aún en poder de los mexicas, empujándolos hacia los navíos, que estaban en la parte de atrás.

[13] G. Baudot y T. Todorov, *op. cit.*, p. 175.

[14] Los "Anales históricos de Tlatelolco", p. 203, dan la fecha como año 3-Casa, en el mes de Nexochimaco, el día 1-Serpiente.

Cortés subió a una azotea para observar el desarrollo de los acontecimientos, alcanzó a ver ciertos principales que ya conocía. Mandó preguntarles el motivo de que su señor se empeñara en su destrucción; que acudiera de una buena vez a hacer las paces, si no sería causa de la muerte de todos ellos. Dos principales partieron para llevar el mensaje a Cuauhtémoc. Poco tiempo después llegó el cihuacóatl Tlacotzin, segundo al mando de las fuerzas mexicas, acompañado por uno de los dos nobles. Cortés le ofreció toda clase de seguridades para Cuauhtémoc, así como para todos los mexicas, si se rendían. El cihuacóatl respondió que de ninguna manera lo harían, su señor deseaba morir entre los suyos, a él en lo personal le pesaba mucho, y que Cortés hiciese lo que quisiera. El extremeño le previno que en ese caso debían prepararse para el combate final.

En esas pláticas y esperas pasaron más de cinco horas en las que muchos mexicas, en su mayoría viejos, mujeres y niños, abandonaron lo que quedaba de su ciudad, yendo hacia el lado enemigo. Al parecer se había esparcido el rumor de que Cuauhtémoc preparaba su huida. Esos desdichados eran tantos e iban tan de prisa que se empujaban unos a otros, cayendo al agua de la laguna, donde se ahogaban. Otros procuraban embarcarse en canoas, intentando abordarlas tantos al mismo tiempo que corrían la misma suerte; muchos trataban de escapar nadando.

Cortés escribe que

> los de la ciudad estaban todos encima de los muertos, y otros en el agua, y otros andaban nadando, y otros ahogándose en aquel lago donde estaban las canoas, que era grande, era tanta la pena que tenían, que no bastaba juicio a pensar como lo podían sufrir; y no hacían sino salir infinito número de hombres y mujeres y niños hacia nosotros. Y por darse priesa al salir,

> unos a otros se echaban al agua, y se ahogaban entre aquella multitud de muertos; que según pareció, del agua salada que bebían y de la hambre y mal olor, había dado tanta mortandad en ellos, que murieron más de cincuenta mil ánimas.

En el último refugio mexica las fuerzas aliadas encontraron infinidad de cadáveres, pues para evitar que los españoles se enterasen de sus pérdidas no arrojaban los muertos al lago, sino que los amontonaban en las casas y calles aún en su poder. Cortés afirma que al ir

> por aquellas calles en que estaban hallábamos los montones de los muertos que no había persona que en otra cosa pudiese poner los pies; y como la gente de la ciudad se salía a nosotros, yo había proveído que por todas las calles estuviesen españoles para estorbar que nuestros amigos no matasen a aquellos tristes que salían, que eran sin cuento.

Bernal Díaz escribe enfáticamente:

> digo que juro, amén, que todas las casas y barbacoas de la laguna estaban llenas de cabezas y cuerpos muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba, pues en las calles y patios del Tatelulco no había otra cosa, y no podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. Yo he leído la destrucción de Jerusalén; mas si fue más mortandad que ésta, no lo sé cierto [...] todos los mas murieron... y hedía tanto que no había hombre que lo pudiese sufrir.[15]

[15] Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. II, cap. CLVI.

Debido al mal olor los capitanes regresaron a sus cuarteles, "y aun Cortés estuvo malo del hedor que se le entró en las narices y dolor de cabeza en aquellos días que estuvo en el Tatelulco".

El extremeño pidió a los aliados no matar a los que salían de la ciudad, eran tantos que no fue posible evitarlo, se dice que más de 15 000 de los no combatientes fueron masacrados.

Los guerreros permanecieron en algunas casas, azoteas, y aun en el agua de los canales. Como ya empezaba la tarde y no había señales de rendición, Cortés ordenó dirigirles el fuego de los dos cañones. Los mexicas permanecieron inconmovibles. Cortés mandó disparar la escopeta, como señal para el ataque. Las tropas arremetieron, expulsando a los mexicas de su último reducto, echándolos al agua, algunos se rindieron.

Mientras tanto Cortés, Pedro de Alvarado, Francisco Verdugo, Luis Marín y otros subieron al templo mayor de Tlatelolco, desde donde podían seguir fácilmente los sucesos.

Sandoval enfiló hacia la laguneta de Tlatelolco con los bergantines y las canoas aliadas, rompiendo entre la flota de canoas mexicas. A los guerreros que estaban a bordo no les quedaban fuerzas para luchar. Cuauhtémoc y sus más cercanos colaboradores y parientes ya habían embarcado, al igual que muchos principales, remando con rapidez en dirección a unos carrizales donde podrían ocultarse para después salir a tierra firme e ir en busca de refugio en algunos pueblos que permanecían leales.

Según Bernal se trataba de 50 grandes piraguas, provistas de buenos remeros, en las que también iban sus familias, joyas y algunos bienes. El cronista declara que el tlatoani ordenó a los demás capitanes embarcarse y tratar de ponerse a salvo, de modo que la laguna estaba llena de canoas.

Francisco de Aguilar difiere, relatando que por la noche Cuauhtémoc abordó una canoa pequeña, con un sólo remero. Fray Diego Durán repite esta versión, agregando que el soberano iba cubierto con un petate. El *Códice Florentino* también sostiene que se trataba de una sola canoa, y que acompañaban al huey tlatoani únicamente dos personas: Tepotzitóloc, "un joven guerrero valeroso", y Yaztachímal, "un joven servidor de Cuauhtémoc", además de un remero, Cenyáotl. "Y entonces, cuando se llevaron a Cuauhtémoc, enseguida, entonces, todas las gentes humildes del pueblo lloraron, dijeron: '¡He aquí que se va el más joven de nuestros señores, Cuauhtémoc! ¡He aquí que va a entregarse a los dioses, a los españoles!'"

A decir de Cortés fue Garcí Holguín, capitán de uno de los bergantines, quien enfiló hacia la canoa en la que iba Cuauhtémoc, al parecerle que llevaba a bordo gente importante. Fernández de Oviedo menciona una canoa con 20 remeros, tan veloz como una saeta; López de Gómara también alude a los 20 remeros y afirma que la canoa iba muy cargada de gente; al igual que Fernández de Oviedo asevera que fue un prisionero mexica que iba en el bergantín quien dijo a Garcí Holguín que en la canoa iban gentes cercanas al soberano, que incluso el monarca mismo podría ir a bordo.

Bernal, más prolífico, relata que Sandoval fue notificado de que Cuauhtémoc huía en una de las canoas y ordenó a los bergantines ir a darles alcance, cuidando de capturar a sus tripulantes con vida. Mandó a Garcí Holguín navegar hacia la parte del lago por donde le habían dicho que iba la canoa de Cuauhtémoc, ya que su bergantín era más velero, ligero y rápido, contando con buenos remeros, además Sandoval y los demás navíos patrullaban más lejos. Garcí Holguín alcanzó al grupo de canoas mexicas; por la forma, riqueza de los toldos y asientos de una de ellas supuso que debía tratarse de la de Cuauhtémoc.

Solís nos proporciona otra versión: afirma que la flota de canoas mexicas tenía instrucciones de atacar a los bergantines para distraer su atención, a fin de que, en medio de la confusión, pudiera escapar la que llevaba a bordo al tlatoani. Las canoas se dispersarían una vez que el soberano estuviera a salvo e intentarían llegar a tierra firme. Acometieron a los bergantines con gran furia, acercándose de manera suicida al alcance de las saetas y balas de los españoles, e incluso de sus espadas y picas. Sandoval observó que seis o siete piraguas escapaban a todo remo por la parte más distante de la laguna, por lo que ordenó a Garcí Holguín darles alcance, tenía confianza en su valor y actividad, así como en la gran ligereza de su bergantín.

Sea como fuese, la embarcación del huey tlatoani fue alcanzada. Cortés refiere que en la proa del navío de Garcí Holguín iban dos o tres ballesteros que apuntaron sus armas hacia los tripulantes, que de inmediato hicieron señas desesperadas de que no dispararan, pues en ella iba su señor. Acompañaban a Cuauhtémoc el soberano de Tlacopan, Tetlepanquetzaltzin, así como otros principales.[16]

López de Gómara narra que, al acercarse el bergantín, Cuauhtémoc se puso de pie en la popa de la canoa, listo para la lucha, pero decidió rendirse al ver las ballestas que les

[16] José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, p. 329, manifiesta que Cohuanacotzin y Tetlepanquetzaltzin, señores de Acolhuacan y de Tlacopan, respectivamente, además de otros principales, iban en la misma piragua que Cuauhtémoc, y que los tres soberanos iban vestidos sólo con mantas de maguey muy sucias, lo cual está tomado del *Códice Florentino*; sin embargo, lo de las mantas debió suceder más tarde. En los caps. XXXIX y XL el códice narra cómo los prisioneros fueron llevados a la terraza donde estaba Cortés, en casa de Aztauatzin, en Amaxac, y posteriormente, en el mismo cap. XL, los vuelven a presentar ante Cortés en otra terraza, en casa de Coyoeuetzin, en Ataczinco, llevando entonces las ropas sucias de tela de maguey.

apuntaban, las espadas desnudas y la mucha ventaja que tenían sobre ellos.

Bernal afirma que Garcí Holguín hizo señas a la canoa de que parara, al no hacerlo, le apuntaron los escopeteros y ballesteros. Cuauhtémoc se rindió diciendo: "No me tires, que yo soy el rey de esta ciudad y me llaman Guatemuz; lo que te ruego es que no llegues a cosas mías de cuantas traigo ni a mi mujer ni parientes, sino llévame luego a Malinche". Solís agrega que, tras abordar Cuauhtémoc el bergantín, el tlatoani tendió la mano a su esposa para que subiera y le dijo a Garcí Holguín, al ver que se preocupaba por el resto de las piraguas, que no sufriese pena por ellas, "porque todos se vendrán a morir donde muriere su príncipe", a una señal suya dejaron caer las armas y siguieron al bergantín.

Bernal narra que Garcí Holguín, muy alegre con su presa, abrazó con gran respeto a Cuauhtémoc al abordar el bergantín junto con su mujer y unos 30 principales. El capitán les pidió sentarse en la popa, sobre unos petates y mantas, ofreciéndoles de comer y sin tocar los bienes que llevaban en las canoas, a las que remolcó con su navío, y que todo ello sucedió a hora de vísperas.[17]

Sandoval fue notificado de la captura, así como que Garcí Holguín llevaba al tlatoani directamente ante Cortés, por lo que, temiendo que su subordinado se adjudicase el mérito

[17] Sobre el sitio en donde fue apresado Cuauhtémoc, Orozco y Berra, *Historia antigua y de la...*, vol. II, p. 545, escribe que Humboldt, en su *Ensayo político*, afirmaba que se decía haber sido en el Puente del Clérigo, cercano a la plaza mayor de Tlatelolco. Humboldt lo había investigado en compañía del padre Pichardo, llegando a la conclusión de que fue en un gran estanque que estaba entre la garita de Peralvillo, la plaza de Santiago Tlatelolco y el puente de Amaxac. Desafortunadamente ninguno de nuestros gobiernos fervientemente mexicanistas, por lo menos de palabra, ha colocado algún monumento conmemorativo, donde pueda recordarse el suceso que dio fin a la nación mexica, invitando a la reflexión del ocasional transeúnte.

ordenó darse prisa a sus remeros y lo alcanzó, exigiéndole la entrega del prisionero. Holguín se negó, aduciendo que había sido él quien lo capturó. Sandoval respondió que le pertenecía por ser el capitán general de los bergantines y estar Garcí Holguín bajo su mando, además de que por ser amigos fue él quien lo había enviado tras el monarca. Sin embargo, Garcí Holguín se rehusó obstinadamente a entregarle su valiosa presa.

Según Bernal un navío se dirigió a toda prisa a notificar la captura a Cortés, deseando ganarse las albricias. El extremeño se encontraba cerca, en Tlatelolco, en la cima del templo mayor. Le reportaron la discusión entre Sandoval y Garcí Holguín. El extremeño envió de inmediato a Luis Marín y a Francisco Verdugo, con órdenes de que tanto Sandoval como Garcí Holguín dejasen de argüir y se presentaran de inmediato, trayéndole con gran respeto a Cuauhtémoc, su familia y acompañantes; él decidiría a quién se otorgaría la honra de haber capturado al soberano. Mandó preparar un estrado con petates, mantas y sillas, así como abundante comida.

Mientras tanto continuaba la lucha en la ciudad, con el objetivo de distraer a los aliados mientras escapaba Cuauhtémoc; una vez enterados de la captura, los mexicas se retiraron atropelladamente. Cortés mandó a sus capitanes el cese al fuego y que se mantuvieran a distancia hasta nueva orden.

Alva Ixtlilxóchitl manifiesta que aunque Ixtlilxóchitl intentó capturar a Cuauhtémoc no lo pudo hacer, iba a bordo de una canoa menos rápida que el navío de Garcí Holguín; aun así, logró alcanzar a dos piraguas en las que iban algunos príncipes y señores, entre ellos Tetlepanquetzaltzin, de Tlacopan, Tlacahuepantzin, hijo de Motecuhzoma, y otros varios; "y en la otra iban la reina Papantzin Oxocotzin, mujer legítima que había de ser de Quauhtémoc que fue del rey Quitlahua, con muchas señoras".

El *Códice Florentino* relata que Cortés estaba en la azotea, o en la terraza, de la mansión de un tal Aztautzin, en Amaxac, "bajo un palio, un palio rayado de diferentes colores. Observaba a las gentes del pueblo. Los españoles lo rodeaban, se consultaban entre ellos".

Cortés sólo dice que Garcí Holguín llevó a sus prisioneros a la azotea donde se encontraba, junto al lago. El extremeño les pidió sentarse. Cuauhtémoc se aproximó, le dijo que ya había hecho todo lo que podía hacer por los suyos, que hiciera de él lo que quisiera, y poniendo la mano en un puñal que Cortés traía al cinto le pidió matarlo. El extremeño intentó infundirle ánimos, pidiéndole que no tuviese temor alguno. López de Gómara añade que lo recibió como a un rey. Prácticamente todos los cronistas españoles están de acuerdo sobre el incidente del puñal.[18]

Bernal, como de costumbre, nos proporciona más información; relata que ambos, Sandoval y Garcí Holguín, llevaron a Cuauhtémoc ante Cortés, quien lo recibió con grandes muestras de respeto, lo abrazó con mucha alegría, mostrándole gran amor y fue extremadamente amable con los acompañantes del vencido monarca. Cuauhtémoc le dijo entonces:

> "Señor Malinche: ya he hecho lo que soy obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más, y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma ese puñal que tienes en la cinta y mátame luego con él" [...] Y esto cuando se

[18] Christian Duverger, en vez del pedido del puñal por Cuauhtémoc, dice que "la leyenda cuenta que se precipitó" sobre el puñal de Cortés "y que intentó suicidarse", peregrina aseveración. *Cfr. Cortés*, p. 218.

lo decía, lloraba muchas lágrimas y sollozos, y también lloraban otros grandes señores que consigo traía.[19]

Cortés le respondió, a través de Marina y de Aguilar, que lo apreciaba mucho por el gran valor que había mostrado, que no era culpable de nada, sus actos debían tenerse más a bien que a mal, y lo pasado pasado era; ya no había remedio en tanta muerte y destrucción, por lo tanto debía descansar su corazón, pues "que él mandaría a México y a sus provincias como de antes". Cuauhtémoc y sus capitanes lo agradecieron.[20]

Cortés inquirió por Isabel-Tecuichpo, esposa del monarca, así como por las otras grandes señoras que le habían dicho venían con Cuauhtémoc. El tlatoani respondió que él mismo había pedido a Sandoval y a Garcí Holguín que les permitiesen quedarse en las canoas hasta ver lo que Cortés determinaba. El extremeño de inmediato envió por ellas y ordenó darles a todos de comer de lo mejor que tenían. Como ya era tarde y empezaba a llover, el extremeño se fue a Coyoacán, llevándose a Cuauhtémoc, así como a sus familiares, principales y sirvientes, y ordenó a Alvarado, Sandoval y a los otros capitanes que cada quien se retirara a su propio cuartel.

Alva Ixtlilxóchitl afirma que también Ixtlilxóchitl llevó sus prisioneros ante Cortés, enviando a Texcoco a la reina, así como a las demás señoras, bajo fuerte guardia.

Fray Diego Durán declara que Cuauhtémoc era un mozo de muy poca edad, "aunque gentil hombre y de buen pa-

19 Bernal Díaz, *op. cit*., vol. II, cap. CLVI. Tachado en el original: "y el mismo Guatemuz le iba a echar mano del...".

20 Según los "Anales históricos de Tlatelolco", pp. 202-203, los señores de Tlatelolco, Coyoueuetzin, Topantemoctzin y Temilotzin fueron con Cuauhtémoc ante Cortés, Pedro de Alvarado y Marina; y posteriormente se instalaron en Cuautitlán.

recer". Una vez ante Cortés pidió a los intérpretes decir al capitán

> que tome ese puñal y me mate. Y extendiendo la mano sacó al Marqués un puñal que en la cinta tenía y se lo puso en la mano, rogándole le matase con él. El Marqués se demudó y se turbó, aunque no hizo ningún mudamiento de asiento; antes con palabras muy blandas y amorosas le habló y regaló y le hizo sentar cabe sí.[21]

El *Códice Florentino* relata que todos los españoles acudieron, curiosos por ver a Cuauhtémoc, lo llevaron de la mano ante Cortés y éste le "alisó los cabellos", lo sentaron cerca de él "e hicieron disparar las trompetas-de-fuego, pero no tocaron a nadie con ellas, solamente tiraron por encima de ellos, los disparos únicamente pasaron por encima de las gentes del pueblo". Debió tratarse de salvas celebrando la victoria.

López de Gómara narra que Cortés pidió a Cuauhtémoc ordenar a sus guerreros desde la azotea cesar toda resistencia, y así lo hizo. Exigieron que salieran sin armas y sin tamemes, admirándose del gran número de gente que irrumpía después de tanta mortandad. "Cuidóse mucho de que no se les hiciese molestia alguna, y eran tan respetadas las ordenes de Cortés, que no se oyó una voz descompuesta entre aquellos confederados, que tanto los aborrecían", afirma Solís.

Un poema nativo describe la prisión de los señores:

[21] Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. II, cap. LXXVII.

¡Es cercado por la guerra el tenochca;
es cercado por la guerra el tlatelolca!
Ya se ennegrece el fuego, ardiendo revienta el tiro:
ya la niebla se ha difundido:
¡Ya aprehendieron a Cuauhtemoctzin:
una brazada se extiende de príncipes mexicanos!

Los confortaba Tlacotzin y les decía:
"Oh sobrinos míos, tened ánimo": con cadenas de oro atados,
prisioneros son los reyes.

Responde el rey Cuauhtemoctzin:
"Oh sobrino mío, estás preso, estás cargado de hierros".
¿Quién eres tú, que te sientas junto al Capitán General?
¡Ah es doña Isabel, mi sobrinita!
¡Ah, es verdad, prisioneros son los reyes!

Por cierto serás esclava, serás persona de otro:
será forjado el collar, el quetzal será tejido, en Coyohuacán.

¿Quién eres tú, que te sientas junto al Capitán General?

¡Ah es doña Isabel, mi sobrinita!
¡Ah, es verdad, prisioneros son los reyes![22]

En cuanto al pleito entre Sandoval y Garcí Holguín, Bernal dice que Cortés les contó a ambos una historia: en tiempo de los romanos hubo una contienda similar entre Mario y Sila: Sila tomó preso a Yugurta, deseando llevarlo encadenado en su entrada triunfal a Roma. Mario, que era el capitán general, objetó que sólo él podría hacerlo, sobre ello se desató una guerra civil; no se determinó nunca a quién se le daría la honra de la captura. Por tanto, él le escribiría al emperador pidiéndole juzgar ese caso. Dos años después

22 Birgitta Leander, *Flor y canto*, p. 259.

Carlos V determinó que Cortés podía usar, en su escudo de armas, las figuras de siete reyes: de Motecuhzoma, de Cacama, de los señores de Iztapalapa, Coyoacán y Tlacopan; de otro gran señor sobrino de Motecuhzoma, señor de Matlatzinco, y la de Cuauhtémoc. (En realidad se le permitió colocar en su escudo de armas, en el cuartel de arriba de la izquierda, tres coronas en campo negro, una sobre las otras dos, como perenne recuerdo de haber vencido a tres señores de México en sucesión: Motecuhzoma, Cuitláhuac y Cuauhtémoc, aunque hay quien dice que fue por Cacama, Motecuhzoma, y Cuauhtémoc.)

Cortés escribió al emperador que "así, preso este señor, luego en ese punto cesó la guerra, a la cual plugo Dios Nuestro Señor dar conclusión martes, día de San Hipólito, que fueron 13 de agosto de 1521 años". Bernal agradece la victoria: "Gracias a Nuestro Señor Jesucristo y a Nuestra Señora la Virgen Santa María, su bendita madre. Amén"; agrega que llovió, relampagueó y tronó toda la tarde, "y hasta media noche mucho más agua que otras veces. Y después que se hubo preso Guatemuz quedamos tan sordos todos los soldados como si de antes estuviera un hombre encima de un campanario y tañese muchas campanas, y en aquel instante que las tañían cesasen de tañerlas", pues durante tres meses, día y noche, los mexicas no habían cesado de lanzar grandes gritos, voces y silbidos, y en sus templos "los malditos atambores y cornetas y atabales dolorosos nunca paraban de sonar"; continuamente había tanto ruido "que no nos oíamos los unos a los otros, y después de preso Guatemuz cesaron las voces y todo el ruido". El silencio absoluto debió impresionarlos luego de tres meses de fragor continuo.

Españoles y aliados se dedicaron a un brutal saqueo el resto del día, regresando tarde a sus campamentos, "dando

gracias a Nuestro Señor por tan señalada merced y tan deseada victoria", escribe Cortés.

El 13 de agosto quedó indeleblemente marcado en la historia de México. Durante la Colonia se celebraba en esta fecha la victoria con varios festejos, entre ellos el famoso Paseo del Pendón. San Hipólito fue nombrado santo patrón de la Ciudad de México. En la actualidad, aunque a veces no se sabe el motivo, el martes 13 es considerado como día de particular mala suerte. ("Martes, ni te cases, ni te embarques, ni de tu casa te apartes".)

El extremeño declara que habían transcurrido 75 días a partir del inicio del sitio, el 30 de mayo de ese año. No menciona el total de bajas sufridas por su ejército, ni por el de los mexicas y menos de sus aliados. López de Gómara asevera que el sitio se prolongó por tres meses, en los cuales murieron unos 150 españoles, seis caballos, y no muchos aliados (cifra muy baja); y de los mexicas 100 000, "y según otros dicen, muchísimos más, pero yo no cuento los que mató el hambre y la pestilencia [...] en la que murieron infinitos".

Bernal afirma que el sitio duró 93 días. No hace un recuento de las bajas, pero menciona que vio sacrificar en su transcurso entre 62 y 78 españoles.

Cervantes sigue a Cortés en cuanto al número de días, aunque afirma que muchos conquistadores decían que fueron más de 80. Alva Ixtlilxóchitl declara que, según las pinturas y relaciones nativas que seguía, duró 80 días, muriendo más de 30 000 acolhuas, además de 200 000 de los otros aliados; y más de 240 000 mexicas, entre ellos casi toda la nobleza, "que apenas quedaron algunos señores y caballeros, y los más, niños y de poca edad".

El *Códice Aubin* concuerda en que el sitio duró cuatro veintenas de días. Chimalpahin menciona 90 días, añadiendo que los mexicas fueron vencidos en el mes de Tla-

xochimaco. Clavijero afirma que habían pasado 196 años desde la fundación de Tenochtitlan y que el sitio duró 75 días, pereciendo más de 100 españoles y muchos millares de indígenas.[23] Si continuamos con esta contabilidad también habían transcurrido dos años y medio desde la llegada de Cortés y de sus hombres a las costas mexicanas; y casi 29 años desde que el almirante de la Mar Océana, Cristóbal Colón, pisara por primera vez las tierras del Nuevo Mundo.

Fernández de Oviedo compara el sitio de México-Tenochtitlan con el de Jerusalén, cosa que posteriormente hicieron varios cronistas; dice que, de acuerdo con la relación de Flavio Josefo, el sitio de la ciudad santa efectuado por el emperador romano Tito duró del 13 de abril al 1 de julio y murieron entre 115 000 y 600 000 personas. Fernández de Oviedo opina que fue mayor destrucción la de México: "Muchos hidalgos e personas he visto de los que en esto de Temistitán se hallaron, a quien oí decir que este número de los muertos, mas lo tienen por incontable y excesivo al de Hierusalem, que no por menos de la cuenta o relación de Josefo".

Fray Toribio de Benavente, Motolinía, refleja la opinión de su época, matizada de catolicismo, de que los mexicas fueron vencidos debido a sus pecados:

> salieron las ranas locales, hinchadas y soberbias, murmuradores del cielo, de los vicios y pecados que en aquella ciudad más que en toda la tierra se cometían, y en la guerra fueron muertos muy muchos de ellos. Estos eran los espíritus inmundos que salían por la boca del dragón y de la bestia a manera de ranas, cuando el sexto ángel derramó su

[23] Clavijero, *op. cit.*, II, p. 122.

fiola o vaso en el río Eufrates; por el dragón son entendidos los detractores maliciosos, murmuradores; por la bestia, los que vivían bestialmente en diversos vicios y pecados, que fueron los que por la mayor parte en esta segunda plaga murieron. Bien se puede a este propósito traer y decir del agua de México *quam pro piscibus eructavit fluvius ranarum multitudinem* [Sabiduría, XIX, 10]: el agua cenosa de la laguna de México en lugar de peces dio ranas, en la cual andaban los muertos hinchados, sobreaguados, a manera de ranas tiene los ojos salidos del casco [cráneo], sin cejas ni cobertura, mirando a una parte y a otra, denotando en esto que los pecadores son disolutos sin guarda del corazón, y estos eran los que en esta plaga murieron, y andaban sus cuerpos ansí en el agua, como en tierra, hediendo como pescado hediondo, de lo cual muchos enfermaban.[24]

El ombligo del mundo, la urbe soberbia y guerrera que había extendido sus dominios desde un pequeño islote arenoso en los lagos del Altiplano central hasta dominar gran parte de Mesoamérica, la gran ciudad de México-Tenochtitlan, sufrió, durante todos esos largos, inacabables, infinitos días de sitio, enormes tormentos, tanto físicos como psíquicos. Los orgullosos, invencibles caballeros tigre y águila habían perecido en su gran mayoría. La población civil sufrió de hambre atroz y del terrible suplicio de la sed, contemplando, cual Tántalo, las aguas de los canales y del lago, sin poder beberlas. Vieron reducirse a informes escombros su hermosa ciudad, sus casas, sus grandes palacios y templos; lloraron la muerte brutal de lo mejor de su raza, sufriendo el odio implacable de los pueblos a los que habían sojuzgado y oprimido y la co-

[24] Fray Toribio de Benavente, Motolinía, *Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, I parte, cap. II, p. 24.

dicia y ambición de los europeos por suplantarlos, como una primicia sacrificial de lo que le esperaba al resto de América.[25]

[25] Hernán Cortés, Tercera Carta de Relación; G. Baudot y T. Todorov, "Anales históricos de Tlatelolco", pp. 191, 198, 200-202; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV, lib. XXXIII, caps. XXIX, XXX, XLVIII; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, pp. 208-211; *Códice Florentino*, lib. XII, caps. XXIV, XXXVIII-XL; fray Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, 8a. jornada; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. V, caps. CLXXXVIII-CXCVII; G. Baudot y T. Todorov, "Códice Aubin", p. 214; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. II, caps. CLI-CLVI; Durán, *op. cit.*, vol. II, cap. LXXVII; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, IV, déc. III, lib. II, caps. VI, VII; fray Juan deTorquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, caps. XCIX-CI; Alva Ixtlilxóchitl, *op. cit.*; Chimalpahin, "Séptima relación"; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. V, caps. XXIV-XXV.

CAPÍTULO XXIX

El final

Y todo esto en nosotros acaeció; lo vimos nosotros, lo admiramos.
Fue espantoso y tremendo lo que nosotros padecimos angustiados.[1]

¿Qué podrá hacer mi corazón? En vano hemos llegado,
hemos brotado en la Tierra.
¿Solo así he de irme como las flores que perecieron? ¿Nada quedará de mi nombre?
¿Nada de mi fama aquí en la Tierra? ¡Al menos flores, al menos cantos!
¿Qué podrá hacer mi corazón? En vano hemos llegado,
hemos brotado en la Tierra.[2]

Tras la captura de Cuauhtémoc un éxodo masivo de seres humanos macilentos, cadavéricos, famélicos, con la muerte y una total desesperanza reflejada en los ojos emergió del último reducto de la destrozada ciudad. Esto constituye de cierta forma el inicio del largo peregrinaje por los caminos de la miseria, la explotación y la agonía en el que por siglos han transitado los indígenas de América.

El número de los que así salieron se ha calculado desde 30 000 hasta 70 000, sin incluir las mujeres y los niños. Según Bernal fue Cuauhtémoc quien, debido al insoportable olor que despedían los muertos, pidió a Cortés conceder licencia a los

1 Ángel María Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, vol. I, p. 453.
2 Birgitta Leander, *Flor y canto*, p. 103.

que permanecían en la ciudad de irse a los pueblos cercanos. El extremeño se la concedió, "digo que en tres días con sus noches en todas tres calzadas, llenas de hombres y mujeres y criaturas, no dejaron de salir, y tan flacos y amarillos y sucios y hediondos, que era lástima de verlos", afirma el cronista.

Las fuentes cuasiindígenas son elocuentes y trágicas, los *Anales de Tlatelolco* lo expresan así:

> De esta manera fue como pereció el mexicano, el tlatelolca. Abandonó sus ciudades [...] Ya no teníamos escudos, nuestras espadas de filo de obsidiana, ya no teníamos escudos, ya no teníamos comida. Así, toda una noche llovió sobre nosotros [...]
>
> Cuando fueron prendidos fue cuando empezaron a escaparse las gentes del pueblo, a buscar donde morar. Mientras escapaban, algunas mujeres-amadas se fajaron las nalgas con harapos. Por todas partes los cristianos las esculcaban, las despojaban de sus faldas, las exploraban por todas partes, en sus orejas, en sus bocas, en su vientre, en sus cabellos.
>
> Y entonces, de esta manera fue como se escaparon las gentes del pueblo. Se repartieron por todas partes, en las ciudades, en los rincones, cerca de las casas de los otros en escondites.
>
> El gran guerrero valiente, el guerrero viril, donde aparecía no llevaba más que harapos. También, de la misma manera, las mujeres-amadas llevaban faldas deshilachadas como cabellos, llevaban camisas de tela parchadas.[3]

El *Códice Florentino* enfatiza la codicia de los vencedores:

> por todas partes, a la orilla de los caminos, los españoles desvalijaban a las gentes, buscaban oro, no tenían en cuenta para

[3] Georges Baudot y Tzvetan Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, pp. 202-203.

nada el jade, ni las plumas de quetzal, ni las turquesas. En todas partes lo llevaban, ese oro, en sus corpiños, en sus faldas, las mujeres queridas. Y nosotros, los hombres, por todas partes lo llevábamos en el taparrabos y en la boca.

Y los españoles se llevaban, escogían a las mujeres, a las mujeres bonitas, a aquellas cuyo cuerpo era amarillo, las que eran amarillas. Y algunas mujeres, cuando se las iban a llevar, se cubrían con lodo el rostro y se ponían harapos remendados, como blusa se ponían harapos mugrientos; sólo se pusieron todas harapos mugrientos.

Y también escogieron a algunos de entre nosotros, los hombres, los que eran robustos, de corazón viril; y también a jovencitos humildes que la harían de mensajeros [...] A algunos de ellos enseguida los marcaron en el rostro con fuego, a otros los marcaron en las mejillas, a otros los marcaron en los labios.[4]

Fray Juan de Torquemada nos permite entrever, con un ejemplo particular, la desgracia en que cayó lo que quedaba de la nobleza mexica. Narra que había oído contar a un mestizo (fray Juan de Tovar, autor del *Códice Ramírez*, quien dice fue uno de los primeros mestizos en nacer en Tlatelolco), cómo una tía suya, hermana de su madre, junto con otra señora, ambas principales, se metieron al agua de la laguna, entre grandes tulares, hasta que les llegó a la garganta. Llevaban sólo un puñado de maíz crudo para su sustento, permanecieron ahí tres largos días por el gran temor que tenían de los vencedores, así como al hondo espanto de haber presenciado tantas muertes. El puñado de maíz se lo comieron grano a grano, racionándolo al extremo.

4 *Ibid*., p. 179.

Cortés sólo escribe que tras la rendición mexica permaneció en sus cuarteles por tres o cuatro días, dando las órdenes pertinentes para terminar con las operaciones militares. Ya que quedó desierta envió un piquete de españoles a inspeccionar. Las pocas casas que quedaban en pie estaban repletas de muertos, y de algunos aún vivos, muy débiles, no les quedaban energías para moverse, "y lo que purgaban de sus cuerpos era una suciedad como echan los puercos muy flacos que no comen sino hierba", dice Bernal.

Según Cervantes, los que tenían poco tiempo de muertos no se agusanaban, sino que se secaban, quedando como momias, cosa que se atribuyó a la escasa alimentación que tuvieron y al salitre de la tierra.

Bernal asevera que los soldados de los bergantines fueron los que obtuvieron la mayor parte del botín, así como la menor parte de las heridas, pues podían llegar a bordo de sus navíos hasta las casas y carrizales más lejanos, donde ocultaban los mexicas sus bienes. En ocasiones encontraban canoas con principales a bordo que intentaban huir y los despojaban de sus pertenencias. Al ser interrogados, Cuauhtémoc y los nobles principales "dijeron a Cortés, cuando les demandaba el tesoro de Montezuma, que los que andaban en los bergantines habían robado mucha parte de ello".

El extremeño ordenó prender cantidad de fogatas en la ciudad, con el doble propósito de celebrar la victoria y tratar de eliminar el horrible hedor de carne en descomposición que envenenaba la atmósfera. Fueron tantas las hogueras que la noche era tan clara como el día. Los españoles también se dedicaron a herrar como esclavos a muchos hombres y mujeres.

Cortés mandó que los bergantines fueran encallados en tierra, dejando a su cuidado a Juan Rodríguez de Villafuerte, a la cabeza de una fuerte guardia, por si acaso los mexicas

aún tuviesen ánimos de incendiarlos; más tarde se construirían unas atarazanas para guardarlos.

El extremeño pidió a Cuauhtémoc que su gente reparara el acueducto que partía de Chapultepec hacia México-Tenochtitlan, así como las calzadas de la laguna, y que enterrasen a sus muertos. La ciudad había quedado "tan desbaratada e destruida, que casi no quedó piedra sobre piedra".[5]

Cuauhtémoc y sus capitanes se quejaron con Cortés de que, a lo largo del sitio, muchos españoles habían capturado a las hijas y esposas de los principales, le suplicaron se las devolvieran. El extremeño respondió que las buscarían y se las entregarían tras verificar si se habían convertido o no al catolicismo y de preguntarles si deseaban o no volver con sus padres y maridos. Mandó pregonar que quienes las tuviesen las entregaran si ellas no se oponían. Los principales mexicas realizaron una extensiva búsqueda, encontrando a muchas, aunque a decir de Bernal varias se negaron a regresar con los suyos, otras se escondían; hubo algunas que ya estaban embarazadas (lo cual debe haber sido bien rápido), finalmente sólo recuperaron a tres de sus mujeres. Posiblemente, si esto es verdad, una razón de peso para que las mujeres no desearan ir con los suyos fue asegurar su sustento e incluso tal vez el de sus familias, al quedarse con los vencedores.

Escribe Cortés que tras pocos días se trasladó a Coyoacán, sitio en el que instaló su cuartel general, y en "donde hasta ahora he estado entendiendo en la buena orden, gobernación y pacificación destas partes". Un cantar mexica lo rememora:

5 Pregunta 169 del interrogatorio general del Juicio de Residencia de Cortés, DC, II, p. 252.

> Pasados nueve días son llevados en tumulto a Coyohuacán
> Cuauhtemoctzin, Coanacoch, Tetlepanquetzaltzin:
> Prisioneros son los reyes.[6]

El extremeño pidió a sus aliados trasladarse a Coyoacán, llegaron vestidos con sus mejores galas, en son de fiesta, felicitando a Cortés por el gran triunfo obtenido y ofreciéndole sus servicios para lo que necesitase. El capitán abrazó con gran afabilidad a los principales, sobre todo a Chichimecatecuhtli, a los hijos de Xicoténcatl y a Ixtlilxóchitl, agradeciéndoles la gran ayuda que le habían prestado al emperador en la conquista de México-Tenochtitlan. Como era su costumbre también les hizo grandes promesas sobre beneficios futuros: se encargaría de velar por su bienestar, se aseguraría de que el emperador retribuyese adecuadamente sus servicios y su lealtad, en un próximo futuro tendrían más tierras y más vasallos y todos vivirían en libertad, pues había terminado para siempre la tiranía de los mexicas.

Después los despidió, diciéndoles que una vez terminada la guerra ya podían regresar a sus tierras, en caso de que tuviera necesidad los mandaría llamar. Partieron alegres y ricos con sus despojos, "y aun llevaron harta carne de cecina de los mexicanos, que repartieron entre sus parientes y amigos y como cosas de sus enemigos la comieron por fiestas", dice Bernal; iban satisfechos de la destrucción de México; entre ellos estaban Tlamapanatzin y Atonaletzin, presentes durante el sitio, ayudando en lo que pudieron.[7]

Alva Ixtlilxóchitl asevera que los tlaxcaltecas saquearon la ciudad de Texcoco en su camino de regreso, así como otros lugares, entrando por la noche, cogiendo desprevenidos a los acolhuas. Cuando poco después Ixtlilxóchitl

6 B. Leander, *Cantares mexicanos*, p. 259.
7 DC, I, pp. 60-76.

fue a Texcoco la encontró arruinada, envió mensajeros a reclamar el daño a los tlaxcaltecas quienes se disculparon, aduciendo que fueron los españoles quienes se lo habían mandado hacer.

Gracias a Bernal sabemos algo de la celebración de la victoria. Relata el cronista que, tras dar gracias a Dios, Cortés organizó un banquete en Coyoacán, contando con buena cantidad de vino y con cerdos de las islas, llegados a la Villa Rica poco tiempo antes a bordo de un navío. Al parecer no todos los españoles fueron invitados, el extremeño se limitó a convidar a sus partidarios y a aquéllos con quienes deseaba quedar bien. Bernal se queja de que no hubo asientos ni mesa puesta para la tercera parte de los presentes, "y hubo mucho desconcierto, y valiera más que no se hubiera aquel banquete por muchas cosas no muy buenas que en él acaecieron". Estamos enterados de algunas de esas "muchas cosas no muy buenas", pues aunque el cronista censuró su relato, tachándolo en el original, aún es legible.

Los conquistadores abusaron del vino, algunos se subieron a las mesas, otros estaban tan ebrios tras la comida que no lograban salir al patio; algunos rodaron por las gradas; muchos se vanagloriaban de que comprarían caballos con sillas de oro con su parte del botín; los ballesteros afirmaban que mandarían hacer sus saetas de oro.

Después empezó el baile con las pocas mujeres españolas que había:

> la vieja María de Estrada, que después casó con Pedro Sánchez Farfán, y Francisca de Ordaz, que casó con un hijodalgo que se decía Juan González de León; la Bermuda, que casó con Olmos de Portillo, el de México; otra señora, mujer del capitán Portillo que murió en los bergantines, y esta por estar viuda no la sacaron a la fiesta, e una fulana Gómez, mujer que fue

de Benito de Vegel, y otra señora que se decía la Bermuda [sic] y otra señora hermosa que casó con un Hernán Marín, que ya no se me acuerda su nombre de pila, que se vino a vivir a Guaxaca, y otra vieja que se decía Isabel Rodríguez, mujer que en aquella razón era de un fulano de Guadalupe, y otra mujer algo anciana que se decía Mari Hernández, mujer que fue de Juan de Cáceres el Rico, de otras ya no me acuerdo que las hubiese en la Nueva España.[8]

Las parejas danzaban grotescamente, los hombres vestidos con escaupiles, "que me parece era cosa que si se mira en ello es cosa de reír".

Al día siguiente siguieron los festejos: los de caballería jugaron a la sortija, "e ansí mesmo valiera más que no la hubiera", sentencia Bernal, aunque esta vez no nos proporciona los detalles, ni siquiera tachados.

Fray Bartolomé de Olmedo se quejó con Sandoval de tantas frivolidades. Notificado, Cortés mandó llamar al fraile, le aseguró que era necesario proporcionar alguna diversión a la soldadesca después de tantos y tan arduos días de lucha, afirmándole que había dado su permiso de mala gana; sin embargo, debido a los excesos ocurridos era conveniente que se congraciaran con Dios, por lo que le pidió organizar una misa y una procesión, y que en su sermón les recordara que no debían tomar a las mujeres indígenas (de lo cual ciertamente no daba el ejemplo), ni hurtar los bienes de los nativos, ni tener pendencias.

Fray Bartolomé organizó el llamado desagravio. Encabezaron la procesión las banderas, había algunas cruces esparcidas a todo lo largo, y la cerraba una imagen de la Virgen. Contritos, los españoles cantaban letanías religiosas. Al día

8 Bernal Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, vol. II, cap. CLVI.

siguiente fray Bartolomé realizó su prédica, muchos comulgaron en la misa que se celebró, entre ellos Cortés y Pedro de Alvarado, dando gracias por su gran victoria. Así, absueltos, podían volver a pecar con la conciencia tranquila.

Luego del triunfo su gran preocupación fue recuperar los tesoros perdidos durante la Noche de la Huida y adueñarse de todas las riquezas que aún tuvieran los mexicas (olvidando muy pronto lo de no hurtar).

Ya fuera tras los días de celebración o el día siguiente a la captura de Cuauhtémoc, el 14 de agosto, como lo quieren algunos cronistas, Cortés fue a la ciudad destruida. El *Códice Florentino* narra la escena: empezaba a salir el sol cuando

> una vez más llegaron los españoles. Eran muchos [...] ya no llevaban sus espadas de metal ni sus escudos. Solamente, todos cubrían su nariz con lienzos blancos y muy finos; sentían nauseas a causa de los muertos que ya olían mal, que ya apestaban. Todos iban a pie [...] Los españoles iban en filas, dos cuerdas que se alargaban, que iban a terminar a lo lejos, que llegaban lejos.[9]

Llevaban con ellos a los tres señores de la antigua Triple Alianza: Cuauhtémoc, ataviado con un manto brillante de fibra de maguey decorado con plumas de colibrí anudado sobre sus hombros, aunque roto en el medio; Cohuanacotzin, señor de Acolhuacan, vestido con una manta hecha con hilo de maguey, adornada con imágenes de flores; y Tetlepanquetzaltzin, señor de Tlacopan, también con una manta de maguey. Los tres con las vestiduras muy sucias. Tras ellos varios nobles y sacerdotes principales: el cihuacóatl Tlacotzin, el tlillancalqui Petlauhtzin, el uitznáhuatl Motelchiuht-

9 G. Baudot y T. Todorov, *Relatos aztecas de la conquista,* pp. 179-180.

zin, el sumo sacerdote, el decano de los sacerdotes Coatzin, el tesorero Tlazolyáotl, el mixcoatlailotlac Auelitoctzin y el noble Yopícatl Popocatzin.

Se dirigieron a Atactzinco, en Tlatelolco, hacia la morada del tlacochcálcatl Coyoueuetzin, que era lo bastante grande como para dar cabida a todos, pues el palacio de Cuauhtémoc había sido destruido. Subieron a la azotea donde se había erigido un gran toldo de tela de algodón rayado de varios colores que proporcionaba sombra a un estrado. Cortés tomó asiento, Marina de pie junto a él. Enseguida empezó el interrogatorio a los señores sobre el paradero del tesoro. Los nobles mandaron traer las riquezas que poseían: "entonces se sacó de las barcas todo el oro: los estandartes adornados con oro, las mitras de oro, los brazaletes de oro, las perneras de oro, los cascos de oro, los discos de oro. Y todo lo depositaron ante el capitán", dice el *Códice Florentino*.

No satisfecho, Cortés preguntó si era todo; debían buscar bien, seguramente aún faltaba buena cantidad. Le respondió Tlacotzin: "¡Que se digne escucharme nuestro señor el dios! Lo que se tomaba para nuestro palacio, todo eso lo encerrábamos bajo ladrillos, todo eso se emparedaba. ¿Acaso no es verdad que nuestros señores [los españoles] se lo llevaron todo?". Cortés le recordó que lo que tomaron fue abandonado en el canal de los toltecas la Noche de la Huida y que los mexicas lo habían recuperado, por lo que ahora debían entregarlo nuevamente.

El cihuacóatl Tlacotzin adujo que los tlatelolcas se habían llevado el tesoro; Cuauhtémoc lo rebatió diciendo que, si bien algunos tlatelolcas lo habían tomado, se había obligado a los culpables a entregarlo de nuevo, mas lo que se recuperó estaba depositado en el montón que estaba ante Cortés. El capitán exigió entonces que entregaran 200 piezas de oro del tamaño que les indicó, haciendo un círculo con sus manos.

Al parecer en esta ocasión también se tocó el asunto de los tributos que solían recibir los mexicas y se habló sobre su recolección, los sitios en que lo entregaban y qué era lo que cada población daba (aunque supuestamente todo esto ya lo habían visto con Motecuhzoma). Torquemada sostiene que Cortés nombró señor de Tlatelolco a un principal, Ahuelitoctzin, que una vez bautizado tomó el nombre de Juan, y aunque al principio se rehusaba por no ofender a Cuauhtémoc, finalmente aceptó, pues el huey tlatoani le dijo que obedeciera las órdenes del capitán. A Cuauhtémoc lo dejó como titular de su señorío de Tenochtitlan. El fraile no menciona si a Cohuanacotzin y a Tetlepanquetzaltzin se les confirmó en algún señorío.

Los *Anales de Tlatelolco* mencionan la búsqueda de riquezas que organizaron los mexicas para entregarlas a sus nuevos amos:

> Enseguida, después, se buscó oro, se examinó a las gentes, se interrogó a las gentes, para saber si de casualidad tenían un poco de oro, si lo habían tomado, si lo habían colocado en el escudo, en las insignias de guerra, o si por casualidad lo tenían en su ornamento labial, en el dije para el labio, si por casualidad habían guardado alguna cosa para ellos, quizá oro, quizá su ornamento para la nariz en forma de luna, quizá su dije. Pronto, enseguida, todo fue juntado [10]

y entregado a los principales encargados de su recolección, que lo llevaron en canastas de palma ante Cortés, en Coyoacán.

El extremeño les gritó iracundo: "¿Es acaso eso lo que buscamos? Lo que buscamos aquí es lo que ustedes nos hicieron abandonar a la fuerza en el canal de los toltecas.

[10] *Ibid.*, p. 203.

¿Dónde está? ¡Tiene que encontrarse!". Los nobles tlatelolcas se excusaron, aduciendo que eso sólo lo sabían Cuauhtémoc, el cihuacóatl y el uitznáhuatl, pues a ellos se lo habían entregado y a ellos debía preguntar por su paradero. Cortés ordenó encadenarlos.

El asunto del oro era una obsesión, tanto para Cortés como para los suyos, que pasaron rápidamente del pesar al descontento y las murmuraciones. Los españoles, sobre todo los velazquistas, culpaban a Cortés de haberlo ocultado y que por ello se negaba a interrogar adecuadamente a Cuauhtémoc. El tesorero Julián de Alderete y los oficiales reales presionaron al extremeño para indagar el paradero del tesoro, utilizando cualquier medio. Al parecer se interrogó a muchos mexicas, seguramente empleando la tortura, pero no se llegó a nada concreto, bien porque se rehusaban a hablar o porque no lo sabían, "aunque todos decían que era grande el tesoro de los dioses y de los reyes", afirma López de Gómara.

Según Bernal el oro que obtuvieron fue muy poco, se decía que el resto lo había arrojado Cuauhtémoc a la laguna, cuatro días antes que le prendiesen. Además, también los tlaxcaltecas, acolhuas, huexotxincas, cholultecas y demás aliados, así como los mismos españoles de los bergantines habían apañado buena parte de las riquezas.

Finalmente, Cortés accedió a someter a tortura a Cuauhtémoc, lo que es uno de los actos que más pesan en su contra.

En 1529 el cargo número 32 de su juicio de residencia estipula que "con poco temor de Dios; e con cobdicia desordenada, mando dar e dio tormentos de fuego [a Cuauhtémoc y otros señores] [...] y el dicho Guatemuza quedó lisiado de los pies [...] e ansí mesmo asó un indio muy prencipal [...] fasta tanto que murió". El representante del extremeño, García de Llerena, adujo que fue "a pedimento e requerimiento

de los oficiales de Vuestra Majestad e del tesorero Alderete [...] e los tormentos no fueron tales como en el dicho cargo se contiene, e se dieron contra la voluntad de Hernando Cortés".[11]

En 1535 Juan de Alderete declaró, en ese mismo juicio, que fue testigo de cómo el tesorero Julián de Alderete se presentó en la posada de Cortés, requiriéndole,

> con mucho enojo que traía, que atormentase a Guatemuz y los otros principales que estaban presos porque se descubriesen los tesoros que tenía Montezuma [...] y así fue público y notorio que por pura importunación y requerimientos que el dicho Alderete hizo se dieron los dichos tormentos, no embargante que le pesaba mucho al dicho marqués.[12]

Bernal afirma que

> ciertamente mucho le pesó a Cortés y aun a algunos de nosotros que a un señor como Guatemuz le atormentasen por codicia del oro, porque ya habían hecho muchas pesquisas sobre ello y todos los mayordomos de Guatemuz decían que no había más de lo que los oficiales del rey tenían en su poder.[13]

Cortés no menciona estos acontecimientos en sus *Cartas de Relación de la conquista de México*, y mucho menos la tortura de Cuauhtémoc; tampoco la narra Francisco de Aguilar, ni, curiosamente, el *Códice Florentino*.

Sea como fuere, se trató de un acto de crueldad extrema e innecesaria. López de Gómara relata que el huey tla-

11 DC, II, pp. 112, 168.
12 *Ibid.*, pp. 381-382.
13 Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. II, cap. CLVII.

toani, junto con "otro caballero privado suyo", del que no menciona nombre ni rango, fueron sometidos al "tormento de fuego" y que Cuauhtémoc se mantuvo impasible mientras el noble lo miraba, al parecer pidiendo licencia para hablar. El soberano "le miró con ira y lo trató vilmente, como persona muelle y de poco, diciendo si estaba él en algún deleite o baño". El noble murió en la tortura, asevera el cronista, sin confesar nada. Posteriormente la leyenda cambiaría esta frase a la popularizada: "¿acaso estoy en un lecho de rosas?". López de Gómara asevera que Cortés ordenó poner fin al tormento, "pareciéndole afrenta y crueldad"; el tlatoani ya había dicho que el tesoro fue arrojado a la laguna 10 días antes. El extremeño seguramente tendría en cuenta las desagradables consecuencias que podría tener la muerte del huey tlatoani en el tormento, al saberse en España.

Bernal nos aclara que el otro noble fue Tetlepanquetzaltzin, el señor de Tacuba, primo de Cuauhtémoc y su gran privado, aunque según el cronista sobrevivió a la tortura. Bernal no menciona ninguna frase de Cuauhtémoc en el tormento, sólo dice que confesó ordenar que el tesoro se arrojara en la laguna, junto con la artillería tomada; narra que "le quemaron los pies con aceite", lo que corroboró Juan Cano en 1548, en su diálogo con Fernández de Oviedo, al decirle cómo fueron torturados Cuauhtémoc y Tetlepanquetzaltzin, y que Cortés "les hizo dar muchos tormentos e crudos, quemándoles los pies e untándoles las plantas con aceite e poniéndolas cerca de las brasas, y en otras diversas maneras, porque les diesen sus tesoros".

En el juicio de Cortés, Cristóbal de Ojeda, el médico español que curó a Cuauhtémoc de las heridas por el tormento, declaró que el extremeño "dio tormentos y quemaba los pies e las manos al dicho Guatimuza por que le dijese de los tesoros e riquezas de la cibdad, e que lo sabe por queste tes-

tigo, como dotor e medico ques, curó muchas veces al dicho Guatimuza por mandado del dicho don Fernando".[14]

López de Gómara declara que muchos buscaron el tesoro, nunca se encontró. Bernal escribe que los españoles acudieron a donde Cuauhtémoc afirmó que podrían hallar algo de oro en su palacio, y de una alberca grande sacaron un sol de oro, parecido al que les había obsequiado Motecuhzoma, así como muchas joyas y piezas de poco valor, propiedad del soberano. Bernal acudió, acompañado de otros soldados, al lugar de la laguna donde se decía que Cuauhtémoc había mandado arrojar el tesoro. Se zambulleron repetidamente, sacando algunas joyas de poco valor, que después les exigieron Cortés y Alderete, por tratarse de oro sin quintar.

El extremeño y el tesorero acudieron al sitio con algunos buenos nadadores, sólo extrajeron otros 80 o 90 pesos en pequeñas joyas. A decir de Torquemada, algunos de los prisioneros principales confesaron que en algunas tumbas podrían encontrar oro, hallaron muy poco.

Fray Diego Durán declara que el tesoro fue

> echado en cierto remanso de agua que en la ciudad había, hondable, donde los mexicanos tenían cierta superstición y fe de que aquel manantial fue el que sus antepasados hallaron, que manaba agua bermeja y juntamente azul y producía peces blancos, y ranas blancas y culebras blancas; el cual remanso los españoles no vieron ni jamás se ha sabido donde era.[15]

[14] DC, II, p. 52. Girolamo Benzoni, *Historia del Nuevo Mundo*, p. 206, dice que se dio tormento al rey y a su secretario; a este último "iban cruelmente quemando poco a poco mientras se lamentaba grandemente de la maldad de los cristianos, murió a las seis horas".

[15] Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, vol. II, cap. LXXXVIII.

Comenta que al no encontrar el oro "los conquistadores lloraron más lagrimas que por los males que habían cometido". No menciona el tormento de Cuauhtémoc.

Tetlepanquetzaltzin confesó que tenía un poco de oro en unas casas suyas en Tlacopan, si lo llevaban allá se los enseñaría. Fueron con él Pedro de Alvarado y seis españoles, entre ellos Bernal Díaz; al llegar el tlatoani reveló que lo había dicho con la esperanza de morir por el camino, en realidad no tenía nada, que lo mataran si querían.[16]

Los *Anales de Tlatelolco* mencionan el tormento de Cuauhtémoc, narran que le quemaron los pies, lo ataron a un árbol y le hicieron varias atrocidades, añadiendo que los españoles se llevaron a los señores encadenados a Coyoacán, donde

> murió el sacerdote que custodiaba a Uitzilopochtli. Buscaron donde se encontraban los bienes del hombre-tecolote, y los del gran sacerdote "Nuestro-Cortado", del sacerdote que quemaba el incienso. Fue entonces cuando se les hizo saber que los gobernadores de Xaltocan guardaban sus bienes en Cuachilco, que los habían llevado para allá. Cuando aparecieron, los colgaron a los dos justo en medio del camino de Mazatlán [...] colgaron al soberano de Uitzilopochco, Macuilxochitzin. Enseguida, después, al soberano de Colhuacán, Pitzotzin. Los dos fueron colgados allá. Y hicieron devorar por los perros al tlacatecatl de Cuauhtitlán y al tlillancalqui. Después, enseguida, algunas gentes de Xochimilco también fueron entregadas a los perros para que las devoraran, y a Ecamextlatzin de Texcoco lo entregaron a los perros. Sencillamente vinieron a dete-

[16] Esto afirma Bernal, *Historia verdadera…*, vol. II, cap. CLVII, entendiéndose que sucedió después del tormento. Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, vol. IV, p. 556 afirma que el soberano de Tlacopan pereció durante la tortura.

nerse aquí, nadie los había acompañado; únicamente trajeron sus libros de pinturas.[17]

Alva Ixtlilxóchitl afirma que Cortés mandó quemar vivo a un caballero, criado de Cuauhtémoc, y ordenó darle tormento de fuego por los pies al huey tlatoani. Ixtlilxóchitl convenció al extremeño de suspender el tormento por ser tan inhumano y cruel y porque sabía que era en vano, además de que podría incitar a una rebelión mexica. Cohuanacotzin, preso desde hacía más tiempo, tenía los tobillos llagados debido a las cadenas que lo sujetaban, por lo que rogó a su hermano Ixtlilxóchitl que intercediese por él para que se las quitaran.

Cortés se negó, aduciendo no poder hacer nada hasta que llegaran órdenes del emperador, agregando que si tan mal estaba bien podía mandar traer cierta cantidad de oro a Texcoco para ablandar la voluntad de Carlos V, él se encargaría de enviarlo. Ixtlilxóchitl afirmó que apreciaba la salud de su hermano más que todo el oro del mundo, mandó a Texcoco por el oro que aún quedaba en los palacios de su padre y de su abuelo, así como en el suyo propio, y entregó todo lo que pudo a Cortés. Al capitán le pareció poco para rescatar a tan gran señor. Ixtlilxóchitl volvió a enviar mensajeros a Texcoco para pedir a los nobles reunir todas las joyas y piezas de oro que tenían, lo cual se hizo en las casas de 400 señores. Ixtlilxóchitl se lo dio a Cortés, quien finalmente accedió a liberar a Cohuanacotzin, que fue enviado por su hermano a Texcoco, donde lo recibieron con muchas lágrimas al verlo tan enfermo, flaco y maltratado.

Bernal asevera que se recuperó "la recámara de Montezuma, muchas joyas de diversas maneras y hechuras, y tan primas que si me parase a escribir cada cosa y hechura de ello por sí, es gran prolijidad [...] mas digo que valía dos veces

17 G. Baudot y T. Todorov, *op. cit.*, p. 205.

más que lo que se sacó del quinto para Su Majestad y para Cortés". Todo fue enviado posteriormente al emperador.

De cualquier manera, los españoles obtuvieron buena cantidad de riquezas. Cortés asevera que todo el oro fue recogido, así como otras cosas que no especifica, ni menciona de cuál oro se trataba. Agrega que se fundió con el visto bueno de los oficiales reales, arrojando un monto de más de 130 000 castellanos. De ello, así como de las joyas, demás riquezas y de los esclavos, se sacó el quinto del emperador, que sumó 26 000 castellanos, entregado al tesorero real junto con una relación completa de los bienes, firmada por Cortés y por otras personas. Después se tomó el quinto del extremeño y lo supuestamente necesario para pagar ciertos gastos. El oro restante, afirma Cortés, fue repartido entre los españoles "según la manera y servicio y calidad de cada uno".[18]

La orfebrería indígena era de tal calidad que Cortés no pudo impedir un comentario admirativo:

> Entre el despojo que se hubo en la dicha ciudad hubimos muchas rodelas de oro y penachos y plumajes y cosas tan maravillosas que por escrito no se pueden significar ni se pueden comprehender si no son vistas; y por ser tales, parecióme que no se debían quintar ni dividir, sino que de todas ellas se hiciese servicio a vuestra majestad; para lo cual yo hice juntar todos los españoles y les rogué que tuviesen por bien que aquellas cosas se enviasen a vuestra majestad, y que de la parte que a ellos venía y a mi sirviésemos a vuestra majestad; y ellos holgaron de lo hacer de muy buena voluntad, y con tal de ellos y yo enviamos al dicho servicio

[18] Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México y de su conquista*, II. p. 122, saca la cuenta en onzas, y escribe que los 130 000 castellanos equivalen a 19 000 onzas de oro. Bernal habla de 380 000 pesos, lo que daría un número mayor de onzas.

> a vuestra majestad con los procuradores que los Consejos desta Nueva España envían.

Según López de Gómara, las joyas valían unos 150 000 ducados, aunque había quien decía que 200 000.[19]

Bernal nos habla de las repercusiones que tuvo en los soldados el conocimiento de la poca cantidad de oro que, según Cortés, era el sobrante; quedó claro que no les tocaría ni por mucho lo que en sus sueños habían pensado obtener, aunque aún no se sacaba la cuenta de las partes de cada quien. Fray Bartolomé, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y otros capitanes propusieron a Cortés que sería mejor repartirlo entre quienes habían quedado lisiados durante la guerra, aunque lo dijeron con intención de que el capitán, condolido, aumentara las partes de todos; seguía muy viva la sospecha de que Cortés había ocultado gran cantidad de oro y ordenado a Cuauhtémoc que negara poseer más. El extremeño respondió que primero deberían hacer las cuentas y ver a cómo tocaban las partes, prometiendo "que en todo pondría remedio". Resultó que les tocaban 80 pesos a los de caballería; y 50 o 60 pesos a los ballesteros, escopeteros y rodeleros. "Y desde que aquellas partes nos señalaron, ningún soldado las quiso tomar", afirma Bernal.

Muchos habían contraído deudas, ellos mismos debían costear sus armas, comida, curaciones, ropas y diversos enseres, a precio excesivo: las ballestas costaban de 50 a 60 pesos, una espada 50, una escopeta 100, y un caballo de 800 a 900. Un cirujano que venía con ellos, el maestre Juan, cobraba demasiado por sus servicios; al igual que un "medio

[19] Muchas personalidades han atestiguado la vena artística de los mexicanos, entre ellos Pablo Neruda, quien escribió: "Las manos de los mexicanos, como las de los chinos, son incapaces de crear nada feo, ya en piedra, en plata, en barro o en claveles". Véase *Confieso que he vivido. Memorias,* p. 221.

matasanos", que decía ser originario de Murcia y que era boticario, barbero y un poco médico; además de "otras treinta trampas y tarrabusterías que debíamos". Los acreedores exigieron el pago de las deudas. Se pidió a Cortés intervenir por sumamente exageradas. El extremeño ordenó que dos personas de buena reputación, Santa Clara y un Llerena, tasaran las mercancías y los servicios a un precio justo, y estipuló que, si los deudores no tenían suficiente dinero para cubrirlas, se les otorgara un plazo de dos años.

Las murmuraciones y el descontento subieron de tono. El tesorero Julián de Alderete se excusaba diciendo que debían tener en cuenta que se había sacado el quinto real, así como el quinto de Cortés, y que se habían pagado del montón común varias cosas, como los caballos muertos en el combate; que no se metieron a lo común las joyas y piezas de oro que se enviarían al emperador, además de su quinto. Muchos de los llegados con Narváez se negaron a recibir su parte, aseguraban que Cortés había ocultado gran cantidad de oro con la finalidad de alzarse con la tierra.

El palacio donde se albergaba Cortés en Coyoacán tenía las paredes encaladas, en esos muros blanqueados desfogaron su descontento. Amanecían con letreros escritos con carbón y otras tintas, algunos incluso en verso, muchos ingeniosos, afirmando que Cortés finalmente caería al mismo estado en que estaba antes; que más conquistados tenía a muchos de los suyos que a los indígenas; que tomaba su parte de oro no como general, sino como rey. Uno decía: "¡Oh qué triste está la ánima mea hasta que todo el oro que tiene tomado Cortés y escondido lo vea!"; otros, que Diego Velázquez había gastado su hacienda y la vino Cortés a gozar, y se alzaba con la tierra y el oro, "y aun decían palabras que no son para poner en esta relación", enfatiza Bernal.

Cada día, por la mañana, Cortés leía los nuevos letreros, y como se jactaba de ser poeta y de tener salidas ingenio-

sas escribía su respuesta en los muros, los letreros iban subiendo de tono, hasta que cansado del juego escribió: "Pared blanca, papel de necios". Al otro día apareció un letrero que lo completaba así: "Aun de sabios y verdades, y Su Majestad lo sabrá muy presto". Irritado, Cortés amonestó públicamente a sus hombres para que dejasen de escribir cosas maliciosas o se encargaría de castigar a los ruines desvergonzados.

Según Bernal el extremeño intentó aumentar la cantidad de oro con el expediente de añadirle con cobre tres quilates más de lo que tenía de ley, con lo que se aumentarían las partes y les permitiría, tanto a él como a sus hombres, adquirir con más comodidad las mercancías que a precios muy elevados les ofrecían los comerciantes llegados en sus navíos a la Villa Rica. Tal medida provocó que el oro se devaluara y al notar su baja calidad los mercaderes aumentaron los precios hasta el equivalente a cinco quilates. Este oro adulterado circuló en la Nueva España durante cinco o seis años, fue llamado *tepuzque* (de la palabra náhuatl *tepuztli*, que denominaba al cobre), término que llegó a ser aplicado a las gentes consideradas de baja calidad. Finalmente, Carlos V, al que se solicitó ordenar el retiro de ese oro de la circulación, mandó que fuera pagado como impuestos de almojarifazgo y penas de cámara hasta que se agotara; así fue llevado a España, donde se fundió.

Al emperador le fueron enviados, además del quinto, cantidad de objetos preciosos de plumería, mantas de algodón, perlas, chalchihuites, una gran vajilla de oro y plata, imágenes de aves, peces, animales, frutas, flores, "todas tan a lo vivo que había mucho que ver", dice Bernal; también brazaletes, zarcillos, sortijas, bezotes, estatuillas de las divinidades, cerbatanas, todo de oro y de plata, y muchas máscaras de mosaicos, así como "algunos huesos de gigantes que se hallaron allí en Culuacán", escribe López de Gómara; especialmente agrega Cervantes una calavera que tenía una

capacidad de dos arrobas de agua, y muchos afirmaban que de cuatro. También se enviaron a Carlos V tres "tigres", uno de los cuales logró liberarse a bordo, hiriendo a varios tripulantes y matando a dos, tras lo que se arrojó al mar; a los otros dos los mataron antes de que hicieran lo mismo.

Muchos españoles enviaron algo de oro a sus parientes. Cortés mandó 4 000 ducados a su padre. Alonso de Ávila y Antonio de Quiñones fueron nombrados procuradores, con la misión de llevar esas riquezas a España y entregar al emperador la Tercera Carta de Relación de Cortés. En mayo de 1522 zarparon en tres carabelas. Dicen que lo mal habido mal termina. Julián de Alderete, que iba a bordo, murió cerca de La Habana, algunos dicen que envenenado. Quiñones perdió la vida en las Azores, apuñalado en un pleito motivado por una mujer y, para colmo de males, entre las Azores y la costa española la flota fue capturada por el corsario francés Jean Fleury de Honfleur, a quien los españoles llamaban Juan Florín o Florentín, que estaba al mando de seis navíos. Fleury entregó prisioneros y tesoro a Francisco I, rey de Francia. Alonso de Ávila languideció largo tiempo preso en la corte francesa. Francisco I, iracundo al ver las riquezas que recibía Carlos V del Nuevo Mundo, exigió que le presentaran el testamento de Adán, a fin de ver si había en él alguna cláusula que otorgara ese nuevo mundo al rey de España, o que excluyera del reparto a Francia.

Las noticias de la caída de México-Tenochtitlan recorrieron Mesoamérica como reguero de pólvora, así como el relato de las hazañas y la descripción de los extraños hombres blancos, de sus armas y caballos, seguramente muy exagerados y aumentados al pasar de boca en boca.

Muchos señoríos se apresuraron a enviar embajadores con ricos presentes al Capitán Malinche, que estaba en la cúspide de su poder, dispuesto a aunar a esa conquista la de muchas tierras más, como lo dicen los *Anales de Tlatelolco*:

cuando los españoles llegaron a Coyoacán, entonces, de ahí se esparcieron por todas partes, por todas las ciudades. Enseguida, entonces, se entregaron a gentes del pueblo, por todas partes, en todas las ciudades. Fue entonces cuando se regalaron gentes, fue entonces cuando se entregaron gentes del pueblo.[20]

La historia de la expansión española escapa al alcance de esta obra,[21] por lo que es tiempo de concluirla, manteniendo vibrante en los oídos el triste eco del lamento mexica:

En los caminos yacen dardos rotos,
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tienen sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas,
y en las paredes están salpicados los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas,
y cuando las bebimos,
es como si hubiéramos bebido agua de salitre.

20 Hernán Cortés Tercera Carta de Relación; G. Baudot y T. Todorov, "Anales históricos de Tlatelolco", pp. 202-205; Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, vol. IV, lib. XXXIII, caps. XXXI, XLVIII, LIV; Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, II, pp. 211-213; T. Baudot y T. Todorov, "Códice Florentino", caps. XL, XLI; fray Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, 8a. jornada; Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. V, caps. CXVII-CXCVIII, lib. VI, caps. II-III; Bernal Díaz, *op. cit.*, vol. II, caps. CLVI, CLVII; Durán, *op. cit.*, vol. II, caps. LXXVII, LXXVIII; Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, IV, déc. III, lib. II, cap. VIII; fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, vol. II, lib. IV, caps. CI-CIII; Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Compendio histórico del reino de Texcoco; Decimatercia relación"; Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, lib. V, cap. XXV.

21 Tema tratado en mi libro *México el inicio (1521-1534)*.

Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,
y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fue su resguardo,
¡pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad!

Hemos comido palos de colorín,
hemos masticado grama salitrosa,
piedras de adobe, lagartijas,
ratones, tierra en polvo, gusanos...

Se nos puso precio.
Precio del joven, del sacerdote,
del niño y de la doncella.
Basta: de un pobre era el precio
sólo dos puñados de maíz,
sólo diez tortas de mosco;
sólo era nuestro precio
veinte tortas de grama salitrosa.

Oro, jades, mantas ricas,
plumajes de quetzal,
todo eso que es precioso,
ya en nada fue estimado...22

***

El llanto se extiende, las lágrimas gotean allí en Tlatelolco.
Por agua se fueron ya los mexicanos;
semejan mujeres; la huida es general.
¿A dónde vamos?, ¡oh amigos! Luego, ¿fue verdad?
Ya abandonan la ciudad de México:

22 B. Leander, *Flor y canto*, pp. 255-257.

el humo se está levantando; la niebla se está extendiendo...

Llorad, amigos míos,
tened entendido que con estos hechos
hemos perdido la nación mexicana.
¡El agua se ha acedado, se acedó la comida!
Esto es lo que ha hecho el autor de la vida en Tlatelolco.[23]

[23] Ángel María Garibay, *op. cit.*, vol. II, p. 91.

EPÍLOGO

Porque a quinientos años de distancia
los rescoldos no se han apagado
y la asimilación histórica dista de ser completa.[1]

Con la caída de México-Tenochtitlan dio inicio la conquista de la mayor parte del continente americano. Al probar Hernán Cortés y sus hombres que los sueños de oro de los españoles podían volverse realidad, innumerables expediciones buscaron nuevas Tenochtitlanes, por lo menos una, la de Francisco Pizarro, quien encontró algo similar en el Perú.

El dominio europeo sobre la población indígena, tan ferozmente iniciado en las islas caribeñas, se extendió inexorablemente hasta abarcar una ingente población continental, perdurando por siglos, al igual que la explotación, la discriminación, la enajenación, y en ocasiones casi el genocidio de los nativos; así como la destrucción indiscriminada de su religión, costumbres y manifestaciones culturales, dando cabida a un mestizaje igualmente explotado y discriminado.

1 Silvio Zavala, Presentación, p. XII, *Hernán Cortés y el Derecho Internacional en el siglo* XVI, Toribio Esquivel Obregón, México, Ed. Porrúa, 1985.

No cabe duda de que la "conquista" tanto de México como de América fue uno de los eventos más importantes de la historia; tal vez el otro fue la invención de la imprenta; ambos provocaron grandes cambios que dieron nacimiento al mundo actual.

Los ibéricos fueron los pioneros en la colonización de buena parte del mundo por algunos países europeos, así como testigos del primer gran encuentro de culturas con el *otro*.

La "conquista" de México y de América tuvo una gran influencia en el desarrollo del sistema capitalista en Europa, al ofrecer metales preciosos, especias y otros bienes que impulsaron su desarrollo, su intercambio comercial, su colonialismo y el inicio de la globalización que se ha magnificado en nuestros días. De igual manera, tuvo un profundo impacto en la evolución del conocimiento y de la sociedad, como en la política, el arte de navegar, la geografía, el arte culinario, la historia natural, la tecnología, la filosofía, la literatura y la antropología, para enumerar unos pocos, que inauguraron la época moderna.

Sin embargo, la caída de México-Tenochtitlan debe ser vista en su contexto temporal y cultural; es absurdo y erróneo juzgarla con valores que no eran los de su tiempo, lo que sólo hace el juego a la famosa Leyenda Negra que, desafortunadamente, aún sirve a los intereses neocolonialistas de nuestro siglo. Como bien lo dijo Duroselle: "El autor ha de esforzarse en descubrir los objetivos, las intenciones, las motivaciones, las convicciones, incluso los mitos de cada una de las partes interesadas, sin acomodarlos a sus propios juicios de valor. No debe repartir reproches o elogios".[2]

En su tiempo, la toma de México-Tenochtitlan fue vista como un acto de justicia divina, debido al énfasis puesto en

[2] Citado en *Historia y crítica. Introducción a la metodológica histórica*, Pierre Salmon, Barcelona, Teyde, 1987, p. 134.

las crónicas acerca de los sacrificios humanos y del canibalismo ritual, al igual que en supuestos pecados de su invención, como que las divinidades nativas eran manifestaciones diabólicas, o como la sodomía, sin lograr o querer entender el carácter profundamente moral y humano de la civilización náhuatl.

Al respecto es posible tomar la opinión de fray Juan de Torquemada como representativa de tal punto de vista:

> Y como era la mano de Dios la que peleaba contra ellos, perseguía un español a mil de los indios y dos hacían huir a diez mil [...] Porque Dios los entregó a sus enemigos y los vendió [...] donde claro se ve la falsedad de sus fingidos dioses, en los cuales confiaban, que no fueron poderosos a librarlos de las manos de sus enemigos y se manifiesta la omnipotencia de Dios, debajo de cuyo amparo los nuestros hicieron esta tan insigne guerra y ganaron la victoria, siendo cosa imposible, que si el poder de Dios no estuviera de por medio, que el de hombres mortales, estribando en fuerzas naturales, la alcanzaran [...] pues para cada español había un millón de indios y mil veces se vieron desbaratados y puestos en huida de ellos. Por manera que fue obra de Dios, para mejor introducir su ley y evangelio, que había de ser plantado en esta nueva viña que para reparo de tantas almas descubrió".

Para buena parte de la mentalidad de esa época la derrota de los nativos fue debida, como lo declara Torquemada, a

> la abundancia de pecados que cometían, no sólo en lo secreto y oculto de sus casas sino también en lo manifiesto y público de la ciudad y plaza [...] Y esto en grandísimo exceso, autorizando con su poder los actos más injustos y horrendos que

puedan decirse, como si por ley natural o divina fueran expresamente mandados y ordenados.[3]

Casi por arte de magia desaparecieron los factores principales que hicieron posible la victoria española: la artillería, las armas de hierro, la caballería, las distintas estrategias y valores bélicos más pragmáticas, las nuevas enfermedades, y sobre todo la alianza con las muchas etnias enemigas de los mexicas.

La ideología que los justificaba era religiosa. Habiendo juzgado y condenado en bloque a la religión pagana como esencialmente equivocada e inspirada por el diablo, la náhuatl no podía escapar a tan radical sentencia, por lo que su supresión y la imposición del evangelio cristiano estaba más que justificado para lograr la supuesta salvación de innumerables almas que escaparían de las llamas eternas del infierno y verían al fin la luz verdadera. Ante esta recompensa eterna, ¿qué más daba si se lograba a golpes de espada, y si a las víctimas no se les otorgaba la menor oportunidad de elegir? El fin justifica los medios, se dice que sentenció Maquiavelo en ese mismo siglo XVI.

Se prolongaba así, en las nuevas tierras "paganas", la tradición de las cruzadas contra el Islam y de la reconquista de la península ibérica por los cristianos, quienes se consideraban como el instrumento elegido por la divina providencia para acrecentar y afirmar el dominio de la fe católica. Los hidalgos españoles trataron de darle nueva vida a una sociedad medieval ya agonizante en su país, protagonizando un encuentro entre la Corona y la clase noble, pletórica de quejas contra la injusticia con que se les trataba a pesar de sus grandes méritos.

3 Torquemada, *Monarquía*... II, Lib. IV, Caps. CV, CVI.

Debido a la "conquista" del Nuevo Mundo también el concepto del *derecho internacional*, que estaba en los inicios de su desarrollo, fue llevado a nuevas alturas, gracias en gran parte a la polémica suscitada sobre si esas guerras eran justas, participando mentes tan esclarecidas como la de Francisco de Vitoria, tema demasiado amplio que el espacio no nos permite profundizar. Representantes muy conocidos de esta pugna lo fueron fray Bartolomé de las Casas, quien sostenía que los indígenas poseían razón, y Juan Ginés de Sepúlveda, quien mantenía lo contrario. Finalmente, la Corona falló a favor de fray Bartolomé y de Vitoria.

En España prácticamente todas las obras mayores de teólogos y juristas de ese siglo tocan el tema del derecho español a conquistar el Nuevo Mundo y a mantenerlo sujeto a la Corona. Es necesario recalcar que ninguna potencia colonialista o militarista ha realizado un examen de conciencia tan grande, doloroso y detallado como España sobre la justicia y la razón de sus acciones en el Nuevo Mundo y de su dominio sobre los indígenas.

Cortés, quien tenía un buen conocimiento jurídico, siempre trató de justificar sus actos tomando como base estas teorías. Y si bien, bajo un punto de vista estrictamente humanista, o verdaderamente religioso, no puede haber "guerras justas", el hecho es que hasta las actuales potencias mundiales han justificado las suyas en nombre de las transacciones mercantiles y de la democracia, utilizando los argumentos del libre comercio o de la tiranía de los regímenes agredidos. ¿Habrá pues motivo para juzgar con excesiva dureza a la España del siglo XVI?

Una vez descubierta América era inevitable, debido sobre todo a la diferencia tecnológica de Europa, que si España no intentaba sojuzgarla cualquier otra potencia europea lo haría tarde o temprano, no debemos olvidar el gran desarrollo naval que tenían Portugal y España en esa época.

Cómo ya se expuso en esta obra, la clave de la rapidez con que se hizo la "conquista" de México-Tenochtitlan estriba en la división interna que existía entre los numerosos señoríos indígenas y el rechazo prácticamente unánime de la mayoría de ellos al yugo impuesto por los mexicas. Nadie puede poner en duda el arrojo, la valentía y la determinación, tanto física como espiritual de los indígenas o de los españoles. Pero, en último análisis la frase de Arturo Arnaiz y Freg: "La conquista de México la hicieron los indios y la independencia los españoles", es la única que explica sucintamente el rápido triunfo de Cortés.

Flota también en el aire la opinión de que los españoles son culpables de un "genocidio"; ya se ha narrado en esta obra que la principal causa de mortalidad fue el arribo de nuevas enfermedades traídas por los europeos. También debe ser tomado en cuenta que los colonos dependían de las comunidades nativas repartidas en encomiendas para obtener tributo, productos como los agrícolas, mano de obra y auxilio militar, no estaba en su interés exterminarlas; tampoco intentaron gobernar directamente, sino mantener bajo su control a la nobleza nativa, que fungió como importante auxiliar en diversos puestos políticos para mantener el control colonial.

La cultura mesoamericana no fue aniquilada, si bien algunas de sus manifestaciones externas desaparecieron, gran parte de sus múltiples ritos, ceremonias y creencias religiosas siguen vivas, ya sea en sincretismos mayores o menores con la religión impuesta por los vencedores, manteniendo su profundo significado religioso, como en la cultura o en la vestimenta, alimentación y artesanías, que dieron nacimiento a una tradición tan rica y diversa que es única en el mundo.

Apenas ahora empezamos a conocer mejor y a apreciar con mayor realismo el verdadero sustrato de la civilización mesoamericana en sus aspectos más valiosos, como su as-

tronomía, su moralidad, su sentido de comunidad, incluso sus creencias religiosas que poseen, como todas las religiones, temas de gran profundidad.[4]

Como parte importante de la historia de México, e incluso como buena guía moral, constituiría una excelente idea que se incluyesen algunos párrafos de los *Huehuetlatoli*, o consejos de los padres y de los viejos, en los libros de texto gratuito que imprime el gobierno para las escuelas de estado, y que de alguna u otra manera se les diese difusión, pues permanecen prácticamente desconocidos a pesar de su belleza.

Poco objetivo y veraz ha sido también el tratamiento que muchos han dado a los conquistadores españoles, en este caso a Hernán Cortés, figura controvertida que aún levanta pasiones en nuestro país. Comparado con la gran mayoría de militares en acción mostró un carácter, si no benévolo, por lo menos ni extremista ni cruel en demasía, prefiriendo siempre las vías de la intriga y de la conciliación para conseguir sus fines. Y si bien no debemos dejarnos llevar por su aparente apego a la religiosidad y al derecho, ciertamente ambas influyeron en mesurar sus acciones. Es innegable que supo ganarse la lealtad y el aprecio básicos, no tan sólo de sus hombres, sino también de sus aliados indígenas, aunque a decir verdad raramente les pagó con la misma moneda, anteponiendo siempre sus propios intereses a los ajenos.

Sin embargo, la "conquista" provocó un desgarramiento tremendo en las sociedades mesoamericanas, en ello influyeron la gran mortalidad causada por las epidemias, los sobrevivientes quedaron sin orientación, sin guía, sin valores y sin esperanza.

[4] Para ahondar en este tema es muy recomendable estudiar los trabajos de Laurette Sejourne, de Ángel María Garibay y de Miguel León-Portilla, entre otros.

Los mexicanos, como huérfanos iracundos y desconsolados, lanzamos anatemas contra nuestros padres, acusándolos de nuestros males y complejos. El español, símbolo paterno, ha sido denigrado como *gachupín* sin escrúpulos, cruel, despótico, perezoso, avaricioso, codicioso y bárbaro. El indígena, símbolo materno, ha sido despreciado, discriminado, sojuzgado, despojado, explotado; la mujer indígena llegó a ser, en pocas palabras, la *chingada madre*.[5] Bien lo expresó Jorge Luis Borges acerca de que México vive obsesionado en el conflicto, en esta polarización que tenemos con nuestro pasado, y Sergio Ramírez cuando afirma que:

> Llevamos dentro las semillas envenenadas del mestizaje, que son también semillas de redención. Somos Jekyll y somos Hyde, el mal y la pócima. Y ésta es una lucha todavía no resuelta… la interrogante de nuestra identidad como mestizos atrapados entre el mundo indígena, el mundo negro y el mundo europeo.[6]

Todos necesitamos una buena imagen paterna y materna, a falta de ella la fabricamos idealizada: lo español-paterno se transfiere a la admiración por la raza blanca, los cabellos rubios y los ojos azules, que llega en ocasiones hasta el sometimiento servil. Y lo indígena-materno hacia la adoración de la Virgen de Guadalupe y la admiración exagerada por las culturas prehispánicas ya muertas, y por tanto inofensivas, y a la madre en general.

Como bien lo expresó Alfonso Reyes: "Todas esas voces oscuras, de abuelos indios, que lloran en nuestro corazón, no han tenido desahogo".[7] Y habría que agregar también la

5 Como lo expresa Octavio Paz en *El Laberinto de la Soledad*.
6 Sergio Ramírez, *El viejo arte de mentir*, p. 113, México, FCE, 2004.
7 Carta a Mediz Bolio, 1922.

voz dolorosa, pidiendo justicia y dignidad, de millones de nuestros abuelos, padres y contemporáneos mestizos, que tampoco han tenido desahogo.

Han transcurrido cinco siglos desde la "conquista" y, desde mi opinión, aún no hemos llegado a integrar nuestro mestizaje, nuestra herencia genética y cultural, tanto indígena como europea, como base concreta de la gran nación que podría ser México. Creo que nuestro país necesita con urgencia instituir un estado de derecho en que reine una justa distribución de la riqueza, la igualdad de oportunidades y una salida para la desmedida pobreza en que están inmersos millones de nuestros conciudadanos, un país en que florezca nuestra pluralidad, amparada por la democracia, la justicia y la libertad.

Breve síntesis de cronistas y de fuentes principales

Considerando que la historiografía es imprescindible para una adecuada reconstrucción de la historia, y por tanto lo es del periodo que nos ocupa en este libro, me parece ilustrativo dar aquí una síntesis de nuestras fuentes, colocándolas en orden cronológico, tomando en cuenta la fecha de escritura del manuscrito, en vez de en orden alfabético, pues creo que esto nos permitirá tener más claridad respecto a quién pudo tomar información del cronista o documento anterior, permitiéndonos transitar de mejor manera en el laberinto de las fuentes.

Díaz, Juan

Nativo de Sevilla, nacido hacia 1480. Pasó a América en 1514. Fue capellán en la expedición de Juan de Grijalva, miembro de la de Hernán Cortés y posteriormente de la de Pedro de Alvarado en Guatemala. Al parecer murió en 1549.

Escribió una crónica sobre la expedición de Grijalva: *El itinerario de la armada del rey católico a la isla de Yucatán, en la India, en el año 1518*, que nos es de gran utilidad para saber algo de esa excursión. Se ha perdido el original en castellano, pero fue publicado en 1520 en italiano en Venecia, por Zorzi Rusconi Milanese, a manera de apéndice al relato de un viaje asiático y africano de Ludovico de Varthema, que gozó de gran popularidad en el siglo XVI, publicado dos veces en italiano, dos en latín y una en alemán entre 1520 y 1522. Fernández de Oviedo lo incluyó en su *Historia general y natural de*

las Indias, retocada y sin citar su fuente. Posteriormente cayó en el olvido hasta que Henri Ternaux-Compans la editó de nuevo en 1839 en París. Joaquín García Icazbalceta lo tradujo al español, y lo publicó, con una excelente nota bibliográfica, en el tomo primero de su *Colección de Documentos para la Historia de México*, 1858, y hubo una nueva edición española de Germán Vázquez en *Crónicas de América*, 40, Madrid 1988.

Cortés, Hernán

Sus *Cartas de relación de la conquista de México*, así como su numerosa correspondencia, son una fuente imprescindible para la historia de la conquista de México-Tenochtitlan. Fueron escritas por el extremeño con el fin de relatar a Carlos V los sucesos acaecidos. Los originales no se han encontrado, quedando sólo copias manuscritas. Dada su extensión y lo temprano de su redacción podemos considerarlas como la principal fuente primaria.

Evidentemente, las cartas muestran el punto de vista que Cortés deseaba presentar al emperador, ocultando y tergiversando muchos sucesos. Sin embargo, son los únicos documentos amplios que poseemos, escritos casi inmediatamente después de los acontecimientos, y redactados por quien, o los presenció casi todos, o estaba en la posición de tener información sobre aquéllos de los que no fue testigo presencial. Redactados en un estilo tranquilo y ecuánime, sin vuelos pasionales; sin embargo, raramente otorga crédito a sus subalternos, nombrándolos sólo en raras ocasiones, y menos aun a sus aliados indígenas. Contienen descripciones interesantes e importantes sobre las poblaciones y las sociedades nativas, así como de la flora, fauna y geografía, aunque excluye la religión y la cultura, y menciona muy poco su organización social; ni una sola vez nombra alguna divinidad nativa ni ofrece descripciones físicas de las personas,

aunque esto no vendría al caso en un relato al emperador. Se muestra sensible ante la belleza artística de las creaciones nativas. Pocos serán los conquistadores que muestren ese interés sobre la sociedad que estaban a punto de destruir. Un punto en contra es que no hace referencia alguna al papel de las mujeres en las batallas.

Se conocen sus últimas cuatro cartas, la primera no ha sido encontrada, aunque se infiere su existencia pues Cortés la menciona en su Segunda Carta, al igual que lo hacen Bernal Díaz y López de Gómara. Ha sido sustituida por la llamada Carta del Cabildo de la Villa Rica, que lleva fecha de 20 de julio de 1519, enviada por el Ayuntamiento de la Vera Cruz al mismo tiempo que esa Primera Carta. Hay investigadores que niegan su existencia; sin embargo, en la del Cabildo no se menciona a Motecuhzoma, mientras que en la Segunda Carta, casi al principio mismo, Cortés lo hace; tampoco hay una secuencia de tiempo entre la del Cabildo y la Segunda Carta, por lo que el brinco de información es grande, lo que hace factible que exista esa Primera Carta, y que algún día aparezca.

La Primera Carta o Carta del Cabildo fue descubierta hacia 1777 debido a las investigaciones emprendidas por el historiador escocés William Robertson, quien la incluyó, junto con la quinta, antes también desconocida, en su obra *History of America*, publicada en Londres, en 1777.

La Segunda Carta de Relación, firmada en Segura de la Frontera el 30 de octubre de 1520, fue impresa por Jacobo Cromberger en noviembre de 1522, en Sevilla, y gozó de gran difusión, editándose varias veces en español, traduciéndose al francés en 1523, al latín, italiano y flamenco en 1524, y al alemán en 1550.

La Tercera Carta fue firmada en Coyoacán el 15 de mayo de 1522, impresa en Sevilla poco después, en marzo de 1524,

también por Jacobo Cromberger. Gozó de amplia circulación en su tiempo.

Las cartas cuarta y quinta narran sucesos posteriores a la caída de México-Tenochtitlan, por lo que salen del tema de este libro.

Las copias manuscritas de las cinco cartas, encuadernadas, se encuentran en la Biblioteca Nacional de Austria, conocidas como *Códice Vindobonensis* o de Viena, con fecha de 1600.

Según Pedro Mártir de Anglería las cartas fueron publicadas en forma de libro por hijo Martín Cortés, mas pronto serían confiscaron a instancias de Pánfilo de Narváez.

Sea como fuere, en 1527 la Corona prohibió su impresión, venta y distribución. En Castilla la Inquisición se estableció en 1487 por una bula de Sixto IV, entrando en funciones en 1490, e impuso la censura; quien quisiera publicar tenía que someter su obra a la aprobación de la Cancillería, que en Castilla funcionaba en Valladolid y en Sevilla, mientras que en Aragón estaba en Zaragoza. Además de esto, el Consejo de Indias y la Corona también tenían que dar su aprobación. Las ediciones existentes en ese tiempo de las cartas segunda, tercera y cuarta fueron quemadas públicamente en las plazas de Sevilla, Toledo, Granada y otros sitios; la impresión de la quinta se suspendió, es por ello que son tan escasas. La prohibición siguió vigente en España hasta mediados del siglo XVIII, cuando finalmente las cartas volvieron a imprimirse.

En 1749 se publicaron por vez primera las cartas conocidas hasta entonces: la segunda, tercera y cuarta en el segundo volumen de *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales* de González Barcia. En 1770 las reprodujo el arzobispo Francisco Lorenzana en su *Historia de Nueva España escrita por su esclarecido conquistador Hernán Cortés*, publicada en México. En 1825 fueron publicadas juntas por primera vez

en Madrid por Enrique de Vedia, incluidas en su *Historiadores Primitivos de Indias*, en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra. Pascual de Gayangos publicó las cinco cartas, además de otros documentos, en París, en 1866. Posteriormente se han publicado varias veces.

En cuanto al juicio de residencia de Cortés, abierto en enero de 1529, que duraría varios años, llegando a tener 6 000 folios manuscritos, con muchas repeticiones e información poco relevante proporcionada por cientos de testigos presenciales, nos brinda una gran mina de información adicional, gran parte de la cual corrobora lo narrado en las crónicas principales. Desafortunadamente nunca ha sido publicado por entero en una sola edición. Una de las primeras ediciones fue la del Archivo General de la Nación (AGN), preparada por Ignacio López Rayón, en el *Sumario de la residencia*, 1852-1853, conteniendo la totalidad de la parte de acusatoria del juicio.

Además de las *Cartas de relación*, Cortés redactó, dictó y ordenó muchos otros documentos oficiales; sin embargo, no existen prácticamente escritos suyos de carácter personal. La gran mayoría de los documentos denominados *cortesianos* están en el Archivo General de Indias de Sevilla y en el AGN en la Ciudad de México, en este último se encuentra la colección más importante, conocida como Archivo del Hospital de Jesús.

No fue sino hasta principios del siglo XIX que se empezó a investigar esta amplia documentación, publicándose el material en colecciones de "documentos inéditos"; entre las más importantes están las de Fernández de Navarrete; la de Pacheco, Cárdenas y Torres de Mendoza y la del general Polavieja, todas ellas publicadas en España; así como la de Pascual de Gayangos en París, y la de Joaquín García Icazbalceta en México. En el siglo XX el padre Mariano Cuevas editó una colección de documentos en Sevilla, en 1925; y el AGN

dos colecciones de documentos, en 1935 y 1946. Finalmente, José Luis Martínez publicó en 1990 sus *Documentos cortesianos* en cuatro volúmenes, obra erudita, verdaderamente necesaria, y que ha sido de suma utilidad en la redacción de la presente obra.

Mártir de Anglería, Pedro

Originario de Angera o Anghiera, Milán, Italia, nacido hacia 1457-1459. Estudió medicina, pasó 10 años en Roma, al servicio de los cardenales Ascanio Sforza y Juan Arcimboldo, después en la casa del conde de Tendilla, don Juan Íñigo López de Mendoza, embajador de los Reyes Católicos en Roma, con quien pasó a España en 1487, donde se ordenó como sacerdote en 1492. Fue capellán de la reina Isabel, quien le dio el encargo de promover la cultura en la Corte. Maestro de los hijos de Colón afirma que el Almirante era genovés. Tuvo gran interés en los descubrimientos geográficos, durante 36 años conversó e interrogó a numerosos navegantes y conquistadores de su época, mantuvo una activa correspondencia con personajes de alto rango, sobre todo de Italia, para ponerlos al tanto de las noticias de importancia, entre ellos el Sumo Pontífice (fue el primero en comunicarle el "descubrimiento" de América). Hacia 1518 fue designado consejero de la Junta de Indias. En 1520 recibió el cargo de cronista de Indias, siendo el primero en ocupar tal puesto. En 1524 pasó a ser miembro del Consejo Real y Supremo de Indias. Murió en Granada en 1526. Fue el primer escritor que intentó descifrar las nuevas cuestiones planteadas sobre la geografía terrestre por los descubrimientos americanos. Hombre de mundo, humanista y culto su correspondencia fue compilada en un epistolario de 812 cartas suyas redactadas a partir de 1488, publicada

en Madrid, 1953, en los *Documentos inéditos para la historia de España*, tomo IX.

Escribió las *Décadas del Nuevo Mundo*, divididas en ocho partes, llegan hasta 1525, y fueron publicadas en su totalidad en Alcalá de Henares en 1530.

En marzo de 1521 recibió copias de dos cartas de colonos de Cuba, que incluían relatos de Tenochtitlan, que gracias a él llegaron hasta Alemania, traducidas e ilustradas.

Para la conquista de México-Tenochtitlan ofrece pocos datos nuevos, pues se basó en las *Cartas de relación* de Cortés, aunque gracias a sus conversaciones con testigos presenciales aporta algunas novedades, así como el punto de vista europeo sobre América.

Anales de Tlatelolco, Unos anales históricos de la nación mexicana

Forma parte de la tradición nativa tlatelolca. Al parecer fue redactado en 1540, aunque en el propio texto se menciona que está basado en un relato elaborado de 1528; de ser así sería tal vez el más temprano conocido sobre la conquista. El manuscrito fue escrito por varios autores desconocidos sobre papel amate, en náhuatl, con alfabeto latino; lo componen cinco documentos, bien delimitados entre sí; contienen una lista de reyes de Tlatelolco, Tenochtitlan y Azcapotzalco; el quinto es llamado "Historia de Tlatelolco desde los tiempos más remotos", en el que narra la historia de Tlatelolco, intercalando discursos, poemas y glifos. Fue adquirido por Boturini y se conserva en la Biblioteca Nacional de París. La primera edición en español es la titulada *Anales de Tlatelolco*, Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e hijos, México, 1948, preparada y anotada por Heinrich Berlín.

Motolinía, fray Toribio Paredes, de Benavente

Nació en Benavente, Zamora, hacia 1482, tomó el hábito franciscano y cambió su apellido de Paredes a Benavente; embarcó a la Nueva España en mayo de 1524 formando parte de los famosos 12 frailes. Adoptó el sobrenombre de Motolinía, que significa *pobre* en náhuatl, pues así le llamaban los nativos.

En 1536 su Orden le encomendó poner por escrito sus investigaciones sobre la sociedad, cultura, religión, conversión, etc., de los indígenas. Debió escribir entre 1526 y 1540. El título de su recopilación es largo: *Relación de los ritos antiguos, idolatrías y sacrificios de los indios de esta Nueva España…* Francisco Javier Clavijero la redujo a *Historia de los indios de la Nueva España*; abarca los años de 1521 a 1541, permaneció inédita hasta 1848, año en que lord Kingsborough publicó algunos fragmentos, y García Icazbalceta completa en 1858 en su *Colección de documentos para la historia de México*.

Según nos cuenta Georges Baudot, fray Bernardino de Sahagún lo denunció ante la Inquisición en 1572 (el tribunal de la Inquisición fue creado oficialmente en México por cédula real del 25 de enero de 1569, iniciando sus labores en noviembre de 1571), con la acusación de haber confundido el *Tonalpohualli,* o calendario nahua adivinatorio de 260 días, con el solar de 365 días; solicitó que el *Tratado* de Motolinía fuera "destruido y quemado" como "cosa muy perjudicial a nuestra santa fe católica", para esa fecha ya habían fallecido los primeros 12.

Conoció a muchos conquistadores e indígenas principales. No simpatizaba con Las Casas, de quien dice: "él no procuró saber sino lo malo y no lo bueno", reprochándole no haber aprendido ninguna lengua indígena, no haberles enseñado nada a los nativos y no tener sosiego, llegó incluso a acusarlo ante Carlos V como un sembrador de discordia.

Sus obras fueron numerosas, muchas siguen aún perdidas, más fueron muy conocidas en su tiempo; partes sustanciales de ellas las utilizó Francisco Cervantes de Salazar, quien acusa a López de Gómara de haber tomado mucha información de Motolinía, es muy probable que aquél leyera sus tratados y los utilizara.

Al parecer fue quien por primera vez le dio a Topiltzin o Huémac ("Nuestro Señor", "nuestro noble") el nombre de Quetzalcóatl, diciendo que fue divinizado; también aseveraba que nadie había amado y defendido a los indios tanto como Cortés. Murió en agosto de 1569.

Sus *Memoriales* fueron publicados en 1903 por L. García Pimentel.

Crónica X

Tras el descubrimiento, en 1856, de la llamada *Crónica Ramírez*, algunos historiadores supusieron que se trataba de una versión de la *Relación* de Juan de Tovar, inspirada a su vez en Diego Durán; en 1945 Robert Barlow propuso que Tovar y Durán se basaron en esa *Crónica X*, redactada en náhuatl entre 1536-1539, desde una perspectiva tenochca, que permanece perdida. Barlow dice que: "Si la *Crónica X* no existiera, sería necesario inventarla", es él quien le dio ese nombre. Representa una hipotética fuente en náhuatl que se cree que proporcionó material para cuatro documentos importantes: el primer volumen de la *Historia de las Indias* de fray Diego Durán; la *Crónica Mexicana* de Alvarado Tezozómoc; la *Relación del origen de los indios* de Juan de Tovar (así como el *Códice Ramírez*) y la *Historia natural y moral* de José de Acosta. Existen numerosas investigaciones al respecto, que sería prolijo enumerar. La pregunta sigue abierta.

Natural de Sevilla, nació hacia 1474. Obtuvo una licenciatura en leyes. Pasó a las Indias con Nicolás de Ovando en 1502. En 1512 se ordenó como sacerdote (fue el primer ordenado en las Indias), y en 1523 entró a la orden de los dominicos. Murió en Madrid en 1566 de 92 años. No es posible en este breve espacio hacer ni siquiera una síntesis de la vida literaria altamente productiva de fray Bartolomé, ni de sus innumerables actividades en pro de los indígenas, ni de las grandes polémicas que ha despertado; muchos lo tildan de creador de la "Leyenda Negra" antiespañola. Afirma haber sido nombrado "defensor y procurador universal de todos los indios", pero no existe una constancia en archivos. Sólo mencionaré sus obras históricas relacionadas con la conquista de los mexicas. La principal es su *Historia de las Indias*, aunque se encuentran algunos pasajes en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*.

Su *Historia…* la comenzó, según él mismo dice, en 1527, posiblemente motivado por su irritación ante la publicación de la *Historia sumaria* de Fernández de Oviedo, aunque le dio forma hasta 1547, fecha en que apareció una parte de su *Historia de las Indias*. Su obra adolece de ciertos defectos, es poco hilvanada y su estilo deja que desear, demuestra credulidad y pasión en contra de los conquistadores y en pro de los nativos, aunque esto de cierta forma equilibra la balanza de los cronistas pro españoles. Tuvo la oportunidad de conocer de primera mano y de conversar con muchos de los protagonistas de la conquista de México-Tenochtitlan, además de estar informado prácticamente de todas las publicaciones y manuscritos históricos sobre América. Conoció a Cortés desde la conquista de Cuba. Sobre López de Gómara dice que fue un "clérigo... que vivió con él en Castilla [con Cortés], siendo ya marqués, y no vio cosa ninguna, ni jamás estuvo en las

Indias, y no escribió cosa sino lo que el mismo Cortés le dijo, compone muchas cosas en favor dél, que, de cierto, no son verdad".

En 1552 o 1553 publicó en Sevilla unos nueve opúsculos, el primero fue la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, que se hizo famoso (menciona la matanza de Cholula), su tiraje fue confidencial y sin autorización, por lo que no podía ser vendido ni circular, mas de inmediato se tradujo al francés, flamenco, latín e italiano, aunque hay que tomar en cuenta que la técnica de imprenta de la época permitía solamente hacer unos 700 ejemplares por tiraje.

Esta *Brevísima relación…* es virulenta, mencionando supuestas barbaridades y matanzas de los conquistadores; tuvo varias ediciones en los países enemigos de España, donde fue prohibida en 1660 y editada de nuevo en ocasión de las guerras de independencia americanas, cuando fue usada de nuevo como arma ideológica contra los españoles.

Su *Historia de las Indias*, terminada en 1559, fue ampliamente aprovechada por Herrera. Las Casas solicitó que no se publicara hasta por lo menos pasados unos 40 años de su muerte, lo que la hizo caer en el olvido. Permaneció en forma de manuscrito por casi 400 años, siendo redescubierta en la Academia de la Historia de Madrid por Juan Bautista Muñoz a fines del siglo XVIII, e impresa en 1875 en cinco volúmenes en la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España,* Madrid, por el Marqués de la Fuensanta del Valle y José Sancho Rayón, y poco después en México por José María Vigil.

Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo

Dice haber nacido en 1478 en "las Asturias de Oviedo". No nos proporciona información sobre su padre, aunque se jacta de descender de "notorios hijosdalgo", su madre fue Juana

de Oviedo. Educado en la Corte, estuvo presente en numerosos sucesos de su época: testigo de la rendición de Granada y del encuentro de Colón con los reyes tras su primer viaje. Sirvió en Italia con los Sforza y Gonzaga; fue tan experto en recortar figuritas de papel que hasta Leonardo da Vinci lo alabó. Estuvo en la Corte de Nápoles, sirvió a la reina doña Juana, tradujo al español *El Laberinto del amor* de Bocaccio y fue secretario del Gran Capitán. También fue mozo de cámara del príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, donde conoció a Diego y Hernando, hijos de Colón, que servían como pajes; fue íntimo de la familia de Colón.

Pasó a las Indias en 1514 con Pedrarias, como escribano y veedor. Dice haber cruzado el océano siete veces, y ocho con su viaje de retorno a Santo Domingo.

En 1532 fue nombrado Cronista General de las Indias, siendo, tras Pedro Mártir de Anglería, el segundo en ocupar ese cargo honorífico. Conoció y trató a Anglería así como a su obra; alternó con muchos navegantes y conquistadores; intercambio correspondencia con Hernán Cortés y es probable que lo conociera, así como a Sebastián Elcano al regreso de su viaje; al parecer siempre estuvo presente en los acontecimientos de importancia, aunque no en primer plano; para fines de1532 fue nombrado alcaide de la fortaleza de Santo Domingo, donde, viudo y habiendo muerto en Perú su único hijo, se dedicó a la escritura de su gran obra. Pasó 25 años en esa isla, donde falleció en junio de 1557, a los 79 años. Cerca de allí, en el convento de Puerto Plata, fray Bartolomé de las Casas escribía su propia obra, mas no hubo intercambio.

Puede decirse que fue la primera persona que recibió autorización y apoyo oficial para escribir una historia del Nuevo Mundo, pues el 15 de octubre de 1532 se envió una orden de la Corona, dirigida a todas las Indias, notificando que debían enviar información a Fernández de Oviedo so-

bre la historia, relaciones de la tierra y otras cosas de interés sobre las regiones particulares.

Al parecer se dio cuenta, como narra Edmundo O'Gorman, de que la historia de América necesitaba de un autor, pues afirmaba que el Nuevo Mundo era "una de las cosas más dignas de ser sabidas y de tener en veneración por tan verdaderas y nuevas". Fue notable latinista y naturalista, por lo que supo describir ampliamente la fauna y flora del Nuevo Mundo, creando el primer catálogo ilustrado de ambas. Tanto él como López de Gómara tuvieron como fundamento de su visión histórica el concepto de que el plan de Dios era unir el mundo bajo el cristianismo y la monarquía española.

Entre más de una docena de libros que escribió sobre diversos temas, los de más interés para la historia de América son su *Sumario de la natural historia de las Indias*, de 1525, publicado en Toledo en 1526, obra breve de 86 capítulos; gozó de gran éxito y pronto tuvo más de 15 ediciones, traduciéndose a varios idiomas; la otra es su obra magna: una *Historia general y natural de las Indias*, compuesta de 53 libros, agrupados en tres partes. Comprende desde los inicios españoles en el Caribe hasta la conquista de Panamá, Venezuela, Colombia y Perú, incluyendo varios capítulos sobre México, desafortunadamente intercalados en el relato general, sin guardar orden. No es un cronista al que se le pueda tener demasiada confianza, fue capaz de decir en una página una cosa y en otra lo contrario.

En 1535 Juan Cromberger publicó en Sevilla los primeros 19 libros de su *Historia general y natural de las Indias*, y en 1547 se publicó una segunda edición por Juan de Junta, en Salamanca, a la que se agregó una Historia del Perú.

Gracias a la cédula real obtuvo gran cantidad de información de primera mano. Su *Historia general…* es monumental; dice haberla escrito entre 1492 y 1548, aunque más bien la empezaría en 1526. Sin embargo, para la conquista de Méxi-

co-Tenochtitlan ofrece poco material nuevo, en el libro XXXIII, dedicado a ésta, se limitó a copiar, prácticamente íntegras, las *Cartas de relación* de Cortés, aunque ocasionalmente hace uso de otros documentos, como en el caso de la expedición de Narváez. De más utilidad es la conversación que mantuvo con Juan Cano en Santo Domingo, en 1544, que incluye en su *Historia*.

En algunas ocasiones Motolinía menciona la *Historia general* de Fernández de Oviedo. López de Gómara abrevó en ella y aduce que no fue publicada íntegramente debido a las intrigas de fray Bartolomé de las Casas, que la consideraba detractora para los indígenas, además de que Fernández de Oviedo, en su obra, dejó al fraile maltrecho, por lo que Las Casas le tuvo animosidad, que reflejó también sobre López de Gómara por haber reproducido partes de Fernández de Oviedo.

Finalmente, entre 1851-1855, en Madrid, José Amador de los Ríos editó íntegramente los 50 libros, publicados en cuatro grandes volúmenes por la Academia de la Historia de Madrid. Juan Pérez de Tudela hizo una nueva edición en 1959, publicada en la Biblioteca de Autores Españoles.

López de Gómara, Francisco

Al parecer nació en febrero de 1511, en Gómara, cerca de Soria. Proporciona noticias muy escasas sobre su vida, no se sabe con certeza si estuvo en las Indias, aunque hay quien afirma que pasó en ellas cuatro años. Se dice que estudió y después enseñó en la Universidad de Alcalá de Henares. Se ordenó como sacerdote y estuvo en Roma; al parecer murió en 1559.

A pesar de que actualmente es poco leído, su consulta es primordial para este periodo, de él bebieron innumerables historiadores pasados y modernos, por lo que es omnipre-

sente y considerado básico para cualquier estudio sobre la conquista de México. Párrafos enteros de su historia fueron copiados tal cual por varios cronistas del siglo XVI.

El personaje en sí, al igual que sus escritos, es polémico. Por ello me parece necesario extenderme sobre el tema; si el lector lo considera excesivo, puede omitir esta parte.

En principio es necesario tratar de responder a la pregunta: ¿Quién fue López de Gómara? ¿De dónde obtuvo su indagación? Como informante solamente identifica por su nombre a Andrés de Tapia; sin embargo, utilizó por lo menos los escritos de Cortés, de Mártir de Anglería y de Motolinía, y aporta poco material nuevo.

Escribió algunas obras históricas antes de su *Conquista de México*, como la *Crónica de los barbarrojas* y unos *Anales de Carlos V*; se dice que es el autor probable del panegírico cortesiano llamado *De rebus gestis Ferdinandi Cortesii.*

La obra que nos concierne la terminó en 1551, bajo el nombre de *Historia de las Indias y conquista de México*, dividida en dos partes, que abarca desde Cristóbal Colón hasta 1551: la primera parte, titulada *Hispania Victrix,* la dedicó a Carlos V, y la segunda (conocida también como *Crónica de la conquista de la Nueva España*), a Martín Cortés, hijo del conquistador.

Se ha criticado *ad nauseam* a López de Gómara por su glorificación de Hernán Cortés, lo cual le ha valido un rechazo generalizado; aunque, a decir verdad, no vaciló en criticarlo cuando lo consideró necesario. Para cuando se publicó su libro Cortés había caído en desgracia y fallecido, lo cual tal vez le concede más mérito. Debido a estos elogios a Cortés, la aparición de su obra provocó gran indignación entre los conquistadores indianos, ya que no menciona ni sus nombres ni sus méritos. Bernal Díaz lo critica ásperamente a lo largo de toda su *Historia verdadera*…, muchas veces sin razón, y afirma haber redactado su obra como una refuta-

ción a la de López de Gómara, arremetiendo en su contra más de 50 ocasiones, la mayoría en asuntos de poca cuantía. Irónicamente, el libro de Bernal parece estar estructurado siguiendo el modelo del de aquél, de quien toma muchos pasajes, sin citar su autoría.

Por siglos se afirmó que fue capellán y secretario de Cortés, y que el extremeño prácticamente le dictó sus memorias, ya Alonso de Zorita se refería a él como capellán del extremeño, aunque, teniendo acceso a los archivos reales, tal vez habría leído el escrito de Las Casas, quien al parecer es el origen del rumor, pues señaló a López de Gómara como "criado y capellán de Cortés", asegurando que vivió en casa del extremeño cuando éste volvió a su patria por segunda vez. De hecho, López de Gómara asegura que no conoció a Cortés, lo cual se ratifica por el hecho de que no tenía gran conocimiento sobre la vida del conquistador, sobre todo de sus últimos años, aunque la información sobre los primeros años del extremeño nos ha llegado gracias a él. Las Casas le tuvo gran hostilidad por haber reproducido un capítulo de Fernández de Oviedo en el que el cronista habla mal del fraile, pero el efecto fue el contrario, ya que otorgó a López de Gómara mayor credibilidad. Jacques Lafaye narra que: "Las Casas escribió que Gómara 'clérigo... que vivió con él en Castilla [con Cortés], siendo ya marqués, y no vio cosa ninguna, ni jamás estuvo en las Indias, y no escribió cosa sino lo que el mismo Cortés le dijo, compone muchas cosas en favor del, que, de cierto, no son verdad'".

Sin embargo aún hay quien alega alguna identificación de López de Gómara con Cortés, por ejemplo un autor muy leído hoy en día, Jacques Duverger, que en su *Crónicas de la eternidad,* sostiene la teoría de que Hernán Cortés, "en el ocaso de su vida", hacia 1543, contrató a López de Gómara, del que afirma que era su capellán, para escribir la historia de la conquista, ya que sus cartas de relación estaban prohi-

bidas, y que así su narración sería publicada "doblemente", una como de autoría de aquél y la otra de Bernal Díaz, de quien afirma que Cortés tomó su nombre para escribir la *Historia verdadera*…., aunque Bernal no menciona que López de Gómara tratara alguna vez a Cortés.

¿Conoció López de Gómara a Cortés? En la primera edición de su historia se dice que el extremeño acompañó a Carlos V en su expedición a Argel, y que no se invitó al extremeño a un consejo de guerra, "e yo que me hallé allí me maravillé"; sin embargo, en el taller de Pedro Bermúdez en Zaragoza apareció una nueva edición, en cuya portada se afirma que estas palabras habían sido añadidas y que fueron enmendadas por López de Gómara mismo, suprimiéndolas; curiosamente esa edición corregida no fue la que se reimprimió, sino la original de 1552.

Su *Historia general de las Indias* se hizo muy popular. La primera edición fue en Zaragoza, en 1552, para ese tiempo sólo se había publicado la primera parte de la obra de Gonzalo Fernández de Oviedo, que sobre nuestro tema únicamente cubre hasta la expedición de Narváez, y las cartas de Cortés, que pronto fueron prohibidas; sin embargo, en los archivos había textos manuscritos que sin duda López de Gómara pudo consultar. Es muy posible que tomara material de Motolinía, de quien leyó sus *Tratados*.

Su *Historia general…* fue reimpresa varias veces, unas ocho en español entre 1552 y 1554, tres en francés, ocho en italiano y dos en inglés, todas en el siglo XVI. En España pronto lo alcanzó la censura, al igual que a varios cronistas de las incursiones españolas en América, pues en noviembre de 1553 el príncipe Felipe (más tarde Felipe II) emitió una cédula prohibiendo su reimpresión y circulación, y que se decomisara y no se leyera su *Historia general*, tal vez influido por los juicios poco positivos del cronista acerca de la política de la Corona y por fray Bartolomé de las Casas. En Sevilla

la cédula real fue cumplida de inmediato. Queda la pregunta de por qué López de Gómara, residiendo en Valladolid, teniendo la imprenta cerca, en Medina del Campo, partió hasta Aragón para obtener una autorización de imprenta del arzobispo don Fernando; tal vez sospechaba que su historia no sería aprobada en Castilla. El caso fue que a su persona se le respetó, lo cual da pie a la duda de que tal vez era de estirpe de conversos, o bastardo de algún notable; es probable que alguien le protegiera, él mismo no nos dice nada sobre su familia u origen.

Más tarde, el 25 de septiembre de 1572, una cédula real mandaba al corregidor de Soria requisar los papeles de López de Gómara que tenía su sobrino.

Su libro sobre la conquista de México fue el primero que la trató en un solo volumen, y el primero que se imprimió sobre ese tema. Humanista culto, su estilo es sucinto, escueto, escéptico y en ocasiones irónico; supo escoger su material mejor que la mayoría de sus colegas de la época.

Otro de sus méritos es el interés que mostró por la sociedad y la religión nativa, su obra tiene un añadido sobre estas materias, aunque muestra poca empatía, hay que decirlo, reprochándolas de crueldad y de simplismo, pero registra atinadamente los nombres de las divinidades, así como la mitología, las fechas del calendario y los términos en náhuatl, siendo su primer divulgador.

Pionero, trató tan bien la conquista estructuralmente que fue seguido por muchos cronistas posteriores. Célebre es su dicho de que el descubrimiento de las Indias había sido, tras la creación del mundo y de la Encarnación, el evento más grande de la historia.

Otra de sus obras fue la *Conquista del Perú*, de ella tomó párrafos enteros el Inca Garcilaso de la Vega para redactar la suya, en la que afirma que López de Gómara fue "ministro

imperial" y "capellán real de la Majestad Católica"; si fue tal tendría amplio acceso a los archivos del Consejo de Indias.

Al paso del tiempo su obra fue quedándose en el limbo, hasta que en 1772 Andrés González Barcia la incluyó en su *Colección de historiadores primitivos de las Indias occidentales*.

De rebus gestis Ferdinandi Cortesii [o Vida de Hernán Cortés]

Escrita en latín por un autor desconocido, al parecer quedó inacabada, pues termina con la partida de Cortés de Cuba; formaba parte de una compilación titulada *De orbe novo.* Está dedicada al hijo de Cortés y se dice que fue escrita cuando muchos de los conquistadores aún vivían, posiblemente entre 1548 y1560. Hay quien afirma que el autor fue López de Gómara, y otros que Juan Cristóbal Calvet de Estrella, cronista de Indias. Idealiza mucho a Cortés y no contiene información nueva. El manuscrito fue encontrado por Juan Bautista Muñoz en el Archivo de Simancas, Sala de Indias. Fue traducido y publicado por Joaquín García Icazbalceta en su *Colección de Documentos Inéditos*, 1858.

Sahagún, fray Bernardino de

Nació en 1499 en la villa de Sahagún, Tierra de Campos, en el reino de León, poco se sabe de él antes de 1520, año en que ingresó a la Universidad de Salamanca, que era un célebre centro humanista. Hacia 1525-1527 tomó hábitos en la orden franciscana y en 1529 partió a la Nueva España, junto con otros 20 frailes, al cuidado de fray Antonio de Ciudad Rodrigo, que llevaban la tarea de evangelizar a los nativos. Fray Jerónimo de Mendieta lo perfila como un "varón de muy buena presencia y rostro, por lo cual, cuando mozo,

lo escondían los religiosos ancianos de la vista común de las mujeres", y comenta que nadie como Sahagún conoció tan bien la lengua náhuatl. Fray Juan de Torquemada fue su discípulo.

Fungió como maestro de los jóvenes pupilos indígenas adoctrinados en el Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, fundado en 1536, donde enseñaba latín y doctrina católica y al mismo tiempo aprendía el náhuatl. Permaneció ahí hasta 1540, de esa fecha hasta 1545 realizó su labor misional en varios sitios del Valle de México, perfeccionando también tanto su conocimiento del náhuatl que sobresalió entre los llamados "padres lengua", e inició su labor de investigación sobre la cultura nativa; después regresó al Colegio de Tlatelolco, donde, entre 1553-1555, escribió una versión de la conquista desde el punto de vista tlatelolca, conocida como *Códice Florentino*.

Sus escritos y recopilaciones pasaron por muchas vicisitudes, de las que sólo podrá darse aquí una breve síntesis.

Recabó unos 40 discursos que los sabios nativos utilizaban en diferentes ocasiones, narrados con la gran elegancia oral del lenguaje cortesano náhuatl, conocidos como *Huehuetlatolli*, "la antigua palabra", emulando en esto a fray Andrés de Olmos, quien estuvo también en el Colegio de Tlatelolco.

En 1558 el provincial del Santo Evangelio le encargó el magno proyecto de indagar a fondo "las cosas naturales humanas y divinas" de los naturales, tarea que le llevó toda la vida. Recopiló información de los "viejos principales" que "se hallaron presentes en la guerra", así como de varios códices, de manuscritos, y en buena medida de las respuestas nativas a un cuestionario que elaboró, todo lo cual llenó cientos de folios, con textos en náhuatl y en castellano y con pinturas.

Entre 1558 y 1561 estuvo en el convento de Tepeapulco, situado en el antiguo señorío de Acolhuacan, de rica tradi-

ción cultural, donde sistematizó sus datos, ordenando por contenido los textos que tenía hasta ese momento, dando forma a lo que se conoce como *Primeros memoriales*.

En 1561 regresó a Tlatelolco, donde compuso un nuevo cuestionario con el propósito de reestructurar su obra que tenía hasta entonces cuatro capítulos, que pasaron a ser cuatro libros en borrador, hoy conocidos, y un quinto aún perdido; en ellos se incluyen 175 ilustraciones y son conocidos como *Códice Matritense,* hoy en Madrid, que incluye fuentes que utilizó posteriormente. En los años sesenta residió en el convento de San Francisco en la Ciudad de México, donde revisó y ordenó su material náhuatl en 12 libros, divididos en capítulos o párrafos.

Hacía 1564 encontró, tal vez en la biblioteca del Colegio, ciertos documentos a manera de apuntes en forma de borrador, que contenían los testimonios de los llamados *Colloquios,* pláticas o diálogos sostenidos en 1524 por los 12 primeros franciscanos y los sabios nativos sobrevivientes, así como una "doctrina christiana", que ordenó, según dice, en "lengua mexicana bien congrua y pulida".

Para 1569 ya había distribuido sus textos nahuas en 12 libros, que durante el resto de su vida revisó, corrigió y completo.

En 1570 fue acusado por algunos frailes franciscanos de gastar demasiado en sus pesquisas, tanto en papel como en tinta y en escribanos, por lo que se le ordenó proseguir solo, sin amanuenses, y le confiscaron sus documentos, que esparcieron entre varios monasterios.

Entonces redactó un *Sumario* y un *Breve compendio,* que envió a España, a fin de obtener autorización para proseguir su trabajo, cosa que logró, pues en 1574 el comisario de la orden fue instruido por el Consejo de Indias para que reescribiera su obra y la tradujera del náhuatl; debido a que el comisario anterior había ordenado la recuperación de los papeles dispersos logró rescatar el material, fue así como, entre

1575 y 1577, Sahagún y sus ayudantes arreglaron el material a la manera occidental en cuatro volúmenes, compuestos de 12 libros, capítulos y párrafos, acomodados en dos columnas paralelas en cada página, una a la derecha, con el texto en náhuatl clásico en glosa latina, y otra a la izquierda en español, en una traducción incompleta, parafraseada, con muchas omisiones y adiciones de manos del fraile; la obra incluye la riqueza de cientos de ilustraciones elaboradas por los nativos.

La columna en español es conocida como *Historia general de las cosas de la Nueva España*, que pretende ser la traducción de la columna en náhuatl, conocida como *Códice Florentino.* Desafortunadamente el Consejo de Indias archivó su obra, sin dar el *placet* o visto bueno para su publicación; una copia se conserva en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, otra está en la Biblioteca Medicea Laurenciana de Florencia, de allí el nombre de *Códice florentino,* que tal vez fue un obsequio de Felipe II a Francisco de Medici, duque de Toscana. Su *Historia general…* y el códice son considerados como la fuente histórica más valiosa sobre los pueblos nativos y para la reconstrucción de su historia.

Cerca del fin de su vida, en 1585 (murió el 5 de febrero de 1590, en Tlatelolco), reordenó varios de sus trabajos, como el de *Arte adivinatoria*, un *Calendario mexicano,* y la *Relación de la conquista de esta Nueva España, como la contaron los soldados indios que se hallaron presentes. Convirtiéndose en lengua española, llana é inteligible, y bien enmendada en este año de 1585*, en la que aclara que "algunas cosas se pusieron en la narración de esta conquista que fueron mal puestas, y otras se callaron, que fueron mal calladas"; algunos autores novohispanos conocieron cierta parte de la *Relación de la conquista*, pero el manuscrito pronto se perdió hasta el siglo XIX.

Sin embargo, durante su larga vida, de alrededor de 90 años, no gozó de fortuna editorial, pues solo vio publicado

uno de sus trabajos, impreso en México en 1583: la *Psalmodia Christiana*.

No fue sino hasta 1829 que, casi simultáneamente, se editó en México el texto en español de su *Historia general…* por Carlos María de Bustamante, y en Inglaterra por Lord Kingsborough, lo que permitió su traducción al francés y al alemán; hasta 1982 se dio a conocer una edición muy completa. Actualmente Sahagún goza de una gran fama y sus obras son muy publicadas.

Su labor escrita es una de las mejores del Renacimiento, fundamental para la antropología, por lo que Sahagún ha sido llamado "padre de la antropología en el Nuevo Mundo". Sus Informantes, ya fuesen reales o imaginarios, como algunos lo quieren, compartían la visión franciscana de que Cortés fue un instrumento de Dios para la conversión de los nativos, por lo que su obra (al igual que la de Motolinía y la de otros cronistas) sufre de excesivas lisonjas a Cortés y de cierta justificación cristiana sobre la conquista; buena parte de ella fue escrita obedeciendo el deseo católico de conocer a fondo la religión nativa a fin de poder identificar mejor sus manifestaciones y extirpar de ellas todo rasgo de idolatría.

Como cosa curiosa es el único que describe dos formas de cocinar platillos con carne humana, uno con flor de calabaza y otro con maíz con su caldo, el *tlacatlaolli*.

Códice Florentino (ver Sahagún)

Completado entre 1575 y 1577 es una fuente invaluable de información sobre todos los aspectos de la historia, religión, y vida cotidiana de los indígenas, constituye una enciclopedia que rescata en muchos aspectos la antigua vida indígena, su parte pictográfica es muy atrayente. Se le podría llamar una historia tlatelolca-franciscana y considerarla parte de las llamadas fuentes cuasiindígenas; por largo tiempo

se lo tomó como puramente indígena, aunque muestra muchos indicios de influencia franciscana; al revisar su libro XII, Sahagún menciona varios supuestos milagros sucedidos durante la Conquista y, siguiendo a Motolinía, quien quiso identificar al señor Topiltzin o Huémac con un Quetzalcóatl divinizado, afirma que Quetzalcóatl fue un santo cristiano; aun así el libro XII del códice es el mayor relato que tenemos sobre el punto de vista indígena de la Conquista, aunque hay que tomar en cuenta que los tlatelolcas aborrecían a los tenochcas desde que éstos los habían subyugado en 1473, por lo que adolece de ese sesgo negativo.

El *Códice Florentino* fue publicada en edición facsimilar por Francisco del Paso y Troncoso, en Madrid, en 1905; en 1979 el gobierno mexicano publicó una edición facsimilar del códice, de gran calidad; en 1983 Georges Baudot y Tzvetan Todorov lo incluyeron en su excelente obra *Relatos aztecas de la conquista,* publicado por Grijalbo, México, mas aún no tenemos en español una versión completa de la parte náhuatl.

Vázquez de Tapia, Bernardino

Pasó en 1514 al Darién con Pedrarias, y luego a Cuba, donde se hizo de numerosos bienes. Participó en 1518 en la expedición de Juan de Grijalva, y después en la de Hernán Cortés, siendo uno de los capitanes del extremeño. Se convirtió en enemigo encarnizado de Cortés y de Alvarado, y como tal declaró en su contra con saña en los juicios de residencia de ambos. Llegó a ser alguacil, regidor y alcalde de la Ciudad de México. No se conoce la fecha de su muerte, pero debió suceder hacia 1560.

Su *Relación de méritos y servicios* fue escrita entre 1542 y 1546, en parte como protesta ante las Leyes Nuevas emitidas en 1542. Su mérito consiste en que no se limitó a relatar sus

servicios, sino que amplió su narración, sin realmente proponérselo, hasta convertirla en una breve historia de la conquista de México-Tenochtitlan. Aclara varios puntos que en otros cronistas son vagos, aunque en aspectos cronológicos es poco confiable, y en ocasiones se contradice en sus declaraciones en el juicio de residencia de Cortés.

Su relación fue publicada por primera vez por Manuel Romero de Terreros en 1939, utilizando un manuscrito en poder de Federico Gómez de Orozco, y después en 1953 por Jorge Gurría Lacroix.

Lienzo de Tlaxcala

Hacia 1552 el virrey Luis de Velasco encargó a los nativos de Tlaxcala narrar su visión sobre la Conquista, cosa que hicieron los tlacuilos desde el punto de vista tlaxcalteca; la obra primaria se ha perdido, pero se hicieron reproducciones en tela y papel; una copia de 1773 se conservaba en el Museo Nacional de México, y fue publicada en 1892 por Alfredo Chavero en las *Antigüedades mexicanas*.

El *Lienzo* es una historia visual con 86 cuadros acompañados de breves leyendas en náhuatl, narra la versión tlaxcalteca de la Conquista. Existen demasiadas versiones para exponerlas aquí, pues tuvo varias copias y correcciones. Fue muy mencionado en la década de 1560.

Tapia, Andrés de

Al parecer era originario de Tapia, cerca de León. Nació hacia 1506. Fue ayuda de cámara de Diego Colón en Sevilla y pasó a las Indias en 1517, alistándose poco después en la expedición de Cortés y convirtiéndose en uno de los capitanes más leales del extremeño, tras la Conquista lo acompañó dos

veces a España. A decir de Dorantes de Carranza, fue tan conocido y querido por los nativos que, a su muerte, los de la región de México le lloraron y guardaron luto.

López de Gómara lo utilizó como informante tras conocerlo en Argel. Posiblemente fue el capellán quien le sugirió que escribiera sus memorias, de las que éste hizo después extenso uso para su propia historia, a través de la que pasó a Cervantes y a Herrera. Su *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre don Hernando Cortés, Marqués del Valle, en la Nueva España* fue escrita hacia 1545, desafortunadamente se termina cuando la victoria de Cortés sobre Narváez. Como el nombre lo indica, la crónica es básicamente un panegírico del extremeño, aunque bastante objetiva, sintetizada y con pocas digresiones. Menciona algunas particularidades de la cultura indígena.

Su obra fue mencionada en la colección española de *Historiadores primitivos de Indias*; Joaquín García Icazbalceta, al enterarse, solicitó una copia del manuscrito de Tapia, publicándolo en 1866 en su *Colección de Documentos Inéditos*. En 1939 fue incluida por Agustín Yáñez en sus *Crónicas de la conquista*, Biblioteca del Estudiante Universitario, UNAM. La narración de Tapia fue traducida al inglés hasta 1963.

Conquistador anónimo, El

El conquistador sigue permaneciendo anónimo, es el autor de la *Relación de algunas cosas de la Nueva España... escrita por un compañero de Hernán Cortés*, cuyo original se ha perdido. Fue publicado en italiano en 1556 como parte de una colección de viajes de Juan Bautista Ramussio. Joaquín García Icazbalceta lo tradujo y publicó en español en su *Colección de Documentos para la Historia de México, vol.* I, con el nombre de *Relación del conquistador anónimo,* 1866. Uno de los méritos del relato estriba en el espacio y atención que dedica a relatar las cos-

tumbres indígenas, así como en sus descripciones geográficas y de la ciudad de México.

Ginés de Sepúlveda, Juan

Originario de Pozoblanco, provincia de Córdoba, nació en 1490. Humanista y latinista de gran erudición, Carlos V lo nombró capellán suyo y cronista oficial en 1536. Fue preceptor de Felipe II y escribió numerosas obras. Murió en 1573. La obra que nos interesa aquí es su *De rebus hispanorum gestis ad Novum Orbem mexicumque*, escrita en latín y traducida como *Historia del Nuevo Mundo*, que comprende desde los viajes de Colón hasta la captura de Cuauhtémoc; está escrito en un latín de estilo elegante y literario. No duda en denunciar los hechos reprobables y no es un panegírico de los conquistadores. Mantuvo una polémica con Las Casas acerca de la legalidad de la Conquista.

Prácticamente toda su información la obtuvo de otros cronistas, como Fernández de Oviedo, López de Gómara y Mártir de Anglería. En el libro tercero, dedicado a la conquista de México-Tenochtitlan, sigue directamente las *Cartas de relación* de Cortés, con quien conversó en dos ocasiones, por lo que no ofrece prácticamente nueva información; aunque aclara un poco los tiempos oscuros en que Cortés anduvo tras de la Corte. El manuscrito fue redescubierto en 1775 por Juan Antonio Alfaro y publicado en 1780 por la Real Academia de la Historia en Madrid. La primera publicación en español la hizo Antonio Ramírez de Verger en 1987.

Aguilar, fray Francisco de

Nació hacia 1479. Originario de Villalva, Condado de Feria o Castillo de Villa Vega. Bautizado como Alonso, cambió su

nombre a Francisco al tomar las órdenes religiosas. Al parecer llegó al Nuevo Mundo hacia fines de 1512 o en 1513. En 1519 formó parte de la expedición de Cortés, tendría alrededor de 40 años. Tras la Conquista puso una venta entre Perote y Jalapa, después tomó los hábitos religiosos, entrando a la orden dominica en 1529 a los 50 años; pasó en el convento el resto de su vida, siendo uno de media docena de conquistadores que tomaron los hábitos. Llevado por el remordimiento debido a su actuación como conquistador vendió todos sus bienes, dando el producto a los pobres. Según dice fray Agustín Dávila Padilla en su *Historia de la fundación de la provincia de Santiago*: "Amábanle españoles e indios, tanto más por su santidad, cuanto más lejos de ella se había mostrado en la vida primera".

Entre 1560 y 1565 escribió, o más bien dictó, su *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, teniendo más de 80 años, a solicitud y ruego de varios religiosos que le pedían dejar testimonio de lo que había vivido. Dividió su narrativa en ocho "jornadas", equivalente en su tiempo a expediciones militares, aunque el término también se utilizaba para las distintas partes de una poesía dramática. Su estilo no presenta pretensiones literarias, ni prolijidad alguna. La obra adolece de varios errores cronológicos y omisiones, pero tiene informaciones no encontradas en otras fuentes; es quien con mayor extensión menciona al nigromante Blas Botello, probable causante de la mortandad en la Noche de la Huida.

Fray Diego Durán, compañero de hábito de Aguilar, ingresó a Santo Domingo en 1556, y consultó la *Relación* de Aguilar o recibió información oral de éste. Al parecer las varias menciones que hace en su propia historia de lo dicho por un "conquistador religioso" se refieren a Aguilar.

En sus últimos años sufrió mucho de artritis úrica (gota), Dávila Padilla dice:

> El humor se apoderó del cuerpo, dejándolo gafo de pies y manos, y tan imposibilitado, que no podía sin dolor estar en pie, ni sentado, ni acostado. Llegó su trabajo a no poder comer con sus manos, ni a aprovecharse de ellas para cosas tan necesarias y frecuentes como a los hombres sirven.

Murió en 1571, a los 92 años.

El original de su historia se encuentra en España, en la biblioteca de El Escorial. La primera edición se debe a Luis González Obregón, publicada en México, en 1900, en los *Anales del Museo Nacional de México*, tomo VII, que aprovechó la copia de Francisco del Paso y Troncoso, que sacó del manuscrito escurialense en 1892, al conocer de su existencia gracias a Joaquín García Icazbalceta. En esta edición no se da noticia de su autor, está mal transcrita y no se incluyeron las apostillas. En 1954 Federico Gómez de Orozco ofreció una nueva edición con las apostillas a pie de página, y en 1977 Jorge Gurría Lacroix otra, publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En lenguas extranjeras al parecer sólo existe una traducción estadunidense de 1963, tomada de la de Gómez de Orozco.

Díaz del Castillo, Bernal

Tal vez sea el cronista más leído e influyente en el tema de la Conquista, sólo comparable con Hernán Cortés, y también muy polémico, por lo que será necesario extenderse un poco en esta síntesis.

Habla muy poco de sí mismo. Probablemente nació hacia 1495 o 1497, no menciona la fecha, aunque sí la ciudad, si bien la referencia no figura en la edición de su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de 1632; en ella compara el mercado de Tlatelolco con el de su tierra "que es Medina del

Campo", lugar donde se celebraban ferias muy populares, vecina del castillo de La Mota, donde Pizarro estuvo en prisión.

Poco se sabe de sus primeros años. Tan sólo menciona una vez a un hermano, de quien dice que era servidor de la Corona; narra que su padre, Francisco Díaz del Castillo, "por nombre El Galán", fue regidor y hombre notable, al igual que sus antepasados, aunque nunca alardeó de hidalguía; en el manuscrito llamado "Alegría" está escrito, entre líneas y por otra mano, que era hijo de "María Díez Rejón", esposa legitima de Francisco.

Al parecer no terminó sus estudios, no sabía latín y más bien fue autodidacta, mas es notorio que no era tan inculto como lo presume en ocasiones y que formaba parte de la naciente clase media española.

Se supone que pasó a las Indias en 1514 con Pedrarias de Ávila en la expedición a Panamá. Christian Duverger escribe que ningún miembro de tal expedición se llamaba Bernal Díaz, pero existe un registro de pasajeros a las Indias de octubre de 1514 en la que aparece su nombre, aunque la de Pedrarias zarpó de Sanlúcar el 12 de abril. Bernal afirma haber participado después en las expediciones de Hernández de Córdoba y de Grijalva, aunque hay quienes lo ponen en duda, sobre todo la de Grijalva.

Radicó en Guatemala poco después de 1539, donde pasó el resto de su vida; regresó a España en dos ocasiones, en 1540 y en 1550; en 1544 casó con Teresa Becerra, hija de un conquistador, con quien tuvo varios hijos. Anteriormente, en México, Motecuhzoma le había dado como obsequio a una doña Francisca.

En 1552 ocupó el puesto de regidor de la municipalidad de Santiago, que desempeñó hasta su muerte, ocurrida el viernes 3 de febrero de 1584, entre las nueve y las diez de la noche, en Santiago de Guatemala, de acuerdo al acta de defunción encontrada y publicada en 1960; se supone tendría

88 años de edad. Fue sepultado en la catedral de esa ciudad; su casa puede aún verse en La Antigua.

Pasó largos años escribiendo su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, obra fundamental en el estudio de ese periodo. Iremos examinando su proceso.

Hace poco, en 2012, el conocido antropólogo francés Christian Duverger, con un doctorado en la Sorbona y numerosas referencias como personaje "letrado", para usar la terminología del siglo XVI, publicó un libro titulado *Crónicas de la eternidad*, tuvo buen éxito editorial y lo dedicó a tratar de demostrar que no fue Bernal quien escribió la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* sino nada menos que Hernán Cortés, insinuando hasta la existencia misma de Bernal Díaz. Mucho se ha escrito al respecto, ya Guillermo Turner, historiador del Instituto Nacional de Antropología e Historia, resolvió sin dejar lugar a más dudas la autoría de la *Historia verdadera…*, así como las razones de su autor, el soldado-cronista Bernal Díaz del Castillo, para escribirla. Sobre Duverger afirma que "Todos los argumentos que ha planteado han sido rebatidos". Sin embargo, a riesgo de ser prolijo, examinaré con cierto detalle algunas de las noticias que tenemos sobre este soldado cronista, así como los escasos datos "duros" que proporciona Duverger, a fin de responder a las preguntas de ¿Quién fue Bernal? ¿Es obra suya la *Historia verdadera…*?, en beneficio de los lectores que no hayan leído aún el libro de Turner, aunque sin entrar en los detalles.

Dadas las polémicas sobre su vida será necesario mencionar, desde un principio, las referencias tempranas o la carencia que tenemos de ellas: Hernán Cortés no lo menciona en sus *Cartas de relación*; sin embargo, en carta dirigida al virrey Antonio de Mendoza, de febrero de 1539, lo nombra como "de los que bien han servido, así en la conquista de esta ciudad como en la ida que hice a Honduras, y en Guatemala

y en otras muchas provincias… fue de los que vinieron con Francisco Hernández de Córdoba… en todo ha trabajado y servido muy bien, como yo soy buen testigo". Sin embargo, pocos de sus compañeros de armas mencionan su nombre.

Alonso de Zorita fungió como oidor en la ciudad de Santiago, Guatemala, hacia 1553-1554, y escribe que Bernal fue vecino de Guatemala, gozando de un buen repartimiento, que fue conquistador tanto ahí como en Coatzacoalcos y en la Nueva España, y que Bernal mismo le confió que estaba redactando una historia y hasta le mostró parte de lo escrito; Zorita desconocía si lo había publicado. Posteriormente, en 1585, este oidor redactó una introducción de autores del siglo XVI, entre los cuales figura un tal "Bernal Díaz del Castillo.

Fray Juan de Torquemada afirma haber conocido a un Bernal ya viejo, en Guatemala, dando fe de que era "persona digna de todo crédito", y lo nombra tres veces; sin embargo, en el "Prólogo" de su obra dice no haber salido de la Provincia del Santo Evangelio (México central) "ni peregrinado a… Guatemala...". Muñoz Camargo, hacia 1580-1585, menciona a Bernal, tildándolo de "un autor muy antiguo". Antonio de Herrera, en 1601, da a conocer ampliamente a Bernal, como autor de sus referencias, del que toma muchos datos y citas casi textuales, sobre todo de los caps. XLVI y LVII. Bartolomé Leonardo de Argensola publicó, en 1630, una parte de sus *Anales de Aragón*, en los que menciona cuatro veces a Bernal.

Sobre todo esto tenemos varios documentos que lo nombran: una probanza de 1539, un recibo de la dote de 800 pesos de oro de minas que recibió al casarse en Guatemala con una Teresa Becerra; dos documentos de 1549 sobre dos de sus encomiendas, al parecer tenía 700 nativos encomendados y un sembradío de cacao; nueve documentos de 1551en los que pide autorización para portar armas, se le concedieron dos guardaespaldas armados, y se menciona una hija, Teresa Díaz de Padilla, nacida en la Nueva España, como

depositaria de una encomienda de Bernal en Coatzacoalcos. También hay en archivos cinco cartas suyas, pidiendo beneficios; un documento de septiembre de 1561 que legitima a un hijo natural, un tal Diego, mestizo, nacido fuera de matrimonio. Y finalmente una colección numerosa de documento del siglo XVII, de sus descendientes, sobre cuestiones de herencia, muchos de ellos copias de copias. En la probanza de servicios de Pedro de Alvarado, Bernal dice que había redactado un "memorial de las guerras". Para el siglo XVII su *Historia verdadera…* ya es una referencia prácticamente obligada. Pruebas suficientes de su existencia. Pasemos ahora a su historia.

La teoría de Christian Duverger, expuesta en su libro *Crónica de la eternidad*, ha sido que no fue Bernal quien escribió la *Historia verdadera…*, sino nada menos que Hernán Cortés entre 1543-1546, un Cortés que, según Duverger, fue sumamente prolífico, pues afirma que contrató a López de Gómara para que escribiera su *Historia….* Según Duverger el supuesto manuscrito de Cortés, fallecido en 1547, que publicará como la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, estuvo oculto por dos décadas, tras las cuales sus hijos la enviaron a la Nueva España, de donde pasa a Bernal y de éste a su hijo, Francisco Díaz, quien incluyó en el escrito y como autor el nombre de su padre; la obra pasa a España, donde tras varias peripecias fue impreso en Madrid por fray Alonso Remón, en 1632.

Pasemos a dar una breve vista a esta famosa *Historia verdadera…* Es una de las más detalladas acerca del desarrollo de los acontecimientos de la Conquista, e indispensable para su estudio. El título mismo es un intento de desautorizar a López de Gómara y a su *Historia general de las Indias,* publicada en 1552, a la que refuta constantemente, aunque en nada esencial, mas implicando así, desde el título mismo, que la de López de Gómara no era verdadera.

Careciendo de estudios, y no siendo "latino", como él mismo lo dice, también lo motivó a escribir que sus hazañas y las de sus compañeros no se olvidaran, ya que Cortés en sus *Cartas de relación* se dio papel estelar, así como la indignación que sintió al caer en sus manos las historias de López de Gómara, Gonzalo de Illescas y Paulo Jovio, en las que también se daba el mérito de la conquista a Cortés. A pesar de ello se sirvió de la obra de López de Gómara para dotar de infraestructura a la suya.

¿Quiénes son estos dos personajes que tanto lo irritan y sin embargo son tan poco conocidos? Paulo Giovio era conocido en España como Jovio, italiano, médico y letrado que sirvió a tres papas y que tuvo como pasatiempo coleccionar retratos de hombres ilustres, agregándoles un pequeño resumen de sus méritos y de su biografía; llegó a reunir más de 400, que expuso en una galería en las orillas del lago Cuomo, a la que llamó Museo, en referencia a las Musas. Entre 1546 y 1551 publicó, en latín, su obra *Elogios*, y en 1552, en Florencia, una *Historia de su tiempo*. Hernán Cortés, poco antes de morir, accedió a que se le hiciera un retrato para su galería (según dice Duverger, aunque también se dice que Cortés mismo le envió el retrato). Jovio no toca el tema de la Conquista, y sólo menciona a Cortés en una nota de seis páginas, en tono adulatorio. Su libro se imprimió en español hasta 1568, previa una traducción de 1563. Bernal menciona a Jovio menos de media docena de veces, acusándolo, así como a López de Gómara y a Illescas, de falsear información. Jovio fue publicado antes que López de Gómara, a pesar de ello Bernal afirma un par de veces que Jovio siguió al capellán. Posiblemente su enfado sería causado por el mal trato a Carlos V que le da Jovio en sus escritos.

Gonzalo de Illescas fue sacerdote, doctorado en teología. Bernal lo menciona cinco veces en la edición de Remón y 12 en el manuscrito de Guatemala. Escribió en español una

formidable historia del papado, que incluye desde san Pedro hasta 1572, publicada el año de su muerte, en 1573. Tuvo tanto éxito que fue reeditada varias veces. En la parte que relata el pontificado de León X insertó algo de material sobre la conquista de México, en donde Cortés sale muy bien parado, como un héroe de la cristiandad. La ira de Bernal supuestamente consistió en que no menciona a los soldados del extremeño y de que afirma que copió a López de Gómara sin nombrarlo, en lo que tuvo razón.

En lo que se refiere a López de Gómara, sin duda Bernal lo utilizó copiosamente; baste para constatarlo comparar el orden de ambas historias, tanto el de los capítulos como de los acontecimientos, que son muy similares. Bernal no siempre tiene la razón en sus constantes críticas a la obra de aquél, en ocasiones sus relatos son muy parecidos, lo cual no es obstáculo para que difiera y manifieste que López de Gómara afirma cosas que en realidad no se encuentran en la obra del capellán, aunque la mayor parte de sus rectificaciones son sobre puntos menores. No deja de ser curioso cómo pudo leer a López de Gómara, sobre todo en Guatemala, siendo el libro del capellán una obra prohibida, publicada en 1552.

Al parecer el intento inicial de Bernal fue el de redactar una relación de sus méritos y servicios, como tantos otros conquistadores, a fin de conseguir prebendas y recompensas de la Corona; llevado por el tema y por su deseo de contar la "verdadera" historia, esta relación se convirtió en la narración más completa de la Conquista que poseemos, como si fuera una probanza enorme; en palabras de Ramón Iglesia, "es una lista desenfrenada de méritos y servicios", abriendo el camino para que en el periodo colonial las probanzas se convirtieran en crónicas o historias.

Su punto de vista es eminentemente favorecedor de la parte española y, a pesar de su enojo con López de Gómara, también pro Cortés, aunque el extremeño aparece en Bernal

como una figura menos central, cuyas acciones son prácticamente dictadas por sus capitanes. Peca de repeticiones y digresiones; escribió sin párrafos y sin puntuación. En cambio es un narrador nato, ameno, coloquial y humano, irradia frescura, describe tan bien los detalles que podemos visualizarlos; se asombra y se maravilla de las escenas nunca antes vistas como si fueran "un sueño". Escritores como Carlos Fuentes, Carpentier, García Márquez y Neruda mencionan su historia como si fuera la de una gran novela "realista". Su gran sentido de la observación y su habilidad descriptiva nos permiten visualizar los acontecimientos desde el punto de vista de un soldado de a pie, pero de primera fila. La información que aporta es bastante confiable, teniendo por lo general cuidado en decirnos qué fue lo que vio personalmente, qué le contaron y qué supo por medio de documentos. Muchos sucesos de la Conquista son conocidos, o ampliados, gracias a él. Uno de sus méritos, no el menor, son sus descripciones de ciertas poblaciones indígenas, así como sus retratos de personajes principales, tanto españoles como nativos, aunque minimiza mucho la participación indígena en la Conquista. Se manifiesta su aspiración a la fama y a la inmortalidad, por lo que exagera el papel jugado por él mismo, ya que, si no fuese por su historia, muy pocas menciones encontraríamos sobre su persona en otras crónicas; en la suya se constata que no pasó de ser un soldado de infantería. Su *Historia verdadera…* fue escrita décadas después de la Conquista, por lo que en ocasiones le falla la memoria; para entonces ya no quedaban muchos participantes vivos para ayudarle o recusarle.

Se acusa de ser "un idiota sin letras", lo cual implicaría que no sabía leer ni escribir; sin embargo, en su historia muestra tener una gran cultura general, caso especial entre sus compañeros de armas, de los cuales pocos sabrían escribir. Entre las obras que probablemente había leído podemos

enumerar el *Amadís de Gaula;* la *Primera crónica general de España* de Alfonso X el Sabio, o un resumen de ella; el *Romancero español*; sus menciones de autores y personajes clásicos no implican que leyera sus obras, bien pudo sacarlas de otros autores contemporáneos, como López de Gómara; Bernal mismo lo dice: "De sabios siempre se pega algo de su ciencia a los idiotas y sin letras como yo soy…".

Entre sus fallas están el no ser totalmente original, el confiar en los relatos de segunda y hasta tercera mano sobre las numerosas acciones en las que no estuvo presente, como en el caso de sucesos en España, de los que no fue testigo presencial y de los que no estaba bien informado; incluso a veces narra lo sucedido al revés de como ocurrió, en varias ocasiones sus fechas no coinciden, es notable su escaso intento en transcribir palabras o nombres en náhuatl, haciéndolo de pésima manera, a diferencia de López de Gómara, al igual que su gran desinterés por tratar de entender la cultura nativa, y su casi nula mención de las mujeres, con excepción de Malintzin. Redactó su *Historia verdadera…* tiempo después de ocurridos los sucesos, ya viejo, y, al parecer, con problemas de memoria, las distintas fechas que menciona muchas veces son contradictorias; la memoria le dio para anotar, al final de su obra, una lista de los que pasaron con Cortés a México, nada menos que 320 nombres, incluida su ciudad de origen y algunos datos biográficos; además, cita casi a 900 personas a lo largo de su historia; sabía todo sobre Cortés, incluso con datos de su estadía en España, sus exequias, su testamento, el fallecimiento en Sevilla de su primera mujer, Catalina, los nombres de los cónyuges de sus hijos; sin embargo, hay que tomar en cuenta que cuando se sienta a escribir su historia ya se han publicado varias versiones de la Conquista. Entre sus fuentes es prácticamente indudable que conoció las *Cartas de relación* de Cortés y la *Historia general de las Indias* de López de Gómara.

¿Qué sabemos de su *Historia v erdadera*…? Para complicar más el asunto existen tres documentos distintos: dos manuscritos llamados "de Alegría" y "de Guatemala", y uno publicado en Madrid en 1632 por fray Antonio de Remón, aunque las diferencias entre las tres no son muchas.

Desconocemos cuándo empezó a escribirla. Alonso de Zorita nos da una clave, como ya se mencionó más arriba.

En 1552 se publicó en Zaragoza la *Historia general…* de López de Gómara, que, aunque la Corona española prohibió el año siguiente, de alguna manera parece haber caído en manos de Bernal, aunque la última vez que estuvo en España fue en 1550; tal vez su ejemplar llegó clandestinamente a Guatemala. El caso es que supo que López de Gómara se le había adelantado, lo desalentó que el capellán fuera un "letrado", mientras él era "idiota y sin letras", pero a fin de cuentas pudo más su ira ante lo que llama las "mentiras" de López de Gómara, y decidió continuar con su historia "verdadera". Se desconoce la fecha en que la reanudó, al parecer la terminó en 1568, aunque continuó haciéndole anotaciones hasta poco antes de morir, el original está lleno de tachaduras, interlineados y correcciones. En el breve "Preámbulo" afirma ser viejo, de más de 84 años, y haber perdido la vista y el oído, aunque también dijo que en 1517 tenía 24 años, por lo que en 1568 serían 75 años. El manuscrito quedó en poder de sus descendientes. Guillermo Turner lo considera "por mucho más confiable y de mayor riqueza en detalles y matices…".

Tenemos una notificación de un manuscrito enviado a España el 15 de marzo de 1575, firmado por el presidente de la Audiencia de Guatemala, un tal Pedro de Villalobos; el autor del envío es anónimo, debe haberlo hecho Bernal, cumpliendo una cédula de 1571 que ordenaba que se enviaran al Consejo de Indias los manuscritos que versaran sobre la Nueva España; en ese envío se manifiesta que se trataba

de la historia de "un conquistador anónimo de los primeros de la Nueva España…y la tiene por verdadera…", sería una copia del manuscrito terminado en 1568. La utilizó Antonio de Herrera y Tordesillas para su *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano.*

Fue esta *Historia general…* de Herrera, en 1615, la que dio a conocer ampliamente el nombre de Bernal Díaz.

En 1632 se publicó su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, aunque incompleta, cuando fray Alonso Remón, fraile mercedario, encontró el manuscrito enviado a España en 1575, que reposaba en la biblioteca del consejero de Indias don Lorenzo Ramírez de Prado, y Remón lo preparó para su publicación; es conocido como "manuscrito Remón. El buen fraile concede a Bernal el título de "capitán". Esa edición la utilizaron, entre otros, Antonio de Herrera, Antonio de León Pinelo, fray Juan de Torquemada y Antonio de Solís. Adolece de algunas supresiones, alteraciones y retoques hechos por Remón, pero es básicamente fiel al original. Desconocemos la razón por la cual lo publicó Remón, tal vez porque el fraile que llegó con Cortés en 1519 era mercedario. Pronto se hicieron dos ediciones, la segunda con un capítulo adicional, en la que está borrada la fecha y en el frontispicio aparece un grabado de Jean de Courbes.

En 1840 fue descubierto su manuscrito en los Archivos de la Municipalidad de Guatemala, se conoce como "el manuscrito de Guatemala", lleva la firma de Ambrosio Díaz del Castillo, segundo hijo de Bernal.

A principios del siglo XVII se hizo una copia de un segundo manuscrito, que tiene una nota final de 1605, perteneció a un nieto de Bernal, Ambrosio Díaz del Castillo, y estaba ya en posesión del bibliófilo José Alegría Nicolás, originario de Murcia, cedido por su tío cura de Torreagüera; al morir lo cedió a la Biblioteca Municipal de Murcia. Hoy se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid, conocido como "Ma-

nuscrito Alegría", o "Códice Alegría"; permanece inédito pero se utilizó para rellenar ciertas lagunas de la edición de Remón.

José María de Heredia, poeta francés-cubano, tras leer la *Historia verdadera…* de Bernal decidió traducirla al francés; el último tomo se publicó en 1887, incluyendo un folleto facsímil, tras encontrar el borrador original en los archivos de Guatemala; sin embargo, al parecer no es auténtico. Fue Genaro García quien publicó en 1904 el manuscrito de Guatemala. Ya en pleno siglo XX surgen de los archivos más datos sobre Bernal

En 1877 Denio Jourdanet publicó una traducción al francés, y no fue sino hasta 1905 que Genaro García publicó en México la primera impresión fiel del manuscrito del Archivo de la Municipalidad de Guatemala (México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, en dos tomos). En 1907-1916 esta edición de Genaro García fue publicada en inglés por la Hakluyt Society, como *The True History of the Conquest of New Spain*.

Para finalizar valga una anécdota. Resulta que es falso el muy conocido retrato de Bernal Díaz, fue lanzado a la luz por Genaro García en 1904 al publicar la primera edición del manuscrito de Guatemala; lleva las armas de supuestos ancestros del cronista y se aduce que lo obtuvo del chileno Toribio Medina cuando Guatemala ofreció a México copia del manuscrito. Duverger dice que el origen se encuentra en 1872, cuando un tal Philipp Johann Josef Valentini lo publica en Filadelfia y afirma que las armas se las dio una María José Díaz del Castillo. Para colmo tituló su edición como *The Ten of the Castle*. En realidad el retrato fue tomado de un libro de historia francesa llamado *Los alrededores de París*, traducido al español en 1854, en cuyo final está el retrato en cuestión. Luis González Obregón ya lo había declarado como falso, opinó que era el retrato de un caballero del siglo XIV, con el nombre

de Guillame de Launoy, aunque lleva una gola que empezó a usarse en el siglo XVI. En realidad la famosa imagen es nada menos que del rey de Francia Enrique IV, cuyo original está en el museo del Louvre en París, llevando en diagonal una banda blanca, que era un símbolo hugonote. El lector curioso puede encontrar en algún buscador ambas imágenes y compararlas. A pesar de esto el rostro falso de Bernal ha persistido en el imaginario colectivo, está incluso en monumentos como el del Palacio de Cortés en Cuernavaca.

Cervantes de Salazar, Francisco

Nació en Toledo, posiblemente entre 1513 y 1515. Estudió en la Universidad de Salamanca. Entre sus varios cargos tuvo el de secretario del cardenal fray García de Loayza, cuando éste fue presidente del Consejo Real y Supremo de las Indias; posiblemente fue en ese tiempo cuando conoció y trató a un Hernán Cortés ya viejo, familiarizándose con los asuntos y personajes del Nuevo Mundo. Pasó a la Nueva España hacia 1550 a invitación de su primo, Alonso de Villaseca, residente en México.

Cuando el 3 de junio de 1553 se inauguró la Real y Pontificia Universidad, corrió a su cargo el discurso, en latín; impartió la cátedra de retórica y llegó a ser su rector en dos ocasiones.

Se ordenó de sacerdote en 1554, y hacia 1559 fue el primer cronista de la Ciudad de México. Autor de varias obras quiso escribir una crónica general de las Indias, que terminó siendo llamada como *Crónica de la Nueva España*.

Cuando la *Historia general de las Indias* de López de Gómara fue conocida en la Nueva España produjo gran indignación entre los conquistadores, pues daba todo el mérito a Cortés, mientras que a sus hombres casi no se les nombraba; por ello apoyaron a Cervantes al saber que había iniciado

la redacción de una crónica de la Conquista. Incluso, el 24 de enero de 1558, el Cabildo de la Ciudad de México acordó pedir al virrey Luis de Velasco que escribiera al rey Felipe II, suplicándole nombrar al maestro Cervantes como su cronista en la Nueva España, y que redactara una "historia oficial". La ciudad le otorgó un sueldo de 200 pesos de oro anuales, a cambio debía mostrar cada tres meses al Cabildo, compuesto por viejos conquistadores, el avance en su escritura, estos darían su aprobación o comentarios.

Fue un humanista. Su contemporáneo Zorita le califica de "varón de muy presta elocuencia adornada con buenas letras". Utilizó como fuente principal la historia de López de Gómara, transcribiendo muchos pasajes de manera casi textual, aunque añadiendo algunas palabras o haciendo pequeñas modificaciones; tomó de ella el plan general de su obra, aunque la critica constantemente, afirmando que estaba mal informado y que tomó sus datos de Motolinía. Utilizó también algunas de las *Cartas de relación* de Cortés, una relación desaparecida de Alonso de Ojeda de la que la única noticia es la que él dio, y al parecer unas relaciones de Montaño, Jerónimo Ruiz de la Mota y Alonso de Mata, conocida esta última sólo por Cervantes. Usó además la relación de Andrés de Tapia y la obra de Alva Ixtlilxóchitl; menciona a Fernández de Oviedo, Motolinía y fray Alonso de la Veracruz, algunas memorias de Martín López, la obra de Juanote Durán e indica que también manejó ciertas pinturas indígenas y que obtuvo información oral de decenas de conquistadores. En su obra se encuentran datos importantes que no aparecen en ninguna otra crónica, a pesar de ello es poco mencionado actualmente. No es menor mérito su mención del papel de las mujeres combatientes, que ignoran tanto Cortés como López de Gómara y Bernal. Murió el 14 de noviembre de 1575 en la Ciudad de México.

Su manuscrito fue enviado a España, donde durmió el sueño del olvido en las bibliotecas. La crónica permaneció inédita durante largo tiempo. Clavijero no la conoció y García Icazbalceta la buscó sin éxito. No fue sino hasta 1909 que Francisco del Paso y Troncoso la encontró en la Biblioteca Nacional de Madrid, archivaba como anónima. Se publicó por primera vez en Madrid en 1914, en edición hecha por The Hispanic Society of America, con un prólogo de Manuel Magallón, y el tomo primero en ese mismo año, también en Madrid, dentro de la serie de Papeles de la Nueva España, compilados por del Paso y Troncoso. No fue sino hasta 1936 cuando se publicaron en México los tomos segundo y tercero, en edición hecha por el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, dentro de la misma serie de Papeles de la Nueva España. Hasta 1971 se publicó por separado en Madrid, en la Biblioteca de Autores Españoles, con un estudio del doctor Agustín Millares Carlo, y en México en 1985, en la Biblioteca Porrúa.

Durán, fray Diego

Natural de Sevilla, nacido hacia 1537. Se sabe muy poco sobre su vida temprana, su origen debió ser humilde. Al parecer pasó con su padre siendo aún muy niño a las Indias hacia 1542-1544 y vivió en Texcoco con unos parientes, se dice que uno de ellos era Juan de Tovar. Llegó tan chico que por cerca de tres siglos se le consideró nacido ahí. Hizo sus votos religiosos en la orden dominica en 1556, ordenándose en 1561 y dedicándose a la evangelización. Murió en 1588.

La motivación para escribir su obra se originó en la necesidad de tener un conocimiento lo más preciso posible sobre los diversos aspectos de la religión indígena, a fin de poder adoctrinar a su grey adecuadamente sin ser engañado por los nativos; sin embargo, acabó defendiendo la cultura in-

dígena y condenando a los conquistadores. Su recopilación refleja el punto de vista tenochca.

Recogió toda la información indígena que pudo, es posible que conociera a Sahagún y vivió en el mismo convento que fray Francisco de Aguilar, quien le proporcionó datos y respondió a sus preguntas. Dávila Padilla lo conoció, y es él quien nos da la mayor información sobre Durán. Redactó su obra entre 1571 y 1580. Su *Historia de las Indias de Nueva España y islas de tierra firme* es una historia política y social de los mexicas, los últimos 18 capítulos tratan sobre la Conquista, y aunque más bien pretende ser una biografía de Motecuhzoma nos proporciona el punto de vista nativo sobre ella. En la recopilación de aspectos de la religión nativa sólo es superado por Sahagún. Como escribía "nosotros" al referirse a los indígenas, durante algún tiempo se creyó que también lo era.

Su obra posee un gran valor, no tanto histórico, sino antropológico y etnológico, debido sobre todo a la buena calidad de sus fuentes, pues utilizaba testimonios orales, códices y manuscritos autóctonos. Al parecer hizo buen uso de la que llama solamente "una historia", y que bien podría ser la famosa y desaparecida *Crónica X*, de tradición tenochca, que sirvió también a Tezozómoc y tal vez a Tovar, y que debió de estar escrita en náhuatl con alfabeto latino. También utilizó informes de Francisco de Aguilar y de Juan de Tovar, quien a su vez usó la obra de Durán para componer su trabajo y se la facilitó a José de Acosta, quien hizo buen uso de ella en su propia historia.

El manuscrito de Durán fue enviado a España, actualmente se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid, ilustrado con 49 láminas. No fue sino hasta 1867, gracias a José Fernando Ramírez, quien lo copió en 1854, que fue publicada una primera parte. La copia quedó casi olvidada y perdida a causa de la caída de Maximiliano, siendo res-

catada de la destrucción por Alfredo Chavero, y para 1880 se concluyó la edición. La segunda edición fue hecha por Ángel María Garibay en 1967 y publicada en la Biblioteca Porrúa. Su *Historia de las Indias…*, también es conocida como el "Códice Durán".

Códice Aubin o de 1576

Dentro de la tradición histórica tenochca también debe contarse con el llamado *Códice Aubin*, documento elaborado, en la parte que aquí interesa, en 1576. Al parecer fue confeccionado en Tlaxcala y tiene anotaciones de hasta 1609. Narra en un texto en náhuatl con caracteres latinos desde la salida de Aztlán hasta el año de 1608. Posee algunos datos interesantes sobre la Conquista, sigue la tradición tenochca. Lo adornan 18 hojas pintadas por un solo lado, sobre papel amate; las pictografías son más bien toscas. Es uno de los dos *tonalamatls* conocidos que se hicieron poco después de la Conquista (el otro es el *Borbónico*), le faltan dos hojas. Se cree que tal vez fuese confeccionado bajo la supervisión de fray Diego Durán. Apareció en el siglo XVIII, en la colección de Lorenzo Boturini Benaducci, y fue adquirido por el francés Joseph N. A. Aubin hacia mediados del siglo XIX, quien lo sacó secretamente de México y lo editó con el nombre de *Historia de la nación mexicana desde la salida de Aztlán hasta la llegada de los conquistadores españoles.* Posteriormente pasó a formar parte de la famosa colección Goupil-Aubin, constatándose en 1891 su desaparición. Reapareció en 1908 en el Museo Británico de Londres, donde está actualmente. Publicado en edición facsimilar por Francisco del Paso y Troncoso, en Madrid, 1905, tal vez la mejor edición es la de Charles Dibble, Madrid, 1963. Georges Baudot y Tzvetan Todorov incluyeron el libro XII del códice en su excelente obra *Relatos aztecas de la conquista*, publicado por Grijalbo, México, en 1983.

Fue oidor en la Audiencia de los Confines (Guatemala y América Central), y en la de la Nueva España, radicada en Santo Domingo. Volvió a España en 1566 tras 18 años de ausencia, allá frecuenta los archivos del Consejo de Indias, con la ambición de ser el cronista oficial de la Corona; escribió una amplia *Relación de la Nueva España* que no se publicó en su vida. A principios de 1585 redactó una introducción de los autores del siglo XVI, entre ellos un "Bernal Díaz del Castillo", de quien afirma que, hacia 1585, le comentó en persona acerca de su obra la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Al parecer manifestó que López de Gómara fue capellán de Cortés, tal vez tomándolo de un manuscrito de Las Casas; también da noticia de una historia de la Conquista, escrita por Juan Cano, último marido de Tecuichpo-Isabel, que circulaba en manuscrito y que se encuentra desaparecida. Para variar, el libro de Zorita fue censurado por el Consejo de Indias y archivado hasta 1909, año en que se publicó la primera parte de su obra. Se dice que padecía de "sordera profunda", lo cual sería irónico dado su título de oidor.

TOVAR, FRAY JUAN DE (*CÓDICE RAMÍREZ*)

Son tan escasos los datos sobre su vida que García Icazbalceta afirmaba que era indígena, aunque Torquemada ya decía que era mestizo y que fue uno de los primeros que nacieron en Tlatelolco. En realidad, nació en Texcoco hacia 1543; su padre, Juan de Tovar, llegó a la Nueva España en la expedición de Narváez. En 1573 ingresó a la Compañía de Jesús y se ocupó en la evangelización y educación de los nativos de San Gregorio y Tepotzotlán. Hablaba muy bien el náhuatl, conocía también el otomí y el mazahua; por su elocuencia

en el púlpito le llamaban el Cicerón Mexicano. Ocupó varios cargos eclesiásticos, sufrió de ceguera los últimos seis años de su vida. Murió el 1 de diciembre de 1626.

Sus trabajos históricos tuvieron muchas peripecias. En un inicio estudió papeles y códices que, por orden del virrey Martín Enríquez (1568-1580) habían reunido los nativos de Texcoco, Tula y México, también escuchó muchas tradiciones orales. Escribió una historia de los antiguos mexicanos, con métodos parecidos a los de Olmos y Sahagún. Su obra refleja más bien el punto de vista tenochca.

En 1578 su relación fue llevada a España, donde se perdió, no quedándole a Tovar ni la copia que le habían ofrecido. Entonces, hacia 1583, valiéndose de su memoria, de algunos papeles y de los trabajos de fray Diego Durán (de quien era pariente y contemporáneo), escribió una segunda historia de los antiguos mexicanos, llamada *Segunda relación*, *Códice Ramírez* o *Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España, según sus historias*, enviada por Tovar en 1587 al padre Joseph de Acosta, para que la utilizara en su *Historia natural y moral de las Indias.* Esta *Segunda relación* comprende una historia de los mexicas, desde sus orígenes hasta la Conquista, y una descripción de sus ritos religiosos, al igual que los de Texcoco; su historia de la conquista está basada en la narrada por los acolhuas, de la parte final sólo quedan fragmentos. Su obra fue utilizada por Durán, Acosta, Torquemada y Tezozómoc.

La saga de su manuscrito, el llamado *Códice Ramírez*, empezó en 1856 cuando José Fernando Ramírez la descubrió en la biblioteca en ruinas del monasterio de San Francisco, en la Ciudad de México, en fragmentos, sin fecha ni autor; los reordenó y afirmó que fue escrito por "un mexicano de raza pura", pues estaba en náhuatl, que Acosta había copiado y traducido literalmente ese manuscrito, y que ese había sido el núcleo de la obra de Durán, aunque ya Dávila Padilla de-

cía que fue Durán quien copió a Acosta, por intermedio de Tovar. Ramírez conjeturó que Juan de Tovar podría ser el autor del manuscrito, mas, no gustándole tal hipótesis, aventuró que era obra de un indígena, escrita en náhuatl y traducida por Tovar, y que tal traducción la tuvo Acosta.

Pasó después a manos de Chavero, que tomó esa hipótesis como un hecho irrefutable, llegando a acusar a Acosta de plagiario, calificó al códice como "la mejor de nuestras crónicas" y se lo regaló a Orozco y Berra, quien lo publicó en 1878. Ambos, Chavero y Orozco y Berra, lo bautizaron como *Códice Ramírez*, en honor a su descubridor, nombre que ha mantenido.

En 1860 un anticuario inglés, Sir Thomas Phillipps, publicó parte de un manuscrito de su colección, era un relato enteramente parecido al manuscrito de Ramírez, acompañado de una copia de dos cartas cruzadas entre Acosta y Tovar, el primero acusaba recibo de una historia antigua de los mexicas enviada por el segundo; Tovar responde que con anterioridad había escrito una historia enviada a España sin que quedara copia en México y por ello escribió otra, valiéndose de la obra de un fraile dominico, deudo suyo, y ésta es la que había enviado a Acosta, para que la aprovechase.

En 1879 el norteamericano Bandelier publicó un artículo con los resultados del cotejo entre el fragmento publicado por Phillipps y el *Códice Ramírez* publicado en 1878, concluyendo que se trataba de dos versiones de la misma obra y, en vista de la correspondencia Acosta-Tovar, dedujo que el autor de aquella obra era Tovar. En 1885 Eugene Beauvois comparó la obra de Durán con el relato atribuido por Bandelier a Tovar y con los pasajes relativos de la historia de Acosta, llegando a la conclusión de que el *Códice Ramírez* era un resumen o extracto de la obra de Durán hecho por Tovar, y que ese extracto era la *Segunda relación* de Tovar, misma que aprovechó Acosta. Chavero tuvo que retractarse, aunque si-

guió afirmando que Tovar se limitó a tomar el dictado de los indígenas y ~~a~~ traducirlo al español.

En lo que respecta a la Conquista su versión es distinta de la de Durán, ~~y~~ seguramente es muy probable que empleara alguna fuente texcocana, redactada en náhuatl por alguien perteneciente a la familia real acolhua; hay quien afirma que quien encargó su escritura fue el tlatoani Ixtlilxóchitl. La primera parte de la obra se ocupa de la historia de los pueblos del Valle de México, sobre todo de Texcoco; la segunda, del papel protagónico de Ixtlilxóchitl en la caída de Tenochtitlan.

Códice Ramírez (véase Tovar, Juan de)

Muñoz Camargo, Diego

Nació hacia 1528-1529. Se conoce muy poco de su vida debido a la confusión imperante sobre varios homónimos suyos que vivieron en ese tiempo en Tlaxcala. Entre otros se le ha confundido con su padre y con su hijo. Su padre era español, llegado a la Nueva España en 1524 pronto pasó al servicio de Hernán Cortés; su madre era indígena sin ser la mujer legítima de su padre que muy pronto la abandonó, quedándose el padre con Diego y otro hijo. Diego fue educado a la manera española, fue aceptado en los altos círculos gubernamentales de la Ciudad de México. Se trasladó a Tlaxcala hacia 1545, casándose con una tlaxcalteca de sangre noble y dedicándose al comercio con gran éxito.

Escribió, entre 1580 y 1585, una *Descripción de la ciudad y de la provincia de Tlaxcala en Nueva España y en las Indias del mar océano*, bautizada por Chavero como *Historia de Tlaxcala*, como es conocida hoy en día. Comprende la historia antigua

y de la Conquista, así como acontecimientos posteriores; tiene algún material original, aunque omite muchos sucesos y muestra una clara tendencia a magnificar el papel jugado por los tlaxcaltecas en la conquista de México-Tenochtitlan, y mucha variación en el estilo, puede tomarse como un intento de demostrar que los tlaxcaltecas no fueron unos traidores.

Utilizó como fuentes sobre todo la tradición oral, los archivos tlaxcaltecas, las obras de Sahagún, de Francisco de las Navas y al parecer de fray Andrés de Olmos, así como de fray Jerónimo de Mendieta y de Motolinía; a estos dos últimos dice haberlos conocido. Torquemada, a su vez, hizo uso extensamente de los escritos de Muñoz Camargo. Murió hacia 1599. Las pinturas tlaxcaltecas de la Conquista que acompañan a su *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala* son pictografías que reproducen y amplían la información contenida en el *Lienzo de Tlaxcala*.

Su *Historia…* llegó eventualmente, aunque incompleta, a la Biblioteca Nacional de París, aunque antes Boturini se pudo hacer de una copia, que pasó al Museo Nacional de México, de donde Joseph Aubin la sustrajo y la llevó a Francia, acabando también en la Biblioteca Nacional de París.

La primera edición, de 1843, se debió al francés Henri Ternaux-Compans; está plagada de errores. En 1892 se publicó en español, editada por Alfredo Chavero. En 1981 la UNAM imprimió un facsímil de la *Descripción de la ciudad y de la provincia de Tlaxcala*...

Suárez de Peralta, Juan

Nacido en la Ciudad de México hacia 1537 es uno de los dos cronistas criollos del siglo XVI, siendo el otro Baltasar Dorantes de Carranza. Su padre fue Juan Xuárez (o Suárez) de Ávila, que era cuñado de Hernán Cortés.

Fue el autor de varias obras, entre ellas el *Tratado del descubrimiento de las Indias y su conquista, y los ritos y sacrificios y costumbres de los indios, y de los virreyes y gobernadores, especialmente en la Nueva España...*, escrita hacia 1580-1589. Contiene alguna información novedosa debido a los sucesos de la vida de Cortés y de la Conquista que oyó narrar a su padre y a su cuñado; muestra gran admiración por el extremeño, aunque afirma que sus fuentes fueron "indios viejos", sin abundar en más información. La obra permaneció desconocida hasta que, en 1878, la editó Justo Zaragoza en Madrid. En México fue publicada en 1949 por la Secretaría de Educación Pública, con notas de Federico Gómez de Orozco.

Acosta, José de

Nació en 1540 en Medina del Campo. En 1551 ingresó a la Compañía de Jesús y en 1571 pasó al Perú. Hacia 1586 viajó a la Nueva España, donde conoció probablemente a fray Juan de Tovar, que fue su principal informante sobre los antiguos mexicanos. Murió en 1600.

Entre las varias obras que escribió está la *Historia natural y moral de las Indias, en que se trata las cosas notables del cielo y elementos, metales, plantas y animales dellas y los ritos, y ceremonias, leyes y gobierno, y guerras de las Indias,* 1588. Publicada en 1590 en Sevilla, fue muy pronto traducida al latín, francés, holandés, alemán e inglés.

En lo que respecta a la conquista de México-Tenochtitlan prácticamente no proporciona un solo dato nuevo, habiendo basado su historia principalmente en Juan de Tovar (*Códice Ramírez*) y en menor medida en fray Diego Durán. Es citado con frecuencia por Torquemada.

Posiblemente fue un nativo mexica, nacido poco después de la Conquista. Escribió hacia 1600 una *Historia de la venida de los mexicanos a estas partes*, de la que tan sólo quedan fragmentos; comprendía la historia mexica, una vida de Nezahualcóyotl y noticias de los ritos, las leyes, gobierno de los antiguos, etcétera. Su odio por los españoles es manifiesto. Murió en 1604. Su obra fue traducida del náhuatl por fray José Antonio Pichardo y editada por Francisco del Paso y Troncoso, Florencia, 1908.

Herrera y Tordesillas, Antonio de

Nació en Cuéllar en 1549. En 1597 fue nombrado por Felipe II cronista mayor de las Indias y en 1600 cronista de Castilla, cargos que desempeñó también bajo Felipe III y Felipe IV, hasta su muerte en 1625.

Escribió varias obras, la mayor, que es la que nos interesa respecto a México, es su *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, conocida también como *Historia general de las Indias Occidentales*, que está dividida en ocho "décadas", y que abarca de 1492 a 1554.

Herrera mismo enumera sus fuentes. Para México utilizó sobre todo los trabajos de Cervantes de Salazar, incorporando prácticamente toda la *Crónica de la Nueva España*, con ligeras modificaciones y resumidos a Bernal Díaz del Castillo, Las Casas, Muñoz Camargo y López de Gómara. Debido a que la *Crónica…* de Cervantes de Salazar tardó en ser publicada y conocida, muchos historiadores dieron preferencia a Herrera.

Cuatro de las décadas se publicaron en 1601, las cuatro restantes en 1615, en un total de cinco volúmenes en folio. Se volvió a publicar en 1730 y ha sido traducida a muchos idiomas.

Su lectura es tediosa, el hilo de la narración se interrumpe constantemente al tratar su material de manera cronológica, pasando de un asunto a otro, o de una conquista a otra sin transición alguna, lo cual, debido a su gran extensión, es ciertamente molesto. Aun así, su valor consiste en que reúne los principales sucesos acaecidos en el Nuevo Mundo desde el descubrimiento hasta 1554, dando noticia también de las culturas indígenas; utiliza las mejores fuentes que tenía disponibles. Al ser publicada en fecha temprana fue utilizada por los historiadores que le siguieron, y sus menciones sobre Bernal, de quien copia párrafos enteros, hicieron a este viejo soldado un cronista muy conocido.

Dorantes de Carranza, Baltasar

Nacido hacia mediados del siglo XVI en la Ciudad de México. Junto con Suárez de Peralta conforma el par de cronistas criollos de ese siglo. Escribió en 1604 la *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España con noticia individual de los descendientes legítimos de los conquistadores y primeros pobladores españoles*, publicada en México por el Museo Nacional en edición de José María de Agreda y Sánchez, en 1902. Contiene escasos datos originales sobre la Conquista.

Alvarado Tezozómoc, Hernando

Hijo de Francisca de Motecuhzoma, que era hija de Motecuhzoma Xocoyotzin, y de Diego de Alvarado Huanitzin, nieto de Axayácatl, y por tanto sin mezcla de sangre española. Nació en México-Tenochtitlan entre 1525 y 1530.

Se dice que escribió dos crónicas, una en español, la *Crónica Mexicana*, de la que no se sabe con certeza la fecha de composición, tal vez fue terminada en 1598; y la otra en ná-

huatl, con alfabeto latino, la *Crónica Mexicáyotl*, terminada en 1609, cuyo original se ha perdido, es muy probable que una parte derive de la *Crónica X* o de Chimalpahin, el tema sigue en discusión. Ambas reflejan el punto de vista tenochca.

Narran la historia de los mexicas hasta la llegada de Hernán Cortés; la *Mexicáyotl* continúa con anotaciones hasta 1578. Al parecer una segunda parte comprendía la historia de la Conquista; si fue así aún no se ha encontrado.

Torquemada, fray Juan de

Poco se conoce de su vida, ni siquiera el año y lugar de nacimiento; hay quien dice que nació en Torquemada, Castilla la Vieja, y se han señalado como probables las fechas entre 1562 y 1565. Llegó con sus padres a la Nueva España a temprana edad, de unos nueve o 10 años. Ingresó a la orden franciscana hacia 1579 y por 1587 se ordenó sacerdote, llegando a ser provincial. Conoció y trató a varios franciscanos célebres, entre ellos a Andrés de Olmos, Jerónimo de Mendieta y Bernardino de Sahagún.

En 1609 fue nombrado cronista de la orden, dándole la misión de continuar con la obra que ya iba escribiendo, aprovechando los trabajos de otros autores y los materiales que había reunido desde aproximadamente 1591. Dominó varias lenguas nativas. Discípulo de Sahagún, podría decirse que fue el último de los cronistas originales. Se interesó en recopilar todo tipo de informaciones y documentos sobre las antigüedades indígenas; él mismo dice que, además de los siete años que se ocupó en redactar su obra, había pasado 14 en buscar "todas estas cosas". Debió empezar a escribirla en forma hacia 1605 y terminarla alrededor de 1612. Afirma haber conocido en Guatemala a Bernal Díaz ya viejo, lo cita unas tres veces y considera que "es persona digna de todo crédito", aunque no tuvo acceso a su manuscrito, ni a la

historia de Cervantes de Salazar. Curiosamente en su prólogo dice no haber salido de la Provincia del Santo Evangelio (México central) "ni peregrinado a…Guatemala…".

Él mismo confiesa que lo motivaron a emprender su obra los trabajos franciscanos existentes, que necesitaban ser puestos en orden cronológico; además de dar noticia fidedigna de los trabajos de evangelización de su orden; y

> ser yo tan aficionado a esta pobre gente indiana y querer excusarlos, ya que no totalmente en sus errores y cegueras, al menos en la parte que puedo no condenarlas y sacar a luz todas las cosas con que se conservaron en sus repúblicas gentilicias, que los excusa del título bestial que nuestros españoles los habían dado. Otra es haber más de veinte años que traía esta guerra, con el deseo de escribir esta Monarquía y historia indiana.

Según narra, incluyó la Conquista porque López de Gómara, Herrera y otros omitieron varios sucesos por no consultar a los nativos, y porque habiendo empezado desde los orígenes la historia indígena quiso incluir también el final. Además, tenía el anhelo de participar en la gloria "que suelen tener los que bien escriben". Murió el día de Año Nuevo de 1624.

Su obra *Los veinte y un libros rituales y Monarquía Indiana con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra distribuidas en tres tomos*, está dividida en 21 libros, que llamó *Rituales*, tal vez porque su propósito era tratar de los ritos, ceremonias, leyes y gobiernos nativos. Los libros estaban divididos en tres tomos desde la primera edición. El primero trata sobre la historia de los principales pueblos indígenas, llegando hasta 1612. El segundo, de su religión, cultura, leyes, costumbres y gobierno, incluyendo

algo de geografía. El tercero continúa con las cuestiones históricas, ocupándose de la conquista y la evangelización de la Nueva España, incluyendo algo del descubrimiento y la evangelización de La Española. Sobre la Conquista en particular su tarea más bien fue la de compilador.

Utilizó múltiples fuentes, dependiendo del asunto en cuestión, procurando citar siempre el nombre del autor que copia, lo cual era poco frecuente en su tiempo. Para la historia antigua y cultural de los indígenas tomó de Motolinía, Sahagún, Acosta, Las Casas, Muñoz Camargo, posiblemente de Durán y Tezozómoc, o de la *Crónica X*, de Alva Ixtlilxóchitl (a quien conoció y probablemente trabajaron juntos), así como un gran cúmulo de documentaciones, historias, anales, pictografías y tradiciones orales indígenas. Para la evangelización utilizó ampliamente a fray Jerónimo de Mendieta, aunque censurando lo que ofendiese a las órdenes religiosas y a los españoles. En cuanto a la Conquista sobre todo tomó materiales de López de Gómara y de Herrera, cuyas obras estaban publicadas, siendo notable que no utilizara las *Cartas de relación* de Cortés. Patrick Lesbre propone que se inspiró en una crónica acolhua perdida; repite el error de Herrera del rodeo de la hueste cortesiana a Texcoco antes de entrar a Tenochtitlan, él mismo no alude a ninguna fuente eventual que hubiera utilizado o traducido, pero los abundantes discursos que incluye parecen indicar la posible traducción de una crónica acolhua redactada en náhuatl, lo que confirmar el estilo repetitivo, así como la divergencia entre los datos del relato y los paréntesis cronológicos.

Debido a la gran abundancia de materiales y de fuentes que consultó, tanto indígenas como españoles (más que cualquier otro cronista de los siglos XVI y XVII), integrándolos en una sola obra con un criterio unitario, así como por la extensión y cantidad de información que contiene, su *Monarquía indiana* ha sido llamada la "crónica de crónicas", y

continúa siendo una de las obras más consultadas sobre la historia antigua de México.

La licencia para imprimir la *Monarquía…* fue otorgada en México el 17 de mayo de 1612. Torquemada mismo se encargó de llevar su manuscrito a España, siendo publicado en Sevilla, en 1615, por Mathias Clavijo. De esta primera edición se conservan tres volúmenes en la Biblioteca Nacional de México, aunque el manuscrito original se ha perdido. Una segunda edición apareció en Madrid en 1723, al cuidado de Nicolás Rodríguez Franco, de la que hay dos reproducciones en México: la de 1943 de Salvador Chávez Hayhoe, y la de 1969 de Porrúa. Finalmente, la UNAM, en 1975, realizó una tercera edición crítica a cargo de Miguel León-Portilla.

Chimalpahin, Domingo de San Antón Muñón Cuauhtlehuanitzin

Procedente de un viejo y noble linaje indígena de señores, nació hacia 1579 en Chalco Amaquemecan, y residió casi toda su vida en la Ciudad de México.

Empezó a escribir una historia de Chalco Amaquemecan hacia 1620, a pedido del gobernador indígena, haciendo uso de materiales nativos reunidos por orden del virrey Antonio de Mendoza, quien deseaba tener noticias confiables acerca de las familias de esa provincia para poder conceder los puestos solicitados por éstas. Murió hacia 1660.

Tuvo acceso a muchos documentos y narraciones orales de su familia y de la nobleza, realizando una muy extensa recopilación, cotejando, ordenando y preservando toda una historia que, de no ser por él, se hubiese perdido. Va desde los tiempos más remotos hasta finales del siglo XVI, proporcionando noticias etnográficas, sociales e históricas de gran importancia, aunque poco material para la Conquista. Su obra se divide en ocho relaciones y un diario, escritos en

náhuatl, la Tercera y Séptima relaciones son en las que toca, muy brevemente, la conquista española.

Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de

Nació alrededor de 1578 en la Ciudad de México o en San Juan Teotihuacán. Su nombre original era Hernando de Peraleda Ixtlilxóchitl y adoptó el de Alva para reunir los nombres de dos capitanes famosos del Viejo y del Nuevo Mundo. Fue descendiente de la familia de Nezahualpilli y de Ixtlilxóchitl, señores de Acolhuacan; su padre era español y su madre indígena. Estudió en el Colegio de Tlatelolco y ocupó varios cargos públicos. Murió el 25 de octubre de 1659.

Escribió varias obras históricas que reflejan la tradición acolhua: hacia 1600 fue la *Sumaria relación de todas las cosas que han sucedido en esta Nueva España , y de muchas cosas que los Tultecas alcanzaron y supieron dende la creación del mundo hasta su destrucción y venida de los terceros pobladores chichimecas hasta la venida de los españoles sacada de la original Historia de esta Nueva España;* hacia 1608 la *Relación sucinta en forma de memorial de las historias de Nueva España y sus señoríos hasta el ingreso de los españoles*, y el *Compendio histórico del reino de Texcoco*, las dos primeras escritas en náhuatl; tal vez hacia 1625 concluyó su obra mayor: la *Historia de la nación chichimeca*, escrita en español, que comprende las historias tolteca, chichimeca, acolhua y de la Conquista.

Sus escritos históricos son los más completos y de estilo más elegante de los cronistas mestizos, aunque sus diversas obras varían en cuanto a la calidad del lenguaje y de la exposición, sobre todo en la *Sumaria relación*… que deja mucho que desear, al parecer es sólo una recopilación de datos para utilizarlos en una obra posterior, se trata de una narración de la historia antigua de México que comprende hasta el reinado de Nezahualcóyotl, con algunas referencias al de Ne-

zahualpilli y a sus descendientes, tiene gran semejanza con su *Historia de la nación chichimeca*, aunque es menos extensa, pero posee información que no se encuentra en esa *Historia*...

La *Relación sucinta*... es ante todo un relato de la sucesión de los señores toltecas, chichimecas y acolhuas, tratando de demostrar que todos provenían del tronco común tolteca-chichimeca.

El *Compendio histórico del reino de Texcoco* está formado por 13 relaciones y debió ser escrito en español. Es una historia sobre la antigüedad indígena desde los primeros pobladores hasta la Conquista, redactado como si fuera un memorial de méritos y servicios, mas constituye su mejor aportación a la historia de la Conquista y a los acontecimientos inmediatamente posteriores.

La *Historia de la nación chichimeca* es también una narración de historia antigua de México, interrumpida en el momento del primer ataque español en el sitio de México-Tenochtitlan. Contiene muchos blancos, posiblemente debidos al mal estado del manuscrito en el que estaba copiada. Tal vez continuaba hasta el fin de la Conquista y más allá. Es su obra principal. Abarca desde las leyendas de los orígenes, pasando por los varios señoríos del Valle de México, por la Conquista y por algunos sucesos posteriores. Para ésta proporciona un punto de vista indígena, aunque su balanza cae del lado español y acolhua y es en buena parte un panegírico del tlatoani Ixtlilxóchitl.

En parte lo motivó a escribir un reclamo para pedir la devolución de la herencia familiar, pues se habían reducido sus privilegios, y en parte un intento de narrar las hazañas acolhuas a favor de Cortés y de sus hombres; también con el fin de pedir mercedes y compensaciones. Hay que recordar que son parte de una estrategia legal, política e historiográfica para sustentar sus raíces indígenas y las pretensiones de su familia al cacicazgo de San Juan Teotihuacán, que recor-

daban a la Corona española y a sus funcionarios en la Nueva España que su tatarabuelo había jugado un papel clave en la conquista y caída de México-Tenochtitlan.

En el plano religioso hace de Texcoco y de sus reyes instrumentos de la Providencia, sin los que no habría caído Tenochtitlan; menciona la supuesta doctrina monoteísta de Nezahualcóyotl así como las profecías de Nezahualpilli, que aparentemente prepararon la llegada del cristianismo

Utilizó como fuentes narraciones pictográficas y orales nativas y tuvo acceso a documentos y personajes de primera importancia. Existe gran similitud entre la segunda relación de la *Relación sucinta*… y la primera parte del capítulo XIV, del libro I de la *Monarquía indiana* de Torquemada, y el nexo general entre los escritos del fraile y de Alva Ixtlilxóchitl es notable. A decir de Edmundo O'Gorman, fue Torquemada quien usó los de Alva Ixtlilxóchitl, y tal vez incluso este último colaborase con los trabajos de Torquemada.

Boturini obtuvo copias de los manuscritos de las cuatro obras de Alva Ixtlilxóchitl, los originales se han perdido. Se publicaron en las *Antiquities of Mexico* de Lord Kingsborough, Londres, en 1848, aunque la *Sumaria relación*... de forma incompleta, teniendo que esperar la segunda publicación, *Obras históricas de don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl*, 1891-1892, editada por Alfredo Chavero, y reimpresa en 1952 y 1965, con bastantes omisiones y errores, y que, a decir de O'Gorman, sembró una confusión casi caótica. La edición definitiva, *Obras históricas de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl*, fue realizada por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, México, 1975, al cuidado de Edmundo O'Gorman.

Ha sido muy criticado y poco valorado por gran cantidad de historiadores debido a su poca accesibilidad, a su supuesta parcialidad hacia Acolhuacan, a las pocas y mal hechas ediciones que tenía y a que se hayan designado sus obras con gran diversidad de nombres, ocasionando confu-

sión y ambigüedad. Aún sigue en espera de que se le haga plena justicia.

Solís y Rivadeneyra, Antonio de

Nació en 1610 en Alcalá de Henares. Estudió en la Universidad de Salamanca. En 1661 fue nombrado secretario de la reina madre. Ocupó el cargo de cronista mayor de Indias a la muerte de Antonio de León Pinelo. En 1666 tomó las órdenes religiosas.

Autor de muchas obras, la que nos interesa es su *Historia de la conquista de México, población y progreso de la América septentrional conocida por el nombre de Nueva España*, que se abrevia como *Historia de la conquista de México*. Según él mismo dice se decidió a escribirla porque la Nueva España pedía historiador, hallando contradicción en muchas crónicas, y mucha osadía y malignidad en el trato dado por los extranjeros a la historia de España en el Nuevo Mundo; en realidad fue por un encargo de Carlos II, ya que era historiador de la corte. Quiso hacerla por separado, pues consideraba que estaba (la Nueva España) sin historia y necesitada de defensa ante otras plumas, mientras que lo de Colón, las islas y el Darién estaban bien tratado en Herrera, y lo del Perú por Inca Garcilaso. Encontraba la historia de López de Gómara de "poco examen y puntualidad" y de "sobrada credulidad", mientras que en Herrera y Argensola los sucesos de la Nueva España se encontraban dispersos por toda su obra; la de Bernal Díaz, en la edición de Remón, tenía "desaliño y poco adorno en su estilo", además de ser apasionada. Utilizó a todos estos cronistas como fuentes, sobre todo a Bernal, a pesar de su crítica, apoyándose en otras relaciones, como las cartas de Cortés, Fernández de Oviedo y Acosta, así como papeles particulares, "que hemos juntado", que son bien pocos.

La primera parte de su *Historia de la conquista de México* salió a la luz en Madrid en 1684, interrumpiéndole la muerte la terminación de la segunda, pues falleció en 1686.

Su obra tuvo gran éxito. Tuvo muchas reimpresiones y ha sido traducida a varios idiomas. Su estilo es elegante y clásico, aunque un tanto afectado para los tiempos modernos; se nota su admiración por Cortés y por los hechos de los españoles, dramatiza los acontecimientos, excluye los sucesos que no concuerdan con esa imagen y muestra muy poca simpatía hacia los indígenas. No ofrece material realmente nuevo y su contribución se limita al método y desarrollo literario que emplea.

Fuentes consultadas

Archivos y documentos

AGI Archivo General de Indias. Encontrándose estos documentos en Sevilla, ha sido físicamente imposible consultarlos en persona; por ello he tomado las citas del libro *La conquista de México*, de Hugh Thomas (*The Conquest of Mexico*, 1a. ed., Londres, Hutchinson, 1993), México, Patria, 1994, poniendo en corchetes los números de página en las que aparecen en el libro de Thomas.

CDH *Colección de documentos para la historia de México,* 2 vols. (publ.), Joaquín García Icazbalceta, México, Porrúa, 1980.

CDI *Colección de documentos inéditos, relativos al descubrimiento, conquista y organización de las posesiones españolas en América y Oceanía*, 42 vols., Torres de Mendoza, Joaquín Pacheco y Francisco Cárdenas (eds.), Madrid, a partir de 1864. Debido a la imposibilidad de consultar esta obra, por encontrarse únicamente en España, tomé las citas del libro *La conquista de México*, de Hugh Thomas (*The Conquest of Mexico*, 1a. ed., Londres, Hutchinson, 1993), México, Patria, 1994, por lo que pongo en corchetes los números de página en que Thomas los cita.

DC *Documentos cortesianos*, 4 vols., José Luis Martínez (ed.), México, UNAM/FCE, 1993

ACOSTA, Joseph de, *Historia natural y moral de las Indias*, México, FCE, 1979.

AGUILAR, fray Francisco de, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, J. Gurria Lacroix (ed.), México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas (Serie de Historiadores de Indias, 7), 1980.

ALAMÁN, Lucas, *Disertaciones sobre la historia de México*, 2 vols, México, Jus, 1985.

ALCALÁ, fray Jerónimo de, *Relación de Michoacán*, México, SEP, 1988.

ALVA IXTLILXÓCHITL, Fernando de, *Obras históricas*, 2 vols., México, UNAM, 1985.

————, "Sumaria relación de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España", vol. I, *Obras históricas*, 2 vols., México, UNAM, 1985.

————, "Compendio histórico del reino de Texcoco", vol. I, *Obras históricas*, 2 vols., México, UNAM, 1985.

————, "Historia de la nación chichimeca", vol. II, *Obras históricas*, 2 vols., México, UNAM, 1985.

ALVARADO TEZOZÓMOC, Fernando, *Crónica mexicana,* México, Porrúa, 1980.

————, *Crónica Mexicáyotl*, México, UNAM, 1992.

Anales de Tlatelolco, Unos annales históricos de la nación mexicana, Berlín, Heinrich, y Robert H. Barlow, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e hijos, 1948.

"Anales históricos de Tlatelolco", en Baudot, Georges, y Tzvetan Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, México, Grijalbo, 1990.

ANAYA Y TOPETE, Luis, *Atlas mexicano de la conquista*, México, FCE, 1958.

ARCINIEGAS, GERMÁN, *Biografía del Caribe* (Completar referencia)

ARGENSOLA, Bartolomé Leonardo de, *Conquista de México*, México, Ed. Pedro Robredo, 1940.

BARJAU, Luis, *Hernán Cortés y Quetzalcóatl*, Mexico, INAH, 2019.

BARLOW, R. H., *The extent of the Empire of the Culhua Mexica*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1949.
BAUDOT, Georges, y TODOROV, Tzvetan, *Relatos aztecas de la conquista*, México, Grijalbo, 1983.
BELTRÁN, Enrique, *El hombre y su ambiente. Ensayo sobre el Valle de México*, México, FCE, 1958.
BENÍTEZ, Fernando, *La ruta de Hernán Cortés*, México, FCE, 1956.
CARTWRIGHT BRUNDAGE, Burr, *Lluvia de dardos*, México, Diana, 1982.
CASTILLO, Cristóbal del, *Fragmentos históricos sacados de la obra escrita en lengua náhuatl por C. del Castillo a fines del siglo* XVI, Francisco del Paso y Troncoso (ed.), México, 1908.
CASTRO SOANA, José, *El P. Olmedo en la formación espiritual del ejército de Cortés*, México, Jus, 1992.
CERVANTES DE SALAZAR, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, México, Porrúa, 1985.
CLAVIJERO, Francisco Javier, *Historia antigua de México y de su conquista*, 10 libros, México, Imprenta de Lara, 1844.
"Códice Aubin", en G. Baudot y T. Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, México, Grijalbo, 1990.
"Códice Florentino", en G. Baudot y T. Todorov, *Relatos aztecas de la conquista*, México, Grijalbo, 1990.
Códice Ramírez, México, Innovación, 1979.
CONWAY, G. R. G., *La noche triste. Documentos*, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1943.
CORTÉS, Hernán, *Cartas de relación de la conquista de México*, Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1970.
————, *Cartas y documentos*, Introducción de Mario Hernández de Sánchez-Barba, México, Porrúa, 1963.
CHAVERO, Alfredo, "Historia antigua y de la conquista", en *México a través de los siglos*, vol. II, México, Cumbre, 1984.
CHAMBERLAIN, Robert S., *Conquista y colonización de Yucatán 1517-1550*, México, Porrúa, 1974.

CHIMALPAHIN CUAUHTLEHUANITZIN, Francisco de San Antón Muñón, *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*, S. Rendón (ed.), México, FCE, 1965.

————, "Tercera relación", *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*, S. Rendón (ed.), México, FCE, 1965.

————, "Séptima relación", *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*, S. Rendón (ed.), México, FCE, 1965.

DEL PASO Y TRONCOSO, Francisco (ed.), *Fragmentos históricos sacados de la obra escrita en lengua náhuatl por C. del Castillo a fines del siglo* XVI, México, 1908.

DÍAZ, Juan, *Itinerario de la armada del rey católico a la isla de Yucatán, en la India, el año de 1518*, en *Crónicas de la conquista*, México, UNAM, 1950.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, 3 vols., México, Espasa-Calpe, 1950.

Documentos inéditos relativos a Hernán Cortés y su familia, XXVII, México, Publicaciones del Archivo General de la Nación, 1935.

DORANTES DE CARRANZA, Baltasar, *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa, 1987.

DURÁN, fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, 2 vols., México, Porrúa, 1984.

DUVERGER, Christian, *Cortés*, México, Taurus, 2005.

————, *Crónica de la eternidad*, México, Taurus, 2012.

El descubrimiento de América y su impacto en la historia, Leopoldo Zea (comp.), México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia/FCE, 1991.

ESTEVE BARBA, Francisco, *Historiografía indiana*, Madrid, Gredos, 1992.

ELTON, G. R., *La Europa de la Reforma, 1517-1559*, México, Siglo XXI Editores, 1974.

Estudios de historiografía de la Nueva España, Introducción de Ramón Iglesia, México, El Colegio de México, 1945.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, 5 vols., Madrid, Atlas (BAE), 1992.

————, *Sucesos y diálogos de la Nueva España*, México, UNAM, 1946.
FRIEDERICI, Georg, *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América*, 3 vols., México, FCE, 1987.
FUENTE CID, Mario Enrique, *Las armas en la conquista*, México, INAH, 2018.
GARCÍA, Genaro, *Carácter de la conquista española en América y en México según los textos de los historiadores primitivos*, México, Biblioteca Mexicana de la Fundación Miguel Alemán, A. C., 1990.
GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín, *Colección de documentos para la historia de México*, 2 vols., México, Porrúa, 1980.
GARCÍA IGLESIAS, Sara, *Isabel Moctezuma*, México, Universidad Veracruzana (Rescate), 1986.
GARIBAY K., Ángel María, *Historia de la literatura náhuatl*, 2 vols., México, Porrúa (Biblioteca Porrúa), 1987.
————, *Poesía náhuatl*, 3 tomos, México, UNAM, 1964.
GERBET, Marie-Claudet, *La noblese dans le royaume de Castille*, París, 1979.
GERHARD, Peter, *Geografía histórica de la Nueva España 1519-1821*, México, UNAM, 2000.
GIBSON, Charles, *Los aztecas bajo el dominio español 1519-1810*, México, Siglo XXI Editores, 1996.
GONZÁLEZ, Luis, *El entuerto de la conquista*, México, El Colegio de México, 1942.
GURRÍA LACROIX, Jorge, *Itinerario de Hernán Cortés*, México, Ediciones Euroamericanas, 1973.
————, *Historiografía sobre la muerte de Cuauhtémoc*, México, UNAM, 1976.
————, (ed.), *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, de fray Francisco de Aguilar, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas (Serie de Historiadores de Indias, 7), 1980.
GUZMÁN, Eulalia, *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac. Aclaraciones y rectificaciones*, tomo I, México, Orión, 1966.

HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, Buenos Aires, Guarania, 1945.

Historia General de México, 4 vols., México, El Colegio de México, 1976.

IGLESIA, Ramón, *El hombre Colón y otros* ensayos, México, El Colegio de México/FCE, 1944.

————, *Cronistas e historiadores de la conquista de México*, México, El Colegio de México, 1942.

ILLESCAS, Gonzalo de, "Un capítulo de su historia pontificial sobre la conquista de la Nueva España", en ARGENSOLA, Bartolomé Leonardo, *Conquista de México*, México, Ed. Pedro Robredo, 1940.

KANDELL, Jonathan, *La capital. La historia de la ciudad de México*, Argentina, Javier Vergara, 1990.

KIRKPATRICK, F. A., *Los conquistadores* españoles, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1958.

KRICKEBERG, Walter, *Las antiguas culturas mexicanas*, México, FCE, 1977.

La conquista de Tenochtitlán, Germán Vázquez (ed.), Madrid, Historia 16, 1988.

LAFAYE, Jacques, *Los conquistadores*, México, Siglo XXI Editores, 1987.

LANDA, fray Diego, *Relación de las cosas de Yucatán*, México, Porrúa, 1978.

LAS CASAS, fray Bartolomé de, *Historia de las Indias*, 3 vols., México, FCE, 1992.

————, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, España, Planeta, 1994.

LEANDER, Birgitta, *Herencia cultural del mundo náhuatl*, México, SEP-Setentas, 1972.

————, *Flor y canto*, México, Colección SEP-INI, núm. 14, 1972.

LEÓN-PORTILLA, Miguel, *El reverso de la conquista*, México, Joaquín Mortiz, 1992.

————, *Literaturas indígenas de México* (Completar referencia)

————, *Visión de los vencidos*, México, UNAM, 1971

LESBRE, Patrick, *La construcción del pasado indígena de Texcoco*, México, INAH, 2016.
LEVENE, Ricardo, *Las Indias no eran colonias*, Madrid, Espasa-Calpe (Austral, 1060), 1973.
LOMBARDO DE RUIZ, Sonia, *Desarrollo urbano de México-Tenochtitlán*, México, SEP-INAH, 1973.
LÓPEZ AUSTIN, A., y LÓPEZ LUJÁN, L., *El pasado indígena*, México, El Colegio de México/FCE, 1999.
LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, *Historia general de las Indias*, España, Orbis, 1985.
LORENZANA, Francisco Antonio, *Historia de la Nueva España*, México, SHCP/Miguel Ángel Porrúa, 1980.
MARTÍNEZ, José Luis, *Hernán Cortés*, México, UNAM/FCE, 1990.
————, *Documentos cortesianos*, 4 vols., México, UNAM/FCE, 1993.
————, *Pasajeros de Indias*, México, Alianza Editorial, 1984
MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro, *Décadas del Nuevo Mundo*, 2 vols., México, José Porrúa e hijos, 1965.
MENDIETA, fray Jerónimo de, *Historia eclesiástica indiana*, México, Ed. Salvador Chávez Hayhoe, 1945.
MIRALLES, Juan, *Hernán Cortés, inventor de México*, México, Tusquets Editores, 2009.
————, *Y Bernal mintió*, Santillana Ediciones Generales, 2008.
MONTELL, Jaime, *México, el inicio (1521-1534)*, México, Planeta, 2005.
————, *La caída de México-Tenochtitlán*, México, Planeta, 2003.
————, *La conquista de México-Tenochtitlán*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2001.
MONTERDE, Francisco, *Moctezuma II señor del Anáhuac*, México, Espasa Calpe Mexicana, 1966.
MORALES PADRÓN, Francisco, *Historia del descubrimiento y conquista de América*, Madrid, Gredos, 1990.
MOTOLINÍA, fray Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, México, Porrúa, 1990.
————, *Memoriales o Libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, México, UNAM, 1971.

MUÑOZ CAMARGO, Diego, *Historia de Tlaxcala*, Germán Vázquez (ed.), Madrid, Historia 16, 1986.
NAVARRETE, Federico. *¿Quién conquistó México?*, México, Penguin Random House, 2019.
OLIVERA DE BONFIL, Alicia, *La tradición oral sobre la muerte de Cuauhtémoc*, México, UNAM, 1980
OROZCO Y BERRA, Manuel, *Historia antigua y de la conquista de México*, 4 vols., México, Porrúa, 1978.
————, *Los conquistadores de México*, México, Ed. Pedro Robredo, 1938.
PASTRANA FLORES, Miguel, *Historias de la conquista*, México, UNAM, 2009.
PAZ, OCTAVIO, *El laberinto de la soledad* (Completar referencia)
PÉREZ DE OLIVA, Fernán, "Algunas cosas de Hernán Cortés y México", en Argensola, *Conquista de México*, México, Ed. Pedro Robredo, 1940.
PÉREZ MARTÍNEZ, Héctor, *Cuauhtémoc*, México, Leyenda, s/a.
PEREYRA, Carlos, *Hernán Cortés*, México, Porrúa, 1985.
————, *La conquista de las rutas oceánicas. La obra de España en América*, México, Porrúa, 1986.
PRESCOTT, William H., *Historia de la conquista de México*, 2 vols., Buenos Aires, Ediciones Imán, 1944.
RECINOS, Adrián, *Pedro de Alvarado*, México, FCE, 1952.
RESTALL, Matthew, *Cuando Moctezuma conoció a Cortés*, México, Penguin Random House, 2019.
————, *Seven Myths of the Spanish Conquest*, Oxford University Press, 2003.
ROZAT DUPEYRON, Guy (coord.), *Repensar la conquista*, tomo I, México, Universidad Veracruzana, 2013.
————, *Indios imaginarios e indios reales en la conquista de México*, México, Universidad Veracruzana, 2002.
SAHAGÚN, fray Bernardino de, *Historia de las cosas de Nueva España*, 4 vols., México, Porrúa, 1977.

SALAS, Alberto Mario, *Las armas de la conquista*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1950.
SEMO, Enrique, *La conquista*, vol. II, México, Siglo XXI Editores, 2019.
SEPÚLVEDA, Juan Ginés de, *Historia del nuevo mundo*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.
SOLÍS RIVADENEIRA, Antonio de, *Historia de la conquista de México*, México, Innovación, 1979.
SPINOSO ARCOCHA, Rosa María, *"La llorona". Mito, género y control social en México*, España, Universidad de Málaga, 2013.
SUÁREZ DE PERALTA, Juan, *Tratado del descubrimiento de las Indias*, México, Dirección General de Publicaciones, México, 1990.
SWEEET, David G., y NASH, Gary B., *Lucha por la supervivencia en la América colonial*, México, FCE, 1987.
TAPIA, Andrés de, "Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre don Hernando Cortés, marqués del Valle, en la Nueva España", en *Crónicas de la conquista*, México, UNAM, 1950.
THOMAS, Hugh, *La conquista de México*, México, Patria, 1994.
————, *Yo Moctezuma, emperador de los aztecas*, México, Planeta, 1999.
TORQUEMADA, fray Juan de, *Monarquía indiana*, 7 vols., México, UNAM, 1975-1983.
TOSCANO, Salvador, *Cuauhtémoc*, México, FCE, 1994.
TOWNSEND, Camilla, *Malintzin*, México, Biblioteca Era, 2019.
TURNER, Guillermo, *La biblioteca del soldado Bernal Díaz del Castillo*, México, INAH, 2016.
VAILLANT, G. C., *Aztecs of México*, Estados Unidos, Penguin Books, 1966.
VASCONCELOS, José, *Hernán Cortés, creador de la nacionalidad*, México, Xóchitl, 1941.
VÁZQUEZ, Germán, *Moctezuma*, Madrid, Historia 16, 1987.
VÁZQUEZ DE TAPIA, Bernardino, *Relación de méritos y servicios*, México, UNAM, 1972.
VON HAGEN, Victor W., *World of the Maya*, New American Library Mentor Book; Edición Reissue, 1960.

WAGNER, Henry R., *The Rise of Fernando Cortés*, Nueva York, Kraus, 1969.

WASSON, Gordon, R., *El hongo maravilloso: teonanácatl*, México, FCE, 1983.

ZAVALA, Silvio A., *Los intereses particulares de la conquista de la Nueva España*, México, El Colegio Nacional, 1991.

ZORITA, Alonso, *Los señores de la Nueva España*, México, UNAM, 1963.

HEMEROGRÁFICAS

ALDAO, María Inés, "Tradición y oralidad en las crónicas mestizas novohipanas: el caso Cristóbal del Castillo", en *Revista del Departamento de Letras* (pp.155-172), Universidad de Buenos Aires. (Completar referencia)

BARJAU, Luis, "Malintzin en medio de la conquista", en *Historias*, pp. 19-36, INAH, 2019.

BATTCOCK, Clementina, "La Crónica X: sus interpretaciones y propuestas", en *Orbis Tertius*, vol. XXVII, 2018.

BUENO BRAVO, Isabel, "Los aliados de Cortés en la conquista de México", en *Revista de Historia Militar*, 118 (pp.38-42), España.

CHÁVEZ JIMÉNEZ, Ulises, "Potonchán y Santa María de la Victoria: una propuesta geomorfológica/arqueológica a un problema histórico", en *Estudios de Cultura Maya* (pp. 103-139), ENAH/ University of Calgary.

GRILLO, Rosa María, "El mito de un nombre: Malinche, Malinalli, Malintzin", en *Mitologías hoy*, 4 (pp. 15-26), España, Universidad de Salerno, 2001.

HERNÁNDEZ MACIEL, Francisco Jesús, "Sincronología y cronografía indiana", en *Indiana 36.1* (pp. 7-40), 2019.

KRUELL REGGI, Gabriel Kenrick, "Resucitando la Crónica X", en *Tlalocan XIX*, (pp.301-461), México, UNAM, 2013.

LÓPEZ SÁENZ, Edna, "Fuentes de la 'conquista'", en *Observatorio de Historia*, 27 agosto 2020.

Muriel, Josefina, "Divergencias en la biografía de Cuauhtémoc", en *Estudios de Historia Novohispana*, vol. I, México, UNAM, 1966, pp. 54-119.

Navarrete, Federico, "Las fuentes indígenas más allá de la dicotomía entre historia y mito", en *Estudios de Historia Náhuatl*, vol. 30 (pp. 231-256), México, UNAM, 1999.

Spinoso Arcocha, Rosa María, "Nación, mito y control social en México", en *Revista de historia contemporánea* núm. 13 (pp. 103-121), Alcores, España, 2012.

Electrónicas

Arnábar Gunam, Tomás (2017), "¿Champotón o Potonchán?", en *Crónica de Campeche*. En línea: <https://www.cronicacampeche.com/?p=23453> (Consultado 05/04/2021)

BBC Mundo (2018), "Descubierto el misterio del 'cocoliztli', la epidemia que mató a millones de aztecas en México y cuyo origen se ha debatido durante un siglo". En línea: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-42703585> (Consultado 05/04/2021)

BBC Mundo (2017) "Los inesperados hallazgos que la 'torre de los cráneos' devela sobre los antiguos rituales de los aztecas en México". En línea: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-40476321> (Consultado 05/04/2021)

Chávez Jiménez, Ulises (2007), "Potonchán y Santa María de la Victoria. Una propuesta geomorfológico/arqueológica a un problema histórico", en *ResearchGate*. En línea: <https://www.researchgate.net/publication/237513123_Potonchan_y_Santa_Maria_de_la_Victoria_Una_propuesta_geomorfologicoarqueologica_a_un_problema_historico> (Consultado 05/04/2021)

Dewey, Janice, "Huémac: el fiero de cincalco". En línea: <www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/nahuatl/pdf/.../250.pdf>

GALINDO TREJO, Jesús/POVEDA RICALDE, Arcadio, "Comets In Pre-Hispanic México", En línea: <http://www.revistascisan.unam.mx/Voices/pdfs/4208.pdf>

GARCÍA MÁRQUEZ, Agustín, "La legitimidad de la conquista española y la merced de Axapusco y Tepeyehualco, México", en *Noticonquista*. En línea: <http://www.noticonquista.unam.mx/amoxtli/1600/1589> (Consultado 05/04/2021)

GOBIERNO DEL ESTADO DE CAMPECHE (2017), "Champotón". En línea: <https://indefos.gob.mx/portal/champoton/> (Consultado 05/04/2021)

MARTÍNEZ BARACS, Rodrigo/OLIVIER, Guilhem, "Un diálogo sobre la conquista de México", en *Letras Libres*. En línea: <https://www.letraslibres.com/espana-mexico/revista/un-dialogo-sobre-la-conquista-mexico> (Consultado 05/04/2021)

MARTÍNEZ MARTÍNEZ, María del Carmen (2013). "Las pobres fuentes", en *Revista Nexos*. En línea: <https://www.nexos.com.mx/?p=15256> (Consultado 05/04/2021)

MARTÍNEZ, Rodrigo. "El primer documento conocido escrito en México por los conquistadores españoles". En línea: <https://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/wp-content/uploads/historias_60_113-124.pdf> (Consultado 05/04/2021)

MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, "Malintzin, malinche y malinchismo. Cuando niña fue entregada a gentes de Xicalango", en *Arqueología Mexicana*. En línea: <https://arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/malintzin-malinche-y-malinchismo> (Consultado 05/04/2021)

MÉNDEZ, Arturo (2019). "Reivindican a Bernal Díaz del Castillo como autor de "Historia verdadera de la conquista de Nueva España", en *Instituto Nacional de Antropología e Historia*. En línea: <https://www.inah.gob.mx/boletines/8036-reivindican-a-bernal-diaz-del-castillo-como-autor-de-historia-verdadera-de-la-conquista-de-nueva-espana> (Consultado 05/04/2021)

NAVARRETE, Federico. "El altépetl". En línea: <https://www.noticonquista.unam.mx/sites/default/files/2019-05/navarrete_-_altepetl_-_final.pdf> (Consultado 05/04/2021)

OCHOA, Lorenzo/ VARGAS PACHECO, Ernesto (2016). "El colapso maya, los chontales y Xicalango", en *Estudios de Cultura Maya.* En línea: <https://revistas-filologicas.unam.mx/estudios-cultura-maya/index.php/ecm/article/view/523> (Consultado 05/04/2021)

OLMEDO VERA, Bertina, "El significado del oro entre los mexicas", en *Museo Nacional de Antropología.* En línea: <https://www.mna.inah.gob.mx/detalle_huella.php?pl=El_significado_del_oro_entre_los_mexicas> (Consultado 05/04/2021)

SALMERÓN SANGINÉS, Pedro (2020). "Bernal Díaz del Castillo, autor", en *El Presente del Pasado.* En línea: <https://elpresentedelpasado.com/2020/01/30/bernal-diaz-del-castillo-autor/> (Consultado 05/04/2021)

URÍAS-HERMOSILLO, Margarita (2000). "Totonacas de Veracruz. Proyecto Perfiles Indígenas de México. Documento de trabajo", en *Acta Académica*. En línea: <https://www.aacademica.org/salomon.nahmad.sitton/59> (Consultado 05/04/2021)

Era nuestra herencia una red de agujeros

La caída de México-Tenochtitlan

Jaime Montell

Fue editado por el

Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

Se terminó en la Ciudad de México el 13 de agosto de 2021, a 500 años de la capitulación de México-Tenochtitlan durante la pandemia covid-19, en cuarentena.

Al analizar el tema de la caida de México-Tenochtitlan Jaime Montell presenta en este libro un profundo análisis de las fuentes primarias y de estudios posteriores sobre el tema. Para iniciar, ante frases como "la Conquista de México" o "nos conquistaron los españoles", el autor nos recuerda que en el siglo xvi no existía un país llamado "México", que en el actual territorio nacional, y más allá cohabitaban múltiples señoríos independientes, muchos de los cuales conformaban la región cultural llamada Mesoamérica, y que en ese mismo siglo buena parte de esta área cayó bajo el control de la Corona de España, gracias a alianzas entre etnias nativas y españolas.

El autor considera que hemos caído en la confusión de suponer que la caída del señorío mexica, asentado en México-Tenochtitlan, ocurrida en agosto de 1521, fue la que definiera la conquista de todo nuestro país, lo cual sucedió a través de largo tiempo.

¿Qué hacemos con las muchas fuentes y crónicas principales si están corruptas? ¿Qué nos quedaría de la "verdadera" historia de la "Conquista" si las desechamos por completo?

Ante este planteamiento y para lograr el análisis de estos textos, Montell parte de la idea que que las fuentes y crónicas expresan ciertas formas de concebir, percibir, representar o tratar de entender los sucesos, es necesario analizarlas con cuidado, interrogarlas de manera conveniente, a fin de llegar a un nuevo y mejor entendimiento, al igual que los muchos documentos menores o mayores de los que algunos suponían ya no tener nada que ofrecer, e incorporar también los que siguen siendo rescatados de los archivos.

Parte también de la tesis de que cualquier escrito estará influenciado por el ambiente cultural, social y político de su tiempo, así como por el lenguaje, el pensamiento y los intereses del autor, por lo que hay que tener toda la información posible sobre este personaje: ¿Quién era? ¿Por qué la escribió? ¿Cuál era su ideología, sus motivos? ¿Cuándo la escribió? Más que buscar un relato cronológico y fáctico de la historia habrá que percibir los motivos de su representación del pasado inmediato, de su entorno, de su gente, de su cultura.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
INEHRM